

FRANCO VENTURI

EL POPULISMO RUSO

TOMO II

Versión castellana
de
ESTHER BENITEZ



Biblioteca de la
Revista de Occidente
General Mola, 11
MADRID



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO	
BIBLIOTECA CENTRAL	
E. 8/11/79	Nº 8
P. Arturo	397/79
Valor	✓

Reg. nº 80883

17947

2) 329(47).18

© 1952 y 1972. Giulio Einaudi editora s.p.a. Torino
© Edición en español: Revista de Occidente, S. A., 1975
ISBN: Obra completa 84-292-3899-9
Tomo 2.º 84-292-3027-0
Depósito legal: M. 15.394/1975
Printed in Spain - Impreso en España
por Grefol. Avda. Pedro Díez, 16. Madrid

Índice del tomo II

	<i>Páginas</i>
Nota	IX
Mapa	XII
<i>Capítulos:</i>	
14. La «Organización» de Ishutin y el atentado de Karakozov	551
15. Sergei Gennadevich Nechaev	583
16. Pëtr Nikitich Tkachëv	629
17. Bakunin y Lavrov	681
18. Los <i>chaikovtsy</i> y la «ida hacia el pueblo»	737
19. El movimiento obrero	787
20. « <i>Zemlia i volia</i> »	851
21. « <i>Narodnaya volia</i> »	947
22. El 1 de marzo de 1881	1043
<i>Índice de revistas</i>	1059
<i>Índice onomástico</i>	1063

INDICE DEL TOMO I

Introducción, 9.—Prefacio a la primera edición, 87.—Advertencia a la segunda edición, 91.—Nota, 93.—Mapa, 98.

Capítulos: 1. Herzen, 99.—2. Bakunin, 150.—3. El problema campesino y socialismo en los años 30 y 40, 185.—4. El «Kolokol», 221. 5. Nikolai Gavrilovich Chernyshevski, 275.—6. El movimiento intelectual de los años 60: Dobroliubov y Shapov, 353.—7. El movimiento campesino, 377.—8. El movimiento estudiantil, 399.—9. Los primeros grupos, 417.—10. La primera *Zemlia i volia*, 445. 11. La joven Rusia, 491.—12. La conjura de Kazán, 515.—13. Populismo y nihilismo, 531.

La «Organización» de Ishutin y el atentado de Karakozov

El movimiento que se resume en los tres nombres de Ishutin, Judiakov y Karakozov es, tras la disolución de *Zemlia i volia*, el más importante y significativo. Fue al tiempo terrorista y socialista, y puede decirse que —por el modo en que combinó estos dos elementos— constituyó el primer núcleo típica y puramente populista¹.

Nikolai Andreevich Ishutin había nacido el 3 de abril de 1840 en Serdobsck, en la gobernación de Saratov, o sea, en la región del Volga de la que procedían Belinski y Chernyshevski y de donde debían salir no pocos revolucionarios populistas. Su padre era comerciante, «ciudadano honorario hereditario», su madre, una noble. Contaba dos años cuando los perdió a ambos. Unos parientes de su padre, los Karakozov, los recogieron y permaneció con aquella familia hasta la edad de once años. Asistió al instituto de Penza pero no pudo terminar los estudios por culpa de su débil salud. En 1863 llegaba a Moscú para asistir a la universidad, «para acabar su educación», como dirá él mismo en su interrogatorio.

A los veintitrés años, tras una juventud desgraciada, empezó a congregarse en torno suyo a un grupo de jóvenes, convirtiéndose en animador de los estudiantes que procedían de su tierra, sobre todo de la gobernación de Penza. Pronto demostró una notable capacidad para atraerse a los demás e influir sobre ellos, y el círculo de sus amistades se amplió rápidamente.

Entró en contacto con *Zemlia i volia* cuando ésta se encontraba ya en su ocaso². Quizás conoció a Sleptsov, y desde luego —por esta u otra vía— la herencia de Chernyshevski estuvo en el centro de su formación política. Pero el Chernyshevski de los agudos análisis económicos y políticos no impresionaba ya a un joven que mirase hacia él, sino el prisionero, el mártir. Y un mártir que se había preocupado en la cárcel de expresar sus sueños y esperanzas. ¿Qué hacer?, se había convertido ya en el libro por excelencia de Chernyshevski. Ishutin será la primera auténtica encarnación de los revolucionarios de esa novela. «Tres grandes hombres ha habido en el mundo —decía—: Jesucristo, el apóstol Pablo y Chernyshevski.» Y en realidad una de las más intensas preocu-

paciones de su grupo será justamente la de tratar de liberar al escritor prisionero en Siberia.

Ishutin no era escritor ni, en sentido estricto, intelectual. Una sensación de superioridad y desprecio por las ciencias lo animaba incluso cuando, poco después de su llegada a Moscú, decidió abandonar sus proyectos de estudio para consagrarse por entero a la causa. Terminar la universidad era para él tomar «una calleja que llevaba a la vida burguesa». Según el testimonio de Varlaam Nikolaevich Cherkezov —que entró a formar parte de su grupo en junio de 1864—, también los demás camaradas estaban convencidos de que ocuparse de las ciencias era vano, ya que —decían— la gente que se consagraba al estudio olvidaba las necesidades reales de la vida y acababa transformándose, queriendo o no, en «generales de la cultura». Liberación, pues, de todo cientifismo a través de una total y completa entrega al pueblo; ésa será la raíz más profunda del conflicto que separará cada vez más a los revolucionarios populistas de la tendencia más propiamente nihilista, inspirada por Pisarev³.

El grupo de Ishutin rápidamente se hizo fuerte y activo. Estaba compuesto sobre todo por sus ex compañeros de escuela y universidad. Pëtr Dmitrovich Ermolov, más joven que él, y Nikolai Pavlovich Stranden, de apenas veinte años, eran ambos de origen noble; también ellos habían ido a Moscú a estudiar y allí renunciaron voluntariamente a ello para seguir hasta el final sus ideas. Dmitri Alekseevich Yurasov, también de Penza, había pasado por la facultad de jurisprudencia en 1860, participó en las manifestaciones del año siguiente y estuvo presente en el acto conmemorativo sobre la tumba del historiador Granovski. Después abandonó los estudios, dando a esta decisión el valor de un sacrificio voluntario. Decía que muchos habían sido expulsados de la universidad por su actitud rebelde, y que él haría ahora por propia iniciativa lo que el estado había obligado a hacer a otros. Era una continuación de la «ida hacia el pueblo», iniciada también, como se recordará, tras una huelga estudiantil. A estos voluntarios se les agregarán pronto los que habían sido efectivamente expulsados de las aulas, como por ejemplo Maksimilian Nikolaevich Zagibalov, alumno también del instituto de Penza, castigado por haber participado en la manifestación del 6 de febrero de 1862.

Algunos de ellos no sacrificaron sólo su carrera, sino también sus bienes. Así, el joven Ermolov, de familia bastante rica, daba al «círculo» el dinero que recibía de su tutor. Y tenía la intención de vender, en cuanto cumpliera la mayoría de edad, las 1.200 *desiatiny* de tierra que poseía, para financiar sus iniciativas. Y no era el único con semejantes proyectos.

En suma, la voluntad de sacrificio era la idea dominante del grupo. Judiakov, que los conoció de cerca, dirá en sus recuerdos que el ambiente de Ishutin «era uno de los fenómenos más notables de aquellos

años... Era gente que renunciaba a todas las alegrías de esta vida para consagrarse a la causa de la liberación del pueblo»⁴.

La renuncia asumía en ellos una forma ascética. Ishutin siempre iba vestido del modo más descuidado, e igualmente hacían los que, a diferencia de él, tenían medios para vestir normalmente. P. F. Nikolaev habla de «severa disciplina de la vida privada» de sus camaradas. Aleksandr Markelovich Nikol'ski, que formó parte —como veremos— del grupo de San Petersburgo, consideraba un lujo las más elementales necesidades de la vida y dormía en el suelo, a veces sin mantas.

Gran parte de su actividad se dedicó a crear, tras las huellas de las indicaciones del *¿Qué hacer?* de Chernyshevski, asociaciones cooperativas o de socorros mutuos entre los obreros, los artesanos y los estudiantes⁵.

Algunos de estos últimos necesitaban realmente tales iniciativas para ganar algo de dinero, otros trabajaban en ellas o las organizaban porque eran un medio para entrar en contacto con el pueblo y —sobre todo— para realizar en cierto modo su ideal de vida asociativa. Crearon así en Moscú una pequeña empresa cooperativa de encuadernación y una sastrería. Pero querían hacer más. Tenían intención de comprar una fábrica de algodón, para dedicar a la causa revolucionaria los beneficios que obtuvieran. Y éstos no son sino unos pocos ejemplos de una compleja y multiforme actividad «en el pueblo».

Trataron, por ejemplo, de inducir a los obreros de una fábrica a organizarse y a pedir que la empresa donde trabajaban se transformara según los principios del *artel'*, de la cooperativa. Uno de ellos, Aleksandr Kapitonovich Malikov, llamó la atención sobre la desgraciada situación de los obreros de la fábrica de vidrio de Zhizdrinsk, en la provincia de Kaluga. Eran obreros salidos de la servidumbre poquísimos años antes, en los que la liberación no había atenuado en lo más mínimo la explotación a que estaban sometidos. Malikov se convenció de que sólo sería posible hacer algo serio transformando las bases de la empresa. Los obreros enviaron a Moscú una delegación para pedir permiso para abrir una fábrica dirigida por ellos mismos, y Malikov trató de ayudarles por todos los medios. Acabará detenido por su participación en el intento de liberar a Chernyshevski y volveremos a encontrarlo en el momento de la gran «ida hacia el pueblo» de 1874, como creador de una corriente religiosa —«dios-humanista», como él decía— en el seno de los populistas⁶.

En 1865 Ishutin decidió ponerse a la cabeza de una caja de socorros mutuos entre los obreros de Moscú. Pensaba que la cosa podría desarrollarse, insertando en ella una oficina de colocación y una escuela profesional para los hijos de los obreros miembros de la caja. Marchó a San Petersburgo a informarse sobre las condiciones legales necesarias para tal iniciativa, pero también en esta ocasión tropezó con obstáculos insuperables.

Su fracaso le fue duramente reprochado por Fëdor Afanas'evich Nikiforov, uno de los pocos participantes en su grupo que no era estudiante. Pequeño comerciante de Moscú, se había convertido, en cierto modo, en el intermedio natural entre obreros y estudiantes. «Nobles» llamó con desprecio a éstos, cuando los acusó de no trabajar con suficiente empeño en la constitución de la proyectada caja de socorros mutuos.

Paralelos a estos intentos fueron los pedagógicos. Ermolov y otros habían creado, entre el otoño de 1864 y el verano de 1865, una pequeña escuela de niños en uno de los barrios más pobres de Moscú. Aunque no creían en la universidad, que los habría llevado a ser «generales de la cultura», creían en cambio en la difusión de los conocimientos entre el pueblo, y, sobre todo, veían en aquellas escuelas un medio de conseguir el contacto con elementos populares. «Convertiremos a estos muchachitos en revolucionarios», decía Ishutin.

Esta frase revelaba sus verdaderas intenciones. Todas las iniciativas suyas y de su grupo debían ser, ante todo, instrumentos para hacer surgir una fuerza revolucionaria. Es cierto que otros antes que ellos se habían puesto a crear escuelas o fundar cajas de socorros mutuos con intención similar, pero él introducía en todo ello su particular dosis de maquiavelismo. Igual que los de *Zemlia i volia* habían perdido la confianza en el estado, así Ishutin sólo sentía ironía por la cultura. Le había quedado sólo una fe moral que se expresaba en el ascetismo individual y en la voluntad de luchar por la futura sociedad socialista. Para llegar a esto, desde luego, el estado no era el instrumento más apropiado, y la cultura parecía serlo cada vez menos. Nacía así una indiferencia respecto a los instrumentos que se utilizaban, un profundo desprecio de todos los prejuicios.

Esta despreocupación pronto será llevada a sus últimos límites. Los proyectos de robar a un comerciante, de asaltar el correo, empezaron a formularse entonces, iniciando así —al menos, en teoría— la cuestión de las expropiaciones individuales. Viktor Aleksandrovich Fedoseev, uno de sus compañeros, pensaba envenenar a su padre para poder entregar a la causa la herencia que recibiría. Era hijo de un noble de la gobernación de Tambov y vivía en Moscú con su madre. Su hermano Pavel había formado parte del grupo de *La joven Rusia* y fue condenado por ello. En 1866 serán arrestados ambos después del atentado de Karakozov. A Viktor se le reconocerá culpable de su proyecto de expropiación familiar y será deportado a Siberia.

Esta despreocupación juvenil y revolucionaria es el meollo en torno al cual se consolidaron las ideas políticas que animaban a Ishutin y su grupo. El centro de sus creencias lo constituía la espera de una revolución campesina en breve plazo: dentro de cinco años, como solían decir. No hacían, pues, sino desplazar en el tiempo cuanto habían creído sus inmediatos predecesores, los hombres de *Zemlia i volia* y de *La*

joven Rusia. Como se trataría —decían— de una «revolución económica» y radical, cualquier cosa que se opusiera a este cambio asumía a sus ojos un valor negativo. La liberación de los siervos de 1861 no era, para ellos, sino una de las medidas aptas para «retrasar la revolución en Rusia». Karakozov, el futuro autor del atentado contra el zar, lo creía firmemente. Y en general se trataba de una opinión muy difundida entre ellos⁷.

Esta oposición violenta a las reformas tenía forzosamente que coincidir, aunque sólo fuera mecánicamente, con la opinión de los nobles más reaccionarios, de los que se habían opuesto a la liberación de los siervos y continuaban criticándola. Los miembros del grupo de Ishutin lo sabían perfectamente, y se preguntaban por qué no sería lícito que los revolucionarios se sirvieran de ese estado de ánimo reaccionario contra el «zar libertador». Más adelante el propio Bakunin se planteará ese problema y lo resolverá afirmativamente. Da la impresión de que los jóvenes congregados en torno a Ishutin habían llegado ya a la misma conclusión, aunque con menor conciencia —pero quizás con una dosis mayor de espíritu maquiavélico y retorcido.

Lo cierto es que eran decididamente contrarios a toda constitución, a toda concesión de libertad, etc. Su actitud se basaba en la voluntad de conservar intacto el principio colectivista inherente a la vida campesina rusa; estaban dispuestos a derribar cualquier obstáculo que se interpusiese ante su desarrollo socialista. Así, todo liberalismo les parecía el peor enemigo de los «principios populares». En su deposición del 29 de julio de 1866, Ishutin declarará que, enterado de un movimiento desarrollado en San Petersburgo, que quería un cambio de carácter exclusivamente político, había declarado a sus compañeros:

Si gana ese partido, el pueblo estará en Rusia cien veces peor que ahora. Inventarán una constitución cualquiera y lanzarán a Rusia a las formas de vida de Occidente. Esa constitución encontrará un apoyo tanto en la clase alta como en la media, dado que garantizará la libertad individual, dará un respiro y vida a la industria y el comercio, sin evitar por ello el pauperismo y el proletariado; incluso no hará sino acelerar el desarrollo de estos fenómenos⁸.

La raíz del terrorismo está precisamente en una confluencia de su maquiavelismo revolucionario y de este populismo total. La muerte del zar debería ser el choque que produjera una revolución social, o por lo menos obligaría al gobierno a entrar por el camino de concesiones sustanciales a los campesinos.

Puede parecer extraño a primera vista, pero al seguir el hilo de los movimientos revolucionarios desde *Zemlia i volia* en adelante no se puede dejar de concluir que el pistoletazo ocupó exactamente el lugar del llamamiento al zar de Serno-Solov'ëvich, o bien —cuando se demostró

la inutilidad de cualquier llamamiento— del falso manifiesto al que habían recurrido los revolucionarios polacos con la intención de sublevar a los campesinos del Volga. La idea del atentado se convierte en fundamental tras el fracaso de esos intentos. Es al tiempo su primer acto de desconfianza en el estado y una confesión de la propia inmadurez para sustituirlo mediante una organización revolucionaria.

Sólo al consolidarse las teorías y la psicología anarquista se opondrá a esta tácita confesión de inmadurez la declarada voluntad de no querer sustituir al estado, es decir, la aceptación —como si fuera un bien y un dato positivo— de lo que en realidad era un síntoma de debilidad transitoria de un movimiento revolucionario en desarrollo.

En torno al grupito de jóvenes animados por estas ideas fue congregándose en Moscú una organización revolucionaria que en los nombres y las formas asumidas refleja esta exasperada psicología. Se trataba de una decena de estudiantes, a menudo paupérrimos, a veces de origen campesino y sobre todo eclesiástico, es decir, hijos de aquellos popes rurales cuyo modo de vivir estaba tan cerca del de las masas campesinas. Procedían de diversas regiones de Rusia, pero sobre todo del Volga, y formaban parte de la universidad, de seminarios, de la Academia Agrícola. Se habían conocido inicialmente frecuentando una sociedad estudiantil de socorros mutuos, que tenía el fin de procurar algún trabajo a sus miembros más pobres, de prestarles algo de dinero, etcétera. Este era el ambiente del que Ishutin y sus amigos decían: «En este laguito pescaremos nuestros peces.»

Así, entre 1865 y 1866 se fue formando una sociedad secreta que tomó el nombre de Organización⁹. Se discutieron largamente sus estatutos, aunque sin que diera tiempo a llegar a una conclusión. En cualquier caso, debía ser un grupo sumamente elegido. Tres miembros debían quedarse en Moscú y organizar el centro y una biblioteca. Los demás se diseminaban por las distintas provincias, buscando trabajos de maestros, escribientes, empleados, etc. Cada uno debería a su vez tratar de constituir una biblioteca y convertirse en centro de un trabajo revolucionario, orientado a atraer estudiantes y sobre todo seminaristas. Después tendrían que actuar siguiendo las iniciativas del centro, creando cooperativas y esforzándose por predicar el socialismo entre los trabajadores. Al final de ese trabajo estaba la insurrección. El propio Ishutin dijo que, por lo que a él tocaba, tenía intención de dirigirse a Uralsk entre los cosacos, o bien de trabajar como guarda en una línea ferroviaria para hacer propaganda entre los obreros.

Pero aunque esta Organización podía satisfacer las exigencias de la propaganda y la agitación, no había nacido para alcanzar la otra meta de cierto número de estos jóvenes, el terrorismo. Dentro de la Organización fue afirmándose un núcleo más secreto, más reservado, que tomó el nombre de «Infierno». En realidad se trataba de una «comuna» de estudiantes, o sea, de una vivienda en común de un grupo de jóvenes.

A los pertenecientes al «Infierno» se les llamará habitualmente «los de Ipatov», del nombre del propietario de la casa en que vivían.

En los primeros meses de 1866 empezó a hablarse de esta pequeña escuadra de revolucionarios experimentados, que debía permanecer secreta incluso dentro de la Organización y que comenzaría a actuar sólo tras haber alcanzado el número establecido de componentes, una treintena. Mientras tanto vigilaría secretamente la Organización, guiándola con mano invisible, y penetraría en las otras sociedades secretas para dirigir las y controlarlas. Si un miembro del «Infierno» se equivocaba, pagaría con su vida.

Su objetivo era el terrorismo contra los miembros del gobierno y los elementos de la clase propietaria particularmente aborrecidos por el pueblo. Su finalidad suprema, la muerte del emperador. Echarían a suertes el autor del atentado, y el elegido debería separarse por completo de sus compañeros, entregándose a un género de vida radicalmente opuesto al de un revolucionario, emborrachándose, encontrando amigos en los ambientes más dudosos, e incluso dedicándose a hacer denuncias a la policía. El día del atentado se desfiguraría la cara con productos químicos para no ser reconocido, y llevaría en el bolsillo un manifiesto que explicaba las razones de su acción. Realizado el atentado, se suicidaría inmediatamente con veneno. En su lugar se elegiría a otro miembro del «Infierno» para continuar la tarea iniciada. E incluso una vez que estallara la revolución, el «Infierno» seguiría actuando, dirigiendo secretamente las fuerzas políticas en lucha y suprimiendo a los dirigentes superfluos o perjudiciales.

Ishutin decía:

El miembro del «Infierno» debe vivir bajo un falso nombre y romper los lazos familiares, no debe casarse, debe abandonar a los amigos que tenía y en general vivir con un objetivo exclusivo y único: un infinito amor y entrega a la patria y a su bien. Por ella debe abandonar toda satisfacción personal y, en cambio, concentrándolo en sí mismo, nutrir odio contra odio, maldad contra maldad. Deberá vivir sintiéndose satisfecho con este aspecto de su vida.

Para tener un cuadro completo de esta mezcolanza realmente extraña de expresiones inmediatas de un estado de ánimo hondamente sentido y de fantasías juveniles, hay que agregar que el «Infierno» —siempre de acuerdo con lo que declaraba Ishutin— no era sino la sección rusa de un «Comité Revolucionario Europeo» que habría tenido como meta exterminar en todas partes a los monarcas. Cuando, después del atentado de Karakozov, Alejandro II se enteró de la existencia de este «Comité», tomó la cosa en serio y comunicó la noticia a Bismarck, el cual le aconsejó que organizara una vigilancia policial de los emigrados rusos¹⁰.

En realidad, el comité era más que nada un mito lanzado por Ishutin. El elemento mixtificador no estaba ausente de sus métodos de propaganda y proselitismo. Desde los primeros momentos de su actividad, en 1864, había difundido un escrito que incitaba a la acción, firmándolo con el nombre de *Zemlia i volia*, que entonces ya no existía. Es probable que el incentivo para lanzar la leyenda agitadora de un «Comité Revolucionario Europeo» le viniese de las noticias que Judiaikov trajo en agosto de 1865 de Ginebra; Judiaikov le habló de la creación de la Internacional, ocurrida el año anterior, y le propuso «establecer con ella estrechas relaciones»¹¹. Aunque muchos investigadores soviéticos lo hayan repetido, esa asociación europea de terroristas tiene el sabor de un mito nacido más bien en torno al mazzinianismo que a la Internacional. No hay que excluir, por lo demás, que las dos leyendas se fundieran en la creación agitadora de Ishutin. Zagibalov, por ejemplo, dirá más adelante que éste le había declarado que «en Bucovina se celebrará pronto una reunión de revolucionarios europeos, en la que tomarán parte Mazzini, Herzen, Ogarëv...». Recordará también que Ishutin le preguntó en varias ocasiones cómo estaban construidas las bombas de Orsini. Otros implicados en el proceso de Karakozov harán deposiciones similares. Strandén dijo que, en 1866, al regresar de San Petersburgo, Ishutin habló de un «Comité Europeo» y del hecho de que en Ginebra se habían celebrado dos reuniones. El propio Ishutin habría dicho —si debemos dar crédito a la deposición de A. Trofimov— que el Comité estaba preparando la revolución en Polonia, Prusia y Austria. En cuanto a Italia, «ya estaba decidido que a la muerte del papa acabaría el poder temporal y que en toda Italia se proclamaría la república romana. Después Garibaldi tomaría las armas contra Francia, que no dejaba de querer ser una república, instaurándola sin la mínima dificultad; y después en Alemania, donde una buena mitad de los príncipes allí reinantes habría abandonado voluntariamente la corona, y después en toda Europa»¹².

El «Infierno», el «Comité» y en general las fórmulas organizativas de Ishutin no estaban encaminadas sólo a aterrorizar al enemigo, sino también —y a menudo da la impresión de que sobre todo— a infundir temor y respeto en los miembros del grupo más restringido. Incluso el proclamado amoralismo tenía en general por objetivo crear una atmósfera de espanto en torno a los jóvenes jefes. Y no se trataba sólo de palabras. La lucha en el interior de los grupos de la Organización era muy tensa, y el «Infierno» tenía problemas para hacerse escuchar y obedecer. Pocos eran los elementos extremistas en el séquito de Ishutin; a su alrededor había una gran mayoría de jóvenes que creían más en la tenaz propaganda, en la organización de escuelas y cooperativas que en la insurrección, y que eran menos decididos en su negación de toda reforma en sentido liberal. También eran elementos activos, y organizaron

una viva oposición en el interior. Pretendían amenazar físicamente a Ishutin para que abandonase sus ideas, querían disolver por todos los medios al grupo de estudiantes que vivía en casa de Ipanov, mandando a algunos a provincias. Pensaron incluso en encerrar a unos en el manicomio. Se empezó a hablar, al parecer, de asesinatos, de envenenamientos. El propio Ishutin parece que se encontraba en peligro. Parecidas amenazas se dirigieron, no sin acusaciones de traición, contra los opositores, por parte de los dirigentes del «Infierno»¹³. Aparte la colaboración nihilista, que no faltó en este movimiento, semejante lucha de tendencias resulta interesante desde el punto de vista político. El conflicto, en el interior de los grupos populistas, entre propaganda y terrorismo, entre pura revolución social y problemas políticos, está aquí aún en germen, pero encierra ya en sí las fuerzas que llevarían, unos diez años después, a la escisión de la segunda *Zemlia i volia*.

El mejor representante de la tendencia más política de la Organización fue un joven estudioso de etnografía y folklore que se convirtió en San Petersburgo en el centro de un movimiento que —al menos en parte— confluyó en el moscovita de Ishutin. Se trata de una de las figuras más características del populismo de esos años, y ciertamente de uno de los hombres que mejor expresaron la ideología de todo el movimiento¹⁴.

También él poseía un temperamento de asceta, concentrado desde muy joven en un esfuerzo superior a sus fuerzas. En este ascetismo confluía la tradición de sus antepasados que desde el siglo XVII participaron en la colonización de Siberia, consiguiendo enriquecerse entre mil dificultades, y de su padre —que, pobre en su juventud, había llegado con grandes esfuerzos a crearse, en un mundo de funcionarios corrompidos y desganados, una posición de funcionario escolar escrupuloso y recto. El propio Judiakov nos cuenta cómo eran las escuelas donde empezó su educación (aunque fueran mejores que los seminarios en los que, no muchos años antes, en las mismas regiones, Shapov —también siberiano— había sufrido tanto en su primera juventud). También Judiakov prosiguió sus estudios en la universidad de Kazán.

Precisamente entonces, aunque aún no había terminado la costumbre de las grandes borracheras que habían distinguido los años anteriores, empezaban a difundirse entre los estudiantes las ideas ateas y republicanas —contará en sus memorias—. Por lo demás, nunca participé en aquellas borracheras. Las *brochures* de Herzen y en general de los autores prohibidos empezaban a copiarse incansablemente, pasando de mano en mano entre todos los compañeros... Pronto me hice ateo y, políticamente, partidario de una constitución. Me aparté sin especial esfuerzo de la religión, a la que creía estar muy fuertemente ligado¹⁵.

Al año siguiente, en el otoño de 1859, estaba en Moscú. Tenía una carta para el profesor F. I. Buslaev, uno de los mayores investigadores de las tradiciones, el arte y la literatura popular rusa, el hombre que creó en estos estudios un nuevo interés y un nuevo método y que por aquellos años, en 1861, estaba publicando su obra fundamental, los *Ensayos históricos sobre el arte y la literatura popular rusa*.

La pasión por esos estudios se hizo devoradora en Judiakov. Ahí está, por otra parte, la raíz de su vida política y, en general, de su actitud ante los problemas de la época. No comía —literalmente— para poder publicar a sus expensas pequeños volúmenes de relatos, de proverbios populares, para comprarse los libros que necesitaba para sus investigaciones¹⁶. Durante sus viajes por el campo recogía las narraciones campesinas, las transcribía, las publicaba, con la promesa de comentarlas en cuanto se lo permitiesen las circunstancias (o sea, cuando lo consintieran las condiciones de su vida y la censura)¹⁷.

Desde el principio, en su primer librito *Colección de canciones populares históricas de la Gran Rusia*, aparecido en 1860, la finalidad ilustrativa se mezclaba con una intención pedagógica. Tomar del pueblo su mitología, su historia, y volvérsela a presentar en forma accesible y completa, formando con los diversos fragmentos un todo que representara el alma del pueblo ruso en su integridad tradicional —ésa era su meta. Sus libritos —por lo demás, no carentes de interés para quien se ocupe de folklore ruso— eran documentos de una «ida hacia el pueblo» intelectual, junto con el objetivo de aprender de la masa, de fundirse con ella y de hacer un trabajo de propaganda presentando a los campesinos las conclusiones sociales de sus mismas tradiciones¹⁸.

Judiakov sostenía la teoría de Buslaev, según la cual los relatos populares poseían todos un fondo natural, o sea, que eran transposiciones antiquísimas de fenómenos naturales, de la salida y la puesta del sol, de la luna y las estrellas, etc. Esta idea tenía para él, a más del valor de una hipótesis científica, el significado de un mito romántico.

En la época en que el hombre no era aún el dominador, sino el hijo de la naturaleza que lo circundaba, cuando apenas empezaba a pensar y a observar, el número de sus conocimientos era ínfimo. No sabía distinguirse claramente a sí mismo de los animales, de las plantas, e incluso de las piedras; la transformación, la transfiguración de los hombres en piedras y árboles le parecía posible...¹⁹.

Este sentido de la fusión de los hombres con la naturaleza revela una de las raíces religiosas del populismo.

Entre sus obras más logradas está la que tituló *Librito ruso*, publicada en San Petersburgo, que era como un vademécum que contenía proverbios, relatos, adivinanzas, *byliny*, fábulas y poesías. La primera parte incluía cosas de origen folklórico y tradicional; la segunda, escritos de

autores contemporáneos: Nekrasov, Uspenski, Pisemski, como para avencinar palpablemente el mundo popular al de los escritores que querían hablar para el pueblo. Ciertamente se trataba sólo de una pequeña antología, pero tenía un significado concreto y estaba muy lograda. Recogía intentos realizados ya en el pasado. También Serno-Solov'evich había iniciado una *Colección de cuentos en prosa y verso* que pretendía tener un significado similar. El librito de Judiakov, con su díptico de tradiciones populares y escritores populistas, representaba el logro de semejantes intentos²¹.

En su investigación folklorista Judiakov tuvo que luchar contra dificultades que revelan los obstáculos burocráticos y oficiales que se interponían entre los jóvenes intelectuales que se estaban volviendo populistas y el propio pueblo. Estaba, *in primis*, la censura civil. Tras haber pedido permiso para publicar una revista, «El mundo de las fábulas», tras haber presentado el programa, tras haber obtenido la firma de tres generales que salieran garantes por él, acabó oyéndose responder con un *no*²¹. Y además estaba la censura eclesiástica. En su autobiografía nos ha contado la acogida que tuvo el día que presentó al archimandrita Sergio una colección de leyendas que pretendía publicar. Este, tras haber leído una versión folklórica de la narración del pecado original, decidió que «se trataba de materialismo» y le negó el permiso para publicar su trabajo. El archimandrita se basaba en el siguiente razonamiento: «Han permitido escribir libremente sobre Pedro el Grande, ¡y ahí están los resultados! —¿Qué resultados?— ¡Los desórdenes estudiantiles del pasado año!»²².

Estas censuras corresponden a las «diversas circunstancias» de que hablaba en uno de sus libros, para justificar la ausencia de cierto número de proverbios y cuentos recogidos por él y que no había podido incluir en la colección. Cuando lo detuvieron, los policías de la Tercera Sección se divirtieron durante veladas enteras con la lectura de sus papeles —que habían secuestrado—, «no publicables por razones morales» (habían sido considerados pecaminosos y pornográficos). Es útil recordar estas circunstancias para entender el valor de la tenacidad, del ascético espíritu de sacrificio demostrado por Judiakov para conocer al pueblo, sus tradiciones, para escucharlo y dar a conocer, al menos en pequeña parte, lo que decía.

Como hemos dicho, en el ánimo de Judiakov esta visión populista estaba íntimamente ligada con una voluntad pedagógica. En 1865 escribió y publicó un pequeño volumen titulado *El Autodidacta*, destinado al público inculto, «con la finalidad —como él mismo decía— de transformar toda la concepción del mundo del lector». Hablaba en él de las fuerzas de la naturaleza, de la historia, de la sociedad, combatiendo con espíritu ilustrado la superstición, ensalzando los países de régimen democrático y definiendo por ejemplo a los Estados Unidos de América como el mejor de los gobiernos²³. Este librito alcanzó cierto

éxito; Herzen lo leyó, quedó muy satisfecho con él y acabó adoptándolo como manual para la educación de su hija Lisa²⁴.

Este entrecruzarse de populismo e ilustración acabará por llevarlo a una crítica de la teoría naturalista de Buslaev sobre los orígenes de los mitos y leyendas. En un artículo sobre los *Relatos históricos populares*²⁵ trataba ya de ver cómo los símbolos nacidos para expresar la naturaleza habían sido aplicados después a los acontecimientos de la historia humana. En la épica y en las fábulas populares no había que buscar, pues, una simple expresión del estado de ánimo campesino ante el cosmos, sino más bien el reflejo de los acontecimientos históricos interpretados desde un punto de vista popular.

Poco antes de ser encarcelado consiguió escribir otro librito, *La vieja Rusia*, con el fin de narrar la historia de su país con ánimo populista²⁶.

Ya de estudiante, en Moscú, se había quedado escandalizado con el modo en que incluso los principales eruditos escribían la historia. Estos se situaban únicamente desde el punto de vista del estado, considerando negativas o disolventes todas las fuerzas que éste no había conseguido aplastar y dominar en el curso de su secular obra de construcción del absolutismo y de colonización interior de Rusia. Incluso la concepción de S. M. Solov'ev, el mayor historiador de su tiempo, le había parecido la de un «funcionario», incapaz de ver el desarrollo de la civilización más que como una difusión sistemática de la voluntad estatal. Y si esta visión —derivada del absolutismo ilustrado— no era capaz de entender de verdad el pasado de Rusia, igualmente equivocados le parecían los eslavófilos en su exaltación de la monarquía patriarcal, anterior a la reforma de Pedro el Grande.

Judiakov dedicó por tanto gran parte de su librito a la descripción de la miseria, de las guerras, de la barbarie de los siglos idolatrados por los tradicionalistas. Los rusos debían volver sus ojos no al pasado, sino hacia el futuro. La única tradición posible que podían y debían aceptar era la de las ciudades libres medievales, y, sobre todo, la de las revueltas campesinas que maduraron en los siglos XVII y XVIII contra el estado de Moscú y San Petersburgo.

La vieja Rusia se imprimirá cuando Judiakov está ya en la cárcel, en 1867. Se ocuparán de la edición Lopatin y Voljovski, creadores de una Sociedad del Rublo, para la difusión entre las clases populares de la cultura y las ideas populistas. En febrero de 1868 eran detenidos, y *La vieja Rusia* fue secuestrada²⁷. Pero los ejemplares que pudieron salvarse seguirán siendo muy valiosos después. Lavrov habla de ellos en el momento de la gran «ida hacia el pueblo»²⁸. Han recordado la difusión de esta obra de Judiakov en los años setenta, N. K. Buj²⁹, L. E. Shisko³⁰, S. Sinegub³¹. Uno de los que tomaron la iniciativa de imprimir el librito, G. A. Lopatin, explicaba claramente la razón de esa difusión: «Se trata de obritas para escuelas populares, pero —en manos expertas— dicen muchas cosas poco gratas a la censura»³².

Paralelamente a su actividad de investigador y escritor, también habían ido desarrollándose las ideas políticas de Judiakov. Ya en Kazán había sido elegido para dirigir una biblioteca ilegal de los estudiantes, y en Moscú participó activamente en una agitación contra un profesor, P. M. Leont'ev, que resultaba odioso por la manera en que trataba a los estudiantes; y el 4 de octubre de 1861 fue uno de los organizadores de la manifestación ante la tumba de Granovski. En San Petersburgo entró pronto en contacto con los miembros más activos de *Zemlia i volia* y, con el ambiente del «Sovremennik», ligándose sobre todo con el escritor Eliseev³². Ya en la primavera de 1863 su habitación sufría un registro de la policía, que no encontró en ella nada comprometedor. Sin embargo, el ambiente en que vivía, sus escritos, lo habían dado a conocer como subversivo. En el verano de 1865 *El Autodidacta* fue secuestrado por la censura —tras llevar tres meses en los escaparates de las librerías—, tras una denuncia del ministro del Interior, Murav'ev.

En torno a él se había congregado un grupo que, después de desarrollar al principio una amplia actividad pedagógica entre los sectores populares de la ciudad, asumió rápidamente un carácter netamente político³⁴.

Este grupo entrará en contacto hacia 1864 con la Organización moscovita. Probablemente responde a la verdad la declaración de Ishutin de haber dado dinero a Judiakov para un viaje a Ginebra durante el verano de 1865, en busca de un contacto con la emigración³⁵. En Suiza vio un poco a todos, Elpidin, Utin, desde luego a Ogarëv y Herzen, aunque no a Bakunin (que entonces estaba en Italia, lo cual presupondría un viaje a Nápoles de Judiakov). Su impresión fue sustancialmente negativa, salvo en el caso de Ogarëv. Los jóvenes le dieron la impresión de no poder realizar nada concreto; los más viejos, sobre todo Herzen, lo escandalizaron. El, que durante años había vivido sólo de pan para poder publicar narraciones populares, veía a Herzen «vivir como un señor y no aplicar a su propia vida las ideas de que tanto hablaba. En realidad, todas esas frases sobre el sacrificio, sobre el servicio en pro del bien público, etc., no eran en él sino puras y simples frases»³⁶. En general, todo el movimiento de Ishutin no sintió estimación ni admiración por Herzen. Como Aleksandr Serno-Solov'ëvich, como tantos otros de su generación, condenaban a Herzen con la dureza derivada de su propia vida ascética y de la despreciativa ironía nihilista.

En Ginebra compuso al parecer un librito accesible para la gente sencilla, que sirviera de instrumento de propaganda entre los campesinos. Se titulaba *Para los verdaderos cristianos, obra de Ignati*. Se componía de máximas —sacadas a menudo de la Biblia y sobre todo de las *Actas de los Apóstoles*— que eran como un pequeño vademécum en el que se podía encontrar respuesta a los más variados problemas, sobre todo religiosos y sociales. Se hablaba en él de los ayunos, de los iconos, del zar, de las guerras y de la cosmología. Era una hábil com-

pilación para poder decir algunas verdades que interesaban mucho a Judiakov, como por ejemplo: «Todo pueblo que no elige a sus funcionarios y no pide cuentas de su actuación es esclavo de sus superiores.» O bien: «La Biblia quiere la elección de los reyes; éstos deben ser elegidos por los pueblos y limitados en su poder». «El Señor, al dar a su pueblo la tierra de Palestina, ordenó utilizarla colectivamente, dividiéndola entre ellos en partes iguales.»

Como se ve, el *mir* y la libertad constituyen los dos temas fundamentales de este libro. Puede decirse incluso que el segundo predomina sobre el primero. Y ésta es la diferencia entre Judiakov y su grupo y la organización moscovita de Ishutin. No hay que exagerar tal diferencia —tanto más cuanto que los documentos de que disponemos son a menudo inseguros—, pero no parece que pueda ponerse en duda que Judiakov fue el continuador más directo de la tradición de *Zemlia i volia*. En Moscú, en cambio, el elemento social había absorbido ya por completo —y acaso destruido— la levadura liberal, entrando en violenta polémica contra todo constitucionalismo y occidentalismo.

El mismo Karakozov, autor del atentado, declarará que en San Petersburgo se pensaba «que un cambio político debía preceder a la revolución social»³⁷. Cuando sea detenido, Judiakov insistirá sobre tal aspecto de sus convicciones, no sólo para hacer menos difícil su situación, sino porque ello respondía a sus ideas reales. Hablará entonces de un *zemski sobor*, de la necesidad de la libertad en Rusia, etc. El 11 de junio de 1866, en la cárcel, escribirá un memorial que —aunque no esperaba que pudiera llegar al zar— pensaba que podría ser útil a los altos funcionarios que lo leyeran. Este es el último escrito dirigido al zar —como se ha observado³⁸— por un revolucionario ruso, para persuadirlo de que accediera a conceder la libertad. En suma, es la última repetición del gesto y el ejemplo de Serno-Solov'evich. Por un momento aún este típico populista se vio asaltado por la idea, o quizás por el deseo, de que «sería mejor prevenir una revolución desde abajo, haciéndola desde arriba». Veía con claridad los efectos sociales de la libertad, o sea un desarrollo económico, industrial y agrícola similar al «de los países libres, Inglaterra y Bélgica», pero, al contrario de Ishutin, parecía aceptar también estas consecuencias. ¿Hasta dónde eran sinceras estas ideas y hasta dónde eran puros y simples instrumentos políticos, usados por Judiakov para encontrar un contacto con los «liberales», con los «constitucionales» o, simplemente, para ocultar ante las autoridades sus convicciones socialistas? Es difícil decirlo, desde luego. Pero al margen de la cuestión referente a sus convicciones personales, que fueron profundamente populistas, volvía a emerger también en él el problema de la libertad y de la constitución.

Por lo demás, estos problemas de Judiakov no los percibían, ni siquiera en San Petersburgo, gran parte de sus compañeros. El socialismo era indudablemente la fe más auténtica y profunda de todos

aquellos jóvenes. Por poner un ejemplo, Pëtr Fëdorovich Nikolaev, que será uno de los fundadores del partido socialista revolucionario, era entonces un apasionado expositor de las ideas de Saint-Simon entre sus compañeros³⁹.

La Organización tuvo sus principales centros en Moscú y San Petersburgo, pero su difusión en provincias fue bastante limitada. Sin embargo, desde el principio se estableció un contacto con Saratov. Allí Ishutin recogió la herencia de *Zemlia i volia*. Había sido miembro de ella, en 1862-1863, Aleksandr Jristoforovich Jristoforov, hijo natural de un noble propietario de aquellas tierras. Por haber participado en los desórdenes universitarios de Kazán fue enviado a Saratov, bajo vigilancia de la policía. Allí se consagró a la propaganda socialista entre los jóvenes del instituto, entre obreros y campesinos, creando una serie de pequeñas cooperativas de producción. En 1864 era detenido —y tras casi diez años de exilio en la gobernación de Arjangel'sk— podrá emigrar en 1875, convirtiéndose en Ginebra en el iniciador del periódico «Obshee delo» (La causa común)⁴⁰. Más adelante Plejanov dirá que pudo observar —diez años después de la detención de Jristoforov— las profundas huellas dejadas en Saratov por su predicación.

Los obreros lo recordaron durante mucho tiempo. En 1877 nos contaron a los de *Zemlia i volia* que en su ambiente nunca se había apagado la pequeña chispa de pensamiento revolucionario encendida por él. Incluso los que no lo habían conocido personalmente evocaban su nombre como el de su antepasado espiritual⁴¹.

Además de este modesto intento de encontrar apoyo en las provincias —y aparte la acción propagandística y el esfuerzo, apenas esbozado, de organizar núcleos cooperativos—, el movimiento de Ishutin y Judiakov se fijó la tarea de liberar a quienes habían caído en la lucha de *Zemlia i volia*.

Chernyshevski era su primera preocupación. Habrían querido liberarlo, hacerlo emigrar al extranjero y que allí se convirtiese en director de un periódico. La idea, salida de los de San Petersburgo, fue aceptada con entusiasmo por todos. Stranden debía realizar el plan. Habría tenido que marchar a Siberia en el verano de 1867, y establecerse lo más cerca posible de donde Chernyshevski estaba encarcelado. Judiakov, de origen siberiano, le había dado una serie de informaciones y advertencias, amén de procurarle pasaportes falsos⁴². Pero las detenciones pusieron fin a aquellos planes, aún en fase de proyecto. En 1865 llegaba a Moscú de San Petersburgo Nikol'ski, enviado por Judiakov para organizar con el grupo moscovita la liberación de N. A. Serno-Solov'evich. Se hicieron largos preparativos para tratar de liberar a Jristoforov.

Estos planes sólo tuvieron éxito en un caso. El prisionero era una figura de primer orden, el polaco Dabrowski, futuro general de la Comuna de París. Detenido por haber participado en la insurrección polaca, había sido encerrado en una de las prisiones de Moscú. Escapará de ella en pleno día, disfrazado de mujer, el 1 ó el 2 de diciembre de 1864. El golpe había sido organizado por los grupos clandestinos polacos, en contacto con los rusos. Ermolov, Yurasov y Zagibalov lo escondieron durante unos días antes de que pudiera huir al extranjero, pasando por San Petersburgo⁴³.

¿Cuándo y cómo se concretó en este ambiente la idea de un atentado contra el zar? Probablemente estaba más difundida de lo que en general se cree. La frase del asesino de Lincoln, «Sic semper tyrannis», circulaba ampliamente por Moscú⁴⁴. El regreso de Judiakov de Ginebra en 1865, las noticias difundidas entonces por Ishutin sobre un «Comité Revolucionario Europeo», contribuyeron —en proporción difícil de establecer, por otra parte— a crear la atmósfera. La sobreexcitada y cerrada psicología que había ido cristalizando entre los miembros del «Infierno» era al tiempo, desde este punto de vista, un efecto y una causa. Pero el atentado se realizó porque se encontró una persona que, superando los obstáculos interpuestos por sus mismos compañeros, se convenció de que era necesario actuar de inmediato.

«Un rostro pálido y cansado, cabellos largos hasta los hombros, se distinguía por la incuria de sus vestidos». Así recuerda uno de los profesores de la universidad de Kazán la figura de Dmitri Vladimirovich Karakozov entre 1863 y 1864⁴⁵. Era la segunda vez que entraba en aquella universidad, de la que fue expulsado por su participación en los desórdenes de 1861. Procedía de una familia de nobles de la gubernación de Saratov, pequeños propietarios semiarruinados, dueños de unos cincuenta campesinos, la misma familia que había acogido al huérfano Ishutin hospedándolo durante su infancia.

En 1864 Karakozov estaba en Moscú para estudiar, pero al año siguiente fue expulsado de nuevo de la universidad, por no haber pagado las tasas. Durante dos meses trató de trabajar como empleado en casa de un noble, pero esa experiencia le dejó sólo un profundo odio hacia la aristocracia. Ishutin recordaba «que aquel período volvía siempre a su memoria con hiel y rabia, cómo hablaba siempre con desprecio de las reuniones celebradas tras la liberación entre señores y campesinos para establecer los lotes de tierra destinados a éstos últimos. Creo que éste era el origen de su odio contra los nobles». Esta vida breve y desordenada no permitía adivinar aún el elemento predominante en la personalidad de Karakozov: una voluntad y una concentración obstinadas, evidentemente excepcionales.

Como tantos otros, había empezado a participar en la actividad pedagógica y propagandística. Trabajó como maestro en una de las es-

cuelas gratuitas dirigidas por Ishutin en Moscú, escuelas a las que un noble de Vladimir —Pavel Akimovich Musatovski, que en cierto modo compartía sus opiniones— había prestado su nombre. Pero semejantes actividades no hacían más que roer la conciencia de Karakozov. Se sentía gravemente enfermo, más de lo que estaba en realidad. Maltrecho por las privaciones y las dificultades, pensaba en el suicidio, se procuraba veneno, aunque atormentándose sin tregua con el pensamiento de deber morir sin haber hecho nada por el pueblo. Toda la actividad social de sus compañeros estaba muy lejos de satisfacerlo. Consideraba como pura y simple «filantropía», que no llevaría a nada, crear escuelas y cajas de socorros mutuos⁴⁶.

En febrero de 1866 desapareció durante unos días, dejando escrito que iba a ahogarse. Al regresar, dijo que había estado en el monasterio de la Trinidad de San Sergio, no lejos de Moscú, con la intención de hacer de él su punto de partida para una propaganda capilar entre los campesinos. Reveló entonces a Ishutin, Ermolov, Yurasov, Strandén y Zagibálov su decisión de matar a Alejandro II. Parece que todos estuvieron en contra y trataron de disuadirlo, aunque en vano. O quizás éste no fue, más adelante, sino un modo como otro cualquiera de explicar a los jueces su presencia en San Petersburgo.

A principios de marzo Karakozov estaba en San Petersburgo, obligado a vivir en posadas y habitaciones de alquiler y a cambiar continuamente de domicilio, porque carecía de papeles. Trataba a obreros y estudiantes y más de una vez vio a Judiakov. Había llevado consigo un revólver, y en San Petersburgo se procuró pólvora y proyectiles.

Escribió entonces una proclama, que copiaba y abandonaba donde suponía que podrían recogerla los obreros⁴⁷. Desde luego, desde el punto de vista conspiratorio, no era lo más indicado difundir semejante hoja, sobre todo porque en ella se hablaba de su intención de atacar contra la vida del zar. Pero Karakozov sentía que al escribirla realizaba un acto necesario, aunque arriesgado. Lo atormentaba un problema: ¿comprendería el pueblo lo que estaba a punto de hacer? ¿Y cómo reaccionaría? Este problema —que era como el gran vacío de aquella concepción terrorista, la gran laguna en el plan del atentado— debía plantearseles sin tregua a él y a Judiakov en los días que precedieron inmediatamente al hecho. Para Karakozov la decisión estaba tomada, las dudas no atormentaban al hecho, sino a su significado. Y en realidad su proclama es casi una confesión en primera persona, una justificación a los ojos de aquellos «amigos obreros» a los que se dirigía. Un tono fuertemente personal da a esta hoja —entre las de sus contemporáneos, similares en sus ideas y motivos— originalidad y fuerza.

Se trata, por otra parte, de una exposición sencilla y animada de todos los puntos fundamentales de la doctrina populista del grupo moscovita.

Hermanos, durante mucho tiempo me ha atormentado la idea, no me ha dejado en paz la duda de por qué mi amado pueblo ruso debe sufrir tanto... ¿Por qué junto al eterno pueblo simple campesino, junto al obrero de la fábrica y el taller, gente que no hace nada, los nobles holgazanes, la horda de funcionarios y los otros ricos han de vivir en casas luminosas? Viven a costa del pueblo común, chupan la sangre del campesino. He buscado la razón de esto en los libros, y la he encontrado. El verdadero responsable es el zar. La historia rusa lo demuestra. Son ellos quienes han creado poco a poco, durante los pasados siglos, la organización estatal, el ejército; son ellos quienes han distribuido la tierra a los nobles. Pensadlo bien, hermanos, y veréis que el zar es el primero de los nobles. No tiende nunca la mano al campesino, porque él mismo es el mayor enemigo del pueblo.

Tras haber expuesto así, en forma popular, la idea de que el estado (y, por lo tanto, el zar) era el enemigo fundamental de la revolución en Rusia, hablaba de las reformas de 1861 como la prueba más evidente de la incapacidad del emperador para dar una verdadera libertad.

He viajado yo mismo por varios lugares de nuestra madre Rusia. He conocido la miserable vida de los campesinos... Se están empobreciendo cada vez más a consecuencia de las diversas medidas que acompañan la «libertad». Pronto les arrancarán de encima incluso el último y miserable vestido. He sentido todo el dolor y el peso de ver morir así a mi amado pueblo. Y he decidido aniquilar al zar malvado y morir yo mismo por mi amado pueblo.

Y si no lo consigo —agregaba— otros lo harán después de mí.

Sólo tras habernos librado del enemigo principal se verá cuán pocos y débiles son los señores, los dignatarios de la corte, los funcionarios.

Entonces tendremos la verdadera libertad. La tierra ya no pertenecerá a los holgazanes, sino a los *artel'* y a las sociedades de los propios trabajadores. Los capitales no serán dilapidados por el zar, los nobles y los dignatarios de la corte, sino que pertenecerán también a los *artel'* y a los obreros. Con esos capitales las cooperativas producirán obras útiles y los beneficios se repartirán de modo igual entre todos sus miembros. Cuando esté en posesión de todos estos medios, el pueblo ruso sabrá administrarse por sí solo, sin el zar.

Sepan los obreros que el hombre que ha escrito estas palabras piensa en su suerte, y actúen en consecuencia, no esperando en nadie que no sean ellos mismos, para conquistar su propio destino y librar a toda Rusia de ladrones y explotadores⁴⁸.

Las autoridades conocieron este manifiesto-confesión tres semanas antes del atentado. El 14 de marzo llegaba a la cancillería del gobernador general de San Petersburgo una carta anónima firmada por «un estudiante» que adjuntaba la proclama de Karakozov. El hecho de que no se tomara la menor precaución demuestra el grado de incuria burocrática existente entonces.

Es difícil establecer la actividad del grupo de San Petersburgo durante los días que precedieron inmediatamente al atentado. Naturalmente, también se lo preguntaron los jueces, en el momento del proceso, y al menos algunos de ellos se hicieron la idea de que el principal instigador del acto de Karakozov fue Judiakov. Klevenski, el historiador que ha estudiado más de cerca este episodio, vaciló mucho en torno al problema, aceptando en la primera edición de su estudio sobre el grupo de Ishutin la tesis oficial, por así decirlo, sobre la responsabilidad de Judiakov, para rechazarla al año siguiente, en la segunda edición, y no sin buenas razones. En conclusión, es probable que Judiakov fuera desfavorable al atentado, pero que pronto se diera cuenta de que no había nada que hacer, dada la firme decisión de Karakozov, y que tratase de aprovecharse lo más posible de lo que ya consideraba inevitable, preparando a quienes estaban a su alrededor para el momento de desencadenamiento popular que esperaba. El atentado habría podido atribuirse a la iniciativa de nobles deseosos de desembarazarse del zar que había liberado a los siervos. Los revolucionarios insistirían maquiavélicamente sobre este rumor, provocando violencias populares contra la nobleza, arrastrando al pueblo —si era posible— a linchar a las clases poseedoras. Entre la juventud revolucionaria de San Petersburgo, incluso la que no estaba en directo contacto con el centro de Judiakov, se había difundido por aquellos días la convicción de que se había llegado a un momento decisivo de la lucha. Fue como una oleada que arrolló los programas de propaganda y penetración a más largo plazo entre el pueblo, con la esperanza de una gran conmoción⁴⁹.

El 4 de abril de 1866, mientras el zar, de regreso de su paseo por el Jardín de Verano, estaba a punto de subir a la carroza, Karakozov le disparó; fallando el tiro. Trató de huir, pero fue agarrado por los guardias y por voluntarios de la muchedumbre. Gritó a estos últimos: «¡Estúpidos, lo he hecho por vosotros!» Llevado ante el emperador, éste le preguntó si era polaco. Respondió: «Ruso puro.» A la pregunta de por qué había disparado, contestó: «¡Qué libertad has dado a los campesinos!»

Fue inmensa la impresión suscitada por el atentado. El gesto de Karakozov puso fin a lo poco que aún restaba de colaboración entre el emperador y la *inteligentsia* en la tarea de reformas, a la colaboración que había permitido la liberación de los siervos y las subsiguientes transformaciones de la administración local y la justicia. Una oleada de indignación y de miedo barrió los sueños liberales que aún perduraban

después de las represiones de 1862. Se inició la época llamada tradicionalmente del «terror blanco». Incluso hombres como Nekrasov, herederos del espíritu de los primeros años del reinado de Alejandro II, se inclinaron, tratando de salvar lo salvable, agregando su voz al coro de protestas contra el «nihilismo», al vocerío de la *inteliguentsia* que condenaba en bloque a la joven generación, exasperada y violenta. Murav'ëv, el que había ahogado en sangre la revuelta polaca de 1863, se convirtió en la figura central de la política interior rusa y dirigió la represión con el designio de desarraigar íntegramente las formas revolucionarias, hiriendo a las tendencias intelectuales que fueron su matriz⁵⁰.

La reacción caló en profundidad, incluso en las capas populares. Es difícil tener noticias exactas al respecto, pero las diversas fuentes coinciden en afirmar que los campesinos estuvieron de parte del emperador, y a veces de un modo violento. En el campo se difundió y enraizó la leyenda de un complot de nobles contra el zar liberador. Sólo algunos testigos de la época nos hablan de indiferencia, como si incluso el atentado pareciese a los campesinos un suceso demasiado remoto para interesarles verdaderamente.

¿Y los obreros? Z. K. Ralli —partidario de Bakunin más adelante—, que se encontraba entonces en Rusia, dejó escrito en sus memorias:

Era entonces peligroso hablar mal del zar en las fábricas. En general, al obrero no le gustan los estudiantes, porque los considera enemigos del zar; este último es para él la personificación de la verdad y de la justicia. En Moscú, en las calles silbaron e insultaron a los estudiantes, y, en general, manifestaron en todas partes sus sentimientos monárquicos. La juventud intelectual de ese período sabía perfectamente que en Rusia los trabajadores y los campesinos ligaban todas sus esperanzas en un futuro mejor a la fe en el zar⁵¹.

En los círculos oficiales se quiso aprovechar esta situación. Se creó de inmediato una leyenda según la cual Karakozov no había errado el tiro, sino que una mano providencial había desviado el revólver. Durante algún tiempo Osip Komissarov, el presunto salvador, se convirtió en un héroe. Era de origen campesino, de la gobernación de Kostroma, por lo que resultaba que un trabajador del campo había salvado la vida del zar. Pero la leyenda no se tuvo en pie mucho tiempo. Komissarov era en realidad un pobre artesano, acostumbrado a beber. Lo habían presentado al emperador, lo hicieron noble, y lo pasearon de fiesta en fiesta y de banquete en banquete. Acabó comportándose de manera tal que hubo que devolverlo a provincias, donde pronto morirá en la más completa embriaguez.

El episodio es significativo, pero no debe ocultarnos un hecho: el atentado demostró la existencia de un hondo lazo entre la masa obrera

y campesina y la monarquía, lazo que no era posible aprovechar maquiavélicamente para suscitar violencias contra los nobles, como habían esperado los revolucionarios. Estos tuvieron que reconocer lo lejos que estaban aún del pueblo, cuán grande era el abismo que los apartaba de las masas.

Karakóзов, detenido, trató de ocultar su identidad. Fue tratado con crueldad y violencia, interrogado durante horas y horas sin que le permitieran sentarse o apoyarse en una pared, alimentado sólo con pan y agua, aunque las voces que corrieron sobre auténticas torturas constituyen probablemente sólo una leyenda. Siguió diciendo durante unos días que se llamaba Aleksei Petrov y que era campesino. La policía, en cambio, lo creía polaco. Pocos días después fue posible establecer su verdadera identidad. Un posadero, con el que había vivido, denunció la desaparición de un inquilino suyo, y un registro llevó al descubrimiento de un fragmento de papel con una dirección: la de Ishutin. Todo el grupo de Moscú cayó de golpe, y los detenidos fueron conducidos a San Petersburgo.

La atmósfera de reacción y de terror en que se llevó la instrucción de la causa tenía por fuerza que producir profundos efectos sobre sus conclusiones. Pese al desorden, la incompetencia, y a veces la auténtica estupidez con que se movieron jueces y policías, la amplitud de las detenciones —varios cientos de personas— acabó por proporcionar gran número de datos⁵⁹. Las propias divisiones ideológicas existentes en los grupos de Moscú y San Petersburgo contribuyeron a la tarea de las autoridades investigadoras. El mismo Ishutin trató de quitarse de encima la responsabilidad del atentado. Al final la comisión se convenció de que tenía entre las manos todos los hilos importantes. Puede imaginarse lo que sufrieron todos los acusados sabiendo que Judiakov —tras esa experiencia— murió loco y que Karakóзов, que no era creyente, acabó transcurriendo horas enteras de rodillas, rezando intensamente.

El proceso se celebró a puerta cerrada, en una estancia de la fortaleza de Pedro y Pablo, la misma donde en 1826 habían sido condenados los decembristas. El fiscal fue el ministro de Justicia en persona. Los acusados tuvieron abogados que en la mayoría de los casos supieron defenderlos eficazmente. Y en realidad el veredicto del 1 de octubre no será un puro acto de venganza, sino que respetará —dentro de ciertos límites— las leyes rusas de entonces.

Karakóзов fue condenado a la horca. Ante la petición de gracia, Alejandro II respondió que, aunque como cristiano perdonaba, como emperador no podía hacerlo. A las siete de la mañana del 3 de octubre, ante unas decenas de miles de espectadores, llevado al cadalso, se inclinó ante el pueblo, como era costumbre, en las cuatro esquinas, y fue ahorcado. El comportamiento de la multitud, a pesar de la profunda reacción contra el atentado y su autor, no estuvo marcado por odio o escarnio. «En la muchedumbre popular —nos dice un contemporá-

neo— se oía el chillido y el lamento de las mujeres, se difundían plegarias y se hacían señales de la cruz por el alma pecadora del criminal»⁵³. Lo cual está confirmado también por las memorias del historiador Kostomárov:

El público se comportó ante este acontecimiento de modo bastante cristiano. No se oyó un reproche ni una acusación. Al contrario, cuando el criminal fue llevado a la horca, la mayoría del pueblo asistente hizo la señal de la cruz, diciendo: «Señor, perdonad sus pecados y salvad su alma»⁵⁴.

En los días sucesivos la policía detuvo a quienes acudían a visitar el lugar donde se había enterrado a Karokózov.

También Ishutin fue condenado a muerte. Llevado al cadalso, sólo entonces se anunció que se le había conmutado la pena por trabajos forzados a perpetuidad. Partió hacia Siberia, pero después retrocedió hacia la fortaleza de Shlisselburg, donde estuvo desde octubre de 1866 hasta mayo de 1868. Daba ya signos de locura cuando reanudó su viaje hacia Siberia, donde murió de tisis en la enfermería de la prisión de Novaya Kara, el 5 de enero de 1879⁵⁵.

Judiakov estuvo bien defendido, y a pesar de las previsiones generales no fue condenado a muerte. Lo esperaba la deportación: en febrero de 1867 estaba en Irkutsk, y de allí fue enviado a Verjoyansk. Ya ante el tribunal, y después en el cadalso —donde lo llevaron con otros para la «ejecución civil»— no podía contener una sonrisa nerviosa, síntoma de la enfermedad mental que lo llevaría a la muerte el 19 de septiembre de 1876. Sin embargo, en Siberia, tuvo aún tiempo y fortaleza de ánimo para dedicarse a sus investigaciones etnográficas y folklóricas. Recogió toda una serie de documentos sobre las tradiciones populares de aquellos yakutos entre los que se veía obligado a vivir, en una de las aldeas más remotas y desoladas de la región. El manuscrito se perdió a medias, y lo que quedó se publicará en 1890, tras extraños pasos de mano en mano. Durante mucho tiempo constituyó el único estudio sobre las tradiciones populares de aquellas tierras y sobre las relaciones entre las leyendas yakutas y las del pueblo ruso. Se trataba, pues, de un trabajo considerable e importante⁵⁶.

El tribunal juzgó a otras treinta y una personas. Ermólov, Stranden, Yurasov, Zagibálov, Nikolaév y Shagánov fueron condenados a trabajos forzados y encerrados, en Siberia, en el Aleksandrovski zavod, donde Chernyshevski estaba pagando su pena. En 1871 casi todos eran puestos en libertad y diseminados por la tundra de los yakutos. Arraigaron en aquella tierra, consagrándose a la agricultura, educando a los niños indígenas y asegurando un elemental servicio médico. Eran los primeros deportados en aquella región y con su paciencia y sus obras supieron superar la desconfianza y el odio iniciales con que los naturales los

habían acogido al principio: «Desde entonces los habitantes del lugar los reconocieron como hombres inteligentes, como los mejores de los rusos»⁵⁷.

La represión que siguió al atentado de Karakóзов tuvo un efecto tangible inmediato: entre 1866 y 1868 no existió en Rusia ningún grupo capaz de desplegar una actividad clandestina continuada, ni de dar a conocer sus propias ideas consiguiendo una resonancia más general para las controversias internas. Esto no significa, empero, que no prosiga entonces el continuo germinar de grupos clandestinos en el terreno de las agrupaciones estudiantiles, ni que el estado de ánimo aparecido en la Organización no continúe serpenteando aquí y allá.

Incluso las escasas noticias que ha sido posible recoger permiten seguir, por ejemplo, la vida interna de uno de estos «círculos» estudiantiles, la llamada «Academia de Smorgón»⁵⁸. El nombre intrigó no poco a la policía cuando se enteró de su existencia. Es más que probable que aludiese a la «Academia de Smorgón» (que era el nombre de los bosques que rodeaban un pueblecito de Bielorrusia), donde, en la primera parte del siglo pasado, los gitanos amaestraban a los osos que después bailarían en las plazas de ciudades y aldeas. Como dirá uno de los participantes en este grupo, «nuestro modo de vestir y de actuar nos asemejaba bastante a aquellos osos, y de ellos tomamos nuestro nombre».

Se trataba de una típica «comuna», de un grupo de estudiantes que vivían en la misma casa y habían organizado allí un comedor. «Por la noche, al entrar, se entregaban unos cincuenta copecs, y por esa suma cualquiera tenía derecho a coger vodka que se encontraba en la mesa y comer arenques. Cuando se había bebido, quien era capaz bailaba, los otros miraban o charlaban.» Esta descripción está tomada de una declaración tendente, con toda evidencia, a desviar las sospechas; pero la atmósfera de la vida cotidiana de esta «academia ursina» debía ser similar, efectivamente, a la descripción recogida. El grupo surgió en 1867 y resistió hasta marzo de 1869. La policía, siguiendo inconscientemente el ejemplo de todos los tiempos, olfateaba orgías en aquellas reuniones, e incluso aseguraba que una joven «nihilista» de particular belleza se sacrificaba allí para crear un fondo de dinero para la «comuna». Se trataba en realidad de la organizadora del comedor, Kozlovskaya, una figura característica de la juventud femenina de la capital, a medio camino entre las feministas que habían contribuido a la aparición del movimiento *Zemlia i volia* a comienzos de los años sesenta y las revolucionarias terroristas de la época siguiente.

En esta «comuna» —que surgió y vivió en un momento especialmente difícil, de opresión y reacción muy fuertes— se habían ido reuniendo estudiantes ligados inicialmente por orígenes comunes o por persecuciones sufridas juntos. Varios habían conocido ya la cárcel en el mo-

mento de la instrucción de la causa del atentado de Karakózov. Eran en su mayoría de la región del Volga, de Saratov.

Por este doble conducto territorial y político continuaba entre ellos un auténtico culto por Chernyshevski. La idea de liberarlo, de permitirle emigrar, de ponerlo al frente de una publicación revolucionaria en el extranjero, estaba presente continuamente en su ánimo. Era una aspiración similar a la que impulsará pronto a Elpidin, emigrado a Ginebra, a comenzar la reimpresión de las obras de Chernyshevski. Ya en 1867 salía la obra que más eficazmente había actuado sobre la nueva generación, el *¿Qué hacer?*

La «Academia de Smorgón» proyectó alguna tentativa de organizar la huida del escritor. El primer obstáculo con que tropezaron fue el financiero, y no pudieron superarlo. Pero quisieron colaborar de algún modo en la edición de sus obras, por lo menos, y con este fin se pusieron en contacto con los emigrados, enviándoles una suma de dinero recogida por ellos⁵⁹.

A este culto de Chernyshevski la «Academia» unía otro, más inmediato, por Karakózov, cuyo ejemplo trataron de seguir. Parece probado que dos de ellos intentaron volar el tren donde viajaba el emperador a Elisavetgrad. Decimos «parece» porque todo lo que se sabe al respecto está basado en una denuncia anónima contra dos estudiantes, Mijail Petrovich Troitski⁶⁰ y Vasili Ivanovich Kuntúshev, hijos de campesinos de la región de Saratov.

En 1867 ambos estaban en San Petersburgo, en la universidad. Kuntúshev partía a comienzos del siguiente año para Siberia, con un compañero, para estudiar el plan de liberación de Chernyshevski. La falta de dinero le obligó a vagabundear durante mucho tiempo, y la policía de Saratov le detendrá por vagabundo. En 1869 volvía a partir de Moscú, dirigiéndose al sur de Rusia en compañía de Troitski, con la intención de difundir las publicaciones de los emigrados de Ginebra. El 1 de noviembre fueron detenidos ambos con la acusación de preparar un atentado⁶¹.

Los documentos existentes no permiten decir con precisión cuánto había de verdad en todo ello, y la propia policía no estuvo muy segura. Pero bastaría el viaje de estos dos estudiantes para comprobar lo estrechamente unidos que en ellos estaban los motivos de propaganda y de organización clandestina, la idea de liberar a Chernyshevski y el fermento terrorista.

El único intento de actividad propiamente dicho realizado por esta Academia se derivó directamente de las leyendas que Ishutin puso en circulación. Recordando que se había hablado de un «Comité Revolucionario Europeo», decidieron tratar de ponerse en contacto con él. El compañero elegido para este fin es una figura de segundo plano, pero revela —como se advierte con frecuencia en la vida de estos populistas— las reservas de fuerza, idealismo y obstinada voluntad que animaban a los participantes de este movimiento.

Ivan Ivanich Bochkarev había nacido en 1842, en un pueblecito de la gobernación de Tver, de una familia de pequeños burgueses. Se ocupaba en parte de la tipografía que le dejó su padre, y en parte seguía los cursos de la universidad, primero en Moscú y luego en San Petersburgo. Pronto le absorbieron las ideas políticas que encontró entre sus compañeros estudiantes y empezó a interesarse por el «problema eslavo». En 1866 la agitación de los croatas contra los turcos lo convenció de la necesidad de obrar. Encontró en San Petersburgo una *obshina*, un grupo de estudiantes servios ligados a la Omladina (organización de los eslavos meridionales cuyas tendencias políticas pueden simbolizarse en la elección como presidentes de honor de Garibaldi, Mazzini, Cobden, Herzen y Chernyshevski, ocurrida unos años antes). Bochkarev emprendió entonces un largo viaje al extranjero, pasando por Ginebra, Marsella, Nápoles y Roma. En esta última ciudad entró en contacto con la organización de los servios y croatas. En 1867 estaba en Belgrado, para participar en una reunión de la Omladina, pero tuvo que renunciar a pronunciar el discurso preparado —que debía inspirarse, como podemos ver en sus notas, en el planteamiento general de los problemas eslavos esbozado por Chernyshevski— porque el congreso fue interrumpido a consecuencia de un conflicto político con el gobierno servio.

Durante su viaje, Bochkarev había tratado de resolver la tarea que sus compañeros rusos le confiaron: ponerse en contacto con la emigración rusa. Pero su misión fue muy desafortunada. Llevaba consigo un escrito de Chernyshevski, que tendría que servirle como signo de identificación ante quienes habían conocido a éste en Ginebra poco tiempo antes. Pero no hizo sino despertar sospechas; Elpidin y Utin le tomaron por un agente provocador. Con la reacción en Rusia, el ambiente de los prófugos se había vuelto cada vez más desconfiado y cerrado; la vida de las escasas unidades que componían la emigración rusa estaba llena de luchas internas y de nerviosismo. Acabaron por organizar un registro en la habitación de Bochkarev, quien tuvo que marcharse sin haber conseguido nada. El único resultado de esta tentativa de unirse al «Comité Revolucionario Europeo» fue el de llevar a Rusia el primer número de la revista «Narodnoe Delo» (La Causa Popular), escrito casi en su totalidad por Bakunin. Era una semilla vigorosa. En San Petersburgo, en los ambientes estudiantiles que poco a poco se iban reorganizando bajo el «terror blanco», era muy viva y profunda la espera de una consigna, de una incitación. S. L. Chudnovski, por ejemplo, nos ha referido la enorme impresión producida por aquel número de la revista²².

El 18 de octubre de 1868 Bochkarev era detenido. Se defendió con tenacidad e inteligencia. Pero la policía consiguió encontrar testimonios contra él en la deposición de un individuo que había regresado recientemente del extranjero, donde participó en la vida de los emigrados; al contrario de Bochkarev, demostraría en toda su vida aquel fondo de

tosquedad, de egoísmo rebelde y miope que se mezclaba con el movimiento revolucionario de aquellos años.

La «confesión» de I. G. Rozanov —así se llamaba— es un documento interesante a su manera, precisamente por su abyecta sinceridad. Este hombre siempre había sido perseguido, aplastado por una sociedad jerárquicamente demasiado pesada para las espaldas de un miserable hijo de peón caminero. Toda su cultura se había forjado en Rusia, en las conversaciones con sus amigos —que él llamaba «científico-borrachas»—, y sobre todo en la lectura de novelas. «No encontré en ellas sino que era mi deber convertirme en un héroe, actuar atrevidamente, abiertamente; por eso me emborrachaba a menudo en público.» Todas sus ideas se resumían en un «nihilismo» y un egoísmo áridos y míseros. Su autor preferido era Pisarev. En Ginebra fue miembro durante un tiempo de la sección local de la Internacional. Careado con Bochkarev, consiguió convencer a la policía de que éste era un hombre peligroso y obtuvo como recompensa la liberación. Por lo demás, sus propuestas para trabajar como agente provocador cayeron en el vacío; probablemente estaba demasiado enfermo de tisis y sífilis para resultar útil.

Bochkarev fue condenado a residencia forzosa en su país de origen. No permaneció allí mucho tiempo; pronto se encontró de nuevo en la cárcel por el asunto Necháev. Esta vez, gracias a su tranquila firmeza, salió sin más consecuencias y regresó a dedicarse a la enseñanza en su pueblo. Pero continuaron las persecuciones; fue confinado en Astraján, y después, en 1879 —sospechoso de haber participado en la eliminación de un agente provocador—, deportado a Arjanglesk. Pasó así gran parte de su vida de exilio en exilio, sin abandonar jamás sus ideas populistas. De viejo vivía cerca de Yasnaya Poliana y había entablado amistosas relaciones con Tolstoi. Sus ideas religiosas coincidían en muchos puntos, y el escritor le estimaba mucho. Durante años enteros la situación de Bochkarev se había resentido de su negativa a escribir «ortodoxo» en la casilla de un censo oficial, y es natural que semejante actitud le atrajese las simpatías de Tolstoi.

El historiador B. P. Koz'min lo ha definido con justicia como una vigorosa y original figura de buscador de la verdad. Desde luego, era el hombre más notable salido del ambiente de la «Academia de Smorgón» y en general de los raros grupos revolucionarios que existieron en la época del «terror blanco».

Notas al capítulo 14

¹ El primer opúsculo dedicado a este episodio se debe a N. A. Vorms, pero se publicó anónimo. El autor está perfectamente enterado del asunto, pero no quiere entrar en detalles que podrían resultar peligrosos para quienes se encontraban en la cárcel o que no habían emigrado de Rusia. Por tanto, no añade gran cosa a las fuentes de archivo publicadas posteriormente: *Bely terror ili vystrel 4 aprelia 1866 goda. Raskaz odnogo iz soslannyj pod nadzor politssi* [El terror blanco o el pistoleazo del 4 de abril de 1866. Narración de uno de los exiliados bajo la vigilancia de la policía], Leipzig, s. d. [pero 1867]. Los dos volúmenes fundamentales son los de M. M. Klevenski y K. G. Kótel'nikov, *Pokushenie Karakozova* [El atentado de Karakozov], en la serie «Politicheskie protsessy 60-80-gg., pod redaktsiei V. V. Maksakova i V. I. Nevskogo» [Los procesos políticos de los años 60-80, edición de V. V. Maksakov y V. I. Nevski], tomo I, M. 1928, tomo II, M.-L. 1930, en el que está publicado el proceso del verano de 1866. En el fasc. XVII de «Krasny arjiv» de 1926, M. M. Klevenski ha publicado el material de la comisión investigadora. Agréguese a ello un breve pero interesante estudio del mismo autor: *Ishutinski kruzhok i pokushenie Karakozova* [El grupo de Ishutin y el atentado de Karakozov], M. 1928²; A. Shílov, *D. V. Karakozov i pokushenie 4 aprelia 1866 g.* [D. V. Karakozov y el atentado del 4 de abril de 1866], P. 1920. Todo el episodio ha sido examinado a fondo por R. V. Filippov, *Revoliutsionnaya narodnicheskaya organizatsiya N. A. Ishutina-I. A. Judiakova (1863-1866)* [La organización revolucionaria populista de N. A. Ishutin e I. A. Judiakov (1863-1866)], Petrozavodsk, 1964; E. S. Vilénskaya, *Revoliutsionnoe podpol'e v Rossii (60-e gody XIX v.)* [El subsuelo revolucionario en Rusia (en los años sesenta del siglo XIX)], M. 1965; T. F. Fedosova, *Pol'ski Komitet v Moskve i revoliutsionnoe podpol'e (1863-1866)* [El Comité polaco en Moscú y el subsuelo revolucionario (1863-1866)], en *Revoliutsionnaya Rossiya i revoliutsionnaya Pol'sha (vtoraya polovina XIX veka). Sbornik statei pod red. V. A. D'yakova, I. S. Millera, N. P. Mitinoi* [La Rusia revolucionaria y la Polonia revolucionaria (segunda mitad del XIX). Colección de artículos editada por V. A. D'yakov, I. S. Miller, N. P. Mitina], M. 1967, pp. 123 y ss., y E. Vilénskaya, *Judiakov*, M. 1969.

² Cfr. sobre todo Vilénskaya, *Revoliutsionnoe podpol'e Rossii* cit., pp. 185 y ss.

³ Los dos testimonios más interesantes sobre este conflicto inicial entre populistas y nihilistas son los de P. F. Nikolaev, publicado por V. E. Cheshijin-Vetrinski, N. G. Chernyshevski. 1828-1889, P. 1923, p. 175, y de V. Cherkezov, publicado por E. E. Kólosov, en *Molodoe narodnichestvo 60-j dogov* [El joven populismo de los años sesenta], en «Sibirskie zapiski», 1917, fasc. III. Véase la discusión al respecto de B. P. Koz'min, *Ot devyannadtsatogo fevralia k pervomu marta* [Del 19 de febrero (1861) al 1 de marzo (1881)], M. 1933, pp. 78 y ss.

⁴ I. A. Judiakov, *Opyt autobiografii* [Ensayo de autobiografía], Ginebra, 1882, página 45.

⁵ Cfr. Filippov, *op. cit.*, pp. 50 y ss., y 156 y ss.; Vilénskaya, *Revoliutsionnoe podpol'e v Rossii* cit., pp. 212 y ss., y 256 y ss.

⁶ Vilenskaya, *Revoliutsionnoe podpol'e v Rossii* cit., pp. 286 y ss. Sobre algunas figuras de obreros que entraron en contacto con estos primeros grupos populistas, cfr. *Rabochee dvizhenie v Rossii v XIX veke, pod red. A. M. Pankratovoi* [El movimiento obrero en Rusia en el siglo XIX, edición de A. M. Pankratova], tomo II, parte I: 1861-1874, M. 1950, p. 221.

⁷ M. Klevenski, *Iz vospominaniya Z. K. Ralli* [De los recuerdos de Z. K. Ralli], en *Revoliutsionnoe dvizhenie 60-j godov. Sbornik statei pod red. B. I. Goreva i B. P. Koz'mina* [El movimiento revolucionario de los años sesenta. Colección de artículos editada por B. I. Gorev y B. P. Koz'min], M. 1932.

⁸ Citado por Klevenski en la introducción a *Pokushenie Karakozova* cit., vol. I, página X.

⁹ Filippov, *op. cit.*, pp. 98 y ss.

¹⁰ Véase el detallado e interesante artículo de M. Klevenski, «*Evropeiski revoliutsionny komitet*» v dele Karakozova [El «Comité revolucionario europeo» en el proceso de Karakozov], en *Revoliutsionnoe dvizhenie 60-j godov* cit., pp. 147 y ss.

¹¹ Palabras de un artículo sobre I. A. Judiakov, en «*Vpered*», núm. 15, de 15 de diciembre de 1876.

¹² Vilenskaya, *Revoliutsionnoe podpol'e v Rossii* cit., p. 378. La autora piensa que no se trata de la Internacional, sino de la Hermandad de Bakunin. Es cierto que hay muchos elementos que inducen a aproximar las ideas y la organización secreta de Bakunin —durante los años que estuvo en Florencia y Nápoles— al «Infierno» de los revolucionarios rusos, pero la visión internacional, el panorama de insurrecciones y atentados que domina en el Comité Revolucionario Europeo de Ishutin parecen referirse más bien a la actividad de Bakunin en 1863 y 1864 que a la del verano de 1865, cuando de las esperanzas puestas en los polacos pasó a una actividad centrada en Italia, España y Francia. Tampoco habría que asombrarse de que las noticias llegaran a Rusia con retraso y bastante deformadas. Al parecer, el «Infierno» poseía los retratos de los jefes del Comité Revolucionario Europeo (hoy perdidos). No podía tratarse solamente de Bakunin y de sus escasos seguidores de entonces. Es más probable que se tratara de los jefes de la democracia revolucionaria europea de los años en que la insurrección polaca llegaba al ocaso y se entrecruzaban en los Balcanes y Alemania los planes de los garibaldinos y de los revolucionarios rusos y franceses. Entre éstos, observemos que Elie Réclus —uno de los primeros miembros de la Hermandad, junto con su más famoso hermano Elisée— era colaborador de la revista «*Russkoe slovo*». Los caminos por los que llegó a Moscú y San Petersburgo el eco de los fermentos revolucionarios de la Europa de la época pudieron ser muchos y muy distintos. Cfr. Elio Conti, *Alcuni documenti relativi al soggiorno fiorentino di Michele Bakunin (1864-1865)*, en «*Movimento operaio*», año II, números 5-6, febrero-marzo de 1950, pp. 121 y ss.; Pier Carlo Masini y Gianni Bosio, *Bakunin, Garibaldi e gli affari slavi*, *ibid.*, año IV, núm. 1, enero-febrero 1952, páginas 78 y ss.; y Pier Carlo Masini, *La visita di Bakunin a Garibaldi*, *ibid.*, año IV, número 3, mayo-junio de 1952, pp. 472 y ss.

¹³ Vilenskaya, *Judiakov* cit., pp. 120 y ss.

¹⁴ Judiakov, *Opyt avtobiografii* cit., reeditado en «*Istoricheski véstnik*», 1906, fascículos X-XII, con el título *Iz vospominani shestidesiatnika* [De las memorias de un hombre de los años sesenta], y después, en volumen, con el título de *Zapiski karakozovtza* [Recuerdos de un karakozovista], M. 1930. Existe una traducción francesa: I. A. Khoudiakoff, *Mémoires d'un révolutionnaire. Moeurs russes*, París, 1889. El traductor dice justamente que se trata «de un documento de los más valiosos para el estudio del nihilismo». M. M. Klevenski, *I. A. Judiakov, revoliutsioner i uchëny* [I. A. Judiakov, revolucionario y ensayista], M. 1929. También es interesante lo que dice de él Kolosov, *op. cit.* Define a Judiakov como el primer «difusor de las ideas populistas en los años sesenta». Sobre los manuscritos y sobre las diversas ediciones de esta y otras obras póstumas, cfr. Vilenskaya, *Judiakov* cit., pp. 143 y ss. La primera edición, ginebrina, estuvo a cargo de Lavrov y Elisée.

¹⁵ Judiakov, *Opyt avtobiografii* cit., p. 24.

¹⁶ Su editor, E. P. Pechatkin, detenido por primera vez en 1861, por los desórdenes estudiantiles de San Petersburgo, fue encarcelado de nuevo un año después por el asunto de la «imprensa de bolsillo» de Ballod. En 1866, una tercera detención ocasionó el cierre de la cooperativa editorial organizada por él.

¹⁷ Una excelente edición de estos textos en *Velikorusskie skazki v zapisiaj I. A. Judiakova* [Fábulas de la Gran Rusia en las colecciones de I. A. Judiakov], edición de V. G. Bazanov y O. B. Alekseeva, con un espléndido prefacio del primero, M.-L. 1964.

¹⁸ Para el aspecto científico de estas investigaciones, cfr. E. A. Bobrov, *Nauchno-literaturnaya deyatel'nost' I. A. Judiakova* [La actividad científico-literaria de I. A. Judiakov], en «Zhurnal ministerstva narodnogo prosvesheniya», 1908, fasc. VIII.

¹⁹ I. A. Judiakov, *Osnovnoi element narodnyj skazok* [El elemento fundamental de los relatos populares], en «Biblioteka dlia chténiiya», 1863, fasc. XII.

²⁰ I. A. Judiakov, *Russkaya knizhka* [Librito ruso], Spb. 1863.

²¹ El programa de la revista, sacado de los archivos de la censura, ha sido publicado por Klevenski, I. A. Judiakov cit., p. 28. Debía incluir: 1) estudios de mitología y de poesías populares; 2) textos medievales rusos, leyendas, etc.; 3) materiales de poesía popular de otras naciones; 4) una sección bibliográfica.

²² Judiakov, *Opyt avtobiografii* cit., pp. 78-79.

²³ Id., *Samouchitel' dlia nachinayushij obuchat'sia gramote* [El autodidacta para quienes empiezan a aprender a leer y escribir], Spb. 1865.

²⁴ A. I. Gertsen, *Polnoe sobranie sochineni i pisem pod red. M. K. Lemke* [Colección completa de obras y cartas, edición de M. K. Lemke], vol. XVIII, p. 337.

²⁵ «Zhurnal ministerstva narodnogo prosvesheniya», 1864, fasc. III.

²⁶ Cfr. A. N. Tsamutali, *Istoriya Rossii v osveshenii I. A. Judiakova* [La historia de Rusia vista por I. A. Judiakov], en *Istoriya i istoriki. Sbornik statei* [La historia y los historiadores. Colección de artículos], M. 1965, pp. 440 y ss.

²⁷ F. Voljovski, *Druz'ya sredi vragov* [Amigos entre los enemigos], Spb. 1906, página 4.

²⁸ P. L. Lavrov, *Narodniki-propagandisty* [Populistas-propagandistas], L. 1926, página 37.

²⁹ N. K. Buj, *Vospominaniya* [Memorias], M. 1928, p. 52.

³⁰ L. E. Shishko, *Sobranie sochineni* [Obras completas], M. 1919, vol. IV, página 207.

³¹ S. Sinogub, *Vospominaniya chaikovtsa* [Memorias de un partidario de Chaikovski], en «Byloe», 1906, fasc. XI, pp. 113-14.

³² German Aleksandrovich Lopatin (1845-1918). *Sbornik pod red. A. Shilova* [German Aleksandrovich Lopatin. Miscelánea, bajo la dirección de A. Shilov], P. 1922.

³³ L. F. Pantelev, *Iz vospominani prosblogo. Redaktsiya i kommentarii S. A. Reiser. Vstupitel'naya stat'ya V. I. Nevskogo* [De los recuerdos del pasado. Edición y comentarios de S. A. Reiser. Introducción de V. I. Nevski], M.-L. 1933, p. 299.

³⁴ He aquí un ejemplo de dictado, encontrado entre los papeles de la policía y publicado por Klevenski, I. A. Judiakov cit., p. 72: «¿Dónde se vive mejor? En los Estados Unidos. ¿Dónde está la gente honrada? En Siberia. ¿Cuándo se vivirá mejor? Cuando no haya zar. ¿Quién es vil y estúpido en el mundo? Los generales.» Sobre el origen del grupo de San Petersburgo, cfr. Vilenskaya, *Revoliutsionnoe podpol'e v Rossii* cit., pp. 313 y ss. Sobre las escuelas, *ibid.*, pp. 336 y ss.

³⁵ Klevenski y Kotelnika, *Pokushenie Karakozova* cit., vol. I, p. 53.

³⁶ *Ibid.*, p. 303.

³⁷ «Krasny arjiv», 1926, fasc. IV.

³⁸ Klevenski, I. A. Judiakov cit., p. 68.

³⁹ Klevenski, *Iz vospominani Z. K. Ralli* cit., p. 139.

⁴⁰ Sobre su actividad en Saratov, cfr. el artículo de V. Sushitski *Iz istorii revoliutsionnoi deyatel'nosti A. J. Iristoforova v Saratove* [Para una historia de la actividad revolucionaria de A. J. Iristoforov en Saratov], en «Katorga i ssylka», 1924, fascículo VI, así como también N. Volkov (I. Mainov), *Iz zhizni saratovskij kruzhek*

[De la vida de los grupos de Saratov], Spb. 1906, y K. Vinogradov, *Odna iz pervykh stranits rasprostraneniya kommunisticheskikh idei v sredi saratovskogo proletariata* [Una de las primeras páginas de la difusión de las ideas comunistas entre el proletariado de Saratov], en «Izvestiya IKSD Riaz.-Ur. zh. d.», 1918, núm. 18; A. Jristoforov, «Obshee delo». *Istoriya i iarakteristika izdaniya* [«La causa común». Historia y características de este periódico], en «Osvobozhdenie», s. l. 1903, fasc. I, pp. 24 y ss., y E. V. Mijailov, *Pis'mo A. A. Sleptsova P. A. Rovinskomu ot 3 (16) aprilia 1905 g.* [Una carta de A. A. Sleptsov a P. A. Rovinski del 3 (16) de abril de 1905], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* [La situación revolucionaria en Rusia entre 1859 y 1861], vol. IV, M. 1965, pp. 426 y ss.

⁴¹ G. V. Plejanov, *Russkii rabochi v revoliutsionnom dvizhenie* (Po lichnym vospominaniyam) [El obrero ruso en el movimiento revolucionario (De recuerdos personales)], en *Sochineniya, pod red. D. Riazanova* [Obras, edición de D. Riazanov], M. s. d., vol. III, p. 194, nota.

⁴² M. M. Klevenski, *Materialy ob I. A. Judiakove* [Materiales sobre I. A. Judiaikov], en «Katorga i ssylka», 1928, fasc. VIII-IX.

⁴³ M. M. Klevenski, *Pobeg Yaroslava Dombrowskogo* [La fuga de Ya. Dabrowski], en «Krasny arjiv», 1927, fasc. III, y A. Chernov, *K istorii pobega Yaroslava Dombrowskogo* [Para una historia de la fuga de Ya. Dabrowski], en «Katorga i ssylka», 1931, fasc. I.

⁴⁴ Lo recuerda Ralli en sus memorias, publicadas en la citada colección *Revoliutsionnoe dvizhenie 1860-j godov*.

⁴⁵ I. D. Shestakov, *Tiazhelye dni Kazanskogo universiteta* [Días difíciles de la universidad de Kazán], en «Russkaya starina», 1898, fasc. XII.

⁴⁶ Filippov, *op. cit.*, p. 75.

⁴⁷ Ha sido publicada por A. Shilov, *Iz istorii revoliutsionnogo dvizheniya 1860-j gg. Proklamatsiya «druz'yam rabochim!» D. V. Karakozova* [De la historia del movimiento revolucionario de los años sesenta. La proclama «a los amigos obreros» de D. V. Karakozov], en «Golos minuvshago», 1918, fasc. X-XII.

⁴⁸ Shilov ha querido ver un elemento original en la insistencia con que este manifiesto vuelve sobre el *artel'*, y ha creído que esa idea se remonta a la difusión del pensamiento de Owen en el grupo moscovita. Este obrerismo es notable como síntoma, sí, pero no olvidemos que *La joven Rusia* había expresado ya ideas parecidas. La semejanza de toda la ideología social de este manifiesto con la de *La joven Rusia* ha sido subrayada con razón por V. Cherkezov, citado en el artículo ya mencionado de E. Kolosov.

⁴⁹ German Aleksandrovich Lopatin cit., p. 139. Cfr. Vilenskaya, *Revoliutsionnoe podpol'e v Rossii* cit., pp. 414 y ss.

⁵⁰ Sobre la impresión que causó en la joven generación esta oleada de represiones, enraizando en ella la idea de un duelo a muerte entre el poder y los revolucionarios, véase el interesante opúsculo de Nikifor G*** (seudónimo de N. Ya. Nikoladze), *Pravitel'stvo i molodoe pokolenie* [El gobierno y la joven generación], Ginebra 1866. Sobre el autor de este opúsculo, cfr. V. S. Bajtadze, *Ocherki po istorii gruzinskoi obshchestvenno-ekonomicheskoi mysli (60-90 gody XIX stoletiya)* [Ensayos de historia del pensamiento social-económico de Georgia (años sesenta-noventa del siglo XIX)], Tiflis 1960, cap. II, pp. 71 y ss. Curiosa y no desprovista de inteligencia es la reacción de un típico liberal como Kavelin. Cfr. P. A. Zayonchkovski, *Zapiska K. D. Kavelina o nihilizme* [El memorial de K. D. Kavelin sobre el nihilismo], en «Istoricheski arjiv», 1950, vol. V, pp. 323 y ss.

⁵¹ Klevenski, *Iz vospominani Z. K. Ralli* cit., p. 143.

⁵² Vilenskaya, *Revoliutsionnoe podpol'e v Rossii* cit., pp. 26 y ss., e Id., *Judiaikov* cit., pp. 113 y ss.

⁵³ Carta del 10 de septiembre de 1866 de M. I. Semevski (conocido erudito e historiador de la época), publicada por Koz'min, *Sovremenniki o karakozovskom protsesse* cit.

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ E. Breshkovskaya, *Iz moej vospominani* [De mis recuerdos], Spb. 1906, pp. 4 y ss., cuenta que encontró a Ishutin en la cárcel, ya completamente comido por la enfermedad. «Flaco y pálido», criticó el vestido sencillo, de campesina, que llevaba la Breshkovskaya, hablando durante mucho tiempo de teatros, palcos y diversiones en Moscú. «Era penoso y terrible oír de sus labios semejantes discursos»...

⁵⁶ Cfr. V. Kubalov, *Karakozovets I. A. Judiakov v ssylke* [El karakozovista I. A. Judiakov en la deportación], en «Katorga i ssylka», 1926, fasc. VII-VIII. Verjovansk era un lugar habitado en todo y por todo por 164 yakutos y un gendarme, un pope y un *fel'dsher* (enfermero) rusos.

⁵⁷ Breshkovskaya, *op. cit.*, y V. Nikiforov, *Karakozovtsy v ssylke i ij vliyaniye na yakutov* [Los karakazovistas en la deportación y su influencia sobre los yakutos], en «Katorga i ssylka», 1924, fasc. III. Zagibalov y Nikolaev se hicieron miembros del partido de los socialistas revolucionarios. El primero participará en la revolución de 1905 y vivirá muchos años en la clandestinidad. El segundo pasará su vida entre la deportación y la cárcel y morirá en 1910, tras haberse hecho famoso con sus obras y su intensa actividad política. Cfr. Vilenskaya, *Judiakov cit.*, p. 128.

⁵⁸ Sobre todo este período, véase B. P. Koz'min, *Revoliutsionnoe podpol'e v epogu «belogo terrora»* [El subsuelo revolucionario en la época del «terror blanco»], M. 1929, que ha publicado y comentado abundantes documentos de archivo antes desconocidos.

⁵⁹ Lo narra Max Nettlau en su necrología de Cherkezov, publicada en el periódico anarquista «Plus l'oln», 1925, fasc. VII-IX. Koz'min, *op. cit.*, p. 118, cita documentos de archivo que prueban este hecho (la propia deposición de Cherkezov en 1870).

⁶⁰ Detenido por el asunto Nechaev, vivió primero en el exilio en Penza, y después en Saratov. «Será el creador del grupo de *Narodnaya volia* en Saratov» (I. I. Mainov, *Saratovski semidesiatnik* [Un hombre de los años setenta, originario de Saratov], en «Minuvshie gody», 1908, fasc. 4). Detenido en 1882, morirá loco en su celda, tras un largo período de prisión.

⁶¹ Véase B. Nikolaevski, *V. I. Cherkezov*, en «Katorga i ssylka», 1926, fasc. IV. Cfr. Vilenskaya, *Revoliutsionnoe podpol'e v Rossii cit.*, p. 413.

⁶² S. L. Chudnovski, *Iz davnij let* [De los años lejanos], en «Byloe», 1907, fascículo IX.

Sergei Gennadevich Nechaev

El fermento rebelde que había animado a Ishutin y su grupo encontrará en Nechaev su más fuerte y violenta afirmación. Encontraremos en él el estado de ánimo y las ideas del «Infierno» moscovita, desarrollados con la audacia y la fuerza que sólo poseía él entre todos los revolucionarios de los años sesenta.

Nechaev cerrará el decenio iniciado el 19 de febrero de 1861; será el último eco directo de la reforma campesina, el último revolucionario populista que enlazará su acción con la gran esperanza de una negativa de las aldeas a aceptar la reforma.

Fracasado este último intento, todo el problema parecerá replantearse desde sus raíces. Lo que hará brotar en los populistas la esperanza de una sublevación ya no será la acción legislativa del estado en el campo, sino las nuevas condiciones de vida de los campesinos. Cerrado definitivamente en 1870 el ciclo de la reforma, finalizará también la época de las conjuras alimentadas por la fe en una resistencia de los campesinos y se iniciará la época de la «ida hacia el pueblo». Será un gran intento de encontrar en la propaganda el contacto con las aldeas que había faltado a *Zemlia i volia*, a Ishutin, y que Nechaev tratará en vano de encontrar.

Nechaev encontrará en su actuación enormes obstáculos, ya que el fracaso de la Organización de Ishutin, el fallido atentado de Karakozov y el «terror blanco» derivado de él habían convencido a gran número de populistas de que estaban equivocados en el camino elegido, que la única vía posible era la de una penetración más lenta en el campo, un esfuerzo metódico por conocer las condiciones de vida de los campesinos, estudiar sus problemas y su mentalidad. En suma, ya desde 1866 estaban naciendo los gérmenes del populismo de los primeros años setenta; se iban organizando los núcleos en los que florecerá la «ida hacia el pueblo» de 1874. Tendremos que empezar por centrar nuestra atención en ellos si queremos entender el ambiente en el que Nechaev lanzará su poderosa voluntad de acción inmediata.

Ante todo, la Sociedad del Rublo creada en 1867 por Lopatin y Voljovski con objeto «de ver más de cerca esa esfinge enigmática llamada pueblo», por recoger las palabras de uno de sus fundadores¹, pretendía

organizar con este fin un grupo de jóvenes que se dedicase exclusivamente a la enseñanza, vagando de una aldea a otra. Todos eran muy pobres y pensaban vivir con lo que los campesinos les dieran. Si a pesar de todo el ascetismo de esos maestros voluntarios no bastara con eso, recurrirían a suscripciones periódicas entre intelectuales simpatizantes, a los que no se pedía más que un rublo por cabeza; de ahí el nombre de la sociedad. Su obra docente, sus conversaciones con los campesinos, las lecturas públicas deberían basarse en libros *legalmente* impresos, que editaría la propia Sociedad del Rublo. Los maestros tenían que distribuirse por las diversas zonas según un plan general, para poder informar sobre la situación de muchas regiones, trazando así un cuadro general del campo ruso. «El único punto ilegal de nuestro programa —dirá Lopatin— era justamente esta recolección de hechos, experiencias y observaciones para conseguir saber hasta qué punto el pueblo común era accesible a una propaganda revolucionaria contra el gobierno.» Se trataba, en suma, de un intento de explotar al máximo, en una época de plena reacción, las posibilidades legales.

Bastará con aludir a la vida de Lopatin para comprobar que esta prudente actitud, esta acción a largo plazo planteada por él, no respondían a un temperamento moderado o al temor a las persecuciones, sino que poseían raíces muy distintas; nacían de la voluntad de encontrar en la predicación minuciosa y paciente el contacto con el pueblo que la conjura y el atentado no habían conseguido crear.

La formación política de Lopatin se realizó en San Petersburgo, en contacto con la Organización de Judiakov. Nos ha dejado un retrato de éste en el que resulta evidente la admiración que sentía por la indómita voluntad demostrada por Judiakov de entender al pueblo, de amarlo y de consagrarse a él, pero en la que también es muy evidente la repulsión que sentía por su «fanatismo»². En el movimiento de Ishutin percibía dos elementos —el populismo y la conjura— que le parecían contradictorios. «Pequeña era la parte que se dejaba al pueblo en la transformación violenta de su destino», según las ideas de la Organización. Los revolucionarios parecían aspirar a sustituir al pueblo con el complot y el atentado, actuando en su nombre. Pero también eran «auténticos populistas» y habían sentido por los campesinos «una simpatía real, esforzándose por propagar sus ideas en toda ocasión». Este segundo aspecto era el que Lopatin quería desarrollar al máximo³. Por ello era contrario a los atentados, porque pensaba que «sin una fuerte organización revolucionaria y en las presentes circunstancias la muerte violenta del soberano no habría provocado la rebelión del pueblo». La única consecuencia del terrorismo sería un endurecimiento de la reacción.

Esta postura le indujo a distanciarse del grupo central de la conjura en San Petersburgo, lo cual no impidió que fuera detenido tras el atentado de Karakozov y encerrado en presidio durante dos meses. En el momento de su liberación, Judiakov le encargó de mantener en pie lo

poco que aún quedaba intacto, tomando todas las medidas conspirativas necesarias.

A poco de salir de la prisión se le ocurrió una posibilidad de acción, y decidió aprovecharla de inmediato. «En 1867 —por recoger sus propias palabras— leí en el periódico de la mañana que Garibaldi, tras escapar de Caprera, avanzaba hacia Roma. La tarde de ese día salí de San Petersburgo para correr a Italia, llegando a Florencia el día de la batalla de Mentana»⁴.

Al regresar a Rusia se dedicará exclusivamente a la Sociedad del Rublo, consiguiendo publicar el primero y último libro de la proyectada serie *La Vieja Rusia*, de Judiakov. Será detenido con Voljovski en la primavera de 1868. Tras ocho meses de cárcel le confinarán en Stavropol y huirá al extranjero. Estaba destinado a convertirse en uno de los más activos revolucionarios de los años setenta y ochenta, amigo de Marx y Engels, traductor de una parte de *El Capital* y autor al tiempo del más atrevido intento para liberar a Chernyshevski de Siberia. Tras el atentado del 1 de marzo de 1881 tratará de galvanizar otra vez a la *Narodnaya volia*, lo cual le costará unos veinte años de prisión. Pero vivirá lo bastante para tener la alegría de ver la revolución de febrero de 1917, de la que nos habla en sus notas. El creador de la modesta Sociedad del Rublo es, en su antiliteraria sequedad, una de las figuras más interesantes de todo el populismo ruso.

Voljovski, pronto liberado, se estableció en Moscú, ligándose con el hermano de German Lopatin, Vsevolod. Juntos organizaron un nuevo grupo en el que vemos aparecer algunas de las actitudes características del final de los años sesenta. Leían juntos libros y revistas, comentaban obras científicas y filosóficas, según la tendencia de la nueva generación, más influida por el positivismo y el cientifismo que la anterior. Era un típico grupo de «autoeducación», sin el menor objetivo político determinado. Si entreveían algo en su futuro, era un largo y paciente trabajo entre el pueblo. Voljovski, que trabajaba en la librería de Cherkezov, vio transformarse esta tienda en uno de los lugares de reunión preferidos por la juventud moscovita. Encontramos entonces allí a muchos de los que después se verán implicados en el proceso Nechaev: Pëtr Gavrilovich Uspenski, su hermana Nadezhda y la que pronto será su mujer, Aleksandra Ivanovna Zaslúch. Esta nos ha dejado una descripción de aquel ambiente de jóvenes que buscaban su camino y redescubrían el pasado, tras la censura del «terror blanco». «Éramos todos inexpertos —nos narra—; leíamos los artículos del 'Sovremennik', de Chernyshevski; los escritos de Lavrov, y saludamos con gran entusiasmo la aparición de algunos números del 'Kolokol' que Uspenski había conseguido descubrir»⁵.

Los grupos que se formaban simultáneamente en San Petersburgo eran parecidos a éste, aunque más ricos en promesas; en ellos se encuentran, en notable número, quienes pronto se convertirán en los más activos populistas revolucionarios de los años setenta⁶. En octubre de 1869 surgía

la «comuna de la Malaya Vul'fovaya», que tomó el nombre de la calle donde tenía su sede. Se trataba de un grupo de estudiantes congregado en torno a M. A. Natanson.

En 1915, éste —que será uno de los más conocidos populistas y socialistas revolucionarios— tendrá por un momento la intención de escribir sus memorias y dejará una serie de breves notas esquemáticas que —mejor que muchos relatos— marcan las líneas fundamentales de su vida y la de su grupo a finales de los años sesenta. Había llegado a San Petersburgo en agosto de 1868. Una nota lapidaria nos dice: «Lo que pensaba de los estudiantes (gente ideal) y lo que encontré (cartas, vino, mujeres)»⁷. En un año había entablado amistad con los elementos más conocidos que no pertenecían ni a la pequeña corriente de constitucionalistas ni a la de los partidarios de Nechaev. El mismo definió su tendencia hablando de «indagadores», de «socialistas-populistas». Sus preferencias ideológicas se orientaban a Fourier y a Owen. «Por primera vez leí entonces, en la primavera de 1869, a Marx.» Ya tendía hacia una obra política de gran aliento más que hacia la cruda voluntad de acción inmediata, que no reparaba en medios —presente en el grupo de Ishutin y que pronto encontraría en Nechaev su encarnación más típica.

Parecido al de Natanson era el estado de ánimo de un joven pronto desaparecido, Mijail Fëdorovich Negreskul, uno de los elementos más activos por aquellos años, tanto en Moscú como en San Petersburgo. Llevaba a la juventud de San Petersburgo el espíritu de Lavrov, de quien era partidario, y con quien había emparentado por entonces al casarse con su hija. Había estado en el extranjero y conocido allí a los emigrados. Su pensamiento iba orientándose hacia un marxismo absolutamente teórico, aquel marxismo que empezaba entonces a penetrar en el mundo de los populistas, sin transformar su mentalidad ni su actitud fundamental, induciéndolos si acaso a una postura que rechazaba la acción inmediata y tendía a un estudio a fondo de los problemas sociales. Negreskul estaba traduciendo, en colaboración, la *Zur Kritik*, de Marx, cuando fue arrestado el 28 de diciembre de 1869. Lopatin, que era amigo suyo, le había preguntado poco antes, desde su residencia forzosa en el Cáucaso, en qué punto estaba su traducción. Toda la carta demuestra no sólo que entre ellos existían lazos amistosos, sino que tenían enfoques similares sobre todos los problemas del momento.

Este ambiente de grupitos en formación pronto se vio sacudido y puesto en movimiento por una reanudación del movimiento estudiantil. Este se diferenciaba poco del de 1861. Parecidas eran las reivindicaciones: sobre todo el derecho de reunión, de organización y de libertad de palabra. Pero el propio hecho de que se produjeran tales desórdenes tras un largo período de reacción —tanto en la vida escolar como en la política general— tenía notable importancia. El ministro de Instrucción Pública, D. A. Tolstói, estaba particularmente mal dispuesto hacia toda forma de vida autónoma de los estudiantes; veía el origen del mal en las tendencias

científistas de los estudios, y estaba iniciando la reacción clasicista que será típica de la política escolar rusa durante bastantes años. En cuanto a la composición social del estudiantado universitario, no había variado mucho en los últimos años. Las crecientes limitaciones administrativas interpuestas para el acceso a la universidad habían afectado sobre todo a los polacos; sólo el 20 por 100 de los estudiantes podía ser originario de esa nación.

El más importante centro de los desórdenes estudiantiles fue la Academia Médico-Quirúrgica de San Petersburgo, que no dependía administrativamente de Tolstoi, sino del ministro de la Guerra, D. A. Miliutin, el mejor representante de lo que podría llamarse el liberalismo de la alta burocracia estatal⁹. En el interior de la Academia se habían admitido en la práctica las reuniones, los comedores, las bibliotecas. Cuando se pretendió tocar alguna costumbre colateral de los estudiantes —por ejemplo, la libertad de llevar el pelo largo— las protestas fueron de inmediato violentas y organizadas. Bastaron unos leves incidentes para despertar a toda la masa estudiantil. Se fue formando entonces cierta organización para dirigir el movimiento, con la finalidad, entre otras, de enviar mensajeros a las demás ciudades universitarias para pedir ayuda y solidaridad. La acogida de Moscú no fue especialmente cálida. Es cierto que también allí los estudiantes más pobres necesitaban protestar contra sus condiciones, cierto que la exclusión de las mujeres de los estudios seguía siendo un problema vivo y muy sentido; pero, en general, los estudiantes de la vieja capital pretendían limitarse a exponer sus exigencias a sus superiores académicos, sin pasar a enfrentamientos abiertos.

A pesar de ello, el movimiento desembocaría en San Petersburgo, en marzo de 1869, en una protesta de notables proporciones. Un incidente entre un alumno de la Academia Médico-Quirúrgica y un profesor se convirtió pronto en ocasión de repetidas reuniones y de intervenciones de la policía, con las consiguientes detenciones. Algunos, en señal de protesta, presentaron su dimisión, pero sólo consiguieron ser expulsados o también detenidos. El 15 de marzo se cerró la Academia. Los estudiantes organizaron una manifestación ante sus puertas, y después, por la Perspectiva Nevski. La policía intentó impedir las reuniones, incluso las celebradas en las casas de los estudiantes. Los comedores comunes fueron prohibidos, lo cual era un duro golpe para los más pobres. Las disposiciones de la policía a este respecto fueron tan rigurosas que —tomadas al pie de la letra— habrían impedido a los estudiantes encontrar un sitio donde comer. En los días siguientes empezaron las manifestaciones de solidaridad de otros centros, y el 19 de marzo se cerró también el Instituto Tecnológico¹⁰. Al día siguiente —20 de marzo— le tocaba el turno a la universidad. En las reuniones se pedía la concesión del permiso para organizarse libremente y que a los estudiantes se les dispensara de la tutela de la policía. También fueron numerosos los actos de solidaridad individual. Muchos declararon que no volverían a clase hasta que se

pusiera en libertad a sus camaradas. Pero esas protestas no podían modificar la situación. El 24 de marzo la universidad tuvo que reanudar su vida normal, sin que los estudiantes hubieran obtenido lo que pedían; la represión continuó. En conjunto, ochenta y un universitarios fueron juzgados por el consejo académico, se expulsó a trece de todas las universidades y a diecinueve de la de San Petersburgo. Otros sufrieron penas menores. Se expulsó definitivamente a seis alumnos de la Academia Médico-Quirúrgica, y una veintena de ellos fueron alejados temporalmente.

Las conclusiones académicas las sacó uno de los estudiantes —que participó con gran energía en las protestas y que más tuvo que soportar las consecuencias—, Georgi Petrovich Eniserlov, en un manuscrito difundido esos días entre los estudiantes: «Pedimos que nos dieran la posibilidad de salir de nuestra situación por vías legales, pero no nos han dejado esa posibilidad... ¿Qué quieren de nosotros? ¿Que nos metamos por el camino de la ilegalidad? ¿O quizás no nos dan crédito cuando decimos que nuestra situación es intolerable?» Hablaba después de la actitud de los profesores y de la pobreza de los estudiantes: «El estudiante quisiera consagrar todo su tiempo a la ciencia..., pero debe ganarse el pan... Sin un cuarto, venimos a menudo de doscientas, trescientas o mil verstas (hay estudiantes que han llegado a pie desde el Cáucaso)...»

El movimiento de 1869 estaba truncado. Comparado con el de unos años antes había sido menos amplio desde el punto de vista territorial, y también menos prolongado; sobre todo, había suscitado menos simpatía e interés en los círculos cultos. Había sido una manifestación que afectaba más especialmente a aquel «proletariado del pensamiento» que se había ido formando con contornos cada vez más precisos durante la última década. Menos importantes para la historia general de Rusia que los sucesos de 1861, estas manifestaciones no tendrán menos peso en el desarrollo de las corrientes revolucionarias, que justamente sacaban su único material humano del proletariado del pensamiento.

Diversos grupos populistas se plantearon el problema de si era necesario —y hasta dónde— mantener al movimiento estudiantil dentro de los límites legales. Este problema se transformó pronto, asumiendo una forma extremista y absoluta: ¿estaba bien, era justo seguir estudiando? ¿Acaso no había llegado el momento de entregarse por entero a la predicación en el campo, y en general a la causa del pueblo? S. L. Chudnovski, entonces estudiante en la Academia Médico-Quirúrgica, recuerda:

El problema se planteaba de un modo duramente categórico y sumamente parcial: ciencia o trabajo. Esto es: ¿era necesario dedicarse, aunque sólo fuera temporalmente, a los estudios, obtener diplomas para después vivir como los profesionales privilegiados de la *inteligentsia*, o bien —recordando nuestro deber frente al pueblo, recordando que todos nuestros conocimientos se habían podido adquirir con los medios proporcionados por el pueblo que

trabaja como un condenado, que está siempre hambriento— debíamos los estudiantes abandonar nuestra condición privilegiada, abandonar la ciencia, aprender un oficio para después dirigirnos, como simples artesanos o peones o braceros, a lo más denso del pueblo y confundirnos con él?... ¹¹.

Junto a quienes, influidos por las obras de Lavrov, veían su deber en prepararse así para la propaganda, iban surgiendo grupos en los que la voluntad insurreccional de Bakunin encontraba un terreno abonado. Hemos recordado que el primer número de «Narodnoe Delo» —publicado por Bakunin en Ginebra y que salió el 1 de septiembre de 1868— llamó poderosamente la atención de cuantos pudieron leerlo. Paralelamente empezó a formarse entonces un grupo de estudiantes de medicina que sacaron su inspiración no de Bakunin, sino de un viejo libro que los incitaba a crear una sociedad secreta. Muchos de ellos se convirtieron luego en conocidos anarquistas, como por ejemplo Zemfiri Konstantinovich Ralli, Evlampi Vasil'evich Ametistov, Mijail Petrovich Korinskii. El viejo libro era el de Buonarroti, *La conspiration pour l'égalité dite de Babeuf* ¹².

Este fermento encontró su expresión más enérgica en Nechaev. «No era un producto de nuestro ambiente, de la *inteligentsia*. Nos era ajeno», escribirá sobre él Vera Zasulich muchos años después, tratando de explicarse la eficacia y al tiempo la extrañeza de la figura de Nechaev ¹³. Efectivamente, su historia será la de un hombre de origen popular, que conoce por experiencia directa el mundo de tosquedad y sacrificio al que tantos jóvenes populistas trataban en vano de aproximarse; llegado por propia iniciativa, con un esfuerzo doloroso y penoso, al contacto con el mundo de la *inteligentsia*, absorbió con sorprendente velocidad sus fermentos más ásperos para lanzarse después a la acción con una energía y una despreocupación nuevas, suscitando la admiración y el temor de quienes estaban a su alrededor.

Sergei Gennadevich Nechaev había nacido el 20 de septiembre de 1847, en el gran centro de Ivanovo. Su padre era dorador y encalador; su madre, hija de campesinos siervos. Murió pronto, y la numerosa familia fue educada por el padre con dureza y severidad. Nechaev pasó su infancia y juventud entre pequeños trabajos, aquí y allá, actuando incluso como actor en un teatrillo organizado por su padre. «Interpretaba muy bien», nos contará su hermana ¹⁴. La propia posición socialmente insegura de su padre —entre artesano, pequeño comerciante y factótum— le permitió pronto conocer todos los rincones de su ciudad. Era un pequeño centro provincial lleno de barro, de abandono y de aburrimiento (son los tres términos que con más frecuencia aparecen en sus cartas juveniles), pero que poseía una particularidad que la distinguía de otros centros rusos parecidos. Ivanovo estaba desarrollándose entonces como el principal centro textil de Rusia, estaba convirtiéndose en lo que —naturalmente, con cierta exageración— se llamará «la Manchester rusa».

A los nueve años Sergei era chico de los recados en una fábrica, pero pronto empezaría a dominarlo una pasión: salir del mundo en que había nacido, aprendiendo, leyendo, creándose a través del estudio una posibilidad de llegar a la capital, a la universidad. En Ivanovo había muy pocas escuelas, pero ya modestos esfuerzos privados empezaban a dar a los jóvenes como Nechaev una oportunidad de aprender. Un escritor, Valisi Arsent'evich Demet'ev, había abierto una escuela libre, sentando así las bases de un pequeño centro provincial de cultura, impregnado por el amor y el estudio de las tradiciones y la vida popular. El propio Demet'ev era autor de relatos de inspiración populista¹⁵. Nechaev se ligó pronto con otro escritor, unos diez años mayor que él, hijo de siervos relativamente acomodados, que había conseguido ir a Moscú para realizar sus estudios: F. D. Nefedov, destinado a convertirse en el autor que mejor dará a conocer, a través de polémicas y de descripciones etnográficas, la vida de esta región de Rusia¹⁶. Será uno de los primeros escritores rusos que hable de la vida de la fábrica, y sus descripciones de campesinos y obreros son un útil documento, tanto por la agudeza de sus observaciones —por ejemplo, sobre la sed de tierra de los campesinos— como por el espíritu típicamente populista con que están escritas.

Si se leen las cartas que el adolescente Nechaev escribía a Nefedov es inevitable pensar —como ocurre a menudo al seguir la historia de aquellos años— en el fruto revolucionario que nació de la planta populista. Nechaev pide a su amigo, cuando éste ya estaba en Moscú, libros y más libros; le informa de sus progresos y le da noticias de su tierra. Nefedov le ayuda. A fin de cuentas, será él quien le permita salir de Ivanovo. Sería una correspondencia de lo más común si no se percibiese aquí y allá en ella la voluntad de Nechaev, su resolución de salir a toda costa del mundo en que había nacido, que lo caracterizará durante toda su vida. «La realidad, sin la menor delicadeza, me da patadas, obligándome a dar grandes saltos.» «Por lo demás, este conocimiento de la realidad me es muy útil, no me permite incurrir en la apatía y ponerme a contemplar las bellezas del mundo; un continuo análisis de lo que me rodea me da una idea exacta de mis propias fuerzas.» Escribió esto en 1864, a los diecisiete años, a su amigo, que estaba preparando en Moscú un ensayo —*El pantano de los diablos*— en el que describía las costumbres de los fabricantes y los comerciantes de su Ivanovo. A Nechaev le asaltaba entonces el deseo de abandonar la ciudad, que percibía como un pantano. «En Ivanovo no hay nada nuevo —escribía en septiembre—; sólo el fango es inmenso. No se puede aguantar más.»

En agosto de 1865 estaba en Moscú. Nefedov le había alojado en una especie de pensión regentada por Pogodin, el conocido publicista. Quería hacerse maestro, pero fracasó en los exámenes. En abril de 1866 estaba en San Petersburgo, y esta vez consiguió allanar los obstáculos, convirtiéndose en profesor en la capital. Estaba allí cuando Karakozov disparó contra Alejandro II. Dirá más adelante que «el inicio de nuestra santa

causa lo dio Karakozov la mañana del 4 de abril de 1866. Y agregará: «Su acto ha de considerarse como un prólogo. Actuemos, amigos, para que pronto venga el drama en sí»¹⁷. Al escribir estas palabras pensaba desde luego en sí mismo; en ese período terminaba para él el prólogo de su vida y se iniciaba el drama.

En otoño de 1868, cuando se convirtió en «oyente libre» de la universidad, ya estaba dominado por el deseo de conocer el mundo de los estudiantes y de ejercer una acción sobre ellos. Había leído mucho, sobre todo libros de valor político. Al parecer, atraían especialmente su atención en ese momento la Revolución francesa y Babeuf. Pero los datos de que disponemos sobre su vida son escasos; él mismo hablaba lo menos posible; en las reuniones generalmente guardaba silencio. Al entrar en contacto con el grupo de Ralli —inspirado por Buonarroti—, al entablar amistad con Tkachév, acabó por participar en una especie de comité clandestino constituido por estos jóvenes con el fin de influir en sentido revolucionario sobre los movimientos estudiantiles. Tras haberse aclarado a sí mismo algunas ideas políticas, intentaba ya, silenciosamente y con gran tenacidad, ponerlas en práctica. Estaba convencido de que la revolución campesina no sólo se hallaba próxima, sino que podía predecirse con exactitud. El 19 de febrero de 1870 se cumplían nueve años de la liberación de los siervos. La ley preveía que durante este período habrían tenido que trabajar —amén del lote que se les había asignado en propiedad— un lote de tierra cuyas rentas debían al señor. Tras nueve años podrían elegir: o devolver esta tierra suplementaria o seguir pagando su rescate. Era la conclusión de las reformas de 1861. La más autorizada revista de la época escribía: «El momento es importante. Millones de personas son invitadas de nuevo a replantearse y reconsiderar toda la organización de su vida familiar, y esta vez al margen de toda tutela, confiada cada una únicamente a su propia conciencia»¹⁸.

Nechaev creía firmemente que la conciencia campesina no admitiría que se pusiera ese sello a la reforma de 1861. La rebelión le parecía segura. Lo que había que hacer —dada la situación— se decía en el *Programa de acciones revolucionarias* escrito por él en colaboración con Tkachév. No se sabe cuál fue la aportación de uno y otro. Con seguridad refleja las ideas de su pequeño grupo —aparecido entre 1868 y 1869—, que pretendía asumir ya la dirección del movimiento estudiantil para servirle de él con metas más amplias.

El programa comenzaba con una serie de aseveraciones sobre la imposibilidad moral de vivir en un mundo semejante.

Si se piensa en lo que nos circunda se acaba involuntariamente por concluir que vivimos en el reino de los locos —tan terribles e innaturales son las relaciones recíprocas de la gente, tan extraña e incomprensible es su actitud frente a la masa de bajas, vilezas e injusticias que constituyen nuestro régimen social.

La rebelión contra dicho régimen está formulada en términos que se resienten enormemente de la influencia de los artículos de Bakunin en el «Narodnoe Delo», pero su contenido refleja la pasión que ardía en el ánimo del joven Nechaev, en Ivanovo. «Semejante orden no puede durar eternamente.» Lo que se podía y debía hacer era crear una organización para apresurar su fin. «Unión» e «insurrección» eran los dos puntos fundamentales de este programa, y su objetivo final, «la plena libertad de la personalidad renovada». Sabían perfectamente que eso era inalcanzable, a menos que se produjera una honda revolución social. La revolución les parecía una «ley histórica». Sólo reconociéndolo así se podría actual —en lo posible— «con calma». Pero para prepararla había que «crear la mayor cantidad de tipos revolucionarios, desarrollar en la sociedad la conciencia de una eventual e inevitable revolución, como medio para alcanzar un orden de cosas mejor».

La voluntad de actuar en el plano psicológico (los «tipos revolucionarios»), el historicismo sociológico, una visión realista de las necesidades organizativas constituyen las primeras bases del movimiento de Nechaev y Tkachëv.

En realidad, una vez aceptada la «ley histórica» de las revoluciones, los dos elementos más vivos en el ánimo de los redactores de este programa eran los otros dos: el momento psicológico y la voluntad de organización. A ellos se sacrificaba todo. Con un regreso al maquiavelismo que no había faltado en el movimiento de Ishutin, todo se convertía en un medio para realizar la necesaria organización. La difusión de prensa clandestina, las reuniones ilegales, las manifestaciones y protestas, tenían valor sobre todo como «pruebas preventivas» para reconocer a los hombres aptos, para ligarlos al grupo revolucionario. Este debía reflejar los principios del nuevo orden social y económico futuro. «Debe estar construido de acuerdo con el espíritu de descentralización y la ley del movimiento; sus miembros deben cambiar de lugar cada determinado período.» «La descentralización ha de entenderse en el sentido de una debilitación del centro, concediendo gran iniciativa a la acción de los centros provinciales.» Aceptado así un elemento del anarquismo bakuninista, volvían a lo que más les interesaba: «Los que entren a formar parte de la organización deberán abandonar todas sus propiedades, ocupaciones o lazos familiares, pues las familias y las ocupaciones podrían distraer a los miembros de su actividad...» Se crearían así «tipos revolucionarios». Y si admitían alguna limitación al sacrificio total de uno mismo era en nombre de la libertad de la persona, para dejar al individuo la posibilidad de desarrollarse autónomamente.

En este programa Nechaev y Tkachëv preveían que la acción debería concentrarse inicialmente en las dos capitales, despertando sobre todo a los estudiantes y a la plebe de las dos grandes ciudades. Fijaban como término de la formación de este primer núcleo mayo de 1869. Al verano siguiente se deberían concentrar los esfuerzos en las provincias, entre

los artesanos, los seminaristas y la plebe de las ciudades menores. Durante el otoño y el invierno se pasaría a trabajar «entre la misma masa del pueblo», o sea entre los campesinos. Simultáneamente se habría establecido un estatuto y un «catecismo» propios. La primavera de 1870 presenciaría «en toda Rusia» el estallido de la revolución.

El programa preveía también un enlace con todas las «organizaciones revolucionarias europeas», señalando la utilidad de un centro en el extranjero. Esta era probablemente la idea dominante de Nechaev cuando —tras pasar la frontera el 4 de marzo de 1869— llegaba poco después a Ginebra.

En resumidas cuentas, podía afirmar que había sentado las bases para una primera organización tanto en San Petersburgo como sobre todo en Moscú, donde su movimiento encontró menos oposición. Aunque no consiguió crear un comité controlado por él que dirigiese los movimientos estudiantiles, dio pasos en tal sentido, y estos intentos debieron persuadirle de que —aunque encontró muchas oposiciones entre quienes creían en la propaganda a largo plazo— no le habría resultado difícil descubrir, en el mundo en que vivía, numerosos «tipos revolucionarios».

En Moscú había entrado en contacto con el grupo de Uspenski y también realizó algunos viajes —al menos según declaraba— a Kiev y Odesa. Decimos «según declaraba» porque hay que reconocer que, desde los primeros pasos, la vida política de Nechaev está llena de incógnitas y a menudo de intencionadas mixtificaciones. Precisamente en ese período declaró haber sido detenido dos veces, primero en San Petersburgo y después en Moscú, y haber conseguido escapar las dos. Es más que probable que se tratase de invenciones lanzadas con el objeto de suscitar a su alrededor una atmósfera de misterio y conspiración, de crear un modelo de «tipo revolucionario». Ya en Suiza, a finales de mayo, aun antes de entrevistarse con Bakunin¹⁹, Nechaev anunciaba —en una proclama dirigida «a los estudiantes de la Universidad, de la Academia y del Instituto Tecnológico»— haber conseguido librarse «gracias a una afortunada audacia, de los muros de la fortaleza de Pedro y Pablo, de manos de las fuerzas oscuras...»²⁰.

Naturalmente, la llegada de este joven de veintiún años, que había vivido en el centro del ambiente revolucionario de las ciudades rusas, y que se proclamaba emisario de una poderosa sociedad secreta, fue considerada por los principales representantes de la emigración rusa de entonces como un síntoma sumamente importante.

En un llamamiento impreso en abril, Ogarëv expresó sus ideas sobre los movimientos estudiantiles, de los que Nechaev aportaba noticias frescas y enormemente aumentadas²¹. Era una repetición del tema lanzado casi diez años antes por el mismo Ogarëv, junto con Herzen, sobre la huelga de los universitarios, sobre el abandono voluntario de las aulas para entregarse a la propaganda entre el pueblo. Bakunin recogía simultáneamente esa idea en un manifiesto a los estudiantes²². En estos escritos

de Ogarëv y Bakunin puede reconocerse uno de los incentivos más inmediatos de la gran «ida hacia el pueblo» de unos años después.

Esta directriz pronto fue desviada por otro llamamiento más violento. La confianza en la revolución inmediata —que había iluminado a Nechaev, Tkachëv y a otros pocos congregados en torno a ellos— encontraría en la emigración su teorizador: Bakunin. Como a Ogarëv, también le había impresionado la personalidad de Nechaev. Era una impresión muy distinta de la que recibió Herzen —unos años antes— frente a los representantes de *Zemlia i volia*. Nechaev poseía una mentalidad tan estrecha como ellos; era tanto y más fanático. Pero esta vez tenía a sus espaldas una tradición revolucionaria: estaba el atentado de Karakozov, estaban las condenas y los sufrimientos, y esto hacía que su fanatismo se presentase con una luz muy distinta. Por otra parte, en el ánimo de los emigrados ancianos, cultos y complejos, ocupaba ya un lugar la desilusión ante la historia de los últimos años, una desconfianza cada vez más honda sobre las posibilidades de una evolución progresiva de las fuerzas de Rusia; 1869 era un año muy distinto de 1861. Todo esto contribuyó a hacer de Nechaev, por un momento, una figura ejemplar a los ojos de quien veía en él el exponente único —y, por lo tanto, más apasionante de observar— de la juventud revolucionaria rusa.

Ogarëv, inducido por Bakunin, le dedicó una poesía. Publicada en una hoja volante, ya en octubre circulaba por Rusia, contribuyendo en gran medida a crear la fama y el mito de Nechaev²³. Pero corresponderá a Bakunin convertirlo en un verdadero héroe:

Tengo aquí conmigo —escribía a Guillaume el 13 de abril de 1869— a uno de esos jóvenes fanáticos que desconocen las dudas, que nada temen y que han decidido de modo absoluto que muchos, muchísimos de ellos, deberán perecer bajo los golpes del gobierno, pero que no por ello se detendrán, hasta que el pueblo ruso se rebele. Son magníficos estos jóvenes fanáticos, creyentes sin dios, héroes sin frases²⁴.

Al endiosar de este modo a Nechaev, Bakunin lo convertirá en el «tipo revolucionario» por excelencia.

El fruto más interesante de esta colaboración será el *Catecismo del revolucionario*, que se imprimió en cifra, en caracteres latinos, en un pequeño fascículo, y que Nechaev llevará a Rusia cuando regrese a Moscú²⁵.

Es un documento digno de la curiosidad y el asombro que suscitó cuando, por primera vez, fue hecho público, en el proceso de los seguidores de Nechaev. En realidad, no hace sino expresar los sentimientos y las ideas que habían madurado en el movimiento revolucionario ruso a partir de Ishutin. Pero la forma literaria neta y perentoria con que se

revisten estas ideas —primero apenas susurradas en el «Infierno» de Ishutin— les da una eficacia y una energía nuevas y excepcionales.

La mayoría de los artículos de este catecismo no son —tomados en sentido estrictamente literal— sino consejos prácticos de conspiración, normas de vida para una asociación clandestina en dura lucha con el mundo circundante. El sentido de entrega, de disciplina, de jerarquía se derivan de la propia situación en que se hallaban los revolucionarios. Pero cada una de esas normas se lleva a un límite extremo: la fidelidad se convierte en entrega absoluta, la voluntad de perseguir un fin se transmuta en la negación de todo lo que no sea ese fin, en desprecio, en odio, en voluntad de destruir totalmente todo lo que no sea esa meta. Y justamente en ese deseo de llegar hasta el final está la fuente de energía que constituye la novedad histórica del documento. Es tan fuerte que reabsorbe incluso los elementos maquiavélicos de la tradición de Ishutin. Los consejos sobre cómo servirse de uno mismo y de los demás para la causa, estos consejos tácticos, están expresados con tal pasión hacia la meta suprema que casi parecen una repetición —modulada con mil modos distintos— del «omnia munda mundis».

Párrafo I. El revolucionario es un hombre perdido. No tiene intereses propios, ni causas propias, ni sentimientos, ni hábitos, ni propiedades; no tiene ni siquiera un nombre. Todo en él está absorbido por un único y exclusivo interés, por un solo pensamiento, por una sola pasión: la revolución.

Párrafo II. En lo más hondo de su ser, no sólo de palabra, sino de hecho, ha roto todo lazo con el ordenamiento civil, con todo el mundo culto y todas las leyes, las convenciones, las condiciones generalmente aceptadas, y con la ética de ese mundo. Será por ello su implacable enemigo, y si continúa viviendo en él será sólo para destruirlo más eficazmente.

Párrafo III. El revolucionario desprecia todo doctrinarismo; ha renunciado a la ciencia del mundo, dejándola a la próxima generación. Sólo conoce una ciencia: la de la destrucción.

Párrafo IV. Desprecia a la opinión pública. Desprecia y odia la actual ética social en todas sus exigencias y manifestaciones. Para él es moral todo lo que permite el triunfo de la revolución, e inmoral todo lo que lo obstaculiza.

Párrafo V. El revolucionario es un hombre perdido. Implacable con el estado y, en general, con toda la sociedad privilegiadaculta, no debe esperar él mismo piedad alguna... Cada día debe estar dispuesto a la muerte. Debe estar dispuesto a soportar la tortura.

Párrafo VI. Severo consigo mismo, debe ser severo con los demás. Todos los tiernos y reblandecedores sentimientos de parentesco, de amistad, de amor, de agradecimiento e incluso de honor

deben ser sofocados en él por la única y fría pasión de la causa revolucionaria. Para él sólo existe un placer, un consuelo, una recompensa y una satisfacción: el éxito de la revolución. Día y noche debe tener un solo pensamiento, un solo fin: la destrucción implacable. Aspirando a dicho fin con sangre fría y sin cansarse, debe estar siempre dispuesto a perecer él mismo y a hacer perecer con sus propias manos a todos los que obstaculizan su consecución.

Párrafo VII. La naturaleza de un auténtico revolucionario excluye todo romanticismo, todo sentimentalismo, todo entusiasmo y toda seducción. Excluye también el odio y la venganza personales. La pasión revolucionaria, convertida en él en pasión de cada día, de cada minuto, debe ir unida al frío cálculo. Siempre y por doquier debe ser no lo que querrían sus propias tendencias personales, sino lo que le indica el interés general de la revolución.

Los párrafos siguientes fijan las relaciones con los compañeros: cada decisión ha de tomarse por unanimidad entre los que son verdaderos revolucionarios, mientras que se les dan completa libertad y consejos de prudente economía sobre el uso de los revolucionarios de segundo y tercer grado, considerados como un capital confiado al revolucionario para que lo gaste con inteligencia, por propia iniciativa y sin la menor piedad en caso de caída.

Después vuelve a las relaciones con la sociedad. La división de ésta en varias categorías está dictada por una aguda visión que sólo puede nacer de un odio prolongado y cultivado y de una real experiencia de las relaciones existentes entre los jóvenes revolucionarios y el mundo circundante. La primera categoría la constituye gente inteligente e importante, destinada a caer en los atentados; la segunda, gente importante y poco inteligente, a la que hay que dejar vivir durante cierto tiempo para que con sus acciones estúpidas y bestiales induzca al pueblo a la rebelión; la tercera se compone por la gran mayoría de «animales y personas de alta condición, ni inteligentes ni capaces», a quienes debe chantajearse «dominando —si es posible— sus sucios secretos, y convirtiéndolas así en esclavos». La cuarta categoría está compuesta por los «ambiciosos políticos y liberales de distintos matices» («con ellos se puede conspirar aceptando sus programas, fingiendo seguirlos ciegamente, y tratando al tiempo de ganarles por la mano, de apoderarse de sus secretos, comprometiéndolos hasta lo imposible para que cualquier retroceso resulte impensable, perturbando así el estado con sus propias manos»); la quinta está constituida por los doctrinarios, por los revolucionarios que componen los grupos que hablan en el vacío y sobre el papel (habrá que empujar incesantemente a esta categoría, atrayéndola a manifestaciones prácticas donde se rompan la cabeza, con el resultado de que la mayoría perecerá sin dejar rastro, mientras que habrá una elaboración de auténticos revolucionarios). La última categoría es la de las mujeres, valiosísimas si están

abiertas «de hecho y sin frases» a la verdadera comprensión revolucionaria, y a las que habrá que tratar —en caso contrario— como a la tercera y la cuarta categoría masculina.

Los últimos párrafos son una clara exposición de un programa político más inmediato:

Párrafo XXIII. Por «revolución popular» nuestra asociación (*tovarishestvo*) no entiende un movimiento reglamentado según el clásico modelo occidental, movimiento que siempre se ha detenido ante el respeto por la propiedad, por las tradiciones y las estructuras sociales denominadas «civilización» y «moral», y que se ha limitado hasta ahora a derribar una forma política para sustituirla con otra, tendiendo a la creación del llamado «estado revolucionario». La salvación del pueblo puede estar solamente en una revolución que destruya las raíces de todo lo establecido, que aniquile en Rusia todas las tradiciones estatales, los órdenes y las clases.

Párrafo XXV. Por ello, acercándonos al pueblo, debemos unirnos sobre todo con aquellos elementos de la vida popular que desde la época de la fundación del estado moscovita no han cesado de protestar —no con palabras, sino de hecho— contra todo lo que directa o indirectamente estuviera ligado con el estado: contra la nobleza, la burocracia, los curas; contra el mundo de los gremios y contra los *kulaks*. Liguémonos con el mundo libre de los bandidos, el único auténtico y revolucionario en Rusia.

Párrafo XXVI. Reagrupar este mundo en una fuerza invencible y omnidestructora: he aquí nuestra organización, nuestra conspiración, nuestra tarea.

Fijadas así las normas de vida y los fines últimos de los «tipos revolucionarios», Bakunin y Nechaev se dedicaron a preparar el material de propaganda que debería utilizar este último a su regreso a Rusia, y a fijar las tareas políticas de la organización que crearía y dirigiría basándose en los contactos que ya tenía en Moscú y San Petersburgo.

Una tarea inmensa, grandiosa, esperaba a las fuerzas revolucionarias procedentes del «proletariado del pensamiento». Ya en su llamamiento «a los jóvenes hermanos de Rusia» Bakunin había dicho cuál debería ser su función en el inmediato futuro. «Se acercaban los tiempos de Sten'ka Razin... Entonces como ahora, toda la Rusia campesina y trabajadora se está levantando... en espera de una libertad nueva y auténtica que no vendrá ya desde arriba, sino desde abajo...» ¿Quién dirigiría esta lucha «por la vida y por la muerte entre la Rusia del pueblo y la Rusia del estado»? «Probablemente, no habrá —respondía Bakunin— un héroe popular a lo Sten'ka Razin... Su puesto será ocupado por las legiones de una juventud sin casta ni nombre, que desde ahora vive ya la vida del pueblo y que ha encontrado en sí misma una fuerte cohesión en la idea

y la meta que la une.» Sten'ka Razin ya no será un individuo, no será un hombre solo, sino que lo sustituirá un Sten'ka Razin «colectivo y por eso mismo invencible».

Los movimientos estudiantiles, los primeros intentos de organización sólo tendrían un sentido si conseguían crear este héroe popular colectivo. Pero para llegar a tanto era preciso un acto de renuncia absoluta a toda posición privilegiada, un acto de unidad ante el pueblo, para ponerse a su nivel, ligarse a él, convertirse en carne de su carne.

¡Id al pueblo! —decía Bakunin—, allí está vuestro camino, vuestra vida, vuestra ciencia... La juventud culta debe convertirse no en la benefactora, no en el dictador y el indicador del pueblo, sino sólo en la partera de la autoliberación popular, en unificadora de las energías y los esfuerzos del pueblo. Para adquirir la capacidad y el derecho a servir su causa debe hundirse en el pueblo, ahogarse en él. No os preocupéis por la ciencia, en nombre de la cual se trata de encadenaros privándoos de toda fuerza. Esta ciencia debe perecer junto con el mundo cuya expresión es. Una ciencia nueva y viva nacerá sin duda, más adelante, tras la victoria del pueblo, de la vida liberada del propio pueblo²⁶

En otro manifiesto, titulado *Posición del problema revolucionario*, Bakunin indicaba los medios y las metas últimas de esta «ida hacia el pueblo», exponiendo su programa anarquista. Toda tentativa de «republicanismo liberal» no era sino ilusión, y sueño dañoso todo intento de «crear el bien económico del pueblo sin la destrucción total de todas las condiciones y las formas del estado». Eran ridículos los esfuerzos de los «socialistas-conspiradores, de los jóvenes doctrinarios, de los revolucionarios libresco, de los revolucionarios-estadistas de gabinete y futuros dictadores, que juegan a la revolución, pero son incapaces de hacerla». Todo eso no era más que un producto de la «corrupción universitaria». La única «verdadera escuela era el pueblo».

Nechaev veía justificados así los conflictos que le habían enfrentado con los «socialistas», con los «populistas-indagadores» de Natanson, con todos los que habían pretendido mantener la agitación estudiantil dentro de los límites legales y con quienes, de la experiencia de Ishutin y del «terror blanco», habían deducido la lección de una investigación más profunda y tranquila sobre las condiciones sociales que realmente existían en el campo.

A todos estos «doctrinarios» Bakunin contraponía la única tarea posible: «reunir las fuerzas de rebelión que ya existen en el pueblo y que hasta ahora habían estado dispersas y desorganizadas». Había que buscar estas fuerzas donde estuviesen, en cualquier forma que se presentasen. Si habían sido combatidas y aplastadas por el estado ruso como bandidismo, había que apelar al bandidismo.

Esta es una de las formas más honrosas de la vida popular rusa. Representa, en el momento de la fundación del estado moscovita, la desesperada protesta del pueblo contra el horrible orden social de entonces, no perfeccionado ni transformado según los modelos occidentales... El bandido es siempre el héroe, el defensor, el vindicador del pueblo, el enemigo irreconciliable de todo el régimen estatal, social y civil; el luchador a vida y muerte contra la civilización estatal-aristocrática, funcionario-clerical. Quien no entienda el bandidismo no entiende nada de la historia popular rusa... El bandido es en Rusia el único y auténtico revolucionario, un revolucionario sin frases ni retórica libresca... Cuando la rebelión del bandido y la del campesino se funden, nace la revolución popular. Tales fueron las revueltas de Sten'ka Razin y de Pugachëv... Aún hoy éste es el mundo de la revolución rusa. Ése y sólo ése siempre ha sentido al unísono con ella. En Rusia quien quiera conspirar en serio, quien quiera la revolución popular, debe volverse a ese mundo y arrojarle dentro de él.

A esta «rebelión de bandoleros y de campesinos» debía unirse la juventud, «manteniéndose fuertemente unida, agrupando los diversos tumultos campesinos en una única revolución popular, meditada e implacable al tiempo»²⁷.

En otro escrito, *Los principios de la revolución*, Bakunin indicaba los medios con que los revolucionarios podrían conseguir esta obra de unificación de las fuerzas subversivas. Se rechazaba toda dictadura, toda conservación del estado, incluso con un fin revolucionario. «Entendemos por revolución —decía— una transformación radical... Las nuevas formas de vida sólo pueden surgir de un amorfismo total.» No hacían falta hombres que se dedicaran a dar órdenes y disposiciones, sino personalidades capaces de «esconderse inadvertidas en la masa y en situación de enlazar así una multitud con otra, imprimiéndoles una misma dirección y dando al movimiento un carácter y un espíritu comunes». Este es el único significado de una organización secreta preparatoria, si es que ésta es necesaria. Los hombres nuevos de una verdadera revolución popular se manifestarán apenas la vida los haya creado, uniéndose y organizándose en el propio curso de la acción.

Bakunin ponía un ejemplo concreto de iniciativa popular: «Los campesinos italianos —decía— han comenzado ahora una auténtica revolución. Cuando consiguen apoderarse de las ciudades queman todos los papeles. Una destrucción tal debe producirse por doquier.» La revolución tiene una tarea negativa, de aniquilamiento; la obra de construcción no podrá ser realizada por la misma generación que ha rematado la necesaria obra destructora, ya que también ella está sometida a la influencia del mundo actual. Es «criminal» tratar de adivinar el «nublado» futuro²⁸.

En esta visión se fundían las ideas que habían guiado a Bakunin en la constitución de su *Alianza*, de su agrupación secreta en el interior de la Internacional y la tradición del «Infierno» de Ishutin que —como se recordará— debía estar destinado a penetrar en los grupos revolucionarios, guiándolos con mano invisible y prosiguiendo esta tarea incluso tras el triunfo del movimiento popular.

Sin embargo, las dos corrientes que confluían en estos programas eran distintas y su fusión jamás será completa. Para Bakunin había que insistir sobre la finalidad anarquista, sobre la destrucción del estado por obra de las fuerzas populares espontáneas, sobre la rebelión que sabría encontrar en sí misma su organización, su expresión política y social, e incluso una ciencia nueva. Para Nechaev, la preocupación fundamental seguía siendo la de una fuerte organización de las energías reveladas en el movimiento de Ishutin, en las algaradas estudiantiles y, en general, en la vida del «proletariado del pensamiento». Su objetivo principal no era la anarquía, sino la conspiración. Convencido de que la revolución estallaría en breve plazo, quería crear ante todo un núcleo sólido, capaz de dirigirla. Sus propias ideas, aunque sufrían enormemente la influencia de Bakunin, continuaban inspiradas por los recuerdos de la Revolución francesa que lo apasionaron en San Petersburgo, que Ralli —junto con él— había encontrado en Buonarroti y Tkachëv en la tradición jacobina.

En la obra recién citada, titulada *Principios de la revolución*, las ideas que Nechaev traía de Rusia se dejaban sentir intensamente. Karakozov era puesto como ejemplo. El terrorismo —que en el pasado no había formado parte del programa de Bakunin— se indicaba como uno de los medios adecuados para preparar el terreno de la inminente revolución. El manifiesto terminaba con un llamamiento «a todos los jóvenes rusos a fin de que, unidos fraternalmente a los que actuarán de modo similar en toda Europa, pongan inmediatamente manos a la obra de la santa causa de desarraigar el mal, de sanar a la tierra rusa a hierro y fuego». La meta final seguía siendo siempre la «omnidestrucción» bakuniniana, pero los medios parecían recordar más bien al *Comité Revolucionario Europeo* inventado por Ishutin.

Y en realidad Bakunin no incluyó a Nechaev en su *Alianza*, no convirtió a la organización que Nechaev iba a desarrollar en Rusia en una sección de su *Hermandad*. Fue él quien se sometió a Nechaev y aceptó sus métodos organizativos, su confianza en una revolución que se realizaría de inmediato, su ciega fe en un grupito de conspiradores²⁹.

Esta «sociedad» se llamaría *Narodnaya rasprava*. Y habrá que traducirlo por «Justicia popular», «Justicia sumaria popular», si no queremos recurrir a un término más expresivo: *jacquerie* o *pugachëvshina*, que expresan mejor la idea. El sello oficial de la sociedad indicaba aún más exactamente lo que Nechaev pretendía decir y hacer. Se veía en él un hacha y en torno un lema: «Comité de la *narodnaya rasprava* del 19 de

febrero de 1870». Su organización no sería sino el comité dirigente de la *jacquerie* en marcha.

Antes aún de que Nechaev partiese hacia Rusia se publicó un primer número del órgano de la *Narodnaya rasprava*. Se ha discutido mucho quién fue el autor de los artículos contenidos en él. Es más que probable que esta pequeña revista clandestina reflejase las ideas del propio Nechaev, revelando claramente, al margen de su envoltura anarquista, el meollo de las ideas de aquél, tosco y violento, sí, pero por ello muy indicativo de su personalidad y del mundo del que provenía.

Estaba fechado «verano de 1869» y empezaba así: «¡Se acerca la insurrección de todo el pueblo, de toda la atormentada gente rusa!» No parecía aquél el momento de crear una revista teórica y literaria. «El estudio no es tarea nuestra», es decir, de aquella parte de la juventud que había conseguido —de un modo u otro— desarrollarse. «¡No tenemos tiempo!» Por otra parte, en Rusia no existía una literatura, «sino solamente adulaciones y denuncias impresas; no había una ciencia, sino únicamente una sofística deformación del pasado, la cual erigía en ley absoluta los sufrimientos de las masas populares, creando así la base necesaria para el desarrollo de la minoría dominadora; no había progreso alguno ni civilización, sino una gigantesca explotación de las energías populares para satisfacer a quienes nunca hacían nada». En nombre de todos los que están «ahogados por el estado» «queremos una revolución popular y campesina». «Todo lo que no tiende a eso nos es ajeno y hostil.» Todo doctrinarismo no era más que un obstáculo suplementario que había que destruir. Sólo la acción podía servir para algo.

Pero no todo lo que hoy se llama causa, acción, lo es efectivamente.

Es un juego de niños, un trasto inútil toda sociedad secreta que no se plantee la meta inmediata de realizar una serie de actos capaces de destruir lo que sea: una persona, una cosa, una relación. que se presenten como impedimento para la liberación del pueblo.

Sin escatimar vidas, sin detenernos ante ninguna amenaza, temor o peligro, debemos —con una serie de actos y sacrificios personales que se sucedan según un plan meditado y establecido, con una serie de tentativas osadas, por no decir temerarias— lanzarnos a la vida del pueblo para despertar su fe en sí mismo y en nosotros, la fe en su propio poder, para sacudirlo, unirlo y empujarlo hacia el triunfo de su causa.

Pocos hasta entonces se habían atrevido a sostener semejante programa. Bakunin había indicado algo similar en el primer número del «*Narodnoe Delo*», pero su tono era demasiado moderado, según Nechaev. La meta que había que alcanzar era la descrita por Bakunin, pero para conseguirla había que arrojar al mar «los harapos científicos y seudocien-

tíficos» que aún la recubrían. En cambio, merecían plena aprobación los posteriores llamamientos de Bakunin (o sea los escritos en colaboración con él), y sobre todo los manifiestos que mostraban a la juventud el camino del pueblo. En esa dirección debían ponerse a trabajar fraternalmente todos los emigrados, incluidos los redactores del «Kolokol». Nechaev dirigía así un llamamiento a Ogarëv (que ya había ensalzado su persona) y a Herzen (quien en cambio nunca quiso entrar en su juego). Así adelantaba un peón que le será muy útil durante su segunda estancia en Suiza, cuando el «Kolokol» pase efectivamente a sus manos. Mientras tanto, el Comité revolucionario ruso encontraría en la «Narodnaya rasprava» su órgano de batalla.

Una nueva revista era tanto más necesaria cuanto que todo el pensamiento revolucionario ruso había sido en el pasado tímido, inseguro, sumamente lento en su desarrollo. La «clase culta» había demostrado así su debilidad, debida sustancialmente «a la falta de jugos populares». Arrellanada en el escepticismo, en la crítica hecha por aburrimiento, en un vacío liberalismo, no había sabido concluir nada. «El pueblo no ha podido encontrar la necesaria firmeza en los que se llaman sus dirigentes; no puede esperar de ellos una iniciativa real, un arranque que corresponda a su espíritu revolucionario.» No había que olvidar a los decembristas, desde luego. Al menos ellos demostraron su energía y su valor. Ciertamente no querían un derrumbamiento real del estado zarista, que no pretendían llegar a una verdadera liberación del pueblo oprimido, limitándose a paliativos; cierto que estaban atados por toda una serie de prejuicios morales, pero al menos su «negación» se había realizado con hechos y no con palabras. Entre ellos se encontró al menos uno que quería apoderarse del Palacio de Invierno y aniquilar a la familia imperial. «¡Oh, si lo hubiese logrado!» Los decembristas eran, pues, modelos de energía. Sólo les había faltado conocer el ánimo del *mujik*, a quien habrían podido guiar a lo que «en el lenguaje oficial y burgués se denomina saqueo».

«¡Después de los decembristas todos se abandonaron a las teorías!» Y eso que no había ninguna necesidad de ello.

En realidad, lo que generalmente se llama socialismo no es ninguna novedad. Se trata de las mismas tendencias que siempre y por doquier estuvieron presentes en las masas y gracias a las cuales nacen las sublevaciones populares. Los *mujiks* se han rebelado siempre y por doquier para borrar de la faz de la tierra a los poderosos y los opresores.

No habían necesitado teorías para saber cómo organizarían, después, su vida colectiva en la *obshina*. No necesitaban tal exceso de «maestros no solicitados» e incluso desconfiaban de ellos, pues veían demasiado claramente su intención de «crearse un puestito cómodo bajo la apariencia

de la *ciencia* y del *arte*». En la organización de los cosacos de Astraján en la época de Sten'ka Razin, «el objetivo ideal de la igualdad social está realizado infinitamente mejor que en los falansterios de Fourier, en las instituciones de Cabet, Louis Blanc y otros doctos socialistas, mejor que en las asociaciones de Chernyshevski».

Incluso todas las discusiones sobre la moral individual, sobre la familia —en el mundo de la literatura y del «nihilismo», diremos, interpretando lo que escribía la «Narodnaya rasprava»—, habían sido muy poco útiles para preparar la acción real. El primer ejemplo positivo lo dieron los oficiales rusos que, con Potebnia, se habían sacrificado por la causa polaca y rusa. Pero la auténtica maduración se había producido sólo con Ishutin y Karakozov. «La aparición de un grupo de personas capaces de arrojar atrevidamente una piedra a la cara de la puerca sociedad... debía tener una enorme influencia sobre todo el desarrollo futuro.» «Quien no haya vivido entre la juventud rusa en ese momento tan cargado de significado apenas puede entender sus actuales tendencias.» «Con ellos aparecieron los hombres del hecho, de la acción.»

Nosotros venimos del pueblo, con la piel herida por los dientes del actual régimen, nos guía el odio por todo cuanto no sea pueblo, carecemos de todo concepto de deber de estado y de honor respecto a la sociedad actual, a la que detestamos y de la que no esperamos sino mal. Tenemos un plan únicamente negativo, que nadie podrá modificar: la destrucción completa.

«Nuestros predecesores inmediatos» no comprendieron esta única y auténtica exigencia y se limitaron, en el momento de la liberación de los siervos, a difundir manifiestos, cuando era mucho más fácil que ahora desencadenar una sublevación general, cuando incluso «los propios habitantes del Palacio de Invierno temblaban ante las consecuencias de su juego embrollón con el pueblo ignorante». «Y en cambio se quedaron quietos, mano sobre mano, manteniéndose alejados de las aldeas en donde el pueblo se rebelaba, en vez de lanzarse allí donde estallaban desórdenes para encaminarlos a una insurrección popular capaz de destruirlo todo.»

El 19 de febrero de 1870 —último acto de la reforma— se presentaba una gran ocasión, no había que desperdiciarla una vez más. «Al cumplir los nueve años de su nueva servidumbre, en 1870, año del jubileo de Razin y de Pugachëv, el odio meditado estallará como una tormenta sobre la nobleza que se ahoga en los vicios y la abundancia.» La última víctima estará reservada al tribunal campesino: Alejandro II, a quien no hay que tocar hasta ese momento, dejando que se acumule contra él el odio popular. En cambio habrá que golpear anteriormente a las diversas categorías de explotadores. Nechaev las examinaba minuciosamente en una lista parecida a la que encontramos en el *Catecismo del revolucionario*, ilustrada con ejemplos y nombres propios. Encontramos en ella a Mezent-

sov, Trepov «y otros cerdos», contra quienes efectivamente se dirigirán, unos años después, los puñales y los revólveres de *Zemlia i volia*. Tampoco faltaba toda una serie de escritores reaccionarios —con Katkov a la cabeza— «a los que es preciso arrancar la lengua, para liberarse de la mentira sistemática, de la traición en literatura y, en general, en la ciencia».

¡Grande es nuestra tarea! ¡Debemos lograr realizarla a tiempo! Dediquémonos con pasión y ardor, totalmente, a la santa causa de la purificación, para tener derecho —cuando surja el alba del gran día— a decir al pueblo que despierta: ¡No somos parecidos a nuestros padres, tus atormentadores! ¡No hemos comido en vano tu pan, no hemos sido holgazanes! Hicimos todo lo que nuestras fuerzas nos permitieron. Acéptanos en tus filas, acéptanos sin dudas ni vacilaciones, para marchar juntos, fraternalmente, como un solo hombre, lejos por el camino de la purificación y de la vida nueva.

¡Grande es nuestro trabajo!

La iniciativa fue tomada por Ishutin. Ya es hora de que nosotros empecemos, antes de que sus cálidas huellas sean borradas.

En agosto de 1869 Nechaev había salido de Suiza. Pasaba por los Balcanes, encontrando en Rumania la ayuda y el apoyo de los jóvenes revolucionarios búlgaros, con los que Bakunin lo puso en contacto, y conseguía atravesar de nuevo la frontera rusa³⁶.

En unos dos meses Nechaev sentó las bases de una organización que, a pesar de su fragilidad, dejaría una señal importante en la historia de los grupos populistas de aquellos años. Se ha hablado a menudo de la inconsistencia —e incluso de la inexistencia— de la *Narodnaya rasprava*, creyéndola fruto de una de las muchas mixtificaciones de Nechaev. Pero los documentos prueban la existencia real de algunos grupos ligados a él.

Moscú constituyó el centro de su acción. Allí podía encontrar, mucho mejor que en San Petersburgo, oyentes y miembros. Pëtr Gavrilovich Uspenski se convirtió pronto en su mano derecha, sobre todo en lo referente a la penetración en el ambiente estudiantil.

En aquel mundo de «hombres perdidos», por recoger las palabras del *Catecismo*, pocas figuras son tan perdidas y desesperadas como la de Uspenski. Era hijo de nobles, también de la región del Volga, de un pueblo próximo a Nizhni Novgorod, y había nacido probablemente el mismo año que Nechaev, en 1847. Llegado a Moscú para estudiar, no había terminado los cursos, y pronto se reveló como el más culto y maduro del grupo de jóvenes que se congregaban en torno a él. Empleado —como hemos visto— en la librería de Cherkezov, la utilizó para transformarla en centro de una vasta red de relaciones clandestinas. Desde 1865 estaba en contacto con el «subsuelo», primero con la corriente de Ishutin, después con la de Voljovski y Lopatin. Creará, en el otoño de 1869, con Nechaev, la *Narodnaya rasprava*. Condenado a trabajos forzados y a la

deportación perpetua a Siberia, en octubre de 1875 intentará suicidarse. El 27 de diciembre de 1881 será ahorcado en la cárcel por sus propios compañeros Yurkovski e Ignat, que sospechaban de él como espía. Una investigación realizada después de su muerte por los mismos que lo habían matado, demostró que carecían de fundamento las sospechas recaídas sobre él³¹.

Fue Uspenski quien despejó el camino de Nechaev hacia uno de los centros estudiantiles en mayor fermento en la Moscú de entonces, la Academia Agrícola. Lo puso en contacto con el alumno de esa institución Nikolai Stepanovich Dolgov, proveniente de la región de Saratov, que ya tenía a sus espaldas una experiencia de luchas, al menos en el terreno universitario. Su trabajo con Nechaev, su congregar en torno suyo un pequeño grupo de otros jóvenes —entre ellos Aleksei Kirillovich Kuznetsov, Fëdor Fëdorovich Ripman e Ivan Ivanovich Ivanov— marcará para Dolgov el comienzo de una larga carrera revolucionaria, que se desarrolló posteriormente, en la época de la *Narodnaya volia*. Por lo demás, también sus compañeros seguirán luchando durante toda su vida. Durante la revolución de 1905 Kuznetsov será un organizador socialista-revolucionario en Siberia, en Chita. Nechaev demostraba efectivamente poseer el don de suscitar y poner en movimiento los «tipos revolucionarios» de que había hablado.

La organización se componía de grupos de cinco personas y —según las teorías de Bakunin— tendía a estructurarse de un modo jerárquico —si no propiamente centralizado—, con elementos y grupos considerados más o menos importantes. En el centro debía hallarse el comité central que crearían las diversas secciones cuando aparecieran en número suficiente. Todos los miembros de la *Narodnaya rasprava* tenían el deber de actuar entre la población, algunos entre los estudiantes, otros entre los obreros y otros entre los campesinos.

Pocas de las personas a quienes se acercó en el otoño de 1869 no eran jóvenes, y generalmente estudiantes. Pero existía una excepción, muy notable. Entró a formar parte entonces del grupo central de la *Narodnaya rasprava* Ivan Gavrilovich Pryzhov, una de las figuras más extrañas —y al tiempo más características— de este mundo de revoltosos³².

«Toda mi vida ha sido una vida de perro»; ésta es la primera reflexión que acudió a su pluma cuando quiso escribir una «confesión» para sus jueces instructores. Su tenacidad, el deseo de proseguir sus investigaciones etnográficas e históricas mientras llevaba una vida así, constituyen la fuerza y la belleza de la existencia de este desdichado, entregado al alcohol, que será uno de los ejemplos más vivos de la energía y la capacidad de lucha del «proletariado del pensamiento» de esa época.

Había nacido en Moscú en 1827, hijo del portero y después escribiente del hospital donde el padre de Dostoievski era médico y en el que éste transcurrió gran parte de su juventud. El padre de Pryzhov era un siervo liberado tras haber participado en las guerras contra Napoleón,

siervo de una posesión de los Stolypin, no lejos de Moscú, en Srednikovo, típica mansión de arquitectura neoclásica que alojaba en el XIX a los antepasados de quien será el célebre ministro Stolypin. La infancia de Pryzhov se vio «acunada por las canciones de sus padres, que hablaban de las dulzuras de la condición servil», como dirá él mismo³³.

A pesar de su humilde origen, hubiera podido seguir sus estudios de no haber tenido que entrar en la universidad precisamente en 1848, año en el que Nicolás I consideró oportuno —para luchar contra las influencias revolucionarias occidentales— limitar cada vez más el número de estudiantes. Uno de los excluidos fue Pryzhov. Sólo le quedó convertirse en un mísero empleado, asistiendo a las clases cuando y como podía. Y así lo hizo. Con una tenacidad que tenía algo de heroico y de monacal siguió estudiando, recogiendo gran número de notas, escribiendo libros y opúsculos. Buslaev, el erudito en tradiciones populares que había formado a Judiakov, O. M. Bodianski y el historiador T. N. Granovski fueron sus maestros. Pero más que el liberalismo de este último lo atrajo el amor a las antigüedades eslavas de los otros dos. Pryzhov fue uno de los que de una inicial postura eslavófila sacaron los elementos de un populismo destinado a convertirse cada vez más, con el transcurso del tiempo, en revolucionario. Tuvo mucho en común con Judiakov y desempeñará en el movimiento de Nechaev un papel muy parecido al que aquél tuvo en el grupo de Ishutin y Karakozov.

Durante años vagó por las regiones que rodeaban Moscú, observando, comparando, contruyendo teorías más o menos sólidas, pero sobre todo abriendo los ojos sobre una realidad popular que sus maestros eslavófilos habían ensalzado, pero sin conocerla realmente. Era una ida hacia el pueblo absolutamente individual, animada por una devoradora voluntad de conocer. Por más que asumiera las formas de la ciencia positivista, seguía siendo una unión moral —antes que intelectual y política— con la vida de los campesinos y de las clases populares.

Sería inútil detenerse sobre las condiciones en las que Pryzhov realizó sus investigaciones; bastará con decir que llevó efectivamente una vida de perro. Eso acabó convirtiéndolo en un *bobémien* destinado a una miseria cada vez más negra. Pero sus proyectos seguían siendo grandiosos. Cuando fue detenido afirmó que tenía preparado material para una serie de estudios «sobre las creencias populares, sobre el modo de vivir de los campesinos (pan y vino), sobre la *obshina* y el *bratstvo*, la poesía, la música, etc.». Quería hacer una «historia de la miseria en Rusia», y además estudios sobre las sectas, las herejías, así como sobre la Pequeña Rusia.

En este último tema es donde aparecen quizás con más evidencia los hilos que enlazan su erudición de origen eslavófilo con su posterior actividad política. Del interés por Ucrania pasó a ver los aspectos inmediatos del problema de aquella tierra, hasta convencerse —como muchos de sus contemporáneos— de que Rusia asistía a un despertar de las diversas regiones y naciones históricas que la componían.

También en su caso la idea de la autonomía regional y nacional romperá el lazo entre la *narodnost'* —una de las bases ideológicas del régimen de Nicolás I— y el absolutismo, dirigiendo el principio popular contra el estado autocrático. Es posible que ya entonces Pryzhov hubiera sacado las consecuencias prácticas de esto; estaba muy próximo al círculo de A. A. Kotliarevski, que fue detenido en 1862 acusado de relaciones con los «propagandistas londinenses», pero sobre todo por sus tendencias ucraniofilas. En ese período también Pryzhov temió enormemente ser detenido, y quemó algunos de sus manuscritos más comprometedores, sobre todo colecciones de cuentos populares de carácter anticlerical.

Aparte los problemas de las nacionalidades eslavas, su interés iba centrándose sobre los temas de la vida popular rusa, de los campesinos y también sobre las formas de vida de la plebe de la ciudad —lo cual empieza a distinguirlo de sus predecesores. Trató de publicar todo lo que ya había escrito a este propósito, pero la censura se mostró rígida con él y sólo pudieron ver la luz algunos fragmentos de su investigación. Los más interesantes son *La vida de Ivan Yakovlevich* y *Los veintiséis «yurodivye» de Moscú*, vivaces descripciones del mundo de la religiosidad popular de la vieja capital. «Un mundo de fanatismo, de ignorancia y de corrupción inauditos» constituye —como él mismo nos ha dicho— el tema de estos opúsculos sobre la vida de los miserables, mendigos y locos religiosos que hormigueaban en torno a las iglesias de Moscú. Apollon Grigor'ev, el conocido escritor y crítico, se creyó en el deber —cuando se publicaron los opúsculos— de protestar en nombre del «antiguo y aborigen *yurodstvo*», es decir, de la tradición religiosa rusa tan amada, incluso en sus aspectos más anormales, por los eslavófilos y que será ensalzada en las novelas de Dostoievski³⁴. También en este terreno el conocimiento atento y sistemático de la vida de las capas más bajas de la población había llevado a Pryzhov a un alejamiento cada vez más neto de toda tradición.

En 1862 publicó un libro titulado *Los miserables de la Santa Rusia* que constituye efectivamente, como él deseaba, una colección de «materiales para la historia de las costumbres sociales y populares de Rusia». Pero el libro que lo dará a conocer y que sigue siendo su más característico producto saldrá en dos volúmenes en 1868. Era una *Historia de las hosterías*, una auténtica enciclopedia de la vida de la plebe rusa de la época³⁵. Y, sin embargo, no escribió todo lo que sabía al respecto, ya a causa de la censura, ya sobre todo porque temía llamar la atención del estado —y de la policía, por tanto— sobre la vida de las fondas miserables de Moscú, «arrebataando así al pueblo el último refugio que aún conserva en su desgracia»³⁶. También esta *Historia*, como todos los demás ensayos de Pryzhov, se le fue transformando entre las manos en la grandiosa descripción de toda la vida popular con la que soñaba desde hacía años. Las hosterías se convierten para él no sólo en el centro de la vida coti-

diana, sino de «todas las revueltas populares, de todos los motines, desde Sten'ka Razin en adelante».

Pryzhov acabó persuadiéndose de que, si quería desplegar un trabajo de propaganda, debía vivir en las tabernas.

Aunque conocía a medio Moscú —decía escribiendo de sí mismo en tercera persona— no tenía un sólo ser que estuviera cerca de él. Decidió entonces ir hacia el pueblo, dado que, como dice el refrán, en la comunidad del *mir* hasta la muerte es bella. Cada día, diciendo a su mujer que iba a trabajar, se dirigía a los suburbios más lejanos, habitados únicamente por obreros de las fábricas... entraba en las fondas, leía los periódicos, tomaba té hablando con los obreros... Allí recogía noticias sobre los *kulaks* que dominaban al pueblo ocupando el puesto de los señores. Cuando no podía sacarles a sus interlocutores nada instructivo, entonces Pryzhov les enseñaba los principios sociales generales...³⁷.

Esta era su vida, así como sus míseras ganancias. Los obreros le daban algo por su enseñanza, lo invitaban a té o lo alimentaban, al menos algunas veces.

Es probable que llevase esta vida antes incluso de conocer a Nechaev. Lo cierto es que su actividad en el pueblo, entre los obreros, se intensificó cuando entró en contacto con la *Narodnaya rasprava*, en septiembre de 1869.

La razón primordial por la que me uní a Nechaev es que él procedía del pueblo, como yo —dirá más adelante ante el tribunal—. Cada hombre que venga de la masa, por poco que piense, encuentra ante sí dos posibilidades: o morir en el camino real... o hacerse agitador. Por extraña que pueda parecer esta idea mía, por paradójica que sea, es exacta. Así que me uní a Nechaev. He vivido cuarenta años, he encontrado a mucha gente, pero nunca encontré a nadie con una energía como la que tenía Nechaev, y no puedo imaginarme que exista.

Naturalmente, resultó muy valioso para la *Narodnaya rasprava* en formación; era uno de los poquísimos que conocían realmente el mundo del pueblo. Tampoco le faltaban contactos con el mundo de la burocracia pequeña y miserable, lo cual resultó utilísimo cuando se trató, por ejemplo, de procurarse falsos pasaportes. Por otra parte conocía el mundo de los estudiantes, ya que desde hacía veinte años, cuando se había visto excluido de él, seguía moviéndose alrededor de los estudiantes, observando con pasión sus diversas «historias» internas. Quizás ya había mantenido relaciones con el grupo de Ishutin³⁸.

La difusión de las ideas de Nechaev en San Petersburgo fue más difícil. Encontró enemigos declarados, gente que ya había chocado con él en el momento de los desórdenes estudiantiles de 1869 y que ahora no quería seguirlo por un camino todavía más duro y arriesgado. Pero halló en los hermanos Lijutin y otras pocas personas un reducidísimo grupo que se prestó a su juego. Sin embargo, en estos partidarios de la capital no está ausente un elemento de bravata.

Vladimir e Ivan Lijutin procedían de la región de Nizhni Novgorod, eran nobles y ricos. Nechaev se sirvió sobre todo de ellos para aumentar su propio prestigio ante los compañeros del centro. Ivan regresó con él a Moscú y Nechaev lo presentó a los otros como un «agente de la Internacional de Ginebra». Además, esperaba sacarles dinero. En San Petersburgo Ivan organizó un intento de financiación con los métodos cuya teoría había empezado a elaborar en Suiza y que ahora, por primera vez, se pusieron en práctica. Su hermano Vladimir, disfrazado de guardia, consiguió —en un golpe a medio camino entre una farsa y un chantaje— arrancar un cheque de 6.000 rublos a un estudiante rico que en cierto modo era miembro de su grupo. Ivan le puso en las manos un documento secreto y comprometedor, mientras su hermano, disfrazado, lo detenía y lo obligaba a firmar el cheque bajo la amenaza de arresto³⁹. Pero la víctima descubrió pronto de donde venía el golpe y tras prolongadas discusiones nunca se utilizó el cheque. Como para coronar la farsa, la víctima acabó casándose algún tiempo después con la hermana del falso guardia, y tras haber seguido formando parte durante un breve período de los movimientos del «subsuelo», se apartará por completo de ellos para convertirse, entre 1900 y 1902, en ministro de Finanzas en el gabinete Vitte. Allí donde la feroz determinación de Nechaev no dominaba los métodos de que hablaba —y que en sus labios adquirían colores románticos— se acababa fácilmente por incurrir en el ridículo.

Pero se trató sólo de una nota estridente. En torno a Nechaev la atmósfera era realmente trágica. Basta con pensar en la suerte de otro de sus partidarios de San Petersburgo, Aleksei De-Teil'e, un estudiante de la Academia Médico-Quirúrgica detenido ya tras las manifestaciones de marzo de 1869 y después otra vez en diciembre de ese año, condenado a cuatro meses de cárcel y a cinco de residencia vigilada. En 1873 Klements le organizó una fuga pero, atrapado en San Petersburgo, acabará por ahogarse en un río, dos años después, en Novovchat, donde lo habían deportado.

La duración de la *Narodnaya rasprava* fue demasiado breve para poder informar exactamente sobre su vida interna. Desde luego, estuvo dominada por la personalidad de Nechaev.

Reclutaba a sus compañeros con diversos métodos, y dominaba así a los que no se sometían a su voluntad: los rodeaba, sin que lo advirtiesen, de gente que trataba de convencerlos, dándoles a en-

tender que todos debían servir a la causa común, y lo necesario que era incluso desde el punto de vista personal, ya que de otro modo el pueblo, al rebelarse, los exterminaría también a ellos. Así se sometían los que primero no deseaban hacerlo, haciendo por lo menos dádivas de dinero, para encontrarse después atados por este acto. En general Nechaev poseía una extraordinaria habilidad para inducir a la gente a participar en su sociedad... Pero actuaba mediante la convicción sólo hasta donde era preciso para arrancar el primer consentimiento; cuando lo había obtenido, su actitud cambiaba por entero —y entonces daba órdenes, exigiendo sumisión⁴⁰.

Todos nos dicen que los métodos adoptados por Nechaev fueron éstos; la *Narodnaya rasprava* vivió gracias a su voluntad conspiratoria. En los documentos se percibe por doquier esta tensión y este carácter artificioso. La explicación de este esfuerzo violento, que pronto llevaría a la catástrofe, está ciertamente en el carácter de Nechaev, pero debemos verla sobre todo en su convicción —que sabía infundir en los demás— de que había que actuar con rapidez, que el plazo estaba ya muy próximo, que la revolución se desencadenaría el 19 de febrero de 1870. Es la misma ansiedad que encontraremos en los escritos de Tkachëv, también convencido de que en Rusia sólo era posible una revolución campesina a corto plazo, pues en otro caso una evolución parecida a la de Occidente —o sea una estabilización sobre bases burguesas— imposibilitaría una verdadera rebelión en el campo. Nechaev no fue, como Tkachëv, el teórico de esta ansiedad. Fue el hombre de acción de esa idea, el que trató de hacerla fructificar en el terreno de los hechos inmediatos y de la organización. Sólo desde este punto de vista el intento de Nechaev se presenta como desesperado, sí, pero no como loco, animado por un enfoque preciso de las cosas y los acontecimientos.

Aunque éste fue el contenido específicamente ruso del movimiento de Nechaev, conservó empero, incluso en la propia Rusia, el aspecto internacional que le había conferido por un momento, simbólicamente, la colaboración de Bakunin y Nechaev. En el sello de la sociedad se leía: «Sección rusa de la sociedad mundial revolucionaria». Pero se trataba sobre todo de un símbolo. Nechaev —el único de todos sus compañeros que conocía en cierto modo la vida y las tendencias de la Primera Internacional— hablaba desde un punto de vista absolutamente propio. Por ejemplo, dijo en Moscú que «esta asociación tenía más de cuatro millones de miembros». Agregó también que «esta asociación comprendía un círculo más íntimo, el cual tiene sus representantes propios en casi todos los estados. La finalidad principal de la asociación eran las protestas en forma de huelgas para el aumento de los salarios, las sociedades de socorros mutuos, las cooperativas, etc.» Cuando le preguntaron quiénes componían el «círculo más íntimo» (con toda evidencia designaba así la Alian-

za de Bakunin), respondió —siempre según la declaración que recogemos— de forma poco explícita: «Distinta gente, hay incluso quienes son obreros, la finalidad de este círculo interno es sobre todo de carácter revolucionario y político»⁴¹.

Podemos hacernos una idea de los contactos que los seguidores de Nechaev tenían con el pueblo pensando en los viajes que éste hizo a Ivanovo y a la región de Vladimir para darse cuenta del estado de ánimo de los campesinos y para reanudar el contacto con el «pueblo» del que había salido. Una base muy distinta, al parecer, tenían entre los obreros de las fábricas de armas de Tula. Nechaev aseguraba que éstos estaban «tan preparados que podían hacer saltar de inmediato a Tula por los aires»⁴².

En las ciudades apenas tuvieron tiempo de iniciar una penetración, pues se encontraron pronto en la cárcel. También en esto su historia es similar a la de los grupos de Ishutin. Pero podemos sacar algún episodio, por ejemplo de la deposición de F. Ripman, que se había dirigido a Pryzhov «para que lo ayudase a conocer al pueblo». «Debo decir que antes de mi detención no conseguí acercarme a él... Por lo demás, ya antes de conocer a Nechaev yo tenía algunos lazos con los campesinos, aunque con el mero fin de instruirlos...» Pryzhov había constituido en la ciudad un grupito de personas que debían tratar de establecer otros lazos. «El mismo indicó los mercados de Moscú como los lugares más adecuados. Yo y Enkuvatov⁴³ fuimos a uno de ellos... Conocía a algún pícaro y a alguna mujer pública, pero mis relaciones con ellos fueron mínimas, porque me atenía aún a la regla de que no debía hablar yo con ellos, sino ellos conmigo»⁴⁴. Aunque no hay que olvidar nunca que se trata de deposiciones —que es preciso interpretar con la cautela debida— es muy probable que efectivamente los contactos con el mundo de los «rebeldes» del que habla Nechaev en su *Catecismo* se limitaran forzosamente a iniciativas de este género.

La *Narodnaya rasprava* contaba con unas docenas de miembros cuando Nechaev se convenció de que la amenazaba un peligro. Ivan Ivanovich Ivanov —uno de sus primeros partidarios, que colaboró intensamente en la difusión de la organización en la Academia Agrícola de Moscú en donde estudiaba— se había opuesto, por una razón no bien precisada, a algunas directrices de Nechaev⁴⁵. ¿Creyó éste realmente que Ivanov llegaría a denunciar a sus camaradas? ¿O temía simplemente por su autoridad comprometida? ¿O quería poner a prueba a los suyos, ligándolos cada vez más? Es difícil decirlo, aunque muchos contemporáneos —entre ellos Dostoievski— creyeron poder interpretar los sentimientos que agitaban a Nechaev en esos momentos. Lo cierto es que se decidió a suprimir a Ivanov. Reunió a los elementos más próximos a él y declaró que el comité central (teórica institución a la que apelaba a menudo) tenía en su poder pruebas que demostraban la intención de Ivanov de denunciar a la socie-

dad. Agregó que, dado lo delicado del asunto, tales pruebas no podían ser exhibidas. Se decidió por unanimidad suprimirlo.

A la noche siguiente se citó a Ivanov en el jardín de la Academia Agrícola —con el pretexto de desenterrar una máquina tipográfica escondida allí en la época del atentado de Karakozov —y allí lo mataron (21 de noviembre de 1869). Tomaron parte en el asesinato Nechaev, Kuznetsov, Pryzhov y Nikolaev⁴⁶. Cuando los tres últimos, tras el proceso, se encontraron juntos camino de Siberia, «llegaron a la firme convicción de que en realidad no existía ninguna base seria para realizar aquel acto terrorista en la persona de Ivanov»⁴⁷.

A finales de noviembre Nechaev estaba ya en San Petersburgo, y a mediados de noviembre pasaba la frontera, refugiándose en el extranjero.

Entre tanto se había encontrado el cuerpo de Ivanov. La policía pensó que se trataba de un asesinato para robarle, pero otros indicios acabaron poniéndola sobre la pista de la *Narodnaya rasprava*. Antes de final de año fueron detenidas gran número de personas que —de cerca o de lejos— habían tenido que ver con Nechaev. Cuando terminó la instrucción había setenta y nueve acusados más o menos gravemente, de los que unos treinta fueron puestos en libertad provisional o soltados bajo vigilancia policial. Otras ochenta personas fueron interrogadas por la policía y después puestas en libertad. Nechaev arrastró en su caída incluso a gente que le era hostil. En las listas, al lado de personas que acababan de iniciar su vida clandestina se encontraron revolucionarios aguerridos. Entre éstos estaba Vera Zasulich. Las listas incluían gran parte del fermento populista de aquellos años⁴⁸.

Al llegar a Suiza, Nechaev publicó un manifiesto-carta que revela una vez más su voluntad revolucionaria y al tiempo su extraordinaria capacidad de mixtificación⁴⁹. La policía rusa empezó de inmediato a trabajar para atraparlo. R. M. Kantor ha escrito todo un libro sobre los métodos empleados en esta persecución por los agentes de la gendarmería rusa⁵⁰. Puede parecer exagerado, pero hay que confesar que es un libro interesante y lleno de episodios de involuntaria ironía. Basta con recordar por ejemplo el informe de uno de los principales agentes secretos en el extranjero de la Tercera Sección que —por intentar encontrar a Nechaev— acabó viéndose implicado en la insurrección de Lyon de 1871, y acusado por el prefecto de la ciudad de ser un compañero de Bakunin.

Moralmente estoy muerto, he sufrido muchos insultos. Cuando me detuvieron, la gente me tiraba a la cara las colillas. El humor de Lyon es absolutamente salvaje, y el gobierno es débil. La revolución llegará, llegará infaliblemente. Hoy no puedo escribir nada más, estoy muerto, aunque después de esta detención mis relaciones con los emigrados serán aún mejores [Este agente había conseguido introducirse en la intimidad de Bakunin]. Y pensar que llevo nueve años de servicio y no he ofendido a nadie...⁵¹.

A pesar de tantos esfuerzos, se necesitó mucho trabajo para identificar a Nechaev. Estuvo en Londres y en París durante la guerra franco-prusiana (pero no cuando la Comuna)⁵², y después en Londres. En Suiza se escondió entre los mazzinianos italianos (Zamperini) en Saint-Maurice⁵³, y por último fue a Zurich. Allí caería; un polaco, agente ruso, lo hizo detener por la policía suiza el 14 de agosto de 1872. A pesar de la intervención (e incluso de un intento de liberación) de un grupo de emigrados, Nechaev fue entregado a la policía zarista⁵⁴.

Durante el año y medio de su segunda emigración, tan movida, Nechaev había demostrado una vez más su férrea tenacidad. Escribió, organizó, publicó hojas y periódicos, presentándose cada vez más abiertamente como jefe y único representante en el extranjero de las fuerzas revolucionarias rusas. «Durante su segunda estancia en Suiza —contará Ralli— Nechaev se comportó frente a Bakunin sin demostrar ya la modestia con que se había presentado la primera vez. Exigía que se le tuviese en cuenta como la única persona que contaba con una organización seria a sus espaldas»⁵⁵. Ocultando la situación real dejada en Moscú, quiso imponer a la emigración en general y a Bakunin en particular sus propios métodos, su mentalidad, sus opiniones políticas. Esto acabó por llevarlo a la ruptura con Bakunin, y nos permitirá ver reaparecer en sus escritos el fondo de sus concepciones, liberadas de las formas anarquistas que las habían revestido⁵⁶.

Iniició su campaña con una serie de manifiestos dirigidos a las diversas categorías sociales de Rusia, llamándolas a la rebelión contra el zarismo. Cualquier medio era útil para este fin, con tal de que suscitase la rebelión. Apeló a las tendencias nacionales de Ucrania, recogiendo probablemente un manifiesto redactado ya en Rusia por Pryzhov, escribió para los soldados y los curas, imprimió un manifiesto dirigido a los artesanos y comerciantes de las ciudades en nombre de una imaginaria «Duma de todos los pequeñoburgueses libres», en el que decía que era preciso quemar las ciudades para convertirlas en campos. «¿Por qué nuestros hermanos han de vivir en las ciudades? ¿Por qué tener funcionarios? Cada *mujik* será el dueño en su casa.» A las mujeres les decía que la única solución para sus problemas estaba en la revolución social.

Destruid junto con el pueblo trabajador el imperio de los *po-meshiki*, destruidlo con toda su legislación que ahoga al pueblo. Sólo entonces se abrirá un libre campo ante el trabajo libre femenino... Sólo anulando la propiedad privada se podrá anular la familia jurídica. Toda la tierra, todas las fábricas y talleres, todos los obradores, todos los instrumentos de trabajo, las vías de comunicación, los telégrafos, etc., pertenecerán a los *artel'* de los obreros y las obreras que en ellos trabajan. Estas cooperativas de producción estarán constituidas según las condiciones geográficas y etno-

gráficas de cada localidad, y estarán todas unidas entre sí por una solidaridad federativa... ¡Venid con nosotros al pueblo! ⁵⁷.

Recogiendo una idea que ya había asomado en la época de Ishutin, Nechaev difundió también dos manifiestos dirigidos a la nobleza, en los que trataba de apelar a sus sentimientos de casta contra el absolutismo zarista. «Ha llegado la hora de volver a aparecer en el escenario de la historia rusa —decía el primero de estos llamamientos, firmado 'Los descendientes de Riurik y el comité revolucionario nobiliario'—. Debemos utilizar el descontento general para sustituir el absolutismo de uno sólo por un absolutismo no menos sólido de los dignos representantes de nuestra noble clase... Debemos prevenir el movimiento popular, ya inminente. Seducida por los desórdenes de Occidente, la ruda plebe puede sublevarse contra la monarquía.» La tarea de la nobleza era «salvar a Rusia de la terrible tormenta que estaba a punto de desencadenarse sobre Europa». «Pongamos manos a la obra de una razonable revolución, y después sabremos guiar las tierras rusas por el camino del progreso, formando con nuestras filas un granítico muro contra cualquiera utopía social.» El segundo manifiesto, con probabilidad obra directa de Nechaev (mientras que el primero parece salido de la pluma de Bakunin), aumentaba aún la dosis. En él la aristocracia se gloriaba de haber servido a Nicolás I, de haber aplastado las «utopías sociales» de 1848 y de haber engendrado al glorioso Murav'ëv (el verdugo). Justamente por esto —decía— la nobleza tiene el derecho y el deber de tomar en sus manos la suerte de Rusia ⁵⁸.

La proclama más característica de las publicadas por Nechaev en su segunda emigración suiza es la dirigida «a los estudiantes rusos». Tras haber presumido una vez más de haber escapado de la policía, decía:

Prestad oídos a los gritos de quienes mueren bajo las torturas y daos cuenta de vuestros errores. No podemos volver a equivocarnos. Que cada uno de nuestros pasos se distinga de ahora en adelante por su rígida ponderación, por su inflexible consecuencia. Ahóguense todos los sentimientos en el pecho, que viva en nosotros una sola pasión: la voluntad de constituir una fuerza colectiva... Compañeros, ¡creed en vosotros mismos! ¡Demasiados han perecido ya por la causa del pueblo! Ya es hora de vencer. La juventud estudiantil de Occidente no entiende ni entenderá nuestras tendencias. Ya ha vivido sus días más hermosos y ha salido de la escena. Su función en la vida del pueblo ha acabado... La universidad no crea más que filisteos de las ciencias y lacayos del gobierno. Pero hay en Occidente otros hombres nuevos y frescos, a quienes pertenece el futuro. Es el mundo obrero, que no está dividido ni por los conflictos de los estados ni por el origen de las diversas razas. Ellos sí que nos entenderán. Nuestra causa —la causa del pueblo— es su causa. Se-

guid las palabras de Cristo, primer agitador revolucionario: ¡no arrojéis perlas a los puercos! ¡No intentéis despertad con la palabra de la verdad un mundo decadente al que le ha llegado su hora! ¡Su fin es inevitable! ¡Debemos actuar para apresurarle! ⁵⁹.

Estos temas se recogían y desarrollaban en el segundo número de la «Narodnaya rasprava», fechado en el invierno de 1870. Nechaev hablaba sobre todo de sí mismo, componiendo una enésima variante de la novela de su vida, y hablando esta vez incluso de su propio fin, de cómo encontró la muerte, a manos de los gendarmes, en la región de Perm. Su fantasía mixtificadora y el deseo de complicar la tarea de la policía que lo perseguía debieron dictarle estas extrañas páginas. Describía incluso la alegría del jefe de la Tercera Sección al enterarse de su muerte. Otro artículo se titulaba *Quien no está con nosotros está contra nosotros* y decía «a las liberales almas de Dios, que pasen decididamente a nuestras filas o que se dediquen a hacer de espías; no tiene sentido que se queden en la posición en que están, para morir por nada». Atribuía incluso su propia muerte a un liberal «partidario de la áurea mediocridad». Insistía con creciente violencia en la necesidad de organización, amenazando con «eliminar del número de los vivos» a quien quiera que intentase atacar su eficacia. Se trataba evidentemente de una exasperada apología de lo que había hecho en Moscú.

Insistía en la organización, en los poderes absolutos del Comité Revolucionario, acabando por decir abiertamente que el poder, tal y como estaba constituido, no dejaría de existir durante la revolución y después de ella. Pintaba su ideal de vida comunista y reglamentada incluso en los menores detalles, dominada por una única voluntad. El anarquismo bakunista se dejaba a un lado, poniendo al descubierto el núcleo comunista e igualitario que Tkachëv teorizará más adelante y que Nechaev había tomado quizás del babeuismo de algunos de sus compañeros rusos y en general del «jacobinismo ruso». Pero Nechaev no se remitía a esas fuentes, sino a Marx. «Quien desee encontrar un desarrollo teórico detallado de nuestras posiciones podrá encontrarlo en el *Manifiesto del partido comunista* publicado por nosotros.» Añadía que su preocupación era por entonces «aclarar sobre todo las vías prácticas para llegar a la realización» de las ideas contenidas en él. En efecto, en ese período se publicó en Suiza una versión del *Manifiesto*, y ésta pudo contribuir a orientar a Nechaev hacia una formulación diferente de su programa. Insistía también en su primitivo y violento comunismo en dos números de un periódico que publicó en Londres, la «Obshina», tras haber roto con Bakunin ⁶⁰. Evidentemente se trataba de su auténtico pensamiento político, que lo convertía en un eslabón entre *La joven Rusia* y el jacobinismo de Tkachëv.

Sobre esta base intentó crear un grupito de adeptos entre la emigración. Llamó a Sazhin, que había emigrado a América tras escapar de su

confinamiento en la región de Vologda; en julio de 1870 estará con él en Ginebra. Tuvo como compañeros a Semën Ivanovich y Vladimir Serebrennikov. Ambos deberían ayudarlo a publicar su edición del «Kolokol», pero el segundo, tras muchas intrigas en el círculo de la Internacional, detenido por la policía suiza porque lo confundieron con Nechaev, acabó convenciéndose de que éste era un espía zarista y rompió con él; el primero fue el único que permaneció a su lado cuando todos los demás fieles se pasaron a Bakunin, constituyendo el primer núcleo de anarquistas rusos, la sección rusa de la Hermandad.

Por un momento al menos conseguirá atraerse a la hija de Herzen y al viejo Ogarëv, sacarles dinero y apoderarse así de una nueva edición del «Kolokol». El primer número de este «órgano de la liberación rusa, fundado por A. I. Herzen» salía el 2 de abril de 1870, y el sexto y último el 9 de mayo de ese mismo año⁶¹.

Había pasado ya la fecha en la que Nechaev había basado todos sus planes revolucionarios —el 19 de febrero de 1870⁶². Incluso él, pese a todos sus deseos de actuar con rapidez, de apresurar el momento, parece pasar a una visión menos extremista de la situación, a una obra más amplia de propaganda. Por otra parte, su «comunismo» debió mostrarle la importancia de los aspectos políticos de la lucha, al margen de la mera contraposición de los campesinos al estado. Su «Kolokol» tendrá un tono más moderado, apelará a las fuerzas más variadas y diversas en la lucha contra el zarismo. Ciertamente que el propio hecho de haber recogido la herencia de Herzen debió inducirlo a asumir esa postura, pero no se trata sólo de eso; estaba alejándose de Bakunin, e instintivamente —cuando no lo guiaba pura y simplemente su voluntad de mixtificar, de engañar, incluso de chantajear a sus amigos— seguía también él el movimiento pendular de todo el populismo ruso, oscilante entre problemas sociales y problemas políticos, entre la organización de una fuerza revolucionaria y un movimiento democrático que abarcara todas las clases de Rusia.

Nechaev se mantenía firme sobre un punto:

En Rusia no se necesitan palabras, sino hechos. El «Kolokol» renovado será pues, ante todo —podemos decir exclusivamente—, el órgano de la acción práctica... Desde la época de la muerte del emperador Nicolás se han gastado bastante palabras, pero no hubo muchos hechos. Nosotros, los rusos, influidos por una educación germano-bizantina, o quizás todavía más bajo la influencia del *knut* zarista, que ha dificultado extraordinariamente todo género de iniciativa individual, hemos adquirido en mayor medida que otros pueblos la capacidad de consolarnos, de satisfacernos, de emborracharnos con nuestros razonamientos teóricos y nuestros discursos, tomando las lindas palabras por hechos... En Rusia no está lo bastante desarrollada la capacidad y la fuerza del deseo...

Esto lo proporcionaría la juventud, «los cientos por no decir los miles de jóvenes... que han recibido cierta instrucción y que no tienen ni un futuro, ni una carrera, ni medios para alimentarse». Ellos serán quienes den «la fórmula» de la revolución en Rusia. Ellos transformarán «la desilusión —el sentimiento dominante en los años sesenta— en una nueva fuerza»⁶³. Pero hasta ahora «la ausencia de un plan y de estrechos lazos organizativos lo han paralizado todo... Estas fuerzas deben concentrarse y encaminarse a un único punto: el imperio, hacia la lucha contra el absolutismo y la victoria sobre él...»⁶⁴.

Sólo una organización similar podría unir entre sí las diversas formas de rebelión que se manifestaban en Rusia.

Uno dice que hay que propagar en las clases cultas la idea de un orden de cosas distinto... Otro sostiene que es preciso preparar a la juventud... Un tercero está convencido de la necesidad de ir hacia el pueblo y ve la única vía salvadora en la difusión entre éste de conocimientos positivos, que maten las supersticiones... Un cuarto, declarando falsos todos estos caminos, asegura que es preciso ir hacia el pueblo no para educarlo, sino para empujarlo decididamente a la rebelión. Hace falta, dicen incluso, «despertarlo» solamente, y entonces la mayoría descontenta se levantará por sí sola y vencerá...

El error de tales posiciones consistía en atribuir a cada una de ellas un valor absoluto, mientras que no era sino «una parte de la acción, carente de todo sentido si no se ligaba con las demás». El pedagogo, el agitador popular, el administrador liberal «forman parte todos de la común causa social»⁶⁵. Los números siguientes del «Kolokol» de Nechaev no añadían gran cosa a este supremo intento —que continuará, como veremos, ante el tribunal que lo juzgó— de lanzar un llamamiento para la unión de todas las fuerzas, «de los llamados constitucionalistas a los socialistas»⁶⁶.

Bakunin protestó contra semejante política, que debía parecerle —aparte otras consideraciones— muy poco adecuada a la real naturaleza de Nechaev. Tanto más cuanto que al mismo tiempo éste le hacía ver más de cerca cuáles eran los medios que pretendía utilizar: amenazas, chantajes y proyectos de expropiación que habría que realizar incluso en la propia Suiza. Cuando estuvo convencido de que detrás de Nechaev, en Rusia, no había sino vacío, cuando se enteró con precisión de la tragedia de Ivanov, Bakunin rompió con su amigo.

Veía en él la sombra de las ideas y los estados de ánimo que él mismo había contribuido a fijar, a ensalzar, a teorizar. Las veía ante él en carne y hueso y tuvo una sensación de horror y de repulsa. En una carta meditada y precisa sacaba las conclusiones de la aventura de Nechaev, y sus palabras definían perfectamente el significado de la prepotente vo-

luntad de esto último de realizar de inmediato, personalmente, todas las exigencias de la rebelión populista.

Es cierto, de todos modos —decía Bakunin—, que se trata de uno de los hombres más activos y enérgicos que nunca encontré. Cuando el problema estriba en servir lo que él llama «la causa», no vacila ni se detiene ante nada, demostrando tanta crueldad consigo mismo como respecto a los demás. He aquí la cualidad esencial que me atrajo y me indujo durante mucho tiempo a buscar un lazo con él. Algunos dicen que es simplemente un aventurero. ¡No es verdad! Es un fanático lleno de entrega, y al propio tiempo un fanático peligrosísimo. Unirse a él sólo puede acarrear resultados desastrosos, y he aquí por qué.

Entró primero en un comité clandestino que existía realmente en Rusia. Ahora ese comité ya no existe, todos sus miembros han sido detenidos. Actualmente Nechaev se ha quedado solo, y constituye él mismo lo que llama el Comité. Cuando la organización fue destruida, se esforzó por crear una nueva en el extranjero. Todo esto habría sido naturalísimo, normal y sumamente útil, pero el medio utilizado por él para ese fin merece condena. Enormemente afectado por la catástrofe de la organización clandestina en Rusia, poco a poco ha llegado a convencerse de que para crear una sociedad seria e indestructible es preciso poner en su base la política de Maquiavelo, adoptando de lleno el sistema de los jesuitas: para el cuerpo, sólo violencia, para el alma, la mentira. La verdad, la confianza recíproca, la auténtica y fuerte solidaridad existen sólo entre una docena de personas que constituyen el *sancta sanctorum* de la sociedad. Todo el resto debe servir como un alma ciega, un material sin alma en manos de estas diez personas que han llegado a un acuerdo entre sí. Está permitido e incluso es obligado engañarlos, comprometerlos y, en caso de necesidad, hacerles perecer.

Y describía el sistema de espionaje interno resultante de dicha política, la destrucción real de toda personalidad humana.

Es un fanático —concluía— y el fanatismo lo lleva a transformarse en jesuita integral, cuando no lo convierte, en determinados momentos, en un simple estúpido. Su mentira suele ser ingenua. Pero a pesar de eso resulta muy peligroso. Juega al jesuita como otros juegan a la revolución⁶⁷.

El 19 de octubre de 1872 Nechaev estaba en San Petersburgo, encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo. Pocos días después lo trasladaron a Moscú, donde se desarrolló el proceso en enero del siguiente año.

Fue condenado a veinte años de trabajos forzados y después a exilio perpetuo en Siberia.

Nechaev nunca reconoció la acusación de ser un criminal común, haciendo —aunque en vano— todo lo que estaba en sus manos para que lo reconocieran como político⁶⁸. Ante el tribunal declaró: «No lo reconozco. Soy un emigrado. No reconozco al emperador ni a las leyes de aquí.»

Sus declaraciones políticas fueron más «liberales» de lo que implicaban en realidad sus auténticas e íntimas convicciones. Habló de constitución: «¡Viva el *zemski sobor*, abajo el despotismo!», gritó. Tras haber sido condenado envió al jefe de la policía una carta de protesta contra el tratamiento sufrido, sobre todo contra las palizas. Hablaba una vez más de sus ideas políticas:

Dejando a un lado los soñadores y los partidarios de las utopías, es imposible no reconocer que Rusia se encuentra en vísperas de una transformación política... Como un niño a quien le hayan crecido, y crecido inevitablemente, los dientes, así la sociedad que ha alcanzado cierto grado de civilización siente ineluctablemente la exigencia de derechos políticos. Rusia se halla en vísperas de un cambio constitucional.

Era dar una forma liberal al núcleo de su pensamiento, que resistía intacto. Siempre siguió estando orgulloso de su origen popular, sintiendo la ventaja de no ser de origen burgués o aristocrático: «Soy un hijo del pueblo»..., repetía tras la condena, y recordaba a Pugachëv y Sten'ka Razin, «que mandaron a la horca a los nobles rusos, como en Francia los mandaron a la guillotina». Ahora estos recuerdos le servían como incitación al gobierno para que se adentrara por la vía de las concesiones constitucionales. Proseguía su carta escribiendo: «Parto hacia Siberia con la firme convicción de que pronto millones de voces gritarán: ¡Viva el *zemski sobor*!»

Qué significa en realidad eso en su ánimo se vio claramente unos días después, el 25 de enero, cuando lo llevaron a la plaza para realizar con él la ceremonia de la «ejecución civil». Tras rechazar al sacerdote empezó a gritar: «Antes de tres años sus cabezas serán tronchadas en este mismo lugar por la primera guillotina rusa... ¡Abajo el zar! ¡Viva la libertad! ¡Viva el pueblo ruso libre!»⁶⁹.

Cuando Alejandro II recibió el informe de esta «ejecución», anotó al margen: «Después de esto tenemos pleno derecho a que pase de nuevo ante el tribunal como delincuente político, pero considero que eso no tendría gran utilidad, que lo único que haría sería despertar las pasiones, por lo cual es más prudente encerrarlo *para siempre* en presidio.» El subrayado era del propio emperador y la orden se siguió al pie de la letra.

Nechaev nunca pagó la pena a que lo condenó el tribunal; pagó la que le asignó Alejandro II con estas palabras.

Devuelto a San Petersburgo con grandes precauciones, para mantener secreto su viaje, fue encerrado el 29 de enero en la celda número cinco del foso de Alejo, en la fortaleza de Pedro y Pablo. Estaba en el más absoluto aislamiento.

Su único apoyo fueron los libros de historia, que le permitieron tener, salvo la *Histoire de la révolution française* de Louis Blanc, que había pedido entre los demás. Quiso en cambio *La guerre et la paix*, de Proudhon, y la obtuvo. Era todo lo que tenía para soportar la terrible monotonía de la incomunicación total. En 1875 hizo declaraciones revolucionarias a un general de la gendarmería que fue de inspección, y cuando éste lo amenazó con castigarlo, respondió con una bofetada. Transcurridos tres años escribió una carta al emperador, para protestar de nuevo. Como respuesta, le prohibieron escribir. Protestó y le pusieron cepos en pies y manos. Sólo bastante tiempo después consiguió liberar los pies, pero no las manos. Acabó consiguiendo otra vez la posibilidad de escribir: recuerdos de París, episodios de su vida en forma más o menos novelada y escritos políticos, todos perdidos hoy. Las pocas cartas que quedan en los archivos sobre su encarcelamiento conservan aún la impronta de su brusca y violenta dignidad.

Pero lo más extraordinario estriba en que, incluso en la fortaleza de Pedro y Pablo, Nechaev supo ejercer la fascinación sobre sus semejantes que poseía con tanta fuerza cuando estaba en libertad. Los soldados que tenían que custodiarlo se convirtieron poco a poco en sus oyentes, sus admiradores y a menudo sus subordinados⁷⁰. Los métodos que usó para atraerlos revelan una vez más el conjunto de inteligencia, de agudeza psicológica y de astucia que había marcado su actuación. Durante años le resultó imposible utilizar la posición conquistada entre la guarnición; consiguió de los soldados algún periódico, pero no logró comunicar con sus compañeros. En el foso sólo había otro prisionero, a más de Nechaev, y era un loco.

Pero en marzo de 1879 encerraron en la fortaleza a otro prisionero, el primero arrastrado allí por la nueva oleada del movimiento revolucionario: Leon Mirski. Había realizado un atentado —sin éxito— contra el jefe de la gendarmería. Poco después entraba en Pedro y Pablo uno de los principales miembros de la *Narodnaya volia*, Stepan Gregorevich Shiriaev. Este pudo por fin darle a Nechaev noticias exactas y detalladas del mundo exterior, de los nuevos grupos revolucionarios; a través de él consiguió hacer llegar una carta al «Comité Ejecutivo». En sus memorias, la Figner narra su asombro y el de sus compañeros cuando se enteraron de que Nechaev aún vivía, que no estaba en Siberia, sino prisionero desde hacía años en la propia capital. Se plantearon de inmediato el problema de tratar de liberarlo. Los soldados se convirtieron en correos más o menos regulares entre la fortaleza y el «Comité». Se examinaron distintos

planes, cuya ejecución se retrasó solamente porque los miembros de la *Narodnaya volia* estaban ocupados en ese momento en preparar un atentado contra el emperador. El propio Nechaev, desde su celda, proponía posponer su liberación, pidiendo que se liberase antes a Shiriaev. Daba también otro tipo de consejos; se deberían distribuir manifiestos falsos en el momento del atentado, manifiestos del más extraño contenido, con un único fin: confundir lo más posible a la población.

El año y medio que Nechaev vivió aún tras el atentado del 1 de marzo de 1881, en el que cayeron gran parte de quienes debían organizar su fuga, fue de los más terribles. Empezó de nuevo a hilvanar un plan de fuga, ya que el régimen interno de la prisión se hacía más terrible de día en día. Habrían debido liberarlo los propios soldados de guardia. La guarnición de la fortaleza había llegado hasta el punto de leer abiertamente en los dormitorios y cuartos de guardia los últimos números de «*Narodnaya volia*». Algunos hasta habían seguido las clases que daba Nechaev sobre cómo cifrar cartas. Pero tras un largo período de ceguera —explicable sólo por el hecho de que la fortaleza de Pedro y Pablo era un mundo tan impenetrable que ni siquiera lo vigilaban otros órganos del estado—, las autoridades empezaron a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. En noviembre llegaron las primeras noticias del proyecto de fuga de Nechaev, y en diciembre se realizaron numerosas detenciones entre los soldados: en total, sesenta y nueve personas. Es casi seguro que el secreto de la proyectada fuga fue revelado por Mirski.

Nechaev vivió aún sin libros, sin esperanzas, con un régimen alimenticio que pronto le procuró el escorbuto. Morirá de él el 21 de noviembre de 1882.

Notas al capítulo 15

¹ *German Aleksandrovich Lopatin (1841-1918)*, P. 1922, donde A. Shilov ha recogido escritos, cartas y documentos de Lopatin, con una amplia bibliografía, p. 9, y V. Antonov, *Russki drug Marksa. German Aleksandrovich Lopatin* [Un amigo ruso de Marx. G. A. Lopatin], M. 1962, p. 18. Cfr. I. Smol'nikov, *G. A. Lopatin*, L. 1968, y S. S. Volk, *Karl Marks i russkie obshestvennye deyateli* [K. Marx y los hombres del movimiento social en Rusia], L. 1969.

² *German Aleksandrovich Lopatin* cit., p. 135.

³ *Ibid.*, p. 137.

⁴ *Op. cit.*, p. 9.

⁵ A. Uspenskaya, *Vospominaniya shestidesiatnitsy* [Memorias de una mujer de los años sesenta], en «Byloe», 1922, fasc. 18.

⁶ El estudio más detallado al respecto es el de B. P. Koz'min, S. G. Nechaev i ego protivniki v 1868-69 gg. [S. G. Nechaev y sus adversarios en los años 1868-69], en *Revoliutsionnoe dvizhenie 1860-j godov. Sbornik statei, pod red. B. I. Goreva i B. P. Koz'mina* [El movimiento revolucionario de los años sesenta. Colección de artículos, editada por B. I. Gorev y B. P. Koz'min], M. 1932, pp. 188 y ss.

⁷ «Golos minuvshago na chuzoi storone», 1926, fasc. III.

⁸ S. G. Svatikov, *Studencheskoe dvizhenie 1869 goda (Bakunin i Nechaev)* [El movimiento estudiantil de 1869 (Bakunin y Nechaev)], en «Istoricheski sbornik. Nasha strana», Spb. 1907.

⁹ Forrest A. Miller, *Dmitri Miliutin and the Reform Era in Russia*, Nashville 1968, y la interesante recensión de M. Raef en «Canadian Slavic Studies», vol. III, número 2, verano de 1969, pp. 429 y ss.

¹⁰ Uno de los dirigentes de la agitación de ese centro, M. P. Sazhin, estaba destinado a convertirse en la emigración —con el seudónimo de Armand Ross— en la mano derecha de Bakunin. Hijo de un pequeño comerciante de la región de Kostroma, se había formado en San Petersburgo con las obras de Chernyshevski, en la época de más activa floración intelectual de los años sesenta. Ya en 1865, a los veinte años, había sido perseguido por haber litografiado la traducción rusa de *Fuerza y materia*, de Büchner. Fue expulsado del Instituto Tecnológico y deportado a la gubernación de Volodga por su activa participación en los desórdenes estudiantiles. M. P. Sazhin, *Vospominaniya. 1860-1880-j gg. S predislaviem V. Polonskogo* [Recuerdos. 1860-1880. Con prefacio de V. Polonski], M. 1925, pp. 14-19 y ss. Sobre M. Sazhin, véase la necrología de V. Nevski en «Katorga i ssylka», 1934, fasc. II.

¹¹ S. L. Chudnovski, *Iz davnij let* [De los años lejanos], en «Byloe», 1907, número IX.

¹² Z. K. Ralli, S. G. Nechaev, en «Byloe», 1906, fasc. VII.

¹³ V. Zasulich, *Nechaevskoe delo* [El asunto Nechaev], en «Osvobozhdenie truda», fasc. II, 1924, p. 69.

¹⁴ Véanse sus palabras, recogidas de viva voz, cuando ya era muy anciana, en 1922, en «Katorga i ssylka», 1925, fasc. I.

¹⁵ N. F. Bel'chikov, S. G. Nechaev v sele Ivanove v 60-e gody (S. G. Nechaev en el centro de Ivanovo en los años sesenta), en «Katorga i ssylka», 1925, núm. 1. En este artículo se publican también cartas de aquel período. Sobre los obreros de Ivanovo, cfr. B. V. Zlatouskovski, *Bibliograficheski ukazatel' materialov dlia izucheniya istorii rabochego i professional'nogo dvizheniya v Ivanovo-Voznesenskom rayone (1813-1921)* [Indicador bibliográfico de los materiales para el estudio del movimiento obrero y sindical en la circunscripción de Ivanovo-Voznesensk (1813-1921)], Ivanovo-Voznesensk 1927.

¹⁶ A. V. Smirnov, F. D. Nefedov, en «Trudy Vladimirskoi uchënoi arjivnoi Komissii», 1917-18, fasc. XVIII.

¹⁷ «Narodnaya rasprava», 1869, núm. 1.

¹⁸ N. Koliupanov, *Deviatnadsatoe fevralia 1870 goda* [El 19 de febrero de 1870], en «Vestnik Evropy», 1869, fasc. X, citado por Koz'min, S. G. Nechaev i ego protivnik v 1868-69 gg. cit., p. 174. Cfr. P. A. Zayonchkovski, *Otmena krepostnogo prava v Rossii* [La abolición de la servidumbre en Rusia], M. 1968³, pp. 292 y ss., donde el autor ilustra detalladamente los temores nutridos por el gobierno de desórdenes campesinos y la satisfacción que demostró cuando pudo comprobar la relativa calma con que se acogió este acto final de la reforma.

¹⁹ Está probado por una carta de Ogarëv a Herzen, del 1 de abril de 1869, citada en *Russkaya podpol'naya i zarubezhnaya pechat'. Bibliograficheski ukazatel', tom I: Donoradovol'cheski period, 1831-1879. Vypusk I, sostavlen M. M. Klevenskim i dr.* [La prensa clandestina y emigrada rusa. Lista bibliográfica. Tomo I: El período precedente a la «Voluntad del Pueblo», 1831-1879, fasc. I, editado por M. M. Klevenski y otros], M. 1935, núm. 98, p. 170, publicado por A. Askariants y Z. Kernenova en «Literaturnoe nasledstvo», vol. 39-40, 1941, p. 545, y reproducida en N. P. Ogarëv, *Izbrannyye sotsial'no-politicheskie i filosofskie proizvedeniya. Pod obshei red. M. T. Iovchuka i N. G. Tarakanova* [Obras escogidas político-sociales y filosóficas. Edición de M. T. Iovchuk y N. G. Tarakanov], vol. II, M. 1956, pp. 533 y ss.

²⁰ Reproducido en Svatikov, *op. cit.*, p. 223.

²¹ El primero, «¡Oh, estudiantes rusos, la policía os apalea...», ha sido reeditado, entre otros, por Svatikov, *op. cit.*, p. 223; el segundo, «Llamamiento a los estudiantes rusos», no se ha reproducido nunca. Véase A. I. Gertsen, *Polnoe sobranie sochinenii i pisem pod red. M. K. Lemke* [Colección completa de obras y cartas, edición de M. Lemke], vol. XXI, p. 374.

²² «Unas palabras a los jóvenes hermanos de Rusia», reproducido en el «Volksstaat» del 5 de marzo y posteriormente en «La Liberté», que se publicaba en Bruselas, y en «La Réforme», de Vermorel. En ruso, en Svatikov, *op. cit.*, p. 233. Sobre los problemas de atribución y fecha de este manifiesto, cfr. el fundamental artículo, basado en un nuevo examen de las fuentes ya conocidas y en nuevos documentos, de Michael Confino, *Bakunin et Nechaev. Les débuts de la rupture. Introduction à deux lettres inédites de Michel Bakunin — 2 et 9 juin 1870*, en «Cahiers du monde russe et soviétique», vol. VII, 1966, fasc. IV, pp. 606 y ss.

²³ Véase su reproducción en Svatikov, *op. cit.*, p. 225, y en el artículo de Yu. G. Oksman *Sud'ba odnoi parodii Dostoievskogo* [La suerte de una parodia de Dostoievski], en «Krasny arjiv», 1923, fasc. III.

²⁴ Citado por A. Gambarov, *V sporaj o Nechaev. K voprosu ob istoricheskoj reabilitatsii Nechaeva* [Las discusiones sobre Nechaev. Sobre el problema de la rehabilitación histórica de Nechaev], M.-L. 1926, p. 86.

²⁵ Para todos los problemas en torno al descubrimiento de este texto por la policía zarista, de su desciframiento, etc., véase A. A. Shilov, *Katejizis revoliutsionera (K istorii nechaevskogo dela)* [El catecismo del revolucionario (Para una historia del asunto Nechaev)], en «Bor'ba klassov», 1924, fasc. I-II, que da como apéndice una edición crítica de este texto. La discusión sobre el nombre de su autor, iniciada en el momento del proceso, ha durado casi un siglo, haciendo a menudo caer la balanza en el sentido de una paternidad bakuniniana. El mismo autor de estas líneas estaba convencido de ello en las primeras ediciones de este libro. El artículo de Confino Ba-

kunin et Necaev, *Les débuts de la rupture* cit. aporta la que parece una prueba definitiva de lo contrario. El propio Bakunin, al escribirle a Nechaev el 2 de julio de 1870, le hablaba de «su catecismo» (*ibid.*, p. 632). Ciertamente en el contexto esas palabras equivalen a «sus ideas», «su modo de actuar», y podrían no referirse específicamente al célebre *Catecismo del revolucionario*. Pero no se trata aquí de una atribución literaria. Políticamente, Bakunin reconoce con claridad que se trata de las ideas de Nechaev, y eso es lo que en realidad importa. Gran parte del material sobre las relaciones entre Bakunin y Nechaev se ha recogido recientemente en *Michel Bakounine et ses relations avec Sergej Necaev. 1870-1872. Ecrits et matériaux. Introduction et annotations de Arthur Lehning*, en «Archives Bakounine», Internationaal Instituut voor sociale Geschiedenis Amsterdam, vol. IV, Leiden 1971.

²⁶ Véase la reproducción de este manifiesto de mayo de 1869 en Svatikov, *op. cit.*, página 233.

²⁷ Este llamamiento se reproduce, entre otros, en una miscelánea M. A. Bakunin: *Stat'ya A. I. Gertsena o Bakunine. Biograficheski ocherk M. Dragomanova, Rech'i i vozravnaniya* [M. A. Bakunin: Artículo de A. I. Herzen sobre Bakunin. Ensayo biográfico de M. Dragomanov, discursos y llamamientos], s. l. 1906, p. 235.

²⁸ Reproducido *ibid.*, pp. 245-51.

²⁹ El documento fundamental es la carta de Bakunin del 2 de junio de 1870, publicada por Confino, *Bakunin et Necaev. Les débuts de la rupture* cit.

³⁰ Véase el artículo de G. Bakalov *Jristo Botev i Sergej Nechaev*, en «Letopisi marksizma», 1929, fasc. IX-X, cuidadosa investigación que prueba que las ideas «comunistas» (la definición es de un amigo de Botev) de Nechaev tuvieron cierta influencia sobre la evolución política del poeta y revolucionario búlgaro. Los contactos de la joven emigración búlgara con Bakunin —justamente en el período en que Nechaev se hallaba con él— constituyen un episodio importante de la historia de la difusión de las ideas socialistas en los Balcanes. En julio de 1869, una comisión de emigrados búlgaros se dirigió a consultar a Mazzini, Garibaldi, Herzen y Bakunin. Los lazos que se establecieron entonces con este último sirvieron a Nechaev para esconderse y continuar sus actividades durante su segunda emigración. En este período se ocultará bajo el nombre de Ivan Ivanovich, y muy probablemente bajo el de Florenko.

³¹ Sobre su fin, véase V. Kolosov, *Rasskazy o kariskoi katorge* [Relatos de los trabajos forzados en Kara], P. 1907, pp. 302 y ss.; Id., *Kara i drugie tiurny nerchinskoi katorgi* [Kara y otras prisiones de trabajos forzados de Nerchinsk], M. 1927. En las memorias, ya citadas, de su mujer, Aleksandra Ivanovna Zasulich, hermana de Vera, encontramos anotaciones sobre Nechaev hechas con inteligencia y sencillez. Aunque no captan el meollo de su personalidad, constituyen de todos modos un útil y eficaz antídoto contra las falsas interpretaciones literarias: «Me moría de risa —cuenta— cuando más adelante oí hablar de él como de un fanático severo y triste, o cuando lo vi representado en el escenario del Teatro del Arte, en un drama sacado de la novela de Dostoievski *Los endemoniados*... En realidad, no se parecía en nada, no había la menor semejanza; sólo se trataba de una estúpida caricatura de Nechaev y de todos nosotros en general. Nechaev era un sencillo muchacho ruso, de aspecto similar al de un obrero, un poco inseguro en la vida ciudadana. Pronunciaba las o como en la región de Vladimir; no se daba aires en absoluto; le gustaba bromear y reír de buena gana.» Nechaev le dio la impresión de un hombre inteligente, sumamente enérgico, entregado con toda el alma, sin límites, a la causa. Una impresión similar provocó en su marido, y en todos los que entonces lo conocieron en Moscú.

³² Véase sobre todo su *Ispoved'* [Confesión], publicada en «Minuvshie gody», 1908, fasc. II; M. S. Al'tman, I. G. Pryzhov, M. 1932, y sobre todo I. G. Pryzhov, *Ocherki stat'i pis'ma. Radaktsiya, vvodnye stat'i i kommentarii M. S. Al'tmana* [Ensayos, artículos y cartas. Edición, introducción y comentarios de M. S. Al'tman], M.-L. 1934. Cfr. A. R. Mazurkevich, I. G. Pryzhov. *Iz istorii russko-ukrainskij literaturnyj svyazi* [I. G. Pryzhov. De la historia de las relaciones literarias ruso-ucranianas], Kiev 1958 (contiene un amplio ensayo y numerosos textos inéditos).

³² Pryzhov, *Ispoved'* cit.

³⁴ A. Grigor'ev, *Plachevnye razmysleniya* [Tristes consideraciones], artículo reeditado en sus *Vospominaniya* [Recuerdos], edición de Ivanov-Razumnik, L. 1930, páginas 349 y ss.

³⁵ I. G. Pryzhov, *Istoriya kabakov v Rossii v svyazi s istoriei russkogo naroda* [Historia de las hosterías en Rusia, con relación a la historia del pueblo ruso], Spb. 1868, reeditado s. l. n. d. [pero Kazán, 1914].

³⁶ I. G. Pryzhov, *Ispoved'* cit.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ Véase Cheshijin-Vetrinski, N. G. *Chernyshevski. 1828-1889*, P. 1923, p. 177. Pryzhov es, como ha demostrado Al'tman, *op. cit.*, pp. 192 y ss., el modelo del personaje de Tolkachenko en *Los endemoniados*, de Dostoievski.

³⁹ Véase la deposición de I. Lijutin publicada en *Nechaev i nechaevtsy. Sbornik materialov. Podgotovil k pechatu B. K. Koz'min* [Nechaev y sus seguidores. Colección de materiales, editada por B. P. Koz'min], M.-L. 1931, pp. 129 y ss. Se trata de una útil colección de documentos en la que se publican el informe del ministro de Justicia sobre el asunto Nechaev, las deposiciones de muchos detenidos, algunas cartas de acusados e informes policiales sobre el proceso.

⁴⁰ Deposition de A. Kuznetsov, del 7 de enero de 1870, *ibid.*, p. 108.

⁴¹ Deposition de P. Prokorenko, del 2 de febrero de 1870, *ibid.*, p. 118.

⁴² B. P. Koz'min, S. G. *Nechaev i tul'skie oruzhenniki* [S. G. Nechaev y los obreros de las fábricas de armas de Tula], en «Katorga i ssylka», 1930, fasc. 3. Cuando V. N. Cherkezov fue detenido, le encontraron encima una especie de guía del propagandista de la región de Tula, con indicaciones sobre el estado de ánimo de las distintas aldeas, los puntos de apoyo, etcétera.

⁴³ P. A. Enkuvatov, estudiante de la Academia Agrícola, será condenado a un año de cárcel y cinco de vigilancia; escapará de Odesa en 1877 para participar en la rebelión de Herzegovina, y al regreso lo matará por celos su propio hermano, también implicado en el proceso Nechaev.

⁴⁴ *Nechaev i nechaevtsy cit.*, p. 112.

⁴⁵ Es importante el testimonio al respecto de G. Lopatin, publicado y discutido por Michael Confino, *Nechaev et le meurtre de l'étudiant I. Ivanov. Une lettre inédite de German Lopatin à Natalie Herzen*, en «Cahiers du monde russe et soviétique», volumen VIII, fasc. 4, octubre-diciembre de 1967, pp. 628 y ss.

⁴⁶ Era hijo ilegítimo de un burgués de Moscú. De niño vivió mucho tiempo en la ciudad natal de Nechaev, como empleado de una fábrica. Cuando conoció a éste, en Moscú, trabajaba de carcelero en una prisión donde, con el permiso del director, había introducido un taller para los prisioneros. Fue él quien le dio a Nechaev su propio pasaporte cuando se refugió por primera vez en el extranjero, por lo que tuvo que esconderse durante cierto tiempo en Tula.

⁴⁷ Véase la interesante autobiografía de Kuznetsov publicada en la *Entsiklopedicheski slovar' Granat* [Diccionario enciclopédico Granat], vol. 40, *sub voce*.

⁴⁸ El informe del proceso está reeditado en V. Bogucharski, *Gosudarstvennaya prestupleniya v Rossii v XIX veke* [Los crímenes de estado en Rusia en el siglo XIX], Spb. 1906, pp. 159 y ss. Sobre la «ejecución civil» de los tres principales responsables, Uspenski, Pryzhov y Kuznetsov, véase un informe policial del 21 de diciembre de 1871, publicado en *Nechaev i nechaevtsy cit.*, p. 184. «La ceremonia se desarrolló del modo más tranquilo. Había bastante gente, pero la mayoría eran comerciantes del barrio obrero. Por el camino de regreso, cuando los delincuentes fueron devueltos a la cárcel dentro del carronato, quince personas "nihilistas" se apartaron de la muchedumbre y los acompañaron a la prisión. Un defecto inexplicable hizo que el furgón estuviera arrastrado por un caballo tan obstinado que se paraba cada dos pasos...» En los últimos meses de 1872, tras pasar por Irkutsk, llegaban a su lugar de castigo: Kuznetsov y Uspenski, a Kara; Pryzhov, a la región de más allá del Baikal.

⁴⁹ Véaselo (en francés) en «L'Internationale», de Bruselas, 20 de febrero de 1870. Traducimos: «La multitud de grandes dignatarios del imperio, temiendo por su propia existencia y empujada por el miedo, se ha arrojado con ferocidad digna de tigres sobre todo lo que es joven y enérgico...» Hablaba de «gobierno tártaro-alemán» y componía una auténtica novela sobre el asesinato de Ivanov, diciéndose objeto de la acusación «más desvergonzada». «¿El difunto Alejandro Herzen no fue acusado por el gobierno de haber participado en los incendios en Rusia?» Fue reproducido en el «Volksstaat» del 26 de febrero de 1870. En el mismo periódico se encuentra otra carta de Nechaev (núms. del 14 de mayo y del 4 de junio de 1870).

⁵⁰ R. M. Kantor, *Na pogone Nechaeva* [En persecución de Nechaev], L. 1925, 2.ª ed. corregida y anotada.

⁵¹ *Ibid.*, p. 107.

⁵² B. Nikolaevski, *Pamiati poslednego yakobintsia: G. M. Turski* [En recuerdo del último jacobino, G. M. Turski], en «Katorga i ssylka», 1926, fasc. II, aventura la suposición de que Nechaev, durante su estancia en París, lanzase las primeras semillas de la corriente del jacobinismo ruso que luego desarrolló Tkachév.

⁵³ Shazin, *op. cit.*, p. 14. «Tenían una excelente organización», dice Shazin hablando de los emigrados mazzinianos. Cfr. M. Vuilleumier, *Bakounine, l'Alliance internationale de la démocratie socialiste et la première Internationale à Genève* (1868-1869), en «Cahiers Vilfredo Pareto», 1964, fasc. 4, pp. 85 y ss.

⁵⁴ «Byloe», 1906, fasc. VII, y las excelentes páginas que a este hecho dedicó J. M. Meijer, *Knowledge and Revolution. The Russian Colony in Zuerich (1870-1873). A Contribution to the Study of Russian Populism*, Assen 1955, pp. 100 y ss.

⁵⁵ Z. K. Ralli, *Mijail Aleksandrovich Bakunin*, en «Minuvshie gody», 1908, fascículo X.

⁵⁶ Cfr. Michael Confino, *Bakunin et Necaev. La rupture. Lettres inédites de Michel Bakunin à Natalie Herzen*, en «Cahiers du monde russe et soviétique», 1967, volumen VIII, fasc. I, pp. 56 y ss.

⁵⁷ Nechaev, *Ot russkogo revoliutsionnogo obshestva k zhenshinam* [A las mujeres, de parte de la sociedad revolucionaria rusa]. Al igual que para los manifiestos siguientes, cfr. *Michel Bakounine cit.*, edición de A. Lehning, pp. 303 y ss.

⁵⁸ B. P. Koz'min, *K istorii «nechaevshiny»* [Para una historia del «asunto Nechaev»], en «Krasny arjiv», 1927, fasc. III, donde ambos manifiestos son reproducidos íntegramente. Sobre la fecha y la insegura atribución de estos escritos, cfr. Confino, *Bakunin et Necaev. Les débuts de la rupture cit.*, p. 609.

⁵⁹ Id., *Proklamatsiya S. G. Nechaeva k studentam* [Un manifiesto de S. G. Nechaev a los estudiantes], en «Krasny arjiv», 1929, fasc. 33.

⁶⁰ Véase el primer número en *Michel Bakounine cit.*, pp. 435 y ss.

⁶¹ Amén de los estudios antes citados de M. Confino, cfr. Tatiana Bakounine y Jacques Catteau, *Contribution à la biographie de Serge Necaev: correspondance avec Natalie Herzen*, en «Cahiers du monde russe et soviétique», 1966, vol. VII, fasc. 2, páginas 249 y ss.; Michael Confino, *Un document inédit: le journal de Natalie Herzen, 1869-1870*, *ibid.* 1969, vol. X, fasc. 1, pp. 52 y ss.; M. Mervaud, *Lettres d'Ogarév à Natalie Herzen, ibid.*, 1969, vol. X, fasc. 3-4, pp. 478 y ss.; y E. L. Rudnitskaya, *N. P. Ogarév v russkom revoliutsionnom dvizhenii* [N. P. Ogarév en el movimiento revolucionario ruso], M. 1969, cap. X, *Ogarév y Nechaev*, p. 382.

⁶² Habla también de ello en el «Bulletin russe (Supplement du Kolokol) (La Cloche)», núm. 1, 2 de abril de 1870. «El pueblo agrícola de Rusia, es decir, la inmensa mayoría de la población del imperio, se ve frustrado en sus últimas esperanzas. Así se están produciendo ya, y cada día son más frecuentes, levantamientos parciales en todos los puntos del Imperio... A poco que todos los movimientos locales se den la mano, el gobierno está perdido»...

⁶³ *K russkoi publike ot redaktsiei* [La redacción al público ruso], en «Kolokol», número 1, 2 de abril de 1870.

⁶⁴ «Kolokol», núm. 2, 9 de abril de 1870.

⁶⁵ «Kolokol», núm. 3, 16 de abril de 1870.

⁶⁶ Los números del «Kolokol» editados por Nechaev se han reeditado por V. Nevski e I. Teodorovich, con notas de E. A. Morojovets, M. 1933.

⁶⁷ Citado en Yu. Steklov, *Mijail Aleksandrovich Bakunin. Ego zhizn' i deyatel'nost' 1814-1876* [M. A. Bakunin. Vida y actividad. 1814-1876], M. 1926-27, volumen III, p. 542. Es fundamental, como se ha dicho, la carta del 2 de junio de 1870, publicada por Confino, *Bakunin et Nechaev. Les débuts de la rupture* cit., donde se profundizan y detallan las acusaciones bakuninianas de fanatismo, jesuitismo y fraude.

⁶⁸ Sobre todo el período de cárcel de Nechaev, véase el minucioso artículo de P. E. Shegoiev *S. G. Nechaev v raveline, 1873-1882* [S. G. Nechaev en el foso de la fortaleza de Pedro y Pablo. 1873-1882], en *Alekseevski ravelin* [El foso de Alejo], M. 1929, pp. 188 y ss.

⁶⁹ *Obriad publichnoi kazni nad S. G. Nechaevym* [La ceremonia de la ejecución pública de Nechaev], en «Krasny arjiv», 1922, fasc. I.

⁷⁰ Sobre el último período de la vida de Nechaev, véase también el artículo de Tijomirov en «Vestnik Narodnoi voli», Ginebra 1883, núm. 1.



Pëtr Nikitich Tkachëv

En 1861, las ideas que Zaichnevski y su pequeño grupo expusieron en el manifiesto de *La joven Rusia* suscitaron sobre todo una sensación de estupor y escándalo. De nada valió después la paciente y tenaz labor conspiratoria del primer creador de esta corriente jacobina, para dar vida a una organización de cierta amplitud que se identificase con las ideas de *La joven Rusia*. Volvieron a aflorar motivos jacobinos en las conspiraciones de los años sesenta y en la ideología más propiamente nihilista de ese período; pero las conjuraciones fueron sofocadas y la muerte de Pisarev truncó una posible evolución en este sentido del más importante escritor del «nihilismo». La exigencia de una organización fuerte, el ideal comunista —más aún que el anarquista—, se habían dejado sentir toscamente, violentamente, en la figura de Nechaev y en el movimiento creado por él. Pero los obstáculos y la oposición que encontró en el mismo mundo de los estudiantes revolucionarios desde el comienzo de su actividad, constituyen ya en sí una prueba de que a finales de los años sesenta el populismo se iba orientando hacia formas distintas, e incluso opuestas a todo jacobinismo. El escándalo y el horror suscitados por la forma en que cayó la organización de Nechaev, la revelación de los métodos empleados por éste en la conspiración y en la lucha, no habían hecho más que sellar la separación cada vez más clara entre la generación que surgía a comienzos de los años setenta y las tradiciones conspiratorias —con tintes jacobinos— de la década anterior. La «ida hacia el pueblo» tomará su inspiración del deseo de empezar de nuevo sobre bases organizativas e ideológicas profundamente cambiadas. Una nueva época, de más amplio aliento moral y de mayor participación numérica, se iniciaba para el movimiento populista. Cuando unos años después la necesidad de la lucha terrorista, de la conspiración, cuando la importancia asumida por el movimiento revolucionario induzcan a los hombres de la *Narodnaya volia* a replantearse el problema de una organización centralizada y del estado, recogiendo así algunos temas de *La joven Rusia* y de Nechaev, lo harán impulsados por exigencias y necesidades propias, en un terreno ya distinto, empujados por el propio desarrollo del populismo en los años setenta. Más que continuación de una tradición y de una corriente, se

tratará de un nuevo encuentro en el subsuelo revolucionario. La sorpresa con que se enteraron de que Nechaev estaba vivo y se hallaba en la fortaleza de Pedro y Pablo fue en cierto modo el símbolo de esta convergencia de todos los intentos anteriores —que duraron dos decenios— en la acción de *Narodnaya volia*. Sólo entonces se mencionarán explícitamente, en su programa, las ideas jacobinas, que a partir de *La joven Rusia* habían aflorado aquí y allá al margen del populismo.

Aparte Zaichnevski, sólo un hombre había tratado, en los años sesenta y setenta, de dar al jacobinismo ruso una continuidad, una organización, y sobre todo una ideología total: Pëtr Nikitich Tkachëv. Fue uno de los primeros que en Rusia dieron a conocer el materialismo histórico marxista, atribuyéndole además un valor político en la polémica interna del populismo. Fue el único que dio una coherente visión ideológica de las toscas exigencias que se habían expresado en la figura de Nechaev. Por último, fue él quien —polemizando contra el socialismo de Lavrov y contra el anarquismo de Bakunin— enlazó los brotes jacobinos aparecidos en Rusia en los años sesenta con el populismo posterior y con la corriente internacional del blanquismo. Nunca consiguió crear un movimiento propiamente dicho, pero su acción personal, aislada, sí, pero asistida por una gran coherencia, bastará para proporcionar al jacobinismo ruso una fisonomía propia, para convertir a su blanquismo si no en una fuerza política inmediatamente eficaz, sí en uno de los hechos más importantes de la controversia política de los años sesenta y setenta¹.

Tkachëv, hijo de un pequeño noble del distrito de Velikie Luki, huérfano de padre a temprana edad, hizo sus estudios de segunda enseñanza en la capital, abriéndose ya entonces a la vida política. Veinte años después, al hablar de Chernyshevski, decía aún: *«C'est le véritable père et fondateur du parti socialiste révolutionnaire en Russie. Aucun écrivain, en aucun temps, n'eut tant d'influence sur le développement intellectuel de ses contemporains. La partie la plus avancée de la société russe le considérait comme son chef»* *².

El «Sovremennik» le dio, pues, el impulso inicial. La universidad de San Petersburgo, en la que ingresó en 1861, fue su primer encuentro con la realidad. En octubre de 1861 se hallaba ya en la fortaleza de Kronshtadt, con numerosos camaradas detenidos por las manifestaciones del otoño.

Puesto en libertad tras unos dos meses, siguió con especial atención el debate iniciado entonces entre las diversas corrientes políticas, la discusión entre los que defendían ideas constitucionales, populistas, o ya jacobinas y comunistas. Justamente en los primeros meses de 1862 lo

* «Es el verdadero padre y fundador del partido socialista revolucionario en Rusia. Ningún escritor, en ninguna época, tuvo tanta influencia sobre el desarrollo intelectual de sus contemporáneos. El sector más avanzado de la sociedad rusa lo consideraba su jefe.»

vemos en contacto con un defensor de estas últimas, con Leonid Ol'shevski —uno de los poquísimos que intentó difundir en San Petersburgo ideas similares a las de *La joven Rusia*³. En el llamamiento a los campesinos que querían difundir por entonces —no se excluye que lo hubiera escrito el propio Tkachëv— domina ya una idea: un neto y claro igualitarismo.

Condenado a tres años de presidio y puesto en libertad antes de que pasara el plazo, seguirá participando durante todos los años sesenta en la vida de los grupos clandestinos del período. En 1865 fue detenido de nuevo por haber participado en una manifestación de protesta organizada por los estudiantes en un teatro donde se representaba un drama polémico contra el «nihilismo». Al año siguiente, en 1866, cayó en la gran redada que siguió al atentado de Karakozov. Liberado pronto también esta vez, continuó en contacto con la «Academia de Smorgón» que, como hemos visto, era uno de los pocos centros activos en la época del «terror blanco». En 1869 trató de dar un sentido político a los desórdenes que estallaron en las escuelas, y lanzó un manifiesto *A la sociedad* para dar mayor resonancia a las reivindicaciones estudiantiles. Junto a Nechaev participó activamente en los esfuerzos por sacar de aquella agitación un movimiento conspiratorio, preparando con él el *Programa de acciones revolucionarias* y sentando las bases de la organización que debería ponerse a la cabeza de la esperada *jacquerie* campesina. Detenido el 26 de marzo de 1869, no pudo tomar parte directa en el movimiento de Nechaev y tuvo que esperar en la cárcel, hasta el 15 de julio de 1871, que lo juzgaran en el gran proceso de los partidarios de éste. Se reconoció autor del manifiesto *A la sociedad* y fue condenado a un año y cuatro meses de cárcel. Estaba previsto que tras pagar su pena lo deportarían a Siberia, pero consiguió que lo confinaran en su lugar de origen, en el distrito de Velikie Luki. Allí permanecería hasta diciembre de 1873, cuando conseguirá refugiarse en el extranjero.

Como puede verse por esta desnuda biografía (no se han conservado los datos necesarios para hacerla más completa), Tkachëv estuvo en contacto con los grupos más activos de los años sesenta, desde la universidad de San Petersburgo a Karakozov y Nechaev. Fue uno de los poquísimos que continuó viviendo ininterrumpidamente durante todo el período en la conspiración, consiguiendo sobrevivir a las diversas fases de ésta. Podía sentirse pues, con pleno derecho, una vez llegado a Suiza, un típico representante de lo que él llamaba «la nueva juventud».

Yo mismo pertenezco a esa generación —escribía en 1874—, he experimentado con ella entusiasmos y errores, creencias y esperanzas, ilusiones y desilusiones. Casi cada golpe asestado por la reacción me ha afectado directamente o en las personas de los compañeros y amigos más próximos. Desde los pupitres del instituto no he conocido otra sociedad que la de los jóvenes que se dedicaban a las reuniones estudiantiles, conspiraban en secreto, instituían es-

cuelas o centros de lectura dominicales, organizaban *arteles* o «comunidades» y que, dominados por la idea de instruir al pueblo, de acercarse a él, reanudaban ininterrumpidamente su conspiración. Siempre he estado con ellos y entre ellos. Sólo me alejé cuando nos separaron los muros de la fortaleza de Pedro y Pablo. ¿Cómo podría no conocer a la gente con la que durante diez años compartí la vida, el dolor y la alegría? ⁴.

El mismo tono con que Tkachëv nos habla de sus experiencias revela cuán profundamente ligado estaba a ellas. En los años setenta será un aislado, porque representará una tradición anterior dentro de un movimiento que entre tanto se había ido ampliando y modificando. El largo período de segregación (que duró casi cinco años) que tuvo que sufrir primero en la cárcel y después en el confinamiento —entre comienzos de 1869 y finales de 1873— contribuirá en gran medida a profundizar esa separación, mientras que las mentes de los populistas se orientarán en cambio al problema de crear un contacto con las masas campesinas, de ir hacia el pueblo, y acaso de aprovechar al máximo las posibilidades legales. Tkachëv sacó, en suma, de su actividad clandestina en los años sesenta, una conclusión técnica, conspiratoria, que constituirá el germen personal, el elemento vivido de su blanquismo. En Suiza, polemizando con Lavrov, con Bakunin, y, en general, con todo el movimiento que desembocaría en la segunda *Zemlia i volia*, será el heredero solitario del elemento más «nihilista», más maquiavélico, que tuvo su suprema expresión en los intentos de Ishutin y Nechaev y que, truncado por la represión estatal, se verá enterrado por la nueva y más amplia oleada populista.

Pero al llegar a Suiza, en 1874, Tkachëv no era sólo un conjurado huido de manos de la policía. Había participado durante una década en las discusiones ideológicas, publicando gran número de artículos sobre problemas jurídicos, económicos y literarios en las revistas más típicas del «nihilismo», sobre todo en el «Russkoe slovo» y en el «Delo». También después, en la emigración, seguirá escribiendo bajo diversos seudónimos en la prensa rusa.

Estos artículos constituirán un típico ejemplo del lenguaje alusivo, indirecto, censorio, o —como dicen los rusos— «esópico», que se había hecho usual en las revistas desde que lo creó Chernyshevski. Las frases se alargan para dar a entender lo que no se puede decir con claridad, los artículos asumen proporciones inusitadas para poder dar vueltas en torno al problema central y que el lector entienda de qué se trata; los problemas literarios se enfocan con una obstinación y una violencia que revela que en realidad se están discutiendo cosas que interesan inmediatamente a la vida política y social. Los escritos de Tkachëv son, en resumen, característicos de esa extraña mezcla de libertad y opresión que imperaba en la prensa rusa de los años sesenta. Tkachëv escribirá en Suiza con un estilo muy distinto. La claridad propagandística de los artículos publicados en

la emigración pone de relieve, por comparación, la atmósfera densa, cerrada pero llena de energías ocultas que dominaba en las revistas rusas de los años sesenta. Pero aunque se debatía entre los límites puestos por la censura y por el mundo que lo circundaba, Tkachëv consiguió expresar en su actividad periodística lo esencial de sus ideas filosóficas y políticas.

Sus primeros artículos son de 1862 y se ocupan de problemas jurídicos. Ya en 1864 tales temas sólo le servían de pretexto para exponer su concepción filosófica general, para tomar postura entre las diversas corrientes de la época.

Entonces se inició su polémica contra el positivismo, que debía proseguir y desarrollar en toda su obra posterior. De hecho, pronto le pareció teóricamente equivocado, y al mismo tiempo perjudicial política y moralmente, todo intento de aplicar los métodos de las ciencias exactas al estudio de la sociedad.

Ante los fenómenos de la naturaleza —escribía en 1865— nos podemos comportar objetiva e indiferentemente. Con los fenómenos de la vida social hay que comportarse críticamente. Los fenómenos naturales pueden reducirse a leyes generales y a leyes más o menos indudables; los fenómenos de la realidad contemporánea, los fenómenos sociales no pueden ni deben ser reducidos a leyes. Hacerlo significa legitimar gran cantidad de absurdos, transformados en principios gracias a la costumbre y a la indiferencia⁵.

En contra de Spencer, afirmó que no era cierto que la sociedad fuera un organismo similar a los organismos vivos. La idea del desarrollo orgánico —que tantos pasos había hecho dar a las ciencias de la naturaleza, llevando a los descubrimientos de Darwin— «se volvía estéril y muerta si se la aplicaba a la ciencia de la sociedad», como precisamente había intentado hacer Spencer⁶.

Las leyes del desarrollo orgánico e inorgánico son eternas, uniformes, no pueden ser modificadas ni eludidas. Los cuerpos orgánicos e inorgánicos pueden existir sólo a condición de someterse ciega y continuamente a ellas. En cambio, las leyes que gobiernan a la sociedad no tienen uno sólo de estos caracteres distintivos, son productos siempre de la sociedad misma, es decir, resultado de la voluntad humana y del humano cálculo. Nacen y mueren con las sociedades...⁷.

Este será uno de sus temas de meditación, una vez encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo. En julio de 1870, discutiendo en un largo artículo con Edgart Quinet y las ideas expuestas por él en la obra *La création*, Tkachëv volvía a ocuparse del problema de la falsa analogía

entre ciencia e historia. Veía, en la que Quinet había llamado «une science nouvelle», sólo la nueva formulación de un viejo error. En un extenso ensayo, *La ciencia en la poesía y la poesía en la ciencia* (que, dicho entre paréntesis, sólo ha visto la luz recientemente, pues estuvo retenido en los archivos de la Tercera Sección), Tkachëv examinaba los diversos aspectos de este darwinismo social. La idea de la lucha por la existencia, llevada a la historia, le parecía que podría conducir sólo a una justificación de los acontecimientos, no a una crítica de éstos. El mismo Quinet, «eterno cultivador de la libertad, enemigo irreconciliable de la tiranía», se vería inducido por esta tesis a defender la idea de que «Babilonia era mejor y más perfecta que Jerusalén, porque Babilonia había vencido a Jerusalén»⁸.

En realidad, no hay nada en común entre selección natural y selección histórica, aunque tal comparación se había convertido en una de las «más amadas analogías corrientes de la sofística contemporánea»⁹. Bastaba con intentar aplicarla a cualquier fenómeno histórico concreto para advertir hasta qué punto carecía de sentido. Sólo un poeta —decía Tkachëv— puede encontrar alguna semejanza entre la lucha por la existencia, en el sentido darwiniano del término, y la lucha por la acumulación de capital. De esta última no se deriva ningún perfeccionamiento de la especie. Se trata de una lucha económica pura y simple, sin el menor criterio de valor absoluto. En general, «ni la acumulación de riquezas, ni el perfeccionamiento de la producción pueden servir jamás de criterio, ni ser el objetivo final del progreso civil, ni la medida de la perfección de una organización social»¹⁰.

El problema planteado por esta analogía entre naturaleza y economía le pareció tan importante a Tkachëv que quiso volver sobre él, hablando una vez más de Spencer en otro artículo, escrito también en la cárcel. Puso entonces en claro las consecuencias implícitas en toda la polémica. La sociedad, lejos de representar la lucha por la vida, tiene justamente como meta y final la abolición de ésta por la convivencia humana. Los hombres se han unido precisamente para evitar la selección natural. Y no es que se haya conseguido esa finalidad. A la lucha de los individuos ha sustituido la lucha por las cosas, por las riquezas, por la posesión. Este es un sustitutivo de la selección natural que ha sobrevivido en la sociedad, contrario al fin por el que esta última surgió. Hablar, pues, de selección natural, aplicar el darwinismo a la convivencia humana, no significa sino justificar esa contradicción interna, hacer una apología de la lucha económica. Se enmascara con los grandes nombres de Isis y de Naturaleza lo que en realidad es sólo la voluntad usuraria de acumular capitales. El progreso humano, a más de consistir en una evolución natural, puede entenderse solamente como un «debe ser», como un tender a la finalidad de abolir la pugna interna dentro de la sociedad. La naturaleza es el reino del ser y por tanto también de las leyes, mientras que en la

historia no existen leyes, sino sólo fines o mejor dicho un fin, según el cual todo puede y debe ser juzgado.

Esta es la «fórmula del progreso» de Tkachëv, ésta la conclusión a que lo había llevado su método «realista» y «crítico».

Estas ideas tienen un doble origen. Por una parte, un materialismo económico que convenció a Tkachëv del valor derivado de las ideologías y de las pretendidas leyes sociológicas; por otra, la fe en un ideal igualitario que le proporcionó el elemento final, la meta última, que es la única que —como hemos visto— puede explicar e iluminar, según él, el curso de la historia humana.

Encontramos por primera vez una formulación de su materialismo económico en un artículo de 1864.

Sólo en los últimos tiempos —escribe— la ciencia jurídica contemporánea ha empezado a percibir cuán poco sólido era el terreno en que se basaba, cuán falso el método empleado anteriormente. La reforma se inició justamente en el método de estudio de una de sus ramas, la del derecho civil. Dankwardt fue el esperado y benéfico reformador, el primero que demostró, o mejor dicho indicó, el estrecho lazo existente entre la esfera económica y la jurídica de la vida social; que mostró que el derecho civil no es en sí más que un determinado reflejo de la vida económica del pueblo¹¹.

Más adelante Tkachëv volverá sobre la obra de Dankwardt *National-Ökonomie und Jurisprudenz* —publicada en Rostok en 1859 y en ruso en 1866—, probándonos así que sacaba, al menos en parte, la inspiración de su visión económica de la historia de los estudios sobre filosofía del derecho en la Alemania contemporánea.

Pero también se desarrollaban entonces en Rusia otras discusiones, otras indicaciones que pudo encontrar en las revistas rusas de esos años, y que pudieron llevarlo a semejantes conclusiones. Tkachëv leyó, por ejemplo, con especial interés, el artículo que Yuli Galaktinovich Zhukovski había publicado en 1861-62 en el «Sovremennik» sobre las *Teorías políticas y sociales del siglo XVI* y halló en él un intento de interpretación económica de la filosofía del derecho. «Las exigencias económicas —escribía Zhukovski— rigen la política y el derecho; basta con entender esto una vez para comprender después en cada caso particular que la actividad política de los individuos y de los partidos es el reflejo de sus intereses económicos...»¹². Y trató de interpretar, desde este punto de vista, las más importantes teorías políticas del xvi. En aquella época se veía en primer plano «tres intereses políticos fundamentales que se contradicen entre sí».

Es decir, el interés feudal, el de la clase media y el del pueblo; los tres no hacen sino representar tres distintos intereses econó-

micos, del terrateniente, del capitalista y del trabajador carente de tierras y capitales. Cada uno tiene sus juristas: el primero, los escolásticos, el segundo, los legistas, y el tercero... ha encontrado sus defensores en escritores como Maquiavelo y Moro, capaces de ver la falsedad y la charlatanería de todas las interpretaciones jurídicas, su dependencia de la fuerza dominante. Estos han negado íntegramente toda forma legal, las han derribado por igual a todas, destruyendo todo dualismo incondicional y desenmascarando la general hipocresía. En una palabra, estos escritores están por encima de todos los partidos y buscan en nombre de la verdad, no en nombre de un partido¹³.

A Tkachëv le parece muy justa la interpretación que Zhukovski da de Maquiavelo.

[Maquiavelo] niega el derecho natural de los escolásticos, niega su místico moralismo y, sin muchos circunloquios, introduce la fuerza en el derecho. Por eso toda su actividad se encaminaba a convertir a Italia, ante todo, en una monarquía fuerte y unida. Maquiavelo entendió, en suma, la auténtica exigencia del derecho, y en este sentido puede llamársele un verdadero realista.

Pero, ¿por qué unir el nombre del secretario florentino con el de Moro? Este había entendido, desde luego, que la raíz del mal estaba en la situación económica de su tiempo, pero no poseía la profundidad ni el radicalismo de Maquiavelo. Su misma actuación política no tendió a defender realmente a las masas. No dio a su *Utopía* un carácter práctico, inmediatamente político, y por eso acabó siendo considerada una broma. Moro sólo fue un «realista áulico»¹⁴.

Como se ve por este característico ejemplo, Tkachëv estaba preocupado ya por los reflejos políticos de la interpretación económica de la historia y criticaba a Zhukovski porque éste se negaba a deducir enérgicas consecuencias de ellos. Mientras que Zhukovski se convertirá en un crítico del marxismo y publicará en 1877 un artículo polémico contra *El Capital*, Tkachëv encontrará en el marxismo la más completa fórmula de su propio economicismo¹⁵.

En 1864 le había parecido poder encontrar sus raíces en el propio Adam Smith. Es cierto —decía— que éste no lo había formulado nunca de modo claro y categórico, pero parecía implícito en *La riqueza de las naciones*.

Pero ya en 1865 hablaba de Marx. La idea del materialismo económico no es nueva, decía. «Ha sido trasplantada a nuestro periodismo —como todo lo que en él hay de bueno— de la cultura de Europa occidental. Ya en 1859 el conocido desterrado alemán Karl Marx la formuló del modo más preciso y neto.» Para probarlo, Tkachëv traducía un trozo

de la *Zur Kritik der politischen Ökonomie* y agregaba: «Ahora esta concepción se ha vuelto corriente para todos los hombres pensantes y honestos, y ninguna persona inteligente puede encontrar una objeción seria contra ella»¹⁶.

No es posible establecer con certeza si Tkachëv conocía ya antes esta obra de Marx o, como parece más probable, la leyó sólo en 1865, cuando la citó por primera vez. Sirvió de base entonces para su pensamiento y ejerció gran influencia sobre él. El nombre de Marx aparecerá en su pluma también en los años siguientes, por ejemplo en 1869, cuando Tkachëv expuso en un artículo, publicado en el «Delo», sus propias ideas sobre el materialismo económico, que entre tanto se habían precisado y aclarado. «Sostengo —decía— que todos los fenómenos del mundo moral e intelectual corresponden en último extremo a los fenómenos del mundo económico y a la "estructura económica" de la sociedad, por usar la expresión utilizada por Marx. El desarrollo y la tendencia de los principios económicos condicionan la evolución y la tendencia de las relaciones políticas y sociales en general, dejan su huella en el mismo proceso intelectual de la sociedad, en su moral, en sus concepciones políticas y sociales»¹⁷. Y ponía como ejemplo la filosofía francesa del XVIII, expresión de las transformaciones económicas de aquella edad.

Casi como para probarse a sí mismo la exactitud de su enfoque, empezó a escribir en 1865 un largo ensayo sobre la historia del racionalismo, que no pudo terminar y que lo secuestró la policía en 1866; en él pretendía trazar la historia de los orígenes del pensamiento moderno, relacionándolo con el desarrollo del capitalismo¹⁸. Le parecía que los historiadores no habían examinado con la debida atención la historia de las luchas de los intereses manufactureros y comerciales contra los intereses teológicos, religiosos; la lucha de la burguesía contra el catolicismo¹⁹. Las discusiones renacentistas sobre la usura le parecían de especial interés desde este punto de vista; las luchas contra el ascetismo, contra el ideal de pobreza, otros tantos testimonios de la exactitud de su concepción. Entraba en los detalles de las polémicas teológicas, describiendo por ejemplo cómo la creencia en la brujería había decaído no porque se realizaron descubrimientos científicos que la hicieron absurda, sino porque con las transformaciones económicas ya resultaba inútil. Examinaba la aparición del racionalismo moderno como un reflejo de la estabilización del dominio de la burguesía.

La situación de los señores feudales y de los clérigos durante el medievo era aparentemente muy sólida y segura, pero en realidad resultaba absolutamente insegura e inestable. Sus relaciones con las masas campesinas explotadas por ellos no estaban determinadas con la precisión científica y con la claridad que no admite dudas que fijaban en el mundo antiguo las relaciones del señor con el esclavo;

o que determinarán en el mundo moderno las relaciones de quien compra trabajo respecto a quien lo vende...²⁰.

Y de hecho las revueltas campesinas fueron numerosas y violentas. Los señores feudales estaban sentados sobre un volcán. Sólo la burguesía creará los instrumentos exactos y precisos de su dominio, forjará la forma de su poder económico: el racionalismo.

En 1867 Tkachëv volvía a ocuparse del problema, limitándolo a Alemania, en un largo estudio titulado *Idealistas y filisteos alemanes*. Sólo el estudio del desarrollo económico de Alemania podía explicar, a su parecer, las contradicciones del carácter alemán, sólo siguiendo la historia del feudalismo de las ciudades y de los campos podría encontrarse el cabo de la intrincada madeja que era la ideología alemana.

Se vería entonces que no existía contradicción, sino un profundo parentesco, entre el idealismo y el misonéismo de esa nación.

El feudalismo había creado una idealización del «parasitismo saciado», mientras que el carácter cerrado y limitado de las ciudades medievales originó el filisteísmo. La única fuerza verdaderamente «realista» fue entonces la de los campesinos.

Estos no estaban enfermos con los sueños románticos de los caballeros, ni con los sueños nebulosos de los escolásticos; la vida se les presentaba como era en realidad. No intentaban embellecerla ni poetizarla, ni atribuirle el valor de una norma legítima; la consideraban un mal inevitable y como tal la soportaban. Los sufrimientos comunes los unían entre sí, generalizando hasta tal punto sus intereses que resultaron por entero ajenos al mezquino filisteísmo que caracterizaba a los burgueses... Los campesinos no se encerraban en los intereses particulares de un determinado centro o parroquia, se consideraban hermanos obligados a ayudarse en todas las necesidades y dificultades, como supieron demostrar en la llamada «guerra campesina»²¹.

Este último tema interesaba mucho a Tkachëv por aquellos años. En colaboración con V. A. Zaitsev tradujo desde 1865 a 1868 la obra de Zimmermann y le hizo una larga crítica en el «Delo», cuando se publicaron los tres tomos de este historiador alemán. La derrota de los campesinos alemanes le pareció un hecho fundamental, «del que dependió todo el ulterior desarrollo y carácter de la civilización europea»²². Había dejado campo libre a las fuerzas del feudalismo y la burguesía, unidas contra los campesinos.

La reforma religiosa no fue sino la expresión —o como decía Tkachëv, el símbolo— de los intereses de la burguesía. En el protestantismo se expresó, con mucha mayor claridad y precisión que en la propia realidad,

la naturaleza del nuevo principio económico naciente. También en este caso, como ocurría siempre, ese principio encontró primero una «formulación absoluta», una «sanción simbólica», y sólo más adelante una «realización en la vida»²³. Pero el asentamiento de la burguesía se vio retrasado por el miedo a revueltas campesinas, y aquélla sólo pudo establecer su poder uniéndose a los feudatarios. Los campesinos, derrotados, cayeron en la miseria y, por lo tanto, en el misticismo y la superstición. Así, en Alemania no se había formado una sociedad, sino solamente castas.

En semejante situación, ¿de qué esfera podía sacar la mente humana el material para sus propios pensamientos? Los intereses de la vida circunstante eran demasiado bajos para el hombre pensante, que no podía comportarse ante ellos de un modo crítico, sino que crecía bajo su aplastante influencia... Antes de empezar a pensar se había convertido ya en un filisteo. No le quedaba, pues, más que renunciar completamente a la vida y lanzarse al mundo ilimitado de los sueños metafísicos²⁴.

Tkachëv veía en esta separación entre teoría y práctica los orígenes del idealismo alemán. El único rayo de luz le pareció la obra de los reformadores ilustrados del XVIII. Pero el idealismo que nació de ello, con sus fórmulas abstractas y sus principios metafísicos, no entendió las exigencias de la nación alemana y no pudo, por lo tanto, encontrar en las masas ni un mínimo eco.

Son éstos los ejemplos más típicos de los intentos de Tkachëv en los años sesenta para aplicar su materialismo económico a la historia. Simultáneamente buscaba una formulación más profunda para este principio. Su idea inicial de remontarse a Adam Smith fue extendiéndose entonces a una reflexión sobre los economistas ingleses en general y, sobre todo, sobre J. S. Mill. Se derivó una concepción que tenía su base en Marx, pero que tendía de continuo a formularse en términos utilitaristas. No es que fuera partidario del utilitarismo de Helvecio, Bentham y Mill; también esa ideología tenía a sus ojos el valor de un reflejo teórico de determinada realidad económica, la capitalista. Pero cada vez que intentaba salir de la pura y simple repetición del principio económico de la historia, recurría a fórmulas que se derivaban de esta corriente, y se expresaba en términos utilitaristas. Podría decirse incluso que tendía cada vez más a remontarse desde el materialismo marxista a las fuentes decimonónicas, ilustradas, de esta visión de la historia.

Pero, más que en la profundización teórica del materialismo económico, Tkachëv se interesaba en realidad por su «gran importancia práctica». Observaba que este principio era capaz de «concentrar la energía y la actividad de quienes se consagran sinceramente a la causa social sobre puntos verdaderamente esenciales, sobre los intereses vitales del

pueblo. Les garantizaba el apoyo de las fuerzas más indispensables... Alentaba e incitaba a una actividad práctica directa»²⁵.

En suma, el materialismo económico era el arma política, la fuerza necesaria para realizar el ideal igualitario que constituía el otro elemento fundamental de la concepción histórica de Tkachëv, la meta final hacia la que él veía tender todo el progreso humano, el único patrón válido para un juicio histórico y político.

No podemos saber con precisión cómo se formó en su mente este ideal. *La joven Rusia* es, con toda probabilidad, el documento que lo orientó por este camino. Pero sus fórmulas igualitarias están más claras que las de Zaichnevski. Parece difícil no reconocer una derivación de Babeuf. B. P. Koz'min —el historiador que ha examinado más de cerca las ideas de Tkachëv—, habla de Buonarroti²⁶, hipótesis más que plausible, aunque este nombre nunca aparezca en sus escritos ni en los publicados en Rusia ni en los de la emigración.

Es cierto que su fórmula es la de «la igualdad de hecho», entendida en el sentido más extremado, en realidad más que en el mismo Babeuf. Según Tkachëv, no se trataría sólo de establecer una igualdad económica, acompañada por una nivelación en la educación y la cultura, sino de una igualdad «orgánica, física»²⁷, como subrayará en diversas ocasiones.

Este elemento de su igualitarismo —que podríamos denominar utópico—, es fruto del espíritu consecuente tan característico de su pensamiento (como en general de todo el populismo ruso), pero puede ser aclarado históricamente pensando en las utopías francesas decimonónicas, en la que este elemento físico, natural, suele acompañar al ideal de igualdad. No cabe duda de que en el pensamiento de Tkachëv hay un elemento que podríamos llamar arcaico, casi una vuelta a los orígenes ilustrados de las ideas socialistas, paralelamente a cuanto ocurría con otros populistas, para quienes, como hemos visto, tanta importancia había asumido, por ejemplo, la discusión de sabor rousseauniano sobre el valor de las ciencias.

Este elemento utopista no entra en la concepción de Tkachëv como una gala inútil o como una rareza que se superpone más o menos casualmente a sus ideas políticas. El mismo se preocupó de justificarlo y razonarlo, subrayando así la importancia que con toda evidencia le atribuía. Por lo demás, siempre defendió la utopía como la expansión más consecuente de un principio, sosteniendo que sólo habían sido auténticos realistas aquellos que fueron acusados de utópicos, mientras que quienes buscaron compromisos y limitaciones al lógico desarrollo de un principio fueron incapaces de ver las cosas como eran. Al hablar de la guerra de los campesinos en Alemania decía, por ejemplo, que Juan de Leyden y Tomás Mürtzer fueron menos utópicos que los moderados de aquel movimiento, y examinó a fondo la acción paralizadora de la burguesía de las ciudades.

El razonamiento económico lo conducía a idénticos resultados. Una vez abolido el asalariado —decía—, una vez negada radicalmente toda ley de la oferta y la demanda en el mercado de trabajo,

será necesario imaginar un criterio nuevo y más razonable para medir el valor de la unidad de trabajo. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Con qué y cómo medir el valor del trabajo en cada hombre, en cada momento?... La verdad es que será tanto más posible resolver este problema... cuanto más vayan disminuyendo las diferencias entre individuo e individuo, cuanto más absoluta sea su igualdad desde el punto de vista físico y psíquico. El problema se resolverá, el principio se pondrá en práctica cuando todas las personas sean incondicionalmente iguales, cuando entre ellas no subsista la menor diferencia desde el punto de vista intelectual, moral o físico. Entonces todos participarán por igual en los beneficios de la producción y resultará enteramente superflua toda valoración especial del trabajo. Las razones que actualmente hacen necesaria, según la opinión de los economistas retrógrados, la existencia del salario, desaparecerán por sí mismas, y con ellas desaparecerá el salario...²⁸.

Todo intento de establecer una retribución según los méritos o según las necesidades —de acuerdo con las fórmulas de las diversas tradiciones socialistas— le pareció siempre irrealizable, absurdo o, aún peor, resultado de un compromiso entre el principio capitalista de la distribución basada en la oferta y la demanda, y el principio contrario, el socialista. Podrá existir un criterio racional de distribución —decía— cuando éste se haya vuelto inútil, por así decirlo, sustituido por una simple participación igualitaria de seres iguales.

El nuevo principio debía, pues, formularse como «una igualdad que no había que confundir, desde luego, con la igualdad política y jurídica, y ni siquiera económica, sino orgánica, fisiológica, condicionada por una misma educación y por una identidad de las condiciones de vida».

Esta era la meta final, la única posible, de la sociedad humana, éste el criterio supremo del progreso histórico y social. Todo lo que podía alejarla de ella, regresivo... De tal modo el término progreso adquiriría un sentido concreto y determinado y el partido del progreso conquistaba una bandera fija e inmutable, un lema que no se prestaba a dobles sentidos e incomprensiones²⁹.

No es de asombrar, pues, que Tkachëv se mostrase abiertamente crítico con las diversas corrientes socialistas que estudió a fondo. Louis Blanc era para él el símbolo de la inutilidad de toda tentativa de intervención en favor de los trabajadores en el ámbito del sistema capitalista. En cuanto a Proudhon —recogiendo ideas que quizás tenían un directo

origen marxista—, afirmaba que las teorías de este socialista francés no eran sino una utopía de las relaciones económicas ya existentes en la sociedad burguesa. Aunque difería en el modo de definir el valor —basándolo en el trabajo—, Proudhon no hacía después más que volver a la ley de la oferta y la demanda, excluyendo sólo algunas consecuencias últimas de este principio, como por ejemplo la bancarrota y el agiotaje. «Proudhon se distinguía, en suma (del capitalismo) sólo por haber desarrollado más lógicamente, con mayor consecuencia y precisión, su principio fundamental»³⁰. Incluso la idea proudhoniana del crédito —que, sin embargo, fue la que más interesó a Tkachëv—, le pareció que sólo podría resultar vital el día en que la Banca del pueblo estuviese en manos de «un estado inclinado claramente a los obreros», de un estado que quisiera la igualdad. Sin esta condición, era impensable cualquier reforma. Todo el movimiento inspirado directa o indirectamente por Proudhon, todo el asociacionismo y el cooperativismo incurría en semejantes críticas, mientras que en contraposición a él Tkachëv subrayaba lo que le parecía un germen vital del pensamiento de Lassalle, es decir, la idea de que el estado apoyase las cooperativas. Pero también en este caso Tkachëv pensaba en función del futuro, del día en que el estado ya no estuviera en manos de los capitalistas.

En 1869, el año —conviene recordarlo— en que se inicia su colaboración política con Nechaev, trató de formular esta postura suya respecto a las diversas tradiciones socialistas con el máximo de claridad que le permitía la censura, en un librito que es quizás el documento más interesante de su actividad de publicista en Rusia. Se trata de la traducción de una obra de Ernst Becher, *El problema obrero en su significado contemporáneo y los medios para resolverlo*, un opúsculo sin mayor importancia, de tendencia moderada. Pero Tkachëv le agregó como apéndice el proyecto de la Banca del pueblo de Proudhon y los estatutos de la Internacional, acompañando el texto con una serie de notas que aclaraban su punto de vista.

Como decía él mismo, en una recensión que hizo en cuanto se publicó el libro, eligió esta obra porque le pareció que podía ser útil tácticamente. Su moderación no situaría inmediatamente a los lectores ante las últimas consecuencias de los principios sostenidos en ella. Se había reservado desarrollarlos él mismo en las notas.

Cuando el libro tuvo que ser juzgado por el censor, éste observó que Becher en sí no presentaba nada condenable, ya que se limitaba a exponer «los medios a través de los que los obreros podrían conseguir una participación más justa en el fruto de su trabajo». Pero agregaba de inmediato que el traductor sostenía en cambio ideas «puramente comunistas» y declaraba abiertamente que para aplicarlas se necesitaban «medios explícitamente revolucionarios»³¹. Las autoridades sacaron conclusiones prácticas de este juicio del censor: el libro fue retirado de la circulación, y el 13 de agosto de 1871 Tkachëv fue condenado a ocho

meses de cárcel «por haber negado el principio de la propiedad con intención de derribar o debilitar sus fundamentos». Pero la condena —no demasiado dura, por otra parte— llegó cuando el libro ya había circulado ampliamente³². Una declaración del censor puede explicar esta relativa indulgencia e incertidumbre de las autoridades. De todos modos —decía— «el problema del proletariado y de los medios para resolverlo no es en absoluto un problema ruso».

A pesar de la represión, podía decirse que el designio táctico de Tka-chëv había tenido éxito: dio a conocer un libro en el que se contenía la exposición de un genérico socialismo, publicó los documentos que le parecían fundamentales para dar a conocer el movimiento obrero de Occidente, difundió un texto de Proudhon y los estatutos de la Internacional, contraponiendo a todo eso sus ideas, que ya no eran sólo «igualitarias» y «comunistas», sino que poseían un tono claramente jacobino.

El «problema social» le parecía ya idéntico al problema de las relaciones entre capital y trabajo. Se trataba de crear una sociedad compuesta única y exclusivamente por trabajadores. Becher le servía como un resumen de los resultados a que la crítica del sistema capitalista había llegado en Europa occidental. A él le competía hacer entrever los medios necesarios para sustituir ese sistema por «la asociación productiva de los obreros».

Como él mismo decía, el modelo que había que seguir era el de los «comunistas y socialistas franceses», que fueron capaces de deducir todas las consecuencias del principio socialista. «Cuanto más abstracto es un ideal, tanto más lógico es. Al construirlo, el hombre está guiado sólo por las leyes de la lógica pura. En él no puede haber ni contradicciones ni irracionalismos. Todo se deduce de una idea, todo es equilibrado y armónico»³³. Sólo así podía convencerse uno de la imposibilidad de toda reforma dentro del sistema capitalista.

Todo el problema de la reforma económica puede resumirse en un decreto estatal sobre el crédito obligatorio a los obreros. No dudamos en absoluto de que tal decreto, si se publicara, conseguiría el resultado deseado, no dudamos de que el estado tiene todas las posibilidades, si quiere, de obligar a aceptar sus disposiciones y que es capaz, si lo desea, de abrir para los obreros las bolsas de los capitalistas. Pero, ¿querrá? En eso estriba todo el problema, y la respuesta es indudable. El propio Becher sostiene que el estado se encuentra en total dependencia de las relaciones económicas existentes, que estas relaciones determinan su esencia y la dirección de su actividad, y que las clases dominantes en la esfera económica dominan siempre también la esfera política... Sólo en un caso el estado podrá actuar y actuará en beneficio de los obreros, es decir, cuando los obreros se conviertan en la clase dominante en la es-

fera política, cuando el estado de Europa occidental, de estado de la burguesía que es, se convierta en estado de los obreros³⁴.

Con este fin, y sólo con este fin, adquieren valor e importancia los movimientos asociativos y cooperativos. Históricamente las ideas socialistas sólo empezaron a tener un significado cuando se plantearon «en un terreno económico», o sea, cuando se convirtieron en movimientos sindicales. Así se fue acercando «la utopía abstracta a la realidad efectiva». Los iniciadores de este movimiento «habían atraído a los hombres más fuertes y prácticos, congregando bajo sus banderas a todos los obreros, adquiriendo así una inmensa fuerza de hecho»³⁵. Este era el valor de la Internacional. Pero no hay que hacerse ilusiones, no existía «un tránsito natural entre el viejo orden y el nuevo». «No había que ignorar que entre uno y otro hay un abismo, y que por mucho que se trate de salvarlo, el abismo sigue ahí y es difícil de superar»³⁶. No se trataba, desde luego, de un salto mortal, pero sí de un salto, y la historia nos mostraba cómo podía realizarse. «Para destruir el poder de los feudatarios fue necesario el terrorismo del poder monárquico, para que cayese la monarquía de Luis XVI fue indispensable el terrorismo de la burguesía.» El tránsito pacífico de una forma social a otra no es sino «una de las inexistentes utopías que la humanidad ha inventado siempre para tranquilizar su conciencia y oscurecer su propia visión»³⁷.

Aunque Tkachév considerase necesario dar a conocer el movimiento obrero occidental, aunque apreciase los medios descubiertos por los socialistas para realizar el programa de un futuro estado obrero —y entre ellos sobre todo la Banca de Proudhon, las asociaciones de producción y los sindicatos —el auténtico problema, para él, era el político. Desde este punto de vista, de nada serviría el sufragio universal, aunque se entendiera en sentido lassalliano; los derechos políticos sólo podrían disfrutarse de lleno cuando se basaran en derechos económicos. El problema fundamental era romper el orden existente, acaso durante un breve período, el necesario para nacionalizar la Banca y financiar así las cooperativas obreras. El propio movimiento sindical tenía un valor puramente instrumental. La masa, según no se cansaba Tkachév de repetir, era orgánicamente incapaz de salir de su situación, de hacer desembocar un movimiento puramente económico en una ruptura revolucionaria. «Tomada en conjunto la masa no cree ni puede creer en sus fuerzas. Nunca comenzará por propia iniciativa la lucha contra la miseria que la circunda...». La tarea de la *élite* intelectual estribaba en «encontrar en sí, en sus conocimientos, en su superior desarrollo mental, en sus condiciones morales y culturales»³⁸ el primer punto de apoyo para crear una fuerza capaz de derribar el poder existente. Toda ilusión de la *élite* sobre la capacidad de las masas para autodesarrollarse, para actuar por sí mismas, no tendría más que un único resultado: crear una actitud

pasiva frente a ellas, negar el momento revolucionario que constituía el centro de la concepción política de Tkachëv.

Semejante enfoque, ¿era el resultado de una opción ya consciente en favor de la única corriente revolucionaria de Europa occidental que defendía ideas en cierto modo parecidas, es decir, en favor del blanquismo que en ese mismo período estaba recobrando importancia, sobre todo en Francia? Tkachëv se ligará a ella en la emigración, en Suiza, en 1874. Pero ¿existían lazos anteriores, aunque sólo fuera en forma de un conocimiento de los textos blanquistas, de una adhesión intelectual a las tesis sostenidas por ellos? No es fácil responder a estas preguntas. El nombre de Blanqui nunca aparece en sus escritos. ¿Hay que atribuirlo a razones puramente censorias? El examen que acabamos de realizar del pensamiento de Tkachëv puede inducirnos a dar, aunque sea dubitativamente, una respuesta negativa. Aunque conociera la corriente blanquista, sus ideas se habían formado ante todo sobre la base de *La joven Rusia*, del jacobinismo ruso, se habían desarrollado a través de una comparación entre el populismo, el marxismo y la Internacional, llegando a una síntesis que le era propia. Sólo en la emigración podrá comprobar que sus ideas coincidían en gran parte con las del grupo blanquista y se unirá a él, aunque conservando siempre un acento y una posición propios³⁹.

También el jacobinismo ruso de Zaichnevski y Tkachëv es, pues, un hecho político que nace de las discusiones de los años sesenta y que sólo más adelante se enlaza con el movimiento de Europa occidental, en los años setenta. Su destino es similar al del «nihilismo», que sólo entonces encontró un contacto con el anarquismo y con el ala bakuninista de la Internacional. También Tkachëv fue un jacobino ruso antes de ser un blanquista emigrado.

Para confirmar esta conclusión será preciso pasar al estudio de su visión de las cosas de Rusia. Escribió mucho sobre ello en los años sesenta, aunque con formas a menudo enrevesadas e indirectas, ya que evidentemente no podía ampararse tras la cómoda convicción existente (como hemos visto) en las esferas oficiales, según la cual el problema del proletariado no concernía a Rusia. Ya en un texto de 1864 recordaba «las insuperables dificultades que se interponen entre nosotros para todo intento personal de acercarse más al pueblo, de aclararnos a nosotros mismos de modo autónomo, sin dejarnos guiar por inspiraciones y recomendaciones externas, sus necesidades y su voluntad...»⁴⁰. Pero a pesar de ello Tkachëv conseguirá escribir buen número de artículos muy interesantes sobre la vida y los problemas de su país, tratando de aplicar a ellos las ideas políticas que había ido elaborando.

Comenzó con una serie de ilustraciones críticas de las colecciones oficiales de estadísticas y datos económicos. El cuadro de la sociedad rusa que deducía de ellas tuvo un peso notable en el desarrollo de sus ideas. Frente a cien mil terratenientes veía unos cincuenta millones de

campesinos. Trataba de establecer cómo estaba distribuida entre ellos la tierra, y, sobre todo, el producto de la actividad agrícola. Concluía —con cálculos aproximados, sí, pero que tenían un evidente sentido de indicación política— que mientras que la relación entre la clase campesina y la propietaria era igual a 234:1, la relación de las tierras equivalía a 11,5:1. «Mientras cada alma tiene unas 3 1/4 *desiatiny* de tierras laborables, cada noble tiene unas 70, o sea, veinte veces más»⁴¹. En cuanto a los beneficios, calculaba que estaban divididos aproximadamente en la proporción de 2,5 por 100 para unos y 97,5 por 100 para otros. Reconstruía el balance medio de las familias campesinas y concluía que estaban condenadas a un déficit permanente, que las llevaba a un rápido empobrecimiento. Las causas fundamentales de esta situación eran el carácter primitivo de la agricultura rusa, la distribución de la propiedad y el peso aplastante del fisco. Examinó también el sector industrial de la economía rusa. Citando al economista americano Carey, afirmaba que «sin fábricas la agricultura no puede no sólo florecer, sino ni siquiera existir»⁴². El atraso técnico del campo sólo podría superarse con el desarrollo de la industria. ¿Y cuál era, en cambio, la situación? La incertidumbre y la abundancia de lagunas de las estadísticas le impedían responder cumplidamente. Pero, en cualquier caso, los datos que había podido recoger eran muy instructivos. La producción rusa de carbón representaba sólo un septingentésimo del producido en Europa occidental. El porcentaje por habitante de la producción de hierro y carbón indicaba también un enorme atraso. El número de obreros no podía determinarse con precisión, pero oscilaba en torno al medio millón, frente a los cincuenta millones de campesinos. La industria rusa le pareció concentrada en, relativamente, pocas fábricas, con muchas máquinas, pero también éstas procedentes del extranjero, pagadas con la exportación de productos agrícolas. En vez de preocuparse por establecer un mercado interno y uniforme del trigo, Rusia se veía obligada a seguir una política de exportación, agravando así la situación de los campesinos. En las industrias los salarios variaban notablemente, pero incluso teniendo esto en cuenta, Tkachëv había calculado que los obreros obtenían, en forma de salarios, una ganancia de unos 19 millones, mientras que los fabricantes conseguían unos 40 millones en forma de beneficio neto.

Dividiendo la primera cifra por 542.000 (número aproximado de los obreros), y la segunda por 18.000 (cifra aproximada de los fabricantes y manufactureros), resulta que cada obrero recibe sobre la suma total de la producción industrial unos 35 rublos al año, mientras que cada industrial recibe unos 2.200. A los primeros va el 1,5 por 100 del beneficio; a los segundos, el 98,5 por 100⁴³.

Bastaba comparar estas cifras, agregaba (como, por lo demás, la de la distribución de los beneficios en el campo) con la incidencia de

la fiscalidad para ver la relación entre la explotación de clase y la política del estado. Las clases inferiores pagaban alrededor del 22 por 100 de los impuestos; las clases altas, el 78 por 100, mientras que absorbían, en conjunto, aproximadamente el 97 por 100 de los beneficios.

El propio planteamiento de este cuadro social revela que Tkachëv —aunque particularmente interesado por la situación industrial de Rusia, por la existencia y el posible desarrollo de un proletariado propiamente dicho— consideraba en el fondo los problemas de clase desde un punto de vista típicamente populista: campesinos y obreros, por un lado; nobles, pequeños burgueses y burgueses, por el otro. La misma preponderancia numérica, inmensa, de los campesinos, sólo podía inducirle a ver en los 50 millones de habitantes de las aldeas la verdadera fuerza que permitiría desarrollar en Rusia un igualitarismo revolucionario.

Por lo tanto, aunque fue marxista desde el punto de vista ideológico del materialismo económico (y hemos visto que incluso en él con ciertas limitaciones), no fue en este otro y fundamental aspecto. Estuvo siempre especialmente atento a los fenómenos sociales que revelaban los síntomas de una evolución similar a la que en Occidente había conducido a la formación del proletariado, pero siempre los vio enmarcados en el esquema populista de una contraposición de todos los explotados con el grupito de los explotadores.

Dedicó, por ejemplo, un agudo artículo al pauperismo ruso, probando con cifras que existía efectivamente, en contra de la difundida convicción de que en Rusia todos tenían tierra o trabajo. Probó que los miserables se contaban por varios cientos de miles, y que si su problema se dejaba sentir con menos agudeza que en Occidente eso dependía únicamente del carácter caótico de los sistemas de socorro, de la miseria de las cifras destinadas a la asistencia, del abandono de muchos de ellos a la caridad privada.

Pero sabía perfectamente que este pauperismo no revelaba tanto un proletariado moderno como un posible germen de él.

En Occidente, la falta de seguridad económica se ha convertido, de fenómeno ocasional —como era en la Edad Media—, en un fenómeno permanente, por así decirlo, normal, derivado de la propia existencia de determinadas relaciones económicas. En eso consiste la diferencia radical entre el proletariado de antes y el de hoy. Como fenómeno parcial y ocasional no podía dejar de suscitar serios temores, como fenómeno general y permanente no puede dejar de suscitar alarma en todos los conservadores⁴⁴.

En Rusia, en cambio, el pauperismo era más que nada un resto del pasado o el producto de la disolución en curso de las viejas castas y los viejos órdenes sociales. En suma, se estaba formando apenas un proletariado moderno.

Esto no hacía sino acentuar la profunda desconfianza de Tkachëv en las posibilidades de las masas explotadas para liberarse por sí solas, iniciando la revolución igualitaria.

El verdadero punto de apoyo para derribar la situación social estaba en otro lado: en los propios revolucionarios. En Rusia nacían de la *intelligentsia*, estaban ligados originariamente a la posición social y a las ideas de ésta, pero poseían la energía necesaria, el espíritu consecuente que les permitirían liberarse por completo de los lazos que aún los unían con las clases poseedoras.

Nuestra situación —decía en 1868— no es tan mala y desesperada como algunos piensan. Nuestro desarrollo intelectual no presenta los caracteres de aspereza que le suponen otros... No hay que culpar de la ignorancia de nuestro pueblo a la civilización de nuestro país, es preciso agradecer a esa civilización los sanos pensamientos y conceptos que han empezado a difundirse en nuestra época entre un limitado grupo de nuestra clase culta... Esos son la prenda de nuestra felicidad futura...⁴⁵.

En esta forma, aunque forzosamente genérica, Tkachëv afirmaba la fe y la esperanza que ponía en el pequeño germen que estaba formándose en la clase culta. Añadía, sí, que era grande el contraste entre «esta minoría, avanzada de la *intelligentsia* europea, y la mayoría de la población, que por su *forma mentis* y su modo de vida se encontraba cerca de la condición de los primitivos»⁴⁶. Pero precisamente este contraste, «impresionante y asombroso», le parecía plantear el problema fundamental del desarrollo de Rusia.

Es natural, pues, que Tkachëv se apasionase por el estudio minucioso y detallado del proceso de formación en la *intelligentsia*, por un examen insistente de su desarrollo histórico. Antes de la liberación de los siervos, la *intelligentsia* había tenido su origen en las clases privilegiadas, reflejando por tanto sus intereses y preocupaciones. Pero ahora se derivaba de «otra clase de gente..., intermedia entre los que poseen una sólida base económica y los que no la tienen». Estos nuevos intelectuales se encontraban en una situación incierta, la demanda de su trabajo era restringida e insegura, dado el dificultoso desarrollo de la vida económica de toda Rusia; su posición social los obligaba a vivir exclusivamente de su trabajo, pero no encontraban en él ninguna garantía.

Esta era justamente la raíz de las tendencias socialistas que dominaban en la *intelligentsia*.

Cuanto menos segura es la posición de un hombre, cuanto más influyen en él las circunstancias accidentales, independientes de su voluntad e imposibles de predecir, cuando más siente su dependen-

cia de los demás, tanto más intensa y claramente se le presenta la necesidad de una total solidaridad de los intereses humanos, tanto más natural y rápidamente surge en él la idea de que la felicidad individual es imposible sin la felicidad de todos, de que la felicidad personal es irrealizable sin la de toda la sociedad⁴⁷.

Dos peligros amenazaban, empero, el desarrollo de este elemento socialista inserto en la *inteliguentsia*. En primer lugar, la difundida convicción —que a menudo Tkachëv asimilaba a las propias ideas positivistas— de que quienes crean el progreso son los hombres de cultura; que son ellos, con su trabajo intelectual, quienes transforman la sociedad. Esto llevaría a un creciente alejamiento entre *inteliguentsia* y pueblo. Y en segundo lugar la idea, antitética a la anterior, y también hondamente enraizada en Rusia, de que la tarea y el valor de los intelectuales eran nulos, que debían aprenderlo y esperarlo todo del pueblo. Contra estos dos polos de la mentalidad positivista y populista jamás se cansó de luchar Tkachëv, tratando de convencer al menos a un núcleo de la *inteliguentsia* de que tomara conciencia de su función esencial —necesaria, aunque no suficiente—, de convencerla de que podría volverse realmente creadora y revolucionaria a condición de situarse en el terreno político, y no ya en el puramente intelectual o moral.

Siempre fue especialmente áspero y duro con el progresismo intelectualista de origen positivista. Sus sátiras del orgullo de los intelectuales se cuentan entre las más violentas salidas de su pluma.

Somos nosotros quienes decidimos lo que debe permanecer y lo que debe cambiar, dicen nuestros maestros; somos nosotros quienes mostramos el camino a la humanidad, nosotros damos el tono a todo. ¡Oh, ingenua autoadulación! Si os llevaran a un pozo negro y os dijeran: cantad el perfume de estas miasmas, demostrad que el contenido de los pozos negros es el más salubre y excelente de los alimentos... con prontitud servicial seguiríais estas disposiciones que se os dan... ¡Indicad vosotros el camino del progreso! En realidad vais a donde os empujan, no sois más que el eco de la vida, el reflejo de las exigencias, de los sueños, de las tendencias prácticas, de la rutina cotidiana⁴⁸.

De esta situación sólo podía salirse advirtiendo con precisión el valor social de cada idea, tomando conciencia del elemento económico implícito en toda actitud intelectual. Cualquier exaltación genérica del progreso no hacía sino ocultar la realidad.

Igualmente neta y desarrollada es su condena del populismo entendido como una remisión total al pueblo. «La idealización de la muchedumbre no civilizada —decía en 1868, hablando de las novelas de Res-

hetnikov— es una de las ilusiones más peligrosas y difundidas.» Se manifiesta tanto en la ciega confianza en que la muchedumbre puede civilizarse por sí sola, como en la exaltación de la pureza, de la moralidad absoluta contenida en ella. «El espíritu popular, el genio popular, los principios populares, son algo sagrado a lo que la muchedumbre civilizada no se atreve a tocar con sus sucias manos, que no puede analizar y criticar con su mente corrompida»⁴⁹.

En una serie de ensayos trataba de darse cuenta de cómo habían nacido semejantes concepciones, y de cómo seguían desarrollándose en la cultura rusa. Ya en la época de la servidumbre había estado muy de moda la idealización del campesino. El sentimentalismo, el estilo pastoral de la literatura de comienzos de siglo, no eran sino el fruto de una adulación a los señores, que pretendían mostrarse satisfechos al ver felices y prósperos a sus campesinos. Semejante literatura había transformado «a los toscos *mujiks* en excelentes *paysans*»⁵⁰. En el fondo de esas arcadias se percibía la apología de la servidumbre. Simultáneamente había surgido otra idealización, de signo contrario, inspirada por el deseo de reivindicar los derechos naturales de los campesinos. Fueron los idealistas quienes alabaron el genio del pueblo. Tenían que buscar en la oscuridad «un punto luminoso, y como en realidad no existía, se lo inventaron»⁵¹. Ya entonces dicha concepción llevó a los idealistas rusos a un optimismo que los libraba del peso y del deber de la acción. De ellos nacieron «las doctrinas de los llamados eslavófilos y de los liberales que predicaban el *laissez faire*». En semejante divinización del campesino, los primeros habían ido hasta el final, los segundos se detuvieron a medio camino, pero ambos contribuyeron a crear un estado de ánimo que tuvo una importancia fundamental mientras duró la servidumbre. A medida que se acercó la liberación, a medida que los señores comprobaban que sus bienes eran cada vez menos florecientes, temiendo cada vez más las rebeliones de sus siervos, se empezó a dejar de idealizar al campesino. «De excelente *paysan*, bueno y apacible, volvió a ser el *mujik* rebelde, ignorante y vicioso»⁵². Y, lo que es curioso, Tkachëv atribuyó esta función de pintores con tintas negras o satíricas del campesino precisamente a aquellos escritores saludados por Chernyshevski como los primeros ejemplos de una visión realista del pueblo ruso, por ejemplo a Nikolai Uspenski, y, en general, a muchos de los que a comienzos de los años sesenta se habían congregado en torno al «Sovremennik». Pocos años habían bastado para mudar la situación. Ya no se trataba de afirmar una visión realista de la vida popular, de saborear una realidad recién descubierta, sino —como Tkachëv decía— de dar un cuadro de conjunto de la campaña rusa que pudiera indicar los problemas económicos y políticos que habían ido madurando en ella, de plantear, en suma, en su integridad el problema de las clases campesinas.

Uno de los poquísimos escritores que observó a las masas populares —y no sólo de las aldeas, sino también de la fábricas— con ojos verda-

deramente realistas fue Reshetnikov, a quien Tkachëv dedicó en 1868 un largo estudio, para deducir de sus relatos y novelas una confirmación de sus previsiones sobre el desarrollo social del pueblo ruso. Pero salvo ésta y otras pocas excepciones, la posición de la *inteliguentsia* ante el pueblo seguía pareciéndole profundamente viciada por una carencia de sentido práctico. La sensación compasiva que aquellas novelas tendían a suscitar no era sino «un sentimiento de compasión por sí mismos, por los propios lectores. Estos autores no se acercaban al pueblo, sino que se consagraban al autoanálisis y a la autofustigación». «¡Pobres naturalezas de trapo!»⁵³. En ellos había grandes deseos y aspiraciones, pero su vida era miserable y pequeña. La fallida voluntad de salir por completo de su posición social no hizo sino producir una falsa relación entre la *inteliguentsia* y el pueblo.

En este análisis de la literatura populista de los años sesenta Tkachëv se equivocaba. Justamente la fe en los «principios populares», la ingenua fe en el campesino ruso llevaría pocos años después a la «ida hacia el pueblo», de la que debería desarrollarse todo el movimiento revolucionario de los años setenta. También en esto percibimos los límites de la visión de Tkachëv, su encerrarse en la experiencia conspiratoria, hasta el punto de no conseguir una honda influencia en el movimiento del período sucesivo.

No obstante, su afirmación de una voluntad política por encima de toda idealización de las clases populares tenía un valor y un significado propios. En un artículo titulado *Los hombres del futuro y los héroes de la burguesía*, publicado en 1868, trazaba un retrato del «realista», o sea, del hombre animado por un ideal político próximo al que justamente por entonces trataron de realizar los que se agrupaban en torno al propio Tkachëv y a Nechaev. Equivalía a poner a la *inteliguentsia* frente a un modelo, a incitarla a tomar conciencia de su deber. «Ni ascetas, ni egoístas, ni héroes»⁵⁴, así quería él a «los hombres del futuro», gente aparentemente normal, pero animada por una sola y única idea.

Su marca distintiva consiste justamente en que toda su actividad, como también su modo de vida, están determinados por una aspiración, por una idea apasionada —hacer feliz a la mayoría de los hombres, llamar al festín de la vida al mayor número de participantes. La realización de esta idea se convierte en la única meta de su acción, porque esta idea se funde íntegramente con el concepto de su felicidad personal. Todo se somete a esa idea, todo se la sacrifica —si se puede hablar de sacrificio...⁵⁵.

Podría decirse, apostillando éstas y otras definiciones parecidas de Tkachëv, que los «realistas» son ascetas sin tentaciones, totalmente absorbidos por su tarea revolucionaria. No luchan contra sí mismos, sino que simplemente conservan y siguen su propia naturaleza, y con idénticas

sencillez y naturalidad con las que resumen todas sus pasiones en la pasión por la felicidad de todos, consideran la moral como relativa, relativa respecto a su meta. Están dispuestos a engañar, si es necesario para que triunfe el principio moral que consideran más elevado, el que los anima y constituye toda su personalidad. Su lema podría ser «no explotar». No aceptan sustituirlo con el tradicional de «no robar», que atribuyen a los mezquinos «que predicán la intangibilidad de las bolsas ajenas y que cuando se les presenta la ocasión sustraen gentilmente los bienes del bolsillo del prójimo»⁵⁶. Se reconocerán en estas afirmaciones las ideas fijadas en duras fórmulas en el «catecismo revolucionario» de Nechaev, expresión suma del realismo nihilista de los años sesenta⁵⁷.

Al leer a Tkachév puede seguirse paso a paso cómo este tipo ideal de «hombre del futuro» —o, traducido a un lenguaje no censorio, de revolucionario— nace del intelectual mediante una continua reflexión y toma de conciencia de su posición social, de su función en el mecanismo económico de la sociedad. Tkachév repite de continuo que la actividad intelectual tiene un precio, y que éste pesa sobre las espaldas de los campesinos. Cada página de revista está pagada por un sacrificio de quienes ni siquiera la leerán. Los intelectuales, presa del ambiente en que viven, ni siquiera llegan a darse clara cuenta de la miseria que los rodea. Cualquiera que tenga más de la renta media, de la que le correspondería en una ideal igualdad, come el pan de los otros. ¿Acaso no están los hombres de cultura en tal posición? Discutiendo con un escritor reaccionario alemán, Wilhelm Heinrich Rill, a quien I. S. Aksakov llamó un día «el eslavófilo alemán», Tkachév llegó a hacer agudas y extrañas observaciones al respecto. Para advertir la real posición de la *intelligentsia* respecto a las otras clases de la sociedad —decía— es preciso examinar la situación del mercado de los productos intelectuales.

En el mercado del trabajo mecánico y físico la oferta es desde hace tiempo superior a la demanda, a causa de la competencia de las máquinas. Un natural instinto de conservación obliga, por lo tanto, a la gente a acudir de este mercado a otro, al del llamado trabajo intelectual, cultural. Este último está dominado por los ricos, los propietarios, los *rentiers*, los cuales, tras haber satisfecho sus necesidades reales, aún disponen de mucho dinero para divertirse y distraerse. Este dinero fluye al mercado intelectual, y gracias a él la demanda sigue siendo bastante elevada.

Por lo demás, el trabajador intelectual se presenta en este mercado en calidad de vendedor y al tiempo de comprador, contribuyendo así a mantener alta la demanda. Muy distinta es la situación del mercado de trabajo mecánico. Los proletarios de Lyon o Bruselas producen sedas y terciopelos que nunca usarán, «mientras que el pobre literato que dulcifica los ocios de la gente que no trabaja no puede prescindir de los

productos del trabajo mental de sus colegas». El mercado intelectual disfruta, por tanto, de notables ventajas. Pero éstas se ven, al menos en parte, anuladas (y Tkachëv pensaba sobre todo en Rusia) por la cantidad creciente de personas que se dedican a este género de ocupación. De todas formas, el salario sigue siendo superior al del obrero. «El peor de los literatos tiene una ganancia más fuerte que el más hábil y diligente obrero»⁵⁸.

Se trata de un cuadro de la situación de los intelectuales de los años sesenta, que Tkachëv conocía bien personalmente, por haber tenido que vivir de traducciones de artículos durante todo ese período. Se sentían dependientes de las clases dirigientes desde el punto de vista económico y moral, y al mismo tiempo sabían que se hallaban en una situación social próxima a la de los proletarios.

Tkachëv veía en ello la raíz del profundo descontento de la *intelligentsia* en el sentido más amplio de la palabra, incluyendo también a los técnicos. A este respecto le pareció revelador un caso particular, el de las mujeres que por aquellos años empezaban a introducirse en la actividad cultural y económica. Tampoco ellas estaban satisfechas con el trabajo limitado y mezquino que la sociedad rusa podía ofrecerles; también ellas, como todos los intelectuales, sólo tenían una salida: transformar este descontento —como los sueños de encontrar una «gran causa» a la que consagrarse —en una concreta voluntad política, que les diera conciencia de su oposición y al mismo tiempo los instrumentos para resolverla revolucionariamente. «Crear cooperativas es algo muy bonito, pero bonito sólo porque algunas mujeres podrán adquirir así la independencia económica y una seguridad práctica»⁵⁹. Pero, ¿cuántas serán las que podrán llegar a tal resultado? Sólo una actividad encaminada «a la mejora de toda la situación de la sociedad, a la solidaridad de todos los intereses humanos»⁶⁰ podrá satisfacer realmente las exigencias que impulsan a las jóvenes a iniciativas aisladas y parciales.

Reanudaba así la discusión ya contenida en el *¿Qué hacer?* de Chernyshevski y concluía, con mayor claridad que éste, en favor de los que se dedicaban únicamente a una actividad política, criticando todo intento populista de actividad social. Ambos elementos estaban en la novela de Chernyshevski, pero se escindían en el ánimo de Tkachëv. «El hombre del futuro» era ya una divinización del revolucionario puro.

Esto le parecía tanto más necesario cuanto que la situación ya era distinta de la de unos diez años antes, y lo sabía perfectamente. Las reformas dieron un impulso a la vida económica de Rusia, destinada a desarrollarse cada vez más rápidamente en el futuro. Las propias reformas crearon la exigencia de construir un nuevo aparato administrativo y jurídico. Tanto desde el punto de vista económico como del administrativo, se habían sentado las bases, pues, para una nueva *intelligentsia*. Cada vez disminuía más el número de los que resistían a la tentación de insertarse en el desarrollo económico burgués o en el estado trans-

formado por las reformas. Muchos, que habían sido «negadores» y «nihilistas» a comienzos de los años sesenta, habían ido abandonando sus ideas ante la apertura de tales posibilidades políticas. «La demanda de trabajo de los intelectuales se ha acentuado. Para los «arruinados» y los «furiosos» ha aparecido la posibilidad de salir de su «ruina», de crearse una nueva posición definida y sólida»⁶¹. La misma lógica de las relaciones sociales que iban creándose reduciría a una «pequeña minoría» el número de los que continuaban sosteniendo ideas revolucionarias.

Los hombres de los años cuarenta —decía Tkachëv— se encontraron en la situación de no poder realizar sus «principales ideales». La vida les decía: «No os necesito, echaos a un lado como os dicta vuestra alma, pero no os mezcléis en mis asuntos, en mis relaciones... Y ellos se metieron tranquilamente en el bolsillo los frutos del trabajo de millones de manos y se alejaron de la vida, en la que sus 'principios ideales' no encontraban lugar.» Eran, así, trágicos y cómicos al tiempo. Pero

en una posición muy distinta se hallan ahora sus hijos, y la vida les habla de muy otra manera: me sois necesarios —les dice— y os alimentaré por no hacer nada. Vuestros «principios ideales» no responden a los intereses que yo he creado para vosotros, pero eso no importa, para el desarrollo de mis principios necesito empresarios agrícolas, técnicos, industriales, médicos, juristas, etc. A cada uno de ellos estoy dispuesto a ofrecerle plena libertad en la esfera de su especialidad, y nada más. Debéis ayudarme. Desarrollad la industria y el comercio, racionalizad la agricultura, enseñad a leer al pueblo, fundad bancos, hospitales, construid ferrocarriles, etc., y por todo ello os aseguraré una buena y sólida recompensa, y me esforzaré por conseguir que vuestra actividad no os sea demasiado gravosa, crearé las condiciones que correspondan a vuestro carácter y además os concederé una sensación de satisfacción por vuestra obra, expulsando así vuestra melancolía. Esas son mis condiciones⁶².

¿Cuántos se sustraerían a semejantes exigencias de la «lógica de la vida»? Los padres pudieron seguir siendo idealistas porque no había la menor posibilidad de poner sus ideas en contacto con la realidad. La tragedia de la situación estribaba ahora en que las ideas se habían vuelto realizables, al menos parcialmente. En este caso «siempre podía encontrarse un puentecillo»⁶³, proporcionado quizás por la indiferencia, «más desastrosa que el tifus y el cólera»⁶⁴, y por un «egoísmo raciocinador», por una forma de aplicación del *laissez faire* a las relaciones morales o, peor aún, por un «idealismo» que provee de una justificación a la adaptación. A medida que pasaban los años, este fenómeno se hacía cada vez más inquietante a los ojos de Tkachëv —sobre todo en los ar-

tículos que envió desde Suiza a las revistas rusas—, y su crítica y su condena se volvía más dura y tajante.

Tanto más intransigente debía ser, por lo tanto, la pequeña minoría ya no idealista, sino realista, o sea, consciente de su separación de la *inteligentsia*, totalmente dedicada a la política revolucionaria.

En Nechaev creyó ver por un momento un fruto maduro de este proceso que iba formando a los «hombres del futuro». Cuando el movimiento que también él contribuyó a crear cayó, consideró que sólo en el extranjero podía encontrar una posibilidad de defender abiertamente las conclusiones a que había llegado. Y en Suiza conseguirá crear efectivamente un pequeño centro del jacobinismo ruso, aunque acabará por sufrir la némesis de esta voluntad de aislamiento de la *élite* revolucionaria: se quedará solo frente a todas las demás corrientes y no tendrá un gran eco en el movimiento populista.

En 1874 la revista de Lavrov, «Vperëd» (Adelante), era el órgano emigrado del populismo que estaba recobrándose en Rusia gracias al grupo de Chaikovski, el mismo grupo que ayudó a Tkachëv a huir del confinamiento⁶⁵. En sus páginas se había iniciado una discusión sobre los problemas fundamentales de propaganda y organización. Tkachëv quiso participar en ella y su colaboración fue aceptada mientras se limitó a escribir una correspondencia sobre el descontento de los campesinos y la situación social existente en la región donde estuvo confinado⁶⁶. Pero ya en las últimas líneas de este breve artículo aludía a la visión política que rápidamente lo llevaría a romper con Lavrov.

La juventud debe darse cuenta de sus propias fuerzas —decía—. Todo temor sería hoy criminal; toda incertidumbre, todo retraso, equivale a una traición a la causa del pueblo. El propio gobierno reconoce que el terreno está preparado... No hay que dejar escapar el momento oportuno⁶⁷.

La impaciencia revolucionaria de Nechaev, aquel «o ahora o nunca» que había sido el fondo de su conjura, volvía a presentarse ante Lavrov en la persona de Tkachëv.

La clase de los nobles terratenientes está arruinada, es débil, carece por completo de fuerza, tanto numéricamente como por su posición política. Nuestro *tiers état* está compuesto en más de la mitad por proletarios, por miserables, y sólo en la minoría empiezan a formarse verdaderos burgueses en el sentido occidental de la palabra. Pero, naturalmente, no se puede esperar que tales condiciones sociales favorables para nosotros persistan durante mucho tiempo. Aunque lenta y débilmente, también nosotros nos movemos por la vía del desarrollo económico, y este desarrollo está sometido a las mismas leyes y se realiza en la misma dirección que

el desarrollo económico de los estados occidentales. La *obshina* empieza a disolverse, el gobierno hace todos los esfuerzos para aniquilarla y destrozarla definitivamente. En la clase campesina se está formando una clase de *kulaks*, compradores y arrendatarios de tierras campesinas y nobiliarias, una aristocracia campesina. El libre paso de la propiedad de la tierra de mano en mano encuentra cada día menores obstáculos; la ampliación del crédito agrario, el desarrollo de las operaciones monetarias aumentan día tras día; los *pomesniki*, *volens nolens*, se ven en la necesidad de introducir mejoras en el sistema de su agricultura. Semejante progreso va generalmente acompañado por un desarrollo de la industria nacional, por una ampliación de la vida urbana. Existen por lo tanto entre nosotros, en este momento, todas las condiciones para la formación, por un lado, de una fortísima clase conservadora de campesinos —propietarios y *farmers*—, y, por otra, de una burguesía del dinero, del comercio, de la industria, de capitalistas, en suma. A medida que estas clases se formen y refuercen, la situación del pueblo empeorará inevitablemente y la *chance* de éxito de una revolución violenta será cada vez más problemática. Por eso no podemos esperar. Por eso afirmamos que en Rusia es realmente indispensable la revolución, e indispensable precisamente ahora. No admitimos ningún aplazamiento, ningún retraso. *Ahora*, o quizás, muy pronto, ¡nunca! Ahora las circunstancias están en nuestro favor, dentro de diez o veinte años estarán contra nosotros. ¿Comprendéis todo esto? ¿Comprendéis la verdadera razón de nuestra prisa, de nuestra impaciencia? ⁶⁸

Esta es una página decisiva para entender la posición de Tkachëv. Un análisis frío y realista de la situación, fruto de todas sus reflexiones sobre la sociedad rusa, unido a una apasionada voluntad de salvar el meollo de la concepción populista: la *obshina* rural. En el centro de su visión política estaba la idea de que era posible en Rusia la revolución social, pero sólo a condición de impedir o interrumpir el desarrollo capitalista, evitando así, al derribar el poder, que Rusia se adentrara por el camino ya recorrido por los países de Occidente. El jacobinismo de Tkachëv, como también su marxismo, tienen, pues, un valor instrumental frente a esta voluntad fundamental; sirven para indicar los medios o analizar la situación que puede permitir realizarla; no modifican su meta final y su aspiración esencial. Incluso el jacobinismo de Tkachëv es populista y revela, con su propia originalidad práctica, alguno de los aspectos más hondos y duraderos del populismo.

Tkachëv desarrolló en toda su amplitud esta concepción en la polémica con Lavrov. Ya había discutido en las revistas legales la idea que Lavrov tenía del proceso histórico, diciéndole que los que permitían juzgar éste no eran los ideales morales, sino un único ideal, el de la revolución igualitaria. Ahora, en Zurich, atacaba a Lavrov por las con-

secuencias políticas de esta discusión ideológica. No creía que sus ideas pudieran convertirse en bandera del partido revolucionario.

La ancha bandera del progreso cubre del modo más fácil y cómodo todo género de pensamientos filosófico-misoneístas de todo género de sostenedores del «paso a paso». Bajo ella pueden encontrar lugar todos los matices del partido progresista, empezando por el burgués liberal y acabando por el socialista revolucionario⁶⁹.

Precisamente por ello los socialistas revolucionarios no podían utilizarla, sobre todo cuando de la idea del progreso se deducía la consecuencia de la necesidad de prepararse a sí mismos y al pueblo, dedicándose exclusivamente a la discusión política y a la propaganda. Se acababa así por poner todas las esperanzas y la confianza no ya en los revolucionarios, sino en la *inteligentsia*. Y esto justamente en el momento en que la situación de Rusia amenazaba con convertir a los intelectuales en egoístas y explotadores.

Confiar en el progreso significaba resignarse a una paciente espera del momento en que las masas se hubieran educado. Pero ¿podían los revolucionarios esperar hasta que convencieran a la mayoría? ¿Qué necesidad había entonces de revolución? Esta puede producirse sólo cuando «la minoría no quiere esperar»⁷⁰, y actúa para desencadenarla, esforzándose por llevar a un estallido la sensación de descontento ante su situación que siempre existe, de modo sordo y difuso, en las masas populares.

Esta es la concepción de la revolución de Tkachëv. No nace de una maduración, de una «comprensión y conciencia» cada vez mayores de las masas, sino de una mecánica acumulación del descontento ante una opresión cada vez más insoportable. Entonces se produciría la ruptura. Y entonces «la minoría no tendría que hacer más que dar a este choque un carácter pensado y racional, dirigiéndolo hacia determinados objetivos, llevando aquel grosero elemento material hacia principio ideales. En una verdadera revolución el pueblo es una tempestuosa fuerza de la naturaleza que todo lo destruye y arruina a su paso, actuando siempre al margen de todo cálculo y conciencia. ¿Desde cuándo se ha visto a la gente civilizada hacer revoluciones?...»⁷¹.

«La revolución la hacen los revolucionarios», en el sentido de que son ellos quienes le dan una meta y un fin. El pueblo puede siempre hacerla, quiere siempre hacerla, siempre está dispuesto. Pero la iniciativa y la orientación deben venir de los dirigentes. Su tarea no es esperar una ocasión histórica, sino llamar continuamente a la revuelta, sabiendo claramente qué harán con esa revuelta una vez que consigan desencadenarla.

Por eso había que decir a los elementos jóvenes y activos de la *inteligentsia*, a los que «iban hacia el pueblo», que no se preparasen

sólo ni se entregasen únicamente a la propaganda, sino que se lanzaran a la acción, aumentando por todos los medios la sensación de descontento general. Y a los que ya eran revolucionarios, había que decirles que la principal meta de su actividad debía ser organizarse sólidamente. Todo dependía de «una fuerte organización de las fuerzas revolucionarias, de la unión de los intentos individuales y aislados en un todo común, disciplinado, sólido».

«Nuestra práctica revolucionaria ya ha elaborado diversas vías de actividad: la conjura política, la propaganda popular, la agitación directa entre el pueblo.» Ya no era hora de discutir. Todas las vías eran indispensables por igual. A la pregunta «¿qué hacer?», podía responderse sólo de un modo: «la revolución». Todos los intentos eran útiles, pero a condición de tener en cuenta que el problema fundamental seguía siendo el de la organización de la pequeña minoría revolucionaria.

El espectáculo del movimiento obrero en Europa occidental llevaba también a Tkachëv a estas conclusiones. Lo que vio cuando llegó a Suiza no hizo sino confirmar el pesimismo que ya nutría en Rusia.

Discutiendo con Lavrov, decía que la idea de esperar que la mayoría estuviera dispuesta era peligrosísima; si triunfaba esa idea, «resultaría impensable un levantamiento sangriento y violento», y llegaría la época de las «revoluciones incruentas» al gusto alemán, como las soñaba Lassalle. Todo el movimiento obrero de Europa occidental parecía haber aceptado semejante enfoque. ¿Acaso no estaba en la base «del programa alemán de la Internacional?»⁷². Acusaba, por tanto, a Lavrov de seguir en exceso la tendencia socialdemócrata alemana, en la que no tenía ninguna confianza y que, entre otras cosas, llevaría a los revolucionarios rusos a olvidar las condiciones específicas de su país, a no ver cuán necesario era luchar contra «el insensato despotismo de la autocracia, la repugnante arbitrariedad del rapaz gobierno, nuestra carencia general de todo derecho, nuestro vergonzoso esclavismo»⁷³. Estas son las conclusiones de su polémica con Lavrov, que en abril de 1874 Tkachëv resumía en un opúsculo titulado *Las tareas de la propaganda revolucionaria en Rusia*, publicado en Londres, donde explicaba las razones que lo obligaron a romper claramente con la redacción del «Vperëd».

Pero no quería cortar todos los puentes con los emigrados que no pensaban como él. Aún no había abandonado del todo la esperanza de poder unir en torno a sus ideas otros grupos revolucionarios, posiblemente todo lo que él llamaba entonces el «partido de acción».

Justamente por ello decía, al final de su opúsculo, que todos los experimentos y todos los caminos eran útiles, sin excluir ninguno. Incluso hacía una concesión —táctica— al propio Lavrov, al hablar de la propaganda. Y sobre todo se había acercado al punto de vista de los anarquistas al subrayar la idea de que el pueblo, por su natural posición, siempre estaba dispuesto a la revuelta. Si la primera concesión aspiraba a atraer al mundo de los revolucionarios algunas fuerzas que encerraba

aún la *inteligentsia*, la segunda respondía a la necesidad de acercarse a los bakuninistas, con quienes había entrado en contacto en Suiza y con los cuales tenía mucho en común, a pesar de sus conclusiones jacobinas.

Se repetía, en suma, aunque con mucha mayor conciencia, lo que ya había ocurrido unos años antes con Nechaev, que encontró en Bakunin la expresión de sus exigencias rebeldes, pero que acabó por apartarse de él, arrastrado por un profundo instinto que le decía que su específica tradición revolucionaria no coincidía en realidad con el anarquismo. Y a Nechaev se refería explícitamente Tkachëv en este opúsculo, citando lo que su amigo había escrito en su periódico la «Obshina».

Su *brochure* contra Lavrov consiguió cierto eco. Habló de ella Engels en el «Volkstaat»⁷⁴, aunque limitándose a atacar los elementos bakuninistas de la postura de Tkachëv que, como hemos visto, no eran fundamentales. Al responder, Tkachëv defendió a Bakunin, convertido, como decía, en «la *bête noire* del apocalipsis marxista», pero pretendió sobre todo definir su propia y original posición⁷⁵.

La discusión era interesante. Engels aprovechaba este pretexto para polemizar contra el pasado aislamiento del movimiento revolucionario ruso, para alegrarse del hecho de que «ahora éste se desarrolla en presencia del resto de Europa y bajo su control». Los revolucionarios rusos habían sufrido profundamente con su separación anterior, agregaba. Este fue uno de los orígenes de las locuras realizadas por Bakunin y sus compañeros. Ahora se beneficiarían de la «crítica que venía de Occidente, de las relaciones mutuas de los diversos movimientos occidentales, de la fusión que por fin se estaba realizando entre el movimiento ruso y el europeo». Las ideas defendidas por Tkachëv, vistas a esta luz, le habían parecido especialmente crudas y primitivas. A lo cual éste respondía que «tales instructivos amaestramientos» habrían tenido sobre los rusos el efecto que podría producir en los alemanes una hipotética lección de «un chino o un japonés que hubiera aprendido por casualidad el alemán, pero que nunca hubiera estado en Alemania, ni hubiera leído nada de lo impreso allí, y se le hubiera pasado por la cabeza enseñar a los revolucionarios alemanes, desde lo alto de su majestuosidad china o japonesa, lo que tenían que hacer». Es decir, en cuanto Tkachëv trataba de profundizar su polémica, lo que reaparecía en la superficie eran los elementos específicos de la situación rusa. ¿Por qué no quería admitir Engels un desarrollo autónomo del movimiento revolucionario ruso? Al actuar así «ofendía claramente los principios fundamentales del programa de la Internacional». Fueron los revolucionarios rusos, en el pasado, los primeros que tendieron la mano al movimiento internacional, que tomaron parte en él «incluso más activamente de lo que quizás exigían sus propios intereses». Pero no estaban dispuestos ahora a seguir al «partido obrero europeo» en las cuestiones prácticas y de táctica.

La posición de nuestro país es absolutamente excepcional, nada tiene en común con la situación de cualquier país de Occidente. Los medios de lucha adoptados allá son, como poco, enteramente inaplicables entre nosotros. Necesitamos un programa revolucionario muy particular, que debe distinguirse tanto del alemán como las condiciones de Rusia difieren de las de Alemania⁷⁶.

Engels lo había acusado de ignorar los problemas del movimiento obrero internacional, y Tkachév lo acusaba de desconocer los problemas rusos. «Nosotros no tenemos proletariado urbano, entre nosotros no hay libertad de prensa, de poder constituir, por ejemplo, «sindicatos disciplinados que engloben a todos los trabajadores conscientes de la situación en que se encuentran y de los medios aptos para mejorarla». Había que tener presente que en Rusia el mismo hecho de querer acercarse al pueblo por parte de los intelectuales se consideraba delito. Si se quería vivir entre los trabajadores había que cambiar de ropas y agenciarse papeles falsos. «Tendrá usted que confesar, ilustre señor, que en esta situación soñar con trasplantar la Asociación Internacional de los trabajadores al suelo ruso es peor que infantil»⁷⁷. Pero eso no significaba que la revolución social fuera más problemática y difícil en Rusia que en el resto de Europa. Todo lo contrario. «Aunque no tenemos proletariado urbano, tampoco tenemos burguesía. Entre el pueblo oprimido y el estado que lo aplasta con su despotismo no hay una clase media. Nuestros obreros únicamente tienen ante sí la lucha contra el poder político». En el pueblo estaban las fuerzas que marchaban en el sentido de la revolución, la *obshina* sobre todo. «El pueblo es, si así puede decirse, comunista por instinto y por tradición.» La idea de la propiedad privada sólo podía ser introducida en Rusia, como de hecho estaba ocurriendo, con las bayonetas y el látigo. Hablaba luego de los *artel'*, de los *raskol'niki*, de las revueltas campesinas y de la particular situación social de la *inteligentsia*. Eran los ya clásicos argumentos del populismo, que por primera vez chocaban abiertamente con el marxismo.

Un elemento original, aunque de sabor bakuninista, era la insistente afirmación de la debilidad de todo el aparato estatal ruso, debilidad que sólo reflejaba la poca solidez de las clases dirigentes. «Bastarán dos o tres derrotas militares, insurrecciones de los campesinos simultáneas en dos o tres provincias y una abierta insurrección en las ciudades en tiempo de paz... para que el gobierno quede absolutamente aislado y solo, abandonado por todos»⁷⁸. El deber de la conspiración era prepararse para aprovechar tal situación. Por otra parte, eso habían hecho todos los revolucionarios, incluso en Europa occidental, en las épocas de dura opresión. E incluso ahora, tras el aplastamiento de la Comuna, ¿acaso no ocurría algo parecido en Occidente? ¿No habían ido los italianos a declarar en 1874, en el congreso de la Internacional en Bruselas, que

se veían obligados a concebir toda su actividad en forma de conspiración y en función de ésta? ¿Qué debían hacer los revolucionarios rusos si no eso mismo?⁷⁹

Aunque las ideas de Tkachëv —como se ve— se fueron precisando en esta polémica, tuvo que esperar cerca de un año, de finales de 1874 a finales de 1875, para encontrar un órgano en el cual defender sus convicciones. Poco o nada sabemos de su actividad en ese período. Fue apartándose cada vez más de la corriente bakuninista con la que en un primer momento creyó tener que solidarizarse, aunque condicionalmente. Se acercó a algunos elementos de la emigración polaca, que pudieron parecerle más próximos a sus concepciones⁸⁰. A finales de 1875 conseguía organizar en Ginebra un periódico, con un grupito de emigrados polacos y rusos de ideas blanquistas, Kaspar Turski, Karl Janicki y otros pocos⁸¹. Quizás ya Nechev había tenido alguna relación con ellos, y Tkachëv consiguió sacar del grupo una pequeña pero activa fuerza política. Nació así el «Nabat» (Campana a rebato), que llevó el subtítulo de «Órgano de los revolucionarios rusos»⁸².

Tkachëv fue quien escribió el programa, publicado en noviembre de 1875. Hasta 1881 el «Nabat» saldrá, aunque irregularmente, llevando numerosos artículos suyos. No eran escritos de propaganda genérica. Se dirigía siempre, intencionadamente, sólo a la minoría revolucionaria. Sabía que su periódico tendría una circulación muy limitada; pero sólo le importaba que sus ideas fueran conocidas por un pequeño número de personas, a condición de que éstas fueran las más activas en el mundo de la conjura y de la acción. Y un día, escribiendo a un amigo, se declarará satisfecho —aunque dentro de ciertos límites— con la obra realizada por su periódico.

Sé perfectamente que este periódico llega a pocas manos en Rusia, pero su existencia, su programa y sus principios son conocidos en casi todos los grupos revolucionarios. Al polemizar por todos los medios contra estas ideas, al deformarlas y calumniarlas, los anarquistas y los lavristas han acabado difundiéndolas entre la juventud y preparando su triunfo final —triunfo que se ha manifestado con la formación del partido de la *Narodnaya volia*, con la creación de una serie de comités «ejecutivos» y de otro género, con el programa adoptado en el congreso de Lipetsk, y, por último, con una serie de atentados afortunados o infortunados. La verdad y la irrefutabilidad de las ideas sostenidas por el «Nabat» era para mí tan evidente que no dudé un instante de que acabaría triunfando, de que encontraría una realización práctica aunque el «Nabat» no hubiera salido de los confines de Suiza, aunque hubiéramos publicado sólo una docena de ejemplares⁸³.

No trató, pues, al menos en los primeros años, de crear una organización. Quiso únicamente indicar los medios necesarios para que apareciera

una fuerza realmente organizada, denunciando los errores del pasado y del presente.

El propio hecho de la conjuración entraña una disciplina, decía. Ni los «revolucionarios burgueses» ni los bakuninistas habían querido reconocerlo así, pero se impondría por la propia lógica de las cosas. Era necesario que la conjura tuviera un plan que «se sometiese a una dirección común». Debía basarse en el principio de «concentración del poder y descentralización de las funciones»⁸⁴. Toda idea de crear un movimiento sobre la base de una federación de grupos autónomos era una utopía, jamás podría constituir un eficaz instrumento de lucha, sería incapaz de cualquiera acción rápida y decisiva, abriría las puertas a las disensiones y discusiones internas, a incertidumbres y compromisos. Por lo demás, una concepción federativa tal tenía sus raíces en la mentalidad y moralidad burguesas, al basarse sobre el individualismo y el egoísmo. Los revolucionarios tenían que demostrar también en su organización que eran capaces de poner lo colectivo por encima de lo individual.

Cuando Tkachëv exponía estas ideas sabía ya cuáles habían sido los resultados de la «ida hacia el pueblo». Dedicó un artículo a sacar conclusiones de ello. Todo el movimiento parecía en crisis; el número de detenciones había sido grande, las fuerzas revolucionarias estaban dispersas. Se siguieron unas directrices «que se diferenciaban claramente de las de la década anterior»⁸⁵, pero los resultados conseguidos no justificaban este cambio. Había que retroceder, sobre todo, a la experiencia de Nechaev. Este actuó sin haber preparado un terreno sólido, pero por lo menos las ideas que inspiraron su movimiento eran claras. No sólo quería hacer la revolución, sino hacerla de inmediato, y por eso se preocupó por la organización. Ahora el objetivo debía ser el mismo, y mejorar los medios para alcanzarlo. La consigna de la «ida hacia el pueblo» había sido demasiado vaga y genérica, con lo que cada cual la entendió a su manera. Precisamente esa incertidumbre desorganizó el movimiento, aunque —como reconocía Tkachëv— amplió extraordinariamente sus efectivos. Pero ninguno de los populistas había conseguido establecer un contacto político con las fuerzas reales de la rebelión campesina, de los obreros, de los cosacos. Si en los años sesenta se acabó adoptando cualquier medio, con tal de conseguir el fin, ahora se había olvidado el fin, dedicándose todos a la búsqueda de los medios. Una organización central, que supiera y quisiera realizar un plan predeterminado, resultaba una exigencia fundamental.

Era preciso, pues, luchar contra la idea de un movimiento revolucionario que surgiera de «grupos naturales» por «evolución natural» —peligrosa ilusión⁸⁶. En el número 7-8 de 1876 del «Nabat», concluía: «La unificación y la coordinación de su actividad es, sin duda, el primer paso indispensable para la realización práctica de una revolución social.» Las fuerzas de la revolución se encontraban ahora en la misma situación de un ejército, impensable sin organización.

Si ésta es necesaria para un partido numeroso y fuerte, no cabe duda de que es aún más indispensable para un partido débil y poco numeroso, para un partido que no hace sino empezar a constituirse. Tal es nuestro partido social revolucionario. Para él el problema de la unión y la organización es un problema de vida o muerte...⁸⁷.

Había que superar la fase de los grupos aislados, cerrados y fatalmente hostiles entre sí. Todo «fraccionismo» sólo era útil a la Tercera Sección.

Para eliminar este obstáculo se necesitaban dos cosas: abandonar la ilusión de ser muchos y fijar con claridad la tarea de la minoría.

En realidad, los revolucionarios eran pocos, pero debían saber cuál era el poder «intelectual y moral» ejercido por la minoría sobre la mayoría. La revolución consistía justamente en transformar su poder «espiritual, por así decirlo», en «material».

Y como en la sociedad contemporánea en general, y en Rusia en particular, la fuerza material se centra en el poder estatal, la auténtica revolución sólo puede realizarse con una condición: la conquista del poder estatal por los revolucionarios. En otras palabras, la meta próxima e inmediata de la revolución ha de consistir precisamente en conquistar ese poder y en transformar el estado conservador en un estado revolucionario⁸⁸.

Cierto que la conquista del poder no es en sí la revolución, pero sí su prelude. La revolución se realizará en una doble fase: destructiva y constructiva.

La esencia de la primera es la lucha, y, por tanto, la violencia. La lucha sólo puede desarrollarse con éxito en las siguientes condiciones: centralización, severa disciplina, rapidez, decisión y unidad en la acción. Toda concesión, incertidumbre, todo compromiso, la pluralidad del mando, la descentralización de las fuerzas en lucha no hacen más que debilitar sus energías, paralizar su obra, eliminar toda posibilidad de victoria. La actividad revolucionaria constructiva, en cambio, aunque deba proceder a la actividad destructiva, tiene que basarse, por su carácter fundamental, en principios absolutamente opuestos. Si la primera se basa ante todo en la fuerza material, la segunda se apoya en una fuerza moral. La primera tiene sobre todo en cuenta la rapidez y la unidad, la segunda la solidez y la vitalidad de las transformaciones aportadas. La primera debe realizarse con la violencia, la segunda con la convicción. La *ultima ratio* de la primera es la victoria, la *ultima ratio* de la segunda es la voluntad, la razón del pueblo⁸⁹.

Estas dos funciones debían, pues, distinguirse rigurosamente. Había que saber dar pruebas de dureza en un caso; de elasticidad, en el otro,

avanzando gradualmente, para no caer en la utopía. Tkachëv pensaba que para asegurar esa elasticidad a la tarea constructiva sería necesario convocar una *Narodnaya дума* (asamblea nacional) que sancionaría la actividad del estado revolucionario y, dentro de ciertos límites, también lo controlaría. Tendría entonces enorme importancia la propaganda en gran escala, la propaganda en la que en vano ponían sus esperanzas los «pseudorevolucionarios burgueses», absolutamente ineficaz cuando el poder estaba aún en manos de los conservadores.

Las directrices fundamentales a las que obedecería esta actividad constructora eran las siguientes:

- 1) La transformación gradual de la actual *obshina* campesina —basada en una propiedad privada limitada en el tiempo— en una *obshina-comuna*, basada en el principio de un uso colectivo de los medios de producción y en un trabajo igualmente colectivo y común;
- 2) la expropiación gradual de los medios de producción que se hallan en manos privadas y su paso al uso común;
- 3) la introducción gradual de las instituciones sociales adecuadas para abolir la necesidad de todo intermediario en el intercambio de productos, para sustituir el propio principio de la justicia burguesa —ojo por ojo, diente por diente, servicio por servicio— por el principio del amor y la solidaridad fraterna;
- 4) la gradual abolición de la desigualdad física, intelectual y moral entre los hombres, a través de un sistema obligatorio de educación social, igual para todos e integral, animada por un espíritu de amor, de igualdad y de fraternidad;
- 5) la aniquilación gradual de la familia hoy existente, basada en la sumisión de la mujer, la esclavitud de los hijos y la arbitrariedad egoísta del hombre;
- 6) el desarrollo de la autoadministración colectiva y el gradual debilitamiento y anulación de las funciones centrales del poder estatal⁹⁰.

Este era el programa de los revolucionarios en el poder. Y éste fue el método —que Tkachëv designó con la palabra genérica de «jacobino»— que defendió en el «Nabat» contra las objeciones que se le hacían por todas partes.

A los anarquistas les dijo, desde el primer número, que no sólo su concepción política, sino su propio ideal, eran incoherentes, si no errados. Incluso en pura teoría parecía injustificable e impensable toda anarquía, mientras no se hubiera establecido una igualdad absoluta entre los hombres. Sólo se conseguiría con ella un desencadenamiento de los instintos egoístas. Y para establecer la igualdad era necesaria la acción implacable de la minoría dueña del estado.

De estos principios generales descendió a una polémica minuciosa en los siguientes números del «Nabat», sobre todo en una serie de

entregas que aparecen con el título general de *Anarquía del pensamiento*, publicadas en 1876⁹¹.

Atacó entonces directamente el documento fundamental del anarquismo ruso de aquellos años, la obra de Bakunin *Estado y anarquía*, que, como reconocía el propio Tkachëv, «tuvo indudablemente una enorme influencia sobre el pensamiento de nuestra juventud revolucionaria». Acusaba a Bakunin de incoherencia, sobre todo; él, que había proclamado no quererse ocupar de política, en su opúsculo no hacía más que hablar de las relaciones de fuerza existentes en el interior de las distintas naciones de Europa y entre ellas. También sus conceptos a este respecto parecían inseguros. Era aguda la observación de que Italia, España y el mundo eslavo estaban más cerca de la revolución social que el mundo alemán, pero ¿qué podía deducirse en concreto de semejantes observaciones? Bakunin cantaba las alabanzas del instinto, contrapuesto a todo «ideal consciente, elaborado únicamente por la minoría, por una minoría al margen del pueblo»⁹². A lo cual Tkachëv respondía que la *narodnost'* de un ideal está determinada por su contenido, y éste depende a su vez del material con el que ha sido construido.

Si el hombre de la minoría ha tomado este material de la vida de la sociedad burguesa, del mundo de la explotación, de los negocios y de la bolsa, sus ideales y teorías tendrán un carácter antipopular, burgués (así, por ejemplo, los ideales y teorías de la llamada ciencia de la economía política). Si lo toma de la vida popular, del mundo del trabajo, de los obreros, entonces esos ideales serán, por su propia esencia, populares, antiburgueses (por ejemplo, los ideales del comunismo)⁹³.

Era vano, pues, hablar de instinto.

Cierto que la minoría no se hallaba en condiciones de sentir los sufrimientos del pueblo como éste los siente, pero precisamente por eso los entendía mejor y podía comportarse frente a ellos de modo racional, analizándolos y creando un ideal que no fuera contradictorio y confuso, como lo es el de Bakunin. Bastaba con volver al problema de los más hondos instintos del pueblo ruso para convencerse de ello. Los revolucionarios aceptaban la convicción del campesino de que la tierra era de todo el pueblo, de que la *obshina* —y no el individuo— debía administrarla; aceptaban la propia contraposición del *mir* al estado; ¿acogían quizás por eso los otros sentimientos e instintos populares, unidos con los anteriores como la fe religiosa, la confianza en el zar, y, en general, la absorción patriarcal del individuo en la colectividad de su aldea? ¿Acaso no era pura hipocresía llamarse partidario de los «principios populares» y en realidad hacer entre ellos una cuidadosa elección?

Esta posición insegura de los bakuninistas se reflejaba también en las indicaciones prácticas que daban a la juventud. Es cierto que Bakunin también estaba en contra de la propaganda pura y simple, que era un evidente enemigo de la postura asumida por los lavristas durante la «ida hacia el pueblo»; pero ponía a los revolucionarios ante objetivos que, bien mirado, se reducían en realidad a una educación de las masas en vez de a un puro y simple llamamiento revolucionario. Les decía que debían luchar contra el elemento patriarcal y tradicional del pueblo ruso, y que debían hacerlo aldea por aldea, distrito por distrito, hasta crear un movimiento general de los campesinos. ¿No era esto, en el fondo, un relegar la revolución hasta que estuviera preparado el terreno apropiado, como quería Lavrov?

Lo único que se conseguía así era ondear continuamente entre la Escila de las revueltas locales y la Caribdis de la preparación a largo plazo, como seguía haciendo todo el movimiento populista ruso. Y, por otra parte, ¿cómo organizar a todas las aldeas si se seguía convenciendo a los campesinos de que todo poder era un mal? Eso equivalía a querer la organización y no quererla al mismo tiempo.

Toda organización presupone un centro, disposiciones de valor general. Tanto si se basa en principios federalistas como centralistas, o sea, tanto si tiene en su centro unos dictadores provistos de todo el poder o sólo diputados —representantes de los grupos locales— limitados en sus mandatos, toda organización es siempre autoritaria y, por tanto, antianárquica⁹⁴.

Tkachëv no se cansó nunca de repetir todo esto, en polémica con los diversos matices de la corriente anarquista de los años setenta. Discutió sobre todo con la «Comunidad revolucionaria» creada en Ginebra por algunos jóvenes bakuninistas y con De Paepe, uno de los principales representantes de las ideas anarquistas de aquel período.

Con los primeros fue especialmente duro y sarcástico, tratando de poner en claro todas las contradicciones contenidas en el manifiesto que publicaron en septiembre de 1873.

Quieren que no haya ningún poder, y al mismo tiempo proyectan un gobierno federal de diputados de las *obshiny*, con un montón de ministerios posibles e imposibles. Quieren que esos ministerios se completen recíprocamente y al mismo tiempo quieren que sean del todo independientes entre sí...⁹⁵

Con De Paepe fue menos irónico y violento. Pretendió demostrarle —examinando punto por punto el informe sobre el «Problema de los servicios sociales en la sociedad futura» presentado y discutido por él en el congreso (anarquista) de la Internacional en Bruselas en septiembre

de 1874— que en realidad una organización de los servicios como la que él había descrito minuciosamente tenía ya un nombre, y se llamaba estado⁹⁶.

Sin entrar en los detalles de esta discusión, no carente de interés, valdrá la pena subrayar la idea central que Tkachëv se fue haciendo en el curso de esta polémica sobre el conjunto del movimiento bakuninista.

Se había convencido de que los anarquistas, al negar el estado, no hacían en realidad más que teorizar el «poder espiritual» —del que ya había hablado, poder inherente a la propia naturaleza de la minoría intelectual y culta—, negándose luego a transformarlo en «poder material». Pero este tránsito era fatal, debía producirse históricamente. En todo poder espiritual había un germen de poder material.

Echáis al diablo de la puerta y entrará por la ventana. Pero de la puerta echáis a un diablo relativamente inocente (el poder del estado), mientras que por la ventana entrará un diablo realmente terrible. El poder del estado somete sólo las manifestaciones externas de la actividad del hombre. El poder que vosotros queréis (si lo queréis verdaderamente) somete no sólo las acciones de los hombres, sino sus convicciones íntimas, sus más ocultos e íntimos sentimientos, su mente y su voluntad, así como su corazón. Semejante poder, indudablemente despótico, autocrático, es realmente monstruoso. Es el poder de la iglesia, es el poder con el que los jesuitas instituyeron en América sus caprichosas comunidades⁹⁷.

Y si los anarquistas no querían eso, era sólo porque, una vez más, se mostraban incapaces de ser consecuentes con sus ideas.

Los anarquistas se imaginaban la revolución como una disolución del estado existente en los elementos sociales que lo componían. «Cada unidad, cada aldea, *obshina*, ciudad, administraría por su cuenta sus asuntos, fijando las relaciones con los otros sobre la base del acuerdo mutuo.» Esto podría ocurrir, pero se limitaría a debilitar la acción revolucionaria, fragmentándola, impidiéndole asumir una dirección única. Bastaba con pensar en lo que sucedería en un caso similar con la minoría culta y revolucionaria: «Se dispersaría por todos los pequeños grupos, esforzándose por tomar el poder, espiritual y material, en cada uno de ellos»⁹⁸. La *élite* faltaría así a su propia función de dirección e impulso unitario. Los anarquistas, por no querer el estado, acabarían creando una miriada de estados.

Asaltado por la necesidad de demostrar su tesis jacobina, Tkachëv abandonaba así los elementos bakuninistas que había en su concepción anterior. Habló cada vez menos del pueblo perpetuamente dispuesto a la rebelión, insistiendo incluso sobre la necesidad de los revolucionarios de debilitar por todos los medios el aparato estatal, para hacer posible la insurrección. Al hablar de las medidas que el estado revolucionario debe-

ría tomar, el modelo al que se remitió con creciente claridad fue el de la dictadura de Robespierre, con tribunales revolucionarios, represión de las fuerzas hostiles, limitación de la libertad de prensa, etc.

Sin embargo, es importante anotar que la visión bakuninista y anárquica del estado, que se disgregaba revolucionariamente en los grupos que lo componían, no desapareció nunca por entero de sus concepciones. Acabó por pensar que un proceso espontáneo de este género podría convertirse en un instrumento importantísimo en manos de la *élite* jacobina. Sabía perfectamente que la revolución era también un fenómeno de violenta disolución de la trabazón estatal y social. La minoría aprovecharía esta energía, canalizándola hacia las metas superiores que sólo ella conocía y encarnaba.

La minoría revolucionaria, liberando al pueblo del yugo que lo oprime, del miedo y del temor ante el viejo poder, le abre la posibilidad de manifestar su fuerza destructivo-revolucionaria, y basándose en ésta, dirigiéndola hábilmente hacia la destrucción de los enemigos de la revolución, destruye las fortalezas que la rodean, privándolas de todo medio de resistencia y reacción. Y después, utilizando su fuerza y su autoridad, introduce nuevos elementos progresivo-comunistas en las condiciones de vida del pueblo, libera esta vida de sus seculares corsés, anima sus formas petrificadas y resacas⁹⁹.

Tkachëv había comprendido, en suma, que el elemento bakuninista podía y debía insertarse en su visión jacobina de la revolución.

Precisamente por ello trató de mantener un contacto con los anarquistas con más tenacidad que con cualquiera otra fuerza, incluso en el terreno táctico. Se presentó como alguien que llevaba sus principios a las últimas y lógicas consecuencias, que revelaba las contradicciones inherentes a su acción para indicar con claridad los medios aptos para que triunfase. Por eso la anarquía siguió siendo la meta última, el mito final de la transformación social de la que él quería sólo indicar los instrumentos, el resultado final de aquella igualdad absoluta que la revolución introduciría poco a poco, desde arriba, entre los hombres.

Su polémica con los populistas de los años setenta no era, en cambio, sino un desarrollo de su discusión con Lavrov. En un artículo de 1876, *Pueblo y revolución*, examinó a fondo el problema¹⁰⁰. ¿Era cierto que los ideales populares eran realmente revolucionarios? Había que mirar a los campesinos con ojos realistas.

Es cierto que su ideal social consiste en la *obshina* que se autoadministra, en la sumisión del individuo al *mir*, en el derecho de uso y no de propiedad privada de la tierra, en la solidaridad entre los miembros de la *obshinà*, en una palabra, en un ideal con una

tonalidad comunista claramente expresada. Naturalmente, las formas de vida que condicionan este ideal están muy lejos de un comunismo pleno; éste está oculto en ellas en germen, por así decirlo, en semilla. Este germen puede desarrollarse, pero también puede morir. Todo depende de la dirección en que se desarrolle nuestra vida económica. Si toma la dirección en que se está desarrollando ahora, en el sentido del progreso burgués, no cabe duda de que nuestra *obshina* (y por lo tanto también nuestros ideales populares) sufrirá el destino de la *obshina* de Europa occidental, perecerá como pereció en Inglaterra, Alemania, Italia, España y Francia. Pero si la revolución pone a tiempo un dique a las olas rápidamente crecientes del progreso burgués, si detiene tal dirección de la corriente y le imprime otra, del todo opuesta, no cabe duda entonces de que, en condiciones favorables, nuestra actual *obshina* se desarrollará poco a poco en una *obshina-comuna*¹⁰¹.

Era volver a decir lo que los populistas sostuvieron desde el principio, era recoger las ideas de Herzen y Chernyshevski; pero Tkachëv lo hacía con especial energía, con una visión más concreta del peligro inmediato que amenazaba a la *obshina*. Y era reafirmar esos principios en el mismo momento en que muchas corrientes populistas rusas tendían en cambio a dar a la *obshina* un valor no histórico, pero, por así decirlo, ideal y absoluto, a exaltar su eterna presencia en el alma, la mentalidad y las costumbres rusas y eslavas, en vez de examinar las razones y condiciones concretas de su existencia.

Muchos de los artículos publicados entonces por Tkachëv en las revistas rusas, con varios seudónimos, aspiraban justamente a combatir este mito indistinto, nacional, de la *obshina*. Polemizaba contra quienes, «hijos legítimos de los occidentalistas» de la generación precedente, estaban aceptando las ideas derivadas de la corriente intelectual contraria, de los eslavófilos. La idea del «suelo» como inspirador de una ideología política típicamente rusa, cara a Dostoievski, era aceptado por quienes ahora se proclamaban populistas. Esto los conducía a una visión «puramente fantástica» de la aldea rusa¹⁰². Por otra parte, muchas de las sugerencias que hacían para mejorar la situación de los campesinos eran, sin que lo percibieran, sólo medios, gracias a los que el capitalismo se introducía en el campo, provocando la diferenciación social en el interior de la *obshina* y una tendencia a la ruina de ésta¹⁰³.

Todos discutían entonces sobre los medios para mejorar las condiciones de los campesinos. Esto significaba sólo que el naciente capitalismo estaba buscando su camino para llegar al campo. La cosa tenía una raíz económica. Los terratenientes, al declinar la época de la servidumbre, ya no eran económicamente independientes, capaces de caminar por sus pies. Se habían convertido en deudores del estado, esperaban de él créditos y ayuda. La reforma no había mejorado su posición. Pero también las nuevas

fuerzas económicas, los capitalistas, se habían encontrado en idéntica situación tras la reforma, y también ellos debían recurrir a las cajas del estado. Tanto el capitalismo inmobiliario como el mobiliario buscaban, pues, continuamente un apoyo, una fuente de la que conseguir ayuda. Sólo el campesino, única clase cuya producción no dependía del crédito, se presentaba ante unos y otros como esa fuente, y todos se arrojaban sobre él, tratando de sacarle cuanto podían. Pero para hacer esto necesitaban al estado, único instrumento capaz de extraer nuevas riquezas del campo. La literatura no hacía sino reflejar esta situación, tiñéndose a veces de tonos populistas¹⁰⁴.

En el «Nabat», Tkachëv llamaba a estos populistas «revolucionarios-reaccionarios», y polemizó contra ellos en un artículo titulado precisamente así, en el fascículo 5 de 1876¹⁰⁵. Eran los que se hacían la ilusión de preparar la revolución —o al menos de defender a los campesinos— creando cooperativas agrícolas, cooperativas artesanas, mejorando la situación administrativa y escolar de las aldeas. Aparte el hecho de que concebir organizaciones sindicales o cooperativas sobre la base de la ilegalidad, del secreto, le parecía una utopía, éstas tendrían un resultado reaccionario, al introducir en la aldea rusa una cantidad creciente de elementos de la sociedad burguesa y occidental. Si estos populistas fueran consecuentes, acabarían abandonando el campo y organizando, en cambio, a la parte del proletariado que era la única que podía prestarse a este fin: el proletariado fabril.

No cabe duda de que cuando el progreso burgués consiga poner en el mismo plano las condiciones de la actividad agrícola y las de las fábricas de las ciudades, la actual organización del proletariado urbano de Europa occidental se difundirá también entre el proletariado rural. Pero habrá que esperar mucho tiempo para esto, incluso en Occidente. Y todavía más tiempo entre nosotros, en Rusia.

Por eso los «revolucionarios-reaccionarios» pensaban en vano basarse en la *obshina* y los *artel'*. Estos sólo podrían convertirse en organizaciones de lucha del proletariado agrícola y urbano en un caso, es decir, cuando el poder político estuviera en manos de los socialistas-revolucionarios.

Hasta ese momento es inútil todo intento de transformarlos localmente, con una acción desde dentro... Hay que ser sumamente ingenuos para figurarse que la propaganda y la agitación de unas docenas de jóvenes puede sostener y desarrollar instituciones bajo las que falla el suelo económico, que se están convirtiendo en obstáculos para las exigencias y las condiciones de la economía burguesa, que están en contradicción con el espíritu general y con la dirección del progreso económico¹⁰⁶.

Nobleza, liberales, constitucionalistas, burócratas, *kulaks*, tenían ya la decidida intención de aniquilarlas hasta las raíces. Ante tal situación, a los populistas sólo les quedaban dos posibles caminos: esperar unos decenios, hasta que la organización del proletariado resultara posible y natural, o adentrarse decididamente por la vía jacobina de la conjuración para una rápida toma del poder. Cualquiera otra solución significaba en último extremo hacerles el juego a quienes tendían a acelerar el progreso capitalista, significaba ponerse de parte de los «héroes del día»: los *kulaks*, los bolsistas, los concesionarios, etc.¹⁰⁷. Estos serían capaces de despojar de toda utopía, de todo sueño, las visiones de quienes se consideraban revolucionarios y en realidad eran reaccionarios. Sólo es revolucionario quien quiere la revolución a corto plazo. «En las revoluciones a largo plazo creen hasta los policías.»

Pero —objetaban sus adversarios populistas— la revolución propuesta por Tkachëv se haría quizás en favor del pueblo, pero en cualquier caso se realizaría sin éste. Habría tenido un carácter político, y no social. ¿Quién garantizaría que la *élite*, una vez llegada al poder, no se limitaría a sustituir al estado, volviéndose tan opresora como la que ya existía? S. M. Kravchinski escribía así a Lavrov en 1875: «Tkachëv publicará una revista. Lo que quiere en realidad es una porquería: la revolución política, aunque, naturalmente, envuelta en los velos de una revolución social»¹⁰⁸.

Tkachëv respondía que la minoría en la que él pensaba no estaría compuesta únicamente por «nobles arrepentidos», por elementos de las clases privilegiadas que se volvían al pueblo. Ciertamente parte de ella tenía esos orígenes, pero acudirían a completar esa minoría elementos de la pequeña burguesía, de los *raznochintsy*, de los campesinos. Y, además, el origen social de la *élite* no era un problema esencial; todo dependía de las ideas, de los principios que la guiarían en su acción.

¿Por qué acusarla de pretender una revolución desde arriba? Eso podría ocurrir de haberse inspirado en las ideas que dominaban en las capas superiores de la sociedad, es decir, que respondían a los intereses de los privilegiados. A veces «esos ideales pueden corresponder en algunos puntos a los ideales puramente populares, y precisamente semejantes puntos son utilizados por las clases altas de la sociedad» para dar un ropaje engañoso a los movimientos políticos que en realidad sirven a sus fines. Esto explicaba el apoyo popular a los cambios que se producían en el mundo burgués. Pero la *élite* que Tkachëv quería suscitar estaría guiada únicamente por las ideas del pueblo.

¿De qué tenéis miedo? ¿Qué derecho tenéis a pensar que esta minoría —totalmente consagrada a los intereses del pueblo, en parte por su posición social, en parte por sus ideas— al tomar en sus manos el poder se transforme de improviso en un tirano? Decís: el poder estropea a los hombres. Pero ¿en qué basáis semejante y

extraña conclusión? ¿En el ejemplo de la historia?... Leed las biografías y os convenceréis de lo contrario. El Robespierre miembro de la Convención, dueño omnipotente de los destinos de Francia, y el Robespierre desconocido, abogado provinciano, son una única y misma persona. El poder no cambió ni un pelo su carácter moral, ni sus ideales y tendencias, y ni siquiera sus costumbres privadas.

«Lo mismo puede decirse de Danton y de cualquier otro personaje importante de la Revolución francesa»...¹⁰⁹, como asimismo de Cromwell, Washington, etc.

El poder, la violencia eran elementos imposibles de eliminar de una revolución. Los jacobinos eran los que habían sabido deducir todas las consecuencias lógicas de esta comprobación, los que no se detenían ni ante la ilusión de la capacidad revolucionaria inherente a las masas populares, ni ante la ilusión de poderlas preparar lentamente para una conmoción social con un trabajo de propaganda y organización. Esto es lo esencial de la polémica de Tkachëv contra los populistas.

Bakuninistas y populistas —o, como los llamó un día, «las dos fracciones de los populistas»¹¹⁰— no constituían sino dos aspectos particulares de las dos grandes corrientes dominantes entonces en el movimiento obrero de toda Europa. Con ellos hacían juego, tras el congreso de La Haya de 1872, las dos ramas de la Internacional: anarquistas y marxistas.

Este doble y complementario error de planteamiento influyó a su vez en las dos corrientes del movimiento revolucionario ruso. ¿No era quizás la organización anarquista de las secciones belgas, y en parte de las suizas, una plena y solemne consagración del principio sostenido por los bakuninistas rusos de las «uniones federativas» y los «grupos naturales»? Y la predicación alemana de la revolución legal, de la necesidad de la propaganda pacífica y de la inutilidad e inmadurez de toda iniciativa violenta, de la necesidad de una preparación científica, etc., ¿acaso no había confirmado a los lavristas en sus posiciones?¹¹¹

Tkachëv no extendió su polémica al terreno internacional, asaltado como estaba por la necesidad de luchar por una organización fuerte en Rusia. Tanto más cuanto que efectivamente el movimiento en Rusia se estaba adentrando por ese camino, había reaccionado a las derrotas de la época de la «ida hacia el pueblo» con la formación de grupos centrales cada vez más compactos. Igual que en Europa, tras la derrota de la Comuna, el movimiento obrero daba pruebas de querer reorganizarse sobre bases nuevas y distintas, también en Rusia empezaba a producirse una reanudación de la lucha conspiratoria y organizada.

Por ello Tkachëv no se limitó a tender la mano a los anarquistas —aunque sí fundamentalmente a ellos— a finales de los años setenta, para crear un único partido socialista revolucionario. No sólo siguió con apasionada atención el movimiento de *Zemlia i volia*, y sobre todo de la *Narodnaya volia*, sino que estuvo dispuesto a aceptar algunos aspectos

del populismo revolucionario ruso que repugnaban a su mentalidad jacobina, como por ejemplo la política de los atentados. Tras un conflicto interno en el grupo del «Nabat», acabó admitiendo el terrorismo, aunque con ciertas limitaciones y sin demasiado entusiasmo. Para obtener una mejor organización de las fuerzas revolucionarias estaba dispuesto a sacrificarlo todo.

Es esencial —escribía en 1878— no sólo en interés de una marcha de la lucha más enérgica, rápida y solidaria, sino también en interés de la seguridad personal, en el interés de salvar un mayor número de fuerzas, es esencial que todos nuestros revolucionarios, sea cuál sea el nombre que lleven, olviden lo más pronto posible toda utopía federativa y se desembaracen de ella, volviendo a la vieja organización centralizada, experimentada muchas veces. En ella está la fuerza, en ella está la salvación ¹¹².

Para dar un impulso, un modelo, creó entonces una organización política, la Sociedad para la liberación del pueblo, que debía obedecer a sus criterios políticos y organizativos. Al parecer ésta surgió cuando Tkachëv pudo establecer un contacto con los grupitos organizados en Rusia por Zaichnevski. Pero la Sociedad para la liberación del pueblo no pasó de tener una importancia y una difusión muy limitadas ¹¹³.

En 1880 Tkachëv trató de galvanizarla llevando a Rusia la imprenta del «Nabat», pues los acontecimientos lo habían persuadido una vez más de que la revolución en Rusia estaba próxima y de que el movimiento obrero se recuperaba en toda Europa. Pero esta tentativa fracasó, y la propia imprenta se perdió ¹¹⁴.

Tkachëv ya no tenía motivos para quedarse en Ginebra; se trasladó a París para colaborar en el órgano de los blanquistas franceses, «Ni Dieu, ni maître», fundado entonces, pero sólo pudo participar en él durante un breve período y con artículos cortos. En 1882 enfermó y pronto su situación se agravó. Pasó los últimos años de su vida en el manicomio y murió el 4 de enero de 1886.

Notas al capítulo 16

¹ La mayor parte de las obras de Tkachëv está recogida en *Izbrannye sochineniya na sotsial'no-politicheskie temy v chetyrëj tomaj. Redaktsiya, vstupitel'naya stat'ya i primechaniya* B. P. Koz'mina [Obras escogidas sobre temas político-sociales, en 4 volúmenes, edición, introducción y notas de B. P. Koz'min], M. 1932-33, que comprende sus escritos desde 1865 a 1880. Se proyectó después ampliar el número de volúmenes a siete, siempre a cargo de Koz'min, pero sólo llegaron a publicarse el volumen V, en 1935, y el VI, sin fecha, pero de 1937, que comprendían artículos de Tkachëv de 1864 a 1877. En esta edición se incluyen también numerosos escritos suyos nunca publicados antes, porque la policía los secuestró en varias ocasiones o los retuvo la censura. En la página 449 del volumen IV se encuentra una «Lista de las obras de Tkachëv» que incluye todo lo que pudo ser publicado por él, anónimo, firmado o con diversos seudónimos. Se indicará esta edición simplemente con el volumen y la página. Los dos estudios principales sobre Tkachëv son: B. P. Koz'min, *P. N. Tkachëv i revoliutsionnoe dvizhenie 1860-j godov* [P. N. Tkachëv y el movimiento revolucionario de los años sesenta], 1922, pequeño y cuidado libro que contiene también numerosos documentos de archivo, e Id., *Tkachëv i Lavrov* [Tkachëv y Lavrov], artículo publicado en la miscelánea «Voinstvuyushi materialist», volumen I, M. 1924, y reeditado en *Ot deviatnadsatogo fevralia k pervomu marta* [Del 19 de febrero (1861) al 1 de marzo (1881)], M. 1937, pp. 107 y ss. Otro estudio de B. P. Koz'min, *P. N. Tkachëv*, publicado por primera vez en 1932, se encuentra ahora reproducido en Id., *Iz istorii revoliutsionnoi mysli v Rossii. Izbrannye trudy* [De la historia del pensamiento revolucionario en Rusia. Trabajos escogidos], M. 1961, pp. 346 y ss. En las notas de esta edición se lee, en la p. 730, que B. P. Koz'min tenía la intención, en los últimos años de su vida, de reanudar y reelaborar sus trabajos sobre Tkachëv, pero que no pudo hacerlo. Tampoco fue completada la edición preparada por él de las obras del jacobino ruso. Otro ensayo suyo sobre P. N. Tkachëv *kak literaturny kritik* [P. N. Tkachëv como crítico literario], que apareció por primera vez en 1928 y después en 1931, se incluye ahora en B. P. Koz'min, *Literatura i istoriya. Sbornik i statei* [Literatura e historia. Colección de artículos], edición de E. S. Vilenskaya, M. 1969, pp. 469 y ss. En América ha aparecido el libro de Albert L. Weeks *The First Bolshevik. A Political Biography of Peter Tkachev*, University Press, Nueva York 1968. No sólo no agrega nada a lo que se sabía sobre el jacobinismo ruso, sino que a menudo corre el riesgo de confundir las ideas.

² «Ni Dieu, ni maître», 21 de noviembre de 1880, «Avant-propos» a la traducción del *Que faire?* de Chernyshevski.

³ Cfr. cap. XI, p. 492.

⁴ III, 58.

⁵ I, 69.

⁶ V, 300.

⁷ V, 302.

⁸ II, 106.

⁹ II, 110.

¹⁰ II, 114.

¹¹ V, 24.

¹² Los artículos de Zhukovski se reeditaron en un volumen, Spb. 1866, p. 157.

¹³ *Ibid.*, p. 158.

¹⁴ I, 73.

¹⁵ En el exilio, Tkachëv protestará contra esta toma de posición antimarxista de Zhukovski y hablará de su «vergonzoso artículo sobre *El Capital*, en el que realiza *escamotages* científicos con objeto de defender a los capitalistas», «Nabat», 1878, p. 92.

¹⁶ I, 70. Es la primera mención de esta obra de Marx que aparece en la prensa rusa. Pero ya anteriormente había tenido una gran difusión en el país, al parecer, como advirtió con estupor el propio Marx, en cuanto se publicó. «Mi libro ha suscitado un gran interés en Rusia, y cierto profesor de Moscú ha dado incluso una conferencia sobre él. Incluso he recibido cartas amistosas de rusos con ocasión de este libro», escribía el 15 de septiembre de 1860 a Lassalle. La «Gazette du Nord» del 5 de mayo de 1860 había dado el nombre de Marx. Es posible que Zhukovski conociese esta obra, aunque no la cita. Véase sobre todo esto la introducción de D. Riazanov a la edición rusa de la *Zur Kritik*, traducida por I. Rubin, M.-L. 1929, p. XXXII, en la «Biblioteka marksista», XXIII-XXV.

¹⁷ I, 445.

¹⁸ Publicado por primera vez por B. P. Koz'min en «Literaturnoe nasledstvo», 1933, fasc. VII-IX, y reproducido en V, 104 y ss.

¹⁹ V, 114.

²⁰ V, 149.

²¹ I, 131.

²² I, 134.

²³ I, 138.

²⁴ I, 170.

²⁵ I, 70.

²⁶ Koz'min, *Ot deviatnadsatogo fevralia k pervomu marta* cit., p. 138.

²⁷ II, 207.

²⁸ I, 427.

²⁹ V, 206.

³⁰ I, 99.

³¹ Informe citado en I, 418.

³² Todavía en 1871 la policía hacía notar en un informe que este libro, «a pesar de la condena del tribunal, se difundía entre el público mediante la venta clandestina». Documento citado en O. V. Aptekman, *Vasili Vasil'evich Bervi-Flerovski*, L. 1925, página 63.

³³ I, 415.

³⁴ I, 410.

³⁵ I, 407.

³⁶ I, 411.

³⁷ I, 428.

³⁸ I, 368-69.

³⁹ A conclusiones similares ha llegado B. Nikolaevski, *Materialy i dokumenty. Tkachëv i Lavrov* [Materiales y documentos. Tkachëv y Lavrov], en «Na chuzoi storone», 1925, fasc. X. Pero no hay que olvidar que el mismo Tkachëv quiso un día atribuir a Blanqui la paternidad de sus ideas, aunque fuera en forma genérica. Es cierto que se trataba de una circunstancia en la que la exactitud histórica no es habitual, esto es, en un discurso fúnebre en el momento de la muerte de Blanqui «A él, a sus ideas, a su abnegación, a la lucidez de su espíritu, a su clarividencia, debemos gran parte del progreso que se realiza cada día en el movimiento revolucionario de Rusia. Si, él ha sido nuestro inspirador y nuestro modelo en el gran arte de la conspiración» (palabras del discurso que Tkachëv habría debido pronunciar y

que, al impedírsele probablemente su estado de salud, fueron recogidas en «Ni Dieu ni maître», 9 de enero de 1881). En esa misma ocasión Turski agregó: «Y justamente como el gobierno del zar comprende el significado universal de los principios que representaba, tan eminentemente, Auguste Blanqui, había prohibido en Rusia incluso pronunciar su nombre...»

¹⁰ V, 42-43.

¹¹ V, 273.

¹² V, 241.

¹³ V, 295.

¹⁴ V, 359.

¹⁵ I, 275.

¹⁶ I, 277.

¹⁷ I, 282.

¹⁸ V, 178.

¹⁹ I, 326.

²⁰ I, 328.

²¹ I, 329.

²² I, 330.

²³ II, 251.

²⁴ I, 181.

²⁵ I, 174.

²⁶ I, 208.

²⁷ La comparación ya la hizo Koz'min, P. N. *Tkachëv i revoliutsionnoi dvizhenie 1860-j godov* cit., pp. 90-98 y 179-205.

²⁸ V, 355.

²⁹ I, 319.

³⁰ I, 322.

³¹ I, 343.

³² I, 348-49.

³³ I, 357.

³⁴ VI, 297.

³⁵ B. Nikolaevski ha enunciado la hipótesis probable de que fue precisamente Kupriyanov, quien había organizado su fuga, el que lo indujo a colaborar en el «Vpe red». *Materialy i dokumenty. Tkachëv i Lavrov* cit. Sobre Kupriyanov, véase vol. III, capítulo XVIII, nota 55, p. 64.

³⁶ «Vperëd», fasc. III, 1874, reproducido en II, 49.

³⁷ III, 54.

³⁸ III, 69-70.

³⁹ III, 78.

⁴⁰ III, 64.

⁴¹ III, 65.

⁴² III, 65.

⁴³ III, 80.

⁴⁴ Números 117 y 118, de 1874.

⁴⁵ *Offener Brief an Herrn Fr. Engels*, Zurich 1874. Traducción rusa en III 88 y ss.

⁴⁶ III, 89.

⁴⁷ III, 90.

⁴⁸ III, 93.

⁴⁹ III, 95. Engels contestó a esta *Carta abierta* con un artículo, *Soziales aus Russland*, en el «Volksstaat» de 1875, reeditado en la colección de sus artículos *Internationales aus dem «Volksstaat»*, Berlín 1894. También Marx leyó la *Carta abierta*, y en una nota escrita sobre la portada de ésta aconsejó a Engels que «drauf bauen in lustiger Manier» (citado en *Karl Marx: Chronik seines Lebens in Einzeldaten*, Moskau 1934, p. 350).

³⁹ Lo prueba también la traducción que hizo, con M. Elpidin, de un opúsculo «Die polnische Fälscherbande» und die russischen Staatsräthe und deren Agenten, publicado en Zurich en octubre de 1874. La versión rusa se publicó en Ginebra al año siguiente. Tkachёv estuvo entonces en relación con un «Cercle slave» de Zurich, nacido a comienzos de los años setenta. En él encontró elementos blanquistas. El «Cercle slave» había publicado, por ejemplo, en 1873, en forma de opúsculo litografiado, la traducción rusa de *L'Internationale et la révolution*, o sea la protesta de los blanquistas franceses (Edouard Vaillant, F. Courmet, etc.) contra el congreso de La Haya. Tkachёv y Turski imprimirán este opúsculo en Ginebra pocos años después, en 1876. La *brochure* litografiada es citada en P. L. Lavrov, *Izbrannye sochineniya na sotsial'no-politicheskie temy* [Obras escogidas sobre temas político-sociales], M. 1934, vol. II, p. 387. Sobre los polacos en Zurich, cfr. J. M. Meijer, *Knowledge and Revolution. The Russian Colony in Zuerich (1870-1873). A Contribution to the Study of Russian Populism*, Assen 1955, pp. 97 y ss.

⁴¹ Sobre Turski, cfr. B. Nikolaevski, *Pamiati poslednogo yakobintsa: G. M. Turski* [En recuerdo del último jacobino: G. M. Turski], en «Katorga i ssylka», 1926, fasc. II. Las ideas de Turski se exponen en un opúsculo, firmado con el seudónimo de A. Amari, *Idealizm i materializm v politike* [Idealismo y materialismo en política], Ginebra 1877, publicado por la tipografía del «Nabat». Es una obra muy interesante, de la que Tkachёv habla raramente. Se iniciaba con una cita de Saint-Just y toda la primera parte estaba dedicada a ensalzar la tradición ilustrada francesa. Se hablaba allí de la «obra hermosísima de Mably» (p. 36) y se defendía el utilitarismo dieciochesco: «El proletariado... en vez de esconder el egoísmo, lo reconoce como la cualidad principal de la naturaleza humana.» El objetivo de la revolución era restablecer «la igualdad entre los hombres y enlazar estrechamente los intereses de cada uno con los intereses de todos, ... través de la fuerza de un estado revolucionario» (p. 31). En la Revolución francesa, K. Turski no veía más que a los robespierristas. «Aquellos principios que fueron fecundos en manos de estos últimos actuaron en perjuicio del pueblo al pasar, tras la caída de Robespierre, a manos de los Cordeleros» (es decir, de los seguidores de Danton) (p. 41). No ocultaba su simpatía por Maquiavelo, «ese gran pensador y conocedor de la naturaleza humana, al que nuestros contemporáneos calumnian...» (p. 48).

El opúsculo estaba dedicado sobre todo a la polémica contra los anarquistas. «En el partido socialista existe un grupo de idiotas o de pagados por la policía que predicán a los obreros que no se ocupen de política... Semejante propaganda es muy útil a la burguesía, que nada teme tanto como el desarrollo en sentido político de las masas...» (p. 60). También él, como Tkachёv, subrayaba la contradicción existente entre la libertad entendida en sentido anarquista y la igualdad: «La fracción anarquista de la Internacional quiere la completa destrucción del orden burgués, pretendiendo sustituirlo por el principio de la absoluta libertad de la persona —principio por esencia puramente burgués, en el que se basa todo el orden actual—. Pero su metafísica no se limita a semejante embrollo: al proclamar el principio de la absoluta libertad de la persona quiere también la igualdad. Si para obtener esta última es indispensable que la libertad individual esté limitada en cierto modo, es evidente que debe existir una fuerza cualquiera capaz de crear este límite. Que esa fuerza nazca de un contrato mutuo o sea impuesta por una minoría dependerá de las circunstancias que acompañen a la revolución. Pero de un modo u otro siempre es necesaria una fuerza que regule la igualdad entre los fuertes y los débiles...» (p. 62).

Recordaba cómo Blanqui y sus amigos trataron de llevar a la Internacional por la vía revolucionaria en el Congreso de Ginebra de 1866; trazaba la historia de la minoría blanquista y de lo que él consideraba la degeneración de la Internacional, reducida ahora «a una especie de *Club des Cordeliers*, a una asociación de individualistas y aficionados, parecida a la que frenó la gran revolución dirigida por los jacobinos...» (p. 64). Entre los anarquistas, uno de los pocos que contaba con sus simpatías era «el italiano Malatesta, que en 1876 había propuesto que se abandonase

toda discusión sobre la sociedad futura y se votase por la *révolution en permanence*» (página 65).

La evolución de Turski en los años ochenta es también interesante: la importancia primordial del problema político también lo empujó a él, como a los blanquistas franceses, hacia un radicalismo que acabó pidiendo ante todo república y libertad. Trató de influir en este sentido sobre la *intelligentsia* rusa, empujándola por el camino de la lucha contra el absolutismo. Véase su periódico «Svoboda», que salía en Ginebra en 1888. Hablando, por ejemplo, de *Narodnaya volia*, decía que «la última fase, heroica, de la lucha de la parte avanzada de la *intelligentsia* rusa contra el zarismo, pese a sus errores y fracasos, había rendido un considerable servicio a la patria, atribuyendo en su programa una parte muy importante a la lucha política» (número 5, de abril de 1888).

⁸² Esta revista tuvo desde el principio un carácter internacional y publicó artículos de blanquistas y socialistas polacos y franceses. En 1878 indicaba como dirección G. Turski y F. Cournet en Ginebra, E. Vaillant en Londres, Grakch en París; en 1879 publicaba artículos de E. Granger y F. Cournet (interesante un informe de éste sobre el congreso de Marsella, en los núms. 3-4-5). En 1881, cuando salió en Londres, la dirigía P. T. Grezko, P. T-A (?), K. Turski, y daba como dirección en París E. Granger. «Nos prometen su colaboración —agregaba en el núm. 1— E. Vaillant, E. Granger, F. Cournet, E. Eude, B. Limanowski, Z. Schultz.» Como se ve, el «Nabat» es una fuente interesante para todo la historia —que valdría la pena escribir— de la emigración de los blanquistas franceses y de sus ramificaciones internacionales. Rusos, a más de Tkachëv, sólo podemos enumerar a P. V. Grigor'ev, figura de segundo plano, sobre el cual cfr. M. Lemke, *K biografii P. N. Tkachëva (Po neizdannym istochnikam)* [Para una biografía de P. N. Tkachëv (De fuentes inéditas)], en «Byloe», 1907, fasc. VIII. Estos lazos internacionales explican que el jacobinismo ruso encontrase en la prensa socialista occidental de los años setenta un eco mucho mayor del que entrañaba su limitada influencia sobre el movimiento revolucionario en Rusia. Cfr. J. W. Borejsza, *Patriota bez paszportu* [Patriota sin pasaporte], Varsovia 1970.

⁸³ *K biografii P. N. Tkachëva* [Para una biografía de P. N. Tkachëv], en *op. cit.*

⁸⁴ III, 228.

⁸⁵ III, 233.

⁸⁶ III, 240.

⁸⁷ III, 268.

⁸⁸ III, 224.

⁸⁹ III, 225.

⁹⁰ III, 327.

⁹¹ Números 1, 2-3, 4. Fueron recogidos, con un artículo de tema afín, *El estado anarquista*, en un opúsculo *Anarhiya mysli ... Sobranie kriticheskij ocherkov P. N. Tkachëva. Izdanie zhurnala «Nabat»* [La anarquía del pensamiento. Colección de ensayos críticos de P. N. Tkachëv. Edición de la revista «Campana a rebato»], Londres, 1879. Véase su reproducción en III, 303 y ss.

⁹² III, 311.

⁹³ *Ibid.*

⁹⁴ III, 310.

⁹⁵ III, 321.

⁹⁶ Tkachëv, *Anaricheskoe gosudarstvo* [El estado anarquista], en «Nabat», 1876, fasc. 5 y 6, reproducido en III, 338 y ss.

⁹⁷ III, 254.

⁹⁸ III, 255.

⁹⁹ III, 266.

¹⁰⁰ «Nabat», 1876, fasc. IV, reproducido en III, 262 y ss.

¹⁰¹ III, 263.

¹⁰² Tkachëv, *O pochvennikaj noveishei formatsii* [Los defensores de la teoría del suelo de más reciente formación], publicado en «Delo», 1876, fasc. II, reproducido en IV, 5 y ss.

¹⁰³ Id., *Pomozhet li nam melki zemel'ny kredit* [¿Puede sernos beneficioso el pequeño crédito agrario?], en «Delo», 1876, fasc. XII, reproducido en IV, 32 y ss.

¹⁰⁴ Id., *Muzhik v salonaj sovremennoi belletristiki* [El campesino en los salones literarios de hoy], en «Delo», 1879, fasc. 3, 6-9, reproducido en IV, 180 y ss.

¹⁰⁵ III, 269 y ss.

¹⁰⁶ III, 272-73.

¹⁰⁷ III, 275.

¹⁰⁸ Carta publicada en «Byloe», 1913, fasc. XIV. B. I. Nikolaevski ha corregido la fecha, probando que se escribió en el otoño de 1875, antes aún de que saliese el primer número del «Nabat», *Materialy i dokumenty. Tkachëv i Lavrov cit.*

¹⁰⁹ III, 250. Es característico el hecho de que el nombre de Danton desaparezca de esta frase en la segunda edición del artículo, incluido en el opúsculo *Oratory-buntovshiki pered russkoi revoliutsiei. Na temu: neobjodimo pristupit' nemedlenno k tainoi organizatsii, bez kotoroi nemyslima politicheskaya bor'ba* [Oradores rebeldes ante la revolución rusa. Sobre el tema: es indispensable pasar inmediatamente a la organización clandestina, sin la cual la lucha política es impensable], Ginebra 1880. El nombre de Danton fue sustituido entonces por los de Marat y Saint-Just. En 1876 Tkachëv aún estaba, pues, al margen de las polémicas sobre los nombres de Danton y Robespierre, que habían sido especialmente vivas en las diversas corrientes del movimiento revolucionario francés, y en especial entre los blanquistas. Tkachëv se había hecho una visión general de la Revolución francesa y le había parecido innecesario tomar postura entre las distintas fracciones del jacobinismo. Este mismo jacobinismo le parecía entonces encarnado en los ejemplos más antiguos de Cromwell y Washington. Unos años después también estos nombres fueron tachados.

¹¹⁰ III, 289.

¹¹¹ Véase lo que dice, por ejemplo, el «Nabat» de 1879, fasc. 1-2, sobre las leyes antisocialistas de Bismarck: «El partido socialista alemán poseía una amplia literatura oficial, una organización oficial, sus representantes oficiales incluso en el Parlamento, contaba entre sus miembros con cientos de miles de personas, se creía una fuerza capaz de luchar en el terreno legal con el gobierno policial del Canciller de Hierro. ¿Y qué? Ha bastado un plumazo de este último y esa fuerza ha demostrado no significar nada en absoluto.»

¹¹² III, 403.

¹¹³ Hace unos años se inició una polémica en la revista «Katorga i ssylka» en torno a la real importancia de la organización de Tkachëv. E. N. Kusheva, *K istorii Obshestva narodnogo osvobozhdeniya* [Para la historia de la «Sociedad para la liberación del pueblo»], 1931, fasc. IV, sostuvo que la Sociedad para la liberación del pueblo no sólo existió realmente, sino que ejerció cierta acción. Le replicó M. F. Frolenko, *Obshestvo narodnogo osvobozhdeniya* [La sociedad para la liberación del pueblo], 1932, fasc. III, sosteniendo la tesis inversa y aportando el testimonio de que ninguno de los dirigentes de la *Narodnaya volia* se entrevistó jamás en Rusia con un representante de la organización de Tkachëv. Como veremos, existían jacobinos en Rusia, pero, salvo el grupito de Zaichnevski, no existió nunca una organización tkachévista propiamente dicha. La razón de ese fracaso es de carácter ideológico y moral. La ha resumido de modo muy eficaz Olga Liubavovich, *Dalëkoe i nedavnee* [El pasado lejano y el próximo], M. 1930, p. 57, recordando que Kravchinski solía decir que «en la revolución todos los géneros son buenos, salvo el jacobino y absolutista».

¹¹⁴ Véase lo que dice el «Nabat» del 20 de junio de 1881, núm. 1.

Bakunin y Lavrov

Al hablar de Nechaev ya hemos visto cómo Bakunin trató por un momento de servirse del «joven fanático» para influir en el movimiento revolucionario ruso y acaso para dirigirlo desde lejos. Fracasada esta tentativa, Bakunin no renunciará a su idea de organizar a la juventud rusa y de difundir su Alianza también en su país.

Pero sus esfuerzos en ese sentido no fueron demasiado afortunados. Consiguió en varias ocasiones suscitar entre los emigrados rusos núcleos bakuninistas, pero siempre serán escasamente fieles. Una primera sección rusa de la Internacional, creada por él, se pasará pronto en su mayoría a la corriente adversa, «estatalista» y marxista. Otro grupo de anarquistas rusos acabará por separarse de él y actuar por su cuenta, conservando la fe en el anarquismo pero no en su persona. El único auténtico éxito lo consiguió el día que logró influir sobre una parte notable de la colonia estudiantil formada en Zurich a comienzos de los años setenta. A través de ellos sus ideas pasarán a Rusia, contribuyendo no poco a crear la atmósfera de la que nacerá la «ida hacia el pueblo» y la segunda *Zemlia i volia*. Pero incluso en este caso los elementos propiamente bakuninistas serán escasos y estarán diseminados. Lo que conseguirá suscitar no será una organización, sino una mentalidad revolucionaria.

Las razones son múltiples. Ante todo, no resultaba fácil dirigir desde la emigración un movimiento que ya contaba con una tradición y que encontraba sus raíces en los problemas de la *inteliguentsia* y del estado ruso. Su adversario Lavrov tropezará con idénticas dificultades. En general, el populismo estuvo mucho menos guiado desde la emigración de lo que suele pensarse. Incluso cuando Bakunin llegó al cenit de su influencia en Rusia —en la segunda mitad de los setenta—, los populistas no dejarán de aprovechar todas las ocasiones para subrayar su carácter específico y proclamarse autónomos, tanto desde el punto de vista ideológico como desde el político. Este estado de ánimo se reflejaba también en la «joven emigración» y no le permitía dejarse guiar totalmente por Bakunin. Por lo demás, los emigrados siempre fueron pocos, y aunque sólo fuera por esto, siempre tuvieron la tentación de dedicarse por entero al trabajo de organización y propaganda de las secciones de la Internacio-

nal allí donde se encontraban, en Italia, Suiza o Francia. Sus esfuerzos por mantener el contacto con Rusia serán continuos y repetidos, pero escasamente coronados por el éxito. Todo esto hizo que Bakunin se mostrase bastante escéptico sobre la emigración rusa, en especial tras salir escaldado del asunto Nechaev, y que orientase su atención sobre todo hacia Francia, Italia y España.

Cuando los populistas rusos volvían los ojos a él, veían sobre todo al revolucionario internacional, al jefe de una de las dos grandes corrientes del movimiento obrero. Más que una organización, le pedían —y la obtuvieron— una concepción del mundo, que dejará profundas huellas en todo el movimiento revolucionario¹.

En 1864, tras el aplastamiento de la insurrección polaca, Bakunin se dirigió a Italia, donde encontró algún ruso, aunque en general se trataba de intelectuales que no pretendían dedicarse exclusivamente a la «causa», como el pintor Ge o el sociólogo Vyruhov. La única excepción era L. Mechnikov —a quien hemos visto en contacto con Chernyshevski y con Herzen—, que pronto se convirtió en un activo elemento de las sociedades secretas bakuninistas, tanto en Italia como en Suiza y en España².

Sólo cuando tuvo noticias del atentado de Karakozov (1866), Bakunin pudo esperar reanudar un trabajo orientado a Rusia. El comentario escrito al respecto por Herzen lo escandalizó, y en general la actitud de sus viejos amigos del «Kolokol» le parecía ahora completamente equivocada.

¿En qué consiste esa actitud práctica de la que presumís? ¿No es quizás el mismo carácter práctico que ha inducido a Mazzini a neutralizar la bandera republicana de 1859, a escribir cartas al papa y al rey, a buscar un acuerdo con Cavour y, de concesión en concesión, a llevar a la completa ruina al partido republicano en Italia? ¿No ha convertido al héroe popular Garibaldi en un siervo incondicional de Víctor Manuel y de Napoleón III?

También en Rusia había que volver a la oposición total, liberada de las concesiones que parecieron necesarias en 1862, cuando toda la sociedad estaba en movimiento, cuando incluso los nobles pedían el *zemski sobor*. También había que librarse de las ilusiones en torno a un desarrollo pacífico, gradual, natural, de la *obshina* rural hacia formas socialistas y revolucionarias.

Ya era hora de encararse con la realidad. La *obshina* tenía dos ventajas: «Una puramente negativa, es decir, la falta del derecho romano y en general de todo elemento legal; otra positiva, aunque sumamente oscura, instintiva, es decir, el concepto popular del derecho de todo campesino sobre la tierra.» Pero analizando esta última idea, se vería en realidad que «no incluía en absoluto el derecho de *toda* el pueblo a *toda* la tierra, sino que contenía en cierto modo un concepto bastante triste,

o sea, la atribución de toda la tierra al estado y al zar». Justamente el emperador se apoyaba en semejante concepción para «regalar a los campesinos las tierras incultas, tras haber provisto a sus generales de haciendas y aldeas, para expulsar a comunidades enteras de campesinos de un sitio a otro, sin suscitar en el pueblo la menor protesta, con tal de que éste tenga una tierra cualquiera». «'La tierra es nuestra y nosotros somos del gosudar', del zar': con semejante concepto, amigos míos, el pueblo ruso no irá muy lejos.» Bastaba con observar la historia de la *obshina* para darse cuenta: «La *obshina* había carecido de un auténtico desarrollo interno, y era hoy tal cual hace quinientos años. En ella no había libertad, y sin libertad es impensable cualquier movimiento social.» Ahora estaba interviniendo el estado desde arriba, con el único resultado de provocar incluso la disolución de los elementos de igualdad contenidos en ella. «Todo *mujik* más rico y más fuerte que los otros trata ahora con todas sus fuerzas de salir de la *obshina* que lo ahoga.» No había que pensar en una lenta evolución, en un gradual desarrollo de las formas tradicionales de la vida campesina, sino de las energías revolucionarias encerradas en la sociedad rusa. Sólo éstas serían capaces de romper la inmovilidad y la opresión que impidieron todo progreso a lo largo de los siglos. Había que apelar a las fuerzas «de la rebelión, de Sten'ka Razin, de Pugachëv, de los *raskol'niki*». ¿Acaso no habían aparecido en la juventud personas capaces de interpretar estas exigencias? En lugar de llamarlos «revolucionarios abstractos» como Herzen hacía, era preciso ver en ellos «la expresión más lógica de esos principios que viven y actúan en las masas»³.

Por eso Bakunin, en el otoño de 1867, al regresar a Suiza, se puso en contacto con la «joven emigración» de la que Herzen se mantenía alejado, y que le devolvía cordialmente su desconfianza y su menosprecio.

En Vevey y Ginebra se había ido congregando esta primera colonia rusa, compuesta por muchachos escapados de la policía entre 1862 y 1866, en el momento de los desórdenes estudiantiles, de la primera *Zemlia i volia*, de la conjura de Kazán, etc. Allí vivían A. Trusov, N. Zhukovski, N. Utin, M. Elpidin, A. Serno-Solov'ëvich y algún otro. Al parecer, ya en 1868 Bakunin trató de unirlos en una asociación secreta, es decir, en aquella Hermandad Internacional cuyas bases había sentado en Italia⁴.

Inmediatamente tropezó con resistencias. Como hemos visto, Serno-Solov'ëvich no quiso seguirlo por el camino del antielectoralismo y el revolucionarismo. En cuanto a Utin, tras un breve período de colaboración con Bakunin, se convirtió en su más obstinado adversario.

Pero este primer acercamiento entre la «joven emigración» y Bakunin no dejó de dar sus frutos. N. Zhukovski insistió en la creación de un periódico y encontró el dinero necesario⁵. Nació así el «*Narodnoe Delo*». El primer número vio la luz a comienzos de septiembre de 1868. Estaba escrito casi enteramente por Bakunin; a Zhukovski sólo le pertenecía un

artículo, en el que no hacía sino reflejar las ideas generales del periódico⁶.

Al hablar de la época del «terror blanco», hemos recordado la avidez con que la juventud universitaria leyó este número, cuando pudo llegar a Rusia, y las ardientes discusiones que suscitó en sus filas. Si abrimos las pocas páginas de este primer número de «Narodnoe Delo» no será difícil advertir las razones de este éxito. Bakunin reanudaba la discusión ideológica y cultural —interrumpida en el momento de la represión de 1866—, llevándola a una conclusión política.

Indicaba los pelibros insertos en las corrientes positivistas que parecían triunfar entonces en la juventud. A fuerza de hablar de la superioridad de la ciencia, del valor de los conocimientos positivos, se habían alejado de todo problema político, acabando por «despreciar al pueblo estúpido e ignorante». A los ojos de la juventud el futuro se presentaba como «una solitaria y melancólica educación en la ciencia y en la vida, alejados del pueblo y de todo problema político y social-revolucionario».

Esto significaba prácticamente inducir a la *inteliguentsia* a convertirse en «una nueva clase de aristocracia del pensamiento y de las ciencias, una especie de iglesia privilegiada de la mente y de los saberes superiores». No era difícil encontrar en este terreno el compromiso con el estado, con el absolutismo y con las otras clases privilegiadas. Los mismos positivistas ya habían creado la fórmula de esta inserción en la realidad, ¿acaso no decían que el pueblo necesitaba una religión positiva, que «el ideal extracientífico llamado Señor Dios» debía ser conservado para los *mujiks*?

El mérito de los «nihilistas», de Pisarev y del «Russkoe slovo» estaba precisamente en oponerse a dicho compromiso. Al declararse materialistas y ateos no habían permitido que se sacaran todas las consecuencias conservadoras inherentes a la concepción positivista y cientifista. Ellos mantuvieron la pizca de fermento y rebelión que quedó después de 1863. Ellos plantearon de nuevo, ampliamente, los problemas sociales y políticos.

Ahora los «nihilistas» debían librarse de todo desprecio por el pueblo, de todo aristocrático alejamiento de la ignorante muchedumbre. Al rechazar todos los elementos que tenían en común con los positivistas y los utilitaristas, desarrollarían el fermento rebelde y la voluntad socialista que existía en ellos. Sólo arrojándose a la acción revolucionaria el «nihilismo» podría conservar su identidad.

«Partidarios de la revolución, somos enemigos no sólo de todos los sacerdotes religiosos, sino también de los sacerdotes de la ciencia.» «Los doctos se libran de Dios sólo a través de la ciencia y dentro de los límites de ésta, pero no en la realidad, en la vida.» El ideal de la juventud no debía ser Comte, sino quien «preparaba de hecho la libertad sobre la tierra». Había que destruir la fe en un mundo celestial, pero era preciso hacerlo *en el pueblo*.

Bakunin formulaba un programa que unía estrechamente la «liberación mental» con la «social-económica». Recomendaba incluso no herir inútilmente las creencias religiosas del pueblo. Sólo un profundo cambio social podría derribarlas definitivamente. La tarea revolucionaria debía pasar a primer plano, y en ese fin se centrarían todos los esfuerzos.

Examinaba la situación política rusa para convencer a sus lectores de que las cosas habían cambiado profundamente desde aquel año, 1862, en que él había hablado del *zemski sobor* y apelado a todas las fuerzas liberales. Las tres reformas que se estaban preparando entonces se habían realizado, y eran «tres engaños». Los campesinos no habían sido liberados realmente. Su voto no era decisivo ni siquiera donde se les había concedido, en las asambleas del *zemstvo*. «La reforma judicial fue bastante más seria. En realidad, dulcificó mucho la situación del pueblo. La publicidad de los tribunales llevó a una mayor rapidez en la administración de la justicia.» Había que reconocer los méritos de los jueces locales, que al fin habían dado al pueblo la posibilidad de defender al menos alguna vez sus derechos. Pero incluso la mejor de las reformas no había afectado las relaciones económicas entre las clases sociales, no había llegado a las raíces del problema.

Precisamente «la lógica de los intereses de clase» enfrentó netamente al pueblo con los privilegiados. Incluso los nobles que en 1862 demostraron un espíritu de independencia, volvieron después a cobijarse bajo las alas protectoras del estado.

Incluso aquella parte de la nobleza que no se vio completamente arruinada por las reformas y que conservó la posibilidad de enriquecer aún más sus haciendas —según una vieja costumbre— con hurtos en las cajas estatales, acabó por comprender que sólo tenía una posibilidad de conservar sus privilegios: colaborar fraternalmente con el estado, con el zar, contra el pueblo.

El «problema revolucionario» se había aclarado. Finalizó la «dañosísima confusión» que poco antes había introducido a gente ajena en el campo de los revolucionarios. El objetivo al que ahora había que tender era evidente: toda la tierra para quien la trabaja, lucha para una «total destrucción del estado» y para una «futura organización política constituida únicamente por una libre federación de *arteles* libres de los obreros, tanto agrícolas como industriales y artesanos».

«Debemos ante todo destruir en el corazón del pueblo los restos de esa desgraciada fe en el zar que durante siglos lo ha condenado a una terrible servidumbre.» Y eso se conseguiría no mediante una lenta penetración de la cultura —a través de las escuelas y la predicación—, sino sólo «despertando en el pueblo la conciencia de su propia fuerza, dormida desde la época de Pugachév». El programa de los revolucionarios rusos

consistía en un llamamiento a la revuelta, para llegar a una revolución social.

Y no debían olvidar que su lucha estaba ligada con la de todos los pueblos europeos. El problema de la «liberación de muchos millones de trabajadores del yugo del capital, de la propiedad hereditaria y del estado» estaba vivo y presente en todas partes. Es cierto que existían en Rusia «muchas particularidades históricas y económicas», pero «la causa de la revolución era única por doquier». «No somos patriotas como los hombres de los años veinte y treinta [es decir, los eslavófilos], que se habían basado en la idea de la corrupción y el desmoronamiento de Occidente y del destino mesiánico de Rusia.» Había que referirse más bien a la bandera que alzaron por primera vez a finales de los años cincuenta aquellos «cuyos nombres siguen viviendo en nuestros corazones» (o sea Chernyshevski y Dobroliubov). Como éstos habían enseñado, los rusos tenían que «conocer el movimiento europeo y saber finalmente con precisión gracias a Europa en qué consistía la esencia del actual movimiento ruso».

Bakunin no consiguió agrupar a la «joven emigración» en una sección de la Internacional basada en estas ideas. El «Narodnoe Delo» se le escapó pronto de las manos. Ya el segundo número estaba redactado por Utin y llevaba al pie una carta de Bakunin en la que éste declaraba no tener nada en común con la revista. Surgió en Ginebra una sección rusa cuyo estatuto escribió, pero, como veremos, seguirá una orientación propia, en polémica y pugna con él.

Todas sus esperanzas se volvieron entonces hacia Nechaev. Y cuando también éstas naufragaron, Bakunin trató en vano de crear un nuevo periódico ruso, dirigido por él. Escribía sobre ello a Lavrov el 15 de julio de 1870, diciéndole cuál debería ser su programa⁷. Recogía las ideas ya expuestas en el «Narodnoe Delo»: ateísmo, negación de todo estatismo, lucha contra la burguesía, pero les agregaba dos elementos nuevos. Ante todo, la polémica contra «el comunismo autoritario de Marx y de toda la escuela alemana», la lucha contra «el colectivismo introducido desde arriba por medio de un comité revolucionario, de un poder central y oficial». Y además, sobre todo, su visión de la revolución en Europa. Ya no bastaba con enlazar el movimiento ruso con el occidental, como había hecho en el «Narodnoe Delo». El problema del desarrollo revolucionario, distinto de una nación a otra, no podía quedar en la sombra. No se trataba de reconocer la nacionalidad como «un principio», como «un derecho», sino de tomar nota de ella como un hecho «natural, histórico» con el que era indispensable contar. «Las exigencias social-revolucionarias son las mismas en todas partes, pero las formas en que se expresan en los diversos pueblos serán absolutamente distintas, determinadas como están no por el albedrío de individuos o grupos, sino por situaciones particulares, por especiales precedentes históricos.» Rusia proporcionaba la prueba de esto, y no era la única en Europa. Junto con

«algunos otros países, eslavos y no eslavos (Hungria, Italia meridional, España), apenas afectados por la civilización industrial y urbana de Occidente», también Rusia vería «un predominio del socialismo campesino sobre el urbano».

Esta intuición guió a Bakunin en los años más fecundos de su actividad política. Tradujo así al plano europeo el populismo revolucionario ruso, y sobre esta base surgirá su Internacional anarquista.

La guerra franco-prusiana, la Comuna, la victoria de Bismarck no harán más que confirmarlo en su idea, coloreándola cada vez más de odio antialemán. En su obra que más influirá en Rusia, *Estado y anarquía*, expuso esta visión de Europa, dominada por Alemania pero que encontraría en sus márgenes, desde España a Rusia, fuerzas capaces para rebelarse contra aquella y de derribar en su centro la concepción estatista y opresiva. Bakunin fue el hombre que, en el campo revolucionario, mejor intuyó lo que significaría la victoria de Bismarck para los movimientos y las ideas derivados de 1848, para todas las fuerzas liberadoras que habían brotado de la sociedad europea. Fue él quien lanzó el grito de alarma, quien creó una fuerza de violenta protesta y trató de desencadenar las energías que aún veía intactas, las fuerzas del socialismo campesino en España, en el sur de Italia, en Hungría y en Rusia. Acabará convencido, después de 1874, de que Europa había entrado en un período de ajuste, de lenta evolución; y, viejo y cansado, acabará por abandonar la lucha. Pero no sin haber sembrado en Rusia algún vigoroso germen de esta protesta suya contra la *Realpolitik*.

Reanudó en diversas formas la polémica contra las teorías positivistas que ya en el «Narodnoe Delo» le habían parecido una ideología de la conservación social. Como la ciencia amenazaba con convertirse en un instrumento de opresión, era necesario decir con claridad que tenía mucha más importancia consagrarse a un ideal de libertad, sacrificarlo todo por la «causa del pueblo», que estudiar y convertirse en eruditos, transformándose al tiempo en instrumento en manos de las clases privilegiadas. Como la ciencia parecía vaciarse de contenido humano, era preciso luchar contra todo «doctrinarismo», contra cualquier pretensión de limitar la libertad en nombre de principios abstractos. Dijo a la juventud rusa que debía obedecer a su instinto y a su entusiasmo, lanzándose entre el pueblo antes de que la hubieran estropeado las instituciones y las escuelas que el estado había creado para convertirla en servidora suya⁸.

No se trataba, por lo tanto, de ir hacia el pueblo para llevar doctrinas.

Sería estúpido. El propio pueblo sabe perfectamente lo que quiere. Al contrario, debemos aprender de él a entender los secretos de su vida y de su fuerza, secretos que en verdad nada tienen de misterioso, pero que son inalcanzables para todos los que viven

en la llamada sociedad culta. No tenemos que leerle la cartilla al pueblo, sino inducirlo a la revuelta.

Sólo empujándolo a una revolución social se habría evitado el mayor de todos los peligros, un gobierno de eruditos. Había que abrir las puertas, en cambio, a una organización social capaz de dar la ciencia a todos.

Por eso resultaban inútiles las buenas intenciones pedagógicas, vano todo intento de crear pequeños núcleos de vida civilizada en las campiñas y las ciudades, organizando cooperativas, asociaciones mutualistas, etc.

Hoy en Rusia la cooperación es aún más imposible que en Occidente —decía en 1873—. Una de las condiciones más importantes para su éxito, allí donde efectivamente lo tuvo, fue la iniciativa privada, la constancia y el valor, pero la personalidad está infinitamente más desarrollada en Occidente que en Rusia, donde hasta ahora prevaleció el movimiento gregal. Las mismas condiciones exteriores —tanto políticas como sociales—, así como el nivel cultural, son incomparablemente más favorables en Occidente que en Rusia para el nacimiento y el desarrollo de las cooperativas. Y sin embargo, a pesar de todo, en Occidente este movimiento se ha agostado. ¿Cómo podría arraigar en Rusia? ⁹.

Hasta el día en que una revuelta derribase el estado ruso, todo intento de reforma local, de mejoría parcial de la situación de las clases populares resultaba vano e inútil.

En Rusia existían justamente las condiciones objetivas de una revolución campesina. Las clases altas se diferenciaban claramente del pueblo, no había una auténtica burguesía, no existía «una clase obrera privilegiada» como podía verse en Alemania, en Suiza. Rusia se encontraba también desde esta perspectiva en una situación parecida a la de Italia, «donde quizás la revolución social está más próxima que en ningún otro país» ¹⁰. Los campesinos sentían sobre sus espaldas un yugo de carácter feudal, similar en muchos aspectos al que había provocado las grandes revueltas campesinas en Alemania y en Rusia. Pero la reforma de 1861 había concentrado toda la opresión en manos del estado, los campesinos estaban aprendiendo a ver en él su enemigo esencial.

Poco tiempo hace su odio se repartía entre los nobles y los funcionarios, y a veces incluso podía parecer que odiaban más a los primeros que a los segundos... Pero desde que la abolición de la servidumbre ha llevado a la evidente ruina de los nobles y éstos, vueltos a sus orígenes, se han confundido totalmente con los servidores del estado, el pueblo los ha englobado en su odio general a la clase de los funcionarios ¹¹.

La lucha contra el estado tomaría, por lo tanto, la forma de una oposición frontal del pueblo contra todas las clases poseedoras.

«El pueblo ruso es socialista por instinto y revolucionario por naturaleza», concluía Bakunin, con una fórmula que recuerda cuánto de esta concepción se deriva de las ideas populistas¹². Y, sin embargo, las había modificado en algo importante. La esperanza que animó a Herzen y Chernyshevski —o sea que Rusia, justamente debido a su atraso, llegaría más pronto al socialismo— se traducía ahora en Bakunin en forma anarquista: los campesinos rusos, por ser los más pobres y atrasados, sabrán rebelarse los primeros contra el estado, destruyéndolo desde sus cimientos.

Pero Herzen y Chernyshevski podían basarse en la *obshina*, en el colectivismo tradicional. ¿Qué elementos podía ver Bakunin en la aldea rusa capaces de apoyar su visión? Con toda evidencia no era suficiente el mito de Sten'ka Razin y de Pugachëv. Tampoco las sectas religiosas bastaban por sí solas para probar la voluntad revolucionaria del pueblo ruso.

Bakunin volvió a examinar todo el problema de la *obshina*. Vio en ella tres elementos positivos: 1) la convicción de que la tierra, toda la tierra, pertenecía al pueblo; 2) que su posesión no es del individuo, sino de la comunidad; 3) «la casi absoluta autonomía, la autoadministración, y, por lo tanto, una actitud netamente hostil de la *obshina* hacia el estado»¹³. Estrechamente ligados a estos aspectos positivos, había tres elementos negativos: 1) el patriarcalismo; 2) la absorción del individuo en la comunidad; 3) la fe en el zar.

Estos tres últimos elementos sólo podrían ser destruidos en el plano de una rebelión abierta; sólo la revolución social arrasaría el elemento tradicional y pasivo contenido en la *obshina*. Quedarían los elementos positivos, en especial la autoadministración, la autonomía. En resumen, la *obshina* era revolucionaria en cuanto se contraponía al estado, y reaccionaria en cuanto se insertaba en él.

Mientras que Chernyshevski insistía sobre las posibilidades técnicas y económicas que hacían de la *obshina* el germen de las cooperativas y comunidades agrícolas, Bakunin veía sobre todo el aspecto político de un núcleo social capaz de vida propia, y, por lo tanto, también en situación de resistir contra el estado, de luchar con él y finalmente de destruirlo. En suma, si queremos expresarlo así, los populistas miraban sobre todo a la *obshina*, y Bakunin al *mir*. «¡Quién se atreverá a ir contra el *mir*!, exclama el campesino ruso»¹⁴.

La debilidad de estas células se derivaba de su aislamiento. Por encima de la *obshina* los campesinos sólo veían al zar. Solamente el día en que estuvieran libremente unidas y enlazadas, éstas reconstruirían el tejido social de Rusia. El ideal de una revolución popular y campesina estaba en una libre federación de *obshiny* libres.

Esta contraposición al estado de grupos sociales (económicos y administrativos al tiempo), con el objetivo final de destruir la maquinaria

estatal y sustituirla totalmente, no dejó de ejercer una notable influencia sobre toda la concepción política de Bakunin. Bastaba con traducirla a términos occidentales y obreros para obtener el «sindicalismo revolucionario» implícito en el anarquismo bakuninista y que él formuló en sus obras, aunque en forma fragmentaria. No en vano agregaba de inmediato, al hablar de los aspectos positivos de la *obshina* rusa: «Este ideal responde por su esencia al que se ha ido elaborando en los últimos tiempos en la conciencia del proletariado de los países latinos, los cuales están infinitamente más cerca de la revolución social que las tierras alemanas»¹⁵.

El sindicalismo y este populismo revolucionario de Bakunin encontrarán su punto de coincidencia en la *Alianza*. Bakunin estaba convencido de que para pasar del *mir* al anarquismo, para saltar de la *obshina* a la federación de *obshiny*, era necesaria una fuerza organizada que guiase la revolución social. Incluso respecto al movimiento obrero había dicho que no bastaba con la Internacional, que para conducirlo se necesitaba una organización más restringida y secreta. Justamente por ello jamás cedió a las presiones del Consejo General para disolver sus innumerables Hermandades, Alianzas, etc. El grupo de los verdaderos revolucionarios debía tener una fuerza y un instrumento de acción propios.

Bakunin reclutará su gente, también entre los rusos, en la juventud de la *inteliguentsia*. En ella se encontraban los que querían «une révolution sociale telle que l'imagination de l'Occident, modérée par la civilisation, ose à peine se représenter» *, como había escrito ya en 1869¹⁶. Los nuevos emigrados, aquellos obligados a abandonar Rusia a consecuencia de los movimientos estudiantiles de 1869, le hicieron esperar en 1872 que por fin podría constituir un núcleo capaz de insertarse en su Internacional anarquista¹⁷. V. Gol'stein y A. El'snits, detenidos y expulsados de la universidad de Moscú en 1869, llegaban a Zurich en el verano de 1871. M. P. Sazhin y Z. K. Ralli, que ya habían tenido relaciones con Nechaev, se ligaron entonces con Bakunin. Este, a finales de marzo de 1872, tras haberlo discutido con ellos, constituyó la Hermandad Rusa, para la que escribió un estatuto similar al de otros grupos nacionales de su Alianza. Zurich se convirtió en el centro de esta asociación. En la primavera de 1873 empezó a funcionar su tipografía, que imprimió *Estado y anarquía* (del que ya hemos hablado), una colección de artículos de Bakunin con el título de *El desarrollo histórico de la Internacional y La anarquía según Proudhon*, exposición de las ideas de éste, escrita en francés por Guillaume y traducida al ruso por Zaitsev.

En el verano de 1872 Bakunin vivió en Zurich entre sus jóvenes compañeros rusos. Tanto a través de ellos como personalmente estrechó

* «una revolución social que la imaginación de Occidente, moderada por la civilización, apenas se atreve a imaginarse».

lazos con los estudiantes llegados de Rusia en gran número para asistir a los centros superiores de la ciudad, compartiendo la vida ferviente y agitada de la colonia. Cuando se marchó, una estudiante anotó en su diario: «las huellas dejadas por él son perceptibles, la emigración rusa está movida como después del paso de un vapor, dividida ahora en dos partidos, el de los seguidores de Bakunin y el de Lavrov, en lucha encarnizada entre sí»¹⁸. Muchos de estos estudiantes, al volver a su patria para dedicarse a la causa del pueblo, llevarán a Rusia el fermento de rebeldía y las ideas que absorbieron a través del contacto personal con Bakunin o leyendo sus obras. Su mito estará presente en la «ida hacia el pueblo» de 1874, sus concepciones estarán vivas en la Organización Revolucionaria Panrusa (que será la primera en tratar de difundir las ideas de la Internacional anarquista entre los obreros de Moscú), su influencia será cada vez más fuerte con el transcurso de los años, con él se identificarán —en la segunda mitad de los años setenta— los «revoltosos» de San Petersburgo y Kiev. Pero a pesar de todo, en Rusia no se establecerá una organización bakuninista propiamente dicha.

Si a Feofan Nikanorovich Lermontov —admitido en la Hermandad Rusa en 1872 y que vuelto a su patria para participar en la «ida hacia el pueblo» morirá en la cárcel en 1878— agregamos su amigo Sergei Filippovich Kovalik (a quien Sazhin hará ir a Suiza en 1873 para entrevistarse con Bakunin, y que será anarquista durante toda su larga vida¹⁹) y Vladimir Karpovich Debagori-Mokrievich, que será más adelante uno de los «revoltosos del sur», hemos enumerado probablemente a todos los que se comprometieron en concreto con Bakunin y que actuarán en su nombre en Rusia. La corriente propiamente anarquista seguirá siendo un arroyuelo del movimiento general de esos años, sin conseguir diferenciarse por una actividad específica o por hombres de especial relieve.

La Hermandad Rusa también entró pronto en crisis en la emigración. Pese a todos los esfuerzos de Bakunin, pronto la dividieron disensiones personales, haciéndola menos activa y eficaz. El carácter de Sazhin imposibilitó todo trabajo en común. Cuando Bakunin se solidarizó con él, Ralli, Gol'stein y El'snits decidieron obrar por su cuenta, crear una Comunidad (*Obshina*) revolucionaria de los anarquistas rusos y establecer en Ginebra un nuevo centro tipográfico. El 1 de septiembre de 1873 salía un primer opúsculo, titulado *A los revolucionarios rusos*, en el que reafirmaban sus ideas. Eran tan parecidas a las de Bakunin que éste pudo acusarlos, no sin cierta razón, de haber impreso una parte de los estatutos secretos de la Hermandad Rusa.

Parecería, pues, que la creación de este centro de «jóvenes bakuninistas» se debía únicamente a disensiones personales, y no a razones ideológicas y políticas. Pero también esta escisión era un síntoma de lo que ocurría simultáneamente en Rusia, es decir, de la fusión de los elementos bakuninistas con la corriente general populista de la que surgirá *Zemlia i volia*. En efecto, fueron los «jóvenes bakuninistas», a los que

pronto se unió N. Zhukovski, quienes reanudaron los contactos con el movimiento clandestino, imprimiendo opúsculos y periódicos que reflejaban las ideas y exigencias sentidas por los que actuaban en Moscú, San Petersburgo y las aldeas rusas. Tendremos ocasión de hablar de esta actividad de Ralli y sus compañeros cuando examinemos el nacimiento del movimiento obrero y volvamos a hablar del «subsuelo». Limitémonos por ahora a ver otro aspecto de su actividad, o sea su inserción en Suiza en la vida de los emigrados franceses, en aquel mundo de «communards» que tanta importancia tuvo en la historia del movimiento socialista europeo de los años setenta.

En 1874 aparecía un librito titulado *La Comuna parisiense*²⁰. Se analizaban allí minuciosamente los acontecimientos de 1871, con objeto de demostrar que en la Comuna habían chocado dos tendencias dispares, unidas en apariencia pero en realidad enemigas. La primera «personificaba la idea antiestatal..., la revolución social», y era «la viva negación de la dictadura y del gobierno»²¹. La Comuna significaba para ella «autonomía individual, autonomía de los grupos, de las cooperativas, de las corporaciones»²². Para los otros, en cambio, la Comuna de París era simplemente la continuación de la vieja Comuna revolucionaria de 1793.

Representaba para ellos la dictadura en nombre del pueblo, una gran concentración de poder en manos de un número limitado de personas... Aunque reconocían el principio de la libertad comunal, de la libre organización de los grupos populares, lo hacían únicamente porque ésta era la idea revolucionaria de entonces, pero en realidad muchos de ellos entendían mal o no entendían en absoluto el verdadero ideal del proletariado²³.

La derrota de la Comuna se debió al predominio de la segunda tendencia. El impulso revolucionario fue frenado, se confundió el momento de la construcción con el de la destrucción. En lugar de lanzar a las fuerzas del proletariado a derribar los obstáculos y las instituciones contrarias, en lugar de proceder a la «liquidación del orden burgués»²⁴, «se creyó ingenuamente en la posibilidad de abolir a través de decretos la explotación del trabajo del pueblo, de poner fin al latrocinio burgués en perjuicio de los obreros»²⁵. En vez de «organizar grupos de *obshiny* revolucionarias»²⁶, una o dos por barrio, y de armarlas dando así el poder a los insurrectos, se creyó en las virtudes revolucionarias del estado y de un improvisado gobierno.

Los decretos promulgados por la Comuna no fueron, pues, más que «simples paliativos»²⁷, tanto más inútiles cuanto que «no era tarea de la Comuna adivinar las formas de la futura vida social ni mucho menos decretarlas», sino permitir al pueblo el cumplimiento de su tarea destructora y negativa. El propio concepto sobre el que se basó la Comuna resultaba equivocado.

La fuerza que empujaba al proletariado no podía ni puede ser entregada a unos representantes porque —una vez delegada— cesa de ser una fuerza. Tenía mucha razón J. J. Rousseau cuando escribía: «Todo pueblo que elige representantes deja de ser un pueblo libre»²⁸.

Sólo la democracia directa de los grupos sociales organizados y de las fuerzas revolucionarias habría podido salvar a la Comuna.

¿Por qué no ocurrió así? En realidad,

el huracán de la revolución encontró al proletariado francés desorganizado, sin estar dispuesto para la lucha. La organización burguesa de la Guardia Nacional se mostró inapropiada al día siguiente de una victoria inesperada y falaz. El Comité Central, fruto de esa organización, se retrajo asustado ante la tormenta de la insurrección... Ni uno de los miembros de este Comité, casi ninguno de los miembros de la Comuna comprendió lo más esencial; no sabían que la reconstrucción de la sociedad debe ir precedida por la amenazadora tormenta de la revolución, que el pueblo liberado de sus cepos está dotado de espíritu destructor, que antes de construir hay que derribar...²⁹.

Así, los continuadores de la tradición jacobina llevaron a la ruina a la Comuna.

Guiados por convicciones elaboradas durante una obstinada lucha contra los enemigos del pueblo, una lucha que para algunos de ellos había durado toda una vida, sin querer se adentraron por el viejo camino, trazado hacía tiempo, en cuanto se abrió ante ellos el libre campo de la actividad revolucionaria. Empezaron a aplicar atrevidamente, entre la nueva vida y las nuevas exigencias, los viejos e inutilizables instrumentos del pasado. No comprendieron que, en semejantes casos, la forma engulle la sustancia, y que, aunque luchaban por la libertad del pueblo, ellos mismos infligieron con el poder dictatorial y legislativo un golpe mortal a la libertad del pueblo³⁰.

Incluso los mejores de ellos, incluso Delescluze, que «comprendió el nuevo programa de la revolución», pertenecían a la vieja generación. «Y a cierta edad los hombres se vuelven más o menos incapaces de vivir una vida no suya»³¹. Cuando se quiso excluir a los envenenados por el poder, se vio que incluso los hombres más puros demostraban su incapacidad para salir del surco de una tradición ya casi secular.

Ralli sabía perfectamente dónde estaba la fuente de aquellas ideas jacobinas, lo sabía por experiencia personal. En Moscú comenzó su carrera

revolucionaria leyendo a Buonarroti, y ahora quería polemizar con él para demostrar así que Bakunin y la experiencia de la Comuna lo habían convencido de cuán equivocado era el camino que él trató de recorrer junto con Nechaev.

Hablaba de la época que había seguido al 9 de Termidor y narraba cómo

surgieron entonces valerosos luchadores por la libertad popular, que habían decidido derribar el orden burgués y sustituir el estado burgués por un nuevo estado: la república comunista. Por medio del poder dictatorial de una persona, querían organizar la felicidad general. ¡Pobres ignorantes! Amaban a aquel gran pueblo, pero no comprendían por qué había asistido con tanta sangre fría a la ejecución de Hébert, Danton, Desmoulins, Robespierre, etc., por qué había permitido que la república fuese ahogada ante sus ojos, por qué había abandonado el teatro de la revolución, retrayéndose silencioso a los oscuros y húmedos arrabales parisenses. Y el pueblo tantas veces engañado tampoco creyó en ellos. Esta es la suerte general de todas las iniciativas personales, de las empresas individuales, la suerte común de toda idea que no se someta a una crítica colectiva... Para ellos la revolución significaba en realidad la insurrección del pueblo, por medio de la cual tomarían el poder, por propia iniciativa, personas que lo conservarían en sus manos para crear un *estado popular*, la república de los iguales. No comprendieron que así provocaban únicamente un cambio de amos, de señores, de tutores del pueblo, y que la explotación continuaría reinando sobre el proletariado. El pueblo, en cuya memoria aún estaban frescos los últimos acontecimientos, vio en su iniciativa una repetición de la vieja comedia, no descubrió la menor diferencia entre Robespierre y sus asesinos termidorianos, entre Babeuf y sus verdugos. ¡Valía realmente la pena derramar tanta sangre para tener un nuevo amo, un nuevo gobierno!... He aquí la razón por la que el pueblo fue un frío espectador de la muerte de sus amigos, quizás sinceros pero que no lo entendían³².

Ralli volvió unos años después sobre el problema de la Comuna. Sacó de él —con más claridad que en 1874— consecuencias «sindicalistas revolucionarias», implícitas en su visión de la democracia directa. Una vez más dijo que en 1871 se trataba de hacer la revolución, no de proceder a una nueva organización económica. ¿Quizás habría habido que proclamar leyes de nacionalización?

Le gouvernement socialiste eut succombé devant cette tâche, comme tout gouvernement en pareil cas, fut-il composé de savants et d'économistes de la valeur de Karl Marx. C'est par la seule action

*collective de tous les travailleurs organisés, reliés entr'eux par un libre contrat en groupes corporatifs que la question du travail pourra être tranchée *.*

Entonces, ¿por qué el pueblo no consiguió seguir ese camino?

*Parce-que le peuple de Paris a été pris à l'improviste par la révolution. Son organisation ouvrière n'était pas forte. Ses corporations étaient desorganisées par la guerre, ses sections étaient à peu près anéanties. Aussi remit-il la tâche qui lui incombait entre les mains de ses élus, dont quelques-uns pourtant avaient proclamé que l'émancipation des travailleurs ne peut être que l'oeuvre des travailleurs eux-mêmes **.*

Así se acabó en la «dictature jacobina» ³⁵.

Mirando a Rusia, Ralli veía claramente que él había llegado a semejantes conclusiones empujado por toda la tradición populista rusa o, como prefería decir, por toda la historia del pueblo ruso (interpretada, podemos añadir, a través de los esquemas creados por los revolucionarios de su país de origen).

*La Commune a été le point de départ, la commencement d'une ère nouvelle dans le développement de l'action révolutionnaire en Russie. Et rien d'étonnant à cela. Aucun peuple ne pouvait avoir plus au coeur le programme de la Commune révolutionnaire, à aucun peuple n'est aussi essentiellement inhérent. Toute l'histoire du peuple russe présente de siècle en siècle une lutte perpétuelle du principe communal contre l'organisation de l'état, un combat sans trêve ni merci de la masse ouvrière contre la minorité privilégiée pour conquérir le sol et la liberté... Il est donc naturel que les révolutionnaires russes soient tous jusqu'au dernier des communistes fédéralistes *** ³⁶.*

* «El gobierno socialista hubiera sucumbido ante esa tarea, como cualquier gobierno en caso similar, aunque estuviera compuesto por sabios y economistas de la valía de Karl Marx. La cuestión del trabajo sólo podrá solucionarse mediante la acción colectiva de todos los trabajadores organizados, unidos entre sí por un libre contrato en grupos corporativos.»

** «Porque el pueblo de París se vio cogido de improviso por la revolución. Su organización obrera no era fuerte. Sus corporaciones estaban desorganizadas por la guerra, sus secciones se hallaban casi aniquiladas. Y entonces confió la tarea que le competía a sus elegidos, algunos de los cuales habían proclamado, empero, que la emancipación de los trabajadores sólo puede ser obra de los mismos trabajadores.»

*** «La Comuna ha sido el punto de partida, el comienzo de una nueva era en el desarrollo de la acción revolucionaria en Rusia. Nada de asombroso hay en ello. Ningún pueblo podía interesarse más por el programa de la Comuna revolucionaria, a ningún pueblo le resulta tan esencialmente inherente. Toda la historia del pueblo

El propio vocabulario empleado por Ralli revela la realidad rusa subyacente bajo sus palabras: «commune» es tanto la *Comuna* de París como la *obsbina*, «le sol et la liberté» traduce *Zemlia i volia*. Esta continua aproximación de los problemas rusos y los del movimiento obrero de Europa occidental será una de las tareas del grupito de «jóvenes bakuninistas». No faltaron amarguras y desilusiones —que se expresaron en su extremismo—, pero acabaron llegando así a una conciencia de su singular posición.

*Le révolutionnaire russe est l'homme le plus indépendant du monde. Qu'est-ce qui pourrait l'arrêter? Le respect de la tradition du passé?... Mais il n'a ni tradition historique, ni passé. Il suit avidement la lutte social qui se continue en occident, il partage la haine des révolutionnaires européens, mais il ne comprend pas leur attachement aux traditions qui leur ont légués leurs ancêtres — son développement révolutionnaire est achevé. Il ne lui manque que la force! Et voilà d'où vient cette ironie amère, cette angoisse qui le ronge, cette éternelle recherche d'une issue... Homme sans passé, il se sent étranger dans la grande famille révolutionnaire de l'humanité **³⁵.

Si los «jóvenes bakuninistas» que así se expresaban habían roto con Bakunin por razones personales y organizativas, pero continuaban, como se ve, siguiendo sus huellas ideológicas, el otro grupo de emigrados rusos que se separó de él acabó, en cambio, por apartarse cada vez más profundamente. El «Narodnoe Delo», que después del primer número se le escapó a Bakunin de entre las manos, siguió imprimiéndose en Ginebra, aunque con escasa difusión. También los redactores de este periódico quisieron encontrar un punto de contacto entre los problemas rusos y el movimiento socialista occidental. Sus ideas al respecto fueron originales y brillantes, pero carecieron de la energía y la fuerza encerradas en las intuiciones de Bakunin. Sus enfoques políticos parecen prudentes y son inteligentes, en realidad, pero no pudieron arraigar en la situación rusa por su eclecticismo y su artificialidad.

ruso presenta siglo tras siglo una lucha perpetua del principio comunal contra la organización del estado, un combate sin tregua ni merced de la masa obrera contra la minoría privilegiada para conquistar el suelo y la libertad... Es, pues, natural que los revolucionarios rusos sean todos, hasta el último, *comunistas federalistas*».

* «El revolucionario ruso es el hombre más independiente del mundo. ¿Qué podría detenerlo? ¿El respeto por la tradición del pasado? No tiene ni tradición histórica, ni pasado. Sigue ávidamente la lucha social que prosigue en Occidente, comparte el odio de los revolucionarios europeos, pero no entiende su apego a las tradiciones que les han legado sus antepasados; su desarrollo revolucionario está rematado. ¡Sólo le falta la fuerza! Y de ahí viene su amarga ironía, la angustia que le corroe, la eterna búsqueda de una salida... Hombre sin pasado, se siente ajeno a la gran familia revolucionaria de la humanidad.»

Un día Bakunin se divirtió escribiendo una sátira de la mentalidad de Utin, el principal exponente de este grupito, y hay que reconocer que dio en el blanco.

No puede decirse que no trabaje seriamente, que tome las cosas a la ligera. Más aún, he encontrado a pocos rusos que trabajen tanto como él. Es un mártir del estudio de los problemas políticos y sociales... Pero está dotado de una notable incapacidad para comprender, para entender, para captar la esencia, el carácter real de un problema... Corre detrás del pensamiento y el pensamiento se le escapa, sin entregarse jamás a él ³⁶.

Este carácter desengañado del movimiento de Utin y de Trusov se deriva, al menos en parte, del modo en que nació. Lo sacó de pila J. Ph. Becker, quien vio en este pequeño grupo de emigrados rusos un instrumento para las luchas entre fracciones en el seno de la Internacional ³⁷. Marx aceptó patrocinar esta iniciativa, empujado por enfoques similares. Tras prescindir de su irónica desconfianza frente a los rusos, comprendió la utilidad de apoyar a un grupo que podría proporcionarle útiles informaciones sobre el movimiento dominado por su adversario Bakunin y del que podía esperar que se convirtiese en una fuerza capaz de oponerse a Nechaev y al naciente anarquismo ³⁸.

Saludó con satisfacción, pues, la formación de una sección rusa de la Primera Internacional, ocurrida en Ginebra en marzo de 1870. Utin y Trusov habían tomado un estatuto redactado por Bakunin, que adoptaron cambiando algunas frases. Pensaban evidentemente en hacer las necesarias concesiones a la mentalidad de la emigración y conseguir así insertar en ella sus ideas ³⁹. Por lo demás, era un estatuto más bien genérico. Se hablaba ante todo en él «de la opresión económica del pueblo ruso... absolutamente idéntica a la opresión que ahoga a todo el proletariado europeo y americano». Afirmaban también que «el pueblo ruso había tendido en todos los tiempos a la realización de los grandes principios proclamados en los congresos internacionales de los trabajadores, o sea a la posesión colectiva de la tierra y de los instrumentos de trabajo». «El principio de la colectivización del trabajo, en lucha con la explotación capitalista, ha encontrado hace tiempo su expresión en la organización de las uniones obreras», decían, afirmando su fe en el movimiento obrero.

En su estatuto se proponían:

1) propagar en Rusia por todos los medios racionales posibles —cuyo carácter peculiar se deriva de la situación en que se encuentra el país— las ideas y los principios de la Internacional; 2) promover entre las masas trabajadoras rusas la formación de secciones de la Internacional; 3) colaborar en la creación de un lazo fuerte y solidario entre las clases trabajadoras de Rusia y las de Europa

occidental, para que ayudándose unas a otras alcancen las comunes metas de liberación.

Enviaron a Marx este programa y estatuto, pidiéndole apoyo, ayuda, y rogándole que asumiera su representación ante el Consejo General.

Educados en el espíritu de nuestro maestro Chernyshevski... hemos saludado con gozo la exposición que usted hizo de los principios socialistas y su crítica del feudalismo industrial... Usted ha tenido una función decisiva en la creación de la Internacional... Usted desenmascara incansablemente el falso patriotismo de nuestros Demóstenes, que predicán el destino glorioso prometido a los pueblos eslavos... Para no inducirle a error y para evitarle cualquier sorpresa, consideramos nuestro deber decirle de inmediato que no tenemos absolutamente nada en común con Bakunin y sus escasos seguidores...⁴⁰

Marx respondió con una breve carta, en la que insistía sobre la tarea que los revolucionarios rusos deberían desplegar en el futuro para la liberación de Polonia.

La conquista que Rusia ha realizado en esa nación es la desastrosa y verdadera causa del régimen militar que subsiste en Alemania, y por lo tanto en todo el continente. Así, pues, al actuar para romper los cepos de Polonia, los socialistas rusos asumen una elevada tarea, que encierra en sí la demolición del régimen militar, absolutamente indispensable como condición previa para la liberación general del proletariado europeo.

Hablaba después de Flerovski, autor —como veremos— de un libro sobre *La situación de la clase obrera en Rusia*, y acababa diciendo que «obras como las de Flerovski y de nuestro maestro Chernyshevski honran realmente a Rusia y demuestran que también vuestro país empieza a participar en el general movimiento de todo el siglo»⁴¹.

Utin y Trusov se ocuparon poco de los problemas de Polonia, centrandose en cambio su atención en tratar de aplicar lo que conocían del marxismo a la situación rusa⁴². Carecían de la impaciencia revolucionaria de Nechaev. «Hay que reconocer —decían— que la conclusión, la solución de nuestra lucha no es para hoy ni siquiera para mañana»⁴³. No faltaría el tiempo necesario para ver las fuerzas sociales en juego, para observar su desarrollo futuro. Como ya había ocurrido con Lopatin y Negreskul, el marxismo actuaba ante todo dándoles una mayor confianza en el devenir histórico y suscitando el deseo de una investigación, de un estudio sociológico de conjunto.

Ya no bastaban las tradiciones revolucionarias y los sueños mesiánicos que se remitían a Sten'ka Razin y a Pugachëv. Había que confesar que «el obrero ruso, sea campesino o artesano, aún no ha llegado a la autoconciencia, a la conciencia de su invencible fuerza». Toda su atención se había «concentrado en los intereses y las necesidades de su aldea, de su distrito», sin conseguir ver el problema en su conjunto. Pero ¿acaso no ocurría lo mismo fuera de Rusia? «Hace poco tiempo los intereses y las necesidades del obrero occidental se centraban en esta o aquella corporación, preocupándose por buscar localmente una vida más barata, una demanda local de trabajo, etc.» La Internacional había dado una conciencia a estas exigencias económicas y sindicales. Pero era forzoso reconocer que los obreros internacionalistas eran una «minoría» y que constituían «la aristocracia de la *intelligentsia* en el mundo de la clase obrera».

En Rusia esta minoría existía ya, y era tan madura y revolucionaria como en Occidente. No había que buscarla entre los trabajadores manuales, sino en el «proletariado del cerebro», en la juventud intelectual. Socialmente, «por su formación, por todas sus aspiraciones, esta minoría constituía un elemento indisolublemente ligado a las *couches* populares». Era la correspondencia exacta del «proletariado avanzado de la Internacional». Su historia era similar, por lo demás, por paradójico que pudiera parecer a primera vista. «Las teorías socialistas del siglo XIX tuvieron sin duda una enorme influencia sobre el proletariado obrero avanzado.» Pues bien, en Rusia su eficacia no fue menor. Al utopismo occidental habían correspondido los *petrashevtsy*; a la lucha por el derecho al trabajo, las batallas que la juventud rusa había librado por las escuelas dominicales, por sus derechos de reunión, organización y asistencia. Con Chernyshevski se afrontaron los problemas campesinos. Todo el movimiento de los años sesenta demostraba hasta qué punto estaban enraizadas en Rusia las ideas socialistas. Se podía incluso notar que las condiciones sociales y políticas de este país habían llevado al «proletariado del cerebro» a posturas más avanzadas que en otros lugares. Había llegado al mismo nivel que el «proletariado de los músculos» en Occidente. También en Alemania era pesada la opresión social y estatal, pero sólo una pequeña minoría de intelectuales había recorrido el camino hasta el final. En Polonia e Italia la atmósfera pequeñoburguesa había ocultado a menudo la esencia de las cosas y el «proletariado del cerebro» se dejó arrastrar al terreno nacionalista. No era, pues, equivocado decir que «una misma e idéntica tarea aguardaba ahora al proletariado occidental y al ruso». La minoría obrera y la intelectual darían una conciencia a las masas trabajadoras, tanto en Rusia como en Europa occidental⁴⁴.

Por eso los medios de lucha debían de ser comunes. En la propia Rusia no era imposible crear cooperativas, cajas de resistencia, asociaciones mutualistas. La misma arma de la huelga empezaba ahora a ser conocida y utilizada por los obreros rusos. En 1870 se produjeron justamente en San Petersburgo las primeras abstenciones de trabajo, y el

«Narodnoe Delo» hablaba por extenso de ellas, descubriendo allí una prueba de lo correcto de su postura⁴⁵.

En cuanto a los campesinos, poseían ya una organización, la *obshina*, que demostró en el pasado su capacidad de resistencia. Ahora se veía amenazada por la formación de una clase de campesinos más ricos, pero podía tenerse la seguridad de que «jamás se detendría ante los *kulaks*», a pesar del evidente apoyo que el estado prestaba a éstos⁴⁶.

Tanto los problemas obreros como los problemas campesinos demostraban que la lucha debía ser al tiempo económica y política. Los proletarios de San Petersburgo aprenderán a entender mediante las huelgas que detrás del patrón está el estado. Las *obshiny* campesinas podrán reaccionar en sentido igualitario contra los *kulaks* cuando se debilite la presión del poder político. El deber de la joven *inteligentsia* —organizada en un «partido de liberación nacional»— consistía en llevar a la masas de las fábricas y del campo a esta doble y única batalla⁴⁷.

Este intento de la «sección rusa» de dar una formulación del populismo más adecuada a la experiencia del movimiento obrero occidental se reanudaría, pocos años después, a escala más amplia, en la figura de un investigador de problemas sociales y filosóficos recién emigrado: Pётr Lavrovich Lavrov.

Ya no muy joven, de espíritu reflexivo y cerrado, hombre que llevaba a su acción política la paciencia, la minuciosidad e incluso la calma del erudito, y a su obra de investigador la pasión moral que en formas más abiertas se expresaba en los movimientos de los estudiantes populistas, Lavrov consiguió crear la única corriente emigrada que pudo realmente contraponerse a la bakuninista, consiguió influir en el propio interior de Rusia sobre un grupo no muy numeroso pero selecto, y ejercer una acción lenta pero penetrante sobre todo el populismo.

En sus obras, la comparación entre los problemas rusos y los occidentales —que en Bakunin y Tkachёv era brusca y violenta— se hacía particularizada, detallada, menos apasionada y más culta. Sus posturas podrán ser acusadas, y no sin razón, de eclecticismo. Pero eso no constituirá más que la sombra, el elemento negativo del esfuerzo de refinamiento de las ideas populistas que será obra suya⁴⁸.

Lavrov se formó lentamente. Nacido en 1823, la primera parte de su vida, hasta finales de los años cincuenta, se dedicó a la enseñanza de las matemáticas —en la Academia de Artillería donde fue profesor durante mucho tiempo— y a una modesta actividad de publicista. Conocido sólo por un pequeño círculo de personas, suscitó ya entonces admiración y respeto por su doble naturaleza de «erudito» y de «poeta» que, diversamente definida, asombrará siempre a quien lo conoció.

La precisión y la exactitud del matemático se expresaban en su vida privada de una profunda honradez, en la intrepidez de su pen-

samiento científico, en la falta de todo temor cuando expresaba sus opiniones. Pero no tenía una mentalidad árida como la de un científico y dura como la de un matemático. Al contrario, no sólo era sensible a todo lo bello y tierno, sino que también era poeta... Capaz de apasionarse a fondo, sabía también contenerse. El elemento espiritual era tan fuerte en él que en verdad a veces me parecía que no tenía un cuerpo, sino sólo un cerebro y nervios, y que incluso éstos estaban enteramente sometidos al alma...

Así hablaba de él el poeta Benediktov en 1853⁴⁹. Lavrov buscaba entonces una primera expresión del elemento «poético» que sentía en su interior —y que en realidad era una sensibilidad especialmente aguda para las relaciones morales—, escribiendo versos cuyo valor estribaba únicamente en el deseo de libertad, en la esperanza expresada en ellos de formar parte un día de una sociedad rusa «en la que fluyeran libremente los pensamientos y las palabras».

Cuando, a raíz de la muerte de Nicolás I, se empezó a creer que por fin había llegado ese momento, Lavrov compartió el estado de ánimo general, lleno de grandes esperanzas para el futuro, y proclamó en prosa y verso que era preciso marchar valientemente «adelante»⁵⁰. Se mostró activo en el movimiento estudiantil e intelectual, fue miembro, aunque fuera *a latere*, de la primera *Zemlia i volia*, aunque sin poder decir algo propio en ninguna de estas actividades. Estaba buscando su camino y tuvo la originalidad, como dijo un día Chernyshevski, de buscarlo no en ésta o aquella doctrina progresista, sino en el estudio de la filosofía.

Sus preocupaciones quedan claras por el título de la más importante de sus numerosas obras de entonces: *Ensayo sobre la personalidad*⁵¹, que vio la luz en 1859 y que se reeditó al año siguiente con el título igualmente significativo de *Ensayo sobre los problemas de la filosofía práctica*⁵². La había dedicado a A. G. y P. P., siglas que ya los contemporáneos convirtieron fácilmente en los nombres de A. Gertsen (Herzen) y P. Proudhon.

Tenía razón Chernyshevski al decir que se trataba de una filosofía ecléctica⁵³. Pero de todos modos representaba un esfuerzo por reanudar por cuenta propia el examen del descontento frecuente entonces en quien leyera a Hegel buscando en él una indicación de «filosofía práctica», un ideal de moralidad. Sus reflexiones sobre las relaciones entre la ciencia y la actividad del individuo en la sociedad encerraban ya en germen lo que dirá unos diez años después en sus *Cartas históricas*, su principal obra filosófica.

Su eclecticismo, o incluso su incertidumbre, era en aquel período tan evidente en política como en filosofía. En 1856 escribía una carta a Herzen en la que lo vemos dudar ante las reformas que se preparaban por esos años. Ejemplo típico del estado de ánimo de muchos liberales y moderados rusos que durante tanto tiempo esperaron las reformas y que ahora

se mostraban temerosos ante las consecuencias que se derivarían de las transformaciones aportadas desde arriba, por la burocracia estatal. No era fácil salvar la divergencia entre las ideas generales sobre el progreso y el movimiento real de las cosas. Tanto más cuanto Lavrov, al dar este paso, pretendía rescatar íntegramente el que le parecía el único elemento vivo de la Rusia de entonces, la *inteligentsia* con todos sus matices y corrientes. Al igual que más adelante, cuando se adhiera al movimiento socialista, se empeñará en defender los valores de la ciencia, la necesidad de afirmar la importancia primordial de la cultura, ya entonces, ante las proyectadas reformas de la sociedad rusa, estaba preocupado por el peligro de que fueran a secarse las fuentes de la única clase que se había preocupado por los valores intelectuales.

En la *inteligentsia* —decía— se unen las más diversas corrientes y convicciones. En desacuerdo unas con otras, coinciden todas en un punto, en el derecho al libre pensamiento, en la necesidad de un atento estudio de los problemas contemporáneos en general y de los rusos en particular. Justamente en eso está el futuro de Rusia...

La reforma campesina, tal como se había proyectado, le parecía insuficientemente elaborada, poco discutida, realizada sin la plena participación de las fuerzas intelectuales de Rusia. Podía ser peligrosa, por otra parte, para la «pequeña nobleza» —que era «nuestro *tiers état*», como se expresaba Lavrov—, que corría el riesgo de verse arruinada por las medidas estatales. Y tampoco en el caso de los campesinos se tenía bastante en cuenta el aspecto económico de su problema. «No se trata sólo de liberarlos de la esclavitud, sino de hacerlos realmente libres, evitando que sean explotados en el futuro por los funcionarios y por el *kulak*. Hay que liberar a un campesino no miserable...»⁵⁴. En este primer intento de adoptar una postura política aparecían ya una preocupación que podemos llamar reformista y la afirmación del valor de la *inteligentsia*.

Lavrov no abandonará estas ideas en los años inmediatamente siguientes, aunque perderá rápidamente —como otros muchos en ese período— el elemento de moderación y de temor que se mezclaba con ellas al principio. En el momento de la liberación de los siervos ya era partidario de una reforma total de la sociedad, de la demolición de todas las formas tradicionales de la vida rusa, de una obra sistemática de crítica y de «destrucción» por parte de los elementos intelectuales. Exigir que las transformaciones se realizaran «despacito», poco a poco, era como pedir que en un organismo crecieran primero los pies, luego las manos, etcétera⁵⁵. «Poco a poco madura la conciencia social; pero cuando se ha despertado, entonces no ya despacito, sino de repente dirige su crítica

mordaz contra todos los puntos que puede alcanzar, y por doquier nace una ineludible exigencia de renovación y desarrollo»⁵⁶.

Esto significaba, prácticamente, participar cada vez más en las diversas iniciativas que se multiplicaban por entonces para difundir la cultura y organizar la sociedad liberal de la época. Así, fue un activo colaborador del *Diccionario Enciclopédico Ruso*, miembro del Comité del fondo literario, del Club de ajedrez (pronto suprimido por la policía), de la Sociedad para el trabajo femenino, etc. A propósito de esta última iniciativa, el profesor y censor Nikitenko anotaba por ejemplo en su diario, en 1864, que «Lavrov se dedicaba a convertir al «nihilismo» a señoras jóvenes y muchachas, iniciando con este fin un curso de filosofía materialista en su casa»⁵⁷.

Al reflexionar más adelante sobre aquellos años de actividad intensa pero dispersa, Lavrov dirá que ya entonces

le resultaba evidente la necesidad de un cambio político y social... pero que aún no veía la base no sólo de una transformación social, sino tampoco de una actuación política que fuera más allá de una lenta preparación de los espíritus... Durante mucho tiempo admitió la posibilidad de que existiera una armonía entre los intereses de una persona de la clase dirigente y los de la mayoría de la clase sometida. Había consentido en pensar que eso podía verificarse si uno se dejaba guiar únicamente por el cálculo de sus propios intereses y no por el desarrollo de sus convicciones morales. Admitir eso fue uno de sus más groseros errores, del que se apartó en seguida, pero que dejó numerosas huellas en muchas de sus obras⁵⁸.

Más adelante atribuirá su alejamiento de esta postura inicial a las noticias que había podido procurarse sobre la actividad de la Internacional en Occidente. Pero no sabemos con precisión hasta qué punto Lavrov conocía entonces el movimiento obrero. Es cierto que ya a finales de los años sesenta sus ideas habían ido madurando. Se hizo socialista desde un punto de vista teórico y moral, aún antes de participar directa y personalmente en el movimiento obrero ruso y europeo.

Hasta 1866 había conseguido eludir una persecución abierta. Pero en los días que siguieron al atentado de Karakozov, también él, como todos los «nihilistas» más conocidos, esperó que lo detuviesen de un momento a otro. Y en efecto, el 15 de abril de 1866 su casa fue registrada, le secuestraron las poesías que había enviado en su momento a Herzen y cartas que probaban sus relaciones con Chernyshevski y Mijailov. No se encontró ninguna prueba del menor lazo con el grupo de Ishutin, ni, en realidad, ningún documento realmente comprometedor. Sin embargo, tras nueve meses de cárcel, fue condenado al confinamiento, «en una de las gobernaciones interiores del imperio». Se pretendía evidentemente que pagará por su actividad de escritor. Se eligió para él la

región de Vologda. A comienzos de 1867 estaba encerrado en un pequeño centro de esa gobernación, en Totma, de donde fue trasladado después a una mísera aldea de la misma región, Kadnikov, donde permaneció hasta comienzos de 1870⁵⁹.

La colonia de los confinados en la región de Vologda, a unos 500 kilómetros al norte de Moscú, era un pequeño espejo de las diversas corrientes populistas. Allí se encontraba en ese período Shelgunov, el amigo de Mijailov y de Chernyshevski, allí estaban algunos estudiantes que habían participado en la reanudación del movimiento universitario a finales de los años sesenta, y entre otros M. P. Sazhin, el futuro bakuninista⁶⁰. Junto a ellos, el literato D. K. Girs, culpable de haber pronunciado un discurso en los funerales de Pisarev, como también algunos polacos. Todos estos deportados habían encontrado simpatías y ayudas locales. Así, en Kadnikov, Lavrov pudo trabar amistad con un estudiante que había estudiado en el seminario de Vologda y era un gran admirador de Feuerbach. En el seminario se había formado un grupito que se bautizó a sí mismo como «chernyshevskiano» y que estaba compuesto por partidarios de las ideas del «Sovremennik» y de Feuerbach. A aquellos lejanos centros no sólo llegaban ecos de la vida intelectual rusa, sino también noticias de la emigración, por ejemplo los discursos que Bakunín pronunció en la Liga de la Paz y la Libertad. En suma, en el confinamiento Lavrov se encontró en contacto directo con el mundo del subsuelo ruso del que se había mantenido alejado hasta entonces.

Precisamente para polemizar contra las ideas de Pisarev, que le parecían especialmente difundidas en el ambiente en que vivía, escribirá entonces sus *Cartas históricas*. Este libro marcará una fecha importante en el movimiento revolucionario ruso, será, por así decirlo, el manifiesto de la reanudación de una corriente más típicamente populista después de los años «nihilistas», el documento ideológico fundamental de la polémica contra las ideas que desembocaron en el intento de Nechaev⁶¹.

Ya en 1865, un año antes de ser detenido, Lavrov había escrito un artículo para tomar postura en contra de la pasión exclusiva por las ciencias naturales que dominaba en gran parte de la juventud rusa. En la ingenua esperanza de encontrar solución a todos los problemas en el estudio de la naturaleza descubría una tendencia que definía como «infantil», en el sentido más concreto de la palabra. «En sus primeros años el hombre está próximo a la vida natural...» Sus primeros esfuerzos por conocer el mundo que lo rodea se orientan a los fenómenos físicos. Pero transcurrida esta primera fase de su educación —necesaria, eso sí, tanto para el individuo aislado como para el desarrollo de la cultura rusa—, ya era hora de volver los ojos al mundo de las relaciones morales y sociales. «Las ciencias naturales, tal y como son conocidas por nuestra sociedad, no pueden servir de hilo conductor por el laberinto de las relaciones humanas»⁶².

Las *Cartas históricas* desarrollaron estas ideas. Se publicaron por entregas, en 1868 y 1869, en la revista «Nedelia» (La semana) y se reprodujeron en volumen en 1870 con el transparente seudónimo de P. Mirtov. A pesar de los obstáculos interpuestos por la censura, consiguieron una enorme difusión y un éxito duradero⁶³. Abundan las obras de los revolucionarios de los años setenta en las que las *Cartas históricas* se recuerdan como una revelación juvenil, como la obra que más contribuyó a poner ante sus conciencias la amplitud del problema que les esperaba. Uno llama a esta obra «el evangelio revolucionario, la filosofía de la revolución»; otro recuerda «la enorme impresión que sobre él produjo esta lectura». Otro más observaba que «sobre este libro caían nuestras lágrimas de ideal entusiasmo, como si nos diera una inmensa sed de vivir por ideas generosas y de morir por ellas»⁶⁴.

Evidente, las páginas de Mirtov han amarilleado bastante desde ese momento, y al leerlas resulta a veces difícil advertir la fuerza que tuvieron cuando aún eran recientes. Las palabras de un seguidor de Lavrov podrán, quizás, mejor que ningún otro documento, hacernos comprender dónde estaba el germen vivo que los contemporáneos encontraron allí.

La lectura de esta obra me convenció de que en la actual organización social, por el propio hecho, casual, del nacimiento o por otras circunstancias independientes de la voluntad del individuo, los miembros de la sociedad se distribuían fatalmente en dos grupos desiguales, uno de los cuales, mínimo numéricamente, se encontraba en una situación privilegiada y en condiciones de disfrutar, en menoscabo del otro, de todos los bienes de la vida, mientras que el segundo, que constituía la enorme mayoría, estaba destinado a la miseria eterna y a un trabajo superior a las fuerzas humanas... Mirtov mostraba elocuentemente la inmensidad de la deuda impagada que pesa sobre las conciencias del grupo privilegiado frente a millones de trabajadores, de la presente generación y de las pasadas... Me deslumbraron estas concepciones, nuevas para mí, y me sentí en la posición tan ridiculizada por entonces del «noble arrepentido»⁶⁵.

Lavrov apelaba, en suma, directamente a la conciencia de la *inteli-guentsia*. Ya no le dirigía un discurso sobre las ventajas políticas que obtendría del hecho de ponerse de parte del pueblo, como se había hecho a comienzos de los años sesenta. Le recordaba únicamente su sentido del deber, le hablaba de la deuda que había contraído con las clases campesinas y populares, y le decía que había que pagarla de inmediato, sin dilación. Truncaba así de raíz la incertidumbre que aún había pesado en los años anteriores sobre la función reservada a los intelectuales, vacilantes entre una tarea política inmediata y sus ideas sociales. A la pregunta «¿qué hacer?», respondía diciendo que lo primero e incluso lo único que se debía hacer era tomar conciencia de la propia posición

de privilegiados y explotadores. Y precisamente en este llamamiento puramente moral y social, más que político, Lavrov encontró el resorte que impresionó hondamente a la nueva generación.

Este llamamiento elemental y enérgico no se expresaba en una forma puramente predicativa o religiosa. Lavrov había elaborado una visión de la filosofía de la historia que es el aspecto más viejo de estas *Cartas*, pero que le permitió dar una base racional a su llamamiento. En polémica con el positivismo más ingenuo y crudo, sostuvo que era imposible entender lo que significaba «progreso», si no se admitía un valor moral e intelectual «subjetivo» que permitiese valorar el propio progreso. La fuerza de su afirmación no estribaba en la formulación que hacía de este valor, insegura y genérica, sino en haber sostenido la necesidad de los valores. En su breve autobiografía, Lavrov recordaba justamente la corriente filosófica neokantiana que estaba entonces discutiendo paralelamente, en Alemania, problemas parecidos, como una de las fuentes en las que se inspiró entonces.

Las *Cartas* exponían las conclusiones de su valoración declaradamente «subjetiva» del progreso. A sus ojos éste no se presentaba como una acumulación de bienes y conocimientos, sino como un esfuerzo pagado a duro precio y que había ido creciendo poco a poco con los siglos. Quien hoy disfrutaba de la civilización debía darse cuenta de cuánto debía a quienes habían trabajado y creado, a quienes se habían sacrificado para mantener a una clase privilegiada. Y era hora de pagar la gran deuda contraída por toda la civilización moderna con la gran mayoría del pueblo.

Quien quiera que llegase a semejantes conclusiones no debía encontrarse aislado y sólo, al mirar a su alrededor vería que había muchos que sentían lo que él. Describía minuciosamente el desarrollo ideal de los grupos de «personas críticamente pensantes», que habían crecido hasta formar lo que él llamaba ya «un partido». Lavrov contribuía así, con sus observaciones, a sentar las bases del tránsito de pequeñas agrupaciones a un movimiento más amplio que se estaba produciendo entre finales de los años sesenta y comienzos de los setenta.

En la conclusión de las *Cartas* indicaba cuál sería «la bandera de este partido».

El pensamiento crítico organiza la lucha del trabajo asociado contra el capital monopolista... Está guiado por una idealización del trabajo. Primero el trabajo fue idealizado como dócil instrumento del capital, como sumisión del obrero, inherente a las leyes del universo, a los decretos de la providencia, como místico castigo por los pecados de los antepasados. El capitalismo pone ante el obrero otro ideal: la lucha del trabajo útil y productivo contra el capital inutilizado...⁹⁶

Las fórmulas aún eran inseguras, pero tenían el mérito de presentar el socialismo como único ideal capaz de satisfacer las conciencias de todos los que habían entendido de lleno el peso insoportable de formar parte de la clase explotadora.

Cuando Lavrov escribía estas palabras ya estaba estructurando los planes para ponerlas en práctica. Proyectaba escapar de la región de Vologda y refugiarse en el extranjero, para consagrarse a una vida de estudio y propaganda. No era fácil para él, nada joven y terriblemente miope. Pero la cosa resultó, porque encontró una valiosa ayuda en G. A. Lopatin, a quien ya hemos encontrado en la Sociedad del Rublo y que será uno de los revolucionarios más activos de los años setenta y ochenta. El 15 de febrero de 1870 abandonaba Kadnikov, y dos semanas después estaba ya en París. Su fuga fue apoyada en San Petersburgo por aquel grupo que, opuesto a Nechaev, estaba entonces empezando a organizarse, animado por ideas similares a las expuestas en las *Cartas históricas*, y del que formaban parte, entre otros, la propia hija de Lavrov y el marido de ésta, M. F. Negreskul⁶⁷.

Lavrov llegaba a París convencido de que no tendría que quedarse mucho tiempo en el exilio y de que un rápido cambio de la situación en Rusia le permitiría regresar pronto a su patria. Había pensado en poder enlazar en cierto modo su actividad con la de Herzen, pero llegó a Francia cuando éste ya había muerto. Su mente empezó a acariciar la idea de crear un nuevo periódico. Quizás los jóvenes de San Petersburgo habían organizado su huida del confinamiento pensando en tal cosa. Pero el proyecto tuvo que ser relegado unos años. En París, Lavrov se vio absorbido por la reanudación de su trabajo y sus investigaciones, así como por los acontecimientos de que fue testigo y partícipe. La incitación a reflexionar sobre los problemas del socialismo que la Internacional le dio desde lejos, cuando aún estaba en Rusia, se convirtió en una invitación inmediata y apremiante cuando se encontró ante la guerra franco-prusiana y después la Comuna⁶⁸.

Las dos corrientes rusas de la Internacional, «Narodnoe Delo», por una parte, y Bakunin, por otra, trataron de conseguir la colaboración de Lavrov⁶⁹. Ignoró la primera oferta y respondió negativamente a la segunda. Las negociaciones con el grupo ginebrino prosiguieron más adelante. Elpidin le escribió aún en 1871, pero Lavrov se mostraba crítico frente al aspecto más vistosamente revolucionario de la propaganda de los emigrados. Decía que dos, sólo dos, eran en su opinión los temas que había que tratar: el aumento de salario de los obreros y la emancipación de la mujer. Sus contactos con la emigración fueron, pues, intermitentes en este primer período.

Absorbido sobre todo por la política francesa, participó en las manifestaciones que llevaron a la caída del Segundo Imperio, el 4 de septiembre de 1870, y estableció relaciones con los internacionalistas parisienses, probablemente a través de la mujer de Jaclard, una rusa, A. V.

Korvin-Krukovskaya, activa participante de la Comuna⁷⁰. En otoño de 1870 entró a formar parte de la sección «des Ternes» de la Internacional. Entabló amistad con Varlin, con el húngaro Leo Frankel y con otros. Un viaje a Bruselas le permitió estrechar lazos con quienes se agrupaban en torno a «L'Internationale», órgano dirigido por Eugène Hins. Entonces se iniciaron también sus relaciones con César De Paepe.

Cuando regresó a París, a comienzos de marzo de 1871, Varlin le dijo que

con el nuevo sistema de elección de los comandantes de la Guardia Nacional una parte notable de París, a ambas orillas del Sena, se encontraba ya en manos de los socialistas, y que dentro de dos o tres semanas toda la ciudad estaría controlada por los comandantes socialistas de los batallones. A través de una federación de los guardias nacionales en provincias, apoyada por la propaganda, se crearía una fuerza armada del proletariado en toda Francia⁷¹.

En realidad, sólo faltaban unos días para que estallase la insurrección y naciera la Comuna. «Los trabajadores, organizada una fuerza suya, decidieron utilizarla», como dirá el propio Lavrov⁷².

Precisamente este aspecto popular del movimiento fue lo que más lo impresionó, desde los primeros días. Su visión populista parecía encontrar una confirmación en la Comuna. Esta representaba la lucha abierta de los explotados contra los explotadores, era, por fin, un movimiento social, tras tanta vana agitación política. En una correspondencia que escribió entonces para «L'Internationale» de Bruselas, el 21 de marzo de 1871, Lavrov fue uno de los primeros que en Europa subrayó el aspecto socialista de los acontecimientos que se desarrollaban en París y que interpretó la Comuna como un órgano del poder proletario.

Eh bien! en voilà encore une de révolution! Et celle-là ne ressemble guère aux autres. Qui donc est à la tête de tout cela? se demandait-on. Est-ce Blanqui? Est-ce Pyat? Est-ce Flourens? Mais du tout. Pas un seul petit grand nom. Les artistes habituels et connus du public ne prenaient part à la pièce. Le rôle du premier révolutionnaire n'était pas occupé. Les grands journaux sont effarés. Ils ne pouvaient se douter qu'une révolution puisse se faire et réussir à Paris sans qu'ils en sachent rien et sans que leurs amis y prennent part. Des gens inconnus! Les épiciers écarquillaient leurs yeux en lisant les signatures de ce terrible comité central de la garde nationale qui gouverne maintenant Paris. Des gens tout à fait inconnus! Les concierges font des mines méprisantes, en disant à leurs locataires: mais voyez donc, madame, qu'est-ce que c'est que ce gouvernement là! c'est drôle! des simples gens! des voyous! des ouvriers! Oui, madame, des simples ouvriers.

*Sans doute, ce sont des simples ouvriers! et c'est celà qui fait l'originalité du mouvement des derniers jours. C'est là ce qui le caractérise. C'est là qui doit lui donner un intérêt tout particulier aux yeux de tout socialiste, de tout adhérent à l'Association internationale des travailleurs, comme aux yeux de tout penseur sincère, étudiant dans les faits visibles de l'histoire les forces invisibles qui agissent dans les sociétés. Dans le grand écroulement qui s'est fait en France pendant ces derniers mois, la bourgeoisie réactionnaire n'a donné pas un seul homme nouveau et toutes ses anciennes gloires se sont montrées du dessous des événements, au dessous de leur renommée... Eh bien, ce que n'osaient, ce que ne savaient pas faire les hommes les plus connus de la France, celà c'est fait très facilement par quelques gens honnêtes, intelligents, résolus, mais parfaitement inconnues aux lecteurs des journaux.**

Hablaba después de «L'Internationale», de Varlin y de sus compañeros que se encontraban entonces a la tête du gouvernement des ouvriers⁷⁵.

El 28 de marzo, en otra correspondencia al mismo periódico de Bruselas, se mostraba más bien optimista en torno al desarrollo de los acontecimientos y concluía hablando del valor universal de la Comuna:

Le penseur socialiste, en étudiant les événements de ce petit nombre de jours, peut affirmer avec plus de certitude encore que cette

* «¡Bueno, he aquí una nueva revolución! Y ésta no se parece nada a las otras. ¿Quién está a la cabeza de todo eso?, preguntaban. ¿Blanqui? ¿Pyat? ¿Flourens? En absoluto. Ni un solo gran nombrecito. Los artistas habituales y conocidos por el público no tomaban parte en la representación. El papel de primer revolucionario no estaba ocupado. Los grandes diarios están espantados. No podían sospechar que en París pudiera hacerse una revolución y tener éxito sin que ellos supieran nada y sin que sus amigos tomaran parte en ella. ¡Gente desconocida! Los tenderos abren como platos los ojos al leer las firmas de ese terrible comité central de la Guardia Nacional que ahora gobierna en París. ¡Gente absolutamente desconocida! Los porteros hacen muecas despreciativas, diciendo a sus inquilinos: ¡ya ve usted, señora, qué clase de gobierno! ¡Es divertido! ¡Gente normal!, ¡golfos!, ¡obreros! Sí, señora, simples obreros.

¡Sin duda, son simples obreros! Y en eso consiste la originalidad del movimiento de los últimos días. Eso lo caracteriza. Eso debe otorgarle un interés muy especial a los ojos de todo socialista, de todo miembro de la Asociación internacional de trabajadores, así como a los ojos de todo pensador sincero, que estudie en los hechos visibles de la historia las fuerzas invisibles que actúan en las sociedades. En el gran derrumbamiento que se ha producido en Francia durante estos últimos meses, la burguesía reaccionaria no ha dado un solo hombre nuevo, y todas sus viejas glorias no se han mostrado a la altura de los acontecimientos, a la altura de su renombre. Pues bien, lo que no se atrevían a hacer, lo que no sabían hacer los hombres más conocidos de Francia, lo han hecho fácilmente unos cuantos hombres inteligentes, resueltos, honestos, pero perfectamente desconocidos para los lectores de los periódicos.

société burgeoise qui exploite et démoralise le prolétaire n'a aucune raison d'être. Elle n'a pour elle ni le droit moral, ni la force du nombre, ni même le savoir faire, l'habitude, l'activité social, l'influence des conceptions larges et bien conduites, elle n'a pour elle que la routine.

La situación seguía siendo difícil y molesta, sí. ¿Encontraría la Comuna un auténtico apoyo en Francia y fuera de sus fronteras? Las simpatías genéricas de los socialistas no bastaban. *Peut-on attendre de quelque part un concours actif?* ⁷⁴

Lavrov dedicó lo mejor de su actividad a tratar de suscitar esa ayuda activa. A comienzos de mayo estaba en Bruselas, para buscar apoyo en la federación belga. Poco después se encontraba en Londres, para recurrir al Consejo General de la Internacional. Era, al parecer, una iniciativa individual, pero que contaba con la aprobación y el asentimiento de Varlin.

Pero entre tanto la Comuna había caído. En Londres conoció a Marx y Engels, y participó en la primera elaboración de la experiencia de la Comuna que estaba realizándose entonces entre los dirigentes de la Internacional. Pronto volvió a desandar el camino de París, permaneciendo allí en contacto con el Consejo General, en especial con H. Jung, a quien transmitía informaciones prácticas para intentar salvar a los miembros de la Comuna que consiguieron eludir la represión, y noticias sobre los grupos obreros, sobre todo extranjeros, que aún subsistían.

Su conclusión ya era muy concreta. La Comuna había representado «un nuevo tipo de estado. Se realizó durante poco tiempo..., [pero] se demostró la posibilidad de un gobierno de obreros» ⁷⁵ La reelaboración crítica de la experiencia realizada fue completándose poco a poco. En sus cartas volvió en varias ocasiones sobre los problemas de la Comuna, y unos años después sacó las conclusiones definitivas en un voluminoso opúsculo, escrito en 1879, que constituye uno de los documentos más interesantes de la amplia discusión que se produjo en aquel período entre las diversas corrientes socialistas, a propósito del significado del movimiento parisiense y de las lecciones que había que sacar de él.

Se trataba sobre todo de una defensa de la importancia de la preparación teórica, de la ideología, para asegurar el éxito de un movimiento revolucionario. En un minucioso examen preliminar Lavrov recorría la prensa democrática e internacionalista del período que pre-

El pensador socialista, al estudiar los acontecimientos de este pequeño número de días, puede afirmar todavía con mayor certeza que esta sociedad burguesa que explota y desmoraliza al proletario no tiene ninguna razón de ser. No tiene a su favor ni el derecho moral, ni la fuerza del número, ni incluso la mano izquierda, el hábito, la actividad social, la influencia de concepciones amplias y bien llevadas; sólo tiene a su favor la rutina.»

cedió a la Comuna, demostrando lo genéricas, imprecisas e inciertas que eran las ideas expresadas en ella. La palabra «socialismo», decía por ejemplo, tenía en la prensa los significados más distintos. Se podían encontrar «dos o tres fragmentos en las obras publicadas entonces, en los escritos de Pyat, Vallès, Lissagaray, que aclarasen los problemas teóricos y prácticos del socialismo»⁷⁶. La tradición de la gran revolución francesa siguió dominando en los ánimos, impidiendo percibir los nuevos problemas. Esta tradición, junto con la de 1848, proporcionaba los ideales generales, pero el problema político planteado por ellos había carecido de una adecuada elaboración teórica. Por ejemplo, todos hablaban de libertad individual, pero se dividían luego en cuanto se planteaba el problema de un estado centralizado o un sistema federal, y cada una de estas dos tendencias no consiguió precisar su propio programa. Sólo Millière, en los números 23, 29 y 30 de «La Marseillaise», había descrito un plan de organización de la «dictadura revolucionaria del pueblo»⁷⁷. Los programas de Delescluze, Vermorel, etc., habían seguido las huellas de una de las tradiciones anteriores.

También al estudiar los sucesos de septiembre de 1870 a marzo de 1871 había que llegar a una conclusión similar. «Los socialistas no estaban preparados»⁷⁸. Las discusiones producidas en el interior de la Internacional en París, en el período inmediatamente anterior a la Comuna, demostraban las verdaderas causas de esta inmadurez. La organización obrera vaciló continuamente entre una tarea puramente económica —para la cual había surgido— y la adopción de un programa político que no era el suyo, tomado en préstamo de diversas fuerzas democráticas. Por eso ocurrió a menudo que en el terreno económico no se actuó colectiva y unitariamente, mientras que los miembros aislados de la Internacional tomaban cada uno un camino propio hacia la política. Para convencerse de ello bastaba con examinar las discusiones y propuestas que precedieron a la formación de la Guardia Nacional. E incluso una vez proclamada la Comuna, quienes estuvieron a su cabeza permanecieron muy lejos de realizar la «dictadura popular» de que hablaba Millière⁷⁹. Ciertamente que no se podía echar la culpa únicamente al Comité Central. Este hizo todo lo que pudo. «No fue responsable del hecho de que los partidos avanzados no se hubieran preocupado de organizarse con anticipación, o no hubieran podido hacerlo...»⁸⁰.

La Comuna no había sabido, pues, sacar las consecuencias sociales y económicas del poder que cayó en sus manos.

Sólo un decidido cambio que de golpe hubiera puesto económicamente al proletariado en el mismo plano de quienes antes habían sido sus dirigentes habría proporcionado una base sana para construir una fuerza política capaz de realizar una revolución en favor del proletariado⁸¹.

La falta de un programa económico hizo que los elementos realmente socialistas de la Comuna se dejaran dominar por las fuerzas tradicionales, sobre todo por los *routiniers* del jacobinismo de 1793⁸².

Así se permitió que el movimiento se desplazase del plano social, que debía ser únicamente el suyo. No se realizó ni una sola condición para un tránsito a una revolución económica. La Comuna no se transformó en una «Comuna de la clase obrera, que incluyese en su seno únicamente a quienes querían la revolución social, expulsando decididamente de sus filas a todos los elementos enemigos del proletariado»⁸³. La misma idea de recoger el principio medieval de la Comuna estaba equivocada mientras en su seno quedasen explotadores y explotados, hasta que no se convirtiese en la «Comuna autónoma del proletariado»⁸⁴.

Que esto era posible lo había demostrado el funcionamiento de los servicios durante el asedio, la misma eficacia de los trabajadores durante los meses de la insurrección. Esta era la gran lección de la Comuna. Junto al heroísmo demostrado por los combatientes, esa lección marcaba la vía del futuro movimiento socialista.

Nunca y en ninguna circunstancia los socialistas tienen derecho a olvidar que en la actual época de la lucha histórica el problema económico domina a todos los demás, que hasta que no se haya cumplido un cambio económico en todos sus puntos fundamentales, no se ha hecho nada... No hay hoy terreno, ni religioso ni nacional ni político, en el que los obreros proletarios tengan o puedan tener derecho moral a seguir las huellas de las clases dominantes o de cualquiera fracción de ellas⁸⁵.

En los momentos históricos decisivos las masas siguen siempre la bandera sobre la cual está descrito el programa más concreto, los objetivos más sencillos, claros y determinados. Las masas van con quienes están dispuestos y no vacilan. Si no hay nadie en condiciones de satisfacer estas exigencias, si las personas más fuertes y sinceras de la llamada *intelligentsia* titubean, entonces fatal e inevitablemente la masa sigue cualesquiera indicaciones que vengan de las tradiciones pasadas, se aleja de los hombres nuevos, e incluso las acciones más heroicas, incluso la energía más desinteresada no podrán evitar una vuelta al viejo mal, aunque sea en forma bastante cambiada. Acuérdense de ello nuestros populistas⁸⁶.

Lavrov no llegó a semejantes conclusiones inmediatamente después de la Comuna. Hubo incluso un período de desaliento, pasó por un momento en el que veía muy lejos la recuperación del movimiento socialista. La situación francesa, la atmósfera de París tras el aplastamiento de la Comuna también pesó sobre él. Mientras que en todos los demás países de Europa —sin excluir Rusia—, la Comuna, a pesar de su de-

rrota, suscitaba nuevas energías (y en 1879 Lavrov dedicará un capítulo de su libro a seguir por todas partes esos ecos), en Francia la situación debió parecerle, como es natural, mucho más difícil. Sin embargo, pese a este retraso en la elaboración política de su experiencia, el núcleo esencial de ésta ya estaba claro desde el primer momento. Había que prepararse, había que realizar un paciente trabajo para crear los dirigentes de la revolución, había que hacer precisamente lo que la Internacional no pudo realizar eficazmente.

Pero, ¿cómo? Hasta 1873, aproximadamente, esta tarea se le presentó sobre todo como una invitación al estudio, al trabajo científico, para él y para la nueva generación rusa que estaba asomándose a la vida. La función de la *intelligentsia* apareció a sus ojos tan importante y decisiva que lo indujo a reanudar el trabajo de los años pasados, tratando de escribir con seudónimos en las revistas legales, hablando sobre todo de problemas culturales. En 1872 abandonó París y se estableció en Zurich, donde estaba desarrollándose la colonia de estudiantes rusos, y les dio clases sobre temas científicos e históricos. «La juventud necesita conocimientos positivos», decía.

Pero pronto lo dominó el clima de fermento político que reinaba en Zurich. Bakunin, que residía también en esa ciudad desde junio de 1872, proyectaba de nuevo crear un periódico. Hubo negociaciones para una dirección común con Lavrov, pero el programa de la revista, redactado por éste, suscitó una clara reacción de Bakunin⁸⁷.

Empujaba a Lavrov a tomar esta postura, entre finales de 1872 y comienzos de 1873, el hecho de que esperaba obtener el apoyo y la colaboración de los intelectuales rusos que pasaron en gran número por Suiza en aquel período. Eran los mejores representantes de la nueva generación científica. Al parecer, Lavrov contaba muy en especial con Ivan Vasil'evich Luchitski, profesor en un instituto de Kiev, y que pronto pasaría a la universidad de esa ciudad. En las décadas siguientes se convertirá en el mejor investigador ruso de los problemas de la historia agraria del siglo XVIII, en inteligente intérprete de la historia de los campesinos franceses antes de la revolución y durante ella, en uno de los maestros de la actual historiografía francesa y en especial de Georges Lefebvre. Luchitski representará así uno de los mejores ejemplos de la traducción de los problemas planteados por el populismo ruso a términos de investigación histórica que se producirá a finales del siglo pasado y principios de éste. Junto a él estaban de paso por Zurich el profesor de economía política de la universidad de Kiev, G. M. Chejanovetski (que será el maestro de Tugan-Baranovski, el conocido economista socialdemócrata), M. P. Dragomanov, que se convertirá en el principal representante de la emigración democrática ucraniana, y Nikolai Ivanovich Ziber, que pronto será uno de los más agudos observadores del desarrollo agrario ruso de esos años y el primer «marxista legal» ruso.

Basándose en este grupo de intelectuales, procedentes casi todos de Kiev, Lavrov pensaba en crear un núcleo cultural emigrado especialmente fuerte e importante. Pero el proyecto fracasó. En general, estos representantes de la *inteligentsia* no quisieron romper los puentes con la Rusia oficial y casi todos volvieron en seguida a su patria.

Lavrov recibía también cartas desde San Petersburgo del escritor Mijailovski —que entonces empezaba a recoger y desarrollar la «fórmula del progreso» propuesta por Lavrov—, que le anunciaba su decisión de no emigrar⁸⁸.

Las relaciones con los bakuninistas de Zurich se hicieron más tensas, por otra parte. Lavrov compartió activamente las luchas que dividieron la colonia estudiantil, por el control de las instituciones comunes creadas por ella, sobre todo por la dirección de la biblioteca. Esas luchas desembocaron en la agresión de Sokolov, el escritor nihilista de quien hemos hablado, contra V. N. Smirnov, un ex estudiante de la facultad de medicina de Moscú, expulsado de la ciudad a consecuencia de los desórdenes universitarios de 1869, miembro después de la *Narodnaya rasprava* de Nechaev, y que en 1871 había conseguido refugiarse en Zurich, donde empezó a organizar un pequeño centro tipográfico para imprimir obras prohibidas en Rusia. Lavrov, sobre todo tras esta agresión, se convirtió en portavoz natural de quienes reprochaban semejantes métodos y que en general iban separándose cada vez más claramente de los bakuninistas. Smirnov se convertirá en su más fiel y activo colaborador, organizador de la tipografía de su revista, alma del grupito minoritario que se congregará en torno al «Vperéd».

Como el propio Lavrov nos ha contado, ya en la primavera de 1872 recibió una invitación de San Petersburgo para crear una revista que respondiera a las necesidades de los populistas y reflejase sus ideas. Abandonado el proyecto de una revista cultural, rotos los puentes con los bakuninistas, Lavrov decidió responder a este llamamiento. El «Vperéd» nacerá como una revista exclusivamente suya y de los pocos jóvenes colaboradores que encontró entre los estudiantes y los emigrados de Zurich⁸⁹.

El programa definitivo se publicó en el primer número de la revista, que vio la luz en agosto de 1873.

Trataba de apelar a todas las tendencias que se delineaban por entonces, a todas las corrientes del pensamiento «radical-socialista», como Lavrov dijo entonces, excluyendo sólo a una, la declaradamente jacobina.

Los socialistas revolucionarios deben abandonar las viejas ideas de ocupar el lugar del estado, tras haber conseguido derribarlo con un golpe afortunado, introduciendo por vía legislativa una nueva organización, y donándola a una masa no preparada. Nosotros no que-

remos un nuevo poder coactivo que ocupe el lugar del ya existente, sea cual sea el origen de este nuevo poder⁹⁰.

La tarea de los socialistas podía resumirse, por lo tanto, en el deber de prepararse intelectualmente a sí mismos y de preparar a las masas mediante la propaganda.

Los cuatro tomos del «Vperëd» que se publicaron en Zurich y después en Londres bajo la dirección de Lavrov, entre 1873 y 1876, desarrollarán plenamente esta postura.

Pero, ¿qué significaba prepararse intelectualmente? La revista llegaba en Rusia sobre todo a manos de la juventud universitaria, que estaba abandonando las aulas para consagrarse por entero a la vida del revolucionario. Las palabras de Lavrov se entendieron allí como una invitación a proseguir los estudios, a crearse una especialización, a ingresar en una de las carreras que se abrían ante los jóvenes intelectuales. Por eso reaccionarán en general con gran dureza ante este planteamiento.

Lavrov respondía ya por adelantado, desde el primer número del «Vperëd», en un artículo titulado *Conocimiento y revolución*, en el cual declaraba que la exaltación del instinto, el desprecio por la preparación intelectual constituían una auténtica «epidemia mental que había afectado a algunos grupos de la juventud rusa...», uno de los fenómenos más claramente patológicos de la vida espiritual de nuestra juventud avanzada⁹¹. La función de los socialistas debía ser convertirse en iniciadores, intérpretes y soportes del pueblo. ¿Cómo podrían cumplir esta función sin tener algo que darle? «El saber es la fuerza fundamental de la revolución que se prepara, la fuerza esencial para realizarla.» No se trataba, desde luego, de crear escuelas para el pueblo, sino de poner las premisas para que un día pudiera surgir una organización social capaz de instruir de verdad a las masas. No una tarea pedagógica, pues, sino una preparación de la clase intelectual sobre la que recaía toda la responsabilidad del cambio social. No saber con claridad lo que se quería equivalía a engañar al pueblo, o sea, a lo peor que se podía hacer. Toda posibilidad de éxito se apoyaba únicamente en la confianza que el pueblo adquiriría en aquellos que querían acercarse a él.

La falta de preparación acabaría obligando a los revolucionarios a abandonar la lucha en el mismo momento en que salieran vencedores de ella. Bastaba con observar la Revolución francesa —también de carácter popular, pero sin solidez en sus conquistas— para persuadirse de que «la fe levanta a los pueblos, les da la victoria, pero esta victoria es efímera si las ideas que arrastra no se apoyan en un pensamiento crítico». Aunque los «fanáticos religioso-revolucionarios», como Lavrov los llamaba, conquistaran el poder, éste no tendría la menor solidez. Una sociedad que careciera de una activa participación de los intelectuales estaba destinada a convertirse en tiránica. Se les dirigiría entonces la acusación de ser «indiferentes». Y, en efecto, esta acusación daría en

el blanco desde el punto de vista moral. Pero históricamente su actitud no sería sino el resultado inevitable de una época en la que todas las discusiones habrían tomado un carácter religioso y escolar. Sólo un largo proceso histórico devolvería poco a poco al elemento crítico la función dirigente que nunca hubiera debido perder.

Como se ve, Lavrov intentaba plantear las bases de una revolución radicalmente populista en sus formas, totalmente socialista desde el punto de vista económico, pero que salvase el propio principio de la función de la *inteligentsia*. Para hacer esto polemizaba contra la sumaria condena moral de la ciencia, de origen rousseauiano, tan difundida entonces en Rusia y, en el exterior, entre los bakuninistas. Es cierto —decía— que la ciencia podía ser una máscara del privilegio, pero en sí no era «egoísta», no era uno de los bienes a los que debía renunciar el intelectual para pagar su deuda con el pueblo. La voluntad populista y la voluntad de preparación intelectual debían permanecer unidas en el revolucionario que estaba naciendo en Rusia.

Lavrov debilitó esta posición suya, tan importante, al darle una formulación ecléctica y a menudo genérica. La «preparación» era para él, según los casos, un conocimiento técnico de los problemas económicos, jurídicos, incluso militares, y al tiempo una defensa del principio del valor de la cultura contra toda infravaloración moralista o activista.

Explicó —es cierto— que no pretendía hablar de una «preparación» para una pequeña actividad reformista local, para la creación de centros o instituciones modernas en el campo ruso. Dijo que incluso quienes se dejaban asaltar por tales ilusiones eran «fuerzas perdidas para la revolución», incapaces de ver el problema en su conjunto. Declaró, por otra parte, que la cultura de que hablaba nada tenía que ver con los diplomas de las universidades zaristas. Pero sus formulaciones no fueron lo bastante netas para evitar que su pensamiento se viera desnaturalizado, sobre todo por los que tenían oportunidad de leer intermitentemente sus artículos, clandestinos en Rusia. Esto contribuyó en gran medida a limitar su influencia sobre el movimiento populista y a encerrar a sus seguidores en grupitos sin gran eficacia.

En el abandono radical de toda «preparación» que resonaba entonces en el ánimo de tantos jóvenes rusos, había una voluntad de rebelión y de acción que no podía encontrar satisfacción en las palabras de Lavrov. Así se lo dijo en una carta especialmente angustiada e inteligente N. V. Chaikovski, uno de los principales animadores del movimiento en San Petersburgo. Y desde luego no era alguien sospechoso de desprecio por la cultura; en los años inmediatamente anteriores había creado, entre otras cosas, una amplia organización para difundir por toda Rusia libros de contenido social y político⁹². Chaikovski le decía a Lavrov que pretender una «preparación» cultural era inútil para quienes formaban ya parte del movimiento y sabían perfectamente cuáles eran sus responsabilidades. Y, en cambio, resultaba nocivo para quienes aún no poseían una concep-

ción formada, quienes estaban abriéndose entonces a las nuevas tendencias. La exhortación de Lavrov les parecería, inevitablemente, una invitación a permanecer dentro de los límites de la existencia burguesa. Ya abundaban demasiado los que en vez de actuar se contentaban con expresar en forma literaria sus veleidades de rebelión. Su postura equivalía a contribuir al perpetuo proceso de desahogo en la literatura que había retrasado ya en demasía el nacimiento de una fuerza activa.

Sabe usted perfectamente que la mayoría de la juventud rusa ha aprendido a conocer la vida en las novelas de Reshetnikov, en los relatos de Uspenski, en las sátiras de Shedrin... Ante usted está una naturaleza de hombre honesto, entusiasta, que vive entre sueños abstractos. Cree en la justicia y la verdad de sus ideales y con toda su alma trata de ponerlos en práctica. No la obstaculice... Exhórtela, en cambio, demuéstrole, en cambio, que está moralmente obligada a llevar a la vida lo que ha elaborado ya dentro de sí, aquello en lo que cree.

Le hacía notar que, en el terreno práctico, el primer número del «Vperëd» había creado escisiones en el movimiento, induciendo a unos a relegar toda acción para terminar antes los estudios, y haciendo por otra parte renacer, por contraste, las negaciones «nihilistas» y absolutas de la cultura que se habían ido debilitando justamente al afirmarse un primer comienzo de acción práctica y concreta.

Encontró más eco, en cambio, el llamamiento de Lavrov a la «propaganda», su insistencia sobre la necesidad de acercarse al pueblo, de mezclarse con él para llevarle el socialismo. La «ida hacia el pueblo» se inspirará en gran parte en el plantemiento moral del problema político dado por él. Supo así reanudar y desarrollar ampliamente en el «Vperëd» lo que ya había dicho en las *Cartas históricas*.

Fue muy honda, sobre todo, la eficacia de la formulación que Lavrov dio, ya a comienzos de los años setenta, de su socialismo. Esta se presentaba a su mente en forma histórica, como una visión del desarrollo de las ideas que habían ido asomándose con el transcurso de los siglos a la sociedad humana. Escribió una gran *Historia de las doctrinas socialistas*, algunos capítulos de la cual se publicaron en los tomos I y III del «Vperëd»⁹³, y que amplió durante los años siguientes en un *Ensayo sobre la historia del pensamiento en la edad moderna*⁹⁴. Naturalmente, la orientación positivista de su cultura, sus intereses «antropológicos», y en general su *forma mentis* de erudito, tenderán a transformar estas tentativas históricas en una doctrina sociológica. Pero ya en 1874 había dicho que «la verdadera sociología era el socialismo»⁹⁵. Este es el estímulo político que está en la base de sus pensamientos más vivos.

Había madurado ya su idea, expresada en las *Cartas históricas*, sobre el error lógico y moral de una visión objetiva del progreso, de una

valoración cientifista de la sociedad. Sólo situando en el centro de la investigación el problema del socialismo, podría darse una interpretación adecuada de las diversas ideologías que en el pasado trataron de interpretar el desarrollo histórico. La aparición y el crecimiento de las ideas socialistas y comunistas —decía— no había sido sino un intento de

descubrir las leyes del desarrollo y de la estructura de la sociedad y, basándose en el conocimiento de estas leyes, aclaran los medios de una actividad práctica con el fin de eliminar —en determinado sistema de instituciones, en determinada estructura— todos los fenómenos que impiden el progreso y el bienestar de las masas, los hechos que transforman el desarrollo *progresivo* de la sociedad en una *circularidad* que se repite eternamente y que no consigue encontrar una salida ⁹⁶.

A diferencia de las otras doctrinas políticas, las socialistas tenían, pues, como meta eliminar no los síntomas de esta crisis intermitente, sino las razones profundas de ella. Naturalmente, esta tarea no podían asumirla ni los que Lavrov llamaba —con nomenclatura comtiana— los «socialistas religiosos», ni los «metafísicos políticos». Pero la sociedad había creado ya las bases de lo que él denominaba un «socialismo científico», capaz de romper la reproducción de los fenómenos históricos para asegurar un progreso armónico.

En esta concepción Lavrov intentaba fundir el elemento reformista de su mentalidad —la necesidad, reafirmada siempre por él, de un pensamiento crítico, y el consiguiente valor de la *inteliguentsia*— con su voluntad socialista de mudar las bases de la sociedad y, por lo tanto, también el ritmo del desarrollo histórico.

En el «Vperöd» se aplicaba minuciosamente esta visión al examen de las diversas ideologías del socialismo europeo de los años setenta. Junto con Smirnov, Lavrov llevó una sección titulada *Crónica del movimiento obrero*, que es una de las mejores visiones de conjunto sobre el desarrollo del socialismo publicadas en ese período. Revela una curiosidad y una notable paciencia al recoger noticias de los diversos países de Europa y contribuyó no poco a difundir en Rusia un conocimiento más exacto de los sindicatos, las huelgas y la vida política e intelectual de los grupos obreros de Occidente.

Cuando puso manos a la obra a esta *Crónica*, la Internacional ya estaba desgarrada. Pero Lavrov afirmó su convencimiento de que las exigencias expresadas por él no se verían ahogadas, a la larga, por escisiones temporales. Si en la polémica entre Marx y Bakunin mantuvo una actitud que Engels consideró ecléctica e incierta, lo hizo justamente porque estaba convencido de que la fuerza unitaria de todo el movimiento obrero acabaría triunfando. Y con frecuencia hizo concesiones sobre los puntos más ásperamente debatidos entonces, pensando así salvar lo esencial.

Para poderse desarrollar, el movimiento obrero tendría que resolver algunos problemas fundamentales, decía. Ante todo tenía que encontrar la fórmula de «unir al proletariado con el sector intelectual de la burguesía que entra a formar parte de sus filas sobre la base de una sincera convicción».

Es notable el hecho de que los círculos dirigentes de ambos partidos de la Internacional no vean con claridad la dificultad de esa tarea. El problema surge en las masas, sale de ellas, y después cae cada vez bajo los golpes de la lógica de las controversias y renace de nuevo, porque es un problema vital que sólo resolverá la vida misma⁹⁷.

Evidentemente, la situación del populismo ruso hacía que Lavrov sintiera ese problema con especial intensidad.

Pero, cosa más importante a sus ojos, era la totalidad del movimiento obrero la que debería finalmente pronunciarse sin equívocos sobre el problema del estado y de la política. Siguió, por tanto, con especial atención la polémica interna del ala anarquista de la Internacional, y expuso por fin sus conclusiones en un amplio ensayo que constituye por sí sólo el tomo IV del «Vperëd», publicado en Londres en 1876⁹⁸.

La Internacional —decía— representó un intento de unir las fuerzas obreras en una sola organización, en algo que tendía a ser «un estado sin territorio», con un poder central, el Consejo General. Pero había tropezado con obstáculos que acabaron por fragmentarla. Ante todo, se encontró ante los estados reales, existentes, territoriales. Por eso se constituyeron partidos obreros nacionales que luchaban por la conquista del poder dentro de cada país, cuando éste se regía por un sistema democrático, o por derribar el poder absolutista en los países en que ésta era la forma de gobierno. En uno y otro caso el movimiento obrero corría el riesgo de dejarse absorber por la política nacional. Y la Internacional encontró además la oposición de quienes querían, en su mismo seno, que el poder central fuese más activo, transformándose incluso en el núcleo de una gran conjura. La Alianza bakuninista, a pesar de sus teorías anarquistas, aspiró a convertir el «estado sin territorio» en un estado absoluto y secreto. En cambio, otros habían acabado negando todo poder central de la Internacional (como trataron de hacer los anarquistas partidarios del mutualismo proudhoniano).

Las diversas fracciones en que se dividió la Internacional representaban justamente estas distintas tendencias. Los lassallianos fueron los más estatales y nacionalistas, los federalistas plantearon el problema del poder local de las distintas federaciones, etc. Era natural que el tema fundamental de estas controversias fuera el problema del estado. Y de

la solución de este asunto dependía la organización que la Internacional tenía que darse.

En conclusión, se había visto que todos, incluso los anarquistas, admitían cierto elemento estatal. Lavrov pensaba sobre todo en De Paepe y en su informe ante el congreso de 1874. Ya en un escrito anterior le había dicho que el verdadero problema de esos años no era empujar a los obreros contra el capitalismo —sabían perfectamente que ése era su enemigo—; se trataba, en cambio, de mostrarles el objetivo final, de hacer posible su consecución, previendo los problemas de la sociedad futura, sin dejarse intimidar demasiado por las acusaciones de utopía⁹⁹. También en la obra que examinamos ahora Lavrov repetía que sólo este objetivo daría «sentido y significado a la actividad revolucionaria de los socialistas de todos los países» y afirmaba que debería formularse así: «una sociedad en la que el elemento estatal se reduzca a un mínimo tan insignificante que pueda considerársele eliminado de hecho»¹⁰⁰. Quien no aceptaba este principio no era socialista. Las discusiones podían y debían desplegarse en torno a los medios para alcanzar este ideal. La polémica sobre el estado debía ser un debate sobre los métodos, sobre la táctica, y no sobre el principio. Sólo así podrían superarse las divisiones internas que habían desgarrado la Internacional.

Lavrov aceptaba en sustancia la idea de un poder estatal que iría disminuyendo poco a poco al desarrollarse una «común solidaridad del trabajo». Precisamente por esto era inútil pensar que el estado podía desaparecer de golpe, derribándolo o, aún peor, eliminando todo poder central en la organización obrera.

Las fuerzas revolucionarias organizadas debían aceptar en su seno un elemento de constricción, aun sabiendo que se trataba de un germen de estatismo. Todo dependería del modo en que ellas realizaran el cambio futuro; tenían que dejar abiertas las puertas a una evolución de la sociedad socialista, capaz de eliminar de su seno todo elemento coactivo.

Esta revolución se presentaba a los ojos de Lavrov en términos rusos. Vale la pena ver con detalle la descripción que de ella nos da, porque se trata de una de las páginas en que se expresa con más precisión la idea que el populismo se hacía de la revolución por la que luchaba.

Una sublevación local, de proporciones bastante amplias, es apoyada por levantamientos que estallan simultáneamente en otros puntos del territorio. El ejército, trabajado en su momento por la propaganda, resulta un instrumento infiel en manos del gobierno. Su derrota lleva rápidamente a la extensión del incendio a amplias zonas. Bajo la dirección de los miembros organizados de la Unión [social-revolucionaria] —compuesta en enorme mayoría por campesinos—, aparecen en las aldeas grupos de personas que quieren la revolución social, con la consigna de reducir a «tierra común, indivisa», todas las

propiedades privadas, de convertir toda propiedad «en una única propiedad de todos los trabajadores». Ante este llamamiento, apoyado por las noticias de los éxitos de la insurrección en otras aldeas, se levantan en un vasto territorio los braceros, los miembros más pobres de las familias, los campesinos miserables, aquellos que, a pesar de un duro trabajo, no tienen la posibilidad de alimentarse todos los días del año, y por último la mayoría del artesanado y del pueblo bajo de las ciudades. Los *kulaks*, atemorizados, junto con los propietarios «cultos» y los miembros de la administración, han perecido en el estallido popular o están encantados de ocultarse frente a la tormenta que se alza. En la capital y en los otros centros del estado los miembros de la Unión social-revolucionaria (derivados en su mayor parte de la *inteliguentsia*) han eliminado o paralizado, si no en todas partes, al menos en muchos lugares, los órganos del gobierno... Las condiciones en que habrá que construir en Rusia la futura sociedad sobre la base del socialismo obrero, se determinan así por el propio desarrollo de los acontecimientos. Los grupos populares organizados en la Unión social-revolucionaria, constituyen el núcleo natural del nuevo organismo. No tendrá que inventar nada nuevo, nada artificial. Son ya miembros de grupos históricamente formados en el pueblo, de *obshiny* y de *arteles*. Estos grupos continuarán existiendo, pero ahora el *mir* acalla la voz de los *kulaks* enriquecidos que antes mantenían en la esclavitud a la *obshina*, el posadero ya no tiene influencia, junto a la aldea ya no resuena la campanilla del gendarme... En el *artel'* ya no hay lugar para el alistador... ¹⁰¹.

Pero para que esta sociedad pueda desarrollarse hacia la comunidad de bienes, el trabajo de todos, la solidaridad de los trabajadores, habrá que resistir por todos los medios a la tentación de incurrir en las viejas formas de administración y de gobierno. La peor de estas tentaciones sería la de reconstruir localmente el estado y la policía. Se necesitará en el centro una organización para los servicios esenciales, es decir, comités para el trabajo, el aprovisionamiento, la seguridad social, etc., sobre cuya organización Lavrov habla por extenso. Si es preciso organizar la guerra, se tratará sobre todo de una guerra de guerrillas, y la salvación llegará en tal caso de un acuerdo previo con los socialistas alemanes y austríacos para que éstos apoyen por todos los medios el movimiento, «en el caso de que le tocara a Rusia comenzar la lucha, antes de que se inicie el choque abierto en los demás países» ¹⁰². Lo importante será, en todo caso, salvar los elementos que permitirán la formación de una nueva sociedad: sobre todo una justicia popular, el desarrollo de las escuelas, la libertad de prensa, condicionada, eso sí, a que las imprentas pasen a los «grupos locales», pero que deberá mantenerse por todos los medios. Incluso los adversarios tendrán derecho a dar su opinión. Y debía seguir siendo libre, sin ninguna limitación, la polémica entre las diversas corrien-

tes socialistas, o, como él decía, «populistas», «nombre que considero que puede incluir a todos los grupos de que estamos hablando»¹⁰³.

Estas son las ideas y el programa que se expusieron en forma teórica en los cuatro tomos del «Vperëd» y después, en forma propagandística, en el ágil periódico del mismo título que dirigió en Londres desde 1874 a 1876, así como en un opúsculo publicado en 1874 en respuesta a las acusaciones de Tkachëv¹⁰⁴.

Lavrov había congregado a su alrededor, en uno de los barrios pobres de Londres, un grupo de emigrados rusos —algún intelectual y algunos marineros, obreros, etc.— que, sometiéndose a un régimen de vida más que espartano, trabajaban en la redacción y en la imprenta de su periódico. Los miembros de esta pequeña colonia vivieron aislados, alguno sin siquiera saber inglés, entregados a un duro trabajo, animados por aquel espíritu de sacrificio que se manifestaba simultáneamente en Rusia en otras muchas formas. Crearon uno de los más interesantes órganos de prensa socialista europea de aquellos años. El «Vperëd» llevaba la impronta del espíritu erudito, a veces pedante, del propio Lavrov. No tenía nada de la agilidad del «Kolokol» de Herzen, pero pretendió ser, y era efectivamente, un órgano de «preparación» de los dirigentes populistas.

Dejó de publicarse cuando Lavrov se retiró de la dirección, a consecuencia de una reunión de elementos lavristas —procedentes de San Petersburgo, Kiev y Londres— celebrada en París en el otoño de 1876. No se han aclarado con exactitud las razones de esta dimisión. Pero puede decirse que Lavrov percibía, por las reacciones que suscitaba en Rusia su «Vperëd», que éste ya no respondía a las exigencias del momento. Se estaba pasando en Rusia a una lucha más activa, a la formación de *Zemlia i volia* y después de *Narodnaya volia*. El «Vperëd» ya había cumplido su función¹⁰⁵.

¿Qué peso tuvo en el desarrollo del movimiento en Rusia? Los documentos que poseemos para responder a esta pregunta suelen carecer de precisión y con frecuencia son contradictorios. Pero parece que se puede afirmar que la elaboración del pensamiento populista realizada por Lavrov, y en general sus ideas sobre el socialismo, penetraron ampliamente en su país, contribuyendo en gran medida a formar la atmósfera de los años setenta; mientras que sus directrices inmediatas, sus consejos y sus indicaciones prácticas tuvieron, al parecer, un limitado eco, y sólo fueron aceptados por un restringido número de personas. Los lavristas, en el sentido estricto de la palabra, fueron pocos y no incidieron más que marginalmente en el desarrollo del movimiento.

No es que Lavrov no tuviera fe en ese movimiento. Incluso en quien puede ser considerado como el mas «occidental» de los ideólogos del populismo ruso —que nunca dejó de subrayar la importancia del ejemplo de las organizaciones obreras alemanas, inglesas, italianas, etc., y que más se acercó al marxismo— resonaba la profunda y enraizada esperanza

de que Rusia tomase la iniciativa de la revolución social. En 1873, con motivo del centenario de la rebelión de Pugachév, Lavrov había escrito un artículo estableciendo un paralelo entre los sucesos de 1773-74 en América y los que al tiempo se desarrollaban en Rusia. Concluía diciendo que, a pesar de todo su primitivismo, la rebelión de los campesinos rusos —y no los inicios del liberalismo en los Estados Unidos— había indicado el camino futuro. La rebelión de Pugachév fue una revolución social.

En los manifiestos del cosaco analfabeto que seguía la bandera de una absurda fe religiosa, firmados en el nombre fantástico de un idiota desconocido por todos [Pedro III], había principios sociales más vitales, promesas más sólidas, profecías más amenazadoras y ciertas para el futuro que las contenidas en todos los «Códigos» humanitarios de Catalina II, e incluso en todas las predicaciones liberales y radicales contra el trono y el altar que resonaban entonces a orillas del Támesis, del Sena y del Delaware¹⁰⁶.

Ahora esas promesas se estaban realizando justamente en el movimiento revolucionario ruso.

Lavrov afirmó esta esperanza en una especie de apólogo que se publicó en el tomo II del «Vperéd», en 1874, apólogo que ya unos dos años antes había intentado redactar en tal forma que pudiera aparecer en una revista rusa¹⁰⁷. Imaginaba un diálogo entre un industrial, un estadista, un erudito, un personaje que llevaba el nombre de Inquisidor, y por último un obrero que se llamaba Babeuf¹⁰⁸. Hablaban por extenso de todos los problemas políticos, sociales y religiosos; por último intervenía en su discusión, inesperadamente y sin que nadie lo hubiera llamado, un joven de veinticinco años con el típico aspecto de un revolucionario ruso. Todos lo miraban con desconfianza, severamente. «Sólo Babeuf sintió desde sus primeras palabras una sensación de simpatía por la mirada abierta y audaz y el sincero discurso del recién llegado.» Este declaraba haber estudiado atentamente los libros de los eruditos europeos, sentirse solidario con lo que los compañeros y seguidores de Babeuf habían hecho por el proletariado europeo. Pero en Rusia las cosas eran de otro modo. Ante todo era preciso destruir el estado. Era impensable su transformación en un instrumento útil para las masas.

La historia del estado ruso es la historia de un sistemático saqueo económico, de una opresión intelectual, de una corrupción moral de nuestra patria. Todo lo que entre nosotros se ha hecho de progresivo se ha realizado en contra de él, todo lo que se ha derivado de esa fuente ha sido un veneno para la sociedad¹⁰⁹.

Por eso el ideal de los revolucionarios rusos era derribarlo y eliminarlo. Y para hacerlo no podían basarse en la objetividad con la que

los sociólogos habían considerado hasta entonces tales problemas. Era necesaria una auténtica pasión por la sociedad. El joven exponía así, ante los representantes de todas las clases burguesas y proletarias de Occidente, su *credo*.

Pero incluso en esta declaración de fe resonaban las notas típicas de la postura de Lavrov sobre la necesidad de prepararse y sobre todo de desarrollar la propaganda. Y este llamamiento, interpretado como una apelación a la prudencia y a la espera, hizo que el grupo de lavristas de San Petersburgo fuera pequeño y no muy activo.

Se trataba de una treintena de jóvenes, casi todos estudiantes, procedentes sobre todo de la Academia Médico-Quirúrgica, del Instituto Tecnológico, etc.¹¹⁰. Uno de los más activos organizadores y animadores del grupo fue Lev Savel'evich Ginsburg. Como nos dice un contemporáneo, era «persona inteligente y enérgica, amén de cultísima, muy popular entre la juventud. Se le veía en las reuniones tomar la palabra para defender inteligentemente la necesidad de la propaganda de las ideas socialistas, según lo que había sostenido Lavrov»¹¹¹. Probablemente fue él quien acudió a Zurich para organizar, con Lavrov y Smirnov, la publicación del «Vperëd», y él se encargaba de las relaciones con el centro emigrado. También él vivía en la más evidente miseria, en una pequeña colectividad de estudiantes, reducidos a menudo al hambre¹¹². Tenía bien merecida fama de ser especialmente afortunado para eludir a los gendarmes. Un día, con ocasión de un arresto, trató de comerse el opúsculo de Tkachëv contra Lavrov, que llevaba consigo para estudiarlo. A su alrededor abundaban los jóvenes médicos. Uno de ellos, Judadov, georgiano, activo aún en la revolución de 1905, morirá de una puñalada en las calles de Tiflis. Entre los técnicos más activos destacaba Anton Feliksovich Taksis, de origen francés (Taxis), así como Vasili Egorovich Varzar, autor de uno de los libritos de propaganda para el pueblo que más éxito tuvieron en aquel período y que se imprimirá en la tipografía del «Vperëd»¹¹³. Más adelante se convertirá en un conocido experto en estadística y escribirá libros importantes sobre las fábricas, las huelgas y en general los problemas sociales de Rusia. Un camino parecido seguirá su camarada Aleksandr Stepanovich Semianovski. Suerte muy distinta esperaba, en cambio, a su hermano Evgeni. También éste era un defensor de la «propaganda», entendiendo con dicha palabra sobre todo el deber de los intelectuales rusos de dar a conocer a los obreros y campesinos de su país el movimiento socialista occidental. «La propaganda —decía— debe ser limpia y transparente como el cristal, debe reflejar y no oscurecer la conciencia del pueblo». A los populistas que pensaban acercarse al pueblo sirviéndose de formas religiosas, uniéndose al *raskol*, les decía que esos métodos eran inadecuados y contraproducentes. La propia historia de los movimientos religiosos aún no se había estudiado lo bastante. «No miremos a nuestros historiadores. Aún no han elaborado un método científico de trabajo. Hay que aprender de los occidentales»¹¹⁴. Fue

detenido en 1875 por propaganda en el ejército y condenado por el Senado a doce años de trabajos forzados en Kara. El 1 de enero de 1881 se suicidaba dejando una carta a sus padres que es un documento de pureza y fuerza de ánimo nada comunes ¹¹⁵.

Los lavristas no extendieron su organización fuera de la capital, aunque en Moscú pudieron contar con la activa ayuda de Aleksandr Sergeevich Buturlin, de familia aristocrática, implicado en el asunto Nechaev y condenado a cinco años de confinamiento en Siberia occidental; será más adelante colaborador de Lev Tolstoi en sus búsquedas religiosas.

Sin detenernos más sobre otras figuras aisladas del grupo lavrista, bastará con notar —junto con el que se convertirá en su más detallado cronista, N. G. Kuliabko-Koretski— que la gran mayoría de sus miembros eran de origen meridional, ucraniano, procedentes en general de Chernigov, Kiev o Jarkov. Al seguir su vida después de los años setenta, será fácil observar que estos jóvenes se convertirán en médicos conocidos, eruditos importantes, pero, salvo poquísimas excepciones, de ese ambiente no surgirán hombres que dediquen toda su vida a la actividad política y revolucionaria. La propaganda de Lavrov tendía a crear nuevos dirigentes de la *inteligentsia*, más que revoltosos. Eso se percibía ya, evidentemente, cuando eran aún pobres estudiantes, ocupados en hacer triunfar sus ideas entre sus compañeros, en el momento de la «ida hacia el pueblo». Como contará uno de los partícipes del proceso de los ciento noventa y tres, en las reuniones de entonces los bakuninistas estaban en aplastante mayoría, mientras que los lavristas podían contarse con los dedos. «Me acuerdo de que se les podía identificar por su aspecto externo. Iban vestidos con más elegancia, estaban mejor lavados, mejor peinados, hablaban más llanamente, sus manos eran blancas» ¹¹⁶. E insistían siempre sobre la necesidad de dedicarse ante todo a una preparación cultural.

Durante unos años consiguieron asegurar el paso del «Vperèd» a través de las fronteras por medio de contrabandistas, y difundirlo ampliamente, hasta el punto de que en el último período de su existencia el número de cartas y colaboraciones que se recibía en la redacción de Londres estaba en continuo aumento, y era tan grande que permitió a Lavrov y Smirnov trazar un amplio y detallado cuadro de la vida rusa, reanudando en cierto modo la que había sido una de las funciones del «Kolokol» de Herzen. Incluso establecieron contactos con obreros de la capital, y aunque ésta sea la parte menos conocida de su actividad, la verdad es que tuvieron —como veremos— notable influencia sobre el primer despliegue del movimiento obrero en los años 70. Pero su acción no pudo ir más allá de estos límites, y cuando el «Vperèd» interrumpió su publicación en Londres, también el grupo de San Petersburgo decidió disolverse, a finales de 1879.

El apogeo de su éxito coincidió con las discusiones que acompañaron la «ida hacia el pueblo». Entonces podía decirse con pleno derecho que

el problema de la «propaganda» era fundamental. Pero carecían de fe en un cambio inmediato, por lo que después de la represión no tuvieron fuerzas para recuperarse, no se entregaron a buscar nuevos instrumentos de conjura y de lucha. La lectura del «Vperéd», las noticias que éste les daba sobre el movimiento obrero en Occidente, los indujeron a renunciar a una actividad en las aldeas y a mirar sobre todo a las fábricas, a los obreros de las ciudades¹¹⁷. La propia concepción sociológica de Lavrov los llevaba a una más tranquila visión de las cosas, y a esperar una transformación social provocada más bien por una evolución de la situación económica que por un esfuerzo revolucionario. Se fue formando así entre ellos una mentalidad de espera, de inteligente observación, en vez de activa participación en la lucha. Creyeron cada vez menos en la *obshina* campesina y en la capacidad de resistencia frente al estado y la burguesía.

Desaparecería fatalmente para dejar paso a una estructura económica de tipo burgués.

La propia ciencia demostraba la necesidad interna de una disolución de las *obshiny* patriarcales... incapaces de construir una sociedad organizada racionalmente.

A pesar de que el «Vperéd» les decía continuamente que precisamente por ello era preciso organizar a los campesinos, para permitirles resistir a la presión del estado y de la evolución económica y para llevarlos a formas más altas y perfectas de vida asociada, estos lavristas iban perdiendo toda la confianza en la posibilidad de realizar tal programa y se limitaron cada vez más a su trabajo de educación entre los obreros.

Por lo demás, el grupo de los lavristas nunca se distinguió por una especial energía y audacia. En la práctica, su influencia empezó a hacerse cada vez más débil a partir de 1877¹¹⁸.

Como dirá más adelante Plejanov, al menos algunos de ellos acabaron por justificar su inactividad basándose en la fatal necesidad de que el capitalismo se desarrollase también en Rusia. «Es preciso dejar que los liberales conquisten la libertad política, y sólo entonces, sobre la base de esa libertad, empezar a organizar al proletariado»¹¹⁹. Pero se trataba de una consecuencia que sólo unos pocos lavristas sacaron de sus premisas ideológicas, y sólo cuando su movimiento se encontraba ya en el ocaso. De todos modos, en los años en que se mostraron activos habían contribuido a crear una mentalidad que tenía ya claros caracteres socialdemócratas.

Notas al capítulo 17

¹ M. Nettleau, *Bakunin und die russische revolutionäre Bewegung in den Jahren 1868-1873*, en «Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung», 1915, fasc. V.

² Además de E. Conti, *Le origini del socialismo a Firenze (1860-1880)*, Roma 1958, y la bibliografía indicada en el vol. I, cap. VI, pp. 333 y ss., n. 107, cfr. A. K. Lishina, *Russki garibal'dinets Lev Il'ich Mechnikov* [El garibaldino ruso L. I. Mechnikov], en *Rossiya i Italiya. Iz istorii russko-ital'yanskij kul'turnyj i obshchestvennyj odnosbeni* [Rusia e Italia. De la historia de las relaciones culturales y sociales ruso-italianas], M. 1968, pp. 167 y ss., y N. Pirumova, *Bakunin*, M. 1970, pp. 215 y ss.

³ Carta del 26 de junio de 1866, en *Pis'ma M. A. Bakunina k A. I. Gertsenu i N. P. Ogarëvu. S prilozheniem ego pamfletov, biograficheskimi vvedeniiem i obiasnitel'nym primechaniiam M. P. Dragomanova* [Cartas de M. A. Bakunin a A. I. Herzen y N. P. Ogarëv. Con sus panfletos, una introducción biográfica y notas explicativas de M. P. Dragomanov], Ginebra 1896, pp. 170 y ss.

⁴ Z. K. Ralli, *Mijail Aleksandrovich Bakunin*, en «Minuvshie gody», 1908, fascículo X. Cfr. la introducción de A. Lehning, *Archives Bakounine*, vol. I: *Miche Bakounine et l'Italie. 1871-1872*, parte I: *La polémique avec Mazzini. Ecrits et matériaux*, Leiden 1961, pp. XXIII y ss.

⁵ *Intrigi gospodina Utina* [Las intrigas del señor Utin], en *Materialy dlia biografii M. Bakunina. Redaktsiya i primechaniya V. Polianskogo. Tom III: Bakunin v pervom Internatsional'e* [Materiales para una biografía de M. Bakunin. Edición y notas de V. Polianski. Tomo III: Bakunin en la Primera Internacional], M.-L., 1928, página 409.

⁶ Una carta de finales de septiembre de 1867, escrita por Zhukovski a Ogarëv, nos permite seguir la evolución del pensamiento del primero: «La libertad —decía— la tomará el pueblo por sí solo y no se prescindirá de Pugachëv. Pero para que Pugachëv tenga éxito le es necesario aceptar en sus filas el elemento que le falta al pueblo, la ciencia, así como el elemento de los factores políticos, si así puede decirse, sin el cual no puede sostenerse la estructura social...» (E. L. Rudnitskaya, N. I. Zhukovski-Ogarëvu [Carta de N. I. Zhukovski a Ogarëv], en «Literaturnoe nasledstvo», vol. 62, 1955, p. 135).

⁷ La carta se reproduce en versión alemana en la gran biografía litografiada de Nettleau (nota 4025) y en su artículo *Bakunin und die russische revolutionäre Bewegung in den Jahren 1868-1873* cit.

⁸ Este es el contenido de los apéndices a su opúsculo *Estado y anarquía* que Bakunin agregó a la primera edición: *Gosudarstvennost' i anarhiya*, s. I. [pero Zurich y Ginebra] 1873, y que no se han reeditado en la edición a cargo de V. Cherkezov, M. 1922. Esto había afirmado Bakunin en su *Nauka i nasushnoe revoliutsionnoe delo. Vypusk I-j* [La ciencia y la causa revolucionaria esencial], fasc. I (y último), Ginebra, s. d. [pero 1870]. Cfr. Lehning, *Archives Bakounine* cit., vol. III: *Etatisme et anarchie*, 1873, texto ruso y trad. franc. de Marcel Body, Leiden 1967.

- ⁹ Bakunin, *Gosudarstvennost' i anarhiya* cit., p. 246.
- ¹⁰ *Ibid.*, p. 7.
- ¹¹ *Ibid.*, p. 258.
- ¹² Bakunin, *Istoricheskoe razvitie Internatsionala* [El desarrollo histórico de la Internacional], 1873, p. 355, citado por Yu. Steklov, *Mijail Aleksandrovich Bakunin, Ego zhizn' i deyatel'nost'*. 1814-1876 [M. A. Bakunin. Vida y actividad. 1814-1876], M.-L. 1926-27, vol. III, p. 312.
- ¹³ Bakunin, *Gosudarstvennost' i anarhiya* cit., p. 250.
- ¹⁴ *Ibid.*, p. 255.
- ¹⁵ *Ibid.*, p. 251. Las notas que Marx tomó sobre *Estado y anarquía*, de Bakunin, y sus consideraciones críticas al respecto han sido traducidas y publicadas por D. Riazanov en «*Letopisi marksizma*», 1926, fasc. III.
- ¹⁶ «L'Egalité» del 17 de abril.
- ¹⁷ K. Z. Ralli, *Iz moej vospominani o M. A. Bakunine* [De mis recuerdos sobre M. A. Bakunin], en *Istoricheski sbornik. O minuvshem* [Miscelánea histórica. Sobre el pasado], Spb. 1909, pp. 287 y ss.; Steklov, *op. cit.*, vol. IV (1870-76), pp. 205 y ss.
- ¹⁸ E. El' [E. F. Litvinova], *M. A. Bakunin v Shveitsarii* [M. A. Bakunin en Suiza], en «*Svernoy vestnik*», 1898, fasc. IV, citado en Steklov, *op. cit.*, vol. IV, página 211. Cfr. J. M. Meijer, *Knowledge and Revolution. The Russian Colony in Zurich (1870-1873). A Contribution to the Study of Russian Populism*, Assen 1955.
- ¹⁹ I. I. Popov, *Sergei Filippovich Kovalik*, en «*Katorga i ssylka*», 1926, fasc. IV.
- ²⁰ [Z. K. Ralli, N. I. Zhukovski, A. L. El'snits], *Parizhsкая kommuna, n. 2. Revoliutsionnaya obschina russkij anarhistov* [La Comuna parisiense, núm. 2. Comunidad revolucionaria de los anarquistas rusos], s. l. [pero Ginebra] 1874. El número 2 indicaba que este libro seguía al opúsculo *A los revolucionarios rusos*, del que ya hemos hablado.
- ²¹ [Ralli, Zhukovski y El'snits], *Parizhsкая kommuna* cit., p. 61.
- ²² *Ibid.*, p. 44.
- ²³ *Ibid.*, p. 61.
- ²⁴ *Ibid.*, p. 74.
- ²⁵ *Ibid.*, p. 63.
- ²⁶ *Ibid.*, p. 71.
- ²⁷ *Ibid.*, p. 95.
- ²⁸ *Ibid.*, p. 75.
- ²⁹ *Ibid.*, p. 41.
- ³⁰ *Ibid.*, p. 62.
- ³¹ *Ibid.*, p. 65.
- ³² *Ibid.*, pp. 7 y ss. Ralli reproducía después los primeros once artículos del *Manifiesto de los Iguales*, diciendo: «Entre nosotros se sabe tan poco del camino por el que pasó y creció en Occidente el pensamiento revolucionario, es tan difícil que en Rusia penetre una idea sana y viva», que le había parecido oportuno reproducir al menos en parte aquel documento, tomándolo del libro de Buonarroti.
- ³³ *La révolution du 18 mars, par un socialiste révolutionnaire russe*, en «*Le travailleur. Revue socialiste révolutionnaire paraissant tous les mois. Comité de rédaction*»: N. Joukovsky, A. Oelsnitz, Ch. Perron, Elisée Réclus, Ginebra 1878, fasc. III.
- ³⁴ Z. Ralli, *Le socialisme en Russie*, en *La Commune. Almanach socialiste pour 1877* par Elisée Réclus, Arthur Arnauld, Alexandre Oelsnitz, Paul Brousse, Adhémar Schwitzguebel, Adolphe Clémence, Elie Réclus, C. F. Gambon, Z. Ralli, etc., etc., Ginebra 1877, pp. 70 y ss. En este mismo almanaque se publica un artículo de A. El'snits (o, como firma, A. Oelsnitz) sobre Sten'ka Razin, pp. 61 y ss.
- ³⁵ *Ibid.*
- ³⁶ Bakunin, *Intrigi gospodina Utina* cit., p. 412. Sobre la evolución política de Utin desde 1863 a 1869, véanse sus interesantes cartas a Herzen y Ogarëv publicadas por B. P. Koz'min en «*Literaturnoe nasledstvo*», vol. 62, 1955, pp. 607 y ss. (donde se encuentra una auténtica monografía sobre él, en forma de introducción).

³⁷ El «Narodnoe Delo» reconoció públicamente este lazo con Becker, «amigo y fiel colaborador de Marx». «Debemos mucho a su experiencia y a sus amplios contactos para el buen comienzo de nuestra causa», decían en el primer número del segundo año, del 15 de abril de 1870.

³⁸ «*Drole deposition* para mí, la de actuar como representante de la joven Rusia! El hombre nunca sabe a lo que puede llegar, y a qué *compañerismo extraño* tiene que pasar», escribía Marx a Engels el 24 de marzo de 1870, MEGA, Sección Tercera, vol. IV, p. 296. Cfr. la carta del 14 de septiembre del mismo año, en la que Marx firmará, con evidente intención irónica, «Secretario para Rusia», *ibid.*, p. 387. Pero esto no le impedirá seguir con gran atención la lucha de las fracciones en la emigración rusa y en las secciones ginebrinas. «En seguida me ha chocado que el Outine ha sabido colocarse en una posición entre los de Ginebra», *ibid.*, p. 313.

³⁹ Ralli, *Mijail Aleksandrovich Bakunin* cit.

⁴⁰ Carta de Ginebra del 12 de marzo de 1870, cuya traducción rusa se encuentra en *Perepiska K. Marksa i F. Engel'sa s russkimi politicheskimi deyateliami* [Correspondencia de K. Marx y F. Engels con los políticos rusos], s. I. [pero L.] 1947, páginas 26 y ss., y en *K. Marks, F. Engel's i revoliutsionnaya Rossiya* [K. Marx, F. Engels y la Rusia revolucionaria], M. 1967, pp. 168 y ss.

⁴¹ *Perepiska K. Marksa i F. Engel'sa s russkimi politicheskimi deyateliami* cit., páginas 28-29. En este volumen se reproducen también las cartas sucesivas de esta correspondencia, las cuales tienen interés para la historia de las luchas en el seno de la Internacional, más que para la de la sección rusa. La primera carta a Marx se publicó en el «Narodnoe delo», 1870, núm. 1, del 15 de abril. Cfr. *K. Marks, F. Engel's i revoliutsionnaya Rossiya* cit., pp. 170 y ss.

⁴² V. A. Gorojov, *Pervy Internatsional i russki sotsializm. «Narodnoe delo». Russkaya sektiya Internatsionala. 1864-1870* [La Primera Internacional y el socialismo ruso. «La causa popular». La sección rusa de la Internacional. 1864-1870], M. 1925; B. P. Koz'min, *Russkaya sektiya I Internatsionala* [La sección rusa de la I Internacional], M. 1957; *Ekonomicheskaya platforma russkoi sekti I Internatsionala. Sbornik materialov pod obshei red. N. K. Karataeva* [La plataforma económica de la sección rusa de la I Internacional. Colección de documentos editada por N. K. Karataev], M. 1959; B. Itenberg, *Pervy Internatsional i revoliutsionnaya Rossiya* [La Primera Internacional y la Rusia revolucionaria], M. 1964; Lehning, *Archives Bakounine* cit., vol. II: *Michel Bakounine et les conflits dans l'Internationale. 1872. La question germano-slave. Le communisme d'état. Ecrits et matériaux*, Leiden 1965; Peter Scheibert, *Marx, Bakunin und die erste Internationale*, en «Österreichische Osthefte», año VII, fasc. 6, noviembre 1965.

⁴³ «Narodnoe delo», 1868, núms. 2-3, octubre.

⁴⁴ *Russkoe sotsial'no-revoliutsionnoe delo v ego sootnoshenii s rabochim dvizheniem na Zapade* [La causa social-revolucionaria rusa en sus relaciones con el movimiento obrero en Occidente], en «Narodnoe delo», 1869, núms. 7-8-9-10, noviembre.

⁴⁵ *Internatsional'naya assotsiatsiya i Rossiya. Bunt, stachka i revoliutsiya* [La Internacional y Rusia. La sublevación, la huelga y la revolución], en «Narodnoe delo», 1870, núm. 3 del 31 de mayo.

⁴⁶ *Krest'yanskaya reforma i obshinnoe zemlevladienie (1861-1870)* [La reforma campesina y la agricultura colectiva (1861-1870)], en «Narodnoe delo», 1870, núm. 2 del 7 de mayo.

⁴⁷ Una resolución que resumía esta postura fue presentada por Utin en la Conferencia de Londres de la Internacional, el 22 de septiembre de 1871. Se ha perdido su texto. Marx la apoyó diciendo que «él ponía grandes esperanzas en el movimiento social ruso. Allí los estudiantes, casi todos pobres, están estrechamente unidos al pueblo y darán un fuerte impulso a la clase obrera. En Rusia no se necesitan sociedades secretas; se puede perfectamente crear una organización de la Internacional. Entre los obreros es muy fuerte el espíritu de socialidad y solidaridad». *Londonskaya konferentsiya pervogo Internatsionala 17-23 sentiabria 1871 g.* [La conferencia de

Londres de la Primera Internacional del 17-23 de septiembre de 1871], s. I. [pero M.] 1936, p. 101.

⁴⁰ El más importante estudio de conjunto sobre él es I. Knizhnik, *P. L. Lavrov, ego zhizn' i trudy* [P. L. Lavrov, su vida y sus obras], L. 1925, M. 1930². Citaremos en adelante la primera edición. Muchas noticias sobre él pueden encontrarse en *Materialy dlia biografii P. L. Lavrova, pod redaktsiei P. Vitiazeva* [Materiales para una biografía de P. L. Lavrov, edición de P. Vitiázev], fasc. I, p. 1921, y en *P. L. Lavrov. Sbornik statei. Stat'i, vospominaniya, materialy* [P. L. Lavrov. Colección de artículos. Artículos, memorias y materiales], P. 1922. Una extensa bibliografía de las obras de Lavrov en el libro de I. Knizhnik, *op. cit.*, pp. 106 y ss. Inmediatamente después de la revolución de 1917, un grupo de admiradores suyos, que se congregará en torno a la editorial «Kolos» de Petrogrado, inició la publicación del *Sobranie sochinenii P. L. Lavrova, pod red. N. Rusanova, P. Vitiazeva i A. Gizetti* [Obras de P. L. Lavrov, edición de N. Rusanov, P. Vitiázev y A. Gizetti]. Las obras se recogieron no en orden cronológico, sino según su contenido. Salieron los fascículos II y VI de la serie I: *Stat'i po filosofii* [Artículos de tema filosófico], 1917-18 y 1918; el fascículo VII de la serie II: *Stat'i sotsial'nopoliticheskie* [Artículos político-sociales], 1920; los fascículos I, II, V, VIII de la serie III: *Stat'i nauchnogo jaraktera* [Artículos de carácter científico], 1917-18; los fascículos I, VII, IX de la serie IV: *Stat'i istoriko-filosofskie* [Artículos histórico-filosóficos], 1918, y un fascículo de la serie V: *Stat'i po istorii religii* [Artículos de historia de la religión], 1917-18. Al lado de esta colección, incompleta, de las obras de Lavrov, se reeditaron por separado, en ese mismo período, otros escritos suyos; he aquí los más importantes: *Parizhskaia Kommuna 18 marta 1871 goda* [La Comuna de París del 18 de marzo de 1871], P. 1919; Id., *Sotsial'naya revoliutsiia i zadachi nraustvennosti. Starye voprosy. S primechaniiem P. Vitiazeva* [La revolución social y los deberes de la ética. Viejos problemas. Con una nota de P. Vitiázev], P. 1921; Id., *Iz istorii sotsial'nykh uchenii* [De la historia de las doctrinas sociales], P. 1919; Id., *Komu primadlezhit budushchee? [¿A quién pertenece el futuro?]*, P. 1917; Id., *Ocherki po istorii Internationala. S predisloviem i primechaniiami P. Vitiazeva* [Ensayos de historia de la Internacional, con prefacio y notas de P. Vitiázev], P. 1919; Id., *German Aleksandrovich Lopatin. S predisloviem P. Vitiazeva i prilozheniem materialov dlia bibliografii o G. A. Lopatine, sobrannykh A. A. Shilovym* [G. A. Lopatin. Con prefacio de P. Vitiázev, y el añadido de materiales para una bibliografía sobre G. A. Lopatin, recogidos por A. A. Shilov], P. 1919; Id., *Etudy o zapadnoi literature. Pod red. A. A. Gizetti i P. Vitiazeva* [Estudios sobre la literatura occidental, edición de A. A. Gizetti y P. Vitiázev]. En 1934, en la colección «Clásicos del pensamiento revolucionario del período premarxista», se inició la publicación de los *Izbrannye sochineniya na sotsial'no-politicheskie temy v vos'mi tomakh. Vstupitel'naya stat'ia i redaktsiia I. A. Teodorovicha. Podgotovil k pechatu, kommentarii, primechaniya, bibliograficheski i bibliograficheski ocherki I. S. Knizhnika-Vetrova* [Obras escogidas sobre problemas político-sociales en 8 volúmenes. Introducción y redacción de I. A. Teodorovich. Edición, con comentarios, notas y ensayos biográficos y bibliográficos de I. S. Knizhnik-Vetrov]. El primer volumen comprende los escritos de Lavrov desde 1857 a 1871; el segundo y el tercero, desde 1873 a 1874; el cuarto, desde 1875 a 1876. Los tres primeros se publicaron en Moscú en 1934; el cuarto, *ibid.*, en 1935. Los otros cuatro volúmenes proyectados nunca vieron la luz. Esta edición se indicará de ahora en adelante con el volumen y la página. Tras una prolongada interrupción apareció en los años sesenta una selección de las obras de P. L. Lavrov, *Filosofiia i sotsiologiia* [Filosofía y sociología], edición de I. S. Knizhnik-Vetrov y A. F. Okulova, 2 vols., M. 1965. Sobre el movimiento lavrista en Rusia y en la emigración, las memorias más amplias y detalladas son las de N. G. Kuliabko-Koretski, *Iz davnnykh let. Vospominaniya lavrista* [De los años pasados. Recuerdos de un lavrista], M. 1931. El archivo de Lavrov, conservado en parte en el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, y en parte en el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, aún no se ha publicado enteramente.

⁴⁹ Palabras recogidas por E. A. Stakensneider, *Dnevnik i zapiski (1854-1866)*. Redaktsiya, stat'ya i kommentarii I. N. Rozanova [Diario y notas (1854-1866). Redacción, prefacio y comentarios de I. N. Rozanov], M.-L. 1934, p. 361.

⁵⁰ Un poema suyo de 1857 se titulaba precisamente ¡*Adelante!*, y quizás se acordará de él Lavrov quince años después, cuando tuvo que elegir un título para la revista socialista que publicará en Suiza, a la que llamará «Vperëd».

⁵¹ «Otechestvennye zapiski», 1859, fasc. XI y XII.

⁵² Véase en Lavrov, *Filosofiya i sotsiologiya* cit., vol. I, pp. 339 y ss.

⁵³ *Antropologicheski printsip v filosofii* [El principio antropológico en filosofía], en *Polnoe sobranie sochineni* [Obras completas], Spb. 1906, vol. VI, pp. 183 y ss.

⁵⁴ Esta carta a Herzen, publicada por éste en «*Golos iz Rossii*», fasc. IV, Londres 1857, se reproduce en I, 108 y ss.

⁵⁵ Escribía esto hacia 1862-63, en un artículo que le secuestraron en el momento de su detención de 1866, y que fue publicado por primera vez por P. Vitiazhev en «*Kniga i revoliutsiya*», 1922, fasc. VI. Véase su reproducción en I, 128 y ss.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 131. Cfr. Hermann-Gerd Noetzel, *Petr L. Lavrov's Vorstellungen von Vorschritt für Russland aus den Jahren vor seiner Emigration*, Colonia 1968.

⁵⁷ A. V. Nikitenko, *Moya povest' o samom sebe* [Relato de mis asuntos], Spb. 1905, vol. II, p. 181.

⁵⁸ *Biografiya-ispoved'* [Biografía-confesión], escrita por Lavrov en tercera persona en 1885, I, 103.

⁵⁹ Sobre la atmósfera del mundo intelectual de San Petersburgo en el momento de la detención de Lavrov, atmósfera típica de la reacción que siguió al pistoletazo de Karakozov, véase Stakensneider, *op. cit.*, pp. 374 y ss. Sobre la condena de Lavrov, véase V. N. Nechaev, *Protsess P. L. Lavrova 1866 g.* [El proceso de Lavrov en 1866], en *Sbornik materialov i statei* [Miscelánea de materiales y artículos], publicado por la «*Glavnoe upravlenie arjivnym delom*», a cargo de la redacción del «*Istoricheski arjiv*», 1921, fasc. I, pp. 45 y ss.

⁶⁰ M. P. Sazhin [Armand Ross] *Vospominaniya. 1860-1880-j gg. S predisloviem V. Polonskogo* [Recuerdos. 1860-1880. Con prefacio de V. Polonski], M. 1925, p. 20.

⁶¹ La *inteliguentsia* de Vologda «andaba loca entonces por las obras de Pisarev», como recordará un estudiante que fue confinado allí el año después que Lavrov, a consecuencia de los desórdenes universitarios. N. A. Ivanitski, *Zapiski* [Memorias], en «*Sever*», 1923, fasc. II.

⁶² *O publitsistat-popularizatoraj i o estestvoznanii* [Los publicistas-divulgadores y las ciencias naturales], publicado con el seudónimo de A. Ugriumov en el «*Sovremennik*», 1865, fasc. IX. Subsiste alguna duda sobre la atribución de este escrito a Lavrov. Véaselo en I, 134 y ss.

⁶³ Sobre los obstáculos que interpuso la autoridad, sin demasiado celo ni insistencia, por otra parte, a la difusión de esta obra, véase S. A. Pereselenkov, *Ofitsial'nye kommentarii k Istoricheskim pis'mam* [Los comentarios oficiales a las Cartas históricas de P. L. Lavrov], en «*Byloe*», 1925, fasc. II. Se reeditaron a menudo en ruso. Hay traducciones polaca (*Listy historyczne*, Lwów 1890), alemana (*Historische Briefe*, edición de S. Dawidow y C. Rappoport, Berlín 1903), francesa (*Lettres historiques para Pierre Lavrov, traduit du russe et précédé d'une notice bio-bibliographique par Marie Goldsmith*, París 1903) e inglesa (*Historical Letters, Translated with an Introduction and Notes by James P. Scanlan*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles 1967, con útiles y precisas introducciones y bibliografía). Se han reeditado en I, 161 y ss.

⁶⁴ O. V. Aptekman, *Obshestvo «Zemlia i Volia» 70-j godov* [La sociedad «Tierra y Libertad» de los años setenta], P. 1924; P. B. Aksel'rod, *Perezhitoe i peredumannoe* [Cosas vividas y repensadas], Berlín 1923, tomo I, p. 88; N. S. Rusanov, *Sotsialisty Zapada i Rossii* [Socialistas occidentales y rusos], Spb. 1909², p. 227. Cfr. B. S. Itenberg, *Dvizhenie revoliutsionnogo narodnichestva. Narodnicheskie krugy i «jorbdenie v narod» v 70-j godaj XIX v.* [El movimiento del populismo revolucionario. Los

grupos populistas y la «ida hacia el pueblo» de los años setenta del siglo XIX], M. 1965, pp. 77 y ss.

⁶⁵ Kuliabko-Koretski, *op. cit.*, p. 24.

⁶⁶ I, 287.

⁶⁷ D. G. Benediktov Beziuk, *Pobeg P. L. Lavrova iz ssylki* [La fuga del confinamiento de P. L. Lavrov], en «Katorga i ssylka», 1931, fasc. V. Mientras que Negreskul morirá pronto en la cárcel, la hija de Lavrov podrá proseguir durante mucho tiempo su actividad política y propagandística. El grupo socialista al que pertenecía en 1904 Kalinin, el futuro presidente del Soviet Supremo de la URSS, había sido organizado por ella. Véase P. Dorovatovski, *K biografii M. I. Kalinina* [Para una biografía de M. I. Kalinin], en «Katorga i ssylka», 1933, fasc. II.

⁶⁸ Sobre todo el ambiente ruso y polaco de la época de la Comuna, cfr. la rica y detallada obra de J. W. Borejsza, *Patriota bez paszportu* [Patriota sin pasaporte], Varsovia 1970.

⁶⁹ La redacción del «Narodnoe delo» le envió entonces la colección de esta revista, que probablemente influyó en su posición política de los años siguientes. Véase a este respecto la introducción de I. Knizhnik-Vetrov al volumen I, 54 y ss. La carta de Bakunin, del 15 de julio de 1870, para invitarlo a participar en la redacción de una proyectada revista, se ha citado antes, en este mismo capítulo, pp. 401 y ss.

⁷⁰ Sobre esta figura de revolucionaria rusa, amiga de Dostoievski, cfr. el interesante libro de I. Knizhnik-Vetrov, *A. V. Korvin-Krukovskaya (Zhaklar)*, M. 1931.

⁷¹ Lavrov, *Parizhsкая Kommuna 18 marta 1871 goda cit.*, p. 68.

⁷² I, 66.

⁷³ «L'Internationale», 26 de marzo de 1871.

⁷⁴ «L'Internationale», 2 de abril de 1871.

⁷⁵ Carta a la Stakensneider del 10 de octubre de 1871, cit. en I, 71.

⁷⁶ Lavrov, *Parizhsкая Kommuna 18 marta 1871 goda cit.*, p. 31.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 42.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 45.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 76.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 78.

⁸¹ *Ibid.*, p. 109.

⁸² *Ibid.*, p. 118.

⁸³ *Ibid.*, p. 141.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 166.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 211.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 216. Cfr. M. S. Al'tman, *P. L. Lavrov i parizhskie kommunary. Iz arhiva P. L. Lavrova* [P. L. Lavrov y los «communards» parisienses. Del archivo de P. L. Lavrov], en *Evropa v novoe i noveishee vremia. Sbornik statei pamiatii akademika N. M. Lukina* [Europa en la edad moderna y contemporánea. Miscelánea en recuerdo del académico N. M. Lukin], M. 1966, pp. 275 y ss.

⁸⁷ El 27 de mayo, desde Locarno, Bakunin escribía ya: «En el programa se habla demasiado de la necesidad de una preparación científica, indispensable para los revolucionarios. Pero ¿cómo? ¿Acaso se piensa en crear una universidad en el extranjero? Hermosa cosa, sin duda, pero no asunto nuestro. Que la dirija el coronel Lavrov; yo, mientras tanto, me ocuparé de la causa revolucionaria...» Carta recogida en Ralli, *Iz moih vospominani o M. A. Bakunine* cit. Cuando después Bakunin llegó a Zurich, la discusión con Lavrov condujo pronto a una ruptura definitiva, cuyas modalidades y razones han sido detalladamente estudiadas y aclaradas por Meijer, *op. cit.*

⁸⁸ Cfr. en «Minuvshie gody», 1908, fasc. I, y reproducidas en V. Bogucharski, *Aktivnoe narodnichestvo semidesiatyj godov* [Populismo activo de los años setenta], M. 1912, p. 120. Cfr. J. H. Billington, *Mikhailowsky and the Russian Populism*, Oxford 1958.

⁸⁹ Sobre toda la prehistoria del «Vperéd», incierta y complicada, cfr., a más de los recuerdos de Ralli ya citados, Sazhin, *op. cit.*, y sobre todo Kuliabko-Koretski,

op. cit., que discute detalladamente, desde un punto de vista lavrista, los testimonios de los bakuninistas, la obra del mismo en «Materialy dlia istorii russkogo sotsial'nogo revoliutsionnogo dvizheniya», 1893, fasc. V, P. L. Lavrov, *Narodniki-propagandisty 1873-1878* [Populistas-propagandistas 1873-1878], L. 1925², y por último una carta de Lavrov a G. Vyubov del 30 de marzo de 1873, donde expone sus preparativos para la publicación del «Vpered», publicada por B. Modzalevski, E. Kazanovich y V. Karenin, *Pis'ma Lavrova* [Cartas de Lavrov], en «Byloe», 1925, fasc. II. Detalles de gran interés han aportado al respecto Meijer, op. cit.; Boris Sapir, *Unknown Chapters in the History of «Vpered»*, en «International Review of Social History», volumen 2, 1957, fasc. I, pp. 52 y ss.; N. A. Troitski, *Osnovanie zhurnala P. L. Lavrova «Vpered»* [La fundación de la revista «Adelante» de P. L. Lavrov], en *Iz istorii obshchestvennoi mysli i obshchestvennogo dvizheniya v Rossii* [De la historia del pensamiento social y del movimiento social en Rusia], Saratov 1964, pp. 98 y ss.; G. M. Lifshits, *O trekh variantakh programmy zhurnala «Vpered»* [Sobre las tres variantes del programa de la revista «Adelante»], en *Obshchestvennoe dvizhenie v poreformennoi Rossii. Sbornik statei k 80-letiyu so dnia rozhdeniya B. P. Koz'mina* [El movimiento social en Rusia tras la reforma de 1861. Colección de artículos para el ochenta cumpleaños de B. P. Koz'min], M. 1965, pp. 241 y ss.; Itenberg, *Dvizhenie revoliutsionnogo narodnichestva* cit., pp. 194 y ss., y además, sobre todo, la obra fundamental publicada por el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam: «Vpered!» 1873-1877. *From the Archives of Valerian Nikolaevich Smirnov. Edited, Annotated and with an Outline of the History of «Vpered» by Boris Sapir*, 2 vols., Dordrecht 1970.

⁹⁰ II, 31.

⁹¹ II, 67.

⁹² La carta del 1 de enero de 1874 fue publicada, naturalmente sin firma, en el tomo III del «Vpered», pp. 146 y ss. No está reproducida en II, 89 y ss., donde, en cambio, se encuentra la respuesta de Lavrov.

⁹³ Cfr. su reproducción en II, 143 y ss.

⁹⁴ Publicado en 8 fascículos en Ginebra desde 1888 a 1894.

⁹⁵ II, 182. Esta idea le venía a Lavrov de L. Stein, *Der Sozialismus und Kommunismus des heutigen Frankreichs*, Leipzig 1842, p. 130.

⁹⁶ II, 144.

⁹⁷ II, 320.

⁹⁸ *Gosudarstvenny element v budushem obshchestve* [El elemento estatal en la sociedad futura], reproducido en IV, 207 y ss.

⁹⁹ Prefacio a la traducción rusa de los *Servicios sociales en la sociedad futura*, de César de Paepe, publicada en 1875 y reproducida en IV, 7 y ss.

¹⁰⁰ IV, 347.

¹⁰¹ IV, 304-5.

¹⁰² IV, 334.

¹⁰³ IV, 376.

¹⁰⁴ *Russkoi sotsial'no-revoliutsionnoi molodëzhi. Po povodu broshyury «Zadachi revoliutsionnoi propagandy v Rossii» redaktora zhurnala «Vpered»* [A la juventud social-revolucionaria rusa. A propósito del opúsculo «Las tareas de la propaganda revolucionaria en Rusia», del redactor de la revista «Adelante»], Londres, 1874, reproducido en III, 335 y ss.

¹⁰⁵ Sobre la reunión de París, véase sobre todo Kuliabko-Koretski, op. cit., páginas 200 y ss., y el cap. VII: *The Paris Congress and the Liquidation of Vpered*, en «Vpered!» 1873-1877... by Boris Sapir, op. cit., vol. I, pp. 347 y ss. La crítica del «Vpered» la hizo en el otoño de 1875, con especial dureza, S. M. Kravchinski-Stepniak, en dos cartas a Lavrov. Extensos extractos de la primera se han publicado por primera vez en Bogucharski, op. cit., pp. 126 y ss., y está reproducida en «Byloe», 1912, fasc. XIV. La segunda ha sido publicada por B. Nikolaevski, *Materialy i dokumenty. Tkachëv i Lavrov* [Materiales y documentos. Tkachëv y Lavrov], en «Na chuzhoi storone», 1925, fasc. X. Decía, entre otras cosas: «Se equivoca usted terri-

blemente al pensar que su revista dirige nuestro partido revolucionario. No le refiero mis impresiones, sino hechos que conozco bien. Sólo una parte completamente insignificante de nuestra juventud revolucionaria está satisfecha con su revista. La inmensa mayoría la constituyen sus adversarios. Usted quiere la revolución social en el sentido más pleno y amplio de esta palabra, en su sentido más científico. Usted espera el momento en que el pueblo ruso podrá levantarse en nombre de un programa claramente consciente... Así, la propaganda es la palabra que está escrita en su bandera y en todas las páginas de su revista. Toda la actividad del revolucionario se encierra, según usted, en la propaganda (y naturalmente en la tarea de preparación de ésta). En suma, para usted la panacea de todos los males son las charlas. No propone nada más... Nosotros no creemos ni en la posibilidad ni en la necesidad de una revolución como la que usted espera. Nunca en la historia ha habido un ejemplo de revolución que se iniciara claramente, conscientemente, científicamente...» Sobre las reacciones de Lavrov, cfr. J. M., *Lavrov at the End of 1875*, en «Bulletin of the International Institute of Social History», Amsterdam 1952, fasc. II, pp. 110 y ss.

¹⁰⁶ II, 135.

¹⁰⁷ Esta primera versión, retenida en los archivos de la censura, fue publicada por B. P. Koz'min en «Zven'ya», 1932, fasc. I.

¹⁰⁸ *Komu prinadlezhit budushee? Razgovor posledovatel'nyy liudei* [¿A quién pertenece el futuro? Conversación de personas consecuentes], reproducido en III, 79 y ss.

¹⁰⁹ III, 124.

¹¹⁰ Cfr. Boris Sapir, *Jewish Socialist Around «Vperéd»*, en «International Review of Social History», vol. 10, 1965, fasc. 3, pp. 1 y ss. (fue notable la participación de jóvenes de origen judío en el movimiento inspirado por Lavrov).

¹¹¹ Aptekman, *op. cit.*, p. 112.

¹¹² Kuliabko-Koretski, *op. cit.*, pp. 44, 98, 126.

¹¹³ Andrei Ivanov. *Jitraya mejanika. Pravdivy razskaz otkuda i kuda idut den'gi* [Andrei Ivanov. El astuto mecanismo. Cuento verídico sobre a dónde van y de dónde vienen los cuartos], M. [en realidad, Zurich] 1874. Se reeditó en Londres en varias ocasiones con diversas variantes y títulos igualmente característicos: *Kto i kak deshëvo dobyvat' den'gi. Razskaz byvalogo cheloveka* [Quién y cómo obtiene dinero barato. Relato de un experto], Spb. [en realidad, Londres] 1876; *Chudesnaya skazka o semi Semionaj rodnyj brat'yaj* [Admirable relato de los siete hermanos Semion], M. [en realidad, Londres] 1876; *O tom, chto tokoe golod i kak sebia preojranit' ot ego gibel'nyj posledstvii*. Soch. F. R.... *Obshestvennoe chtenie* [Sobre lo que es el hambre y cómo guardarse de sus desastrosas consecuencias. Obra de F. R.... Lectura para todos], Spb. [en realidad, Londres] 1876. Véase en *Agitatsionnaya literatura russkij revoliutsionnyj narodnikov* [La literatura de propaganda de los populistas revolucionarios rusos], edición de V. G. Bazanov y O. B. Alekseeva, L. 1970, pp. 156 y siguientes.

¹¹⁴ Aptekman, *op. cit.*, p. 113.

¹¹⁵ Véase en *Kalendar' russkoi revoliutsii, pod red. V. L. Burtseva* [Calendario de la revolución rusa, edición de V. L. Burtsev], P. 1917, p. 324.

¹¹⁶ Palabras recogidas por Lavrov, *Narodniki-propagandisty cit.*, pp. 165-66.

¹¹⁷ Plejanov, entonces populista, dirá más adelante que la propaganda de los lavristas «era probablemente más razonable que la nuestra... Los lavristas tenían al menos eso de bueno, que no presentaban de modo deformado el movimiento obrero occidental. Bajo la influencia de lo que contaban, el obrero ruso podía aclararse mejor a sí mismo la tarea que le esperaba. Si en el programa de la Unión Obrera del norte de Rusia, constituida en el invierno de 1878-79, era sensible una intensa nota socialdemócrata, había que atribuirlo, al parecer, en notable medida a la influencia de los lavristas». G. V. Plejanov, *Russki rabochi v revoliutsionnom dvizhenii (Po lichnym vosnominaniyam)* [El obrero ruso en el movimiento revolucionario (De recuerdos personales)], *Sochineniya* [Obras], M. s. d., pp. 140-41. De modo parecido, N. S. Rusanov decía: «Los lavristas tuvieron mucho éxito entre los obreros, que gracias

a ellos conocieron con más detalle el problema obrero en Occidente, la vida, los derechos, las exigencias de los obreros en Europa y América.» *Iz moij vospominani. Kniga I. Detstvo i yunost' na rodine* [De mis recuerdos. Libro I. Adolescencia y juventud en la patria], Berlín 1923, p. 152.

¹¹⁸ Del artículo sobre el movimiento revolucionario ruso de P. B. Aksel'rod, publicado en «Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik», año II, 1881.

¹¹⁹ Carta del 23 de febrero de 1903, publicada en *Perepiska G. V. Plejanova i P. B. Aksel'roda. Redaktsiya i primechaniya P. A. Berlina, V. S. Voitinskogo i B. I. Nikolaevskogo* [Correspondencia de G. V. Plejanov y P. B. Aksel'rod. Edición y notas de P. A. Berlin, V. S. Voitinski y B. I. Nikolaevski], M. 1925, vol. II, p. 190. En esta carta Plejanov negaba que pudiera extenderse esta mentalidad a todo el movimiento lavrista en Rusia, como había dicho Aksel'rod en el artículo antes citado. Véase también Rusanov, *op. cit.*, pp. 15 y ss., en donde sostiene que los lavristas, y el propio Ginsburg, pensaban que era necesario también en Rusia pasar por el capitalismo, «o al menos por algunas fases de éste».

Los «chaikovtsy» y la «ida hacia el pueblo»

Las violentas discusiones internas en el ambiente del que surgió el grupo de Nechaev, la profunda impresión suscitada por el proceso de éste, fueron el antecedente inmediato de todo el movimiento que se desarrollaría durante los primeros años del nuevo decenio.

Pocos habían seguido a Nechaev hasta el final, muchos se le opusieron desde sus primeras declaraciones y un número aún mayor se apartó de la mentalidad y la táctica representadas por él cuando el proceso acabó poniendo al desnudo las consecuencias prácticas a las que había llegado. Y precisamente los que actuaron como enemigos suyos fueron los que dieron vida a la nueva fase del populismo.

Puede decirse que el estado zarista, al asestar sus golpes al aspecto extremista del movimiento, sacando públicamente a la luz sus aspectos más extraños y retorcidos, no hizo sino permitir el desarrollo de un movimiento más amplio, aunque al principio creyó destruirlo al truncar su rama más visible. En su origen el movimiento pudo parecer menos peligroso, pero en realidad era más profundo e importante. Los autores de memorias y los historiadores que verán en Nechaev sólo un episodio aislado, un elemento ajeno en el desarrollo del populismo, no harán sino consagrar en forma historiográfica este resultado obtenido por la represión.

Desde el punto de vista organizativo, puede considerarse al grupo de Nechaev como el último de los grupos provinciales que toman la iniciativa por su cuenta, que actúan con sus propias fuerzas y sus propias ideas, tratando de unirse a tendencias parecidas en otras ciudades, pero permaneciendo sobre todo cerrados y sin auténticas posibilidades de desarrollo. Nechaev había sido, en este aspecto, el verdadero continuador de *La joven Rusia*.

Con los primeros años de la nueva década, al comienzo de la recuperación, el extremismo característico de las regiones orientales de Kazán, del Volga, del propio Moscú, enmudeció por un momento. El movimiento que desembocaría en la «ida hacia el pueblo» partió de la capital, de la San Petersburgo apenas rozada por las tendencias de Nechaev y que recupera ahora la función dirigente que había perdido al disolverse la primera

Zemlia i volia. Un nuevo comienzo de centralización marcha al unísono con una mayor extensión territorial de las nuevas organizaciones. La provincia ya no tiene la iniciativa, pero se ve afectada con creciente amplitud y parece insertarse más naturalmente en una corriente general. Las condiciones objetivas de todo el movimiento (grupos de estudiantes, clandestinidad, etc.) siguen siendo las mismas y llevan a una forma fragmentada de organización, dejando amplio campo a las iniciativas locales e incluso a la teorización de este hecho (autonomía de los diferentes grupos); pero desde los primeros años de la nueva década es posible observar cómo se está formando una corriente no sólo más amplia, sino única, con centro en San Petersburgo.

La apertura organizativa y psicológica de los grupitos aislados va acompañada, y en cierto modo causada, por su crecimiento; el número de participantes aumenta notablemente en este período. Se ha hablado de «masas», y la cosa es exacta si se quiere indicar con esa palabra una participación cada vez más amplia en las organizaciones clandestinas. Y efectivamente hay algo grandioso y sorprendente en esta especie de reclutamiento clandestino entre 1870 y 1873. La lista de los que empezaron a actuar por entonces incluye prácticamente a todos los que formarán luego las bases de *Zemlia i volia* y de *Narodnaya volia*. A menudo son gente jovencísima, pero ya muy segura desde sus primeros pasos. Su entrega es total desde el primer día¹.

Esta amplitud y profundidad del movimiento ha inducido a muchos a decir que el populismo empezó en realidad entonces, que había que fechar su inicio en la preparación para la «ida hacia el pueblo». Aunque esto no sea exacto teóricamente, como creo que han demostrado las páginas precedentes, es cierto que este período puede considerarse como la auténtica «primavera» del movimiento.

Incluso desde el punto de vista de los métodos de propaganda, el clima es muy distinto del que hemos observado en los años sesenta.

Debemos notar que el sistema adoptado en el presente por el partido revolucionario ofrece poquísimos pretextos jurídicos y, en general, se manifiesta tan poco exteriormente que en gran parte escapa a la investigación. Los medios de la policía y la administración son hoy absolutamente ineficaces para prevenir y truncar la actividad delictiva de un agitador atento.

Así cerraba en marzo de 1875 un informe el general Potanov, jefe de la Tercera Sección. Por supuesto, estas palabras se escribían con la intención de mostrar que la policía necesitaba medios mayores y para curarse en salud, pero en sustancia pintaban eficazmente la táctica iniciada por el principal movimiento de esos años, o sea el movimiento que se suele denominar de los *chaikovtsy*, por el nombre de uno de sus organizadores, N. V. Chaikovski².

Para formar parte de la organización no eran precisas formalidades de ningún tipo, ni había estatutos o programas escritos. El objetivo fundamental se limitaba a la propaganda de las ideas socialistas. Y para este fin pretendían servirse en la medida de lo posible de libros y textos legalmente impresos.

No se trataba de una desorganización intencionada, sino de un nuevo tipo de organización. Existió un grupo dirigente, que observó las reglas de la conspiración con más precisión y frialdad que aquellos grupos anteriores en los que se había fantaseado y discutido tanto sobre las conjuras. La propaganda, que quería ser legal, no fue sino un aspecto de la actividad de los *chaikovtsy*, los cuales, como veremos, acabarán poseyendo sus imprentas ilegales. No conseguirán fijar un programa porque se lo impidieron las detenciones, pero discutieron mucho el tema. Del continuo cotejo de sus ideas y aspiraciones fue formándose rápidamente un espíritu común, capaz de sustituir con eficacia a una doctrina explícita.

Justamente este espíritu común fue lo que los distinguió, lo que les dio fuerza y energía. Permitió la agrupación de nuevos elementos, de nuevos núcleos, y abrió el camino para la transformación del populismo en un movimiento cada vez más vasto. La falta de un programa rígido permitió a los *chaikovtsy* crear la plataforma en la que se desarrollará la controversia entre los seguidores de Lavrov y los de Bakunin. Ellos crearon la base populista que modificó, asimilándolos, tanto el anarquismo del uno como el socialismo del otro. Puede decirse, en suma, que los *chaikovtsy* fueron el primer movimiento populista amplio, sin especificaciones.

Pero por esa misma razón este movimiento nos ha dejado pocos documentos, al contrario de los que lo precedieron. Su historia consiste en la actuación de sus miembros y es la historia de una serie de intentos de propaganda realizados con diversos métodos y en distintos ambientes.

Pero esta vez, después de tantos años, su llamada tuvo un eco. Su propaganda fue la más eficaz que existió desde comienzos de los años sesenta. Eso influyó profundamente en su desarrollo. La vida del grupo ya no se vio retorcida hacia el interior por la dureza e impermeabilidad del mundo que la rodeaba, como había ocurrido en la época de Ishutin y Nechaev. Por eso no vemos en ellos una voluntad frenética de atraer a otros a sus ideas, por cualquier medio. Su propaganda pudo ser más lenta y sistemática.

Encontraron una expresión adecuada de su método, de su situación, de la voluntad que los animaba no ya en astucias maquiavélicas o en la exaltación de la *élite* revolucionaria, sino en la idea que dominó toda su actuación, la de la «deuda» que las clases cultas, los intelectuales habían contraído con el pueblo. No se trataba, pues, de una acción a plazo fijo, sino de cumplir un deber en cualquier momento y circunstancia. La expresión moral de su ideal político los liberaba de un revolucionarismo de conspiradores. Esta concepción les dio por fin, tras tantos intentos, la fuerza suficiente para salir del hermetismo de las sectas. Al igual que

cualquier visión en términos morales de una política, esta visión suya puede parecer ingenua, pero en realidad indicaba el descubrimiento de una fuerza nueva.

Uno de los partícipes y cronistas de ese período, L. E. Shisko, ha insistido con justicia sobre ese aspecto del problema:

Indudablemente todo movimiento revolucionario tiene siempre en sí, más o menos honda, una base moral; de modo que, desde este punto de vista, el movimiento de los años setenta no es nada original. Pero su carácter peculiar estriba justamente en la función exclusiva que en él desempeñaron los motivos éticos. La gente se unía entonces por la fidelidad a esta o aquella doctrina revolucionaria.

Y recordaba por ejemplo cómo, cuando se trataba de aceptar a un nuevo camarada, predominaba la valoración moral que se hacía de su persona³.

Esta voluntad moral era tan intensa en el grupo de los *chaikovtsy* que a veces asumía una forma religiosa, de una religión que era una simbología más o menos simple de sus aspiraciones a la pureza y al sacrificio total. Pero esta formulación religiosa fue marginal. A los *chaikovtsy* no se les puede definir ni por un manifiesto político ni por un credo religioso. Su importancia histórica reside en el hecho de haber querido vivir totalmente de acuerdo con la idea del deber frente al pueblo.

A pesar del nombre con que suele designárseles, si hubiera que buscar un fundador habría que identificarlo más bien en la persona de Mark Andreevich Natanson. El grupo que congregó a su alrededor en la Academia Médico-Quirúrgica, donde estudiaba —en la primavera de 1869, antes incluso de que se formara la comuna de la calle Vul'fovskí, que surgió en octubre— se inspiraba ya en las ideas que caracterizarán el nuevo período. Influyó mucho en que bastantes jóvenes se apartaran de Nechaev. Los estudiantes habían promovido por entonces una encuesta entre los campesinos, para averiguar si realmente estaban dispuestos a una insurrección inmediata, como afirmaba Nechaev. El resultado negativo los convenció de la necesidad de una tarea más lenta de propaganda y penetración⁴.

En ese sentido actuará desde el principio el grupo de la Academia Médico-Quirúrgica encabezado por Natanson, «compuesto por *raznochintsy* atrevidos, seguros y fuertes»⁵, como por ejemplo V. Aleksandrov, A. I. Serdiukov, N. V. Chaikovski, D. A. Klements y otros. Los estudiantes estaban mejor organizados que en ningún otro centro. Su biblioteca era llamada a menudo el «club de los jacobinos», sin querer aludir con ello a una tendencia política, evidente, sino al espíritu revolucionario que reinaba en ella. Natanson era su alma. Todos los que lo conocieron confirman el juicio que nos ha dejado S. L. Chudnovski: «Era hombre de gran energía, de iniciativas, y de una rara capacidad de organización»⁶. Procedía

de las provincias occidentales del imperio ruso; ya en la época de la rebelión polaca de 1863, cuando estaba aún en el instituto, había tenido que ver con la policía. «Más adelante llevó a su práctica revolucionaria la impronta de la capacidad conspiratoria de los polacos», dirá Chaikovski⁷. Gran admirador de Chernyshevski, y sobre todo de Dobroliubov, declaraba entonces que estaba buscando una «ética revolucionaria» capaz de dar al movimiento la fuerza de la «razón teórica y práctica».

Será uno de los primeros que caiga. Será detenido y deportado a la gobernación de Arjangel'sk ya en 1871⁸. Esto fue el comienzo de una larga carrera de revolucionario. Tras volver una primera vez del confinamiento, lo deportarán de nuevo en 1877, y en 1890 se convertirá en uno de los principales organizadores del partido del «Derecho del pueblo». En 1894 lo enviarán otra vez a Siberia. Formará parte de los socialistas-revolucionarios, estará presente en la conferencia de Zimmerwald y se alineará con los socialistas-revolucionarios de izquierda. Morirá en 1919 en Berna.

Tras la detención de Natanson en noviembre de 1871, Nikolai Vasil'evich Chaikovski aseguró la continuidad del grupo que se estaba formando⁹. Este muchacho, que entonces contaba veinte años, produjo una «impresión fascinante» en Kropotkin¹⁰. En él se fundían un temperamento de organizador político y una continua búsqueda de la verdad interior. «Debemos ser limpios y brillantes como un espejo —decía entonces Chaikovski—, debemos conocernos unos a otros para ser capaces, en las situaciones difíciles de la persecución y la lucha, de saber *a priori* cómo se comportará cada uno de nosotros.» Por eso llamaba a su grupo «una orden»¹¹. Este elemento religioso acabará dominando en su ánimo. Después de dos o tres años de intensa actividad, las dudas sobre la posibilidad de que triunfara el ideal que lo animaba se hicieron tan intensas que aceptó como una liberación una doctrina religiosa que era al tiempo una expresión y una caricatura de aquel ideal. Se trataba de una religión creada por Aleksandr Kapitonovich Malikov, uno de los implicados en la represión que siguió al atentado de Karakozov, que había acabado confinado en su región de Orel. Allí creó su «dios-humanismo», basado en la necesidad que cada hombre tiene de buscar el dios que lleva en sí.

Chaikovski —por recoger las palabras de Frolenko, que daba entonces sus primeros pasos pero que pronto se convertirá en uno de los más decididos revolucionarios de la *Narodnaya volia*— vio en esa predicación una revelación de lo alto. De golpe le resolvía todos los problemas que lo atormentaban, le daba todo lo que buscaba, respondía por entero a las exigencias de su alma —honesta, tierna y recta. No se necesitaban conjuras, ni clandestinidad, ni revoluciones, ni rebeliones. Bastaba con liberarse de los defectos y los vicios, sentirse dios-hombre, creer serlo... Lo creyó con absoluta fe, y de golpe cayó de sus espaldas todo el peso de los problemas y

las incertidumbres que lo atormentaban. Adquirió la calma y la paz del ánimo. Esta calma y contento se reflejarán incluso en su salud física. De estudiante flaco que era, se transformó con rapidez en un hombre hecho y derecho ¹².

Como es natural, trató de convertir a sus compañeros a su nueva fe, pero no lo logró. Continuaron por su cuenta el camino que los llevaría a la «ida hacia el pueblo» y las organizaciones revolucionarias de finales de los setenta. El «dios-humanismo» no había hecho más que revelar por un momento, en forma religiosa, el impulso moral que había en todo el movimiento. Chaikovski emigrará con Malikov en 1874 y se irá a vivir a América, a la colonia comunista fundada por Frei. Más adelante volverá a la política y participará en la recuperación del movimiento socialista revolucionario a comienzos de nuestro siglo.

Pero siguió muy arraigado en él aquel factor de desconfianza que de joven lo había apartado del grupo que tradicionalmente lleva su nombre. En realidad no creía en la revolución social. En 1917 le contestó a un compañero de los años setenta que le pedía su opinión sobre la situación política rusa: «Naturalmente, habrá entre nosotros una república democrática burguesa» ¹³. Por eso combatirá contra los bolcheviques, convirtiéndose en jefe del gobierno blanco de Arjangel'sk.

Entre 1871 y 1872 entraron a formar parte del grupo de San Petersburgo los elementos más activos. Si queremos hacernos una idea de la atmósfera que reinaba entonces en el movimiento debemos recurrir a las memorias de Charushin o a otras, aún más interesantes, de Sergei Silych Sinegub ¹⁴.

La primera impresión que produce la lectura de esas obras es la de lo extraño de aquel ambiente. Basta con pensar en el largo capítulo de las memorias de Sinegub, muy irónico, en el que se habla de su matrimonio ficticio, es decir, del matrimonio que celebró para librar a una joven oprimida por el yugo familiar, según una costumbre muy difundida entonces. En este deseo de describir con el mismo tono y desde el mismo punto de vista la vida individual y la social, los pensamientos más íntimos y la acción política, se revela el muelle interno del movimiento, la completa entrega de estos jóvenes estudiantes. Esta aparente desaparición de la vida privada, su fusión con la vida del grupo y, al menos como ideal, con la del pueblo, le permite hablar de sí mismo con una mezcla de ingenuo impudor y de minuciosa seriedad que es característica de estas memorias, como lo fue de toda la ascética vida de los *chaikovtsy*. Precisamente por eso los recuerdos de Sinegub constituyen la mejor y más fiel crónica psicológica del movimiento.

Entre los *chaikovtsy* dio los primeros pasos de su extraordinaria vida de revolucionario Sergei Mijailovich Kravchinski. «Vivía entonces una cerrada vida interior. Toda su energía se encaminaba a su propio desarrollo mental, a prepararse idealmente para la función revolucionaria

que desde entonces, sabía que sería la suya. Leía ya varias lenguas, tenía una gran memoria...»¹⁵, contará más adelante un compañero y amigo suyo.

La primera publicación ilegal que pasó por sus manos fue el fascículo del «Narodnoe Delo» redactado por Bakunin. Kravchinski lo difundió en la academia militar a la que pertenecía. Este contacto con el anarquismo bakuninista y la llama de perfeccionamiento interna que ardía en él lo llevaron, todavía jovencísimo, a teorizar sobre el individualismo revolucionario. Al estudiar la Revolución francesa se había convencido de que «en ella, la función principal fue realizada por la energía personal de sus héroes»¹⁶. También en Rusia —pensaba— todo dependería de la formación de hombres que estuvieran a la altura de la tarea que les esperaba. Pero no podía tratarse de una pura exaltación del instinto: quien quisiera dedicarse al pueblo tendría que poseer un saber y una voluntad igualmente fuertes. Eran los primeros gérmenes del que será el ideal de *Zemlia i volia*, y Kravchinski fue una de sus encarnaciones más típicas y hermosas.

Este elemento individualista puede notarse también en otro que los que ensayaron sus primeras armas entre los *chaikovtsy*: Dmitri Aleksandrovich Klements, una de las figuras más completas de ese ambiente y esa época, naturaleza capaz de desarrollar una vida y una actividad enciclopédica en un país sobre el que tanto pesaba la atmósfera de la opresión y el conformismo oficial¹⁷.

Había nacido en 1848, hijo de un propietario de la región de Saratov. Procedía de aquella pequeña nobleza que se esforzaba tanto por mantener su condición y por seguir en contacto con la aristocracia, pero que a menudo acababa cayendo en una posición social similar a la de muchos pequeños nobles franceses antes de la revolución, condenados a una vida casi tan mísera como la de sus campesinos. No conservaban más que un derecho, el de ser alimentados sin trabajar. Estos propietarios insignificantes se habían convertido, como contará Klements en sus memorias, en la peor maldición de las aldeas rusas. La guerra de Crimea, las levas que los privaron de los brazos de sus siervos, y por último la reforma, hicieron su existencia cada vez más difícil. Los campesinos los odiaban, pero no sabían dónde encontrar un apoyo para defender sus derechos, ya que no confiaban en la autoridad del estado, al que veían absolutamente dominado por sus amos. Los pequeños nobles, por otra parte, estaban convencidos de que el gobierno pretendía arruinarlos y sus quejas no hacían sino confirmar a los campesinos en la idea de que «el manifiesto del 19 de febrero no era sino el comienzo de la libertad»¹⁸. Estas experiencias juveniles enraizaron en el ánimo de Klements la idea de la revolución campesina.

Estudió en el instituto de Samara, donde seguía circulando la literatura clandestina; pasó por sus manos el «Kolokol» de Herzen, junto con los libros típicos de la generación positivista, las obras de Büchner, etc. También en su caso el «¿Qué hacer?» de Chernyshevski fue una impor-

tante y obligatoria etapa de desarrollo. Las lecturas de los futuros populistas se parecen todas por esos años, incluso en las regiones más diferentes de Rusia. En realidad las obras en ruso que podían servir para su formación aún eran escasísimas; una de las funciones de los *chaikoutsy* será ampliar esta biblioteca y proporcionar una literatura más vasta y variada.

En 1866 Klements había acabado sus estudios de segunda enseñanza y su padre no tenía la menor posibilidad de enviarlo a la universidad. A pesar de todo consiguió estudiar, pero eso significó para él entrar a formar parte de inmediato del proletariado intelectual, es decir, ganarse dificultosamente la vida con pequeños trabajos literarios, traducciones, clases particulares, etc. En Kazán, primera etapa de su vida universitaria, encontró las cenizas —por así decirlo— de los movimientos que en años anteriores habían agitado a los estudiantes de la ciudad. Pero cuando llegó a San Petersburgo se sumó pronto a un ambiente muy distinto. Entró en contacto con el grupo de los *chaikoutsy* y se convirtió en uno de sus elementos más activos. Unos años después, en 1877, le escribirá a Chaikovski:

Si, hermano, lo digo en verdad, en mi vida he tenido ocasión de ver mucha gente... pero más limpia y mejor que vuestro grupo, que en ese momento estaba en flor, nunca la he visto. En aquella unión que era la nuestra éramos muy fuertes, fuertes con la influencia moral que ejercíamos unos sobre otros¹⁹.

Klements se encargó del trabajo de distribución de los libros de tema social, sobre todo del *Alfabeto de las ciencias sociales* de Bervi-Flerovski. La policía le molestó por ello, pero sin consecuencias. Después se dedicó a trabajar entre los obreros y los campesinos. Poco o nada recogen sus memorias de este período de su actividad. Pero quizás dos líneas de un diálogo que nos refiere aclaran mejor que una larga descripción el estado de ánimo suyo y de sus compañeros:

—¿Por qué vas al campo? —le pregunté a un amigo.

—Hablamos mucho del pueblo, pero no lo conocemos. Quiero vivir la vida del pueblo y sufrir por él²⁰.

Durante todo el verano de 1874 vagabundeo desde la región de Moscú, a través de las gobernaciones de Simbirsk y Samara, Volga abajo, «ganándose la vida con diversos trabajos manuales»²¹. Morozov nos lo describe vestido de campesino, perfecta encarnación del papel que había elegido. Pero, como dirá Kravchinski, «bajo aquel disfraz se ocultaba una de las mayores inteligencias que había en las filas del partido revolucionario ruso». El período de preparación y de realización de la «ida hacia el pueblo» fue para él un aprendizaje, así como para muchos de sus compañeros. Incluso más adelante seguirá vivo en él este populismo total y elemental, esta juvenil entrega completa al pueblo; pero también sabrá

ver esta experiencia con ojos políticos. Vuelto clandestinamente de una estancia temporal en el extranjero, se convertirá en uno de los creadores de *Zemlia i volia*.

Kropotkin dijo un día que siempre «había considerado a Leonid Emanuelovich Shishko como la más pura y mejor expresión del grupo de los *chaikovtsy*, la más elevada expresión de su ideal moral». La Perovskaya lo llamaba «un hombre no sólo puro, sino químicamente puro». Y los escritos que nos ha dejado reflejan mejor que otros muchos el entusiasmo que lo invadió a él y a sus compañeros a comienzos de los años setenta²².

Había nacido en 1852 de una familia noble y rica, y se le destinó a la carrera militar. A los diecinueve años decidió que ese camino no era el adecuado para él y entró en el Instituto Tecnológico de San Petersburgo con la intención de adquirir conocimientos que pudieran serle útiles cuando pusiera su existencia al servicio del pueblo. Los artículos de Pisarev lo habían inducido a adoptar esta postura, cientifista y populista al tiempo. Pronto la amistad que entabló con Kravchinski hizo que predominara el segundo factor. Con el Instituto de Artillería, del que había sido alumno, no conservó más relaciones que las precisas para buscar en él, con Kravchinski, un grupo de cadetes interesados por las ideas populistas, para darles conferencias sobre el «Vperéd» de Lavrov y sobre la vida de la Internacional. Pronto abandonó el Instituto Tecnológico con la esperanza de hacerse maestro de una aldea y encontrar así un camino hacia los campesinos.

Su entrada en el grupo de los *chaikovtsy* de San Petersburgo pronto le dio una responsabilidad organizativa. En 1872 escribía un opúsculo de propaganda, impreso al año siguiente en Suiza, que se difundirá ampliamente en el momento de la «ida hacia el pueblo»: *Unas palabras, hermanos, sobre lo difícil que le resulta a nuestro hermano vivir en la tierra rusa*²³. Pero Shishko quería, sobre todo, que la historia rusa sirviera de tema para la propaganda sistemática entre los obreros de la ciudad y los campesinos de las aldeas. Tomó el libro que Judíakov había escrito para demostrar cómo y con qué medios se había formado el estado ruso, y lo utilizó ampliamente, continuando por su cuenta el intento de dar a conocer las raíces de la opresión presente. Fue uno de los primeros que desplegó en San Petersburgo y Moscú una obra sistemática de proselitismo entre los obreros; también creó pequeños talleres y centros artesanales en los que los jóvenes miembros de la *inteligentsia* aprendían un oficio, preparándose así para la vida que proyectaban llevar en las aldeas, entre los campesinos. En agosto de 1874 fue detenido y tuvo que esperar cuatro años en la fortaleza de Pedro y Pablo, en el más absoluto aislamiento, a que lo juzgaran y lo condenaran a nueve años de trabajos forzados. «Tras cuatro años en Kara lo trasladaron a Chita, después a Tomsk y por último a Irkutsk. Escapó en el otoño de 1890, consiguiendo llegar sin tropiezos a Europa», como narró él mismo en una descarnada autobiografía. Será uno

de los primeros de la generación de los años setenta en formar parte del partido socialista-revolucionario, y morirá en el exilio en 1910.

Fue muy breve el período en que actuó en Rusia: ni siquiera dos años. Sin embargo Kravchinski, al recordar su obra, tan pronto interrumpe, decía en 1891:

Los *chaikovtsy* fueron los que contribuyeron notablemente a crear la atmósfera moral, a poner en vigor las reglas de conducta que se convertirán en el código de la generación revolucionaria siguiente. Este fue el enorme mérito de tal movimiento, basado enteramente en la entrega personal a la idea y en el espíritu de sacrificio. Leonid Shishko participó indudablemente con todas sus fuerzas en esta tarea educativa²⁴.

Como se ve por estos ejemplos, los *chaikovtsy* eran generalmente jovencísimos, daban los primeros pasos en busca de un nuevo camino. Pocos podían presumir de una experiencia revolucionaria. Sólo German Aleksandrovich Lopatin y Feliks Vladimych Voljovski venían de una organización anterior, o sea la sociedad del Rublo fundada por ellos tras la caída del grupo de Ishutin²⁵.

Lopatin, tras su fuga del confinamiento en Stavropol, había sido detenido por el asunto Nechaev, pero consiguió refugiarse en el extranjero. En Londres conoció a Marx, la mitad de cuyo *Capital* había traducido al ruso, pero a comienzos de 1871 había regresado clandestinamente a Rusia, con la intención de liberar a Chernyshevski de Siberia. Informó detalladamente a sus compañeros de la situación de la Internacional (él mismo había sido miembro del Consejo General), y se interesó por la publicación de *El Capital* en San Petersburgo, pero sus verdaderas preocupaciones eran muy otras. Tras una serie de intentos en Siberia, y después de dos novelescas fugas de las cárceles de aquella tierra, conseguirá de nuevo refugiarse en el extranjero en 1874²⁶. También su compañero Voljovski había conocido las cárceles zaristas. A los veinticinco años tenía la cabeza cana y estaba medio sordo. Pero poseía una vitalidad excepcional. En cuanto lo pusieron en libertad, en julio de 1871, entró a formar parte de los *chaikovtsy* y al año siguiente fue enviado a organizar la juventud en la ciudad de Odesa. Creó un periódico clandestino, titulado «Adelante», y acabó congregando a su alrededor un grupo que contaba con hombres como Franzholi, Langans y otros y que, a finales de 1873, incluyó entre sus miembros a P. M. y A. M. Makarevich y A. I. Zheliabov. Detenido de nuevo, tras cuatro años de aislamiento en la fortaleza de Pedro y Pablo lo deportarán a la gobernación de Tobolsk. No conseguirá escapar hasta 1889, y sólo en el extranjero podrá desplegar una amplia obra de propaganda, que confluyó en el partido de los socialistas-revolucionarios.

Uno de los pocos que aportó a aquellos jóvenes una personalidad ya formada, si no una experiencia revolucionaria, fue Pëtr Alekseevich Kro-

potkin²⁷. Había nacido en 1842 y el mismo ambiente en que se desarrolló su infancia y su juventud le hizo más lento y difícil el apartarse de la alta sociedad a la que pertenecía, del mundo de la aristocracia y de la corte que compartió desde sus primeros años. «¿Sabes de dónde proviene nuestra familia?», solía repetirle su padre al hablarle del árbol genealógico de los Kropotkin, descendientes de la más alta nobleza, cuyos antepasados se remontaban a una época anterior a la formación del estado ruso. En realidad los Kropotkin habían sido precisamente una de las familias aristocráticas dejadas a un lado por la formación de la monarquía absoluta de los zares, y desde el XVII no habían tenido cargos de primer plano en la política y la administración. El padre de Pëtr era simplemente un típico militar de la época de Nicolás I, obtuso y violento. Su madre descendía de los cosacos ucranianos que durante generaciones habían luchado por su independencia, batiéndose con polacos y rusos. Más adelante Pëtr Alekseevich afirmará ser un «escita», que reunía en sí sangre del norte y del sur.

Elegido personalmente por Nicolás I para formar parte del Cuerpo de Pajes, se había formado en San Petersburgo, en el clima de los años cincuenta, un período de grandes esperanzas, de ávidas lecturas, de contactos cada vez más amplios con el mundo de la cultura occidental. Esta amplitud de miras, este aliento de humanidad que había absorbido a grandes sorbos en la capital durante la época de su primera juventud, perdurarán siempre en él. El elemento de clausura, de opresión que hemos descubierto en el ánimo de los revolucionarios de los años sesenta faltará en él, formado en el mundo intelectual de los primeros años del reinado de Alejandro II.

La correspondencia que intercambió regularmente con su hermano Aleksandr es uno de los mejores documentos que nos han quedado sobre la vida de la generación que entonces se abría a la existencia²⁸. Vemos surgir su descontento por todo lo que lo rodeaba, su creciente intolerancia de la actitud mezquina y sórdida de la clase dirigente, incapaz de entender y de aceptar las consecuencias de la reforma campesina. Pero este estado de ánimo no se traduce aún en fórmulas políticas. Ambos hermanos están absorbidos, hacia 1861, por la atmósfera liberal que todavía no ha asumido contornos precisos y que caracteriza una notable parte de la sociedad rusa del período. Aleksandr encuentra en el «Velikoruss» la expresión de sus preocupaciones y trata de difundir sus ideas. Pero ya se están abriendo ante él perspectivas distintas. «Todas estas reformas políticas —escribía a Pëtr el 10 de febrero de 1861— no tienen aún un carácter social. Puede ocurrir que tengan éxito en Rusia. Pero preveo un terrible trastorno en Occidente. El proletariado se desarrolla, crece en él la exigencia de una vida mejor. Llegará el día en que no querrá tener más paciencia y se iniciará entonces algo terrible... No sé quién se salvará. Yo no tengo ideales, no creo ni en el comunismo ni en el socialismo. Me comportaré ante la vida social como un crítico. Preveo

la tempestad, pero no alzaré ninguna bandera»²⁹. Pero después también a él lo asaltó la gran oleada revolucionaria de comienzos de los años setenta. Parece incluso que, durante una estancia en Suiza entre 1872 y 1874, se acercó a las ideas de Bakunin y criticó a Lavrov por su postura excesivamente moderada³⁰. Detenido poco después que su hermano Pëtr, lo deportarán a Siberia, donde se suicidará en 1881, perdida la esperanza de recuperar la libertad, convencido de que toda su actividad había sido destruada.

Ya en las cartas juveniles podía percibirse que Pëtr elegiría también el camino de la acción. Decidió interrumpir bruscamente la brillante carrera militar que se abría ante él y buscar una vía que le permitiese conocer realmente el mundo y a los hombres, alejándose de la sociedad que, en 1862, estaba asumiendo rápidamente una actitud cada vez más reaccionaria. Desde 1862 a 1867 viajará por Siberia, tomando parte en expediciones geográficas y científicas y llevando la ruda vida del militar, el explorador y el colonizador³¹. Regresó a San Petersburgo como un hombre hecho y derecho. Aunque presa de la apasionante tarea de sacar las conclusiones de las observaciones científicas y geológicas realizadas por él, sus intereses tenderán cada vez más claramente a dar una forma social y política a la experiencia personal de libertad hecha en Siberia. El contacto con Occidente, el estudio apasionado de la historia de la Internacional y de las diversas corrientes socialistas —que realizó con ocasión de un viaje al extranjero— lo decidieron en este sentido. En Ginebra frecuentó las reuniones de la sección rusa de la Internacional, pero pronto lo atrajo el grupo de los bakuninistas, en el que lo introdujo Zhukovski. Conoció a Guillaume, Malon y a otros exiliados que habían participado en la Comuna.

Las posiciones teóricas del anarquismo, tal y como empezaban a concretarse en la Federación del Jura —sobre todo por obra de Bakunin—, la crítica del socialismo de estado, que amenazaba con convertirse en un despotismo económico aún más terrible que el político, y por último la agitación revolucionaria entre los trabajadores del Jura tuvieron una honda influencia sobre mí³².

Pero, más que cualquier forma de organización o de ideal político, le impresionó la fe de los obreros en su movimiento. Aquel fervor y aquella confianza planteaban a los intelectuales un problema fundamental, los obligaban moralmente a dedicarse a la difusión de las ideas socialistas y anarquistas. La experiencia de Europa occidental lo convenció de que no había nada más tremendo que una revolución inmadura, que no tuviera ya, enraizadas en sí, las fuerzas capaces de reconstruir sobre nuevas bases. La Comuna así lo demostraba. La tarea de quien se dedicaba a preparar la futura revolución —la tarea de él, de Kropotkin— era justamente crear las fuerzas morales y constructivas de esa revolución.

Regresó a Rusia con una serie de opúsculos y libros prohibidos, que consiguió pasar por la frontera gracias a un contrabandista³³. En San Petersburgo conoció a D. Klements. Ya estaba en relaciones con Chaikovski y entrará entonces a formar parte de su «familia de amigos» (como la define en sus *Memorias*). «Los dos años que viví en el grupo de Chaikovski dejaron en mí, para siempre, una profunda impresión. Esos dos años estuvieron colmados de una febril actividad»³⁴. Fue uno de los más activos propagandistas entre los obreros, e intervino mucho en las discusiones internas del grupo, tendientes a alcanzar una mayor determinación programática de sus ideas. A finales de marzo era detenido. Después de dos años en la fortaleza de Pedro y Pablo lo trasladaron a un hospital y desde él consiguió realizar, con ayuda de algunos compañeros, la brillantísima fuga que nos narra con vivacidad en sus recuerdos.

No puede decirse que el movimiento de los *chaikovtsy* estuviera realmente constituido hasta el día en que, en la primavera de 1871, llegó a él un grupito de mujeres: O. A. Shleisner, que será la mujer de Natanson, E. N. Koval'skaya, S. A. Leshner, todas destinadas a tomar parte activa en el «subsuelo», y con ellas las hermanas Kornilov y Sofía Perovskaya³⁵.

Esta última, nacida en 1853, era hija de un general que fue gobernador de Táurida, de Pskov y por último de San Petersburgo. Cuando Karakozov disparó sobre Alejandro II el gobernador fue destituido; Perovski se convirtió en miembro del Consejo del Ministerio del Interior. Sofía se apartó prontísimo de esta familia de la alta burocracia. Sin luchas interiores, por lo demás, acostumbrada como estaba por su madre a vivir libre e independiente, en una propiedad en el campo, lejos de la ciudad, amiga desde muy joven de la hija de un decembrista de origen piamontés, Poggio, asaltada desde la adolescencia por la pasión del estudio. Dígase lo que se diga, Sofía nunca participó de la vida mundana que se desarrollaba en su casa; pasó a su lado sin que se diera cuenta, ocupada como estaba en buscar en las lecturas políticas y después en la comunicación con sus compañeros una verdad que nunca creyó que debiera buscar en el mundo de su familia. Aleksandra Kornilova, su íntima amiga, nos ha contado que Sofía le había recomendado la lectura de los artículos de Mijailov sobre el proletariado y las cooperativas, y la obra de Flerovski sobre la *Situación de la clase obrera en Rusia*. Cuando algunos compañeros les propusieron organizar una lectura colectiva de *El Capital* de Marx, «que para muchos era difícilísimo y casi imposible de entender», tanto las hermanas Kornilov como la Perovskaya se negaron, porque pensaban que era mejor estudiar ante todo las bases de la economía política. «No reconocíamos la autoridad de nadie y no queríamos aceptar como fe, bajo palabra ajena, lo que no podíamos estudiar por nuestra cuenta»³⁶.

Sofía se convirtió pronto en el alma del grupo de los *chaikovtsy* y se dedicó cada vez más completamente a la actividad revolucionaria³⁷.

Nos reuníamos a menudo —cuenta Kropotkin— en un arrabal de San Petersburgo, en una casita alquilada por Sofía Perovskaya, que vivía entonces con los papeles de la mujer de un obrero. Eramos excelentes compañeros de todos los elementos femeninos de nuestro grupo. Pero a Sofía Perovskaya la amábamos todos. Estrechábamos amistosamente la mano de la Kuvshinskaya y de la mujer de Sinegub, cuando nos encontrábamos, pero cuando veíamos a la Perovskaya nuestro rostro se iluminaba siempre con una amplia sonrisa, aunque ella nos hiciera poco caso...³⁸

Esta vida independiente coincidió para ella con el comienzo de una lucha con la policía, con las autoridades, emprendida instintivamente, con una naturalidad desprovista de dudas. Su tránsito de la actividad propagandística a la profundización de la lucha y al terrorismo que la llevaría al dogal, es el ejemplo más lineal y sencillo de la que fue la historia de muchos de los que se pusieran en camino a su lado por aquellos años.

La historia de las hermanas Kornilov es menos significativa individualmente, pero mucho más instructiva desde el punto de vista social. Su bisabuelo era campesino. Había conseguido enriquecerse y crear la firma «Hermanos Kornilov», fundada en 1791, que pronto se convirtió en una de las más importantes fábricas de porcelana de Rusia. La familia seguía siendo muy tradicionalista, ligada a las formas de la religión y de la autoridad, como ocurría en la inmensa mayoría de las familias burguesas, que se abrían trabajosamente paso entre los intersticios de las jerarquías feudales del estado ruso. Sólo en los años sesenta empezaron a cambiar las cosas. Sólo entonces abandonó esta familia de grandes fabricantes los revestimientos medievales. Empezó un hijo, Alejandro, que participó en el movimiento para la fundación de escuelas dominicales para el pueblo y se proclamó materialista. En verano vagabundeaba vestido con la blusa roja de los campesinos y los «nihilistas». Murió pronto, cuando sus hermanas aún no contaban veinte años. Cuando lleguen a esa edad, sus compañeros estudiantes las considerarán entre las mejores representantes de una generación consagrada al pueblo.

¿Cuántos fueron los miembros reales del grupo petersburgués de los *chaikovtsy*? No es fácil decirlo con precisión, dado que lo que los unía era un lazo amistoso e ideales comunes, más que unos estatutos formales. Transcurrido casi medio siglo, N. A. Charushin, M. F. Frolenko y A. Kornilova-Morozova, tres supervivientes, trataron de establecer, en 1928, la lista exacta de sus compañeros de los años 1871-74. Contaron así unos treinta miembros activos y unos quince colaboradores³⁹.

A estos había que agregar un grupo de diecinueve personas en Moscú, once en Odesa, ocho en Kiev, algunos en Jarkov, Orel, Kazán y Tula⁴⁰. En cada uno de estos centros se repetía, aunque en diversa medida, lo ocurrido en la capital. En cada uno de ellos encontramos los nombres de quienes serán los más decididos participantes del movimiento de los

años setenta. El reclutamiento de los *chaikovtsy* fue decisivo para la formación de los dirigentes de la «ida hacia el pueblo», de la *Zemlia i volia* y de la *Narodnaya volia*. Cuando hablemos de estos movimientos —así como del comienzo del trabajo de los populistas entre los obreros— tendremos oportunidad de conocer más de cerca estos grupos que iban surgiendo lejos de la capital y que ya mantenían relaciones con San Petersburgo en 1872.

Aunque los miembros del grupo de Chaikovski poseen un neto y característico perfil moral, su fisionomía política es menos clara. Nacidos de la oposición contra Nechaev, contra el «sistema jesuítico de su organización»⁴¹, parten de posiciones moderadas, que al principio parecen confundirse con las de los reformadores legalistas e incluso de los constitucionalistas liberales; sólo adquieren una postura metamente populista y revolucionaria a través de una evolución interna, rapidísima, por lo demás. Su importancia puede comprenderse sólo siguiendo este desarrollo, acompañándolos en su búsqueda.

En 1871 habían conseguido ya organizar a escala relativamente amplia la difusión de libros impresos legalmente, que podían servir de base para una cultura social y política. Esto equivalía a negar con los hechos las ideas de abandono y desprecio de la ciencia que animaron a los seguidores más extremistas de Ishutin y Nechaev. En general, no sólo consentían en la cultura, sino que la apreciaban. A ninguno de ellos se le invitó o indujo a abandonar la universidad y los estudios. No ponían objeciones si alguno, como la Perovskaya, descuidaba durante un determinado período la actividad propagandística para completar su preparación individual. La educación política se consideraba un medio indispensable para encontrar el camino que Nechaev había buscado en la renuncia y en la acción inmediata. «Queremos salvar al pueblo y nosotros mismos no sabemos nada; hay que empezar por aprender», decía por ejemplo V. M. Aleksandrov⁴². El propio movimiento de la «ida hacia el pueblo» adquirirá a menudo, a través de esta mentalidad de los *chaikovtsy*, la forma de una enseñanza impartida al pueblo.

Denominaron a esta propaganda *knizhnoe delo* («la causa del libro»). Y fue un éxito. Consiguieron algunos medios financieros en el círculo radical-liberal con el que los *chaikovtsy* mantenían lazos⁴³. Algunos editores, como Poliakov, publicaron a crédito los libros que ellos les indicaban. Las hermanas Kornilov aportaron a la caja común todo lo que pudieron sacarle a su familia, incluidas sus dotes. Los textos se eligieron con cuidado, desde el doble punto de vista de su importancia y de la posibilidad de que la censura no advirtiese de qué se trataba. Además, compraban a los editores libros ya impresos y los distribuían también a crédito, a plazos o por debajo del costo, preocupándose sobre todo de que llegasen a provincias.

Un primer volumen de las obras de Lassalle, *El Capital* de Marx —aparecido en marzo de 1872—, las *Cartas históricas* de Lavrov, una segunda

edición de *La situación de la clase obrera en Rusia* y el *Alfabeto de las ciencias sociales* de Bervi-Flerovski, del que tendremos ocasión de hablar, *El proletariado en Francia* y *Sobre las asociaciones* de A. K. Sheller (seudónimo: A. Mijailov)⁴⁴ constituyeron lo más importante de su biblioteca. Difundieron también, como pudieron, los textos de los clásicos de 1861, de Chernyshevski a Shapov. Gracias a ellos se reeditaron y distribuyeron algunas novelas sociales. Intentaron después publicar traducciones de la *Historia de la revolución francesa* de Louis Blanc, de *El problema obrero* de Lange, y una historia de la Comuna. Pero tropezaron con dificultades crecientes. Chaikovski tuvo que sufrir cuatro registros y dos detenciones, Natanson acabó exiliado en el norte de Rusia. El aprovechamiento de las posibilidades legales había dado buenos frutos, había puesto en circulación los libros fundamentales de la cultura socialista en la Rusia de los años setenta, pero ya le había llegado su hora.

Se convencieron así de que el único medio de ensanchar la «causa del libro», superando los obstáculos de la censura, sería crear un centro tipográfico en el extranjero y organizar el traslado clandestino de los libros a Rusia. Dos miembros del grupo, enviados a Suiza a comienzos de 1871, consiguieron poner en pie una pequeña editorial. L. B. Gol'denberg y V. M. Aleksandrov se dedicaron a publicar sobre todo pequeñas *brochures* adecuadas para la propaganda entre el pueblo, a más de las obras de Chernyshevski⁴⁵. Probablemente fue Klements quien compuso, partiendo de una imitación de Chatrian, la *Historia de un campesino francés* que será uno de los libritos más difundidos⁴⁶. Kravchinski escribió su *Cuento sobre un copek*⁴⁷. Pero todavía más característicos de las tendencias que predominaban en San Petersburgo eran dos opúsculos, uno quizás de S. A. Zhemanov sobre Sten'ka Razin⁴⁸, y otro sobre Pugachëv⁴⁹. Con otros opúsculos, entre ellos una *Colección de canciones*⁵⁰, constituirán durante una década el mayor tesoro propagandístico.

La creciente atención prestada a las ediciones populares respondía a una rápida transformación que se estaba produciendo en el grupo de Chaikovski. Querían pasar a la propaganda directa. La «causa del libro» fue sustituida pronto por la «causa de los obreros». Los *chaikovtsy* fueron, pues, los primeros que crearon en las fábricas de San Petersburgo las bases de cierta solidaridad. Los seguiremos en esta función de pioneros cuando estudiemos el movimiento obrero de esos años.

Los contactos con los obreros fueron justamente el motivo de la serie de arrestos que destruyeron el núcleo que había ido creciendo desde 1869, poniendo fin a su acción. Puede decirse que en el invierno de 1873-74, es decir, antes incluso de la «ida hacia el pueblo», los *Chaikovtsy* ya no existían como movimiento organizado.

Las detenciones interrumpieron también el trabajo de clarificación programática que había ido intensificándose simultáneamente. Ya no bastaba la certeza moral que los había hecho nacer, percibían que no era ya suficiente aquel espíritu práctico que los había sostenido, permitiéndoles

convertirse en la más eficaz organización populista de todos aquellos años. El contacto con los obreros, las primeras tentativas en las aldeas, les planteaban problemas que tenían que traducirse ya en fórmulas políticas. También sus lazos, cada vez más estrechos, con la emigración, requerían una opción entre las ideas de Lavrov y las de Bakunin. Kropotkin, de regreso de Suiza, aceleró la redacción de un programa.

En noviembre de 1873 propuso una especie de manifiesto, que contenía en su parte inicial un examen de las que llama formas y condiciones de la igualdad⁵¹. Polemizaba claramente contra el paso de todos los bienes a manos del estado. «Sería simplemente un suicidio de la sociedad.» Su ideal era una federación de comunidades agrícolas autónomas. Pero, ¿cómo realizar este ideal? Un gran sentido de humanidad —vivo en él, como en los mejores de su generación— le hacía escribir que las exigencias de todos los hombres eran fundamentalmente idénticas, y que por tanto «las tendencias y esperanzas expresadas por los obreros occidentales habrían sido aceptadas con comprensión por los nuestros». ¿Acaso no leía a Marx y Lassalle —al igual que sus compañeros— sustituyendo mentalmente los obreros ingleses o alemanes por los campesinos de las aldeas rusas o los obreros textiles de San Petersburgo? La diferencia no podía estribar en los ideales —que querían comunes en Rusia y en Occidente— sino en la táctica, en la lucha.

Kropotkin se daba cuenta de la necesidad de una propaganda revolucionaria, pero quería que significase un paso hacia adelante respecto a la desarrollada hasta entonces por sus compañeros. El movimiento debía confundirse con el pueblo. Los socialistas tenían que adoptar la vida de los campesinos y los obreros, que fundirse con ellos. Formulaba así una exigencia que todos sentían muy viva y que desembocará en la «ida hacia el pueblo».

Deducía de ello consecuencias extremistas, criticaba todo cooperativismo, estaba en contra de las cajas de socorros mutuos. «Toda mejora temporal de la vida de un pequeño grupo de personas en la actual sociedad de bandidos no hace más que mantener intacto el espíritu conservador.» Recomendaba en cambio la constitución de comunidades obreras en las que se pusieran en común todos los salarios. Las mismas huelgas y la agitación serían útiles sólo según los casos, sin que pudiera establecerse un principio absoluto. Debían servir sobre todo para reclutar fuerzas nuevas, para organizar nuevos elementos y para crear entre los obreros determinado estado de ánimo.

Después hablaba de la Internacional. El día que se crease una fuerza real entre los campesinos y los obreros rusos, entonces y sólo entonces se plantearía el problema de formar o no parte de ella. Entonces elegirían seguramente el ala federalista, en vez de la estatalista. Pero de momento no se planteaba el problema. El movimiento debía proseguir su camino, con sus propias exigencias. «Aquí tenemos la intención de desarrollarnos de modo autónomo.»

Charushin nos ha narrado cómo sus compañeros discutieron ese programa durante unas cuantas noches. Kropotkin añadió de palabra algunas indicaciones técnicas. Proponía la organización de «bandas armadas campesinas», dándoles el viejo nombre ruso de *druzhiny*. Frolenko nos ha transmitido algunas noticias sobre este plan, que conocieron sólo unos pocos y que ni siquiera tuvo un inicio de ejecución, pero que es el antecedente directo de los intentos de los «revoltosos» de unos años después en el sur de Rusia. Se trataba de unir «lo poco que aún quedaba en pie de los grupos [ya fuertemente afectados por las detenciones], constituir una banda armada, aunque sólo fuera de un centenar de personas, elegir una localidad en donde aún estuviera vivo el recuerdo de Sten'ka Razin y de Pugachëv, y avanzar hacia Moscú, sublevando por el camino a los campesinos contra los señores y contra las autoridades locales»⁵².

Como resulta de este testimonio, los planes eran consecuencia de la desilusión provocada por el trabajo entre los obreros, que pronto había llevado a la caída de gran número de compañeros, desilusión que muy pronto se expresará en otra forma, en el abandono de la ciudad para sumergirse en la vida del campo y reanudar allí de otro modo la obra de propaganda y agitación.

¿Se aceptó realmente el documento de Kropotkin como un manifiesto común? Shishko así lo afirma, y el propio Kropotkin lo aseguró muchos años después, en 1903; otros lo niegan, aunque probablemente estén equivocados. En cualquier caso, esta discusión demostró una vez más el carácter amplio, y en cierto sentido fluido, que conservó hasta el final la organización de los *chaikovtsy*. El escrito de Kropotkin constituía una expresión bastante fiel del estado de ánimo de sus compañeros, pero contenía un elemento finalista más pronunciado y una simpatía por las ideas de Bakunin que no todos estaban dispuestos a compartir. Lermontov, miembro de la Hermandad Rusa, ya había tratado en vano de llevarlos a un plano anarquista y acabó por apartarse de ellos.

«Aquí tenemos la intención de desarrollarnos de modo autónomo», había concluido Kropotkin, evidentemente para satisfacer el deseo predominante en San Petersburgo de no ligarse a ninguna de las dos fracciones de la emigración ni, ideológicamente, a ninguna de las corrientes de la Internacional.

Si nos preguntamos en qué consistía el núcleo de esta originalidad, diversamente sentida y expresada también por otros, habría que responder que estribaba en la negación —madura y profunda ya en todos— de una expresión constitucionalista del movimiento, en la convicción típicamente populista de que toda concesión de libertad dificultaría aún más una rápida transformación socialista de Rusia. No sólo la fe en la *obshina*, en el desarrollo socialista de las comunidades campesinas, mantenía unido al movimiento, sino la traducción política de esa fe, su contraposición a toda tendencia liberal. Como ha observado justamente Shishko, no eran antipolíticos porque desearan un desarrollo pacífico, sindical y coopera-

tivo del socialismo, o porque cerraran los ojos ante el problema del absolutismo zarista. Estaban a favor de una política de contacto directo entre la nueva *intelligentsia* y el pueblo, por encima de toda injerencia estatal y al margen de ella; así como estaban a favor, y lo estarán todavía más unos años después, de la acción directa contra el propio absolutismo.

Reforzaba estas convicciones la situación del liberalismo a comienzos de los años setenta, cuando también en Rusia las mentes y los ánimos bienintencionados estaban dominados por la imagen de la Comuna parisiense. Uno de los *chaikovtsy* ha resumido el pensamiento de sus camaradas diciendo que «quizás nunca, ni antes ni después, el liberalismo fue tan débil como en los años setenta...»⁵³. Tampoco conseguirán establecer un auténtico contacto con el ala más a la izquierda, con los elementos radicales —aunque lo intentaron. A finales de 1871, todavía en el período inicial de su actividad, Natanson, Klements, Voljovski, la joven Perovskaya y algún otro tomaron parte en una reunión celebrada en casa del profesor Tagantsev, una velada en la que unas cincuenta personas se congregaron para discutir un informe *Sobre la esencia de la constitución*, sacado de Lassalle. Así nos resume un autor de memorias las objeciones de los *chaikovtsy*: «Pero, entre nosotros, en Rusia, ¿quién luchará por una constitución? Nuestras clases privilegiadas, la burguesía y la aristocracia son débiles y no pelearán por una constitución; preferirán defender sus intereses de clase por la escalera de servicio, cosa que hasta ahora están haciendo con gran éxito. Desde el punto de vista de los intereses de todo el pueblo, semejante constitución clasista, la única que podían obtener esos estamentos, aunque la quisieran, no sería ventajosa y no serviría más que para reforzar la explotación de grandes masas populares... Sólo queda una capa de la población que esté efectivamente interesada por la libertad política. Es nuestra *intelligentsia*, pero también ésta es débil y materialmente impotente por sí sola en la lucha contra el absolutismo. Por todas estas razones nuestra *intelligentsia*, que por otra parte es de sentimientos socialistas en su mayoría, no luchará por la constitución pura y simple»⁵⁴. Como concluye Charushin, que nos ha referido estas palabras, el contacto con los elementos radical-liberales sólo consiguió que sus compañeros tomaran más conciencia de su postura, se limitó a reforzar su voluntad de contar únicamente con las masas campesinas y obreras. Trataron aún, un año después, de encarar otra vez el problema, para ver si era posible un lazo con el movimiento de las administraciones provinciales autónomas de los *zemstvo*, pero también entonces llegaron a idénticas conclusiones. En el escrito antes mencionado Kropotkin se oponía firmemente a la continuación de tales intentos, que todos juzgaban ya superfluos y perjudiciales.

Al mismo tiempo que intentaron elaborar un programa, los *chaikovtsy* pretendieron crear un órgano periódico. Kropotkin hablaba de él en el escrito citado antes, diciendo que sólo así podrían desarrollarse armónicamente las discusiones internas que en los grupos de San Petersburgo

estaban sólo en germen, pero que se habían agudizado en la emigración. Ya en 1871 se había empezado a hablar de un periódico. Pensaban, como muchos de sus predecesores, que Chernyshevski sería el director ideal; de ahí el intento de Lopatin para liberarlo. De momento se tanteó a N. K. Mijailovski y después a Bervi-Flerovski, sin resultado en ninguno de los casos. Los problemas prácticos no eran de fácil solución: la publicación tendría que hacerse en el extranjero, y, como es natural, eso dificultaba los enlaces. Mijailovski no quería prescindir de las posibilidades de escribir en la prensa legal. Flerovski era muy admirado entonces por los jóvenes revolucionarios, pero personalmente se trataba de un hombre bastante raro, poco apropiado para tener en sus manos una organización tan compleja.

En 1872, colaboraron en la organización de la fuga del escritor Sokolov de la gobernación de Arjangel'sk, donde estaba confinado, y en diciembre del mismo año en la de Tkachëv. Pero por diversas razones ninguno de los dos respondía a las exigencias. ¿Resolvería Lavrov el problema?

En varias ocasiones los jóvenes populistas rusos y ucranianos apelaron a él. En marzo de 1872 fueron a verlo a Suiza A. A. Kril' y su mujer, que era hermana de P. N. Tkachëv, y P. F. Baidakovski. En junio, allí estaba L. S. Ginsburg. Al año siguiente, 1873, llegó junto a Lavrov M. V. Kupriyanov⁵⁵. ¿Estaba autorizado éste a ponerse de acuerdo con Lavrov, dejando completamente a un lado a Bakunin, como hizo luego? Kropotkin lo niega: las ideas que iban formándose entre los *chaikovtsy* eran ya distintas, más inmediatamente revolucionarias. Al parecer, Kupriyanov insistió en que el programa del «Vperëd» se hiciera «más socialista»⁵⁶.

Unas palabras escritas por Charushin en su autobiografía contienen la auténtica conclusión de este debate ideológico:

No fuimos ni lavristas ni bakuninistas, en el sentido literal de estas palabras. No consideramos posible trasladar totalmente al suelo ruso la experiencia revolucionaria europea, sosteniendo que las condiciones absolutamente distintas de la realidad rusa exigían la busca de vías que correspondieran a esa situación⁵⁷.

El escritor que mejor expresó sus ideas, preocupaciones y esperanzas fue, más aún que Lavrov, Vasili Vasil'evich Bervi (Flerovski). Este estuvo cerca de la organización en su primera fase, aunque más adelante compartió la vida de un grupo rival, e incluso políticamente distante de ellos, el grupo que, como veremos, fue congregándose por ese mismo período en torno a Dolgushin. Precisando más, podemos decir que Flerovski fue el inspirador de la primera época de la actividad de los *chaikovtsy*, la de la «causa del libro», y el que los empujó a la actividad entre obreros y campesinos. Orientados por esa vía por la lectura de sus

páginas, después marcharán por ella por cuenta propia, con criterios y métodos que nacían de la experiencia.

Bervi había nacido en 1829, hijo de un profesor de la universidad de Kazán que suscitó en el período de las agitaciones estudiantiles las violentas protestas del alumnado por sus atrasados métodos docentes y sus ideas anticuadas. Siguió estudios en la facultad de derecho, y en 1849 se convirtió en funcionario del Ministerio de Justicia. Sus cualidades le facilitaron un brillante comienzo de carrera. Pero su ambición era otra: enseñar derecho financiero en una universidad. Estaba a punto de conseguirlo cuando atrajo la atención de las autoridades por su activa participación en la recogida de firmas en protesta contra las detenciones de estudiantes, en 1861. Al año siguiente, cuando se enteró de la detención de los nobles de Tver —o sea, de la represión de la única iniciativa abiertamente liberal de la nobleza tras la liberación de los siervos—, Bervi decidió protestar individualmente. Envío una larga carta al emperador y otra al embajador inglés en San Petersburgo. La política de Alejandro II —decía— sólo podía conducir a un reforzamiento del movimiento revolucionario, estimulado por la actitud asumida con los estudiantes y los mejores de los nobles.

Las simpatías revolucionarias —decía— no representaban un auténtico peligro durante el reinado miserable y vergonzoso de Nicolás, porque el número de la gente culta había sido reducido al mínimo y se mantenía a la masa del pueblo en una bárbara ignorancia. Pero en un estado en fase de desarrollo constituye un peligroso juego el bromear con la exasperación del partido extremo. El número de la gente culta crece continuamente, y cuanto más se desarrolla el pueblo, tanto mayor peso y amplitud tendrá en él el partido extremo... ⁵⁸.

El jefe de la Tercera Sección, Dolgorukov, al leer el documento del que hemos tomado estas frases, empezó por pedir que le «fuese notificada la situación de las facultades mentales» de Bervi, lo obligó a someterse a una vigilancia psiquiátrica de seis meses en un manicomio y acabó expulsándolo del Ministerio de Justicia y deportándolo a Astraján. Allí encontró otros confinados con quienes estrechó lazos, y trató de hacer propaganda de sus ideas entre los campesinos del Volga. Lo llevaron a Kazán para la instrucción de la causa. No se consiguió probar nada en su contra, pero fue deportado a Siberia, a uno de los centros de la gobernación de Tomsk. Después consiguió que lo confinaran en la Rusia europea, primero en Vologda y luego en Tver. Por último, en 1870, lo pusieron en libertad, aunque con la condición de que no podía residir en San Petersburgo.

Su libro más importante, *La situación de la clase obrera en Rusia* —publicado en 1869 en San Petersburgo con el seudónimo de Flerovski—

era fruto de sus forzadas peregrinaciones a través de Rusia⁵⁹. Adoptaba la forma de una serie de ensayos y hablaba sobre todo de las regiones que había visto con sus propios ojos. Eso contribuía a dar a la obra una frescura y una inmediatez que sus obras posteriores no poseerán. Sus conclusiones políticas y sociales nacen de una apasionada descripción del modo de vida, de los problemas, de los sufrimientos entre los que había vivido durante tantos años. No se trata de un estudio sistemático de la situación de la clase obrera en Rusia, sino de un amplísimo reportaje. Efectivamente, a pesar de las 500 páginas de apretada letra y del estilo lento y minucioso, es un libro que se lee de un tirón.

Las palabras con que se abre el libro: «¡Oh, miserable es nuestra vida, poca la tierra, grandes los impuestos, y no sabemos qué hacer!», puestas en boca de una campesina del centro de Rusia, son el verdadero tema de la obra. Es una miseria cuyas formas varían, pero que fundamentalmente es idéntica en todas partes, producto de una situación aplastante para toda la «clase obrera» rusa, entendiendo con este término a todos los trabajadores, de los campesinos a los mineros y a los obreros de las grandes ciudades. Empieza describiendo la situación del «trabajador errante» de Siberia y termina con el «proletariado ruso», tocando los problemas campesinos de las zonas pobres del norte de Rusia, de los obreros del Ural, de los pescadores de Astraján, de los buscadores de oro siberianos, del trabajador de la pequeña y mediana industria.

Este cuadro está dominado por dos ideas fundamentales. Toda la sociedad rusa, en primer lugar, le parece atrasada porque las masas son miserables, porque no saben exigir mayores salarios y una retribución más justa por su trabajo, porque las propias circunstancias las fuerzan a vivir al borde del hambre. La principal de estas circunstancias, en segundo lugar, consiste en la política financiera del estado, en el peso aplastante de los impuestos. Tarea de los intelectuales es no sólo darse cuenta de esta situación, conocerla en sus detalles, estudiarla a fondo, sino también ayudar a las masas a tomar conciencia de ella. Y entonces, basándose en la *obshina* y en las cooperativas, se podrá iniciar el camino que lleva a la realización de un ideal que Bervi no describe con detalle, pero que está claro en sus páginas. No se trata de hacer proyectos abstractos, por lo demás, repite a menudo, lo importante es adentrarse por ese camino. Flerovski cierra su libro con este llamamiento.

Para conocer la situación de los trabajadores rusos era necesario desbrozar el terreno de las ideas heredadas de la época de Nicolás I, que, como hemos visto, seguían fijas en la mente de la clase dirigente. No sólo no era cierto que hubiera en Rusia un proletariado en el sentido exacto de la palabra, sino que todos los trabajadores, campesinos y míseros artesanos incluidos, se hallaban en peor situación que el proletariado occidental. Hablando de las regiones del norte, Flerovski decía, por ejemplo:

Los ingleses y los franceses se imaginan que sus pobres alcanzan el límite extremo de la miseria, pero existe un trabajador sin comparación más miserable, el trabajador ruso. Ellos creen que sus pobres se mueren de hambre, pero hay un miserable infinitamente más hambriento, el habitante de nuestras regiones del Norte⁶⁰.

Esta comparación se repite en todas partes, está continuamente ante el lector, situando en sus términos reales el problema de la condición de la clase obrera en Rusia respecto a los demás países de Europa. Y justamente esta comparación da un sentido a la ampliación a todos los trabajadores del concepto de «clase obrera», que Flerovski —como todos los populistas— hacía. Se trataba precisamente de que los trabajadores rusos, todos los trabajadores, alcanzaran por lo menos el nivel del proletariado occidental. Este era el único camino para hacer de Rusia un país moderno, para impedirle que cayera definitivamente en la situación de los países asiáticos, de las naciones de la gran miseria campesina, China e India, como el propio Flerovski decía. La lucha contra la miseria no concernía sólo a una parte de los trabajadores, sino a toda «la clase obrera», y a través de ella a toda la nación⁶¹.

Mientras que el obrero ruso se alimente mal será imposible el desarrollo de la agricultura en Rusia y la misma nobleza seguirá siendo pobre... Ni la agricultura ni la industria pueden basarse únicamente sobre la demanda de las clases altas. Mientras no se amplíen las exigencias económicas de la clase obrera, también la parte culta de la sociedad seguirá siendo misera, sin iniciativa... Todos los sectores de la sociedad están igualmente interesados en el aumento de salarios de la clase obrera... Si en Inglaterra el lord o el comerciante son ricos, lo deben al trabajador inglés, que tuvo bastante inteligencia y valor para no consentir en trabajar por un salario miserable⁶².

Naturalmente, la desastrosa docilidad, la muda miseria de los campesinos y obreros rusos no dependía de defectos inherentes a su naturaleza, de su carácter o de sus vicios, como se oía repetir continuamente a las clases cultas y a la clase dirigente. Recogiendo con detalle un tema polémico ya desarrollado por Chernyshevski, Flerovski demostraba con mil ejemplos que no eran perezosos e incapaces, y que incluso la embriaguez que impresionaba a un observador superficial no tenía la importancia que se le atribuía. Las estadísticas demostraban que las clases trabajadoras bebían poco, y también eso era un síntoma de miseria.

La resignación, la docilidad, se derivaban de causas muy diferentes. Todo el peso del estado caía sobre sus hombros y los aplastaba. Rusia estaba atravesando un período que en términos marxistas podemos llamar de «acumulación primitiva», y que la intervención estatal hacía aún más terrible.

En la vida de todo pueblo hay un momento en que la situación social de la clase obrera no está garantizada de ningún modo por la explotación, en el que se arrebatan de manos del trabajador la máxima cantidad de productos y en el que un país está amenazado, por tanto, por el máximo empobrecimiento. En Europa occidental este momento coincidió con el período de la total anarquía política. Y ésa fue una circunstancia afortunada. El barón era dueño absoluto dentro de los límites de sus posesiones, pero su influencia era nula fuera de ellas... Rusia ha experimentado este período de dependencia económica a mediados del siglo XVIII, cuando la centralización administrativa estaba ya enteramente desarrollada. En el estado reinaban el orden y la calma más completos. Las clases altas pesaban sobre el pueblo no ya como individuos aislados, sino como masa total, compacta y ya totalmente organizada. Por eso le fue muy difícil al trabajador ruso librarse de esa carga, y por eso se ha empobrecido y debilitado⁶³.

Se vieron los efectos un siglo después, cuando se liberó a los siervos. El estado transformó esta operación en un gran negocio para sí y para las clases altas que lo componían. Los gravámenes que seguían pesando sobre el campesino para el rescate de sus tierras no sólo no habían disminuido respecto a los que había que pagar en la época de la servidumbre, sino que incluso aumentaron. Para pagar las tasas, el campesino se veía forzado a permanecer con su familia en una situación de hambre, y además se le impedía defender el precio de sus productos. Debía malvender al comerciante, debía someterse a la clase creciente de los *kulaks*, que, aprovechándose de su miseria, podían imponer su voluntad en el interior de la *obshina*. La intervención del estado en la sociedad campesina, la actuación de los funcionarios locales— dominados por el problema de la recaudación de impuestos—, no sólo mantenían la situación de miseria existente, sino que la agravaban al proteger a los pocos elementos de la sociedad campesina que estaban en condiciones de aprovecharse de ella en ventaja propia.

Flerovski es uno de los más agudos observadores de esta situación. Su viva descripción de las relaciones entre *kulaks* y campesinos pobres en las aldeas siberianas y en la Rusia europea se cuenta entre los mejores documentos que sus contemporáneos nos dejaron al respecto. El mecanismo mediante el cual el comerciante campesino, el *miroed*, el *kulak*, pueden acumular ingentes riquezas —aprovechándose de su posición en la *obshina* en el momento de la distribución de los impuestos en el interior de ésta, explotando sin piedad hombres y cosas— está estudiado minuciosamente en las diversas situaciones. Y si ese mecanismo social no basta para reducir al hambre a la mayoría de los campesinos, interviene directamente el estado, en forma de palizas para quienes no han

pagado los impuestos, en forma de cárcel para los que no cumplen sus compromisos. Castigos corporales y prisión, he aquí las dos eficaces escuelas de sujeción y resignación del trabajador ruso.

Ante una situación así, había dos caminos. El estado debía liberar completamente a los campesinos de los gravámenes que pesaban sobre ellos, y que eran la herencia del régimen servil, aboliendo el rescate por las tierras cedidas en 1861. La sociedad campesina debía, por otra parte, defender la *obshina* contra las fuerzas que conducían a su diferenciación interna, contra los *kulaks* que tendían a dominarla, sosteniendo el principio de la cooperación y de la redistribución periódica e igualitaria de las tierras. Ambas cosas estaban unidas, ya que, como se ha visto, la política fiscal del estado producía la miseria y ésta a su vez llevaba a la ruina a la *obshina*.

El estado debía empezar por crear en sus tierras una clase de campesinos libres y no miserables.

Ya nos hemos despojado de los ropajes de la barbarie asiática, nos hemos convencido de que esas ideas estaban equivocadas, hemos comprendido todas las ventajas de una clase campesina libre y sin gravámenes feudales. ¿Por qué no nos atrevemos a declararlo? Nos hemos liberado de las concepciones asiáticas para caer en la Edad Media...

Al estado correspondía dar ejemplo de una liberación efectiva de los campesinos, aboliendo todo rescate.

Pero eso no bastaría. La situación de la *obshina* imponía el restablecimiento de las normas igualitarias que estaban en su base. «La única salvación de la explotación del insaciable *miroed* está en la asociación del trabajo y de los medios.» No era cierto que la pequeña propiedad crease una clase de campesinos independientes. Más aún, los hacía depender continuamente del comerciante, del usurero, del vecino más afortunado, del *kulak* que poseía los animales necesarios para cultivar su campo, que les prestaba semillas exigiéndoles trabajo.

La *obshina* crea trabajadores independientes, y ésa es su ventaja esencial, eso constituye su superioridad ante la propiedad fragmentada... La propiedad de la tierra es lo que faculta a un hombre para mezclarse en los asuntos de los otros. Priva al trabajador de su producto, lo convierte en un miserable o un bribón y a menudo en ambas cosas. A veces limita tan sumamente su trabajo a través de una influencia ajena que hace ese trabajo improductivo o perjudicial para la nación. La *obshina* pone la tierra a disposición completa y exclusiva del trabajador y lo sitúa en entera independencia de cualquiera...

Flerovski estaba tan convencido de su socialismo agrario que se inclinó a contraponerlo claramente a todo comunismo, entendido como dominio total de todos sobre el individuo. «La propiedad de la tierra —llega a decir— está mucho más cerca del comunismo que la *obshina*»⁶⁴.

Liberada de la tutela del estado, que hacía inoperante incluso el principio de la elección de sus administradores, como demostraba Flerovski con numerosos ejemplos; planteada de nuevo sobre una base igualitaria aún muy viva en las esperanzas y las concepciones de los campesinos, la *obshina* sería la forma gracias a la cual las aldeas rusas podrían salir de la miseria que las oprimía.

Su investigación confirmaba las conclusiones del populismo. La política económica del estado era la causa fundamental de la situación miserable de las masas trabajadoras rusas. Para salir de ella no había que seguir el camino recorrido por Europa occidental, sino que encontrar uno distinto. Y éste sólo podía ser el socialismo.

Es cierto —escribía Flerovski en la conclusión de su libro— que arreglar una situación ya comprometida de antemano no es muy agradable. Pero para nuestra desgracia eso nos cupo en suerte, y lo mejor que podemos hacer es aceptar con dignidad nuestro destino, recorrer nuestro camino sin desviarnos, con los ojos muy abiertos y desapasionados. En cuanto tengamos el valor necesario para decidírnos a tanto, veremos que no sólo podemos enderezar nuestros asuntos, sino también cumplir una gran función histórica... Podrá estar a la cabeza de la civilización y llevar consigo a la humanidad sólo el pueblo que tenga en su ánimo sensaciones más elevadas y que cree concepciones más perfectas. Los grandes imperios, como los creados por Gengis Kan, Tamerlán, Ciro, han desaparecido sin dejar rastros...

Rusia podría seguir las huellas ya marcadas por Europa, o también volver a caer en la barbarie. Pero el propio ejemplo de Occidente debía convencerla de la necesidad de abrirse un nuevo camino. «Vemos en la civilización contemporánea, a cuya cabeza están Europa y los Estados Unidos de América, un defecto radical, uno de esos defectos que cavan la tumba de una civilización...»⁶⁵. En el problema que se le planteaba, en las relaciones históricas entre el estado opresor y su «clase obrera», Rusia tenía elementos para resolver la situación de modo nuevo.

Hemos hablado hasta ahora del problema campesino, que, como es natural, ocupa el primer plano de esta investigación de Flerovski. Pero su originalidad estribó en no reducirse a él, en poner de relieve en algunos de sus más felices ensayos que la miserable situación de las aldeas, el hambre, la falta de tierras y sobre todo la opresión fiscal creaban un proletariado cada vez más numeroso, cuyas formas de vida y mentalidad nos describe minuciosamente.

En Siberia los trabajadores eran explotados por los fabricantes y los propietarios de las minas de oro, que se aprovechaban despiadadamente del hecho de que estos obreros, expulsados de sus pueblos por la miseria, carecían de papeles, y pendía sobre ellos la amenaza de ser detenidos como vagabundos. Su ridículo salario se lo tragaba de inmediato el comercio de los artículos de primera necesidad, también en manos de los patronos. En resumen, el estado mantenía a estos vagabundos en una situación de dependencia frente a los capitalistas. Más que perseguirlos los amenazaba con la cárcel, entregándolos así atados de pies y manos a sus explotadores.

Entre los pescadores de Astraján bastaba en cambio para reducirlos a la miseria con que los capitalistas poseyeran los instrumentos indispensables para su trabajo y con la gran abundancia de mano de obra. Examinaba una tras otra las distintas formas de contrato de pesca y demostraba que no sólo eran desastrosas para los pescadores, sino perjudiciales para la producción en general, ya que no contenían el menor estímulo para mejorar la pesca.

¿Acaso puede considerarse como normal y ventajosa para el país tal situación? Es tan opresiva para los trabajadores como desventajosa para toda Rusia. Casi dos tercios de todos los peces que se pescan para la venta en los ríos rusos procede de Astraján. Hay que probar por uno mismo qué significa alimentarse la mitad del año de *kvas*, de cebollas y pan negro, para saber qué gran consuelo, qué esencial necesidad representa el pescado para quien es pobre en Rusia...⁶⁶

La condición de los obreros de la pequeña y mediana industria estaba dominada por el hecho de que la constituyeran sobre todo fábricas para la reelaboración de los productos agrícolas. Se trataba, pues, de una industria estacional, que no aseguraba a quien trabajaba en ella un salario fijo.

La gran industria estatal del Ural (minas, etc.) estaba llevada con criterios arcaicos, con espíritu burocrático, y era tradicionalmente el centro de una explotación esclavista.

El cuadro que traza Flerovski de la llamada «zona industrial», o sea, de las regiones en torno a Moscú, constituyó quizás la mejor descripción que nos ha quedado del proletariado de esas tierras, en el momento de su desarrollo tras la liberación de los siervos. La posibilidad de ganancias rompía los límites tradicionales de la sociedad campesina, producía frecuentes fenómenos de corrupción, creaba un nuevo espíritu de independencia personal que se expresaba aún sobre todo en formas de violencia, de jactancia, en costumbres miserables y al mismo tiempo desarregladas y manirrota. He aquí, por ejemplo, la conclusión de una investigación en la región de Kaluga:

Cada uno quiere aquí ocultar sus harapos con una apariencia de bienestar. Por conseguir una isba con las ventanas con recuadros de madera tallada y bien puesta, cada uno está dispuesto a afrontar la situación más dura y a matar de hambre a sus propios hijos. Mientras que el campesino del norte y del este de Rusia permanece parte del año apático, sin trabajo ni esperanza de conseguirlo, el trabajador de la Rusia industrial jamás está tranquilo. Aquí, por todas partes, se oyen quejas de que falta trabajo, de que no rinde bastante, de que se odian las máquinas porque al rebajar los salarios benefician a los capitalistas, aquí se odia a los capitalistas cuando bajan los salarios. El trabajador tiene aquí una mente y una voluntad más desarrolladas... Se crean *arteles*, se hacen huelgas, se encuentra un modo de luchar contra los capitalistas y de aumentar las pagas... Pero aunque son más atrevidos en la lucha por la vida, las condiciones de esa vida son también mucho más duras...⁶⁷.

Flerovski no tenía fe en las huelgas. Quizás por tradición proudhoniana, más probablemente por influjo fourierista, no creía en las posibilidades de este medio de lucha. Su ideal está en la cooperativa, que extiende también a la gran industria, convencido de que entre los obreros se encontrarán algunos capaces de administrar las grandes fábricas. Y desde luego lo harán mejor, por ejemplo, que los burócratas de San Petersburgo, que deben dirigir desde lejos las industrias del Ural. ¿No habían trabajado éstas sin dueños en el XVIII, en el momento de la rebelión de Pugachév, para proporcionar armas a las fuerzas campesinas insurrectas?⁶⁸

Cuando la Tercera Sección se enteró por fin del contenido de este libro, observó, en primer lugar, que se trataba de una obra seria, que «para los estudiosos de la vida del pueblo en las distintas regiones de Rusia habría podido constituir una fuente, en el sentido científico de la palabra»; pero agregó que en ella se sostenían «de modo habilísimo esas tendencias socialistas que constituyen el programa de la "Sociedad Internacional", con leves modificaciones, derivadas naturalmente de la diferencia entre la situación de la clase obrera en Rusia y en Europa occidental». El libro, proseguía el informe, constituye en conjunto una prueba «de la ineficacia de las normas de censura en cuanto destinadas a prevenir cualquier tipo de agitación, aunque ésta no se presente en las formas más groseras»⁶⁹.

Empezaron a informarse de quién era el misterioso M. Flerovski, acabaron enterándose de que se trataba de Bervi y lo hicieron seguir por guardias que vigilaron minuciosamente su casa y sus viajes, enviando a San Petersburgo los informes más circunstanciados y al tiempo más extraños. La vigilancia se acentuó más aún cuando, en 1871, se publicó su segundo libro, el *Alfabeto de las ciencias sociales*⁷⁰.

Según el estatuto de la rama rusa de la Sociedad Internacional, encontrado en Moscú en un registro, en abril de este año (1871), se proyecta, entre otras cosas, la formación de una sociedad y de grupos secretos para la publicación de libros referentes a las ciencias políticas. Se puso recientemente a la venta en San Petersburgo un libro titulado *Alfabeto de las ciencias sociales*. En la cubierta no se indica el nombre del autor ni el editor, se dice sólo que ha sido impreso en la tipografía Nusval't. Se tienen informaciones dignas de fe según las cuales se trata de una obra del conocido escritor socialista Flerovski (Bervi), editada por ese mismo grupo secreto que está compuesto de personas continuamente vigiladas por la Tercera Sección.

Fue el propio Alejandro II quien dispuso, en una nota al margen de este informe, que el *Alfabeto* «no debía ser puesto a la venta». Y cuando la Tercera Sección leyó las 500 páginas e hizo un resumen para el emperador, éste volvió a anotar: «No hay que decir más, ¡bonita tendencia!»⁷¹

Las leyes sobre la censura se hicieron más severas. En 1872, la represión de los delitos de prensa fue arrebatada de nuevo de manos de la magistratura y confiada al consejo de ministros. El grupo de los *chaikovtsy*, como hemos visto, sufrió las consecuencias de este episodio final de la «causa del libro». Chaikovski, Klements y Natanson fueron detenidos, y el último fue deportado. Bervi escribirá otro libro más para los *chaikovtsy*. Impreso, la censura lo mandó a la guillotina antes incluso de que entrara en circulación⁷².

En octubre de 1873 Bervi se vio incluido en la represión general; lo detuvieron y estuvo implicado en el asunto Dolgushin. En mayo del siguiente año estaba otra vez confinado, esta vez en la gobernación de Arjanglesk. En 1875 consiguió residir en esta ciudad, pero «habiendo ejercido una influencia nociva sobre los jóvenes y muchachas deportados políticos»⁷³, se consideró necesario devolverlo a una aldea. Acabó residiendo muchos años en Kostroma, y después en Tiflis, de donde sólo en 1893 consiguió emigrar a Londres. Al llegar a Inglaterra una de sus primeras ideas fue rehacer el *Alfabeto de las ciencias sociales*, interrumpido unos veinte años antes. Publicará tres pequeños volúmenes, pero nunca terminará este trabajo que se había ido convirtiendo entre sus manos en una historia universal. Por otra parte, esta segunda versión es una de sus cosas más flojas y menos importantes⁷⁴.

Por lo demás, ya el *Alfabeto* de 1871 estaba muy lejos de tener el vigor de *La situación de la clase obrera en Rusia*. Sólo nos interesa hoy como un síntoma de la sed enciclopédica de la juventud rusa que publicó y difundió este libro con gran riesgo y peligro, encontrando en él, en forma sociológica y con gran lujo de ejemplos tomados de los pueblos más diversos, sus propias convicciones. El autor daba a entender que quienes

creaban la civilización no eran los fuertes y los ricos, sino los débiles unidos con un sentido de solidaridad e igualdad; que la lucha entre obreros y capitalistas era una forma de este conflicto, que para participar en ella de la parte de la justicia no había que construir proyectos para una sociedad futura, sino que tener un ideal moral muy claro ante los ojos, y en el corazón una gran pasión por derribar en uno mismo y en los demás los ídolos de la riqueza y la fuerza. Flerovski polemizaba también contra cualquier darwinismo social, contra la aplicación de la lucha por la existencia a la vida humana, contra todo racismo. Después ponía ante los ojos del lector un examen aproximado de lo que él llamaba «la civilización del estancamiento», es decir, aquélla en que las luchas sociales y entre los pueblos no están iluminadas por un esfuerzo ideal, y que se convierte, por tanto, en escenario de una vana y afanosa agitación. Quizás pensaba exponer más abiertamente sus conclusiones en la tercera parte del *Alfabeto*. Tal como está, este muñón sociológico sólo adquiere un significado si se lo lee con los ojos de quienes lo publicaron y adivinaron en él las ideas y aspiraciones que habían quedado semiexpresadas.

Flerovski había especificado, en cambio, en 1873 —en un opúsculo titulado *Cómo se debe vivir según la ley de la naturaleza y de la verdad*, impreso clandestinamente por el grupo de Dolgushin—, que era preciso decir al pueblo, sobre qué bases había que sentar la propaganda entre los campesinos y los obreros.

El grupo de Dolgushin fue la más importante organización populista de comienzos de los años setenta, al lado de los *chaikovtsy* y con independencia de éstos. Aunque de proporciones y resonancia notablemente menores, nos permitirá conocer mejor las ideas y el estado de ánimo de la juventud revolucionaria que preparaba la «ida hacia el pueblo», agregando un elemento distinto y original al cuadro de esta época⁷⁵.

Aleksandr Vasil'evich Dolgushin había nacido en 1848 en una pequeña ciudad de la gobernación de Tobolsk, en Siberia. «Personalidad sanguínea», lo definirá más adelante un camarada. Y es cierto que desde muy niño demostró su espíritu rebelde y su fuerte voluntad. Tenía el don de atraerse a sus coetáneos, aun sin dejarles adivinar más que una parte de su personalidad, aun encerrándose en sí mismo, en la intensa fe en sus ideas. En 1866 estaba en San Petersburgo para proseguir sus estudios, y en realidad sobre todo para participar en la vida política de la universidad. El grupo de siberianos que se congregó en torno a él nos proporciona uno de los numerosos ejemplos de transformación de una «comuna», de organización de socorros mutuos, biblioteca y círculo de formación cultural, en una organización política. Entonces era un grupo de trece muchachos, ocupados inicialmente en ayudar a los que llegaban de Siberia, en recoger libros y material para estudiar su tierra de origen. Al parecer habían acabado por convencerse de que la única salvación para Siberia estaba en separarse de Rusia. Se trataba, pues, de un rebrote de aquel «regionalismo» siberiano del que vimos otro

ejemplo en los años sesenta. Hacían proyectos de regresar allá, acabados los estudios, para hacer propaganda. Quizás ya estaban en relación con grupos existentes en Siberia. En cualquier caso, el deber de «ir hacia el pueblo» se teñía en su caso de patriotismo local. En la habitación donde celebraban sus reuniones había un retrato de Chernyshevski, admirado por sus ideas y siberiano *honoris causa*, podríamos añadir.

La actividad del grupo se encontraba aún en la fase preparatoria cuando penetró en aquel círculo Nechaev, que se hacía llamar Panin; con su típico método conspiratorio y misterioso trató de empujarlos a una actividad más intensa. Uno de ellos, Pëtr Aleksandrovich Toporkov, aceptó formar parte de la Sociedad Revolucionaria Rusa, distribuir la «Narodnaya rasprava» e inducir a sus compañeros a afiliarse a la organización de Nechaev. Este estaba en San Petersburgo para una breve visita, y una vez realizados los contactos, regresó pronto a Moscú. En el grupo de los siberianos se produjo lo que solía ocurrir en los ambientes afectados por su violenta agitación. Una parte trató de seguirlo, otra no se demostró nada dispuesta a aceptar sus conclusiones. Hubo, es cierto, quien propuso crear una «banda» para asaltar a los nobles; el propio Dolgushin empezó a sentar las bases de una conjura, pero muchos vacilaron. El programa de los más ardientes era «aniquilar o ahogar con una insurrección popular todo el viejo mecanismo administrativo» y exterminar a toda la familia real. La acción comenzaría cuando la organización alcanzara doscientos miembros. A pesar de algún detalle diferente, el programa redactado entonces por Dolgushin —que conocemos sólo de forma indirecta— reproducía el de Nechaev.

Este arrojó su semilla en San Petersburgo en los últimos días de noviembre de 1869. El 1 de enero de 1870 comenzaban las detenciones en la capital. Afectaron de lleno al grupo siberiano, y entre ellos al propio Dolgushin. Pero no se pudieron recoger pruebas contra ellos. Incluso los que confesaron se retractaron después ante el tribunal, y tras año y medio de cárcel, en agosto de 1871 los absolvieron prácticamente a todos.

Un año después, en el otoño de 1872, se había congregado ya en torno a Dolgushin un nuevo grupo que comprendía elementos de la «comuna» de los siberianos y gente nueva, llegada entonces a la actividad revolucionaria. Por el número de sus componentes fue llamado «el grupo de los 22». Junto a Dolgushin, los miembros más activos fueron Lev Adol'fovich Dmoyovski, «hombre de fuerte carácter moral, del tipo de Rajmetov» (el héroe del *¿Qué hacer?* de Chernyshevski), como dijo uno de sus compañeros; y Viktor Aleksandrovich Tijotski, que procedía de una familia de decembristas y ya había estado dos años en Zurich, para regresar luego a su patria deseoso de consagrarse a la propaganda entre los campesinos. Uno y otro contaban entonces veintidós años. Salvo escasas excepciones, también el grupo de los *dolgushintsy* estaba com-

puesto por típicos representantes del proletariado intelectual, y había perdido ya todo carácter regionalista y siberiano.

De su participación en la conjura de Nechaev conservaron cierto desprecio por quienes se ocupaban sólo de difundir la cultura y publicar libros. Sus labios adoptaban a menudo una maligna sonrisa cuando hablaban de los «librescos», es decir, de los *chaikovtsy*, quienes a su vez acabaron considerándolos, por esta actitud, como bakuninistas⁷⁶. En realidad la cultura socialista de unos y otros era muy similar, basada sobre todo en Lassalle y Marx, a más de Chernyshevski, como es natural⁷⁷. Sus ideas específicas no se derivaban de Bakunin, sino más bien de un intento de recoger lo esencial de la predicación de Nechaev, sobre la base de un conocimiento más vasto y cuidadoso de la situación de los campesinos y obreros rusos, conocimiento que basaban sobre todo en el libro de Flerovski. Es decir, creían en la necesidad de preparar un levantamiento campesino a breve plazo, y no en la metódica preparación de las masas. Pero para hacer esto habían elaborado un programa que ya no era un puro y simple llamamiento a la pasión revolucionaria de los elementos más desesperados de la sociedad rusa, sino un llamamiento que pretendía apoyarse en las exigencias y las aspiraciones fundamentales de los campesinos, o sea, en la liberación de los gravámenes que pesaban sobre ellos por el rescate de las tierras y en una redistribución igualitaria de todas las propiedades⁷⁸.

Como nos dice Shishko —que los conoció de cerca y que por un momento estuvo a punto de entrar en su organización, cuando Kravchinski lo llamó a los *chaikovtsy*—, «su plan consistía en crear en Moscú una imprenta clandestina, en imprimir llamamientos..., en difundir estos libritos por las aldeas, en el territorio más amplio posible, con objeto de suscitar una revuelta. Para tal empresa, que tenía el carácter de un rápido golpe revolucionario, se requería gente muy decidida, y la pequeña organización de Dolgushin estaba compuesta precisamente por revolucionarios de este tipo»⁷⁹.

En marzo de 1873 se trasladaron de San Petersburgo a Moscú y después a una casita de la región de Zvenigorod, no muy lejos de Moscú. Llevaron allí la imprenta que habían conseguido procurarse, y en el verano de ese año empezaron a imprimir sus hojas. Pese a que suscitaron pronto las sospechas de los campesinos del lugar (convencidos de que en aquella casa «se hacía dinero»), y aunque los rumores acabaron provocando un registro, consiguieron imprimir dos opúsculos y un llamamiento que pudieron poner a salvo en Moscú, junto con los caracteres tipográficos.

El primer escrito era el de Bervi-Flerovski. Habían entrado en contacto con él en el período en que ellos se encontraban en San Petersburgo y Flerovski en la región de Vyborg, en la frontera de Finlandia. Con mil precauciones consiguieron estrechar relaciones y pedirle su colaboración.

El propio Dolgushin irá a recoger el escrito de manos de Flerovski, a Nizhni-Novgorod, aunque la policía no le quitaba la vista de encima.

Flerovski quedó impresionado por el espíritu que animaba a este grupo.

En mi mente tenía siempre la comparación entre esta juventud que se preparaba para la acción y los primeros cristianos —contará más adelante—. Aún no habían empezado a actuar, no hacían más que prepararse y, animados por su entusiasmo, estaban convencidísimos del éxito. Yo también estaba persuadido de que darían tela que cortar al gobierno. Pero cuando miraba el limitado campo de su acción, entre un pueblo ruso aún intacto, me convencía de que su éxito sólo podría estar asegurado el día en que la explosión de entusiasmo de la juventud se hubiera transformado en un sentimiento permanente e imposible de desarraigar. Pensando de continuo sobre ello me persuadía de que sólo podría tenerse éxito si se seguía un camino: la creación de una nueva religión... Quería crear una religión de la igualdad...⁸⁰.

El escrito que entregó a Dolgushin era justamente el manifiesto de esta nueva religión⁸¹.

«Id hacia el pueblo —decía desde las primeras líneas—, decidle toda la verdad hasta la última palabra, decidle que el hombre debe vivir según la ley de la naturaleza. Según esa ley todos los hombres son iguales... Todo nacen desnudos, todos nacen igualmente pequeños y débiles...». La naturaleza estaba dispuesta a distribuir con equidad sus frutos a todos. Los hombres debían disfrutar todos en parecida medida. «He aquí ante vosotros las aldeas y caseríos diseminados por Rusia. A su alrededor está la tierra, y toda esa tierra es ahora común. Ya no hay señores ni propietarios creadores del mal, que han esclavizado a la madre tierra.» Todo el que tenga hambre podrá pedir que se le asigne un campo para trabajarlo. «Le darán una parcela igual para todos, sin intrigas.» ¿Cuándo podrá realizarse eso? Cuando no haya pobres, cuando todos puedan tener asegurada desde niños una cultura, y sobre todo cuando hayan desaparecido de las aldeas quienes explotan el trabajo ajeno. La nobleza se había asegurado por todos los medios una posición privilegiada. Flerovski recorría toda la historia rusa con un lenguaje popular y religioso, para acabar con un llamamiento a la acción: «¡Maldición al temeroso, al medroso que no luche con sus hermanos!»

Dolgushin se encargó de traducir este llamamiento a términos más políticos, aunque expresados en fórmulas igualmente inspiradas y religiosas. Incluso citaba más abundantemente el Evangelio, pero deducía de él una línea política más precisa. Hablaba de la liberación de los siervos, pero para concluir que tampoco ahora todos tenían en Rusia los mismos

derechos. Los nobles no pagaban impuestos, y a ellos se reservaban las mejores escuelas.

Trabajando cien veces más que el señor, los campesinos son incomparablemente más pobres que él.

Ya es hora de salir de la miseria y de la oscuridad.

Nosotros, hermanos vuestros, nos dirigimos a vosotros, gente oprimida, y os llamamos, en nombre de la eterna justicia. Rebelaos contra este régimen de injusticia, indigno del hombre, de la mejor y superior conciencia de la tierra. ¡Levantaos, hermanos!

Exigimos que sean eliminados todos los gravámenes... La tierra que nos obligan a rescatar es nuestra desde todos los siglos, en ella residieron nuestros padres, abuelos y antepasados. Cuando éramos esclavos de los nobles terratenientes, trabajábamos esta tierra. Los nobles no existen. ¿Qué significa eso? Simplemente que nos hemos separado de ellos. Nuestra tierra ha vuelto a nosotros. ¿Por qué pagar por ella?... Exigimos también una redistribución general de la tierra, tanto la de los campesinos como la del estado y los nobles, para repartírnosla entre nosotros según es de justicia, para que cada uno tenga lo necesario.

Pedía después la abolición de las levás, del servicio militar que duraba quince años. Quería buenas escuelas para todos. «La ciencia es fuerza, la ciencia es luz. Sin ella hay esclavitud.» Que sean abolidos los pasaportes, que se establezca un control sobre los pesados impuestos que pagan los campesinos. «El gobierno debe gastar con nuestro consentimiento.» Y esto podía ocurrir sólo mediante elecciones que crearan un gobierno de diputados del pueblo.

*Como un solo hombre,
Se levante toda la Rusia atormentada,
Liberémonos para siempre,
Nuestra tierra bastará para todos*⁸².

Dolgushin había preparado otro breve llamamiento *A la inteligencia* en el que polemizaba contra todo intento de reforma local. No bastaba con crear pequeñas cooperativas, no bastaba con tratar de mejorar la administración local. La esperanza de convertirse en hombres independientes con un esfuerzo individual, y no colectivo, era falaz. «Toda la vida seguiréis siendo explotadores y parásitos.» «En ningún otro papel podríais ser tan útiles como en el de propagandistas populares de una nueva vida mejor.» Citaba a Proudhon, concluyendo: «Demostraremos que somos sinceros, que nuestra fe es ardiente, y nuestro ejemplo cambiará la faz de la tierra. No penséis que el pueblo ruso no pueda entenderos y os rechace.»

Nuestra consigna: igualdad y libertad.

Adelante, amigos, a las armas.

¡Perezcan los enemigos del pueblo,

Zar, príncipes y boyardos!

Como se ve, el elemento religioso no constituía para ellos un puro y simple instrumento táctico, un medio para tratar de que los campesinos a los que se dirigían los comprendieran. Era algo más que una simple fraseología evangélica. Pero esta religión de la igualdad estaba apenas esbozada. No se había convertido en el centro de sus pensamientos, como para los seguidores del «dios-humanismo» y seguía siendo un revestimiento de sus concepciones políticas. En la casa donde estaba la imprenta clandestina, Dolgushin había colocado en lugar del icono unas cruces con inscripciones en inglés, latín y francés: «Libertad, igualdad, fraternidad.» «Quien no pueda ser curado con medicinas, cúrese con el hierro, y quien no pueda ser curado con el hierro, séalo con el fuego» (Hipócrates). «Sírvelo sólo a él [el pueblo], porque su causa es santa. El pueblo sufre, y cada hombre que esté a su lado es un enviado de Dios.»

Los intentos de propaganda entre los campesinos empezaron incluso antes de haber terminado de imprimir los opúsculos y llamamientos. Se intensificaron después, cuando fueron distribuyendo sus libritos gratis, por supuesto, lo cual asombró a los campesinos. Hicieron numerosas tentativas, sin demasiado orden, casi sondeos en un mundo desconocido, tratando de encontrar el modo de pasar de un encuentro casual a relaciones más estrechas. Pronto tropezaron con el mayor obstáculo de esta «propaganda volante», es decir, con que era muy pequeño el número de personas capaces de leer. Consiguieron organizar algunas reuniones en las isbas, mantuvieron discusiones, que a menudo lindaron con el terreno religioso que tanto interesaba a los campesinos un poco más cultos, en cuanto estaban en condiciones de leer. A través de un modesto maestro de una escuela elemental aneja a una fábrica consiguieron que sus publicaciones penetraran ampliamente entre los obreros de un pequeño centro industrial.

Una detención casual hizo ir a parar a manos de la policía el material propagandístico de los *dolgushintsy*, poniéndola en una pista que primero ocasionó la caída de unos elementos marginales, y después la de Toporkov. La investigación fue larga y cauta, tendente a echar mano al propio centro del movimiento. En septiembre de 1873 Dolgushin fue detenido. Doce personas fueron deferidas al juicio del Senado, que en un proceso celebrado del 9 al 15 de julio de 1874 condenó a Dolgushin y Dmoyovski a diez años de trabajos forzados, a Ivan Papin y Nikolai Plotnikov a cinco años, a Dmitri Gamov (el maestro de escuela) a ocho años, al campesino Anani Vasil'ev —que había difundido los manifiestos— a dos años y ocho meses, y a otros a penas menores. Alejan-

dro II no quiso reducir en absoluto las penas de los condenados más graves. Durante la ceremonia de la «ejecución civil», uno de ellos, Plotnikov, gritó en varias ocasiones: «¡Abajo el zar, abajo los príncipes, abajo los boyardos, abajo los aristócratas! ¡Todos somos iguales! ¡Viva la libertad!», suscitando entre los que asistían a la escena, en su mayoría estudiantes, una manifestación de solidaridad que provocó la detención de otras trece personas.

Se discutió largamente sobre cómo castigar a los *dolgushintsy* por esta manifestación y en general por la actitud rebelde que asumieron durante el proceso y en prisión. Se acabó decidiendo que no se les deportaría a trabajos forzados a Siberia, sino que serían encerrados en la Cárcel Central de Jarkov, donde la vigilancia era mayor y el aislamiento y las condiciones de vida de los prisioneros eran mucho más duros.

Y en realidad fueron tremendos. Ya en el otoño de 1875 Gamov estaba completamente paralítico y enajenado. En abril del año siguiente moría en el hospital de la cárcel. Dolgushin consiguió contar las condiciones en que vivían en un escrito que fue sacado de la prisión con largos intervalos, probablemente por la madre de Dmoyovski, que tras muchas peripecias había conseguido permiso para ver periódicamente a su hijo. Ese opúsculo se imprimirá clandestinamente en San Petersburgo en 1878⁸³. En la cubierta llevaba el anuncio de que en octubre saldría el primer número de un nuevo periódico revolucionario: «Zemlia i volia!» El ejemplo de Dolgushin ya estaba dando sus frutos. Pero él tuvo que pagar con su persona. En 1880 lo llevaron a Kara, a los trabajos forzados de Siberia, donde consiguió —atrayéndose nuevas persecuciones— organizar la fuga de algunos compañeros. En 1883 estaba encerrado en la fortaleza de Shlisselburg, sobre el Ladoga, y allí enfermó de tisis, de la que morirá el 3 de julio de 1885⁸⁴. En 1878 Plotnikov empezó a dar las primeras señales de locura, y fue internado en un manicomio en una de las etapas del camino que debería llevarlo a Siberia con otros de sus compañeros, quienes, como Papin, por ejemplo, permanecerán allí mucho tiempo.

La propaganda de los *chaikovtsy* y los *dolgushintsy*, las discusiones en torno a los programas de Bakunin y Lavrov no crearon solamente pequeños grupos —como había ocurrido con parecidos debates de los años sesenta—, sino que suscitaron un movimiento, pusieron en marcha una acción que arrastró a unos miles de personas. Por primera vez la predicación de los populistas encontró una respuesta en los hechos.

Como suele ocurrir, incluso este eco pareció inesperado. El movimiento fue «espontáneo», como no se cansan de repetir los testimonios de la época. Y lo fue, efectivamente, dentro de los límites en que un auténtico movimiento político es espontáneo respecto a los esfuerzos de quienes lo han querido y preparado⁸⁵.

La «ida hacia el pueblo» de 1873-74 tiene un especial carácter de frescura, de juvenil entusiasmo e incluso de despreocupación que asombró a todos los observadores; es un carácter tan ingenuamente generoso

que parece la primavera de todo el movimiento populista, que hace olvidar a veces que desde dos décadas antes se realizaba una preparación ideológica y desde hacía más de diez años otra organizativa. Todos los episodios de este movimiento conservan aún, a tantos años de distancia, la marca de aquel impulso, de aquella entrega que hubo en su fuente. No por azar se le llamó al verano de 1874 «el verano loco».

La «ida hacia el pueblo» fue la respuesta de la juventud universitaria al llamamiento de los populistas revolucionarios. Respuesta que no aportó un elemento ideológicamente nuevo. La consigna ya había resonado en la época de Ogarëv y Herzen, ya había sido recogida por numerosos individuos. La ideología de este movimiento fue moralista y vaga, y en general bastante menos concreta de lo que habían sido las ideas de los movimientos que la habían preparado. Fue el punto de encuentro de varias corrientes, por lo que el elemento crítico encerrado en cada una de ellas fue diluyéndose o, si se prefiere, ardió en medio de un impulso de entrega. Cuando las memorias de la época nos dicen que en la «ida hacia el pueblo» triunfaron las tendencias bakuninistas sobre las lavristas, lo que quieren decir es lo siguiente: el llamamiento más vago y poderoso de Bakunin se había convertido naturalmente en bandera de una fuerza más vasta y al tiempo menos concreta.

No hay que dejarse distraer demasiado por los episodios extraños, a veces ridículos, muy a menudo ingenuos de la «ida hacia el pueblo». Incluso prueban que el movimiento estaba ya saliendo de los cerrados ambientes de los conspiradores para llegar a ser una acción «de masas»⁸⁶.

Los *chaikovtsy* ya habían hecho una serie de intentos, digamos individuales, una especie de sondeos en el pueblo. Empezaron a organizar a los obreros de San Petersburgo con la intención de encontrar entre aquellos campesinos recién llegados a la ciudad gente capaz de llevar su verbo a las aldeas. Cuando después empezaron las detenciones, algunos de ellos se vieron realmente obligados a regresar al campo, para huir de los guardias. Krylov, por ejemplo, se dirigió a su aldea, no lejos de Tver resuelto a crear allí un centro de propaganda. Sus compañeros le prometieron enviarle a alguien que lo ayudara. A comienzos de 1874 lo visitaron tanto Kravchinski como Klements.

A menudo las discusiones en las estrechas isbas campesinas, repletas de una multitud de oyentes, se prolongaban hasta pasada la medianoche. Una sensación de solemnidad dominaba en el público y se alzaba el canto coral de uno de los himnos revolucionarios. Involuntariamente volvían a la mente las escenas de los primeros siglos del cristianismo y de los tiempos de la reforma⁸⁷.

Klements, denunciado por el sacerdote de la aldea, estuvo a punto de ser detenido en esa ocasión⁸⁸. Krylov, arrestado entonces por primera vez, fue puesto en libertad y continuó su peregrinación entre el pueblo,

interrumpida por las autoridades el 25 de agosto en Nizhni-Novgorod. Después de dos años de cárcel morirá tuberculoso en prisión.

A pesar de estos intentos los *chaikovitsy* vieron con cierta alarma el desencadenamiento del movimiento general de la «ida hacia el pueblo», o sea, el comienzo de la partida en masa de los estudiantes hacia las aldeas. Intentaron guiar y dominar el movimiento, y en realidad se vieron arrastrados por él.

Repitieron a menudo de que poco serviría hacer propaganda «volante», o sea, «sembrar de pasada la idea de que era necesario rebelarse», como decía Kropotkin. Intentaron, pues, orientar el movimiento hacia la «propaganda fija», explicando que era preciso buscarse un oficio y ejercerlo en una aldea, desarrollando así de modo continuado una tarea de persuasión. Uno de ellos, A. O. Lukashevich, decía, por ejemplo:

Es necesario que cada uno aprenda un oficio o una ocupación dada para después diseminarse por un territorio donde sea posible mantener con facilidad comunicaciones entre unos y otros... De tal modo todo ese territorio podrá llegar en dos o tres años a un grado notable de espíritu revolucionario, y de él sacaremos también nuevas energías para las demás regiones⁸⁹.

Es decir, los elementos más políticos tendían a crear o sustituir la *inteliguentsia*, tan escasa y poco preparada en las aldeas rusas. En lugar de los pocos médicos, de las comadronas, de los enfermeros, de los amanuenses, etc., llegaría la juventud de la universidad, dispuesta a servir al pueblo, animada por la voluntad de dar un significado de propaganda socialista a esta nueva función social suya.

Pero esta idea, expresada más o menos conscientemente por los «lavristas», fue arrollada por el elemento más espontáneo y revolucionario que había en la raíz de la «ida hacia el pueblo». La renuncia a todo privilegio, la voluntad de sentirse por fin libres de la «deuda» contraída con el pueblo, y el deseo de libertad fueron los verdaderos resortes que empujaron a los estudiantes a las aldeas.

No se había visto nada parecido ni antes ni después. Era una revelación más bien que una propaganda. Al principio aún podía encontrarse la pista del libro o el individuo que había impulsado a tal o cual persona a unirse al movimiento. Pero pasado un tiempo resultó imposible. Era un poderoso grito que salía no se sabe de dónde y que llamaba a las almas vivas a la gran obra de la redención de la patria y del género humano. Y las almas vivas, al oír aquel grito, se alzaban, desbordantes de dolor y desdén por su pasado, y abandonaban casas, riquezas, honores y familias, se lanzaban al movimiento con una alegría, un entusiasmo, una fe que no se experimenta sino una sola vez en la vida, y que, perdida, ya no se vuelve a

encontrar... No era ya un movimiento político. Se parecía más bien a un movimiento religioso y tenía todo su carácter contagioso y absorbente. No se trataba sólo de llegar a cierta finalidad práctica, sino también de satisfacer un íntimo sentimiento del deber, una aspiración a la propia perfección moral⁹⁰.

Hubo incluso quien se convirtió antes de marchar hacia el pueblo. «Decidí hacerme ortodoxo —narra Aptekman, que era judío—. Fui bautizado y me sentí literalmente renovado... Me había acercado así a los campesinos entre los que viviría»⁹¹.

La «ida hacia el pueblo» es un acto de rousseauianismo colectivo. Y en él se mezclan inextricablemente los elementos políticos y la voluntad de expresar sentimientos largamente reprimidos. Tampoco aquí puede separarse el meollo político de la voluntad de ruptura con la civilización de los padres, del ansia de liberación, que tomaba como bandera la negación de la ciencia para encontrar por fin la vida verdadera, sencilla y sana.

La psicología de este movimiento no asombrará a nadie si se la considera con este enfoque. He aquí, por ejemplo, lo que cuenta uno de los participantes, Aptekman (y en este caso el estilo entusiasta se adapta a la perfección a los acontecimientos):

Ya es hora de ir hacia el pueblo. Hay que preparar lo indispensable y, ante todo, aprender un trabajo físico. Todos ponen manos a la obra. Unos se distribuyen por talleres y fábricas, donde, con ayuda de obreros ya preparados, se hacen aceptar y se ponen al trabajo. El ejemplo impresiona a sus compañeros y se difunde. Los que no pueden seguirlo sufren amargamente. Otros, y si no me equivoco fueron la mayoría, se lanzaron a aprender un oficio, de zapatero, carpintero, ebanista, etc. Son los oficios que se aprenden más pronto. Y, por lo demás, serán más útiles cuando se esté deportado. Hay que estar preparados de inmediato. En muchos sitios de San Petersburgo se organizan obradores donde, bajo la dirección de un obrero revolucionario, el aprendizaje es bastante rápido. La necesidad de aprender un oficio revela auténticos talentos entre nuestra juventud. Los obradores, organizados entonces, son todos del mismo tipo. Funcionan simultáneamente como «comunales». Entramos en uno de ellos, una casita de tres habitaciones, de madera, con cocina, en el barrio de Vyborg, en San Petersburgo. Pocos muebles, lechos espartanos. Olor a cuero. Es un taller de calzado. Tres jóvenes estudiantes trabajan muy concentrados. Ante la ventana, una muchacha también está absorta en su trabajo, cose blusas para los compañeros que se preparan estos días para ir hacia el pueblo. Hay que darse prisa. Los rostros son jóvenes, serios, atrevidos y claros. Se

habla poco porque no hay tiempo. ¿Y de qué hablar? Todo está decidido, todo es claro como el agua⁹².

Así eran los centros de aprendizaje y al tiempo de propaganda que fueron multiplicándose en el invierno de 1873-74 en las principales ciudades: San Petersburgo, Moscú, Kiev, Odesa, etc.

El significado pedagógico-socialista de estos centros fue enorme —escribió Lavrov—. No se trataba ya de una actividad cultural... No era solo un intento de perfeccionamiento intelectual. Los ideales se resolvieron en la práctica en el principio supremo de la actividad social, de la propaganda socialista, orientadas a derribar totalmente la organización económica existente⁹³.

En verano se inició la partida en masa. Incluso los contemporáneos que intentaron atenuar en sus memorias el carácter tumultuoso de esta «ida hacia el pueblo», concuerdan en que no estuvo guiada desde un centro. En realidad ninguna organización la controló. Si los jóvenes se concentraron en unas regiones más que en otras, se debió, más que a una consigna, al eco de la literatura revolucionaria de aquellos años; en su mayoría se dirigieron a las tierras de Pugachëv y Sten'ka Razin, hacia el sur de las revueltas campesinas, a lo largo de los grandes ríos, el Volga, el Don y el Dniéper. A menudo marcharon simplemente a los lugares más próximos a los centros de partida. Sólo en las localidades donde prevaleció la propaganda «fija» sobre la «volante» se formaron elementales organizaciones para mantener los contactos entre los individuos y grupos diseminados por las aldeas. En algunos puntos, muy pocos, se trató de crear «refugios revolucionarios», centros de reunión que solían adoptar la forma de obradores artesanos. Las regiones del Volga, en torno a Saratov, Samara, Penza, fueron las mejor organizadas⁹⁴. Funcionó algún centro para proporcionar dinero, pasaportes falsos y sobre todo para un intercambio de impresiones y de información.

Sin embargo, la gran mayoría de los estudiantes se puso en camino individualmente, o en grupitos de amigos. Vestidos de *mujiks*, a veces incluso más pobremente de lo que era usual en el oficio que habían escogido, vagaron de un lado a otro, trabajando y tratando de hacerse amigos de los campesinos, de los leñadores, de los barqueros. El trabajo físico era pesado, y a menudo acabó absorbiendo todas sus energías. Pero no querían presentarse al pueblo como quienes comían su pan de balde, querían demostrar a los campesinos, y a sí mismos, que eran capaces de ganarse la vida, por lo que insistieron en cavar, en cortar leña, en vivir como verdaderos trabajadores. Algunos no lo aguantaron; otros, evidentemente, experimentaban una afición deportiva; para muchos esta prueba constituyó el final de una vida «corriente»; de las aldeas pasaron a las

cárceles, de las prisiones a la deportación, y toda su existencia estará marcada por la renuncia hecha en el verano de 1874.

Querían decir «la verdad» a los campesinos. Mentir al pueblo era un delito. Y hablaban sin precauciones, diciendo con claridad que la tierra debía ser común y que era preciso rebelarse. Pretendían darse a sí mismos una prueba de valor. Y, además, ¿no decía Bakunin que el pueblo estaba dispuesto para la sublevación? El resultado fue que hubo numerosísimas detenciones, que sólo los más hábiles o los más afortunados consiguieron eludir las denuncias y escapar a los gendarmes locales. La «ida hacia el pueblo» representó también una gran lección sobre las necesidades de la conspiración, sobre la imposibilidad de prescindir de ellas⁹⁵.

Los populistas realizaron así una experiencia política que madurará en los años siguientes. Comprobaron y compartieron la miseria del pueblo, a menudo se hicieron escuchar, aunque sin conseguir suscitar actos de abierta protesta. La mentalidad de los campesinos se les presentó, acá y allá, con una luz distinta de la que se habían figurado. Un día Aptekman estaba describiendo a un nutrido grupo cómo sería la vida social «cuando el pueblo fuera dueño de sus propias tierras, de los bosques y de las aguas». Lo interrumpió un campesino que gritó: «¡Perfectamente! Nos repartiremos la tierra, y entonces yo cogeré dos jornaleros y estaré de lo más bien»⁹⁶. N. Morovoz vio también con sus propios ojos que el colectivismo patriarcal y el igualitarismo de la aldea estaban ya afectados por la aparición de elementos más ricos y fuertes⁹⁷.

De dos a tres mil personas fueron encarceladas, interrogadas o molestadas por la policía con motivo de la «ida hacia el pueblo»⁹⁸. La difusión del movimiento había asumido proporciones que preocupaban seriamente al gobierno. Unas treinta gobernaciones se vieron afectadas por la propaganda, más o menos profundamente. Los populistas no consiguieron suscitar una revuelta, un motín, en ninguna localidad; por doquier los campesinos habían escuchado con sorpresa, estupor y a veces con desconfianza a aquellos extraños peregrinos. Pero incluso el gobierno comprendía que de la «ida hacia el pueblo» había nacido un nuevo movimiento revolucionario.

Así lo dijo en un memorial el conde Palen, ministro de Justicia, cuando el «verano loco» ya había acabado y la «ida hacia el pueblo» de 1874 estaba desarticulada. Al hacer cuentas, observaba que se había detenido a 770 personas, 612 jóvenes y 158 muchachas. Se había concedido la libertad provisional a 452 personas, mientras que 265 permanecían en la cárcel. Sólo 53 habían conseguido escapar a toda búsqueda. Uno de los aspectos más inquietantes del movimiento radicaba en el apoyo que los populistas consiguieron encontrar en parte de la clase dirigente. Algunos terratenientes permitieron que sus posesiones se convirtieran en nidos de propaganda, jueces y funcionarios locales les dieron hospitalidad, los proveyeron de informaciones y a veces de dinero. Palen

observaba, en resumen, que la oleada del verano de 1874 había sacudido a una parte de la *intelliguentsia*, poniéndola de nuevo en marcha.

Este informe de Palen cayó pronto en manos de los populistas. Lo enviaron a Ginebra y allí se imprimió en la tipografía de Ralli, seguido por un comentario lleno de interés. En aquellas pocas páginas se encerraba la primera lección de la «ida hacia el pueblo»⁹⁹.

Palen atribuía, equivocadamente, el desarrollo del movimiento revolucionario a Bakunin y Lavrov.

No fue Lavrov quien creó la juventud de San Petersburgo y Moscú, no fue él quien le dijo que ya era hora de empezar a actuar. Al contrario, esa misma juventud ha creado a Lavrov, lo ha sacado de su mundo de la metafísica transcendental... y lo ha orientado por un camino más activo y más vivo... Por lo que respecta a Bakunin y a su supuesta e inmensa influencia sobre la juventud rusa, también aquí el memorial se equivoca de nuevo y ve las cosas de un modo muy aumentado (Es cierto que el miedo tiene los ojos grandes). No queremos disminuir en absoluto el significado de Bakunin, como fuerte personalidad y gran agitador... pero debemos hacer notar que su influencia sobre el movimiento revolucionario ruso fue siempre bastante débil...

Bakunin había tenido un gran mérito, el de decir con claridad que ya había pasado el tiempo de los dictadores, incluso en el seno de las organizaciones revolucionarias. «La juventud rusa ya no los necesita, sabe por sí sola lo que debe hacer.»

No, querido conde Palen, el honor de la iniciativa revolucionaria en Rusia no pertenece exclusivamente a Bakunin o a dos o tres personas más. Este honor corresponde a toda la juventud rusa, que con su energía, inteligencia y valor ha conseguido por fin, tras una desesperada lucha, crear una amenazadora fuerza revolucionaria... Unicamente su iniciativa ha valido para que aparezcan innumerables grupos, que usted ha enumerado tan detalladamente, para crear ese espíritu anarquista que los anima, para asegurar esa excelente organización federativa que constituye la invencible fuerza y la indispensable condición de toda obra revolucionaria.

Notas al capítulo 18

¹ En la vasta discusión de los últimos años sobre el movimiento revolucionario de comienzos de los años setenta, las obras más importantes son: N. A. Troitski, *Bol'shoe obshestvo propagandy (1871-1874) (Tak nazyvaemye «chaikovtsy»)* [La Gran sociedad de propaganda (1871-1874) (Los llamados «partidarios de Chaikovski»)], Saratov 1963; R. V. Filippov, *Ideologiya Bol'shogo obshestva propagandy (1869-1874)* [La ideología de la Gran Sociedad de propaganda (1769-1874)], Petrozavodsk 1963; B. S. Itenberg, *Dvizhenie revoliutsionnogo narodnichestva. Narodnicheskie kruzhki i «jzhdenie v narod» v 70-j godaj XIX v.* [El movimiento del populismo revolucionario. Los grupos populistas y la «ida hacia el pueblo» en los años setenta del siglo XIX], M. 1965; R. V. Filippov, *Iz istorii narodnicheskogo dvizheniya v pervom etape «jzhdeniya v narod» (1863-1874)* [De la historia del movimiento populista en la primera etapa de la «ida hacia el pueblo» (1863-1874)], Petrozavodsk 1967, y Martin A. Miller, *Ideological Conflicts in Russian Populism: The Revolutionary Manifestoes in the Chaikovsky Circle*, en «Slavic Review», marzo 1970, pp. 1 y ss.

² El informe de Potanov se resume ampliamente en el artículo de N. Asheshov, P. A. Kropotkin i *ruskoe pravitel'stvo v 1875 godu* [P. A. Kropotkin y el gobierno ruso en 1875], en «Byloe», 1922, fasc. 17.

³ L. Shishko, *Sergei Mijailovich Kravchinski i kruzhok chaikovtsev (Iz vospominani i zametok starogo narodnika)* [S. M. Kravchinski y el grupo de los «chaikovtsy» (De los recuerdos y las notas de un viejo populista)], Spb. 1906, p. 13. Naturalmente, estas palabras han de entenderse no sólo en el sentido de que en San Petersburgo se reunió entonces un grupo de personas verdaderamente excepcionales, lo cual es cierto, sino en el de que encontraron en su formación moral una fuerza más segura para vitalizar una nueva actividad revolucionaria. Eso dejó hondas huellas en muchos partícipes del movimiento, como por ejemplo en Kropotkin. Lo que éste escribe en 1918, poco antes de morir, sobre la revolución rusa, es un eco remoto, pero límpido, de este mundo juvenil de comienzos de los años setenta. «Desgraciadamente —decía—, pese a los maravillosos actos de sacrificio realizados por los revolucionarios rusos en el período de preparación, a pesar del elevado ideal social que los animó, vemos que ahora ha acabado triunfando una doctrina que en los últimos años ha penetrado poco a poco en nuestra vida, la doctrina del materialismo económico. Esta doctrina no se entiende en el sentido en que la habían comprendido las organizaciones blanquistas en Francia, cuando se llamaban comunistas-materialistas. Por comunismo no entendían el de los grupos monásticos, de los jesuitas paraguayos, o de las colonias de esclavos, sino el comunismo *de facto*, que diese a todos no sólo el bienestar, sino la independencia moral... Esto se consideró utópico y fue sustituido por la idea de la revolución social entendida como desencadenamiento de las pasiones individuales de superhombres, stirnerianos o nietzschianos. En esta carencia de un ideal más elevado y entusiasta está toda la diferencia entre la revolución rusa y las que la precedieron. Queda una sola cosa, queda una esperanza de vida, es decir, que la revolución haya asumido semejante carácter bajo la influencia pestífera de los últimos años del

absolutismo, y que la sana mente del pueblo ruso acabe por triunfar, salvándose del mal que amenaza con privar de fuerzas a la revolución y con hacerla infecunda» (P. Kropotkin, *Ideal i revoliutsiya* [Ideal y revolución]), en «Byloe», 1922, fasc. 17.

⁴ B. P. Koz'min, S. G. Nechaev i ego protivniki v 1868-69 gg. [S. G. Nechaev y sus adversarios en los años 1868-69], en *Revoliutsionnoe dvizhenie 1860-i godov. Sbornik statei, pod red. B. I. Goreva i B. P. Koz'mina* [El movimiento revolucionario de los años sesenta. Colección de artículos, edición de B. I. Gorev y B. P. Koz'min], M. 1932, pp. 168 y ss. Sobre éste y otros intentos parecidos de investigación entre los campesinos, cfr. las interesantes precisiones de Itenberg, *op. cit.*, páginas 41 y ss.

⁵ O. V. Aptekman, *Obshestvo «Zemlia i Volia» 70-i godov* [La sociedad «Tierra y Libertad» de los años setenta], P. 1924, p. 61.

⁶ S. L. Chudnovski, *Iz davnij let. Vospominaniya. Podgotovil k pečati V. S. Aleseev-Popov. Redaktsiya M. A. Braginskogo* [De los años lejanos. Recuerdos. Texto a cargo de V. S. Alekseev-Popov, redacción de M. A. Braginski], s. l. [pero M.] s. d. [pero 1943], p. 276.

⁷ Chaikovski, *Cherez pol stoletiya* [Medio siglo después], en «Golos minuvshago na chuzhoi storone», 1926, fasc. III.

⁸ Al mismo tiempo que él, fue detenido y deportado Aleksandr Stepanovich Prugavin, que se convertirá en un conocido investigador sobre los movimientos de las sectas rusas. Permanecerá confinado, en diversas localidades de la Rusia europea, durante nueve años.

⁹ Chaikovski ha narrado, en una larga carta, el nacimiento de su grupo. Publicada en *Cherez pol stoletiya cit.*

¹⁰ P. A. Kropotkin, *Zapiski revoliutsionera. Podgotovka teksta k pečati i primechaniya N. K. Lebedeva. Predislovie P. P. Paradizova* [Memorias de un revolucionario. Texto y notas a cargo de N. K. Lebedev. Prefacio de P. P. Paradizov], s. l. [pero L.], 1933, p. 187.

¹¹ Nikolai Vasil'evich Chaikovski. *Religioznye i obshchestvennye iskaniya. Stat'i M. A. Aldanova, E. K. Breshko-Breshkovskoi, Dioneo, B. A. Miakotina. D. M. Odintsa, T. I. Polnera i vospominaniya N. V. Chaikovskogo, pod obsb. red. A. A. Titova* [N. V. Chaikovski. Investigaciones religiosas y sociales. Artículos de M. A. Aldanov, E. K. Breshko-Breshkovskaya, Dioneo, B. A. Miakotin, D. N. Odintsa, T. I. Polner, y recuerdos de N. Chaikovski, edición de A. A. Titov], París 1929, página 55.

¹² M. F. Frolenko, *Malikov i malikovtsy* [Malikov y sus partidarios], en *Sobranie sochineni* [Obras], M. 1932, vol. I, pp. 208-9.

¹³ N. A. Charushin, *O dal'ekom proshlom* [Sobre el pasado lejano], M. 1926, volumen I: *Kruzhok chaikovtsev. Iz vospominani o revoliutsionnom dvizhenii 1870-i gg.* [El grupo de Chaikovski. De los recuerdos sobre el movimiento revolucionario de los años setenta], p. 94.

¹⁴ Se han recogido con una introducción de I. Gladnev, con el título de *Zapiski chaikovtsa* [Memorias de un partidario de Chaikovski], M.-L. 1929.

¹⁵ Shishko, S. M. *Kravchinski i kruzhok chaikovtsev cit.*, p. 5. Sus escritos se han recogido en S. M. Stepniak-Kravchinski, *Sobranie sochineni. Red. S. Vengerova* [Obras, edición de S. Vengerov], 6 vols., Spb. 1906-8, reeditado en 7 vols., P. 1919, y *Sochineniya* [Obras], edición de D. Yuferev, 2 vols., M. 1958. Cfr. S. M. Stepniak-Kravchinski, *Rossiya pod vlast'yu tsarei* [Rusia bajo la dominación zarista], con prefacio de E. Taratuta, M. 1964; E. Taratuta, «Podpol' naya Rossiya». *Sud'ba knigi S. M. Stepniaka-Kravchinskogo* [«La Rusia subterránea». El destino de un libro de S. M. Stepniak-Kravchinski], M. 1967; ID., *Russki drug Engel'sa* [Un amigo ruso de Engels], M. 1970; James W. Hulse, *Revolutionists in London. A Study of Five Unorthodox Socialists*, Oxford 1970, pp. 29 y ss.

¹⁶ Shishko, Sergei Mijailovich *Kravchinski i kruzhok chaikovtsev cit.*, p. 9.

¹⁷ Sobre él, véase la autobiografía, incompleta, publicada en 1910-11 en los «Russkie vedomosti» y recogida, con una interesante introducción, por I. I. Popov,

con el título *Iz proshlogo. Vospominaniya* [Del pasado. Memorias], L. 1925. Un estudio minucioso sobre él, con amplia bibliografía, es el de Sh. M. Levin, *D. A. Klements. Ocherki revoliutsionnoi deyatel'nosti* [D. A. Klements. Ensayos sobre la actividad revolucionaria], M. 1929.

¹⁸ Son palabras de Klements en su autobiografía, *op. cit.*, p. 79.

¹⁹ N. V. Chaikovski. *Religioznya i obshchestvennyya iskaniya* cit., p. 54.

²⁰ *Ibid.*, p. 123.

²¹ Levin, *op. cit.*, p. 41.

²² Las palabras de Kropotkin y las de la Perovskaya están recogidas en el opúsculo *Pamiatí Leonida Emmanuelovicha Shishko* [En recuerdo de L. E. Shishko], s. l. 1910, pp. 107 y ss. En este librito se encuentra una biografía suya, acompañada de documentos y una bibliografía incompleta de sus escritos, recogidos luego en gran parte en *Sobranie sochineni* [Obras], 4 vols., M. 1918.

²³ Publicado en Ginebra en 1873, hay numerosas reediciones de los años siguientes, siempre con el título de *Chto-to, bratsy, kak tiazhko zhivét'sia nashemu bratu na russkoi zemle!* Véase su reproducción en *Agitatsionnaya literatura russkij revoliutsionnyj narodnikov* [La literatura de propaganda de los populistas revolucionarios rusos], edición de V. G. Bazanov y O. B. Alekseeva, L. 1970, pp. 96 y ss.

²⁴ «Free Russia, organ of the Society of Friends of Russian Freedom», Londres 1891, noviembre.

²⁵ Véase vol. II, cap. XV, pp. 268 y ss.

²⁶ Sobre la difusión de las obras de Marx, véase sobre todo la carta de N. F. Daniel'son dirigida a él desde San Petersburgo, el 11 de mayo de 1871, en la que hablaba de Lopatin y decía que *El Capital* «era muy pedido». Le enviaba, siempre por indicación de Lopatin, obras económicas de Chernyshevskii. Véase esta carta en *Perepiska K. Marksa i F. Engel'sa s russkimi politicheskimi deyatel'nyimi* [La correspondencia de K. Marx y F. Engels con los políticos rusos], s. l. [pero L.] 1947, p. 54.

²⁷ Cfr. George Woodcock e Ivan Avakumovic, *The Anarchist Prince*, Londres 1950 (traducido al francés por Eugène Bestaux, París 1953), y Hulse, *op. cit.*, páginas 53 y ss.

²⁸ *Perepiska Petra i Aleksandra Kropotkinij. Predislovie I. Smigli. Redaktsiya, primechaniya i ustupitel'naya stat'ya N. K. Lebedeva* [Correspondencia de Pётr y Aleksandr Kropotkin. Prefacio de I. Smigla. Redacción, notas e introducción de N. K. Lebedev], 2 vols., M.-L. 1932-33.

²⁹ *Perepiska Petra i Aleksandra Kropotkinij* cit., vol. I, p. 213.

³⁰ Itenberg, *op. cit.*, p. 244.

³¹ Este período de su vida está registrado detalladamente en el *Dnevnik P. A. Kropotkina, s predisloviem A. A. Borovogo* [Diario de P. A. Kropotkin, con prefacio de A. A. Borovoi], M.-L. 1923.

³² Kropotkin, *Zapiski revoliutsionera* cit., p. 117.

³³ La lista de las publicaciones que guardaba aún en su casa en el momento de su detención se publicó, sobre la base de los papeles policiales, en *Dnevnik P. A. Kropotkina* cit., p. 291. Se trata sobre todo de documentos sobre la Comuna.

³⁴ Kropotkin, *Zapiski revoliutsionera* cit., p. 193.

³⁵ E. Koval'skaya, *Iz moij vospominani* [De mis recuerdos], en «Katorga i ssylka», 1926, fasc. IX, donde cuenta, entre otras cosas, las resistencias iniciales a la fusión de los dos grupos, masculino y femenino.

³⁶ A. Kornilova-Morozova, *Perovskaya i krugobok chaikovtsev* [La Perovskaya y el grupo de los «chaikovtsy»], M. 1929.

³⁷ Sobre su vida en este período, véase Aptekman, *Obshchestvo «Zemlia i Volia» 70-i godov* cit., pp. 70 y ss. Naturalmente, de ella hablan todas las memorias de los chaikovtsy.

³⁸ Kropotkin, *Zapiski revoliutsionera* cit., p. 194.

³⁹ Kornilova-Morozova, *op. cit.* Para algunas modificaciones de detalle en las listas, véase Charushin, *op. cit.*, vol. II, p. 88.

⁴⁰ Un cómputo más cuidadoso, realizado sobre los documentos y las memorias, ha llevado al historiador N. A. Troitski a proporcionarnos una lista de 36 miembros en San Petersburgo (con 17 colaboradores), 22 en Moscú, 14 en Odesa, 12 en Kiev, más cinco «agentes» de la Sociedad. Véase dicha lista en Troitski, *Bol'shoe obshestvo propagandy* cit., pp. 16 y ss.

⁴¹ N. V. Chaikovski, *Otkrytoe pis'mo k zdruz'yam* [Carta abierta a los amigos], en «Golos minuvshago», 1926, fasc. III.

⁴² I. E. Deniker, *Vospominaniya* [Recuerdos], en «Katorga i ssylka», 1924, fascículo IX.

⁴³ Charushin, *op. cit.*, vol. I, p. 88. Pero no siempre resultó fácil encontrar dinero en medida suficiente. El propio Charushin narra que uno de los componentes del grupo, cuyo nombre no da, intentó por un momento fabricar moneda falsa. Chaikovski se lo prohibió, oponiéndose netamente a semejante regreso a los métodos «nihilistas», *ibid.*, p. 91.

⁴⁴ *Proletariat vo Frantsii. 1789-1852. (Istoricheskie ocherki)* [El proletariado en Francia. 1789-1852. Ensayos históricos], Spb. 1869 y 1872. *Assotsiatsii. Ocherk prakticheskogo primeneniya printsipa kooperatsii v Germanii, v Anglii i vo Frantsii* [Las Asociaciones. Ensayo sobre la aplicación práctica del principio de la cooperación en Alemania, Inglaterra y Francia], Spb. 1873. Este último libro, a pesar de su evidente carácter de divulgación, contenía un vasto panorama del movimiento obrero occidental. Hablaba por extenso de los sindicatos, diciendo: «He aquí ese camino pacífico que ahora empieza a ser recorrido, pero que probablemente conducirá a la clase obrera de Europa occidental a su desarrollo, «i es que la violencia no la obliga de nuevo a lanzarse a una lucha abierta por su existencia» (p. 111). Es cierto —decía Mijailov— que tampoco los sindicatos podrán obtener más que resultados parciales. Para que la emancipación del proletariado sea completa, deberá ser también política. Hablaba luego de las cooperativas, del problema de la vivienda, etc., proporcionando abundantes datos y una amplia bibliografía (en la que se cita incluso a Marx). Pese a lo que prometía el título, hablaba a menudo también de Rusia. A propósito del problema de la vivienda hacía observar que nadie se ocupaba de mejorar las condiciones de los obreros. «Duermen en las fábricas, en los talleres, bajo las máquinas o acaso bajo el cielo» (p. 126). Notaba también las primeras señales de un movimiento cooperativista (pp. 224 y ss.).

⁴⁵ L. B. Gol'denbeg, *Vospominaniya* [Recuerdos], en «Katorga i ssylka», 1924, fascículos III, IV y V. Aunque evidentemente tienen un tono de excesiva autoalabanza, estos recuerdos proporcionan útiles noticias sobre este centro exterior de los *chaikovtsy*. Tras haber creado el pequeño centro editorial de Ginebra, fundió esta iniciativa con la otra de Lavrov, más importante, y en 1874 se trasladó con él a Londres, donde trabajó en el «Vperёд». Allí se reeditaron algunos opúsculos de los *chaikovtsy* y otros muchos se publicaron por primera vez, escritos por quienes habían formado parte del grupo de San Petersburgo. Aleksandrov abandonó toda actividad después del trágico episodio del suicidio de Katerina Ivanovna Grebnitskaya. Esta era hermana del escritor Pisarev, el conocido «nihilista», y estaba unida a Grebnitski por un «matrimonio ficticio». Trabajaba como obrera en la tipografía. Aleksandrov la convenció de que se vendiera a un viejo y entregase el dinero para que la imprenta prosiguiera su trabajo. Caterina Ivanovna obedeció, pero acabó suicidándose en julio de 1875.

⁴⁶ *Istoriya odnogo frantsuskogo krest'yanina. Kniga siya napisana frantsuzskim krest'yaninom v znak bratskoi liubvi k russkim krest'yanam* [Historia de un campesino francés. Este libro está escrito por un campesino francés en señal de fraternal amor a los campesinos rusos], Ginebra 1873.

⁴⁷ *Shazka o kopeike. Soch. F**** [Cuento sobre un copec. Obra de F***], Spb. [en realidad, Ginebra] 1874. Está recogido en Stepiak-Kravchinski, *Sobranie sochineni* cit., vol. III.

⁴⁸ Ginebra 1873.

⁴⁹ [L. A. Tijomirov y P. A. Kropotkin], *Emel'yan Ivanovich Pugachëv, ili bunt 1773 goda* [E. I. Pugachëv, o la revuelta de 1773], M. 1871 (en realidad, Ginebra 1873).

⁵⁰ *Pesennik*, Ginebra 1873. Sobre todas estas publicaciones, cfr. *Agitatsionnaya literatura russkij revoliutsionnyj narodnikov* cit.

⁵¹ *Dolznyi-li zaniat'sia izucheniem ideala budushago?* [¿Debemos ocuparnos del examen ideal del futuro?]. Secuestrado por la policía en el momento de su detención, citado en el proceso de los ciento noventa y tres, se publicará en «Byloe», 1921, fascículo 17. Tras encontrar en los archivos una versión íntegra, N. A. Troitski la discute en su libro (*op. cit.*, pp. 58 y ss.) y hay una edición crítica en *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka. Sbornik dokumentov i materialov v dvuj tomaj* [El populismo revolucionario de los años setenta del siglo XIX. Colección de documentos y materiales en dos volúmenes], edición de S. N. Valk, S. S. Volk, B. S. Itenberg, Sh. M. Levin, vol. I, M. 1964, pp. 55 y ss. Cfr. Itenberg, *op. cit.*, pp. 229 y siguientes.

⁵² Frolenko, *op. cit.*, vol. I, p. 218.

⁵³ S. F. Kovalik, *Revoliutsionnoe dvizhenie semidesiatykh godov i protsess 193-j* [El movimiento revolucionario de los años setenta y el proceso de los 193], M. 1928. Esta edición póstuma de sus escritos incluye la *Autobiografía* publicada en el vol. 40 del *Diccionario Enciclopédico Granat*, las memorias ya publicadas, con el seudónimo de «Starik» en «Byloe», 1906, fasc. X, XI y XII, y un artículo, *Revoliutsionery narodniki* [Revolucionarios populistas], publicado anteriormente en «Katorga i ssylka», 1924, fasc. IV.

⁵⁴ Charushin, *op. cit.*, pp. 101-2. Sobre este episodio véase también Deniker, *op. cit.*, e I. I. Popov, *Minuvshie i perezhitoe. Vospominaniya za 50 let. Sibir' i emigratsiya* [Cosas pasadas y vividas. Recuerdos de cincuenta años. Siberia y emigración], L. 1924, p. 120, en donde el autor recoge lo que Natanson le contó al respecto, cuando ambos eran deportados a Siberia. Sobre éste y otros contactos entre constitucionalistas y jóvenes revolucionarios, cfr. Itenberg, *op. cit.*, pp. 145 y ss.

⁵⁵ Cfr. N. A. Troitski, *Osnovanie zhurnala P. L. Lavrova «Vperëd»* [La fundación de la revista de P. L. Lavrov «Adelante»], en *Iz istorii obshchestvennoi mysli i obshchestvennogo dvizheniya v Rossii* [De la historia del pensamiento y del movimiento social en Rusia], Saratov 1964, pp. 106 y ss. En cuanto a Kupriyanov, era una de las mayores promesas del grupo de los chaikovtsy, pero muy poco ha quedado de él, muerto trágicamente en la cárcel. En 1873 era uno de los más activos organizadores obreros en San Petersburgo. Junto con Charushin, había creado una biblioteca para los trabajadores. Organizó la fuga de Tkachëv del confinamiento en 1874. También él llevaba una vida ascética, y era uno de los miembros más cultos y reflexivos del grupo. Un día en que V. K. Debagori-Mokrievich, recogiendo un motivo bakuninista, le habló del «instinto revolucionario», Kupriyanov le contestó que «no atribuía ningún valor al temperamento; creía únicamente en el sentido del deber» (V. K. Debagori-Mokrievich, *Vospominaniya* [Recuerdos], Spb. 1906, p. 89). Probablemente era el más marxista de los chaikovtsy. Da la clara impresión de que precisamente eso lo indujo a concertarse con Lavrov contra Bakunin. He aquí lo que cuenta sobre él S. L. Chudnovski, que lo encontró por esa época en Viena, donde Kupriyanov estaba de paso para comprar, por encargo de sus compañeros de San Petersburgo, una máquina de imprimir: «Me asombró literalmente su excepcional fuerza mental. Leía (o, mejor dicho, estudiaba) y se ocupaba sólo de las obras fundamentales de la economía política y las ciencias sociales, no se interesaba en absoluto por la literatura y el arte, y cuando abría una revista se detenía únicamente en los artículos fundamentales y más serios. Cuando contaba diecisiete o dieciocho años conocía (¡y cómo!) casi de memoria la gigantesca obra de K. Marx. Durante horas y horas me explicaba los diversos aspectos de la teoría de Marx, impresionándose literalmente con la excepcional agudeza de sus análisis y la enorme lógica de sus conclusiones...» Chudnovski, *op. cit.*, p. 43. Fue detenido en 1874, y murió antes de llegar al proceso de los ciento noventa y tres, tras una larga enfermedad, en la

fortaleza de Pedro y Pablo, el 18 de abril de 1878. Ha puesto en duda la importancia de la misión de Kupriyanov Boris Sapir, «Vperéd», *op. cit.*, vol. I, pp. 368-69.

⁵⁶ P. A. Kropotkin, *Vospominaniya o P. L. Lavrove* [Recuerdos sobre P. L. Lavrov], en P. L. Lavrov. *Stat'i, vospominaniya, materialy* [P. L. Lavrov. Artículos, recuerdos, materiales], P. 1922, pp. 436 y ss. En un primer momento se pensó en Klements, porque «tenía una postura intermedia entre las dos tendencias». La discusión se celebró en San Petersburgo en mayo de 1872. «El primer número del 'Vperéd' nos desilusionó profundamente, salvo a unos pocos...» El programa del «Vperéd», llevado por Charushin a Kiev, desilusionó también al joven B. P. Aksel'rod, que entonces iniciaba sus actividades. P. B. Aksel'rod, *Perezhitoe i peredumannoe* [Cosas vividas y repensadas], Berlín 1923, vol. I, p. 101.

⁵⁷ *Diccionario Enciclopédico Granat*, vol. 40, *sub voce* «Charushin».

⁵⁸ Citado en O. V. Aptekman, *Vasili Vasil'evich Bervi-Flerovskii po materialam b. III Otdeleniya i D. G. P.* [V. V. Berbi-Flerovski según los documentos de la ex Tercera Sección y del Departamento de policía estatal], L. 1925, pp. 29-30. Este estudio es la mejor fuente sobre la vida de Bervi, junto con sus escritos autobiográficos, publicados en «Golos minuvshago», 1915 y 1916, recogidos en V. Bervi-Flerovski, *Zapiski revoliutsionera mechtatel'ia* [Recuerdos de un revolucionario soñador], M.-L. 1929. No es muy interesante G. Podorov, *Ekonomicheskie vozreniya V. V. Bervi-Flerovskogo* [Las concepciones económicas de V. V. Bervi-Flerovski], s. l. [pero M.] 1952. Este ha editado una útil colección: V. V. Berbi-Flerovski, *Izbrannye ekonomicheskie proizvedeniya v dviuzh tomaj* [Obras económicas escogidas, en dos volúmenes], M. 1958. Sobre la influencia que sus ideas ejercieron sobre los jóvenes de la «ida hacia el pueblo», cfr. Itenberg, *op. cit.*, pp. 92 y ss.

⁵⁹ *Polozhenie rabochago klassa v Rossii. Nabludeniya i izsledovaniya N. Flerovskago* [La situación de la clase obrera en Rusia. Observaciones e investigaciones de N. Flerovski], Spb. 1869. El editor era N. P. Poliakov, el mismo que publicó *El Capital*, de Marx, y bastantes otras obras socialistas. En 1872 se hizo otra edición de este libro, corregida y aumentada con nuevos materiales. Pero la bloqueó la censura. Las citas que siguen se refieren a la edición de 1869. Cfr. L. Dobrovol'ski, *Zapreshennye i unichtozhennye knigi V. V. Bervi-Flerovskogo* [Libros prohibidos y destruidos de V. V. Bervi-Flerovski], en «Literaturnoe nasledstvo», M. 1933, fascículos VII-VIII.

⁶⁰ *Polozhenie rabochago klassa v Rossii cit.*, p. 108.

⁶¹ «Debemos recordar que ante nosotros se abren dos caminos: uno puede ponernos a la cabeza de la civilización; el otro nos promete el destino de la India, China, España», *ibid.*, p. 120.

⁶² *Ibid.*, p. 12.

⁶³ *Ibid.*, p. 225.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 248.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 452 y ss.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 126.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 357.

⁶⁸ Marx escribía el 24 de marzo de 1870 a los miembros del Comité de la Sección rusa de la Internacional, a Ginebra: «Hace unos meses me han enviado de San Petersburgo la obra de Flerovski. Es un verdadero descubrimiento para Europa. En esta obra «el optimismo ruso» difundido por el continente incluso por los llamados revolucionarios [es decir, interpretamos, por los bakuninistas] es desenmascarado sin piedad. No disminuirá el valor de la obra el que yo agregue que en algunos fragmentos no aguanta completamente una crítica desde el punto de vista estrictamente teórico. Es un libro de un observador serio, de un investigador apasionado, de un crítico sin prejuicios, de un poderoso artista y, ante todo, de un hombre animado por la ira contra toda fuerza opresiva, incapaz de soportar cualquier clase de himnos nacionales y que comparte apasionadamente todos los sufrimientos y todas las aspiraciones de la clase productora.» El libro se lo había mandado, el 30 de septiembre de 1869, N. F. Daniel'son. A través de este último, Flerovski le escribió más ade-

lante, en 1871, a Marx, hablándole de su trabajo. Véase *Perepiska K. Marksa i F. Engel'sa s russkimi politicheskimi deyateliymi* cit., pp. 28 y 53. K. Marks, F. Engel's i revoliutsionnaya Rossiya [K. Marx, F. Engels y la Rusia revolucionaria], M. 1967, pp. 171 y 191 y ss.

⁶⁹ Aptekman, *Vasili Vasil'evich Bervi-Flerovski* cit., p. 55.

⁷⁰ *Azbuka sotsial'nykh nauk v trekh chastyakh* [Alfabeto de las ciencias sociales en tres partes], Spb. 1871. En realidad, salieron sólo dos partes.

⁷¹ Aptekman, *Vasili Vasil'evich Bervi-Flerovski* cit., p. 61.

⁷² *Izsledovaniya po tekushim voprosam* [Investigaciones sobre los problemas del día], Spb. 1872. Se trataba de una colección de estudios sobre *La base filosófica del derecho a exigir impuestos, Nuestra prensa ante el proceso Nechaev, La escuela y el movimiento intelectual, su significado y situación actual*.

⁷³ Aptekman, *Vasili Vasil'evich Bervi-Flerovski* cit., p. 112. Cfr. E. Breshkovskaya, *Ippolit Myshkin i arjangel'ski krug* [I. Myshkin y el grupo de Arjangel'sk], s. l. 1904, p. 9.

⁷⁴ N. Flerovski, *Azbuka sotsial'nykh nauk* [Alfabeto de las ciencias sociales], volumen I: *Greko-rinskaya tsivilizatsiya* [La civilización grecorromana], vol. II: *XVII i XVIII veka sovremennoi zapadnoi evropeiskoi tsivilizatsii* [Los siglos XVII y XVIII de la civilización de Europa occidental], vol. III: *XIX vek sovremennoi zapadnoi evropeiskoi tsivilizatsii* [El siglo XIX de la civilización de Europa occidental], Londres 1894. En Inglaterra escribió también *Tri politicheskie sistemy* [Tres sistemas políticos], Londres 1897, e incluso una novela, *Na zhizni smert'. Izobrazhenie idealistov* [Por la vida y por la muerte. Retrato de idealistas], Londres 1898. En ninguna de estas obras se pueden encontrar datos de mucho interés sobre los años setenta. Pero conservan numerosos rastros del clima moral y cultural de la época, sobre todo la titulada *Tres sistemas políticos*, donde abundan los elementos autobiográficos.

⁷⁵ A. A. Kunkl', *Dolgushintsy, s vstupitel'noi statei B. P. Koz'mina* [El grupo de Dolgushin, con una introducción de B. P. Koz'min], M. 1931, e Itenberg, *op. cit.*, páginas 158 y ss.

⁷⁶ L. E. Shishko, *K karakteristike dvizheniya nachala 70-j godov* [Para una caracterización del movimiento de comienzos de los años setenta], en *Sobranie sochineni* [Obras], M. 1919, vol. IV, p. 202.

⁷⁷ De Marx, amén de *El Capital*, que Dolgushin solía citar en sus conversaciones, conocían también el *Manifiesto* en una traducción rusa litografiada.

⁷⁸ I. Teodorovich, *Chem zhe, nakonets, byli dolgushintsy* [¿Quiénes fueron, en suma, los «dolgushintsy»?], en «Katorga i ssylka», 1933, fasc. II. Polemizando con B. P. Koz'min, el autor subraya la derivación de Dolgushin de Nechaev y el carácter político democrático de su acción. Pero no tiene bastante en cuenta la influencia que sobre él ejerció Flerovski.

⁷⁹ Shishko, *K karakteristike dvizheniya nachala 70-j godov* cit., p. 202.

⁸⁰ Flerovski, *Tri politicheskie sistemy* cit., p. 305.

⁸¹ Una primera versión fue publicada en Suiza por Dmoyovski —que había ido allá con este fin—, con el título de *O muchenike Nikolae i kak dolzhen zhit' chelovek po zakonu prirody i pravdy* [Sobre el mártir Nicolás y cómo debe vivir el hombre según la ley de la naturaleza y de la verdad]; una segunda versión, impresa en la tipografía clandestina de Dolgushin, se reproduce en Kunkl', *op. cit.*, pp. 205 y siguientes.

⁸² El llamamiento de Dolgushin se reproduce en Kunkl', *op. cit.*, p. 212.

⁸³ *Zazhivo pogrebennye (K russkomu obshestvu ot politicheskikh katorzhnikov)* [Enterrados vivos. Los forzados políticos a la sociedad rusa], Spb. 1878. Fue reeditado en L. 1921.

⁸⁴ Véase el artículo dedicado a él en *Gallereya shliissel'burgskikh uzbekov pod red. N. F. Anneskago, V. Ya. Bogucharskago, V. I. Semevskago i P. F. Yakubovicha* [Pinacoteca de los prisioneros de Shliisselburg, edición de N. F. Annenski, V. Ya. Bogucharski, V. I. Semevski y P. F. Yakubovich], Spb. 1907, vol. I, pp. 72 y ss.

⁸⁵ Un útil paralelo puede establecerse con el movimiento polaco, anterior y mucho más limitado que el ruso. Cfr. Peter Brock, *The Polish Movement to the People: an Early Chapter in the History of East European Populism*, en «The Slavonic and East European Review», vol. XL, núm. 94, diciembre de 1961, pp. 99 y ss.

⁸⁶ Pocos episodios del populismo están tan fragmentados en anécdotas y recuerdos como éste. A más de los libros mencionados antes, véase A. I. Ivanchin-Pisarev, *Iz vospominani o «jozhdenii v narod»* [De los recuerdos sobre la «ida hacia el pueblo»], Spb. 1914, reeditado en M. en 1929, T. A. Bogdanovich, *Jozhdenie v narod* [La ida hacia el pueblo], P. 1917 (un breve opúsculo), *Jozhdenie v narod, pod red. F. Raskol'nikova* [La ida hacia el pueblo, edición de F. Raskol'nikov], M.-L. 1926 (Opúsculo que recoge una serie de hechos procedentes de memorias) y la amplia, interesantísima colección de documentos acopiados por B. S. Itenberg en *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka* cit., vol. I, e Itenberg, *op. cit.*, pp. 266 y ss., que nos ha dado la más extensa y precisa exposición existente sobre este movimiento.

⁸⁷ Necrología de Krylov en «Vperéd», núm. 43, 1876.

⁸⁸ Sobre las peregrinaciones de Klements en esa época véase Levin, *op. cit.*, sobre todo pp. 34 y ss., donde se publica una interesante carta de 1874, un informe de viaje en que alternan de modo muy característico las observaciones del investigador social, las rápidas notas del etnógrafo y del propagandista que busca el terreno mejor. Junto con la expresión más o menos abierta del gozo de vagar en libertad, son éstos los temas que se repiten constantemente en los otros documentos de la «ida hacia el pueblo».

⁸⁹ Esta frase fue repetida en el proceso de los ciento noventa y tres. Véase B. Bazilevski, *Gosudarstvennaya prestupleniya, v Rossii v XIX veka* [Crímenes de estado en Rusia en el siglo XIX], Spb. 1906, vol. III, p. 154.

⁹⁰ Stepniak, *La Russia sotterranea. Profile e bozzetti rivoluzionari, con prefazione di Pietro Lavroff*, Milán 1896, pp. 22-23.

⁹¹ Aptekman, *Obshchestvo «Zemlia i Volia» 70-j godov* cit., p. 168. Algún dato interesante sobre este aspecto de la «ida hacia el pueblo» lo aporta Itenberg, *op. cit.*, páginas 345 y ss.

⁹² Aptekman, *Obshchestvo «Zemlia i Volia» 70-j godov* cit., pp. 132-33.

⁹³ P. L. Lavrov, *Narodniki-propagandisty* [Populistas-propagandistas], 1925, página 174.

⁹⁴ Un buen ejemplo de estudio local de la «ida hacia el pueblo» es el de V. N. Ginev, *Narodnicheskoe dvizhenie v srednem Povolzh'e* [El movimiento populista en las tierras del Volga medio], M.-L. 1966.

⁹⁵ Particularmente interesantes al respecto son las notas de A. O. Lukashevich, escritas en 1877 y publicadas por V. Nevski, *K istorii «jozhdeniya v narod»* [Para una historia de la «ida hacia el pueblo»], en «Krasny arjiv», 1928, fasc. II.

⁹⁶ Aptekman, *Obshchestvo «Zemlia i Volia» 70-j godov* cit., n. 172.

⁹⁷ N. Morozov, *Povesti moei zbizni*. Red., *vstupitel'naya stat'ya i primechaniya I. A. Teodorovicha* [Relato de mi vida. Edición, introducción y notas de I. A. Teodorovich], M. 1933, vol. I, pp. 276 y ss.

⁹⁸ Véanse una serie de estadísticas en Itenberg, *op. cit.*, pp. 373 y ss.

⁹⁹ *Zapiska ministra iustitsii grafa Palena. Uspej revoliutsionnoi propagandy v Rossii. Izdanie gazety «Rabotnik»* [Memorial del ministro de Justicia conde Palen. Los éxitos de la propaganda revolucionaria en Rusia. Edición del periódico «El Trabajador»], Ginebra 1875, pp. 17 y ss.

El movimiento obrero

Los *chaikovtsy* crearon los primeros núcleos de una organización obrera que no fuese fruto espontáneo de una intermitente, improvisada y localizada voluntad de lucha de los trabajadores, o que no se limitara únicamente a los pequeños centros cooperativistas creados aquí y allá por los populistas de los años sesenta. Esto es, los *chaikovtsy* pusieron en marcha el movimiento obrero que —por limitado que fuera al principio, por violentas que fueran las persecuciones que sufrió— mantuvo desde entonces cierta continuidad y fue poco a poco ampliándose y profundizándose, paralelamente a todo el populismo revolucionario de los años setenta.

La aparición de esta corriente es uno de los hechos más importantes del período. A partir de 1871, el problema obrero empieza a contar en Rusia no sólo como un reflejo de lo que ocurría en Europa occidental, o como una exigencia teórica en el ánimo de los revolucionarios, sino como un hecho concreto.

En los años sesenta, más que de un auténtico movimiento obrero podía hablarse de cierto número de protestas, desórdenes y huelgas aisladas que estallaban de modo espontáneo, aquí y allá, continuando una serie que se remonta al siglo XVIII. Estas agitaciones reflejaban sobre todo las dificultades de adaptación del personal de origen campesino a las nuevas condiciones creadas por el manifiesto del 19 de febrero de 1861¹.

Entre 1860 y 1861 las principales huelgas fueron las de los mineros, los cavadores, las cuadrillas destinadas a la construcción de las nuevas líneas férreas, que continuaban una esporádica agitación que ya se había manifestado en esas categorías en 1859, cuando asumió formas más enérgicas que en los años siguientes. Casi siempre se trataba de fenómenos que pudieron liquidarse rápidamente, con algunas concesiones. Por otro lado, sólo utilizando una terminología moderna —que amenaza con falsear el significado de aquellas agitaciones— podemos hablar de huelgas propiamente dichas. En los casos más graves se trataba, más que de una abstención de trabajo, de una «fuga», de un abandono —que pretendía ser definitivo— puesto en práctica por quien tenía la esperanza de obtener un trozo de tierra y reanudar así su oficio normal de campesino. Seme-

jantes movimientos se produjeron, por ejemplo, entre los cavadores del Nuevo Canal del Ladoga y en otras empresas de ese estilo. En un caso, en 1861, unos cincuenta obreros fueron castigados a latigazos por haber abandonado el trabajo. Se trataba de casos extremos de un fenómeno general en aquellos años. Al desvanecerse con la abolición de la servidumbre los vínculos que mantenían a los siervos ligados a las fábricas, aquéllos se apresuraron a regresar a sus aldeas.

En 1860 las plantillas de las diversas industrias de transformación sumaban en conjunto 565.000 obreros, y unos 135.000 de ellos eran siervos. En algunos trabajos, como por ejemplo en las destilerías y las azucareras, el peso de la mano de obra estacional de origen servil era particularmente sensible. En la industria extractiva, los siervos abundaban aún más. De una cifra total de unos 245.000 mineros, sólo el 30 por 100 consistía en mano de obra libre. Para gran parte de ellos el manifiesto del 19 de febrero significó una invitación a volver en masa a la tierra².

Esta brusca disminución de la mano de obra llevó, en los años que siguieron a la reforma, a un aumento de los salarios, frenado sólo parcialmente por una crisis de la industria del algodón. Pero el fenómeno sólo duró un breve período. Ya hacia 1865 el número de obreros había alcanzado de nuevo la cifra de 1860, y después creció sistemáticamente, aunque no con excesiva rapidez, en los años siguientes. Hacia 1870 oscilaba en torno a 800.000, para llegar casi al millón a finales de los años ochenta.

En los años sesenta las agitaciones obreras —aisladas y sin demasiada importancia, repetimos— continúan teniendo como causa la falta de tierra o la presión fiscal, y en general las condiciones en que se encontraron después de la reforma numerosos campesinos, obligados a buscar de nuevo en las fábricas, las minas y las industrias el sustento que habían esperado encontrar en las aldeas. Son típicos al respecto los desórdenes producidos en 1862 entre los mineros de los Urales. Como ex-siervos, se habían visto asignar lotes de tierra, pero pronto comprobaron que resultaban demasiado exigüos y que el fisco acababa por arrebatárles de las manos los frutos del trabajo agrícola. Como en la época de la servidumbre, los Urales se convirtieron en el centro principal de la agitación obrera, causada no tanto por problemas salariales y condiciones de trabajo como por la sed de tierra de estos campesinos-obreros. Con esa reivindicación se enlazaba una sorda resistencia contra el prolongado servicio militar, resistencia que asumió a veces un carácter violento. En 1869, en una localidad de la circunscripción del Altaí, treinta y nueve obreros se encerraron en una casa y dispararon sobre los soldados enviados para pacificar la zona.

Sin embargo, tampoco en los años sesenta faltaron las huelgas reivindicativas. Casi siempre fueron de carácter defensivo, provocadas generalmente por el hecho de que los patronos no pagaban a tiempo los salarios y en ocasiones ni siquiera pagaban. En un caso se produjo incluso —en

el centro industrial de Orejovo-Zuev— una huelga propiamente dicha para obtener un aumento de sueldos; la acompañaron escenas de desórdenes y embriaguez que dan una idea de la mentalidad violenta y desorganizada al tiempo de la clase obrera rusa de los años sesenta, incluso donde empezaba a defender sus intereses con métodos más modernos. En cualquier caso, la agitación de Orejovo-Zuev de 1863 —cuyas consecuencias legales se prolongaron hasta 1869— merece recordarse como la primera auténtica huelga del período que siguió a la reforma de 1861³.

En suma, podemos decir que las agitaciones obreras de los años sesenta no tuvieron, en conjunto, otro significado histórico que representar uno de los numerosos síntomas de las dificultades en que se halló la sociedad rusa para crearse unas bases nuevas después de la reforma. Su número fue muy limitado, unas cincuenta en total. Carecieron de eco en la conciencia de la época, los diarios no hablaron de ellas, los escritores que describieron la vida de los obreros se detuvieron por extenso sobre su trabajo cotidiano, su mentalidad, pero hablaron muy poco de estos aislados intentos de reacción y de lucha. Desde el punto de vista oficial, la convicción de que en Rusia no existía un problema del proletariado dio a la represión un carácter puramente policial y local. Sólo a finales de los años sesenta podemos comprobar cómo la Tercera Sección empieza a preocuparse por diseminar agentes «en los lugares que, por el carácter de la población, representan un terreno abonado para las agitaciones, o sea, en los centros fabriles e industriales»⁴.

Rompieron el silencio las huelgas que se produjeron en San Petersburgo en 1870, acompañadas por otras agitaciones parecidas en las ciudades de provincias, catorce en total durante ese año. El 22 de mayo de 1870, sesenta y dos obreros de las Hilaturas de algodón del Neva dejaron de trabajar, pidiendo un aumento de salarios. Ochocientos obreros siguieron su ejemplo. Los iniciadores del movimiento fueron detenidos, juzgados y condenados todos —salvo cinco— a unos días de cárcel por un tribunal de primera instancia, para ser finalmente absueltos. Se produjo también una huelga de sastres. El ministro del Interior, descontento con el cariz que tomaban las cosas, redactó una circular en la que se afirmaba que en lo sucesivo los instigadores de huelgas serían deportados, es decir, en general, devueltos de oficio a su lugar de origen. Agregaba que en la huelga de las Hilaturas era evidente la mano de instigadores que querían introducir esta forma de expresión de descontento, «ajena al pueblo ruso». Algo parecido afirmaba en ese mismo período la revista «Otechestvennye zapiski»: «El verdadero significado de la huelga es desconocido entre nosotros, no se adecúa al carácter de los obreros rusos.» Pero eso era negar la evidencia. No en vano una larga tradición —inexacta desde el punto de vista histórico, pero muy significativa— ha considerado la huelga de las Hilaturas de San Petersburgo de 1870 como la primera huelga ocurrida en Rusia⁵.

Es cierto que incluso en los años setenta el número de huelgas fue relativamente reducido. Basándonos en los documentos oficiales —probablemente incompletos—, la Korol'chuk ha podido enumerar 225 en el período que va desde 1870 a 1879. Un análisis más minucioso de los documentos oficiales ha permitido a la Pankratova aumentar esa cifra a 326 huelgas⁵. Es cierto que sólo en 49 casos podemos comprobar un auténtico abandono del trabajo más o menos organizado, y que en los demás se trata de agitaciones, protestas, pequeñas revueltas, etc. De las 225 agitaciones estudiadas por la Korol'chuk, 45 conciernen a los metalúrgicos, 75 a los albañiles, 14 a los empleados de los transportes, etc. La categoría más afectada, a comienzos de los años setenta, es la de los campesinos que acuden a la ciudad en busca de un trabajo temporal, sobre todo en la construcción, en las faenas de excavación, etc.; y, al final de ese período, la de los obreros textiles, que constituyen también una mano de obra más pobre y más cercana a la mentalidad y la vida de las aldeas. Sólo después de estas categorías vienen los metalúrgicos, que representan la mano de obra más estable (a menudo de origen campesino no inmediato), mejor pagada y ya típicamente proletaria.

También por esos años solió tratarse de huelgas defensivas, aunque el número de las ofensivas esté en aumento respecto al período anterior (un 26 por 100 de la cifra total). Los años 1874 y 1879 constituyen los dos períodos en que es más intensa y amplia la agitación.

Si se toma la curva del decenio, teniendo en cuenta también las huelgas de carácter ofensivo y defensivo —concluye la Korol'chuk— y se la compara con la curva del desarrollo de la industria en esa misma época, se verá que ambas curvas coinciden en los dos extremos. El principio de que los períodos de desarrollo industrial se caracterizan por la ofensiva de la clase obrera contra el capital, mientras que los períodos de crisis se caracterizan por una actitud defensiva, encuentra en estas curvas una brillante confirmación⁷.

Es especialmente importante, desde un punto de vista político, el carácter campesino, por así decirlo, que conservan aún gran parte de estas agitaciones y el peso que en ellas tienen los problemas y la mentalidad heredados de la época de la servidumbre. La «fuga» sigue siendo el método de defensa a que recurren a veces los obreros para sustraerse a condiciones demasiado duras. Lo poco de organización espontánea que existe en muchas de esas agitaciones se deriva directamente de las «reuniones del *mir*», tradicionales en las aldeas. La misma palabra se conserva en las fábricas, donde los obreros se reúnen como sus padres, o ellos mismos, se congregaban en las aldeas para discutir los problemas de la comunidad. En algunos casos se trasplanta del campo a la ciudad —como ya había ocurrido con bastante frecuencia en las décadas anteriores— la elección de un *starosta*⁸.

Vemos cómo las agitaciones surgen a veces de situaciones que recuerdan muy de cerca la época de la servidumbre. Así, por ejemplo, la huelga del Jolunitski Zavod, en los Urales, de 1871 —que tenía ya un precedente en una agitación de 1865— se originó porque la dirección de esa industria consideraba del todo superfluo conceder un salario a sus obreros, puesto que éstos poseían todos un trozo de tierra y se suponía que no necesitaban dinero. Con motivo de la Pascua de 1871 los obreros pidieron una paga; el patrono, asustado, huyó a la ciudad, tras haber contestado negativamente. Empezaron los choques con la gente de la dirección que se había quedado. La huelga aún no era total cuando se detuvo a los «instigadores», o sea a los representantes que los propios obreros habían elegido. Sus compañeros los liberaron a la fuerza y tuvo que intervenir la tropa para devolverlos a la cárcel. Después fueron condenados como agitadores. Los métodos para mantener la disciplina en caso de agitación recordaban a menudo los sistemas que los *pomeshiki* habían adoptado durante siglos. V. I. Nevski ha narrado el caso de una de las más importantes huelgas del período, la ocurrida en un taller propiedad de un inglés, que para restablecer el orden recurrió a palizas y a enfrentar violentamente a algunos obreros con los demás⁹.

La «reunión del *mir*» de origen campesino, a pesar de estar hondamente arraigada en la mentalidad obrera, seguía siendo una forma temporal e intermitente de organización. Cuando los trabajadores querían unirse de modo más sólido y duradero recurrían en general a la otra forma tradicional, el *artel*, asociación que asumía colectivamente pedidos y trabajo, subdividiendo las ganancias entre sus miembros.

Esta fue justamente la forma organizativa de la que tratarán de servirse primero los diversos grupos populistas de los años sesenta. Intentarán utilizar o desarrollar este núcleo ya existente, esforzándose por darle la forma de una auténtica cooperativa. En la Rusia de entonces nació toda una literatura sobre este problema¹⁰.

Puede decirse que el movimiento obrero propiamente dicho se origina cuando empezó a pasar de este cooperativismo a intentos de organización sobre bases distintas. Y esta fue la obra de los *chaikovtsy*. Poco importa que sus ideas al respecto fueran eclécticas, poco importa que trataran de agrupar a los obreros con los medios más diversos; el caso es que ellos sembraron en la clase obrera rusa las primeras semillas de una nueva organización¹¹.

Habían estrechado relaciones con las fábricas casi a su pesar. En los obreros buscaban sobre todo elementos para la propaganda entre los campesinos, por lo que entraron en contacto con los menos cualificados, más directamente ligados a los modos de vida y de pensar del campo. Entre los textiles y los metalúrgicos prefirieron siempre a los primeros, viendo en ellos a los representantes de lo que consideraban el auténtico pueblo¹². A. V. Nizovkin, uno de sus más activos propagandistas, decía que los metalúrgicos llevaban ya la marca de la civilización urbana: vestían me-

jor, no vivían ya en masa, se estaban extinguiendo entre ellos las tradiciones del *artel*. Los textiles, en cambio —y en general los obreros de lo que se llamaban las «fábricas», para contraponerlas a los «talleres» metalúrgicos— vestían al modo del campo y conservaban todas las costumbres típicas de la aldea, desde el espíritu colectivo hasta las borracheras. En el mundo obrero de la San Petersburgo de comienzos de los años setenta ésta era una distinción muy importante. Los obreros de los talleres «consideraban una humillación tener que ver con los de las fábricas, y éstos últimos se consideraban humillados si los primeros les dirigían la palabra».

Es fácil encontrar numerosas confirmaciones de esta actitud de los *chaikoutsy* en los demás testimonios de la época. Sinégub nos cuenta que sus compañeros consideraban a los textiles como los elementos mejores, justamente por su aspecto y su mentalidad aún campesina. En Odesa, «las masas de los obreros de los talleres, estropeados por la vida ciudadana, que ya no reconocían sus lazos con los campesinos, no estaban tan abiertos a la propaganda del socialismo», como decía uno de los que por entonces intentaron organizarlos¹³. También lo afirmaba Kropotkin en el que puede considerarse como el más importante documento programático de los *chaikoutsy*, como ya hemos visto. «Dado que los obreros de las fábricas aún no han roto sus lazos con la aldea, y no han modificado en nada su modo de vida campesina, será tanto más fácil encontrar entre ellos elementos que puedan convertirse después en las células de los grupos locales»¹⁴. La vida de algunos de los más típicos propagandistas de este período refleja esa mentalidad. G. E. Krylov, de origen campesino, tras haber empezado a dedicarse a la propaganda entre las cuadrillas de San Petersburgo consideró inútil su tarea y buscó pronto otros caminos, pensando —a imagen del héroe de una novela de Chatrián— en distribuir libros populares, haciéndose pasar por vendedor ambulante. Dejó las fábricas y empezó a despachar sus libritos por la periferia de San Petersburgo, para regresar después a su aldea, en la gobernación de Tver¹⁵.

En todo esto había un elemento puramente ideal, una voluntad de consagrarse a los más míseros e incultos. Pero aquel espíritu de sacrificio revelaba una realidad política. Sólo así los *chaikoutsy* pudieron entender los problemas de aquellos campesinos que se estaban convirtiendo en obreros, pudieron acercarse a las cuadrillas que llegaban a la ciudad en número creciente.

La capital estaba prosiguiendo entonces con ritmo relativamente acelerado el desarrollo industrial que ya empezó a ser perceptible a partir de los años cuarenta. En 1862, San Petersburgo sólo contaba con unos 30.000 obreros, pero la población total pasaba de 668.000 personas en 1869 a 928.000 en 1881, y muchos eran nuevos obreros, cuyo número se había más que doblado a finales de la década.

La *inteligentsia* revolucionaria hizo, pues, de mediadora entre las aldeas y las fábricas. Ella, que había teorizado en las décadas anteriores

el socialismo, el colectivismo encontrado en la *obshina*, lo ponía ahora ante los obreros que llegaban del campo como el ideal a que debía aspirar su acción. Aunque pronto comprobaron que no era fácil enlazar la mentalidad de los campesinos con la de los obreros, y que entre estos últimos empezaba a formarse un espíritu distinto, que los inducía a pedir a los intelectuales algo nuevo, fue precisamente el populismo lo que les permitió realizar una función de mediadores. Gracias a ellos empezaron a encontrar nueva vida las tradiciones heredadas del *mir* y la *obshina*, en la forma más moderna de una aspiración igualitaria y socialista.

Kropotkin nos ha descrito con vivos colores la atmósfera en la que se desarrolló este primer intento de propaganda en gran escala en los barrios obreros de la capital.

Mis simpatías me llevaban sobre todo a los textiles, y en general a los trabajadores de las fábricas. En San Petersburgo se contaban por miles los obreros de este tipo, que regresaban a sus aldeas en verano a trabajar la tierra. Estos semicampesinos y semiobrerros llevaban a la ciudad el espíritu del *mir* del campo ruso. La propaganda revolucionaria alcanzó un notable éxito entre ellos... Muchos vivían agrupados en pequeños *arteles*, de diez o doce personas que habitaban y comían juntas. A final de mes cada uno compartía los gastos comunes. Nos dedicamos a frecuentar estas comunidades. Pronto los tejedores nos hicieron conocer otros *arteles* de picapedreros, carpinteros, etc. En algunos de esos grupos nuestros compañeros se habían hecho familiares; durante noches enteras charlaban con ellos sobre el socialismo. En muchos barrios y arrabales de San Petersburgo teníamos habitaciones alquiladas con este propósito por camaradas... Cada noche acudía a ellas una docena de obreros para aprender a leer y a escribir y para conversar luego ¹⁶.

Por primera vez los populistas se encontraban realmente ante obreros, por primera vez hablaban con grupos fuertes y numerosos, y no sólo con individuos. Cuando Kravchinski vio un día a su compañero Sinégub hablar en un gran *artel'* de albañiles, le dijo: «Eres un mago, hoy me he convencido de que se puede actuar sobre las masas» ¹⁷.

Su propaganda entre los obreros se inició en el verano de 1872, en el barrio de Vyborg. Pronto se formó allí un centro directivo compuesto por los propios obreros. Se distinguieron sobre todo tres: G. E. Krylov, I. A. Abbakumov y N. P. Sabunin, que fueron de los primerísimos obreros, si no los primeros, que se convirtieron en conscientes revolucionarios populistas.

Este éxito inicial persuadió a los *chaikoutsy* de la necesidad de crear un grupo especializado para la propaganda en este ambiente. Estará compuesto por una decena de jóvenes, cada uno de los cuales empezó entrando en contacto con un grupito de tres o cinco obreros. Les enseñaron

a leer y a escribir, dieron clases de geografía, historia, física, etc., y llegaron a organizar conferencias más amplias: Klements habló de los movimientos populares de rebeldía en la vieja Rusia, Kropotkin de la Internacional, Aleksandra Kornilova del movimiento obrero alemán. El trabajo estaba dirigido por Sinégub y Charushin. En el invierno de 1872-73 la propaganda se intensificó aún más. En febrero de 1873 ya estaban en condiciones de organizar una serie de «comunidades» para que vivieran en ellas los obreros educados por el grupo.

Aunque durante todo este período trabajaban en un terreno políticamente virgen, a veces encontraron algún hilo que alguien había tejido en aquel ambiente en años anteriores. Un obrero, por ejemplo, les dijo que ya había llegado a él la propaganda en 1863 (probablemente de la primera *Zemlia i volia*).

Su obra en el barrio de Vyborg quedó destruida a finales de 1873, cuando una denuncia provocó el arresto de Charushin y de otros muchos. Precisamente la propaganda entre los obreros constituyó más adelante, en el proceso de los 193, una de las principales piezas de la acusación contra los *chaikovtsy*. Charushin y Shishko fueron condenados a nueve años de trabajos forzados, Kupriyanov a tres años y cuatro meses. Kropotkin, como es sabido, consiguió escapar. El estudiante Kojriakov, en cuya casa se celebraban reuniones, enloqueció en la cárcel y murió años después en un manicomio. También murió en la celda uno de los obreros de estos grupos —y uno de los más activos—, aquel Krylov en quien hemos visto el deseo de llevar al campo las ideas encontradas en la ciudad.

En otro barrio de San Petersburgo, en la barrera del Neva, el trabajo se inició un poco después, en julio de 1873. Su animador fue durante una temporada Sinégub, que había regresado de su actividad en el campo. «Tenía entonces una masa de alumnos», escribirá más adelante al recordar ese período de su vida¹⁸. Y en realidad pronto congregó en torno suyo a un grupo de treinta o cuarenta obreros. Sofía Perovskaya consiguió entablar relaciones con algunos obreros de la fábrica Tortoni, con la que también estaba en contacto otro grupo populista, quizás más próximo a los lavristas, el de V. S. Ivanovski. Allí desplegó su propaganda también A. I. Serdiukov, que pagará con la muerte en la cárcel estos primeros pasos por el mundo de los obreros¹⁹.

En los otros barrios de la ciudad la propaganda de los *chaikovtsy* fue menos activa, aunque no faltó. Sin embargo, el trabajo era tan fructífero en conjunto que se pensó a finales de 1873 en crear un centro obrero común para toda la ciudad. Pero antes de finalizar el año también los propagandistas de la barrera del Neva fueron detenidos, junto con un núcleo de trabajadores.

Como hemos visto —y como interesa subrayar—, en esta actividad estaban estrechamente enlazadas la propaganda cultural y la socialista. En la primavera de 1872 surgió una biblioteca para los obreros, quienes

se habían declarado dispuestos a pagar el 2 por 100 de su salario para mantenerla en funcionamiento. Kravchinski insistía en que se dieran sobre todo clases de historia, y poco después de economía política, sobre el texto de Marx. En abril de 1873 se creó una caja de socorros mutuos entre los obreros de la Fábrica de Municiones. Era una excepción que los *chaikovtsy* hacían respecto a su preferencia por la propaganda entre las capas menos cualificadas. La plantilla de ese taller estaba relativamente bien pagada y pertenecía al sector más elevado de la clase obrera de San Petersburgo. La caja de socorros mutuos fue administrada por una veintena de ellos, encabezada por V. P. Obnorski (destinado a convertirse en uno de los más importantes dirigentes obreros de los años setenta).

Toda esta actividad de los *chaikovtsy* adoleció profundamente de la inestabilidad de los propagandistas, continuamente atraídos y distraídos por viajes a provincias y a las aldeas. Es probable que justamente eso contribuyera a engendrar una sensación de autonomía entre los organizados, descontentos con una dirección tan intermitente. La penetración entre las plantillas más cualificadas de los metalúrgicos acentuó, por otra parte, tal estado de ánimo.

Tras un intento realizado por A. A. Lisovski, apareció un hombre capaz de dar una primera expresión política —aunque tosca y dictada sobre todo por la ambición y la falta de escrúpulos— a estas primeras tendencias típicamente obreras. Aprovechando este estado de ánimo de descontento de los obreros con los intelectuales, Nizovkin consiguió organizar numerosos grupitos, en conjunto unos cincuenta obreros. Pero no hay que sistematizar demasiado este enfrentamiento; las deposiciones de los obreros no aclaran lo bastante el episodio. Ni tampoco podemos fiarnos de las declaraciones de Nizovkin, dictadas por el deseo de salvarse, cuando fue detenido e interrogado. Sin embargo, el movimiento capitaneado por él es interesante como síntoma de un estado de ánimo nuevo, en el que se observa entre los obreros más cualificados la naciente conciencia de no querer servir de instrumento para la propaganda populista en el campo, animados como estaban por un sentimiento de desprecio por los campesinos, convencidos de ser exclusivamente obreros, con intereses e ideas propios²⁰.

¿Cuáles fueron los resultados de conjunto de esta obra de propaganda y organización, que duró tan poco tiempo pero que, como hemos visto, tendía a ganar en intensidad lo que perdía en duración y carácter sistemático?

Para los intelectuales populistas la caída de sus grupos obreros fue como una advertencia que parecía decirles «que no valía la pena perder el tiempo con los trabajadores de la ciudad y que era necesario prepararse de inmediato a ir hacia el pueblo, dejando a un lado, al menos por ahora, a los obreros»²¹. La primera reacción contra las detenciones fue, pues, una intensificación de la «ida hacia el pueblo». Pero entre los obreros perduraron las huellas de la obra realizada, aunque los grupos creados

por los *chaikovtsy* nunca habían sido muy numerosos. Se habían ido formando los primeros dirigentes, a muchos de los cuales los volveremos a encontrar —y no entre los menos importantes— en el movimiento posterior. La propaganda llegó entonces a V. P. Obnorski, P. Alekseev, a los hermanos A. N. y P. N. Peterson, K. A. Ivanainen, I. A. Bachin, S. V. Mitrofanov, etc., cada uno de los cuales tendrá en el futuro una aventurera e importante historia.

La mentalidad de los barrios obreros de San Petersburgo empezó a resentirse de las ideas que los populistas habían puesto en circulación. No hay que atribuir, desde luego, excesiva importancia a los informes de la policía, pero un escrito derivado de esa fuente —de septiembre de 1874— es muy significativo. Valdrá la pena citarlo ampliamente.

El grosero modo de actuar de los patronos de las fábricas está resultando insoportable para los obreros. Estos han comprendido evidentemente que es impensable una fábrica sin sus brazos. Los patronos les dan de comer, pero no pueden hacer nada sin ellos. Esta conciencia ha originado actualmente ese espíritu de solidaridad que con tanta frecuencia ha hecho su aparición entre las cuadrillas. Hace dos o tres años los negocios de los patronos no eran mejores que en la actualidad. También entonces ocurría a menudo que los obreros no recibían a tiempo sus salarios, pero todo marchaba bien. El hábil patrón, halagando a los trabajadores, decía con gran bondad que no podía pagarlos a su debido tiempo, y ellos se retiraban en silencio, presentándose normalmente al trabajo al día siguiente. Ahora, en cambio, basta que el más amado de los patronos retenga las pagas, aunque sólo sean tres o cuatro días, y he aquí que la muchedumbre empieza a alborotar, a decir malas palabras, y a menudo se producen huelgas. También en los talleres, donde el dinero de las pagas —por tratarse de una industria estatal— nunca puede faltar, el espíritu de oposición de los obreros ha hecho su aparición en proporciones del todo desconocidas antes. Se han iniciado interrupciones de trabajo porque los obreros estaban descontentos por un salario insuficiente, o por la opresión ejercida por la administración de los talleres. Todo esto, en conjunto, demuestra con claridad el influjo de los propagandistas, que han conseguido sembrar en el ambiente obrero el odio hacia los patronos y la convicción de que se explota a las fuerzas del trabajo.

Alejandro II, una vez leído este informe, escribió al margen: «¡Muy triste!»²².

De forma paralela al intento de los *chaikovtsy* en San Petersburgo, se realizaba por ese mismo período en Odesa —ciudad que contaba entonces con unos 200.000 habitantes, de los que 30.000 eran obreros y sus familiares— una tarea de organización aún más característica e im-

portante. Centrado en torno a la figura de E. Zaslavski, este intento dio vida durante ocho o nueve meses a la Unión de Obreros de la Rusia meridional, que puede considerarse como la primera organización de carácter típicamente obrero que surgió en el territorio del imperio ruso²³.

Zaslavski pertenecía a una antigua familia de la nobleza —residente en Saratov—, no precisamente rica, por ser excesivamente numerosa. Nacido hacia 1844-45, estudió en la universidad de San Petersburgo y cuando aún no contaba treinta años, entre 1872 y 1873, «fue hacia el pueblo», convirtiendo a Odesa en el centro de sus aisladas peregrinaciones por el campo. Pero en esta experiencia acabó «perdiendo sus ilusiones». Dijo como conclusión que uno podía acercarse a los campesinos para incitarlos a la revuelta o bien para prepararlos para una insurrección a más largo plazo, pero que ambas cosas eran en realidad irrealizables. Por lo demás, agregaba, los socialistas no podían ponerse en el mismo plano que los carbonarios. Estaba convencido, pues, tanto de la inutilidad de la propaganda entre los campesinos como de la conjura en los campos. Estas conclusiones lo empujaron a consagrar su actividad a los obreros de Odesa. En 1872 existían ya en la ciudad pequeños centros destinados a su instrucción. Al año siguiente Zaslavski se convirtió en maestro de uno de esos grupos, el de los obreros de la fábrica Bellino-Venderij (quinientos obreros). Daba clases de economía política o sobre la historia del proletariado. Pero a sus oyentes les parecía a menudo que las clases estaban por encima de su capacidad de comprensión. Zaslavski entonces leía el *¿Qué hacer?* de Chernyshevski y se lo explicaba a los obreros. Simultáneamente colaboraba en la creación de una pequeña biblioteca, de unos baños cooperativos, y trabajaba en una tipografía que poseía en parte su grupo y en parte diversos elementos populistas, lo cual le aseguraba cierta posibilidad de imprimir llamamientos y hojas clandestinas.

Cuando los obreros de la fábrica Gullier-Blanchard (trescientos cincuenta en total), entre los que había partidarios suyos, quisieron realizar un proyecto de caja de socorros mutuos, recurrieron a él, que transformó esta primera iniciativa en una pequeña pero sólida organización obrera de unos doscientos miembros, con una jerarquía interna electiva, un fondo permanente, cuotas fijas (25 copecs a la semana), reuniones regulares, etcétera. Se convirtió en el núcleo más sólido de la organización que Zaslavski había conseguido ya hacer penetrar en todos los talleres de Odesa.

La Unión de Obreros de la Rusia meridional elaboró un estatuto, del que damos los artículos fundamentales:

- 1) Considerando que el orden actual no responde, por lo que concierne a los obreros, a las verdaderas exigencias de la justicia; que éstos pueden obtener el reconocimiento de sus derechos sólo

a través de una sublevación violenta, que destruya todo privilegio y preeminencia, poniendo el trabajo como fundamento del bienestar privado y público;

que esta sublevación puede producirse solamente si se da una plena conciencia de todos los obreros de su situación sin salida y si se da su completa unión, nosotros, obreros de las regiones de la Rusia meridional, nos unimos en una unión que llevará el nombre de Unión de Obreros de la Rusia meridional, planteándonos como objetivos:

a) la propaganda de la idea de la liberación de los obreros de la opresión del capital y de las clases privilegiadas;

b) la unión de los obreros de las regiones de Rusia meridional;

c) la futura lucha contra el actual régimen económico y político [Skeveri cuenta que Zaslavski propuso tachar del estatuto esta última palabra, político].

2) En la Unión se encuentra una Caja, cuyas sumas están destinadas en un primer momento a la propaganda de la idea de la liberación de los obreros, y más adelante a la lucha por esta idea.

3) Puede ser miembro de la Unión todo trabajador que tenga estrechos lazos con los obreros y no con las clases privilegiadas, que sienta y actúe de acuerdo con el deseo fundamental de los obreros, es decir, la lucha contra las clases privilegiadas en nombre de la propia liberación.

4) Los deberes de cada miembro respecto a la Unión y viceversa están determinados sobre la base siguiente: Todos para uno y uno para todos.

...

6) Todo miembro debe estar dispuesto a cualquier sacrificio, si ese sacrificio es necesario para la salvación de la Unión.

Zaslavski estuvo en contacto con Lavrov y el «Vperëv»²⁴ y personalmente se ligó con el grupo lavrista de Odesa, no con el bakuninista. Pero la experiencia local y vivida de esta primera organización obrera rusa imprimió un acento nuevo a las ideas que venían de la emigración; afirmaron su derecho a organizarse libremente, y sobre todo acentuaron su obrerismo. Hubo incluso quien quiso excluir de sus reuniones a todos los que no fueran obreros, lo cual provocó un conflicto interno en la propia organización, entre los seguidores de Zaslavski y el grupo bakuninista de Odesa. Acabó produciéndose una escisión, y algunos obreros siguieron las indicaciones de los elementos anarquistas o, como se les llamaba entonces, de los «revoltosos». En estas luchas internas no dejó de tener influencia la propaganda de Elizaveta Nikolaevna Yuzhakova, que había participado en la Comuna de París con A. Ross, uniéndose después en Zurich a la corriente de Nechaev y Turski. Es decir, era de

ideas «jacobinas» y fue una de las primerísimas personas que profesó en Rusia tales ideas en los años setenta y luchó por ellas²⁵.

La Unión de Zaslavski se convirtió así en terreno de una pugna entre obreristas, bakuninistas y quizás también jacobinos, con un predominio «lavrista» y «propagandista». Sin embargo, la literatura que se ponía en circulación entre los obreros tenía los orígenes más diversos. Los opúsculos de los *chaikovtsy* estaban al lado del «Rabotnik» de Ralli y el «Vperév» de Lavrov.

La Unión, cuyo núcleo central contó con 50 ó 60 miembros, consiguió apoyar dos huelgas, una del 1 de enero de 1875 en la Bellino-Venderij y una segunda en agosto en la Gullier-Blanchard. En esta segunda agitación se redactó y distribuyó un manifiesto concebido a propósito. La influencia de la Unión se iba extendiendo con rapidez no sólo en Odesa sino en otras ciudades de la costa del Mar Negro y en Kishinev. Pero a finales de 1875 una denuncia permitió a las autoridades truncar casi por completo sus actividades, deteniendo a los dirigentes. Al año siguiente era encarcelado también el obrero N. B. Naddachin, que en Rostov del Don había tratado de reanudar la tarea interrumpida.

Más adelante, unos quince admiradores de la Unión serán condenados a diversas penas: desde un breve período de prisión a diez años de trabajos forzados. A Zaslavski le cupo la máxima condena. Tuvo que esperar el veredicto en la cárcel de San Petersburgo hasta 1877, y al parecer se volvió semiloco. Los jueces pensaron que se trataba de un fingimiento, pero no es muy probable. Su salud estaba gravemente quebrantada; el 13 de junio de 1878 moría en la cárcel, tuberculoso. Otro de los implicados en el proceso, Stepan Stepanovich Naumov, sólo podrá regresar a su tierra después de veinte años en Siberia, y morirá en Odesa en 1905.

Las tendencias bakuninistas —que vimos asomar en la Unión de Zaslavski— dominarán en los años siguientes los núcleos obreros de la Rusia meridional que intentarán en varias ocasiones reanudar el intento de organización interrumpido en 1875. Seguiremos su desarrollo hasta el final de la década, antes de volver a las tentativas paralelas de las ciudades del norte.

En 1879, por iniciativa de Pavel Borisovich Aksel'rod —que desde 1872 se había dedicado a la propaganda entre los obreros de Kiev— surgía en esta ciudad y quizás también en Odesa una Unión Obrera de la Rusia meridional.

Decidí recoger el nombre regional de la organización odesiana de 1875, en primer lugar por las razones de principio derivadas de mis concepciones federalistas, y en segundo lugar porque esperaba que sería posible crear rápidamente una organización que abarcara toda Rusia. A continuación, pensaba, semejantes uniones regionales (del sur, del norte y quizás otras) habrían podido federarse y unirse entre sí²⁶.

Este germen de organización nació de la voluntad de Aksel'rod de «hacer oír la voz de la clase obrera»²⁷ el día —que él sabía próximo— en que se repitiera el gesto de Solov'ev, es decir, que se arentara de nuevo contra la vida del zar. Pero junto a este elemento populista-revolucionario también contaba en su proyecto un factor socialdemócrata. El programa, escrito por él (mientras que el estatuto lo redactó Stepanovich), fijaba un programa máximo —la transformación de la sociedad sobre bases anarquistas— pero aspiraba también a un objetivo inmediato —la libertad democrática, la reducción de las horas de trabajo, etc. Los dos elementos estaban uno al lado de otro «ecclécticamente», como dirá más adelante el propio Aksel'rod²⁸.

La organización tuvo una vida breve y se disolvió cuando su creador abandonó Kiev para participar en el movimiento del *Chërny peredel* en San Petersburgo, del que la Unión fue en cierto modo un signo precursor²⁹.

En 1880 renacía en Kiev, con muy distinta amplitud, la Unión Obrera de la Rusia meridional, creada por dos intelectuales populistas con la intención de sacar las últimas consecuencias de los intentos realizados con anterioridad para llevar el bakunismo al mundo obrero de la capital ucraniana.

Sus animadores fueron Nikolai Pavlovich Shedrin y Elizaveta Nikolaevna Koval'skaya. El primero, hijo de un ingeniero, tuvo que interrumpir sus estudios cuando aún estaba en la segunda enseñanza a causa de su irrespetuosa actitud ante los profesores. Llegado a San Petersburgo en 1876 para seguir los cursos universitarios, pronto entró a formar parte de uno de los grupos de *Zemlia i volia*. Lo enviaron a la región de Saratov para organizar allí las bases para el trabajo entre los campesinos, y se quedó hasta 1879. En el momento de la escisión de *Zemlia i volia* en las dos organizaciones de *Narodnaya volia* y *Chërny peredel*, se adhirió a la segunda. Cuando cayó el grupo de Kiev, se dirigió a aquella ciudad con la intención de crear allí una organización obrera³⁰. Encontró una valiosa ayuda en la Koval'skaya, quien ya desde comienzos de los años setenta había formado parte de un grupo revolucionario en Jarkov y que en 1879 también se había unido al *Chërny peredel*³¹.

La experiencia de ambos los inducía a no creer en la posibilidad de una propaganda a largo plazo entre los campesinos, ni tampoco en el terrorismo político. La Koval'skaya estaba trabajando en una fábrica de Jarkov cuando se produjo el atentado de Solov'ev. Se le quedaron grabados los comentarios oídos en esa ocasión entre la masa obrera: «Son siempre los nobles, porque el zar ha liberado a los campesinos.» Tanto Shedrin como la Koval'skaya se habían convencido de que no se debía dirigir el terror contra el gobierno y el estado, sino contra los que oprimían directamente a los obreros, contra los patronos y los señores. Llamaban a esta táctica «el terror económico» y estaban persuadidos de que sólo utilizando ese medio se podría llegar a una revolución que no fuese po-

lítica, sino realmente social, realizada no por los partidos u organizaciones revolucionarias sino por el propio pueblo, «puesto así en condiciones de expresar su capacidad de autoadministración, derivada de las tradiciones de la *obshtina*».

Animados por esta visión, como narra la Koval'skaya, «trabajamos rápida y febrilmente, sabiendo perfectamente que nuestros días estaban contados... Queríamos apresurarnos a reforzar la Unión para que no se disolviese cuando nos detuvieran». Esta prisa febril los llevó prácticamente a abolir toda precaución conspiratoria referente a sus propias personas, reservando en cambio toda su atención para poner a salvo a los obreros que estaban organizando. Circulaban siempre armados con pistolas y no se concedieron un día de descanso. Como veremos, su suerte será especialmente dura, pero el método que adoptaron demostró su eficacia: en el momento de su detención los grupos obreros no se verán afectados.

En 1880 Shedrin tenía veintitrés años y ya no estaba «enamorado del pueblo», ya no quería fundirse con él, sino organizarlo. Era un notable orador, ardiente y violento. Como dijo uno de los obreros que lo escuchó: «Azota con las palabras como un *knut*. No nos damos cuenta nosotros mismos de cómo nos lanzamos a donde él nos llama.»

Empezó a trabajar en un centro del ferrocarril. Una decena de ferroviarios constituyeron el primer núcleo de la Unión, que se desarrolló con rapidez y llegó a otras muchas categorías de trabajadores. La composición nacional de estos grupos era sumamente variada: rusos, polacos, judíos, un francés, un austríaco, un sajón, lejanos descendientes de tártaros —aunque los ucranianos estuvieran en mayoría. Es más que natural, pues, que se plantearan de modo agudo los problemas nacionales. Entre los obreros había un fuerte antisemitismo. Cuando los primeros judíos entraron en la Unión, algunos ucranianos protestaron diciendo que «habían crucificado a Cristo». Pero Shedrin y la Koval'skaya tuvieron la satisfacción de saber después, cuando ya estaban en la cárcel, que su acción no había sido vana incluso desde este punto de vista. En abril de 1881, con ocasión de un progom, los obreros organizados por ellos imprimirán un folleto en el que se leía que había que golpear a todos los explotadores, y no a «los pobres judíos».

El arsenal de Kiev, donde se estaba desarrollando espontáneamente cierta agitación, se convirtió pronto en centro de la actuación de Shedrin. Se lanzó un manifiesto en el cual se amenazaba con el terrorismo a los directivos, si no satisfacían las exigencias de los obreros. Consiguió lo que pretendía: los obreros pudieron trabajar dos horas menos al día. Celebró entonces numerosas reuniones de trabajadores de las diversas categorías. Generalmente sus mítines se desarrollaban al aire libre, en las afueras de la ciudad, y a veces congregaron a un centenar de personas. Su Unión, por lo que nos asegura la Koval'skaya, comprendía unos sesenta obreros.

Aunque encontraron una buena respuesta y pudieron comprobar que en torno a ellos se iba creando una extensa y cálida solidaridad —que no se desmintió ni en el momento de su arresto—, tuvieron que luchar con no pocas objeciones, que resurgían perpetuamente entre la masa obrera. Ante todo, las plantillas estaban compuestas a menudo por elementos muy ligados a la tierra. Consideraban como enemigos naturales a los nobles terratenientes, más aún que a los patronos y directivos de las fábricas. El zar se presentaba a sus ojos animado por el deseo de mejorar las condiciones de los campesinos, aunque obstaculizado continuamente por la burocracia y la aristocracia. ¿Era cierto —decían a menudo los obreros— que había que luchar contra cualquier tipo de estado? Afirmaban que en el extranjero, fuera de Rusia, había una tendencia a mejorar la condición del «pueblo sencillo». Por otra parte, las tradiciones religiosas constituían un obstáculo más para la propaganda revolucionaria; los obreros hablaban de «visiones», y a menudo se les oía repetir: «Rezad, pronto llegará el día de la alegría.»

El programa de la Unión y las hojas que ésta publicaba tendían a luchar contra éstas y parecidas objeciones. Un primer proyecto de programa se iniciaba con la comprobación de que la situación del obrero ruso era peor que la de cualquiera otro de Europa. Se necesitaba, pues, una revolución. Pero ¿debía tender a establecer ante todo la libertad política? Siempre respondieron negativamente a ello, con la mayor energía.

La ciencia de la sociedad humana demuestra sin posibilidad de dudas que la libertad política no puede existir sin un cambio económico previo. Los derechos políticos y la fuerza pertenecen únicamente a las clases de la sociedad en cuyas manos se encuentra la fuerza económica y la moral y física (la organización militar).

Aducían el ejemplo de la revolución de julio en Francia, para concluir que «para los obreros, la libertad política sin una independencia económica no es sino un sueño y un engaño». Hablaban de la reforma parlamentaria en Inglaterra y de los acontecimientos alemanes para polemizar contra todas las tendencias obreras que se habían dejado asaltar por el deseo de hacer política. El problema se resolvería sólo cuando todos los bienes hubieran pasado a manos del pueblo. La futura sociedad se basaría en la «pertenencia de las tierras, de las fábricas y talleres a todo el pueblo y en el derecho de cada uno a servirse de ellos y en la producción por medio de asociaciones». «De eso se derivarían las siguientes transformaciones políticas: la libertad personal, la libertad de palabra, de reunión, de sindicatos, y de prensa...» En cuanto al ejército, debía ser sustituido por una milicia.

Era vano esperar que para alcanzar estas metas fuera útil una alianza con la burguesía. Esta era la enemiga natural de los obreros. «Es preciso tener en cuenta que en Rusia la burguesía está muy desorganizada

y no puede oponerse a los obreros, como hace en el extranjero. Hay que reconocer, pues, que una mayor organización y unión de la burguesía sería muy perjudicial para los obreros.»

El camino no estaba en buscar aliados entre los enemigos, sino en reanudar la tradición revolucionaria de Sten'ka Razin, de Pugachëv en Rusia, de 1830 y 1848 en Francia, aunque en cada una de esas ocasiones había quedado demostrado a qué resultados llevaba la carencia de una «organización de combate» del pueblo y qué significaba dejar la dirección del movimiento en manos de la burguesía. «Por eso el deber esencial de los obreros ha de consistir en la creación de una organización obrera de combate.» La propaganda pura y simple no serviría de nada. No surtiría efecto «hasta el día en que Cristo regresara a la tierra». Los obreros tampoco debían practicar la simple agitación —con vistas a huelgas y en general a protestas masivas—, porque sólo conseguía «llevar a la cárcel». La organización de combate debía, pues, adoptar el «terrorismo de fábrica». El partido popular irlandés ya había mostrado el camino que había que seguir. En la propia Inglaterra, «en la primera mitad del XIX, los obreros —al empezar a quemar y saquear las fábricas, los obradores, y los talleres, a pegar y matar a los patronos— habían conseguido una serie de concesiones, disminución de las horas de trabajo, aumentos de salarios, derecho de huelga, sindicatos, etc.». Este era el camino que deberían recorrer los obreros rusos. El terrorismo político sería un medio puramente subsidiario, de agitación sobre todo, tendente a suscitar o reforzar el espíritu revolucionario de los obreros.

Manifiestos que llevaban títulos muy característicos —«La constitución no dará nada al pueblo», «¿Qué es la Internacional?», «Cómo luchan los irlandeses por su libertad»— sirvieron para difundir entre los obreros las ideas fundamentales de este programa. En otro manifiesto de la Unión se veía el característico símbolo constituido por «un martillo, una hoz y un revólver»³².

El período de actividad de Shedrin y la Koval'skaya fue demasiado breve para que pudieran poner en práctica a gran escala este programa. Su función estribó sobre todo en desencadenar febrilmente una oleada de agitaciones. No tuvieron tiempo de recurrir a los actos terroristas proyectados (salvo una expropiación, realizada en una iglesia, para procurar fondos a su organización de combate, expropiación que no se descubrirá). En octubre de 1880 estaban ya detenidos.

Los había animado la confianza de que la revolución estallaría en breve plazo. Cuando estuvieron en la cárcel, aquellos a cuyas manos pasó la organización estaban menos convencidos de tal posibilidad³³. Continuaron la tarea, pero la Unión sufrió, con los nuevos dirigentes, una típica modificación y se orientó en sentido menos combativo y más sindical. El nuevo programa, redactado en enero de 1881, reflejaba este cambio. Continuaba orientado contra los partidos puramente políticos, no modificaba en nada las metas últimas y el espíritu de la Unión, pero

admitía la utilidad de la propaganda a largo plazo y de la agitación con vistas a huelgas «que den una esperanza de solución positiva». También los manifiestos distribuidos entonces seguían hablando de amenazas personales contra este o aquel directivo de una fábrica, pero insistían sobre todo en las protestas contra las malas condiciones de trabajo, exigían que «se tratase al obrero con humanidad», hablaban de la necesidad de dar buenos instrumentos a los trabajadores, insistían sobre las multas, los retrasos, etc. Se profirió la amenaza escrita de llevar ante un tribunal revolucionario al director del arsenal, el coronel Korobkov, e incluso se distribuyó un manifiesto que anunciaba su ejecución. Pero en realidad nunca se efectuó, entre otras cosas porque los obreros no estaban de acuerdo, temiendo que eso pudiera agravar la posición de Shedrin y la Koval'skaya.

Cuando llegó la noticia de que el 1 de marzo de 1881, en San Petersburgo, había tenido éxito el atentado contra Alejandro II, se reanudaron activamente en la Unión de Kiev las discusiones sobre el terrorismo. El manifiesto distribuido al día siguiente reflejaba las preocupaciones existentes en el seno del grupo. No queriendo suscitar una reacción demasiado violenta entre muchos obreros-campesinos —para quienes el zar seguía siendo el liberador de la servidumbre—, insistían en su posición anticonstitucional y se preocupaban sobre todo de llevar la agitación al plano de las reivindicaciones más urgentes.

Aunque el nuevo zar sea mejor que el anterior, no podrá entender las necesidades y los dolores del pueblo... Peor aun si el nuevo zar quiere gobernar al pueblo con ayuda de la nobleza y los comerciantes. Ahora se puede meter miedo a un *miroed*, pero cuando se convierta en un *miroed* sobre bases legales, cuando tenga poder propio, entonces la muerte de un estafador suscitará una verdadera tormenta entre todos los demás *kulaks* grandes y pequeños, que se comerán con salsa estatal a nuestro pobre obrero. Con un solo zar aún podemos arreglarnos. Con cien zares no hay nada que hacer.

No pedían, por lo tanto, una constitución, sino 1) una legislación de fábrica que protegiese al obrero de la arbitrariedad del capitalista; 2) la libertad de palabra, de reunión y de prensa obrera; 3) la libertad de las Uniones y asociaciones; 4) la abolición de los impuestos que pesaban sobre los campesinos y el aumento de los salarios obreros; 5) la disminución de las horas de trabajo y del aprendizaje no retribuido.

Fue el último acto de la Unión de Kiev. La detención del segundo grupo de populistas que la dirigió en 1881 puso fin al más importante intento de organización obrera en el sur de Rusia entre 1870 y 1880³⁴.

La suerte de quienes habían tratado de desencadenar «el terror económico» fue especialmente trágica. Shedrin fue condenado a muerte, pena

conmutada después en trabajos forzados a perpetuidad. Cuando la causa estaba aún instruyéndose se había negado a jurar fidelidad al nuevo zar, Alejandro III, subido al trono tras el atentado del 1 de marzo de 1881. También se negó a defenderse y a participar en el proceso. La Koval'skaya fue condenada a trabajos forzados de por vida, mientras que la Bogomolets se buscó diez años. Los mandaron a los tres a Siberia en un mismo convoy. En Irkutsk, la Koval'skaya y la Bogomolets consiguieron escapar, pero las detuvieron unos días después. Un tal coronel Solov'ev las amenazó con ponerles cadenas y les dirigió palabras groseras. Cuando Shedrin se enteró de lo ocurrido, pidió hablar con el coronel y le lanzó un puñetazo que lo tiró al suelo. En Irkutsk la cosa se difundió entre la buena sociedad del lugar. En los salones «las señoras de la aristocracia hablaron de él como de un caballero, defensor de débiles mujeres de la furia de un coronel desatado». Esa misma noche un carcelero entregó a Shedrin una botella de oporto y flores, enviadas por la esposa del gobernador de Irkutsk, «junto con su aprobación por lo que había hecho». Pero aunque se intercedió por él, Shedrin fue condenado a morir en la horca por el tribunal local. Esta vez la pena le fue conmutada por la obligación de llevar cadenas, es decir, lo ataron «a una carretilla con una rueda, parecida a las que sirven en Rusia para la descarga en los puertos, a la cual estaba clavada una larga cadena que unía los grilletes de los pies y la cintura del prisionero»³⁵. Así tuvo que permanecer durante todo el viaje y así se presentaría en Kara —donde llegó en 1882— cada vez que había una visita oficial. Pero no se quedó allí mucho tiempo. Encerrado en una cárcel especialmente horrible cuando Myshkin y otros prisioneros huyeron de Kara, lo devolvieron después a San Petersburgo, siempre atado a su carretilla. En la capital fue encerrado en el bastión de Alejo de la fortaleza de Pedro y Pablo, y después lo trasladaron a Shlisselburg. Su físico no aguantó, y enloqueció. En 1896 estaba en la clínica psiquiátrica de Kazán, donde morirá muchos años después, en 1919.

En 1884 la Koval'skaya escapó de nuevo, y otra vez la devolvieron a los trabajos forzados de Kara. Cambió de cárcel en 1888, y, una vez más, unos años después. Sólo la pondrán en libertad en 1903. Era entonces el único superviviente del grupo dirigente de la Unión Obrera de la Rusia meridional. Formará parte del movimiento maximalista y tras la revolución de 1917 vivirá mucho tiempo en la Unión Soviética, escribiendo las memorias sobre la organización de Kiev que hemos citado con frecuencia.

Sofía Bogomolets cumplió los diez años de trabajos forzados a que la habían condenado en Kara, y murió poco después de tisis, en 1892, puesta en libertad sólo unos días antes de su muerte.

Su hermana, O. N. Prisetskaya, podrá volver a ver Rusia, pero tomará de nuevo, muchos años después, el camino de Siberia, acompañando a un hijo deportado allá. Y allí terminará su vida.

Kashintsev, condenado también a diez años, consiguió escapar de Siberia en 1888 y vivió en Bulgaria. Organizará en París un centro para la fabricación de bombas y explosivos. Detenido con otros, será condenado a tres años de prisión y expulsado de Francia.

Preobrazhenski, acabada la *katorga*, permanecerá toda su vida en Siberia, en Irkutsk. Ivanov tratará en más de una ocasión de huir y morirá en Siberia de tifus, contraído al cuidar a la población.

Tal fue el final de quienes habían tratado de imprimir un carácter terrorista y violento al movimiento obrero del sur de Rusia. En Moscú, y sobre todo en San Petersburgo, la evolución fue distinta. La obra de los populistas que se consagraron a los trabajadores sufrió la influencia de la sólida tradición de propaganda establecida por los *chaikovtsy*. Las propias condiciones ambientales llevaban a una penetración más lenta, sistemática y organizada. Tras haber seguido el desarrollo de las uniones meridionales, debemos retroceder un poco y volver nuevamente la mirada a los grandes centros del norte.

Después de las detenciones que disolvieron los núcleos obreros creados por los *chaikovtsy* en San Petersburgo, tras la gran oleada de la «ida hacia el pueblo» que llevó al campo los elementos más activos, la iniciativa de una reanudación de la propaganda y la agitación en las fábricas partió del extranjero, de la colonia de estudiantes rusos que primero se concentró en Zurich y después se diseminó por otros centros universitarios europeos. Ellos crearon en 1875 el primer núcleo de la Organización social-revolucionaria panrusa que tuvo su centro en Moscú, que consiguió establecer lazos con otros centros industriales y que, aunque cayó pronto, constituyó la principal tentativa de actuar en las fábricas del período que va desde la caída de los *chaikovtsy* a la aparición de *Zemlia i volia*³⁶.

En Zurich se habían refugiado numerosos estudiantes procedentes de las tierras del Cáucaso, en su mayoría georgianos, y otros del Daguestán y Armenia. También los asaltó el clima de intensas discusiones políticas que dominaba toda la colonia rusa. Bakunin, Tkachév y Lavrov se convirtieron también, en su caso, en símbolo de las diversas corrientes socialistas entre las que era preciso elegir. Pero a ellos se les planteaba un problema particular: ¿debían adherirse al movimiento populista que agitación Rusia, luchar con sus compañeros rusos para derribar el zarismo, o bien poner en primer plano el problema nacional, luchar exclusivamente por «una federación de repúblicas caucasicas»? Para resolver este problema previo convocaron una reunión en Ginebra, que resultó animadísima. El congreso, celebrado en una casa aislada de los alrededores de la ciudad, se declaró público; entre los oyentes se observaban «jóvenes bakuninistas», como por ejemplo Zhukovski, el responsable de la tipografía de los *chaikovtsy* Lazar Gol'denberg, Tkachév, y también algunos «communards» franceses emigrados, como Lefrançais, Montels y otros.

De inmediato aparecieron con toda evidencia las dificultades del problema que se debatía. ¿En qué lengua debían expresarse los reunidos? Empezaron con el francés, pero advirtieron que la gran mayoría era incapaz de entenderlo, y menos de hablarlo. Pasaron al georgiano, pero los armenios y la gente procedente del Daguestán no conocían esa lengua (y, por otra parte, muchos georgianos, educados en instituciones rusas, no sabían ni una palabra de la lengua de sus antepasados). Acabaron eligiendo el ruso. A pesar de esta significativa apertura, la gran mayoría resultó nacionalista, animada por la idea de devolver a Georgia su esplendor medieval. Una minoría —compuesta por el príncipe Aleksandr Kostantínov Tsitsianov, Mijail Nikolaevich Chekoidze, Ivan Dzhabadari y otros pocos— afirmó en cambio que así se empuqueñecería una grandiosa lucha social y política en un pobre conflicto nacional, y sostuvo que aún se estaba muy lejos de poder esperar una convivencia civil entre las diversas poblaciones que habitaban en torno al Cáucaso y que así se corría el riesgo de tomar el camino —tan poco afortunado— recorrido ya por Polonia. La minoría concluyó que era necesaria una unión cada vez más estrecha entre la *intelligentsia* georgiana y la rusa, bajo la común bandera social-revolucionaria³⁷.

Pidieron, por tanto, que se estableciera una relación organizativa con los rusos. Se presentaron una decena de muchachas.

Quando expresamos nuestro asombro al ver un grupo femenino tan extenso —cuenta Dzhabadari—, nos contestaron: «No estamos todas. Hace poco Olga Liubátovich se ha marchado con María Subbotina a trabajar a Serbia, Vera Filippova (Figner) se ha quedado en Berna, así como Dora Aptekman y A. Toporkova.» Todas eran jóvenes vestidas de modo sencillo y elegante, que atraían involuntariamente las miradas. Algunas eran tan tímidas que cuando se les dirigía la palabra bajaban los ojos. Exhalaban un aire de campo, quizás de lejana provincia. Con seguridad una buena mitad de aquellas muchachas no había cruzado el umbral del llamado mundo... Al mirárlas se habría dicho que constituían una familia, y en realidad eran una familia, no por la sangre sino por ser compañeras. Entre ellas se distinguía por su agilidad Sofía Bardina, a la que sus amigas llamaban «tía» aunque casi todas fueran de su edad. Era una joven con una original cabeza, bastante grande, un rostro no hermoso pero muy inteligente, una alta frente bajo la que brillaba un par de ojos negros centelleantes de ironía. Esta cabeza femenina, quién sabe por qué, hacía pensar a primera vista en la cabeza de Voltaire.

Se llamaban Varvara Aleksandrova, Eugenia Subbotina, Vera Liubátovich, Lidia Figner, Beta Kaminskaya. Fueron ellas, con el grupo de

caucasianos, quienes constituyeron el núcleo central de la Organización social-revolucionaria panrusa.

La hermana de una de ellas —Vera Figner, que formó parte de este grupo en Suiza, pero no en Rusia, y se convirtió poco años después en uno de los miembros más activos de *Narodnaya volia*— nos ha descrito la formación moral e intelectual de estas muchachas, narrándonos cómo se encontraron en Suiza en el punto de cruce, por así decirlo, de las diversas corrientes internacionalistas del período, cómo leyeron ávidamente los libros de los socialistas de todas las escuelas, incluido naturalmente Marx, que les causó una impresión especial, cómo escucharon la voz de Lavrov y de Bakunin y cómo llevaron un elemento nuevo a la típica atmósfera post-Comuna, un elemento que Vera Figner definió como «ascético y religioso»³⁸.

Leíamos *L'Organisation du Travail*, el *Voyage en Icarie* de Caber, el proyecto del Banco del pueblo de Proudhon, y todo nos parecía realizable y práctico. La palabra «utopía» no existía para nosotros, sólo veíamos los «planes» para realizar un cambio social y leíamos con tanto entusiasmo los discursos del genial Lassalle, que llamaba a los obreros a la conquista del poder del estado, como los panfletos anarquistas de Bakunin, que negaban todo estatismo y llamaban a la destrucción impávida e implacable de toda estructura estatal. Predominaba la opinión de que ésta última idea se adecuaba mejor a las condiciones de la vida rusa. Entre nosotros no existía un parlamento, era impensable el sufragio universal y elecciones y diputados de los obreros. En la antigua Rusia habían existido gobiernos del pueblo, como los había descrito Kostomarov, estaban los *arteles*, de los que se hablaba en las páginas de Flerovski, existía la *obshina*, que conocíamos a través de Haxthausen, las obras de Herzen, Bakunin, Shapov, Yadrintsev. Esta *obshina* era el prototipo y al tiempo el germen de una justa organización futura de la sociedad... Todas las nuevas ideas de democracia e igualdad económica nos parecían absolutamente irrefutables desde el punto de vista de la lógica, y si alguien ponía objeciones nos parecía movido por motivos que sólo podían ser el egoísmo y el miedo³⁹.

Precisamente este instintivo e inmediato juicio moral las llevaba al ascetismo.

En el mundo actual, en el período de la propaganda, cuando todos los poderosos eran hostiles al socialismo, cuando el gobierno no ofrecía sino persecuciones, cualquiera que tomara ese camino debía prepararse para todo género de privaciones materiales y morales. Para estar a la altura de su tarea debía prepararse a todos

los golpes del destino... La severidad de algunos, que pretendían renunciar a todos los bienes de la tierra, lindaba con lo imposible. Un día, sin darse cuenta, la hija de un *pomeshik* de la región de Tambov, la Bardina, confesó que le gustaban las fresas con nata, y el grupo al que pertenecía le tomó el pelo. Vera Liubavovich la consideró desde ese día, con entera sinceridad, como «una burguesa». Cuando este grupo se fundió con el de los caucasianos, y se discutió el estatuto de la nueva organización revolucionaria, las muchachas propusieron que se incluyera en él la renuncia al matrimonio. Los hombres protestaron y no se aceptó este punto. El socialismo militante que prometía a los trabajadores y oprimidos la verdadera libertad, la igualdad y la fraternidad, el socialismo que no reconocía la fuerza y la riqueza de los poderosos, que era perseguido por las verdades que revelaba, me pareció un nuevo evangelio... Los conceptos y sentimientos cristianos, las ideas de la santidad del ascetismo y el sacrificio, todo ello me llevó a la nueva doctrina... Esta era la misión auténticamente apostólica de nuestro tiempo⁴⁰.

Este estado de ánimo encontró su expresión en el estatuto de la Organización social-revolucionaria panrusa. Pero a través de las discusiones que condujeron a fijar los distintos puntos fundamentales, afloraron con creciente claridad los problemas políticos característicos del populismo, las antinomias con que desde hacía más de una década se enfrentaban los revolucionarios rusos. Empezaron adoptando como punto de partida el estatuto de la sección del Jura, que parecía encarnar mejor que ninguno sus aspiraciones. Pero ¿cómo aplicarlo en Rusia, cómo servirse de él en una situación tan distinta de la suiza? En cuanto a las aspiraciones últimas, se preguntaban qué derecho tenían a fijar con precisión, en sus detalles, la organización de la sociedad que surgiría un día gracias a su acción revolucionaria. Su deber consistía en convertirse en obreros, en fundirse con el pueblo, en llevar a él el fermento de la agitación, y no en decidir *a priori* las formas de la sociedad futura. Toda su atención se centró, pues, en fijar los estatutos de su organización. El núcleo fundamental de ésta sería una comunidad, una *obshina*, como la llamaban, compuesta por elementos activos, es decir, por quienes «fueran capaces de realizar al menos una de las funciones principales de la actividad revolucionaria»⁴¹. La igualdad más absoluta debía reinar en el interior de la *obshina* y en las relaciones entre las diversas comunidades. Pero este principio estaría limitado por las exigencias de la conspiración, por la necesidad de mantener el secreto, etc., y por la disciplina que comprometía a cada miembro a realizar las tareas que la comunidad le confiaba. Con la evidente finalidad de evitar toda recaída en la atmósfera de la conjuración de Nechaev —que, como recuerda Dzhabadari, «estaba en la memoria de todos y había escandalizado a todos, alejándolos con

sus métodos»—, para evitar toda organización de «tipo militaresco», como solía decirse entonces, se especificó en los estatutos que todos los miembros tenían igual derecho a participar en los asuntos de la *obshina*, pedir explicaciones de su acción y controlar su actividad. Eso parecía tanto más necesario cuanto que los miembros no sólo renunciaban a toda vida política que no estuviera ligada a la comunidad, sino que también renunciaban a sus vidas privadas: no debían poseer nada, entregando todos los bienes a sus compañeros.

¿Cómo mantener la unidad de directrices de acción en el interior de las diversas comunidades y entre ellas? Se plantearon este problema con mayor agudeza y empeño que sus predecesores los *chaikovtsy*. Desde este punto de vista son un eslabón intermedio entre el movimiento que precedió «la ida hacia el pueblo» y la *Zemlia i volia*. Pese a su proclamado igualitarismo organizativo, acabaron estableciendo una mayor centralización. Pero no la llamaron dirección, sino «administración». El término elegido reflejaba la preocupación de no crear un poder central, aunque sabían que era indispensable un órgano de coordinación.

Se nombra una administración con objeto de impedir que los asuntos corrientes se detengan por el hecho de que todos los miembros de la *obshina* se encuentren en su trabajo. La administración está exenta del trabajo en las fábricas, talleres y obradores. Los miembros de la administración no se designan mediante elección, sino por turno y de mutuo acuerdo entre los miembros. La administración debe estar siempre compuesta por elementos procedentes de la *inteligentsia* y por obreros. Cada turno de administración durará un mes.

A pesar de estas precauciones típicas, el movimiento quería ser y fue en realidad —como decía el propio nombre que eligieron— una «organización», y no sólo una colección de gente animada por un mismo espíritu.

La experiencia de la «ida hacia el pueblo» no había pasado en vano. Y no sólo en lo referente a los problemas organizativos. El propio objeto de la acción había cambiado. En el mismo estatuto hablan, es cierto, de «bandas» y «motines», siguen pensando en el pueblo como una unidad indivisa, compuesta tanto por campesinos como por obreros, pero en realidad toda su acción se orientaba a una única clase, a una única meta: la propaganda y la agitación entre los obreros.

La propaganda se confía a la obra individual de cada uno de los miembros de la *obshina*, que actúa por su cuenta y riesgo, penetrando en el mundo obrero en nombre propio, usando los métodos más distintos, la conversación, la lectura de libros, la creación de cajas y bibliotecas, hasta que se formen grupos obreros propiamente dichos, que sólo entonces podrán ser conocidos por la *obshina*. La agitación, en cambio, «tendría

como objetivo inducir a las personas o a los grupos a una actividad directamente revolucionaria». No descartaron la idea de servirse de las «bandas» —que proyectaban para realizar expropiaciones—, pero pensaban sobre todo en algo parecido al «terrorismo económico», aunque las intenciones y los programas fueron absolutamente genéricos y vagos en este punto. De todos modos, repitieron que «la actividad de las bandas debería ser puramente social-revolucionaria». Más que en suscitar nuevos alborotos pensaban sobre todo en crear una organización capaz de dirigir los movimientos que surgían espontáneamente aquí y allá. En esto seguían siendo típicamente bakuninistas. Pero no hay que olvidar que con el término «alboroto» se designaba entonces, y no sólo en el lenguaje oficial, todo movimiento popular, incluso la huelga. Como veremos, su idea de centrar todos los esfuerzos en los obreros y su programa de crear una fuerza capaz de imprimir una dirección a los «alborotos» los llevaría a interesarse cada vez más por este aspecto de la lucha.

El material de propaganda de que podían servirse era ya abundante en 1875, cuando empezaron a actuar en Rusia. Los opúsculos y libros encontrados por los gendarmes en la habitación donde vivía Tsitsianov en Moscú constituyen una amplia biblioteca de todo el populismo. Iba del «Kolokol» de Herzen y de los ensayos económicos de Chernyshevski hasta el «Vperëv» de Lavrov, pasando por las numerosísimas *brochures* populares de los *chaikoutsy*, el panfleto de Tkachëv contra Lavrov y la respuesta de éste. Bakunin estaba ampliamente representado, así como podía encontrarse la traducción de *La guerra civil en Francia*, de Marx, publicada en Zurich ya en diciembre de 1871.

Naturalmente, no faltaban las publicaciones específicas del movimiento. Antes de partir hacia Rusia el grupo de caucásianos y de jóvenes rusas se había puesto de acuerdo con la «*obshina* revolucionaria de los anarquistas rusos» de Ginebra, o sea con el grupo de los «jóvenes bakuninistas», Z. K. Ralli, N. I. Zhukovski, A. L. El'snits; distribuirían las publicaciones ya impresas por los emigrados y al tiempo crearían un periódico para los obreros, que constituiría en cierto modo su órgano⁴².

Z. K. Ralli había escrito y publicado en 1875 un libro de pequeño formato pero de unas 530 páginas, titulado *Los saciados y los hambrientos*, que constituía una auténtica enciclopedia del populismo anarquista⁴³. Empezaba explicando cómo los ferrocarriles y las máquinas no habían mejorado la suerte de los trabajadores; describía por extenso su situación, para concluir que «todos los trabajadores de toda la tierra, de todos los estados, tienen un enemigo: el señor y el gobierno»⁴⁴. ¿De dónde había nacido la desigualdad entre los hombres? Ralli trazaba toda la historia humana y la rusa en particular para describir luego, en las doscientas últimas páginas, la situación existente entonces en Rusia. Seguía una auténtica visión general del movimiento populista, con especial referencia a Chernyshevski, Mijailov y la primera *Zemlia i volia*. Al hablar de Herzen, polemizaba contra la idea del *zemski sobor*: «En el libre reino de la

vida no hay lugar para el zar, los nobles y los comerciantes»⁴⁵. Algunas páginas estaban consagradas a la polémica contra Nechaev, culpable de haber creído en el «poder», y a recordar el sacrificio de Dolgushin. El libro contenía además una descripción de la política de la Internacional, naturalmente desde un punto de vista bakuninista y con un estilo que era de intencionada y bastante hábil divulgación.

El periódico que surgió de este ambiente se llamó «Rabotnik» [El trabajador], y llevaba como subtítulo «Gaceta para los obremos rusos». El primer número salió en enero de 1875, y fue mensual durante todo ese año, salvo los números 11 y 12, agrupados en un sólo fascículo. En 1876 salieron todavía dos números, uno de ellos doble. Pero la organización había caído ya en Rusia y el «Rabotnik» interrumpió su publicación. Había sido el primer intento de crear un órgano obrero en lengua rusa. Reflejaba intencionadamente los problemas, las preocupaciones y el propio lenguaje de los obreros recién llegados a la ciudad, ligados aún por mil hilos a la tierra. Su tono adoptaba un planteamiento que podía leerse resumido desde el primer número: «Común era la causa de los campesinos y los obreros.» Acompañó la propaganda de los caucásianos y las estudiantes convertidas en obreras, pero es difícil decir con exactitud hasta dónde respondía a sus ideas. Es probable que, también en este caso, la emigración interpusiera cierta distancia entre el «Rabotnik» y la experiencia que se estaba realizando en Moscú. En cualquier caso, la lectura de ese periódico tiene un gran interés para quien pretenda darse cuenta de la enérgica y cruda tentativa hecha por entonces para enlazar los problemas obreros rusos con los de todo el movimiento obrero europeo, para subrayar los puntos comunes y las diferencias reales entre unos y otro⁴⁶.

Desde el primer número adoptaban una clara postura contra toda tendencia constitucional o parlamentaria. Era muy cierto —decían— que en muchos países extranjeros existía una *duma*. «Aparentemente es mejor que entre nosotros, pero en realidad es la misma porquería. En todas partes los que están saciados no desean que quien tiene hambre piense en su situación. No es posible entenderse entre saciados y hambrientos.» Lo sabían perfectamente los campesinos rusos que habían tenido que abandonar su aldea «por falta de tierra» e ir a trabajar a las fábricas. «Como los campesinos quieren coger las tierras del señor para incluirlas en la *obshina*, así los obreros de las ciudades necesitan todas las fábricas para convertirlas en *arteles* obreros.» Hablaba después del reclutamiento, de los impuestos. Ya a partir del primer número las cartas no venían de una aldea, sino de un centro obrero, de Odesa⁴⁷. Los números siguientes apelaban con creciente claridad a la lucha de los obreros. «Hay que rebelarse, pero rebelarse de forma inteligente.» Y aunque aún hablaban de Sten'ka Razin, se remitían más por extenso y detalladamente a la experiencia de 1848 en Francia y sobre todo a la de la Internacional. El propio mito de Pugachëv era atacado abiertamente en el número cinco, en el

artículo de fondo titulado *El estado ruso*. Antes de que existiera el estado, se decía en él, Rusia se administraba en *obshiny* libres a lo largo de las orillas de los grandes ríos. Cada *obshina* se autogobernaba, todos los problemas se decidían en las reuniones del *mir*. Después se fue formando poco a poco el estado. La gran rebelión de Pugachëv fue una reacción contra éste. Pero, ¿qué habría ocurrido de haber triunfado? ¿La situación del pueblo hubiera mejorado? Desde luego que no. En vez del estado de Crimea, Pugachëv habría constituido su propio estado, no mejor que el anterior. «Pugachëv no fue un campeón de la libertad campesina. Pretendía explotar la fe que los campesinos tenían en él para sentarse en el puesto de Catalina y dominar. Es cierto que estuvo contra los nobles, cierto que prometió tierra y libertad, pero a las horcas que dispuso para los aristócratas no llevaba a los comerciantes, a los *kulaks*.» También Alejandro II había prometido la libertad. «Pero llegará el día en que el pueblo ruso conquistará la libertad. Y esto ocurrirá cuando haya comprendido que no se puede esperar nada de ninguno de los zares. Entonces la consigna será: ¡maldita sea la ralea de los *kulaks* y de los *miroedy*!» La traducción a términos rusos de la lucha de clases llevaba a una primera crítica de los mitos populistas. Al querer atraerse a los campesinos sin tierras, obligados a buscar trabajo en las fábricas, se recurría a consignas más radicales. Y se trataba a la vez de mostrar como ejemplo la experiencia ya realizada en Occidente. Se publicó por entregas una *Carta de un obrero francés a los hermanos de Rusia* de L. Chalin, que hablaba de Babeuf y recogía extensos fragmentos del manifiesto de los «iguales». Estas eran las cosas que los obreros rusos debían saber. Ya no les bastaban los libritos populares publicados por los *chaikovtsy*, contra los que arremetía un artículo del número seis, de julio de 1875. Debían «tener confianza en sí mismos» y mirar lo que se hacía en Inglaterra, Alemania, Suiza y Bélgica.

Cuando estalló una huelga en una fábrica de Moscú, el «Rabotnik» dijo que «los obreros rusos debían seguir el ejemplo de sus hermanos extranjeros»⁴⁸. Después explicaba cómo estaban organizadas las cooperativas en Alemania, Inglaterra y Francia⁴⁹ y los sindicatos en Gran Bretaña, aunque éstos últimos demostraban que «no con medios pacíficos se mejora la situación de los obreros»⁵⁰. A medida que pasaban los meses, el «Rabotnik» dedicaba más espacio al movimiento obrero internacional.

La ideología de este periódico llevaba aún la huella de un grandioso y genérico colectivismo. «Los campesinos de la Gran Rusia deben constituir, junto con los otros trabajadores, una gran *obshina*, para crear un mundo en que la tierra sea de todos, todo sea de todos.» Recogiendo la consigna de comienzos de los años sesenta, alzaron de nuevo el símbolo «Tierra y libertad». El primer número de 1876 llevaba en primera plana un dibujo en el que se veía a un campesino ruso con una hoz en la mano y en la otra una bandera con el lema *Zemlia i volia*, en una

calle de una aldea, a la cabeza de un grupo de campesinos armados con horcones. Bajo el dibujo iban unos versos de Ogarëv.

El núcleo central del movimiento que difundió estas ideas en las fábricas rusas estaba constituido por unas veinte personas. El centro se fijó en Moscú, probablemente debido a razones prácticas; San Petersburgo, afectada por recientes detenciones, no ofrecía un terreno adecuado para empezar otra vez. En cuanto llegaron allí aplicaron al pie de la letra los artículos de los estatutos que obligaban a los miembros a entregar su dinero, y como algunos de ellos, sobre todo los caucasianos, procedían de familias ricas y vendieron sus bienes, la organización se encontró con más medios financieros de los que habían tenido antes grupos similares. Por eso no necesitó recurrir a expropiaciones. La propaganda entre los obreros la realizaron sobre todo las muchachas, que se presentaron por separado en las puertas de las fábricas de Moscú, pidiendo trabajo —como es natural, con papeles falsos— y a menudo consiguieron compartir la vida del personal. Pero pronto aparecieron dificultades evidentes. Las grandes fábricas textiles de Moscú eran algo muy parecido a cuarteles de trabajadores, con dormitorios y reglamentos internos que fijaban minuciosamente toda la vida de los obreros. Introducirse en los dormitorios masculinos para leer a la luz de una vela libritos revolucionarios constituía ya en sí una violación grave del reglamento interno y atraía naturalmente la atención de los vigilantes. Las propagandistas cayeron pronto en las redes de un mundo que no conocían. Por lo demás, tampoco faltaron las dificultades para los obreros que la organización consiguió atraerse. También ellos se hacían notar en seguida y tenían que abandonar rápidamente su puesto de trabajo; eso explica, al menos en parte, la formación de los primeros dirigentes obreros apartados de las fábricas, a quienes la ilegalidad transformaba en revolucionarios profesionales, parecidos —por la vida que llevaban— a los intelectuales y estudiantes populistas.

A pesar de estos obstáculos, derivados de la voluntad de realizar una propaganda abierta, la organización consiguió en poco tiempo establecer lazos más o menos firmes con todos los barrios obreros y los centros industriales más importantes de Moscú. «Dos meses de trabajo —cuenta Dzhabadari— dieron brillantísimos resultados. Llegamos a veinte fábricas, así como a numerosos pequeños obradores de carpinteros, ebanistas, herreros, y a los ferroviarios de la línea Moscú-Kursk-Jarkov.» Simultáneamente se fueron formando grupos similares en las inmediaciones de Moscú, en la llamada «región industrial», en Ivanovo-Voznesensk, Serpujov, Tula, Shuya, etc. Resultaba evidente en todas partes que los obreros escuchaban con atención, aunque inseguros sobre quiénes eran aquellos desconocidos que iban a leerles libritos y gacetas revolucionarios. Por doquier estaba claro que la propaganda no caía en el vacío⁵¹.

Esta primera penetración en la masa obrera de la región de Moscú fue fruto del espíritu de sacrificio que animaba a las muchachas de Zurich.

Beta Kaminskaya aprovechaba todos los pretextos posibles para iniciar discusiones con los obreros. Si veía en manos de un joven el librito que le había entregado el patrono, donde se contenían las reglas que determinaban los deberes del trabajador, la Kaminskaya lo leía en voz alta, explicando el significado de cada regla y demostrando a los obreros que cada uno de esos artículos los perjudicaba y sólo beneficiaba al patrono. Les hablaba de la vida de los trabajadores occidentales, de su solidaridad y su lucha contra la explotación empresarial, y poco a poco, adentrándose más en su tema, les hablaba de historia, les narraba episodios de la revolución en Francia y en otros países. Naturalmente, estos relatos asombraban no poco a los obreros. La Kaminskaya había dicho que era de origen campesino; su seriedad y su cultura, insólita en una campesina, hacían concluir a los obreros que pertenecía al *raskol*. Las mujeres del *raskol* constituyen, en efecto, el sector más culto de los habitantes de las aldeas rusas⁵².

Sofía Bardina aprovechaba el mínimo pretexto para empezar a leer un librito que llevaba consigo, *El cuento de los cuatro hermanos*. Su éxito era inmenso. A su alrededor se congregaba toda una muchedumbre... Cuando acababa de leer, las preguntas eran infinitas: ¿de dónde vienes?, ¿quién eres?, ¿dónde aprendiste a leer tan bien?, se oía por todas partes. La Bardina contestaba que pertenecía al *raskol*, haber servido de pequeña a los señores y aprendido allí a leer. Al volver a la aldea se convirtió en una devota lectora de las Sagradas Escrituras. Y ahora la necesidad la había empujado a buscar trabajo en la fábrica... Desde ese día la Bardina frecuentó a menudo el dormitorio de los hombres... Los obreros estaban orgullosos de ella, y en los días de descanso, en las hosterías, le dirigían el ruego de que les leyera las gacetas...⁵³.

Como se deduce de las cartas que intercambiaban los diversos grupos de la región de Moscú, el grupo central se daba perfecta cuenta del peligro que tal propaganda abierta podría hacer correr a toda la organización. Pero veían ampliarse ante ellos las posibilidades de acción. Se comunicaban unos a otros la noticia de que en Serpujov había habido un «alboroto» de 4.000 personas, que los obreros habían presentado la reivindicación de no trabajar el sábado por la tarde.

Se han negado a trabajar. La huelga ha durado catorce días. Y han ganado en toda la línea. Ha intervenido el gobernador Voeikov y otros cérdos parecidos, que se han dirigido al pueblo con gran

cortesía, adulándolo una barbaridad. Quiere decir que tienen miedo. Después se produjo un alboroto en el taller estatal de Tula. Los obreros han empezado a sabotear los instrumentos. Los han interrogado, pero respondieron negativamente. Han empezado a rebelarse cuando se les puso una multa por los daños padecidos por la industria... También en San Petersburgo se ha dado una huelga contra un patrono privado...⁵⁴.

Cuanto más parecía ampliarse el trabajo, tanto más comprendían que había que tener cuidado de no perder elementos activos y diligentes. Pero cayeron antes de poder llevar a la práctica estos propósitos de prudencia. Su organización, puesta en el trance de un trabajo de roturación, era fácilmente vulnerable. Bastó la denuncia de un obrero para que la policía consiguiera —naturalmente, con ayuda de cierta dosis de suerte— llegar al centro. Aunque en muchos aspectos su trabajo entre los obreros preludiaba ya claramente el camino que recorrería *Zemlia i volia*, sus medidas conspiratorias fueron siempre aproximadas y provisionales. El propio impulso que los animó en su trabajo debía llevarlos a un rápido final. En los primeros días de abril de 1875 había caído todo el núcleo moscovita. Y antes de terminar el año los centros periféricos fueron eliminados.

Tuvieron que esperar en la cárcel unos dos años antes de que se celebrase el proceso⁵⁵. Pero justamente eso dio a su actuación una resonancia grandiosa, superior incluso a su actividad real. Que en su acción había una fuerza nueva ya lo habían visto los gendarmes que, al ir a detener a Tsitsianov, se encontraron con una resistencia armada. Cuando lo interrogaron sobre por qué había disparado, respondió: «Con el fin con el que generalmente se dispara, para dar en el blanco.» Es cierto que no consiguió herir a nadie, es cierto que aquella resistencia fue improvisada, pero era la primera vez que se producía un hecho similar y constituyó un ejemplo y un precedente. El espíritu que animaba a Tsitsianov era compartido por todos sus compañeros, que no sólo se defendieron en el proceso con habilidad y energía, sino que consiguieron sobre todo poner claramente sobre el tapete su fisonomía política y moral. Su defensa estuvo animada al tiempo por el entusiasmo del «loco verano» y por una fuerza política consciente. Junto con el discurso de la Bardina, quizás la representante más típica del movimiento, resonaron en el aula judicial las palabras de Alekseev, el primer obrero ruso que proclamaba en voz alta sus convicciones revolucionarias.

Pëtr Alekseevich Alekseev, nacido en 1849, procedía de una familia de campesinos pobres de la gobernación de Smolensk. Desde niño había entrado en una fábrica con el oficio de tejedor. Aprendió a leer por su cuenta, cuanto tenía dieciséis o diecisiete años. Ya había estado en contacto por un momento con los *chaikovtsy*, en San Petersburgo. El deseo de aprender lo indujo a entablar relaciones con el grupo de Sinéub y la

Perovskaya. Al irse a trabajar a Moscú se había unido a los caucasianos, entregándose a una intensa propaganda en las fábricas. Bajo, fuerte, lo vemos convencido (y era, por lo demás, su propia experiencia y la de su familia) de cuanto le habían explicado sobre las relaciones entre campesinos y obreros, lleno de fe y ardiente gratitud por los intelectuales que le habían señalado el camino de la lucha, y a la vez lleno de confianza en sí mismo y en sus compañeros obreros. La pobreza de los documentos no nos permite adentrarnos más en el ánimo de este hombre evidentemente excepcional. Toda su vida se resume en el discurso que pronunció ante el tribunal. Habló de las duras condiciones de trabajo, que no permitían «satisfacer las exigencias humanas más esenciales».

Yo sé algo de los problemas obreros de nuestros hermanos occidentales. Sus condiciones son en muchos aspectos distintas de las rusas: allí no se persigue, como entre nosotros, a los obreros que emplean en la lectura de libros todos sus minutos libres y muchas noches insomnes. Allí incluso están orgullosos de ellos y hablan de nosotros, los rusos, como un pueblo esclavo y semisalvaje. ¿Cómo hablar de otra manera? ¿Es que entre nosotros hay tiempo libre para ocuparse de nada? ¿Acaso en la infancia se nos enseña algo a los pobres? ¿Es que existen entre nosotros libros útiles y accesibles para el obrero? ¿Dónde y de quién pueden aprender cualquiera cosa?

Tras haber insistido por extenso en la sed de cultura de las clases populares, Alekseev dedicaba la última parte de su discurso a hablar de los más importantes problemas políticos.

Esta reforma campesina del 19 de febrero de 1861, esta reforma «regalada», aunque sea indispensable, no ha sido suscitada por el pueblo y no satisface las más indispensables exigencias del campesino. Como antes, nos hemos quedado sin un trozo de pan, con un trocito de tierra absolutamente insuficiente, y hemos pasado a depender del capitalista... Y si desgraciadamente nos vemos a menudo obligados a pedir un aumento de ese salario que los capitalistas disminuyen siempre, nos acusan de huelga y nos deportan a Siberia —¡eso quiere decir que aún somos siervos! Si nos vemos forzados por el propio capitalista a abandonar la fábrica..., nos acusan de organizar una revuelta y nos obligan con el fusil de los soldados a continuar nuestro trabajo, y a algunos, como instigadores, los deportan a tierras lejanas— ¡eso quiere decir que aún somos siervos! De todo lo que he dicho antes se deduce con toda evidencia que el obrero ruso sólo puede confiar en sí mismo, y no puede esperar ayuda más que de nuestra juventud de la *inteligentsia*. Esta nos ha tendido fraternalmente la mano..., ha sentido con toda el alma lo que significan y de dónde vienen los lamentos que se alzan por todas par-

tes. No puede mirar con frialdad al campesino perseguido, oprimido, que llora bajo el yugo del despotismo. Sólo ella, como un buen amigo, nos ha tendido fraternalmente la mano y con sincero corazón quiere sacarnos de nuestras estrecheces por el camino justo para todos los oprimidos. Sólo ella, sin cansarse, nos guía..., y sólo ella, unida a nosotros, nos acompañará hasta el momento en que el brazo musculoso de millones de obreros se alce y el yugo del despotismo, defendido por las bayonetas de los soldados, vuele en pedazos⁵⁶.

Lo condenarán a diez años de trabajos forzados, la máxima pena de este proceso, igual a la que correspondió a Tsitsianov y Aleksandrov. Antes de que pasara ese plazo, en 1884, será confinado a Siberia oriental, en la región de Yakutsk. En una carta habla de «ese terrible camino que el destino implacable quiere que recorran todas las personas honradas» y explica que este «horrible destino» está personificado «en los miembros de nuestro poderoso gobierno». Morirá un día de 1891, asesinado en un bosque por vagabundos o bandidos, probablemente por puro azar⁵⁷.

En el proceso de los cincuenta, junto a Alekseev abundaron los obreros y obreras condenados a diversas penas, aunque notablemente menores que la suya, «escapados de la fábrica donde trabajaban al temer, como se dijo, las consecuencias de la difusión entre los obreros de libros de contenido delictivo». Pertenecían a todos los oficios, y hay tantos artesanos como auténticos obreros de fábricas. El más típico es un amigo de Alekseev, Smirnov, también, de la fábrica Tortoni, donde la Perovskaya lo tuvo entre sus primeros camaradas obreros. Cuando cayeron los *chaikovtsy*, se trasladó a Moscú con papeles falsos, y encontró trabajo. En 1875 fue detenido también él. Lo deportaron, y en 1877 escapó a Moscú, donde lo detuvieron de nuevo al año siguiente. En 1880 estaba en Siberia, en la región del Yenisei⁵⁸.

Los intelectuales pagarán también muy duro su trabajo de pioneros. Sofía Bardina fue condenada a diez años de trabajos forzados. Confinada tras unos años en Siberia, en la gobernación de Tobolsk, conseguirá escapar y refugiarse en el extranjero. Pero no resistirá la prueba de la emigración y se suicidará en 1883⁵⁹. Sólo algunos de sus compañeros y compañeras tendrán oportunidad de reanudar —después de un período más o menos largo de permanencia en Siberia— la lucha iniciada en Moscú en 1875, como, por ejemplo, L. N. Figner y O. S. Liubavovich, que participarán en la *Narodnaya volia*.

La caída de la Organización social-revolucionaria panrusa creó una corriente de simpatía y admiración en torno a las figuras de los revolucionarios que se habían sacrificado por ella. Su ejemplo contribuyó a suscitar una atmósfera de lucha más activa. Pero en Moscú no nació un auténtico movimiento obrero, tras este intento. La propaganda en

las fábricas fue menos viva en esta ciudad que en Odesa, Kiev y, sobre todo, en San Petersburgo. Para ver cómo estaba madurando y adquiriendo notable peso político el movimiento obrero que hasta ahora sólo hemos visto en germen en el sur y el centro de Rusia, debemos volver los ojos a la capital.

Los arrestos de comienzos del 1874, que asestaron un golpe a los centros obreros de los *chaikovtsy*, no interrumpieron la penetración de las ideas revolucionarias entre los obreros de San Petersburgo. Los primeros núcleos organizativos, las ideas lanzadas, incluso el roce inicial entre obreros e intelectuales de que ya hemos hablado siguieron desarrollándose incluso tras la eliminación de los pioneros populistas. Sabemos poco de este sordo trabajo durante los años 1874, 75 y 76. Los documentos de que disponemos no representan con toda evidencia sino los fragmentos de un cuadro que, más que descubrir en su conjunto, podemos adivinar. Se trata de episodios aislados, que revelan que el contacto establecido entre estudiantes y obreros seguía existiendo y, además, se iba reforzando lentamente. Después de 1874 los estudiantes revolucionarios no son los únicos en buscar contactos en las fábricas; los propios obreros, una vez alcanzados por la propaganda, toman la iniciativa para volver a anudar los lazos interrumpidos, para pedir insistentemente apoyo y ayuda. La mano fraternal de la que hablaba Alekseev la tienden ahora los obreros hacia quienes están en condiciones de dar un sentido más general al descontento de su clase y a su inicial voluntad revolucionaria⁵⁰.

Los lavristas comenzaron su propaganda en el invierno de 1874-75. Ya Tijomirov estaba entonces en contacto con un obrero cuyas peripicias ya conocemos, Ivan Timofeevich Smirnov. Su grupo tenía sólidos lazos con los obreros del arsenal. Pero los lavristas sufrieron pronto graves pérdidas el día en que trataron de ampliar su propaganda a los soldados de un regimiento destinado en San Petersburgo.

La propaganda organizada ese mismo invierno por D'yakov y un grupito de estudiantes jovencísimos, todos de humilde origen, constituye otro ejemplo del intento de reanudar la tarea interrumpida de los *chaikovtsy*. Pero, en este movimiento en rápida evolución, un solo año, tiene su valor. En el intento de D'yakov vemos ya algún factor nuevo. Por una parte, un anarquismo más radical; por otra —por extraño que pueda parecer—, una mayor preocupación por los problemas políticos. Es el primer síntoma de una evolución que será fundamental en los años inmediatamente posteriores.

Viacheslav Mijailovich D'yakov y Aleksei Ivanovich Siriakov eran ambos de familia eclesiástica, hijo de un diácono el primero y de un pope el segundo. Estudiaron juntos en el seminario de Vologda, su ciudad natal, y en 1874 ingresaron en la universidad de San Petersburgo. La rapidez con que estos dos jóvenes, apenas llegados a la capital, se lanzaron al trabajo de propaganda asombrará al ministro de Instrucción

Pública cuando sean detenidos. «Llegaron en el otoño..., y tras unos meses ya habían puesto manos a la obra —escribía—. No habían podido infectarse en tan breve término con las doctrinas corrompidas. No hay duda de que ya estaban preparados para ellas desde la época en que se encontraban en el seminario.» Una investigación confirmó sus impresiones. Efectivamente, la presencia de confinados en Vologda había «infectado» el seminario. Esto ya era cierto en la época en que Lavrov se encontraba en la región, y los hechos demostraron que el fermento no se había extinguido después⁶¹.

Junto con dos estudiantes de la Academia Médico-Quirúrgica con los que habían entablado amistad, consiguieron establecer contactos con soldados y suboficiales del regimiento moscovita de los guardias de corps, y sobre todo con los obreros de una tenería, de una azucarera, de una fábrica de cerveza, etc.⁶². Trataron incluso de penetrar en la Fábrica de Municiones. La lectura de opúsculos populares en reuniones de una decena de obreros era también su sistema normal de propaganda. «La mies es mucha, pero pocos se dedican a ella», decía uno de ellos, al comprobar cómo se escuchaban con atención sus palabras⁶³. D'yakov solía empezar leyendo el librito de Judiakov sobre *La antigua Rusia*, mostraba cómo se había ido formando el estado, cómo se había establecido la opresión contra la que ahora era preciso rebelarse. La historia constituía para él, como para muchos de sus compañeros populistas, el puente a través del cual se podía pasar del deseo de saber, de cultura, tan vivo entre los obreros, a la propaganda revolucionaria. Enseñaba también geografía, hablaba de la historia francesa e inglesa, pero la historia rusa era el terreno en el que más naturalmente podía intentar suscitar un fermento político y social. Como es natural, insistía sobre Sten'ka Razin y Pugachëv. Sin embargo, igual que en el grupo de Moscú, también en San Petersburgo empezaban a criticarse estos mitos campesinos. Siriakov explicaba que «Pugachëv se había equivocado, al empezar a vivir como un zar y a olvidar al pueblo sencillo. Por eso, en caso de rebelión, no había que dar a un solo hombre el poder absoluto que Pugachëv tuvo»⁶⁴. Era la influencia del anarquismo y del «Rabotnik». En general, sus palabras estaban selladas por un extremado libertarismo: quitarles a los patronos todas las fábricas, eliminar el gobierno, derribar a todos los señores, coger todas las tierras, dividir las entre los campesinos sin reconstruir ningún estado; éste es, al menos, el eco que sus palabras encontraban entre los oyentes. Uno de los manuscritos que leían a los obreros planteaba, en el mismo título, una identidad entre la servidumbre antigua, mantenida con el palo, y la servidumbre nueva, basada en el hambre. Pero era evidente —por los opúsculos distribuidos y por las escasas notas programáticas que han llegado hasta nosotros— que la preocupación por conocer y difundir la situación política de los países de Europa occidental ponía un límite a este elemental anarquismo. D'yakov explicaba la condición de los obreros en Inglaterra, hablaba de los pro-

blemas económicos de los trabajadores. Las publicaciones de Lavrov circulaban con profusión entre ellos. De su proyecto de programa puede sacarse la conclusión de que creían posible un desarrollo económico ruso similar al de Occidente. Su ideal anarquista, al corroer en sus bases la confianza absoluta en las disposiciones naturales del pueblo ruso para el socialismo, replanteaba los problemas políticos⁶⁵.

D'yakov fue detenido en abril de 1875, y simultáneamente cayó también su pequeño grupo. Lo condenaron a diez años de trabajos forzados; a dos de sus compañeros, a nueve; a Siriakov, a seis, y a los otros, a penas menores. D'yakov morirá en prisión el 22 de septiembre de 1880, de tuberculosis. En Moscú, cuando los que estaban realizando a más amplia escala un trabajo paralelo al suyo, tuvieron entre sus manos los documentos de su proceso, se apresuraron a enviarlos a Ginebra⁶⁶. El número 8 del «Rabotnik» de agosto de 1875 le dedicaba un artículo, señalándolo a los obreros rusos como uno de los que se habían sacrificado por ellos. A nuestro entender, fue el único eco contemporáneo de este episodio.

Caídos los *chaikovsky*, los lavristas y los que intentaron seguir sus huellas, la propaganda populista entre los obreros de San Petersburgo conoció un momento de interrupción. Cuando se reanudó, con la formación de los grupos que se integraron en *Zemlia i volia*, se encontró ante un primer intento de los obreros de actuar por su cuenta, de crear una organización propia.

Hacia 1875 existía ya en San Petersburgo un notable número de obreros que no sólo estaban asaltados por un gran deseo de aprender, de leer —típicos autodidactas salidos de fábricas y talleres—, sino que también eran capaces de decir algo sobre las diversas ideas políticas de las que habían oído hablar a los estudiantes, de comparar la propaganda populista con su propia experiencia. Plejanov nos ha descrito algunas de estas figuras obreras que adquirían entonces una nueva personalidad gracias a esta actividad inicial. Es la parte más viva de la obra que publicó en 1890, en recuerdo de su acción en los barrios obreros de San Petersburgo en la segunda mitad de los años setenta. Aunque algunos juicios sobre este período están fuertemente influidos por su posterior postura socialdemócrata, estos retratos conservan todo el sabor de la autenticidad⁶⁷.

Podemos captar a lo vivo en sus páginas los diversos aspectos del proceso de adaptación de estos campesinos a la vida urbana, a las nuevas condiciones de trabajo y existencia; asistimos a los fenómenos de demoralización que la ruptura con el mundo tradicional del campo producía a veces, y vemos desplegarse energías nuevas que, en los elementos destacados, adoptaban sobre todo la forma de una sed de cultura. Y precisamente en este terreno se produjeron los primeros choques entre obreros e intelectuales. Los trabajadores de las fábricas pedían instrumentos para entrar en el mundo de la cultura, y ya no los satisfacían los

libritos publicados para ellos por los *chaikovtsy*. En la prensa clandestina no encontraban un periódico que reflejase realmente sus problemas. Ciertamente que leían con especial interés el «Rabotnik», cuyo influjo es probablemente más intenso de lo que generalmente admiten quienes han estudiado este período. Pero tampoco aquel periódico escrito en un lenguaje populizante daba a los obreros el contacto directo con la vida intelectual de la clase culta revolucionaria que empezaban a exigir. La enciclopedia del populismo anarquista titulada *Los saciados y los hambrientos* —de la que ya hemos hablado— se convirtió en una de sus lecturas preferidas, precisamente por su carácter variado y general.

Al preguntar a los propios obreros qué exigían exactamente de los escritos revolucionarios —cuenta Plejanov—, me dieron las respuestas más distintas. En la mayoría de los casos cada uno de ellos deseaba que se resolvieran los problemas que por determinada razón, en aquel justo momento, interesaban individualmente a mi interlocutor. En la mente de los obreros se iban amontonando semejantes problemas, y cada uno, según sus tendencias y su carácter, tenía sus preguntas preferidas. Uno se interesaba especialmente por el problema de Dios y sostenía que la literatura revolucionaria debería orientar sus esfuerzos sobre todo a destruir las creencias religiosas del pueblo, otros estaban interesados por los problemas históricos, políticos o por las ciencias naturales. Entre mis conocidos en las fábricas había incluso uno especialmente interesado por la cuestión femenina⁶⁸.

La propaganda entre los obreros producía así, como primer efecto, una separación de los elementos más dotados de la masa, creaba una pequeña *élite* de autodidactas. Por otra parte, los métodos de la lucha revolucionaria tendían —como hemos visto al hablar de la situación en Moscú y cómo confirmarán otros ejemplos posteriores— a provocar también efectos similares. El primer despertar de los obreros tendía, pues, a formar —junto al estudiante populista— el tipo del obrero revolucionario. Y el segundo acababa a menudo confundiendo con el primero, tanto en cuanto a su mentalidad como a su modo de vida. Asistimos a una confluencia en el movimiento populista de finales de los años setenta de elementos de origen social que ya no es sólo noble, pequeñoburgués o burgués, sino procedentes de la clase obrera. Parecen resultar ciertas las previsiones de Tkachév sobre la *élite* socialista —distinta por su origen social, unida únicamente por el ideal revolucionario, y que debería tomar sobre sí toda la responsabilidad del movimiento social. Una parte no escasa de la influencia blanquista (en el sentido específicamente tkachéviano de la palabra) que veremos en la *Narodnaya volia*, se derivaba justamente de esta situación objetiva.

Pero al lado de este proceso de fusión en la *élite* revolucionaria, empezaba a brotar también un germen de distinción entre intelectuales y obreros. En parte se derivaba del exclusivismo, más que natural en un mundo obrero que empezaba a despertar políticamente. Bachin, cuya trágica vida hemos narrado, era quizás uno de los más típicos representantes de esta mentalidad a mediados de los años setenta. Con motivo de un viaje a Rostov expuso su punto de vista a un grupo de obreros congregado por los organizadores populistas.

Hombre de temperamento ardiente, empezó a hablar con bastante dureza de la usurpación realizada por la *inteliguentsia* en el ambiente obrero. Propuso a los obreros de Rostov poner coto a esta situación anormal, limitar el campo de la actividad de los intelectuales a determinadas funciones, y darles a entender que la causa de los obreros debía ponerse enteramente en manos de los propios obreros ⁶⁹.

Este estado de ánimo, cuya confirmación encontramos en las memorias de la época, solía expresarse en la negativa a seguir a los populistas cuando éstos invitaban a los obreros a hacer propaganda en el campo, en una negativa a servir de instrumento para la penetración del socialismo en las aldeas. A menudo estos obreros revolucionarios formaban parte de las plantillas de las fábricas estatales y ya no de los *arteles* de los campesinos pobres obligados a buscar un sustento en las fábricas privadas. Tras haber hecho un esfuerzo individual para convertirse en obreros especializados, en mecánicos, para ganarse un poco mejor la vida, se les exigía que se sacrificaran por los más desgraciados y pobres. Y después de que habían puesto todas sus esperanzas en la cultura, se les pedía que vivieran de nuevo en condiciones de patriarcal ignorancia. Tal espíritu de sacrificio habría requerido una conciencia populista que en realidad sólo entonces empezaban a asimilar. Algunos de ellos, como, por ejemplo, Jalturin, serán capaces de los mayores y más heroicos sacrificios, pero porque poco a poco se habían convertido únicamente en revolucionarios, ligados totalmente a la vida de la *élite* populista, fuera cual fuera su origen social. Bien mirado, la negativa de volverse al campo era a menudo una falta de conciencia política, y no sólo, como se ha repetido con frecuencia, el nacimiento de una superior conciencia obrera. En formas que pueden parecer ingenuas, pero que eran grandiosas y potentes, los populistas veían el conjunto del problema de la revolución en Rusia, insistían sobre el lazo entre revolución campesina y revolución obrera. Y, en cambio, los obreros solían encerrarse inconscientemente en un mundo más pequeño y restringido, animados por un auténtico desprecio hacia aquellos que no habían conseguido conquistarse un mínimo de cultura y de vida decente. «Los campesinos son todos unos pazguatos —decía Bachin—; nunca entenderán a los revolucionarios» ⁷⁰.

De estas complejas reacciones frente a la *inteligentsia* estaba naciendo un movimiento realmente nuevo, es decir, una mentalidad sindical. Los obreros podían esperar muy poco de los estudiantes para formarse ese tipo de conciencia, no podían «aprenderla», simplemente, de los intelectuales. Tuvieron que creárselo por su cuenta, gracias a la iniciativa de los más inteligentes y fuertes de ellos. Es cierto que la idea de desarrollar lo más ampliamente posible una agitación entre los obreros, partiendo de sus reivindicaciones inmediatas, económicas, formaba parte ya del programa de los grupos que constituirán la *Zemlia i volia*. Serán ellos, como veremos, quienes dirijan las primeras huelgas petersburguesas en la segunda mitad de los años setenta. Pero la voluntad de convertir estas agitaciones en una fuerza organizada, una «Unión», surgirá entre los obreros, gracias sobre todo a Obnorski y Jalturin. Ambos son figuras excepcionales, capaces, por sí solas, de revelar la energía acumulada en la masa obrera de San Petersburgo.

Viktor Obnorski había nacido en la gobernación de Vologda en 1852⁷¹, hijo de un suboficial retirado. Su familia era numerosa y pobre. Pudo realizar estudios primarios en las escuelas de su circunscripción y después se convirtió en herrero y mecánico. En 1869 estaba en San Petersburgo, en la Fábrica de Municiones. Ya existía entre los obreros un círculo de lectura y formó parte de él. Trabajó después en los talleres Nobel, en el barrio de Vyborg. En 1872 entró en contacto con los *chaikovtsy* por medio de aquel Mitrofanov que estuvo mezclado en todos los movimientos obreros de la época. Participó en la organización de la pequeña biblioteca que los *chaikovtsy* fundaron con la intención de confiar su administración a los propios obreros; si los detenían —pensaban—, esta pequeña institución podría continuar por sí sola, como en realidad ocurrió. En este ambiente Obnorski empezó a hablar de una gran huelga de todos los obreros de San Petersburgo, de cuya preparación había que ocuparse poco a poco. En el momento de las detenciones, consiguió eludir la suerte de muchos de sus compañeros, y en agosto de 1873 salía de San Petersburgo con destino a Odesa. Parece que lo indujo a esta peregrinación el deseo, que lo dominó siempre, de conocer personalmente otras experiencias obreras, de saber y ver de cerca las posibilidades reales que existían al respecto. En Odesa, entre el otoño de 1873 y 1874, estuvo en relaciones con la organización de Zaslavski, la Unión Obrera de la Rusia meridional, ligándose con G. I. Barantsev⁷², pero no está del todo claro cuáles fueron sus relaciones con la Unión. Se ha pretendido ver en la oposición interna que se desarrolló en el seno de ésta un reflejo del inicial antagonismo entre intelectuales y obreros que empezaba ya a desarrollarse entonces en San Petersburgo, en la época de Nizovkin. Lo cierto es que Obnorski siguió en contacto con la capital incluso desde Odesa, pidiendo, entre otras cosas, ayuda financiera. En cualquier caso, parece difícil no admitir que aprendió mucho del intento de organización obrera odesiano, que, de una u otra forma, compartió por entonces.

Esta experiencia de Odesa lo empujó a buscar más lejos. Se colocó de fogonero en un barco, y a comienzos de 1874 partía clandestinamente hacia Londres, y desde allí viajaba por Francia, París, por Saboya, y después por Basilea, Ginebra, Lausana y Friburgo. «Lo empujó la pura curiosidad», dirá más adelante un compañero suyo a los gendarmes que lo interrogaban sobre la razón de estos viajes de Obnorski; pero era ya una curiosidad política. En Ginebra se quedó más tiempo que en otros lugares, trabajando de obrero. Tras haber regresado clandestinamente a Rusia, estuvo en la gobernación de Arjángelsk, probablemente con una misión política —aunque no sabemos nada al respecto. Es cierto que su trabajo de organización, que desembocaría en la creación de la «Unión Septentrional», se inició a finales de 1875. Y es más que probable que estuviera entonces en contacto con los lavristas, como lo estaba Jalturin, a quien encontró en ese período, y que se convirtió en su mejor colaborador. En noviembre de 1876 Obnorski estaba de nuevo en el extranjero, donde permaneció cerca de un año, entrando en contacto con la emigración, con Tkachév y sobre todo con el grupo del «Rabotnik». Pero sus ideas se vieron influidas entonces por la socialdemocracia alemana. A su regreso, a comienzos de 1878, encontró en San Petersburgo una situación especialmente favorable para sus proyectos: todo el movimiento revolucionario se estaba intensificando, y en San Petersburgo empezaba a desencadenarse una oleada de huelgas. Volvió a marchar al extranjero para conseguir una tipografía, que compró al grupo del «Nabat» por medio de V. N. Cherkezov, y para llegar a acuerdos políticos definitivos⁷³. Habló entonces con Aksel'rod y Lavrov⁷⁴, y pidió al primero que fuera el redactor del periódico clandestino que quería crear para los obreros. Como veremos, estos proyectos sólo pudieron realizarse de modo muy parcial; cuando volvió de nuevo a Rusia, el centro de la Unión había sido ya destruido por las detenciones.

Stepan Jalturin nació en la gobernación de Viatka, de una familia de campesinos estatales, relativamente acomodada⁷⁵. Ya su padre sabía leer, y él mismo recibió una buena instrucción. La escuela local era excelente, en realidad mucho mejor que un instituto de segunda enseñanza, más técnica, más científica, más abierta a la vida moderna. Pero Jalturin tuvo que abandonarla al tercer año para trabajar. Tenía ya un oficio, también herrero y mecánico. Ya en Viatka llegaron a él las ideas socialistas. A los quince o dieciséis años estaba en contacto con deportados que pensaban crear con él y otros una pequeña cooperativa o, como querían llamarla, una «comuna». Cierta número de jóvenes de este grupo se preparaba para emigrar a América. A los diecisiete años Jalturin adoptó también este camino, y pasó por Moscú hacia San Petersburgo para embarcarse con los demás. Pero al llegar a la capital vio que sus amigos lo habían abandonado y se habían marchado sin poderlo esperar. Igual que en la historia del movimiento obrero de otros países, también en Rusia podemos descubrir, con este ejemplo, ese lazo que une la búsqueda

de libertad mediante la emigración con los primeros intentos de una organización de lucha y de resistencia en las fábricas ⁷⁶. Fueron numerosos los obreros revolucionarios de esos años que cruzaron la frontera rusa, como Obnorski, o que trataron de hacerlo, como Jalturin. «Había entonces entre los obreros un gran deseo de ir a trabajar al extranjero», dice uno de ellos, D. N. Smírnov ⁷⁷. Ivanainen y Vinogradov trabajarán en Zurich, y a su regreso serán detenidos y encerrados en la fortaleza de Pedro y Pablo. I. I. Medvedev será detenido en la frontera. Y los ejemplos podrían multiplicarse.

En San Petersburgo, Jalturin entró en contacto con los *chaikovtsy*, sobre todo con Charushin y Morozov. «Era hombre de pocas palabras, pero era evidente que escuchaba con toda su alma y con intensa atención todas nuestras conversaciones», recordará este último ⁷⁸. En 1875-76 ya era un activo propagandista entre sus compañeros.

Joven, alto, fuerte, con un buen color de cara y ojos expresivos, producía la impresión de un guapo mozo... Pero este aspecto simpático y a la vez bastante corriente no revelaba la fuerza de su carácter y su excepcional inteligencia. Su modo de actuar llamaba la atención sobre todo por su amabilidad esquiva, casi femenina. Al hablar parecía avergonzarse, como si temiese ofenderlos con una palabra fuera de lugar, o con la expresión demasiado rotunda de su opinión. De sus labios no desaparecía nunca una tímida sonrisa que parecía decirlos: «Yo lo creo así, pero si no os parece, os ruego que me disculpéis»... Uno podía acercarse a él sólo trabajando juntos... No es que no quisiera hablar también él, y no sólo con sus compañeros obreros, sino también con la *inteligentsia*. Cuando aún estaba en la legalidad, trataba de buen grado a los estudiantes e intentaba trabar conocimiento con ellos, pidiéndoles toda clase de información y libros prestados. A menudo estaba con ellos hasta la medianoche. Pero raramente expresaba su opinión. Su huésped se animaba, alegrándose con la posibilidad de ilustrar a un obrero ignorante, hablando por extenso, razonando del modo más «popular» posible. Stepan se quedaba oyéndolo, sólo de cuando en cuando decía una palabra, mirando con atención, un poco de abajo a arriba, observando a su interlocutor con sus ojos inteligentes, en los que a veces aparecía una benévola burla. En sus relaciones con los estudiantes había siempre cierto elemento irónico... Con los obreros se comportaba de forma muy distinta... Veía en ellos revolucionarios más sólidos y, por así decirlo, naturales, y los cuidaba como una cariñosa nodriza: los instruía, buscaba libros para ellos, les procuraba trabajo, los apaciguaba cuando se peleaban, reñía a los culpables. Sus compañeros lo querían mucho. Lo sabía, y les correspondía con un amor aún más grande. Pero no creo que Jalturin abandonara en sus relaciones con ellos su habitual reserva... En los grupos tomaba la palabra raramente, y

de mala gana. Entre los obreros de San Petersburgo había gente tan culta y capaz como él, estaban los que habían visto otro mundo, que habían vivido en el extranjero. El secreto de la enorme influencia de lo que puede llamarse dictadura de Stepan consistía en la infatigable atención que dedicaba a cada cosa. Antes de que empezaran las reuniones, conversaba con todos para percibir el estado de ánimo general, reflexionaba sobre todos los aspectos de la cuestión y, naturalmente, después estaba mejor preparado que nadie. Expresaba el estado de ánimo común... ⁷⁹.

Políticamente, Jalturin es el ejemplo típico de la mentalidad obrera, sindical, que iba formándose entre los trabajadores más especializados y cultos de San Petersburgo y, al mismo tiempo, el auténtico símbolo de la absorción de los mejores de ellos por la clase política populista. Plejanov recordaba que, «respecto a los de *Zemlia i volia*, Jalturin era un occidentalista extremado. Este occidentalismo nacía y se enraizaba en él gracias a la situación general de la vida obrera de la capital, que le interesaba de modo exclusivo, y gracias también a algunas circunstancias casuales. En efecto, estuvo en contacto con los lavristas antes de aproximarse a los «revoltosos» populistas, y los lavristas sabían despertar en los obreros un interés por el movimiento socialdemócrata alemán». Y, sin embargo, Jalturin se volverá terrorista, será uno de los típicos representantes de *Narodnaya volia*, terminando trágicamente su vida en la horca después de un atentado. En su figura se encierra todo el drama de este inicio del movimiento obrero ruso, dividido entre la conciencia de los intereses específicos de los obreros y una nascente conciencia política y revolucionaria.

El primer resultado visible de la tarea de organización en las fábricas y talleres de San Petersburgo fue la manifestación en la plaza de la catedral de Kazán, el 6 de diciembre de 1876 ⁸⁰. Hacía tiempo que en los ambientes revolucionarios de la capital se discutía la posibilidad de una demostración pública, en uno de los lugares centrales de la ciudad. Un proyecto inicial preveía una reunión en la plaza de San Isaac. Se discutió mucho, dejándolo de un mes para otro. El entierro del estudiante Chernyshev, muerto en la cárcel, ya había dado ocasión a una manifestación en la primavera de 1876. Se trataba ahora de seguir ese ejemplo a más amplia escala. Los grupos obreros que se habían ido multiplicando y uniendo fueron los que propusieron que se sustituyera tal proyecto por una manifestación suya, con una participación —decían— que podría llegar a dos mil trabajadores. Agregaban que a Chernyshev lo había enterrado la *inteliguentsia*, y que ahora les tocaba a ellos dejarse ver en masa en el centro de la ciudad. Las personas que en ese período se dedicaban especialmente a la propaganda entre los obreros —Lev Markovich Zak, Nikolai Nikolaevich Jazov, Aleksandr Serafimovich, A. Bog-

danovich, Plejanov— tuvieron, naturalmente, sus dudas sobre las posibilidades prácticas de poner en ejecución el plan, «pero la veta del revoltoso se dejó sentir en nosotros, y consentimos en ello»⁸¹. Los lavristas eran contrarios por principio, fieles a su programa de propaganda a largo plazo; los jacobinos de Zaichnevski también se mostraban desfavorables, por la razón opuesta, ya que creían sólo en la organización de un grupo dirigente. Fueron los elementos que formarán la *Zemlia i volia* quienes se pondrán a la cabeza de esta manifestación deseada por los obreros. En una reunión del 4 de diciembre se decidió convocar a los obreros de los distintos barrios en la plaza que da a la Perspectiva Nevski, rodeada por el semicírculo de la columnata de la catedral de Nuestra Señora de Kazán; se pensó en dar una apariencia legal al asunto encargando un servicio fúnebre al clero de la iglesia. Después se actuaría según las circunstancias; tanto mejor si la manifestación podía provocar un alboroto.

Por la mañana del día 6, el número de obreros que acudieron fue mucho menor de lo esperado: doscientos o doscientos cincuenta; a lo sumo, trescientos. Pero eso probaba que en los diversos centros de los suburbios existía una voluntad nueva. Una sección de una gran empresa industrial del puerto se presentó en su totalidad. Pero al final la multitud de los congregados estaba compuesta sobre todo por estudiantes y por intelectuales revolucionarios, a los que no se había convocado expresamente, pero que habían oído hablar desde hacía tiempo del proyecto. Tras un primer momento de incertidumbre, ante el semifracaso de la manifestación, Plejanov decidió que no había que desaprovechar la ocasión. Dijo una palabra en voz alta, concluyendo: «¡Viva la revolución social! ¡Viva *Zemlia i volia!*» Se desplegó un momento una bandera roja en la que estaba escrito: «¡Tierra y libertad!»

Los manifestantes contuvieron a los guardias que irrumpieron para detener a Plejanov. Pero cuando los congregados avanzaron por la Perspectiva Nevski para alejarse sin que los detuvieran uno a uno, empezó una verdadera refriega con la policía, que mientras tanto se había ido reforzando continuamente, apoyada por voluntarios locales, porteros, algún comerciante, etc. Los numerosos arrestos se hicieron al azar, y no afectaron a los verdaderos organizadores. Los detenidos serán tratados con especial dureza, tanto por los gendarmes, que recurrieron a violentas palizas, como por el tribunal que los juzgó. Este último trató intencionadamente de dividir a los intelectuales y los obreros. Algunos de éstos fueron condenados a un período más o menos largo de retiro y arrepentimiento en conventos, o a la deportación a Siberia. Los intelectuales recibieron penas que eran muy duras incluso respecto a las costumbres de entonces⁸². Aleksei Stepanovich Emel'yanov —detenido con el nombre de Bogoliubov—, que contaba entonces veinticuatro años y había participado ya en la «ida hacia el pueblo», fue condenado a quince años de trabajos forzados. Las memorias de sus camaradas prueban que no sólo no era uno de los organizadores de la manifestación, sino que ni siquiera

participó en ella; llegó al lugar cuando ya se había disuelto. Pertenecía a esa categoría de revolucionarios a la que se había excluido intencionalmente de la manifestación, por encontrarse empeñada en otras tareas. «Para evitar tentaciones, a la hora de la manifestación había ido a ocuparse de otra cosa, es decir, a ejercitarse con armas de fuego»⁸³, decía Emel'yanov. Pero los gendarmes creyeron reconocer en él a un estudiante que se distinguió personalmente en el pugilato desencadenado inmediatamente después de la manifestación. En la cárcel le pegarán y acabará enloqueciendo. Junto con él, dos de sus compañeros se vieron infligir diez años de trabajos forzados, y otro seis años y ocho meses. La represión que siguió a esta manifestación fue la más arbitraria, jurídicamente injustificada y violenta, de las que se sucedieron en ese período.

La causa estaba, evidentemente, en las consideraciones políticas que el acontecimiento suscitó en las esferas dirigentes. Aunque no había desembocado en la gran manifestación obrera que los organizadores esperaban, tuvo un significado indudable. Y los populistas lo sabían perfectamente. Uno de ellos, probablemente Jazov, lo dijo en forma especialmente clara en un escrito redactado en enero de 1877⁸⁴. «El resultado importante de todo ello está en la unión de la *inteliguentsia* con el pueblo», decía. Y esa unión se había realizado contra los elementos más moderados y conservadores. Los liberales, que hablaban continuamente de libertad de palabra y de reunión, no habían movido un dedo y se asustaron incluso de lo ocurrido.

Los liberales rusos eran muy eruditos, y hasta sabían que la libertad había sido *conquistada* en Occidente. Pero con toda evidencia no había que tratar de aplicar esa ciencia en Rusia.

Rusia está guiada por el camino de la libertad política no por los liberales, sino por los soñadores que organizan tales ridículas e infantiles manifestaciones, por los que se atreven a quebrantar la ley, por los que son golpeados, condenados y tomados a broma.

Las reacciones entre la clase obrera fueron muy distintas de las de los círculos liberales. La simpatía y el consenso fueron completos. Los obreros de San Petersburgo no sufrían de la enfermedad de Oblomov.

Este éxito de la propaganda entre los obreros tuvo que dar que pensar a los propios revolucionarios, continuaba el autor de este manuscrito. ¿Era cierto lo que se había dicho hasta entonces: es decir, que «el pueblo ruso era más socialista por sus propias costumbres y tendencias, estaba menos corrompido por las condiciones y hábitos burgueses que el proletariado occidental, y precisamente por ello en Rusia se realizaría una honda transformación del actual orden de cosas, un tránsito más rápido a un orden mejor...»? La experiencia de las fábricas y talleres de San Petersburgo, llegada ya a una primera conclusión práctica, ¿venía a confirmar o a contradecir tal punto de vista tradicional? ¿El éxito

obtenido entre los obreros no estaba acaso en pugna con estas teorías? El caso es que los obreros de la ciudad, comparados con los campesinos, se habían mostrado «más unidos y compactos por la igualdad de su condición, más desarrollados por la variedad de las impresiones de la vida ciudadana y por los frecuentes y duros conflictos con los representantes del gobierno y de las clases dirigentes y, por último, más permeables a la propaganda socialista».

Es cierto que no había que olvidar que en Rusia el problema campesino seguía estando en el centro de la atención de quien quisiera ser socialista. La propia experiencia demostraba que no estaba equivocado lo que se dijo desde el principio, o sea, que los obreros serían los más útiles y naturales portadores de las ideas socialistas a las aldeas. Pero ahora esta política se aplicaba de modo distinto. Había que empezar organizando a los obreros. Y para actuar con rapidez era necesario pasar de la agitación, de la incitación a la resistencia y a la revuelta, a la «agitación política». Así lo exigía la situación de la clase obrera en la ciudad.

Aquí el obrero percibe continuamente y con claridad cómo pesa sobre él la injusticia del régimen social; aquí advierte que el lujo, obra de sus propias manos, lo disfrutaban otros. Por eso su mentalidad tiende a exigir una lucha con resultados inmediatos. No piensa aplazar la batalla, sino obtener ya que no todo lo que quisiera, al menos lo más posible en ese determinado momento. Quiere abrir, al menos, una brecha en ese orden que le resulta insostenible, quiere ser un hombre libre, con derecho a pensar, a hablar abiertamente y según sus propias opiniones. En resumen, ve que para luchar contra los explotadores económicos debe usar la que se llama libertad política. Pero esa libertad debe conquistarla, entrando, por tanto, en conflicto con la misma esencia de nuestro sistema estatal. Su actividad por el camino de la liberación adopta infaliblemente un carácter político. Lo ocurrido el 6 de diciembre es el resultado de este estado de ánimo en el sector más consciente de la clase obrera.

La manifestación de la plaza de Kazán demostraba que incluso en Rusia «el movimiento tomaría la misma dirección que en Occidente, o sea, de la ciudad al campo, y no a la inversa».

Este documento constituye el mejor prefacio posible al estatuto de la Unión Septentrional de los Obreros Rusos, formada de modo definitivo y, por así decirlo, oficial, en diciembre de 1878, casi dos años después. Se planteará entonces, en los artículos del estatuto, el problema de la lucha por la libertad política. Esto demuestra en qué sentido hay que entender la afirmación de Plejanov, según el cual «el futuro historiador del movimiento revolucionario ruso deberá tener en cuenta el hecho de que en los años setenta la exigencia de libertad política apareció en un programa obrero, antes que en los programas de la *inteli-*

guentsia revolucionaria»⁸⁵. Y, en efecto, el estatuto de la Unión Septentrional fue el primer documento público en el que este problema se resolvió positivamente. Pero había sido la *inteliguentsia* revolucionaria la que planteó estos problemas a los obreros de San Petersburgo; una parte al menos de los miembros de *Zemlia i volia* vio con claridad, desde 1876, las consecuencias políticas a que podía llevarlos el hecho de que en los talleres de San Petersburgo se estuviera constituyendo un primero y sólido núcleo de organización⁸⁶.

Pero para que los manifestantes de la plaza de la Catedral de Kazán se transformasen en miembros de la Unión Septentrional era necesario que, en los dos años que transcurrieron entre ambos acontecimientos, se sucediera en las fábricas de la capital una serie de huelgas y que dejase oír su voz no sólo la *élite* obrera que llegaba a plantearse problemas políticos, sino también la masa de los «grises», como se les llamaba entonces, la masa de los campesinos-obreros más pobres, que constituían la mano de obra de las fábricas textiles de San Petersburgo. La guerra de los Balcanes, el desarrollo económico, la general animación política de esos dos años crearon la atmósfera que permitió esta general reanudación del movimiento obrero.

Durante esos dos años los revolucionarios procedentes de la *inteliguentsia* supieron dar también pruebas de su madurez. Apoyaron y dirigieron las huelgas, estrecharon con los obreros lazos cada vez más amplios y profundos, y consiguieron no caer en los primeros pasos de la lucha, como había ocurrido con los *chaikoutsy*, con Zaslavski y con el grupo moscovita. Es decir, elaboraron una técnica del trabajo entre los obreros que les aseguró una relativa seguridad. Lo más notable fue que la organización obrera, como veremos, pronto se vio inficionada por la provocación policial. El hecho de que la caída de la Unión Septentrional no tuviera casi ninguna repercusión sobre el núcleo central de *Zemlia i volia* demuestra que los métodos adoptados eran ya claramente superiores a los utilizados en el pasado. Se basaron en una división de tareas cada vez más consciente e intencionada entre el movimiento obrero organizado y el movimiento revolucionario conspiratorio. Sería inútil adentrarse aquí en los pormenores de la técnica clandestina, pero no lo será subrayar que al menos algunos de los aspectos de la separación entre la *inteliguentsia* y los obreros que podemos observar en este período tenían sus raíces en semejante división de tareas, más que en un auténtico conflicto ideológico o político. Este existió y fue históricamente significativo. Pero al interpretarlo habrá que guardarse de atribuirle un valor distinto del que realmente tuvo, corriendo el riesgo de tomar por realidades efectivas las apariencias dictadas por las condiciones en que debió desenvolverse la lucha.

En diciembre de 1877 la explosión de un polvorín en la fábrica de municiones de la isla de Vasili causó la muerte de seis obreros y heridas a otros muchos. Era una fábrica donde el grupo obrero se mostra-

ba particularmente activo desde 1873-74. El entierro de los muertos dio ocasión para un primer intento de suscitar una protesta colectiva⁸⁷. En realidad el accidente había sido causado por la culposa indiferencia de la dirección del centro. Ya en el pasado los obreros habían protestado repetidamente contra las condiciones de seguridad de su trabajo. En la fábrica existía ya un grupito de obreros revolucionarios que estaban en relación tanto con *Zemlia i volia* como con los lavristas. Sabían que estos últimos estarían en contra de toda manifestación pública, por lo que pidieron ayuda a los primeros, que intervinieron en gran número el día del entierro. Entre ellos estaba Valerian Osinski, uno de los terroristas del siguiente período, quien menos de dos años después sería ahorcado en Kiev a consecuencia de la resistencia armada que opuso a los guardias en el momento de la detención. También estaba presente Jalturin, aunque aquella no era la fábrica donde trabajaba entonces. En el cementerio un obrero desconocido inició un discurso diciendo que habían venido a enterrar «seis víctimas no de los turcos, sino de la paternal dirección de la fábrica». La policía intervino para detenerlo, pero los obreros no sólo arrancaron a su compañero de manos de los gendarmes, sino que amenazaron a éstos y se hicieron respetar. Había sido una pequeña pero significativa prueba de fuerza que tuvo un notable efecto psicológico en la masa obrera y en la *intelligentsia*. Una semana después se distribuyó un manifiesto —escrito por Plejanov— en la fábrica de municiones; pedía que los obreros se hicieran respetar también por la dirección, exigiendo, entre otras cosas, una buena indemnización para las familias de los muertos. Terminaba con palabras que reflejaban perfectamente el estado de ánimo de Plejanov y sus compañeros, inseguro, por así decirlo, entre ciudad y campo.

¡Obreros!, es hora de entrar en razón. No debéis esperar ayuda de nadie. ¡Y no la esperéis de los señores! Mucho tiempo la han esperado de ellos los campesinos, y no han podido obtener sino las tierras peores, los impuestos más gravosos, peores que antes... ¿Aguantarás mucho aún, pueblo obrero?

En febrero de 1878 empezaba la agitación en la Nueva Fábrica de Algodón, agitación que llevaría a la huelga más importante que hubo en la capital en ese período⁸⁸. Y es notable que se tratase de obreros textiles, y no de mecánicos, de «grises», y no de obreros mejor pagados. Eran unos 2.000, y protestaban contra una disminución de su salario, del 4 al 9 por 100, según los casos. La principal reivindicación consistía en volver a la situación anterior. En la fábrica existía ya un grupito de obreros a los que había llegado la propaganda, pero era un núcleo de reciente formación, sin experiencia. Acudió a reforzarlo un obrero, P. A. Moiseenko, enviado por la organización de Obnorski y Jalturin con objeto de hacer propaganda en la fábrica y establecer un lazo con el núcleo

en formación de la Unión Septentrional. Un suboficial, Aron Gobst —buscado entonces por la policía por haber hecho propaganda entre las tropas en Odesa, y que será ahorcado en junio del año siguiente en Kiev— estableció un primer lazo con *Zemlia i volia*. Gobst había puesto una pequeña zapatería al lado de la fábrica, y desde allí inició su tarea de organización, todavía en su fase inicial cuando la masa de los obreros empezó a agitarse.

Plejanov y Popov consiguieron pronto tomar en sus manos la agitación, para tratar de dirigirla. Pero era preciso encontrar a alguien capaz de vivir entre los obreros, de estar continuamente junto a ellos; se encontró en la persona de Nikolai Lopatin⁸⁹. Este demostró pronto una notable capacidad para hacerse oír. Dirigir la huelga no era nada fácil; la masa estaba dividida en dos grupos, los solteros, a menudo jovencísimos, más audaces, más móviles, y los casados, que vacilaban ante las consecuencias de su acción. Las discusiones entre unos y otros antes de abandonar el trabajo fueron largas. En los primeros días, por lo demás, todos estaban convencidos de que las autoridades intervendrían en su favor para hacer respetar las viejas reglas internas de la fábrica. Empezaron a dirigirse a la comisaría de policía de su barrio, que prometió ayudarles, y, naturalmente, no hizo nada. Acabaron decidiéndose a la huelga un día que uno de ellos gritó: «¡Fuera de la fábrica, chicos; que las máquinas trabajen solas!» Plejanov, presentándose como abogado, les echó un discurso para confirmarlos en su voluntad de defender sus derechos y empezó a encarar la posibilidad de transformar la huelga en una manifestación; todos juntos deberían llevar sus reivindicaciones al príncipe heredero, el futuro Alejandro III. Corría el rumor de que en cierto sentido era favorable al pueblo. Se aprovecharía esa difundida convicción para dar mayor resonancia política a la huelga. Plejanov esperaba, naturalmente, que las reivindicaciones serían oídas por el heredero del trono con tanta benevolencia como lo habían sido por el comisario de policía. Así, la manifestación serviría para atacar la tradicional y honda fe en el zar de aquellos campesinos-obreros. Los de *Zemlia i volia* discutieron aquella táctica antes de aceptarla; por primera vez se hallaban ante el problema de una importante huelga, y aunque desde luego estaban decididos a apoyar e impulsar semejantes agitaciones, no encontraban nada en su programa que pudiera indicar con exactitud las modalidades y los fines próximos de esta acción. Fue fácil comprobar desde los primeros días que su influencia en la masa obrera iba creciendo con rapidez. Consiguieron insertar en un diario de San Petersburgo breves notas sobre la marcha de la agitación, escritas por Plejanov con un espíritu favorable a las reivindicaciones obreras; cuando Lopatin leyó en el patio de la fábrica aquellas gacetillas, los obreros quedaron profundamente impresionados por el hecho de que la prensa se ocupara de ellos⁹⁰. Los organizadores consiguieron recoger importantes sumas en favor de las familias a quienes la huelga había dejado en situación difícil. Con estas colectas

sirvieron de intermediarios entre la sociedad liberal de San Petersburgo —a menudo favorable a los huelguistas, aunque preocupada por los desórdenes que la huelga podría provocar a la larga— y los obreros, no poco asombrados e intrigados ante las ayudas que misteriosamente les llegaban. Trataron de extender la huelga a otras fábricas, dando un primer y gran ejemplo de solidaridad obrera; y aunque sus esperanzas no se realizaron en este punto, la cohesión que demostraron los obreros fue muy notable. La policía multiplicó sus agentes en torno al establecimiento, pero pronto se los reconocía y se les evitaba o insultaba, según el caso. Una atmósfera de admiración y confianza se formó en torno a aquellos misteriosos revolucionarios que los obreros veían ponerse de su parte, que los ayudaban a responder a la autoridad, que escribían para ellos las peticiones que acabaron llevando, en larga y ordenada procesión, al centro de San Petersburgo, a la residencia del heredero del trono. La petición, tras haber expuesto la situación, terminaba diciendo: «Si nuestras reivindicaciones no son satisfechas, sabremos que no podemos esperar nada de nadie, que nadie toma nuestra defensa y que hemos de confiar en nosotros mismos y en nuestros brazos.» En esa ocasión no se produjeron choques ni detenciones. Sólo más adelante la policía procedió a detener a algunos dirigentes obreros, entre ellos a Moiseenko. Las autoridades fueron lo bastante hábiles para hacer promesas, en términos vagos, pero suficientes para inducir a parte de los obreros a volver al trabajo. Los otros fueron devueltos a la fábrica, a la fuerza, por la policía. Y gran parte de las reivindicaciones acabaron por ser satisfechas poco a poco. Podía decirse que el objetivo político que Plejanov se había propuesto estaba conseguido en gran parte. Entre los obreros y en toda la masa de San Petersburgo empezaron a circular los más variados y extraños rumores sobre los lazos entre el heredero del trono y los dueños de la fábrica, síntoma de que se iba resquebrajando la ciega confianza en el estado y sobre todo en la familia real, confianza intacta aún en las mentes de los obreros antes de la huelga. Veían cómo su agitación era desarticulada por las fuerzas policiales y cómo su huelga había fracasado en parte, y no por razones económicas, sino políticas. Entre la gente de *Zemlia i volia* esta experiencia suscitó abundantes discusiones. Plejanov se veía inducido a reflexionar cada vez más sobre la importancia de la intervención estatal en los conflictos laborales, y, por lo tanto, a atribuir un peso mayor a la lucha política y a la reivindicación de la libertad. En cambio, Popov, quien probablemente reflejaba la opinión de mayor número de sus compañeros, veía en aquella huelga una confirmación de la necesidad de atender sobre todo a los campesinos-obreros de las fábricas, en vez de a las plantillas de los talleres mecánicos. Los obreros textiles «eran más simpáticos y seguros como fuerza de protesta»⁹¹.

Pronto los textiles confirmaron de nuevo su espíritu combativo. En el invierno de 1878-79 se sucedieron las huelgas. Los obreros seguían es-

tando obligados a trabajar trece horas diarias, y sus salarios eran mínimos. Una vez más los jóvenes encabezaron la agitación, truncada sólo por una intervención masiva de la policía, seguida esta vez por numerosas detenciones. Un intento colectivo de poner en libertad a los compañeros fue reprimido tras un violento choque con los gendarmes, en el centro de San Petersburgo⁹². En manos de las autoridades quedaron numerosos prisioneros y comenzaron las deportaciones. En sus reivindicaciones los obreros insistían abiertamente en su derecho a no ser detenidos a causa de una huelga, y pidieron insistentemente que sus compañeros fueran puestos en libertad. *Zemlia i volia* y la Unión Septentrional de los obreros rusos publicaron manifiestos para invitar a la resistencia y la solidaridad entre las diversas fábricas. Las suscripciones lanzadas en favor de los obreros entre los compañeros de otras fábricas tuvieron un enorme éxito⁹³. La intervención directa y violenta de la gendarmería dio a las huelgas un amplio significado de protesta política. Y empezaron a multiplicarse. En noviembre hicieron huelga de brazos caídos los obreros de las hilaturas König, unos doscientos. También llevaron una petición al príncipe heredero, y tampoco obtuvieron nada. En este caso los propios obreros buscaron un contacto con los estudiantes, que hasta entonces no tenían la menor relación con aquel establecimiento. La policía fue más dura que otras veces. Las negociaciones con el patrono tuvieron que desarrollarse en la sede de la Tercera Sección, a donde los gendarmes arrastraron a algunos obreros para que se entendieran con la dirección. Pero incluso esos métodos resultaron inútiles. El dueño tuvo que recurrir a la medida extrema de despedir a todos los obreros. Estos fueron ayudados por suscripciones y por sus compañeros, que buscaron un nuevo puesto de trabajo para estos perseguidos⁹⁴. El movimiento afectó incluso a dos fábricas de cigarrillos, donde sólo había mano de obra femenina. En ambos casos estalló una violenta protesta cuando se anunciaron disminuciones de salarios, y en ambos casos se ganó la partida.

La oleada de huelgas y agitaciones de los años 1877-79 llegaba cada vez más profundamente a las capas menos cualificadas de la clase obrera. En esos dos años se dieron en San Petersburgo, en conjunto, veintiséis casos de huelga, cifra que nunca se había dado antes y que sólo volverá a alcanzarse en la última década del siglo.

Los metalúrgicos, los obreros más cultos y preparados, se encargaron de que de la situación surgiese una organización dirigida por ellos mismos y de carácter exclusivamente obrero.

En el invierno de 1876-77 se había constituido ya un primer núcleo. Algunos de sus miembros se habían desparramado por las fábricas de la ciudad, según un plan que tendía a agrupar todas las fuerzas obreras. En el medio y medio de la oleada de huelgas sacaron las conclusiones del trabajo ya realizado y dieron una forma definitiva a su Unión Septentrional de los obreros rusos, discutiendo su programa y los estatutos en

dos sesiones, el 23 y el 30 de diciembre de 1878. Obnorski y Jalturin fueron los principales organizadores, pero en sus filas encontramos los nombres de innumerables obreros que habían participado ya en movimientos anteriores⁹⁵.

Su manifiesto programático se imprimió en la tipografía clandestina de *Zemlia i volia*. Tras un exordio de protesta contra «el yugo político y económico... que amenazaba a los obreros con una total privación material y con una parálisis de sus fuerzas espirituales», declaraban querer crear «una unión panrusa de los obreros, la cual, agrupando las fuerzas dispersas de los trabajadores de las ciudades y las aldeas y aclarándoles a éstos sus propios intereses, objetivos y aspiraciones, sirviera de válida ayuda en la lucha contra la injusticia social y constituyese el lazo interno y orgánico indispensable para una marcha positiva de la lucha». Después pasaba a establecer las bases de la organización. «Los miembros de la Unión deben elegirse únicamente entre los obreros», decía, poniendo así desde el principio la condición que determinaba el carácter fundamental de esta organización. Se tendía a hacer una selección entre los propios obreros. La cláusula según la cual era preciso ser presentado al menos por dos socios estaba dictada, con toda evidencia, por las preocupaciones de la clandestinidad, pero otras reglas tendían a hacer de la Unión una organización de elementos elegidos. Cada uno de los miembros debía conocer el programa de la organización «y lo esencial de la doctrina social». Estaba prevista una cuota, aunque no se fijaba aún en este primer manifiesto. Entre las tareas de la dirección tenía notable importancia la de ocuparse de una biblioteca, abierta incluso a quienes no fueran miembros de la Unión. En general, la voluntad de instruirse se manifestaba tanto en la estructura interna de la Unión como en el programa político por el que ésta declaraba luchar.

Como en todos los demás estatutos de los movimientos populistas de este período, todo lo referente a la estructura interna estaba dominado por la doble preocupación de no crear un poder central demasiado fuerte y al mismo tiempo de hacer surgir un instrumento capaz de actuar con rapidez en la clandestinidad. La propia terminología de que se sirvieron los redactores del manifiesto reflejaba este estado de ánimo. Confiaron a un Grupo Central de diez obreros la dirección de la caja, de la biblioteca y la responsabilidad «únicamente de las acciones que interesan inmediatamente a toda la Unión». El grupo estaría controlado por una asamblea mensual. Pero pronto se vio que, tal como estaba constituido, el Grupo Central no tenía posibilidad de actuar con la suficiente rapidez. Sus miembros trabajaban en fábricas, a menudo en distintos barrios de San Petersburgo, y sólo podían reunirse irregularmente. Cuando se produjo la segunda huelga de las Nuevas Hilaturas, Jalturin se encontró en dificultades y tuvo que esperar dos días antes de reunir a sus compañeros. El problema organizativo restó sin solución; se produjeron las detenciones antes de haber podido atesorar experiencia⁹⁶.

La parte más original del manifiesto consistía en lo referente a las metas últimas de la organización.

La Unión Septentrional de los obreros rusos, adhiriéndose estrechamente en lo que respecta a sus tareas al Partido socialdemócrata de Occidente, se fija como programa:

1) el derrumbamiento de la estructura política y económica del estado, por tratarse de una estructura completa y absolutamente injusta;

2) la instauración de una libre federación popular de *obshiny*, basada en la completa igualdad de derechos políticos y en un completo autogobierno interno, sobre las bases del derecho consuetudinario ruso;

3) la abolición de la propiedad privada de la tierra y su sustitución por una agricultura colectiva;

4) una justa organización asociativa del trabajo, que ponga en manos de los obreros productores los productos y los instrumentos del trabajo.

Como la libertad política garantiza a todo hombre la independencia de sus propias convicciones y acciones, y como sobre todo tal libertad es la que garantiza la solución del problema social, deben ser reivindicaciones inmediatas de la Unión los puntos siguientes:

1) libertad de palabra, prensa, derecho de reunión y manifestación;

2) abolición de la policía espía y de los procesos por delitos políticos;

3) abolición de los derechos y las preeminencias de casta;

4) instrucción obligatoria y gratuita en todas las escuelas e instituciones;

5) disminución numérica de los ejércitos permanentes o su completa sustitución por una milicia popular;

6) derecho de la *obshina* de aldea a decidir las cuestiones que la atañen, como: asignación de los impuestos, subdivisión de las tierras y autogobierno interno;

7) abolición del sistema de pasaportes (interiores) y libertad de movimiento;

8) abolición del impuesto indirecto e introducción del impuesto directo, correspondiente a la renta y a la herencia;

9) limitación de las horas de trabajo y prohibición del trabajo infantil;

10) creación de asociaciones de producción, de cajas de préstamos y crédito gratuito a las asociaciones obreras y a las *obshiny* campesinas.

Como medios para alcanzar estos objetivos, la Unión Septentrional indicaba sobre todo la propaganda, «sagrado deber» de cada miembro.

Esta obra de propaganda no será olvidada por la posteridad y el glorioso nombre de quien se consagre a ella y a la agitación estará inscrito en los anales de la historia, como el de un apóstol de la verdad evangélica.

Nos perseguirán como persiguieron a los primeros cristianos, nos golpearán y se reirán de nosotros, pero no temeremos nada...

Tras haber hablado una vez más de Occidente, de la lucha que allí desplegaban los obreros, el manifiesto concluía:

Renovaremos el mundo, regeneraremos la familia, establecemos una propiedad como debe ser y haremos resurgir la gran doctrina de Cristo en la fraternidad y la igualdad... Obreros, vuestro futuro está en esa propaganda salvadora y vuestro éxito depende de vuestra fuerza moral. Con ella seréis poderosos, con ella someteréis al mundo. Sabed que en vosotros se encierra toda la fuerza y el significado de la nación, vosotros sois la carne y la sangre del estado, sin vosotros no existirían las otras clases que os chupan la sangre. Entendéis confusamente todo esto pero no tenéis una organización, una idea que os guíe, no tenéis por último un apoyo moral, tan necesario para resistir fraternalmente al enemigo. Pero nosotros, obreros organizados en la Unión Septentrional, os damos esta idea directriz, os damos ese apoyo moral para la unión de los intereses y por último os damos esa organización que necesitáis. Vuestra es pues, obreros, la última palabra. ¡De vosotros depende la suerte de la gran Unión y el éxito de la revolución social en Rusia!

Este manifiesto, no desprovisto de energía y fuerza, es como un espejo de la experiencia que en menos de diez años realizaron los cuadros obreros que se habían ido formando en San Petersburgo. El elemento fundamental seguía siendo el populista. Se superponía a él la voluntad explícita de crear una organización de clase, de reafirmar un lazo con el movimiento obrero occidental. Parte considerable de los puntos programáticos se derivaba directamente del programa de Eisenach, leído en el «Vperëd» y que se prefirió al de Gotha, traducido también por Lavrov. Pero la nota más original consistía en la decidida y clara afirmación de la necesidad de luchar por la libertad política.

Tenía razón D. A. Klements —en un artículo aparecido en el fascículo IV de «Zemlia i volia!», publicado el 20 de febrero de 1879— cuando decía a los camaradas obreros: «Entráis en la lucha política en un momento que no podría estar mejor elegido, en un momento de lo más

adecuado», así como tenía razón al observar que el programa de la Unión era ecléctico: «La negación del estado y la reivindicación de la autonomía comunal sitúan a nuestros compañeros en el campo de los socialistas revolucionarios, en el cual deseáramos ver a los miembros de la Unión Septentrional, mientras que los últimos párrafos del programa están tomados directamente del catecismo de los socialdemócratas alemanes.» Los peligros políticos de tal eclecticismo aparecían con toda evidencia ante el redactor de «*Zemlia i volia!*». ¿No conduciría la tendencia reformista a abandonar un programa radical de revolución? En lo referente a los campesinos, no se decía nada que reafirmase la voluntad de exigir una redistribución general de todas las propiedades; y en lo referente a los medios de lucha, ¿por qué limitarse a la propaganda y la agitación?

Entre los revolucionarios de *Zemlia i volia* era más que evidente la preocupación de no incurrir en una postura lavrista. Klements observaba que en el programa no se hablaba «de la propaganda con hechos, de la lucha activa». El haber eludido estos problemas permitía a los obreros de la Unión resolver «demasiado categóricamente en sentido positivo el problema del influjo de la libertad política en la lucha entre explotadores y explotados». Evidentemente éste era el punto programático al que más sensibles se mostraban los de *Zemlia i volia*, que en ese período estaban preocupados por esa cuestión. Los obreros de la Unión ponían ante sus ojos de nuevo aquel problema, y de modo especialmente claro y duro: su eclecticismo había permitido a quienes redactaron el programa poner en claro las contradicciones internas del movimiento populista de esos años.

La Unión había decidido tras larga reflexión. Tenemos la prueba, entre otras cosas, en la carta que enviaron a «*Zemlia i volia!*» para responder al artículo de Klements y explicar su postura. Agradecían el calor con que se había saludado la aparición de su organización. Había durado demasiado —decían— la actitud de velada desconfianza y desprecio de muchos intelectuales frente a los obreros. Estaban encantados ahora de poder discutir de igual a igual, elemento psicológico que no dejó de tener su influencia en la formación de la Unión. Y llegaban al punto sustancial de la discusión:

Nuestra lógica al respecto es rápida y simple. No tenemos qué comer, no sabemos dónde vivir —y por eso exigimos alimento y casas. A nosotros no nos enseñan más que palabrotas, y a obedecer al palo —y por eso pedimos que sea abolido un sistema tan primitivo de educación. Pero sabemos perfectamente que nuestras reivindicaciones no serán nada si nos quedamos mano sobre mano... Por eso nos unimos y organizamos y abrazamos la bandera, querida por nuestro corazón, de la revolución social, y nos lanzamos a la lucha. Pero también sabemos que la libertad política puede protegernos a nosotros y a nuestra organización de la arbitrariedad

del poder, puede permitírnos desarrollar en sentido justo nuestra concepción del mundo y desplegar con más éxito nuestra propaganda —y por eso nosotros, con el deseo de no derrochar fuerzas y obtener un más rápido éxito, exigimos esa libertad... Será tanto más fácil alcanzar ese objetivo en cuanto que coincide ya con el que interesa a los charlatanes, a los activistas del futuro palacio de charlas de toda Rusia. Por eso no es tan difícil que se realice.

En cuanto al problema campesino, los obreros daban la razón a Klements en su respuesta: «Efectivamente nos hemos dejado arrastrar demasiado por la observación de nuestra condición de habitantes de las ciudades, nos ha influido demasiado el espíritu de los diversos programas occidentales, y he aquí que, a fin de cuentas, no hemos concedido demasiado lugar al campo en nuestro programa.» Decían que lucharían para que los campesinos pudieran aumentar sus parcelas a costa de las tierras de los señores, para que pagaran menos impuestos e incluso sólo los «precisos para las necesidades de la *obschina* campesina y para la construcción de escuelas e institutos agrarios».

El diálogo entre el portavoz de la Unión (posiblemente Jalturín) y los intelectuales populistas está cargado de significado histórico. Los obreros, aunque con algunas incertidumbres, se proclaman más occidentalistas que la *inteliguentsia*. Los llevaba a tal conclusión su experiencia personal en el extranjero (Obnorski y otros), las semillas llevadas a su ambiente por los obreros alemanes que acudían a trabajar a San Petersburgo⁹¹, la influencia del «Vperöd» y de toda la divulgación del movimiento obrero occidental realizada por los populistas, la reflexión en torno a su situación económica y social ante las otras clases del estado ruso e incluso ante las otras capas de la clase obrera de la capital. Al ver ante sí una lucha sindical, pedían libertad de organización y de hacer oír su voz, aunque parecían querer disculparse ante su conciencia y los revolucionarios por haberse puesto en el mismo plano que los «charlatanes» (es decir, los liberales). Se apresuran a explicar que están en favor de la revolución social y que la libertad política también es para ellos un puro y simple medio e instrumento. Los revolucionarios de *Zemlia i volia* les responden que las exigencias obreras deben insertarse en un cuadro que comprenda todos los problemas rusos, y sobre todo que no hay que olvidar el más fundamental: el campesino. Precisamente por eso los hombres de la *inteliguentsia* son contrarios a toda concesión a los liberales y reafirman totalmente su punto de vista populista. Pero bastarán unos años, incluso podríamos decir unos meses, para que también este problema vuelva a ser puesto en tela de juicio. La afirmación de los obreros en favor de una lucha política tendrá su peso en orientar por un nuevo camino a una parte de *Zemlia i volia*.

Los primeros meses de 1879 fueron el período áureo de la Unión Septentrional. Todos los barrios obreros de San Petersburgo tenían su

núcleo organizado, ligado al Grupo Central. Podían contar con unos doscientos compañeros organizados y otros doscientos de reserva, bien distribuidos por las distintas fábricas. Su biblioteca —una de las mayores preocupaciones de Jalturín— estaba subdividida entre los diversos centros clandestinos, para no caer en manos de la policía, y circulaba ampliamente, incluso fuera de los afiliados.

Podía esperarse extender la organización fuera de la capital, verla unida un día a los intentos paralelos del sur, hasta convertirse en la organización obrera de toda Rusia. En Moscú ya contaban con algún engranaje. M. R. Popov, por indicación de Plejanov, que le enseñó el estatuto de la Unión, trató de extenderla a Kiev, pero se lo impidieron las detenciones⁹⁸. Obnorski, al regreso de su último viaje al extranjero, había llegado a acuerdos con un grupo obrero de Varsovia. La influencia de la Unión se extendió hasta allí, incitando a la creación de grupos obreros y dando «el primer ejemplo de relaciones amistosas entre obreros polacos y rusos», como dirá Plejanov⁹⁹.

La publicación de un órgano de la Unión habría debido constituir la coronación de este éxito organizativo. En Ginebra, Obnorski consiguió una máquina, pero su detención puso fin al proyecto. Con él cayó también Aleksei Nikolaevich Peterson —uno de los miembros más activos de la escuadra de acción que creció junto a la Unión— que había tenido relaciones muy estrechas con la «sección desorganizativa» de *Zemlia i volia* e intentó en diversas ocasiones suprimir a agentes provocadores, espías, etc.¹⁰⁰. La penetración de un elemento de la policía en este grupo llevó pronto a la caída de algunos de los hombres más activos y mejores de la Unión. Jalturín, que eludió la detención, pasó a trabajar con los terroristas. El agente provocador fue suprimido en esta ocasión gracias a la actuación directa de los intelectuales revolucionarios. Pero la brecha era importante. Serán inútiles los intentos del *Chërny peredel*, de Aksel'rod, Aptekman, etc., entre finales de 1879 y comienzos de 1880, para devolver la vida a la Unión. La redacción de un pequeño periódico, «*Rabochaya zaria*» [Aurora obrera] (que no pudo ver la luz porque lo secuestró la policía en marzo de 1880) será el último acto de la Unión¹⁰¹. Se trataba de una hoja de propaganda, que carece de la vida política que había sido tan viva el año anterior. Será *Narodnaya volia* la que reanude, de otras formas y con muy distinta energía, la obra de penetración y organización de las masas obreras de San Petersburgo.

Notas al capítulo 19

¹ Sobre el período anterior a la liberación de los siervos, es fundamental la *Bibliografiya po istorii proletariata v epokhu tsarizma. Feodal'nokrepostnoi period. Pod red. M. V. Nechkinoi. Bibliograficheskaya red. A. A. Borovskogo, M.-L. 1935, Vyp. I, Knizhnaya literatura. Vyp. II, Zhurnal'naya literatura A-Z* (a lo que sabemos, no han aparecido ulteriores fascículos) [Bibliografía de la historia del proletariado en la época del zarismo. Período feudal-servil. Edición de M. V. Nechkina, redacción bibliográfica de A. A. Borovskii, M.-L. 1935, fasc. I, Libros, Fasc. II, Artículos A-Z]. También importante, para este período y las décadas siguientes, el *Bibliograficheski ukazatel' po istorii fabrik i zavodov* [Indicador bibliográfico para la historia de las fábricas y talleres], M. 1932. Sobre 1861: M. Nechkina, *Rabochie volneniya v svyazi s reformoi 1861 g.* [Las agitaciones obreras ligadas con la reforma de 1861], en *Istoriya proletariata SSSR, pod red. P. O. Gorina, E. P. Krivosheinskoi i dr.* [Historia del proletariado de la URSS, edición de P. O. Gorin, E. P. Krivosheinskaya y otros], M. 1930, fasc. I, pp. 90 y ss. Sobre los años sesenta siguen siendo importantes, a pesar de numerosos documentos publicados posteriormente: M. Balabanov, *Ocherki po istorii rabochego klassa v Rossii* [Ensayos de historia de la clase obrera en Rusia], 3 vols., Kiev 1923, M. 1926, y B. P. Koz'min, *Rabochee dvizhenie v Rossii do revoliutsii 1905 g.* [El movimiento obrero en Rusia antes de la revolución de 1905], M. 1925, como también Yu. Gessen, *Istoriya gornorabochij v SSSR. T. I: Istoriya gornorabochij Rossi do 60-j godov XIX v., M. 1926; T. II: Vtoraya polovina XIX-go veka, M. 1929* [Historia de los mineros de la URSS; tomo I: Historia de los mineros de Rusia antes de los años sesenta del siglo XIX, M. 1926; tomo II: Segunda mitad del siglo XIX, M. 1929], y A. El'nitski, *Rabochee dvizhenie v Rossii v XIX veku. Sbornik dokumentov i materialov. Pod red. A. M. Pankratovoi* [El movimiento obrero en Rusia en el siglo XIX. Colección de documentos y materiales. Edición de A. M. Pankratova], tomo II, parte 1 (1861-74) y 2 (1875-84), M. 1950. Sobre la historia general de la industria rusa, véase la obra clásica de M. I. Tugan-Baranovskii, *Russkaya fabrika v proshlom i nastoyaschem* [La fábrica rusa en el pasado y actualmente], M. 1938⁷. Cfr. R. Portal, *La Russie industrielle à la veille de l'émancipation des serfs*, en «Etudes d'histoire moderne et contemporaine», tomo V, París 1953, páginas 147 y ss., e ID., *Das Problem einer industriellen Revolution in Russland im 19. Jahrhundert*, en *Forschungen zur Osteuropäischen Geschichte*, vol. I, Berlín 1954, páginas 205 y ss.; Alexander Gerschenkron, *The Problem of Economic Development in Russian Intellectual History of the Nineteenth Century, en Continuity and Change in Russian and Soviet Thought*, edited by E. J. Simmons, Cambridge (Mass.) 1955, página 11 (este ensayo fundamental ha sido incluido luego por su autor en *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Cambridge (Mass.) 1962, pp. 152 y ss.); G. I. Ionova, *Rabochee dvizhenie v Rossii v period revoliutsionnoi situatsii 1859-1861 gg.* [El movimiento obrero en Rusia en el período de la situación revolucionaria de 1859-1861], en *Iz istorii rabochego klassa i revoliutsionnogo dvizheniya. Sbornik statei pamiati akademika Anny Mijailovny Pankratovoi* [De la historia de

la clase obrera y del movimiento revolucionario. Colección de artículos en honor de la académica A. M. Pankratova], M. 1958, pp. 193 y ss.; V. V. Sel'chuk, *Rabochi vopros v Rossii v publitsistike 60-j godov XIX v.* [El problema obrero en Rusia en el publicismo de los años sesenta del siglo XIX], *ibid.*, pp. 224 y ss.; B. S. Itenberg, *K voprosu o formirovanii revoliutsionnykh vzgliadov pervykh russkikh rabochikh revoliutsionerov* [Sobre el problema de la formación de las ideas revolucionarias de los primeros obreros revolucionarios], en «Voprosy istorii», 1958, fasc. X; Sh. M. Levin, *Obshchestvennoe dvizhenie v Rossii (60-70-e gody XIX veka)* [El movimiento social en Rusia (años sesenta y setenta del siglo XIX)], M. 1958, pp. 271 y ss.; R. E. Rutman, *Rabochee dvizhenie pered otmenoi krepostnogo prava* [El movimiento obrero antes de la abolición de la servidumbre campesina], en *Revoliutsionnaya situatsiya v Rossii v 1859-1861 gg.* [La situación revolucionaria en Rusia entre 1859-1861], volumen II, M. 1962, pp. 189 y ss.; R. V. Filippov, *Sootnoshenie revoliutsionnogo narodnitskogo i rabocheho dvizheniya v Rossii v 70-j godakh XIX veka* [La relación entre el movimiento revolucionario populista y el movimiento obrero en Rusia en los años setenta del siglo XIX], en *Obshchestvennoe dvizhenie v poreformnoi Rossii. Sbornik statei k 80-letiyu so dnia rozhdeniya B. P. Koz'mina* [El movimiento social en Rusia después de la reforma de 1861. Colección de artículos para el ochenta cumpleaños de B. P. Koz'min], M. 1965, pp. 211 y ss.; V. V. Mitsurov y Yu. M. Kritskii, *Russkoe rabochee i sotsial-demokraticheskoe dvizhenie 70-j nachala 90-j gg. XIX v. v sovetskoi istoriograficheskoi literature* [El movimiento obrero y socialdemócrata ruso desde los años setenta hasta comienzos de los años noventa del siglo XIX en la historiografía soviética], en *Sovetskaya istoriografiya klassovoi bor'by i revoliutsionnogo dvizheniya v Rossii* [La historiografía soviética de la lucha de clases y del movimiento revolucionario en Rusia], edición de A. L. Shapiro, L. 1967, páginas 161 y ss., y Alexander Gerschenkron, *Agrarian Policies and Industrialization. Russia. 1861-1914*, en *Cambridge Economic History*, vol. VI, Cambridge 1965 (reeditado ahora en la colección de ensayos del autor, *Continuity in History and Other Essays*, Cambridge [Mass.] 1968).

² A. G. Rashin, *Formirovanie promyshlennogo proletariata v Rossii Statistiko-ekonomicheskie ocherki* [La formación del proletariado industrial en Rusia. Ensayos estadístico-económicos], M. 1940, pp. 93 y ss.

³ N. P. Shajanov, *Pervaya stachka rabochikh v Orejovo-Zueve* [La primera huelga obrera en Orejovo-Zuev], en «Katorga i ssylka», 1929, fasc. X, donde se publican numerosos documentos oficiales que permiten establecer, entre otras cosas, que esta huelga se produjo en 1863 y no en 1865, como se ha repetido con frecuencia. Sobre el desarrollo del movimiento en dicha región, cfr., del mismo autor, *Ocherki po istorii rabocheho dvizheniya v Vladimirskoi gubernii v 70-j godakh proshlogo stoletiya* [Ensayos sobre la historia del movimiento obrero de la gobernación de Vladimir en los años setenta del siglo pasado], Vladimir 1929.

⁴ Informe citado por Koz'min, *Rabochee dvizhenie v Rossii do revoliutsii 1905* cit., p. 35.

⁵ La cita de los «Otechestvennye zapiski» está tomada de N. Baturin, *Ocherki iz istorii rabocheho dvizheniya 70-j i 80-j godov* [Ensayos de historia del movimiento obrero de los años setenta y ochenta], 2.ª ed. corregida, 1925. Es un opusculo, pero escrito por un investigador atento del movimiento obrero ruso. Cfr. sus *Sochineniya* [Obras], M.-L. 1930. Estudios fundamentales sobre el movimiento obrero de los años setenta en conjunto con los de V. I. Nevski, *K voprosu o rabochem dvizhenii v 70-e gody* [Sobre el problema del movimiento obrero en los años setenta], en «Istoriya marksist», 1927, fasc. IV. Yu. Gessen, *K istorii stachek sredi fabrichnykh rabochikh v nachale 70-j godov XIX veka* [Para una historia de las huelgas de los obreros de las fábricas a comienzos de los años setenta], en «Arxiv istorii truda v Rossii», 1922, fasc. III; E. A. Korol'chuk, *Rabochee dvizhenie semidesiatykh godov. Sbornik arkhivnykh dokumentov* [El movimiento obrero de los años setenta. Colección de documentos de archivo], M. 1934; E. Korol'chuk y E. Sokolova, *Ironika revoliutsionnogo rabocheho dvizheniya v Peterburge, tom I (1870-1904 gg.)* [Crónica del

movimiento obrero revolucionario en San Petersburgo. Tomo I (1870-1904)], L. 1940 (el segundo tomo no se ha publicado).

⁶ *Rabochee dvizhenie v Rossii v XIX veke* cit., tomo II, parte I, pp. 35 y 45.

⁷ Korol'chuk, *Rabochee dvizhenie semidesiatyj godov* cit., Introducción, p. 18.

⁸ K. A. Pazhitnov, *Polozhenie rabocheho klassa v Rossii. T. I. Period krepostnogo truda* [La situación de la clase obrera en Rusia. Tomo I: Período del trabajo servil], 2.^a ed. aumentada, L. 1925, pp. 297 y ss.

⁹ Nevskij, *K voprosu o rabochem dvizhenii v 70-e gody* cit.

¹⁰ Véase la enumerada en V. I. Mezhev, *Bibliograficheski ukazatel' knig i statei otnosiasijstva do obshestvu osnovannyj na nachalaj vzaimnosti, artelei, polozheniya rabocheho sosloviya i melkoi kustarnoi promyshlennosti v Rossii* [Indicador bibliográfico de los libros y artículos referentes a las sociedades fundadas sobre los principios del mutualismo, los «arteles», la situación de la clase obrera y la pequeña industria artesanal en Rusia], Spb. 1873. Ejemplos típicos de esta literatura son: M. L., *Arteli rabochij dlia osnovaniya fabrik ili masterskij* [Las asociaciones de obreros para la creación de fábricas y obradores], Spb. 1862 y Kiev 1870² (este opúsculo circuló a menudo con la prensa clandestina en los grupos populistas), y P. S.-Ki, *Istoricheski ocherk kooperativnyj uchrezhdeni v Rossii* [Ensayo histórico sobre las instituciones cooperativas en Rusia], en «Otechestvennye zapiski», -871, fasc. 11 y 12.

¹¹ Cfr. los interesantísimos documentos recogidos en *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka. Sbornik dokumentov i materialov v duj tomaj* [El populismo revolucionario de los años setenta del siglo XIX. Colección de documentos y materiales en dos volúmenes], edición de S. N. Valk, S. S. Volk, B. S. Itenberg, Sh. M. Levin, M. 1964, vol. I, pp. 202 y ss., y las consideraciones de Filippov, *op. cit.*, pp. 211 y ss.

¹² Sobre este aspecto, uno de los más interesantes de la actividad de los *chaikoutsy*, véase el artículo de Sh. M. Levin, *Kruzhek chaikoutsev i propaganda sredi petersburgskij rabochij v nachale 1870-j gg.* [El grupo de los «chaikovsky» y la propaganda entre los obreros de San Petersburgo a comienzos de los años setenta], en «Katorga i ssylka», 1929, fasc. XII. Hay que agregar además los testimonios de las memorias, ya citadas en el capítulo anterior, de Charushin, Sinegub, Kropotkin, etc. Cfr. B. S. Itenberg, *Dvizhenie revoliutsionnogo narodnichestva. Narodnichestkie kruzki i «jzhdenie v narod» v 70-j godov XIX v.* [El movimiento del populismo revolucionario. Los grupos populistas y la «ida hacia el pueblo» de los años setenta del siglo XIX], M. 1965, pp. 186 y ss.

¹³ P. L. Lavrov, *Narodniki-propagandisty* [Populistas-propagandistas], L. 1925, página 191.

¹⁴ «Byloe», 1921, fasc. XVII.

¹⁵ L. Shishko, *Sergei Mijailovich Kravchinski i kruzhek chaikoutsev (Iz vospominani i zametok starogo narodnika)* [S. M. Kravchinski y el grupo de los «chaikovsky» (De los recuerdos y las notas de un viejo populista)], Spb. 1906, p. 28.

¹⁶ P. A. Kropotkin, *Zapiski revoliutsionera. Podgotovka teksta k pechatu i primechaniya N. K. Lebedeva. Predislovie P. P. Paradizova* [Memorias de un revolucionario. Texto y notas a cargo de N. K. Lebedev. Prefacio de P. P. Paradizov], s. 1. [pero L.], 1933, p. 199.

¹⁷ Shishko, *op. cit.*, p. 153.

¹⁸ Carta a Lev Tijomirov de 1896, publicada en «Katorga i ssylka», 1925, fascículo IV, p. 84.

¹⁹ «Obshina», 1877, núms. 6-7.

²⁰ Un interesante testimonio de este estado de ánimo nos lo dan las actitudes y la trágica historia de uno de los más activos obreros de ese período, I. A. Bachin, que trabajaba en la Fábrica de Municiones. Al parecer, decía que «había que aceptar libros de los estudiantes, pero que, cuando empezaban a enseñar sandeces, era preciso pegarles». Detenido en septiembre de 1874, o sea después que sus compañeros, estuvo en la cárcel hasta 1876. Cuando salió le dijo a Plejanov que «estaba dispuesto, como antes, a ocuparse de la propaganda revolucionaria, pero entre los obreros».

«No quiero ir al campo por ninguna razón. Los campesinos son carneros; nunca entenderán a los revolucionarios.» Y reanudó el trabajo, en efecto, no sólo en San Petersburgo, sino también en las ciudades del sur de Rusia. Fue uno de los organizadores de la Unión Septentrional de los obreros rusos. Por razones y circunstancias no muy claras acabó en Siberia en los años 1880-81. Allí encontraría de nuevo, en el plano personal, el problema de la relación con los intelectuales que le había preocupado siempre desde el inicio de su actividad. En el confinamiento se casó con Elizaveta Nikolaevna Yuzhakova, una revolucionaria que había sido estudiante en la universidad de Zurich. La vida en común con esta típica representante de la *intelligentsia* revolucionaria le resultó imposible, y la mató, suicidándose poco después, a comienzos de 1883 (cfr. G. Golosov, *K biografii odnogo osnovatelei «Severo-russkogo rabocheho soyuza»* [Para la biografía de uno de los fundadores de la «Unión Septentrional de los obreros rusos»], en «Katorga i ssylka», 1924, fasc. VI).

²¹ M. F. Frolenko, *Sobranie sochineni* [Obras], M. 1932, vol. I, p. 200.

²² Citado en Levin, *Kruzhkë chaikoutsev i propaganda sredi peterskij rabochij v nachale 1870-j gg.* cit.

²³ *Yuzhno-Rossiskii Soyuz Rabochij. Sbornik statei i materialov pod red. N. M. Osipovicha* [La Unión de Obreros de la Rusia meridional. Colección de artículos y materiales, edición de N. M. Osipovich], Nikolaeu 1924. Algunos de los artículos que componen esta miscelánea se han reeditado, con otros nuevos, en *Yuzhno-russkie rabochie soyuzy. Sbornik statei pod red. i s vstupil'noi stat'ei M. Ravicha-Cherkaskogo* [Las uniones obreras de la Rusia meridional. Colección de artículos, con una introducción de M. Ravich-Cherkaski], Jarkov 1925. Véase V. Dembo, *Pervaya masovaya organizatsiya rabochij v Rossii. K 50-letiyu «Yuzhno-rossiskogo soyuza rabochij» (1874-1875). S predisloviem R. Yakubova* [La primera organización obrera de masas en Rusia. En el cincuentenario de la Unión de Obreros de la Rusia meridional. Con prefacio de R. Yakubov], M. 1925; *Yuzhno-russkie rabochie soyuzy. Sbornik materialov i statei pod red. V. V. Maksakova, i V. I. Nevskogo. S vstupil'noi stat'ei V. I. Nevskogo* [Las uniones obreras de la Rusia meridional. Colección de materiales y artículos a cargo de V. V. Maksakov y V. I. Nevski. Con una introducción de V. I. Nevski], M. 1924, y sobre todo el artículo incluido en las pp. 35 y ss.: V. K.-OV, *Yuzhno-rossiskii rabochi soyuz* [La Unión Obrera de la Rusia meridional], donde se reproduce, en la p. 101, el estatuto de la Unión. Cfr. B. S. Itenberg, «*Yuzhno-rossiskii soyuz rabochij*» — *pervaya proletarskaya organizatsiya v Rossii* [La Unión de Obreros de la Rusia meridional — la primera organización proletaria de Rusia], M. 1954, y Yu. Bocharov, E. O. Zaslavski, *osnovatel' «Yuzhno-rossiskogo soyuza rabochij»* [E. O. Zaslavski, fundador de la «Unión de Obreros de la Rusia meridional»], M. 1926. La acusación fiscal del proceso —cuyos debates no se publicaron en el diario oficial— se encuentra en la revista «Vpered», fasc. V, y está reproducida en *Gosudarstvennyia prestupleniya v Rossii v XIX veke. Sbornik sostavlenn pod red. B. Bazilevskogo (V. Bogucharskogo)* [Los crímenes de estado en Rusia en el siglo XIX. Colección editada por B. Bazilevski (V. Bogucharski)], Rostov na Donu, s. d., tomo II, páginas 334 y ss. Algún otro detalle puede encontrarse en el opúsculo de un miembro de este movimiento, «súbdito italiano» como él mismo dice, nacido en Odessa de un italiano emigrado en los años cuarenta a Rusia y empleado entonces de la fábrica Gullier-Blanchard, Mijail Petrovich Skveri, *Pervaya rabochaya sotsialisticheskaya organizatsiya v Odesse (1875)* [La primera organización obrera socialista en Odesa (1875)], Odesa 1921. Sobre él, véase P. Vladychenko, M. P. Skveri, en «Katorga i ssylka», 1925, fasc. I.

²⁴ La correspondencia de Odesa del núm. 20, 1 de noviembre de 1875, es suya. (Cfr. B. Itenberg, *Deyatel'nost' «Yuzhno-rossiskogo soyuza rabochij»* [La actividad de la «Unión de Obreros de la Rusia meridional»], en «Voprosy istorii», 1951, fasc. I.) Habla de una huelga de febrero de 1875. Una carta de Lavrov a N. G. Kulibko-Koretski, de octubre-noviembre de 1875, nos proporciona elementos importantes para conocer las relaciones existentes entre la Unión y Lavrov y la gran importancia que éste atribuye evidentemente al grupo odesiano. Véase J. M., *Lavrov at*

the End of 1875, en «Bulletin of the International Institute of Social History», Amsterdam 1952, fasc. II, pp. 110 y ss., y Boris Sapir, «Vpered», *op. cit.*, en el índice.

²⁵ J. M. Meijer, *Knowledge and Revolution. The Russian Colony in Zuerich (1870-1875). A Contribution to the Study of Russian Populism*, Assen 1955, en el índice, *sub voce*.

²⁶ P. B. Aksel'rod, *Perezhito i peredumannoe* [Cosas vividas y repensadas], Berlín 1923, vol. I, p. 327.

²⁷ *Ibid.*, p. 330.

²⁸ *Ibid.*, p. 331.

²⁹ E. Koval'skaya, *O proisjzhdenii «Yuzhno-russkij rabochij soyuzov»* [Sobre el origen de las «Uniones meridionales de los obreros rusos»], en «Katorga i ssylka», 1926, fasc. IV, ha negado que el movimiento de Aksel'rod se extendiese a Odesa, y en general ha subrayado la debilidad de esta organización.

³⁰ M. R. Popov, *Nikolai Pavlovich Shedin*, en «Byloe», 1906, fasc. XII, artículo recogido en sus *Zapiski zemlevoľ'tsa, pod red. I. Teodorovicha* [Memorias de un miembro de «Tierra y Libertad», edición de I. Teodorovich], M. 1923, pp. 333 y siguientes.

³¹ E. N. Koval'skaya (Solntseva), *Yuzhno-russkij rabochij soyuz* [La Unión Obrera de la Rusia meridional], en *Yuzhno-russkie rabochie soyuzy. Sbornik materialov i statei cit.*, pp. 179 y ss.

³² Estas ideas provocaron un conflicto entre los organizadores de la Unión y los miembros de *Narodnaya volia* en Kiev. Estos últimos pensaban que los métodos, poco o nada conspiratorios, adoptados por los dirigentes de la Unión, podrían llevar a la caída de sus propios núcleos, en los que no faltaban los obreros. Y agregaban que el «terrorismo económico» impediría que los liberales les prestaran el apoyo, aunque sólo fuera financiero, que esperaban. Zheliabov «consideraba los motines locales y el 'terror económico' como especialmente nocivos». Sobre la actitud negativa ante la Unión véase Aksel'rod, *op. cit.*, vol. I, p. 361.

³³ Se trataba de Georgi Nikolaevich Preobrazhenski, ya activo participante del movimiento obrero de *Zemlia i volia* en San Petersburgo; de Sofia Nikolaevna Bogomelets, nacida Priset'skaya; de su hermana Olga, de Ivan Nikolaevich Kashintsev y de Pavel Ivanov.

³⁴ R. M. Kantor, *Razgrom Yuzhno-russkogo rabocheho soyuza, 1880-1881* [La caída de la «Unión Obrera de la Rusia meridional», 1880-1881], en «Krasny arjiv», 1928, fasc. V.

³⁵ Popov, *Zapiski zemlevoľ'tsa cit.*, p. 335.

³⁶ El documento fundamental sobre esta organización lo constituye el informe oficial del proceso celebrado en 1877 contra sus miembros proceso llamado de los cincuenta por el número de los implicados en él. Publicado inicialmente en el «Pravitel'stvenny vestnik», está reproducido en Bogucharski, *Gosudarstvennyia prestupleniya v Rossi v XIX veke cit.*, tomo II, pp. 128 y ss. Sólo uno de los miembros de esta organización nos ha dejado memorias, minuciosas e interesantes, además: I. S. Dzhabadari, *Protsess piatidesiati (Vserossiskaya sotsial'no-revoliutsionnaya organizatsiya)* [El proceso de los cincuenta (La organización social-revolucionaria panrusa)], en «Byloe», 1907, fasc. VIII, IX y X. Véase el capítulo dedicado a este movimiento por Sh. M. Levin en *Istoriya Moskvy v shesti tomaj* [Historia de Moscú en seis tomos], M. 1956, pp. 355 y ss.

³⁷ Cfr. Z. L. Shvelidze, *Sodruzhestvo russkij i gruzinskij revoliutsionnyj narodnikov v 70-80-j godaj XIX v.* [La colaboración de los populistas revolucionarios rusos y georgianos en los años setenta y ochenta del siglo XIX], en «Voprosy istorii», 1957, fasc. 12, pp. 124 y ss., y V. S. Bajtadze, *Ocherki po istorii gruzinskoi obshestvenno-ekonomicheskoi mysli (60-90 gody XIX stoletiya)* [Ensayos de historia del pensamiento social de Georgia (años sesenta-noventa del siglo XIX)], Tiflis 1960.

³⁸ V. Figner, *Studentcheskie gody (1872-1876)* [Años estudiantiles (1872-1876)], M. 1924.

³⁹ *Ibid.*, pp. 85-86.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 97-98.

⁴¹ El estatuto fue exhibido, en el proceso de los cincuenta. Cfr. en Bogucharski, *Gosudarstvennaya prestupleniya v Rossii v XIX veke* cit., tomo II, p. 155.

⁴² Aksel'rod, *op. cit.*, vol. I, p. 140. Dos años después Ralli decía que «El periódico obrero el 'Rabotnik' (El Trabajador) ha publicado en el espacio de dos años 127.000 hojas impresas», Z. Ralli, *Le socialisme en Russie*, en *La Commune. Almanach socialiste pour 1877*, Ginebra 1877.

⁴³ Ralli, *Sytye i golodnye*, izd. gazety «Rabotnika» [Los saciados y los hambrientos, edición del periódico «El Trabajador»], Ginebra 1875.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 10.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 415.

⁴⁶ Sobre el origen del «Rabotnik», que nació no sólo de un encuentro del grupo de los caucásianos y las estudiantes de Zurich con los «jóvenes bakuninistas» de Ginebra, sino también de un acuerdo —del que sabemos muy poco— con los elementos *chaikovtsy* que aún quedaban en San Petersburgo tras las detenciones, véanse las páginas —de valor sobre todo anecdótico, por lo demás— de N. Morozov, *Povesti moi zhizni. Redaktsiya, ustupitel'naya i primechaniya* I. A. Teodorovicha [Relatos de mi vida. Edición, introducción y notas de I. A. Teodorovich], M. 1933, volumen II, pp. 149 y ss. Morozov fue el miembro de los *chaikovtsy* enviado a Ginebra para participar en la redacción de esta gaceta para obreros. El periódico ha sido reeditado: *Gazeta «Rabotnik» (1875-1876)* [El periódico «El Trabajador» 1875-1876], M. 1933.

⁴⁷ *Kak zhivetsia kochevaram na chërnomorskij parojodaj* [Cómo viven los fogoneros en los barcos del Mar Negro].

⁴⁸ *Stachki* [Huelgas], «Rabotnik», núm. 4.

⁴⁹ *Ibid.*, 7.

⁵⁰ «Rabotnik», núm. 10.

⁵¹ Sobre las condiciones de la vida fabril en Moscú en ese período y sobre los síntomas de un movimiento obrero espontáneo, véase lo que escribe K. S. Vasilenko en *Istoriya Moskvy v shesti tomaj* cit., pp. 397 y ss.

⁵² «Obshina», 1878, núms. 8-9.

⁵³ Citado en V. Bogucharski, *Aktivnoe narodnichestvo semidesiaty godov* [Populismo activo de los años setenta], M. 1912, p. 226.

⁵⁴ Carta exhibida en el proceso; véasela en Bogucharski, *Gosudarstvennaya prestupleniya v Rossii v XIX veke* cit., vol. II, p. 204. Sobre estos acontecimientos, véase una larga e interesante correspondencia en el «Rabotnik», núm. 8. Véase también E. Korol'chuk, *Pis'ma G. F. Zdanovicha* [Carta de G. F. Zdanovich], en «Krasny arjiv», 1927, fasc. I.

⁵⁵ *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka* cit., vol. I, pp. 350 y ss.

⁵⁶ Bogucharski, *Gosudarstvennaya prestupleniya v Rossii v XIX veke* cit., vol. II, página 331, y *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka* cit., vol. I, páginas 363 y ss.

⁵⁷ M. M. Klevenski, *Pis'mo rabochego P. A. Alekseeva* [Carta del obrero P. A. Alekseev], en «Katorga i ssylka», 1931, fasc. I. En 1890 Plejanov reeditará su discurso con un prefacio en el que, bastante artificialmente, tratará de convertir a Alekseev en el primer campeón del obrerismo, en contraposición a la *intelligentsia*. Prefacio reproducido en G. V. Plejanov, *Sochineniya, pod. red. D. Riazanova* [Obras, edición de D. Riazanov], M. s. d., vol. III, pp. 112 y ss. Sobre la polémica que suscitó este prefacio incluso en los periódicos de la socialdemocracia alemana, véase la introducción de Riazanov a este volumen. El discurso de Alekseev se ha reproducido y reeditado a menudo como opúsculo. Algún nuevo documento en S. Piontkovski, *K biografii Petra Alekseevicha Alekseeva* [Para una biografía de P. A. Alekseev], en «Proletarskaya revoliutsiya», 1924, fasc. VIII-IX. Tienen un carácter fundamentalmente divulgador M. Mishev, *Stepan Jalturin i Petr Alekseev*, M.-L., 1928, y N. Tsvilenev, *Revoliutsionny rabochi P. Alekseev* [El obrero revolucionario

P. Alekseev], M. 1928. Es útil N. S. Karzhanski, *Moskovski tkach Pëtr Alekseev* [El obrero textil moscovita P. Alekseev], M. 1954. Los artículos de conjunto y más interesantes sobre él siguen siendo los de Yu. Steklov, *Russki tkach P. A. Alekseev (1849-1891)* [El obrero textil ruso P. A. Alekseev (1849-1891)], en *Bortsy za sotsializm* [Luchadores por el socialismo], M. 1911; E. K. Pekarski, *Rabochi Pëtr Alekseev* [El obrero P. Alekseev], en «Byloe», 1922, fasc. XIX, y N. Baturin, P. A. Alekseev (1849-1891), en *Ocherki iz istorii rabochego dvizheniya 70-j i 80-j godov* [Ensayos de historia del movimiento obrero en los años setenta y ochenta], M. 1925. Sobre su fin: M. Krotov, *Ubistvo Petra Alekseeva (Po arkhivnym materialam)* [El asesinato de P. Alekseev (De documentos de archivo)], en «Katorga i ssylka», 1928, fascículo X, y M. Ya. Struminski, *Pëtr Alekseev v yakutskoi ssylke* [P. Alekseev deportado en la región de Yakutsk], Yakutsk 1940.

⁵⁸ R. Klenova, *Ivan Timofeevich Smirnov (1850-1896)*, en «Katorga i ssylka», 1930, fasc. VII.

⁵⁹ Sofia Ilarionovna Bardina, Ginebra 1883.

⁶⁰ El estudio más detallado sobre este período es el de E. Korol'chuk, *Iz istorii propagandy sredi rabochij Peterburga v seredine 70-j godov* [De la historia de la propaganda entre los obreros de San Petersburgo a mediados de los años setenta], en «Katorga i ssylka», 1928, fasc. I, con abundantes documentos de archivo.

⁶¹ B. V. Titlinov, *Molodëzh'i revoliutsiya. Iz istorii revoliutsionnogo dvizheniya sredi uchashheisia molodëzhi dujovnyj i srednij uchebnyj zavedeni. 1860-1905. S predislaviem i pod red. E. E. Essena* [Juventud y revolución. De la historia del movimiento revolucionario entre la juventud estudiantil de los centros eclesiásticos y medios. 1860-1905. Prefacio y edición de E. E. Essen], L. 1924, p. 23.

⁶² Sobre el estado de ánimo de estos obreros, véanse las memorias de uno de ellos, al que llegó entonces la propaganda de D'yakov y que será condenado por ello a nueve años de trabajos forzados. «Entre nosotros, en la fábrica, circulaban confusos rumores sobre los socialistas. Decían que eran seguidores de cierto alemán, Marx, que incitaban a matar, quemar, robar y destruir.» Creían en el emperador «ungido por el Señor», etc. D. A. Aleksandrov, *Vospominaniya* [Recuerdos], en «Katorga i ssylka», 1926, fasc. IV.

⁶³ Fragmento de una carta exhibida en su proceso. El informe de éste, que constituye el principal documento llegado hasta nosotros sobre su actividad, está reproducido en Bogucharski, *Gosudarstvennaya prestupleniya v Rossii v XIX veke* cit., vol. I, pp. 318 y ss. La acusación fiscal, que no fue publicada en el «Pravitel'stvenny vestnik», ha sido publicada en «Byloe», 1906, fasc. XI.

⁶⁴ Bogucharski, *Gosudarstvennaya prestupleniya v Rossii v XIX veke* cit., p. 301.

⁶⁵ Estaban al tanto de las discusiones internas de la Internacional. Entre los libros hallados con motivo de un registro en casa de uno de ellos se encuentran los siguientes, opúsculos: *Die Bakunisten an der Arbeit* y *Les prétendues scissions dans l'Internationale*.

⁶⁶ Cfr. también una alusión en una carta de septiembre de 1875, publicada por la Korol'chuk, *Pis'ma G. F. Zdanovicha* cit.

⁶⁷ *Russki rabochi v revoliutsionnom dvizhenii (Po lichnym vospominaniyam)* [El obrero ruso en el movimiento revolucionario (De recuerdos personales)]. Véase la reproducción de este texto en Plejanov, *Sochineniya* [Obras], vol. III, pp. 121 y siguientes.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 143.

⁶⁹ M. R. Popov, *Iz moego revoliutsionnogo proshlogo* [De mi pasado revolucionario], en «Byloe», 1907, fasc. V y VII, reproducido en Id., *Zapiski zemlevol'tsa* cit., p. 85.

⁷⁰ Plejanov, *Russki rabochi v revoliutsionnom dvizhenii* cit., p. 135.

⁷¹ V. O. Levitski, *Viktor Obnorski, osnovatel' «Severnogo soyuza russkij rabochij»* [V. Obnorski, fundador de la «Unión Septentrional de los obreros rusos»], M. 1929.

⁷² V. I. Nevskí, *Pervaya klassovaya sotsialisticheskaya organizatsiya rabochij v Rossii* [La primera organización clasista socialista de los obreros en Rusia], en *Yuzhno-russkie rabochie soyuzy* cit., donde se habla por extenso de la estancia de Obnorski en Odesa.

⁷³ B. I. Nikolaevski, V. N. Cherkezov, en «Katorga i ssylka», 1926, fasc. IV.

⁷⁴ Cfr. las cartas de Shiriaev a Lavrov, de octubre de 1878, que hablan de Obnorski, citadas por V. L. Burtsev, *Severny soyz russkij rabochij* [La Unión septentrional de los obreros rusos], en «Byloe», 1906, fasc. I, p. 172, nota 1, y Aksel'rod, *op. cit.*, vol. I, p. 209, donde Aksel'rod narra su encuentro con Obnorski.

⁷⁵ Baturin, *op. cit.*, pp. 31 y ss., y Mishev, *op. cit.*

⁷⁶ La idea de crear un centro populista, una «comuna» rusa en América, está viva incluso en los intelectuales de aquel período. Ya hemos visto el ejemplo de Malíkov, el creador del «dios-humanismo». Para otros ejemplos, véase B. B. Glinski, *Revolutsionny period russkoi istorii (1861-1881 gg.)*. *Istoricheskie ocherki* [El período revolucionario de la historia rusa (1861-1881). Ensayos históricos], Spb. 1913, volumen II, p. 36.

⁷⁷ D. Smirnov, *Na Trubochnom Zavode v prošlom* [En las fábricas de municiones durante los años pasados], en «Krasnaya letopis», 1928, fasc. II.

⁷⁸ Morozov, *op. cit.*, vol. IV, p. 147.

⁷⁹ Plejanov, *Russkii rabochi v revoliutsionnom dvizhenii* cit., pp. 195-96.

⁸⁰ E. Korol'chuk, *Pervaya rabochaya demonstratsiya v Rossii. K piatidesiatiletiyu demonstratsii na kazanskoi ploschadi v Peterburge 6/18 dekabria 1876 g.* [La primera manifestación obrera en Rusia. En el cincuentenario de la manifestación de la plaza de Kazán en San Petersburgo el 6/18 de diciembre de 1876], L. 1927.

⁸¹ Plejanov, *Russkii rabochi v revoliutsionnom dvizhenii* cit., p. 149.

⁸² Véanse las actas de este proceso en Bogucharski, *Gosudarstvennyya prestupleniya v Rossii v XIX veke* cit., vol. II, pp. 1 y ss.

⁸³ Popov, *Zapiski zemlevoľt'sa* cit., p. 79.

⁸⁴ Se publicó por primera vez como apéndice al artículo de la Korol'chuk *Iz istorii propagandy sredi rabochij Peterburga vo vtoroi polovine 70-j godov* [De la historia de la propaganda entre los obreros de San Petersburgo en la segunda mitad de los años setenta], en «Istoriko revoliutsionny sbornik», fasc. III. También se reproduce como apéndice en Korol'chuk, *Pervaya rabochaya demonstratsiya v Rossii* cit., pp. 64 y ss. D. Kuz'min (seudónimo de E. Kolosov), *Kazanskaya demonstratsiya 1876 g. i G. V. Plejanov* [La manifestación de la plaza de Kazán de 1876 y G. V. Plejanov], en «Katorga i ssylka», 1928, fasc. V, ha tratado de demostrar que este escrito se debía a la pluma de Plejanov. Sus argumentos son poco convincentes, en verdad. Lo cierto es que Jazov lo corrigió de puño y letra y con toda probabilidad representa sus ideas. Sea cual sea el autor de este manuscrito, refleja las ideas de los elementos de la futura *Zemlia i volia* que se habían dedicado especialmente a la organización obrera en San Petersburgo. Jazov había sido ya miembro de los grupos revolucionarios a comienzos de los años setenta. En 1874 fue detenido, y puesto en libertad en 1876, aunque con la prohibición de vivir en la capital. Ilegal en San Petersburgo, fue uno de los más activos propagandistas en los barrios obreros. Detenido en 1877, será confinado a Siberia occidental. Allí morirá en 1881, en la ciudad de Verjoyansk.

⁸⁵ Plejanov, *Russkii rabochi v revoliutsionnom dvizhenii* cit., p. 186.

⁸⁶ El eco de estas intensas discusiones sobre los obreros es perceptible en unas cartas dirigidas a L. M. Zak, en la primavera de 1877, publicadas por E. A. Korol'chuk, *Severny soyz russkij ranochij* [La Unión Septentrional de los obreros rusos], L. 1946, pp. 136 y ss. Cfr. también N. S. Rusanov, *Iz moij vospominani. Kniga I. Deistvo i yunost' na rodine* [De mis recuerdos. Libro I. Infancia y juventud en la patria], Berlín 1923, p. 152, en donde habla de este grupo como el que ya miraba a la socialdemocracia.

⁸⁷ Plejanov, *Russkii rabochi v revoliutsionnom dvizhenii* cit., p. 155. El manifiesto distribuido en esa ocasión está reeditado en *Literaturnoe nasledie G. V. Ple-*

janova, pod red. A. V. Lunacharskogo, F. D. Kretova, R. M. Plejanovoi [La herencia literaria de G. V. Plejanov, edición de A. V. Lunacharski, F. D. Kretov, R. M. Plejanova], vol. I, M. 1934, p. 380.

⁸⁸ Esta huelga está descrita en Plejanov, *Russki rabochi v revoliutsionnom dvizhenii* cit., p. 159; en M. R. Popov, *K istorii rabocheho dvizheniya v kontse 70-j godov* [Para la historia del movimiento obrero a finales de los años setenta], en «Golos minuvshago», fascículo único de los años 1920-21, y reproducido en *Zapiski zemlevoľ'tsa* cit., p. 167, y en P. A. Moiseenko, *Vospominaniya 1873-1923* [Recuerdos. 1873-1923], M. 1924. Moiseenko se convertirá en un conocido organizador obrero de los años ochenta.

⁸⁹ N. Lopatin será detenido y confinado a la gobernación de Arjangel'sk. En 1878 trató de escapar, pero no lo consiguió, y fue enviado a Siberia. En 1881 huyó de Verjolensk y se refugió en el extranjero.

⁹⁰ Publicados en el periódico «Novosti», estos artículos están recogidos en Plejanov, *Sochineniya* cit., vol. III, pp. 421 y ss.

⁹¹ De una nota escrita en Shlisselburg en 1902, publicada en «Katorga i ssylka» de 1923, fasc. VI, y reproducida en *Zapiski zemlevoľ'tsa* cit., p. 187.

⁹² Véase la minuciosa relación sobre este hecho, debida a la pluma de Plejanov, en «Zemlia i volia!», fasc. IV del 20 de febrero de 1879, y reproducida en Plejanov, *Sochineniya* cit., vol. I, pp. 44 y ss.

⁹³ Un manifiesto se reproduce en *Literaturnoe nasledie G. V. Plejanova* cit., tomo I, p. 382. También en él se habla de los estrechos lazos que unían los problemas campesinos y los obreros: «La amarga necesidad, los pesados impuestos os expulsan de las aldeas hacia las fábricas y talleres; buscáis un trabajo para satisfacer a los agentes del fisco que exigen los impuestos con el látigo. El obrero no puede encontrar protección en nadie. La policía interviene siempre en favor de los patronos. Los patronos están contentos cuando los obreros no se comportan amistosamente entre sí... Mientras los obreros no comprendan que tienen que ayudarse recíprocamente, mientras actúen por separado, serán siervos del patrono. Cuando estén unidos, cuando en el momento de una huelga de una fábrica los obreros de las demás fábricas los ayuden, entonces ya no tendrán nada que temer de los patronos ni de la policía. Unidos sois una fuerza; aislados, cada guardia puede haceros daño.»

⁹⁴ Véase el artículo de G. V. Plejanov en «Zemlia i volia!», fasc. III, del 15 de enero de 1879, reproducido en Plejanov, *Sochineniya* cit., vol. I, pp. 37 y ss.

⁹⁵ Burtsev, *op. cit.*, y sobre todo Korol'chuk, *Severny soyuz russkij rabochij* cit.

⁹⁶ Plejanov, *Russki rabochi v revoliutsionnom dvizhenii* cit., p. 183.

⁹⁷ Véanse casos concretos, sacados de los papeles de la policía, en Korol'chuk, *Severny soyuz russkij rabochij* cit., pp. 195 y ss.

⁹⁸ Popov, *Zapiski zemlevoľ'tsa* cit., p. 235.

⁹⁹ Plejanov, *Russki rabochi v revoliutsionnom dvizhenii* cit., p. 186. Cfr. los documentos publicados por I. Volkovicher, *Nachalo sotsialisticheskogo rabocheho dvizheniya v byvshei russkoi Pol'she* [Los comienzos del movimiento socialista obrero en la ex-Polonia rusa], M.-L. 1925, pp. 75 y ss.

¹⁰⁰ Véase la autobiografía de Peterson en «Katorga i ssylka», 1924, fasc. III. Formará parte del partido socialista revolucionario y morirá en 1919.

¹⁰¹ A. Shilov, *Poslednaya stranitsa iz zhizni «Severnogo rabocheho soyuza» v Peterburge* [La última página de la vida de la «Unión obrera septentrional» en San Petersburgo], en «Krasnaya letopis'», 1922, fasc. II-III.

«Zemlia i volia»

Bastaría el hecho de que este grupo revolucionario lleve un nombre que constituye un programa, y no se denomine ya como uno de sus fundadores o animadores (como había ocurrido en años anteriores), para que comprendamos que nos hallamos ante un partido. También la *Zemlia i volia* de los años sesenta había pretendido ser tal, aunque estuviera compuesta por pocos grupos, escasamente organizados. Pero en realidad fue un partido de opinión, un movimiento intelectual que empezaba a cuajar apenas en una organización. La *Zemlia i volia* de los años setenta fue un partido revolucionario en el sentido que esta palabra adquirirá en los decenios siguientes, es decir, compuesto por hombres que se consagran a la causa y que tienden a agrupar en torno suyo todas las otras fuerzas revolucionarias y a dirigir las. Puede decirse incluso que precisamente *Zemlia i volia* creó este tipo de organización política, practicándolo por primera vez en Rusia. El espíritu de sacrificio de los *chaikovtsy*, el impulso religioso de la «ida hacia el pueblo», algunas exigencias específicas del jacobinismo ruso, una reelaboración de las ideas más propiamente populistas sobre la relación entre revolución campesina y movimiento en las ciudades, una repetición en un plano más amplio —y al tiempo más eficaz técnicamente— de los diversos medios de acción propuestos en el período anterior (propaganda, agitación, manifestaciones públicas, huelgas y por último terrorismo), todo eso confluyó en la *Zemlia i volia* y se fundió en ella para convertirla en la organización más fuerte de los años setenta, donde los diversos elementos que componían el populismo ruso se mostraron unidos y actuaron juntos.

Su historia presenta al mismo tiempo las dificultades que existen para quien estudia una conspiración y para quien se acerca a la vida de un partido. Las huellas de una conspiración —aunque sea amplia y vasta como ésta— no son numerosas y detalladas. A menudo hay que reconstruirla con ayuda de memorias escritas muchos años después. Un partido (y *Zemlia i volia* no constituye la excepción de la regla) es siempre un conjunto de fracciones y corrientes. Los testimonios no concuerdan siempre, y reflejan los ecos de un lejano debate interno. Sin embargo, por primera vez en esta historia, nos hallamos ante una documentación

abundante, variada, capaz de darnos una idea compleja de este partido, al menos en su fase central y final. El período menos claro es el que va desde la caída de los *chaikovtsy* (1874) y la detención de quienes habían ido hacia el pueblo (en el mismo año y en el siguiente) hasta 1876, cuando la actividad se reanudó en la capital con intensidad creciente y empezó a formarse el primer núcleo en torno al que se agrupará la nueva organización. No puede asombrarnos que este período, centrado en torno a 1875, sea el más difícil de seguir de cerca. Tras los duros golpes constituía una exigencia absoluta la más estricta clandestinidad; el millar de detenciones que sufrió el movimiento populista ha de ser tenido siempre en cuenta por quien quiera entender cómo surgió el primer grupo de lo que será la *Zemlia i volia*¹.

Se debió a la tenacidad de algunos hombres la recuperación de las filas de los *chaikovtsy*, y su mérito consistió en que eso se produjo en un plano nuevo, susceptible de gran desarrollo. Pero la resonancia rápida y honda de su acción sólo se explica teniendo presente la situación en que se encontraba Rusia en ese período, las circunstancias en medio de las que actuaron.

La amplitud de la represión tranquilizó en cierto modo a las autoridades. Hacia 1875 —aunque manteniendo intactos todos los dispositivos de lucha contra los populistas— pudieron hacerse la ilusión de que habían infligido un golpe decisivo. «En los círculos dirigentes —escribe un historiador oficioso y bien informado— reinaba la convicción de que, detenida la mayoría de los propagandistas, podía darse por terminada la lucha contra el estado»².

Los acontecimientos que se produjeron ese mismo año en la península balcánica no hicieron sino confirmar este estado de ánimo. La revuelta de Herzegovina y Bosnia contra la dominación turca atrajo la atención de las esferas gubernativas y de una parte cada vez más importante de la sociedad rusa. Los eslavófilos se lanzaron a una amplia y violenta campaña en favor de los «hermanos eslavos». Una parte al menos de los liberales esperó conseguir del despertar de la opinión pública la posibilidad de pedir abiertamente al gobierno que introdujera en Rusia las reformas liberales que exigían del gobierno turco; los conservadores y los nacionalistas de todo tipo vieron en la intervención de Rusia en los Balcanes la reanudación de una política exterior rusa, que se había mantenido pacífica desde hacía ya veinte años, clavada en la inmovilidad por el entendimiento de los tres emperadores en 1873. No faltó entre estos últimos quien pensó en eliminar todo peligro interno, en sofocar los fermentos revolucionarios asignándole al zar la noble función de liberador de la cristiandad del yugo musulmán, y en general asegurándole éxitos bélicos y de política exterior³.

Pero la campaña para conseguir ayuda en favor de los eslavos, el tácito consentimiento y después el aliento oficial al reclutamiento de voluntarios que se dirigían a los Balcanes a luchar contra los turcos,

y por último la intervención de las tropas rusas, la guerra de 1877-78, la liberación de Bulgaria, la victoria que las tropas rusas pagaron a alto precio, los evidentes fallos demostrados por el ejército y la administración durante la campaña —pronto agravados y confirmados por la derrota diplomática que constituyó para Rusia el tratado de Berlín—, en resumen, los acontecimientos de los años 1875-78 produjeron en conjunto sobre el movimiento revolucionario el efecto de una incitación, lejos de sofocarlo, como se había pensado y esperado⁴.

Los acontecimientos de los Balcanes sorprendieron al populismo ruso en un momento de debilidad y de relativa desorganización. Por un instante pareció que una parte notable de las fuerzas que se habían salvado de las detenciones de los años anteriores y cierta porción de las energías nuevas que empezaban a sustituirlas, eran arrastradas por la campaña patriótica para constituir un ala tan sinceramente revolucionaria como prácticamente inútil del movimiento eslavófilo, entonces en plena expansión. Cierta número de populistas participarán como voluntarios en la rebelión de Herzegovina; y aún fue mayor el número de los que, impulsados por la desesperación de no poder actuar con eficacia en Rusia, pensaron en lanzarse a aquella aventura. Pero este primer impulso pronto quedó detenido, y no se necesitaron largas polémicas internas para que volvieran a triunfar la lucha contra el absolutismo y la voluntad de una acción más intensa en el interior. En suma, la insurrección de los Balcanes suscitó energías y esperanzas, pronto encauzadas en la naciente *Zemlia i volia*.

La polémica interna entre lavristas y bakuninistas había impedido desde el principio que dominara incontinentemente la corriente de activa simpatía por los eslavos del Sur.

Desde el principio el «Vperëd» había llevado una campaña marcada por una visión puramente socialista y clasista:

No podemos ver sin dolor la agitación desarrollada entre los eslavos del Sur en nombre de los viejos ideales de la independencia nacional, de la autonomía de los estados y de la iglesia cristiana, agitación que se limitará a ahogar la predicación del socialismo entre nuestros hermanos; sea cual sea el resultado de la lucha, el odio nacional pondrá obstáculos a la hermandad de los obreros, en ambos casos la ilusión nacional, estatal y religiosa, oscurecerá ante las masas que sufren sus verdaderos intereses⁵.

La posición adoptada por Lavrov suscitó vivas protestas, incluso en los círculos que siempre se habían mostrado atentos a sus palabras y a su enseñanza. Una de las causas —y no la menor— de la disminución de la influencia de Lavrov sobre la juventud rusa ha de buscarse justamente en este intento suyo de oponerse al deseo de apoyar la insurrección de los eslavos del Sur y de intervenir personalmente en ella. Klements

y Kravchinski, dos de los *chaikovtsy* que eludieron la detención, irán como voluntarios a los Balcanes. La Unión Meridional de los obreros rusos, encabezada por Zaslavski —lavrista y en relaciones con el «Vpered»— participará en la agitación en favor de los «hermanos eslavos»⁶. Zheliabov —que nunca será bakuninista y pasará directamente a *Narodnaya volia* del círculo de los propagandistas y los *chaikovtsy*— tomó también parte activa en la campaña para la recolección de dinero en favor de los servios y pensó por un instante en ir a la guerra.

Las consignas de los grupos bakuninistas interpretaban el estado de ánimo de los jóvenes revolucionarios, arrebatándolos a menudo a la influencia de Lavrov. El «Bulletin de la fédération jurasienne», al describir la insurrección en Bosnia y Herzegovina, decía que tomaría el carácter de «una guerra social». «La lucha de los campesinos cristianos contra los musulmanes es la guerra del proletario agrícola contra los terratenientes»⁷. Le hacía eco el «Rabotnik» de Ralli y sus compañeros:

Muchos dicen que no hay que ayudar esta rebelión porque puede ocurrir que los trabajadores, después de la victoria, no sean capaces de liberarse, y que en lugar de los turcos elijan nuevos amos... ¡Bah! La cosa no es tan segura. ¿Quién podrá evitar estos nuevos errores sino los que los han entendido? Nosotros, que tenemos en el pecho un corazón vivo, no podemos soportar la desesperada lucha del pueblo trabajador y mirarla sin participar en ella. Diremos que sólo una actividad de mayor importancia en el propio país puede justificar la falta de participación en la lucha⁸.

En polémica con Smirnov, el brazo derecho de Lavrov, un joven ruso escribía:

Partimos voluntarios sobre todo para estrechar sólidos lazos con los eslavos y para regresar después avezados y a punto... Confieso que, aunque se tratara de Polonia y no de Herzegovina, aunque no se plantease el problema de la independencia nacional sino, supongamos, sólo el de la unión de Polonia a Austria, iría lo mismo, porque durante un movimiento, por absurdo que sea, puede dirigirse la agitación con mucho más éxito que durante la tranquilidad mejor intencionada⁹.

M. P. Sazhin (Ross) y Sergei Kravchinski fueron los primeros voluntarios bakuninistas. Se encontraron en París en 1875 y decidieron marchar juntos hacia Herzegovina en el verano de ese año. «Pasé por Lorcarno —narra el primero—, donde vivía Bakunin, camino de Zagreb. Sergio hizo el viaje por el norte de Italia... En Zagreb había un comité que proporcionaba armas a los voluntarios y les hacía pasar la frontera por Dubrovnik y Kotor»¹⁰. Antes de partir, Kravchinski había tratado

de organizar una pequeña leva de voluntarios, enviando a Aksel'rod a Rusia con este fin¹¹. En Herzegovina participaron en algunos enfrentamientos, pero su actividad bélica duró poco. Al igual que otros voluntarios rusos, tuvieron que advertir que no era fácil integrarse en una situación tan nueva para ellos y adaptarse a la guerra de guerrillas en las montañas de Dalmacia.

Al regreso estaban completamente desilusionados del carácter social de la guerra. «Fanatismo religioso y amor al saqueo» era todo lo que habían visto¹².

De Suiza partieron hacia Servia dos muchachas del grupo de Zurich. Otra mujer, Anna Pavlona Korba —que formará parte del Comité Ejecutivo de *Narodnaya volia*— hizo toda la guerra como dama de la Cruz Roja. De Odesa pasó a los Balcanes Innokenti Fëdorovich Voloshenko. Y también desde Odesa se preparaba a salir hacia Herzegovina Viktor Fëdorovich Kosturín, miembro del grupo de *chaikovtsy* de la ciudad —que, entre 1875 y 1876, como otros muchos del sur de Rusia, se estaba convirtiendo en «revoltoso», o sea partidario de Bakunin—, pero lo detuvieron antes de su marcha y acabó siendo juzgado en el proceso de los ciento noventa y tres; se quedó en Siberia toda su vida y murió en Tobolsk en 1919¹³. «Entre los radicales —escribirá Kosturín— se hablaba mucho de la necesidad de tomar parte en el movimiento de los servios y los búrgaros, tanto para recibir así 'el bautismo de fuego' como 'para estudiar el mecanismo de las insurrecciones populares'». De Kiev partió voluntario I. Debagori-Mokrievich, hermano de uno de los futuros «revoltosos» del sur. Dos populistas, Dalmatov y Bal'zam, dejarán la vida en los Balcanes.

Como se ve, el movimiento en favor de los «hermanos eslavos» se desarrolló sobre todo en los grupos populistas del sur de Rusia, en Ucrania, Odesa, Kiev. Participaron en él hombres de las diversas corrientes, pero la gran mayoría de los elementos activos estuvo constituida por bakuninistas o por aquellos que, tras el fracaso de la experiencia «propagandística» de los años anteriores, estaban adentrándose por el camino de la «revuelta».

La desilusión —y sobre todo el hecho de la participación oficial de Rusia en la guerra— interrumpieron el germen de voluntariado recién nacido. Fue una llamarada que en realidad no tuvo otro significado que el ser uno de los síntomas de una recuperación, una de las formas mediante las cuales se pasó a métodos y mentalidad de lucha más activos y violentos.

Entre tanto se iba formando en San Petersburgo el primer núcleo de quienes pronto recogerían estas energías dispersas. En 1875 actuaban en el «subsuelo» más profundo, y justamente por ello su grupo fue conocido con el nombre de «trogloditas». «Así bautizó Klements, aficionado a toda clase de motes, a un pequeño grupo de juventud revolucio-

naria de la capital que se distinguía por el hecho de que ningún extraño sabía dónde habitaban ni con qué nombre vivían. Eso le hizo decir que habían encontrado refugio en cavernas secretas»¹⁴.

Como lo demuestra un extenso informe al emperador, la policía quedó muy impresionada con esta denominación, más o menos burlona, y se creyó en el deber de explicar que «se llamaban trogloditas en la Antigüedad unas salvajes tribus etíopes, que habitaban sobre todo en la actual Abisinia. Estas tribus vivían en bandadas. Mujeres y niños eran comunes para todos. Ahora, en Africa se llaman trogloditas unas razas de monos chimpancés, inteligentísimos, tan domésticos que sustituyen a veces a los sirvientes, pero sumamente irritables, que pasan rápidamente de la extremada alegría a la ferocidad»¹⁵. El nombre del grupo revelaba en realidad —pese a esta erudición policial— el elemento nuevo que aportaban: no pretendían lanzarse a hacer propaganda, sino que querían organizarse sólidamente.

Artífice de este grupo fue, una vez más, Mark Andreevich Natanson. Era el lazo vivo entre este movimiento y los precedentes. Uno de los principales adversarios de Nechaev, había dado el impulso inicial a los *chaikovtsy* y en 1872 fue exiliado a una aldea de la gobernación de Arjangel'sk por publicar y difundir un libro de Flerovski. Desde allí continuó en contacto con sus compañeros. Trasladado en 1875 primero a Voronezh y después a Finlandia, acabó escapando y se fue a vivir ilegalmente a San Petersburgo. Pronto demostró poseer un «extraordinario sentido de la organización», como decía Aptekman¹⁶.

Encontró una valiosa ayuda en su mujer, Olga Aleksandrovna, que ya había estado con él entre los *chaikovtsy* y en el confinamiento y que lo sustituirá cuando lo detengan en mayo de 1877. «Se olvidaba siempre de sí misma por los demás y lo sacrificaba todo por la causa», decía de ella, en la cárcel, A. D. Mijailov, recordando su figura con especial admiración. Y agregaba: «A ella y su marido les cupo en suerte ser los organizadores y dirigentes de la nueva corriente. Mark Natanson fue realmente uno de los apóstoles del movimiento socialista y el padre de *Zemlia i volia*. Olga fue su más devota y enérgica ayuda»¹⁷.

Junto a ellos estaba el joven de veintidós años Aleksei Dmitrievich Oboleshev, que «había vivido ya el tempestuoso período de la 'ida hacia el pueblo', con todos sus inevitables errores y sus profundas heridas. Las heridas de su alma, aunque cicatrizadas de vez en cuando —si se las tocaba de nuevo— echaban sangre. Estas severas 'lecciones de la vida' habían hecho de él un rigorista inflexible de la acción revolucionaria, un fanático de la organización y de la disciplina revolucionaria. Sabía dominar su temperamento apasionado, su naturaleza tempestuosa. A primera vista daba la impresión de un árido fanático, casi de un creyente en los dogmas de las sectas, de un formalista, pero bastaba convivir con él una semana o dos, con verlo al trabajo, con actuar con él, para librarse de esta primera impresión y además quedar conquistado, sin que-

rer, y sin reservas, por este admirable ser»¹⁶. Oboleshev fue uno de los mejores ejemplos de la transformación que, de diversas maneras, se estaba produciendo en todos sus compañeros: los propagandistas se convertían en organizadores.

Aleksandr Dmitrievich Mijailov fue quien mejor representó en este primer núcleo a la generación que no había tenido tiempo de participar en la «ida hacia el pueblo». Sus notas autobiográficas constituyen quizás el documento más importante que se conserva sobre la formación interior de un populista de los años setenta. «Desde mis primeros días —escribe— brilló sobre mí una feliz estrella. Mi infancia fue una de las más dichosas que puede tener un hombre. Sólo puedo compararla con una luminosa aurora de primavera que no conoce tempestades, ni mal tiempo, y casi no ve días nublados»¹⁹. Esta alegría vuelve siempre a su pluma cuando quiere expresar la íntima esencia de su vida, incluso cuando ya está en la cárcel, con la certeza de ser pronto condenado a muerte. «Mirando hacia atrás, puedo decir que mi vida ha sido excepcional por su feliz actividad. No conozco un hombre al que el destino haya dado tan liberalmente tanta felicidad práctica. Ante mis ojos ha pasado todo lo grande que ha existido en la Rusia de nuestros tiempos. Mis sueños más hermosos se han hecho realidad durante unos años. He vivido con los hombres mejores y siempre he sido digno de su amor y de su amistad. Esta es una gran felicidad para un hombre»²⁰.

En la cárcel, hablando de su yo más íntimo, dirá que el origen de esta alegría suya estaba en el amor a la naturaleza.

La naturaleza me fue querida y próxima. En mi primera juventud fui un verdadero deísta. Hasta en el momento de mi tránsito al socialismo la naturaleza tuvo una función. Al menos esto ocurrió en su presencia... El amor por la naturaleza se transformó insensiblemente en amor a los hombres. Surgió en mí el apasionado deseo de ver a la humanidad tan armoniosa y bella como la naturaleza misma, surgió en mí el deseo de sacrificar por esta felicidad todas las fuerzas y mi vida... Mi corazón, que no buscó pasiones propias, conservó todas sus energías para la actividad social²¹.

Esta fuerza —que hizo decir un día a Zheliabov que su compañero era un «verdadero poeta del alma»— no se vio turbada por el primer contacto con la vida, en la escuela. El instituto al que asistió le pareció dominado «por el caos del espíritu alemán»²², es decir, por la falta de aquella armonía y aquella poesía que percibía en sí. Se apartó pronto de él sin dificultad, como de algo muerto, igual que desde niño expresaba en sus cartas a sus padres y hermanos su ánimo ya alejado de la «razonable vida de provincia» de la «pequeña vida» que sentía perfectamente que no sería la suya²³.

Se estaba produciendo en él lo que más adelante llamará un desdoblamiento; estaba tomando conciencia de «aquel resorte secreto» que sentía surgir en sí y que sólo confesará abiertamente en una carta ya próxima a la muerte.

En la primera juventud, cuando mi carácter estaba formándose, advertí que estaban naciendo en mí dos mundos. Uno me ataba a la vida, y ante él reaccionaba con la voluntad, la conciencia, el pensamiento, la acción. Era, por así decirlo, inmediatamente activo. El otro, que se encontraba muy hondo y oculto en mi ánimo, se iba creando en contacto con el primero y lo regía por entero e intensamente. Era el mundo de los ideales y de las más elevadas aspiraciones. Es lo que siempre ocurre en el alma humana. Si advertí pronto su aparición, se debió a que el segundo era especialmente tajante y tuvo en mi vida una enorme función. En mí los dos mundos no se confundieron, no se ligaron con influencias recíprocas. Su función, uno como agente y otro como regulador, no se intercambió, sustituyendo uno al otro, como a menudo sucede en los hombres ²⁴.

Algo aparece en la superficie de este consciente desdoblamiento, cuando se consagró al estudio de las sectas, para penetrar en ellas, para encontrar en su seno fuerzas para la revolución social. Se lanzará a este trabajo con tanta pasión que se comprende que en ese mundo religioso él encontraba algo más, y algo distinto, que un puro instrumento político, y después hablará a menudo de problemas religiosos. Llevará a la organización revolucionaria algo que hará decir a sus compañeros que era «un poeta de la organización» ²⁵. Pero el mundo de los ideales, el de su religión y su poesía, permanecerá siempre intencionadamente escondido, resolviéndose por entero en su acción. Mijailov no expresará su religión, sino que la profesará; no será un poeta, sino un revolucionario.

Eligió muy pronto el camino que un día llamaría —para que sus padres lo entendieran plenamente— con un término evangélico, «la puerta estrecha» ²⁶. Su pasión política empezó a revelarse en el instituto, cuando devoró la que ya era la literatura clásica del populismo ruso ²⁷. También él empezó creando uno de aquellos «grupos de autoformación» en los que germinaron muchas de las energías revolucionarias de esos años. El propio Mijailov explicará claramente un día por qué aquellos «grupos» o «círculos» tuvieron tanta importancia.

La familia de las clases privilegiadas y la escuela no contienen en Rusia, en la gran mayoría de los casos, ninguna semilla de actividad autónoma, ese fundamental factor de progreso. Por eso la juventud estudiantil rusa, seguramente dotada de cualidades espi-

rituales, necesita muy en especial esos grupos que suscitan en la mayoría de los miembros un trabajo interior, haciéndoles dar el primer paso hacia una vida autónoma²⁸.

Así se formó él, convirtiéndose pronto en alma de un pequeño centro para la distribución de libritos entre el pueblo y para recoger fondos con que ayudar a los «propagandistas» («aunque la idea que entonces teníamos de esta propaganda era tan poco clara como la de cualquier partido de un país extranjero»²⁹). Pero incluso una actividad tan modesta se vio duramente reprimida. Mijailov eludió la persecución por circunstancias puramente casuales. Algunos de sus compañeros fueron enviados a Siberia y uno de ellos fue condenado a dos años de cárcel.

En el otoño de 1875 estaba en San Petersburgo para iniciar sus estudios universitarios, que había decidido realizar en el Instituto Tecnológico, protestando así contra la orientación clasicista que el ministro Tolstoi había imprimido por aquellos años a la escuela rusa, y que ya lo había llenado de desprecio en los bancos del instituto. Una trivial protesta estudiantil hizo que lo devolvieran a provincias, a su casa, escoltado por gendarmes. Ya lo asaltaba la duda de su generación: ¿para qué estudiar, conseguir una especialidad, cuando «la situación de la sociedad y del pueblo es en Rusia extraordinariamente dolorosa»? «La sociedad está privada de todo derecho y es pasiva. El espíritu cívico está sustituido en ella por el amor al grado jerárquico en la carrera, restringidos instintos individualistas dominan ampliamente. Las tendencias de carácter social son ahogadas, se persigue a la gente animada por ideas de libertad»³⁰.

Cuando consiguió establecerse en Kiev, en diciembre de 1875, su preocupación esencial fue entrar en contacto con el «mundo de los radicales». Se encontró con las tres tendencias que dividían entonces el populismo, representadas en la capital de Ucrania por corrientes de matices sumamente vivos, mucho más claros que en San Petersburgo, donde la represión había sido mucho más dura y donde los *chaikovtsy* habían ya dado ejemplo de un movimiento en el que las diversas ideas se unían en un plano distinto, más característicamente populista.

Conoció de cerca el estado de ánimo lavrista, oyó a los que hablaban de la propaganda como único medio posible de lucha. «Abrir los ojos al pueblo», esa sería su tarea; tendrían que

desarrollar la solidaridad en el pueblo, que unir a sus representantes más avanzados y decididos... Iluminar a toda la masa popular con cientos e incluso miles de propagandistas no era posible, desde luego, pero para el éxito de la causa era indispensable que aunque sólo fuera una pequeña minoría del pueblo se volviera conscientemente socialista, y, uniéndose, alzase la bandera de la revolución económica y social. La situación era tan intolerable que bastaría

la iniciativa de esta minoría popular consciente para que el gigante se despertase, rompiese sus seculares cadenas y reconstruyese la vida según las tradicionales aspiraciones y la iniciativa de la minoría socialista.

La función de esta última en el momento de la revolución sería dirigir al pueblo, «impidiendo que los egoístas y los oportunistas utilizaran la victoria para sus propios fines». Ir hacia el pueblo para hacer propaganda era la consigna de los lavristas. Pero eso no significaba abandonar la cultura socialista.

En general el motín y la huelga, así como la agitación con objeto de dirigir las pasiones hacia una acción inmediata, no pueden servir para preparar al pueblo a una revolución socialista. En casos aislados esos medios pueden preparar el terreno para la propaganda. En el pueblo no hay que suscitar el sentimiento, sino la conciencia ³¹.

Los «revoltosos» bakuninistas sostenían, en cambio —polemizando con los lavristas— que precisamente el «sentimiento», las «pasiones» eran el muelle fundamental de la revolución. El pueblo no necesitaba que le aclararan sus propias necesidades. «La insuficiencia de tierras es tan evidente que se expresa en la esperanza difundida por doquier de una redistribución... Por tradición y por un sentido innato [el campesino], rechaza las formas estatales, la propiedad privada y los otros medios de opresión del hombre sobre el hombre.» La postura de los bakuninistas se expresaba en el «Rabotnik» y llamaba a la rebelión. Había que desencadenar revueltas campesinas, por pequeñas y limitadas que fueran. Una vez dado el primer ejemplo, se podría alzar la bandera «de las reivindicaciones más comprensibles y próximas al pueblo, lo más socialistas y federalistas posibles. Fueran cuales fueran las consecuencias de tal sublevación, de ella resultaría una acumulación de pasiones revolucionarias y una educación del pueblo» ³². ¿Eran «anarquistas» los «revoltosos» con que entró Mijailov en contacto en Kiev? El se lo preguntó. Aceptaban las fórmulas de Bakunin, sí. «Su teoría económica era el colectivismo y su fórmula política consistía en la libre federación de *obshiny* autónomas de producción.» Pero toda su atención se orientaba a la acción inmediata, al deseo de crear la primera chispa de un movimiento campesino. Por eso estaban dispuestos a aceptar las reivindicaciones populares, en cualquier forma que se presentaran, con tal de poder prender el gran incendio revolucionario. En realidad eran sobre todo «revoltosos», como se denominaban ellos mismos. «Sus ideales teóricos no constituían, para la mayoría de ellos, metas más o menos inmediatas» ³³.

«Propagandistas» y «revoltosos» habían acabado —por la propia naturaleza de sus posiciones— repartíéndose las tareas, representando dos

ambientes y dos tipos humanos distintos, que polemizaban y se completaban respectivamente. Los lavristas eran, en resumen, la masa estudiantil, la *intelligentsia* más joven y activa. Pero pocos de ellos se dedicaban exclusivamente al trabajo revolucionario, y por lo demás las detenciones habían frenado su actividad. Representaban un estado de ánimo muy difundido, continuaban un trabajo sistemático y provechoso de difusión de los ideales socialistas, pero se advertía en ellos «cierta falta de fuego revolucionario». Los «revoltosos», en cambio, «tenían menos puntos de contacto con los estudiantes. En general eran hombres que habían roto los lazos con la universidad, eligiendo un camino más duro y difícil. A menudo se trataba de personas a las que buscaba la policía». Su grupo central estaba compuesto por «gente ya experta, entregada sin reservas a la causa». En suma, «el propagandista era el mejor representante de nuestra *intelligentsia*..., el "revoltoso" era una naturaleza total, inmediata»³⁴.

¿Tenían razón, pues, los jacobinos, los seguidores de Tkachëv, que hablaban de unir en una fuerte organización centralizada estas «naturalezas» de revolucionarios y que deducían de ello la necesidad de «realizar todas las transformaciones deseadas por los socialistas no de abajo a arriba, sino viceversa»? «Derribado de un modo u otro el actual gobierno, se crearía, gracias a las fuerzas del partido, un gobierno nuevo, socialista, que decretaría un orden nuevo. Y después, cuando se elevara el nivel del desarrollo popular, este gobierno devolvería la soberanía al pueblo»³⁵. Es evidente que Mijailov se interesó mucho, en 1876, por esta postura. Por un momento le pareció encerrar la respuesta a sus dudas. «Pero pronto vi que la teoría y la práctica de aquel grupo no representaban nada sólido, y rompí las relaciones con ellos. Era un núcleo muy pequeño. La fuerte organización basada en los principios en que se asentaban sus ideas, no podía surgir, debido a la falta de un trabajo revolucionario serio»³⁶. Esa era su conclusión tras un breve intento de trabajar con el grupo jacobino. Lo que más lo atraía era la idea de una organización revolucionaria fuerte. Por eso se ligó a I. Ya. Davidenko, uno de los poquísimos partidarios de las ideas de Tkachëv. La experiencia realizada le dio la certeza de que su fe en la organización no debía ser sólo teórica —como ocurría entre los jacobinos— sino insertarse allí donde el movimiento era más vivo³⁷.

La vivacidad y el desarrollo social de Kiev me habían impresionado —contará más adelante—, pero era fácil observar, por otra parte, la fragmentación de todo el movimiento, la falta de una unidad en la acción y en los objetivos inmediatos, que, junto con cierta intolerancia, disminuían enormemente los resultados de los individuos y del movimiento en su conjunto. La conciencia de este importante defecto me indujo a una posición de observador. El instinto me decía que el centro, la fuente de todo el movimiento

no estaba en Kiev, me decía que sólo en el centro, donde convergían todos los datos de la experiencia, donde se reunían los elementos mejores, podrían encontrarse fuerzas serias y planes amplios.

Abandonará, pues, la idea de quedarse en Kiev. «Mis sueños se alejaban hacia el remoto norte, hacia San Petersburgo»³⁸.

A mediados de agosto de 1876 estaba en la capital y se unía al grupo de Natanson. Como recordará Plejanov, Mijailov solía decir que su participación en el grupo (que estaba a punto entonces de tomar el nombre de *Zemlia i volia*) marcó el fin del período «nihilista» de su vida. Desapareció lo que aún quedaba en él del estudiante de extrañas costumbres popularizantes. «Se transformó en un organizador de carácter reservado, capaz de medir cada paso y de tener en cuenta cada precioso minuto»³⁹. Como dirá él mismo, «en los caracteres, los hábitos y las costumbres de los más importantes activistas de nuestra sociedad había muchos elementos que evidentemente eran perjudiciales y desastrosos para el desarrollo de una sociedad secreta... Yo y Oboleshev iniciamos una durísima lucha contra esta 'ancha naturaleza rusa'»⁴⁰. Mijailov se entregó con toda el alma a su «pasión organizativa». *Zemlia i volia* encontrará en él la mejor fuerza directriz.

Hemos seguido paso a paso la evolución de Mijailov por lo que tiene de ejemplar; nos aclara —mejor que ningún otro testimonio— cómo *Zemlia i volia* pudo convertirse «en la organización panrusa de la energía del partido social-revolucionario»⁴¹ en que él, al marcharse de Kiev, pensaba ya audazmente.

En San Petersburgo, los *chaikovtsy* supervivientes habían proseguido en 1875-76 su trabajo entre los obreros. Plejanov se había integrado en esa actividad, convirtiéndose, como vimos, en uno de los principales responsables. Natanson desarrolló su núcleo inicial en una «Sociedad de los amigos», grupo del que no sabemos gran cosa, y cuyo nombre es probablemente obra de la fantasía policial, pero que empezaba empero a tener cierta estabilidad y consistencia⁴². En torno al núcleo originario de los «trogloditas» se fueron congregando los elementos que, detenidos en 1874, fueron puestos en libertad durante la instrucción o que habían conseguido esconderse en Rusia o emigrar temporalmente al extranjero.

En este primer período entró a formar parte del grupo central Adrian Fëdorovich Mijailov, que contaba entonces veintitrés años; le esperaba una existencia dura y difícil, pero conseguirá resistirla. Será uno de los pocos de *Zemlia i volia* que no desapareció rápidamente en la lucha. Detenido en 1878, lo condenarán dos años después a veinte años de trabajos forzados, que pasó en Kara y después confinado en la región de más allá del Baikal. Transcurrirá otro año más en la cárcel después de la revolución de 1905, verá la revolución de 1917 y vivirá hasta 1929⁴³.

En los dos o tres años de trabajo que pudo realizar en los años setenta, fue un organizador de primer orden.

Este núcleo se organizó con la constante preocupación de los numerosos compañeros encarcelados, asaltado por la idea de continuar su obra y al mismo tiempo de ayudarles, de hacerles escapar si era posible y de mantenerse por todos los medios en contacto con ellos. Pronto esta voluntad —tan fuerte hacia 1876— se mudará en una firme decisión de vengarlos.

En la primavera de 1876 las honras fúnebres de uno de los muchos que perecieron en la cárcel durante la instrucción fueron la primera señal pública de esta solidaridad. El 3 de marzo era enterrado el estudiante Chernyshev, muerto de tisis tras tres años de prisión preventiva. El cortejo adquirió tal magnitud que pudo ser considerado como la primera manifestación política por las calles de San Petersburgo, aparte la estudiantil de la década anterior. Pero esta vez participó en ella una parte notable de la «sociedad»: profesores, militares, abogados. Era un indicio del despertar de la opinión pública. El cura que acompañaba al féretro quedó tan impresionado por lo que estaba ocurriendo a su alrededor que escapó. Aún más asombrada quedó la gente por las calles de la capital, al ver pasar un entierro tan raro en el que incluso faltaba el sacerdote. Los estudiantes trataron por todos los medios de que la muchedumbre participara en su manifestación. Decían en voz alta que enterraban a un muchacho «martirizado en la cárcel, que había dado testimonio en favor de la verdad y del pueblo». La sorpresa fue enorme incluso para los guardias, que intervinieron con retraso y sin energías. Sólo un estudiante, detenido al día siguiente, fue deportado.

En el verano de 1876 se consiguió organizar la brillantísima fuga de uno de los *chaikovtsy* más conocidos, Kropotkin. Tuvo en ella un papel de primer orden el doctor Orest Eduardovich Veimar que —aunque nunca formó parte oficialmente, por así decirlo, de *Zemlia i volia*— participará en muchas de las hazañas más atrevidas y acabará condenado en 1880, con Adrian Mijailov, a diez años de *katorga*. Morirá en 1885, consumido por la tisis. La fuga de Kropotkin, realizada el 30 de julio, fue uno de los más arriesgados golpes en los que tomó parte. Demostró, amén del valor de Kropotkin, el notable grado de organización que sus amigos habían alcanzado ya en San Petersburgo⁴⁴.

Los «trogloditas» se estaban transformando en el «Grupo populista-revolucionario del norte», nombre que adoptaron inmediatamente antes del de *Zemlia i volia*. En el verano de 1876 pasaron definitivamente a la fase de una organización de partido. Establecieron entonces fuertes relaciones con otros grupos, sobre todo en el sur de Rusia, y en el invierno fijaron su primer programa y los estatutos. El 6 de diciembre de ese año la bandera roja de *Zemlia i volia* aparecía por un momento en la plaza de Nuestra Señora de Kazán, en San Petersburgo, durante la

manifestación obrera y estudiantil, como expresión del rápido proceso realizado en los meses anteriores.

En el verano habían entablado relaciones con un grupo populista de Jarkov. Sus representantes eran O. V. Aptekman y N. P. Moshenko. También ellos habían participado en la «ida hacia el pueblo» y sufrieron también la reacción ante el fracaso. Aptekman era uno de los que en mayor medida conservaba una fe ingenua, religiosa e incluso sentimental, en aquel movimiento. Su grupo representaba el ala menos violenta, menos «anarquista» del estado de ánimo revolucionario de esos años en el sur de Rusia. El mismo y muchos de sus compañeros estarán más tarde en contra de la *Narodnaya volia* y participarán en el *Chërnny peredel*. Aptekman será luego, como muchos de este último movimiento, miembro de la socialdemocracia rusa y menchevique. Este primer acuerdo entre la *Zemlia i volia* en trance de formación y un grupo meridional caracteriza la política de Natanson y responde a la tradición de los *chaikovtsy*. El espíritu de los «revoltosos» penetrará con lentitud en San Petersburgo, y nunca por completo. El «Grupo populista-revolucionario del norte» eligió sus primeras adhesiones, por así llamarlas, en el ala derecha del movimiento meridional.

Algo parecido puede decirse de los contactos con el grupo de Rostov. Pero los elementos que trabajaban en aquella zona eran más decididos, tenían más valor personal. La vida de uno de ellos —y no de los menos activos— es en sí característica de una mentalidad. Yuri Makarovich Tishenko era de una enorme fortaleza física. «En el período de la propaganda —cuenta Aptekman— vagó por medio Rusia en calidad de peón y a veces de zapatero remendón. Soportó estoicamente hambre, calor, trabajo prolongado y todo género de privaciones.» Y con todo encontraba tiempo para estudiar, tras quince horas de trabajo manual. «Leía todo libro que pudiera darle ideas sobre los problemas sociales. No se apartaba de Marx. En realidad, era uno de los pocos que lo conocía.» En Rostov estuvo al frente del trabajo entre los obreros y creó uno de los más extensos grupos que entonces existían en el sur de Rusia. Presidirá el congreso en el que se escindirá *Zemlia i volia*, y marchará al extranjero, al no soportar el desaliento que este hecho produjo en él. Regresará en 1882 y lo condenarán a cuatro años en Siberia. Al volver a la Rusia europea abandonó toda actividad revolucionaria, convirtiéndose en uno de los más capaces directivos de la industria petrolífera de Bakú⁴⁵.

Además de con Jarkov y Rostov y San Petersburgo estableció lazos, ya en 1876, con Odesa y Kiev, los dos principales centros de «revoltosos». Pero fueron esporádicos, individuales, basados más en una colaboración técnica que en un acuerdo político propiamente dicho.

En Kiev, la desilusión experimentada en la fase propagandística había empujado a un grupo de personas particularmente decididas no a la revisión de los programas o a una forma distinta de contacto con el pue-

blo, sino hacia el insurreccionalismo campesino. Este núcleo pronto fue compacto y estuvo muy unido, por lo que era difícilmente absorbible por una organización unitaria. Su alma eran Vladimir Karpovich Debagori-Mokrievich, que se convertirá en cronista del movimiento⁴⁶, Yakov Vasil'evich Stefanovich, organizador —como veremos— del único intento de rebelión campesino que tuvo un serio comienzo de realización, Lev Grigor'evich Deits (uno de los revolucionarios más activos de los últimos treinta años del siglo pasado y de comienzos de éste, uno de los fundadores de la socialdemocracia rusa)⁴⁷ y con ellos un grupo de mujeres similares en valor e inteligencia a las que lucharon en *Zemlia i volia* y *Narodnaya volia*. Una de ellas era María Pavlovna Kovalevskaya, nacida Vorontsova, hermana del escritor que, con el seudónimo de V. V. dio unos años después la más completa formulación de lo que podemos llamar el «populismo legal»⁴⁸. De ella dirá L. Deits: «no fue sólo uno de los elementos más importantes de nuestro grupo, sino una de las más activas partícipes en todo el movimiento de los años setenta»⁴⁹. Condenada a trabajos forzados, morirá en Kara. Junto a ella Vera Ivanovna Zasulich, destinada a llevar a San Petersburgo, con su atentado contra Trepov, el espíritu del terrorismo meridional y a implantarlo sólidamente con su ejemplo; Anna Markovna Makarevich, que tras una activa lucha en Rusia emigrará⁵⁰ y será muy conocida en Italia con el nombre de Anna Kuliscioff⁵⁰; María Aleksandrovna Kolenkina, también condenada a la deportación en Siberia, y otras.

En 1875-76 la situación de los «revoltosos» no era mala. Vivían en una especie de «comuna», continuamente armados; el gobernador de Kiev, cuando se olió su refugio, prefirió no acercarse, temiendo una activa resistencia. Cuando en Kiev se detuvo por primera vez a un socialista, Semen Lur'e, la situación en la ciudad era tan poco tensa que lo trataron con deferencia y lo vigilaron de tal modo que le resultó relativamente fácil la fuga. La había organizado Deits, entonces oficial. A causa de ello lo encerrarán en un castillo y lo amenazarán con un proceso militar, pero el 13 de febrero de 1876 conseguirá huir también.

Los «revoltosos» se encontraban entonces en la fase preparatoria. Salvo la voluntad de dedicar sus energías sobre todo a suscitar insurrecciones campesinas, no tenían ideas muy concretas. En conjunto aceptaban la visión de Bakunin, leían poco y tenían una actitud de desprecio más o menos profundo por las cuestiones teóricas. El único de su círculo con una concepción política que empezaba a ser compleja y articulada era Aksel'rod, que empezaba así su larga carrera de revolucionario. Pero tenían una idea muy concreta en la cabeza: estaban decididos a no dejarse «cazar como conejos» por los gendarmes y a defenderse con las armas si iban a detenerlos. Y en cuanto fuera posible pasarían a la contraofensiva, dirigida hacia las autoridades particularmente celosas en la represión. El primer germen del terrorismo, en la forma específica que asumió a finales de los años setenta, nacerá entre ellos.

Tenían relaciones y contactos con los otros centros del sur de Rusia, sobre todo con Odesa. Mijail Fëdorovich Frolenko era entonces el símbolo vivo de esta red «revoltosa». De origen popular, su padre había sido sargento y después guardián en una mina de Kubán. Su madre, a pesar de la prematura muerte de su esposo, consiguió que su hijo estudiara. Frolenko llegó hasta el Instituto Tecnológico de San Petersburgo y después a la Academia Agrícola de Moscú. Cuando aún era estudiante se lanzó a trabajar entre el pueblo, con una audacia fría y medida que le permitió ser quizás el más resistente de los revolucionarios de la época. Vivirá ilegalmente durante casi siete años, conocerá directamente a todo el mundo del subsuelo ruso, participará en las empresas más audaces, llevando a todas partes el espíritu práctico que le hacía elegir siempre la vía política más valiente y al tiempo la más eficaz. Pagará su actividad con la reclusión en Shlisselburg desde 1881 a 1905⁵¹.

El fue quien entró en contacto con San Petersburgo en 1876. Pedía dinero para comprar armas con destino a una revuelta que se pensaba suscitar en la región de Elisavetgrad y luego en otras localidades. Entonces se le negó esa ayuda, y las relaciones con los «revoltosos del sur» siguieron siendo frías.

En Odesa, a la que convirtió por entonces en centro de sus actividades, también había un proceso de reorganización; se tendía hacia algo similar a lo que estaba realizando ya el «Grupo populista-revolucionario del norte» —aunque al margen de San Petersburgo. «En el invierno de 1877 —escribe Frolenko— también en el sur dejó de pensarse en una acción masiva en el campo. La gente se congregaba en las ciudades; pasaron a primer plano la liberación de los prisioneros, la creación de una tipografía, el aniquilamiento de los espías»⁵². La fase teórica de la «revuelta» kievita estaba declinando, comenzaba la oleada terrorista de la Rusia meridional. En este nuevo plano se produciría el encuentro con el centro de San Petersburgo. Frolenko se convertirá en uno de los elementos más importantes de *Zemlia i volia*.

Esta transformación asumía en todas partes, más o menos claramente, un aspecto teórico. Puede decirse que se estaba pasando del bakuninismo a una forma más pura y consciente de populismo. La misma palabra «populismo» entró entonces definitivamente en el lenguaje político y fue adoptada como bandera.

Se trataba de una polémica evidente, aunque no abierta, contra el propio Bakunin. Este había dicho que el pueblo estaba siempre dispuesto a rebelarse. Hecha la prueba, la afirmación resultó falsa. Bakunin, pues, había «idealizado» al pueblo. Las teorías socialistas predicadas en años anteriores eran demasiado «abstractas», había que hacer concesiones al pueblo campesino, atender a sus necesidades inmediatas, no hablarles de socialismo en general, sino suscitar poco a poco una lucha reivindicativa, por así decirlo, en el campo, crear una *élite* política campesina,

sustituirla en el caso de que no se hubiera aún formado y colaborar así a su creación. No conducía a nada el divinizar las fuerzas revolucionarias del pueblo; había que servir sus intereses inmediatos y actuar concretamente en pro de su liberación. Y para ello había que ser ante todo y sobre todo populistas.

Aleksandr Mijailov formuló esta posición mejor que nadie:

Los revoltosos idealizan al pueblo, esperan la realización, desde los primeros momentos de la libertad, de formas políticas correspondientes a sus concepciones basadas en la *obshina* y la federación... El partido debe plantearse como tarea propia la ampliación de la esfera de acción desde la autoadministración a todos los problemas internos, pero como no puede predecir la forma general del gobierno, deja la solución de este problema a la competente voluntad nacional⁵³.

El partido —agregaba— seguía siendo socialista-federalista.

Pero, en vista de la misérrima condición en que se encuentra el pueblo, y en vista de que éste, por concepciones enraizadas en él desde hace mucho tiempo, plantea por su cuenta exigencias que, una vez satisfechas, constituirían una sólida base para su ulterior mejora, no creemos posible una revolución social-económica hasta que el propio pueblo esté en condiciones de poner en práctica formas más perfectas de convivencia. Por eso presentamos como nuestra bandera las exigencias populares, «Tierra y libertad». Con esto entendemos: 1) desde el punto de vista económico —el paso de las tierras, tanto del estado como privadas, a manos del pueblo, que en la Gran Rusia las explotará en *obshiny* y en las otras regiones de Rusia según las tradiciones existentes y las voluntades locales—; 2) desde el punto de vista político —la sustitución del estado actual por una estructura determinada por la voluntad del pueblo, con la realización indispensable de un amplio autogobierno de las *obshiny* y las regiones⁵⁴.

Resumiendo sus ideas, Mijailov decía que todos los «socialistas-revolucionarios» siempre habían aceptado la fórmula: «revolución social y económica para el pueblo y por medio del pueblo.» Los «populistas» habían añadido «y conforme a sus seculares e íntimos deseos». Era, en suma, una concesión dictada al tiempo por una sincera voluntad de ayudar al pueblo, de ponerse a su servicio, y por una consideración más reflexiva de las reales condiciones políticas y sociales de los campesinos.

Enfocadas así, las tareas inmediatas asumían también una forma nueva. Tarea de los populistas sería —decía Mijailov— «preparar al pueblo a la lucha para obtener lo que en el curso de los siglos le había arreba-

tado el estado... Como demostraba la historia, el pueblo carecía de organización, de unión, de capacidad para dirigir la lucha, carecía de una oposición inteligente y fuerte, que mantuviese continuamente la bandera de estos derechos, de generación en generación, hasta el momento en que las circunstancias permitieran entablar una lucha abierta contra los explotadores. La creación de esa oposición debía constituir la meta esencial de los populistas». En resumen, los objetivos eran dos. «En primer lugar, colaborar en la resistencia de la población local contra la explotación, la opresión, la violencia de los *kulaks*, de los *pomesbiki* y de los funcionarios del estado. En segundo lugar, ocuparse de formar y agrupar representantes de la oposición local, dirigentes populares»⁵⁵.

Incluso desde el punto de vista clasista, tal política tenía un matiz claramente determinado en la mente de Mijailov. «El populista puede contar sobre todo con el campesino de posición media, como persona que ha conservado su independencia económica y que no tiene los vicios y defectos del *miroed*»⁵⁶.

Para poner en práctica dicha acción era indispensable crear un partido propiamente dicho. En 1876, en San Petersburgo, se fue fijando el programa. El original de este documento, conservado aún hoy, es de puño y letra de Oboleshev. En su misma formulación revela las discusiones que llevaron a su redacción, el esfuerzo realizado para llegar a estas posiciones típicamente populistas⁵⁷.

Limitamos nuestras exigencias a las metas que pueden realmente ser realizadas en el más próximo futuro, esto es a las reivindicaciones y exigencias populares que existen en el momento dado. En nuestra opinión, se reducen a tres puntos esenciales:

1) paso de toda la tierra a manos de la clase agrícola trabajadora (estamos persuadidos de que dos tercios de Rusia se cultivarán sobre la base de la *obshina*) y su distribución igualitaria;

2) separación en partes del Imperio ruso, según los deseos locales;

3) paso de todas las funciones sociales a manos de las *obshiny*, es decir, su plena autoadministración (aunque no pueda decirse que esta exigencia responde a la voluntad de todo el pueblo; hay grupos de *obshiny* que tienden a ello, pero la mayoría aún no está preparada para semejante desarrollo moral e intelectual y, según nuestra opinión, toda unión de *obshiny* cederá parte de sus funciones sociales al gobierno que ellas formarán. Nuestro deber consiste únicamente en disminuir en la medida de lo posible esa parte).

Nuestras exigencias pueden realizarse sólo a través de un cambio violento. Los medios para prepararlo y realizarlo son, en nuestra opinión:

1) *la agitación* —sea por medio de la palabra, sea sobre todo por medio de hechos— orientada a la organización de las fuerzas

revolucionarias y al desarrollo de los sentimientos revolucionarios⁵⁸ (revueltas, huelgas; en general el camino de la acción es al tiempo la mejor vía para la organización de las fuerzas revolucionarias) y

2) la *desorganización del estado*, que nos da la esperanza de la victoria, dada la fuerte organización que creará la agitación en el futuro más inmediato.

En este documento⁵⁹, todos los elementos de *Zemlia i volia* aparecen en estado naciente, por así decirlo. Aquí y allá hay fórmulas que todavía resuenan de modo típicamente bakuninista, pero ya se muestra con claridad la sustancia populista. Y empieza a abrirse paso el programa de «desorganización» —o sea, de terrorismo— que es el germen de la futura *Narodnaya volia*. Pero se trata de un elemento que aún permanecería durante algún tiempo en segundo plano. La tarea más inmediata consistía en poner a prueba la nueva táctica entre el pueblo, en ver cuál sería la eficacia de la «agitación» así concebida.

En las ciudades, la manifestación del 6 de diciembre de 1876 planteó, como vimos, todo el problema de la relación con el movimiento obrero. En el campo, había que empezar desde el principio, crear nuevos centros, reanudar, con métodos distintos, la experiencia de los *chaikovtsy*. Puede decirse que durante 1877-78 *Zemlia i volia* repitió rápidamente el camino ya recorrido, antes de desarrollar plenamente las premisas terroristas contenidas en las tesis que reproducimos más arriba.

Una parte notable de los *zemlevol'tsy* trató, pues, de crear «colonias» entre los campesinos, sobre todo en torno a Saratov, pero también cerca de Voronezh y en otros lugares. En esta experiencia se encontró metido un sector cuantitativa y cualitativamente importante —los seis o siete grupos, de una decena de personas cada uno, de los que habló Mijailov para definir a *Zemlia i volia* en ese período, así como el propio grupo central, que podía oscilar en torno a los veinticinco miembros. El último intento de «ir hacia el pueblo» se hizo con las fuerzas mejores, con una voluntad incansable de llegar a las masas campesinas.

Se crearon centros fijos, en ciudades provinciales, de los que irradiaban maestros, escribientes, médicos, con papeles falsos y a menudo con certificados también falsos, necesarios para darles la posibilidad de residir permanentemente en pequeños centros rurales, de integrarse en la vida de la aldea, de hacerse conocer y apreciar.

Si se recogieran en un mapa los lugares de esta pequeña diáspora populista veríamos, una vez más, que los puntos se eligieron sobre todo con criterios históricos. Volvieron a poner sus esperanzas en las tierras de Pugachëv, de Sten'ka Razin y de las revueltas ucranianas⁶⁰.

Pero ya no estábamos en 1874; en esta ocasión el centro de San Petersburgo pudo no sólo controlar la tentativa, sino dirigirla. Sin embargo, las dificultades habían aumentado. Ahora hasta las autoridades

del más pequeño rincón de provincias estaban en guardia y tendían a ver un propagandista en cualquiera que se presentara en busca de trabajo. Entre otros hizo la experiencia el mismo Plejanov, que a pesar de todos sus esfuerzos acabó por quedarse en el centro, en la «comuna» de Saratov, desarrollando su trabajo entre los obreros y los elementos intelectuales de la ciudad.

Es cierto que los revolucionarios estaban mejor preparados. A pesar de las continuas preocupaciones que Mijailov sentía por la falta de técnica conspiratoria de sus compañeros, en realidad éstos sabían moverse con mucha más habilidad que sus predecesores. La decisión de no servirse en ningún caso de propaganda impresa, de no distribuir literatura popular, les facilitó la tarea. Ya no los animaba la impaciencia y la prisa de los «peregrinos del pueblo», sabían que su obra era de mayor aliento. El primer deber consistía en defender las posiciones conquistadas poco a poco.

Algunos acabaron insertándose efectivamente en la vida de las aldeas, a la espera de posibles trastornos futuros. Cumplían una real función social, creaban —más o menos artificialmente— la pequeña *inteligentsia* local que era la única que podía dar una voz al campesino ruso, y que éste deseaba y a menudo exigía ardientemente. Estos serán los más ortodoxos y decididos defensores de la línea del puro populismo, incluso cuando se intensificó la voluntad y la necesidad de pasar al terrorismo. Serán la verdadera base del *Chërny peredel*, el ala derecha de *Zemlia i volia*. Su oposición a los atentados es paralela y en cierto sentido similar a la que se manifestó en la ciudad entre los organizadores obreros. La defensa inmediata de las reivindicaciones campesinas incluida en el programa de *Zemlia i volia* surgía al tiempo que el naciente sindicalismo de las «Uniones». No en vano *Chërny peredel* será una de las matrices de la socialdemocracia rusa.

Plejanov constituirá el *trait d'union* de estas dos experiencias. Partió hacia Saratov acompañado por tres obreros fabriles, del sector mejor pagado y más culto. Se pensaba que podrían establecer contactos con los campesinos con más facilidad que los intelectuales. Plejanov pudo observar con sus propios ojos que se trataba de una esperanza infundada. Uno de ellos, Ivan Egorov, no consiguió acostumbrarse a un campo tan distinto de aquel donde nació y creció. «Literalmente con lágrimas en los ojos nos pidió que lo mandáramos al campo, sí, pero al *suyo*, a la región de Arjanglesk.» Otro se asimiló con más rapidez, pero no a la vida de la aldea, sino a la de los intelectuales. Hablaba de los problemas generales y políticos, pero no tenía fuerzas para volver a ser campesino. El tercero, Korsak, el único que por su energía física y moral habría podido hacer lo que consideraba un deber, fue detenido en Saratov⁶¹. Aunque enraizadas en exigencias similares, la organización obrera y la campesina resultaban muy distintas. Plejanov se dedicará desde entonces exclusivamente a la primera.

Los que quisieron defender así por todos los medios los intereses y las aspiraciones de los campesinos hicieron una experiencia que les dejó la convicción de actuar útilmente, de hacer un trabajo que respondía a las más profundas necesidades del pueblo. Incluso los que pasarán al terrorismo nunca lo negarán. Los médicos eran acogidos con entusiasmo, tenidos a veces incluso por magos benéficos, a los maestros se les consideraba no sólo como benefactores sino como los naturales defensores de los campesinos, que se dirigían a ellos para que los protegiesen de las mil injusticias cotidianas de un mundo rural desprovisto de eficaz protección legal. Pronto las autoridades locales vieron transformarse la psicología de sus administrados que, animados por el ejemplo, se atrevían a pedir un mínimo de justicia. Los propietarios sentían la intensa presión de los campesinos que querían tierras, que llegaban a oponerles una negativa colectiva a tomar en arriendo las tierras indispensables, pero ofrecidas a precios ruinosos para ellos. La *agitación*, entendida como permanente y minuciosa defensa de los intereses campesinos, daba excelentes frutos, aunque experimentales, por así decirlo, limitada a pequeñísimas islas en el gran mar del campo ruso y circundada por el pesado y cerrado mundo de una sociedad rural impregnada aún por siglos de servidumbre.

Donde quiera que vivieron —dice Mijailov—, en las formas más diversas, como doctor y médico rural o como pequeño comerciante y zapatero, establecieron con el pueblo las relaciones más sinceras y amistosas. Pronto contaron con camaradas a los que comunicaron sus planes, encontrando en ellos ayuda ardiente y activa. Conozco muchos casos en que los acompañaron del modo más conmovedor cuando abandonaron la aldea para irse a la ciudad, respondiendo a la llamada de la nueva fase de la lucha. Todo el *mir* se reunía para pedirles que se quedaran, proponiendo diversas concesiones y pagas si continuaban la obra iniciada. Como consejeros desinteresados, como ayuda en todo asunto y en toda necesidad, muchos de ellos se hicieron, en un año, literalmente indispensables a la población. Y es muy comprensible. ¿Cómo no iba a estimarlos y amarlos el pueblo, rodeado por todas partes por *miroedy* y parásitos que le chupaban la sangre, cómo no iba a entender e interesarle la explicación de todos sus males, cuando aquellas ideas abrían los ojos al pueblo sobre hechos que él mismo percibía, cuando aquellas ideas no eran sino generalizaciones de lo que ya él había pensado? Al marcharse del campo para tomar parte en la lucha contra el gobierno, los populistas dejaban casi siempre entre los campesinos adeptos más o menos preparados, pero que continuarían la tarea de formación de fuerzas populares de oposición⁶².

Pero la *agitación* en el campo —cuando se hizo con tenacidad, cuando no fue un simple paréntesis entre dos períodos de lucha en la ciudad—

inducía a los populistas a plantearse de nuevo todo el problema político, a interrogarse de nuevo sobre el estado, sobre la lucha por la libertad. El propio éxito, aunque fuera a escala simbólica, llevaba a eso. La desproporción entre la tarea emprendida y las fuerzas del enemigo resultaba ahora demasiado evidente para que no saltase a la vista. Defender a los campesinos significaba percibir de inmediato ante sí el muro compuesto por todas las fuerzas sociales dominantes, del *kulak* hasta el zar. Y por eso la lucha contra el estado se convertía en una exigencia natural. El mismo tipo de *agitación* emprendida obligaba a pensar que no era posible apoyar a los campesinos contra la administración, contra los terratenientes, sin un mínimo de garantías legales, sin libertad política. Paralelamente al movimiento obrero, el movimiento populista en el campo llevaba a esta conclusión. Y aunque las consecuencias de esta íntima transformación, de este convencimiento cada vez más hondo, fueron menos visibles exteriormente que entre los obreros, aunque no hubo un documento similar al programa de la Unión Septentrional de los obreros rusos, las consecuencias no fueron menos importantes. De las colonias, individualmente o por grupos, los populistas desandaban el camino a las ciudades con estas convicciones en su ánimo. Ellos desarrollarán la campaña de los atentados y redactarán el programa de la *Narodnaya volia*.

Basta con pensar en la vida de Vera Figner por esos años para ver esta evolución⁶³. Pertenecía a un grupo vecino a *Zemlia i volia*, paralelo pero no fundido con ella. Las ideas coincidían pero este grupo pretendía conservar, en sus métodos organizativos, las formas de la primera mitad de la década; pretendía ser más bien una comunidad de amigos que un partido. Esta fue una de las resistencias con que se encontró *Zemlia i volia*; tuvo que superarla para llegar a una organización basada en principios distintos y objetivamente más racionales. Su grupo se había consagrado por entero al trabajo en el campo. Vera Figner se contó entre quienes durante más tiempo y con mayor constancia hicieron la experiencia de las «colonias» en el Volga. Este intento la convencerá precisamente de entrar a formar parte de *Zemlia i volia*, en el momento en que se estaba separando de ésta el ala terrorista y política: la *Narodnaya volia*.

Veíamos que nuestra causa en el campo estaba perdida. En nuestras personas el partido revolucionario había sufrido una segunda derrota. Y en esta ocasión no por inexperiencia de sus miembros, no a causa de la abstracción de un programa que apelara al pueblo para metas que no eran las suyas o para ideales inaccesibles, ni porque se hubieran puesto excesivas esperanzas en la preparación de las masas. No y no. Tuvimos que abandonar la escena con la conciencia de que nuestro programa era vital, que nuestras reivindicaciones encontraban un terreno real en la vida del pueblo. Lo que faltaba era la libertad política⁶⁴.

La historia de las colonias populistas de 1877 no es sino la crónica de este fermento nuevo que iba agitándolas con creciente profundidad. La propia reanudación de la propaganda entre los *raskol'niki*, en las diversas sectas religiosas, era un síntoma de esta búsqueda de un nuevo camino. Los *raskol'niki* constituían una organización popular ya existente, secular y en continua transformación. ¿Sería posible inducirlos a una lucha más activa y directa que la oposición sorda y a menudo pasiva de los campesinos? Con esta esperanza se eligió Saratov como centro de la principal «colonia» de *Zemlia i volia*, y Mijailov se lanzó por entero a este proyecto.

Fue uno de los mejores períodos de su vida; se sentía feliz en medio «de la naturaleza y sus hijos»⁶⁵. Vagó ampliamente por toda la región de Saratov para conocer las tradiciones, las ideas, el estado de ánimo de los miembros de las sectas, y después se estableció en una aldea de *raskol'niki*, convirtiéndose en su maestro. Acabó por adquirir una cultura sobre asuntos teológicos y de controversia que asombraba a todos sus compañeros.

Esta experiencia lo llevó a la conclusión de que, en efecto, en las sectas se contenía un elemento de protesta social, de intencionada separación del estado, de latente esperanza en un mundo mejor. En aquellos campesinos y comerciantes había aquella fuerza que los populistas estaban buscando. Pero ¿cómo utilizarla? Mijailov sentía que esas energías estaban muy próximas a él, eran muy similares a su propio ánimo; por un momento esperó sacar de ellas «una religión popular y revolucionaria, basada en las exigencias fundamentales del pueblo y en sus antiguas creencias». Se propuso profundizar sus estudios religiosos durante sus estancias en Moscú y San Petersburgo, dedicándose a la lectura de viejos libros y manuscritos, y entrevió en ellos una secta racionalista y socialista cuyo creador sería él.

El mundo en que había entrado lo impresionó realmente.

Al caer en medio de él uno se siente en otro estado, organizado y cerrado, con sus leyes sobre la fe y la vida colectiva, sus usos y sus ideas. En torno a él los límites son muy claros, quien está fuera es el enemigo. Se comprende perfectamente que los creyentes viejos siguieran de buen grado a Pugachëv. Habían luchado contra el estado antes de él, y todavía hoy siguen peleando. Desde el punto de vista espiritual el mundo del *raskol* es mucho más elevado que el del campesino ortodoxo. En medio de él es fácil suscitar problemas de carácter moral y el terreno apto para recibirlos es muy favorable. Sentía que se habría podido hacer mucho, pero que sería necesario lanzar a la tarea otras muchas fuerzas⁶⁶.

Pero también en este caso, donde el terreno le parecía a Mijailov mejor preparado, surgía otra vez el problema de influir sobre millones de personas con medios sumamente escasos. Aunque siempre siguió

creyendo que había que realizar ese intento a fondo y muy en serio, las circunstancias personales lo alejaron de aquel camino. La lucha contra el poder, contra el centro de aquellas fuerzas que impedían un contacto fecundo entre el mundo de los populistas y el de los *ras-kol'niki*, se le presentaba como demasiado e inmediatamente necesaria.

También en el sur se realizaron intentos similares más o menos al mismo tiempo. Viktor Aleksandrovich Danilov —que comparecerá en el proceso de los ciento noventa y tres— había conseguido, partiendo de Jarkov, entablar excelentes relaciones con los «molokanes» del Cáucaso. Desde que estudiaba en el Politécnico de Zurich, su idea dominante había sido «llevar al pueblo a la revolución a través de las sectas» y abandonó sus estudios justamente por esto. También él tuvo que advertir que no era difícil entrar a formar parte del mundo de los herejes, pero que sí lo era tratar de llevarlo por el camino de la rebelión⁶⁷. También Ivan Martynovich Koval'ski —ahorcado luego en Odesa en agosto de 1878 por resistencia armada a los guardias— había dedicado parte de su actividad a la propaganda entre los «estundistas» y los «molokanes» de la región de Nikolaev. Frolenko intentó entonces, junto con él, introducirse en estas sectas típicamente racionalistas e influir sobre ellas en sentido revolucionario. «No había ni que pensar en que llegasen a una clara insurrección —concluyó Frolenko—. Eran gente honrada, creyente, pero no valían como luchadores. Habríamos podido apoyarnos en ellos para la propaganda, pero entonces habría habido que empezar desde el principio y presentarse no como "hermanos", sino como "revolucionarios"»⁶⁸. Koval'ski fue el único que insistió en aquella zona. El elemento crítico y de protesta contenido en las sectas lo atraía, al igual que había conquistado a Mijailov⁶⁹. Incluso después del final de las «colonias» se siguió hablando mucho de la penetración entre las sectas, se hicieron proyectos para acudir a la región de Yaroslavl, se planteó en varias ocasiones el problema, pero no se emprendió nada concreto.

Se empezó, en cambio, a encarar la posibilidad de un «terrorismo agrario», a hablar de la necesidad de «usar la fuerza física en defensa de la justicia». «Este terror parecía tanto más indispensable cuanto que el pueblo estaba oprimido por las necesidades económicas, esclavizado por la perpetua arbitrariedad y, por lo tanto, no se hallaba en condiciones de hacer uso de esta arma por sí solo»⁷⁰. También en esta evolución la experiencia en el campo y en las ciudades llevaban a conclusiones parecidas; estas ideas, que en Saratov no pasaron de proyectos, se aplicarán en Kiev en la Unión Meridional de los obreros rusos de la Koval'skaya y Shedrin.

Pero las conclusiones fundamentales de esta última «ida hacia el pueblo» eran muy distintas ya. El terrorismo se orientaba contra los responsables de la miseria rural, contra los que impedían a los revolucionarios luchar por abolirla, debía dirigirse incluso contra el propio

símbolo de la situación, el zar. Solov'ev se decidirá a su atentado en Saratov, en medio de aquellos «populistas» que habían partido con la firme voluntad de una prolongada tarea de agitación entre los campesinos⁷¹.

Atormentados por la sensación de ser demasiado pocos para el trabajo emprendido, asaltados por la evolución general de aquel año que llevaba a la constitución de un movimiento fuerte en las ciudades, los miembros de las «colonias» se dispersaron generalmente en 1877. La «comuna» de Saratov fue disuelta por la policía. Plejanov, detenido, tuvo la suerte de dar con gendarmes no muy expertos. Era domingo, y tras haberlo retenido cierto tiempo, acabaron diciéndole que se presentara al día siguiente. Y así pudo advertir a sus compañeros. Con la caída del centro, los que se encontraban en las aldeas regresaron casi todos a San Petersburgo. Suerte parecida corrieron los centros organizados en Samara por Yuri Nikolaevich Bodgdanovich, que pertenecerá a *Narodnaya volia* y colaborará en el atentado del 1 de marzo de 1881, y en Nizhni Novgorod por Aleksandr Aleksandrovich Kviatovski, que formará parte del Comité Ejecutivo y será ahorcado en noviembre de 1880.

Bastarían estos pocos datos para entender qué es lo que estaba germinando en aquellas «colonias». Otro tanto puede decirse de los intentos, más o menos aislados, realizados entre el pueblo por los miembros de *Zemlia i volia*; el más característico de ellos es el de Alexandr Ivanovich Barannikov, en la región de Astraján. «Joven de una rica familia noble, se lanzó al pueblo directamente, sin transición ni preparación», como cuenta quien estuvo cerca de él en ese período, Mijail Rodionovich Popov⁷². Tras un prolongado vagabundeo y trabajo por el sur, se dirigió a una región «donde, a juzgar por los periódicos del mes de septiembre de 1876, había habido desórdenes». «La aldea de Nikol'skoe era exactamente el terreno adecuado para el género de actividad indicado en el programa de *Zemlia i volia*.» «Pero —como dice el mismo Popov— faltaban las fuerzas para una obra similar.» Pidieron ayuda a San Petersburgo, pero la persona que habría podido actuar, Bogoliubov, había sido detenida en la manifestación del 6 de diciembre y pagará más caro que nadie el hecho de haberse encontrado en la plaza una vez acabada la manifestación. También Barannikov abandonará estos intentos entre el pueblo y se convertirá en miembro del «Comité Ejecutivo», para morir encarcelado en Shlisselburg en 1885.

El tránsito a una fase más política y activa parecía tanto más necesario cuanto que estaban ya declinando no sólo las experiencias de *Zemlia i volia*, sino también la de los «revoltosos» del sur. En efecto, a pesar de un inicio prometedor, también a comienzos de 1877 fue sofocado el intento de insurrección campesina de Chigirin⁷³.

Los «revoltosos» (traducimos así, literalmente, la palabra rusa *buntary*, derivada de *bunt*, «revuelta», pero la mejor traducción sería

«partidarios de motines parciales, de movimientos locales», dada por un participante de este movimiento entonces, y que indica mejor el contenido político de esta corriente⁷⁴), los «revoltosos» de Rusia meridional no habían ido hacia el pueblo con un programa de propaganda o agitación, sino exclusivamente para observar dónde se podrían desencadenar insurrecciones campesinas, guiados por la idea de origen bakunista de que cada revuelta tiene su significado, incluso cuando es aplastada, incluso aunque no se extienda. Contribuiría a la educación revolucionaria del pueblo; e incluso, pensaban, era la única vía posible para educar al pueblo. Por lo tanto, afirmaban que sería inútil cualquier trabajo preparatorio; lo que debía prepararse no era la masa campesina, sino el grupito que proporcionaría la chispa, el grupo de los revolucionarios. Y su preparación consistiría exclusivamente en la recogida de los medios prácticos indispensables para la revuelta, o sea, armas de fuego, puñales, arreos para las caballerías, etc.

Este planteamiento los llevó más rápidamente que en el norte a desilusionarse. No los había detenido la enorme dificultad de encontrar armas, la suma limitación del arsenal recogido, pero los detuvo la evidente inutilidad de sus «colonias» en las aldeas de Ucrania, donde, por razones conspirativas, a la espera de la revuelta, acabaron por no establecer con los campesinos ni siquiera las relaciones personales y directas que se tejían en las «colonias» de la región de Saratov. Encerrados en sus pequeños grupos, pronto vieron que en realidad no hacían más que hablar de insurrecciones campesinas, soñando con el día en que sería posible seguir el ejemplo de Pugachév⁷⁵.

Un episodio puso fin a estos intentos. En el verano empezó a circular en torno a su «madriguera» (la terminología es de los «revoltosos»), sita en Elisavetgrad, N. E. Gorinovich, quien, detenido dos años antes, había denunciado a todos sus compañeros. Les pareció evidente que se trataba de un intento de provocación. L. Deits y un compañero, V. A. Malinka, decidieron desembarazarse de él. Lo llevaron a Odesa, le dispararon con una pistola, lo dejaron por muerto y le rociaron la cara con ácido sulfúrico, para hacerlo irreconocible a la policía. Pero Gorinovich no estaba muerto, y aunque gravemente herido y desfigurado, pudo denunciarlos. Era, a unos años de distancia, la repetición de la historia de Nechaev. Y tuvo consecuencias similares. En 1884 Deits fue entregado por Alemania a Rusia, como criminal común, y condenado a trece años y medio de trabajos forzados; Malinka fue ahorcado en Odesa en 1879⁷⁶. Pero después de este episodio la voluntad de eliminar físicamente a los espías —afirmada por los «revoltosos» por primera vez desde la época de Nechaev— entró en el código normal de todos los movimientos revolucionarios rusos de los años siguientes. Los «revoltosos» no habían conseguido desencadenar una revuelta campesina, pero contribuyeron a crear el clima terrorista de finales de los años setenta.

Sólo tres de ellos no se resignaron a semejante conclusión, y, sin reparar en los medios, trataron de inducir realmente las aldeas a la revuelta. Entre 1876 y comienzos de 1877, Deits, Stefanovich y Bojanovski —retirados ya los grupos dispersos por el campo— consiguieron crear en la ciudad de Kiev las bases de una amplia conjura campesina. El intento de Chigirin reveló la real situación del campo ucraniano, iluminando con la más cruda luz las dificultades y contradicciones con que se encontraban los revolucionarios que querían trabajar entre el pueblo.

En el distrito de Chigirin, a orillas del Dniéper, no lejos de Kiev, se propagaba desde comienzos de los años setenta un profundo descontento entre los campesinos. No habían pertenecido a los señores, sino al estado. Los lotes que les asignó la reforma eran insuficientes y, sobre todo, se habían ido concentrando en manos de una parte de la población, dejando a los demás en situación cada vez más difícil. El peso de la administración estatal se había hecho sentir y el odio contra la burocracia estaba cada vez más difundido. Los conflictos se iniciaron cuando la administración empezó a apoyar a la parte más acomodada de la población, que pedía que los lotes que tenía en su poder fueran confirmados con «actas» oficiales que los convirtieran en propietarios de pleno derecho. Los campesinos más pobres reclamaban en cambio una «distribución según las almas», es decir, una redistribución igualitaria de la tierra⁷⁷. Habían encontrado un portavoz en un ex soldado y campesino relativamente rico de la aldea de Sabelniki, Foma Priad'ko, el cual estaba convencido de que el zar se hallaba de su parte y que un día u otro ordenaría una resubdivisión de la tierra. Decía que era necesario informarle de la situación y resistir mientras tanto a las presiones. En 1875 Priad'ko marchó con otros campesinos para llevar una petición a San Petersburgo. Sus compañeros fueron detenidos y devueltos a su lugar de origen; él consiguió escapar y, al volver, parece que dijo que había visto al zar, quien le habría dicho que no podía hacer nada por ellos, rodeado como estaba por los *pany*, los señores. Por ello exhortaba a los campesinos a repartirse la tierra por la fuerza, introduciendo una organización de *obshiny*, con lo que se aseguraría la igualdad entre ellos⁷⁸. En mayo de 1875 intervino la autoridad judicial para desarticular esta agitación. Quien no firmara las «actas» que establecían el catastro sería azotado. Se produjo una amplia represión, con acuartelamiento de tropas en las casas campesinas, palizas (dos personas morirán a consecuencia de ellas), detenciones y cesiones mediante rescate a habitantes de otras regiones de las tierras que los campesinos no querían aceptar. Buena parte de los habitantes de Sabelniki y de las aldeas vecinas no se doblegó ni siquiera ante tales medidas. Fue necesario establecer en 1876 guarniciones permanentes en las aldeas y deportar a varios cientos de campesinos a las cárceles de Kiev.

Stefanovich consiguió pronto entablar relaciones con estos últimos, facilitadas por el hecho de que los dejaban en libertad durante el día, para que fueran a trabajar, con la obligación de regresar por la noche a sus celdas. Gracias a ellos pudo relacionarse con los que luchaban en Chigirin. Cuando conoció de cerca el estado de ánimo de la zona, concretó con Deits un plan de acción.

En mayo de 1876 dijo a los campesinos que iría en persona a ver al zar para pedirle que satisficiera sus peticiones. Tras adoptar así la misma postura que Priad'ko, regresó trayendo una *Carta imperial secreta* y un *Estatuto de la milicia secreta* que con Deits había redactado e impreso en Kiev, en una pequeña imprenta que habían conseguido transportar desde el extranjero hacía algún tiempo. Confiada a un grupo de Odesa, se les había escapado de las manos, pero habían conseguido «capturarla, por así decirlo», para la ocasión y devolverla a Kiev⁷⁹. Allí se imprimieron los documentos que debían probar a los campesinos de Chigirin que el emperador no sólo estaba de su parte, sino que los exhortaba a una acción revolucionaria.

La *Carta imperial secreta* declaraba «a nuestros fieles campesinos» que mediante el decreto del 19 de febrero el zar «había concedido la libertad, a pesar de los deseos de toda la nobleza». Había ordenado al tiempo repartir la tierra entre todos sus súbditos, entre todos los que no la tenían, «porque este don lo ha dado Dios al hombre con el derecho de disfrutar de él en igual medida». A los nobles sólo debería quedarles una parte igual a la de todos los demás. «Esta es nuestra voluntad. Pero con nuestro máximo dolor los nobles habían impedido la ejecución de nuestra voluntad», y se habían reservado gran cantidad de tierras. Habían pasado veinte años desde su subida al trono, había luchado contra la nobleza sin interrupción, para acabar convenciendo de que «no tenía fuerza suficiente para combatir solo contra ella». Por eso daba la orden de crear sociedades secretas, milicias (*druzhbiny*) clandestinas, «para prepararse a la insurrección contra los nobles, los funcionarios y todas las clases superiores». Después venían consejos prácticos, por así llamarles: no hablar, no confesarse con los curas, espías de los *pany*, mantenerse unidos, no desalentarse aunque él muriese. Acababa con la promesa de dar sin compensación toda la tierra, «que será vuestra como el agua, la luz del sol y todos los otros dones de Dios». La *Carta* llevaba al pie «19 de febrero» para recordar la fecha de la liberación de los siervos, y estaba fechada retrospectivamente en 1875, para que coincidiera en cierto modo con lo que había dicho en el pasado Foma Priad'ko.

El *Estatuto* era una minuciosa descripción de los objetivos y sobre todo de los medios de la «sociedad secreta» que daría la *volia* (libertad) a los campesinos. Debía estar dirigida por un *sovet* (consejo) de comisarios, designados por el propio emperador, encargados de elegir los campesinos mejores, de organizarlos en grupos de 25 *druzhinniki*

(milicianos), que compondrían un *starostvo* (grupo del *starosta*, del anciano, elegido por los propios milicianos). Los *starosty* compondrían a su vez una *rada* (asamblea, consejo) con un *ataman* a la cabeza. Todos debían estar armados, aunque fuera con un pica fabricada por ellos mismos, tenían que pagar una pequeña contribución mensual, observar la disciplina militar y, en general, guardar escrupulosamente el largo y detallado juramento que se reproducía en el *Estatuto*. Al pie había un sello de oro, con la inscripción «sello del Consejo de Comisarios» y que representaba una pica y un hacha.

A pesar de la desconfianza inicial de los campesinos, la iniciativa de Stefanovich y Deits tuvo éxito. La organización de la *druzhina*, el reclutamiento de los milicianos, fueron rápidos y amplios. Fue la única conjuración en gran escala que pudo montarse entre los campesinos en los años setenta. Las autoridades se olieron algo, pero durante mucho tiempo no consiguieron descubrir nada concreto. Durante casi un año, entre noviembre de 1876 y el año siguiente, Stefanovich, Deits y Bojanovski pudieron organizar alrededor de un millar de campesinos de doce distritos. Incluso cuando alguno de ellos era detenido, se guardaba el secreto con gran cuidado. Una parte importante de la zona que rodeaba a Chigirin estaba en manos de los Comisarios. La acción debería comenzar en octubre. Pero en otoño, antes de que pudieran emprender nada definitivo, una palabra de más de un campesino condujo al descubrimiento de la organización, al encarcelamiento de cientos de miembros y —un poco más adelante— de los tres «revoltosos». Setenta y cuatro campesinos, entre ellos Priad'ko, serán condenados a diversas penas, entre ellas la deportación a Siberia. Stefanovich y sus dos camaradas, encerrados en la prisión de Kiev, serán liberados en una operación especialmente hábil por Frolenko, que consiguió que lo contrataran como guardián en la cárcel, hizo carrera en pocos meses en su nueva profesión y una noche abrió la puerta, escapando con ellos⁸⁰.

El intento de Stefanovich era la última consecuencia de aquella «concesión» a los «ideales populares» que había llevado a la crítica del «propagandismo» de la época de la «ida hacia el pueblo» y a la formación de una corriente más declaradamente «populista». Como se trataba de identificar con la psicología de los campesinos, de luchar con ellos y junto a ellos, Stefanovich creyó su deber incluso llegar a la aceptación de su fe en el zar, y servirse de ella. Entre los «revoltosos» llegó incluso a convertirse en una teoría semejante conclusión. En 1876 llegó a Ginebra Anna Makarevich con un opúsculo en el que se sostenía que la idea de la «usurpación», o sea, de un falso zar, había sido siempre la base de los movimientos populares rusos y que había que montar en torno a ella todo el trabajo en el campo⁸¹. La Makarevich proponía que su opúsculo se imprimiera por cuenta del «Rabotnik». La redacción vaciló, discutió, y acabó decidiéndose en contra. Evidente-

mente, los jóvenes bakuninistas no estaban dispuestos a aceptar las últimas consecuencias de la posición «populista»; el propio Bakunin se mostró contrario. También fue idéntica la reacción de todas las demás corrientes, en la propia Rusia, cuando se enteraron de los medios utilizados por Stefanovich en Chigirin. Kravchinski será de los más indulgentes con él cuando diga: «No fue aprobado más que por parte del partido, y no fue seguido después»⁸². La inmensa mayoría de los revolucionarios condenó duramente este intento de engañar a los campesinos. Históricamente no cabe duda de que este extremismo y este maquiavelismo no hicieron más que demostrar —pese a su relativo éxito— que de momento el camino hacia el pueblo campesino estaba cerrado.

Quien cristalizó la tendencia a luchar directamente contra el estado, hacia la que los revolucionarios se veían empujados crecientemente después de sus fracasos con el pueblo, fue el propio gobierno. Con la represión y los procesos indujo a todos a volver la vista a una lucha más inmediata, hacia el mismo centro del poder, San Petersburgo. La política del gobierno era clara: tratar de aislar a los revolucionarios de la «sociedad», de la *intelligentsia*, demostrando públicamente que querían una revolución social, que no eran liberales en absoluto, sino anarquistas y socialistas. En la compleja relación entre movimiento revolucionario e *intelligentsia* —cuyas remotas raíces hemos visto ya en los años cuarenta, y que después se desarrolló de los modos más diversos, permaneciendo aún a comienzos de los años setenta en el centro de las discusiones entre las diversas corrientes populistas— se insertaba ahora el estado con la decidida voluntad de poner de su parte al menos a un sector de la *intelligentsia*, asustada por el «peligro rojo». Lavrov había insistido en que se mantuviera siempre un lazo entre la sociedad culta y los revolucionarios, Tkachëv quiso que estos últimos se dieran cuenta de que ese lazo —debido a razones objetivas, al propio desarrollo de la economía y la política rusas— se había roto ya, por lo que insistía en una organización separada y cerrada de las fuerzas revolucionarias. Y ahora el gobierno trataba de realizar en propia ventaja la operación que Tkachëv quería hacer en beneficio del jacobinismo ruso. Trataba de separar definitivamente a la *intelligentsia* de los revolucionarios.

El Consejo de Ministros de marzo de 1875 decidió utilizar este medio de lucha basándose en consideraciones que vale la pena ver de cerca.

Una de las principales razones de la dolorosa indiferencia de los elementos sociales bienintencionados ante la difundida propaganda de los principios subversivos consiste en la ignorancia en que se encuentra no sólo la mayoría del público, sino los mismos altos cargos

de la administración estatal —entre ellos la mayoría de los miembros del Consejo de Ministros— sobre la amplitud que ha asumido la propaganda, como han revelado las investigaciones realizadas en estos últimos tiempos. Según la opinión del Consejo, dada tal ignorancia no se puede reprochar directamente a la sociedad que no oponga una seria barrera a las falsas doctrinas... En la mayoría de los casos semejante ignorancia es la razón de los frívolos reproches que se hacen al gobierno por haber adoptado medidas de represión y de arresto de los malintencionados, atribuidas a menudo a la arbitrariedad de la administración y que generalmente suscitan lástima por las personas detenidas o buscadas. Y, sin embargo, según el profundo convencimiento del Consejo, el escrito... de uno de los principales autores de la agitación, en el cual traza el cuadro del futuro que los propagandistas revolucionarios preparan a la presente generación, no debería suscitar la menor simpatía, no sólo en las esferas sociales bienintencionadas, sino tampoco en las naturalezas poco desarrolladas y entregadas a la exaltación... Ellos mismos dicen que para alcanzar sus fines se necesitan torrentes, ríos, un diluvio de sangre. El Consejo está convencido de que semejante delirio de una imaginación fanática no puede suscitar ningún consenso. Pero para que la opinión pública se retraiga de los defensores de tales doctrinas, no deben permanecer desconocidos los principios mismos de esas ideas⁸³.

Los grandes procesos de 1877 fueron un intento de aplicar estas directrices. Pero su ejecución fue pésima. Para que la prueba hubiera tenido éxito habría sido necesario ante todo que, a su vez, los dirigentes no se dejaran asustar por el «peligro rojo», sino que se sirviesen fríamente de él, como de un arma. En realidad se dejaron guiar por el miedo y el odio, más que por otra consideración política. El resultado fue un continuo vacilar entre la violencia y una relativa indulgencia, sin conseguir ni infundir temor a la *inteliguentsia* ni mucho menos desanimar a los revolucionarios⁸⁴.

Las circunstancias no hicieron sino agravar la cosa. Los procesos se produjeron en un momento en que —aunque sólo fuera a causa de la guerra— la opinión pública sobre la que se pretendía influir era especialmente sensible, estaba atenta y dispuesta a acoger cualquiera voz de protesta contra el gobierno. La actitud de los acusados fue casi siempre orgullosa y resuelta, hábil en la evangélica decisión de dar testimonio de sus ideas sin vacilación ni jactancia. La maniobra del gobierno se derrumbó. Precisamente aquellos procesos crearon una nueva relación entre la *inteliguentsia* y los revolucionarios, relación que permitirá el desarrollo de *Zemlia i volia* y el nacimiento de *Narodnaya volia*.

Entre el 18 y el 25 de enero se desarrolló el proceso de los acusados de participar en la manifestación ante la iglesia de Nuestra Señora

de Kazán, en San Petersburgo. Ya hemos observado que fue el proceso que más impresionó a la gente, por las evidentes arbitrariedades de la instrucción y por la gravedad de las penas infligidas. La violencia de la policía contra la multitud, contra las mujeres que allí se encontraban, la presencia codo con codo de estudiantes y obreros, los ecos del discurso de Plejanov que hablaba de Chernyshevski y de los otros condenados por sus ideas, eran otros tantos elementos que suscitaban la simpatía y aquella compasión que se pretendía sofocar. El testigo que dijo en su descripción: «se exhibió una bandera en la que había escrito *volia* (libertad) y algo más que no recuerdo», expresaba, sin pretenderlo, desde luego, la impresión provocada por la manifestación del 6 de diciembre⁸⁵.

Pero se estaba sólo al comienzo de la serie de procesos; mucho más profundo fue el eco suscitado por el proceso de los cincuenta, en Moscú, en marzo de ese mismo año. «¡Son unos santos!», era la frase que repetían con voz conmovida los que pudieron asistir a aquel memorable proceso, como ha escrito Kravchinski; y su testimonio está confirmado por otras fuentes. Turgenev —en su novela *Tierras vírgenes* y en un poema en prosa— hablará de las muchachas que lo habían arriesgado todo por hacer propaganda en las fábricas. Ya. Polonski y Nekrasov les dedicarán poemas⁸⁶. Mijailov, que asistió al proceso y quedó hondamente impresionado, pero que sabía juzgar también con la mirada del político, observó que «el proceso de los cincuenta tuvo más influencia en la sociedad que el de la manifestación de la plaza de Kazán. Comparecieron en él personas que pueden compararse con los primeros mártires cristianos. Eran propagandistas del socialismo puro, predicadores del amor, de la igualdad y de la hermandad, principios fundamentales de la *Comuna cristiana*. Pero el gobierno no los perdonó ni siquiera a ellos»⁸⁷.

El proceso de los cincuenta ponía de relieve el factor de sacrificio total, de abnegación, que había estado en la raíz de la recuperación del movimiento, a comienzos de los años setenta. Al castigar a Nechaev, el gobierno había creído desarraigar el elemento más extremado, maquiavélico y violento. Y ahora trataba de truncar la fuerza nueva que se había ido oponiendo a ese elemento, sustituyéndolo. Pero la operación no resultaba; sin esfuerzo, de modo natural, los «propagandistas», llamados a dar cuenta de sus acciones, ponían en primer plano las razones humanas, generales, que los habían empujado al sacrificio. Los dos discursos principales de Moscú —el del obrero Alekseev y el de la Bardina— fueron tales que se creyó oportuno no reproducirlos en el informe que se publicaba en el «Pravitel'stevenny vestnik» (El mensajero oficial). El argumento *ad deterrendum* que había inducido al gobierno a los procesos, se volvía en contra de él. Las palabras de la Bardina, difundidas por el «Vperéd», eran lo más útil que podía existir para

presentar a la opinión pública a los socialistas populistas con una luz moderada y cautivadora al mismo tiempo.

Ni yo ni ninguno de los demás propagandistas predica el comunismo como algo que forme parte obligatoriamente de nuestro programa. Ponemos sólo en primer plano el derecho de los obreros al entero producto de su trabajo. Cómo disponga luego él de este producto, si lo transformará en propiedad privada o común, será asunto suyo...

La Bardina seguía enumerando después, con este mismo espíritu, todas las demás «acusaciones»: la negación de la familia, de la religión, el llamamiento a la rebelión, concluyendo:

Si esa sociedad ideal con la que soñamos pudiera realizarse sin ninguna transformación violenta, nos alegraríamos con toda el alma. Pienso únicamente que en determinadas circunstancias la revolución violenta es un mal inevitable... Queremos derribar los privilegios, la división de los hombres en clases, en propietarios y no propietarios, y no a los individuos aislados que componen esas clases... Ni siquiera queremos fundar un reinado de la clase obrera, en cuanto clase, que a su vez vaya a oprimir a las otras clases, como supone la acusación. Tendemos a la felicidad de todos, a la igualdad, en cuanto ésta no dependa naturalmente de las particularidades personales, de las diferencias de temperamento, de sexo, de edad, etc...⁸⁸.

Terminaba proclamando en voz muy alta que los propagandistas no querían ningún golpe de estado, sino afirmar un ideal que no podía ser eliminado con las bayonetas.

Planteado así el problema, es evidente que en el otoño de 1877 debió de parecer muy duro el balance de los procesos. De ciento diez acusados, dieciséis habían sido condenados a trabajos forzados y a menudo por períodos muy largos, veintiocho fueron deportados o confinados a lejanas regiones, veintiuno permanecieron en la cárcel, cinco pasaron a batallones disciplinarios, y sólo uno recibió una simple admonición, siendo absueltos los restantes treinta y nueve.

En este clima se inició, a mediados de octubre de 1877, el proceso de los ciento noventa y tres, destinado a durar hasta el 23 de enero del año siguiente. Habría tenido que constituir, en la intención del gobierno, el acto final de liquidación de la «propaganda revolucionaria en el Imperio». Con aquel proceso acumulativo se pondría punto final a la «ida hacia el pueblo». Y así ocurrió, en realidad, pero sólo para ver cómo la organización sustituía a la propaganda, y el terrorismo a la agitación.

El gobierno estaba dominado por la sorda y oscura sensación de que se había metido por un camino equivocado. A finales de abril de 1877 el propio zar pidió que se elaborase un nuevo plan de lucha contra la propaganda. Se celebró una reunión en el Ministerio de Justicia para discutir el asunto. El cuadro de esta reunión, trazado por uno de los asistentes, es enormemente instructivo para quien quiera darse cuenta de la incertidumbre, la incapacidad política, el temor y la violencia que reinaban entonces en las esferas dirigentes. No se llegó a ninguna conclusión y se dejó actuar a la maquinaria burocrática, abandonada a sí misma, por así decirlo. «Un genio maléfico pesaba sobre la vida interna de Rusia», concluye un cronista⁸⁸. Como demostraba la confusa discusión celebrada en el Ministerio de Justicia, ese «genio maléfico» consistía en la incapacidad de afrontar los dos problemas fundamentales de Rusia, el descontento campesino por la falta de tierras, el peso de los impuestos, etc., y la aspiración vaga y genérica, sí, pero siempre renaciente de la «sociedad» a un régimen de libertad. *Zemlia i volia*, tierra y libertad, las dos palabras reaparecían en primer plano, tanto en las esferas dirigentes como en el «subsuelo» de los revolucionarios⁸⁹.

En julio la «Casa de detención preventiva», la cárcel donde estaban encerrados los que serían juzgados en el inminente proceso de los ciento noventa y tres, era testigo de una escena que suscitó una profunda protesta entre los populistas y una no menos profunda impresión en toda la sociedad. El gobernador de San Petersburgo, general Trepov, que tenía ya a sus espaldas una brillante carrera de violencias (la manifestación del 25 de febrero de 1861 en Varsovia había sido acogida con descargas cuando era allí jefe de policía; sus medidas represivas en Polonia en 1863 le procuraron un atentado, y tras el pistoletazo de Karakozov había sido puesto al frente de la capital), al visitar la cárcel, se lanzó contra uno de los detenidos tratando de pegarle un puñetazo porque no se había quitado el gorro en su presencia. La escena se desarrollaba en el patio, mientras los compañeros del prisionero la presenciaban desde las ventanas. Una manifestación de extremada violencia acogió el gesto del general. Este tuvo un momento de duda sobre lo que había que hacer, y se dirigió al ministro de Justicia, Palen, pidiéndole autorización para hacer azotar al prisionero. Se trataba de aquel Emel'yanov, llamado Bogoliubov, detenido por haber tomado parte en la manifestación de la plaza de Kazán, y que había recibido una condena tan fuerte. Fue aislado y le pegaron de tal modo que murió loco unos años después⁹¹. La agitación en la cárcel sólo se calmó cuando se supo que Bogoliubov sería vengado por los que estaban en libertad. Desde ese día enraizó en el ánimo de los prisioneros la voluntad de responder a la violencia con la violencia, y entre ellos se encontraban muchos de los futuros terroristas de la *Narodnaya volia*. La brutalidad de Trepov fue «la gota que hacía desbordarse el vaso». Las condiciones en que habían mantenido a muchos de ellos en un período de detención preventiva que a veces duró tres años, los

predispusieron a un estado de ánimo muy alejado de la voluntad de propaganda de 1873-74. Y ahora el gesto de Trepov les aclaraba a ellos mismos la transformación operada en sus almas⁹².

Como hemos dicho, al castigar con el látigo a Bogoliubov, Trepov no actuó por propia iniciativa. Y tampoco Palen había expresado una opinión personal al autorizar este castigo. Entonces existían numerosos proyectos para introducir una ley que fijara tal principio. En el ambiente del Ministerio de Justicia se hablaba de medidas de este tipo contra los revolucionarios, y Palen había expresado ese estado de ánimo, mezcla de miedo y violencia, difundido a su alrededor en aquel verano de 1877.

Y, sin embargo, cuando el juez instructor del proceso de los ciento noventa y tres, Zhijarev, anunció que todo estaba preparado, las esferas oficiales se vieron asaltadas por un momento de incertidumbre y duda. Evidentemente, no se podía elegir peor el momento para un enorme proceso político. El ejército ruso en los Balcanes estaba inmovilizado ante Plevén. El número de caídos era enorme. Donde se había esperado una rápida victoria estaba produciéndose una matanza que ponía de relieve todas las debilidades del ejército, del mando del propio régimen ruso. El príncipe Konstantín Nikolaevich, hermano del zar, presidente del Consejo de Estado, comprendió que sería más oportuno aplazar el proceso. Y así se lo dijo a Palen. Este, despechado ante una intervención en asuntos que sólo le concernían a él, dispuso que la justicia siguiera su curso, y Konstantín Nikolaevich no insistió.

Todo el proceso se resintió de esta incertidumbre. Se celebró a puerta cerrada, pero no faltaron los invitados. El «Mensajero oficial» prometió informar regularmente y con detalle y acabó dando noticias tan lacónicas que hicieron correr por la ciudad los rumores más dispares y fantásticos. Los periódicos sólo tuvieron derecho a reproducir los informes oficiales, pero se admitió a muchos periodistas a las sesiones. La defensa estuvo a cargo de abogados capaces y a menudo incluso valientes, justamente en un proceso cuya base jurídica era de los más genérico, incluyendo con el nombre de «propaganda» las acusaciones más variadas. El gran número de detenidos hizo que el proceso durase varios meses, precisamente cuando se pretendía poner punto final a toda propaganda.

La actitud de los detenidos reveló desde el primer día el estado de ánimo de la mayoría de ellos⁹³. Llevados a la sala de sesiones, compañeros que no se habían visto desde hacía años se encontraban de nuevo, y una atmósfera de juvenil audacia, de vivacidad y alegría dominó en el «gólgota», como llamaban a la parte que les estaba reservada en la sala⁹⁴. El tribunal quiso separarlos de nuevo y decidió que al día siguiente asistirían a la sesión sólo los que tenían que ser interrogados directamente. Esto dividió a los acusados en dos partes casi iguales: los que querían protestar contra esta medida negándose a asistir al proceso y los que en cambio pretendían defenderse. Se formó así un compacto núcleo de personas empeñadas en protestar contra el propio tribunal, en no

colaborar de ningún modo con él, en negar todos sus actos y juicios. La escisión entre el mundo de los revolucionarios populistas y el mundo oficial resultaba así visible, simbólica. Este era el primer resultado del proceso de los ciento noventa y tres, resultado que valía la pena conseguir incluso a costa de abandonar a los elementos más inseguros, más débiles o simplemente no deseosos de someterse a una disciplina de grupo⁹⁵.

Por lo demás, fue precisamente uno de éstos quien subrayó con sus declaraciones la importancia de lo ocurrido. Tras haber expuesto sus ideas uno de ellos, Myshkin, concluyó:

Ahora me he convencido definitivamente de la justeza de las opiniones de mis compañeros... Es más que evidente que aquí no puede resonar una palabra de verdad, que aquí, ante cada palabra sincera se cierra la boca del acusado. Ahora puedo decir que esto no es un tribunal, sino una vana comedia, o algo peor, más repugnante, más vergonzoso que una casa de trato. Allí una mujer vende su cuerpo por necesidad, aquí los senadores por cobardía, por bajeza, por oportunismo y por tener grandes estipendios comercian con la vida ajena, con la verdad y la justicia, comercian con todo lo que es más querido por la humanidad.

Myshkin pudo pronunciar hasta el final estas palabras porque un compañero suyo se puso a luchar con el gendarme que se había lanzado contra él. Y fue sólo el más violento de los numerosos incidentes del proceso. Las palabras de Myshkin lo convirtieron en un símbolo y fueron amplia y clandestinamente difundidas. «Tras sus palabras el tribunal quedó anonadado», escribe Kravchinski⁹⁶.

Políticamente, el proceso reveló la transformación no sólo psicológica, sino ideal, ocurrida en la generación de la «ida hacia el pueblo», y fue la primera consagración del populismo que estaba organizándose en *Zemlia i volia*. Realmente sus tendencias eran muy numerosas, distintos los temperamentos e incluso las ideas, pero al reunir a sus representantes en el banquillo de los acusados, el proceso no hacía más que poner en claro el elemento que los unía. Todos los centros afectados por la propaganda estaban presentes, todas las corrientes tenían un representante, desde anarquistas como Rabinovich y Kovalik hasta el «dios-humanismo» de Malikov, que fue defendido por su autor en un brillante discurso. Myshkin nos dice cuál era la verdadera fuerza política nacida de todo este fermento:

La tarea esencial del partido social-revolucionario es crear sobre las actuales ruinas del régimen estatal-burgués la organización social que satisfaga las exigencias del pueblo, como se expresan en sus movimientos grandes y pequeños y como están presentes en su conciencia. Esta organización consiste en una tierra compuesta por la

unión de *obshiny* productivas independientes. Sólo se la puede realizar mediante una revolución social, porque el poder del estado impide toda vía pacífica para alcanzar tal fin... Creo que nuestra tarea inmediata no consiste en desencadenar la revolución, en hacerla, sino sólo en garantizarle una salida positiva, porque no es preciso ser profeta, dada la desesperada situación en que se encuentra el pueblo, para prever como inevitable resultado de esta condición suya una insurrección popular general. Dado lo ineluctable de esta insurrección, debemos preocuparnos sólo de que sea lo más fecunda posible para el pueblo, evitándole todos los trucos a que ha recurrido la burguesía de Europa occidental para engañar a sus masas populares, beneficiándose de la sangre del pueblo derramada en las barricadas. Con este objeto, nuestra actividad práctica debe consistir en la unión, en el refuerzo de las tendencias revolucionarias, de las fuerzas populares, en la fusión de las dos fundamentales corrientes revolucionarias, una surgida no hace mucho tiempo, pero que ya ha demostrado notable energía, en la *inteliguentsia*, y otra más amplia, más profunda, nunca exhausta, la revolucionaria popular. La obra del movimiento revolucionario de 1874-75 consistió precisamente en unir esos dos elementos, a través de la definitiva formación de un partido social-revolucionario.

Tenía razón Kravchinski cuando decía que hasta entonces la mayoría de la gente conocía a los socialistas rusos de oídas, a través de las acusaciones de la prensa oficial o acaso «por las novelas de Dostoievski». Y ahora podía conocer sus ideas y su programa en la viva voz de uno de ellos⁹⁷.

Frente a esta afirmación política, la sentencia final del proceso revelaba las incertidumbres de los senadores. Cinco personas fueron condenadas a diez años de trabajos forzados, diez a nueve años, tres a cinco, unos cuarenta a la deportación y la mayoría fue puesta en libertad. Esta constituía lo que el fiscal definió como «el fondo» del proceso, colocado allí para que resaltaran mejor los culpables más graves. Naturalmente, todos pensaron y dijeron que por darse el gusto de presentar semejante «fondo» se había infligido a centenares de personas una prisión preventiva de tres o cuatro años⁹⁸. El mismo Senado estaba evidentemente muy poco convencido de su sentencia. Al pie de la condena agregó una petición al emperador para que conmutase graciosamente todas las penas de detención —salvo la de Myshkin— en penas de confinamiento. Tras haber querido impresionar a la «sociedad» con el peligro rojo, se pretendía ahora dar pruebas de magnanimidad e indulgencia. La marcha del proceso y el clima en que se desarrolló hizo que se interpretara este paso como una debilidad⁹⁹. Y el zar consideró oportuno, por lo tanto, rechazar la demanda de los senadores y confirmar su sentencia.

Los enviados a los trabajos forzados eran realmente símbolos del período que estaba finalizando entonces y del tránsito a la nueva fase de la lucha.

Ippolit Nikitich Myshkin era de origen popular, hijo de un soldado, y se había abierto solo un difícil camino por la vida. Acabó convirtiéndose en taquígrafo de los tribunales, y cuando entró en contacto con el movimiento revolucionario se arrojó a él con una pasión que resultaba excepcional incluso en el período de la primera «ida hacia el pueblo»¹⁰⁰. Sin embargo, se había mantenido apartado y solo, casi ignorado por sus compañeros, que a menudo no sospecharon la energía que encerraba su alma¹⁰¹. Montó en Moscú una pequeña imprenta que se convirtió en el centro de los *chaikovtsy* de la ciudad, y en 1875 partió hacia Siberia para organizar la fuga de Chernyshevski. Detenido, consiguió escapar, y en Viliusk disparó contra los cosacos que lo perseguían¹⁰². Su discurso ante el tribunal hizo de él el hombre más popular del proceso de los ciento noventa y tres. En el largo camino de Siberia y después en los trabajos forzados sólo lo dominó un pensamiento: escapar. Y lo consiguió, aunque fue detenido un mes después en Vladivostok. Conducido a Shilisselburg, sabía que esta cárcel iba a ser su tumba, y no tuvo más que una idea: protestar. Fue fusilado en 1885 por haber insultado al director de la prisión¹⁰³. Sólo tuvo dos ocasiones en su vida de expresar en voz alta la razón de su vida: en el tribunal y en la iglesia de la cárcel de Irkutsk, durante la ceremonia fúnebre de Dmoyovski, el compañero de Dolgushin. Todo lo demás lo dijo con su acción. No era buen conversador, le gustaba poco discutir, pero se reveló como extraordinario orador y sobre todo como un luchador que no se doblegó ante nada ni nadie¹⁰⁴.

Porfiri Ivanovich Voinaral'ski pertenecía por sus orígenes al polo opuesto de aquella sociedad rusa que vio reunidos a sus representantes revolucionarios en el banquillo de los acusados. Era hijo ilegítimo de la princesa Kugusheva. A los diecisiete años fue deportado a Arjanglesk por haber tomado parte en los movimientos estudiantiles de 1861 en San Petersburgo. Tras haber estado confinado en varios centros de la Rusia europea, consiguió establecer relaciones con Ishutin en Moscú, y lo detuvieron de nuevo. En 1873-74 era uno de los más activos y móviles elementos de la «ida hacia el pueblo». Era rico y había puesto todos sus bienes a disposición de sus compañeros y de la organización.

Por su naturaleza no era un teórico. Poseía un ingenio claro que asimilaba rápidamente la esencia de cada nueva idea, pero lo que más le interesaba era el aspecto práctico de las cosas, cómo realizarlas... Organizó obradores para la *inteligentsia*; trabajó en la tipografía de Myshkin, creó puntos de enlace, fundó tiendas para el pueblo, refugios y «madrigueras» para los propagandistas. Soñaba con cubrir toda la región del Volga —en la que centró la mayor parte

de su actividad— con una red de tales puntos de reunión, enlazados entre sí¹⁰⁵.

Los grupos de Saratov, Samara, Penza, Tambov, encontraron en él un animador siempre en movimiento. Detenido en julio de 1874, en Samara, fue llevado a la fortaleza de Pedro y Pablo y luego a la «Casa de detención preventiva». Estuvo a punto de tener éxito una fuga organizada por él y Kovalik. Una vez condenado, sus cualidades organizativas hicieron que sus camaradas prisioneros lo eligieran *starosta*. Terminado el período de pena, será deportado, en 1883, a vivir entre los yakutos. Trató de ganarse la vida con el comercio, de rehacer una familia casándose con una indígena. Hasta 1897 vivió así, en la miseria primitiva de las tierras de Siberia oriental. Consiguió volver de nuevo a la Rusia europea, para descubrir que su primera hija no deseaba verlo, absorbida por el mundo aristocrático y reaccionario del que él se había separado jovencísimo, y que ya era demasiado tarde para reanudar su actividad de propagandista y organizador. Apenas había logrado ponerse en contacto con la nueva juventud, cuando murió agotado por la vida que había llevado.

Con él regreso a la Rusia europea su compañero de cárcel, de fuga, de deportación entre los yakutos: Sergei Filippovich Kovalik, uno de los pocos representantes de primer plano del proceso de los ciento noventa y tres que fuera anarquista convencido, es decir, que aceptara la traducción ideológica dada por Bakunin al fermento populista de aquellos años.

Kovalik era una mente metódica y precisa. El nos dará la más detallada crónica de este movimiento, que, aunque se resiente de su ideología anarquista, es un valioso documento de su generación.

Dmitri Mijailovich Rogachev procedía del grupo de oficiales de artillería de San Petersburgo que dio al movimiento revolucionario gentes como Shishko y Kravchinski. Había estado muy próximo a los *chaikovtsy*, aunque no formó parte formalmente de su organización¹⁰⁶. Estuvo en contacto con Nizovkin, y cuando éste le hizo conocer sus grupos obreros,

salí de la hostería —cuenta en su *Confesión a los amigos*— como fulminado. Estaba dispuesto a abrazar al mundo entero. Corrí por la calle, chocando con dos o tres personas. Me encontré en la calle con un señor que había insultado a una mujer. Le di un bofetón. Desde ese día decidí dedicarme por entero, con todo mi tiempo y actividad, al pueblo¹⁰⁷.

En el momento de la «ida hacia el pueblo» se repartió entre la ciudad y el campo, estableciendo contactos, haciendo propaganda entre los obreros y campesinos y entre la *inteligentsia*¹⁰⁸. Trabajó algún tiempo en la Putilov, en los oficios más pesados. Pero lo atraía ante

todo la vida libre. Se convirtió en uno de los *burlaki* del Volga. Era tan fuerte físicamente, y tan parecido a ellos, que no sospecharon nunca que estaban en contacto con un noble oficial. Del Volga pasó a la región del Don. En Rostov vivió en la «compañía de oro», una especie de organización de perdelarios que vivían trabajando como descargadores en el puerto. «Me contó —escribió más adelante un compañero suyo— cuánta energía ponían en defender su posición en el mercado de trabajo... Gracias a su solidaridad conseguían con frecuencia imponer sus condiciones a los contratistas»¹⁰⁹. Pero no consiguió inducirlos a formas más decididas de protesta ni realizar entre ellos una propaganda duradera. A pesar de ello, Rogachev no era de los que se mostraban desilusionados del trabajo entre el pueblo.

Había sacado conclusiones parecidas a las de sus compañeros.

La reforma campesina de 1861 —decía en su *Confesión*— constituyó el paso del régimen servil al capitalista. En un primer momento, además, permitieron que siguiera existiendo la *obshina* con la tierra, pero todo lo que el campesino sacaba de esa tierra se lo arrebataban en forma de impuestos... Ahora el gobierno tiende hacia una rápida destrucción de la *obshina*.

Estoy convencido de que en un no lejano futuro entre nosotros se formará un proletariado y que, en una palabra, recorreremos el camino de los otros países de Europa occidental... Pero la reforma y todo lo que la siguió ha tenido una buena influencia sobre el campesino: lo ha alejado del *pomeschik*, lo ha enfrentado con el poder y el pueblo (por supuesto, en sus elementos mejores), le ha hecho comprender que no puede confiar en nadie. Sólo le falta ahora decidirse sobre lo que debe hacer. ¿Cómo podrá salir de su situación? Por eso nuestra tarea está clara: se trata de preparar la organización del partido popular. No estoy de acuerdo con los que sostienen que hoy es posible un gran movimiento en el pueblo; no comparto esta opinión porque el pueblo no tiene una fuerza en torno a la que agruparse. Por eso, repito, la organización del partido del pueblo es nuestra tarea fundamental¹¹⁰.

Ese será el camino de su hermano Nikolai, uno de los miembros más importantes de la organización militar de *Narodnaya volia*, ahorcado en Shlisselburg el 10 de octubre de 1884. Dmitri, en cambio, tras una serie ininterrumpida de afortunadas fugas en el momento en que estaban a punto de arrestarlo, y tras haber conseguido permanecer mucho tiempo entre el pueblo, fue detenido en San Petersburgo el 15 de agosto de 1876, poco antes del proceso en que lo condenarían a diez años de trabajos forzados. Nunca volvería; morirá en Kara, a los treinta y tres años, el 14 de enero de 1884.

Diez años le correspondieron también a quien representaba, en ese período, la continuidad del populismo revolucionario desde su origen hasta la «ida hacia el pueblo»: Mitrofan Danilovich Muravski. Sus compañeros solían llamarle «Padre Mitrofan», porque era el más viejo de ellos (había superado los cuarenta), y también porque era en parte su director espiritual y había dado a su fe populista una forma religiosa. Lo hemos visto al comienzo de su vida revolucionaria, en 1858¹¹¹. Ahora se encontraba en la cárcel tras un confinamiento en la gobernación de Orenburg, tras una primera estancia en la cárcel y en Siberia «por incitación a la revuelta». De regreso a Orenburg se había convertido en el centro de la «ida hacia el pueblo» en dicha región. Será condenado tras cuatro años de detención preventiva. Morirá, agotado por la vida que había llevado, en la prisión central de Jarkov.

Entre los condenados a nueve años había numerosos miembros del grupo central de los *chaikovtsy*, como S. S. Sinegub, N. A. Charushin, L. E. Shishko. Junto a ellos un obrero, Ivan Osipovich Soyuzov, «uno de los primeros representantes de la naciente *inteliguentsia* de origen popular», como se le ha definido justamente¹¹². Era artesano de Moscú.

Me causó una excelente impresión —contaba Morozov, que hizo entonces con él viajes entre el pueblo—. En cada una de sus palabras y movimientos se veía una sinceridad tan ingenua como la de un niño, un deseo de bien y una gran sed de saber... No tenía mostrar que nos consideraba superiores a él en cultura, y precisamente por ello cuando se discutían problemas teóricos no tenía miedo, a pesar de cierta vergüenza, de expresar sus ideas, escuchando después con atención. Utilizaba en su habla muchas menos palabras extranjeras que otros obreros, y las deformaba menos, aunque decía *pripaganda* en vez de propaganda...¹¹³.

Cuando causó esta impresión en Morozov, daba sus primeros pasos. Bastarán pocos años para que insista —después de que las detenciones destruyeron la «ida hacia el pueblo»— en que se cree una nueva organización. Tras un largo período de trabajos forzados en Kara, podrá volver a la Rusia europea.

Firmó también él, en 1878, la carta que selló la victoria moral conquistada por los populistas revolucionarios en el proceso de los ciento noventa y tres. Una veintena de ellos, ante las incertidumbres y la violencia del gobierno, enviaron a la «Obshina», el periódico publicado en Ginebra, una declaración —con la exigencia tajante de que se publicase— en la que se leía:

El poder central ha considerado útil convertirnos en un ejemplo evidente de intimidación para quienes pertenecen a nuestra misma corriente, diferenciando hipócritamente las «medidas de pena»

y quizás corrompiendo a los débiles, dispuestos a dejarse guiar en su conducta no sólo por la voz de la conciencia, sino por la consideración del provecho personal. Creemos que esta función que nos han asignado nos obliga a declarar que ninguna «condena» y ninguna «indulgencia» son capaces de cambiar ni una tilde de nuestra pertenencia al partido popular revolucionario. Seguimos siendo tan enemigos como antes del sistema existente en Rusia, que constituye una calamidad y una vergüenza para nuestra patria, porque desde el punto de vista económico explota el trabajo en provecho del ávido parásito y del depravado, y desde el punto de vista político entrega el trabajo, los haberes, la libertad, la vida y el honor de cada ciudadano en manos de la arbitrariedad y del «beneplácito» personal. Confiamos a nuestros compañeros la voluntad de seguir persiguiendo con la pasada energía y redoblado valor la meta por la que a nosotros nos persiguen y por la que estamos dispuestos a luchar y sufrir hasta el último aliento ¹¹⁴.

La carta, del 25 de mayo de 1878, fue publicada y constituyó el testamento moral del movimiento de la primera parte de los años setenta ¹¹⁵.

Antes de pasar a examinar su recuperación, podrá ser útil volver por un instante la mirada a este período, concluido con el proceso de los ciento noventa y tres. Una estadística de las detenciones, redactada a finales de 1877 por uno de los departamentos policiales, puede darnos una idea de conjunto, esquemática, sí, pero no carente de interés ¹¹⁶. Desde 1873 a 1877 habían sido detenidos 1.611 propagandistas, de los que el 85 por 100 eran hombres y el 15 por 100 mujeres. Es probable que estos datos sean inferiores a la realidad. No tienen en cuenta, por ejemplo, las detenciones de breve duración. En cualquier caso, de estos 1.611, fueron puestos en libertad, tras un período más o menos largo de detención, 557. La estadística definía como «particularmente delincuentes» a 425 personas de las que habían pasado ante los tribunales. Entre ellos predominaban los jóvenes y jovencísimos. Tenían menos de veintiún años 117 «delincuentes», entre veintiuno y veinticinco años se contaban 199, entre veinticinco y treinta, 93, y sólo 42 contaban más de treinta años. Desde el punto de vista de la clase a que pertenecían, 147 eran nobles, 90 procedían del clero, los hijos de los oficiales superiores ascendían a 58, los militares, a 11, mientras que los campesinos eran 65, y los burgueses, 54. En realidad, estas dos últimas categorías representaban la pertenencia a un «estamento», más que a una clase económica. Aquellos «campesinos» y «burgueses» eran en su mayoría obreros y artesanos, procedentes del campo o de la ciudad, de las «fábricas» o de los «talleres». Los auténticos campesinos sólo eran nueve. A la categoría mixta de los *raznochintsy* pertenecían 44 inculpados. La enorme mayoría de la cifra total estaba compuesta por

rusos y ucranianos, 23 eran judíos, 10 caucásianos y 6 extranjeros. Si en vez de la categoría policial de los «particularmente delinquentes» tomamos la de los condenados en diversos procesos o afectados por medidas administrativas de deportación, confinamiento, etc., la impresión general que se deduce de estas cifras no se altera. Había 279 nobles, 117 hijos de oficiales superiores, 33 comerciantes, 197 hijos de sacerdotes, 92 «burgueses», 138 «campesinos», 13 militares, 27 *raznochintsy* y 68 judíos.

El movimiento estaba compuesto en gran parte por jóvenes de las clases altas que en los institutos y las universidades se habían convertido en la parte más activa y sensible de la *inteliguentsia*. Pero ya abundaban las fuerzas derivadas de todos los sectores de la población, con exclusión de los campesinos de las aldeas. Y sobre todo era muy importante el elemento procedente del clero. Los propios campesinos, a través de la emigración a las fábricas de la ciudad, empezaban a tomar parte activa en el pequeño pero activísimo mundo de los populistas revolucionarios. La *élite* compuesta por hombres de la *inteliguentsia*, capaz de integrar los elementos procedentes del pueblo, esa *élite* con la que había contado Tkachév, se había formado ya, y justamente mediante aquella «ida hacia el pueblo», que le había parecido un inútil derroche de fuerzas.

Ahora, una parte considerable de esta *élite* era puesta en libertad después del proceso de los ciento noventa y tres, gracias a aquella oscilación entre dureza e indulgencia que ya había llevado a la derrota moral del poder. Entre los absueltos, por no decir más que dos nombres, estaban la Perovskaya y Zheliabov, que serán dos de los más activos organizadores del atentado del 1 de marzo de 1881.

Al día siguiente de terminar el proceso, el 24 de enero de 1878, una joven se presentaba en la oficina del general Trepov, el gobernador de San Petersburgo, se mezclaba con la multitud de los que, uno tras otro, iban a presentarle peticiones, reclamaciones, etc., y le disparaba a quemarropa un tiro. No opuso ninguna resistencia a los que la agarraron y, tirando el revólver, asistió atónita al desbarajuste producido por su gesto. Ocultó su nombre durante algún tiempo, y después dijo llamarse Vera Zasulich. Declaró que había disparado contra Trepov para vengar a Bogoliubov, azotado en la cárcel.

Vera Ivanovna Zasulich procedía del mundo de los que se habían ligado a Nechaev. Detenida en 1869, sólo salió de la cárcel en 1871, para ser enviada al confinamiento. En 1875 estaba de nuevo en el movimiento revolucionario, en Kiev. Tras haber intentado prepararse para participar también ella en una insurrección campesina, se había dedicado por entero a la tarea de liberar a sus compañeros prisioneros y de vengarlos.

Simultáneamente, alguien en San Petersburgo había decidido realizar el mismo atentado. Los pasos de Trepov estaban vigilados desde hacía tiempo. Frolenko, Voloshenko, Popko y Osinski eran los organizadores

del golpe al que se adelantó la Zasulich con su gesto. Esperaban a que se emitiera el veredicto del proceso de los ciento noventa y tres para no perjudicar a sus compañeros. La Zasulich conocía sus intenciones, aunque no estaba enterada con detalle de sus planes. En su intención el golpe debía ser doble ese día. Una compañera suya se presentaría ante el fiscal del proceso y lo mataría. Si este segundo atentado fracasó, se debió únicamente a que esa mañana la joven no consiguió que la recibiesen¹¹⁷.

Con el gesto de Zasulich se inició lo que Klements llamará «el año de los atentados»¹¹⁸. Y no sólo en Rusia. Hödel, Nobiling y Passanante, dispararán en el curso de 1878 sobre el emperador de Alemania y el rey de Italia. El eco será enorme en toda Europa. Pero el propio Klements pondrá de relieve el distinto carácter de estos atentados, comparados con el ruso de ese mismo año. Por una parte, gente aislada, que disparaba movida por razones a menudo oscuras y políticamente indeterminadas; por otra, un movimiento revolucionario que adoptaba como «táctica de guerra» la eliminación de aquellos a quienes consideraba «peligrosos», que empezaba a recurrir a la «defensa» armada de los «intereses del partido». Los autores de los atentados rusos están a medio camino entre la guerra de guerrillas y el gesto del anarquista, son un intento al menos parcialmente logrado de desencadenar una lucha política y de abrir el camino para una revolución, son una expresión de la «propaganda con las obras» y no gestos aislados de protesta. El «terrorismo» ruso no es, en suma, sino un aspecto de la formación de un partido socialista-revolucionario y del comienzo de una crisis general en la sociedad rusa.

Como puede verse por el propio ejemplo de la Zasulich y por los intentos paralelos y contemporáneos de su gesto, este «terrorismo» provenía del sur, trasplantado a San Petersburgo por elementos procedentes del mundo de los «revoltosos» de Kiev y Odesa. Osinski estaba ya ligado al ambiente de *Zemlia i volia*, pero procedía también de Ucrania, de donde venían Popko, Frolenko y Voloshenko. Durante todo 1878 la lucha a mano armada y los atentados serán más frecuentes y típicos en el sur de Rusia que en el norte. En Ucrania, el terrorismo empezará a asumir una forma organizada, allí surgirá el primer «Comité Ejecutivo», allí se darán los primeros reflejos políticos de esta «táctica», que, por su propia naturaleza, desplazará el problema del terreno de la agitación entre el pueblo al problema de la lucha directa contra el poder, a la lucha «política». Pero no será el sur quien recoja los frutos de este fermento terrorista. En San Petersburgo había un núcleo políticamente más sólido. *Zemlia i volia* adoptará ese año su forma definitiva, creará una prensa periódica clandestina, planteará con mayor amplitud de perspectivas políticas el propio problema del terrorismo, discutirá apasionadamente sus consecuencias políticas, convirtiéndose en breve en el centro directivo de todo el movimiento populista revolucionario ruso. Eso no

se debió sólo a la excepcional capacidad de sus dirigentes. En San Petersburgo era más visible la crisis de toda la sociedad rusa, más amplia y honda la resonancia en la sociedad, en la *inteligentsia*, de la lucha de los revolucionarios. Allí, con mayor claridad que en ningún otro lado, se planteó el duelo entre revolucionarios y poder, que va a iniciarse ese año y finalizará, por un largo período, el 1 de marzo de 1881.

El atentado de la Zasulich «fue, en el mundo de los revolucionarios, un llamamiento a tomar un nuevo camino»¹¹⁹. Una semana después, en Odesa, se producía el primer episodio de resistencia armada a los guardias en el momento del registro en la tipografía de Koval'ski y los suyos. También Tsitsianov, de la Organización social-revolucionaria panrusa, se había defendido en Moscú en el momento del arresto, pero se trató sólo de un intento improvisado y apenas iniciado. Koval'ski y sus compañeros de Odesa pusieron en práctica por primera vez uno de los principios de los «revoltosos»: «no dejarse cazar como conejos». Como dirá, a finales de 1878, el órgano de *Zemlia i volia*, ese día «un grupo de socialistas planteó de modo claro y neto el problema de la lucha *de facto* contra el despotismo imperial»¹²⁰.

En realidad, el valor del episodio del 30 de enero no radicaba sólo en el valor demostrado por Koval'ski y los suyos, sino en las ideas que habían animado al grupo, en el tránsito que se estaba realizando de la «revuelta» a la lucha «política», de Bakunin a Tkachëv¹²¹.

Como quizás se recordará, Koval'ski fue uno de los más encarnizados defensores de la necesidad de acercarse a las sectas, de estudiar este aspecto de la vida popular y de tratar de llevar a ellas la propaganda revolucionaria. Su carácter le empujaba por ese camino. «El mismo era un fanático sectario, severísimo consigo mismo», dijo uno de sus compañeros, N. Vitashevski. Los que lo conocieron escribieron detalladamente sobre los episodios de su vida mísera y ascética, sobre su incapacidad para adaptarse a la vida cotidiana y para formular planes de actividad práctica. Muchos veían en él sobre todo un pensador, un hombre que trataba de ahondar en los problemas que agitaban a las almas en torno a él.

Pero estaba preocupado ante todo por el pensamiento de poner en práctica sus ideas, atormentado por la preocupación de que su generación no hiciera lo que la descrita en la novela de Turgenev *Rudin*. «Cuando llegamos al hecho, nos paramos», había escrito, hablando de la costumbre, ya difundidísima en el sur, de llevar siempre consigo armas y puñales. ¿Quién daría el ejemplo?

No es fácil comprender con exactitud su evolución política. Es cierto que pasó de la «propaganda» a la «propaganda con las obras». Había sido detenido con Yurkovski en 1874 por su actividad entre la secta de los *stundisty*, pero lo pusieron en libertad antes del proceso de los ciento noventa y tres. Se estableció en Odesa en torno a 1876, y aunque vivía en un ambiente dominado por las ideas de los «revoltosos» (en 1877 estaban en esa ciudad Debagori-Mokrievich y E. Koval'skaya), había for-

mado un grupo en sí, sin una organización concreta, pero con cierta unidad de intenciones. Junto a elementos genéricamente revolucionarios y populistas se encontraban en él dos jóvenes que habían regresado de Suiza convencidos por las ideas del «Nabat» de Tkachëv. La primera, Elizaveta Nikolaevna Yuzhakova, se había encontrado en el extranjero con Turski y participó con él en la Comuna de París; al regresar a Suiza trabajó con Nechaev y Sazhin y después entró en el grupo que por entonces empezaba a publicar el «Nabat». En 1876-77 estaba en Odesa, jacobina convencida. El segundo, N. Vitashevski viajó por Suiza en 1877 y no pudo ponerse en contacto con Tkachëv, pero se unió a sus dos partidarios Grigor'ev y Frenk¹²² y, como él mismo decía, «pasó entonces al programa 'político y al 'neojacobinismo'». Al parecer, el «Nabat» tenía ya algunas relaciones con Odesa, de modo que Vitashevski, una vez en la ciudad, pudo penetrar en el mundo de los revolucionarios gracias a indicaciones recibidas en Suiza en la redacción del periódico de Tkachëv¹²³. A esta corriente pertenecía también un tercer miembro del grupo, Galina Cherniavskaya, que después formará parte de *Narodnaya volia*. Constituían, por así decirlo, una fracción del grupo de Koval'ski y celebraban incluso reuniones aparte. ¿Participaba en ellas Koval'ski? Parece que no. Y, sin embargo, es casi seguro que también él tenía relaciones con el «Nabat», que enviaba cartas a Tkachëv y que formaba parte de la Sociedad para la liberación del pueblo¹²⁴. Esta imponía en su estatuto un extremado secreto, aconsejaba penetrar en otros movimientos revolucionarios para influir sobre ellos. Es muy probable que Koval'ski, aunque no declarase abiertamente sus convicciones jacobinas, hubiera llegado a darle la razón a Tkachëv y tratase de hacer penetrar sus ideas en el mundo de los «revoltosos» de Odesa. Lo poco que sabemos de su actividad entre 1877 y 1878 representa algo intermedio entre el bakuninismo y la naciente voluntad de una lucha que ya no se encaminaba sólo a suscitar revueltas locales, sino a combatir —con la fuerza del movimiento revolucionario— contra el poder del estado.

Tras crear una pequeña tipografía el grupo había impreso un manifiesto con motivo de la ejecución de un bandido, un suceso que había impresionado a la población, ya sacudida por el estado de guerra en que se encontraba Rusia y por el paso de Odesa —provincia fronteriza— a manos de los militares¹²⁵. En el manifiesto se decía que si quien había matado para robar merecía semejante pena, ¿cuál habría que aplicar a los que robaban y oprimían al pueblo? Era un llamamiento al terrorismo. Cuando se enteraron del atentado de la Zasulich contra Trepov prepararon un manifiesto exaltando este gesto. «Ha empezado la lucha de hecho del partido socialdemócrata contra ese miserable gobierno»¹²⁶. La voluntad de Koval'ski se centraba en el problema de la «resistencia armada» en caso de irrupción de los gendarmes. «Aunque por ahora el resultado de tal acto no siempre es afortunado, sin embargo al repetirlo de modo consecuente se demostrará que la atmósfera revolucionaria ha madurado hasta

el punto de hacer que nuestras palabras y nuestras ideas se transformen en acción, objetivándolas en hechos reales»¹²⁷.

El 30 de enero de 1878, cuando un gran grupo de gendarmes se presentó en su casa-tipografía, Koval'ski puso en práctica su idea, defendiéndose hasta el final con un revólver y sobre todo con un puñal, ayudado por los compañeros presentes, que consiguieron, aprovechando la reyerta, quemar muchos documentos comprometedores e incluso, desde el balcón, apelar a la muchedumbre para que ayudase a Koval'ski. Este estuvo a punto de lograr huir. Detenido, lo juzgó un tribunal militar, que lo condenará a muerte.

Uno de sus compañeros, Svitych, fue condenado a ocho años de trabajos forzados; Vitashevski, a seis, conmutados después en cuatro; otros, de dos a cuatro años; dos mujeres fueron deportadas a Siberia. Y en Siberia permanecerán mucho tiempo los demás, tras haber pagado su pena.

Se realizó un intento de liberar a Koval'ski. En torno al edificio donde se reunía el tribunal militar se desarrolló una manifestación que —por primera vez en la historia del movimiento revolucionario ruso— iba armada y chocó con las fuerzas de la policía, dejando dos muertos en el terreno. Pero no fue posible arrebatar a Koval'ski de las manos de los guardias¹²⁸. El 2 de agosto de 1878 era fusilado. Su «resistencia armada» y su muerte se contaron entre los hechos que más contribuyeron a orientar el movimiento populista hacia el terrorismo¹²⁹.

Ya en febrero de 1878, Kiev se había convertido en el banco de ensayo de la nueva tendencia. Su animador fue Valerian Andreevich Osinski, el hombre que primero organizó el terrorismo en amplia escala en el sur de Rusia¹³⁰. Procedía de una familia noble, rica, muy influyente en Rostov del Don, su ciudad natal. Su hermano era presidente de la administración del distrito, y él mismo fue durante algún tiempo secretario del Ayuntamiento de Rostov. Cuando quiso lanzarse, como otros, «al pueblo», sus camaradas le disuadieron, convenciéndolo de que sería mucho más útil allí donde se encontraba. Y en realidad, gracias a su trabajo, la atmósfera de Rostov era mucho más favorable que la de otros lugares, a comienzos de los años setenta, para la propaganda populista. En algunas fábricas la dirección ayudaba a quienes querían entablar contacto con los obreros, y se daban numerosos casos de complicidad en la administración de la ciudad. Es evidente que una parte al menos de las clases burguesas de esta ciudad industrial y comerciante no veía con malos ojos cierto movimiento de protesta y renovación. Por otra parte, los obreros estaban muy influidos por las palabras de los populistas. En esa atmósfera trabajó Osinski en su primer período, cuando estaba cerca de la corriente lavrista. Después también allí se produjo la ruptura: se le aconsejó de fuente autorizada que se alejase; los obradores creados por los propagandistas fueron registrados; hubo docenas de obreros detenidos, mantenidos mucho tiempo en la cárcel, exiliados a Siberia. Osinski se acercó entonces al núcleo

en formación de *Zemlia i volia* y se convirtió en uno de sus principales agentes en el sur.

De regreso de San Petersburgo —donde se le había adelantado la Zasulich en la intención de atentar contra Trepov— su primera idea fue organizar la supresión de un provocador, un obrero que había causado la caída de todo el amplio movimiento desarrollado en Rostov. El 1 de febrero, dos compañeros, Ivan Ivichevich y Rostislav Steblin-Kamenski, realizaron con éxito el golpe. Se fijaron manifiestos en las calles de Rostov con la advertencia: «Tal es la suerte que espera a los Judas»¹³¹.

El manifiesto, que se difundió en media docena de otras ciudades rusas, llevaba al pie un sello: un hacha, un revólver y un puñal que se cruzaban, y alrededor había escrito: «Comité Ejecutivo del partido social-revolucionario». Así apareció por primera vez el nombre de «Comité Ejecutivo», destinado a alcanzar tanta notoriedad en los años siguientes. De momento debía servir sobre todo para infundir espanto y respeto con un nombre misterioso. Pero ya era un indicio de que se pretendía dar al terrorismo una organización, un elemento sistemático. Los golpes ya no se producirían aislados, sino que vendrían de un órgano delegado para ello por el partido revolucionario. La «Sección desorganizativa» de que se había hablado en la *Zemlia i volia* empezaba a realizarse de hecho en el sur de Rusia. Pero a comienzos de 1878 estaba muy lejos de constituir una organización concreta: en la práctica la componían Osinski y sus amigos, dispuestos a actuar en el plano terrorista. «Eran bastantes elementos. Muchos deseaban realizar tales encargos. He aquí lo que era el comité», ha dicho Frolenko, que estuvo entonces en estrecho contacto con Osinski y organizó con él la fuga de Deits, Stefanovich y Bojanovski de la cárcel de Kiev.

Junto a Osinski, la figura más típica de este primer «Comité Ejecutivo» es la de Grigori Anfymovich Popko, que procedía de cosacos deportados en el Kubán por Catalina II. Una rama de su familia había hecho fortuna, pero los suyos eran pobres y él pronto se quedó huérfano de padre. Acudió al seminario de Stavropol y soñó con crear una cooperativa agrícola con otros cuatro seminaristas. Partió para Moscú con el fin de estudiar agricultura, pero se metió en el movimiento revolucionario. En 1874 estaba en Odesa, en el centro del grupo que proseguirá la obra de Zaslavski cuando éste sea detenido y gran parte de la Unión Meridional de los obreros rusos se disperse. Es interesante observar que el núcleo de los primeros terroristas de Kiev, del «Comité Ejecutivo» de Osinski, venía de aquel círculo: Ivan e Ignat Ivichevich, el obrero Grigori Ivanchenko y el propio Popko. De un inicial lavrismo pasaron al terrorismo a través del movimiento obrero. La ruptura se produjo en 1876. Los grupos de Odesa y de Kiev habían enviado al congreso lavrista de París dos delegados, K. I. Grinevich y Popko. Aunque Lavrov lo negó, parece que las disensiones internas de este pequeño congreso constituyen una primera escaramuza del conflicto entre el sur «activista» y el norte «pro-

pagandista». En suma, aunque en formas aún inseguras, empezaba a nacer en Kiev y Odesa una nueva visión de la lucha. Popko pudo ver Lvov, Viena, Ginebra y París. De regreso se dedicó todavía un año al trabajo «entre el pueblo», pero pronto el atentado de la Zasulich lo lanzaría también al terrorismo¹³².

Un camino similar había recorrido Aleksandr Vasil'evich Sentianin, también miembro de este primer núcleo del «Comité Ejecutivo». Había frecuentado el Instituto Minero junto con Plejanov. Después «insistió en pasar desde los bancos de la escuela a trabajar directamente en la fábrica»¹³³, y realizó gran parte de su tarea propagandística entre los obreros de Rostov del Don. Sabemos menos de otros de este grupo, cuyos nombres aparecen a menudo en las acciones de ese período: A. F. Medvedev (Fomin), V. Sviridenko, L. K. Brandtner, llamado «el alemán» por sus compañeros y uno de los más apreciados por ellos. «Era un hombre simpatiquísimo, de una extraordinaria honradez. Por convicción y gustos era un populista; había vagabundeadado entre los campesinos y pasó a los terroristas cuando, como todos los demás, observó que 'no había modo de actuar', es decir, que no se conseguía inducir al pueblo a la revuelta»¹³⁴.

El 23 de febrero de 1878 Osinski, ayudado por Ivan Ivichevich y por Medvedev (Fomin), se presentaba ante el vicefiscal general del Tribunal de Kiev, Kotliarevski —que se había distinguido en los días anteriores por la obstinación con que dirigió una serie de registros—, y le disparaba seis tiros de revólver. Aunque le dejaron por muerto, sólo estaba herido. Un intento de repetir el atentado al día siguiente fracasó¹³⁵.

El 25 de mayo, Popko, tras haber superado una dura lucha consigo mismo, apuñalaba en la calle al barón Geiking, ayudante mayor de la gendarmería de Kiev, que tenía cierta fama de liberal porque cerraba los ojos sobre la distribución de libros populares y en general sobre los grupos lavristas y propagandistas. Pero había realizado la investigación sobre la conspiración campesina de Chigirin con un ánimo muy otro. Y por eso cayó a manos de Popko, quien, perseguido, consiguió escapar tras una serie de fugas y tiroteos. «Realizado», se limitó a decir Popko a sus camaradas aquella noche¹³⁶.

La actividad del «Comité Ejecutivo» se orientó luego de modo especial a tratar de liberar a los compañeros encarcelados. Además de la fuga de Stefanovich y de los demás de la conjura de Chigirin, se articularon numerosos proyectos para arrancar de manos de la policía a los que más habían sufrido en el proceso de los ciento noventa y tres. Myshkin fue trasladado demasiado pronto para que se pudiera tratar de liberarlo, pero se pudo intentar algo en la cárcel de Jarkov, donde estaban concentrados los demás. La Perovskaya insistió particularmente en que se actuara. Se llegó a una tentativa —sin resultado— de asaltar la carroza que transportaba a Voinaral'ski. La empresa era difícil y arriesgada y para realizarla hubo que utilizar algunas de las mayores fuerzas de los grupos del norte y del sur, unidos en la acción por primera vez¹³⁷. La operación no tuvo

éxito y costó una pérdida, Medvedev (Fomin), que fue arrestado. Tratará de escapar por su cuenta en agosto, pero volverán a cogerlo. Dos compañeros vestidos de gendarmes se presentaron en octubre en la cárcel donde estaba detenido, pero también fracasaron en su intento. Medvedev acabará en los trabajos forzados, condenado en febrero de 1879.

A pesar de ésta y otras pérdidas, durante toda la primera parte de 1878 el «Comité Ejecutivo» consiguió actuar, fijar sus manifiestos, anunciando las condenas pronunciadas por él, amenazar y asestar golpes, logrando siempre salvar el grueso de la organización. Este trabajo transformó el más o menos fantástico «Comité» en una real fuerza política, transformación a la que coadyuvó la situación general de Kiev.

En la capital ucraniana el despertar político —en el momento en que la guerra se acercaba a su fin— había sido más amplio y visible que en otros lados. El entrecruzarse del problema nacional con el social, el tradicional lazo con los problemas de Polonia y los demás países eslavos, entonces en fermentación en pro de la libertad, la variedad de las corrientes ucraniofílas, lavristas, «revoltosas», constitucionalistas, todo contribuyó a hacer que Kiev se convirtiera en el primer centro en donde se planteó ampliamente el problema de la libertad política y de una lucha que tuviese como objetivo esencial la eliminación del absolutismo imperial. «Toda Kiev estaba llena de discusiones sobre la constitución», decía uno de los compañeros de Osinski y Popko, resumiendo esta situación¹³⁸. Cosa rara, este «liberalismo» penetró entonces incluso en los ambientes universitarios. En febrero-marzo de 1878, los estudiantes de Kiev estaban en plena agitación; se produjeron enfrentamientos con la policía; ciento setenta fueron expulsados de la universidad y deportados. En las reuniones que acompañaron este movimiento se observa un «círculo constitucional» que tuvo cierta vivacidad y resonancia en todo el ambiente juvenil. Simultáneamente los populistas revolucionarios se encontraron ante el problema político. La brutalidad de la policía, el episodio de Bogoliubov azotado en San Petersburgo por Trepov, les planteaban también a ellos el problema de si no era necesario ante todo conquistar un mínimo de legalidad, si no era indispensable abandonar, aunque fuera temporalmente, la «agitación» entre el pueblo para luchar contra los órganos represivos del estado. La experiencia de Chigirin había fracasado; cada uno de los revolucionarios llevaba en su interior una desilusión más o menos honda por el trabajo «entre el pueblo». ¿Acaso no era el momento de aprovechar las corrientes constitucionalistas de la sociedad, sirviéndose de ellas en la lucha directa contra el poder? Osinski, Popko, Voloshensko y otros se lo preguntaron, pero respondieron negativamente. Habían tomado el camino del terrorismo precisamente porque prometía una lucha «política» y, al tiempo, no llevaba a la confluencia y a la confusión entre las genéricas y poco activas tendencias «constitucionalistas» y la voluntad revolucionaria que les animaba. Combatir por la libertad política, sí, pero con las armas en la mano, y no sólo con una propaganda entre las clases

cultas, que parecían —y en realidad estaban— condenadas a la impotencia; que hablaban mucho de «constitución», pero no tenían la voluntad de exigirla. A quienes poseían esa voluntad sólo les quedaba un camino: pelear directamente para castigar los atropellos, para escarmentar a quien se hacía instrumento de opresión y absolutismo. Este fue el significado del primer «Comité Ejecutivo»¹³⁹.

En 1878 puede notarse, en la emigración y en el grupo central de *Zemlia i volia*, una evolución en el mismo sentido, menos rápida, menos visible y aparente, pero en cambio políticamente más profunda y madura. Las posiciones más típicamente populistas se transformaron o abandonaron de modo lento y meditado, con el deseo de insertarse, donde fuera posible, en la nueva situación. Las relaciones con las tendencias liberales se discutieron más y fueron más importantes desde el punto de vista histórico. Mientras que el «Comité Ejecutivo» del sur fue una llamarada que sería ahogada en la violencia, la evolución en la emigración y en el norte estaba destinada a poner a *Zemlia i volia* y después a *Narodnaya volia* a la cabeza de todo el movimiento revolucionario ruso.

A comienzos de 1878 empezó a publicarse en Suiza un periódico, la «Obshina», que congregaba los elementos más activos de la emigración populista revolucionaria¹⁴⁰. Como justamente observó Lavrov, «recogió la necesaria y fecunda bandera de la prensa periódica que los lavristas habían dejado caer»¹⁴¹, es decir, reanudó la discusión de los problemas del movimiento, después del final del «Vperёд». Fueron precisamente los «revoltosos», los bakuninistas, quienes reanudaron y ampliaron la controversia, demostrando así la importancia que habían asumido de nuevo los problemas políticos, tras la desilusión de la «ida hacia el pueblo» y el fracaso de los intentos insurreccionales. Procedían del encuentro de los «jóvenes bakuninistas» (Ralli y Zhukovski) y los *chaikoutsy* emigrados (Klements y Aksel'rod), bajo la impresión de los grandes procesos, como queriendo unir el de los cincuenta con el de los ciento noventa y tres¹⁴². La «Obshina» se abría con un largo e interesante artículo sobre este último proceso, en el que se tomaba abiertamente nota de la transformación ocurrida de los «propagandistas» en «populistas», de los difusores de ideas en suscitadores de «agitaciones». Esta evolución se comparaba con la de los otros países de Europa. La «Obshina» ampliaba así el panorama del movimiento, justo cuando éste estaba entrando en una nueva fase. Aksel'rod publicó en ella un largo estudio, por entregas, titulado «Balance del partido socialdemócrata alemán», en el que, aun manteniendo una postura federalista y bakuninista, demostraba un interés evidente por un movimiento obrero de masas. V. Cherkezov hablaba de la guerra de los Balcanes¹⁴³. Ralli recordaba la enseñanza de la Comuna¹⁴⁴. Kravchinski escribía por extenso, y con evidente admiración, sobre la Internacional en Italia¹⁴⁵.

Aunque los primeros números de la «Obshina» constituyen aún un intento de recoger ampliamente los motivos populistas, pronto a los redactores les plantearon nuevos problemas el atentado de la Zasulich y la consiguiente animación de la opinión pública en Rusia, en general, y en San Petersburgo, en particular. La atmósfera cambiaba con rapidez y sus ecos llegaban incluso a Suiza.

En el número 5, de mayo de 1878, se preguntaban qué significaba «el movimiento constitucional en la sociedad rusa», y sobre todo se planteaban el problema de si «era conciliable con las exigencias y las tradiciones de los socialistas rusos». «¿Debemos, nosotros socialistas, tomar parte activa en este movimiento de la 'sociedad' o permanecer al margen? ¿Podemos esperar que se derive de él algún alivio de las condiciones de nuestra lucha? Y si el análisis de este problema nos lleva a una conclusión negativa, ¿qué camino hemos de tomar?» La mayoría de los socialistas respondió afirmativamente a la primera pregunta. Sí, dicen, «debemos aprovechar todo fenómeno social para asestar un golpe al sistema imperial de San Petersburgo». Pero había que tener cuidado de no perder la fisonomía política e ideológica propia. «¿Hay acaso en nuestro partido gente que quiera hacer concesiones?... ¿Qué puede ligarnos a nuestros liberales?» Su constitución no puede aportar el menor alivio a la situación de los campesinos, de los trabajadores. El elemento positivo del liberalismo estaba en el «derecho de reunión y de petición». Pero tampoco aquí había que hacerse ilusiones. El segundo imperio y la tercera república habían demostrado cómo puede engañarse a cualquiera asamblea. «La constitución liberal italiana obliga aún a nuestros hermanos socialistas a celebrar asambleas clandestinas.»

Mientras que la «Obshina» remachaba así, cauta, pero firmemente, las posiciones socialistas, en San Petersburgo los de *Zemlia i volia* tenían que resolver problemas más inmediatos y candentes. El liberalismo ruso parecía deseoso, por el momento, de salir de las teorías para convertirse en una fuerza política real. Los ecos del disparo de la Zasulich continuaban y se ensanchaban.

La primera impresión producida en la capital por el atentado reveló la inconsciencia de una parte considerable de la clase dirigente, y al mismo tiempo el fermento que agitaba la sociedad. En parte por ligereza, en parte por malignidad —y aún más por ceguera—, se había empezado a decir, en círculos oficiales, que la Zasulich había disparado únicamente por motivos personales, ya que era la amante de Bogoliubov. El chisme no habría tenido la menor importancia de no haber inducido al Ministerio de Justicia a confiar el proceso a un tribunal normal, en vez de a una de las comisiones senatoriales que hasta entonces habían juzgado los asuntos políticos.

Esto equivalía a llevar a la Zasulich ante un jurado, que no podía dejar de sufrir la influencia de la opinión pública. Los latigazos a Bogoliubov, la bien merecida fama de enérgico asesino y ladrón de que gozaba

Trepov, el ambiente perturbado por los relatos de los sufrimientos de quienes habían sido recientemente absueltos en el «gran proceso», la publicidad de los debates —que se desarrollaron con ejemplar imparcialidad—, y, por último, el habilísimo alegato del defensor, surtieron su efecto. Los jurados absolvieron a la Zasulich, negando incluso la evidencia —que a nadie se le ocurrió poner en duda y que ella misma reivindicó— de haber disparado sobre Trepov. La policía trató de retenerla en la cárcel con medidas administrativas, pero las órdenes llegaron con retraso. Fue puesta en libertad en medio de una violenta manifestación en la que hubo enfrentamientos con los gendarmes y que dejó un muerto sobre el terreno; se trataba de un estudiante, y no está muy claro si murió a manos de la fuerza pública o —lo cual es más probable— se suicidó para atraer sobre sí la atención de los guardias, permitiendo así que la Zasulich huyera. A pesar de sus afanosas búsquedas, la policía no conseguirá echarle mano y podrá refugiarse en el extranjero ¹⁴⁶.

Todos estos acontecimientos, contemporáneos de los atentados que se sucedían en el sur, tuvieron como efecto ahondar más aún el foso que existía entre la opinión pública y las esferas dirigentes. La enorme mayoría de los periódicos no cesó durante mucho tiempo de hacer el elogio de los jurados, de afirmar que por fin la justicia se había asentado en Rusia, de subrayar esta victoria de la conciencia contra la fuerza. En el público de la capital se hablaba no sólo de Carlota Corday, sino incluso de la toma de la Bastilla. Una auténtica oleada de esperanzas arrastró a la *intelligentsia*. La impresión suscitada por este episodio fue inmensa, tanto en Rusia como en toda Europa ¹⁴⁷. «La absolución suscitó mayor entusiasmo que el propio disparo, y fue acompañada por una protesta sin límites de quienes se arrastraban frente al poder», dijo más adelante Deits ¹⁴⁸. «Si esto continúa así, habrá que escapar de Rusia», decían abiertamente estos últimos ¹⁴⁹. No tardaron en dejarse sentir las consecuencias. Un periódico que había publicado una carta de la Zasulich fue suspendido; otros se vieron molestados. La institución del jurado no volvió a levantar cabeza después del golpe; una serie de medidas limitarán pronto enormemente su alcance.

Para unos y otros, para la *intelligentsia* y para las esferas dirigentes, estos sucesos fueron como un banco de pruebas. La opinión pública estaba en una fase de despertar, y justamente por ello se agitaba, nerviosa, tendía a los extremos, y en general era incapaz de plantearse el problema de los medios y los fines. Todo el «liberalismo», el «constitucionalismo» de finales de los años setenta se resentirá de esta atmósfera puesta en claro por el disparo de Vera Zasulich. El gobierno zarista, por otra parte, reaccionará por instinto de conservación, a menudo ciegamente, sin eficacia, como demostró la liberación final de la autora del atentado y demostrarán aún mejor las medidas represivas que se sucederán:

Los revolucionarios de *Zemlia i volia* percibieron pronto el peso que caía sobre sus hombros en tal situación. Para darse cuenta de ello basta con leer el manifiesto que escribió por esos días Plejanov¹⁵⁰.

Tras casi veinte años de silencio —decía—, la opinión pública se había despertado. No protestó por la condena de Chernyshevski, dejó solos a los revolucionarios, permitió que la engañaran con el espejismo de la «liberación de los hermanos eslavos». «No sabíamos si iba a expresar alguna vez su opinión. Pero el 31 de marzo y los días siguientes la sociedad de San Petersburgo se ha decidido a hablar con un lenguaje humano.» Por fin se había visto el abismo que separaba a la sociedad del estado. Ahora se trataba de profundizar esa fractura, de hacerla definitiva.

Quien no está con el gobierno en casos similares debe estar en contra de él. Toda la sociedad debe, de un modo u otro, expresar su protesta contra una administración bárbara. Invitamos a la juventud de las escuelas, invitamos a todos los partidos, salvo el partido del *knut* y del palo, a unirse en una acción general y unitaria por la conquista de sus derechos humanos tanto tiempo conculcados, por la defensa de los ciudadanos que aman la libertad desde las infernales casamatas de la prisión central y de la fortaleza de Pedro y Pablo, por la defensa del pueblo ruso de la miseria, por la defensa de la ciencia y del pensamiento ruso de una ignominiosa y vergonzosa muerte a manos del verdugo-censor...

Era un llamamiento a todas las corrientes, a toda la sociedad. Aunque Plejanov sabía muy bien que la oleada de indignación y entusiasmo de la *inteliguentsia* no era sino un «prólogo». Así, sólo estaba empezando «el gran drama histórico que se llama proceso del gobierno por el pueblo. El acta de acusación está constituida por toda la historia rusa, en cuyas páginas no hay escrito sino palos, látigos, fustas, palizas y empobrecimiento sistemático del pueblo en favor de las cajas del zar».

Como todos los revolucionarios populistas en aquel momento, Plejanov estaba impresionado por la amplia conmoción de la opinión pública. Pero ¿quién organizaría «el proceso» después del «prólogo»? Evidentemente, la responsabilidad incumbía a los revolucionarios. No en vano al final de su manifiesto recordaba que en todos los pueblos era sagrada la memoria de los que caían los primeros «rebelándose por la libertad». La reacción de los populistas revolucionarios de San Petersburgo después de los hechos del 31 de marzo fue tratar de unir y guiar a la «sociedad», pero sobre todo organizarse y actuar.

Para expresar este estado de ánimo y esta voluntad había nacido, pocos días antes, un órgano periódico clandestino. Lo editaba la «Libre tipografía rusa», organizada por A. I. Zundelevich en San Petersburgo, en el otoño de 1877, por encargo del grupo de Natanson, y que había

publicado una serie de llamamientos, entre ellos el de Plejanov que acabamos de citar, y algún opúsculo con las deposiciones más significativas del proceso de los cincuenta y de los ciento noventa y tres¹⁵¹. Mijailov decía que era muy importante que los populistas poseyeran una literatura propia de agitación, con el fin de fijar, «a los ojos de la sociedad y el partido, este o aquel significado de todo hecho excepcional, para guiarlos a esta o aquella acción y organizar las corrientes de ideas y sentimientos que estaban concretándose»¹⁵². Cuando incluso las hojas volantes empezaron a parecer insuficientes, se pensó en un periódico clandestino. La iniciativa pertenecía a un polaco, Aleksandr Ivanovich Wieckowski¹⁵³, que empezó a publicar en marzo de 1878 el «Nachalo» [El Comienzo]¹⁵⁴, ayudado por elementos no fundamentales de la *Zemlia i volia* de San Petersburgo —entre ellos, Lev Konstantinovich Buj y su hermano Nikolai— y sirviéndose de la «Libre tipografía rusa». El periódico pretendía ser, como dice su título, un «principio», un «comienzo», un primer intento de publicar una revista clandestina en Rusia¹⁵⁵. Era el órgano de los «revolucionarios rusos», y desde su primera página se proclamaba socialista; pero teniendo en cuenta, evidentemente, que la opinión pública había polarizado su atención sobre la organización estatal, sobre la opresión y la falta de libertad, hablará de lucha política, más que de problemas sociales.

Por primera vez, en el «Nachalo» se expresó la postura que será fundamental para la comprensión de algunos aspectos de la política de *Zemlia i volia* en 1878, y que se podría denominar de «espera de la constitución». La crisis del sistema de gobierno parecía indudable. Pero las fuerzas populares no estaban lo bastante maduras para poder creer en una sublevación, en una revolución profunda, de carácter social. «Estamos aún en la fase de acumulación de las fuerzas revolucionarias del pueblo», decía el «Nachalo» desde su primer número¹⁵⁶. No había que excluir, pues, que el estado absolutista saliera de la crisis haciendo concesiones a la «sociedad», concediendo una constitución. Los revolucionarios debían saberlo, debían darse perfecta cuenta de la situación, aprovechándola para su tarea específica, ayudando al pueblo a acumular sus energías revolucionarias, elaborando un programa de «socialismo popular ruso»¹⁵⁷, organizando sus propias fuerzas. Tanto más cuanto que la vía del constitucionalismo no le resultaría fácil al gobierno, desde luego. «El elemento anarquista inherente al pueblo ruso, la falta de lazos orgánicos entre éste y el estado, hacen difícil, si no imposible, recurrir al pararrayos de la constitución para desviar la tempestad popular»¹⁵⁸. La crisis financiera de la posguerra obligaría al gobierno a cargar la mano sobre los campesinos, echando nueva leña al fuego del descontento popular. En realidad se hallaba ante una amenaza de bancarrota, ante una crisis profunda. «Las gacetas extranjeras dicen que estamos en vísperas de una revolución»¹⁵⁹. Había que prepararse, pues, para todas las posibilidades y eventualidades.

En todo caso, lo cierto era que «la actual situación financiera y económica debe llevar a la caída del absolutismo»¹⁶⁰.

En mayo concluían este examen escribiendo: «Lo más probable es que la crisis conduzca a un mero cambio político de tipo constitucional, aunque no existan hechos positivos que excluyan una resolución en un movimiento popular general.» Los socialistas debían tener en cuenta ambas posibilidades. Por sí mismo, el constitucionalismo era a sus ojos absolutamente indiferente. «Pero si los acontecimientos no llevan a un movimiento revolucionario general en el pueblo, una transformación, aunque sólo sea política, debe parecer muy deseable a los socialistas.» En cualquier caso, siempre la sociedad y el pueblo darán un paso más. La burguesía rusa, sin una base moral y jurídica sólida que le dé conciencia de su propio derecho, siente que su posición es débil e insegura. El constitucionalismo no arraigará demasiado; no hará sino facilitar la lucha del pueblo, hacer más cómoda y difundida la propaganda. Los socialistas sabrán utilizar, por una parte, las restricciones a que será sometido ese constitucionalismo y, por otra, los movimientos populares que no podrán dejar de acompañarlo y seguirlo. En conclusión, no apoyar a los liberales, pero *laisser faire, laisser passer*, confiando en el desarrollo inevitable de la crisis. Tanto más cuanto que los liberales no estaban organizados en absoluto. Por ello los socialistas debían centrar sus esfuerzos en la agitación y la organización del pueblo¹⁶¹.

Dicha postura no respondía del todo a las ideas de los elementos más activos de *Zemlia i volia*. Pronto éstos se hicieron de nuevo con la prensa periódica, sustituyendo con un órgano propio y específico a aquel «Nachalo» que había surgido al margen de su organización. Sin embargo, es evidente que allí se expresó el estado de ánimo de una parte significativa de los elementos que gravitaban en torno a *Zemlia i volia*, que justamente entonces estaban ampliando sus lazos con la «sociedad» y realizaban los primeros intentos de dirigirla. Todos los que no querían abandonar los principios populistas, y que al mismo tiempo sentían la necesidad de decir una palabra propia ante el fermento liberal y constitucionalista, podían encontrarse fácilmente en esta posición de *laisser faire, laisser passer* demasiado maquiavélica. Reflejaba una situación objetiva de espera ante el problema de la «política» que afectaba a todo el movimiento populista.

Por un momento, inmediatamente después de la absolución de Vera Zasulich, en abril de 1878, la «Libre tipografía rusa» superó esta postura. Contribuyó con su aparato a la impresión de una *Hoja volante*, redactada por Mijailovski, en la que no aparecía el menor elemento propiamente populista y donde se trataba únicamente de presionar a la sociedad, induciéndola a una acción de carácter liberal contra el absolutismo. Igual que en la crisis de comienzos de los años sesenta, resonaba en ella la consigna del *zemski sobor*, de una asamblea nacional y una constituyente. Partiendo de la afirmación de que al pueblo le era indiferente la libertad política —como toda transformación que no afectase a la estructura social—, lle-

gaba a la conclusión de que los problemas de la sociedad debían ponerse en manos de la sociedad misma¹⁶². La cosa era tanto más importante cuanto que se trataba de una conversión: Mijailovski, pensador y escritor, partidario de Lavrov, había sido un populista convencido unos años antes. «¡No queremos esos derechos, esas libertades! Malditas sean si no nos dan la oportunidad de pagar nuestra deuda al pueblo, si no hacen sino aumentarla», había escrito en 1873¹⁶³.

Incluso la idea de libertad política debía *sacrificarse* a la reforma social, había dicho ese mismo año¹⁶⁴. Y ahora, pensando que era necesario aceptar un desarrollo capitalista de Rusia, ponía todas sus esperanzas en la consolidación política de los movimientos de la opinión pública liberal. El mismo estilo con que la «Hoja volante» estaba escrita, pesado e inseguro, mostraba lo indeterminado de su posición. Se trataba sobre todo de una esperanza, de la misma esperanza que animaba a los redactores del «Nachalo».

Kravchinski fue uno de los primeros en romper este momento de interrupción psicológica. Desde la emigración, donde se encontraba, la absolución de la Zasulich le pareció un hecho más importante de lo que en realidad era: «El absolutismo ruso ha muerto; el 31 de marzo fue el último día de su existencia.» Esto planteaba con más claridad que antes el problema de la revolución en Rusia. «¡Cuidado! Como una bandada de cornejas que huelen el hedor del cadáver, por todas partes se alzan nuevos enemigos. Es la burguesía. En los pasados años no había sabido hacer sino tener miedo, esperando *cobardemente* que nosotros, los revolucionarios socialistas, derribáramos lo que ella rociaba de odio y de incienso.» Pero no bastaba con despreciar a esos enemigos. Considerados uno a uno eran incapaces y miedosos; lo habían demostrado cuando se necesitaba heroísmo y sacrificio para luchar contra el absolutismo; a pesar de todos los medios de que disponían, habían permanecido en la impotencia; pero eran una masa. Ahora podrían tener éxito en su intento; ahora la situación les permitía crear en Rusia un mundo burgués. Estaba clarísimo lo que prometían a los revolucionarios en caso de victoria; lo mostraba el ejemplo de la Comuna de París. «Nos espera idéntica suerte si damos a la burguesía tiempo para ahogarnos.» Por eso el problema fundamental era organizar el partido social-revolucionario ruso. «Estamos en vísperas de grandes acontecimientos revolucionarios; el futuro es nuestro»¹⁶⁵.

El llamamiento «ahora o nunca», que había resonado en toda la historia del populismo, reaparecía una vez más en vísperas de la crisis decisiva de finales de los años setenta. La conclusión que Kravchinski sacó llevará a la creación de las más fuertes organizaciones populistas de todo el ventenio de Alejandro II. Pero lo que escribía en la «Obshina» no era más que una parte de su pensamiento; el resto estaba decidido a darlo a conocer no con palabras, sino con hechos.

Marchó de Suiza y regresó clandestinamente a San Petersburgo, donde reanudó los contactos con el núcleo central de *Zemlia i volia*, organizando un atentado contra el jefe de la Tercera Sección, el general Mezentsov.

En el centro de San Petersburgo, a las nueve de la mañana del 4 de agosto de 1878, mientras Mezentsov paseaba acompañado por un ayudante, Kravchinski y Barannikov fueron a su encuentro, según un plan estudiado y controlado personalmente por Aleksandr Mijailov. Kravchinski hirió mortalmente a Mezentsov con un puñal; Barannikov disparó, sin alcanzarlo, sobre su ayudante, que pretendía detenerlos. Subieron a una rápida calesa, conducida por Adrián Mijailov, y se esfumaron sin dejar rastros. Toda persecución resultó inútil.

Fue el atentado más perfecto de aquellos años. El propio Kravchinski hizo su apología en un opúsculo impreso por la «Libre tipografía rusa», titulado *Muerte por muerte*¹⁶⁶. Esta obra estaba dedicada a la memoria de Koval'ski, fusilado en Odesa dos días antes del atentado. Es cierto que la muerte de Mezentsov se había decidido bastante antes de esta ejecución capital, pero la rapidez con que se sucedieron ambos acontecimientos hizo pensar en una fulminante respuesta del partido revolucionario, y eso aumentó la impresión provocada por el atentado. Por primera vez las víctimas no eran espías, provocadores o agentes relativamente subalternos del poder estatal —como Kotliarevski y Geiking en Kiev—, sino el propio jefe de la gendarmería. Como se leía en el manifiesto publicado entonces, Mezentsov había sido asesinado para vengar a todos los que sufrían malos tratos en la cárcel, por todas las condenas de los propagandistas. En suma, era el último acto del proceso de los ciento noventa y tres.

Pero, como explicaba Kravchinski en su *Muerte por muerte*, el atentado no quería sólo cerrar una época, sino abrir una nueva. El verdadero enemigo del socialismo era y seguía siendo la burguesía y el capitalismo. El movimiento que había asestado el golpe a Mezentsov no era liberal, sino populista. Incluso llegaba a pedir al gobierno que permaneciera neutral, si podía, entre los revolucionarios y aquellos que en la «Obshina» había llamado «cornejas que huelen el hedor del cadáver». El problema fundamental seguía siendo preparar una revolución popular¹⁶⁷. La reorganización de *Zemlia i volia* debía convertirse en la principal preocupación del revolucionario inmediatamente después de la absolución de la Zasulich.

Igual que Kravchinski, tras enterarse de esta noticia, había vuelto de la emigración, así en la propia Rusia fueron cada vez más abundantes quienes en 1878 abandonaron las «colonias» entre los campesinos para concentrarse en San Petersburgo. E incluso quienes siguieron viviendo entre el pueblo tenían los ojos y el ánimo clavados en la capital. Aleksandr Mijailov, por ejemplo, llegó a comienzos de abril con un amplio programa de penetración en el *rasköl*, pero le bastó una breve estancia en San Pe-

tersburgo para centrar su atención en el terrorismo y los problemas organizativos. En mayo el grupo creyó necesario reafirmar los principios que guiarían *Zemlia i volia*, remachando el carácter populista de su acción y procediendo al mismo tiempo a la revisión de su estatuto organizativo. Se trataba de introducir una centralización y una disciplina mayores. Miailov, autor de la revisión, consiguió convencer a sus compañeros de que eso era indispensable en aquel momento, en que se abría ante ellos la posibilidad de una lucha más dura y activa por sus ideas¹⁶⁸.

«Entre los diversos géneros de socialismo de Europa occidental —leemos en el programa— nuestras preferencias se orientan sin reservas hacia la Internacional federalista, o sea a los anarquistas; pero admitimos que la realización de estos principios en toda su plenitud es hoy por hoy imposible.» Una vez tributado así —de modo bastante formal, como se ve— el debido homenaje a la tradición bakuninista, pasaban de inmediato a su verdadero programa:

El partido sólo podrá ser fuerte si se apoya en las reales exigencias del pueblo ruso —decían. Sus «características fundamentales» son «tan socialistas» que si el pueblo consiguiera vencer hoy sentaría unas bases muy sólidas para un posterior desarrollo en el sentido de los ideales socialistas y federalistas. Según la convicción popular la tierra es de Dios y de todos, y a cualquiera le está dado trabajarla. Por eso el punto fundamental seguía siendo el paso de toda la tierra «a la clase agrícola trabajadora». Recogían luego, desarrollándolos apenas, los puntos del programa de 1877 sobre la «plena autonomía de las *obshiny*», sobre su «libre integración en grupos territoriales mayores» (*volosti, guby, zemli*, etc.) y sobre la necesidad de proceder, según los deseos y exigencias locales, a la separación de las nacionalidades que componían el imperio ruso: Pequeña Rusia, Polonia, el Cáucaso, etc. Se reafirmaba la necesidad de llegar a este cambio radical «lo más pronto posible», debido a que «el desarrollo del capitalismo y la mayor penetración en la vida del pueblo, gracias al gobierno ruso, de los diversos venenos de la civilización burguesa, amenazaban con destruir las *obshiny* y corromper más o menos a fondo las concepciones populares concernientes a los problemas antes indicados». En suma, se daban perfecta cuenta de que estaban luchando contra corriente.

No parece que hubiera discusiones importantes en torno a esta concisa profesión de fe. El verdadero problema consistía en organizar las fuerzas que lucharían por estas ideas. El estatuto fijado entonces era sumamente minucioso y concreto, y marcaba un importante paso por el camino de la centralización.

Zemlia i volia era y seguía siendo una organización de revolucionarios, «de personas estrechamente unidas unas con otras» (art. 2), de hombres dispuestos a entregar «todas sus fuerzas, medios, relaciones, simpatías y antipatías, así como la misma vida» a la organización (art. 3). Ellos y sólo ellos, componían lo que el estatuto llamaba «el grupo, el círculo fundamental». La terminología (*kruzhok*) revelaba aún que este «partido»

se derivaba de los «círculos» de la juventud universitaria de los años sesenta y setenta. Pero la coincidencia era ya puramente formal. El «círculo fundamental» constituía en realidad un partido que podemos denominar de «revolucionarios profesionales» —con una terminología posterior, desde luego, pero derivada directamente de estas experiencias. Todos tenían los mismos derechos ante la organización, pero en lo referente a la acción estaban obligados a someterse a sus decisiones. Cada uno era libre de elegir el campo de actividad preferido; pero «en los casos en que no se encuentre a nadie que desee realizar una determinada función, el grupo, por mayoría, puede obligar a cualquier miembro a asumirla» (art. 17). Podían abandonar un trabajo determinado, pero debían pedir autorización dos meses antes para que los sustituyera otro miembro del «círculo fundamental» (art. 18). Si el secreto y el sentido de la responsabilidad se derivan naturalmente de la lucha clandestina, la falta completa de toda propiedad privada entre los miembros de la organización es, en cambio, un signo adicional de completa entrega. Asimismo lo era «el control de la actividad de todos los grupos y de cada miembro singular», establecido en el estatuto, aunque con la especificación de que «la vida privada de cada uno sólo está bajo el control general en la medida en que pueda considerarse importante en cada caso práctico» (art. 12). El sentido de sacrificio y de entrega de los *chaikovtsy* se iba objetivando ahora en un partido de revolucionarios.

Será interesante anotar cómo esta concepción suscitó numerosas reflexiones y discusiones internas en el momento en que cristalizó en el estatuto de *Zemlia i volia*. No faltaron quienes ofrecieron resistencia a esta evolución, aunque comprendieron que era necesaria, fatal. A. A. Kviatkovski, por ejemplo, escribe una nota para afirmar que «el 'grupo fundamental' no es la forma ideal de organización. Su aparición y asentamiento representa, por así decirlo, un mal necesario, determinado, por una parte, por la inexperiencia y el escaso carácter práctico de un número notable de revolucionarios rusos y, por otra, por las dificultades de la situación en que se despliega nuestra acción». La observación era justa y puede ser ampliada. La debilidad del movimiento de la *inteligentsia*, la carencia de una corriente más vasta y profunda de lucha contra el absolutismo, hacía pesar sobre los revolucionarios todas las responsabilidades, todo el peso del duelo contra el poder. El carácter poco práctico de parte de los revolucionarios podrá superarse en las décadas siguientes; este hecho fundamental permanecerá y volverá a originar perpetuamente partidos de «revolucionarios profesionales». En otra nota, A. D. Obolshhev buscaba el único paliativo posible: «Todas las fuerzas mejores, que satisfagan nuestras exigencias, deben ser activadas en el grupo central.» En resumen, había que impedir que el partido revolucionario se encerrase en sí mismo; había que ampliarlo hasta convertirlo en representación de todas las fuerzas revolucionarias rusas. La corrección se incluyó en el estatuto (art. 10), y es lo que efectivamente hará *Zemlia i volia*.

En medio de estas vacilaciones, escrúpulos y propósitos, el elemento decisivo de la discusión seguía siendo la voz de quien veía en la forma organizativa del «grupo fundamental» la única solución políticamente correcta, el único camino para una acción rápida y decidida. Mijailov había contestado a las dos notas precedentes diciendo:

Es más que raro que se hable de «mal necesario», que se defina como «mal» nuestro tipo de organización, cuando de ella esperamos el máximo bien y vemos en ella la salvación del estado informe en que se halla nuestro partido. Se deriva de nuestra propia finalidad, crear una organización panrusa. Las relaciones federativas entre los grupos pueden ser útiles sólo para una ayuda mutua, y no para unificar el programa y las tareas próximas.

El estatuto codificó, aunque con ciertas vacilaciones y compromisos, la concepción de Mijailov. La aceptación de un nuevo miembro del «grupo fundamental» se circundó de precauciones muy concretas (arts. 2 y 25: «severa valoración de su personalidad»; garantía de cinco miembros, acuerdo de por lo menos dos tercios de la organización). Se fijó una estructura interna de *Zemlia i volia* que si no puede definirse como centralizada podrá expresarse al menos como controlada por el centro. Cada uno de los miembros pertenecería a un grupo territorial o funcional, es decir, que desplegaba su trabajo en una zona concreta o una actividad específica. «Los grupos disfrutaban de completa autonomía en lo que respecta a sus asuntos locales e internos»; «la organización interna de cada grupo puede ser distinta» (arts. 28, 29). Pero están obligados a seguir el programa y a colaborar en las empresas de toda la organización (art. 27). Y, sobre todo, se creó una «administración» o «comunidad» central para coordinar todas las actividades. El nombre de «administración» recuerda el órgano central de la Organización social-revolucionaria panrusa de los caucasianos y las estudiantes, que en 1875 se había sacrificado por hacer propaganda en las fábricas de Moscú. La elección de la palabra se deriva de idéntico estado de ánimo. Pero la «administración» o «comunidad» de *Zemlia i volia* consiguió medios y poderes mucho más amplios. Se le confió una tarea política importante, la de «estipular acuerdos y relaciones federadas en nombre del grupo fundamental con otras organizaciones y con personas aisladas», y no sólo la autorización, sino el encargo de recoger «concretas y detalladas informaciones sobre la actividad de todos los grupos» y «dentro de los límites del balance fijado por el grupo fundamental, distribuir los medios a intervalos fijos» (art. 37). Elegida por mayoría de dos tercios, esta «comunidad», compuesta por tres o cinco miembros, debía permanecer en su cargo por tiempo indefinido. En suma, el partido había creado en 1878 una auténtica dirección.

Por encima de ésta estaba el congreso. Se había convertido ya en costumbre, en los últimos años, que los miembros diseminados entre el pue-

blo o que no residían en San Petersburgo se encontraran allí una vez al año, generalmente en otoño, para discutir los problemas comunes. Y ahora esta costumbre quedó fijada en el estatuto. La dirección decidiría el momento de la convocatoria, que a ser posible debería congregar a todo «el grupo fundamental» o por lo menos a dos tercios de él.

Finalidad del congreso: sacar las conclusiones de la actividad precedente y, sobre la base de los datos experimentales, determinar la dirección y el carácter de la actividad posterior. Tarea del congreso: fijar un programa rígidamente determinado de actuación práctica, revisar y modificar si es necesario el estatuto, controlar los medios y las acciones... Las decisiones del congreso son obligatorias para todos los miembros del grupo fundamental (arts. 42 y 43).

Semejante organización sólo sería eficaz a condición de convertirse en el centro de atracción de todas las energías revolucionarias. Por eso el estatuto preveía la posibilidad de entrar en «relaciones contractuales (federales)» con individuos aislados que no quisieran o pudieran formar parte del grupo fundamental. En tal caso se fijaban reglas conspirativas particulares (arts. 31-34). Se trataba sobre todo de pactos para determinadas acciones. También cada miembro del partido podía e incluso debía penetrar en otras organizaciones para influir en ellas y atraerlas. También en este caso mantendría el secreto sobre su pertenencia al «grupo fundamental».

Una frase revela el espíritu en que pretendía inspirarse este partido de revolucionarios. El artículo 9 decía así: «El fin justifica los medios.» Una nota agregaba: «excluidos los casos en que el uso de determinados medios puede perjudicar a la organización». La fórmula usada no podía dejar de recordar a quienes la discutieron y votaron la figura de Nechaev. Se cerraba así el ciclo iniciado a comienzos de los años setenta, cuando la recuperación del movimiento revolucionario estuvo condicionada por el horror inspirado por los medios empleados por Nechaev. Su voluntad aparecía en el estatuto de *Zemlia i volia* politizada ya, convertida en instrumento de lucha organizada, y no de una fría rebelión individual.

Una vez fijado el estatuto de lo que ellos mismos llamaban «una compacta y bien ordenada organización de revolucionarios ya preparados, derivados tanto de la *intelligentsia* como de los trabajadores», quedaban por fijar los medios de acción. Lo hicieron brevemente, ya que en torno a ellos todos estaban de acuerdo y procedían de la experiencia de la lucha de los últimos años. Había que «acercarse a las sectas de carácter religioso-revolucionario hostiles al estado e incluso fundirse con ellas»; había que establecer un contacto con los conflictos endémicos de las aldeas, poniéndose eventualmente a la cabeza de bandas campesinas; había que «establecer relaciones y lazos con los centros donde abundaban los obreros, tanto de fábricas como de talleres». Las universidades, la *intelligentsia*,

proporcionarían «el principal contingente para completar las filas de la organización». Se deberían «establecer relaciones con los liberales, con objeto de aprovecharlos para nuestros fines».

Pero ésta era sólo una parte del díptico que debía constituir la actividad de *Zemlia i volia*. Así se organizarían las fuerzas nuevas; pero además era preciso «desorganizar las fuerzas del estado». Para ello era necesario establecer lazos con el ejército, «sobre todo con los oficiales», para inducirlos, como dirá Mijailov, «a servir los intereses del pueblo y para preparar el paso del ejército a este último en el momento decisivo»¹⁶⁹. También se atribuía notable importancia al contacto con los hombres de la maquinaria estatal, «con objeto de paralizar su actividad contra las iniciativas revolucionarias». Y, por último, «la aniquilación sistemática de los elementos gubernamentales más perjudiciales y más importantes».

Durante cerca de un año, *Zemlia i volia* actuó según estas directrices. A partir del verano, y sobre todo tras el atentado de Mezentsov del 4 de agosto, operó en una situación de reacción estatal cada vez más violenta. La oleada de entusiasmo y de esperanzas de la *inteligentsia* —que tuvo su punto culminante en el momento de la absolución de la Zasulich— fue cediendo simultáneamente. El estado había reaccionado sin prontitud, pero con gran dureza. Las energías dispersas de la opinión pública no tuvieron posibilidad de reaccionar ni fuerzas para hacerlo.

Ya el 3 de abril el ministro de Justicia, Palen —que con razón se sentía el principal responsable de la marcha tomada por el asunto Zasulich—, había propuesto al Consejo de Ministros una serie de medidas represivas, la principal de las cuales debería consistir en la entrega a los tribunales militares de todos los acusados de actos de terrorismo, rebeldía, etcétera¹⁷⁰.

Evidentemente, era necesario preparar a la opinión pública. Katkov se encargó de romper la especie de unanimidad que se había creado en la prensa. Escribió los primeros y más violentos artículos contra «la locura de la *inteligentsia* de San Petersburgo y la bacanal de la prensa de la capital». Como en el momento de la rebelión polaca de 1863, sus palabras encontraron un eco, aunque sólo fuera porque recordaban a todos que el estado estaba decidido a defenderse.

El 3 de abril, en Moscú, se vio a qué medios estaba dispuesto a recurrir. Por el centro de la ciudad, la Ojotny riad, la calle de los carniceros y los pequeños comerciantes, pasó ese día un grupo de estudiantes de Kiev, trasladados de una cárcel a otra. Había sido recibido en la estación con una manifestación de solidaridad de los estudiantes moscovitas, que después habían seguido las carretas descubiertas en las que los prisioneros tenían que atravesar la ciudad.

A medida que nos acercábamos al centro —cuenta uno de ellos— la multitud iba creciendo. Era una manifestación impresionante, cuyo sentido sólo conocía la juventud estudiantil y la policía.

Esta última se puso nerviosa, y he aquí el bonito sistema al que recurrió para arreglar la estupidez que había cometido al permitir semejante procesión... El día era muy soleado; nos sentíamos unos héroes y mirábamos con interés el espectáculo que se desarrollaba alrededor de nosotros. Pero de repente todo cambió. Pasada la plaza del Teatro corrieron a nuestro encuentro jóvenes con delantales blancos y con cuchillos de carniceros a la cintura, que empezaron a golpear bestialmente a la juventud... La pesadilla duró poco para nosotros. Cuando llegamos a la Mojovaya, alrededor de nuestra carreta ya no había manifestantes. Pero los periódicos del día siguiente nos informaron que las palizas habían durado todo el día, y que decenas de estudiantes gravemente heridos habían sido trasladados a los hospitales. Así se había vengado la policía de la juventud universitaria y de su manifestación ¹⁷¹.

El «Mensajero oficial» escribió que se trataba «de la respuesta del pueblo bajo ruso a la escandalosa manifestación que saludó la absolución de la Zasulich» ¹⁷².

Katkov hizo el elogio de los puños de los jóvenes carniceros moscovitas, y la prensa clandestina tuvo que comprobar que los estudiantes habían sido golpeados «por lo que en Europa se llama el tercer estado»... En Rusia hay que darles otro nombre: *kulaks* y *miroedy*. A ellos recurrió el estado para asustar a la *inteliguentsia*, para convencerla de que «su único refugio y salvación eran el estado y el gobierno». Desde luego, la ejecución del plan no fue demasiado perfecta. La indignación suscitada había sido notable. Pero los socialistas podían comprender las relaciones de fuerza que se ocultaban tras aquella maniobra de intimidación. Si el «tercer estado» ruso estaba con la policía, la *inteliguentsia* no lograría defenderse y el estado podría reanudar así su función opresiva y represiva ¹⁷³.

Las condenas infligidas por el Senado en el proceso de los ciento noventa y tres —y que el propio tribunal sugirió que se casaran o fueran menos duras— fueron confirmadas entonces por el zar, o transformadas de tal modo que en la práctica resultaron agravadas. Ya no era «prematura» una medida legislativa que amenazase con el tribunal militar y la pena de muerte los actos terroristas. Se decidió el 9 de agosto de 1878 y fue acompañada por una declaración, publicada en el «Mensajero oficial» del 20 de agosto, que afirmaba que «la paciencia del gobierno se había agotado ya», y que apelaba a la opinión pública para que colaborase en la represión de los manejos revolucionarios. El llamamiento era al tiempo una amenaza: sólo si ayudaban al gobierno en la represión «el pueblo ruso y sus mejores representantes podrían demostrar con hechos que entre ellos no había lugar para tales delincuentes, que los habían repudiado realmente y que cada fiel súbdito del zar ayudaría al gobierno a eliminar el común enemigo interno, con todos los inedios a su disposición». Fue

fácil observar que esta declaración oficial era un indicio de debilidad; se pedía ayuda a todo el pueblo ruso en la lucha contra una «banda de mal-intencionados». ¿Era realmente incapaz el gobierno de eliminarla por sí solo? Tampoco parecía muy convencido de contar de verdad con el apoyo de la opinión pública a la que apelaba. Y, sobre todo, no prometía nada a cambio de esa cooperación.

En San Petersburgo se publicó clandestinamente un opúsculo —*La comedia gubernativa o el llamamiento a la sociedad*— en el que se trataba de explicar que la única vía de salvación era una lucha activa.

La sociedad debe comprender que no es preciso lloriquear de rodillas pidiendo la libertad, sino conquistarla. Debe entender esto y organizarse para luchar contra el gobierno. Si empieza a actuar en esta dirección, si se plantea con energía semejante tarea, entonces los socialistas la apoyarán activamente, ya que la meta es común: obtener la libertad política ¹⁷⁴.

Pero se trataba sólo del último eco de la política esbozada por el «Nachalo» y la «Libre tipografía rusa» tras el atentado de la Zasulich.

Sin embargo, a estos llamamientos de los revolucionarios respondieron algunas voces, sobre todo en el sur de Rusia. El *zemstvo* de la gobernación de Chernígov declaró que era absurdo pensar en detener la difusión de las ideas, incluso las anarquistas, sólo con medios represivos. El régimen a que estaban sometidas las instituciones docentes, la falta de libertad de palabra y de prensa, la carencia de sentido de la ley que tenía la sociedad, éstas eran las causas reales de la situación a la que se había llegado. La masa de la *inteligentsia* era «nostálgica, incapaz de luchar». ¿Cómo pedirle que cumpliera una función activa en el estado? Se trataba de una amarga comprobación, prácticamente de una negativa a colaborar con el gobierno. La moción fue votada por iniciativa de I. I. Petrunkevich, que será uno de los principales inspiradores del movimiento constitucionalista basado en los *zemstva* y que más de veinte años después se convertirá en uno de los dirigentes del Partido Constitucional Democrático (KD). Pero en 1878 incluso en el sur, donde tenía su centro, esta corriente conoció una difusión limitada. De nada valieron los acercamientos realizados para establecer una línea común entre estos liberales y los populistas revolucionarios. El 3 de diciembre de 1878 I. I. Petrunkevich y A. F. Lindorfs, los dirigentes de este movimiento de los *zemstva*, se entrevistaron, a título personal, con Valerian Osinski y otros «terroristas», para preguntar si «estaban dispuestos a interrumpir temporalmente los atentados, para darles tiempo y posibilidad de plantear en vastos círculos sociales, y sobre todo en las asambleas del *zemstvo*, una abierta protesta contra la política gubernativa...». Como narra el propio Petrunkevich, «tras largas y animadas discusiones no llegamos a una conclusión concreta». El tuvo la impresión de que «la propuesta habría tenido cierto

éxito psicológico y que si se hubiera conseguido mover la opinión pública y sacarla del punto muerto de la indiferencia, entonces los terroristas habrían comprendido la necesidad de poner fin a sus actividades»¹⁷⁵.

Pero los meses siguientes demostrarían que los hombres del *zemstvo* eran incapaces de realizar una protesta abierta, que los terroristas seguirían su camino y que el estado recurriría no a las concesiones, sino a la represión.

Makov sustituyó a Timashev en el Ministerio del Interior. En sustitución de Mezentsov, enterrado con todos los honores en presencia del zar, fue nombrado jefe de la Tercera Sección Drentel'n. En San Petersburgo comenzó una ofensiva policial de gran envergadura.

El nuevo jefe de la gendarmería —dirá Mijailov— era partidario, evidentemente, de aniquilar a los sospechosos, entendiendo esa palabra en el sentido más amplio. Y como «la banda de los malintencionados» vivía en el mundo de los sospechosos, al desarraigar éste perecería aquélla. Pero su ambiente era mucho más extenso: incluía a todos los estudiantes, una parte de los literatos, abogados, etcétera, y jóvenes sin una profesión determinada...¹⁷⁶.

Las fuerzas de la Tercera Sección no eran suficientes. Por ello se procedió a su reorganización, aumentando sobre todo el número de «confidentes».

En octubre la represión conseguía herir el propio centro de *Zemlia i volia*. Eran detenidos Olga Natanson, Aleksei Obsoleshev, Adrián Mijailov, Leonid Bulanov, V. F. Troshanski. Lo que fue el grupo de los «trogloditas» estaba ya disperso en gran parte. Dos mujeres, Aleksandra Nikolaevna Malinovskaya y María Aleksandrovna Kolenkina, trataron de presentar resistencia a los gendarmes con las armas en la mano¹⁷⁷. La organización estaba amenazada por un grave peligro. Aleksandr Mijailov consiguió escapar a una emboscada gracias únicamente a su excepcional habilidad y ligereza. La situación se puso difícil. «Los que habían quedado en libertad no tenían dinero, ni papeles, ni la posibilidad de reunirse con sus compañeros diseminados por las provincias, ya que no conocían sus direcciones»¹⁷⁸.

Quien reconstruyó el centro fue A. Mijailov. Puede decirse incluso que, sin pretenderlo así, de su obra incansable e inteligente nació una nueva organización, el núcleo de la futura *Narodnaya volia*¹⁷⁹.

Las detenciones se limitaron a precipitar una evolución ya en curso. Los principios con que vivió la última encarnación de *Zemlia i volia* fueron una mayor centralización, un espíritu conspiratorio más rígido y una concentración de todos los esfuerzos en la lucha urbana. La organización ya no podía contar con un genérico estado de ánimo de indignación y esperanza de la opinión pública. La situación estaba dominada por una

reacción estatal cada vez más dura, contra la que no había más que dos fuerzas activas: los estudiantes y los obreros de San Petersburgo.

Con el otoño se iniciaron los desórdenes estudiantiles, que comenzaron en el Instituto Veterinario de Jarkov y se extendieron con rapidez a otros centros. En San Petersburgo se distinguió por su actividad la Academia Médica Militar, aunque tomaron parte en el movimiento todas las facultades y centros superiores. El 29 de noviembre, los estudiantes formaron en columnas para llevar una petición al heredero del trono. También era una respuesta al llamamiento a la sociedad lanzado por el gobierno tras el atentado del 4 de agosto. Demasiado fácil —se decía en ella— era atribuir todo a un «puñado de malintencionados». En realidad, las condiciones de la juventud resultaban insoportables. El control policial era muy duro; los estudiantes no tenían derecho a organizar cajas de socorros mutuos, ni a tener sus propias bibliotecas. «El acceso a los centros de enseñanza superior se hace cada vez más difícil. Pronto la instrucción se convertirá en un privilegio de la riqueza.» Al día siguiente de la manifestación, la Academia Médica estaba rodeada por soldados, cosacos y gendarmes. En los enfrentamientos se golpeó y azotó a los estudiantes. Unos doscientos fueron detenidos ese día, pero los arrestos continuaron después. Varios cientos acabaron por ser enviados a diversas provincias del norte bajo vigilancia policial¹⁸⁰.

En cuanto a las fábricas y talleres, como hemos visto, el invierno de 1878-79 vio algunas de las huelgas más pertinaces de este período y, sobre todo, la formación de la Unión Septentrional de los obreros rusos.

El momento de más intensa actividad de *Zemlia i volia* coincidía, pues, con una violenta reanudación de los desórdenes estudiantiles y con una profundización del movimiento obrero. Pero para aprovechar esta situación era preciso ante todo reconstruir los servicios técnicos del centro. Mijailov no sólo lo consiguió, sino que los llevó a un grado de perfección que nunca tuvieron antes. Sólo su labor a finales de 1878 explica que la organización clandestina pudiera sobrevivir los dos años siguientes, resistiendo las búsquedas cada vez más intensas de la policía. El creó una red de refugios y viviendas en San Petersburgo, reguló en los mínimos detalles la vida ilegal de toda la organización. Se convirtió en uno de los mejores conocedores de la ciudad, uno de los que con mayor habilidad sabían eludir los seguimientos y las persecuciones.

Pero esto no habría bastado si Mijailov no hubiera conseguido introducir un elemento en el propio centro de la Tercera Sección. Cuando se le presentó un joven de endeble salud, que había sido estudiante, que había viajado por Rusia y por el extranjero y que le declaró que se ponía a su disposición para cualquier acto terrorista, Mijailov le dijo que le pedía un sacrificio mayor aún, convertirse en funcionario de policía. Tras alguna vacilación, Nikolai Vasil'ev Kletochnikov aceptó, convencido sobre todo por la admiración y la devoción que Mijailov le había inspirado.

Tras conseguir penetrar en el propio corazón de la sección política, ya en enero de 1879 podía proporcionar listas cada vez más concretas y detalladas de espías, provocadores, agentes y confidentes. Continuará protegiendo regularmente a *Zemlia i volia* y *Narodnaya volia*, previniéndolas de los movimientos de la policía, de las detenciones que amenazaban a sus miembros, etc. Mijailov conservó siempre para sí, celosamente, esta valiosa fuente de información. Kletochnikov sólo será descubierto en enero de 1881, y condenado a muerte al año siguiente. Le conmutarán la pena por trabajos forzados a perpetuidad, pero morirá en 1883 en el bastión de Alejo, en la fortaleza de Pedro y Pablo¹⁸¹.

La mejora de los servicios de la conspiración permitió concentrar de nuevo en San Petersburgo elementos capaces de sustituir a los caídos. Plejanov reorganizó el «grupo obrero», en cuyas sesiones participaba regularmente Mijailov. L. Tijomirov entró entonces a formar parte de *Zemlia i volia*, así como Nikolai Morozov. Se produjo entonces la total fusión del grupo de la Perovskaya con lo que quedaba de la organización central. La generación del proceso de los ciento noventa y tres llegaba a los puestos de más responsabilidad del «subsueio».

El núcleo central tomó en sus manos la «Libre tipografía rusa» y la transformó en la «Libre tipografía de San Petersburgo»; se le aseguró un emplazamiento sumamente seguro desde el punto de vista conspiratorio, en el mismo centro de la capital, en un piso donde todo estaba estudiado para no inspirar sospechas. Mijailov llevaba las relaciones con ella, y su organizador seguía siendo Aaron Isaakovich Zundeleвич; aunque sus ideas tendían más a la socialdemocracia alemana que al populismo, aportó la más valiosa colaboración a *Zemlia i volia* y después a *Narodnaya volia*. Conocía como nadie la frontera, a los contrabandistas judíos que podían ayudar a escapar a un perseguido o pasar todo un envío de prensa¹⁸². De extraordinaria habilidad, fue el «técnico» del movimiento y, para empezar, supo organizar la imprenta de modo que permitió publicar regularmente una voluminosa revista: «*Zemlia i volia!*»¹⁸³.

Este órgano periódico fue como una consagración de la transformación ya realizada en el partido, pese a las persecuciones y las pérdidas. Mijailov debía de atribuirle excepcional importancia, ya que un día dijo, con su espíritu mordaz, que «lo importante era que saliese una revista clandestina. La policía la busca y no consigue encontrarla. Eso es lo que impresiona al público. Lo escrito en ella no tiene importancia. En mi opinión, la revista ideal sería una en la que no estuviera impreso *nada*. Pero desgraciadamente eso no es posible»¹⁸⁴. Aunque así subrayaba el aspecto propagandístico y organizativo, en realidad ponía especial cuidado en controlar el trabajo de los redactores y en discutir con ellos los artículos que se publicarían¹⁸⁵.

«*Zemlia i volia!*» fue el espejo de la vida interna de la organización. Su principal redactor fue Klements, elegido porque se le consideraba,

con justicia, como el mejor escritor del grupo. Colaboraron en ella sobre todo Plejanov, Morozov y Kravchinski.

El artículo de fondo del primer número —que llevaba la fecha del 25 de octubre pero que en realidad salió a primeros de noviembre— se debía a la pluma de este último. Tomaba postura sobre todos los problemas del movimiento. «Los socialistas son el único partido organizado de Rusia», decía. Se diferencian ante todo de quienes no desean una lucha abierta. Sus relaciones con los liberales permanecían indeterminadas porque: «¿dónde están los liberales?» Tampoco tenían nada que discutir con los constitucionalistas: «ya veremos cuando los haya.» En todo caso, estaba claro que los socialistas revolucionarios «eran favorables a toda tentativa de lucha en pro de los derechos del hombre y la extensión de la libertad de pensamiento». En cuanto a la libertad de prensa, con sus propias revistas daban una prueba de que sabían ponerla en práctica, y no hablar de ella.

Su programa seguía siendo el de un socialismo agrario. No es que no se dieran cuenta de los problemas obreros. Pero las dos cosas estaban y debían seguir estrechamente ligadas. «Un movimiento revolucionario que estalle en nombre de la tierra, tomará conciencia fatalmente, al día siguiente, de la necesidad de expropiar las fábricas y de derribar por completo todo tipo de capitalismo, porque, conservándolo, cavaría por sí mismo su propia fosa.» E igualmente ocurría a la inversa: «El movimiento socialista de las ciudades, si naciera con independencia de las aldeas, se encontraría irremisiblemente, desde sus primeros pasos, con el socialismo campesino.»

El problema actual no consistía, pues, en discutir los distintos programas futuros posibles. Lo necesario era hacer la revolución popular. Y hacerla lo más pronto posible, porque «no se necesita ser profeta para comprender que el absolutismo caerá y dejará su puesto al constitucionalismo». Esto llevaría a primer plano las clases privilegiadas, dándoles el poder.

Por tanto no había que batirse únicamente contra el absolutismo, sino que preparar las fuerzas de la revolución; en suma, no aceptar el punto de vista de los jacobinos de Tkachév. Estos pretenden centrar todos los esfuerzos contra quien en realidad no es el único enemigo. Es cierto que una parte de sus concepciones puede aceptarse, precisamente la que tiende a la desorganización del estado, al terrorismo, pero no hay que dejarse sobrepasar por el terrorismo. «No llegaremos así a la liberación de la masa del pueblo.» «Contra una clase sólo puede rebelarse una clase, derribar un sistema sólo lo puede el pueblo.» Los terroristas son y deben seguir siendo sólo una escuadra de protección. Aunque lograsen eliminar por un momento el poder absoluto, sólo conseguirían favorecer su paso a manos de la burguesía, de los privilegiados. Sería una victoria pírrica.

Planteaba así con claridad el problema que llevará a un conflicto interno cada vez más fuerte en el seno de *Zemlia i volia* y que desembocará en la formación de *Narodnaya volia*.

La revolución populista sólo era posible si se producía rápidamente, cuando la *obshina* aún estaba a salvo en el campo y cuando todavía se podía pensar en llevar a las masas populares a la revuelta contra la penetración cada vez más profunda —pero reciente y por tanto débil— de las relaciones capitalistas y burguesas en la vida rural. Contra esta necesidad de actuar con prontitud se alzaba el estado, el poder, el zar. Tratar de eliminarlo era peligroso, contraproducente, decía Kravchinski. Pero era el único modo de abrir el camino a una revolución que más adelante ya no sería posible —decían los otros.

En este terreno se desplegará la polémica en pro y en contra del terrorismo. Dados los problemas implícitos en ella, es natural que se volviera cada vez más violenta, convirtiéndose en fundamental en todo el movimiento.

El resto del artículo de Kravchinski y los otros textos del primer número de «*Zemlia i volia*!» eran un intento de encontrar una salida para este dilema.

Kravchinski era partidario de volver a trabajar entre el pueblo. ¿Qué se había hecho hasta entonces en esa dirección? «Poco, extraordinariamente poco.» Y sin embargo no faltaban las posibilidades. «Las masas empiezan a comprendernos.» Lo demostraba entre otras cosas el movimiento obrero. Y también la conjura de Chigirin, que aunque basada en principios inaceptables había demostrado «la posibilidad de crear una organización puramente campesina y revolucionaria partiendo de reivindicaciones e intereses locales». Los pasados fracasos no debían inducir a volverse menos populistas, sino a acentuar aún más el lazo con las ideas y fuerzas meramente locales, rusas. Había llegado la hora de «despejar al socialismo de su ropaje alemán y extranjero, de revestirlo con la blusa popular del campesino ruso».

Esta seguía siendo la fe de *Zemlia i volia*. Pero las condiciones reales, la situación social del país, ¿permitirían insistir por este camino? Ya en el primer número de la revista, polemizando con el «*Golos*» [La voz] —que había afirmado que los populistas peleaban inútilmente contra una burguesía inexistente en Rusia; que aspiraban vanamente al socialismo, el cual no podía existir donde no hubiera burguesía—, respondían diciendo que en realidad las relaciones capitalistas estaban ya presentes en Rusia, que la reforma campesina de 1861 había sido el paso decisivo en este sentido y que había que tomar nota de esta situación. Recordando la polémica de Marx (en realidad de Engels) contra Tkachév, no podían dejar de dar la razón al primero. Es decir, aceptaban el análisis sociológico marxista: «En Rusia no hay esclavitud, ni servidumbre, sino relaciones burguesas.» Y no era necesario esperar que éstas se desarrollaran más. «Nada más estúpido que la afirmación de que el socialismo sólo es posible en

una sociedad burguesa desarrollada», respondían. Nace donde quiera que haya desigualdad y explotación.

El populismo seguía siendo, en suma, el único socialismo posible en Rusia, dada la situación del país. Los otros números de «Zemlia i volia!» no harán sino formular de modo más concreto este enfoque. No aceptaron el materialismo, no compartieron el obrerismo de Marx, aun admitiendo en sus líneas generales el examen que él hizo del desarrollo de la sociedad burguesa. Y no creían en un socialismo que naciera al término del desarrollo capitalista. Eran los liberales —decían en el editorial del número tres— los que sostenían esta idea y polemizaban con los populistas afirmando que la sociedad aún no estaba madura, e incluso que todavía no podía definirse como capitalista, y que por ello el socialismo no podía existir en Rusia. ¿Tenían, pues, que crear los marxistas la necesaria realidad económica? Es cierto que ya en el pasado ruso los ilustrados habían sido al tiempo señores y dueños de siervos; era la propia situación la que provocaba estas contradicciones. Pero justamente por eso había que tomar conciencia de la especial situación en que se encontraba el país. Mientras que el capitalismo de Europa occidental se había desarrollado con la caída de la *obshina* campesina, recreando después en las fábricas un «espíritu colectivo», en Rusia este colectivismo no había desaparecido aún, seguía vivo en las aldeas y en las comunidades agrícolas. Por eso lo que en Europa era progresivo podía resultar regresivo en Rusia.

Pasar de las manufacturas a las fábricas era dar un paso adelante, pasar de la *obshina* al capitalismo en el campo era dar un paso atrás. La revolución populista pasaría directamente al socialismo. Sólo éste respondía a la realidad de las cosas¹⁸⁶.

Todo intento de poner en primer plano el problema constitucional, de combatir únicamente por la libertad, significaba no entender esta situación. A la «sociedad», que se quejaba de la falta de leyes, de derechos, de seguridad para la persona humana, sólo cabía responder que todo eso se derivaba exclusivamente de la situación en que se encontraban las masas campesinas. «En el propio interés de la libertad nosotros decimos: apresurémonos a comenzar una reforma política desde abajo, para que no la sustituya un mal sucedáneo desde arriba.» Inútil esperar que la burguesía luche por la libertad. En Rusia ya había realizado su programa. «El trabajo barato y la libertad de explotar existen ya.» Incluso tenía la costumbre de añadir: «gracias a Dios, esto ha ocurrido sin reformas políticas.» Quien hoy quería la libertad debía pedir pan, y no reformas.

Si se hace una política campesina la libertad no será una meta fundamental, sino un resultado inevitable, como un producto subsidiario imposible de eliminar en la producción químico-técnica, como el coque cuando se crea gas de alumbrado, como el humo cuan-

do se enciende una estufa. La libertad política, la total intangibilidad de la persona humana, serán el resultado, no de demandas y peticiones sobre la libertad de prensa o la inviolabilidad del individuo, peticiones llevadas a los pies de Su Majestad, u ofrecidas en la punta de las bayonetas del revolucionario político, sino de la «ley de Dios escrita en el corazón de los hombres». El campesino independiente y libre, capaz de no doblar el lomo, será el único auténtico defensor de la libertad. Quien quiera eso, que defienda a los inermes campesinos. He aquí el camino de la libertad en Rusia.

Era formular en toda su amplitud el programa populista, decir que sabía absorber los elementos marxistas, jacobinos y liberales sin abandonar por ello su fe fundamental, dar a entender cuán capaz era de comprender la evolución de Rusia. Pero aún no era decir lo que se debía hacer a breve plazo. El problema del poder, de la lucha política, del terrorismo, resurgía siempre en cada pliegue de la «blusa del campesino ruso».

Quien vio con mayor claridad el problema, a finales de 1878, fue Aksel'rod, desde lejos, desde Suiza. Escribió un artículo titulado *El momento de transición de nuestro partido*, publicado en los números ocho-nueve (noviembre-diciembre) de la «Obshina», la revista definida por el primer número de «Zemlia i volia!» como «publicada por nuestros colaboradores y camaradas». «El movimiento revolucionario pasa ahora por el momento crítico de su desarrollo», decía Aksel'rod.

Si las circunstancias son favorables, las actuales corrientes socialistas pueden desarrollarse hacia un completo, consecuente y amplio programa de socialismo federalista, capaz de adaptarse en la práctica a las condiciones específicas de la vida rusa. De no ser así, esas corrientes pueden volatilizarse y transformarse por una parte en jacobinismo, y por otra en constitucionalismo.

Por ello el momento actual es sumamente crítico y peligroso para el futuro destino del socialismo en Rusia.

Había que remontarse a los orígenes de todo el movimiento. La «ida hacia el pueblo», con la que se inició la actual evolución, había supuesto un bien, desde luego. «Ahora, los jacobinos, que proponen al pueblo la felicidad y el bienestar bajo la tutela de un sabio poder, declaran que conocer a las masas populares es algo, si no superfluo, al menos absolutamente secundario.» Esto es inaceptable para quienes se han propuesto, desde el principio, basarse en la voluntad y la iniciativa popular. De este acercamiento al pueblo había podido surgir, en seis años, un «partido popular». ¿Por qué éste no era tan amplio y completo como habría podido esperarse?

La razón era doble: el rápido desarrollo del capitalismo en Rusia y la falta de espíritu combativo de la sociedad. Se producía, pues, «un fenómeno nunca visto antes». «La parte moralmente más desarrollada de la juventud toma *exclusivamente* sobre sus hombros la grandiosa tarea de preparar a la clase trabajadora para una lucha consciente y organizada. Esto conduce a dificultades objetivas y a errores. Pese a las diversas corrientes ideológicas en que está dividida la juventud, 'revoltosos', 'populistas', 'propagandistas', etc.», la posición misma en que se ha encontrado la lleva «a inclinarse hacia el jacobinismo sin siquiera advertirlo». «Pocos son jacobinos coherentes y consecuentes», pero muchos acaban por caer hacia ese lado, precisamente a causa de la falta de ideas claras, por no saber hacer el debido examen de conciencia, arrastrados por las cosas.

Los errores de todo el movimiento parecían ya muy evidentes: «1) Hemos entrado en él esperando resultados *rápidos y brillantes*; 2) no hemos especificado lo bastante nuestras tareas, concentrándonos todos en el campo y descuidando a la *inteligentsia* y los obreros.» Había que convencerse de una vez de que la lucha sería larga y que era preciso localizarla y cualificarla. Pero esto no significaba aceptar ciegamente las tradiciones y los ideales populares, aunque tuvieran un carácter colectivista. No había que olvidar jamás que una sociedad compuesta por *obshiny* puede ser también enormemente inmóvil y conservadora, de una «inmovilidad con la que ni siquiera pueden soñar los actuales estados». No en vano Haxthausen había visto en ellas la salvaguardia del conservadurismo en Rusia. Y por lo que respecta a las fábricas, los *narodniki* no debían olvidar nunca que «un movimiento obrero sin ideales socialistas es conservador».

Si el puro populismo era peligroso, igualmente cargada de peligros podía estar la aceptación de la lucha «política». Pero ésta era inevitable. «Si debemos, quiérase o no, combatir al absolutismo, y por lo tanto, indirectamente, conquistar para la burguesía derechos políticos, estaremos obligados a poner de nuestra parte todos los medios para que esta lucha no nos aparte de nuestro camino socialista, desorganizando definitivamente a los elementos socialistas de Rusia.»

El análisis era agudo. Pero tampoco Aksel'rod sugería medios prácticos para resolver las contradicciones que indicaba. ¿Cómo evitar verse consciente o inconscientemente arrastrado hacia el «jacobinismo» o el «constitucionalismo», hacia la dictadura o hacia un liberalismo incapaz de servir los intereses campesinos y populares que eran los suyos? Los pocos consejos prácticos que Aksel'rod sugería ya habían sido puestos en obra por *Zemlia i volia*. Sus «grupos especializados» (obreros, campesinos, etc.) respondían ya a la necesidad de localizar y cualificar la lucha. La propia revista publicada clandestinamente en San Petersburgo, ¿no era acaso la expresión de la voluntad de buscar actividades que fueran al tiempo «políticas y socialistas», como decía él mismo, pensando concretamente en la prensa?

También su «autocrítica» a propósito de las esperanzas «rápidas y brillantes» seguía siendo teórica. Aparte el desarrollo general de la sociedad rusa, los revolucionarios se veían obligados a actuar con rapidez —a buscar una pronta conclusión— por las condiciones mismas en que se desarrollaba su acción. No tenían tiempo de esperar. La represión se endurecía cada vez más.

¿Quizás el movimiento obrero podría indicar una solución? Plejanov, en el artículo de fondo del número cuatro, de finales de febrero de 1879, insistía sobre su importancia¹⁸⁷. «Las agitaciones de las fábricas, cada día más intensas, que están de actualidad», constituían uno de los problemas «que la propia vida pone en primer plano, en su justo lugar, a pesar de las aprioristas decisiones teóricas de los revolucionarios». «En el pasado, y no sin razón, dirigimos todas nuestras esperanzas y encaminamos todos nuestros esfuerzos hacia las masas aldeanas. El obrero urbano tenía un puesto secundario en los cálculos de los revolucionarios, a él se consagraban, por así decirlo, sólo las fuerzas sobrantes.» Pero los obreros habían asimilado rápidamente la propaganda realizada entre ellos. «Hoy es difícil encontrar una fábrica o un taller, e incluso un obrador artesano, en el que no sea posible hallar obreros socialistas.» A los revolucionarios competía ahora pasar de la propaganda a la organización, ocuparse de los salarios y no sólo buscar entre los obreros elementos nuevos para el partido. Y sobre todo había que dejar de pensar que en la futura revolución el obrero tendría una función de segundo orden.

Nuestros grandes centros industriales agrupan a decenas y a veces cientos de miles de obreros. En la gran mayoría de los casos son los mismos campesinos que están en las aldeas... El problema agrícola, la cuestión de la autoadministración de la *obshina*, la tierra y la libertad están tan cerca del corazón del obrero como del de los campesinos. En una palabra, no se trata de masas escindidas del campo, sino de una parte de ellas. Única es su causa, única puede y debe ser su lucha. Y además, en las ciudades se congrega la flor y la nata de la población de las aldeas, la gente más joven y emprendedora... que se mantiene alejada de los elementos más conservadores y temerosos de la familia campesina... Gracias a todo esto constituirán un valioso aliado de los campesinos en el momento de la revolución social...

Para poder cumplir con esta función era preciso organizar no a las personalidades más decididas, sino a toda la masa obrera. La lucha de una fábrica es siempre una lucha de clase y un medio educativo para llevar a los obreros contra el poder. No había que dejarse desalentar por alguna huelga fracasada. Era necesario insistir en la agitación. «Que el lector recuerde la historia de las *Trade Unions* en 1824, antes de la abolición de la ley contra las coaliciones, que se acuerde de con qué medios obtu-

vieron esta abolición los obreros ingleses...» Plejanov terminaba su artículo hablando del terror rojo que respondería al terror blanco del gobierno.

Esto equivalía a fijar la mirada en un punto especialmente importante de la situación en el invierno de 1878-79. Pero era ya hacer historia, más que política inmediata. La Unión Septentrional de los obreros rusos parecía por aquellos días, bajo los golpes de un provocador, y sólo las informaciones de Klétochnikov y la decisión de dos *zemlevol'tsy* impidieron que la organización central se viera arrastrada en la caída, permitiendo la inmediata eliminación del espía. El movimiento obrero había alcanzado ya su cota más alta. En los años próximos disminuirán las huelgas, en vez de aumentar. Las ideas expresadas por Plejanov conocerían un amplio desarrollo durante las décadas siguientes, pero no podían tener uno rápido e inmediato. El centro de la actividad de *Zemlia i volia* no podía ser orientado en este sentido.

La represión gubernativa, la iniciativa personal o de grupos indicaban el único camino que había quedado abierto, el de la reanudación y la acentuación del terrorismo. Un poco por doquier, en todo el territorio ruso, y sobre todo en el sur, la lucha cruenta entre el poder y los revolucionarios —que pareció detenerse por un momento en el verano y el otoño de 1878, tras el fusilamiento de Koval'ski— se reanudaba. En noviembre, Sentianin, uno de los miembros del grupo de Osinski, no se dejaba arrestar en Jarkov sin oponer resistencia armada. Lo acusaron de ser secretario del «Comité Ejecutivo», pero no vivió hasta el proceso; en mayo de 1879 moría de tuberculosis en la fortaleza de Pedro y Pablo. Mijailov, que lo había conocido cuando era estudiante, dijo de él que «era una persona extraordinariamente viva y sensible. De su madre, una francesa, había heredado un ingenio rápido, nerviosismo y brillante ironía. El destino no le concedió sobrevivir, pereció a los veintidós o veintitrés años»¹⁸⁸.

El 16 de diciembre Konstantin Grigorevich Dubrovin se defendía en Staraya Rus. Era un oficial que había tratado de crear una organización militar. Hablando un día con M. R. Popov, le había mostrado su puñal, con la inscripción: «Defiéndete con esto»¹⁸⁹. Condenado a muerte el 20 de abril de 1879, fue ahorcado una semana después en la fortaleza de Pedro y Pablo.

Sergei Fëdorovich Chubarov había sido un «revoltoso», uno de los organizadores de la conjura de Chigirin y después miembro de los grupos terroristas de *Zemlia i volia*. También él se había dirigido a San Petersburgo para ver si era posible matar a Trepov. Participó en el intento de liberar a Voinaral'ski y en la manifestación ante el tribunal que condenó a Koval'ski. A finales de 1878 disparó sobre los guardías que iban a detenerlo y fue ahorcado en Odesa, el 10 de agosto de 1879.

Junto a él terminó su vida I. Ya. Davidenko, que tuvo una carrera revolucionaria parecida a la suya y fue detenido en Odesa, durante la

manifestación ante el tribunal que condenó a Koval'ski, tras haber intentado en vano resistir a los gendarmes con las armas.

Los intentos de huida del confinamiento fueron frecuentes, sobre todo de estudiantes deportados tras los desórdenes del invierno; a menudo tuvieron éxito. En cambio, fue especialmente trágica la tentativa de S. N. Bobojov, que ya en 1875 había sido expulsado de la Academia Médico-Quirúrgica y había tenido que vagar primero por Saratov y después por la gobernación de Arjangel'sk. Mientras lo enviaban a la Siberia oriental, entre los yakutos, escapó con otros dos compañeros, fue alcanzado por los guardias y disparó sobre ellos. Condenado a muerte, le conmutaron la pena por veinte años de trabajos forzados. Se envenenará en 1889, al no resistir la humillación de haber sido azotado. Era «anarquista extremista en teoría, populista extremista en la práctica», según la definición de quien lo conoció¹⁹⁰.

Entre finales de 1878 y comienzos de 1879 fue liquidado violentamente en el sur el núcleo del primer «Comité Ejecutivo». En diciembre, en Odesa, era detenido Popko. La policía estaba al tanto de su actividad de propagandista y organizador, pero no de su participación personal en el terrorismo; por ello no fue condenado a muerte, sino a trabajos forzados a perpetuidad. Pudo sobrevivir hasta 1885, fecha en que murió tísico en Kara.

La situación de los revolucionarios en Kiev se hacía cada vez más difícil. Tras la muerte de Geiking se había nombrado para su cargo a uno de los más hábiles agentes de la gendarmería rusa, que dará no poco que hablar en los años siguientes: Sudeikin. Consiguió poner a dos provocadores tras la pista de Osinski. En vano se desplazó éste continuamente de Kiev a Odesa, aunque consiguió varias veces eludir brillantemente la red de vigilancia que se iba estrechando a su alrededor. El 24 de enero de 1879 era detenido por la calle, junto con Voloshenko. En su casa encontraron a Sofía Leshern, una de las mujeres más activas entre los terroristas meridionales¹⁹¹.

La noche del 11 de febrero fueron detenidos casi todos los miembros de su grupo. Sudeikin se presentó con sus guardias en una casa donde estaban reunidos los dos hermanos Ivichevich, Liudvig Karlovich Brandtner, un tal «Rafail» cuyo nombre exacto ignoramos, Veniamin Pavlovich Pozen, Rostislav Steblin-Kamenski, Natalia Aleksandrovna Armfel'd¹⁹². Los primeros respondieron con sus revólveres. El choque costó un muerto a los gendarmes. Al parecer Sudeikin se salvó gracias a una coraza que llevaba. Los dos Ivichevich fueron heridos mortalmente, Brandtner y «Rafail» de menos gravedad. Pero aunque trataron de aprovechar la retirada de los gendarmes para huir, cayeron y fueron detenidos. Pozen y la Armfel'd consiguieron mientras tanto quemar todos los papeles comprometedores, antes de caer a su vez en manos de los guardias.

Inmediatamente después, esa misma noche, una irrupción con las armas empuñadas y disparos al aire provocaba la detención de un segundo

grupo. Fueron hechos prisioneros Debagori-Mokrievich —quien más adelante, en sus *Memorias*, contará su vida y la de sus compañeros— y algún otro. Dos detenidos por la calle, Vladimir Sviridenko (Antonov) y Dicheskul trataron de huir disparando; lo consiguió el segundo, pero no el primero.

Los juzgaron a todos en un único proceso a comienzos de mayo de 1879. Osinski declaró: «Sé perfectamente que entre los detenidos no se encuentra un sólo miembro del Comité Ejecutivo. Me consta que éste no ha cesado en su actividad y lo demostrará muy pronto.» Daba así un ejemplo que seguirán, en análogas circunstancias, los miembros del «Comité Ejecutivo» de *Narodnaya volia*. Acusado de haber admitido entre sus compañeros a personas inmorales, respondió que «el fiscal, con su moralidad, o mejor dicho inmoralidad, no podría tener un lugar en nuestro ambiente»¹⁸³. La sentencia fue la muerte para quienes se habían resistido armas en mano, y catorce años y diez meses de *katorga* para todos los demás. Esta uniforme medida represiva fue después modificada en parte por una serie de conmutaciones.

Antonov-Sviridenko, Brandtner y Osinski subieron al cadalso el 14 de mayo de 1879.

La noche antes, Osinski consiguió dictar a la Leshern, cifrado, su testamento para los compañeros de *Zemlia i volia*. El, que quizás había luchado más que nadie para que se adoptara el terrorismo como arma fundamental de la lucha, decía que los resultados hasta entonces obtenidos eran pequeños, pero que había que continuar por aquel camino:

No lamentamos en absoluto tener que morir. Morimos por una idea, y si algo sentimos, es sólo que nos ha tocado perecer casi solamente para vergüenza de la monarquía moribunda y no por algo mejor, y que, antes de la muerte, no hicimos lo que queríamos. Os deseo, queridos, que muráis con más provecho que nosotros. Este es el único y el mejor de los deseos que podemos expresar. Y más aún: ¡no derramáis en vano vuestra preciosa sangre!

No dudamos de que vuestra actividad se orientará ahora en una sola dirección. Aunque esto no los hayáis escrito, nosotros y vosotros podremos hacerlo. En nuestra opinión, el partido no puede emprender ahora físicamente otra cosa. Pero para hacer realmente terrorismo se necesitan gente y medios.

Y les daba consejos técnicos. Recordaba por un momento los desacuerdos que sus ideas, su personalidad enteramente orientada al terrorismo, habían suscitado entre sus compañeros, les pedía que lo olvidaran todo y los abrazaba. El llamamiento de Osinski se publicó en el número seis del «Listok Zemli i voli» [Hoja volante de Tierra y Libertad], en testimonio de la voluntad terrorista que se fortalecía cada vez más en las filas del partido revolucionario¹⁸⁴.

En el sur, a comienzos de año, había tenido éxito un atentado más. El 9 de febrero de 1879 Grigori Davidovich Gol'denberg mató de un disparo de revólver al gobernador de Jarkov, Kropotkin. Este, primo del célebre anarquista, aunque gozaba de cierta fama de liberal, era responsable de la dureza de la Cárcel Central de Kiev. Su supresión constituía un gesto de protesta y de defensa contra la política de represión gubernativa¹⁸⁵.

En San Petersburgo, la detención casual de Klements, denunciado por un criado suyo, contribuyó a que predominara en el seno de *Zemlia i volia* la tendencia terrorista. El había dirigido prácticamente la revista en el último período, manteniéndola en la línea populista. Estaba más directamente en contacto con la «sociedad» que muchos de sus compañeros. En el último período de su libertad tenía intención de hacer propaganda en el *zemstvo* de Nizhni Novgorod, del que formaba parte su amigo Pëtr Aleksandrovich Aleksandrov, que será detenido con él¹⁸⁶. Su desaparición ponía en primer plano, en la redacción de «*Zemlia i volia!*», a Tijomirov y Morozov, ambos decididos partidarios del terrorismo. El 12 de marzo salía el primer número de «*Listok Zemli i voli*», dirigido por ellos.

«La vida no espera —se leía en él—. Un órgano mensual no puede seguir con la rapidez debida los acontecimientos que se suceden en la lucha. Esta hoja será un indispensable complemento al respecto.» Era un boletín de guerra, que anunciaba los atentados, las resistencias a mano armada, ensalzándolos, teorizando sobre ellos, viendo en esas actividades el meollo de la actividad del partido. Morozov fue su principal responsable y redactor. En la práctica sustituyó a la revista, de la que sólo salió un número más, mientras que cinco boletines anunciarán las diversas fases de la lucha hasta junio de 1879.

Ya el número dos-tres del «*Listok*» podía anunciar que con el atentado del 4 de agosto se había reemprendido el camino indicado por Kravchinski. El nuevo jefe de la policía, Drentel'n, había sido objeto de unos disparos mientras pasaba en carroza por una calle céntrica de San Petersburgo el 13 de marzo de 1879. El autor del atentado, a caballo, había logrado huir. Era evidente la voluntad de asestar golpes por arriba, de pasar a la ofensiva. Se publicó un manifiesto en el que aparecía en el norte el nombre de «Comité Ejecutivo». San Petersburgo recogía la herencia de Osinski¹⁸⁷. «Un asesinato político —decía el 'Listok', al reproducir el comunicado— es ante todo un acto de venganza, el único medio de defensa en la situación presente y al tiempo uno de los mejores instrumentos de agitación.» Era necesario apuntar al centro, «para hacer temblar a todo el sistema». Recordaba cómo Herzen había hablado, en el «*Kolokol*» del 1 de abril de 1864, de aquellos grupos de revolucionarios «que en subterráneas cavernas se habían unido en indisolubles comunidades de 'locos sagrados', que no habían podido ser barridos ni por la salvaje barbarie de los uños ni por la tradicional civilización de los

otros». Al adoptar la técnica del terrorismo, estos revolucionarios serían terribles. Esta era, «en el presente, la realización de la revolución». «Los poderosos sienten abrirse un abismo bajo sus pies.» «Por eso reconocemos el asesinato político como uno de los principales medios de lucha contra el despotismo.» El futuro será una época de movimientos de masas. Los terroristas abrirían camino a esos movimientos. Eran los últimos representantes de la conjura y al mismo tiempo los primeros de una revolución.

El atentado había sido realizado por Leonid Filippovich Mirski, empujado por tales ideas, amén de por cierta dosis de romanticismo aventurero. De origen polaco, ya había sido detenido; había salido sólo hacía dos meses de la fortaleza de Pedro y Pablo. Pertenecía más bien al mundo refinado de San Petersburgo que al de las «indisolubles comunidades» de revolucionarios. Mijailov había guiado su mano. Cuando sea detenido, poco tiempo después, no soportará la cárcel y la pena de muerte que se le infligió en octubre de 1879. Pedirá perdón y será él quien denuncie los proyectos de fuga de Nechaev. La dura experiencia lo convertirá en un luchador durante toda su vida. Lo condenarán a muerte una vez más y evitará por muy poco el fusilamiento durante la revolución de 1905¹⁹⁸.

La decisión de atentar contra la vida del zar estaba ya madura en el ánimo de Aleksandr Konstantinovich Solov'ev el día en que Mirski falló el golpe. En febrero de 1879 estaba en San Petersburgo y se entrevistaba con Mijailov, a quien conocía ya hacía dos años y que era el camarada más próximo a él de todos los que se encontraban entonces en la capital. Después se puso en contacto con Aleksandr Aleksandrovich Kviatkovski. Pero no pedía ayuda, quería actuar por su cuenta; a Mijailov ni siquiera le pidió su consentimiento, ya que estaba decidido a obrar de todos modos¹⁹⁹.

Se reprodujo entonces entre los *narodniki* una situación parecida a la de Moscú más de diez años antes, cuando se supo que Karakozov estaba decidido a disparar sobre el zar. Pero esta vez Solov'ev encontró apoyo en el núcleo terrorista de *Zemlia i volia*. Mijailov quiso informar a sus compañeros de lo que estaba a punto de ocurrir, fuera por lealtad política fuera para que tomaran las medidas de seguridad necesarias, en previsión de la reacción de la policía y el gobierno. La discusión fue enormemente violenta y puso en claro la escisión, ya evidente. Hubo incluso quien evocó el recuerdo de aquel Komissarov a quien se había atribuido la salvación de Alejandro II en 1866. «Si entre nosotros se encuentran Karakozovs, quién sabe si no hay otro Komissarov que no quiere aceptar vuestras decisiones», dijo al parecer M. R. Popov (que pronto será uno de los máximos exponentes del *Chërny peredel*). «Si tú eres el tal Komissarov, te mataré», le respondió Kviatkovski²⁰⁰. Plejanov estuvo de parte de Popov. Probablemente representaban la mayoría, pero Mijailov se mantuvo en sus trece. Presentó el atentado como un hecho

con el que ya había que contar, dada la decisión de Solov'ev. Era inútil, pues, discutir. En cualquier caso, no se llegó a un acuerdo. Como compromiso se estableció que cada miembro de la organización podría colaborar en el atentado, pero por iniciativa personal, sin mezclar a *Zemlia i volia*.

Solov'ev encontró incluso un émulo, que pareció disputarle la tarea que se había fijado: Gol'denberg, el autor del atentado contra Kropotkin en Jarkov. Pero en una reunión en la que participaron Mijailov, Zundevich, los dos candidatos y un polaco, Ludwick Kobylanski, Solov'ev asumió toda la responsabilidad y todo el peso de la empresa.

La mañana del 2 de abril, a la hora del habitual paseo de Alejandro II por las cercanías del Palacio de Invierno, Solov'ev fue a su encuentro y le disparó cinco tiros de revólver, sin conseguir herirlo. El zar, al huir, tropezó y cayó, pero salió ileso. Los numerosos gendarmes que lo acompañaban se arrojaron sobre Solov'ev, que se defendió hiriendo a uno de ellos. Ingirió el veneno que llevaba consigo, pero le prodigaron cuidados médicos y sobrevivió. Mijailov pudo presenciar toda la escena a cierta distancia.

Procesado, explicó el porqué de su gesto, pero consiguió ocultar sus movimientos, que habrían puesto a la policía en la pista de sus amigos. Escribió en su deposición que sabía perfectamente que muchos, al terminar la universidad, conseguían seguir una carrera, pero que eso no lo atraía. «Quería dedicarme a servir al pueblo, cuya pobreza y necesidades están muy cerca de mi corazón.» «Por eso empecé a compartir las ideas de los socialistas.» Había sido maestro, pero pronto se convenció de que tampoco así sería útil al pueblo. «A mi instituto asistían únicamente hijos de burgueses y de funcionarios del gobierno»²⁰¹. Por eso fue hacia el pueblo, trabajando como obrero y como herrero. Aunque no lo dijo en su deposición, fue uno de los que más tiempo lograron vivir entre el pueblo, trabajando y haciendo propaganda por tres años consecutivos. En octubre de 1876, por ejemplo, había estado en las gobernaciones de Vladimir y de Nizhni Novgorod, «donde la artesanía de los trabajos en hierro estaba desarrollada y donde le resultaba más fácil encontrar trabajo». Por lo demás, aquellas localidades lo atraían, porque la explotación de los *kulaks* ponía a los campesinos-artesanos locales en una situación cada vez más miserable. La tierra, oprimida por impuestos insostenibles, no les rendía casi nada. Había pasado los días del invierno y de la primavera yendo de aldea en aldea, en busca de trabajo. Desgraciadamente para él, la tensión diplomática con Europa y la movilización —que parecían presagiar la guerra— se reflejaban duramente en su trabajo. Los patronos interrumpían las faenas expulsando a los obreros. Sin dinero, sin techo, docenas de jornaleros vagaban ofreciendo su esfuerzo por un trozo de pan. Pronto también a Solov'ev se le acabó el dinero, y se encontró en la misma situación que aquellos miserables. «El hambre, las noches transcurridas con el frío invernal en depósitos

vacíos o en isbas no caldeadas, en la paja húmeda y sucia, todo eso me acercaba cada vez más a aquellos infortunados, mientras mi salud iba arruinándose.» Al regresar a San Petersburgo después de muchos meses de esta vida, le describió a Mijailov la miseria vista y compartida. Después reanudó su vida de obrero, en la gobernación de Saratov; en 1879, cuando ya había decidido matar al zar, hablaba aún de «su fe en la posibilidad de trabajar entre el pueblo». Pero esa esperanza iba muriendo en él. Confiándose con Mijailov, le decía que su atentado estaba justificado sobre todo «por el benéfico efecto que produciría en el mundo de los campesinos». «No veía medio más poderoso para llevar a sus últimas consecuencias la crisis económica. Los deseos, la espera, eran evidentes por todas partes. El descontento del pueblo era muy intenso»²⁰². Era el momento de iniciar una lucha abierta. Como dirá en su deposición: «Nosotros, los socialistas revolucionarios, hemos declarado la guerra al gobierno»... Nunca había sido un buen súbdito, pero desde que se convirtió en «socialista revolucionario convencido» sólo había visto en el zar un «enemigo del pueblo». Aunque la idea de vengar a los camaradas caídos estuviera viva en su alma, las razones profundas de su gesto eran distintas: desde el de Karakozov, su atentado es el primero verdaderamente político²⁰³.

El 28 de mayo, ante una gran muchedumbre —donde ni siquiera faltaban los corresponsales de «Le Figaro» y de «Le Monde illustré»— Solov'ëv era ahorcado.

Las medidas tomadas por el gobierno después del atentado, las discusiones que suscitó en el mundo de los revolucionarios, la acentuada escisión en el interior de *Zemlia i volia*, inician una nueva fase del movimiento, pertenecen ya a la historia de la formación del *Chërny peredel* y de *Narodnaya volia*.

Notas al capítulo 20

¹ O. V. Aptekman, *Obshestvo «Zemlia i Volia» 70-j godov* [La sociedad «Tierra y Libertad» de los años setenta], P. 1924. Es un libro desordenado, pero lleno de noticias. Hay que tener en cuenta, al leerlo, que el autor perteneció a la fracción del *Chérny peredel*, contraria al terrorismo de *Narodnaya volia*. E. Serebriakov, *Ocherki po istorii «Zemli i voli»* [Ensayo sobre la historia de «Tierra y Libertad»], en «S rodiny i na rodine», 1894, fasc. IV, y después en vol., Spb. 1906. Constituye uno de los primeros intentos de ver el movimiento en conjunto, y su interés se debe sobre todo a eso. Poco agrega, en cambio, el opúsculo de A. A. Kunkl', *Obshestvo «Zemlia i Volia» 70-j gg.* [La sociedad «Tierra y Libertad» de los años setenta], M. 1928. Pero se encuentran en él algunos documentos inéditos. Las dos colecciones fundamentales de documentos son *Revoliutsionnaya zhurnalistika semidesiatykh godov pod red. B. Bazilevskogo* [El periodismo revolucionario de los años setenta, edición de B. Bazilevski (V. Bogucharski)], París 1905, y *Arjiv «Zemli i voli» i «Narodnoi voli»*. *Podgotovili k pečati V. R. Leikina i N. L. Pivovarskaya. Redaktsiya i predislavie S. N. Valka* [El archivo de «Tierra y Libertad» y «La Voluntad del Pueblo». Edición de V. R. Leikina y N. L. Pivovarskaya. Redacción e introducción de S. N. Valk], M. 1932. Cfr. Sh. M. Levin, *Obshestvennoe dvizhenie v Rossii (60-70-e gody XIX veka)* [El movimiento social en Rusia (años sesenta y setenta del siglo XIX)], M. 1958, pp. 377 y ss.; P. S. Tkachenko, *Revoliutsionnaya narodnicheskaya organizatsiya «Zemlia i volia» (1876-1879 gg.)* [La organización populista revolucionaria «Tierra y Libertad» (1876-1879)], M. 1961; María Wawrykowa, *Revolucyjne narodnictwo w latach siedemdziesiątych XIX w.* [El populismo revolucionario de los años setenta del siglo XIX], Varsovia 1963; *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka. Sbornik dokumentov i materialov v dnuj tomaj* [El populismo revolucionario de los años setenta del siglo XIX. Colección de documentos y materiales en dos volúmenes], edición de S. N. Valk, S. S. Volk, B. S. Itenberg, Sh. M. Levin, M. 1964-65, vol. II (1876-82), edición de S. S. Volk, M.-L. 1965. En la página 391 se encuentra una detallada descripción de los diversos fondos de archivo referentes a este período del movimiento populista. La extensa literatura formada por las memorias de la época se citará caso a caso.

² S. S. Tatishev, *Imperator Aleksandr II. Ego zhizn'i tsarstvovanie* [El emperador Alejandro II. Su vida y su reinado], Spb. 1903, vol. II, p. 593.

³ B. H. Sumner, *Russia and the Balkans 1870-1880*, Oxford 1937; S. A. Nikitin, *Slavianskie komitety v Rossii v 1858-1876 godaj* [Los comités eslavos en Rusia desde 1858 a 1876], M. 1960.

⁴ V. Bogucharski, *Aktivnoe narodnichestvo semidesiatykh godov* [Populismo activo de los años setenta], M. 1912, pp. 262 y ss. Cfr. V. M. Jevrolina, *Russko-turetskaya voina 1877-1878 gg. i revoliutsionnoe narodnichestvo* [La guerra ruso-turca de 1877-78 y el populismo revolucionario], en *Slavianskaya istoriografiya i arheografiya. Sbornik statei i materialov* [Historiografía y arqueografía eslava. Miscelánea de artículos y materiales], M. 1969, pp. 56 y ss..

⁵ «Vperëd», núm. 16, del 1 de noviembre de 1875. El periódico de Lavrov mantendrá siempre esta postura. Cuando estalle la guerra dirá: «Aproximará fatalmente, entre los eslavos del sur, las clases de los explotadores económicos y políticos y las masas explotadas por ellos. Los problemas políticos serán sofocados y los problemas económicos relegados a un plazo indefinido. La propaganda y la organización de la revolución social perderán su base moral en notable medida...», núm. 44, de noviembre de 1877.

⁶ B. Itenberg, *Deyatel'nost' 'Yuzhno-rossiskogo soyuza rabochij'* [La actividad de la «Unión de Obreros de la Rusia meridional»], en «Voprosy istorii», 1951, fascículo I, publica un informe policial sobre esta agitación, sobre las relaciones de Zaslavski con los emigrados búlgaros en Odesa, etc.

⁷ Número 35, del 29 de agosto de 1875.

⁸ *Bunt v slavianskij zemliaj* [La revuelta en las tierras eslavas], en «Rabotnik», número 9, septiembre de 1875.

⁹ Citada por B. Nikolaevski, *Materialy i dokumenty. Tkachëv i Lavrov* [Materiales y documentos. Tkachëv y Lavrov], en «Na chuzhoi storone», 1925, fasc. X.

¹⁰ De una carta de M. P. Sazhin, citada en Bogucharski, *Aktivnoe narodnichestvo semidesiaty godov cit.*, p. 287.

¹¹ Encontró en su patria cierta resistencia a este plan de participación revolucionaria en las luchas de los Balcanes. «A los camaradas de San Petersburgo estos planes les parecían invenciones infundadas de los emigrados, insuficientemente informados sobre la situación real», B. P. Aksel'rod, *Perezhitoe i peredumannoe* [Cosas vividas y repensadas], Berlín 1923, vol. I, p. 155.

¹² «Bulletin de la fédération jurassienne» del 10 de octubre de 1875.

¹³ M. F. Frolenko, *Sobranie sochinenij v dvuj tomaj, pod redaktsie i s primechaniyami I. Teodorovicha* [Obras en dos volúmenes. Edición y notas de I. Teodorovich], M. 1923, vol. I, pp. 213 y ss.

¹⁴ N. Morozov, *Povesti moej zhizni. Redaktsiya, vstupitel'naya stat'ya i primechaniya I. A. Teodorovicha* [Relatos de mi vida. Edición, introducción y notas de I. A. Teodorovich], M. 1933, vol. IV, p. 44. Esta explicación es más verosímil que la que da Tijomirov, según el cual «Klements llamaba 'trogloditas' a los populistas por su desprecio por las ciencias y por la cultura». *Vospominaniya L'va Tijomirova, predislavie V. I. Nevskogo, vstupitel'naya stat'ya V. N. Figner* [Memorias de Lev Tijomirov, prefacio de V. I. Nevski, introducción de V. N. Figner], M.-L. 1927, p. 87.

¹⁵ Citado por Kunkl', *Obshestvo «Zemlia i volia» 70-j gg. cit.*, pp. 10-11.

¹⁶ Aptekman, *Obshestvo «Zemlia i volia» 70-j godov cit.*, p. 205.

¹⁷ *Pis'ma narodovol'tsa A. D. Mijailova. Sobral P. E. Shegolev* [Cartas del «narodovolets» A. D. Mijailov. Recogidas por P. E. Shegolev], M. 1933, pp. 227-28.

¹⁸ Aptekman, *Obshestvo «Zemlia i volia» 70-j godov cit.*, pp. 243-44.

¹⁹ La más completa de estas autobiografías, de la que se han tomado estas palabras, se publicó en la revista «Na rodine», Ginebra 1883, fasc. III. Está reproducida en A. P. Pribyleva-Korba y V. N. Figner, *Narodovolets Aleksandr Dmitrievich Mijailov* [A. D. Mijailov, de «La Voluntad del Pueblo»], L. 1925, p. 35. Es una valiosa colección de documentos y recuerdos sobre él. Cfr. M. M. Klevenski, *Aleksandr Dmitrievich Mijailov*, M. s. d. [pero 1925].

²⁰ Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 53.

²¹ *Ibid.*, pp. 40-41.

²² *Ibid.*, p. 41.

²³ *Pis'ma narodovol'tsa A. D. Mijailova cit.*, pp. 31 y 80.

²⁴ *Ibid.*, p. 250.

²⁵ La definición es de Zheliabov.

²⁶ *Ibid.*, p. 247.

²⁷ En 1876 indicaba a sus hermanos y hermanas toda una bibliografía, que era una lista sumamente característica de los libros en que se formó toda su generación. *Ibid.*, p. 110.

²⁸ Deposición de Mijailov de 1880, en Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 93.

²⁹ *Ibid.*, p. 42.

³⁰ *Ibid.*, p. 86.

³¹ *Ibid.*, p. 90.

³² *Ibid.*, p. 91.

³³ *Ibid.*, p. 92.

³⁴ *Ibid.*, pp. 93-94.

³⁵ *Ibid.*, p. 96.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Davidenko contaba entonces veinte años y será uno de los activistas más decididos de los años siguientes. En Odesa estaba ligado con Koval'ski, más o menos secretamente afiliado al «Nabat» de Tkachëv. Cuando Koval'ski sea condenado a muerte, Davidenko participará en la manifestación armada de protesta, organizada en esa oportunidad, y disparará sobre los gendarmes, que le detendrán. Condenado a muerte, será ahorcado el 10 de agosto de 1879. Por un momento estuvo cerca de los jacobinos, para «desilusionarse» después. No sabemos nada muy concreto sobre sus ideas políticas. El testimonio de Mijailov demuestra que el jacobinismo se filtraba entre los «revoltosos» del sur de Rusia, así como se explica por qué no consiguió afirmarse.

³⁸ Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 98.

³⁹ El artículo de Plejanov sobre Mijailov fue publicado en la revista «Na ro-dine», 1883, fasc. III, y reproducido *ibid.*, p. 62.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 45.

⁴¹ *Ibid.*, p. 43.

⁴² E. A. Korol'chuk, *Iz istorii propagandy sredi rabochij Peterburga vo vtoroi polovine 70-j godov. Prilozheniya: Zakliuchenie prokurora Petersburskoi sudebnoi palaty po delu «Obshestva družei»* [De la historia de la propaganda entre los obreros en San Petersburgo en la segunda mitad de los años setenta. Apéndice: La conclusión del fiscal del Tribunal de San Petersburgo sobre el asunto de la «Sociedad de los amigos»], en «Istoriko-revoliutsionny sbornik», tomo III.

⁴³ Su autobiografía en el *Diccionario Enciclopédico Granat*, vol. 40, *sub voce*.

⁴⁴ P. A. Kropotkin, *Zapiski revolutsionera. Podgotovka teksta k pečati i pri-mechaniya N. K. Lebedeva. Predislovie P. P. Paradizova* [Memorias de un revolucionario. Texto y notas a cargo de N. K. Lebedev. Prefacio de P. P. Paradizov], s. I. [pero L.] 1933, pp. 236 y ss.; y A. I. Ivanchin-Pisarev, *Pobeg P. A. Kropotkina* [La fuga de P. A. Kropotkin], en «Byloe», 1907, fasc. I.

⁴⁵ Aptekman, *Obshestvo «Zemlia i volia» 70-j godov cit.*, pp. 246 y ss.

⁴⁶ V. K. Debagori-Mokrievich, *Vospominaniya* [Recuerdos], Spb. 1906, reeditado con el título de *Ot buntarstva k terrorizmu, s predisloviem S. N. Valka* [De la revuelta al terrorismo, con prefacio de S. N. Valk], 2 vols., M.-L. 1930.

⁴⁷ Sobre este período de su actividad, véanse sus escritos: *Pochemu ya stal revolutsionerom* [Por qué me convertí en revolucionario], en «Golos minuvshago», 1919, fasc. V-XII; *Yuzhnye buntari* [Los revoltosos del Sur], en «Golos minuvshago», 1920-21, fasc. único; *Zagovor sredi krest'yan Chigirinskogo uezda* [La conjura entre los campesinos del distrito de Chigirin], en «Sbornik materialov i statei. Glavnoe Upravlenie arjivnym delom. Redaktsiya zhurnala 'Istoricheski arjiv'», fasc. I, M. 1921, recogidos después en *Za polveka* [Medio siglo], 2 vols., P. 1922.

⁴⁸ *Sud'by kapitalizma v Rossii* [La suerte del capitalismo en Rusia], Spb. 1882. Contra él, Plejanov escribió un libro: A. Volgin (V. G. Plejanov), *Obosnovanie na rodnichestva v trudaj g. na Vorontsova* (V. V.) *Kriticheski etiid* [Los fundamentos del populismo en las obras del señor Vorontsov (V. V.). Estudio crítico], Spb. 1896.

⁴⁹ Deits, *Yuzhne buntari cit.*, p. 50.

⁵⁰ F. Venturi, *L'attività rivoluzionaria della Kuliscioff in Russia*, en «Movimento operaio», 1952, fasc. 2, y S. P. Afanas'eva, *K voprosu o revolutsionnoi deyatel'nosti Anny Kulischevoi v 1873-1892 godaj* [Sobre el problema de la actividad revolucionaria de Anna Kulishev entre 1878 y 1892], en *Rossiya i Italiya* [Rusia e Italia], M. 1968, pp. 286 y ss.

⁵¹ Frolenko, *Sobranie sochineni* cit.

⁵² *Ibid.*, vol. I, p. 168.

⁵³ Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 106.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 108.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 145.

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ Véase publicado por primera vez y comentado en *Arjiv «Zemli i voli» i «Narodnoi voli»* cit., pp. 53 y ss.

⁵⁸ Los mejores medios para alcanzar tal fin son: la confluencia con las organizaciones populares ya existentes de carácter revolucionario y la agrupación de los elementos revolucionarios ahora separados, representados por los «hombres del *mir*», por los dirigentes del *mir* campesino [*Nota del original*].

⁵⁹ Véase la reproducción de este documento en *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j goda XIX veka* cit., vol. II, pp. 2 y ss. Según dos recientes eruditos soviéticos, G. M. Lifshits y K. G. Liashenko, citados *ibid.*, p. 367, se trata de una especie de resumen del programa de *Zemlia i volia* escrito por Kropotkin en el verano de 1877. Desde luego, resulta difícil juzgar la exactitud de esta hipótesis. Sin embargo, creemos que puede ser mantenida la tesis de S. N. Valk, según la cual este texto constituye el primer esquema de posteriores documentos programáticos de *Zemlia i volia*. Cfr. G. M. Lifshits y K. G. Liashenko, *Kak sozdavalas' programma vtoroi «Zemli i voli»* [Cómo se formó el programa de la segunda «Tierra y Libertad»], en «Voprosy istorii», 1965, núm. 9.

⁶⁰ V. N. Ginev, *Narodnicheskoe dvizhenie v srednem Povolzh'e* [El movimiento populista en las tierras del Volga medio], M.-L. 1966.

⁶¹ Aptekman, *Obshchestvo «Zemlia i volia» 70-j godov* cit., p. 265.

⁶² Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, pp. 147-48.

⁶³ Sus escritos han sido recogidos en Vera Figner, *Polnoe sobranie socineni v semi tomaj* [Obras completas en 7 volúmenes], M. 1932.

⁶⁴ *Id.*, *Zapechatlennyi trud* [Tarea terminada], M. 1933, vol. I, p. 120.

⁶⁵ *Pis'ma narodovol'tsa A. D. Mijailova* cit., p. 120.

⁶⁶ Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 120. Cfr. p. 149, donde Mijailov enumera los casos ya ocurridos en la época de la «ida hacia el pueblo» de influencia revolucionaria y socialista sobre las sectas del Volga y donde habla de las confesiones que más se aproximaban, por su mentalidad, a los populistas (los fugitivos, los taciturnos, etc.).

⁶⁷ Starik (S. F. Kovalik), *Dvizhenie semidesiatyj godov po Bol'shomu protsessu* [El movimiento de los años setenta en el Gran Proceso], en «Byloe», 1906, fasc. XI.

⁶⁸ Frolenko, *Sobranie sochineni* cit., vol. I, p. 120.

⁶⁹ Escribió un artículo sobre las sectas que se publicó en los «Otechestvennye zapiski», 1878, fasc. III y IV, firmado con el seudónimo de Emel'yanov.

⁷⁰ Figner, *Zapechatlennyi trud* cit., vol. I, p. 120.

⁷¹ *Pokushenie A. K. Solov'eva na tsareubistvo 2 aprelija 1879 g.* [El atentado de A. K. Solov'ev contra el zar, del 2 de abril de 1879], en «Byloe», 1918, fasc. I-II.

⁷² M. R. Popov, *Zapiski zemlevoit'sa, pod red. I. Teodorovicha* [Memorias de un miembro de «Tierra y Libertad», edición de I. Teodorovich], M. 1933, p. 75.

⁷³ *Dokumenty k chigirinskomu delu* [Documentos sobre el asunto de Chigirin], en «Byloe», 1906, fasc. XII; Deits, *Zagovor sredi krest'yan chigirinskogo uezda* cit.; *Protsess 17-ti narodovol'tsev v 1883 godu* [El proceso de los 17 pertenecientes a «La Voluntad del Pueblo» en 1883], en «Byloe», 1906, fasc. X.

⁷⁴ P. Aksel'rod, *Russia*, en «Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik», Zurich, 1881, fasc. III.

⁷⁵ Debagori-Mokrievich, *Vospominaniya* cit., pp. 156 y ss. Pese al tono literario de estas memorias, pese a que el autor cuente estos episodios con el tono de quien sonríe ya con cierta superioridad ante sus pecados de juventud, no cabe duda de que lo que dice sobre el desaliento que invadió a los *buntary* y sobre las razones de él responde a la verdad.

⁷⁶ Frolenko, *Sobranie sochineni* cit., vol. I, pp. 221 y 228.

⁷⁷ De esta agitación hablaba ya el «Rabotnik», núm. 9, de agosto de 1875.

⁷⁸ Véase el artículo *Pervoe chigirinskoe delo* [El primer asunto de Chigirin], en «Nachalo», núm. 1, marzo 1878, reproducido en *Revoliutsionnaya zhurnalistika semidesiatykh godov* cit., pp. 27 y ss.

⁷⁹ Frolenko, *Sobranie sochineni* cit., p. 189.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 241 y ss.

⁸¹ Véase el testimonio de Aksel'rod en el artículo citado del «Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik», p. 272. Es probable que fuese este grupo el que decidió incluso, sin que él lo supiera, quién debería ser el «usurpador»: el revolucionario Rogachev, que recibirá una dura condena en el proceso de los ciento noventa y tres. Starik, *Dvizhenie semidesiatykh godov po Bol'shomu protsessu* cit., fascículo XII.

⁸² Stepniak, *La Russia sotterranea*, Milán 1898, p. 49.

⁸³ Tatishev, *op. cit.*, vol. II, p. 595.

⁸⁴ No hay que olvidar que los abogados rusos, salidos de las reformas judiciales de 1864, hombres a menudo de gran valor y partícipes también del movimiento general de la *intelligentsia* de esos años, contribuyeron en gran medida a dar un valor político a los procesos, supieron con frecuencia detener con habilidad y energía a los acusados y, en conjunto, entre la desconfianza de los revolucionarios y la fuerte oposición del estado, ejercieron una notable función. Lo ha recordado justamente hace poco N. A. Troitski, en un artículo de notable interés, *Russkaya advokatura na politicheskij protsess narodnikov (1871-1890)* [La abogacía rusa en los procesos políticos de los populistas (1871-1890)], en *Iz istorii obshchestvennoi mysli i obshchestvennogo dvizheniya v Rossii* [De la historia del pensamiento y del movimiento social en Rusia], fasc. II, Saratov 1968, pp. 89 y ss. Sobre toda la situación judicial de aquellos años y sobre la actitud del gobierno, de la opinión pública, de la magistratura y de los abogados, cfr. B. V. Vilenski, *Sudebnaya reforma i kontrreforma v Rossii* [La reforma y contrarreforma judicial en Rusia], Saratov 1969.

⁸⁵ V. Bogucharski, *Gosudarstvennyia prestupleniya v Rossii v XIX veke* [Los crímenes de estado en Rusia en el siglo XIX], Spb. 1906, vol. II, p. 47.

⁸⁶ La poesía de Polonski *Uznitsa* [La prisionera] se publicó en versión íntegra en «Byloe», 1906, fasc. I; la de Nekrasov, que el obrero Alekseev pudo leer en la cárcel inmediatamente después del proceso, se imprimió por primera vez en el periódico emigrado «Obshee delo», 1882, fasc. III.

⁸⁷ Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 112.

⁸⁸ Bugucharski, *Gosudarstvennyia prestupleniya v Rossii v XIX veke* cit., páginas 329-30, y *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-ix godov XIX veka* cit., vol. I, edición de B. S. Itenberg, M.-L. 1964, pp. 352 y ss.

⁸⁹ A. F. Koni, *Vospominaniya o dele Very Zasulich, s predislaviem I. Teodorovicha* [Recuerdos sobre el asunto V. Zasulich, con prefacio de I. Teodorovich], s. l. [pero L.] 1933, pp. 18 y ss.

⁹⁰ Véase el excelente artículo de N. A. Troitski, *Protsess 1913-ga* [El proceso de los 193], en *Obshchestvennoe dvizhenie v poreformennoi Rossii* [El movimiento social en Rusia después de la reforma de 1861], pp. 314 y ss.

⁹¹ Sobre sus últimos días, véase V. Svitych, *Nadgrobnoe slovo Aleksandru II* [Elogio fúnebre de Alejandro II], en «Vestnik Narodnoi volli», 1885, fasc. III.

⁹² Esta transformación psicológica la narra con especial vivacidad uno de los prisioneros, Morozov, *op. cit.*, vol. III, pp. 290 y ss. Su testimonio está confirmado por todos los demás. Véase S. S. Sinegub, *Vospominaniya chaikovtsa* [Memorias de un partidario de Chaikovski], en «Byloe», 1906, fasc. X; D. M. Gertsenshtein, *Tridtsat' let tomu nazad* [Hace treinta años], en «Byloe», 1907, fasc. VI. Sobre la impresión producida en la sociedad, véase N. S. Tagantsev, *Perezhitoe* [Cosas vividas], vol. II, P. 1919, pp. 21 y ss. Incluso en el extranjero estos acontecimientos hicieron volver a primer plano el problema del terrorismo, como se ve por el propio título de un opúsculo de Z. K. Ralli, *Bashi-buzuki Peterburga. Posviashchaet'sia pamiati*

Dmitriya Karakozova, pyannogo v 1866 godu v zastenkej Petropaulovskoi Kreposti. [Los bashi-bozook de San Petersburgo. Dedicado a la memoria de D. Karakozov, torturado en 1866 en las cámaras de tortura de la fortaleza de Pedro y Pablo], Ginebra 1877, en la tipografía del «Rabotnik».

⁹³ Documentos interesantes de este estado de ánimo son los *Pis'ma uchastnikov protsessy 193* [Cartas de participantes en el proceso de los 193], publicadas por R. M. Kantor en «Krasny arjiv», 1923, fasc. II.

⁹⁴ Esta atmósfera está documentada, entre otras cosas, por las poesías satíricas que por entonces se compusieron, parodiando el discurso del fiscal. Véase en Bogucharski, *Aktivnoe narodichestvo semidesiatyj godov* cit., pp. 307 y ss., y en «Krasny arjiv», 1929, fasc. III.

⁹⁵ Bogucharski, *Gosudarstvennaya prestupleniya v Rossi v XIX veke* cit., volumen III, enteramente dedicado al proceso de los ciento noventa y tres.

⁹⁶ «Obshina», 1878, núm. 2, artículo de fondo sobre el proceso de los ciento noventa y tres. Véase el discurso de Myshkin en *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka* cit., vol. I, pp. 371 y ss. Cfr. V. Bazanov, *I. Myshkin i ego rech' na protsesse 193-j* [I. Myshkin y su discurso en el proceso de los 193], en «Russkaya literatura», 1963, núm. 2.

⁹⁷ «Obshina», artículo citado. Sobre Myshkin, así como en general sobre todo el movimiento de los años setenta, véanse las vivaces memorias de V. G. Korolenko, *Istoriya moego sovremennika* [Historia de un contemporáneo mío], 2 vols., M. 1948.

⁹⁸ Koni, *op. cit.*, p. 58.

⁹⁹ Véanse interesantes testimonios sobre la reacción de las esferas oficiales en Sh. Levin, *Final protsessy 193* [La conclusión del proceso de los 193], en «Krasny arjiv», 1928, fasc. V.

¹⁰⁰ M. Bel'skij, *Yunosheskie gody I. N. Myshkina* [Los años juveniles de I. N. Myshkin], en «Katorga i ssylka», 1924, fasc. V.

¹⁰¹ Starik, *Dvizhenie semidesiatyj godov po Bol'shomu protsessu* cit., fasc. XI, y E. Breshkovskaya, *Ippolit Mushkin i arjangel'ski krúzhok* [I. Myshkin y el grupo de Arjangel'sk], s. l. 1904.

¹⁰² M. Aleksandrov, *Arest I. N. Myshkina* [La detención de I. N. Myshkin], en «Byloe», 1906, fasc. X, y Sh. L., *Pis'mo I. N. Myshkina iz yakutskoi tiurny k bratu* [Carta de I. N. Myshkin desde la prisión de Yakutsk a su hermano], en «Krasny arjiv», 1923, fasc. II. Escribía el 22 de agosto: «Evidentemente, el destino ha querido jugar conmigo. Yo, el enemigo de todo privilegio, he acabado en una situación privilegiada; salvo yo, ninguno en la cárcel.»

¹⁰³ M. Chernavski, *I. N. Myshkin (Po vospominaniyam katorzhanina 1870-80-j gg.)* [I. N. Myshkin (De los recuerdos de un condenado a trabajos forzados de los años 1870-1880)], en «Katorga i ssylka», 1924, fasc. I, V, 1925, fasc. III, y sobre todo los impresionantes recuerdos de Shlisselburg de M. R. Popov, *K biografii Ippolita Nikiticha Myshkina* [Para una biografía de I. N. Myshkin], en *Zapiski zemlevoľtsa* cit., pp. 307 y ss.

¹⁰⁴ V. Antonov, *I. Myshkin — odin iz blestiahei pleyady revoliutsionerov 70-j godov* [I. Myshkin, uno de los más excepcionales entre los revolucionarios de los años setenta], M. 1959.

¹⁰⁵ Starik, *Dvizhenie semidesiatyj godov po Bol'shomu protsessu* cit., e Id., *K biografii P. I. Voinaral'skogo* [Para una biografía de P. I. Voinaral'ski], en «Katorga i ssylka», 1924, fasc. I.

¹⁰⁶ O. V. Aptekman, *Dmitri Rogachev v ego «Ispovedi k družiam» v pis'maj 70-j godov i protsess 193-j* [D. Rogachev en su «Confesión a los amigos» y en las cartas de los años 70 y el proceso de los 193], M. 1928.

¹⁰⁷ Id., *Dmitri Rogachev v ego «Ispovedi k družiam» y pis'maj rodnym (Po materialam arjiva byvshego III Otdeleniya)* [D. Rogachev en su «Confesión a los amigos» y en las cartas a sus padres (De los materiales de la ex III Sección)], en «Byloe», 1924, fasc. XXVI.

¹⁰⁸ B. S. Itenberg, *Dvizhenie revoliutsionnogo narodnichestva. Narodnicheskie kruzhki i «jozhdenie v narod» v 70-j godaj XIX v.* [El movimiento del populismo revolucionario. Los grupos populistas y la «ida hacia el pueblo» de los años setenta del siglo XIX], M. 1965, pp. 305 y ss.

¹⁰⁹ Sinegub, *op. cit.*

¹¹⁰ Cfr. B. S. Itenberg, *Dmitri Rogachev revoliutsioner-narodnik* [D. Rogachev revolucionario populista], M. 1960.

¹¹¹ Vol. 1, cap. IX, pp. 56 y ss.

¹¹² A. O. Lukashevich, *V narod!* [¡En el pueblo!], en «Byloe», 1907, fasc. III.

¹¹³ Morozov, *op. cit.*, vol. II, p. 11.

¹¹⁴ «Obshchina», 1873, núms. 6-7.

¹¹⁵ Un interesante testimonio sobre la psicología del movimiento que desembocó en el proceso de los 193 está constituido también por *12-za reshetki. Sbornik stizhivoreni russkij zakliuchënnikov po politicheskim prichinam v periodu 1873-1877 gg. osuzhdënnij i ozhidayushij «suda»* [De detrás de las rejas. Colección de versos de los detenidos rusos por razones políticas en el período 1873-1877, ya condenados o en espera de «juicio»], Tipografía del «Rabotnik», Ginebra 1877. El prefacio (¿de Lopatin?) contiene violentos ataques contra los escritores rusos, por su debilidad política, contra Turgenev y Dostoievski, definido como «el gran esclavo ruso en el reino de los esclavos».

¹¹⁶ N. P. Sidorov, *Statisticheskie svedeniya o propagandistaj 70-j godov v obra-botke III Otdeleniya* [Datos estadísticos sobre los propagandistas de los años setenta en la elaboración de la Tercera Sección], en «Katorga i ssylka», 1928, fasc. I; I. Avakumovic, *Statistical Approach to the Revolutionary Movement in Russia. 1878-1887*, en «The American and East European Review», abril 1959, núm. 2, y V. S. Antonov, *K voprosu o sotsial'nom sostave i chislennosti revoliutsionerov 70-j godov* [Sobre la cuestión de la composición social y del número de los revolucionarios de los años setenta], en *Obshestvennoe dvizhenie v poreformennoi Rossii* cit., pp. 124 y ss.

¹¹⁷ Frolenko, *Sobranie sochineni* cit., pp. 130 y ss.; A. Yakimova, *Pamiati M. A. Kolenkinoi-Bogorodskoi* [En recuerdo de M. A. Kolenkina-Bogorodskaya], en «Katorga i ssylka», 1927, fasc. II.

¹¹⁸ «Zemlia i volia!», fasc. II, 15 diciembre 1878, en *Revoliutsionnaya zhurnalistika semidesiaty godov* cit., p. 171. En adelante se citará este periódico en esa reedición.

¹¹⁹ Popov, *Zapiski zemlevoľtsa* cit., p. 93.

¹²⁰ «Zemlia i volia!», fasc. 2, 15 diciembre 1878, *op. cit.*, p. 201.

¹²¹ N. A. Vitashevski, *Pervoe vooruzhënnoe soprotivlenie — pervy voenny sud (Protess Koval'skogo)* [La primera resistencia armada — el primer tribunal militar (El proceso de Koval'ski)], en «Byloe», 1906, fasc. II; M. F. Frolenko, *I. M. Koval'ski*, en «Katorga i ssylka», 1924, fasc. V, y reeditado en *Sobranie sochineni* cit., volumen II, pp. 90 y ss.; G. Koff, *K delu o pervom vooruzhënnom soprotivlennii v Odesse v 1878 g.* [Sobre la primera resistencia armada en Odesa en 1878], y C. Martynovskaya, *I. M. Koval'ski i pervoe vooruzhënnoe soprotivlenie v Odesse* [I. M. Koval'ski y la primera resistencia armada en Odesa], ambos en «Katorga i ssylka», 1929, fascículos VIII-IX. Sobre él, véase la novela [o, mejor dicho, los recuerdos apenas novelados] escrita en la cárcel de Shlisselburg por F. N. Yurkovski, *Bulgakov, pre-dislovie V. I. Nevskogo, vstupil'naya star'ya i kommentarii E. E. Kolosova* [Bulgakov, prefacio de V. I. Nevski, introducción y notas de E. E. Kolosov], M.-L. 1933, donde se habla de Koval'ski con el nombre de «Kovalenko». Sobre el ambiente, véase A. Shejter, *Revoliutsionnaya Odesa v 1877-1878 gg.* [La Odesa revolucionaria entre 1877 y 1878], en «Katorga i ssylka», 1923, fasc. VI. Los propagandistas lavristas, aunque dominados por la idea de que «la constitución no alimenta al pueblo», se verán pronto implicados en la actividad terrorista y en la lucha «política».

¹²² Sobre éstos véase F. Pokrovski, *Russkaya revoliutsionnaya emigratsiya. Zapiska Ya. V. Stefanovicha* [La emigración revolucionaria rusa. Memorias de Ya. V. Stefanovich], en «Byloe», 1921, fasc. XVI.

¹²³ A. Vitashevskaya, N. A. Vitashevski (*Beglye vospominaniya*) [N. A. Vitashevski (Recuerdos rápidos)], en «Katorga i ssylka», 1924, fasc. IV.

¹²⁴ E. N. Kusheva, *Iz istorii «Obshestva narodnogo osvobodzheniya»* [De la historia de la «Sociedad para la liberación del pueblo»], en «Katorga i ssylka», 1931, fascículo IV. El «Nabat», núms. 1-2, de 1879, anunciaba la impresión de dos opúsculos: *El proceso de Koval'ski, con prefacio de la redacción*, y una reedición del artículo de Koval'ski sobre las sectas religiosas en el sur de Rusia, «con prefacio de uno de sus amigos». Por lo que sé, dichos opúsculos nunca vieron la luz. Pero atestiguan el interés que el «Nabat» pretendía demostrar por Koval'ski.

¹²⁵ El «Nabat» afirmaba que el bandido «había sido voluntario en la insurrección de los eslavos contra los turcos y había formado también parte de las filas de Garibaldi. Dicen que se trata de un hombre con ideas, y no de un puro y simple bandido». Se llamaba Lukianov. «Nabat», 1878, fasc. I-II.

¹²⁶ *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka* cit., vol. II, pp. 50 y ss. Una correspondencia de Odesa en el «Nabat», probablemente procedente de este grupo, decía con qué estado de ánimo se acogió la noticia del atentado de la Zasulich en San Petersburgo. «¡Han disparado sobre Trepov! La primera idea que se nos vino a la cabeza cuando lo supimos fue: '¡Por fin! Lástima que no se les hubiera ocurrido antes.' El segundo pensamiento ha sido de agradecimiento.» *Ibid.*, 1878, fasc. I-II.

¹²⁷ Nota de I. M. Koval'ski, en *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka* cit., vol. II, p. 83.

¹²⁸ S. I. Feojari, *Vooruzhennaya demonstratsiya 1878 g. v Odesse (Sud nad I. M. Koval'skim)* [La manifestación armada de Odesa en 1878 (El proceso de I. M. Koval'ski)], en «Katorga i ssylka», 1924, gasc. I, y «Zemlia i volia!», fasc. II y V, *op. cit.*, pp. 201 y 415, y Sh. M. Levin, *Dve demonstratsii* [Dos manifestaciones], en «Istoricheskie zapiski», fasc. 54, 1955, pp. 251 y ss.

¹²⁹ «Lo que acompaña a partir de ahora la propaganda oral o impresa es la agitación con los hechos», comentaba D. Klements en «Le Travailleur», 1878, número 2, de febrero-marzo.

¹³⁰ *Biograficheskiya zametki o Valerieane Osinskom* [Notas biográficas sobre V. Osinski], en «Narodnaya volia», núm. 2, 1 de noviembre de 1879, en *Literatura partii «Narodnoi volii»* [Literatura del partido «La Voluntad del Pueblo»], M. 1906, página 52.

¹³¹ El manifiesto se ha reeditado a menudo: «Obshina», 1878, núms. 3-4; «Nabat», 1878, etc.

¹³² Rostislav Steblin-Kamenski, *Grigori Anfimovich Popko*, en «Byloe», 1907, fascículo V.

¹³³ Popov, *Zapiski zemlevoľ'tsa* cit., p. 60.

¹³⁴ Lev Tijomirov, *Vospominaniya, pod red. V. I. Nevskogo* [Recuerdos, edición de V. I. Nevski], M.-L. 1927, p. 108.

¹³⁵ El manifiesto publicado en esta ocasión, y que según afirma Debagori-Mokrievich, *Ot buntarstva k terrorizmu* cit., vol. II, p. 14, llevaba en algunos ejemplares el sello del «Comité Ejecutivo», está reeditado en «Obshina», 1878, fascículos III-IV.

¹³⁶ Steblin-Kamenski, *op. cit.* El manifiesto, que llevaba el sello del «Comité Ejecutivo», anunciaba a más de este atentado también la muerte violenta de un compañero obrero y la huida de la cárcel de Stefanovich, Deits y Bojanovski. Está reproducido en Yu. Ber, «*Zemlia i volia na rozdorizhzi*» [«Tierra y Libertad» en la encrucijada (en ucraniano)], en «Za sto lit», 1929, fasc. IV.

¹³⁷ M. F. Frolenko, *Popytka osvobodzheniya Voinaral'skogo 1.º iyulia 1878 g.* [El intento de liberar a Voinaral'ski del 1 de julio de 1878], en «Katorga i ssylka», 1929, fasc. IV, y en *Sobranie sochineni* cit., vol. I, p. 276.

¹³⁸ Steblin-Kamenski, *op. cit.* Véanse otros testimonios recogidos en Bogucharski, *Aktivnoe narodnichestvo semidesiaty godov* cit., p. 323. Dichos testimonios han de valorarse, empero, con sumo cuidado: es evidente que los populistas que parti-

ciparon en el movimiento de este período, pero que después se hicieron liberales —como, por ejemplo, Debagori-Mokrievich— tienden a transferir al período de su juventud ideas posteriores.

¹³⁹ Véase a este respecto el examen de O. V. Aptekman en «*Chërny peredel*», *organ sotsialistov-federalistov 1880-1881. Predislovie V. I. Nevskogo* [«La distribución negra», órgano de los socialistas-federalistas. 1880-1881. Prefacio de V. I. Nevskij], M.-L. 1923, pp. 5 y ss.

¹⁴⁰ La «Obshina» estaba muy próxima a «Le Travailleur», la revista de Zhukovski, Ch. Perron y E. Réclus, que empezó a publicarse en Ginebra en mayo de 1877 y donde colaboró, entre los rusos, también D. Klements, con numerosa e interesante correspondencia sobre el proceso de los ciento noventa y tres y las ideas populistas. «En nuestra opinión, la propiedad colectiva, tal y como existe actualmente en Rusia, es la primera etapa hacia un disfrute colectivo del suelo, más completo y perfecto, que sólo se realizará tras una confiscación general en beneficio de todos y mediante la abolición de la propiedad individual. Esa confiscación será el primer paso de la revolución rusa», escribía en el número 4, de agosto de 1877. En esa misma correspondencia se planteaba el problema del estado: «Puede ocurrir que los socialistas alemanes consigan conciliar lo inconciliable, encontrar una solución al antagonismo entre estado y pueblo en forma de *Volkestaat* (Estado del pueblo). Quizá, sus tentativas se hacen con una profunda fe en el éxito, pero tengo que confesar que la mayoría de los socialistas rusos no poseen esa fe... ¿Quién ha sido el apóstol de las ideas antiestatales en Europa? Bakunin, un ruso. Lejos de mí plantear una cuestión de mérito nacional entre los socialistas de los distintos pueblos; quiero solamente demostrar que no es la casualidad lo que ha inducido a un ruso a propagar la anarquía, mientras que otros pensadores han dejado a un lado tales ideas para ocuparse del mutualismo, de los bancos del pueblo, etc. Lejos de mí también la intención de crear una doctrina del socialismo ruso, pero permítaseme al menos resumir las aspiraciones populares que se traducen en una poderosa tendencia a la abolición de la propiedad individual y por consiguiente a la abolición de una clase privilegiada de propietarios... La cuestión de las industrias y de las fábricas está resuelta por los socialistas rusos de la misma manera que en Occidente...»

¹⁴¹ Su artículo *Russia*, en «*Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*», 1879, fasc. I.

¹⁴² Aksel'rod, *Perezhito i peredumannoe* cit., vol. I, p. 201.

¹⁴³ Cfr. «Obshina», núm. 1.

¹⁴⁴ Artículo de fondo, núms. 3-4.

¹⁴⁵ Correspondencia desde Italia en el núm. 1. Tras haber hablado del periódico calabrés «Anarchia», decía: «En el fondo del ideal popular del campesino calabrés está el sueño de que por fin llegará la hora de una 'república campesina'. Pero que no se alegren los mazzinianos; esa república no es aquella por la que ellos se ajeteen. Es la república con la tierra y la libertad, donde no hay lugar para los señores y los caballeros.» Y prosigue así, haciendo un continuo paralelo mental entre Calabria y Rusia. Es cierto que en las cabañas calabresas no se sabía leer, «pero cada uno de estos campesinos sabe manejar espléndidamente el fusil y el cuchillo». Número 2: «La tentativa de Benevento» (minuciosa descripción de la proyectada insurrección en la que participó en 1877). En el número 1 se encuentra además una detallada correspondencia *De Italia*, firmada por Antonio, en la que se habla de «La Plebe» («publicada, como es sabido, por Malon...», y cuyo programa, aunque estatista, no es en absoluto idéntico al de la socialdemocracia alemana), de la tradición revolucionaria italiana, de la Romana, de los «bandidos napolitanos» (que son «los más fieles y coherentes aliados de los curas»), del congreso de Forlì, de la carta de Costa («interesante, pero con la que no puedo estar del todo de acuerdo»). La conclusión política es que en Italia «el revolucionarismo burgués está muriendo y el socialismo no ha conseguido desarrollarse lo bastante para crear su falange avanzada de luchadores capaces». Pero la crisis es general en toda Europa, y especialmente intensa en Italia, «dada la fuerte tradición mazziniana, garibaldina, y la novedad del

socialismo». Otra correspondencia de Italia, del número 6-7, recogía entre otras cosas un manifiesto de la Federación Napolitana que terminaba así: «¡Viva la banda de Matese!» En ese mismo número, un artículo sin firma, quizá de Kravchinski, sobre la *Actividad del pueblo italiano en lucha contra la burguesía y el gobierno*. Sobre la actividad revolucionaria de Kravchinski en Italia, véase E. Conti, *Le origini del socialismo a Firenze (1860-1880)*, Roma 1950, pp. 268 y ss.; F. della Peruta, *La banda del Matese e il fallimento della teoria anarchica della moderna «jacquerie» in Italia*, en «Movimento operaio», 1945, fasc. III, pp. 337 y ss.; A. Romano, *Storia del movimento socialista in Italia*, Roma, vol. III, cap. VI; *Il moto di San Lupo*, y E. A. Taratuta, *S. M. Stepniak-Kravchinski v Italii* [S. M. Stepniak-Kravchinski en Italia], en *Rossiya i Italiya* [Rusia e Italia], M. 1968, pp. 227 y ss.

¹⁴⁶ Koni, *op. cit.* Koni fue el presidente del tribunal que la absolvió. Este libro es uno de los cuadros más vivos, concretos e interesantes de todo el período 1877-78. En las notas hay una minuciosa biografía sobre los episodios aislados de este asunto. Además: Vera Zasulich, *Vospominaniya, Podgotovil k pechatu B. P. Koz'min* [Recuerdos. Edición de B. P. Koz'min], M. 1931, y A. A. Kunkl', *Vystrel Very Zasulich* [El pistoletazo de Vera Zasulich], M. 1927; Levin, *Dve demonstratsii cit.*, y Vilenski, *op. cit.*, pp. 258 y ss., que publica, entre otras cosas, una interesante carta de Chicherin sobre este proceso (pp. 263 y ss.).

¹⁴⁷ «Durante cuarenta y ocho horas, Europa lo ha olvidado todo: la paz, la guerra, el señor Bismarck, lord Beaconsfield, el príncipe Gortchakov, para ocuparse sólo de Vera Zasulich y de la extraña aventura judicial cuya heroína ha sido esta desconocida», escribía G. Valbert en la «Revue des Deux Mondes» de mayo de 1878.

¹⁴⁸ L. Deits, V. I. Zasulich, en «Golos minuvshago», 1919, fasc. V-XII.

¹⁴⁹ Koni, *op. cit.*, p. 231.

¹⁵⁰ *A la sociedad rusa*, reproducido en *Literaturnoe nasledie G. V. Plejanova, pod red. A. V. Lunacharskogo, F. D. Kretova, R. M. Plejanovoi* [La herencia literaria de G. V. Plejanov, edición de A. V. Lunacharski, F. D. Kretov, R. M. Plejanova], volumen I, M. 1934, p. 382, y en *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka cit.*, vol. II, pp. 53 y ss. Sobre el conjunto de la situación, véase P. Zayonchkovski, *Krizis samoderzhaviya na rubezhe 1870-1880-j godov* [La crisis de la autocracia en el límite entre los años setenta y ochenta del siglo XIX], M. 1964, pp. 59 y siguientes.

¹⁵¹ En una carta dirigida a B. I. Nikolaevski, del 14 de febrero de 1923, el propio creador de esta imprenta, A. I. Zundelevich, ha descrito las dificultades con que tropezó, su pobreza y la de sus compañeros en ese período, y ha hablado de la obrera tipógrafa M. K. Krylova, de un joven búlgaro, Kozlovski, y de Vera Zasulich, que trabajaron con él para hacerla funcionar. La carta está publicada en *Perepiska G. V. Plejanova i P. B. Aksel'roda. Redaktsiya i primechaniya P. A. Berlina, V. S. Voitsinskogo i B. I. Nikolaevskogo* [Correspondencia de G. V. Plejanov y P. B. Aksel'rod, edición y notas de P. A. Berlin, V. S. Boitinski y B. I. Nikolaevski], M. 1925, volumen I, p. 212.

¹⁵² Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 123.

¹⁵³ Cfr. T. G. Snytko, *K voprosu o vzaimootnosheniyaj i svyaziay narodnichestva s pol'skim sotsial'no-revoliutsionnym dvizheniem v kontse 70-j nachale 80-j godov XIX v.* [Sobre el problema de las relaciones y lazos mutuos del populismo con el movimiento social revolucionario polaco de finales de los años setenta y comienzos de los años ochenta del siglo XIX], en *Revoliutsionnaya Rossiya i revoliutsionnaya Pol'sha (utoraya polovina XIX veka)*. *Sbornik statei pod red. V. A. D'yakova, I. S. Millera, N. P. Mitinoi* [La Rusia revolucionaria y la Polonia revolucionaria (segunda mitad del siglo XIX). Colección de artículos editada por V. A. D'yakov, I. S. Miller, N. P. Mitina], M. 1967, e Id., *Russkoe narodnichestvo i pol'skoe obshestvennoe dvizhenie. 1865-1881 gg.* [El populismo ruso y el movimiento social polaco. 1865-1881], M. 1969.

¹⁵⁴ N. K. Buj, *Vospominaniya. Predislovie F. Kona* [Recuerdos. Prefacio de F. Kon], M. 1928.

¹⁵⁵ Salieron cuatro números, entre marzo y mayo de 1878. Están reproducidos en *Revoliutsionnaya zhurnalistika semidesiatykh godov* cit., a la que se refieren en adelante las páginas citadas.

¹⁵⁶ Marzo 1878, p. 3.

¹⁵⁷ «Nachalo», marzo 1878, p. 5.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 4.

¹⁵⁹ *Ibid.*, núm. 2, 15 abril 1878, p. 47.

¹⁶⁰ *Ibid.*, núm. 3, abril 1878, p. 66.

¹⁶¹ *Ibid.*, núm. 4, mayo 1878, p. 88.

¹⁶² Reproducida en *Revoliutsionnaya zhurnalistika semidesiatykh godov* cit., p. 67. Véase en *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-ikh godov XIX veka* cit., vol. II, pp. 55 y ss. Como recordaba Rusanov, la hoja de Mijailovski «fue considerada por los revolucionarios como una producción de los liberales que haciendo de tripas corazón estaban volviéndose atrevidos, y en cambio a la mayoría de los liberales les pareció demasiado enérgico y plagado de concesiones a los revolucionarios». N. S. Rusanov. *Iz moej vospominani. Kniga I. Detstvo i yunost' na rodine* [De mis recuerdos Libro I: Infancia y juventud en la patria], Berlín 1923, p. 238.

¹⁶³ Citado en la introducción de Aptekman a «*Chérny peredel*» cit., p. 24.

¹⁶⁴ B. Gorev, N. K. Mijailovski, M. s. d., p. 41.

¹⁶⁵ «Obshina», núms. 3-4.

¹⁶⁶ Se ha reeditado con una introducción de V. Petrovski, en P. 1920. Es un curioso documento de las contradicciones en que se debatía entonces todo el movimiento populista, de la superposición de problemas políticos y sociales y la voluntad de herir directamente a los responsables de los sufrimientos de los socialistas encarcelados. Es un documento tan extraño que, en el extranjero, hubo quien lo tomó por una provocación. V. Zaitsev escribió en el «Obshee delo», 1878, núm. 16, un artículo con el característico título de *Nuevos manejos de espionaje*. Había saludado con ánimo muy distinto el atentado: «En las sociedades más civilizadas el asesinato de un espía, como la muerte de una araña, es lo más normal del mundo y no llama en absoluto la atención. Así, en Italia, en la época de los Borbones, fuesen importantes o no, caían como moscas, y nadie se daba cuenta, salvo el propio espía», número 14, de agosto de 1878.

¹⁶⁷ Sobre su estado de ánimo en este período, cfr. E. A. Korol'chuk, *Iz perepiski S. M. Kravchinskogo* [De la correspondencia de S. M. Kravchinski], en «Katorga i ssylka», 1926, fasc. VI, en donde se publica una carta a la Zasulich del 24 de julio de 1878, contra Kropotkin (propaganda), por una parte, y Stefanovich (excesivas concesiones a la mentalidad campesina), por otra, en pro de un populismo consciente y activo.

¹⁶⁸ Se conserva el manuscrito original de puño y letra de A. D. Oboleshev, *Arxiv «Zemli i voli» i «Narodnoi voli»* cit., pp. 70 y ss., donde también se encuentran los diversos añadidos, modificaciones y algunos otros documentos sobre esta discusión. Cfr. *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-ikh godov XIX veka* cit., vol. II, pp. 34 y siguientes.

¹⁶⁹ Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 109.

¹⁷⁰ La propuesta la reproduce en una nota Koni, *op. cit.*, p. 536. El eco de esta sesión y de las inmediatamente siguientes, en las que se decidió no confiar ningún otro proceso político a los jurados y se comenzaron a atacar las bases de la legislación referente al jurado, se encuentra en un escrito clandestino, debido al parecer a la pluma de Plejanov e impreso por la «Libre tipografía rusa» en abril, con el título de *Dos sesiones del Consejo de Ministros*. Véase su reproducción en *Literaturnoe nasledie G. V. Plejanova* cit., vol. I, pp. 386 y ss. Demuestra que el ambiente de *Zemlia i volia* estaba entonces bastante bien informado sobre lo que el gobierno hacía, así como prueba la esperanza que aún ponía, en abril, en la opinión pública. «La conciencia social rusa, despertada por el asunto Zasulich, se despertará cada vez más ante cada nuevo latigazo», leemos. Cfr. *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-ikh*

godov XIX veka cit., vol. II, pp. 58 y ss. Cfr. Zayonchkovski, *op. cit.*, pp. 59 y ss. (Utiliza documentos de archivo.)

¹⁷¹ A. N. Baj, *Zapiski narodovol'tsa. Predislovie P. Anatol'eva* [Recuerdos de un miembro de «La Voluntad del Pueblo». Prefacio de P. Anatol'ev], s. I. [pero L.], 1931, pp. 18-19.

¹⁷² Citado por Bogucharski, *Aktivnoe narodnichestvo semidesiaty godov* cit., página 318. A este artículo los revolucionarios respondieron con un manifiesto reproducido en *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka* cit., vol. II, páginas 62 y ss.

¹⁷³ «Nachalo», núm. 2, abril 1878, *op. cit.*, p. 48.

¹⁷⁴ *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka* cit., vol. II, pp. 66 y siguientes.

¹⁷⁵ I. I. Petrunkevich, *Iz zapisok obshestvennogo deyatel'ia. Vospominaniya, pod red. prof. A. A. Kizevetera* [De los apuntes de un representante político. Recuerdos. Edición del prof. A. A. Kizeveter], en «Arjiv russkoi revoliutsii», Berlín 1934, página 100. Cfr. V. Ya. Bogucharski, *Iz istorii politicheskoi bor'by v 70-j i 80-j gg., XIX veka. Partiya «Narodnoi Voli», eya proisjzhdenie, sud'by i gibel'* [De la historia de la lucha política en los años setenta y ochenta del siglo XIX. El partido de la «Voluntad del Pueblo», sus orígenes, su destino y su ruina], M. 1912, pp. 401 y ss., y Thomas Riha, *A Russian European. Paul Miliukov in Russian Politics*, Notre Dame 1969.

¹⁷⁶ Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 124.

¹⁷⁷ La primera enloqueció en la cárcel antes del proceso; la segunda fue condenada a diez años de trabajos forzados, que pagó, hasta 1886, en Kara. Después fue confinada en la gobernación de Irkutsk.

¹⁷⁸ G. V. Plejanov, *Vospominaniya ob A. D. Mijailove* [Recuerdos sobre A. D. Mijailov], en *Sochineniya* cit., p. 163.

¹⁷⁹ P. S. Tkachenko, en su obra ya citada *Revoliutsionnaya narodnicheskaya organizatsiya «Zemlia i volia» (1876-1879 gg.)*, p. 33, ha objetado que es exagerado hablar de una «nueva organización» brotada entonces de manos de Mijailov. Siempre resulta difícil juzgar situaciones tan tensas y delicadas, pero me parece que todos los documentos prueban la importancia de la reorganización de Mijailov.

¹⁸⁰ Véase el manifiesto de la «Tipografía libre de San Petersburgo», redactado probablemente por Plejanov, *A los estudiantes de todas las instituciones superiores*, con el lema «Quien no está conmigo está contra mí», y con un llamamiento a la resistencia. Reproducido en *Literaturnoe nasledie G. V. Plejanova* cit., vol. I, p. 384, y en *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka* cit., vol. II, p. 71.

¹⁸¹ Tijomirov, *Vospominaniya* cit., p. 129. *Protsess 20-ti narodovol'tsev v 1882 g.* [El proceso de los veinte miembros de «La Voluntad del Pueblo» en 1882], en «Byloe», 1906, fasc. I; A. P. Pribyleva-Korba, *Pamiatí dorogogo druga N. V. Kletochnikova* [En recuerdo del querido amigo N. V. Kletochnikov], en *Arjiv «Zemli i volii» i «Narodnoi volii»* cit., p. 40. Nos lo describe como hombre modesto, bueno, bajito, que veía a Mijailov y a los demás de *Zemlia i volia* infinitamente por encima de él, como modelos para toda la humanidad, como gigantes. Conservó siempre algo de provinciano. Sólo reaccionó una vez en su vida: cuando le propusieron ingresar en la Tercera Sección. Pero después se adaptó y realizó con sumo escrúpulo el servicio que se le había confiado. En el archivo de *Zemlia i volia* se conservan aún íntegramente sus informes, sólo parcialmente publicados en «Byloe», 1908, fasc. VII, y 1909, fasc. VIII.

¹⁸² Sobre el grupo de los «propagandistas» de Vilno del que procedía, véase B. Sapir, *Liberman et le socialisme russe*, en «International Review of Social History», 1938, fasc. III.

¹⁸³ En el otoño de 1878 la tipografía había publicado una hoja para pedir ayuda financiera. Funcionaba ya desde hacía casi dos años y prometía desarrollar aún más, en el futuro, su actividad. Esta hoja, que nunca se ha reeditado totalmente, se cita en *Russkaya podpol'naya i zarubezhnaya pechat'. Biograficheski ukazatel', I. Dona-*

rodovol'cheski period, 1831-1879. Vypusk I. Sostavlen M. M. Klevenskim, E. N. Kushevoi i O. O. Markovoi pod redaktsiei S. N. Valka i B. P. Koz'mina [La prensa rusa clandestina y en el extranjero. Indicador biográfico. I. El período anterior a la «Voluntad del Pueblo», 1831-1879. Fascículo I, edición de M. M. Klevenski, E. N. Kusheva y O. P. Martova, bajo la dirección de S. N. Valk y B. P. Koz'min], M. 1935, página 194.

¹⁸⁴ Tijomirov, *Vospominaniya* cit., p. 133.

¹⁸⁵ Véase la descripción, poco precisa políticamente y a menudo novelada, de la vida interna de «Zemlia i volia!», en Morozov, *op. cit.*, vol. IV, pp. 177 y ss., y sobre todo Plejanov, *Sochineniya* cit., pp. 165 y ss.

¹⁸⁶ El artículo es de Plejanov. Véase reproducido en *Sochineniya* cit., vol. I, páginas 56 y ss.

¹⁸⁷ Véase su reproducción *ibid.*, pp. 67 y ss.

¹⁸⁸ Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 110.

¹⁸⁹ Popov, *Zapiski zemlevol'tsa* cit., p. 107.

¹⁹⁰ [Anónimo] S. N. Bobojov, en «Byloe», 1900, fasc. I.

¹⁹¹ Sobre ella, véase E. K. Breshko-Breshkovskaya, *Iz vospominani* [De mis recuerdos], en «Golos minuvshago», 1918, fasc. X-XII. Hija del general Leshern von Gertsfel'd, se educó en un ambiente culto y rico. Perteneció al círculo de los *chaikovtsy* y se ligó sobre todo con el grupo de F. N. Lernontov, uno de los que pasó del propagandismo a los «revoltosos». Detenida en 1874, fue puesta en libertad tras el proceso de los ciento noventa y tres. Se dirigió de inmediato a Kiev para participar en el terrorismo. En el proceso, el fiscal, al hablar de ella, dijo que «no era una mujer, sino un monstruo, un ser hermafrodita», y pidió la pena de muerte, que le fue conmutada por trabajos forzados a perpetuidad. Permaneció en Kara hasta 1894, y después fue confinada más allá del Baikal.

¹⁹² *Ibid.* También ella era una mujer especialmente culta. Había interrumpido sus estudios de matemáticas en la universidad de Heidelberg para participar en el movimiento revolucionario de Moscú. Detenida seis veces, por último fue confinada en la gobernación de Kostroma. Después trabajó en Kiev y será condenada a catorce años de trabajos forzados.

¹⁹³ *Protsess sotsialistov Valeriana Osinskogo, Sofii Leshern-von-Gertsfel'd i Varfolomiya Volosbenko. Kratki oichët zasedaniya Kievskogo Voenno-Okruzhskogo suda 5 maya* [Proceso de los socialistas V. Osinski, Sofía Leshern von Gertsfel'd y V. Voloshenko. Breve informe del proceso del tribunal militar de la circunscripción de Kiev celebrado el 5 de mayo de 1879], s. I. [pero Ginebra] 1879, p. 12. La Leshern dijo que «lo único que tenía que expresar era su total desprecio por el tribunal y el gobernador», *ibid.*

¹⁹⁴ L. Deits, *Valerian Osinski*, en «Katorga i ssylka», 1929, fasc. V.

¹⁹⁵ Un manifiesto, escrito por N. A. Morozov, se publicó en esta ocasión. Cfr. *Revolutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka* cit., vol. II, pp. 77 y ss.

¹⁹⁶ Tijomirov, *Vospominaniya* cit., p. 134. Esta postura de Klements acabará reflejándose también en la pena a que será condenado, la deportación a Siberia, en una época en que la horca y la *katorga* estaban a la orden del día.

¹⁹⁷ «Zemlia i volia!» no había hablado del «Comité Ejecutivo». El «Listok» reprodujo, por primera vez en el Norte, un comunicado firmado con este nombre con motivo de la supresión del espía Reinshtein, «culpable de haber provocado la caída de la Unión Septentrional de los obreros rusos».

¹⁹⁸ Morozov, *op. cit.*, vol. IV, pp. 206 y ss., y P. E. Shegolev, *Alekseevski ravelin* [El foso de Alejo], M. 1929, pp. 263 y ss.

¹⁹⁹ Un juicio distinto a éste —aunque compartido por todos los demás testimonios— lo expresa Zundelevich en una carta publicada en «Sbornik gruppa 'Osvozhdenie truda'», fasc. III, p. 207. Zundelevich dirigió personalmente las negociaciones con Solov'ev en los días anteriores al atentado. Lo que escribe confirma, en todo caso, que Mijailov y Kviatovski no hicieron nada para detener la mano de Solov'ev.

²⁰⁰ Figner, *Zapechatlenny trud* cit., vol. I, p. 129, y Popov, *Zapiski zemlevoľ'tsa* cit., p. 202.

²⁰¹ Pokushenie A. K. Solov'eva na tsareubistvo 2 apreľia 1879 v. cit., p. 202.

²⁰² Pribyleba-Korba y Figner, *op. cit.*, pp. 109 y 127.

²⁰³ Es interesante, para valorar el gesto de Solov'ev, el opúsculo anónimo (pero de P. Kropotkin) *La vie d'un socialiste russe*, Ginebra 1879. «La burguesía está harta de este reinado, iniciado con tan bellas promesas y que acaba en la incapacidad, la opresión, la arbitrariedad de la policía, la bancarrota y el terror. San Petersburgo, esa capital tan servil antaño, atestigua una sorprendente indiferencia el día del atentado y se ensombrece, triste, el día de la ejecución de Solov'ev. Las ciudades murmurán. Y allá abajo, en las vastas llanuras regadas por el sudor del trabajador aún esclavo, en las oscuras aldehuelas donde la miseria mataba toda esperanza, los disparos de Solov'ev se convierten en causa de una sorda agitación: la insurrección, precursora de las revoluciones, deja oír ya su fragor. El 1793 del campesino ruso se percibe en el aire.» Sobre el conjunto de las discusiones de aquellos meses, cfr. V. A. Tvardovskaya, *Sotsialisticheskaya mysl' Rossii na rubezhe 1870-1880-j godov* [El pensamiento socialista de Rusia en el tránsito de los años setenta a los ochenta], M. 1969, pp. 9 y ss., cap. I: *Genezis narodovol'chestva* [La génesis de «La Voluntad del Pueblo»].

«Narodnaya volia»

Al atentado de Solov'ëv respondió el estado de sitio. Con un *ukaz* del 5 de abril, las regiones del imperio donde más intenso había sido el movimiento revolucionario fueron confiadas a generales que se habían distinguido en la guerra contra los turcos: San Petersburgo pasó a manos del general Gurko, Odesa a las de Tottleben¹, Jarkov a las del general conde Loris-Melikov. Se extendía así un sistema existente ya en las regiones de Moscú, Kiev y Varsovia, sometidas a «generales-gobernadores». Se ampliaron sus poderes en todas partes. De ellos dependerían toda la administración civil, las escuelas, etc., y todo lo concerniente al orden público. Tendrían derecho a entregar a cualquiera a los tribunales militares, a detener y deportar a quien considerasen preciso, así como a suprimir cualquier periódico o revista. Se establecía, en suma, un régimen de terror, agravado por el hecho de que así el poder estatal se fraccionaba y confiaba a seis dictadores militares regionales. El atentado de Solov'ëv ponía en claro tanto la voluntad del estado de reaccionar contra la *kramola*, la subversión, como la incapacidad de los órganos centrales para tomar en sus manos la dirección de la lucha contra los revolucionarios².

El emperador se alejó de San Petersburgo, retirándose a su residencia de Livadiya, en Crimea. Al marchar confió a una comisión extraordinaria —compuesta por ministros y presidida por Valuev— la tarea de buscar las causas de la rápida difusión entre la nueva generación de las «doctrinas subversivas» y de proponer las medidas para combatirlas. Al principio la comisión no se mostró especialmente entusiasmada con la tarea que le habían confiado, e intentó quitarse aquel peso de encima. Alejandro II insistió y por fin, en junio de 1879, Valuev pudo someter al Consejo de Ministros las conclusiones a que había llegado la comisión. Trazaba un cuadro muy poco optimista de la situación. Tenía que comprobar que el llamamiento lanzado a la *inteligentsia* después del atentado de Kravchinski no había despertado ecos.

Merece particular atención la aparente falta de participación de casi toda la parte más o menos culta de la población en la actual

lucha del gobierno contra el grupo relativamente pequeño de los mal pensantes... La mayoría de esa clase está inquieta; sin tomar parte en la lucha y sin actuar en favor del gobierno, espera en cierto modo la resolución de la batalla. Considera en general sin benevolencia las medidas gubernativas, estimándolas unas veces demasiado débiles, otras demasiado fuertes y decididas.

¿Acaso era mejor la situación en las «masas que no pensaban mucho»? Es cierto que cuando se trataba de detener a un revolucionario, de oponerse a una manifestación, etc., intervenían en favor del gobierno, pero se trataba de una ayuda «desordenada, violenta, siempre lindando con la arbitrariedad, y por lo tanto demasiado peligrosa para poder contar con ella».

Al mismo tiempo, dichas masas son fácilmente accesibles a los rumores, interpretaciones y promesas malintencionadas, cuando se refieren a la concesión de nuevas mejoras y ventajas materiales... En general, en todas las capas de la población se trasluce un vago descontento, que se ha adueñado de las mentes de todos. Cada uno se queja de algo y desea, y espera, cambios³.

Tras haber analizado así la situación, la comisión extraordinaria proponía una serie de medidas represivas: reforzar el prestigio y la fuerza de la policía, vigilar el *zemstvo*, limitar la prensa, decirles claramente a los campesinos que no se les asignarían nuevas tierras, apoyarse en los «propietarios privados y hereditarios» de tierras, premiar con una tolerancia mayor a los *raskol'niki* que se mostraran impermeables a la propaganda, e incluso hacer ciertas concesiones a los polacos que no habían proporcionado «un terreno apto para la agitación revolucionaria».

En cuanto a las escuelas, las controversias en el seno de la comisión fueron especialmente vivas, hasta el punto de que no pudo llegar a una conclusión unánime. La contradicción existente en este terreno desde hacía ya veinte años persistía aún, pese a toda la serie de medidas represivas y a todos los paliativos adoptados en los años setenta. El deseo de permitir que un número creciente de personas procedentes de las clases más pobres llegaran a la instrucción superior hacía que entre los estudiantes hubiera muchos que debían luchar contra condiciones económicas difíciles y a menudo miserables. El desarrollo económico de Rusia tendía a romper los marcos rígidamente clasicistas —o mejor dicho arqueológicos— en los que el ministro Tolstoi pretendía encerrar la escuela. Los recientes desórdenes, sobre todo en la capital, habían demostrado que el espíritu de cuerpo de los estudiantes seguía siendo fuerte y activo. Todo lo que podía hacer la comisión extraordinaria era subrayar que era «positivamente nocivo suscitar artificialmente en Rusia el deseo de llegar a la instrucción superior»⁴.

Sólo una pequeña parte de las medidas propuestas encontraron rápida aplicación. El gobierno se limitó a poner en práctica las referentes a la policía y a emitir una circular, del 16 de junio de 1879, para explicar a los campesinos que no debían hacerse ilusiones respecto a la tierra⁵. Pero la comisión, a pesar de esta aparente inutilidad práctica, había puntualizado la situación, fijando las líneas generales de la política del gobierno en 1879. En vista de la indiferencia de las clases cultas, en vista de que no parecía aconsejable apelar a las capas populares —las cuales daban indicios de una oscura voluntad de no conceder su apoyo al gobierno sin conseguir algo a cambio, aspirando a las tierras de los señores y del estado—, sólo quedaba un camino, el de la lucha directa del aparato estatal contra las organizaciones revolucionarias.

La propia situación —que había inducido a los populistas a tomar sobre sí todo el peso de la lucha, indicándoles la vía del terrorismo— llevaba ahora al estado a confiar sólo en sus propias fuerzas para aplastar el fermento revolucionario, empujándolo por el camino de la pura represión policíaca.

En Kiev y Odesa los nuevos generales-gobernadores se encargaron, para empezar, de liquidar jurídicamente la actividad de los «revoltosos» que se había visto ya afectada en su centro por las detenciones de primeros de año. El 14 de mayo eran ahorcados en Kiev Osinski, Brandtner y Sviridenko; el 18 de junio le tocaba el turno, siempre en la misma ciudad, a Iosif Bil'chanski, Gorski y Aron Gobst⁶. El 10 de agosto, en Odesa, pasaron a la horca Sergei Chubarov, Iosif Yakovlevich Davidenko y Dmitri Andreevich Lizogub. Al día siguiente, en conexión con el proceso de estos últimos, eran ahorcados en Nikolaev S. Ya. Vittenberg e I. I. Logovenko.

Estas condenas se debían en parte a la «resistencia armada» que opusieron algunos de ellos, y en parte al descubrimiento de los preparativos realizados para un atentado contra Alejandro II. Se debería hacer saltar una calle de Nikolaev cuando pasara el emperador. Se encontró la batería en casa de Vittenberg que, junto con el marinero Logovenko, era el principal organizador del atentado. En el momento de su detención, la dinamita, ya preparada, había podido ser arrebatada de manos de la policía de Nikolaev y trasladada a Odesa, a casa de Davidenko. Cuando también lo detuvieron a él, el explosivo fue recuperado otra vez, trasladado a Kiev y entregado a Gobst. Por fin se incautaron de ella cuando cayó éste último.

Incluso estas figuras de segundo plano de los «revoltosos» meridionales revelaban el espíritu que animaba todo el movimiento. El día antes de la ejecución, Salomón Vittenberg escribió una carta a sus amigos, en la que decía:

Naturalmente, no tengo ganas de morir, decir que muero de buen grado sería una mentira. Pero este hecho no debe arrojar una

sombra sobre mi fe y sobre la firmeza de mis convicciones; recordad que el más alto ejemplo de honor y de espíritu de sacrificio fue, sin duda, el Salvador; y sin embargo también él rogó: «aparta de mí este cáliz.» ¿Cómo podría no rogar yo? Pero también, como él, me digo a mí mismo: «Si no se puede de otro modo, si es necesario que se derrame mi sangre para que el socialismo triunfe, si el tránsito de la organización actual a otra mejor no es posible más que marchando sobre nuestros cuerpos, entonces que se derrame nuestra sangre, que caiga como rescate de la humanidad, que sirva de abono para el suelo en que se abrirán las simientes del socialismo, que el socialismo triunfe y triunfe pronto. ¡Esta es mi fe!»

En un post-scriptum recomendaba abandonar la idea de vengarlo: «Les perdono porque no saben lo que hacen.» Y terminaba: «También éste es un signo de los tiempos: su mente se ha oscurecido, ven que pronto se iniciará una nueva época y no saben cómo alejarla»⁷.

Esta fe encontró una expresión particularmente pura en uno de los que perdieron entonces la vida, Dmitri Andreevich Lizogub, ahorcado con Chubarov y Davidenko⁸. «No es, desde luego, la primera vez que vemos con qué heroica firmeza mueren nuestros compañeros, pero la figura de Lizogub tiene una especial impronta de grandeza moral», escribía en su primer número «Narodnaya volia». El fascículo que salió poco antes del atentado del 1 de marzo de 1881 llevaba aún un largo artículo en recuerdo de él, como si su figura sirviera para alentar a los revolucionarios en el momento decisivo de la lucha.

Este «asceta» socialista procedía de una de las familias más ricas de la región de Chernigov, en Ucrania. Había tenido una educación refinada, en parte francesa y en parte ucraniana. En su familia estaba viva la memoria del poeta Shevchenko, que había vivido en su mansión de campo, donde fue detenido, así como el recuerdo del historiador Kostomarov, creadores ambos de la ucraniofilia de mediados de siglo. A los once años se había ido a vivir a Montpellier con su familia.

La educación en Francia —decía «Narodnaya volia»—, alejado de las condiciones que desarrollan en el hombre ruso los instintos del esclavo, y que permanecen luego en él durante mucho tiempo, hizo que en la naturaleza de Lizogub faltara un rasgo característico de la gente de nuestro país, un involuntario temor a la autoridad. Hablando con un superior, el ruso da una particular entonación a su voz, adopta una actitud y una mirada respetuosas. Semejantes reflejos de alineación espiritual eran desconocidos para Lizogub.

A su regreso a Rusia esta independencia de carácter se alió muy pronto en él con el espíritu de sacrificio total que descubría en sí y en los

compañeros con quienes entró en contacto en la universidad de San Petersburgo. Renunció de entrada a toda carrera. Renunció al matrimonio, pensando que el revolucionario no debe tener a su cargo una familia, e incluso se apesadumbraba cada vez que veía casarse a un camarada. «Lizogub no amó a una sola mujer —ni una mujer lo amó... Hombre de una consecuencia matemática en sus convicciones, consideraba el amor como un obstáculo en el camino que había emprendido.»

A comienzos de 1877 entraba en contacto con los «populistas» de San Petersburgo⁹. Recibirá de ellos encargos importantes, entre otros el de buscar relaciones en el extranjero. Con tal fin irá a Londres, a la redacción del «Vperéd» de Lavrov¹⁰. Sus grandes posesiones familiares se convirtieron en un centro de propaganda entre los campesinos y una especie de «colonia». De allí saldrá uno de los miembros del «Comité Ejecutivo» de *Narodnaya volia*, Nikolai Nikolaevich Kolodkevich, muerto en 1884 en la fortaleza de Pedro y Pablo. Lizogub pretendía liquidar todas sus posesiones, entregando el dinero a la organización. Ciertas dificultades jurídicas retrasaron la ejecución de su voluntad, y las sumas que consiguió entregar a *Zemlia i volia* no fueron muy importantes comparadas con su patrimonio, aunque sí notables respecto al presupuesto de la sociedad secreta. Lizogub vivió siempre más que modestamente, miserablemente, para no gastar de ningún modo unos bienes que ya no consideraba propios. Mijailov nos ha contado que Lizogub no veía en tal gesto sino una aplicación natural de la regla que imponía a quien entraba en el grupo «sacrificar todo lo privado: la propiedad, las simpatías, la amistad, el amor y la propia existencia».

Participó en la vida de *Zemlia i volia* y sufrió también él la evolución mental y política de sus compañeros. No era un sentimental, en absoluto; era capaz incluso de sacar las consecuencias de la posición que había adoptado, con una lógica que no se detenía ante ningún obstáculo. «También él se persuadió, después de la 'ida hacia el pueblo', que era necesario reunir todas las fracciones de los socialistas rusos en un único partido de lucha activa contra el gobierno... También para él la actividad de una guerra de guerrillas sustituyó a la propaganda pacífica.» Pero fue arrestado cuando apenas había tenido tiempo de adentrarse por este nuevo camino.

Todo pareció derrumbarse entonces a su alrededor. El amigo al que había confiado sus bienes para que los administrase, los vendiera y entregase su producto a *Zemlia i volia*, propuso a la policía revelar todo cuanto sabía a cambio de convertirse en propietario de todo. Consiguió así hacer desesperada la situación de Lizogub, contribuyó a que lo condenaran a muerte, logró perjudicar a la organización, estuvo a punto de hacer caer al propio Mijailov en una emboscada, cuando éste acudió a reclamar lo que le pertenecía; pero acabará por ser engañado por la Tercera Sección, que lo entregará también a él a un tribunal militar. Incluso en la cárcel Lizogub tropezó con un provocador, que agravó aún

más su situación jurídica. Pero su fe no vaciló ni un instante; condenado al dogal —con gran sorpresa de sus compañeros, que esperaban verlo equiparado con tantos propagandistas que por entonces tomaban el camino de Siberia— supo aún sonreír.

La mañana del 10 de agosto era clara. Tras el cuadrado de las tropas dispuestas en torno al cadalso estaba la masa del pueblo. Delante estaban parados los carruajes de los ricos de Odesa; las mujeres, con binóculos y *lorgnettes*, se sentaban en el pescante... Curiosidad y sorda indiferencia dominaban en la muchedumbre. Muy raramente se oían frases de almas buenas, conmovidas ante la visión de las horcas. Circulaban espías por todas partes. La densa masa del pueblo no se atrevió a exteriorizar sentimientos humanos; lo único que podían expresar sin peligro eran los instintos bestiales. Y he aquí que apareció por la calle la carreta en que iban Lizogub, Davidenko y Chubarov. Al entrar en el lado del cuadrado de las tropas que se abrió para darles paso, Dmitri Andreevich miró las horcas, después a la muchedumbre, y sonrió diciendo algo a Davidenko. Los tambores redoblaban y no fue posible oír sus palabras.

Con Lizogub acababa un período. La voluntad de sacrificio de la «ida hacia el pueblo» había encontrado en él su último símbolo. Fue el único en ser ahorcado porque quería ofrecer todo lo que tenía al movimiento revolucionario, antes incluso de poder actuar, antes de convertirse en un organizador y un terrorista. Al morir, Osinski había ordenado a sus compañeros que siguieran el nuevo camino. Lizogub demostró con su muerte que era ya imposible continuar por el viejo.

Estas condenas a muerte —queridas por los «generales-gobernadores», sobre todo por Tottleben en Odesa— crearon la atmósfera que indujo a los revolucionarios a la organización del terrorismo, a la formación del «Comité Ejecutivo» de *Narodnaya volia*. Tanto más cuanto que iban acompañadas por una serie de medidas que afectaban directamente a la sociedad culta, incluso a quienes no estaban preparados ni dispuestos para la acción armada. En Odesa se realizaron registros en todos los periódicos, se abrieron investigaciones sobre cada redactor. Gertso-Vinogradski —culpable de «liberalizar» en los folletos que escribía firmando «Baron Iks»— fue deportado, así como Sergei Nikolaevich Yuzhakov, hermano de una revolucionaria de la que ya hemos tenido ocasión de hablar, y más adelante conocido publicista populista. También se asestaron golpes a las escuelas; una decena de maestros y profesores fueron detenidos. Se vio afectada la administración de la ciudad, encarcelando a Gernet y Kovalevski, funcionarios del ayuntamiento. Numerosos familiares de los condenados a muerte pasaron por la cárcel, como por ejemplo la hermana de Vitashevski. Como era de esperar, fue muy grande el número de estudiantes y obreros eliminados de la circulación.

Era como si una nube oscura pesase sobre la ciudad. Todos la sentían, sobre todos se cernía como una grave pesadilla. El grito —ya no ahogado, sino violento e insistente— de que «ya no se podía vivir, que era necesario encontrar una salida», se difundía, haciéndose oír por doquier. Gente que primero casi no había oído hablar del movimiento revolucionario, se movía ahora, buscaba a los radicales, les indicaba la salida, se ofrecía como ejecutor, proponía la muerte del zar como el mejor y único medio para poner fin a semejante ahogo¹¹.

Así definía la situación Frolenko, que entonces vivía en Odesa y que trató, aunque en vano, de organizar un atentado contra el general Totleben.

Las cosas eran muy parecidas en las otras regiones del sur, aunque en Kiev la policía se movía con más calma tras haber liquidado el grupo central de los terroristas, y en Jarkov Loris-Melikov deseaba mantener unas formas más humanas y legales, ganándose la fama de ser un «general-gobernador» más liberal que los otros (parece que incluso llegó a condenar a muerte adrede a un revolucionario para tener la oportunidad de indultarlo)¹².

El epicentro de la represión seguía en Odesa. La muerte de Lizogub causó tanta impresión que indujo al gobierno a privar a los «generales-gobernadores» del derecho de confirmar personalmente las penas de muerte infligidas por los tribunales militares; de ahora en adelante tendrían que ser ratificadas por San Petersburgo. Eso no impidió la ejecución —ocurrida en Odesa el 7 de diciembre de 1879— de otros tres revolucionarios: Viktor Aleeksevich Malinka, Ivan Vasil'evich Drobiazgin y Lev Osipovich Maidanski, implicados en el fracasado atentado contra Gorinovich, sospechoso de espía del gobierno.

Otros testimonios, a más del de Frolenko, nos dicen que fue precisamente la opinión pública —impresionada por las medidas represivas, por la serie de ejecuciones— la que empujó a los revolucionarios por el camino del atentado contra el zar, la que centró todos sus esfuerzos contra el corazón del opresivo sistema estatal. Quien será en cierto modo jefe de *Narodnaya volia*, Zheliabov, provendrá de Odesa. Es indudable que el forjarse de esa opinión pública favorable al regicidio constituyó un elemento importante de la evolución política ocurrida en el verano de 1879.

Bien mirado, semejante estado de ánimo no hacía sino confirmar el análisis de la situación que realizaron —desde opuestos puntos de vista— el gobierno y los revolucionarios. La «sociedad» era políticamente pasiva, el pueblo estaba silencioso. Las únicas fuerzas activas eran el estado y las organizaciones populistas. Sobre éstas recaía, pues, todo el peso de la lucha. Al indicar el atentado como «la mejor y única salida», la

parte más activa de la sociedad se limitaba a echar sobre los hombros de los revolucionarios toda la responsabilidad de la batalla. Sólo ellos serían capaces de realizar semejante empresa. La *inteligentsia* no sabía proponer un programa por sí misma, era incapaz de hacer otra cosa que empujar a los populistas por la vía del terrorismo. Quizás los ayudara, pero la iniciativa estaba en sus manos. El terrorismo —que había sido un primer síntoma de «politización» de las tendencias populistas y socialistas en la época del «Comité Ejecutivo» del sur— se convertía así, con el «Comité Ejecutivo» de *Narodnaya volia*, en símbolo del duelo singular entre revolucionarios y poder, en una situación social y política incapaz de movimientos más hondos y vastos¹³.

Se necesitaron algunos meses antes de que de aquellas reacciones, de aquellas indicaciones, surgiera un primer núcleo compacto, decidido no sólo a realizar una serie de atentados, sino a desarrollar una sistemática política terrorista. Desde el 2 de abril —día de los disparos de Solov'ev— al 26 de agosto —día en que el núcleo de *Narodnaya volia* tomó la decisión de organizar de modo sistemático la supresión de Alejandro II—, todo el movimiento revolucionario estuvo en una fase de reajuste interno, de intensas discusiones, escisiones y agrupaciones sobre nuevas bases. Fue un período de fermentación y reorganización.

La primavera de 1879 —dirá más adelante Mijailov— fue el momento más favorable para intentar crear una amplia organización. Las propias circunstancias sugerían esta idea. La represión gubernativa había debilitado cuantitativamente el movimiento, pero lo ayudó a hacerse cinco veces más fuerte desde el punto de vista cualitativo. Había creado una notable unidad de ánimos e intenciones. En todas partes la mayoría sólo tenía un deseo: la lucha cruenta contra el gobierno. Pero hay personas en quienes la teoría influye más que la lógica de los hechos, y éstas no compartían tal estado de ánimo. En la organización populista tenían sus representantes, y por eso ésta, pese a los esfuerzos asiduos de la otra parte, no podía cambiar de rumbo sin que el problema se discutiese colectivamente¹⁴.

Basta con abrir el número cinco de «Zemlia i volia!», salido a mediados de abril, para apreciar estas pugnas. El atentado de Solov'ev se había producido, se habían celebrado violentas discusiones para saber si había que apoyar su gesto, y el órgano del partido no pronunciaba una palabra clara sobre el problema del terrorismo. El artículo de fondo confirma la línea de agitación populista. «Es necesario ante todo hacerse pueblo dentro del pueblo, convertirse en una fuerza que no sólo sepa actuar en su propio interés, sino que posea los medios suficientes para aguantar por sí y por el pueblo. Es preciso que el partido revolucionario adquiera, a los ojos del ciudadano, esa posición que asume para él el

mítico zar», organizando protestas, vengando a los campesinos de las vejaciones de las autoridades, dando golpes guerrilleros para liberarlos cuando son detenidos, creando bandas armadas. «Mazzini consiguió armar hasta 7.000 hombres, todo un ejército.» La lucha en las ciudades se limitaba a demostrar que el estado era incapaz ya de quitar las armas de las manos de los revolucionarios.

Se intentaba así sustituir el programa de ofensiva contra el estado, encaminada a herirlo en su centro, por un programa de terrorismo económico en el campo. La noticia del atentado de Solov'ev se daba con cierto despegue de crónica, se leía que la sociedad había quedado sorprendida, que todos decían que «había que hacer algo», aunque nadie sabía exactamente qué. «Sólo los socialistas revolucionarios lo saben», agregaba, con palabras que eran una amenaza pero que en realidad ocultaban una íntima incertidumbre. El 2 de abril era el indicio de que algo nuevo estaba naciendo, algo aún inconcreto e indeterminado, «es el amenazador *memento mori* pronunciado por el futuro que surge, a un orden de cosas que no es más que un superviviente»¹⁵.

En cambio podía leerse una abierta apología del terrorismo en el «Listok Zemli i volii», que fue sustituyendo a la revista desde abril a junio de 1879. El autor del artículo más explícito, publicado en el número tres, era Nikolai Morozov.

El responsable del «Listok» era él, pero no reflejaba solamente sus ideas, sino las de una fracción de *Zemlia i volia* que había ido formándose inmediatamente después del atentado del 2 de abril y que tomó el nombre de Libertad o Muerte. No sabemos gran cosa de este grupo, ya que no tuvo tiempo ni posibilidades de manifestarse en la acción. Se limitó a ser un eslabón de unión entre el ala de *Zemlia i volia* que se había mostrado dispuesta a apoyar a Solov'ev y el «Comité Ejecutivo» de *Narodnaya volia*. Al principio formaron parte de él, amén de Morozov, Mijailov, Aleksandr Kviatkovski, Zundeleovich y un revolucionario recién regresado de la emigración, Stepan Grigor'evich Shiriaev, experto en física, que había participado en la propaganda entre los obreros de San Petersburgo, había «ido hacia el pueblo» y después marchó a estudiar al extranjero, donde, entre otras cosas, se había encontrado con Lavrov. Ahora acudía a poner a disposición del movimiento sus conocimientos técnicos. Por lo que afirma Morozov, fue en cierto sentido el jefe del grupo Libertad o Muerte¹⁶.

Al principio, el grupo Libertad o Muerte tuvo, al menos por lo que sabemos, un carácter técnico, congregando a quienes pretendían preparar los medios para una política terrorista. Sobre tal base fue ampliándose y transformándose rápidamente, hasta convertirse en el sólido núcleo en que se basaron los que estaban decididos a no permanecer dentro de los límites del programa de *Zemlia i volia*.

La presencia de Aleksandr Aleksandrovich Kviatkovski en el centro de esta fracción revelaba el camino recorrido por las ideas terroristas en el

ánimo de quien poco antes se había lanzado con el mayor entusiasmo a las peregrinaciones y la propaganda entre el pueblo. En la primera mitad de los años setenta Kviatkovski había estado entre los organizadores de una herrería en la región de Kostroma, junto con su hermano, condenado a la *katorga* en el proceso de los ciento noventa y tres. En 1877 era miembro de la «colonia» de Nizhni Novgorod, y al año siguiente vagabundeo con Popov de un mercado a otro por las tierras de Voronezh, estrechando lazos con los campesinos, admirando su fortaleza de ánimo y su trabajo, ligándose con toda el alma a estas experiencias que le hacían descubrir los elementos de «protesta», de latente revuelta, en el campo. Popov nos ha dejado una descripción particularmente viva de su actividad común entre el pueblo, de su común entusiasmo al encontrar entre los campesinos las exigencias y esperanzas que ellos postulaban. Pero en el otoño de 1878, reclamado a San Petersburgo por Mijailov, se convirtió en un «terrorista convencido», como se expresó Popov, que se reunió con él en la capital poco después¹⁷. Es cierto que era hombre de temperamento combativo, como demostró al participar en el intento de liberar a Voinaral'ski. Popov explicaba su transformación por el predominio en él de la voluntad de lucha inmediata; más adelante, reflexionando sobre ello, agregó que «Kviatkovski fue sincero ante el tribunal que lo condenaría —como por lo demás era sincero en todo— cuando declaró que sus convicciones eran las de un *narodnik*, las de un populista»¹⁸. El terrorismo no había afectado las bases de su fe en una revolución campesina. Por lo demás Kviatkovski no fue el único en asumir esta postura. El propio Zheliabov, antes de pasar de la fe en el pueblo al terrorismo, tuvo que encontrar un pretexto ante sí mismo, ante su conciencia populista. En realidad, los dos elementos permanecerán, aunque en diversa medida, en Kviatkovski, en Zheliabov, y en todos los demás del «Comité Ejecutivo».

Lo que constituirá la originalidad y la fuerza de *Narodnaya volia* será justamente el original intento de síntesis entre una lucha política armada y conspiratoria y una honda y fundamental voluntad de revolución social —capaz de contraponer al pueblo con todas las clases dirigentes y privilegiadas.

Es más difícil, en cambio, seguir la evolución interna que por aquellos meses llevó al centro del nuevo grupo a Nikolai Ivanovich Kibal'chich, una de las figuras más geniales de estos revolucionarios. Debieron pesar bastante en inducirlo a ponerse de parte de los terroristas el elemento técnico, la voluntad de dotar a los revolucionarios del más perfeccionado medio de lucha: la dinamita, el deseo de aplicar este explosivo a las específicas condiciones en que tenía que desarrollarse la lucha contra el zar. Pero también él procedía de los propagandistas. De origen ucraniano, sintió cierta simpatía inicial por el movimiento nacional de su país. Por haber distribuido prensa clandestina sufrió tres años de prisión preventiva, de 1875 a 1878, para verse luego condenado a un mes de

cárcel en el proceso de los ciento noventa y tres. Puesto en libertad, había pasado a los «ilegales».

La cárcel había surtido su efecto en él. Veo ante mí —recordaba Popov— dos Kibal'chich, uno antes de la cárcel, otro después. Ciertamente que nunca fue un muchacho alegre y sí una persona sistemática, pero antes de la cárcel le gustaba tomar parte en las discusiones, quizás soñaba con dirigir a los demás. Después, no recuerdo de él sino apretones de manos y una sonrisa amistosa y afable... A las bromas de los amigos respondía sólo con una sonrisa... Estudió química en un pequeño laboratorio científico con una finalidad muy concreta: armar a la revolución rusa de dinamita...¹⁹.

Era un verdadero científico, tenía una «cabeza extraordinariamente inventiva». No le gustaban las discusiones políticas, las luchas entre facciones, «su naturaleza era contraria a todo género de diplomacia»²⁰, pero supo mostrarse notable teórico de la política, además de la técnica, como probará uno de los más interesantes artículos publicados en «Narodnaya volia», debido a su pluma. Capaz de una extraordinaria actividad, comenzó —en el verano de 1879— a montar en San Petersburgo, con Shiriaev, un laboratorio para preparar nitroglicerina y dinamita.

Con la organización primitiva de un laboratorio improvisado, en constante peligro de ser descubiertos por la policía y saltar con toda la casa, estos valientes compañeros prepararon algunos *pod* de dinamita, sin haber pasado por ninguna escuela apropiada y aunque trabajaban probando y volviendo a probar, con la muerte que podía alcanzarlos a cada instante²¹.

Para este laboratorio se reclutaron entonces algunos elementos que pertenecerán al centro de *Narodnaya volia* y que como Kviatkovski, Shiriaev y Kibal'chich representarán la nueva leva realizada en San Petersburgo por la fracción terrorista de *Zemlia y volia*. Dos mujeres procedían del proceso de los ciento noventa y tres, Anna Vasil'evna Yakimova²² y Sofia Andreevna Ivanova. Del ambiente estudiantil venían Grigori Prokof'evich Isaev²³ y Aizik Borisovich Aronchik, destinados ambos a convertirse en típicos *narodovol'tsy*, dispuestos a continuar la obra del partido incluso después de 1881, cuando los fundadores cayeron en la lucha.

En mayo de 1879 se aproximó a este núcleo Lev Tijomirov, redactor de «*Zemlia i volia!*». Su toma de posición era importante, a pesar de las incertidumbres, las dudas y cierta desconfianza que nunca lo abandonaron en su actividad revolucionaria y que lo acompañaron incluso entonces.

En efecto, tras la desaparición de Klements, tras el regreso de Kravchinski a la emigración, Tijomirov era el mejor literato entre sus com-

pañeros, el más capaz de expresar de torma políticamente compleja las exigencias y las consecuencias de la voluntad que los animaba a todos. Morozov veía en lo que llamaba el «neo-guerrillerismo» sobre todo una lucha a lo Guillermo Tell, a lo Carlota Corday, contra los tiranos (estos parangones históricos son suyos), acentuaba el aspecto puramente político del duelo contra el absolutismo, tendía a abandonar cada vez más las ideas populistas, los problemas de la revolución social, para proponerse como único objetivo la libertad política, conquistada mediante la muerte del tirano. La propia denominación del grupo, uno de cuyos fundadores fue, Libertad o Muerte, indicaba claramente tal tendencia, tal radicalismo, más político que social. Tijomirov, en cambio, fue uno de los artífices de la síntesis de revolución política y social que será característica de *Narodnaya volia*. Buscará en Tkachëv, en la tradición jacobina, los elementos de esta síntesis; introducirá en el programa del «Comité Ejecutivo» los problemas generales de la revolución rusa, que un radicalismo político como el de Morozov parecía olvidar; expresará el lazo entre populismo y terrorismo arraigado con tanta fuerza en la mayoría de los que componían la fracción más combativa de *Zemlia i volia*²⁴.

La formación de esta sociedad secreta en el seno de una sociedad secreta constituía evidentemente sólo un momento de transición, que llevaría a una reorganización completa sobre nuevas bases o a la escisión. Estaba claro que sólo una reunión de todos los miembros podría decidir el futuro de *Zemlia i volia*. Cuando esta solución, ya apuntada en el momento del atentado de Solov'ëv, constituyó un hecho aceptado por todos, la fracción terrorista se preocupó de atraer a su lado a los elementos dispersos, y sobre todo a los pocos supervivientes de la represión en el sur de Rusia. Entre éstos, ante todo M. F. Frolenko, hacía años en contacto con *Zemlia i volia*, y que vivía entonces en Odesa, donde preparaba un atentado contra el «general-gobernador» Totleben. Pero el propio clima creado en la ciudad lo persuadió de que no había que derrochar fuerzas en golpes relativamente marginales, y que todos los esfuerzos deberían concentrarse sobre el zar. Acudió a San Petersburgo y el primer encargo que se le confió fue ponerse en contacto con Aleksandr Ivanovich Barannikov. Este, tras haber participado activamente en las «colonias» de Nizhni Novgorod y Voronezh, así como en la tentativa de liberación de Voinaral'ski y en el atentado contra Mezentsov, se había retirado a las tierras de su mujer, María Nikolaevna Oshanina, en la región de Orel. «Vivían con papeles falsos; y al no conseguir establecer ningún lazo en aquel lugar, estaban dominados por un terrible aburrimiento.» La invitación a participar de nuevo en la actividad «fue acogida por ellos como una liberación del yugo de los tártaros».

Barannikov, como militar (había estado en la Academia), como criatura recta y combativa, deseosa de encontrarse con el enemigo cara a cara, sin engaños, conspiraciones, etc., incapaz como era para

la propaganda y poco amante de palabras, consintió de inmediato en tomar parte en los golpes armados. Se adecuaba perfectamente a la tarea: de gran sangre fría, físicamente muy fuerte, hábil y valeroso²⁵.

Su mujer poseía, en cambio, una mente política; también relacionada desde hacía tiempo con *Zemlia i volia*, era la única que, de todo aquel grupo, no provenía de los propagandistas o los «revoltosos». Se había hecho revolucionaria en contacto con Zaichnevski, el jacobino de *La joven Rusia*, confinado en Orel desde los años sesenta, y siempre había sido «centralista», como se decía entonces; es decir, estaba convencida de la necesidad de una conjuración que se apoderase del poder y dirigiera desde el centro, con las armas del estado, la revolución social y política. Si anteriormente tomó parte en las iniciativas de *Zemlia i volia* —desobedeciendo así los consejos de Zaichnevski— lo hizo por voluntad de acción. No pensaba dejarse apresar por la visión de la perfecta conjura que impedía al único auténtico jacobino vivo del territorio ruso influir sobre la marcha real del movimiento, y que lo reducía a permanecer encerrado en una secta casi inexistente. Por eso se unió a los elementos más activos de San Petersburgo, aunque quedándose en una postura técnica y práctica, por así decirlo, sin compartir su voluntad federalista y «revoltosa». Cuando Frolenko le expuso la situación que se había ido creando en San Petersburgo, cuando le habló de las discusiones y los planos para el futuro, «ella comprendió de inmediato que ya no se trataba de golpes aislados, sino de algo diferente, que podía desplegarse en toda una línea nueva, más próxima a lo que le interesaba»²⁶. Así se produjo la inserción en *Narodnaya volia* del único elemento conscientemente jacobino que figuró en sus filas²⁷. Con ella participaron en el movimiento sus dos hermanas, Elizaveta y Natalia²⁸, también mujeres excepcionales aunque no poseyeran la impetuosa energía y la cultura política que María Nikolaevna demostró toda su vida, desde el día en que se convirtió en la más brillante alumna de Zaichnevski hasta que con Tijomirov, en París, fue la representante de la tradición de la Voluntad del Pueblo.

En su exploración por el sur, Frolenko conectó con un elemento más importante aún, al convocar, a la reunión de la fracción terrorista que se estaba preparando, a un joven de Odesa, poco conocido entonces, pero destinado a convertirse pronto en el alma de *Narodnaya volia*: Andrei Ivanovich Zheliabov²⁹. No había sido miembro de *Zemlia i volia*, no había pertenecido al mundo de los «revoltosos»; se había abierto camino por su cuenta, haciendo su experiencia —con una intensidad que revelaba ya su sentido político— entre las tendencias propagandistas, populistas y liberales de Odesa. Hijo de campesinos de la región de Feodosiya, había llegado a Odesa para realizar allí sus estudios universitarios, tras haber estudiado en el instituto de Sinferopol. Orador nato, había empezado adquiriendo un gran ascendiente sobre sus compañeros de

estudios, tratando siempre de «eliminar de las cuestiones estudiantiles su aspecto estrictamente profesional, dándoles una importancia general y social»³⁰. Acabó siendo expulsado de la universidad a los veintiún años, por haber encabezado una protesta contra un profesor especialmente cerriel, uno de aquellos balcánicos a los que Rusia acogía para demostrar su interés por los «hermanos eslavos». Los incidentes suscitados por este profesor Bogishich asumían, debido a esto, un matiz político, por lo que la expulsión de Zheliabov y de un camarada suyo en 1872 produjo una ruidosa manifestación en la ciudad³¹.

Al iniciar su actividad propagandística entre los obreros y los elementos intelectuales Zheliabov se sintió apoyado por la oleada de creciente descontento que se tenía de simpatías ucraniofilas y de liberalismo, típica de la atmósfera de Odesa por esos años. Su vida política comenzó en aquel mundo genéricamente constitucionalista, cuya ala más avanzada, y sobre todo más dispuesta a la acción, la constituían los jóvenes más o menos ligados a los *chaikovtsy*. En 1871 se había dirigido a San Petersburgo para entrar en contacto con ellos y, a su regreso, se puso a trabajar en el grupo organizado por Voljovski, Makarevich y otros. Pero la distinción —ya muy clara en San Petersburgo— entre elementos liberales y populistas apenas se percibía en esta ciudad, como en otros centros del sur³². La «sociedad» parecía unida en un despertar político. El elemento «nacional» ucraniano contribuía a crear esa atmósfera, a dar un tinte único a las diversas corrientes.

La actividad propagandística llevó a Zheliabov a la cárcel en el otoño de 1874, y sólo fue puesto en libertad en marzo de 1875. Al volver a Odesa comprobó con sus propios ojos la separación que estaba produciéndose entre los revolucionarios y la *inteligentsia*. Tuvo que sufrir personalmente esta ruptura. Se había casado con la hija del alcalde de Odesa, Yajnenko, con fama de liberal, unido por lazos de parentesco con la familia Simirenko —dueños de azucareras— que convirtieron sus fábricas en centros de un ambiente ucraniofilo y constitucionalista³³. Zheliabov quiso que su mujer compartiese también la vida del pueblo, que trabajase con él, que participase de sus ideas, cada vez más claramente hostiles a la burguesía. La familia se desgarró ante esta prueba. Cuando lo ahorquen, su mujer recobrará su apellido de soltera y aceptará también que su hijo, Andrei, no se llame con el nombre de un criminal de estado.

Era el símbolo de dos mundos, próximos por un momento, pero que rápidamente descubrirán que en realidad eran opuestos.

Era el invierno de 1875-76 —escribirá más adelante Zheliabov a Dragomanov, el jefe intelectual del movimiento democrático ucraniano—. Las cárceles estaban sobrecargadas de gente. Centenares de vidas quedaron rotas. Pero el movimiento no se estancó. Cambiaron únicamente los métodos de lucha y en lugar de propagar el

socialismo científico, los revolucionarios, adiestrados ya por la experiencia, pusieron en primer plano la agitación con palabras y hechos, sobre la base de las reivindicaciones populares... Tomemos sólo un rincón de esta lucha, Odesa. Vi el florecimiento de la *gromada* local [La organización ucraniana], sus vivaces comienzos. Lenta, pero seguramente, las dos corrientes revolucionarias —la general rusa y la ucraniana— se habían ido fundiendo. No una federación, sino la unidad, estaba ya próxima. Y después, de golpe..., todo se derrumbó. Los viejos, seducidos por las ventajas de una situación legal, fueron lentos al abandonar sus incubados nidos, perecieron excelentes elementos, murieron las iniciativas...³⁴

Esta fue la primera experiencia política importante de Zheliabov. Vio con sus propios ojos cómo el problema de la conspiración y de la aceptación de todas sus consecuencias, así como el problema de una federación o de una unidad de movimientos, fueron los escollos en donde naufragó el intento de crear un movimiento compacto, que englobase a la juventud revolucionaria y a la *intelligentsia*. Fueron la piedra de toque en la que se vio quién era efectivamente un revolucionario y quién no lo era. En su fuero interno Zheliabov se pronunció en favor de la conspiración, de la lucha y de una organización centralizada³⁵.

La insurrección en los Balcanes le planteó pronto otros problemas muy vivos; se contó entre los más ardientes defensores de una acción autónoma, realizada por la sociedad y por los propios revolucionarios en favor de los «hermanos eslavos». Había que empujar al gobierno por el camino de la liberación de los Balcanes y sobre todo reclutar voluntarios y recoger dinero. Se convirtió en el alma del comité de Odesa, creado —más o menos ilegalmente— para tal fin. Era un camino que pronto resultó sin salida, pero sirvió para darle una visión de la amplitud de las cuestiones políticas ligadas con aquel movimiento, que parecía dictado únicamente por un impulso de solidaridad ante la independencia de otros países.

Las insurrecciones eslavas planteaban una vez más el problema de Polonia. Zheliabov tuvo que preguntarse por qué los polacos no participaban en el movimiento populista ruso, por qué al despertar de la actividad en San Petersburgo, Kiev, Odesa, no correspondía una corriente equivalente en Polonia. De todos modos, también esta nación tenía derecho a la independencia. Discutiendo con Dragomanov, insistió en este sentido. Ante la complejidad de los problemas, tuvo que convencerse cada vez más de la insuficiencia de un populismo puramente propagandístico y de agitación.

Zheliabov no tomó el camino de los «revoltosos», no quiso ni siquiera entablar relaciones con Valerian Osinski. Sentía que su camino no era aquél, que sólo una verdadera organización le permitiría dar la medida de sí mismo. Empezó para él un período de concentración, de

meditación, cada vez más apartado de la sociedad, cada vez más convencido de la necesidad de una revolución radical. Poco antes del proceso de los ciento noventa y tres fue detenido de nuevo, para ser llevado ante la comisión senatorial (hasta entonces había vivido en libertad provisional). En enero de 1878 lo absolvían³⁶. En sus compañeros había dejado la impresión de un populista convencido, capaz de tomar el camino del pueblo, que insistía sobre la necesidad de vivir entre los campesinos y trabajar con ellos. En suma, uno de los que en 1878-79 empezaron a llamarse los «ortodoxos», porque sostenían que había que proseguir el camino iniciado. Pero la experiencia no había pasado en vano tampoco para él. Lo dijo al final de su vida, ante el tribunal que lo condenaría a muerte, con una fórmula rápida, pero significativa: «Al dejar el campo comprendí que el poder era el principal enemigo de los socialistas amigos del pueblo»³⁷.

Por eso cuando Frolenko se puso en contacto con él en Odesa se declaró «desde la primera entrevista plenamente dispuesto a tomar parte en la acción contra Alejandro II». Sin embargo, incluso en ese momento seguía hablando el «populista» que había en él:

Cuando, prosiguiendo la conversación, le expliqué detalladamente los objetivos de la reunión que se estaba preparando, cuando le comuniqué los pareceres y las intenciones de los de San Petersburgo de organizar, si era posible, un grupo de combate fijo, permanente, y de desarrollar sistemáticamente el terrorismo, sin limitarse a un solo golpe, Zheliabov, viendo que tras un primer golpe podían venir otros, en los que los compañeros le harían tomar parte, declaró como recobrándose de pronto que él empeñaba su palabra para un único golpe y que se quedaría hasta que se hubiera realizado. Después se consideraría libre de todo compromiso. Quiso también que se le diera palabra de que entonces estaría en libertad de marcharse de la organización o de permanecer en ella, como mejor le pareciera, comprometiéndose, naturalmente, al secreto. Se le dio esa palabra, por supuesto, aunque nunca había sido nuestra costumbre retener a nadie por la fuerza. Zheliabov lo sabía muy bien, pero creo que necesitaba tranquilizar su conciencia populista. Puso su condición para tener derecho a decir: «En cualquier caso, no he abandonado el populismo, aunque haya consentido en un único acto terrorista»³⁸.

Aunque Frolenko no adivinó con exactitud lo que subyacía en el ánimo de Zheliabov en el momento en que eligió la vía del terrorismo, vio con precisión los dos elementos que había en él —una voluntad paralela de luchar directamente contra el poder y de preparar una revolución popular— que, vivos ambos, constituirán su fuerza personal dentro de *Narodnaya volia*³⁹.

El haber seguido de cerca la evolución de quienes en el verano de 1879 constituyeron lo que en realidad era un nuevo grupo revolucionario —aunque seguía presentándose como una fracción de *Zemlia i volia*— habrá servido para demostrar que el terrorismo fue la plataforma en la que se encontraron elementos y mentalidades distintas, cómo fue el cemento en el que fraguaron el radicalismo de Morozov, la voluntad jacobina de la Oshanina, el temperamento combativo de Barannikov y Frolenko, la voluntad de una técnica moderna en la lucha armada de Kibal'chich y Shiriaev, cómo fue el punto de encuentro de todas las diversas vías que llevaron de la propaganda a la lucha política, de la agitación a la batalla organizada contra el absolutismo zarista. El terrorismo sistemático, dirigido contra el centro del poder autocrático, presentaba un programa concreto, inmediato, escoltando las principales energías que la actividad de los años anteriores suscitó y puso a prueba.

El programa ofrecido por los que se oponían a esta nueva tendencia era, en cambio, más incierto, más genérico, y sobre todo menos inmediato y práctico⁴⁰. Quien no aceptaba ese planteamiento se veía reducido a una postura de pura oposición, tendía, naturalmente, a limitarse a las críticas, a la negación, sin la posibilidad de presentar una perspectiva distinta, sin indicar la vía de una acción diferente. Precisamente por ello se veía llevado a refugiarse en la «ortodoxia», a sostener que lo único que podía hacerse era continuar el programa y el espíritu de *Zemlia i volia*, convirtiéndolos incluso en un modelo y un mito, haciendo abstracción de la diversidad de fuerzas y tendencias que en su seno se habían encontrado y chocado y que la habían hecho viva y vital. Esta «ortodoxia» del ala que podemos llamar «derecha» era, al tiempo, el síntoma de su impotencia política y la razón por la cual resultó estéril cuando de ella nació una nueva corriente: la que desembocó en el *Chërny peredel*. Como tantas «ortodoxias» políticas, también ésta supo conservar algunos valores morales e históricos que la nueva fuerza de combate se vio obligada, en cambio, a quemar en la acción, a consumir e incluso a repudiar; pero era una conservación que tenía sentido para el futuro remoto, no para la lucha política inmediata, de la que el *Chërny peredel* pronto quedará al margen.

Esta intrínseca debilidad se demostró incluso en el plano táctico, en la discusión cotidiana que llevó a la escisión. En vez de plantear los problemas generales, de pedir que se examinara de nuevo toda la situación, lo que llevó al ala derecha a montar la lucha sobre problemas secundarios y en cierto modo técnicos fue justamente aquel deseo de continuar, de prolongar una acción ya en curso.

Los elementos en torno a los que se congregaban en San Petersburgo los opositores al terrorismo político eran Plejanov y Popov, los mismos que en marzo encabezaron la mayoría hostil a Solov'ev y a quien había guiado al autor del atentado, Mijailov. Buscaron un apoyo en quienes aún estaban en las «colonias», en aquellos que con un término bastante

burlón eran denominados los «rurales», con la esperanza de enfrentarlos con los elementos de la ciudad, cada vez menos respetuosos de la disciplina general del movimiento, con creciente tendencia a actuar de modo autónomo (y a absorber, entre otras cosas, una cantidad cada vez mayor de recursos y dinero, descuidando cada vez más a quienes trabajaban entre el pueblo)⁴¹. Los «ortodoxos» consideraron que la plataforma adecuada para luchar contra el grupo terrorista, cada vez más entrometido, para obligarlo a llegar a una explicación, era empujar a los «rurales» contra los «ciudadanos», y exigir una distribución distinta de los fondos⁴².

Pero la iniciativa se les había escapado de las manos. Fue Mijailov quien dirigió la operación política que llevaría a la reorganización de todo el movimiento. Una vez aceptada la necesidad de llegar a un congreso general, la fracción de los «innovadores» no pensaba dejarse sorprender. Celebraría una reunión preliminar por su cuenta, se organizaría definitivamente en ella y así unida se mediría con los otros, con los «rurales». La sede de la primera reunión se fijó en Lipetsk, un centro de veraneo y balneario de la región de Kiev, donde la afluencia de los congregados no llamaría la atención. Se decidió que el congreso general se celebraría en cambio en Tambov y cuando —debido a una imprudencia— esta localidad ya no resultó segura, se trasladó a Voronezh el lugar de la reunión⁴³.

Del 15 al 17 de junio se reunían en Lipetsk los hombres más representativos del grupo de San Petersburgo: Mijailov, Tijomirov, Morozov, Shiriaev, Kviatkovski, y aquellos a quienes se había convocado de otros centros: Frolenko, Zheliabov, Kolodkevich, Gol'denberg, Barannikov y la Oshanina.

Todos ellos eran «ilegales», «revolucionarios profesionales». Dieron a sus reuniones la apariencia de una partida de campo realizada por personas que no tenían otra intención que montar en barca y comer y beber entre árboles y matorrales.

La discusión demostró de inmediato que los reunidos estaban más concordes y unidos de lo que ellos mismos creían. Se vio rápidamente que se trataba de poner por escrito lo que todos sentían y de tomar una serie de medidas prácticas, más que de replantear los problemas generales. Por lo demás, pretendían aún actuar como una parte de *Zemlia i volia*, sin querer perjudicar la posibilidad de acuerdos más amplios. Lo importante era fijar los puntos sustanciales: «El objetivo era crear una fuerte organización de combate y darle oportunidad de actuar autónomamente, encontrando para ello la gente y los medios necesarios», ha dicho Frolenko.

Pero es evidente que no podía evitarse ver las consecuencias políticas implícitas en esta voluntad. Se leyó un borrador de programa redactado, según asegura Morozov, por él mismo, y por Mijailov y Tijomirov, según afirma Frolenko. El texto se perdió, y fue reconstruido

de memoria, muchos años después, por Morozov. Es un programa de lucha exclusiva contra el absolutismo. El aspecto social, populista, resulta apenas perceptible. Es sólo un llamamiento a derribar al tirano. Expresaba un elemento del estado de ánimo de los reunidos, sí, su voluntad de lucha armada contra Alejandro II, pero no podía, con toda evidencia, satisfacer la «conciencia populista», que aún era viva y fuerte en Zheliabov y en otros muchos. Cuando se trate de definir el programa de *Narodnaya volia*, se dejará a un lado este texto, por insuficiente.

Sin embargo, me parece interesante reproducirlo aquí, como documento que —aunque no puede considerarse verdaderamente representativo del congreso de Lipetsk— refleja la voluntad de lucha «política» que dominó entre los reunidos:

Al observar la actual vida social de Rusia, vemos que no es posible en ella ninguna actividad encaminada al bien del pueblo, dados la arbitrariedad y la violencia que en ella reinan soberanos. No existen ni libertad de palabra, ni libertad de prensa para poder actuar con la persuasión. Por ello todo hombre que quiera desplegar una actividad social avanzada debe ante todo poner fin al régimen existente entre nosotros. Combatir contra él sería imposible, a no ser con las armas en la mano. Por eso combatiremos con los medios de Guillermo Tell hasta que hayamos conseguido ese ordenamiento libre en el que será posible discutir sin obstáculos, en la prensa y en reuniones públicas, todos los problemas sociales y políticos y resolverlos por medio de libres representantes del pueblo.

Hasta que eso no se haya conseguido consideraremos nuestros amigos a todos los que asientan a nuestras ideas y nos ayuden en esta lucha, y enemigos nuestros a todos los que ayuden al gobierno contra nosotros.

En vista de que el gobierno recurre en esta lucha con nosotros no sólo a las deportaciones, a la cárcel y a la muerte, sino que también confisca nuestros bienes, nos sentimos con derecho a pagarle en la misma moneda, confiscando en favor de la revolución los recursos que le pertenecen. Los bienes de los particulares o de las sociedades que no tomen parte en la lucha del gobierno contra nosotros se considerarán intangibles⁴⁴.

Gran importancia tiene, junto con la discusión del programa, la aprobación en Lipetsk de los estatutos⁴⁵. En esto prevaleció, no sin dificultades, el principio de una organización centralizada, jerarquizada, disciplinada. Se puso así la palabra fin a las repetidas tentativas realizadas en el pasado para elegir un tipo de organización que tuviera en cuenta la variedad de las corrientes y los grupos populistas, que pretendiese poner en práctica en las mismas formas que unían a los revolucionarios el ideal libertario que los animaba. El estatuto adoptado estuvo más cerca del

modelo de «conspiración» en que pensaban Tkachëv y Zaichnevski que del anterior de *Zemlia i volia*. Las exigencias de la lucha clandestina, la necesidad de un grupo de combate, la lógica del terrorismo orientado contra el centro del estado conducían a esto. Pero era evidente que esos aspectos técnicos, ya aceptados y dados por supuestos, no eran en realidad los fundamentales. Esta «conjura» planteaba el problema no sólo del golpe que había que inferir al absolutismo, sino de los posteriores desarrollos implícitos en tal política. El partido ya no tendría sólo la tarea de «desorganizar» el estado, sino de derribarlo. ¿Y después? La «conquista del poder» de jacobina memoria se convertía en un problema actual, si no en el sentido práctico, inmediato, sí, desde luego, en el político e ideológico. Los reunidos de Lipetsk no estaban aún llamados a pronunciarse sobre tales problemas, pero se presentaron con claridad ante sus ojos. «Conjura, revolución, conquista del poder para entregarlo al pueblo, de todo eso se habló, se discutió», nos dice Frolenko, aunque tales enfoques se tomaron sólo en consideración como prueba de que «con una fuerte organización de combate podían realizarse incluso cosas similares». «Se podía estar de acuerdo o no con estas ideas —no se las consideraba obligatorias»⁴⁶. Y, en efecto, encontrarán una sistematización sólo en el programa de la *Narodnaya volia*.

«La fuerte organización de combate» que pretendían constituir recogería el nombre de «Comité Ejecutivo». Así, éste se convertía en una realidad organizativa, tras haber sido sólo una bandera. De su pasado sólo quedaba una huella: quien fuera detenido y procesado tendría que proclamarse no miembro, sino *agente* del Comité, e incluso agente de tercera fila, dejando así suponer la existencia de un órgano inalcanzable e invulnerable. La historia posterior demostró que esta precaución consiguió, dentro de ciertos límites, crear una atmósfera de temible leyenda en torno al «Comité Ejecutivo».

Por lo demás, los *agentes* existían realmente, y ésta era una de las novedades más importantes introducidas en el estatuto que se aprobó en Lipetsk. Se rompía la igualdad de todos los miembros frente a la organización, que había sido una de las bases de todas las organizaciones precedentes y que *Zemlia i volia* conservó incluso tras haberse transformado en partido. La cláusula que dividía a los miembros del Comité en diversas categorías tuvo una aplicación difícil, y los agentes nunca fueron demasiado numerosos, llegando apenas a la decena; la conciencia igualitaria e individualista obstaculizaba esa forma organizativa, impuesta por las circunstancias.

Los revolucionarios rusos —nos dice Frolenko— asimilaban con dificultad la idea de sumisión. Pero por fin la necesidad y una actitud más seria ante la causa obligaron a muchos a ver lo importante que era la cosa y consintieron en ella, reconociendo que resultaba impensable una gran organización de combate sobre la base de meras rela-

ciones de amistad y camaradería. Contra un ejército organizado puede actuar sólo un ejército mejor organizado aún... Todo esto entró en la práctica con lentitud, pero cada vez más profundamente ⁴⁷.

En cambio, dentro del «Comité Ejecutivo» propiamente dicho, todos los miembros tenían, como es natural, los mismos derechos (art. 2), aunque estaban «incondicionalmente sometidos a la mayoría» (art. 3). «Todos para uno, y uno para todos», era su lema (art. 5). «Toda simpatía o antipatía privada, todas las fuerzas y la propia vida de los miembros del C. E. deben ser sacrificados para la consecución de los objetivos de éste. Los deberes de los miembros respecto al C. E. estarán por encima de cualquiera otra obligación privada o social (arts. 7 y 8). El principio en que se basaba su organización se definía como «una centralización electiva», considerada como «el mejor principio de combate» (art. 9). Como se ve, ya no necesitaban recurrir a consideraciones morales sobre el fin que justifica los medios, como había hecho *Zemlia i volia*. En su ánimo predominaba el objetivo político, y consideraban inútil rediscutirlo comparándolo con cualquiera otra finalidad de sus vidas.

El «Comité Ejecutivo» se presentaba claramente como elemento dirigente de todo el movimiento revolucionario. «Debe ser el centro y la dirección del partido, para la consecución de los objetivos planteados por el programa» (art. 1). No reconocía más que una autoridad, la de la «asamblea general» de los miembros del propio Comité, cuyas tareas y atribuciones determinaba minuciosamente, entre ellas «la expulsión de los miembros y las sentencias de muerte a cargo de ellos» (arts. 11, 12 y 13).

Las reglas para la aceptación y las dimisiones de los miembros quedaban fijadas así:

Art. 44. El candidato a miembro del Comité Ejecutivo debe ser:

- a) completamente solidario con el programa, los principios y los estatutos de la sociedad;
- b) autónomo en sus convicciones;
- c) resistente, experimentado y práctico en la acción;
- d) completamente entregado a la causa de la liberación del pueblo;
- e) antes de su admisión deberá transcurrir algún tiempo en calidad de agente de segundo grado.

Debía estar recomendado por cinco miembros y admitido en una votación abierta, en la que cada voto negativo equivalía a dos afirmativos (art. 45). Una disposición precedente (art. 11) preveía que «cada miembro se comprometiese a permanecer en la sociedad hasta la rea-

lización de sus fines, o sea, el derrumbamiento del gobierno existente. Hasta ese momento las dimisiones de los miembros y las condiciones de este acto suyo dependerían íntegramente de las decisiones del propio Comité».

En torno al «Comité Ejecutivo» se agregarían los grupos dirigidos por él.

En primer lugar, «los grupos genéricamente revolucionarios» (que se prefijaban una serie de objetivos, salvo el terrorismo), los cuales se subdividían, según sus relaciones con el centro, en «vasallos» y «aliados» (art. 56). El primer tipo estaba considerado como el mejor, dirigido por miembros de segundo grado y por miembros del «Comité Ejecutivo», dedicados todos a «realizar íntegramente las disposiciones del Comité y a poner a su disposición determinada parte de las propias fuerzas» (art. 59). Cada «grupo vasallo» debía comprender no más de quince personas (art. 63) y tendría a su vez núcleos dependientes. Los «aliados» se consideraban únicamente como un recurso y sólo se aceptaban cuando no se podía prescindir de ellos.

En segundo lugar, estaba prevista la formación de «grupos de combate», subdivididos en «dependientes del Comité», «aliados» y «temporales». Naturalmente, los preferidos eran los primeros, que estarían compuestos por elementos del Comité, agentes y extraños (en minoría). Estaban obligados a «realizar todas las iniciativas terroristas indicadas por el Comité y en el momento de la revolución política deberían presentarse en su totalidad, a petición de éste» (art. 65).

El estatuto preveía la elección de una «Administración», compuesta por cinco miembros y tres candidatos. La elección de esta dirección tuvo ya cierto sabor político, tendiendo a excluir los elementos que no representaban la opinión general. Morozov no fue elegido, probablemente, para indicar que no se aceptaba de plano su interpretación puramente política, radical, del terrorismo. Entró a formar parte de ella Zheliabov, que ya en Lipetsk había asumido una posición de primer orden, pero que debía aún asimilarse al grupo de que entonces entró a formar parte. Mijailov representó en ella el elemento que había defendido dentro de *Zemlia i volia* con mayor coherencia y habilidad las nuevas ideas políticas y las nuevas formas organizativas que habían triunfado ahora. Frolenko representó la tradición del sur y el vivo lazo entre los «revoltosos» y *Zemlia i volia*. También fue elegido, a pesar de cierta oposición, Tijomirov, como ideólogo del movimiento.

Dentro del «Comité Ejecutivo» se reprodujo la división de tareas ya existente en el seno de *Zemlia i volia*. Morozov y Tijomirov fueron confirmados en los trabajos de redacción, otros asumieron los primeros preparativos prácticos para los atentados, etc.

«En la tercera y última reunión del congreso de Lipetsk, dedicada a la discusión de las futuras iniciativas de la sociedad, Aleksandr Mijailov pronunció una larga acta de acusación contra el emperador Ale-

jandro II», nos cuenta Morozov. «Fue uno de los discursos más fuertes que he escuchado en mi vida, aunque Mijailov no era un orador por naturaleza. Recordó y trazó claramente los aspectos positivos de la actividad del emperador, aludió a la reforma campesina y judicial, y después pasó a ilustrar sus actos reaccionarios, entre los que puso en primer plano la sustitución de la ciencia viva por las lenguas muertas en las escuelas medias y una serie de otras leyes de sus ministros.» «El emperador ha aniquilado, en la segunda parte de su reinado —concluyó Mijailov—, casi todo lo que de bueno permitió que hicieran los hombres progresivos en los años sesenta, bajo el golpe de la derrota de Sebastopol.» «Una amplia visión de las persecuciones políticas de los últimos años remató este notable discurso, durante el cual pasaron ante nuestra imaginación las largas filas de la juventud desterrada a las tundras de Siberia por su amor al país, los rostros demacrados de quienes estaban encerrados en las cárceles y las ignoradas tumbas de los que habían luchado por la liberación.» «¿Debemos perdonar, por dos actos buenos realizados a comienzos de su reinado, todo el mal que ha hecho desde entonces y que hará en el futuro?», preguntó al final Mijailov, y todos los presentes respondieron unánimes: «No»⁴⁸.

Finalizado el congreso de Lipetsk, todos los asistentes se dirigieron a Voronezh, para la reunión general, con la única excepción de Gol'denberg. La presencia de éste había suscitado cierto estupor. Se le tenía por hombre incapaz de formular un programa político, tendente a darse importancia. Pero era el ejecutor de uno de los atentados, el de Kropotkin, y se había ofrecido a sustituir a Solov'ev en el atentado contra Alejandro II. El puro terrorismo había inducido a invitarlo también entre los creadores del «Comité Ejecutivo». Pero ahora no se le consideró adecuado para la posterior reunión, de carácter más político. Será justamente su evidente debilidad y su irracionalidad lo que lo inducirán, una vez detenido, a denunciar a todos sus compañeros.

Al marcharse de Lipetsk se abrían dos caminos ante el «Comité Ejecutivo»: «o la organización de los populistas reconoce la necesidad de la lucha contra el estado —decía Mijailov—, y entonces el Comité asumiría la tarea de llevarla a cabo, o bien, en caso negativo, sería necesario proceder a la escisión de las dos organizaciones»⁴⁹. Se llegó, en cambio, a una solución de compromiso, que mantuvo en pie a *Zemlia i volia*, más o menos formalmente, unos meses más⁵⁰.

A Voronezh llegaron, a más de Plejanov y Popov, los que podríamos llamar los provincianos de la primera *Zemlia i volia*, los que se habían ligado a los «trogloditas» procedentes del lavrismo y de la actividad de propaganda en el sur: Aptekman, Tishenko, y además los elementos que se habían quedado en las «colonias» de Saratov: Mijail Vladimirovich Debel', Aleksandr Abramovich Jotinski. Se esperaban otros de las «colonias», pero consideraron más adecuado no abandonar sus puestos de trabajo y confiaron sus votos a Popov y Preobrazhenski, los cuales

venían de San Petersburgo, pero estaban de parte de los «rurales». De la capital llegó también Isaev, ligado a los terroristas, y por último, tres mujeres que querían luchar sobre todo por mantener la unidad del movimiento, Vera y Eugenia Figner y Sofía Perovskaya⁵¹.

Cuando se reunieron aquellas diecinueve personas el 18 de junio, se vio de inmediato que el estado de ánimo general rechazaba la ruptura. El único que planteó claramente la cuestión del terrorismo fue Plejanov. Leyó el artículo de Morozov publicado en el «Listok Zemli i volii» y preguntó escandalizado: «Ya habéis oído, ¿es éste vuestro programa?» Al contrario de lo que esperaba, fue el único en indignarse. Los auténticos «rurales» eran pocos, y también ellos tenían muy presentes las circunstancias que habían obligado a sus compañeros a abandonar las aldeas; ¿cómo continuar una lenta penetración entre los campesinos en un clima de creciente reacción? Los otros se inclinaban por una inserción de las nuevas ideas en el viejo programa. El silencio acogió, pues, el ataque de Plejanov, y nadie lo apoyó a fondo en la breve discusión que siguió. El «se levantó y abandonó la asamblea...». «No tengo nada que hacer aquí», dijo al inarcharse. La Figner, que nos ha narrado estos hechos, agrega que ella se levantó para retenerlo. Pero Mijailov le dijo: «Déjelo marchar»⁵².

Con el apartamiento de quien representaba el ala derecha de los «rurales» pareció superada la escisión. Era más de lo que Mijailov había esperado. Como pensaba encontrarse ante una asamblea hostil, estaba decidido a la ruptura. Y ahora el compromiso pudo parecerle provechoso: serviría para atraer al «Comité Central» a los elementos más activos. Y en realidad ocurrirá así; las mujeres que más se interesaban por la concordia, las Figner, la Perovskaya, se pondrán también de parte de *Narodnaya volia*.

Se leyó el programa de *Zemlia i volia* artículo por artículo y no se introdujeron cambios. Zheliabov insistió especialmente en la necesidad de una lucha política, como ya había hecho en Lipetsk. Así resumió sus ideas Tijomirov, a distancia de años, pero probablemente con exactitud:

El partido social-revolucionario no se plantea como tarea las reformas políticas. Estas deberían ser obra exclusivamente de los que se llaman liberales. Pero entre nosotros esa gente es del todo impotente; sean cuales sean las razones, son incapaces de dar a Rusia instituciones libres y de garantizar los derechos del individuo. Y, sin embargo, tales instituciones son tan indispensables que sin ellas resulta imposible toda actividad. Por eso el partido social-revolucionario debe tomar sobre sí la tarea de derribar el despotismo y de dar a Rusia esas formas políticas dentro de las que será posible una «lucha de principios». Debemos, pues, fijar como meta inmedia-

ta el objetivo que nos proporcione una sólida base para la libertad, y para alcanzar el cual puedan unirse todos los elementos que se hayan demostrado capaces de actividad política.

Por sostener esta tesis se vio tratado en Voronezh de «puro constitucionalista». Respondía violentamente diciendo que sus contradictores eran «bonitos revolucionarios, en verdad»⁵³. También él aceptó volver a aprobar el programa de *Zemlia i volia*, especificando que el partido seguiría apoyándose en las masas populares, en los campesinos, y no en los elementos de la burguesía más o menos liberal. Como todos los demás, seguía siendo un populista convencido; pero quería ser un revolucionario; pretendía abrir un camino a la «lucha de los principios» mediante los hechos, la táctica y las maniobras. Por eso daba al terror una clara interpretación política, por eso quería plantear un objetivo inmediato: derribar el absolutismo⁵⁴.

Se modificó la fórmula concerniente a la «eliminación de los agentes del gobierno que fueran nocivos para la organización», sustituyéndola por una que atribuía al terrorismo una finalidad más claramente ofensiva, abriendo así una puerta a quien pretendiese continuar la obra de Solov'ev. Puesto a votación, el atentado contra el zar consiguió la mayoría, aunque se llegó al acuerdo de que el problema de principio implícito en tal acto seguía en pie, y que se discutiría en un próximo congreso. Era una solución de compromiso muy inestable, pero indicaba de todos modos de qué lado estaban la iniciativa política y la voluntad de acción.

La decisión sobre la futura distribución de fondos pareció poner en tela de juicio la victoria obtenida por Mijailov. Se decidió que sólo un tercio de los medios disponibles iría a alimentar empresas terroristas, mientras que los otros dos tercios se destinarían al trabajo entre el pueblo, en el campo. Pero en el momento de la escisión, cuando se hagan cuentas, se verá que tal decisión había sido también una concesión a los terroristas. Desde el 31 de octubre de 1878 al 14 de agosto de 1879, *Zemlia i volia* había gastado 5.994 rublos y 95 copecs, de los que sólo una cuarta parte se destinaron al terrorismo. Es cierto que el centro de San Petersburgo había absorbido un tercio del total, sin contar los reembolsos por viviendas clandestinas, trajes, etc. En realidad, no era posible asegurar a las «colonias» los dos tercios previstos en Voronezh; una organización centralizada y activa absorbía por sí sola, para sobrevivir y actuar, la mayoría de los pocos y miserables fondos de que *Zemlia i volia* podía disponer⁵⁵.

La elección de la «Administración» reflejaba perfectamente los resultados de Voronezh: se eligió a Frolenko, Mijailov y Tishenko. La nueva tendencia tenía la mayoría. Un «rural», y ni siquiera de primer plano, representaba a los «ortodoxos». La redacción permanecería en manos de Tijomirov y Morozov, flanqueados después también por Tishenko.

En la última sesión se introdujeron en esta *Zemlia i volia*, que podía parecer reconstruida y reorganizada, tres nuevos miembros, tres emigrados de regreso entonces a Rusia, que parecieron aportar un inesperado refuerzo a la tesis que en Voronezh, más que sucumbir, había quedado reabsorbida y neutralizada. Eran Stefanovich y Deits —los dos principales animadores de la tentativa de Chigirin— y la Zasulich. Su intervención dio a entender pronto lo precario del equilibrio alcanzado, tras haber descartado la discusión de los problemas de fondo. Su alineación al lado de los «rurales» demostraba que no se trataba en realidad de decidir si era preciso utilizar las armas (los dos primeros eran «revoltosos» y la Zasulich había desencadenado la oleada terrorista), sino si había que seguir dirigiéndolas contra los responsables de la represión o contra el mismo zar. Precisamente el ala extremista de los «revoltosos» no aceptaba la línea que será la de *Narodnaya volia*, insistiendo en la necesidad de un terrorismo económico, ligado con la agitación y las reivindicaciones populares inmediatas, de un terrorismo inspirado en venganzas, protestas, para proteger la organización revolucionaria y acaso para «desorganizar» al poder, pero sin llegar por ello a centrar todos los esfuerzos contra el propio jefe del estado. Traían un programa de acción que por fin parecía ofrecer posibilidades concretas, contrapuestas a las del «Comité Ejecutivo». Decían tener fundadas esperanzas de reanudar el trabajo en Chigirin, anudando los hilos de la abortada insurrección campesina. Afirmaban que ya no sería necesario recurrir a manifiestos falsos y a falsos agentes de un mítico zar prisionero de los nobles. La experiencia habría convencido a los campesinos de contar únicamente con sus fuerzas y con las de la revolución.

Este programa —que después resultó, en los hechos, una vana esperanza— indujo a muchos a insistir de nuevo, una vez de regreso en San Petersburgo, sobre las posiciones que habían cedido en Voronezh. Popov, que en el congreso no siguió a Plejanov, insistía ahora en la ruptura, tratando de organizar la fracción que se llamará del *Chërny peredel*.

En San Petersburgo las discusiones duraron dos meses. En los grupos provincianos estuvieron amortiguadas, fueron menos vivas y a veces inexistentes. Lejos del centro, predominó a menudo la voz de quienes pretendían mantener unido todo el «partido social-revolucionario». En la capital este estado de ánimo no tuvo otro efecto que permitir que la escisión se produjera amistosamente, conservando relaciones cordiales entre compañeros y no sin promesas y compromisos de ayuda mutua en la lucha, que seguía siendo común. Pero desde el punto de vista político era evidente que seguían caminos distintos. El 26 de agosto el «Comité Ejecutivo» condenó a muerte formalmente a Alejandro II; el 12 de septiembre se proclamó «sociedad secreta absolutamente autónoma en sus acciones». Sólo restaba proceder a la división de la herencia de *Zemlia i volia*.

La responsable de la tipografía, María Konstantinovna Krylova, se pronunció en favor de los «rurales»³⁶. A sus manos pasó, pues, el viejo equipo impresor y pudieron prepararse para sacar un nuevo órgano, «Chërny peredel» [Distribución negra]. Los otros organizadores y obreros de la tipografía pasaron a los «innovadores». Sofía Ivanova y Nikolai Buj —apoyados por Zundelevich y Mijailov— sabrán crear una auténtica obra maestra de clandestinidad y eficacia, dotando al «Comité Ejecutivo» de una nueva y perfecta imprenta.

Se decidió repartir la caja en partes iguales. Pero el dinero no era mucho. Lizogub había sido ahorcado antes de que consiguiera entregar sus bienes. Más que repartir lo poco que había, era necesario buscar otros fondos. También en este terreno los «terroristas» demostraron ser más hábiles y decididos. Es cierto que la principal empresa de «expropiación» intentada en el verano había fracasado. Tras haber conseguido practicar un túnel bajo la tesorería de Jerson y apoderarse de la caja, no pudieron esconder con bastante rapidez el dinero, que volvió a caer en manos de la policía³⁷. Pero se remedió con un fondo secreto —específicamente destinado a actos terroristas— dejado en manos de Zundelevich por Lizogub, con el dinero que aportaron los Yakimovy, con suscripciones, que fueron relativamente amplias. Era evidente que el planteamiento «político» de la lucha encontraba ecos y ampliaba las posibilidades de acción del «Comité Ejecutivo».

Se acordó que ninguna de las dos fracciones podría utilizar el antiguo nombre de *Zemlia i volia*. Unos tomaron como símbolo la reivindicación campesina fundamental, la voluntad de distribuir igualitariamente todas las tierras, de proceder a una subdivisión reservada a los trabajadores que habían sido siervos, catalogados durante siglos como «negros» (o sea, esclavos) porque no pertenecían a clases privilegiadas en cierto sentido; llamaron, pues, al órgano de su partido «Chërny peredel». Los otros quisieron acentuar su decisión de batirse para que por fin pudiera expresar su voluntad el pueblo ruso, para que éste, derribado el absolutismo, se convirtiera en dueño de su destino, y llamaron al órgano político del «Comité Ejecutivo» «Narodnaya volia» [La Voluntad del Pueblo].

Se dijo que, del viejo binomio *Zemlia i volia*, la «tierra» les había tocado a los primeros, y la «libertad-voluntad» a los segundos. Era una de esas subdivisiones polémicas —como la de «rurales» y «ciudadanos»— que ocultaban y revelaban la complejidad de los problemas políticos implícitos en tal escisión. Pero este juego de palabras subrayó también que la ruptura era ya completa y honda.

El *Chërny peredel* nació con mala estrella. El intento de reanudar los contactos con los campesinos de Chigirin demostró muy pronto que en aquellas tierras la policía mantenía los ojos muy abiertos y que la represión había dejado hondas huellas en las aldeas. Si algunos de los detenidos en la cárcel de Kiev habían mantenido una voluntad de lucha,

en el lugar reinaba un clima de aprensión y miedo. Por lo demás, en San Petersburgo faltaban las energías precisas para volver a tomar el largo y fatigoso camino de las «colonias»; el grupo central se quedó en la ciudad, dedicándose a la propaganda entre los estudiantes y la *intelliguentsia*. Pero también aquí se sucedieron los fracasos. A menudo los grupos que lograban formarse pasaban a *Narodnaya volia*, donde la lucha era más viva y más amplio el enfoque político⁵⁸. El núcleo central, de unas veinte personas, o quizás menos, sufrió un duro golpe en enero de 1880, apenas cuatro o cinco meses después de la escisión. Un traidor puso a la policía en la pista de la imprenta, que fue registrada durante la publicación del primer número de «Chërny peredel», del 29 de enero de 1880. El 5 de febrero los revolucionarios mataban al provocador, pero el golpe había sido demasiado fuerte para que el movimiento pudiera recuperarse. Los elementos dirigentes emigraron de nuevo. «Puede decirse que con la partida de Plejanov, Stefanovich, Deits y la Zasulich el partido quedó liquidado», como dijo justamente Aptekman. Restaban los elementos diseminados por las provincias, sobre todo Popov, muy activo en Kiev. Pero éste trabajaba en pro de una reunificación con los elementos locales de *Narodnaya volia* y su política en el movimiento obrero y en la organización revolucionaria no aportaba ningún elemento auténticamente específico. Esta tendencia a la unión se expresó también en el intento que en la misma ciudad hizo Aksel'rod durante 1880, para conseguir el renacimiento de *Zemlia i volia*; no sabemos mucho de él, y constituyó una de las últimas iniciativas que se tomaron para tratar de galvanizar el *Chërny peredel*. El segundo número de la revista tuvo que imprimirse en el extranjero. Y aunque el tercero pudo nacer de nuevo en suelo ruso, la resonancia que alcanzó no fue muy grande⁵⁹. El cuarto y quinto tuvieron que imprimirse de nuevo en Suiza⁶⁰. Y en 1881 el propio Stefanovich se unía a *Narodnaya volia*.

Aunque el *Chërny peredel* no consiguió cuajar como organización revolucionaria y su historia fue pobre en acontecimientos, eso no significa que las ideas representadas por él carecieran de interés e importancia histórica. Todo lo contrario⁶¹. Fue como la sombra que acompañó a *Narodnaya volia*, la Casandra que indicó sus límites, las esperanzas fallidas, las visiones demasiado lanzadas hacia el futuro para poderse realizar en el presente. Su misma insistencia sobre la «ortodoxia», sobre la continuidad, el llamamiento a reanudar —fueran cuales fueran las circunstancias de la lucha política— el trabajo entre el pueblo, acabaron a la larga por abrir un nuevo camino, por establecer un eslabón entre la predicación socialista de los años setenta y el renacer del movimiento en los decenios siguientes, en forma socialdemócrata.

Empezaron por sostener que, también desde el punto de vista ideológico, era preciso volver a los orígenes. No bastaba con reafirmar la solidaridad con las ideas expresadas en los cinco números del órgano clandestino de *Zemlia i volia*, había que remontarse a las fuentes

bakuninistas del pensamiento populista. Aquel elemento «federalista» ensombrecido por la aparición de nuevos problemas políticos, aquella contraposición frontal entre las masas campesinas y el estado, aquellos recuerdos de Sten'ka Razin y Pugachëv que habían caracterizado al movimiento desde sus orígenes reaparecían ahora en las páginas de la nueva revista, como palmario reproche contra quienes se habían apartado de los principios y del *pathos* de la «ida hacia el pueblo».

En nuestra opinión, la historia interna de Rusia —escribía Plejanov en el primer número del «Chërny peredel»— no es sino el largo relato, lleno de carácter trágico, de la lucha a muerte entre dos formas de vida colectiva diametralmente contradictorias, la de origen popular de la *obshina*, y la otra, estatalista e individualista al mismo tiempo. Sangrienta y violenta como un huracán en los momentos de gran movimiento de las masas, durante las sublevaciones de Razin, Pugachëv, etc., esta lucha no ha cesado un instante, tomando las formas más diversas⁶².

Y continuaba viva incluso en el presente. No en vano el ministro Makov había creído oportuno emitir una circular para que los campesinos comprendieran que no se produciría ninguna resubdivisión de tierras, que el estado no pretendía en absoluto proceder a un *chërny peredel*. Aquella gran esperanza seguía viva en el corazón de los campesinos. Sacudían la cabeza, diciendo que también antes de conceder la libertad personal el estado había dicho que pretendía conservar la servidumbre. Y, sin embargo, se había acabado. Así tendría también fin su hambre de tierra, la inicua distribución de los campos. La única y auténtica revolución que pedían los campesinos era la agraria. El partido revolucionario no podía ni debía plantearse otro objetivo. No en vano el mismo Makov había atribuido los rumores que corrían por las aldeas a la propaganda populista. El ministro les hacía demasiado honor, no habían sido capaces de tanto. Pero tenía razón en un punto: la razón de ser del populismo estaba justamente en aquella difusa y honda voluntad de los campesinos rusos.

En una *Carta a los ex compañeros*, publicada en el mismo número, Aptekman dedujo, con la ingenuidad que lo caracterizaba, que el conflicto de las dos tendencias debía resumirse así:

Una de las dos partes insistió exclusivamente en la lucha contra el gobierno, considerándola como el problema del día, mientras que la otra, con una reacción muy natural en este caso, se dedicó a negar absolutamente la necesidad de esta lucha inmediata, convencida de que había que concentrar las fuerzas en el pueblo. Así el debate fue planteándose en torno a una cuestión de principios: vosotros proponéis que se ponga en primer plano la lucha política, y nosotros la económica⁶³.

Pero si Aptekman estaba dispuesto a reducirse a esta contraposición de política y economía, a esta llamamiento a la sempiterna lucha de los campesinos contra el estado, Plejanov no podía contentarse, desde luego, con permanecer en ese punto muerto o, si se prefiere, en ese regreso al punto de partida. Para él tal posición equivalía a un salto atrás, incluso respecto a lo que había escrito en «Zemlia i volia!». Había hecho suya la sociología marxista, la convicción de que la economía es el substrato de todo; cuando analizaba la situación hablaba en términos económicos. ¿Y cómo se presentaba la realidad del campo ruso observada desde este punto de vista, dejando a un lado la mitología de Razin y Pugachév?

La actual situación de nuestra agricultura —decía—, el predominio del cultivo extensivo, no favorecen la explotación colectiva de los campos. El instrumento más usado es el arado, que, como es sabido, puede ser manejado por un solo trabajador. Es imposible una subdivisión del trabajo, dado el empleo de tales instrumentos, y el trabajo cooperativo no sería capaz de aumentar el rendimiento. Aquí es preciso buscar la solución del fenómeno, extraño a primera vista, de que nuestro campesino, aunque habituado a la organización por *arteles*, no aplique este principio suyo al trabajo de los campos... La socialización del trabajo agrícola sólo puede ser una consecuencia natural de una propiedad basada en la *obshina* cuando existe un determinado grado de técnica agrícola.

Se limitaba a recoger un tema que siempre había existido en el populismo: el paso de la *obshina* a la colectividad agrícola iría acompañado por la introducción de maquinaria y una transformación del nivel técnico del campo. Ya habían hablado de esto los fourieristas rusos, y luego Chernyshevski. Pero esta observación estaba llevando a Plejanov a conclusiones distintas, porque observaba cada vez más la situación en Occidente. Allí el capitalismo había creado una socialización de la producción, en las fábricas se había producido la transformación del trabajo que la *obshina* rusa no lograba realizar. ¿Acaso «el capitalismo preparaba el camino al socialismo, era su indispensable predecesor»? Seguía convencido de que en Rusia la vía podía perfectamente ser otra, o sea, la del desarrollo en sentido socialista, y no la disolución capitalista, de la *obshina*; en suma, seguía siendo populista, pero se dibujaba con creciente claridad ante sus ojos un camino distinto⁶⁴.

Hasta ahora la victoria del estado ha resultado completa y total. Ha encerrado al pueblo en el cerco de hierro de su organización. Utilizando sus prerrogativas, ha logrado sofocar no sólo las pequeñas y grandes sublevaciones del pueblo, sino también las manifestaciones de su vida y de su pensamiento. Ha puesto su pesada

mano sobre los cosacos, ha estropeado la *obshina*, ha obligado al pueblo a pagar lo que era suyo desde siempre, o sea, la tierra, forzándolo a un rescate que ha costado más que el propio precio de los campos... La mayoría de la mano de obra está dominada por el estado. La sed de tierra creada por éste al expropiar los bienes del pueblo ha hecho surgir ese contingente de braceros arrebatados artificialmente a sus hogares y a los campos que constituyen la mano de obra de fábricas y talleres. Con sus pesados impuestos obliga al campesino a buscarse trabajos suplementarios con los que hacer frente a las exigencias fiscales y le obliga a someterse a la explotación económica. Apoya a los *kulaks* y al capitalismo de los prestamistas en las aldeas, minando así las formas de la vida popular precisamente en la parte más peligrosa para ellas ⁶⁵.

El examen de las relaciones de fuerza existentes en Rusia lo llevaba, pues, a conclusiones pesimistas. En la secular lucha entre el estado y los campesinos el balance era netamente desfavorable para éstos.

En conclusión: imposibilidad para los populistas de penetrar de verdad en el mundo campesino, dificultad para las formas de propiedad comunitaria de desarrollarse de modo autónomo en sentido socialista, sin la intervención de una técnica y una política distintas, vitalidad de la *obshina* como ideal, más que como un hecho, intervención cada vez más profunda del estado en la sociedad campesina y su diferenciación interna, desarrollo de los *kulaks* y del capitalismo a la sombra de la protección estatal. ¿No eran éstas precisamente las razones que empujaban a los *narodovol'tsy* a la lucha política, que identificaban en el estado al enemigo que había que derribar, que les hacían pensar que si ese obstáculo no se eliminaba en seguida, inmediatamente, sería, cada vez más inalcanzable la esperanza de un desarrollo no capitalista de Rusia? ¿No eran precisamente ésas las razones que los habían inducido a recoger los temas jacobinos de Tkachëv?

Contraponer la economía a la política, como hacía Plejanov, no podía significar sino aceptar la evolución de las cosas, renunciar a provocar la ruptura que quería *Narodnaya volia*, resignarse a una lucha a más largo plazo o, mejor dicho, a una obra de propaganda y de agitación socialista en una situación de creciente desarrollo del capitalismo en Rusia.

Su sociologismo lo había preparado para esta conclusión. «La naturaleza no da saltos», repetía. Incluso cuando afirmaba que había que ser radicales, veía este radicalismo en función puramente económica: «El revolucionario ha de saber generalizar las causas del descontento popular, debe reducirlas al común denominador de la revolución económica, apoyar la firmeza y la energía de la masa que protesta. No es posible prever cuándo le saldrá bien en cada caso aislado. La masa no está siempre igualmente dispuesta en favor de una solución radical de

los propios problemas», concluía en el segundo número del «Chërný peredel»⁶⁶.

Las concesiones a las «exigencias, a las reivindicaciones populares» hechas por los *narodniki* reaparecían así en forma de una sistemática y larga toma de contacto con las necesidades económicas de las masas. El apoliticismo retornaba no ya en forma de insurrección, de revuelta a toda costa inspirada en Bakunin, sino en la forma que podemos llamar sindical o reformista.

En el tercer número del «Chërný peredel» —que salió en marzo de 1881, simultáneamente al atentado contra Alejandro II— Plejanov escribía una carta que resumía sus conclusiones: «Sin la organización de las fuerzas populares, sin suscitar la conciencia y la autónoma actividad de éstas, la más heroica lucha revolucionaria beneficia sólo a las clases altas, es decir, a esas capas de la sociedad actual contra las que debemos armar a las masas trabajadoras desheredadas. La liberación del pueblo ha de ser obra del propio pueblo»⁶⁷. Ya había dicho que esta traducción aún populista de la fórmula marxista implicaba para él un contenido obrero: «El punto fundamental de la revolución en Rusia está en el problema agrario. Pero mientras nosotros continuamos nuestra obra, tampoco la industria rusa permanece inmóvil. La necesidad arranca a los campesinos de la tierra y los lanza a las fábricas, a los talleres. El centro de gravedad de los problemas económicos se desplaza hacia los centros industriales»⁶⁸. Ahora sacaba las consecuencias políticas de este examen de la situación. Repetía que era necesario alinearse contra los constitucionalistas, pero agregaba que «una clase organizada que lucha por la libertad económica no puede ser partidaria de la esclavitud política», y que por eso debería conquistar los derechos elementales que le permitirían agruparse y tomar conciencia de su fuerza. «Atribuimos la máxima importancia a la organización de las fuerzas populares. Elegimos así un camino quizás lento, pero seguro..., que no exige impulsos de voluntad momentáneos y gigantescos, sino más bien una energía concentrada e inflexible»⁶⁹.

El rechazo del terrorismo político que Plejanov había pronunciado al abandonar a sus compañeros en Voronezh, daba ahora todos sus frutos. El no haber aceptado el «ahora o nunca» del «Comité Ejecutivo», el no haberse querido someter a aquel *hic Rodbus, hic salta* que era la razón de ser de *Narodnaya volia*, lo habían puesto en el camino destinado a llevarlo a una concepción socialdemócrata. Aunque no había llegado aún a dicha conclusión en 1881, ha de atribuirse únicamente a que conservaba aún muchos elementos de la «ortodoxia» bakuninista y federalista, aunque reducidos a fórmulas, a cansadas repeticiones de temas envejecidos. Con obstinación y casi con pedantería, contraponía a la idea del *zemski sobor*, de la asamblea de la tierra rusa, la fórmula del federalismo; a la idea de una política socialista hecha por un partido de vanguardia, contraponía el llamamiento a los campesinos para que se

apoderaran de las tierras y a los obreros para que tomaran en sus manos las fábricas; al propio centralismo central que defendía *Narodnaya volia* oponía el derecho de las naciones insertadas en el imperio ruso a disponer de su destino.

Todos estos elementos componían el capital acumulado durante años por el movimiento populista, fundamentales para el futuro desarrollo de Rusia, pero en el *Chërny peredel* eran ahora miembros dispersos, carentes de un centro, de una perspectiva política. A la síntesis de *Narodnaya volia* él contraponía los elementos de los que ésta había ido surgiendo, y que intentaba ahora reabsorber y reunir en torno a un único punto. Es cierto que al obrar así *Narodnaya volia* acababa también por vaciarlos, utilizándolos, sirviéndose de ellos como instrumentos, convirtiéndolos en armas de su voluntad política. «Nosotros vivimos del capital», dijo un día Zheliabov. Y era verdad: en la voluntad de éxito inmediato, en la voluntad revolucionaria de *Narodnaya volia* se gastó el capital de ideas, pasiones y esperanzas acumuladas por el movimiento populista. *Chërny peredel* fue un intento de perpetuarlo, de conservarlo, pero no estaba destinado a tener éxito. Las ideas políticas no se conservan así. Al hacer sus cuentas, el propio Plejanov advirtió poco a poco que si sus adversarios habían gastado el capital, él se encontraba en cambio con una moneda cada vez más devaluada entre las manos, y abandonó el populismo para pasar al marxismo. Lo que le quedó de esta experiencia fue cierto hábito de «ortodoxia», de sistematicidad sociológica en su razonar político, que trasladará de plano a su concepción socialdemócrata.

Simultáneamente a esta evolución ideológica, de Plejanov se había producido la evolución política de sus compañeros. El *Chërny peredel* nunca se cansó de repetir, en todas las formas, que la situación no era adecuada para la insurrección, que ni el partido revolucionario ni, sobre todo el pueblo, estaban preparados para ella. La situación económica iba empeorando en el campo; las esperanzas de una revolución social estaban difundidas, pero eso no significaba que las masas campesinas apoyarían a los revolucionarios en lucha contra el poder. Estos se verían obligados, incluso en caso de éxito, a actuar por sí solos, a realizar la revolución desde arriba. El deseo de anteponer las tareas políticas a las sociales, de concentrar los esfuerzos en la «conjura» más que en la organización de las masas llevarían a esto.

Incluso el día que se hubiera conquistado la posibilidad de reunir una asamblea nacional, la enorme mayoría de los representantes estaría constituida —al contrario de lo que esperaba *Narodnaya volia*— por las clases privilegiadas y actuaría en defensa de los intereses de éstas. «Contáis con la agitación en el momento de las elecciones —decía Aptekman en el primer número del «*Chërny peredel*», dirigiéndose a sus ex compañeros—, contáis con los diputados que representarán a los campesinos. Pero en vano. Y he aquí por qué: cuando se realice la re-

volución desde arriba el pueblo será cogido por sorpresa»⁷⁰ Y Aksel'rod volvía a repetirlo en 1881:

El pueblo no está organizado no sólo como masa, sino ni siquiera en sus elementos más activos. La conciencia popular no está afectada por el trabajo revolucionario, no está en absoluto dispuesta para la revolución política que se pretende realizar... La multitud de los especuladores de todas clases, vestidos aún con la blusa campesina o ya con la chaqueta del ciudadano, cultos e incultos, se organizará pronto y constituirá una fuerte base para su propia *inteligentsia*... Si seguimos ignorando por completo al pueblo, esta perspectiva me parece tan inevitable que en caso de tener que escoger entre la inactividad política o el polarizar todos los esfuerzos exclusivamente dentro de la esfera de las clases privilegiadas, los elementos socialistas deberían, en mi opinión, preferir el primer camino⁷¹.

En suma, veían el peligro fundamental de la actuación de los *narodovol'tsy*: su aislamiento del pueblo los llevaría a sustituir al estado, y no a destruirlo. «Los polizontes del 'departamento' imperial serán sustituidos por los polizontes del *zemski sobor*, y el 'orden' será restablecido, con entera satisfacción de quienes están interesados en conservarlo»⁷². Y a fin de cuentas habrían trabajado únicamente para el triunfo de la burguesía y el capitalismo. También «Robespierre y Danton no dieron su vida por el pueblo, sino por la república una e indivisible, o sea, por el viejo principio del estado», decía Aptekman⁷³.

Si la acción política era perjudicial, como sostenían Aksel'rod y Plejanov, o, en la mejor de las hipótesis, si podía sólo cumplir la función de «educar» indirectamente a las masas —como decían quienes en San Petersburgo estaban demasiado próximos a *Narodnaya volia* para poderse sustraer a la fascinación de ésta— no quedaba otra solución que dedicarse por entero a una tarea de organización, sólo quedaba prepararse para una lenta evolución en la que el socialismo era la meta, y no ya el elemento económico de una revolución inmediata, capaz de desviar el curso natural de la sociedad y del estado.

Estas ideas se formularon en diversas ocasiones en forma de tesis esquemática. En el segundo número del «Chérny peredel» de septiembre de 1880 se publicó un primer «Programa de la sociedad rusa septentrional de *Zemlia i volia*», debido quizás a la pluma de Aksel'rod. En abril del año siguiente se publicó una segunda versión en una hoja volante, el *Programa del partido popular*. El artículo de fondo del tercer número de la revista era un comentario y una paráfrasis de este segundo texto⁷⁴.

Tras reafirmar sus principios federalistas, insistían sobre la «revolución agraria», sobre la redistribución igualitaria de las tierras. Sabían que ésta no tenía en sí un carácter socialista, pero agregaban en seguida que «constituiría una fase de tránsito hacia la transformación de la so-

ciudad sobre bases socialistas»⁷⁵. Plejanov había escrito ya que aquel programa representaba un *minimum* respecto a las tareas y exigencias del socialismo, que sería «el punto de partida de una agitación en el pueblo»⁷⁶. El *programa del partido popular* fijaba esta idea, que era «el primer paso para alcanzar la meta final»⁷⁷. Surgía así la neta distinción entre un programa mínimo y un programa máximo, característica de la socialdemocracia, esa subdivisión en fases sucesivas de un movimiento que *Narodnaya volia* pretendía mantener unido en una única voluntad socialista y populista, económica y política.

Aunque mantenían viva la esperanza de una sublevación campesina, no se negaban a considerar, aunque a regañadientes, la posibilidad de un «movimiento constitucional». En este caso su tarea consistiría en «utilizar la natural agitación de los ánimos que lo acompañaría para debilitar la fe del pueblo en el significado de las medidas pacíficas y legales. Por ejemplo, en el momento de la campaña electoral, la «sociedad» podría presentar sus candidatos con el propio programa social-revolucionario. La reacción de la enorme mayoría del parlamento serviría para ilustrar la afirmación de que el pueblo sólo podía confiar en la revolución».

Esta fe en la virtud educadora de las desilusiones, de sabor tan claramente maximalista, estaba atemperada por un examen cada vez más atento de los problemas obreros. «En vista de que entre ellos no existe una voluntad de rebelión tan difundida como entre los campesinos, la agitación sobre la base de causas aisladas de descontento (huelgas, problemas salariales, horas de trabajo) debía asumir un significado particularmente importante»⁷⁸. El *Programa del partido popular* recogía este problema, y concluía:

Por lo que respecta a los obreros urbanos, parte notable de ellos está constituida por un elemento móvil, que aún no ha conseguido fijarse definitivamente en la ciudad y diferenciarse de los campesinos en sus intereses. A intervalos determinados, esta parte de los obreros emigra de la ciudad al campo, y viceversa. Todos sus pensamientos y esperanzas tienden a la idea fundamental de la masa campesina, o sea, a la tierra y la libertad. El partido debe utilizar a estos trabajadores como un poderoso medio de acción sobre la conciencia de la masa campesina, como arma para crear una organización en el sentido de esta última. Otra parte de los obreros urbanos se ha diferenciado, en cambio, en sus intereses e ideales, de los campesinos. Esta capa social, por su número y por el significado estratégico de los centros industriales y administrativos, constituye una fuerza sumamente seria dentro de la masa general del pueblo ruso. La obra de agitación y organización debe ir acompañada por la introducción en ese ambiente del amplio ideal del colectivismo, sirviéndose de las reivindicaciones limitadas que aparecen actualmente en él⁷⁹.

El haber seguido con tanto detalle el desarrollo del *Chërny peredel* podrá servirnos para entender mejor el elemento específico y original contenido en *Narodnaya volia*⁸⁰.

Antes de acabar 1879 el «Comité Ejecutivo» había conseguido poner en pie una actividad terrorista de alto estilo, y simultáneamente dar una base política a esta acción suya. Tres números de la revista salieron uno tras otro, a partir de octubre. Se tiraron 2.500-3.000 ejemplares y circularon ampliamente. A través de ellos «la organización de combate» creada en Lipetsk adquirió el aspecto y la importancia de un partido. Aunque el «Comité Ejecutivo» y *Narodnaya volia* siguieron siendo siempre, desde el punto de vista organizativo, una única cosa, esta afirmación pública de sus ideas y sus directrices privaba a la fracción separada de *Zemlia i volia* del carácter de un grupo de terroristas y la convertía en la fuerza revolucionaria más activa de la Rusia de ese tiempo.

La caída de la tipografía donde se imprimieron los tres primeros números de la revista, en enero de 1880, provocó su suspensión temporal. Hasta finales de ese año fue sustituida por tres «Hojas volantes de *Narodnaya volia*», en las que se puntualizaba la situación política, pero donde no había espacio para una discusión de ideas. A finales de diciembre apareció el cuarto número de la revista, y un quinto vio la luz poco antes del atentado decisivo contra Alejandro II, a finales de febrero de 1881. En ellos se exponían con mayor amplitud que en los primeros números —aunque sin aportar modificaciones importantes al programa ya fijado, en sus líneas esenciales, desde 1879— las ideas que habían llevado al «Comité Ejecutivo» a este enfrentamiento decisivo. «*Narodnaya volia*» seguirá saliendo después del 1 de marzo de 1881, y el último número, que llevaba el número de orden 11-12, se publicará en octubre de 1885. Pero para conocer las ideas del «Comité Ejecutivo» no habrá que recurrir a estos últimos números; permanecían fieles al espíritu que los había animado, pero tendían a fijar e inmovilizar sus fórmulas y sus sentimientos en una situación que ya era distinta. La ideología de *Narodnaya volia* después del 1 de marzo de 1881, aunque a veces más concreta y clara, no tendrá ya el impulso que constituyó su fuerza entre 1879 y 1881⁸¹.

Basta con abrir el primer número de «*Narodnaya volia*» para darse cuenta de que el populismo, tras haber recorrido un largo camino, había llegado a su madurez. En el verano de 1879 la apasionada discusión interna, la continua comparación de ideas y tendencias, habían precipitado un proceso que estaba en curso desde hacía tiempo: las ilusiones se habían derrumbado, restaba la energía, la fuerza de quien estaba decidido a actuar.

Querían ser realistas:

Un partido que pretende tener un futuro debe basarse ante todo en una relación estrictamente real con la vida. El más dorado de los ideales no sólo es inútil, sino perjudicial, si por su propia natura-

leza no puede encarnarse en la vida y desvía así las fuerzas y el trabajo de una obra de reforma menos grandiosa, pero posible... Un partido de acción debe proponerse objetivos concretos, realizables, inmediatamente útiles para el pueblo; debe elegir los medios más eficaces en ese momento determinado⁸².

Miraban los años anteriores como un período de hermosas esperanzas y fáciles entusiasmos. No mucho tiempo antes, por unos azotes infligidos a un preso en la cárcel, «a punto estuvo de ocurrir una revolución. Todo San Petersburgo estaba agitado, y cuando el alma pura de la Zasulich disparó contra la vergüenza de la patria, toda Rusia aplaudió unánime su heroico gesto»⁸³. Ahora se pegaba, se fusilaba, se ahorcaba y deportaba en medio del mayor silencio. Y remontándose a años atrás, ¿cuál no había sido el impulso generoso de los propagandistas entre el pueblo? Hoy, debido también a su experiencia, había que sacar la conclusión de que «la característica de todas nuestras corrientes sociales estaba desgraciadamente en incurrir en ilusiones políticas»⁸⁴.

La opinión pública estaba muda, la lucha se había vuelto feroz.

Inmenso, cubierto por una impenetrable oscuridad, ante nosotros está el pantano de la vida rusa, y como fuegos fatuos se divisan a lo lejos las ilusiones, que seducen a los inexpertos para que alcancen un rinconcito cálido y luminoso y en realidad los conducen a un frío foso.

Las ilusiones políticas arruinan a los pueblos y son las que arruinan a los partidos⁸⁵.

Sólo quedaba una fuerza real: los revolucionarios; su voluntad de pelear, su capacidad para analizar exactamente la situación, para poner al desnudo las raíces de la pasividad de la opinión pública y de las ilusiones de todos los demás.

La maduración política del populismo se producía en un momento de reacción estatal especialmente acentuada. *Zemlia i volia* surgió cuando pareció evidente que los socialistas revolucionarios tendrían que tomar sobre sus hombros todo el peso de un movimiento de opinión pública que no había conseguido desembocar en una oposición política organizada. *Narodnaya volia* debía continuar y desarrollar esta tarea en un momento en el que parecía que el estado había conseguido sofocar las fuerzas revolucionarias, fijar la situación gracias a la fuerza represiva.

Pero ¿qué solidez tenía esta reacción? Este era el problema fundamental. Se vería entonces qué había aislado al gobierno, el cual ahora podía contar únicamente con sus propias fuerzas. «Vivimos un momento histórico extraordinariamente duro y al mismo tiempo sumamente interesante por sus probables consecuencias»⁸⁶. La propia política del go-

bierno era una confesión de su impotencia. Al actuar como lo había hecho había acabado por decir

que en Rusia nadie lo aprecia, lo considera, lo tiene por útil; que los tribunales, no sólo los basados en el jurado, sino cualquier tribunal, por poco independiente y honesto que sea, no son capaces de defenderlo; que el estado es incapaz, a causa del descontento general, de luchar contra los grupos revolucionarios, a los que él mismo define como insignificantes, sin poner un gendarme al lado de cada habitante; que cualquier pensamiento, libremente expresado, sinceramente dicho, está infaliblemente dirigido contra él, y que por eso sólo puede mantenerse aplastando completamente todo pensamiento, destruyendo todos los órganos en que se expresa la voluntad del pueblo, con el terror. Al realizar un sistema inspirado en tal misión, el gobierno niega el derecho del pueblo a la tierra, el derecho de las ciudades y de los *zemstva* a administrar sus propios asuntos, el derecho de un estamento cualquiera de la población a participar en la administración estatal. Este es el verdadero y único sentido de las últimas medidas y declaraciones del gobierno, de todos esos generales-gobernadores, tribunales militares, horcas y deportaciones, de las circulares de Makov, de las aclaraciones sobre la administración de las ciudades y los *zemstva*, de los estatutos temporales de la universidad y de otras entidades. Semejante momento histórico —cuando todo el régimen existente, con el gobierno a la cabeza, proclama abiertamente su total insolidaridad con los intereses de un sector cualquiera de la población— es para el estado un momento fatal, y para todos los partidos de oposición, la piedra de toque de su madurez política⁸⁷.

Lo importante era comprender que tal situación no se derivaba de un capricho o de la mala voluntad del estado ruso. Este había actuado de conformidad con su naturaleza. Bajo los golpes de los revolucionarios se había mostrado cómo era en realidad.

El estado ruso era muy distinto de los estados occidentales. ¿Cómo se podría definirlo como una «comisión de los plenipotenciarios de las clases dominantes», cuando en realidad se trataba de una organización en sí, jerárquica, disciplinada, «que mantendría al pueblo en la esclavitud económica y política aunque no existiera ninguna clase privilegiada»?

Era un verdadero monstruo, similar a aquellos de los que se dice en las fábulas que para derribarlos es necesaria la intervención de las fuerzas divinas. El poder político y el económico se confundían en él de modo inextricable. «Nuestro estado posee, como propiedad privada suya, la mitad del territorio ruso, y más de la mitad de los campesinos son arrendatarios de sus tierras»⁸⁸. Era, además, «la mayor fuerza capitalista del país»⁸⁹, no sólo porque el fisco se tragaba la mayoría de los ingresos de

la población, sino porque el sistema de explotación capitalista estaba organizado por el estado. Desde hacía siglos la industria rusa no era sino una aplicación de este principio. Las tarifas aduaneras habían permitido la aparición de industrias que sólo podían vivir porque estaban protegidas. El estado siempre puso su poder al servicio de los empresarios privados, asegurándoles directamente los beneficios. «Se habían creado feudos enteros para quienes tenían en sus manos las minas. Durante cientos de años las poblaciones del Ural fueron cedidas en esclavitud a los capitalistas, incapaces de llevar sus negocios como supieron llevarlos los mismos obreros que quedaron sin patronos en la época de Pugachëv.» Los acontecimientos de los últimos veinte años se limitaban a confirmar, a más amplia escala, esta política: «La construcción de los ferrocarriles ofrece entre nosotros un espectáculo único en el mundo; se han construido todos con el dinero de los *mujiks*, con el dinero del estado, regalando, no se sabe por qué, cientos de millones a los diversos constructores»⁹⁰. «Los céntimos de nuestros campesinos se vierten en los bolsillos de nuestros bolsistas y concesionarios a través de las cajas del estado»⁹¹. Unos años después, Tijomirov decía, resumiendo: «*La science économique a une expression, accumulation primitive, qui s'applique au moment de la vie économique où la richesse provient moins de la production que du vol plus ou moins franc. La classe industrielle russe, il est impossible de le taire, se trouve actuellement dans cette phase de l'accumulation primitive*»⁹². Y precisamente por ello se ligaba cada vez más al estado y en él encontraba apoyo. Si ésta había sido y era aún la función económica del estado, resultaba inútil recordar su tarea en el desarrollo moral del país: «La historia del pensamiento ruso no puede indicar casi una sola persona que haya contribuido al desarrollo de Rusia y que simultáneamente no haya sido considerada, en su época, como un criminal de estado»⁹³.

Contra este monstruo pretendía luchar *Narodnaya volia*. Descartaba intencionadamente el problema ideológico de las relaciones entre el movimiento socialista y el estado, tan vivo en toda la Europa de los años setenta. «Rogamos al lector que observe que cuando hablamos de *estado* entendemos siempre concretamente el actual estado ruso»⁹⁴. ¿Cómo podría ser *político* un movimiento socialista en un país dominado por semejante organización explotadora y opresiva?

Reaparecían así los temas bakuninistas sobre la función del estado en la vida rusa, pero convertidos ya en temas políticos, no como discusiones mitológicas y sociológicas de una eterna contraposición entre las masas campesinas y el aparato estatal, sino como elementos de un análisis con vistas a la acción⁹⁵. Y en realidad incluso el análisis de los problemas so-

* «La ciencia económica tiene una expresión, acumulación primitiva, que se aplica al momento de la vida económica en el que la riqueza proviene menos de la *producción* que del robo más o menos franco. La clase industrial rusa, es imposible ocultarlo, se halla actualmente en esa fase de la acumulación primitiva.»

ciales rusos, la descripción de las diversas clases de la población se derivaban del concepto que los *narodovol'tsy* se habían hecho del estado.

Naturalmente, se iniciaba mirando a los campesinos. La administración local, el sistema fiscal, toda la política gubernativa les pareció

pensada literalmente con el fin de engendrar *kulaks*. Para un hombre inteligente, enérgico, que sienta la exigencia de una vida personal, no hay salida en el mundo campesino: o perecer junto con la comunidad o convertirse en un rapaz acaparador. Como hombre del *mir*, es una criatura miserable, despreciada por todos, que debe aguantarlas de todos los colores. Como expoliador rapaz, se eleva a miembro de una capa especial, que no está prevista por la ley, pero que está reconocida en la práctica. El *kulak-miroed* obtiene no sólo la posibilidad de vivir decentemente desde el punto de vista material, sino que se convierte en un hombre e incluso en un ciudadano; las autoridades y el *pope* lo respetan, no le pegarán en los morros, no ofenderán su dignidad personal. La ley empieza a existir para él... Así nace el *kulak*. La situación sin salida pone al *mujik* bajo su dependencia. ¿De quién es la culpa? De la opresión estatal, de la opresión económica del estado, ejercida con el fin de llevar a las masas a la miseria, privándolas además de la posibilidad de luchar contra la explotación, de la opresión moral ejercida por el estado, que lleva a las masas a la miseria civil y política, que desmoraliza al pueblo y ahoga sus energías. Eliminad esa opresión y eliminaréis de golpe los nueve décimos de las *chances* para la formación de la burguesía⁹⁶.

También en este caso el análisis de la situación llevaba a fijar el objetivo político, a identificar las fuerzas que el movimiento revolucionario podía suscitar y que, a su vez, lo apoyarían. Como se recordará, Mijailov hablaba de los campesinos medios. Zheliabov veía también el futuro del campo ruso en estos elementos más enérgicos de la aldea el día en que el derrocamiento del absolutismo les abriera un camino que no fuera la explotación usuraria de sus semejantes a la sombra de la protección estatal. No en vano él era de origen campesino.

Conozco muchos *mujiks* —decía— muy inteligentes, socialmente enérgicos, que hoy se mantienen apartados de los asuntos del *mir* porque no se han podido desarrollar, porque no tienen un intenso ideal social y no quieren acabar como mártires por naderías; es gente trabajadora, sana, que entiende la belleza de la vida y que no quiere verse privada por nimiedades de todo lo que posee. La constitución les daría oportunidad de actuar justamente por esas naderías sin peligro de convertirse en mártires, y entonces pondrían enérgicamente manos a la obra. Y después, cuando elaboraran por

sí mismos un gran ideal social, no nebuloso como ahora, sino claro, palpable, que iniciara una gran causa, esa gente no se detendría ante nada. Serán héroes, como han demostrado a veces las sectas. El partido del pueblo se formará precisamente así⁹⁷.

Combatir contra el estado quería decir proporcionar esa oportunidad, crear las premisas de un desarrollo social inverso al que se había ido acentuando cada vez más en los años siguientes a la liberación de los siervos. En las aldeas se habían formado los *kulaks*, en las ciudades se había desarrollado una clase industrial; ambos deseados por la política estatal, creados por ella. Y eran, unidos, lo que se podía denominar la burguesía rusa. Con la nobleza —que por otra parte estaba en vías de confundirse cada vez más con esta última— constituían las clases privilegiadas. Y también llevaban el sello de su origen:

Hemos visto cuán impotente fue la nobleza para defender sus derechos en 1861, con cuánta pasividad consideró su decadencia y su ruina. Ahora, nuestra sociedad soporta con igual flema las más repugnantes decisiones de la administración. Ni la masa de deportaciones, ni la violación de los derechos personales, ni el ultrajante hecho de haberlos sometido al control del gendarme, del guardia, del portero, ha suscitado en la sociedad la menor resistencia colectiva. Alguna miserable petición, plena de humillación servil, eso es todo lo que ha sido capaz de hacer. No queremos decir que la sociedad esté compuesta por gente estúpida, atemorizada, incapaz de entender y de combatir. No; esta sociedad ha producido los protestatarios más audaces y dispuestos a todo. La verdad es que se ha mostrado capaz de producir cuantos Kropotkin, Lizogub, Osinski y Solov'ev queráis, pero no de encontrar fuerzas para defender los más insignificantes derechos administrativos o nobiliarios. Nuestras clases poseedoras y cultas no tienen, evidentemente, conciencia de constituir una clase, un «estado»; no tienen la idea de una acción común y se reconocen incapaces de realizarla. Un noble nuestro, comerciante, burgués, está ligado sólo formalmente a su clase. Sea culto o tenga un oficio, no piensa en el menor problema social. Y si después se enciende en él la chispa divina, se convierte en socialista, en revolucionario; no quiere reconocer otra religión que el pueblo, sus intereses, sus derechos. Otro tanto puede decirse de nuestra naciente burguesía. Ciertamente que con el tiempo también ella podrá convertirse en una clase, pero ¿en qué se manifiesta por ahora su idea de clase, dónde demuestra su solidaridad, su unidad? En nada. Sólo el pueblo, los campesinos y los obreros constituyen algo realmente unitario, con determinados ideales, y tienen la capacidad de entender no sólo lo que quiere Ivan, Makar o Sidor, sino todos ellos juntos⁹⁸.

Naturalmente, esta debilidad orgánica de las clases dirigentes se reflejaba a su vez en el estado. Este monstruo, que parecía tan poderoso en su actividad económica y política, estaba en realidad vacío de todo contenido social. Su centralismo había impedido la aparición de toda fuerza autónoma en las clases privilegiadas, la concentración de todos los poderes había ahogado toda iniciativa, y su opresión, toda idea.

Arrastrados por la lógica de este análisis, los *narodovol'tsy* acabaron pensando que el estado ruso no encontraría en ningún caso dentro de sí fuerzas para superar la crisis que lo corroía. O trataría de hundir sus raíces en la sociedad, haciéndole concesiones, o sería destrozado por el movimiento revolucionario. En cualquier caso, no permanecería tal como era.

La vida contemporánea se ha diferenciado tanto que este estado antediluviano no tiene fuerza para dominarla... Derrocha cada vez más medios para su autoconservación, y lo que le saca al pueblo ya no basta para cubrir semejante gasto... Está buscando hace tiempo un apoyo en la población, un apoyo, por supuesto, idóneo para su naturaleza, o sea, entre los explotadores. En el pasado se sacó de la manga la nobleza, pero no consiguió hacer nada. Ahora se esfuerza en apoyarse en la burguesía y, como la más celosa de las parteras, se ajetrea para que sea feliz el parto de este monstruito del pueblo. Esta vez, naturalmente, sus esfuerzos han sido coronados por el éxito, y pronto la burguesía se desarrollará.

Pero también esto constituía un peligro para el estado. Pronto llegaría el momento en que la burguesía no soportaría al monstruo que la había nutrido, y que ya no respondía a sus exigencias. No era difícil adivinar el régimen que se estaba preparando.

Al tomar en sus manos el poder, la burguesía sabrá, desde luego, esclavizar al pueblo de forma más consecuente de como hoy sucede, y encontrará medios más eficaces para paralizar nuestra actividad que el actual gobierno, incapaz de ir más allá de la cárcel y la horca.

¿Qué hacer, pues? ¿Renunciar a la lucha política, consagrarse enteramente a la organización de las fuerzas populares para mejorar su condición o llevar al pueblo a la insurrección total contra el estado y las clases privilegiadas? Era la doble vía, el programa mínimo y máximo entre el que oscilaban, vacilaban los iniciadores del *Chërny peredel*. ¿Ponerse de acuerdo con el estado para «ahogar a la propia burguesía en germen»? Era la «solución más estúpida, carente de sentido, sobre la que no valía la pena detenerse un instante», decían los *narodovol'tsy*, aunque había aparecido en las más diversas formas y en las sucesivas encarnacio-

nes de un mito de la Rusia inmune al proletariado, de un zar que defendía los intereses del pueblo contra las clases privilegiadas, hasta llegar a la fórmula de Kravchinski de un estado neutral ante la lucha de los revolucionarios con la burguesía.

Descartados estos dos caminos sólo quedaba un tercero, el más difícil, pero el único que respondía a las tareas inmediatas: «la lucha contra el estado, pero una lucha meditada, seria, con una finalidad determinada». Había que asestarle tales golpes que le impidieran entregar el poder a la burguesía. Los revolucionarios debían intervenir con su acción justamente en el momento en que el estado no había conseguido aún encontrar un apoyo suficiente en la nueva clase privilegiada, pero cuando mayor era el peligro de que el poder real cayese en manos de ésta. Si sabían aprovechar el momento, entregarían el poder al pueblo, impidiéndole al zar ponerlo en manos de la burguesía. Pero no había tiempo que perder. Había que obrar mientras no era «demasiado tarde, mientras existía una posibilidad real de que el poder pasara efectivamente al pueblo. Ahora o nunca, he aquí nuestro dilema». Así concluía el artículo de fondo del segundo número de «Narodnaya volia»⁹⁹.

Delenda est Carthago! La lucha contra el estado era decisiva. De los métodos con que se dirigiera, de las ideas que la animaran, de los éxitos que obtuviera dependían todas las posibilidades de realizar el socialismo populista. El llamamiento a la lucha, la exaltación del heroísmo, la tensión máxima de la voluntad revolucionaria no eran sólo expresiones del estado de ánimo de un grupito de terroristas, expresaban el propio fondo de sus convicciones políticas, eran el resultado de su análisis de la situación. Sabían que estaban aislados, pero sabían que el estado también lo estaba. Si tras éste se perfilaba la burguesía, tras ellos estaba el pueblo ruso, los campesinos y los obreros. Suya era la tarea del duelo con el poder. El pueblo sabría vencer después a su enemigo¹⁰⁰.

El llamamiento a la lucha inmediata fue, pues, un tema dominante de *Narodnaya volia*. «Hay que luchar, hay que actuar. Un hombre honesto no tiene derecho a quedarse mano sobre mano en un momento similar...» Ya no había necesidad de demostrar que no restaba otro camino que el revolucionario. La experiencia ya estaba hecha.

La reforma social en Rusia es la revolución. Con nuestro régimen estatal de despotismo, de negación absoluta de todo derecho y de la voluntad del pueblo, la reforma puede tener solamente el carácter de una revolución. Todos lo comprenden perfectamente. Y esa es la razón de que nuestros revolucionarios hayan contado siempre con la simpatía de todos... Contra nosotros están sólo quienes, consciente o inconscientemente, tienden a esclavizar al pueblo... Nuestra causa actual no es de un partido, sino de toda Rusia.

Todos tenían, por lo tanto, el deber de participar en ella.

Era un intento de movilización de la *inteligentsia*, sentimentalmente próxima a los populistas, sensible a los temas de la lucha política contra el absolutismo. Era un llamamiento a aquellos de sus elementos capaces de aportar una ayuda concreta a la lucha. Llamamiento tanto más urgente cuanto que no se hacían ilusiones sobre la posible duración de la batalla. Aquel «ahora o nunca» que resonaba como su consigna fundamental no era sólo un enfoque político como en la época en que Tkachëv polemizaba con Lavrov, sino que afirmaba que sus días estaban contados.

Quisiéramos que todo el partido social y todos los amigos de la libertad en Rusia miraran las cosas cara a cara, sin embellecer los hechos, sin dejarse seducir por las esperanzas. Es cierto que el «Comité Ejecutivo» desarrolla una lucha realmente heroica, y en medio de los desesperados esfuerzos del gobierno consigue desplegar fuerzas que el propio estado ni siquiera podía sospechar. Pero tampoco el estado se queda mano sobre mano. Repitémoslo, semejante situación no puede prolongarse mucho: o salta el gobierno o será sofocado el «Comité», y con él todo el partido¹⁰¹.

La pasividad de la sociedad —cuyas razones veían en la historia y en la situación rusa— se convertía ahora en el límite de su actuación. Pedían ayuda allí donde sabían que sólo un reducido eco les respondería. Trataban de derrumbar este obstáculo con la audacia, suscitando entusiasmos y energías con su acción. La historia de *Narodnaya volia* será también la historia de la pugna interna, ineludible, entre el medio elegido por ellos —el terrorismo— y las limitaciones que ese mismo instrumento ponía a la difusión del movimiento entre la *inteligentsia*.

Esta pugna era ya visible en los primeros números de la revista, y naturalmente irá ampliándose tras la serie de atentados fallidos y sobre todo cuando todos percibieron con claridad las consecuencias del 1 de marzo de 1881.

Pero no había otra salida; a los revolucionarios del «Comité Ejecutivo» atañía abrir el camino. No se podía esperar en un futuro próximo una insurrección popular; era vano creer en un movimiento espontáneo de las masas. Ni siquiera era de esperar un apoyo total y activo de la *inteligentsia*, aunque ésta aspirara a la libertad y se orientara hacia el socialismo. «El partido debe tomar sobre sí la iniciativa de la revolución política.»

¿Esta fórmula significaba quizás abandonar la política basada en las exigencias fundamentales de los campesinos, apartarse de la tradición, del programa populista, para centrar todos los esfuerzos únicamente en la conquista de la libertad política, de la constitución? En el momento de nacer *Narodnaya volia* hubo quien contestó que sí, quien insistió para que se acentuara más el radicalismo político que el social. Morozov y

Olga Liubatovich representaron esta tendencia; proponían que no se redactara un nuevo programa del «Comité Ejecutivo», sino que se confirmara la breve declaración ya aprobada en Lipetsk. Como se recordará, el terrorismo adoptaba en ella la forma de una evocación de Guillerino Tell y la conquista de la libertad política se planteaba como finalidad esencial, si no única, de la lucha. Pero el lazo que unía a *Narodnaya volia* con todo el movimiento populista anterior era demasiado fuerte, estaba aún muy próxima la polémica con quienes pretendían representar la «ortodoxia» de *Zemlia i volia*; el nuevo movimiento era lo bastante consciente de las relaciones existentes en Rusia entre el estado y el pueblo para que pudiera prevalecer aquella tendencia. Se redactó un nuevo programa, obra de Tijomírov, y fue aceptado tras rápida discusión, sin que se tomara en consideración la breve declaración de Morozov. Este último, aislado, abandonará pronto Rusia, emigrando a Suiza, donde tratará de dar una forma ideológica a lo que podríamos llamar el terrorismo puro¹⁰².

«El golpe al centro» se configuraba para sus compañeros como una insurrección capaz de poner el estado en manos del pueblo. No pretendían teorizar el terrorismo ni siquiera hacer una doctrina de la «conjura» y de la «conquista del poder», es decir, inmovilizarse en uno de los puntos de lo que veían como un proceso en desarrollo. No querían seguir a Morozov ni tampoco a Tkachév. Ambos habían descubierto un aspecto, un momento de la lucha iniciada. Separarlos, convertir a uno solo de ellos en el único fin, habría sido caer en el doctrinarismo. Una vez decidido que todas las fuerzas del partido revolucionario debían lanzarse en ese determinado momento contra el estado, se había dicho lo fundamental. El resto tenía que depender de las circunstancias.

Afirmaron que en la fase preparatoria la «conjura» era un instrumento indispensable, y que ésta debía utilizar todos los medios a su alcance para derribar el estado existente. Esta era su función y su tarea. ¿Se trataría quizás de una serie de golpes que desorganizarían el poder, de una guerra de guerrillas contra éste proseguida hasta el día en que se viera obligado a rendirse, o bien de un «complot» capaz de adueñarse del poder central, o acaso de un golpe de mano realizado por los militares? *Narodnaya volia* nunca quiso responder de modo teórico a estas alternativas, comprometiéndose de forma absoluta con una u otra solución. Si lanzó todas sus fuerzas por el primer camino —aunque intentó, como veremos, abrirse también al segundo— se debió únicamente a que había que actuar en seguida y a que no disponía entonces de otras fuerzas. No fueron sólo razones de clandestinidad las que aconsejaron no publicar el punto del programa del «Comité Ejecutivo» referente a la «organización y la realización del levantamiento». Se trataba de un problema técnico que el partido, asumiendo por sí solo el peso de la batalla en el momento más difícil, pensaba resolver por su cuenta, tomando su plena responsabilidad.

En cuando a la «conquista del poder», repitieron a menudo que la insurrección podría resultar fructífera sólo a condición de representar «el

preludio de la revolución popular o un episodio de ésta», y que por eso también estaría determinada por las circunstancias.

Para expresar de forma más eficaz cómo entendemos nosotros la función decisiva del partido, pondremos un ejemplo. Rogamos insistentemente a los lectores que no vean en nuestras palabras la exposición de un plan de acción. Sólo el doctrinarismo revolucionario combina planes con diez años de anticipo. El verdadero revolucionario, el auténtico, no tiene más que un plan: aplicar su idea fundamental a las circunstancias y realizarla según éstas. Hablamos, pues, sólo a modo de ejemplo, para mayor claridad y evidencia. Admitamos que el partido haya organizado fuerzas suficientes, anticipándose al movimiento general del pueblo, y se adueñe del poder central. ¿Qué deberá hacer entonces? ¿Crear una nueva estructura estatal?, ¿decretar las reformas indispensables? Nosotros decimos que no. Sólo en el caso más infortunado, sólo si el organismo popular no mostrase ni una chispa de vida, se podría reconocer la necesidad de tal modo de obrar. En tiempos normales, el partido estaría obligado a emplear los medios y el poder obtenidos para revolucionar toda Rusia, para apelar por doquiera al pueblo y realizar sus seculares exigencias. Tendrá que socorrerlo con todas sus fuerzas y tener en las manos el poder central únicamente para ayudar al pueblo a organizarse.

Así concebían ellos la «conquista del poder», y así respondían a las acusaciones que se les dirigían de haber vuelto al maquiavelismo de origen nechaeviano, al jacobinismo de Tkachëv, de haber traicionado el espíritu del populismo. Por lo demás, eran muy conscientes de los peligros que su posición entrañaba. Esta evocaba el espectro que había horrorizado a toda una generación populista, el espectro de la revolución decretada desde arriba, el absolutismo reformador y revolucionario con ropajes jacobinos. Los mismos *narodovol'tsy* la llamaron «utopía despótica»¹⁰³ y polemizaron siempre contra ella.

Su tarea consistió justamente en tratar de vaciar de contenido mítico la concepción del estado revolucionario de Tkachëv, en repetir que incluso el poder era y debía seguir siendo un instrumento, y sólo un instrumento, para permitir que el pueblo se expresara, creara una conciencia política propia, se convirtiera en una fuerza capaz de actuar con autonomía y de conquistar sus propios derechos y sus propias formas de vida asociada. El contenido populista de la revolución estaba demasiado grabado en sus almas, era demasiado sangre de su sangre, carne de su carne, para que pudieran concebir la revolución rusa de otro modo que como conquista por los campesinos de sus *obshiny*, de sus autónomas administraciones locales, y vieran en ellas no sólo los instrumentos para derribar

los poderes locales, sino los objetivos de una autónoma transformación social y política.

Pero la misma voluntad y energía que los empujaban a cargar sobre sus hombros la ruptura de la situación existente, la guerra con el estado, no los abandonarían el día en que consiguieran conquistar el poder. Y lo sabían perfectamente. Los hemos visto aventurar dos hipótesis y sostener que en la peor de ellas, si fallaba el movimiento espontáneo, no renunciarían a actuar desde arriba para transformar Rusia. Cuando razonaban así estaban aún en la fase ascensional y en el comienzo de su batalla. Cuando lleguen los golpes, cuando el horizonte aparezca terriblemente pesimista a sus ojos, esa decisión de actuar a toda costa, incluso sin un activo apoyo popular, se hará más evidente. La desesperada y firme voluntad revolucionaria hacía escribir en el número 8-9 de la revista:

El propio hecho de que nuestro estado sea la mayor fuerza capitalista de Rusia simplificaría sensiblemente la solución del problema social el día en que el poder estuviera en manos del partido revolucionario. Si las circunstancias tuvieran que volverse menos favorables, el gobierno provisional revolucionario —junto con la liberación política del pueblo, junto con la creación de nuevas instituciones políticas— realizará también la revolución económica: abolirá el derecho de propiedad privada de la tierra y de los instrumentos de la gran industria. Entonces a la convocatoria del *zemski sobor* responderán los verdaderos representantes del pueblo, ya liberado política y económicamente, y la vida del propio pueblo se basará inquebrantablemente sobre la *narodnaya volia*¹⁰⁴.

Quien escribía estas líneas era V. D. Lebedeva, y ésta reflejaba fielmente las ideas de la Oshanina, el elemento de directo origen jacobino de *Narodnaya volia*. La concepción de Tkachëv y Zaichnevski se presentaba, en suma, como la posición límite; el partido revolucionario sólo entregaría el poder a los representantes del pueblo el día en que la revolución se hubiera realizado, manteniéndolo sólidamente en sus manos hasta ese momento, contra quienquiera que intentase arrebatárselo.

Esta concepción estaba siempre presente en el núcleo central del «Comité Ejecutivo», y no pocas de las formulaciones que encontramos en los primeros números de «Narodnaya volia» revelan cuán profundamente había penetrado en sus ánimos. Pero pretendían actuar para permitir un proceso distinto de la revolución rusa. La propia Lebedeva había presentado esta revolución económica realizada únicamente por el poder como una dura necesidad impuesta por circunstancias desfavorables. En esto todos estaban de acuerdo. «Sólo en el caso más infortunado, sólo si el organismo popular no mostrase ni una chispa de vida, se podría recurrir a tal modo de obrar», había escrito Tijomirov. Si se realizaba, en cambio, la hipótesis mejor, la más favorable, el *zemski sobor* habría tenido que

sancionar una revolución política, premisa necesaria, pero no suficiente, de una «revolución» social que sería realizada por el propio movimiento de las masas populares y de la asamblea de sus representantes, no por el poder y por el partido o, mejor dicho, no sólo por ellos.

Ya era hora, pensaban, de traducir a la política la afirmación fundamental de todo el populismo, o sea que en Rusia la supervivencia histórica de la *obshina* había creado en las inmensas masas campesinas una predisposición al socialismo. El día que el poder revolucionario —o incluso el viejo estado bajo la presión del terrorismo y de la actividad revolucionaria de los populistas— apelase al pueblo, anunciando la convocatoria de un verdadero *zemski sobor*, es decir, de una asamblea constituyente, la mayoría, una inmensa mayoría de los elegidos, de quienes representarían por fin a los campesinos, sería socialista. Así se expresaría la libre voluntad personal eligiendo diputados decididos a realizar la «revolución social» que no era una «despótica utopía», sino la propia expresión de toda la evolución histórica de Rusia.

En una asamblea constituyente formada autónomamente o por convocatoria del gobierno, provista de los mandatos de sus electores (del género de los *cabiers* de la *Assemblée Constituante*), el 90 por 100 de los diputados serán campesinos, y si suponemos que el partido actúe con bastante habilidad, pertenecerán al mismo partido. ¿Qué decidirá semejante asamblea? Es más que verosímil que nos dará un completo cambio de todas nuestras relaciones económicas y estatales. Sabemos cómo se ha organizado por todas partes el pueblo cuando se vio libre de la opresión estatal, sabemos los principios que desarrolló en su vida en el Don, en el Yaik, en el Kubán, en el Terek, en las colonias de las sectas en Siberia, siempre que pudo organizarse libremente, siguiendo únicamente sus propias tendencias. Conocemos la verdadera consigna de los movimientos populares. El derecho del pueblo a la tierra, la autonomía local, la federación, esos son los principios permanentes de la visión popular del mundo. Y no hay en Rusia ninguna fuerza, salvo el estado, que tenga la posibilidad de interceptar el camino de tales principios¹⁰⁵.

La convicción de que, en último extremo, la fuerza y el poder estarían de parte de los revolucionarios fue lo que decidió a *Narodnaya volia* a lanzar la consigna de la Asamblea Constituyente. Kibal'chich decía, por ejemplo:

El día en que la centralización estatal quede rota por la oleada del movimiento popular, ¿qué elementos sociales demostrarán ser fuerzas reales?, ¿cuáles dirigirán la marcha de los acontecimientos? Naturalmente, no las clases privilegiadas, a causa de su falta de unidad; no los partidos legales, a causa de su desorganización...

Sólo el pueblo y el partido social-revolucionario serán las fuerzas fundamentales de las que dependerá la organización social y estatal del futuro ¹⁰⁶.

Naturalmente, semejante concepción tenía también un aspecto jacobino: el *zemski sobor* era en realidad la Convención. La propia función del partido con respecto a él era evidentemente la de los jacobinos franceses. Pero el populismo aportaba un elemento distinto, la espontánea organización del pueblo en «autonomías locales» en las que se basaría toda la transformación social de Rusia. La función de la asamblea consistiría en «sancionarlas», en darles el valor no sólo legal, sino político, que no podían asumir por sí solas. El pueblo proporcionaría «el principio» en el que basar la nueva sociedad, y no era de temer que faltaran las energías capaces de desarrollarlo y de darle fuerza y energía.

Podemos afirmar que, en caso de revolución, los talentos, las energías e incluso los intereses egoístas de los individuos se desplegarán entre nosotros al servicio del pueblo, exactamente igual que en la época de Mirabeau y de Sieyès entraron al servicio de la burguesía. Dadas las circunstancias, en la base de la futura organización estatal se encontrará esa idea que vive entre las masas, ya que no existe otra ¹⁰⁷.

Por esa razón el «Comité Ejecutivo» había elegido en su programa el camino de la Asamblea Constituyente. «Naturalmente —se decía en dicho documento—, ésta no es la forma ideal de la manifestación del deseo del pueblo, pero en la práctica es la única posible en el momento actual, y consideramos necesario fijarnos precisamente en ella.» Descartaban así tanto la vía anarquista de la destrucción del estado y de la federación como la vía extrema del jacobinismo ruso, es decir, la dictadura del partido revolucionario. En realidad, también Nechaev, como se recordará, había hablado del *zemski sobor*. También para él el puro poder de los «conjurados» era, si no una «despótica utopía», al menos una utopía *tout court*. Anarquismo integral y revolución por decreto fueron dos fantasmas que en realidad nunca existieron. Indicaron dos extremismos contrapuestos, entre los que *Narodnaya volia* buscó su camino. Y por eso se pronunció por la Asamblea Constituyente.

¿Cuál sería, pues, la función del partido respecto a ella? El «Comité Ejecutivo» declaraba expresamente su voluntad de «someterse a la voluntad del pueblo». Lo cual, naturalmente, no podía ni debía eximirlo de tener un programa, que «sostendría en la campaña electoral y defendería en la Asamblea Constituyente». Helo aquí:

- 1) Representación popular permanente... con plenos poderes sobre todos los problemas que concernían al estado;

2) amplia autoadministración regional, garantizada por la elección de todos los administradores, autonomía del *mir* e independencia económica del pueblo;

3) autonomía del *mir* como unidad económica y administrativa;

4) pertenencia de la tierra al pueblo;

5) conjunto de medidas capaces de hacer pasar a manos de los obreros todas las fábricas y talleres;

6) completa libertad de conciencia, palabra, prensa, reunión, asociación y agitación electoral;

7) sufragio universal, sin limitaciones de clase ni censo;

8) sustitución del ejército residente por el territorial¹⁰⁰.

No era un programa mínimo, representaba todos los elementos esenciales de la política de *Narodnaya volia*; pero de todos modos era un programa electoral. Si queremos saber cómo se concebía la función del partido en la revolución habrá que buscar en otra parte. Lo dijo Tijomirov, en vísperas del atentado del 1 de marzo, partiendo del examen de la situación psicológica en que se encontraban los campesinos:

El que se siente sin esperanza en la lucha con los fenómenos naturales que lo circundan y con las condiciones hostiles de la vida, advirtiendo la necesidad de una fuerza benéfica y favorable que llegue desde fuera a defenderlo, acaba por creársela, dirigiéndose a la divinidad con la firme convicción de que ésta no querrá abandonarlo. Si no tuviera esa salida tendría que resignarse a la muda desesperación y al suicidio... Lo mismo ocurre con el pueblo, con la única diferencia de que él no puede resignarse al suicidio... Por eso la mente y la fantasía le han creado en el cielo una divinidad, mientras que en la tierra busca un apoyo, una fuerza que le sea benigna, y la encuentra en la persona del zar... Está claro que no hay que buscar la fuente de la fe que el pueblo tiene en los zares, en los beneficios aportados por ellos, en su función histórica, sino en las condiciones en que se halla el espíritu popular, en la exigencia que siente de contar con un aliado fuerte en la lucha contra el enemigo. Esta comprobación es instructiva para nosotros. Hay que crear una fuerza que vaya osadamente al encuentro del pueblo; hay que demostrar que ésta es capaz de ayudarle...

El partido social-revolucionario habría desempeñado esa función, «se convertiría en esa fuerza externa que el pueblo necesitaba», sería el sucesor de Sten'ka Razin, de Pugachëv, despojando esos mitos de su ropaje externo, adaptándolos a un mundo que es el de «los caminos de hierro y los teléfonos». No había nacido para suscitar pequeñas insurrecciones locales, pronto aplastadas fatalmente, sino para crear y organizar una fuerza

colectiva capaz de sustituir al zar, tanto al auténtico de hoy como a los «usurpadores» del pasado¹⁰⁹.

También en este caso *Narodnaya volia* había traducido a la política la ideología populista: la gran mayoría socialista que veía sentada en la futura asamblea tendría tras sí un partido capaz de ser el Pugachëv del siglo XIX.

En la página siguiente al artículo de Tijomirov había uno titulado *La revolución política y el problema económico*, uno de los poquísimos escritos firmados que se encuentran en las páginas de «Narodnaya volia». El anonimato era una vieja tradición que se remontaba a Chernyshevski y que las publicaciones populistas habían conservado, pues querían ser expresión de grupos y tendencias, no de personas aisladas. El artículo llevaba la firma de A. Doroshenko, que era naturalmente un seudónimo. Lo había escrito N. I. Kibal'chich, el técnico proveedor de dinamita de *Narodnaya volia*, y era el más importante artículo teórico publicado por la revista, el único en el que se sacaban las consecuencias ideológicas de la posición política asumida por el «Comité Ejecutivo».

El objetivo que éste se proponía era de una complejidad sin precedentes, escribía Kibal'chich.

Junto con nuestra tarea fundamental, social-económica, debemos asumir también la de derribar el despotismo político. Es decir, hemos de hacer cuanto en Europa se ha realizado ya, hace tiempo, y no por los partidos socialistas, sino por los burgueses. Precisamente por ello ni un solo partido socialista europeo ha de sostener una lucha tan dura como la nuestra ni ofrecer tantas víctimas como nosotros.

Pero era imposible substraerse a esa tarea; había que afrontar al tiempo la batalla política y la social. La lucha contra el estado representaría «un poderoso medio para acercar la revolución económica (o, por lo menos, la agraria) y para hacerla lo más honda posible».

Esta posición situaba a Kibal'chich ante el problema teórico del valor de la forma política para el desarrollo social-económico. Las ideas de los socialistas habían variado mucho al respecto. Se podía resumirlas ya en tres «categorías típicas». «La primera estaba constituida por quienes atribuían con mucho la mayor importancia a las formas políticas, reconociéndoles la fuerza de producir la transformación económica que se quisiese, usando únicamente las órdenes del poder desde arriba y la sumisión de los súbditos o los ciudadanos desde abajo.» Eran los «jacobinos», los «estatalistas», los seguidores del «Nabat» y de Tkachëv. La segunda categoría incluía, en cambio, a los socialistas que no reconocen más que una importancia insignificante al factor político, «negando toda influencia, negativa o positiva, de las formas políticas sobre las relaciones económicas».

Esta opinión estaba sostenida por la fracción del *Chërny peredel* (o por una parte de ella, como observaba justamente Kibal'chich).

Por último, síntesis de estas dos opiniones unilaterales, está la visión que, reconociendo el estrecho lazo y la acción recíproca de los factores económicos y políticos, sostiene que ni la revolución social puede realizarse sin determinadas transformaciones políticas, ni, a la inversa, las instituciones políticas libres pueden establecerse sin una determinada preparación histórica en la esfera económica.

Esta era la posición de *Narodnaya volia*.

Era inútil contraponer a esta tesis el pensamiento de Marx, «que en su *Capital* había demostrado que las relaciones y las formas económicas de cualquier país eran la base de todas las demás formas sociales, políticas, jurídicas, etc. De ello se dedujo que toda transformación de las relaciones económicas debía ser resultado de una lucha en la esfera económica y que, por lo tanto, ninguna revolución política era capaz de contener o desencadenar una revolución económica». Pero los que interpretaban así a Marx «iban más lejos que su maestro y sacaban de su tesis, verdadera en sustancia, consecuencias prácticas absurdas». Kibal'chich no especificaba el nombre de su adversario, aunque es más que probable que pensase en Plejanov. Contra esa interpretación economicista del marxismo, lo remitía a *La guerra civil en Francia*, a cuanto Marx había dicho sobre la Comuna parisiense, y lo invitaba a reflexionar sobre lo escrito por Lavrov, Louis Blanc, Lassalle, Chernyshevski. Las transformaciones económicas realizadas por la Convención, durante la Revolución francesa, ¿acaso no demostraban que la negación de la política era un absurdo? ¿La propia Rusia no era un ejemplo viviente de la importancia que tenía el estado en la vida económica?

Nuestro estado proporciona un ejemplo del enorme significado *negativo* que puede asumir un sistema político que lleve retraso respecto a las exigencias económicas del pueblo. En Europa el progreso político supera al progreso social-económico; entre nosotros la ininterrumpida opresión del sistema político frena la reorganización económica, jurídica y política que infaliblemente se produciría con la caída de tal sistema y siempre que se diese posibilidad de manifestarse libremente a la iniciativa revolucionaria del pueblo ¹¹⁰.

Kibal'chich hacía así la teoría de la «confluencia total de la revolución política y social» ¹¹¹, de la «fusión absolutamente indisoluble de los elementos del radicalismo político y del socialismo» ¹¹² de que hablaban sus compañeros en otras páginas de la revista. Si nos preguntamos en qué doctrina la basaba es probable que hubiera que responder con el nombre de E. Dühring. Su mencionar los «factores» políticos y económicos, su

terminología positivista, nos indican que es preciso buscar en esa dirección. Por otra parte, existe una tradición según la cual los hombres de *Narodnaya volia* se interesaron por este escritor, que sostenía la importancia primordial de la política en el desarrollo histórico¹¹³. Pero, en el fondo, se trata de una cuestión secundaria. La «síntesis» de Kibal'chich no era un producto doctrinario, sino el fruto de toda la experiencia del «Comité Ejecutivo».

De hecho, invitaba a observar el campo ruso para tener una prueba de sus afirmaciones:

Dirigid vuestra atención a las ocasiones que han suscitado las grandes y pequeñas insurrecciones campesinas. Siempre han sido de carácter político y jurídico, se han derivado de la esfera estatal o administrativa: o un falso zar, un usurpador, o la mítica «carta de oro», o cualquier violación de una ley (como el pueblo la entiende), o una revuelta urbana que ha dado ejemplo a la población de las aldeas. No hubo casos de una aldea o una tierra que se rebelase sin una ocasión ajena o sin tener ante los ojos un ejemplo; nunca hubo aldeas que se sublevaran únicamente por tener hambre. Para eso se necesita que el pueblo tenga conciencia de que sus derechos han sido violados, o esperanza en el éxito de la insurrección. Naturalmente, la condición fundamental de casi todas las revueltas populares ha sido el sufrimiento material, pero la ocasión ha sido siempre una violación de la ley (real o falsa) por el poder, o una iniciativa insurreccional derivada de un núcleo organizado, próximo al pueblo y a sus intereses.

Como se ve, la conclusión era importante. Estaba definitivamente superada la mentalidad de los «revoltosos». Al final de su artículo Kibal'chich indicaba cuál era el núcleo organizador capaz de proporcionar la «ocasión» de la revolución campesina.

Hoy —decía—, ni los *raskol'niki*, que han perdido gran parte de su antigua combatividad, ni los cosacos, que representan una categoría privilegiada respecto a los campesinos, son capaces, al parecer, de dar la consigna de la insurrección popular. Sólo el partido social-revolucionario, fuertemente enraizado entre la población urbana y obrera y que ocupa numerosas posiciones entre los campesinos, puede constituir el fermento indispensable para suscitar un movimiento en las ciudades y el campo.

En resumen, ya no se podían basar en los movimientos campesinos, que el gobierno sofocaría fácilmente. ¿Quién daría la señal, pues?

Considerando el mayor desarrollo y movilidad de la población de las ciudades, juzgando que la actividad del partido da mayores

resultados, desde el punto de vista numérico, en las ciudades que en el campo, es preciso pensar que la primera consigna de la insurrección no la dará la aldea, sino la ciudad. Pero el éxito inicial en la ciudad podrá dar la señal de rebelarse a millones de campesinos hambrientos.

No había resultado inútil la discusión sobre las relaciones entre el «factor» económico y el político. Aclaró la concepción que *Narodnaya volia* tenía de la función del partido frente al estado, al pueblo y, mañana, frente a la Asamblea Nacional, puso de relieve la función que aquélla atribuía a la ciudad respecto al campo, e incluso a los obreros fabriles frente a los campesinos. Era la conclusión de todo el desarrollo del «Comité Ejecutivo» durante el año y medio de luchas que precedió al 1 de marzo de 1881.

El primer período de la actividad del «Comité Ejecutivo», en el otoño e invierno de 1879-80, presenció una concentración de todos los esfuerzos en sentido terrorista. Como se recordará, el 26 de agosto se había votado la muerte de Alejandro II. Los planes para poner en práctica la decisión ya estaban dispuestos. El emperador se encontraba en Crimea, en Livadiya, y se suponía que, para regresar a San Petersburgo, iría por vía marítima hasta Odesa, tomando luego el tren, o bien utilizaría el ferrocarril que pasaba por Jarkov y Moscú. Las líneas se minarían en tres puntos, dispuestas a saltar al paso del tren imperial.

La dinamita estaba ya preparada. Pero no en cantidades abundantes, y ello obligó a trasladarla de un punto a otro, a hacerla viajar más de lo necesario. No fue ésta la causa del fracaso de los planes, aunque esos traslados permitieron que la policía se apoderara de Gol'denberg, el cual acabó por contar todo lo que sabía sobre la organización revolucionaria¹¹⁴. El «Comité Ejecutivo» no se vio dañado en sus centros motores por esa confesión, al menos durante mucho tiempo, lo cual nos da una idea de la perfección conspiratoria que había alcanzado ya.

El atentado de Odesa fue organizado por Kibal'chich, Kviatkovski y Vera Figner, que sentaron las primeras bases de la acción, y por Kolodkevich, Frolenko y Tatiana Lebedeva, que se prepararon para realizarla. Primero pensaron en poner la dinamita directamente bajo los rieles, no lejos de la ciudad, pero pronto advirtieron las dificultades prácticas con que tropezaban. La Figner encontró por fin la fórmula. Vestida elegantemente, como una dama de la buena sociedad, fue a pedir al jefe de la red ferroviaria local un puesto de guarda para «su portero, cuya mujer estaba enferma de tuberculosis y necesitaba aire puro, fuera de la ciudad». Consiguio así que Frolenko y la Lebedeva, provistos naturalmente de papeles falsos, se convirtieran en guardavías a unas diez versts de Odesa. Todo habría marchado perfectamente de no haber llegado Gol'denberg a pedir dinamita para Moscú, donde se temía que no fuera suficiente, y sobre todo

de no haber empezado a pensar que el mal tiempo induciría al emperador a no llegar en barco a Odesa. Así ocurrió, en efecto, y hubo que liquidar la empresa ¹¹⁵.

El organizador del segundo atentado fue Zheliabov. Desde Jarkov —donde al principio se estableció el cuartel general de estos tres golpes— se había trasladado a Aleksandrovsk, un pequeño centro de la línea férrea que une Crimea con Jarkov. Se había presentado en el Ayuntamiento con un pasaporte a nombre de un imaginario comerciante de Yaroslavl, y había pedido y conseguido abrir una curtiduría; hizo venir a dos obreros amigos suyos, Ya. Tijonov e I. F. Okladski, y sus colaboradores fueron Presniakov, Kibal'chich, Isaev y M. V. Teterka.

Zheliabov era inimitable en su papel de comerciante-fabricante. Por lo demás, sus nuevos conciudadanos le gustaron; le interesaron aquellos descendientes de los cosacos del Zaporog, entre los cuales había algunos que llevaban nombres famosos de los jefes del pasado. Entablaba amistad sinceramente, bebía y comía con ellos, ocupándose mientras tanto de su empresa. Más adelante se asombró más de una vez de no haber saltado por los aires con todos sus compañeros; llevaban la dinamita por los caminos más accidentados, sentados sobre ella, en un simple carro, e incluso lanzaban los caballos al galope. ¡Y pensar que en los libros se dice que cuando la sacuden estalla! ¹¹⁶.

Se practicó una zanja bajo la línea férrea y se escondieron dos cilindros de explosivo. El 18 de noviembre estaban dispuestos a hacerlos estallar. «Okladski, alzando del suelo los dos hilos ocultos que conducían a la mina, se los pasó a Zheliabov. Cuando el tren imperial estaba pasando sobre el explosivo, éste unió los hilos, a la señal de 'fuego'. Pero por razones ignoradas no se produjo la explosión y el tren imperial prosiguió sin incidentes frente a los malintencionados, que inmediatamente después abandonaron Aleksandrovsk» ¹¹⁷, como dirá la acusación fiscal contra algunos de ellos, en 1882. Según la conclusión de una investigación hecha por los mismos *narodovol'tsy*, el fallo se debió a un error técnico de Zheliabov al montar la batería eléctrica que debería producir la chispa ¹¹⁸.

Al día siguiente, 19 de noviembre, el tercer golpe rozaba de cerca el éxito, aunque sin conseguir hacer saltar al emperador. Aleksandr Mijailov había comprado una casa contigua a la línea férrea, a tres verstas de la estación de Moscú. Le costó 1.000 rublos y la gravó con una hipoteca de 600 rublos. Los gastos de la operación no habían sido muy grandes, por lo tanto. Con papeles falsos fueron a vivir en ella Lev Gartman y «su mujer», Sofía Perovskaya. Los nuevos dueños declararon que la casa necesitaba reparaciones radicales, y con ese pretexto se libraron de los inquilinos que la ocupaban. Empezaron entonces una excavación que desde la bodega tenía que llegar a la vía. Trabajaron en ella Mijailov, Isaev,

Morozov y después Shiriaev, Barannikov, Gol'denberg y Aronchik, a más de los dueños de la casa. Fue un trabajo duro, fatigoso y largo, pero en el momento preciso todo estaba dispuesto. La ejecución del atentado se confió a la Perovskaya y a Shiriaev. Sabían aproximadamente la hora de la llegada. En Moscú se decía que el zar llegaría entre las diez y las once de la noche. Cuando Shiriaev oyó llegar un tren, con bastante adelanto sobre este horario, quedó convencido de que se trataba de los vagones de prueba «que a veces precedían al convoy imperial». Accionó la batería al paso de un segundo tren, éste descarriló y volcó. Pronto se supo que era el de la servidumbre y el séquito de Alejandro II, quien entre tanto había llegado ileso a Moscú ¹¹⁹.

El 20 de noviembre, a la puerta del *Uspenski sobor*, dentro del Kremlin, el emperador dijo a los representantes de varias clases, acudidos a rendirle homenaje, que «esperaba, con su colaboración, detener a la juventud aberrante en el desastroso camino por el que la empujaban los malintencionados» ¹²⁰. ¿Podía esperar una colaboración activa de la población? En general, ¿cuál fue la impresión producida por el atentado? «Narodnaya volia» sostuvo que en la propia Moscú se había podido observar cierta indiferencia, una notable frialdad. «Ni emoción ni ira, y ni siquiera un especial interés» ¹²¹. Fuera o no exacta esta afirmación (y, naturalmente, las fuentes oficiales son de la opinión contraria), representaba la idea que los revolucionarios se hacían de la situación: el duelo con el poder tenía que continuar, sin desalentarse por el fracaso.

Tanto más cuanto que, aunque los atentados habían fallado, el gobierno no tenía demasiadas razones para estar contento. Tras un año de terror gubernativo, tras el estado de sitio de los «generales-gobernadores», a pesar de tantas precauciones, el «Comité Ejecutivo» salía de la primera y triple batalla prácticamente intacto. Sólo Gartman, el dueño de la casa junto al ferrocarril, había tenido que refugiarse en el extranjero. Pese a su enorme insistencia, Rusia no conseguirá que Francia, donde se había refugiado, se lo entregue como criminal común ¹²². En noviembre, la policía ignoraba aún que el atentado de Moscú había ido acompañado por dos tentativas similares, y sabía muy poco de los otros autores. La organización había resistido la prueba.

Esto no significaba, por supuesto, que la lucha hubiera perdido aspe-
reza y que los sacrificios fueran menores. Pocos días después del atentado de Moscú fue detenido Kviatkovski en San Petersburgo. Sus compañeros supieron por quien les guardaba las espaldas como agente de la Tercera Sección que habría un registro en su casa. Pero ya era tarde. Olga Liubavovich, que fue a avisarlo, llegó cuando los gendarmes estaban ya en la casa. Sólo su habilidad y la de su marido, Morozov, les permitió engañar a la policía y salir sanos y salvos de la aventura. Pero Kviatkovski había caído. En su casa se encontraron explosivos y un misterioso plano del Palacio de Invierno, con una cruz en una de las estancias. Siempre negó que fuera suyo, y la policía tardó mucho en entender de qué se trataba.

Pero cuando se produjo el atentado del Palacio de Invierno, Kviatkovski tuvo que pagar. Incluido en el proceso de los dieciséis, será condenado a muerte y ahorcado casi un año después de su detención, el 4 de noviembre de 1880. Junto con él caía Eugenia Figner, la hermana de Vera, que vivía con él y que será condenada en el mismo proceso a quince años de trabajos forzados en Siberia. Sólo regresará a la Rusia europea en 1900¹²³.

A finales de 1879 era detenido Zundeleovich, el infatigable «técnico» de *Zemlia i volia* y *Narodnaya volia*, el creador de las sucesivas imprentas clandestinas. El 4 de diciembre caía en manos de la policía S. G. Shiriaev. Sobre la base de la declaración de Gol'denberg se supo qué papel había desempeñado en el atentado de Moscú. Fue condenado a muerte en octubre de 1880. El hecho de que se le conmutara la pena por la *katorga* a perpetuidad sirvió sólo para prolongar un año su existencia. El 18 de agosto de 1881 moría de consunción, encerrado en el bastión de Alejo de la fortaleza de Pedro y Pablo¹²⁴.

Se producía así una destilación de fuerzas que, incluso sin considerar las posibles pérdidas futuras de grupos enteros, acabaría pronto por agotar el «Comité Ejecutivo». Sabían muy bien lo que decían cuando escribían en su revista: «O salta el estado o saltamos nosotros.»

En enero de 1880 cayó la tipografía. Kviatkovski y Mijailov la habían organizado; Nikolai Buj y Sofía Ivanova —con papeles que los presentaban como marido y mujer— habían alquilado un departamento que cubría todos los requisitos conspiratorios, en un barrio céntrico, habitado por gente respetable. Esta familia de «funcionarios» tenía, naturalmente, una criada, que en realidad era una estudiante, la Griaznova, «que desempeñaba a la perfección su papel de cocinera». «Su mérito esencial consistía en el hecho de no tener un aspecto conspirativo, de comportarse como una simple mortal»¹²⁵. Los útiles de la imprenta habían sido dispuestos de manera que pudieran ocultarse con facilidad, dando al departamento el más inocente aspecto. Y una vez transformado así, trataban de enseñarlo lo más posible al portero, los vecinos, etc. En la casa vivían —sin estar registrados, y obligados, por lo tanto, a no exhibirse y no salir de casa— dos tipógrafos, uno de los cuales, Abram Lubkin, procedía de la imprenta de *Zemlia i volia*; el otro, Leizer Tsukkerman, había llegado a San Petersburgo a finales de septiembre de 1879. «Era un judío de las regiones occidentales de Rusia. Su familia estaba tan encerrada en los prejuicios judíos, y él había vivido tan mal, que muy joven escapó al extranjero, donde transcurrió la mitad de su existencia. Carente de medios, se había hecho cajista y había trabajado en las imprentas alemanas y en las de la emigración rusa. Pero quería regresar a su país, y cuando le ofrecieron ir a San Petersburgo a trabajar en una tipografía clandestina no se lo pensó dos veces y se marchó»¹²⁶. Zundeleovich se ocupó de que pasara clandestinamente la frontera.

La tipografía fue descubierta por una pequeña imprudencia. Durante un registro en casa de un *narodovolets*, que nada tenía que ver con la

imprenta, se encontró —entre muchos documentos falsos y otro material por el estilo— un modelo de pasaporte sobre el que se había ensayado la preparación del de Buj, y que llevaba el nombre imaginario con que éste estaba inscrito en los registros de la policía. Un simple olvido hizo que aquel trozo de papel no fuera destruido. Cuando cayó en manos de la policía, ésta no le atribuyó excesiva importancia. El registro se había hecho por pura fórmula, sin esperanza de encontrar nada grave. Sin molestar a la Tercera Sección, se confió la tarea a la policía municipal. Kle-tochnikov no supo nada, pues, y no pudo advertir a sus compañeros.

La noche del 17 al 18 de enero de 1880 un campanillazo despertó a todos. Sofía Ivanova no abrió, y se dedicó a recoger todos los papeles, iniciando una larga y lograda tarea de destrucción. Los otros empezaron una verdadera batalla a tiros con los guardias.

En las habitaciones reinaba la oscuridad. Y he aquí por qué: habíamos acordado que en caso de registro romperíamos todos los vidrios de las ventanas visibles desde la calle, advirtiendo así a los compañeros que llegaran a la casa... Realizamos lo convenido con tan buena voluntad (tratando de romper también los marcos de las ventanas) que en el departamento empezó a soplar un viento tal que apagó todas las lámparas.

La policía pidió ayuda a la gendarmería y atacó a los revolucionarios atrincherados. Tras haber disparado hasta el final, éstos se reunieron en una habitación, decididos ya a rendirse. Abram Lubkin se apartó, diciéndoles adiós a todos, y se suicidó con el último cartucho. Los cuatro que quedaron fueron llevados a la fortaleza de Pedro y Pablo. Al día siguiente los cristales rotos salvaron a Mijailov, que pudo así eludir la intensa vigilancia establecida por la policía en el departamento y alrededor de la casa.

En el proceso de los dieciséis, Zundeleovich será condenado a trabajos forzados a perpetuidad; Nikolai Buj y María Vasil'evna Griaznova, a quince años de *katorga*; los tres sobrevivirán a la condena. En 1906, Zundeleovich conseguirá regresar de Siberia y emigrar a Inglaterra, donde murió en 1924.

Narodnaya volia logró poner de nuevo en pie otra imprenta. Pero a comienzos de 1880 ésta no era su principal preocupación. Estaba ya preparado un gran golpe que, de tener éxito, repararía los intentos fallidos del ferrocarril.

En septiembre de 1879 se presentaba un ebanista en el Palacio de Invierno, la residencia imperial de San Petersburgo, y era contratado. El pasaporte que había presentado era falso y ocultaba a Stepan Jalturin, que con Obnorski había creado la Unión Septentrional de los obreros rusos y que era uno de los elementos más inteligentes y activos del movimiento obrero en la capital. Conocía a la perfección su oficio, estaba

orgulloso de ello, y ya anteriormente había dado pruebas de su habilidad reparando el yate imperial. La caída de la organización obrera creada por él, los obstáculos que la policía y la opresión gubernativa interponían ante todo desarrollo sindical, le habían llevado a conclusiones terroristas. Un día, mientras trabajaba, se encontró a solas con el emperador, en una de las salas del palacio. Por un instante le pareció la mejor solución matar a Alejandro II con la azuela. Sus compañeros de *Narodnaya volia* le orientaron hacia un plan distinto. Se trataba de meter una cantidad suficiente de dinamita bajo las bóvedas de una estancia en la que se encontrase el emperador. Kviatkovski mantuvo las primeras relaciones con él y empezó a proporcionarle explosivo. Cuando fue detenido lo sustituyó Zheliabov. El misterioso plano del Palacio de Invierno encontrado en casa de Kviatkovski hizo sospechar a la policía, que estableció una cuidadosa vigilancia. Pero Jalturin era un obrero fijo; vivía en los sótanos del palacio, en un cuartito. La dinamita podía ser llevada poco a poco, en un cestillo, cuando Jalturin regresaba por la noche al Palacio de Invierno. Los registros no consiguieron descubrirla, y se iba acumulando metódicamente cerca del catre de Jalturin. ¿Cuánta se necesitaría? Por la noche discutía sobre ello con Zheliabov, que pensaba que había que apresurar la ejecución del plan, por temor a que la vigilancia consiguiera un día u otro echarle mano a Jalturin. Por otra parte, pretendían limitar las víctimas que la explosión fatalmente produciría. Se trataba ahora de colocar la dinamita y la mecha sin ser vistos. Cada noche Jalturin salía, y al pasar al lado de Zheliabov susurraba: «No ha sido posible.» «Nada.» Pero la noche del 5 de febrero anunció: «Está preparado.» Pronto una terrible explosión confirmó sus palabras. Había saltado una sala, provocando once muertos y cincuenta y seis heridos. En el comedor donde se encontraba el emperador, justamente sobre la sala que había saltado, se produjo una fuerte sacudida, aunque absolutamente insuficiente para que se hundiera el suelo. Cuando Jalturin se enteró de que no había conseguido su objetivo, «nunca le perdonó a Zheliabov lo que él llamaba su error»¹²⁷.

Corrieron las más extrañas leyendas a propósito de este atentado, que se atribuyó incluso a un complot del mundo cortesano.

Creemos necesario —decía el primer «Listok Narodnoi voli» aparecido después de la explosión— afirmar que ese famoso carpintero del que tanto se habla es efectivamente obrero de origen y de oficio... Las habladurías de los periódicos, según las cuales es de origen aristocrático, le resultan sumamente desagradables y ha rogado a la dirección de «Narodnaya volia» que dejemos muy claro su origen obrero. Y satisfacemos con sumo gusto ese ruego¹²⁸.

Tras haber asistido con Zheliabov, desde la plaza que había ante el palacio, al misterioso y temible atentado que era obra suya, Jalturin fue

llevado a un departamento de los conspiradores, eludiendo así toda búsqueda.

Por cuarta vez la vida de Alejandro II había estado en peligro, y en esta ocasión dentro de su residencia habitual, sin que nadie pudiera coger a los revolucionarios. El «Comité Ejecutivo» se había convertido en una fuerza amenazadora y poderosa. El propio gobierno contribuyó a crear esta aureola de gloria y peligro, diciendo en su comunicado oficial que el atentado debía ser la señal de una insurrección eminente. Durante unos días San Petersburgo estuvo recorrida por patrullas y declarada en estado de guerra.

Esta vez no podían faltar las consecuencias políticas. No había nadie a quien castigar, como en la época de Karakozov y Solov'ev, ni bastaban ya los discursos patéticos, como en los días que siguieron al atentado de Moscú. Era necesario tomar una decisión.

La crisis política de febrero de 1880 está llena de interés para quien pretenda comprender los límites dentro de los que se veía obligado a luchar todo el movimiento revolucionario de la época, aquellos límites que trataba de romper heroicamente con el terrorismo y que acabarán constituyendo la insalvable barrera contra la que se estrellará¹²⁹.

Era una crisis parecida, en muchos aspectos, a la que se iniciará poco más de un año después, en el momento del atentado del 1 de marzo de 1881, mientras que algunos de sus rasgos fundamentales la emparentaban con la crisis iniciada en 1861, tras la reforma campesina y que se cerró con el estallido de la insurrección polaca. Puede decirse que en cada uno de estos tres momentos esenciales, en 1861-63, en 1880 y en 1881, el zarismo reaccionó según su íntima lógica permanente. Puesto ante el problema de hacer participar en la vida del estado a las categorías más cultas y avanzadas de Rusia, de insertar en un plano político, y no sólo administrativo y económico, las fuerzas burguesas que se habían ido desarrollando, de encontrarle un lugar a la *intelligentsia* dentro del marco del absolutismo, la autocracia empezaba siempre pensando en posibles reformas, más o menos constitucionales, empezaba a redactar proyectos más o menos plausibles de asambleas consultivas, para advertir después —bajo la presión de un acontecimiento revolucionario, como la revuelta polaca, la dinamita de Jalturin o la actuación de la Perovskaya— que eran sólo sueños, que no podía encontrarse la cuadratura del círculo y que no tenía más que un camino: satisfacer directamente, sirviéndose de los mismos instrumentos del absolutismo, al menos algunas exigencias de la «sociedad». La autocracia continuaba así viviendo su vida, siendo la misma de antes, la *intelligentsia* permanecía extraña y hostil, el pueblo lejano y sometido, el movimiento revolucionario cada vez más convencido de que sólo la destrucción total del estado podría provocar una verdadera reforma en Rusia, y se iniciaba un nuevo ciclo.

También en 1879, ante el desarrollo del movimiento revolucionario, no faltó quien aconsejó al zar que crease un órgano capaz de hacer participar en la administración del estado —aunque fuera marginalmente y lo menos posible— a los representantes de la opinión pública. En aquella ocasión se había tratado de Valuev, una de las poquísimas personas inteligentes entre los altos dignatarios de entonces, que desempolvó, al parecerle otra vez de actualidad, su memorándum ya presentado a Alejandro II en 1863. «Todo se hace pedazos, todo se arruina —escribía contemporáneamente Valuev en su diario—. Se siente que el suelo se mueve, que el edificio amenaza con caer, pero la gente no parece advertirlo»¹³⁰. No era suficiente ya con apelar a la colaboración de la opinión pública, no bastaba con tratar de asustarla, como se había hecho en la época del proceso de los ciento noventa y tres. El estado no había hallado el apoyo pedido, la *inteliqentsia* no había parecido aterrorizada por el «peligro rojo». Había que llamar de las provincias a algunos representantes elegidos por los *zemstva* y meterlos en el Consejo de Estado. Esto equivalía a proponer un *zemski sobor* reducido a sus mínimos términos, a hablar de una constitución «que no daba el mínimo derecho real a los representantes de las provincias». Y sin embargo, incluso para conseguir esto, Valuev pensaba que era necesario que el edificio estatal sufriera sacudidas aún mayores. Razonaba —es interesante notarlo— de modo muy similar a los de *Narodnaya volia*, aunque, naturalmente, desde un punto de vista diametralmente opuesto. «Quizás para pasar a otro orden de cosas sea necesario que el suelo tiemble bajo nosotros con más fuerza aún.»

Llegaba a tal conclusión a finales de enero de 1880, cuando su tentativa «constitucional», tras haber sido discutida en varias ocasiones por los ministros en presencia del zar, había fracasado ya y estaba archivada. Había encontrado apoyo, aunque condicionado e incierto, en Konstantín Nikolaevich, el hermano del zar. También éste había vuelto a presentar un memorándum suyo de 1865 en favor de una asamblea consultiva. Pero los otros dignatarios convocados para examinar estos proyectos se declararon hostiles a ellos. La discusión había sido de lo más confusa; y, naturalmente, los conflictos y los celos personales se mezclaron con las prevenciones y temores de aquellos altos burócratas. De todos podía decirse lo que Valuev contaba de uno de ellos: no hacían sino rumiar las ideas de los años sesenta, tratando de encontrar la chispa de la época de las reformas, de aferrarse a cualquier pretexto para devolver al estado la capacidad de dirección que parecía ya completamente perdida.

A pesar de su nebulosidad, los argumentos utilizados en la controversia explicaban por qué se había llegado a semejante situación. Valuev dijo que las medidas propuestas por él eran importantes sobre todo porque pretendían servir para «limitar la pasividad de la mayoría de los moderados, para dar al gobierno la posibilidad de contrarrestar los principios revolucionarios que se predicaban por doquier y de polemizar con

ellos...». A lo cual su principal oponente, el príncipe heredero, el futuro Alejandro III, contestaba que no era preciso hacer nada, en vista de que los representantes de las categorías sociales que se convocarían serían sólo «charlatanes incapaces, abogados, etc.». Inútilmente perjuraban todos que *«le mot constitution ne devait même pas être prononcé»*, en vano Konstantin Nikolaevich propuso incluso excluir de la futura asamblea los abogados y toda otra categoría ligada profesionalmente con los tribunales. En vano se recordó la diferencia existente entre Rusia y Occidente. El dilema seguía siendo el planteado por Valuev y el príncipe heredero: confiar, aunque en medida limitadísima, en los representantes elegidos, o considerarlos inútiles charlatanes.

Como se ve, a pesar de su forma sumamente tosca, la discusión no carecía de interés histórico. Quien pretendía dar un paso, por pequeño que fuera, en sentido liberal, lo hacía con un mero objetivo maquiavélico, para substraer fuerzas a la revolución, para permitir que el estado recuperase la ofensiva, para romper la pasividad. Estos argumentos se repetirían hasta la saciedad en los últimos años del reinado de Alejandro II, dentro y fuera del Palacio de Invierno, en los periódicos y en las sesiones ministeriales. En último extremo, este carácter táctico, esta segunda finalidad, debilitaba todo el «constitucionalismo» del período, obligado a mostrarse bienintencionado y acaso más realista que el rey.

Pero el absolutismo no podía aceptar ni siquiera esta política tan solapada. Podía reformar desde arriba, pero no tenía intención de crear un cuerpo, ni siquiera consultivo, que fuese autónomo, que amenazase fatalmente con convertirse en órgano de una oposición organizada. Tenía razón el príncipe heredero —y acabará por salirse con la suya— cuando decía que los representantes de los *zemstva* acabarían por abrir la boca y por convertirse en abogados de una causa que no era la del absolutismo.

¿Acaso no se reproducía, con formas —repitámoslo— sumamente rudimentarias el debate que con ropajes más evolucionados y refinados se había desarrollado entre los revolucionarios, algunos de los cuales pensaban en los liberales bienintencionados como posibles instrumentos de acción, aunque sin confiar en realidad en ellos, mientras que otros objetaban que una constitución serviría sólo para reforzar a las clases dominantes, dando forma legal a su dominación económica?

Por lo demás, no era casualidad que las dos controversias tuvieran esta raíz común. El problema que unos y otros tenían que resolver era idéntico: la pasividad política de toda la sociedad rusa. Hasta que ésta despertara, el duelo seguía entablado únicamente entre la autocracia y los revolucionarios.

Cuando, diez días después de que los ministros terminaran de discutir sobre la «constitución», se produjo la explosión del Palacio de Invierno, cuando —por recoger la metáfora de Valuev— «el suelo tembló

aún más fuerte bajo ellos», el futuro Alejandro III, defensor de la tesis del absolutismo, pudo cantar victoria.

Las discusiones de las semanas anteriores se habían filtrado hasta el público. Se decía que el 19 de febrero, con motivo del vigésimoquinto aniversario de la subida al trono de Alejandro II, se concedería una constitución. Se hicieron eco de ello los periódicos extranjeros, e incluso habló del asunto «Narodnaya volia», recogiendo este rumor de la voz pública de San Petersburgo. Se produjo en cambio la «dictadura del corazón y de la mente» de Loris-Melikov. Al príncipe heredero le resultó fácil demostrar que no se trataba de renovar el régimen ruso, sino únicamente de organizarlo un poco mejor. Cuando el zar convocó a los ministros, los pareceres emitidos «no dijeron nada nuevo, se quedaron en el terreno de las medidas a medias ya presentes en las cabezas de los ministros durante las anteriores sesiones. Se encontraban ante la comprobación de que se había hecho ya todo lo posible para luchar contra los subversivos. Se habían instituido generales-gobernadores con poderes prácticamente ilimitados, se había reforzado el poder de los otros gobernadores, todos los delincuentes políticos habían pasado ante tribunales militares, todos los resortes y los hilos de la más rigurosa vigilancia policial habían llegado al máximo grado de tensión... ¿Qué quedaba por hacer?». Se propuso por enésima vez realizar una reforma educativa, pero esa medida debió parecer muy inadecuada en semejante momento. Una vez abandonados los proyectos «constitucionales», había que comprobar, como dijo el príncipe heredero, que «el mal esencial, el principal impedimento para una fuerza real del gobierno en la lucha contra los subversivos no consistía en la falta de medidas, numerosísimas ya, sino en el desacuerdo entre los distintos departamentos, en la falta de solidaridad entre ellos». Había que poner todo bajo un jefe único, responsable ante el zar del restablecimiento del orden¹³¹. No se trataba, en suma, de hacer concesiones a la «sociedad», sino de organizar mejor el absolutismo.

El hombre elegido para poner en práctica este programa fue el general-gobernador de Jarkov, Loris-Melikov. Su primera tarea consistió en concentrar los diversos dispositivos que se habían ido superponiendo a medida que la represión se endurecía. Tuvo que superar no pocos obstáculos. Los generales-gobernadores conservarán, incluso bajo él, una amplia autonomía. Su poder será efectivo sobre todo en San Petersburgo. Pese a la fuerte resistencia de las posiciones adquiridas, acabará encontrándose a la cabeza de un Ministerio del Interior dotado de las atribuciones que inútilmente pesaban sobre él y capaz de controlar por fin las diversas policías. La Tercera Sección pasó a sus órdenes y cambió de nombre. La policía de la capital dependió directamente de él. Era fácil ver que muchos de los métodos empleados hasta entonces en la represión resultaban del todo insuficientes. Loris-Melikov no sólo concentró los servicios de orden público, sino que los hizo más modernos y racionales.

Las tareas de vigilancia confiadas a porteros especialmente reclutados por la policía, en la capital, costaban más de un millón de rublos al año y no habían conseguido el menor resultado. Sólo irritaban a la población, sin que ni un solo complot hubiera sido descubierto gracias a ellas. Loris-Melikov disolvió este cuerpo de porteros-gendarmes. El sistema de la vigilancia policial, ampliamente aplicado a los sospechosos, sólo había producido limitaciones de la libertad personal de gran número de gente, aunque sin permitir frenar en realidad el movimiento revolucionario. Era un atropello burocrático que en la práctica no había dado otro resultado que inducir a los más decididos a convertirse en «ilegales». En las listas de la Tercera Sección se hallaban 6.790 vigilados por razones políticas y 24.362 por otras causas. Sin cambiar nada en sustancia, Loris-Melikov ordenó revisar atentamente las listas. Se había abusado tanto de la deportación que «pronto se convertiría en un problema de estado» la organización de los confinamientos, como decía. También en esto trató de poner ciertos límites a la arbitrariedad policial, distinguiendo a los elementos más peligrosos de los que estaban confinados sin motivos justificados. Las vacilaciones del gobierno en la elección de los tribunales a los que confiar los criminales de estado, la lentitud de la instrucción de las causas, hacían que cientos de personas permanecieran en la cárcel, a la espera del juicio, años enteros. Cuando Loris-Melikov llegó al poder, sólo en San Petersburgo había 197 personas en esta situación. El «dictador» trató de imprimir un movimiento más rápido a la maquinaria judicial. Los registros se habían vuelto sumamente frecuentes y se practicaban con métodos arbitrarios e ilegales; Loris-Melikov insistió para que en ese terreno se estableciese cierto orden.

En suma, como se ve, su política se encaminaba a perfeccionar la represión para no irritar inútilmente a la población, aislando así a los revolucionarios y afectándolos a ellos, y si era posible sólo a ellos. Como decía, se trataba de «mostrar la fuerza del poder estatal y de apartar a los inseguros de la revolución»¹³².

Pero Loris-Melikov no podía contentarse con ser un ministro del Interior más hábil que sus predecesores. Hasta en las esferas del gobierno se sabía perfectamente —y lo habían demostrado las discusiones sobre la «constitución»— que detrás del problema de orden público había un problema político. No en vano se había hablado de una «dictadura del corazón y de la mente» cuando Loris-Melikov llegó al poder. El vigésimoquinto aniversario del reinado de Alejandro II, las ceremonias y discursos que lo acompañaron, parecían llegados adrede para recordar que el movimiento revolucionario tenía una honda razón de ser. Se había empezado con la reforma campesina, después se produjo la administrativa y judicial. Pero cuando la *intelligentsia* pidió que se «coronase el edificio» con una constitución, el zar se detuvo ante aquel límite concreto más allá del cual parecía incapaz de ir el absolutismo. Con gran prudencia, con derroche de fraseología burocrática, Loris-Melikov indicaba al zar que sólo

había un camino posible: el de reanudar la actividad reformadora, dejarse guiar, con las cautelas propias del caso, por el espíritu que había animado al gobierno en los años sesenta. Hacía falta, en suma, que Alejandro II realizase las reformas que la opinión pública esperaba de la convocatoria de sus representantes.

Este intento de remontarse a los principios era, más que nada, una ilusión. Basta con leer una lista de las reformas pedidas por Loris-Melikov para darse cuenta de lo secundarias que eran, incapaces de llegar al meollo del problema político. Había que elevar el nivel moral del clero. Se dio algún paso en este sentido, pero fue para confiar el control del Santo Sínodo a Pobedonosev, que será el alma del régimen oscurantista de Alejandro III. Había que «restablecer las relaciones entre empresarios y obreros». Y en efecto, más adelante surgirá en Rusia una legislación obrera, pero lo que empujaba a Jalturín a llevar la dinamita al Palacio de Invierno no se vería afectado. El zarismo se mostrará incapaz incluso de dar libertad a los *raskol'niki*, hasta 1905.

Había mucho que hacer, la autocracia tenía que sufrir aún muchas transformaciones, pero en 1880 el problema fundamental seguía siendo otorgar ciertos derechos a la clase dirigente en desarrollo. Loris-Melikov escribía memoriales para decir que no debía darse ningún caso en sentido constitucional. «Tal medida parecería adoptada bajo la presión de las circunstancias; así se interpretaría en el interior de Rusia y fuera de ella.» Bastaría con hacer concesiones desde arriba a la opinión pública, tratando de no irritarla, repitiendo continuamente los llamamientos a su colaboración contra los subversivos. «Estoy convencido de que Rusia vive hoy una peligrosa crisis y que sólo puede sacarla de ella la firme voluntad autocrática del zar... Hoy, como después de la guerra de Crimea, que dejó a Rusia en una situación más tensa aún que la actual, todas las miradas, todas las esperanzas de la Rusia que ama y piensa, se dirigen a la sagrada persona de Vuestra Majestad»¹³³. «Confiar» en la opinión pública y no concederle ningún derecho, controlar el aparato estatal, incluso enviando a las provincias «revisores» que recordaban la época de Nicolás I, pero no cambiar nada esencial, no atacar el principio autocrático; tal fue la política de Loris-Melikov.

Es comprensible que los conservadores lo acusaran de «jugar a la popularidad» y a menudo se le juzgase «más actor que estadista». El juego de parecer liberal sin dar nunca un paso para establecer un derecho liberal les parecía aventurado y peligroso en presencia de un partido revolucionario pequeño de número pero que tenía una clara visión de la situación y estaba decidido a emplear las armas. Pero Loris-Melikov se hizo la ilusión por un momento, seis meses después de tomar el poder, de haber conseguido el equilibrio, de haber tenido éxito en su juego, de haber estabilizado la situación.

Después lo arrastrará la lógica de las cosas; también, como Valuev en 1863 y 1879, volverá a hablar de «constitución», a rehacer proyectos

para introducir diputados de los *zemstva* de las ciudades en el Consejo de Estado. También en esta ocasión de una reanudación de las reformas renacía la exigencia de una organización de la libertad, por limitada que fuera. Proseguir por el camino iniciado en 1861 resultaba imposible sin una participación orgánica de los «charlatanes y abogados», aunque el miedo a ellos lo había llevado al poder. Loris-Melikov reproducía una vez más el ciclo del absolutismo de Alejandro II; de nuevo el juego quedará interrumpido por una intervención de la revolución. El 1 de marzo de 1881 *Narodnaya volia* ejecutaba su sentencia de muerte en el emperador; los proyectos liberales se derrumbarán durante una generación¹³⁴.

Frente a la política de Loris-Melikov, el «Comité Ejecutivo» no vaciló, aunque apenas llegó al poder se produjo un momento de espera, como si pensarán que el golpe inferido en el Palacio de Invierno podría llevar al gobierno a una debilidad o concesión. Los revolucionarios conocían a Loris-Melikov desde la época en que era general-gobernador de Jarkov, habían hablado ya en «*Narodnaya volia*» de su política «astuta y doble» y de sus «frases semiliberales», que hicieron que los moderados de Jarkov lo definieran como «alma angelical»¹³⁵. Pero cuando, el 20 de febrero de 1880, un joven —que después se supo que se llamaba Ippolit Osipovich Mlodetski— disparó sobre Loris-Melikov sin conseguir alcanzarlo, el «Comité Ejecutivo» no tomó la responsabilidad de este atentado. Honró su memoria cuando dos días después fue ahorcado, lo llamó «social-revolucionario», pero quiso que se supiera que había actuado de modo autónomo¹³⁶.

¿Era un puro amor a la verdad lo que empujaba al «Comité Ejecutivo» a hacer dicha declaración? Parece más verosímil que estuviera dictada por la lógica política. *Narodnaya volia* pretendía concentrar todo su terrorismo contra el zar, no quería ni apartarse de este propósito ni permitir que fuera desviada su línea política, que apuntaba directamente al «centro». Loris-Melikov era sólo el resultado de la situación, un producto del duelo entre los revolucionarios y el poder, y su tarea no era atacarlo a él. Se trataba de continuar el camino elegido, observando en el «dictador» los efectos de su acción. «Será interesante ver si consigue estar mucho tiempo en equilibrio entre dos sillas.» ¿Tendrá éxito su intento de «separar de nosotros a los liberales», de conquistarse las simpatías de los estudiantes con alguna concesión? Ironizaban sobre Loris-Melikov, que «pretendía escindir a los radicales en una fracción más y en una menos peligrosa, y que empezaba a proteger a los revolucionarios más pacíficos». Pero no podían dejar de ver que la maniobra resultaba peligrosa para ellos:

¡En el fondo no es una política estúpida! Concentrar las fuerzas del gobierno, dividir y debilitar la oposición, aislar la revolución

y ahogar a todos los enemigos uno por uno no es nada estúpido... ¿Tendrá éxito la política del diplomático armenio? [tal era el origen del «dictador»]. Dependerá, naturalmente, de la cantidad de inteligencia y de sentido cívico que posean los rusos. La política de Loris-Melikov se basa enteramente en la estupidez y el egoísmo de la sociedad, de la juventud, de los liberales, de los revolucionarios. Esperamos con toda el alma que su cálculo resulte equivocado...¹³⁷

Para responder a esta maniobra, intensificaron sus relaciones con la *inteligentsia*, no sólo demostrándole que en Rusia la reforma se llamaba revolución, sino sobre todo estableciendo lazos muy concretos con sus representantes más vivos, llamándolos a participar si no en el «Comité Ejecutivo» al menos en la *Narodnaya volia* que se convertiría así en la organización política e intelectual del núcleo de combate.¹³⁸

Sus éxitos en este terreno fueron bastante limitados. Pronto tuvieron que comprobar que el partido revolucionario suscitaba más admiración que consenso activo. La claridad de sus posiciones, la madurez a que habían llegado mantenían alejados de ellos a las fuerzas indecisas y sentimentales. La mezcla de terror blanco y zalamerías que constituía la esencia de la política de Loris-Melikov dificultaba aún más la elección del «camino estrecho». Prácticamente el único colaborador de «Narodnaya volia» que no era revolucionario profesional fue Mijailovski. Escribió dos artículos que reflejaban con lenguaje menos concreto las posiciones del «Comité Ejecutivo», aunque expresando sus reservas sobre algunos puntos importantes. Era el único publicista conocido con el que podían contar, el único a quien dirigirse en busca de inspiración y apoyo.¹³⁹ Esta situación revelaba cuánto habían cambiado las cosas respecto a las décadas precedentes. El populismo había surgido bajo la inspiración de los «maestros de vida» Chernyshevski, Dobroliubov, Lavrov. Ahora eran los revolucionarios quienes expresaban las ideas más claras y creaban las teorías de las que el «populismo legal» era un débil eco.¹⁴⁰

Dadas las dificultades objetivas que se interponían ante la inserción de los intelectuales en el grupo revolucionario, algunos miembros del «Comité Ejecutivo» trataron de hacer oír su voz en la prensa legal, de escribir en las grandes revistas que daban el tono a la opinión pública más avanzada. Tijomirov publicó algún artículo en 1881 en «Delo» y «Slovo», firmando a veces con las iniciales I. K., que, como se rumoreó en los círculos bien informados, coincidían con la sigla del «Comité Ejecutivo» (Ispolnitel'ny Komitet). Kibal'chich publicó en 1880 y 1881 algunas páginas en «Mysl», en el «Slovo», con el seudónimo de Samoilov.¹⁴¹ Otros entablaron una sólida amistad con Gleb Uspenski, el mejor literato populista de aquellos años. En su casa encontraban siempre un sofá donde pasar la noche cuando las peripecias de la lucha los habían privado de otro refugio, y allí se reunieron para esperar la madrugada del 1 de enero

de 1881 y festejar el año nuevo. Entre sus más asiduos visitantes y amigos estaban Zheliabov, Kibal'chich, la Perovskaya, la Figner, Tijomirov¹⁴². Su acción terrorista encontrará un hondo eco de admiración y simpatía en el ánimo de otros escritores y literatos. Garshin se arrojó a los pies de Loris-Melikov para tratar de salvar la vida de Mlodetski¹⁴³, Shelgunov, el amigo de Chernyshevski, uno de los supervivientes de los años sesenta, los siguió con el corazón en vilo y la firme voluntad de actuar en pro de las ideas comunes en cuanto se presentara la ocasión¹⁴⁴. No sería difícil agregar algún otro nombre a la lista. Pero eran pocos, un puñado de personas. La *inteliguentsia* en su conjunto no se movió, o no fue capaz de hacer oír su voz para alcanzar los objetivos que tenía en común con los revolucionarios (libertad de prensa, de reunión, etc.)¹⁴⁵.

Narodnaya volia, como todos los anteriores movimientos populistas, trató de apelar sobre todo a la joven *inteliguentsia*, a los estudiantes, esperando encontrar en ellos la energía y el entusiasmo revolucionario que no lograba suscitar en el conjunto de la clase culta. Zheliabov constituyó en la universidad de San Petersburgo un grupo ligado con el «Comité Ejecutivo». Algunos jóvenes reclutas procedentes de este círculo se convertirán rápidamente en revolucionarios profesionales, a los que se les confiaron delicados encargos conspirativos o terroristas. Pero no fue posible desencadenar una nueva oleada del movimiento estudiantil, ni suscitar huelgas y protestas. *Zemlia i volia* había podido aún integrarse en una gran agitación universitaria. *Narodnaya volia* trató vanamente de provocarla. La política de Loris-Melikov se les había adelantado. El odiado ministro de Instrucción Pública, el conde Tolstoi, representante de la reacción clasicista en las escuelas, había sido alejado en abril de 1880, sustituido por Saburov, elemento más liberal y de mentalidad más abierta. Hubo alguien que propuso atentar contra su vida, hiriendo así a un representante de la «hipócrita política» del gobierno, pero la idea se descartó con rapidez¹⁴⁶. Se decidió, en cambio, provocar un incidente, esperando suscitar un movimiento general del estudiantado. El 8 de febrero de 1881 el ministro asistía a una solemne ceremonia en la universidad de San Petersburgo. Ante un público de 4.000 personas se leyó el informe sobre las actividades académicas. En la sala resonó entonces la voz de un estudiante, L. M. Kogan-Bernstein, que gritaba: «No nos dejaremos engañar por la mentirosa política del gobierno. Nos quieren ahogar no sólo con la violencia, sino con el engaño. ¡Saburov encontrará en la *inteliguentsia* a quien la vengará!» Entre la confusión suscitada por estas palabras, el estudiante P. P. Podbel'ski se acercó al ministro y le dio un sonoro bofetón. En el público, Zheliabov, la Figner y otros *narodovol'tsy* trataban de caldear la atmósfera. Pero la manifestación sólo tuvo éxito a medias. Hubo numerosas protestas contra quienes habían perturbado la ceremonia e insultado al ministro. Quinientos estudiantes se declararon después solidarios con la idea de una protesta, pero sólo ochenta y dos se mostraron identificados con la forma que había asumido. Al narrar

estos sucesos, «Narodnaya volia» tuvo que admitir que había una fuerte corriente «bonapartista» en el mismo seno de la masa estudiantil. Tuvieron que confesar que «el sistema de Saburov, que se limita a recomendar «esperar», «tener confianza», «ser razonables», etc., había empezado a desmoralizar a los estudiantes, y había permitido que en su ambiente se impusieran los jóvenes-viejos, los oportunistas...»¹⁴⁷. Al «grupo universitario central», inspirado y dominado por los revolucionarios, empezaba a oponerse una organización de derechas, también secreta, que vigilaba los movimientos de sus adversarios y obstaculizaba todo movimiento colectivo¹⁴⁸. El apogeo de *Narodnaya volia* coincidió, pues, con una fase de pasividad y de expectativa de la agitación estudiantil, que sólo se reanudaría en los años siguientes.

Las posiciones políticas asumidas por el «Comité Ejecutivo» permitieron en cambio a los *narodovol'tsy* penetrar en un ambiente que en el decenio anterior apenas había sido tocado por la propaganda revolucionaria, o sea entre los militares.

Como se recordará, a comienzos de los años sesenta los grupos de *Zemlia i volia* pudieron contar en sus filas con jóvenes oficiales, tanto en San Petersburgo como en Moscú. El nombre de Potebnia, caído junto a los insurrectos polacos, seguía siendo símbolo del eco que las ideas de Chernyshevski y Herzen encontraron en las filas del ejército ruso. Abundaron menos los oficiales en las conjuras que se sucedieron tras el aplastamiento de la rebelión polaca. Algunos *chaikovtsy* llevaron el uniforme militar, pero la voluntad de hablar al pueblo y de mezclarse con él indujeron a aquellos jóvenes a abandonarlo pronto, liberándose así de una vida que no respondía a sus convicciones. D'yakov había hecho propaganda entre los soldados, pero no entre los oficiales. Sólo la reaparición de una situación que recordaba en muchos aspectos la de 1861-63 volvía a llevar al ejército la semilla rebelde que la tradición de los decembristas parecía rodear con el halo de una remota leyenda. La lucha contra el estado, la idea de una «conjura» que tendiera a derribar el gobierno y poner el poder en manos de los revolucionarios replanteaba en primer plano el problema de la actitud de las fuerzas armadas, destinadas a ser instrumento del absolutismo o arma de la revolución. Ya no se trataba de decir a los militares que no dispararan sobre los campesinos, de invitarlos a abandonar su carrera para solidarizarse con el pueblo, sino de tomar conciencia de cuál podría ser su función en la futura revolución política y social y de conservar el uniforme para cumplir las órdenes del «Comité Ejecutivo». El elemento técnico, científico, de las concepciones de *Narodnaya volia*, la pasión que animaba a Kibal'chich, Zheliabov y sus camaradas por las armas más modernas, por los inventos capaces de servir su causa, podía también impresionar las mentes de la oficialidad joven y atraerla a las filas de los *narodovol'tsy*.

La base de la «organización militar» la puso Zheliabov en el otoño de 1880¹⁴⁹. El núcleo central se encontraba en San Petersburgo y estaba

compuesto por N. E. Sujanov, joven oficial particularmente culto y valiente, A. P. Shtromberg y N. M. Rogachev, hermano de uno de los más típicos «peregrinos del pueblo». Formaron un grupo dependiente del «Comité Ejecutivo». El propio Zheliabov mantuvo al principio el enlace, y después Kolodkevich. Otros los ayudaron en la obra de propaganda.

Rogachev era oficial de artillería y su regimiento estaba destinado en la gobernación de Vilno, por lo que no podía contar con actuar directamente sobre su unidad. Pero los otros dos eran oficiales de marina. Shtromberg servía en Kronshtadt y Sujanov había sido apartado hacia poco de la flota para permitirle seguir cursos universitarios en San Petersburgo. Conservaba numerosos lazos con los oficiales de la base naval. Kronshtadt se convirtió rápidamente en uno de los más fuertes puntos de apoyo con que *Narodnaya volia* podía contar. Gracias a uno de los primeros oficiales de Kronshtadt introducidos en la organización, Sergei Degaev, fue posible constituir en la isla otro grupo entre los oficiales de artillería de guarnición allí. Los *narodovol'tsy* encontraron un terreno ya abonado. *Zemlia i volia* había contado con adherentes entre los oficiales de marina y había extendido su acción a diversas instituciones y academias militares. Ya en 1879 se podía contar con un centenar de marineros tocados por la propaganda, que les llegaba a través de la palabra de los oficiales. Pero precisamente este deseo de convencer a los subordinados había puesto a las autoridades en la pista de la organización. Se inició una investigación que por fin terminó con penas leves, dictadas evidentemente por la voluntad de sofocar el escándalo. *Narodnaya volia* no tenía intención de exponerse a tal peligro. Los oficiales de la organización recibieron órdenes de no hacer propaganda entre sus subordinados. Bastaba con que se comportasen humanamente con los marineros y soldados y con que demostraran ser superiores capaces. Tenían que hacerse estimar y querer, sin arriesgar en vano su posición, demasiado valiosa el día de la insurrección, cuando su ascendiente bastaría para arrastrar a sus hombres. Contaban además con el natural descontento de las tropas. N. I. Rysakov, por ejemplo, dirá en su deposición que había encontrado a menudo soldados licenciados después de la campaña de los Balcanes. «Habían resuelto por su cuenta el problema de la actual situación política en el mismo sentido que predicaba *Narodnaya volia*»¹⁵⁰.

Sujanov era optimista sobre los resultados que «la organización militar» conseguiría pronto. «Recuerdo que en una de las reuniones [poco antes del 1 de marzo de 1881] —contará más adelante la Oshanina— Sujanov expuso sus proyectos de un bombardeo de San Petersburgo por la flota de Kronshtadt. Evidentemente tenía una gran fe en sus planes y contestó a una escéptica objeción que se le hizo: 'Dad un año o dos de tiempo, y ya veréis'»¹⁵¹.

Además de en Kronshtadt, también en San Petersburgo se formó un grupo de oficiales de *Narodnaya volia*, cuyos dos mejores elementos fueron

N. G. Seniagin y A. V. Butsevich. También podía encontrarse algún *narodovolets* aquí y allá en las guarniciones de las otras ciudades rusas, aunque los grupos militares propiamente dichos de Odesa, Nikolaev y Tiflis sólo surgirán tras el 1 de marzo de 1881.

La «organización militar» desempeñará entonces un papel de primer plano en toda la historia de *Narodnaya volia*. Sustituirá prácticamente al «Comité Ejecutivo», destruido por la represión y que acabará representado únicamente por Vera Figner, que continuaba la lucha sola en una situación que más que difícil podía ser definida como desesperada. Los militares conseguirán mantener en pie todo lo que existía del partido e incluso extenderse, creando nuevos centros y afectando profundamente a algunas unidades del ejército, como por ejemplo en Tiflis. En conjunto, podemos enumerar unos sesenta oficiales de *Narodnaya volia*, sin contar naturalmente los numerosos militares a los que llegaba la propaganda y la agitación de estos activísimos elementos.

De su círculo salió también el que, con su doble juego con la policía y con sus alucinantes historias de falsas fugas, de atentados realizados para redimirse, acabará por hacer imposible toda prosecución organizada de la vida de *Narodnaya volia*. Degaev, el oficial de Kronshtadt, marcará el punto más bajo de la curva histórica del «Comité Ejecutivo», que en el atentado del 1 de marzo de 1881 encontró su punto culminante.

El núcleo inicial de la «organización militar» pagará con la vida el enérgico impulso que imprimió a la tarea de penetración en el ejército. Sujanov fue fusilado en Kronshtadt el 19 de marzo de 1882. El 10 de octubre de 1884, eran ahorcados en la fortaleza de Pedro y Pablo Shtromberg y Rogachev, tras haber sido juzgados, con la Figner, en el proceso de los catorce. Butsevich fue condenado a la *katorga* a perpetuidad en 1883, y otros muchos siguieron poco después su camino ¹⁵².

Aunque en la «organización militar» había empezado a surgir la idea de que las tropas podrían representar en la proyectada insurrección un papel de primer plano, Zheliabov ponía sus esperanzas sobre todo en las «*druzhiny*» (milicias obreras de combate). Los militares se limitarían a apoyar y seguir su movimiento ¹⁵³. Por eso atribuyó tanta importancia al trabajo de propaganda y organización en las fábricas y orientó en 1880 una parte notable de la actividad del «Comité Ejecutivo» en tal sentido ¹⁵⁴.

También en esto *Narodnaya volia* se vio forzada a navegar contra corriente ¹⁵⁵. La Unión Septentrional de los obreros rusos había sufrido un golpe en su centro y lo poco que quedaba aún en pie de la obra de Obnorski y Jalturin carecía de agresividad y de iniciativa. En cualquier caso, es sintomático el hecho de que no se acercó al *Chërny peredel*, sino que siguió a *Narodnaya volia*, encontrando en ella los elementos de lucha política que había sido la primera en escribir en su programa. La debilidad de la organización obrera y la voluntad de lucha contra el estado que

animaba a sus dirigentes hicieron que éstos se vieran rápidamente absorbidos por el partido y dedicaran gran parte de sus energías al terrorismo y la conspiración. El ejemplo de Jalturin es, naturalmente, el más significativo, pero podríamos agregar otros nombres al suyo.

A. K. Presniakov había sido uno de los más activos organizadores de grupos obreros en 1876-77 en San Petersburgo. En su casa se celebró la reunión que decidió la manifestación del 6 de diciembre de 1877 en la plaza de Nuestra Señora de Kazán; después se consagró a la lucha armada contra los espías y los provocadores. Detenido, consiguió escapar en 1878 con ayuda de Kviatkovski y Jotinski. Estuvo en el extranjero, en Francia e Inglaterra, durante un año. Al regresar, se convirtió en miembro del «Comité Ejecutivo» en el congreso de Lipetsk. Se le confió el papel de primer plano en la organización de los barrios obreros de la capital. Siempre iba armado y cuando los gendarmes lo detuvieron por la calle, el 24 de junio de 1880, respondió a tiros. El 4 de noviembre de ese mismo año era ahorcado.

P. L. Antonov, mecánico de Jarkov, había organizado una huelga en esta ciudad en 1878-79¹⁵⁶. Entró en contacto con elementos de *Narodnaya volia* en Poltava, donde trabajaba en el ferrocarril, y pasó también de la «propaganda» al «terror», convirtiéndose en uno de los más activos elementos del «Comité Ejecutivo». Será condenado a muerte en 1887, pena conmutada después por la de prisión perpetua, que pagará en Shlisselburg hasta la revolución de 1905.

Mijail Fëdorovich Grachevski también tuvo una historia similar. Hijo de un diácono de la región de Saratov, trabajó como maestro de primaria durante cierto tiempo, para hacerse después maquinista del ferrocarril. En 1873 estaba ya en la cárcel por haber leído uno de los libritos de Dolgushin. Al ser puesto en libertad entró en contacto con los *chaikovtsy* y se dedicó a la propaganda entre los obreros, trabajando durante cierto tiempo en los talleres de San Petersburgo. Encarcelado de nuevo en 1875, fue absuelto en el proceso de los ciento noventa y tres, tras muchos años de prisión preventiva. Deportado a la gobernación de Arjangel'sk, huyó en 1879 y se unió a *Narodnaya volia*, como miembro del «Comité Ejecutivo». Cuando en junio de 1882 esté de nuevo en la cárcel, narrará en sus deposiciones las experiencias que hicieron de él un revolucionario. De niño había visto a su padre «religioso hasta el fanatismo y déspota en la vida familiar», pero «queridísimo por los campesinos». Después tuvo que estudiar en un ambiente en el que la falta de medios y de libros dificultaba enormemente el acceso a la cultura. La vida de sus paisanos estaba dominada por el poder de los usureros, de los *kulaks*, «que encontraban siempre apoyo en los representantes del estado» y que por eso ganaban siempre en su lucha contra los campesinos que tenían «la fantasía» de tratar de defender sus bienes. Toda la situación del campo le había parecido «el resultado de una reforma incompleta». Pero lo que le abrió definitivamente los ojos fue su trabajo de ferroviario. «Tras largas

noches insomnes, a través de hondos sufrimientos morales, la propia vida rusa» lo había llevado a conclusiones revolucionarias. «El ferrocarril, esa perla de la industria moderna rusa, me proporcionó una gran masa de hechos para aclararme cuál era nuestra situación social y económica. Tras un trabajo forzado en los talleres y las locomotoras, a veces con un descanso de tres o cuatro horas cada veinticuatro, a pesar del cansancio», Grachevski leía y pensaba. «Ante mis ojos se alzó el telón sobre la realidad de nuestro régimen policíaco, militar, capitalista y estatal.» Participará en muchas de las más atrevidas empresas terroristas de *Narodnaya volia*, y, condenado a cadena perpetua, acabará por suicidarse quemándose vivo en una celda de la fortaleza de Shlisselburg¹⁸⁷.

Este paso de los elementos obreros más cualificados desde un primer intento de agitación sindical a la lucha política y terrorista se debía también a la situación económica en que se encontró la clase obrera en 1880. Fue un año de crisis y de paro. «En San Petersburgo los despidos eran continuos. Por cada obrero había nueve que esperaban encontrar trabajo a las puertas de las fábricas. Algunos interrumpieron la producción. La condición de los obreros sin trabajo era muy dura», dirá Rysakov en su deposición del 20 de marzo de 1881, y añadirá que por eso las plantillas se encontraron en absoluta dependencia de los patronos, sin atreverse a contradecirles ni mucho menos a hablar de huelga.

Percibían la imposibilidad en que estaban de oponerse a la explotación de los fabricantes, y al tiempo veían que los patronos no mostraban la menor contención, los agobiaban con multas, incluso sin la menor razón, oprimiéndolos vergonzosamente. Por otra parte los obreros sabían que no podían recurrir a la ley, que no había que esperar ayuda por aquel lado, dada la naturaleza de la legislación laboral¹⁸⁸.

La crisis económica, la imposibilidad de provocar huelgas contribuían a acentuar el carácter político de la acción de *Narodnaya volia* entre los obreros. Por lo demás, la concepción que se habían hecho del estado y de la sociedad en Rusia los había preparado para elegir ese camino. «En Rusia toda huelga es política», decía Zheliabov. Todo intento de separar los problemas económicos y los de la lucha contra el absolutismo resultaba absurdo a sus ojos y a los de sus camaradas. La clase obrera era en todas partes, y no sólo en San Petersburgo, sino también en las ciudades de provincia, «una capa de la población que sabía perfectamente qué régimen estaba vigente en Rusia» y que había demostrado «lo fácilmente inflamable que era». Una insurrección en la capital daría la señal del movimiento en las ciudades más pequeñas y en el campo. Los obreros actuarían porque «habían tropezado con los socialistas y estaban persuadidos ya de la idea de una vida nueva, y convencidos de

la posibilidad de realizarla». En la insurrección, su papel sería el de una *narodnaya intelligentsia*, una élite del pueblo¹⁵⁹.

El Programa de los miembros obreros del partido de «*Narodnaya volia*», publicado en 1880, sentó las bases del trabajo de organización que se pretendía desplegar en las fábricas¹⁶⁰. Se trata de uno de los documentos fundamentales del «Comité Ejecutivo». Tomaba como punto de partida el ideal socialista y populista que los *narodovol'tsy* tenían en común con *Zemlia i volia* y con el *Chërny peredel*:

- 1) la tierra y los instrumentos de trabajo deben pertenecer a todo el pueblo y todo trabajador tiene derecho a utilizarlos;
- 2) el trabajo no se debe realizar aisladamente, sino colectivamente (en *obshiny*, artes, asociaciones);
- 3) los productos del trabajo común deben repartirse entre todos los trabajadores, por decisión de éstos y según las necesidades de cada uno;
- 4) la estructura estatal ha de estar basada en un pacto federal de todas las *obshiny*;
- 5) cada *obshina* será plenamente independiente y libre en todo lo que concierne a sus asuntos internos;
- 6) cada miembro de la *obshina* será absolutamente libre en sus opiniones y su vida privada. Su libertad no estará limitada más que en los casos en que recurra a la violencia contra los miembros de su *obshina* o de alguna otra.

Insistían después sobre el trabajo colectivo, explicando que sólo así se podrían «utilizar ampliamente las máquinas, las invenciones y los descubrimientos de la ciencia», tanto en la industria como en la agricultura. Únicamente así se podría alcanzar un bienestar real y una verdadera libertad.

La libertad de la *obshina*, o sea, su derecho y el de todas las demás *obshiny* federadas a ocuparse de los asuntos del estado y a guiarlos según los deseos comunes no permitirá que se establezca una opresión estatal, hará imposible la concentración del poder en manos de los indignos que ahora arruinan al país disfrazados de gobernantes y funcionarios.

En suma, el ideal «socialista-federalista» permanecía intacto, pero no se negaba, por principio, la existencia del estado. Las comunidades de los trabajadores estaban vistas como un órgano de control democrático ejercido en permanencia sobre el nuevo aparato estatal salido de la revolución social.

La mayoría del Programa se dedicaba no tanto a pintar en sus detalles la sociedad futura, como a indicar el camino para alcanzarla.

Estamos profundamente convencidos de que tal orden social y político aseguraría el bien del pueblo, pero sabemos también por la experiencia de otros pueblos que no es posible obtener una libertad plena y una felicidad sólida de golpe y en el futuro más inmediato. Ante nosotros hay una tenaz lucha contra los gobiernos y los explotadores del pueblo, una gradual conquista de los derechos civiles.

La opresión secular, la situación en que aún se encontraban las masas, no permitiría realizar en seguida ese ideal. Lo importante era luchar día tras día para alcanzarlo.

«Consideramos que la tarea de nuestra vida estriba en ayudar al pueblo ruso a encontrar su camino hacia la libertad y una vida mejor.» Ante todo había que aclararle dónde estaban sus enemigos y quiénes eran sus amigos. La lucha debía encaminarse contra «todos los que vivían a costa del pueblo: el gobierno, los *pomeshiki*, los fabricantes, los comerciantes y los *kulaks*». Evidentemente, éstos no cederían sus posiciones sin lucha. «El pueblo obrero tendrá que contar con sus propias fuerzas; sus enemigos no lo ayudarán, con seguridad.»

Pero el pueblo puede contar siempre con un fiel aliado: el partido social-revolucionario. Los miembros de este partido proceden de todos los estamentos del estado ruso, pero consagran su vida a la causa del pueblo y piensan que todos serán libres e iguales y que se dará un orden justo sólo el día en que el país esté administrado por la clase obrera, o sea, por los campesinos y los obreros de las ciudades, porque las otras clases, aunque conquistaran la libertad y la igualdad, lo harían solamente para sí mismas y no para todo el pueblo.

Además del partido social-revolucionario, las clases trabajadoras podrán encontrar otros aliados en «algunos individuos aislados de las clases cultas», no porque éstas se preocupen por su suerte, sino porque tienen un enemigo común, la opresión estatal.

El pueblo, naturalmente, saldría ganando mucho de un debilitamiento de ésta; todos serían más libres, la mente de cada hombre funcionaría con mayor energía, la instrucción sería accesible a todos, el número de los que desean el bien del pueblo crecería y —lo que es más importante que todo lo demás— el pueblo podría organizarse y reunirse. Por eso el pueblo trabajador no debe rechazar a éstos; es una ventaja para él conseguir una ampliación de la libertad trabajando junto con ellos. Sólo es preciso que los obreros no olviden que su causa no se para ahí, que pronto será necesario

separarse de estos amigos temporales y seguir adelante, unidos sólo al partido social-revolucionario.

Como conclusión, exponía el programa político por el que era preciso pelear de inmediato:

1) el poder del zar será sustituido por un gobierno popular, o sea, por un gobierno constituido por representantes (diputados) del pueblo. Este los nombrará y los revocará... exigiéndoles cuentas de su actuación;

2) el estado ruso, dado el carácter de la población y la situación en que ésta se encuentra, se subdividirá en regiones (*oblast'*), autónomas en sus asuntos internos pero ligadas en una federación panrusa. La administración regional regulará los asuntos internos, el gobierno federal los concernientes al estado en su conjunto;

3) los pueblos anexados por la violencia al estado ruso estarán en libertad de abandonar la federación panrusa o de permanecer en ella;

4) las *obshiny* (de comarca, de pueblo, de aldea, los *arteles* de fábrica, etc.) decidirán sobre sus asuntos en asambleas de sus miembros y confiarán su ejecución a sus elegidos...;

5) toda la tierra pasará a manos del pueblo trabajador y será considerada propiedad popular (o nacional). Cada región entregará la tierra en uso a las *obshiny* o a los individuos, a condición de que la trabajen personalmente. Nadie estará autorizado a tener una cantidad mayor de la que pueda trabajar. A petición de las *obshiny* se procederá a la redistribución (*peredel*) de las tierras;

6) los talleres y fábricas se considerarán propiedad del pueblo (o de la nación) y se entregarán en uso a las *obshiny* de fábrica o de taller. Los utensilios pertenecerán a éstas últimas.

Otros artículos preveían una legislación del trabajo, fijaban las bases del sufragio universal, establecían la libertad de opinión, de religión, de reunión, de palabra, de prensa, etc. La instrucción tendría que ser gratuita y general. El ejército sería sustituido por una milicia. «Se instituirá un Banco estatal con filiales en los diversos lugares de Rusia para coadyuvar a la creación de actividades económicas industriales y agrícolas, etc., y en general para todo género de *obshiny*, *arteles* y uniones de producción y de estudio.»

El resto del *Programa* consistía en consejos prácticos para la propaganda entre los obreros, creando para ellos bibliotecas y lugares de reunión, «organizando, donde fuera necesario, huelgas contra los fabricantes, preparándolos para la lucha contra la policía y el gobierno, que siempre se ponen de parte del patrón», y sobre todo organizando grupos clandestinos.

tinios capaces de desarrollarse en «uniones obreras» propiamente dichas. «Es imposible adivinar desde ahora en qué situación tendrán que obrar éstas.» En cualquier caso, lo importante era no olvidar nunca que «para obtener lo que sea, los obreros deben constituir una fuerza capaz de oponerse al gobierno y, si hace falta, dispuesta a apoyar sus reivindicaciones con las armas. Se llegue o no a una lucha con derramamiento de sangre, es necesario preparar una fuerza, y cuanto más dispuesta esté ésta, más cederán los enemigos sin presentar batalla».

«El ataque contra los enemigos con una esperanza de victoria sólo puede ser desencadenado por todo el partido social-revolucionario, del que la organización obrera sólo constituye una parte. El partido recoge en el pueblo, en la sociedad, las fuerzas capaces de realizar una revolución, crea uniones entre los campesinos y los obreros, en el ejército y en otros estamentos.» El partido extrae de su seno una «unión de combate que ataca al gobierno, lo sacude y desorganiza, lo desconcierta, facilitando así que todos los descontentos, el pueblo, los obreros y todos los que desean su bien, se subleven y realicen una revolución general. Una vez iniciada una rebelión importante en la ciudad o en el campo, el partido debe apoyarla con todas sus fuerzas, introducir en ella sus reivindicaciones, desencadenar desórdenes parecidos en otros lugares y unir todo este movimiento en una insurrección general de toda Rusia... Para el éxito de la causa es importantísimo apoderarse de las ciudades principales y mantenerlas en nuestro poder». Por eso se proclamaría de inmediato un gobierno de trabajadores. «Los obreros seguirían atentamente la obra de este gobierno provisional y lo obligarían a actuar en favor del pueblo.» La insurrección pondría «la tierra, las fábricas y los talleres en manos del pueblo», entregando el poder a las administraciones elegidas localmente, destruyendo el ejército y sustituyéndolo con una milicia. Entonces el pueblo elegiría sus diputados para la Asamblea Constituyente. Esta se reuniría cuando la revolución se hubiera ya realizado «para sancionar las conquistas populares y fijar las leyes de toda la federación».

Si el gobierno cedía, en cambio, si otorgaba una constitución, «la acción de los obreros no debía cambiar. Habían de demostrar su fuerza, exigir grandes concesiones, debían mandar sus representantes al parlamento y, en caso de necesidad, apoyar sus reivindicaciones con manifestaciones y algaradas masivas». Presionando así al gobierno, organizando las fuerzas en lucha contra él, «el partido de *Narodnaya volia* no hará más que esperar el momento oportuno, cuando el viejo orden se muestre incapaz de resistir las exigencias del pueblo, y realizará entonces la revolución con plena esperanza de éxito».

Como se ve, las ideas del «Comité Ejecutivo» eran de una gran claridad en 1880, cuando empezó a poner en primer plano el problema de su política obrera. Partiendo de los ideales de *Zemlia i volia* había llegado a una concepción que dejaba abiertas todas las puertas a las

diversas circunstancias, confiando en su férrea voluntad de llegar a la revolución social. Una gran visión estratégica permitía una notable elasticidad táctica.

El eje de toda la política de *Narodnaya volia* era el partido social-revolucionario, que se consideraba capaz de guiar tanto a las agrupaciones naturales de los trabajadores (*obshiny*, uniones, etc.) como a los militares y las fuerzas de aliados temporales, liberales y constitucionistas, y de llevarlos a todos a una revolución política y social al tiempo.

Zheliabov vio con claridad que para hacer esto se necesitaba una base obrera. En el verano y el otoño de 1880 gran parte de su actividad se orientó a constituir un grupo de unos treinta estudiantes capaces de hacer propaganda entre los obreros, de lanzarles breves discursos, de distribuir la prensa, etc. El 15 de diciembre salía el primer número de «Rabochaya gazeta» [La gaceta obrera]; para imprimirla se había creado una tipografía clandestina especial, a cargo del obrero M. V. Teterka y de Ges'ya Gelfman, que ya había estado en contacto con las muchachas moscovitas que en 1875 se lanzaron a hacer propaganda en las fábricas de Moscú¹⁶¹. La redacción eran el propio Zheliabov, N. A. Sablin, A. S. Boreisha y algún otro. El segundo y último número salió a finales de enero de 1881. Estaba escrito en un estilo intencionadamente sencillo y popular, que recogía aún aquí y allá los métodos propagandísticos de los *chaikovtsy* (relatos de fondo social, descripciones de la dureza de la vida obrera, poesías, etc.). En el segundo número se encontraba una vivaz crónica del paro, de los despidos, de las multas y de los descuentos en las diversas fábricas de San Petersburgo. Contaba cómo la policía intervenía de continuo en las fábricas, afectando a los obreros más decididos. «El estado sentía que éstos empezaban a despertar.» Un pequeño artículo cerraba el segundo número narrando cómo la revolución había librado a los obreros franceses de los reyes y de sus peores opresores¹⁶².

Simultáneamente también el *Chërny peredel* hacía un esfuerzo propagandístico en los barrios obreros. En diciembre de 1880 salía el primer número del «Zerno» [La semilla]; el segundo circulará litografiado. Aparecerán aún cuatro números más, impresos en Minsk. El tono de este periodiquito y las ideas que en él se encontraban eran muy similares a los de la «Rabochaya gazeta»¹⁶³. Es difícil saber con exactitud qué difusión tuvo. En cuanto al periódico obrero de *Narodnaya volia*, su tirada fue limitada pero circuló ampliamente por San Petersburgo. Zheliabov y la Perovskaya confiaron, por ejemplo, un centenar de ejemplares a Rysakov, que en poco más de una semana los distribuyó todos. «Incluso en las hosterías los obreros se mostraban dispuestos a difundirlo, y a menudo lo leían en la fábrica»¹⁶⁴. La propaganda llegó a todos los barrios de San Petersburgo, consiguiendo congregarse doscientos o quizás trescientos obreros más o menos ligados con el grupo de estudiantes que se ocupaban de ellos¹⁶⁵.

Ya en 1880 comenzó un trabajo similar en Moscú. Desde 1875 los grupos obreros de la ciudad eran escasos y dispersos, y en general el movimiento revolucionario permanecía en sordina. Los intentos de Obnorski y de la Unión Septentrional habían resultado casi infructuosos. La recuperación fue obra del grupo de *Narodnaya volia*, organizado por Pëtr Abramovich Tellalov desde mediados de 1880. Un año después lo sustituyó Jalturin. A finales de 1881 se imprimirá en Moscú un tercer número de la «*Rabochaya gazeta*». La organización podía contar entonces con unas treinta bases fijas y un centenar, aproximadamente, de adherentes. A comienzos de 1882 la represión destrozaba la red de «puntos» obreros que habían conseguido extender por los diversos barrios de la ciudad. En el centro se hallaban algunos elementos del «Comité Ejecutivo», entre ellos la Oshanina. El grupo se hizo tan fuerte que se convirtió en el segundo después del de San Petersburgo. Poco antes del 1 de marzo de 1881 Zheliabov ponía todas sus esperanzas en Moscú y contaba con que de allí partiría la recuperación tras las inevitables pérdidas que provocaría el atentado entre las filas revolucionarias.

La Figner y N. N. Kolodkevich fueron los primeros organizadores del grupo obrero de Odesa. «En aquella época existían aún en las fábricas y talleres obreros educados por Zaslavski», el fundador de la primera Unión Meridional. También en Odesa se trataba sobre todo de recoger los hilos de un trabajo iniciado, de ampliarlo luchando contra las adversas condiciones económicas. En 1880 el grupo obrero pasó a manos de Mijail Nikolaevich Trigoni, nacido de familia rica y culta, de origen griego. Su padre era militar. Su madre, hija de un almirante, «desde joven había tenido siempre ideas liberales. En su álbum de recuerdos ocupaban un lugar de honor las fotografías de Herzen y Garibaldi». Mijail Nikolaevich entabló amistad en la escuela con Zheliabov, y en 1875 empezó a hacer propaganda. Entró a formar parte de *Narodnaya volia* y se consagró a los contactos con la clase culta. Ahora se le confiaba el grupo obrero de su ciudad. Llamado a San Petersburgo en febrero de 1881, será detenido y tendrá que pagar con veinte años de trabajos forzados¹⁶⁶.

En su trabajo entre los obreros, *Narodnaya volia* tropezaba en Kiev con la tarea de quienes habían conseguido devolver vida a la Unión Meridional, con Shedrin, la Koval'skaya y sus partidarios. A la idea de orientar el terrorismo únicamente contra «el centro», contra el zar y el estado, éstos contraponían su concepción de un «terrorismo económico», de un «terrorismo de fábrica», dirigido contra los inmediatos enemigos y explotadores del pueblo. La tradición de los «revoltosos», el economicismo del *Chërny peredel*, la vivacidad de las masas obreras contribuían a mantener en pie en Kiev esta oposición a la concepción absolutamente «política» del «Comité Ejecutivo». En los años siguientes *Narodnaya volia* se enfrentará continuamente contra esta desviación «económica» de su

línea de conducta y —según los casos y los momentos— tratará de luchar con ella o de reabsorberla.

No se trataba, por lo demás, sino de uno de los aspectos de la oposición que el «Comité Ejecutivo» tuvo que superar en todas partes para imponer a los «grupos obreros» su voluntad, creciente y exclusivamente orientada en sentido terrorista. Durante los últimos meses de 1880 y los primeros de 1881, el dilema que se le planteaba a Zheliabov y a sus compañeros se agudizó y se hizo más trágico. La propaganda entre los obreros daba buenos resultados, pero siempre lentos e insignificantes comparados con la inmensidad de las tareas que les esperaban. Distraer medios, energías y elementos para continuar por este camino significaría renunciar a la meta fundamental del «Comité Ejecutivo», la muerte del zar, o retrasar por lo menos la ejecución del atentado. Las fuerzas de que disponía eran limitadas y estaban en continuo peligro. Tenían que ser lanzadas íntegramente a realizar aquel acto, que podría abrir las puertas a un movimiento más amplio, crear una brecha sin la que todo el movimiento revolucionario corría el riesgo de quedar apresado por las condiciones objetivas dentro de las que se veía obligado a actuar.

Decidieron cerrar la tipografía donde se imprimía la «Rabochaya gazeta». Sablin y la Gel'fman dirigirían uno de los refugios clandestinos necesarios para organizar el atentado. Zheliabov y la Perovskaya concentrarían su actividad en la preparación del golpe. En Moscú, Tellalov estaba convencido de que no había que tocar al zar hasta el día en que se pudiera disponer de una fuerza capaz de sublevarse, de una organización que pudiera utilizar el desbarajuste causado por las bombas. Jalturin estaba continuamente dividido entre su voluntad terrorista y su trabajo de organizador obrero, y se desahogaba diciendo que los intelectuales lo obligaban a empezar cada vez de nuevo después de los atentados, y las graves pérdidas que éstos entrañaban. «¡Si nos dejaran un poco de tiempo para reforzarnos!», decía siempre, para verse después asaltado también él por la sed de acción inmediata que impulsaba a sus camaradas al terrorismo y que lo llevará a él al cadalso. Trigoni tuvo que abandonar Odesa para ir a discutir a San Petersburgo el problema del golpe decisivo, y fue detenido inmediatamente después.

La acción de los «grupos obreros» de *Narodnaya volia* quedó, en resumen, subordinada a la ejecución del plan político expuesto en el «Programa». Ya había encontrado un límite en la situación de la clase obrera rusa en 1880, y la voluntad del «Comité Ejecutivo» le impuso un período de detención, orientando las mejores fuerzas hacia el golpe al centro.

La voluntad de llegar por fin a una conclusión era tanto más fuerte cuanto que habían fracasado otros dos atentados después de la explosión de dinamita de Jalturin en el Palacio de Invierno.

En la primavera de 1880 la Perovskaya y Sablin habían marchado hacia Odesa —provistos, naturalmente, de papeles falsos—, donde abrie-

ron una tienda en una de las calles principales de la ciudad, la Gran Vía de Italia, viviendo allí durante los meses de abril y mayo. Cuando la dinamita estuvo preparada, empezaron a excavar en la trastienda una galería que debería saltar el día que por allí pasara el emperador. Sabían que Alejandro II estaría pronto de paso por Odesa, pero llegó antes de lo que habían previsto. Tuvieron que abandonar el trabajo sólo tres días después de iniciarlo. La policía sólo se enteró de estos preparativos mucho más adelante, cuando la mayoría de quienes participaron en ellos estaban muertos o en la cárcel¹⁶⁷.

En el verano de 1880 se proyectó hacer saltar un puente por el que pasaba habitualmente el emperador cuando se dirigía a tomar el tren para Tsarkoe Selo desde el Palacio de Invierno. Dos *puds* de dinamita, envuelta en gutapercha, se dejaron deslizar desde una barca hasta el fondo del canal. Zheliabov tendría que prender la chispa, con ayuda del obrero Teterka. El día fijado éste faltó a la cita, al parecer por la sencilla razón de que «no tenía reloj». Alejandro II se había marchado mientras tanto a Crimea y el intento no pudo repetirse. Trataron en vano de volver a pescar la dinamita, que se quedó en el canal hasta que la recuperó la policía un año después; se comprobó que la mecha estaba tan bien puesta que aún era utilizable, perfectamente seca. Isaev, Langans, Baranikov y Presniakov habían colaborado en la organización del fallido atentado¹⁶⁸.

También esta vez, como en el invierno de 1879-80, los golpes habían fracasado, pero no hubo detenciones. La audacia parecía hacerlos invulnerables. Las pérdidas no se derivaban de su actividad terrorista, sino del desgaste cotidiano de la lucha.

A finales de mayo fueron juzgados once de sus compañeros de *Zemlia i volia*, entre ellos algunos de los que pusieron en marcha la recuperación del movimiento después de 1875: Oboleshev, Olga Natanson, Adrian Mijailov, Troshanski, la Kolenkina, el doctor Veimar (que organizó la fuga de Kropotkin), etc. Oboleshev y Mijailov fueron condenados a muerte, pena conmutada después por la de trabajos forzados a perpetuidad. Largos años de *katorga* esperaban a todos los demás, salvo a Olga Natanson, que pronto morirá tísica. Como observaba justamente el «Listok Narodnoi volii», se quiso castigar así más unas opiniones que unos hechos, lo cual demostraba lo limitado del «liberalismo» del dictador Loris-Melikov.

En julio, veintiuna personas comparecieron ante el tribunal militar de Kiev. Dos revolucionarios, M. R. Popov e I. K. Ivanov, fueron condenados a muerte para ser luego indultados, mientras que los demás recibieron quince o veinte años de *katorga*, conmutados en algunos casos por penas menores. En general se trataba de elementos a medio camino entre *Narodnaya volia* y *Chërny peredel*, caídos en las redes de Sudeikin, el polizón más hábil con que contaba el Ministerio del Interior. El movimiento en Kiev no había quedado desarticulado, pero en este caso,

igual que en San Petersburgo, se cerraba una época con este proceso. Ivanov morirá en Shlisselburg, Popov saldrá sólo en 1905¹⁶⁹.

El 25 de octubre empezó a celebrarse en la capital el proceso llamado de los dieciséis. Hubo cinco condenas a muerte y se ejecutaron dos de ellas. Kviatkovski y Presniakov fueron ahorcados en la fortaleza de Pedro y Pablo el 4 de noviembre de 1880. Para Shiriaev, también activista de primera fila, la conmutación de la pena significó sólo un año de agonía en el bastión de Alejo. Allí morirá el 18 de agosto de 1881¹⁷⁰.

El primer número de «Narodnaya volia» que pudo publicarse tras la caída de la imprenta se abría con el anuncio del ahorcamiento de los dos compañeros «socialistas-revolucionarios». El breve comentario era una declaración de guerra. Nunca habían creído en una política más liberal de Loris-Melikov. Y éste los desafiaba ahora ahorcando a los miembros del «Comité Ejecutivo» caídos en sus manos. «¡Hermanos!, no os dejéis asaltar por la voluntad de venganza. Seguid un razonamiento calculado, salvad y acumulad las fuerzas, la hora del juicio no está lejos»¹⁷¹. El proceso de los dieciséis será una de las razones —y no de las menores— que llevarán al «Comité Ejecutivo» a centrar todas sus fuerzas para matar al zar.

El 28 de noviembre de 1880 caía Aleksandr Mijailov, la mejor cabeza política de *Zemlia i volia*, quien sentó las bases de la *Narodnaya volia* y encarnó moral y técnicamente el espíritu de todo el movimiento revolucionario a finales de los años setenta. Entró en un fotógrafo de la Perspectiva Nevski para encargar fotografías de sus compañeros ajusticiados, Kviatkovski y Presniakov. El dueño de la tienda era agente de policía. Su mujer, cuando vio las dos fotografías, miró asombrada al cliente y le echó las dos manos al cuello, como para decirle que también lo ahorcarían a él. Cuando Mijailov contó el extraño asunto a sus camaradas, éstos le reprocharon que arriesgara su vida por unas fotografías y lo exhortaron a dejarlas donde estaban. Pero al día siguiente no pudo resistir, entró en la tienda y fue detenido. El hombre que había enseñado la técnica de la conspiración a todos caía por una imprudencia. Aquel duro organizador murió por honrar la memoria de dos compañeros caídos.

El 25 de febrero de 1882 fue condenado a muerte. El 17 de marzo Alejandro III le conmutó la pena por trabajos forzados a perpetuidad. Pero Mijailov no verá Siberia. El ministro del Interior propuso y el zar ordenó que se le encerrara de por vida en la fortaleza de Pedro y Pablo. Allí morirá el 18 de marzo de 1884.

Inmediatamente antes del proceso escribía cartas a sus camaradas en las que les decía: «No os dejéis asaltar por el deseo de vengar o liberar a los compañeros... No os dejéis asaltar por hermosas teorías. En Rusia no hay más que una única teoría: conquistar la libertad para tener la tierra.» Y agregaba: «Sólo hay un camino: disparar al centro»¹⁷².

Notas al capítulo 21

¹ Sobre él: N. Shil'der, *Graf Eduard Ivanovich Tottleben. Ego zhizn' i deyatel'nost'*. Biograficheski ocherk [El conde E. I. Tottleben. Su vida y su obra. Ensayo biográfico], Spb. 1882.

² La obra fundamental sobre todo este período es la de P. A. Zayonchkovski, *Krizis samoderzhaviya na rubezhe 1870-1880-ch godov* [La crisis de la autocracia en el límite entre los años setenta y ochenta], M. 1964. Véase también M. I. Jeifets, *Vtoraya revoliutsionnaya situatsiya v Rossii (konets 70-j-nachalo 80-j godov XIX veka). Krizis pravitel'stvennoi politiki* [La segunda situación revolucionaria en Rusia (final de los años setenta-comienzos de los años ochenta del siglo XIX). La crisis de la política del gobierno], M. 1963. (Cfr. las justas críticas del primero de estos autores respecto al segundo, pp. 54 y ss.)

³ S. S. Tatishev, *Imperator Aleksandr II. Ego zhizn' i tsarstvovanie* [El emperador Alejandro II. Su vida y su reinado], Spb. 1903, vol. II, p. 606, y Zayonchkovski, *op. cit.*, pp. 98 y ss.

⁴ Tatishev, *op. cit.*, p. 613.

⁵ «Narodnaya volia», núm. 1, 1 de octubre de 1879, en *Literatura partii «Narodnoi Voli»* [Literatura del partido «La Voluntad del Pueblo»], M. 1907, p. 23.

⁶ *Literatura partii «Narodnoi volii» cit.*, p. 29. Durante el trayecto de la prisión a la horca, en las carretas, los condenados trataron de gritar a la muchedumbre que morían por el pueblo. Antes de que le colocaran el capuz de los ahorcados, Bil'chanski consiguió decir: «¡Viva la revolución! ¡Viva el pueblo pobre!»

⁷ *Op. cit.*, p. 8. Cfr. A. Semenov, *Salomon Vittenberg (Materialy i biografiya)* [S. Vittenberg (Materiales y biografía)], en «Byloe», 1925, fasc. VI. Había nacido en 1852 en una familia de judíos pobres; al acabar los estudios marchó durante cierto tiempo a Viena. En 1877 pasó tres meses encarcelado en Nikolaev, por propaganda entre los marineros. Al salir, trabajó como obrero en Odesa y participó en las manifestaciones del proceso Koval'ski. «Esa terrible noche me quedé todo el tiempo en la calle. Noche terrible, pero hermosa...»

⁸ *Ibid.*, núm. 5, 5 de febrero de 1881, p. 182. S. Yastremski, D. A. Lizogub (*Tri vstrechi*) [D. A. Lizogub (Tres encuentros)], en «Katorga i ssylka», 1924, fasc. IV; E. Jir'yakova, *Vospominaniya i nekotorye svedeniya o Dmitrii Andreevich Lizogube* [Recuerdos y algunas noticias sobre D. A. Lizogub], en «Zven'ya», 1923, fasc. I.

⁹ A. P. Pribyleva-Korba y Vera N. Figner, *Narodovolets Aleksandr Dmitrievich Mijailov* [A. D. Mijailov, de «La Voluntad del Pueblo»], L. 1925, p. 131.

¹⁰ P. L. Lavrov, *Narodniki-propagandisty 1873-77 godov* [Populistas-propagandistas de los años 1873-77], en «Materialy dlia istorii russkogo sotsial'norevoliutsionnogo dvizheniya», Ginebra 1895, fasc. X, p. 75.

¹¹ M. F. Frolenko, *Sobranie sochineni, v dvuj tomaj, pod redaktsiei i s primечaniami I. A. Teodorovicha* [Obras en dos volúmenes, edición y notas de A. I. Teodorovich], M. 1932, vol. II, p. 33.

¹² «Narodnaya volia», núm. 3, 1 de enero de 1880, *op. cit.*, p. 105. Zayonchkovski, *op. cit.*, p. 92, da las cifras de la represión de los «generales-gobernadores»: de abril a diciembre de 1879, 16 ajusticiados; de abril de 1879 a julio de 1880, 575 deportados, de los cuales 130 a Siberia, etc.

¹³ V. A. Tvardovskaya, *Vtoraya revoliutsionnaya situatsiya v Rossii i bor'ba «Narodnoi volii»* [La segunda situación revolucionaria en Rusia y la lucha de «La Voluntad del Pueblo»], en *Obshestvennoe dvizhenie v poreformennoi Rossii. Sbornik statei k 80-letiyu so dnia rozhdeniya B. P. Koz'mina* [El movimiento social en Rusia después de la reforma de 1861. Colección de artículos para el ochenta cumpleaños de B. P. Koz'min], M. 1965, pp. 61 y ss.; S. S. Volk, *Narodnaya Volia. 1879-1880* [La Voluntad del Pueblo. 1879-1880], M.-L. 1966, pp. 85 y ss., y V. A. Tvardovskaya, *Sotsialisticheskaya mysl' Rossii na rubezhe 1870-1880-j godov* [El pensamiento socialista en el tránsito de los años setenta a los años ochenta], M. 1969, páginas 46 y ss.

¹⁴ Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 135.

¹⁵ *Revoliutsionnaya zhurnalistika semidesiatykh godov, pod red. B. Bazilevskogo* [El periodismo revolucionario de los años setenta. Edición de B. Bazilevski], París 1905, pp. 399 y ss.

¹⁶ Nikolai Morozov, *Povesti moei zhizni. Redaktsiya, vstupitel'naya stat'ya i primechaniya I. A. Teodorovicha* [Relatos de mi vida. Edición, introducción y notas de I. A. Teodorovich], M. 1933, vol. IV, p. 284. Sobre Shiriaev, cfr. R. M. Kantor, *Autograficheskaya zapiska Stepana Shiriaeva* [Nota autobiográfica de S. Shiriaev], en «Krasny arjiv», 1924, fasc. VII, que publica su deposición. Hijo de un sirviente de la región de Saratov, empezó siendo partidario de las ideas de Pisarev, «nihilista». Pero no tardó en abandonarlas, «porque percibí su falsedad y su estrecho egoísmo y vi la obligación moral en que me encontraba de ser un miembro útil de la sociedad». Siguió también él toda la evolución espiritual de su generación, ayudado por la lectura de Dobroliubov, Flerovski y Chernyshevski. También «estuve a punto de marchar a Servia como voluntario». En Suiza, en contacto con la emigración, se alineó de parte de los bakuninistas, contra Lavrov y sobre todo contra la nueva redacción del «Vpered» y los lavristas petersburgueses, que confiaban solamente en la propaganda y en la evolución histórica de la economía rusa. «Fueron los anarquistas suizos quienes por primera vez hablaron de la *propagande par le fait*». Sobre sus relaciones con Lavrov, véanse sus cartas a éste, de mayo-octubre de 1878, publicadas por V. L. Burtsev en «Golos minuvshago na chuzoi storone», 1927, fasc. V, donde expone su programa de acción antes de regresar a Rusia: «Luchar contra los dueños de las fábricas, los *pomeshiki* y los *kulaks* en la aldea, contra los polizontes, los jueces, los indiferentes... estar a la cabeza de quienes son insultados por el zar y los señores, a la cabeza de los obreros, reducidos a la desesperación por deseo del patrono; estar a la cabeza de los hombres de las sectas religiosas...» Programa típico de un *narodnik* de *Zemlia i volia*. Pero le bastó con llegar a San Petersburgo para dejarse atraer por el trabajo terrorista y ponerse incluso a la cabeza de los defensores de esta táctica.

¹⁷ M. R. Popov, *Zapiski zemlevoľ'tsa, pod red. I. A. Teodorovicha* [Recuerdos de un miembro de «Tierra y Libertad», edición de I. A. Teodorovich], M. 1933, página 200.

¹⁸ *Ibid.*, p. 222. Cfr. S. Valk, *Autobiograficheskoe zayavlenie A. A. Kviatkovskogo* [Deposición autobiográfica de A. A. Kviatovski], en «Krasny arjiv», 1926, fascículo I. Procedía de Tomsk, en Siberia, y era primo de la mujer de Bakunin.

¹⁹ Popov, *Zapiski zemlevoľ'tsa cit.*, p. 94.

²⁰ Nikolai Ivanovich Kibal'chich, Ginebra 1882, 1899², p. 6. Cfr. N. I. Kibal'chich. Red. F. Delova, N. Maksimova. S. Nechetnogi i A. Rudina [N. I. Kibal'chich. Edición de F. Delov, N. Maksimov, S. Nechetnoga y A. Rudin], Spb. 1906. Sus deposiciones están publicadas en «Byloe», 1918, fasc. X-XI.

²¹ Vera Figner, *Zapechatlenny trud* [Tarea terminada], M. 1933, vol. I, p. 132.

²² Es una de las poquísimas personas pertenecientes a este grupo que sobreviviéron a la represión contra *Narodnaya volia*; escribió algunos artículos de memorias, entre ellos *Iz dal'ekogo proshlogo. Iz vospominani i pokusheniy na Aleksandra II* [Del lejano pasado. De los recuerdos sobre los atentados contra Alejandro II], en «Katorga i ssylka», 1924, fasc. I.

²³ Vera Figner, Grigori Prokof'evich Isaev, en «Golos minuvshago», 1917, fascículos IX-X.

²⁴ No es fácil reconstruir la evolución de Tijomirov, sobre todo a causa de que él mismo ha enredado las pistas en sus recuerdos o, mejor dicho, apuntes para unas memorias que pretendía escribir, redactados cuando se había convertido en un reaccionario y un violento polemista contra todos los ideales de su juventud. Queda en pie el hecho de que el artículo de fondo del último número de «Zemlia i volia!» es suyo. No tiene una entonación terrorista, en el sentido político que esta palabra tomaría pronto. Hablaba de terrorismo económico, no de «golpe al centro». Lo escribió, es cierto, para sustituir un proyectado artículo de Plejanov, aún más alejado que él de la nueva tendencia. Pero aún no había dado el paso decisivo. Se limitaba, como siempre, a expresar posiciones que aceptaba, más que crearlas. Pero continuando por este camino se llegó a encontrar al lado de los fundadores de *Narodnaya volia*. Este paso sin lucha interna, dado más por influencias externas que por una transformación autónoma, está confirmado por lo que dice V. Figner: «Tijomirov era un hombre sin voluntad ni carácter.» Precisamente eso, unido a su indudable inteligencia, le permitió reflejar, mejor que nadie, el estado de ánimo general. Lev Tijomirov, *Vospominaniya, pod redaktsiei V. I. Bevskego. Vstupitel'naya stat'ya V. N. Figner* [Memorias, edición de V. I. Nevski. Introducción de V. N. Figner], M.-L. 1927, pp. XXXVI y 120; D. Kuz'min (seudónimo de E. E. Kolosov), *Narodovol'cheskaya zhurnalistika. S posleslovиеm V. Figner* [El periodismo de «La Voluntad del Pueblo». Con una nota final de V. Figner], M. 1930, p. 214 (para la atribución a él del editorial del número 5 de «Zemlia i volia!»).

²⁵ Frolenko, *Sobranie sochinenii* cit., vol. II, pp. 13-14. Sobre él, véase V. N. Figner, *Narodovol'ts A. I. Barannikov v ego pis'maj* [A. I. Barannikov, de la «Voluntad del Pueblo», en sus cartas], M. 1935.

²⁶ Frolenko, *Sobranie sochinenii* cit., vol. II, p. 14.

²⁷ Se la encuentra en las memorias y documentos de la época con los nombres más diversos. Su nombre de soltera era María Nikolaevna Olovennikova, que se transformó después, por su matrimonio y por razones conspirativas, en Oshanina, Barannikova, Koshurnikova. Cuando emigró a París vivió bajo el nombre de Marina Nikanorovna Polonskaya. Las notas redactadas por ella sobre la historia de *Narodnaya volia* y publicadas con el título *Pokazaniya. K istorii partii Narodnoi Voli* [Deposiciones. Para una historia del partido de «La Voluntad del Pueblo»], en «Byloe», 1907, fasc. VI, constituyen un interesante documento sobre sus ideas políticas, amén de una fuente importante para la historia de todo el movimiento.

²⁸ A. Yakimova, *Pamiati Natal'i Nikolaevny Oovennikovoi* [En recuerdo de M. N. Olovennikova], en «Katorga i ssylka», 1925, fasc. I.

²⁹ D. Footman, *Red prelude. A Life of A. I. Zhelyabov*, Londres 1944.

³⁰ P. P. Semeniuta, *Iz vospominani ob A. I. Zheliabove* [De los recuerdos sobre A. I. Zheliabov], en «Byloe», 1906, fasc. IV.

³¹ V. N. Pismaya, *Studencheskie gody Zheliabova* [Los años estudiantiles de Zheliabov], en «Byloe», 1906, fasc. IV.

³² En 1873 Zheliabov asombró al joven Aksel'rod y a otros *chaikovtsy* de Kiev diciéndoles que «para un revolucionario tenía muy poca importancia la profesión. Se podía ser médico, profesor, etc.». «Yo no estaba de acuerdo —agrega Aksel'rod—, considerando que una posición privilegiada, aunque fuera una actividad docente, no nos ayudaría a acercarnos al pueblo, sino que, al contrario, nos alejaría de él, debilitando al mismo tiempo nuestro estado de ánimo revolucionario.» P. B. Aksel'rod, *Perezhitoe i peredumannoe* [Cosas vividas y repensadas].

³³ Véase una descripción detallada de este ambiente en I. P. Belokonski, *Dan' vremeni. Vospominaniya* [El tributo del tiempo. Recuerdos], M. 1918, pp. 83 y ss.

³⁴ Carta del 12 de mayo de 1880, publicada por el propio Dragomanov, con alguna leve modificación (debida a razones conspiratorias) y reproducida íntegramente sobre el original en edición de L. Peretts, en «Zven'ya», 1935, fasc. 5.

³⁵ Sobre este período de su vida, particularmente interesante resulta M. Dragomanov, *K biografii Zheliabova* [Para una biografía de Zheliabov], en *Sochineniya* [Obras], París, vol. II.

³⁶ V. N. Pislava, *K biografii Zheliabova (Materialy doznaniya po delu 193-j)* [Para una biografía de Zheliabov (Materiales sobre la instrucción de la causa de los 193)], en «Katorga i ssylka», 1924, fasc. IV.

³⁷ *Delo 1-go marta 1881 g. Protsees Zheliabova, Perovskoi i dr. (Pravitel'stvennyy otchet)*. So stat'ei i primechaniyami L'va Deicha [El asunto del 1 de marzo de 1881. El proceso de Zheliabov, la Perovskaya y los otros (Informe oficial). Con un artículo y notas de Lev Deich], Spb. 1906, p. 92.

³⁸ Frolenko, *Sobranie sochineniy* cit., vol. II, pp. 16-17.

³⁹ Sobre la voluntad de Zheliabov de unir estrechamente la lucha social con la política, véase el interesante testimonio de Aksel'rod, *op. cit.*, vol. I, p. 320.

⁴⁰ Sh. M. Levin, «Chërny peredel' i problema politicheskoi bor'by» [«La distribución negra» y el problema de la lucha política], en *Voprosy istorii sel'skogo khozyaystva, krest'yanstva i revoliutsionnogo dvizheniya v Rossii*. *Sbornik statei k 70-letiyu akademika Nikolaya Mijailovicha Druzhinina* [Problemas de historia de la agricultura, de los campesinos y del movimiento revolucionario en Rusia. Colección de artículos para el setenta cumpleaños del académico N. M. Druzhinin], M. 1961, páginas 241 y ss. Los documentos políticos del movimiento están en *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka. Sbornik dokumentov i materialov v dviy tomaj* [El populismo revolucionario de los años setenta y ochenta del siglo XIX. Colección de documentos y materiales en dos volúmenes], vol. II, M.-L. 1965, edición de S. S. Volk, pp. 137 y ss. Véase E. R. Ol'jovski, *Iz istorii «Chernogo peredela» (1879-1881 gg.)* [De la historia de la «Distribución negra»], en *Obshestvennoe dvizhenie i poreformnoi Rossii* cit., p. 124 y ss.

⁴¹ Un característico esquema programático de un grupo de «rurales» (los de Tambov: L. N. Gartman, M. V. Debel', Aptekman, Tishenko) se ha publicado en B. P. Koz'min, *K istorii «Zemli i Voli» 70-j godov* [Para una historia de «Tierra y Libertad» en los años setenta], en «Krasnyy arxiv», 1926, fasc. VI.

⁴² Esta contraposición polémica y táctica de «rurales» y «ciudadanos» fue adoptada más adelante por Plejanov como criterio histórico para entender la lucha interna que dividió a *Zemlia i volia*, corriendo así el riesgo de falsear el fondo del debate. Véase, por ejemplo, el prefacio que le puso a la traducción rusa de Alphons Thun, *Geschichte der revolutionären Bewegungen in Russland*, publicada en Ginebra en 1906. Cfr. Sh. M. Levin, G. V. Plejanov *kak istorik revoliutsionno-narodnitskogo dvizheniya 70-j godov* [G. V. Plejanov como historiador del movimiento revolucionario populista de los años setenta], en *Voprosy istoriografii i istochnikovedeniya istorii SSSR. Sbornik statei* [Problemas de historiografía y crítica de las fuentes de la historia de la URSS. Colección de artículos], M.-L. 1963, pp. 20 y ss.

⁴³ Una interesante discusión en torno a estas reuniones surgió mucho después, cuando los pocos participantes que sobrevivieron a la horca o a la cárcel pudieron escribir sus evocaciones y sus recuerdos. M. R. Popov, «*Zemlia i Volia*» *nakanune Voronezhskogo s'ezda* [Tierra y Libertad» en vísperas del congreso de Voronezh], en «Byloe», 1906, fasc. VIII, reproducido en *Zapiski zemle vol'tsa* cit., pp. 191 y ss.; N. A. Morozov, *Vozniknovenie «Narodnoi volii» (Iz vospominani o Lipetskoi i Voronezhskoi s'ezday)* [Los orígenes de «La Voluntad del Pueblo» (De mis recuerdos sobre los congresos de Lipetsk y Voronezh)], en «Byloe», 1906, fasc. XIII, reproducido, con algún agregado, en *Povesti moei zhizni* cit., vol. IV, pp. 267 y ss.; M. F. Frolenko, *Kommentarii k stat'e Vozniknovenie «Narodnoi Voli»* [Comentarios al artículo (de N. A. Morozov, recién citado) «El origen de «La Voluntad del Pue-

blo']», en «Byloe», 1906, fasc. XII, y *Lipetski i Voronezhski s'ezdy* [Los congresos de Lipetsk y Voronezh], en «Byloe», 1907, fasc. I, reproducidos en *Sobranie sochineni* cit., vol. II, pp. 9 y ss.

⁴⁴ Morozov, *Povesti moi zizni* cit., vol. IV, p. 285. Ha examinado de nuevo el problema de la fecha y del origen de estos documentos S. S. Volk, *Programnye dokumenty «Narodnoi Voli» (1879-1882 gg.)* [Los documentos programáticos de «La Voluntad del Pueblo»], en *Voprosy istoriografii i istochnikovedeniya* cit., páginas 375 y ss. Sobre la base de todas las fuentes de memorias y sobre la de las deposiciones de Kviatkovski y Shiraev. llega a la conclusión de que el programa aceptado en Lipetsk se basaba ante todo en la decisión de luchar en el plano político por la conquista de un poder popular y de la libertad. El medio era el terrorismo. «Derribar el despotismo», éste era el programa que unía a aquel grupo de revolucionarios.

⁴⁵ Recogidos de memoria, con graves inexactitudes, por Morozov, los ha publicado luego sobre un original que cayó en 1882 en manos de la policía B. I. Nikolaevski, *Ustav Iсполnitel'nogo Komiteta «Narodnoi volii»* [El estatuto del Comité Ejecutivo de «La Voluntad del Pueblo»], en «Na chuzoi storonc», 1924, fasc. VII. Fue redactado por Morozov y completado por Mijailov, Kviatkovski, Zheliabov y Tijomirov. Después fue confirmado, sin aportar modificaciones, en el momento de la formación de *Narodnaya volia*; hay una amplia discusión sobre este programa en Volk, *Narodnaya Volia* cit., pp. 253 y ss. Véase su reproducción en *Revolutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka* cit., vol. II, pp. 200 y ss. En ambos trabajos S. S. Volk rechaza las dudas sobre la autenticidad del documento expresadas por la Tvardovskaya. Queda en pie el hecho de que se trata de un documento de unos meses después, modelado con toda probabilidad sobre el estatuto aceptado en Lipetsk.

⁴⁶ Frolenko, *Sobranie sochineni* cit., vol. II, p. 21.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 46.

⁴⁸ Morozov, *Povesti moi zizni* cit., vol. IV, pp. 290-91.

⁴⁹ Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 135.

⁵⁰ A las memorias antes citadas sobre Lipetsk hay que agregar: Figner, *Zapechatlennyi trud* cit., vol. I, pp. 132 y ss. Véase V. A. Tvardovskaya, *Voronezhski s'ezd zemlevoľtsev* [El congreso de Voronezh de los miembros de «Tierra y Libertad»], en «Nauchnye doklady vysshey shkoly. Istoricheskie nauki», 1959, núm. II.

⁵¹ En torno a esta lista persisten algunas divergencias en las distintas fuentes, aunque desde luego no tan grandes como para cambiar el carácter de dicha reunión.

⁵² Figner, *Zapechatlennyi trud* cit., vol. I, p. 134.

⁵³ Andrei Ivanovich Zheliabov, Londres 1882. Plejanov, en su prefacio a la citada traducción rusa de la obra de A. Thun, afirma que este opúsculo es de Tijomirov. Agrega incluso que el librito fue aprobado para la prensa por el «Comité Ejecutivo», es decir, por lo que quedaba de él después de las detenciones de 1881. Ha sido reproducido en sus partes esenciales en «Byloe», 1906, fasc. VIII.

⁵⁴ V. Figner dio una interpretación distinta de esta discusión de Voronezh, atribuyendo la actitud de Zheliabov a su inexperiencia del ambiente en el que entonces había entrado. Nos parece probable que hubiera en sus palabras, más o menos claramente, el núcleo de un enfoque político fundamental, que Zheliabov desplegó luego en toda su actuación.

⁵⁵ *Arhiv «Zemli i Voli» i «Narodnoi Voli»* [Archivo de «Tierra y Libertad» y de «La Voluntad del Pueblo»], M. 1930.

⁵⁶ «Era un elemento sumamente típico de los años sesenta.» El sentido del deber para con el pueblo, los problemas de la emancipación del individuo en general y los de la mujer en particular constituían el centro de su personalidad. Hija de un pequeño noble ignorante y provinciano, había ido a estudiar a Moscú, donde empezó a participar en el movimiento revolucionario desde la época de los grupos de Ishutin y Karakozov. Después estuvo en Ginebra, trabajando en la tipografía de los emigrados. Tras su regreso, fue condenada a la deportación en el proceso de los partidarios de Nechaev. Pero siguió siendo siempre una «propagandista». Véase E. K. Breshko-

Breshkovskaya, *Iz vospominani* [De mis recuerdos], en «Golos minuvshago», 1918, fascículos X-XII.

⁵⁷ Quien ideó este golpe fue Fëdor Yurkovski, uno de los más audaces y pintorescos «revoltosos» del sur. Con el nombre de «Sasha-ingeniero» se hizo legendario en aquel período por su valor y habilidad. Escribió él mismo, en los trabajos forzados, el relato de esta empresa suya: *Podkop pod Jersonskoe kaznacheistvo* [La excavación bajo la tesorería de Jerson], que se publicó en «Byloe», 1908, fasc. VII. Froienko, que tomó parte en la empresa, agregará entonces sus recuerdos, publicados en el mismo número de la revista y reproducidos en *Sobranie sochineni* cit., vol. I, páginas 288 y ss. Sobre «Sasha-ingeniero», véanse las cuidadas notas de E. E. Kolosov a la edición a su cargo de la novela autobiográfica escrita por Yurkovski en Shlisselburg, *Bulgakov*, M.-L. 1933.

⁵⁸ V. I. Nevski, *Ot «Zemli i Voli» k gruppe «Osvobozhdeniya truda»* [De «Tierra y Libertad» al grupo «Liberación del trabajo»], M. 1930, pp. 180 y ss.

⁵⁹ N. Sergievski, «*Chërny peredel*» i narodniki 80-j godov [«La distribución negra» y los populistas de los años ochenta], en «Katorga i ssylka», 1931, fasc. I. Véase Volk, *Narodnaya Volia* cit., pp. 388 y ss., y *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka* cit., vol. II, pp. 308 y ss.

⁶⁰ Toda la literatura de este movimiento ha sido reimpresa en «*Chërny peredel*», organ sotsialistov-federalistov 1880-1881 g. *Predislovie* V. I. Nevskogo. *Vstupitel'naya star'ya* O. V. Aptekmana [«La distribución negra», órgano de los socialistas federalistas. 1880-1881. Prefacio de V. I. Nevski. Introducción de O. V. Aptekman], M.-P. 1923.

⁶¹ I. A. Teodorovich, *Sotsial'no-politicheskaya mysl' chërnoperedel' chestva i ee znachenie v nashem proshlom* [El pensamiento social y político de «La distribución negra» y su significado en nuestro pasado], en «Katorga i ssylka», 1933, fasc. IV-V.

⁶² G. V. Plejanov, *Sochineniya* [Obras], vol. I, p. 111.

⁶³ «*Chërny peredel*», organ sotsialistov-federalistov cit., p. 122.

⁶⁴ Plejanov, *Sochineniya* cit., vol. I, p. 120.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 113-15.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 129.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 134.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 131.

⁶⁹ «*Chërny peredel*», organ sotsialistov-federalistov cit., pp. 250-51.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 136.

⁷¹ «*Vol'noe slovo*», 1881, núm. 19.

⁷² Plejanov, *Sochineniya* cit., vol. I, p. 125.

⁷³ «*Chërny peredel*», organ sotsialistov-federalistov cit., p. 125.

⁷⁴ N. Sergievski, *Narodnichestvo 80-j godov* [El populismo de los años ochenta], en «*Istoriko-revoliutsionny sbornik*», tomo III.

⁷⁵ «*Chërny peredel*», organ sotsialistov-federalistov cit., p. 197.

⁷⁶ Plejanov, *Sochineniya* cit., vol. I, pp. 129-30.

⁷⁷ «*Chërny peredel*», organ sotsialistov-federalistov cit., p. 185.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 198.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 186. Las ideas del *Chërny peredel* se reflejan también en las posiciones que éste adoptó ante el movimiento obrero internacional. Tras haberse proclamado fieles a la tradición de la Internacional anarquista, expresaron sus reservas sobre la actuación del más importante anarquista de aquellos años en Europa occidental, J. Most, cuya violenta polémica contra la socialdemocracia no aprobaron (número 2 en *ibid.*, pp. 216 y ss.). Siguiéron con gran interés el congreso de Zurich de esta última (núm. 2 en *ibid.*, pp. 230 y ss.). Criticaron los congresos celebrados en Lyon y Marsella por los socialistas franceses en 1878 y 1879 y también la posición demasiado favorable de «*Le Travailleur*» de Ginebra respecto a ellos. Pero es evidente que estaban sumamente interesados y atraídos por la extensión de todo el movimiento socialista incluso en Francia (núm. 1 en *ibid.*, p. 179; núm. 2, p. 227). También es característica su actitud respetuosa y amigable frente a Lavrov. Sobre la

evolución general del movimiento obrero en ese período, véase el profundo examen de Leo Valiani, *Dalla I alla II Internazionale. 1872-1889*, en «Movimento operaio», 1954, fasc. 11, pp. 177 y ss., e Id., *Questioni di storia del socialismo*, Turín 1958, páginas 168 y ss.

⁸⁰ Las memorias, y en general los escritos, que se publicaron sobre *Narodnaya volia*, sobre todo en la emigración, desde 1880 hasta la revolución de 1905, constituyen un material importante, rico en apuntes críticos e interpretativos, pero entran en la literatura política, apologética o polémica. Constituyen una indispensable documentación, pero no un intento de visión histórica. Hacer una lista razonada de ellos equivaldría a recorrer toda la crónica de la formación ideológica de la social-democracia rusa y de las distintas corrientes socialistas revolucionarias. Otro tanto podría decirse de las numerosas publicaciones aparecidas en Rusia cuando fue posible hablar abiertamente de *Narodnaya volia*, después de 1905, aunque la distancia de tiempo permitió entonces dar un tono más amplio y complejo incluso a las memorias personales. El primer intento de proporcionar una visión de conjunto de todo este material es el realizado por V. Ya. Bogucharski, *Iz istorii politicheskoi bor'by v 70-i i 80-i gg XIX veka. Partiya «Narodnoi Voli», eya proisjzhdenie, sud'by i gibel'* [De la historia de la lucha política en los años setenta y ochenta del siglo XIX. El partido de «La Voluntad del Pueblo», sus orígenes, su destino y su ruina], M. 1912. La apertura de los archivos de la policía proporcionó una serie de nuevos documentos. El cincuentenario de *Narodnaya volia*, en 1929, dio ocasión a una discusión que es de las más interesantes de la historiografía soviética. Los problemas políticos e históricos se entretajan violentamente en ella, revelando la importancia y vitalidad del tema. He aquí los documentos principales de esta discusión, de fundamental importancia para entender la política soviética en aquellos años decisivos: M. Pokrovski, *Ocherki po istorii revoliutsionnogo dvizheniya v Rossii XIX i XX vv.* [Ensayo de historia del movimiento revolucionario en Rusia en los siglos XIX y XX], M. 1924; Id., *Po povodu yubileya «Narodnoi Voli»* [En ocasión del jubileo de «La Voluntad del Pueblo»], en «Istoriik marksist», 1930, fasc. XV; Id., *Ocherednye zadachi istorikov-marksistov* [Las tareas actuales de los historiadores marxistas], en «Istoriik marksist», 1930, fasc. XVI; I. Teodorovich, *Istorieskoe znachenie partii «Narodnoi Voli»* [El significado histórico de «La Voluntad del Pueblo»], en «Katorga i ssylka», 1929, fasc. VIII-IX; Id., *K sporam o «Narodnoi Voli»* [Sobre las disputas a propósito de «La Voluntad del Pueblo»]; *ibid.*, 1930, fasc. I; Id., *O «Narodnoi Voli»* [A propósito de «La Voluntad del Pueblo»], *ibid.*, 1930, fasc. III; Id., *Pervoe marta 1881 goda* [El 1 de marzo de 1881], *ibid.*, 1931, fasc. III, publicado en volumen, M. 1931; Id., *Ot bakunizma k babuvizmu* [Del bakunismo al babeuvismo], M. 1933; Nevski, *op. cit.*; V. Malajovski, *Na dva fronta (K otsenke narodovol'chestva)* [En dos frentes (Para un juicio sobre «La Voluntad del Pueblo»)], L. 1930; V. Levitski (V. O. Tsederbaum), *Partiya «Narodnoi Voli» Vozniknovenie, bor'ba, gibel'* [El partido «La Voluntad del Pueblo», orígenes, lucha y ruina], M.-L. 1928; M. Potash, *Narodnicheski sotsializm* [El socialismo populista], M. 1930; Kuz'min, *op. cit.*; *Diskussiya o «Narodnoi Voli» v Obshestve istorikov-marksistov* [La discusión sobre «La Voluntad del Pueblo» en la Sociedad de historiadores marxistas], en «Istoriik marksist», 1930, fasc. XV. El interés que suscitó esta evocación indujo también a publicar toda una serie de colecciones de carácter documental, de las que la más importante es *Trudy kruzhka narodovol'tsev pri Obshchestve politkatorzhan i ssyl'ko-poselentsev*, pod red. A. V. Yakimovoi-Dikovskoi, M. F. Frolenko, I. I. Popova, N. I. Rakitnikova i V. V. Leonovicha-Angarskogo [Trabajos de los narodovol'tsy de la Sociedad de prisioneros y confinados políticos, edición de A. V. Yakimova-Dikovskaya, M. F. Frolenko, I. I. Popov, N. I. Rakitnikov y V. V. Leonovich-Angarski], 5 vols., M. 1930-31. La bibliografía más reciente se indica en la obra fundamental de Volk, *Narodnaya volia* cit.

⁸¹ Se han preparado tres reediciones de cuanto publicó *Narodnaya volia*. Nos referiremos a *Literatura partii «Narodnoi Voli»* cit. Aunque aporte algún comple-

mento, la reedición hecha por A. V. Yakimova-Dikovskaya, M. F. Frolenko y otros, M. 1930, no es ni completa ni muy cuidadosa.

⁸² «Narodnaya volia», fasc. I, *op. cit.*, p. 6. El artículo ha sido atribuido tanto a Kviatkovski como a Morozov.

⁸³ *Ibid.*, fasc. III, p. 78. El artículo es de L. Tijomirov.

⁸⁴ *Ibid.*, fasc. I, p. 6.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 6.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 4.

⁸⁷ *Ibid.*

⁸⁸ *Ibid.*, p. 6.

⁸⁹ *Ibid.*, fasc. III, p. 84. Son palabras tomadas del «Programa del Comité Ejecutivo» publicado allí.

⁹⁰ *Ibid.*, fasc. II, p. 41. El artículo es de Morozov.

⁹¹ *Ibid.*, fasc. I, p. 6.

⁹² L. Tikhomirov, *La Russie politique et sociale*, París 1886, p. 206.

⁹³ «Narodnaya volia», fasc. I, p. 6.

⁹⁴ *Ibid.*, fasc. II, p. 41.

⁹⁵ Una descripción del estado ruso más detallada, aunque también más anecdótica y menos penetrante que las escasas pero eficaces afirmaciones publicadas en los primeros números de «Narodnaya volia», la dio G. G. Romanenko en el fasc. VI, *op. cit.*, pp. 201 y ss.

⁹⁶ *Ibid.*, fasc. II, *op. cit.*, p. 41.

⁹⁷ Andrei Ivanovich Zbeliabov *cit.*, p. 26.

⁹⁸ «Listok Narodnoi voli», núm. 3, 20 de septiembre de 1880, *op. cit.*, p. 136. El artículo es de L. Tijomirov.

⁹⁹ «Narodnaya Volia», *op. cit.*, pp. 43-44.

¹⁰⁰ V. A. Tvardovskaya, *Problema gosudarstva v ideologii narodovol' chestva (1879-1883 gg.)* [El problema del estado en la ideología de «La Voluntad del Pueblo»], en «Istoricheskie zapiski», fasc. 74, 1963, pp. 148 y ss.

¹⁰¹ «Narodnaya volia», fasc. III, *op. cit.*, p. 81.

¹⁰² Los detalles del enfrentamiento entre Morozov y los otros se cuentan en O. S. Liubatovich, *Dalékie i nedavnee. Vospominaniya iz zhizni revoliutsionerov 1878-1881 g.* [Pasado lejano y próximo. Recuerdos de la vida de los revolucionarios. 1878-1881], en «Byloe», 1906, fasc. V y VI. Estas memorias se han reeditado, M. 1930. Constituyen uno de los documentos más vivos sobre todo este período. Sobre la actividad de Morozov en Suiza, cfr. S. Valk, G. G. Romanenko [Iz istorii Narodnoi Voli] (G. G. Romanenko (De la historia de «La Voluntad del Pueblo»)], en «Katorga i ssylka», 1928, fasc. XI. Romanenko procedía del movimiento odesiano de Koval'ski, Malinka, Voloshenko, y se había marchado de Rusia en diciembre de 1879. Cuando Morozov lo encontró en Suiza vio que sus ideas coincidían. «Al hablar con él estuvimos de acuerdo en considerar que la situación en Rusia era extraordinariamente triste. El partido que actúe ahora corre el riesgo de quedarse rápidamente sin un terreno en el que apoyar los pies», escribía «Lavrov en mayo de 1880, anunciándole su intención de publicar una revista que habría debido desarrollar la teoría del único medio que les parecía eficaz y prometedor, es decir, el terrorismo. La revista nunca verá la luz, pero ellos expresaron sus ideas en dos opúsculos: Nikolai Morozov, *Terroristicheskaya bor'ba* [La lucha terrorista], Londres [en realidad, Ginebra] 1880, reeditado en *Da zdavstvet Narodnaya Volia. Istoricheski sbornik* [Viva «La Voluntad del Pueblo». Miscelánea histórica], París 1907, pp. 17 y ss., y V. Tarnovski (G. G. Romanenko), *Terroriz i rutina* [El terrorismo y la rutina], Londres [en realidad, Ginebra] s. d. Morozov decía en su opúsculo que el terrorismo estaba justificado por la enorme desproporción de fuerzas existente entre el estado y los revolucionarios. Se trataba de tomar conciencia de ello y de ver todos los aspectos positivos de tal situación. Hasta entonces cada uno había entendido el terrorismo a su manera; ahora se trataba de hacer su teoría. Representaba «la lucha de los conocimientos y de la ciencia contra las bayonetas y las horcas»; era técnica

y moralmente superior a su adversario. Representaba un instrumento más perfecto y moderno que las «revoluciones masivas», sanguinarias y confusas, donde el pueblo acababa siempre «por matar a sus propios hijos». «La revolución terrorista castiga en cambio sólo a los auténticos culpables», y por eso era «la más justa de todas las formas de revolución» (ed. original, pp. 7-9). Se «detendría inmediatamente, en cuanto conquistara la libertad de hacer propaganda de las ideas socialistas, de esas ideas que constituían la característica de todo el movimiento ruso» (p. 10). También Romanenko llegaba a las mismas conclusiones, tras haber trazado un breve y eficaz cuadro de la situación en Rusia: «En la vida económica del país —decía— ha penetrado el veneno de las relaciones burguesas, mientras que en la estructura política se ha conservado toda la arbitrariedad del despotismo oriental. No es asombroso que de esta unión morganática de Oriente y Occidente se haya derivado el empobrecimiento de todas las clases, de todos los estamentos, y sobre todo de la clase productora, cuya miseria se ha convertido ahora en un hambre incesante» (p. 4). Contra esta situación tampoco veía él más que un arma, la revolución terrorista, y estaba muy satisfecho con la definición que de ella le dio un francés al que había expuesto sus ideas: «*C'est une révolution scientifique*» (p. 19). Denunciaba también él «los horrores de una revolución popular», como argumento en favor del terrorismo, y fijaba un amplio programa de libertad política (p. 24). En materia social seguía siendo populista. Se encargó de una edición rusa de *La esencia del socialismo*, de Schaffle, para aclarar en la introducción y en las notas su concepción, que exponía así en una carta a Morozov del 22 de septiembre de 1880: «Marx y Engels dicen que el socialismo será una consecuencia de libertad extremado del capitalismo. Muchos han demostrado que este camino no es obligatorio, y quien mejor ha defendido esta tesis fue Chernyshevski. Ahora yo quiero demostrar que la vía indicada por Marx es sencillamente *impossible* en todas partes.»

Sobre la base de estas ideas, Morozov y Romanenko trataron de llegar a un acuerdo con el «Nabat» y de promover un acuerdo político y financiero entre los «jacobinos» de Tkachëv y el «Comité Ejecutivo» de *Narodnaya volia*. Turski llevó las negociaciones en nombre del «Nabat». Tijomirov respondió negativamente desde San Petersburgo, en su nombre y el de sus compañeros, con una carta fechada el 13 (25) de mayo de 1880. «Dile a los anabaptistas que les agradecemos mucho la oferta, pero en la actualidad no tenemos una especial necesidad de dinero.» También se arreglarían solos para la imprenta que se les ofrecía. «No podemos hacer concesiones de principios.» «En cuanto a las relaciones temporales, que piensen ante todo en dar a conocer su programa y digan qué pretenden hacer, cómo quieren hacerlo y con qué medios. No sabemos nada de eso.» Al anunciarle a Tkachëv esta negativa, Morozov declaró que estaba muy amargado. Pero tras haber intentado también él crear una revista dirigida por Turski, Tkachëv, Romanenko y él mismo, que debería titularse «Narodnaya zashita», tuvo que darse rápidamente cuenta de que en realidad su terrorismo científico «no tenía nada en común con el jacobinismo, si se quería hablar sinceramente». En enero de 1881 regresaba a Rusia y era detenido. Permanecerá en la fortaleza de Shlisselburg hasta 1905. Romanenko volvía a su patria en el verano de 1881, y en noviembre de ese mismo año estaba ya en la cárcel.

¹⁰³ «Narodnaya volia», fasc. III, *op. cit.*, p. 80.

¹⁰⁴ *Ibid.*, fasc. VIII-IX, *op. cit.*, p. 247.

¹⁰⁵ *Ibid.*, fasc. II, *op. cit.*, p. 42.

¹⁰⁶ *Ibid.*, fasc. V, *op. cit.*, p. 172.

¹⁰⁷ «Listok Narodnoi volii», núm. 3, *op. cit.*, p. 136.

¹⁰⁸ «Narodnaya volia», fasc. III, *op. cit.*, pp. 84-85.

¹⁰⁹ *Ibid.*, fasc. V, *op. cit.*, pp. 167-68.

¹¹⁰ *Ibid.*, pp. 169 y ss.

¹¹¹ *Ibid.*, fasc. II, *op. cit.*, p. 42.

¹¹² *Ibid.*, fasc. VII, p. 229.

¹¹³ Plejanov cuenta que uno de los miembros importantes del «Comité Ejecutivo» le dijo: «Nosotros, en realidad, no tenemos nada en contra de Marx, pero

pensamos que nuestro programa se acerca más a la teoría de Dühring.» *Sochineniya* cit., vol. XIII, p. 28. Lo decía también Lavrov: «*Narodnaya volia* propendía a la concepción sociológica de Dühring sobre la influencia determinante del elemento político-jurídico sobre el económico», *Vzgliad na proshedshee i nastoyashee russkogo sotsializma* [Una mirada al pasado y al presente del socialismo ruso], en *Kalendar' Narodnoi Voli na 1883 god* [Calendario de «La Voluntad del Pueblo» para 1883], Ginebra 1883, p. 109. Véase Volk, *Narodnaya Volia* cit., en el índice, *sub voce*.

¹¹⁴ R. M. Kantor, «*Ispoved'*» Grigoriya Gol'denberga [La «confesión» de G. Gol'denberg], en «*Krasny arjiv*», 1928, fasc. V.

¹¹⁵ Figner, *Zapechatlenny trud* cit., vol. I, pp. 154 y ss. Sobre la Lebedeva, Breshko-Breshkovskaya, *op. cit.*, y M. F. Frolenko, *Tatiana Ivanovna Lebedeva-Frolenko*, en «*Katorga i ssylka*», 1924, fasc. II, reproducido en *Sochineniya* cit., vol. II, páginas 109 y ss.

¹¹⁶ Andrei Ivanovich Zheliabov cit., p. 30.

¹¹⁷ *Protsess 20-t narodovol'tsev v 1882 godu* [El proceso de los veinte «narodovol'tsy» en 1882], en «*Byloe*», 1906, fasc. I.

¹¹⁸ Figner, *Zapechatlenny trud* cit., vol. I, p. 158.

¹¹⁹ Pribyleva-Korba y Figner, *op. cit.*, p. 142. Da esta versión, que es la del mismo organizador del atentado. Las otras, referidas en las memorias de otros *narodovol'tsy*, difieren sólo en algunos detalles sin importancia.

¹²⁰ Tatishev, *op. cit.*, vol. II, p. 618.

¹²¹ «*Narodnaya volia*», fasc. III, *op. cit.*, p. 98. Esta correspondencia de Moscú sostiene que las palabras mencionadas, recogidas por los periódicos de la época, nunca se pronunciaron. El zar había confesado a los nobles que las propias bases del estado se habían visto sacudidas. Ante los representantes de las otras clases, se limitó a llorar en silencio.

¹²² La emigración rusa, los demócratas y socialistas franceses —entre ellos Víctor Hugo— intervinieron en su favor. Será expulsado y marchará a Inglaterra. Sobre él, véase: *Iz vospominani L'va Gartmana* [De las memorias de Lev Gartman], en *Vospominaniya russkij revoliutsionerov* [Recuerdos de revolucionarios rusos], Berlín 1904. Había trabajado en Rostov con M. R. Popov y Tishenko, había conocido allí a Osinski, y tras un largo peregrinar entre el pueblo (Cáucaso, Volga, Kazán) entró a formar parte del grupo de Vera Figner en Saratov, y se unió a *Narodnaya volia*. Sin embargo, seguía conservando sus relaciones con el *Chërnny peredel* y desde el exilio escribirá para la revista de este movimiento un artículo sobre Irlanda. Una curiosa carta suya a Chaikovski nos informa de los intentos que hizo en Inglaterra para crear un semanario que diera a conocer los problemas del movimiento revolucionario ruso, semanario que estaría escrito en inglés y congregaría a gran parte de los elementos más conocidos de la emigración, Lavrov, Kropotkin, Deits, Stefanovich, Morozov, Plejanov, etc., bajo la dirección de la Zasulich. Habló de él con K. Marx, que se mostró favorable a la iniciativa y prometió su colaboración. El título habría debido ser «El Nihilista», «palabra que interesaba en Occidente y que, por tanto, era deseable emplear», como decía el propio Gartman. (Dioneo, *V emigratsii* [En la emigración], en *Nikolai Vasil'evich Chaikovski. Religioznye i obshchestvennye iskaniya. Stat'i M. A. Aldanova, E. K. Breshko-Breshkovskoi, Dioneo, B. A. Miakotina, D. M. Odintsa, T. I. Polnera i vospominaniya N. V. Chaikovskogo, pod obshei redaktsiei A. A. Titova* [N. V. Chaikovski. Investigaciones religiosas y sociales. Artículos de M. A. Aldanov, E. K. Breshko-Breshkovskaya, Dioneo, B. A. Miakotin, D. N. Odintsa, T. I. Polner y recuerdos de N. Chaikovski, edición de A. A. Titov], París 1929, p. 173. Véase K. Marks, *F. Engel's i revoliutsionnaya Rossiya* [K. Marx, F. Engels y la Rusia revolucionaria], M. 1967, en el índice, *sub voce*.

¹²³ Liubavovich, *op. cit.*; V. Figner, *Eugenia Nikolaevna Figner*, en «*Katorga i ssylka*», fasc. II.

¹²⁴ *Protsess shestnadtsati terroristov, pod red. V. Burtseva* [El proceso de los dieciséis terroristas, edición de V. Burtsev], Spb. 1906.

- ¹²⁵ Sofia Ivanova-Boreisha, *Pervaya tipografiya «Narodnoi Voli»* [La primera tipografía de «La Voluntad del Pueblo»], en «Byloe», 1906, fasc. IX.
- ¹²⁶ De él habla detalladamente Aksel'rod, *op. cit.*, vol. I, p. 58.
- ¹²⁷ *Prebyvanie Jalturina v Zimnen Dvortse* [La estancia de Jalturin en el Palacio de Invierno], en *Kalendar' Narodnoi Voli za 1883 god cit.*, pp. 40 y ss.
- ¹²⁸ «Listok Narodnoi volii», núm. 1, *op. cit.*, p. 118.
- ¹²⁹ Zayonchkovski, *op. cit.*, pp. 148 y ss.
- ¹³⁰ Citado en P. Shegolev, *Iz istorii «konstitutsionnyj» veyani v 1879-1881 gg.* [De la historia de las corrientes «constitucionalistas» de los años 1879-1881], en «Byloe», 1906, fasc. XII.
- ¹³¹ Tatishev, *op. cit.*, vol. II, p. 631. La idea de dicha dictadura procedía de Katkov, que a través de Pobedonosev influyó sobre el heredero del trono. Véase Zayonchkovski, *op. cit.*, p. 151.
- ¹³² Tatishev, *op. cit.*, p. 635.
- ¹³³ *Ibid.*, p. 641.
- ¹³⁴ H. Heibronner, *Alexander III and the Reform Plan of Loris-Melikov*, en «The Journal of Modern History», 1961, núm. 4, pp. 384 y ss.
- ¹³⁵ Fasc. III, *op. cit.*, p. 104.
- ¹³⁶ A. Engel'meyer, *Kazn' Mlodetskogo* [La ejecución de Mlodetski], en «Golos minuvshago», 1917, fasc. VII-VIII.
- ¹³⁷ «Listok Narodnoi Voli», núm. 1, *op. cit.*, p. 121.
- ¹³⁸ Volk, *Narodnaya Volia cit.*, pp. 337 y ss.
- ¹³⁹ Yu. Gardenin (V. Chernov), *Pamiati N. K. Mijailovskogo* [En memoria de N. K. Mijailovski], s. 1. 1904.
- ¹⁴⁰ Kuz'min, *op. cit.*, ha exagerado la importancia asumida por Mijailovski en la dirección de la revista. En el apéndice anejo a esa obra, de V. Figner, *Po povodu issledovatel'skoi raboty D. Kuz'mina* [A propósito de la obra de D. Kuz'min], ésta ha afirmado que Mijailovski no tuvo nada que ver con la redacción y se limitó a enviar artículos. Los dos responsables, Tijomirov y Morozov, le rogaron incluso que no escribiera sobre problemas «de principio». Cfr. J. H. Billington, *Mikhailovsky and the Russian Populism*, Oxford 1958, y M. G. Sedov, *K voprosu ob obshestvenno-politicheskij vzgliadaj M. K. Mijailovskogo* [Sobre la cuestión de las concepciones social-políticas de M. K. Mijailovski], en *Obshestvennoe dvizhenie v poreformennoi Rossii cit.*, pp. 179 y ss.
- ¹⁴¹ I. Yasinski, *Roman moei zhizni* [La novela de mi vida], M.-L. 1926, páginas 134 y 156.
- ¹⁴² V. Cheshijin-Vetrinski, *Gleb Ivanovich Uspenski*, M. 1929, pp. 248 y ss.
- ¹⁴³ El episodio ha sido considerado apócrifo por Yu. G. Oksman. Una carta que parece refrendarlo, en cambio, ha sido publicada por M. I. Jeitets, V. M. Garshin i Loris-Melikov, en *Voprosy istorii sel'skogo hozjajstva, krest'janskaya cit.*
- ¹⁴⁴ N. S. (N. Rusanov), *Sobytie pervago marta i N. V. Shelgunov* [El 1 de marzo (1881) y N. V. Shelgunov], en «Byloe», 1906, fasc. III.
- ¹⁴⁵ Véase Kyra Sanine, *Les Annales de la patrie et la diffusion de la pensée française en Russie (1868-1884)*, París 1955; V. I. Zasulich, *Stat'i o russkoi literature* [Artículos sobre la literatura rusa], edición de R. A. Kovnator, M. 1960; V. G. Se-rebrennikova, *Demokraticheskaya zhurnalistika perioda vtoroi revoliutsionnoi situatsii. Zhurnaly «Otechestvennye zapiski» i «Delo»* [El periodismo democrático del período de la segunda situación revolucionaria. Las revistas «Los Anales de la Patria» y «La Causa»], en *Obshestvennoe dvizhenie v poreformennoi Rossii cit.*, pp. 324 y ss.; M. V. Teplinski, *Otechestvennye zapiski. 1868-1884* [«Los Anales de la Patria». 1868-1884], Yuzhno-Sajalinsk 1966; N. Sokolov, G. I. Uspenski. *Zhizn'i tvorchestvo* [Vida y obras], L. 1968, y B. P. Koz'min, *Literaturnaya bor'ba vokrug Uspenskogo* [Lucha literaria en torno a Uspenski], en *Literatura i istoriya. Sbornik statei* [Literatura e historia. Colección de artículos], edición de E. S. Vilenskaya, M. 1969, pp. 444 y ss.
- ¹⁴⁶ Bogucharski, *op. cit.*, p. 167.

¹⁴⁷ Fasc. V, *op. cit.*, p. 187. Sobre la muerte de los dos estudiantes *narodovol'tsy* que realizaron la protesta, véase *Yakutskaya tragediya 22 marta 1889 g. Sbornik vospominani i materialov pod red. M. A. Braginskogo i K. M. Tereshkovicha* [La tragedia en tierras yakutas del 22 de marzo de 1889. Colección de recuerdos y materiales, editada por M. A. Braginski y K. M. Tereshkovich], M. 1925. Detenidos poco después de su paso a la ilegalidad, los dos estudiantes pasarán muchos años en las cárceles y la deportación. Podbel'ski caerá bajo las balas de los guardias durante una revuelta de presos en 1889, y Kogan-Bernstein, herido en ese mismo choque, será ahorcado poco después.

¹⁴⁸ A. V. Tyrkov, *K sobytiyu 1 marta 1881 goda* [Sobre el 1 de marzo de 1881], en «Byloe», 1906, fasc. V. Tyrkov era uno de los estudiantes *narodovol'tsy* que participó activamente en la vida del partido revolucionario. Sin embargo, consideró inútil y perjudicial la manifestación contra Saburov y no tomó parte en ella, lo cual es un síntoma más del estado de ánimo de los estudiantes en el invierno de 1880-81.

¹⁴⁹ Volk, *Narodnaya Volia cit.*, pp. 312 y ss.

¹⁵⁰ S. Valk, *Iz pokazani N. I. Rysakova* [De las deposiciones de N. I. Rysakov], en «Krasny arjiv», 1926, fasc. VI.

¹⁵¹ Polonskaya, *op. cit.*

¹⁵² N. N. (E. A. Serebriakov), *Vospominaniya o Sujanove* [Recuerdos sobre Sujanov], en «Vestnik Narodnoi volii», 1886, fasc. V; E. A. Serebriakov, *Revoliutsionery vo flote* [Revolucionarios en la flota], en «Byloe», 1907, fasc. II y III; M. Yu. Ashenbrenner, *Voennaya organizatsiya «Narodnoi Volii» i drugie vospominaniya (1860-1904). Pod red. N. S. Tiutcheva* [La organización militar de «La Voluntad del Pueblo» y otros recuerdos (1860-1904), edición de N. S. Tiutchev], M. 1924, y los informes de la investigación oficial (1883-84) sobre la penetración de *Narodnaya volia* en el ejército, publicados en el título *K istorii narodovol'cheskago dvizheniya sredi voennyj v nachate 80-j godov* [Para una historia del movimiento de «La Voluntad del Pueblo» entre los militares a comienzos de los años ochenta], en «Byloe», 1906, fasc. VIII.

¹⁵³ Valk, *Iz pokazani N. I. Rysakova cit.*

¹⁵⁴ V. Levitski (V. Tsederbaum), *Narodnaya Volia i rabochi klass* [«La Voluntad del Pueblo» y la clase obrera], en «Katorga i ssylka», 1930, fasc. I.

¹⁵⁵ Volk, *Narodnaya Volia cit.*, pp. 278 y ss. Cfr. V. S. Goriakina, «*Rabochii vopros*» v Rossii v period revoliutsionnoi situatsii 1879-1881 godov [«La cuestión obrera» en Rusia en los años de la situación revolucionaria de 1879-1881], en «Voprosy istorii», 1963, fasc. 6, pp. 35 y ss.

¹⁵⁶ Sobre la situación de los movimientos populistas en esa ciudad, véase el interesante artículo de V. V. Shirokova, *Vozniknovenie narodovol'cheskoi organizatsii v Jar'kove* [El origen de la organización de «La Voluntad del Pueblo» en Jarkov], en *Iz istorii obshestvennoi mysli i obshestvennogo dvizheniya v Rossii* [De la historia del pensamiento y del movimiento social en Rusia], Saratov 1964, pp. 64 y ss.

¹⁵⁷ S. Valk, *Autobiograficheskie pokazaniya M. F. Grachevskogo* [Deposiciones autobiográficas de M. F. Grachevski], en «Krasny arjiv», 1926, fasc. V.

¹⁵⁸ Valk, *Iz pokazani N. I. Rysakova cit.*

¹⁵⁹ Eso decía Rysakov, repitiendo evidentemente ideas que eran comunes entre los organizadores obreros de *Narodnaya volia*.

¹⁶⁰ *Literatura partii «Narodnoi volii» cit.*, pp. 439 y ss., y *Revoliutsionnoe narodnichestvo 70-j godov XIX veka cit.*, vol. II, pp. 184 y ss. Cfr. Volk, *Programnye dokumenty «Narodnoi Volii» cit.*, pp. 434 y ss.

¹⁶¹ R. M. Kantor, *Ges'ya Mironovna Gel'fman*, M. 1930.

¹⁶² Los dos números de la «Rabochaya gazeta» están reproducidos en *Literatura partii «Narodno Volii» cit.*, pp. 419 y ss.

¹⁶³ «Zerno». *Rabochi listok. S predisloviem V. I. Nevskogo* [«La Semilla». Hoja obrera. Con prefacio de V. I. Nevski], en «Istoriko-revoliutsionny sbornik», 1924, fasc. II.

¹⁶⁴ Valk, *Iz pokazani N. I. Rysakova cit.*

¹⁶⁵ Véase, por ejemplo, para el caso de un gran taller mecánico, lo que se dice en *Iz rabochego dvizheniya na Nevskoi Zastavoi v 70-j i 80-j godaj. Iz vospominani starogo rabochego* [De la historia del movimiento obrero en la barrera del Neva en los años setenta y ochenta. De las memorias de un viejo obrero], Ginebra 1900, páginas 5 y ss.

¹⁶⁶ V. Figner, *Mijail Nikolaevich Trigoni (1850-1917)*, en «Golos minuvshago», 1917, fasc. VII-VIII.

¹⁶⁷ *Protsess 20-ti narodovol'tsev v 1882 g* cit., donde se publica la acusación fiscal contra quienes ayudaron a la Perovskaya y Sablin en este intento, Isaev, la Yakimova, Zlatopol'ski, etc.

¹⁶⁸ *Ibid.*

¹⁶⁹ M. R. Popov, *Voenny sud v Kiev v 1880 goda (Iz moij vospominani)* [El tribunal militar de Kiev en 1880 (De mis recuerdos)], en *Zapiski zemlevol'tsa* cit., páginas 261 y ss.

¹⁷⁰ *Po povodu protsessa 16-ti* [A propósito del proceso de los dieciséis], en «Byloe», 1903, fasc. III, y *Protsess shestnadtsati terroristov, pod red. V. Burtseva* cit.

¹⁷¹ Fasc. IV, del 5 de diciembre de 1880, en *Literatura partii Narodnoi Voli* cit., página 145.

¹⁷² *Pis'ma narodovol'tsa A. D. Mijailova. Sobral P. E. Shegolev* [Cartas del «narodovolets» A. D. Mijailov. Recogidas por P. E. Shegolev], M. 1933, pp. 101 y 194.

El 1 de marzo de 1881

Una minuciosa vigilancia, que duró muchos meses, había permitido saber con exactitud las calles que el zar solía recorrer cuando salía del Palacio de Invierno. Todos los domingos iba al picadero. A menudo dirigía sus pasos hacia el Canal de Catalina, donde vivía la princesa Dolgokurova, su esposa morganática. En uno y otro caso recorría casi siempre la Avenida Pequeña de los Jardines (Malaya sadovaya). Comparando los itinerarios, pareció evidente que si se le atacaba en dos puntos de paso obligado, Alejandro II no podría eludir los golpes del «Comité Ejecutivo». Bajo la Malaya sadovaya se excavaría una galería que tendría que saltar a su paso. Si el golpe fallaba, cuatro compañeros provistos de bombas esperarían el paso del zar. Zheliabov armado con un puñal y un revólver, intenvendría en caso de que no tuvieran éxito en su intento. No era un atentado, sino una acción de guerrilla, dirigida con la voluntad de que resultara a toda costa¹.

Yu. Bogdanovich y A. V. Yakimova, provistos de papeles que los identificaban como el matrimonio Kobozevy, se presentaron al propietario de la casa número 56 de la Malaya sadovaya y le propusieron alquilarle una tienda, ya que pretendían dedicarse al comercio de quesos. Tras conseguirla, empezaron a llenarla de cajas y cajitas para servir a la clientela. Pronto se despertaron algunas dudas entre los vecinos al ver a aquellos tenderos tan poco deseosos de amasar dinero y tan ignorantes de las distintas clases de quesos. Un tendero se preocupó por la competencia que podían representar, después de todo, y los denunció a la policía. Se realizó una inspección, con el pretexto de vigilancia higiénica y sanitaria. En un rincón había un montoncito de tierra reciente que parecía sospechoso. Bogdanovich consiguió convencerlos de que servía para mantener frescos los lacticios. Saltaban de gozo cuando contaron a sus compañeros que habían escapado por los pelos. Sujanov, el responsable de la «Organización militar», casi no tuvo tiempo de saltar a caballo cuando vio llegar a los polizontes. Si éstos hubieran mirado con un poco más de atención detrás del montón de tierra, habrían visto una galería que día tras día se profundizaba y ensanchaba, y que ya había llegado al subsuelo de la Malaya sadovaya. Trabajaron en ella los dos «tenderos», Sujanov, Zheliabov,

Frolenko y otros. El trabajo, largo y difícil, requirió muchas energías y un tiempo precioso, pero unos días después del registro la galería estaba preparada para recibir la dinamita.

El 27 de febrero el «Comité Ejecutivo» sufrió una terrible pérdida; Zheliabov fue detenido. Desde que se había decidido la acción distribuía su tiempo entre la organización práctica (la vigilancia de los menores detalles de la ejecución, la elección de los compañeros que participarían en ella) y la preocupación por las consecuencias políticas del atentado. Era evidente que *Narodnaya volia* no tenía fuerza para organizar simultáneamente la muerte del zar y una insurrección. Todas las energías disponibles estaban absorbidas por la preparación de las bombas, la excavación de la galería, los contactos cotidianos, la sutil y delicada red de los refugios clandestinos y las medidas de seguridad. Incluso admitiendo que todo saliera bien, y que las pérdidas no fueran superiores a las previstas, Zheliabov sabía perfectamente que el «Comité Ejecutivo» no sería capaz de salir a la calle el día de la muerte de Alejandro II. La Figner, al reflexionar sobre ello años después, concluyó que para dispersar una manifestación de *narodovol'tsy* ni siquiera habría sido necesario sacar al ejército; bastaban los gendarmes y acaso los porteros y los voluntarios, como ocurrió el día 6 de diciembre de 1876 en la plaza de Nuestra Señora de Kazán. Era mucho más importante, por ello, conservar una organización capaz de hacer oír su voz después del atentado, que pudiera aprovechar la ignorada situación que el golpe provocaría. La sacudida podía ser tan fuerte que todo el problema de las fuerzas políticas se planteara de modo nuevo. Despertaría a la *intelligentsia* y convencería a los obreros del poder del partido revolucionario. Por eso había que ahorrar el máximo posible de elementos en la capital, acaso eligiendo a los ejecutores del atentado entre los jóvenes, entre los que eran menos expertos, pero también menos importantes políticamente. A toda costa había que mantener una unidad en la acción del partido, incluso en San Petersburgo. Pero cada día que pasaba, cada problema nuevo planteado por la acción, le demostraban a Zheliabov lo difícil que era no echar toda la carne en el asador. Acabó poniendo todas sus esperanzas en las organizaciones provinciales, en los núcleos de Moscú, Odesa, etc. Allí renacería el partido tras la gran prueba. «Todo dependerá de Moscú», dijo un día en una de las reuniones convocadas precisamente para debatir estos problemas, para discutir la preparación política del atentado. A San Petersburgo llegaban los enviados de otras ciudades rusas para mantenerse en contacto con el centro en el momento decisivo, para recibir la consigna de lo que había que hacer².

La noche del 27 de febrero Zheliabov había ido a reunirse con Trigoni, llegado de Odesa. Este era uno de los poquísimos *narodovol'tsy* que no se encontraba en situación «ilegal». Aún sabiendo que la policía sospechaba de él, confiaba en su habilidad para eludir los seguimientos. Tras haber cambiado varias veces de alojamiento se instaló por último

en una pensión de la Perspectiva Nevski. Al entrar en su cuarto, Zheliabov le dijo: «Se diría que hay policías en tu pasillo.» «Deseando saber de qué se trataba —contará Trigoni muchos años después— salí inmediatamente y casi no tuve tiempo de decir 'Katia (la camarera), traiga el samovar', cuando me agarró por todas partes una masa de gente salida del cuarto de al lado. Me llevaron allí y me registraron inmediatamente. Y al mismo tiempo detuvieron en mi cuarto a Zheliabov.» Llevado ante la policía, éste último consiguió decirle, en un fugaz encuentro: «Apenas entré el vicefiscal exclamó: '¡Usted, Zheliabov!'. Me pareció innecesario negarlo. Me conocía de la época de Odesa, cuando me vi implicado en el proceso de los ciento noventa y tres»³.

Las preocupaciones que habían sido tan vivas en el ánimo de Zheliabov desaparecieron de inmediato en sus compañeros cuando supieron que aquél estaba en manos del enemigo. Había que actuar y actuar pronto, cumpliendo el plan preparado por él. Lo sustituiría su compañera, la Perovskaya. Día tras día, durante muchos meses, lo había acompañado a las casa de los destinados al sacrificio, conocía cada detalle de la organización y era mujer capaz de tomar su lugar. El domingo siguiente, 1 de marzo, caería el zar.

Kibal'chich había preparado las bombas. Eran de su invención y asombrarán, por su ingenio, a los expertos llamados a examinarlas en el proceso. Dentro de un revestimiento metálico se encontraban dos tubos cruzados de nitroglicerina, dispuestos de forma que explotaran fuera cuál fuera la posición de la bomba en el momento que hubiera alcanzado su objetivo. Éstaban calculadas para tener un efecto seguro dentro de un radio de un metro, aproximadamente. Por eso tenían que lanzarse con gran precisión y desde muy cerca. El autor del atentado no tenía la menor posibilidad de eludir la muerte o la captura, pero si el tiro era exacto se reducirían al máximo las víctimas inútiles.

El «lanzador» número uno —por servirse de la palabra que emplearon ellos entonces— era Nikolai Ivanov Rysakov, un joven de diecinueve años a quien Zheliabov había metido en las *druzhiny* (milicias) obreras y que participó activamente en la propaganda en las fábricas. A Ignati Ioakimovich Grinevitski (Ignacy Hryeniewiecki) se le asignó la función de «lanzador» número dos. De origen noble, estudiante del Instituto Tecnológico, contaba veinticuatro años y estaba consagrado por entero a la causa revolucionaria. También él formaba parte de la organización obrera del «Comité Ejecutivo»⁴. Timofei Mijailovich Mijailov, obrero, era el tercer ejecutor, e Ivan Panteleimonovich Emel'yanov —estudiante en contacto con el movimiento revolucionario desde 1879—, el cuarto. Los cuatro se habían ofrecido voluntariamente para esta tarea. En el proceso, Zheliabov dirá que el número de los que respondieron a este llamamiento fue muy elevado y que tuvo que escoger entre muchos voluntarios. Aunque por supuesto exageró la cifra, para demostrar la fuerza del «Comité Ejecutivo», queda en pie el hecho de que muchos se habían mostrado dis-

puestos a la acción. El estado de ánimo terrorista había penetrado profundamente en *Narodnaya volia*, absorbiendo y quemando cualquiera otra preocupación o idea política. Sin embargo, la elección de Zheliabov revelaba una intención «social». El zar debería morir a manos de los elementos más próximos a las fábricas. Al parecer, el plano primitivo establecía incluso que la primera bomba la lanzaría el único que era efectivamente obrero, Timofei Mijailov⁵.

Las bombas se prepararon en medio de un trabajo febril las noches del 28 de febrero al 1 de marzo, en el «departamento conspiratorio» donde vivían Vera Figner e Isaev. Por la mañana temprano la Perovskaya pudo llevar dos a casa de la Gel'fman y de Sablin, convertida en cuartel general de la acción. Algún tiempo después llegaba Kibal'chich con las otras dos.

Todo estaba ya dispuesto. En la tienda de la Malaya sadovaya, Frolenko estaba esperando a hacer saltar la chispa eléctrica que provocaría el estallido de toda la calle ante la casa, en el momento que pasara el zar. Lo más probable era que quedara enterrado bajo los escombros. Vera Figner, al verlo sacar del bolsillo una botella de vino tinto y un trozo de embutido, y ponerse tranquilamente a comer, se asombró al observar «semejantes inclinaciones materialistas en un hombre que moriría muy pronto», y se lo dijo con aire de reproche. Pero Frolenko le objetó que «en asuntos así un hombre debe ser dueño de todas sus fuerzas»⁶.

La Perovskaya se había encontrado con los «lanzadores» en un café; distribuyó entre ellos los paquetes que contenían las bombas. Si Alejandro no pasaba por la Malaya sadovaya, o si la mina, por una razón cualquiera, no funcionaba, debían atacar a una señal que les daría la Perovskaya con su pañuelo blanco.

¿Saldría el emperador ese domingo para presenciar, como de ordinario, la revista de las tropas? El sábado Loris-Melikov le había referido la detención de Zheliabov y el interrogatorio al que se le había sometido; se negó a contestar a las preguntas y agregó que de todos modos el partido atentaría contra la vida del emperador. Loris-Melikov dejaba que el zar decidiera si salía o no al día siguiente, aunque asegurándole que se habían tomado todas las medidas de seguridad necesarias. La preocupación que estas palabras del ministro del Interior dejaron en el ánimo de Alejandro II era tan evidente que su esposa morganática se dio cuenta y le preguntó si intervendría en la revista del día siguiente. «¿Por qué no?», le respondió. Le recomendó entonces que no pasara por la Perspectiva Nevski, sino que siguiera la calle que flanquea el Canal de Catalina⁷.

La Perovskaya, al verlo adoptar aquel itinerario, supuso que el camino de regreso sería también aquél y llegó a tiempo de disponer a los lanzadores a lo largo de la barandilla del canal, situándose después en la otra orilla. Desde allí podía ver la primera el trineo del emperador al volver la esquina y avanzar a lo largo de la orilla.

Cuando a las dos y cuarto la escolta imperial pasó a buena marcha, Rysakov, advertido por el pañuelo de la Perovskaya, lanzó la primera bomba. Alejandro II estaba solo en su trineo. Lo seguían otros dos, con un dignatario de la policía y dos oficiales de la gendarmería. A su alrededor cabalgaba un escuadrón de cosacos. El proyectil hizo saltar la parte posterior del trineo imperial, hirió a cierto número de personas, entre ellas a un cosaco y a un muchacho que pasaba casualmente por allí, pero Alejandro II salió ileso. Ordenó que se detuvieran y se encaminó a pie hacia el lugar de la explosión, donde se apiñaba la gente y los soldados que habían capturado a Rysakov. Un oficial no lo reconoció y le preguntó si el emperador estaba herido. «Gracias a Dios estoy sano y salvo, pero él...», e indicó a un herido que gritaba en el suelo. Rysakov lo miró y le dijo: «Acaso es demasiado pronto para decir gracias a Dios.» A la pregunta de si era el autor del atentado y de cómo se llamaba respondió que sí y dio un nombre falso. El emperador se volvió entonces para regresar a su trineo. Había dado unos pasos cuando resonó una segunda y violentísima explosión que levantó una nube de humo y nieve. El «segundo lanzador», Grinevitski, había acudido y desde un paso de distancia le arrojó la bomba entre los pies. Cuando el humo empezó a disiparse se vio a Alejandro II adosado a la barandilla del canal, casi sin respirar, perdiendo sangre y sin decir más que «¡Ayudadme!» y «Frío, frío». A su lado estaba Grinevitski, mortalmente herido. Alejandro II, trasladado rápidamente al Palacio de Invierno, moría una hora después. Grinevitski expiraba por la noche en el hospital, sin haber querido decir ni siquiera cómo se llamaba. Las dos explosiones habían herido de mayor o menor gravedad a veinte personas, tres de las cuales murieron en el curso de pocas horas.

Los más diversos testimonios coinciden en afirmar que la impresión suscitada en la capital por estos sucesos se caracterizó por una sensación de estupor, de ansiosa y muda espera. El partido revolucionario había demostrado su audacia y su fuerza. ¿Qué emprendería ahora? En la *intelligentsia* había quien estaba convencido de que ahora *Narodnaya volia* era dueña del campo, que podía dictar leyes e imponer su voluntad. «Esta vez es la revolución», había dicho Mijailovski ya algún tiempo antes. Shelgunov era menos optimista, pero también era el único de su grupo que no compartía el entusiasmo y las esperanzas generales⁸. En los barrios periféricos los obreros pedían a la Perovskaya que les dijese lo que había que hacer, dispuestos a seguirla al menor gesto⁹. En todas partes reinaba una aprensión que aunque impedía las manifestaciones monárquicas imposibilitaba también todo acto de solidaridad con los revolucionarios. *Narodnaya volia* había asumido la tarea de la lucha con el poder. Ahora esta responsabilidad recaía pesadamente sobre sus hombros.

El eco de las provincias aún fue más sordo que el de la capital. En Moscú, el 2 de marzo grupitos de estudiantes detuvieron a los transeúntes «para alegrarse de la muerte del zar». Otros se habían negado a par-

ticipar en una colecta para la compra de una corona de flores, suscitando atención y escándalo. «En los círculos universitarios muchos manifestaron su alegría por lo ocurrido el 1 de marzo.» Pero la opinión dominante era reaccionaria: se culpaba a Loris-Melikov, y acaso al príncipe Konstantin Nikolaevich, que con sus veleidades liberales habían abierto el camino a la acción de los revolucionarios¹⁰. En provincias no faltarán aquí y allá voces que aprueben el atentado. Gente humilde, hijos de popes, artesanos, maestros, dijeron que Alejandro II había sido asesinado porque había «obrado mal». En la región de Voronezh algunos sostuvieron que «los señores querían la república, como en Francia», otros afirmaron que «si el nuevo emperador no da tampoco la libertad, lo matarán también a él». En la provincia de Vladimir se alzó una voz para decir: «Lo que queremos es que no haya zar, que el pueblo se gobierne por sí solo.» Evidentemente, esta opinión estaba bastante difundida por aquellas tierras; las autoridades temieron muy en serio que se produjeran huelgas. Los informes que llegaban a San Petersburgo de otras provincias hablaban de «un estado de ánimo oscuro y pesado en la sociedad de Riazán y de un estado de ánimo similar en las otras ciudades». En el campo, el atentado se atribuyó casi siempre a los señores y a los nobles, pero tampoco estos rumores resultaban del todo tranquilizadores para los gobernadores y el Ministerio del Interior. En un informe del 9 de marzo, desde Riazán, se leía: «El pueblo está convencido de que los culpables son los *pomeshiki*, que no querían obedecer la voluntad del zar de dar tierras a los campesinos sin ningún rescate.» En marzo, desde Pskov, se aseguraba que habían matado al zar «porque abolió la servidumbre», pero también se agregaba: «Si algo debiera ocurrirle también al nuevo emperador y nos hacen otra vez siervos, iremos a cortarles la cabeza a todos los nobles.» En Poltava los campesinos estaban convencidos aquí y allá de «poder coger pronto las tierras de los señores y repartírselas». «Así todos seremos iguales.» Desórdenes propiamente dichos sólo se dieron en la región de Voronezh y de Tambov: «Entre los campesinos se rumorea que el nuevo zar ha ordenado no recoger la cosecha en las tierras de los señores y de los comerciantes a menos de 50 ó 60 rublos por *desiatina*.» Se necesitó «una enérgica actuación de los funcionarios para reprimir esa agitación»¹¹.

El motivo del *Chërny peredel*, de la distribución de las tierras, continuaba, pues, vivo en el campo, pero los revolucionarios no estaban desde luego en condiciones de basarse en él para su acción futura. En los días que siguieron al atentado estuvieron empeñados en San Petersburgo en una desesperada lucha para tratar de mantener en pie la organización y sobrevivir. La reacción ante las bombas de Rysakov y Grinevitski iba ahora a sacudir profundamente los cimientos del «Comité Ejecutivo».

Rysakov, interrogado día y noche, acabó dando el nombre de sus cómplices e indicando las direcciones que conocía. Las precauciones conspiratorias habían sido severísimas desde que Zheliabov empezó a orga-

nizar el atentado, pero se habían debilitado fatalmente durante los días febriles que precedieron a la acción. Rysakov sabía pocas cosas, pero incluso esas bastaban para afectar algunos centros vitales. La noche del 3 de marzo la policía hacía irrupción en el departamento de Ges'ya Gel'fman y Sablin. Este último resistió a mano armada mientras pudo y cuando se vio perdido se suicidó de un disparo. La Gel'fman fue detenida. Tras encontrar las dos bombas que no se habían empleado el 1 de marzo, la policía se instaló en el departamento. A las diez de la mañana siguiente se presentó ante la puerta un joven, Timofei Mijailov, el «tercer lanzador». Cuando vio a los gendarmes sacó el revólver y disparó seis tiros; hirió a tres personas, pero al final tuvo que rendirse. El 4 de marzo se descubrió la tienda del «matrimonio Kobozevy». Todos los que trabajaban en ella tuvieron tiempo de evacuarla, pero cayeron en manos de la policía dos *puds* de dinamita, la batería, etc. El gobierno quedó enormemente impresionado al encontrarse ante una nueva prueba de la amplitud de los preparativos revolucionarios. Las confesiones de Gol'denberg le habían dado una idea del número de participantes del movimiento revolucionario: unos pocos cientos de personas. Pero se veía obligado a comprobar la energía con que había actuado el «Comité Ejecutivo». Loris-Melikov pensó en un primer momento confiar a Rysakov a un tribunal militar y ahorcarlo por las buenas, como había hecho con el joven Mlodetski cuando disparó contra él menos de un año antes. Pero los descubrimientos que estaba haciendo la policía lo indujeron a pensar en un proceso político ante una comisión del Senado. En el centro de tal proceso pondría a Rysakov —joven, inculto e inexperto—, que, asustado por la muerte, adoptaría una actitud de arrepentimiento. Cuando Zheliabov comprendió la maniobra que se preparaba para disminuir el valor político del atentado no vaciló un segundo: escribió una carta en la que se declaraba único responsable auténtico de toda la acción y en la que conjuraba a los jueces para que lo unieran al proceso de los «lanzadores»¹².

Este gesto repercutió hondamente en el ánimo de sus compañeros en libertad y devolvió fuerzas y esperanzas a quienes se sentían cada día más ahogados por el cerco que se estrechaba a su alrededor. Pero la única acción que se perfilaba concretamente ante sus ojos era la de reanudar el camino, preparar un nuevo atentado contra el nuevo zar, golpear otra vez, sacudir aún más el edificio estatal que había resistido a la muerte de Alejandro II. Esta era precisamente la opinión del propio Zheliabov, convencido de que Alejandro III no «daría un paso» para satisfacer las reivindicaciones del partido «y que, por tanto, era necesario eliminarlo». En su celda de la fortaleza de Pedro y Pablo, Aleksandr Mijailov pensaba exactamente lo mismo, y así se lo escribió a sus compañeros en cuanto tuvo oportunidad. Incluso entre los que estaban en libertad hubo quien propuso poner de inmediato manos a la obra. Pero los golpes habían sido muy duros, la atmósfera de ansiedad estaba dema-

siado difundida entre ellos para que eso fuera posible. La disciplina y las precauciones conspiratorias se debilitaban. La Perovskaya conjuraba al «Comité Ejecutivo» para que emplease todas las fuerzas que le quedaban en un intento de liberar a Zheliabov, que con su gesto había firmado su sentencia de muerte. La audacia de esta mujer había lindado siempre con el desprecio de toda precaución¹³, y ahora pareció buscar la muerte. El 10 de marzo era detenida por un policía que la reconoció mientras recorría la Perspectiva Nevski. Una semana después caía Kibal'chich, creador de la dinamita, y las bombas del «Comité Ejecutivo».

Narodnaya volia consiguió realizar un único gesto político durante los terribles días que siguieron al 1 de marzo. Se trató de un gesto perfectamente calculado, que tuvo una gran repercusión en Rusia y en el extranjero y que cerró el ventenio iniciado con los entusiasmos reformadores de los años cincuenta.

Una vez más se vieron asaltados por la lógica del terrorismo; si las bombas no habían logrado suscitar una insurrección, una revuelta general, deberían servir al menos para persuadir a la autocracia de que su política había entrado en un callejón sin salida, de que el duelo entre revolucionarios y poder continuaría inexorable hasta el día que todas las capas de la población fueran llamadas a participar en la vida nacional. La libertad y una constitución eran el único camino que se abría ante Alejandro III, si no quería encerrarse en el círculo fatal que había llevado a su padre a la muerte.

Para afirmar estas ideas, el 10 de marzo se imprimió y difundió ampliamente una *Carta del «Comité Ejecutivo» a Alejandro III*. La escribió Tijomirov, y sus compañeros la discutieron, la modificaron parcialmente y, por fin, la aprobaron. Mijailovski se ocupó de releerla y aportar algún cambio, casi exclusivamente formal. En ella se leía:

La sangrienta tragedia sucedida en el Canal de Catalina no fue casual, así como tampoco inesperada. Tras todo lo ocurrido de diez años a esta parte, era inevitable... Sólo quien sea totalmente incapaz de analizar la vida de los pueblos puede explicarla hablando de intenciones criminales de personas aisladas o acaso de una «banda». Pese a todas las duras persecuciones, a pesar de que el gobierno del ex emperador lo sacrificase todo —la libertad, los intereses de todas las clases, los intereses de la economía e incluso la propia dignidad—, lo sacrificase todo sin excepción a la represión del movimiento revolucionario, hemos visto cómo en el curso de diez años éste se desarrollaba y crecía obstinadamente, atrayendo a los elementos mejores del país, los hombres más enérgicos y capaces de los mayores sacrificios, hasta llegar a la desesperada guerra de guerrillas que tiene entablada de tres años a esta parte con el gobierno. Vos sabéis, Majestad, que no se puede acusar al gobierno de vuestro padre de falta de energía. En Rusia fueron ahorcados el inocente y el culpable, las

cárceles y las tierras de deportación se atestaron de gente. Decenas de los llamados «cabecillas» fueron perseguidos y ahorcados; murieron con el valor y la tranquilidad de los mártires, pero el movimiento no se detuvo, creció y se reforzó continuamente... Sí, Majestad, el movimiento revolucionario no es algo que dependa de los individuos. Es un proceso del organismo nacional... Son las circunstancias las que crean los revolucionarios, y el descontento general del pueblo, la voluntad de Rusia que la lleva a nuevas formas sociales. No es posible exterminar a todo el pueblo, ni eliminar el descontento con la represión, que de tal modo incluso crecerá. Precisamente éste es el que hace surgir del pueblo, en número cada vez mayor, nuevos elementos que ocupan el lugar de los que han sido asesinados, éste es el que engendra pasiones cada vez más enérgicas y violentas.

Tijomirov mostraba después cómo se había pasado de la propaga al terror, recordaba los nombres de quienes habían marcado una etapa del movimiento, Koval'ski, Osinski, Lizogub, trazaba el terrible camino recorrido y concluía:

¿De dónde nace esta triste necesidad de una lucha sanguiñaria? Del hecho, Majestad, de que entre nosotros no existe un auténtico gobierno, en el verdadero sentido de la palabra. El gobierno, por su propia naturaleza, debe expresar sólo las fuerzas nacionales y populares, debe realizar la *narodnaya volia*. Y, en cambio, entre nosotros —perdonad la expresión— el gobierno ha degenerado en una pura camarilla y merece más el nombre de banda de usurpadores que el «Comité Ejecutivo». Sean cuales sean las intenciones del gobierno, nada tienen en común con los deseos del pueblo.

El estado estaba colgado en el vacío, apoyado únicamente por los explotadores y basado en la miseria de todos.

«Sólo hay dos salidas para semejante situación: o la revolución —absolutamente indispensable, que no podrá ser detenida por ninguna ejecución capital—, o el *paso* voluntario del poder supremo al pueblo.» (Tijomirov utilizaba la palabra *obrashenie*, equivalente ruso de las palabras *revolución* y *conversión*, dando a entender así que el *paso* voluntario tenía que ser completo y total.) «En el interés de la patria, y para evitar los terribles daños que siempre acompañaban a una revolución, el «Comité Ejecutivo» se dirige a Vuestra Majestad con el consejo de que elija el segundo camino.» Los revolucionarios se comprometían, en tal caso, a interrumpir toda actividad terrorista y «dedicarse a un trabajo cultural para el bien del amado pueblo». «La lucha pacífica de las ideas sustituirá a la violencia, que nos repugna más a nosotros que a vuestros servidores, y que practicamos únicamente por una triste necesidad.»

La *Carta* recordaba cuáles eran las dos condiciones fundamentales para que eso pudiera ocurrir:

- 1) amnistía general de todos los «delincuentes políticos», dado que sus actos no eran crímenes, sino cumplimiento de sus deberes cívicos;
- 2) convocatoria de los representantes de todo el pueblo ruso para reconsiderar las actuales formas de la vida estatal y social y para reconstruirlas conforme a los deseos del pueblo.

Esta segunda cláusula tendría un significado sólo el día en que se realizaran elecciones absolutamente libres. Por ello era indispensable que:

- 1) los diputados sean elegidos por todas las clases y todos los estamentos sin distinción, proporcionalmente al número de habitantes;
- 2) no se ponga ninguna limitación ni a los electores, ni a los diputados;
- 3) la campaña electoral y las propias elecciones se desarrollen de forma absolutamente libre. Para ello el gobierno debía, como medida temporal, asegurar
 - a) la plena libertad de prensa;
 - b) la plena libertad de palabra;
 - c) la plena libertad de reunión;
 - d) la plena libertad de los programas electorales.

Este era el único medio para que Rusia volviera a un camino de desarrollo justo y pacífico. «Declaramos solemnemente, ante la querida patria y ante todo el mundo, que nuestro partido, por su parte, se someterá incondicionalmente a las decisiones de la Asamblea Nacional»¹⁴.

El destino —o, si se prefiriere, la lógica de las cosas, que quiso dar una demostración puntual de la contradicción que el «Comité Ejecutivo» sabía ilustrar con tanta claridad, aunque sin tener ya fuerzas para resolverla—, el destino decidió que esta *Carta* llegará al Palacio de Invierno cuando se discutía en él un decreto que Alejandro II había firmado el mismo día de su muerte, y que sancionaba, por fin, los proyectos constitucionales de Loris-Melikov¹⁵. La importancia de esta decisión no estribaba, desde luego, en la forma jurídica en que se habían ido concretando las tendencias liberales vivas desde hacía dos decenios. El proyecto de Loris-Melikov era especialmente complicado, previendo la convocatoria de dos comisiones —económico-administrativa una y financiera otra, compuestas por funcionarios y elementos cooptados por su capacidad—, controladas y coordinadas ambas por una comisión general, en la que se discutirían los proyectos que había que someter al Consejo de Estado, con

la colaboración de personalidades elegidas por los *zemstva* y por las principales ciudades. La importancia del proyecto no radicaba en eso, sino en el valor que le atribuía Alejandro II. «He dado mi aprobación —había dicho—, pero no ignoro que es el primer paso hacia una constitución.» Durante todo el mes de febrero se había discutido el tema en las altas esferas gubernativas, sin que nada se trasluciera al exterior del Palacio de Invierno. *Narodnaya volia* ni siquiera sospechó que la política de Loris-Melikov estaba llegando así a buen puerto, fijando en un documento oficial la tentativa hecha por él desde hacía más de un año para introducir a parte de la *inteliguentsia* y la burguesía en la maquinaria estatal. El debate había sido tan ambiguo como el que precedió y siguió al atentado de Jalturin. Pero esta vez el emperador por fin se había decidido. La mañana del 1 de marzo firmó el proyecto, aunque reservándose aún el someterlo a un examen del Ministerio del Interior y una discusión del Consejo de Ministros, el cual debía convocarse el 4 de marzo¹⁶.

En cuanto resonaron las explosiones de las bombas de Rysakov y Grinevitski, Loris-Melikov comprendió que su destino estaba sellado. Alejandro III haría triunfar las tendencias eslavófilas, oscurantistas, que le había inspirado su mentor Pobedonostsev, su admiración por escritores como Aksakov y sobre todo su soberano desprecio por la opinión pública, la prensa, los «charlatanes» de San Petersburgo y de provincias. Una sesión del 8 de marzo decidió la situación. Loris-Melikov insistió en que se pusiera en práctica la voluntad del difunto soberano, y consiguió encontrar una mayoría apoyándose en el príncipe Konstantín Nikolaevich, en Miliutin y en general en aquellos que mantenían aún viva la voluntad que veinte años antes había realizado la reforma campesina. Pero tropezó con los consejeros, que exhortaban a Alejandro III a no ceder ante el fermento de la *inteliguentsia* y a recordar que era el zar autocrático. También el nuevo emperador empezó a decir que «temía que los proyectos de Loris-Melikov constituyeran el primer paso hacia una constitución». El temor de hacer un solo gesto que pudiera adentrarlo por el camino que el «Comité Ejecutivo» le recordaba por aquellos días dónde desembocaría lógicamente, le hizo elegir la vía del poder absoluto, de la reacción dura y sofocante que caracterizará todo su reinado. La lucha entre los dos grupos dirigentes, el liberal y el reaccionario, se prolongó todavía durante el mes de abril, pero ya no cabía la menor duda sobre su final.

El partido revolucionario callaba, ya no estaba en condiciones de asestar golpes, de hacer temblar todo el edificio estatal. El manifiesto del 29 de abril consagrará la victoria de Pobedonostsev. «Es una manifestación de la firme voluntad del monarca de mantener y defender la autocracia... Contiene una especie de resumen judicial, amenazas, y simultáneamente no dice una palabra que pueda satisfacer ni a las clases cultas ni al pueblo bajo. En la sociedad ha producido un efecto enorme-

mente deprimente», escribía en su diario Peretts, uno de los que habían tratado de orientar la crisis en sentido liberal¹⁷.

A Zheliabov y sus camaradas les tocó reafirmar frente a la muerte los valores que el estado parecía querer borrar así del suelo de Rusia. Lo harán de tal modo que arrancarán palabras de admiración incluso en el mundo de la burocracia liberal, arrojando una semilla que ninguna medida represiva conseguirá sofocar¹⁸. El 26 de marzo de 1881 se inició el proceso, que concluyó cuatro días después. Zheliabov dijo que el fiscal había tenido toda la razón al declarar que la acción del 1 de marzo no era un simple hecho, sino «historia». De él se hacía responsable no cada acusado, sino todo el partido. Respondía a las finalidades y los medios que *Narodnaya volia* había proclamado en todos los manifiestos, en la revista que había publicado, etc. Zheliabov no hacía la teoría de la revolución terrorista, como Morozov, pero reconocía que la lucha armada era una consecuencia lógica de todo el desarrollo del movimiento y trazaba la historia de su generación.

Hemos probado diversos medios para actuar en favor del pueblo. A comienzos de los años setenta elegimos la vida de los trabajadores, la propaganda pacífica de las ideas socialistas. El movimiento era sumamente inocuo. ¿Y como acabó? Se destrozó únicamente ante los inmensos obstáculos contra los que tropezó, en forma de cárceles y confinamiento. Un movimiento sin sangre, que repudiaba la violencia, fue sofocado... El breve período que vivimos entre el pueblo nos mostró cuánto había en nuestras ideas de libresco y doctrinario... Decidimos entonces actuar en nombre de los intereses creados por el pueblo, inherentes a su vida, reconocidos por él. Este fue el carácter distintivo del populismo. De metafísico y soñador se hizo positivista y se mantuvo pegado a la tierra... En vez de la propaganda de las ideas socialistas se puso en primer plano la voluntad de despertar al pueblo mediante la agitación en nombre de los intereses sentidos por él. En vez de la lucha pacífica nos entregamos a la lucha con las obras... Empezamos por los pequeños... En 1878 hizo su aparición por primera vez la idea de una lucha más radical, o sea, el pensamiento de cortar el nudo gordiano. Las raíces del 1 de marzo han de buscarse en las concepciones del invierno de 1877-78... El partido aún no tenía bastante claro ante sus ojos el significado de la estructura política para el destino del pueblo ruso, aunque todos sus esfuerzos lo impulsaran a la batalla contra el sistema político...

En Lipetsk se había decidido luchar en este sentido y se habían indicado los medios precisos para llegar a una «revolución violenta a través de una conjura, organizando con este fin las fuerzas revolucionarias en el sentido más amplio de la palabra...» «Después del congreso de Lipetsk formé parte de la organización en cuyo centro estaba el «Co-

mité Ejecutivo», y actué para ampliarla. Con este espíritu me estorcí por dar vida a una organización única, centralizada, compuesta por grupos autónomos, pero que actuara con un plan único y común, en el interés de una meta común»¹⁹.

La Perovskaya, Kibal'chich, la Gel'fman, T. Mijailov, confirmaron los cuatro las ideas por las que habían sacrificado la vida. La Perovskaya se mostró particularmente valiente. Kibal'chich se dio a conocer incluso ante el tribunal por lo que era: un hombre genial, preocupado siempre por el problema técnico de la relación entre los fines y los medios. En la celda siguió diseñando un proyecto de aeroplano que sentía no poder terminar antes de que lo ahorcasen. Sólo Rysakov afirmó ser un socialista pacífico, arrepentido del terrorismo.

Condenados a muerte, sólo Ges'ya Gel'fman no fue ajusticiada por estar encinta. Su vida y la del recién nacido en la fortaleza de Pedro y Pablo indignarían a toda Europa y suscitarían violentas protestas en el mundo socialista y democrático. Su pequeño pereció en la inclusa el 25 de enero de 1882. Cinco días después moría también ella.

A las 9,50 de la mañana del 3 de abril de 1881 subían al patíbulo Rysakov, Zheliabov, Mijailov, Kibal'chich y la Perovskaya. Los cuatro últimos se abrazaron por última vez, y todos fueron ahorcados.

Notas al capítulo 22

¹ Sobre este primer plan, véase M. F. Frolenko, *Sobranie sochineni v dviuj tomaj, pod redaktsiei i s primechaniyami I. A. Teodovicha* [Obras en dos volúmenes, edición y notas de I. A. Teodorovich], vol. II, p. 63. Sobre todos estos acontecimientos, S. S. Volk, *Narodnaya Volia. 1879-1882* [La Voluntad del Pueblo. 1879-1882], M.-L. 1966, pp. 100 y ss.

² V. Figner, *Zapechatlenny trud* [Tarea terminada], M. 1933, vol. II, pp. 200 y siguientes.

³ M. N. Trigoni, *Moi arest 1881 goda* [Mi detención en 1881], en «Byloe», 1906, fasc. III.

⁴ *Biografiya Grinevitskogo* [Biografía de Grinevtski], en «Na rodine», fasc. I, y Lucjan Blit, *The Origins of Polish Socialism. The History and Ideas of the First Polish Socialist Party. 1878-1886*, Cambridge, 1971, pp. 17 y ss.

⁵ A. V. Tyrkov, *K sobytiyu 1-go marta 1881 goda* [Sobre el 1 de marzo de 1881], en «Byloe», 1906, fasc. V.

⁶ Este episodio será recordado el 30 de diciembre de 1928, cuando se celebre en Moscú el ochenta cumpleaños de Frolenko, superviviente de todas las aventuras de los años setenta y de más de cuatro lustros de cárcel en Shlisselburg. Frolenko, *op. cit.*, vol. I, p. 23.

⁷ V. Ya. Bogucharski, *Iz istorii politicheskoi bor'by v 70-j i 80-j gg. XIX veka. Partiya «Narodnoi Voli», eya proisjzhdenie, sud'by i gibel'* [De la historia de la lucha política en los años setenta y ochenta del siglo XIX. El partido de «La Voluntad del Pueblo», su origen, su destino y su ruina], M. 1912, pp. 86 y ss.

⁸ N. R. (N. Rusanov), *Sobytie pervogo marta i N. V. Shelgunov* [El 1 de marzo (1881) y N. V. Shelgunov], en «Byloe», 1906, fasc. III.

⁹ Tyrkov, *op. cit.*

¹⁰ N. K., *Moskva v marte 1881 goda* [Moscú en marzo de 1881], en «Krasnyj arjiv», 1926, fasc. I, donde se publican los informes policiales de los primeros días de marzo, de los que están tomadas las frases citadas.

¹¹ S. Valk, *Posle pervogo marta 1881 g.* [Después del 1 de marzo de 1881], en «Krasnyj arjiv», 1931, fasc. II, y los diversos estudios sobre aquellos días recogidos en *1 marte 1881 goda, podgotovleno k pechati literaturnoi komissiei Kruzhka narodovol'tsev v sostave A. V. Yakimovoi-Dikovskoi, M. F. Frolenko i dr.* [El 1 de marzo de 1881, compilado por la comisión literaria del Grupo de «La Voluntad del Pueblo», compuesta por A. V. Yakimova-Dikovskaya, M. F. Frolenko y otros], M. 1933.

¹² Su carta está publicada en «Byloe», 1906, fasc. III.

¹³ *Softa L'vovna Perovskaya*, Londres 1882, p. 22.

¹⁴ *Literatura partii «Narodnoi volii»* [La literatura del partido de «La Voluntad del Pueblo»], M. 1907, pp. 451 y ss. Cfr. S. S. Volk, *Programnye dokumenty «Narodnoi Voli», 1879-1882 gg.* [Documentos programáticos de «La Voluntad del Pueblo»], en *Voprosy istoriografii i istochnikovedeniya istorii SSSR. Sbornik statei* [Pro-

blemas de historiografía y de crítica de las fuentes de la historia de la URSS. Colección de artículos], M.-L. 1963, pp. 447 y ss.

¹⁵ *Konstitutsiya Loris-Melikova* [La constitución de Loris-Melikov], Londres 1893; F. Voljovski, *Chemu uchit «Konstitutsiya» gr. Loris-Melikova?* [¿Qué enseña la «Constitución» del conde Loris-Melikov?], Londres 1894; P. Shegolev, *Iz istorii «konstitutsionnykh» veyani v 1879-1881 gg.* [De la historia de las corrientes «constitucionalistas» en los años 1879-1881], en «Byloe», 1906, fasc. XII; N. Golitsyn, *Konstitutsiya grafa Loris-Melikova* [La constitución del conde Loris-Melikov], en «Byloe», 1918, fasc. IV-V; E. A. Peretts, *Dnevnik (1880-1883), s predisloviem E. A. Presniakova. Tekst podgotovil k pečati A. A. Sergeev* [Diarios (1880-1883), con prefacio de E. A. Presniakov. Edición del texto de A. A. Sergeev], M.-L. 1927; *Konstitutsionnye proekty nachala 80-j gg. XIX veka* [Proyectos constitucionales de los primeros años ochenta del siglo XIX], en «Krasny arjiv», 1928, fasc. VI; Yu. V. Got'e, *Bor'ba pravitel'stvennykh gruppirovok i manifest 29 apreliia 1881 g.* [La lucha de los grupos dirigentes del estado y el manifiesto del 29 de abril de 1881], en «Istoricheskie zapiski», 1938, fasc. II, D. A. Miliutin, *Devnik. Redaktsiya, biograficheski ocherk i primechaniya P. A. Zayonchkovskogo* [Diario. Edición, ensayo biográfico y notas de P. A. Zayonchkovski], M. 1947-50, en 4 vols.; el volumen IV incluye los años 1881-82.

¹⁶ P. A. Zayonchkovski, *Krisis samoderzhaviya na rubezhe 1870-1880-j godov* [La crisis de la autocracia en el límite entre los años setenta y los ochenta del siglo XIX], M. 1964, pp. 322 y ss.

¹⁷ Peretts, *op. cit.*, p. 69.

¹⁸ *K 25-ti letiyu 1881-1906 gg. Delo 1-go marta 1881 g. Protsess Zheliabova, Perovskoi i dr. (Pravitel'stvenny otechet). So stat'ei i primechaniyami L'va Deitsa* [En el XXV aniversario. 1881-1906. La causa del 1 de marzo de 1881. El proceso de Zheliabov, la Perovskaya y otros (Informe oficial). Con un artículo y notas de Lev Deits], Spb. 1906, y N. A. Troitski, «*Narodnaya Volia*» *pered tsarskim sudom* [«La Voluntad del Pueblo» ante los tribunales zaristas], Saratov 1971.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 333 y ss.

Indice de revistas

- American and East European Review, The, 938 n. 116
 American Historical Review, 19
 American Slavic and East European Review, The, 218 n. 41
 Anarchia, 940 n. 145
 Annales, 53
 Archives Bakounine, 624 n. 25
 Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung 727 n. 1
 Arjiv istorii truda v Rossii [Archivo de historia del trabajo en Rusia], 843 n. 5
 Arjiv K. Marksa i F. Engel'sa [Archivo Marx-Engels], 348 n. 112
 Arjiv russkoi revoliutsii [Archivo de la revolución rusa], 943 n. 175
- Biblioteka dlia chteniya [Biblioteca de lectura], 579 n. 19
 Biblioteka marksista, 675 n. 16
 Birzhevye vedomosti [El noticiero de la bolsa], 446, 488 n. 65
 Biulleteni gosudarstvennogo literaturnogo muzeya [Boletines del museo literario estatal], 269 n. 36
 Bor'ba klassov [La lucha de clases], 623 n. 25
 Bulletin de la Fédération Jurassienne, 544, 854, 933 n. 12
 Bulletin of the International Institute of Social History, 269 n. 34, 734 n. 105, 846 n. 24
 Bulletin russe (Supplement du Kolokol) (La Cloche), 626 n. 62
 Byloe [El pasado], 217 n. 27, 267 n. 9, 270 n. 56, 351 n. 141, 414 n. 21, 441 n. 7, 486 n. 48, 489 n. 78, 530 n. 13, 579 n. 31, 581 n. 62, 622 nn. 1, 11 y 12, 626 n. 54, 678 n. 82, 679 n. 108, 731 n. 63, 733 nn. 89 y 105, 779 n. 1, 780 n. 3, 783 nn. 51 y 53, 844 n. 14, 846 nn. 30 y 36, 848 nn. 57, 63 y 69, 849 n. 74, 934 n. 44, 935 nn. 67, 71 y 73, 936 nn. 86 y 92, 937 nn. 102 y 107, 938 nn. 112, 121 y 122, 939 n. 132, 943 n. 181, 944 n. 190, 1029 n. 7, 1030 n. 20, 1031 nn. 27, 30, y 31, 1032 n. 43, 1033 nn. 43 y 53, 1034 n. 57, 1036 n. 102, 1038 n. 117, 1039 nn. 125, 130 y 144, 1040 nn. 148 y 152, 1041 n. 170, 1056 nn. 3, 5, 8 y 12, 1057 n. 15
- Cahiers du monde russe et soviétique, 83 n. 131, 147 n. 96, 269 n. 36, 623 n. 22, 625 n. 45, 626 nn. 56 y 61
 Cahiers Vilfredo Pareto, 490 n. 90, 626 n. 53
 Canadian Slavic Studies, 622 n. 9
 Canadian Slavonic Papers, 143 n. 21
 Capitale, La, 351 n. 137
 Chérny peredel [Distribución negra] 973-75, 978-80
 Constitutionnel, Le, 167
- Delo [La causa], 632, 637, 639, 679 nn. 102, 103 y 104, 1013
 Den' [El día], 256
 Deutsche Jahrbücher, 115-16
- Egalité, L', 476, 481-82, 728 n. 16
 Ejo [El Eco], 401
 Encounter, 25, 144 n. 47
 Epoca, 146 n. 81
 Etudes d'histoire moderne, 842 n. 1
 Ezhegodnik germanskoi istorii [Anuario de historia alemana], 80 n. 89
- Figaro, Le, 931
 Fischietto, Il, 373 n. 8

- Flagello, II, 348 n. 107
- Free Russia, organ of the Society of Friends of Russian Freedom, 781 n. 24
- Gazette de Nord, 675 n. 16
- Gazzeta del popolo, 16
- Glavnoe upravlenie arjivnym delom [Dirección central de archivos], 731 n. 59
- Golos [La voz], 920
- Golos minuvshago [La voz del pasado], 219 n. 63, 414 n. 22, 514 n. 26, 529 n. 1, 548 n. 5, 580 n. 47, 782 n. 41, 784 n. 58, 850 n. 88, 934 n. 47, 941 n. 148, 944 n. 191, 1031 n. 23, 1034 n. 56, 1039 n. 136, 1041 n. 166
- Golos minuvshago na chuzhoi storone [La voz del pasado en el extranjero], 622 n. 7, 780 n. 7, 1030 n. 16
- Golosa iz Rossii [Voces de Rusia], 451, 485 n. 24, 731 n. 54
- Harvard Slavic Studies, 77 n. 19, 273 n. 96, 550 n. 47
- Internationale, L', 490 nn. 92-3 y 96, 626 n. 49, 708-09, 732 nn. 73 y 74
- International Review of Social History, 733 n. 89, 734 n. 110, 943 n. 182
- Iskra [La chispa], 401, 533
- Istoricheskaya biblioteka [Biblioteca histórica], 530 n. 8
- Istoricheskie zapiski [Notas históricas], 82 n. 107, 84 n. 139, 215 n. 5, 218 n. 41, 346 n. 96, 350 n. 125, 441 n. 4, 484 n. 2, 487 n. 57, 939 n. 128, 1036 n. 100, 1057 n. 15
- Istoricheski arjiv [El archivo histórico], 79 n. 65, 580 n. 50, 731 n. 59
- Istoricheski sbornik [Colección histórica], 489 n. 81
- Istoricheski sbornik. Nasha strana [Colección histórica. Nuestro país], 622 n. 8
- Istoricheski vestnik [El noticiero histórico], 530 n. 14, 578 n. 14
- Istórik marksist [El historiador marxista], 145 n. 62, 375 n. 35, 843 n. 5, 1035 n. 80
- Istoriko-revoliutsionny sbornik [Miscelánea histórico-revolucionaria], 849 n. 84, 934 n. 42, 1034 n. 74, 1040 n. 163
- Istoriko-revoliutsionnaya biblioteka [Biblioteca histórico-revolucionaria], 483 n. 2
- Istoriograficheski sbornik [Miscelánea historiográfica], 85 n. 143
- Istoriya SSSR [Historia de la URSS], 80 n. 89, 218 n. 41
- Italia del popolo, L', 227
- Izobchitel' [El desenmascarador], 401, 413 n. 4
- Izvestiya Akademii nauk SSSR. Seriya istorii i filosofii [Noticias de la Academia de Ciencias de la URSS. Serie historia y filosofía], 346 nn. 95 y 96, 443 n. 41
- Izvestiya ANSSR. Otdelenie literatury i yazyka [Noticiero de la Academia de Ciencias de la URSS. Sección de literatura y lengua], 549 n. 35
- Izvestiya IKSD Riaz.-Ur. zh-d. [Noticias del Comité Ejecutivo del soviet de diputados del ferrocarril Riazán-Ural], 580 n. 40
- Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik, 735 n. 118, 935 n. 74, 936 n. 81, 940 n. 141
- Jahrbücher für Geschichte Osteuropas, 76 n. 8
- Journal de Genève, 477, 489 n. 90
- Journal des débats, 216 n. 18
- Journal of Modern History, 268 n. 30, 1039 n. 134
- Journal of Negro History, 23
- Kamsko-volzhsкая gazeta [La gaceta del Kama y el Volga], 535
- Katorga i ssylka [Trabajos forzados y deportación], 12, 350 n. 130, 441 n. 1, 488 n. 72, 512 n. 1, 513 n. 12, 514 n. 23, 550 n. 41, 580 nn. 40, 42 y 43, 581 nn. 56, 57 y 61, 622 nn. 10 y 14, 625 n. 42, 626 n. 52, 677 n. 81, 679 n. 113, 728 n. 19, 732 n. 67, 781 n. 35, 782 nn. 42 y 45, 783 n. 53, 785 n. 78, 843 n. 3, 844 nn. 12 y 18, 845 nn. 20 y 23, 846 n. 29, 847 n. 57, 848 nn. 57, 58, 60 y 62, 849 nn. 73 y 84, 850 nn. 91 y 100, 937 nn. 100, 103 y 105, 938 nn. 116, 117 y 121, 939 nn. 123, 124, 128 y 137, 942 n. 167, 944 n. 194, 1029 n. 8, 1031 nn. 22 y 28, 1032 n. 36, 1034 nn. 59 y 61, 1035 n. 80, 1036 n. 102, 1038 nn. 115 y 123, 1040 n. 154
- Knika i revoliutsiya [Libro y revolución], 731 n. 55
- Kolokol [La campana], 47, 221-73, 302, 308-10, 323, 348 n. 107, 349 n. 121,

- 370, 397 nn. 21 y 28, 401, 411, 413 n. 3, 414 nn. 12 y 18, 421, 429, 439, 450-51, 454, 463, 469, 471-75, 485 n. 35, 486 nn. 36 y 37, 489 nn. 80, 86 y 88, 492, 498, 500, 529 n. 4, 544, 585, 602, 616, 617, 626 nn. 63 y 64, 627 nn. 65 y 66, 682, 722, 725, 743, 811, 928
- Kommunist [El comunista], 54
- Krasnaya letopis [Los anales rojos], 395 n. 2, 849 n. 77, 850 n. 101
- Krasny arjiv [Archivo rojo], 141 n. 9, 143 n. 22, 345 n. 77, 350 n. 126, 375 n. 46, 397 n. 27, 489 n. 84, 512 n. 3, 513 n. 7, 577 n. 1, 579 n. 37, 580 n. 43, 623 n. 23, 626 n. 59, 627 n. 69, 786 n. 95, 846 n. 34, 847 n. 54, 937 nn. 93, 94, 99 y 102, 1030 nn. 16 y 18, 1032 n. 41, 1038 n. 114, 1040 nn. 150 y 157, 1056 nn. 10 y 11, 1057 n. 15
- Letopisi marksizma [Anales del marxismo], 148 n. 119, 183 n. 76, 624 n. 30, 728 n. 15
- Liberté, journal des radicaux progressistes, 477, 481, 623 n. 22
- Listener, The, 29
- Listok Zemli i voli [Hoja volante de «La Voluntad del Pueblo»], 1005, 1027, 1036 n. 98, 1037 n. 107, 1039 nn. 128 y 137
- Listok Zemli i voli [Hoja volante de «Tierra y Libertad»], 927-28, 944 n. 197, 955, 970
- Literaturnoe nasledstvo [La herencia literaria], 83 n. 139, 143 nn. 28 y 30, 147 n. 97 y 109, 268 n. 31, 269 nn. 36 y 39, 270 n. 59, 271 nn. 61, 66 y 68, 273 n. 87, 343 n. 1, 344 n. 18, 347 n. 98, 349 n. 118, 373 n. 4, 442 n. 12, 483 n. 2, 484 nn. 3 y 8, 485 n. 19, 486 n. 39, 487 nn. 52, 57 y 59, 489 nn. 81, 83 y 87, 513 n. 12, 623 n. 19, 675 n. 18, 727 n. 6, 728 n. 36, 784 n. 59
- Literaturny kritik [El crítico literario], 373 n. 3
- Manchester Guardian, 77 n. 31
- Marseillaise, La 711
- Materialy dlia istorii russkogo sotsial'nogo revoliutsionnogo dvizheniya [Materiales para la historia del movimiento social-revolucionario ruso], 733 n. 89, 1029 n. 10
- Minuvshie gody [Años transcurridos], 142 n. 14, 396 n. 11, 529 n. 6, 550 n. 40, 581 n. 60, 624 n. 32, 626 n. 55, 727 n. 4, 732 n. 88
- Molodaya gvardiya [La joven guardia], 443 n. 34, 513 n. 14
- Monde illustré, Le, 931
- Mondo, Il, 15
- Movimento operaio, 487 n. 50, 578 n. 12, 934 n. 50, 941 n. 145, 1035 n. 79
- Muzei revoliutsii. Sbornik I [Museo de la revolución. Colección I], 488 n. 71
- Mysl' [El pensamiento], 1013
- Na chuzhoi storone [En el extranjero], 675 n. 39, 733 n. 105, 933 n. 9, 1033 n. 45
- Na rodine [En la patria], 933 n. 19, 934 n. 39, 1056 n. 4
- Nabat [Campana a rebato], 661-62, 664, 670, 673, 675 n. 15, 677 n. 81, 678 nn. 82, 96 y 100, 679 nn. 108, 111 y 114, 825, 896, 934 n. 37, 939 nn. 124, 125, 126 y 131, 997, 1037 n. 102
- Nachalo [El comienzo], 905-07, 915, 936 n. 78, 942 n. 157, 943 n. 173
- Narodnaya letopis' [Anales populares], 549 n. 30
- Narodnaya rasprava [Justicia popular], 602-03, 615, 623 n. 17, 767
- Narodnaya volia [La voluntad del pueblo], 621, 939 n. 130, 947-1041, 973, 982, 989, 993, 997, 1002, 1005, 1009, 1012-013, 1015, 1028, 1029 n. 5, 1030 n. 12, 1036 nn. 82, 93, 95, 99 y 101, 1037 nn. 103 y 108, 1038 n. 121
- Narodnoe delo [La causa popular], 487 n. 60, 489 n. 89, 575, 589, 592, 601, 683-84, 686-87, 696, 700, 707, 729 nn. 37, 41, 43-6, 732 n. 69, 743
- Nation, The, 32
- National Review, 30
- Nauchnye doklady vysshei shkoly. Istoriicheskie nauki [Informes científicos de la escuela superior. Ciencias históricas], 1033 n. 50
- Nedelia [La semana], 705
- Neue Rheinische Zeitung, 173
- Ni Dieu, ni maître, 673, 674 n. 2, 676 n. 39
- Notiziario Einaudi, 14
- Nouvelle Clio, La, 79 n. 64, 148 n. 18
- Novosti [Novedades], 850 n. 90
- Observer, The, 31
- Obshee delo [La causa común], 544, 550 n. 40, 565, 580 n. 40, 936 n. 86, 942 n. 166

- Obshee veche [La común asamblea], 248, 251-52
- Obshina [La comuna], 615, 659, 844 n. 19, 847 n. 52, 891, 901-02, 907-08, 922, 937 nn. 96 y 97, 938 n. 114, 939 nn. 131 y 135, 940 nn. 140 y 143, 942 n. 165
- Ocherki [Ensayos], 536
- Osnova [Los fundamentos], 533
- Österreichische Osthefte, 729 n. 42
- Osvobozhdenie [La liberación], 580 n. 40
- Osvobozhdenie truda [La liberación del trabajo], 622 n. 13
- Otechestvennye zapiski [Anales patrióticos], 78 n. 38, 200, 549 n. 34, 731 n. 51, 789, 843 n. 5, 844 n. 10, 935 n. 69
- Oxford Slavonic Papers, 184 n. 76, 267 n. 1
- Pensiero critico, II, 17
- Peuple, Le, 134
- Plebe, La, 351 n. 137
- Plus loin, 581 n. 59
- Poliarnaya zvezda [Estrella polar], 47, 228, 230, 233, 235, 267 n. 9, 451, 492
- Pravitel'stvenny vestnik [El mensajero oficial], 846 n. 36, 848 n. 63, 882, 885, 914
- Proletarskaya revoliutsiya [La revolución proletaria], 514 n. 29, 847 n. 57
- Pungolo, II, 351 n. 137
- Rabochaya gazeta [Gaceta obrera], 1024-026, 1040 n. 162
- Rabochaya zaria [Aurora obrera], 841
- Rabotnik [El trabajador], 812-13, 820-22, 825, 847 nn. 42, 46, 48, 50 y 54, 854, 860, 879, 933 n. 8, 936 n. 77, 937 n. 92, 938 n. 115
- Réforme, La, 162, 165, 170, 623 n. 22
- Revue des Deux Mondes, 941 n. 147
- Revue des études slaves, 373 n. 2, 550 n. 47
- Revue philosophique et religieuse, 429
- Revue indépendante, 211
- Rinascita, 15
- Rivista storica italiana, 81 n. 90, 144 n. 30, 350 n. 121, 395 n. 1
- Russkaya beseda [La conversación rusa], 145 n. 65
- Russkaya literatura [Literatura rusa], 83 n. 139, 937 n. 96
- Russkaya mysl' [El pensamiento ruso], 513 n. 10, 548 n. 7
- Russkaya starina [La antigüedad rusa], 351 n. 139, 413 nn. 8 y 9, 414 n. 9, 441 n. 5, 529 n. 5, 530 n. 16, 548 n. 8, 580 n. 45
- Russki arjiv [Archivo ruso], 80 n. 87
- Russki vestnik [El mensajero ruso], 297
- Russkie propilei [Los propileos rusos], 146 n. 81, 269 n. 36, 485 n. 19
- Russkie vedomosti [El noticiero ruso], 780 n. 17
- Russkoe bogatstvo [La riqueza rusa], 351 n. 139
- Russkoe proshloe [El pasado ruso], 396 n. 3
- Russkoe slovo [La palabra rusa], 60-1, 256, 370, 532, 541, 543-46, 550 nn. 45-7, 578 n. 12, 632, 684
- Srodiny i narodine [Con la patria y en la patria], 932 n. 1
- Sbornik gruppa «Osvobozhdenie truda» [Miscelánea del grupo «Liberación del trabajo»], 944 n. 199
- Sbornik materialov i statei. Glavnoe Upravlenie arjivnym delom. Redaktsiya zhurnala «Istoricheski arjiv» [Colección de materiales y artículos. Dirección central de archivos. Redacción de la revista «Archivo histórico», 934 n. 47
- Schriftenreihe Osteuropa, 217 n. 23
- Sever [El norte], 731 n. 61
- Severny vestnik [El noticiero del norte], 728 n. 18
- Sibirskie zapiski [Notas siberianas], 577 n. 3
- Slavic Review, 76 n. 1, 82 n. 102, 217 n. 23, 268 n. 31, 550 n. 47, 779 n. 1
- Slavonic and East European Review, 786 n. 85
- Slovo [La palabra], 1013
- Sluji [Rumores], 373 n. 4
- Sol'datskaya beseda [Conversación con los soldados], 463
- Sole, II, 351 n. 137
- South and East European Journal, 82 n. 102
- Soviet Studies, 215 n. 2
- Sovremennik [El Contemporáneo], 142 n. 12, 161, 200, 224, 237, 241-42, 256, 261, 288-92, 294, 298, 303, 306-09, 311, 314, 320, 322-23, 328-32, 335, 338-39, 342 n. 1, 345 nn. 58, 60 y 80, 346 n. 87, 347 nn. 97, 99-101 y 107,

- 348 n. 107-08 y 109, 349 n. 116, 350 n. 137, 353, 355-58, 362-63, 366, 404, 407, 409, 425-26, 428, 430-31, 442 nn. 9 y 22, 443 n. 28, 452, 458, 463-64, 474-75, 485 nn. 16 y 17, 517, 531, 536-39, 541-42, 549 nn. 16, 29, 31-2 y 37, 550 n. 47, 563, 585, 630, 635, 650, 704, 731 n. 62
- Sovremenny mir [El mundo contemporáneo], 344 n. 14, 396 n. 11, 413 n. 2
- Spectator, The, 31
- Spettatore italiano, Lo, 17
- St. Peterburger Zeitung, 508
- Svistok [El silbido], 355
- Svoboda [Libertad], 470, 678 n. 81
- Times, The, 348 n. 107
- Times Literary Supplement, The, 18
- Travailleur, Le, 939 n. 129, 940 n. 140, 1034 n. 79
- Tribune des peuples, La, 147 n. 119, 148 n. 119, 218 n. 44
- Trudy Vladimirskei uchenoi arxivnoi Kommissii [Memorias de la comisión científica y archivera de Vladimir, 623 n. 16
- Uchenye zapiski [Memorias científicas del Instituto estatal pedagógico N. K. Krupskaya], 142 n. 12
- Uchenye zapiski [Memorias científicas del Instituto estatal pedagógico V. I. Lenin], 217 n. 26
- Uchenye zapiski gor'kovskogo gos. universiteta [Memorias científicas de la universidad estatal de Gorki], 79 n. 71, 142 n. 15, 483 n. 2, 484 n. 2
- Uchenye zapiski kazanskogo pedagogicheskogo instituta [Memorias científicas del Instituto pedagógico de Kazán], 397 n. 27
- Universitetskie izvestiya [Noticiero de la universidad], 142 n. 18, 413 n. 3
- Vek [El siglo], 375 n. 53, 455, 486 n. 44
- Velikoruss [El gran ruso], 244, 254, 323, 423-26, 433, 442 nn. 9 y 10, 454, 463, 471, 486 nn. 36 y 37, 501, 747
- Vestnik Evropy [El noticiero de Europa], 182 n. 42, 529 n. 6, 549 n. 33, 628 n. 18
- Vestnik Narodnoi voli [El noticiero de «La Voluntad del Pueblo», 375 n. 35, 627 n. 70, 936 n. 91, 1040 n. 152
- Voinstvryushi materialist [El materialista militante], 674 n. 1
- Voix du peuple, La, 134
- Volksstaat, 623 n. 22, 626 n. 49, 659, 676 n. 79
- Vol'noe slovo [La palabra libre], 1034 n. 71
- Voprosy istorii [Problemas de historia], 22, 77 n. 32, 217 n. 29, 218 n. 41, 346 n. 96, 443 n. 23, 484 n. 3, 843 n. 1, 845 n. 24, 846 n. 37, 933 n. 6, 935 n. 59, 1040 n. 155
- Voprosy literatury [Problemas de literatura], 43-4, 76 n. 2, 79 n. 73, 83 n. 139, 181 n. 10
- Vpered [Adelante], 578 n. 11, 655, 658, 676 nn. 65 y 66, 714-15, 717-19, 722-26, 731 n. 50, 732 n. 89, 733 nn. 89, 92 y 105, 745, 756, 782 n. 45, 784 nn. 55 y 56, 786 n. 87, 798-99, 811, 838, 840, 845 n. 23, 853-54, 882, 901, 933 n. 5, 951, 1030 n. 16
- Vorwärts, 160
- Vostochnoe obozrenie [La reseña oriental], 510
- Vraie république, La, 134
- Wünschenruth, 145 n. 64
- Za sto lit [Cien años], 939 n. 136
- Zapiski imperatorskogo russkogo geograficheskogo obshchestva [Memorias de la sociedad imperial geográfica rusa], 486 n. 40
- Zemlia i volia! [Tierra y Libertad], 838-39, 850 nn. 92 y 94, 918, 920-22, 928, 938 nn. 118 y 120, 939 n. 128, 944 nn. 185 y 197, 954, 957, 976, 1031 n. 24
- Zerno [La semilla], 1024
- Zhivoi golos [La voz viva], 401, 413 n. 4
- Zhurnal dlia aktsionerov [La revista de los accionistas], 446, 449
- Zhurnal ministerstva narodnogo prosvetsheniya [Revista del ministerio de Instrucción Pública], 579 nn. 18 y 25
- Zven'ya [Eslabones], 143 n. 27, 148 n. 119, 217 n. 31, 219 n. 45, 267 n. 9, 271 n. 68, 413 n. 4, 483 n. 2, 490 n. 91, 734 n. 107, 1029 n. 8, 1032 n. 34

Indice onomástico

- Abbakumov, I. A., 793
 Abramov, Ya. V., 512 n. 5
 Afanas'eva, S. P., 934 n. 50
 Aizenberger, L. A., 396 n. 7
 Ajshamurov, D. D., 204
 Akimova, T. M., 343 n. 2
 Aksakov, I. S., 122, 652
 Aksakov, K. S., 43, 122, 128, 418, 485 n. 18
 Aksel'rod, P. B., 731 n. 64, 735 nn. 117 y 119, 784 n. 56, 799-800, 825, 841, 846 nn. 26, 29 y 32, 847 n. 42, 849 n. 74, 855, 865, 901, 922-23, 933 n. 11, 935 n. 74, 936 n. 81, 940 n. 142, 974, 980, 1.031 n. 32, 1.032 n. 39, 1.039 n. 126
 Alejandro I, 39, 105, 109, 189-90, 194
 Alejandro II, 45, 51-3, 56-7, 59, 62, 71, 88, 189, 201, 210, 229-30, 232, 234-35, 238-39, 242, 245, 255-57, 270 n. 56, 290, 294-95, 306, 310, 312, 326, 328-30, 337, 351 n. 137, 367-68, 380-81, 385, 390, 404, 406, 421, 424, 427, 434, 447-48, 457, 459, 468, 471, 484 n. 11, 493, 497, 507, 530 n. 17, 532-33, 535, 557, 567, 570-71, 590, 603, 619-20, 747, 749, 757, 765, 771-72, 796, 804, 813, 907, 929-30, 947, 949, 954, 962, 965, 968-69, 972, 978, 982, 1000, 1002-003, 1005-012, 1027, 1043-044, 1046-049, 1052-053
 Alejandro III, 19, 337, 339, 409, 805, 833, 1008-009, 1011, 1028, 1049-050, 1053
 Aleksandrov, D. A., 848 n. 62
 Aleksandrov, M., *cfr.* Ol'minski, M. S.
 Aleksandrov, P. A., 928
 Aleksandrov, V. M., 740, 751-52, 782 n. 45, 818
 Aleksandrova, V. I., 807
 Alekseev, N. A., 343 n. 9, 345 nn. 53 y 77
 Alekseev, P. A., 796, 816-19, 847 n. 57, 882, 936 n. 86
 Alekseev, V. P., 512 nn. 3 y 6
 Alekseeva, O. B., 84 n. 139, 579 n. 17, 734 n. 113, 781 n. 23
 Al'tman, M. S., 624 n. 32, 625 n. 38, 732 n. 86
 Amari, A., *cfr.* Turski, K. M.
 Ametistov, E. V., 589
 Andreoli, E., 443 n. 39
 Andrushenko, I. A., 529 n. 4
 Annenkov, P. V., 118, 126-27, 144 nn. 47 y 48, 145 nn. 70 y 75, 166-67, 253, 267 n. 9
 Antonov, P. I., 1018
 Antonov, V., *cfr.* Sviridenko, V. A.
 Antonov, V. F., 622 n. 1
 Antonovich, M. A., 362-63, 374 nn. 27 y 32, 375 n. 41, 537, 541-42, 549 n. 37
 Apraksin, A. S., 388, 390-91
 Aptekman, D. I., 807
 Aptekman, O. V., 675 n. 32, 731 n. 64, 734 nn. 111 y 114, 775, 777, 780 n. 5, 781 n. 37, 784 n. 58, 785 nn. 69, 71 y 73, 786 nn. 91, 92 y 96, 841, 856, 864, 932 n. 1, 933 nn. 16 y 18, 934 n. 45, 935 n. 61, 937 n. 106, 940 n. 139, 942 n. 163, 969, 974-76, 979-80, 1032 n. 41
 Arakcheev, A. A., 265
 Ardabatskaya, A. M., 343 n. 2
 Argiropulos, P. E., 492-93, 495, 497-98, 513 n. 7, 515
 Aristov, N. Ya., 374 n. 35
 Armfel'd, N. A., 926
 Arngol'dt (Arnhold), I., 468, 488 n. 72
 Arnim, L.-A., 145 n. 64
 Aronchik, A. B., 957, 1002
 Artsibushev, V. P., 510
 Ashenbrenner, M. Yu., 1040 n. 152
 Asheshov, N. P., 779 n. 2

- Ashevski, S., 413 nn. 2, 6 y 7, 414 nn. 13 y 21
 Askariants, A. V., 623 n. 19
 Atila, 283, 459
 Avakumovic, I., 781 n. 27, 938 n. 116
 Avvakum, 38
- Babeuf, G., 30, 65, 119, 142 n. 12, 179, 213, 505, 591, 640, 694, 723, 813
 Bachman, J. E., 76 n. 1, 77 n. 18
 Bachin, I. A., 796, 823, 844 n. 20
 Bacon, F., 117
 Baidakovski, P. F., 756
 Baj, A. N., 943 n. 171
 Bajtadze, V. S., 580 n. 50, 846 n. 37
 Bakalov, G., 624 n. 30
 Bakounine, T., 626 n. 61
 Bakst, V. I., 464, 468
 Bakunin, M. A., 10-12, 16, 19, 23, 25, 30, 37, 49-50, 56, 63-70, 72-74, 81 n. 100, 87-8, 112-13, 117-19, 135, 137, 147 n. 119, 149-62, 165-68, 171-80, 181 n. 1, 182 nn. 32, 35 y 42, 183 nn. 47 y 71, 184 n. 76, 185, 189, 195, 197-98, 201, 203-04, 211, 217 n. 25, 220 n. 81, 222-24, 231, 245, 247, 251, 255-61, 263-65, 270 n. 57, 281-82, 286, 288, 325, 335, 348 n. 107, 361, 369, 379, 425, 457-58, 466, 469, 471, 505-06, 519, 524, 533, 544, 548 n. 9, 555, 563, 570, 575, 578 n. 12, 589, 592-94, 597-602, 604-05, 610-18, 622 n. 10, 624 nn. 25, 29 y 30, 630, 632, 659, 665-66, 681-87, 689-91, 694, 696-98, 700, 704, 707, 713, 718, 727 n. 8, 728 nn. 9, 12, 13, 15 y 36, 732 nn. 69 y 87, 739, 743, 748, 753-54, 756, 768, 772-73, 778, 783 n. 55, 806, 808, 811, 854-55, 860, 865-66, 880, 889, 895, 940 n. 140, 978, 1030 n. 18
 Balabanov, M. S., 842 n. 1
 Balzac, H. de, 88, 143 n. 30
 Bal'zam, 855
 Ballod, P. D., 439, 443 n. 42, 506, 579 n. 16
 Bandiera, A., 363
 Baraboi, A. Z., 441 n. 4
 Barannikov, A. I., 875, 908, 958, 963-64, 1002, 1027
 Barannikova, M. V.; *cfr.* Oshanina, M. N.
 Baranovskaya, M. Yu., 143 n. 21
 Barantsev, G. I., 824
 Barbès, A., 131, 134, 428, 497, 504
 Barenbaum, I. E., 484 n. 3, 486 n. 39
 Bardina, S. I., 807, 809, 815-16, 818, 882-83
- Barghoorn, F. C., 550 n. 47
 Baron, S. H., 36, 78 n. 48
 Barraclough, G., 77 n. 31
 Barrat, G. R., 143 n. 21
 Barruel, A., 219 n. 72, 529 n. 7
 Barsukov, N. P., 216 n. 21
 Bauer, B., 347 n. 98, 354, 542
 Basileva, Z. P., 270 n. 40
 Bastiat, F., 316, 436
 Bastin, M. P., 84 n. 141
 Baturin, N. N., 843 n. 5, 848 n. 57, 849 n. 75
 Bazanov, V. G., 84 n. 139, 579 n. 17, 734 n. 113
 Bazanov, V. V., 781 n. 23, 937 n. 96
 Bazilevski, B.; *cfr.* Bogucharski, V. Ya.
 Beaconsfield, Lord; *cfr.* Disraeli, B.
 Becher, E., 642-43
 Becker, J. P., 481, 489 n. 90, 697, 729 n. 37
 Beklemishev, A. P., 209
 Bekman, Ya. N., 414 n. 10, 420, 422
 Bel'chikov, N. F., 219 n. 66, 484 n. 8, 623 n. 15
 Beliaevskaya, I. M., 272 n. 84, 273 n. 89
 Belinski, V. G., 11-12, 23, 33, 49-51, 81 n. 100, 82 n. 102, 112-14, 117-19, 122, 125-26, 128, 154-56, 161, 165-67, 179, 182 n. 46, 183 nn. 46 y 52, 189, 200, 278, 288, 291, 294, 306-07, 354, 541
 Belkin, A. A., 76 n. 2
 Belokonski, I. P., 1032 n. 33
 Bel'skij, M., 937 n. 100
 Benediktov, V. G., 701, 732 n. 67
 Benckendorf, A. J., 188
 Bentham, J., 459, 639
 Benzenger, Yu., 522-23
 Ber, Yu., 939 n. 136
 Béranger, J. P., 430, 464
 Berdnikov, G. V., 348 n. 107
 Beria, L. P., 17
 Berlin, I., 25, 27-9, 144 n. 47
 Berliner, G., 343 n. 1
 Bernacki, A., 198
 Berti, G., 15-6, 348 n. 107
 Bervi, V. F., 404
 Bervi-Flerovski, V. V., 698, 744, 749, 752, 756-60, 762-66, 768-69, 784 nn. 58 y 68, 785 nn. 74, 78 y 80, 808, 866, 1030 n. 16
 Bestaux, E., 781 n. 27
 Bestuzhev, N. A., 106-08, 143 nn. 19 y 21
 Bestuzhev-Riumin, K. N., 375 n. 43
 Beyme, K. von, 83 n. 115
 Bibikov, D. G., 400

- Bibikov, P. I., 347 n. 107
 Bickerman, E., 79 n. 64, 143 n. 18
 Bignami, E., 351 n. 137
 Bil'chanski, I., 949, 1029 n. 6
 Billington, J. H., 25, 77 n. 20, 84 n. 141, 732 n. 88, 1039 n. 140
 Biriukov, A. A., 521, 526
 Bismarck, O. von, 57, 557, 679 n. 111, 687, 941 n. 147
 Blackwell, W. L., 215 n. 2
 Blagosvetlov, G. E., 464, 487 n. 62
 Blanc, L., 16, 45, 133, 148 n. 119, 160, 200, 202, 205, 228, 285, 312-13, 417-18, 428, 446, 478, 491, 497, 500, 512 n. 2, 518
 Blanqui, L. A., 48-9, 131, 133, 148 n. 119, 179-80, 428, 505, 645, 675 n. 39, 676 n. 39, 677 n. 81, 708
 Blit, L., 1056 n. 4
 Bliumin, I., 217 n. 35
 Bloch, M., 10
 Blum, J., 39, 79 n. 59, 215 n. 2, 395 n. 1
 Blum, R., 286, 294
 Bobojov, S. N., 926
 Boborykin, P. D., 443 n. 30
 Bobrov, E. A., 579 n. 18
 Boccaccio, G., 518
 Bocharov, Yu. M., 845 n. 23
 Bochkarev, I. I., 575-76
 Bodianski, O. M., 606
 Body, M., 727 n. 8
 Boerne, L., 178, 306, 446, 518
 Bogomolets Prisetskaya, S. N., 805, 846 n. 33
 Bogdanova, N. G., 143 n. 22
 Bogdanovich, A. G., 828
 Bogdanovich, T. A., 443 n. 26, 786 n. 86
 Bogdanovich, Yu. N., 875, 1043
 Bogishich, V. V., 960
 Bogoliubov; *cfr.* Emel'yanov, A. S.
 Bograd, V. E., 343 n. 1, 483 n. 2
 Bogucharski, V. Ya., 444 n. 44, 489 n. 78, 529 n. 4, 625 n. 48, 732 n. 88, 733 n. 105, 786 n. 89, 846 n. 36, 487 n. 41, 847 nn. 53, 54 y 56, 848 nn. 63 y 64, 849 n. 82, 932 n. 4, 933 n. 10, 936 nn. 85 y 88, 937 nn. 94 y 95, 939 n. 138, 943 nn. 172 y 175, 1035 n. 80, 1039 n. 146, 1056 n. 7
 Böhme, J., 143 n. 30
 Bojanovski, I. V., 877, 879, 898, 939 n. 136
 Bokov, P. I., 335
 Boltin, I. N., 106
 Borbón, Casa de, 312, 314, 317, 468, 496, 942 n. 166
 Boreisha, A. S., 1024
 Borejsza, J. W., 530 n. 11, 678 n. 82, 732 n. 68
 Bortnikov, A. I., 218 n. 41
 Bosio, G., 487 n. 50, 490 n. 97, 578 n. 12
 Botev, C., 624 n. 30
 Botkin, V. P., 126, 128, 154, 161, 166-67, 306
 Brandi, L. (seudónimo de L. I. Mechnikov), 348 n. 107
 Brandtner, L. K. («el Alemán»), 899, 926-27, 949
 Breitburg, S., 549 n. 15
 Brentano, C., 145 n. 64
 Breshko-Breshkovskaya, E. K., *cfr.* Breshkovskaya, E. K.
 Breshkovskaya, E. K., 441 n. 7, 581 nn. 55 y 57, 785 n. 73, 937 n. 101, 944 n. 191, 1033-034 n. 56, 1038 n. 115
 Bright, J., 275
 Brill, J., 83 n. 138, 84 n. 141
 Brissot, J. P., 545
 Brock, P., 786 n. 85
 Brofferio, A., 362
 Brower, D. R., 82 n. 102
 Brown, E. J., 51, 82 n. 102, 181 n. 10
 Buchez, P. J. B., 106, 143 n. 30, 286
 Büchner, L., 492, 495, 541, 622 n. 10, 743
 Buckle, H. T., 331, 461, 541
 Buj, L. K., 905
 Buj, N. K., 562, 579 n. 29, 905, 941 n. 154, 973, 1003-004
 Bulanov, L. P., 916
 Bulanova-Trubnikova, O. K., 484 n. 4
 Bunakov, N. F., 441 n. 6
 Buonarroti, F., 20, 30, 142 n. 12, 179, 197, 589, 591, 600, 640, 694, 728 n. 32
 Burger, 517
 Burtsev, V. L., 849 n. 74, 850 n. 95, 1030 n. 16
 Bushkanets, E. G., 83 n. 139, 344 n. 40, 346 n. 96, 375 n. 44, 414 n. 9, 487 n. 63, 529 nn. 3 y 5
 Buslaev, F. I., 560, 562, 606
 Butsevich, A. V., 1017
 Buturlin, A. S., 725
 Bykov, P. V., 443 n. 29
 Byron, G. Gordon, Lord, 282, 459
 Bystrenin, V., 514 n. 26
 Cabet, E., 117, 160, 179, 200, 205, 286, 518, 603, 808

- Cadot, M., 48, 81 n. 95, 216 n. 18
 Caffi, A., 16, 76 n. 7
 Cagolov, N. A., 45
 Camus, A., 16
 Camutali, A. N., 579 n. 26
 Capponi, G., 530 n. 8
 Carey, H. C., 646
 Carlos X., 312
 Carlos Alberto, 347 n. 107
 Carlyle, T., 45
 Caroli, L., 443 n. 39
 Carr, E. H., 141 n. 1, 181 n. 1, 183 n. 76, 267 n. 1
 Catalan, A., 477, 479, 481
 Catalina II., 39, 41, 45, 99, 107, 142 n. 18, 149, 185, 193-94, 234, 294, 325, 356, 369, 427, 723, 813, 898
 Catteau, J., 626 n. 61
 Caussidière, M., 169
 Cavaignac, L. E., 132, 312
 Cavour, C. Benso, conde de, 313-15, 362-63, 682
 Chaadaev, P. Ya., 282-83
 Chaikovski, N. V., 69, 655, 716, 738, 740-42, 744, 749, 751-52, 756, 765, 780 nn. 7 y 9, 782 nn. 41 y 43, 1038 n. 122
 Chalin, L., 813
 Charushin, N. A., 742, 750, 754-55, 780 n. 13, 781 n. 39, 783 nn. 54 y 55, 784 n. 56, 794, 826, 844 n. 12, 891
 Chaurian, A., 752, 792
 Chejanovetski, G. M., 713
 Chekoidze, M. N., 807
 Chenier, A., 307
 Cherkezov, A. A., 455, 461, 585, 604
 Cherkezov, V. N., 552, 577 n. 3, 580 n. 48, 581 n. 59, 625 n. 42, 727 n. 8, 825, 901
 Chernavski, M. M., 937 n. 103
 Cherniak, Ya. Z., 217 nn. 31 y 34, 269 n. 36, 349 n. 118, 487 n. 59
 Cherniavskaya, G. F., 896
 Chernov, A., 580 n. 43
 Chernov, V., 10, 76 n. 2
 Chernov, V. M., 1039 n. 139
 Chernosvitov, R. A., 212
 Chernuja, V. G., 396 n. 13
 Chernyj, V. A., 483 n. 2, 487 n. 58
 Chernyshev, P. F., 827, 863
 Chernyshevskaya-Bystrova, N. M., 343 n. 1, 350 n. 128, 483 n. 2, 486 n. 39, 489 n. 78
 Chernyshevski, A. N., 335, 339
 Chernyshevski, N. G., 10-3, 19-21, 23, 26, 30, 33-4, 37, 55-9, 61, 73-4, 87-8, 182 n. 35, 183 n. 46, 204, 220 n. 81, 222, 228, 240-41, 252, 256, 275-81, 284-86, 288-91, 293-314, 316-20, 322-38, 342 n. 1, 343 nn. 1, 8 y 10, 344 nn. 18, 40 y 44, 345 n. 54, 346 n. 91, 347 nn. 98 y 107, 348 nn. 107 y 112, 349 n. 116, 350 n. 135, 351 n. 137, 353-56, 362-63, 370-71, 373 n. 7, 374 n. 29, 394, 403, 406, 409, 419, 423, 425-26, 430-31, 433, 437, 442 nn. 9 y 10, 445, 449, 451, 453, 457-58, 460, 462, 464, 468, 470-71, 473-76, 486 n. 39, 488 n. 72, 500, 506, 516-17, 531-32, 536-39, 541, 543, 545, 551, 553, 565, 572, 574-75, 585, 603, 622 n. 10, 630, 632, 650, 653, 669, 674 n. 2, 686, 689, 698-99, 701, 703-04, 741, 743, 746, 752, 756, 759, 767, 781 n. 26, 797, 811, 882, 888, 904, 976, 997-98, 1013-015, 1030 n. 16, 1037 n. 102
 Cheshijin-Vetrinski, V. E., 344 n. 37, 577 n. 3, 625 n. 38, 1039 n. 142
 Chesnokov, V. I., 76 n. 3
 Chicherin, B. N., 56-7, 59, 82 n. 115, 83 n. 115, 127, 145 n. 70, 231, 240-41, 254, 268 n. 31, 297, 308, 405, 410, 941 n. 146
 Chistov, K. V., 82 n. 108, 395 n. 1, 397 n. 32
 Christen, V., 347 n. 98
 Christoff, P. K., 45, 80 n. 88
 Chubarov, S. F., 925, 949-50, 952
 Chudnovski, S. L., 575, 581 n. 62, 588, 622 n. 11, 740, 780 n. 6, 783 n. 55
 Chukovski, K. I., 83 n. 139, 346 n. 88
 Cieszkowski, A., 155, 452
 Ciro el Viejo, 762
 Clootz, J. B., llamado Anacarsis, 111, 144 n. 31
 Cobbett, W., 143 n. 18
 Cobden, R., 275, 575
 Comte, A., 202, 281, 340-41, 541, 684
 Confino, M., 39-40, 42, 51, 64, 79 nn. 65 y 67, 83 nn. 131 y 132, 143 n. 18, 215 n. 2, 623 nn. 22 y 25, 624 n. 29, 625 n. 45, 626 nn. 56, 58 y 61, 627 n. 67
 Considérant, V., 207, 285
 Conti, E., 578 n. 12, 727 n. 2, 941 n. 145
 Coquart, A., 23, 60, 549 n. 38, 550 n. 47
 Coquin, F. X., 548 n. 5

- Corday, C., 903, 958
 Cournaud, A. de, 104, 142 n. 12
 Cournet, F., 677 n. 80, 678 n. 82
 Cromwell, O., 672, 679 n. 109
 Curtiss, J. S., 39
 Cuvier, G., 340
 Czernjak, M., 523-28
- Dabrowski, Ja., 260, 523, 566
 Dalmatov, N. D., 855
 Dan, F. I., 10
 Daniel'son, N. F., 35-6, 78 n. 41, 781 n. 26, 784 n. 68
 Danilevski, N. Ya., 210, 213
 Danilov, V. A., 874
 Dankwardt, H., 635
 Dante Alighieri, 518
 Danton, G.-J., 157, 672, 677 n. 81, 679 n. 109, 694, 980
 Darwin, Ch., 60, 340, 633
 Davidenko, I. Ya., 861, 925, 934 n. 37, 949-50, 952
 Dawidow, S., 731 n. 63
 Debagori-Mokrievich, I. K., 855
 Debagori-Mokrievich, V. K., 691, 783 n. 55, 865, 895, 927, 934 n. 46, 935 n. 75, 939 n. 135, 940 n. 138
 Debel', M. V., 969, 1032 n. 41
 Debu, I. M., 206, 210, 219 n. 63, 284
 Debu, K. M., 206, 210, 219 n. 63
 Degae, S. P., 1016-017
 Deits, L. G., 865, 876-79, 898, 903, 934 n. 49, 935 n. 73, 939 n. 136, 941 n. 148, 944 n. 194, 972, 974, 1038 n. 122
 Delescluze, C., 693, 711
 Del'kevich, T., 465
 Della Peruta, F., 941 n. 145
 Dembo, V., 845 n. 23
 Dement'ev, A., 44
 Demet'ev, V. A., 590
 Deniker, I. E., 782 n. 42, 783 n. 54
 De Michelis, C. G., 374 n. 33
 De Ruggiero, G., 82 n. 113
 Derzhavin, N. S., 145 n. 62
 Desmoulins, C., 694
 Desbouts, *cfr.* Debu
 Descartes, R., 762
 Desnitski, V. A., 218 n. 41
 Dézamy, T., 205, 211, 219 n. 72
 De-Teil'e, A., 609
 Dicheskul, L. A., 927
 Dickens, Ch., 282
 Diderot, D., 117, 129, 157, 338
 Diemontovic, J., 264
 Diodoro de Sicilia, 20
- Dioneo, *cfr.* Shklovski, I. V.
 Disraeli, B., 941 n. 147
 Dmojosovski, L. A., 767, 771-72, 785 n. 81, 888
 Dobrolubov, N. A., 11-2, 17, 55-8, 74, 220 n. 81, 240-41, 248, 271 n. 60, 305, 307, 309, 328, 339, 346 n. 96, 348 n. 107, 353, 355-363, 366, 373 n. 1, 374 nn. 29 y 33, 375 n. 41, 379, 396 n. 6, 403-04, 442 n. 9, 485 n. 16, 500, 517, 531, 537, 541, 546, 686, 741, 1013, 1030 n. 16
 Dobrovolski, L. M., 784 n. 59
 Dolgorukov, V. A., 324, 328-29, 417, 494, 757
 Dolgorukova, E. M., 1043
 Dolgov, N. S., 605
 Dolgushin, A. V., 756, 765-72, 785 nn. 77, 78, 81 y 82, 812, 888, 1018
 Dolinin, A., 219 nn. 45 y 65
 Donoso Cortés, J., 347 n. 98
 Dorofeev, V. P., 144 n. 47
 Doroshenko, A., *cfr.* Kibal'chich, N. I.
 Dorovatovski, P., 732 n. 67
 Dostoievski, F. M., 13, 38, 87-8, 204, 210-12, 344 n. 44, 358, 550 n. 47, 605, 607, 611, 624 n. 31, 625 n. 38, 669, 732 n. 70, 887, 938 n. 115
 Dovnar-Zapol'ski, M. V., 142 n. 18
 Dragomanov, M. P., 713, 960-61, 1032 nn. 34 y 35
 Drentel'n, A. R., 916, 928
 Drobiazgin, I. V., 953
 Druzhinin, N. M., 14, 53, 80 n. 89, 82 n. 107, 194, 215 nn. 2 y 4, 216 nn. 8, 11 y 14, 306, 395 n. 1, 414 n. 11
 Dubnov, A. S., 217 n. 35
 Dubrovin, K. G., 925
 Dühring, E., 998, 1038 n. 113
 Durov, S. F., 210
 D'yakov, V. A., 272 n. 84, 488 nn. 67 y 72, 489 n. 78, 941 n. 153
 D'yakov, V. M., 819-21, 848 n. 62, 1015
 Dzhabadari, I. S., 807, 809, 814, 846 n. 36
 Dzhanshiev, G., 349 n. 121
 Dzhivilegov, A. K., 396 n. 11
- Efimenko, P. S., 420, 423, 465
 Efimov, A., 550 n. 41
 Efremov, A. P., 151
 Efros, N., 147 n. 97
 Egorov, B. F., 44
 Egorov, I., 870
 Egorov, L., 387

- Eidel'man, N. Ya., 268 n. 26, 346 n. 96, 441 n. 4
 El', E., *cfr.* Litvinova, E. F.
 Eliseev, G. Z., 363, 456, 464, 536-38, 549 n. 37, 563, 578 n. 14
 Elizarov, A. S., 387
 El'nitski, A., 842 n. 1
 Elpidin, M. K., 521, 563, 574-75, 677 n. 80, 683, 707
 El'snits, A. L., 690-91, 728 n. 34, 811
 El'sberg, Ya. E., 76 n. 2, 141 n. 1
 Elysard, J., *cfr.* Bakunin, M. A.
 Emeľyanov, A. S., 828-29 875, 885, 893, 900, 902, 935 n. 69
 Emeľyanov, I. P., 1045
 Emeľyanov, Yu. N., 348 n. 107
 Emmons, T., 39, 51, 350 n. 121, 395 n. 1
 Enfantin, B. P., 111
 Engel'meyer, A., 1039 n. 136
 Engels, F., 34-37, 74, 78 n. 39, 160, 168, 173, 205, 211, 430, 490 n. 97, 518, 585, 659, 676 n. 79, 710, 718, 729 n. 38, 920, 1037 n. 102
 Engländer, S., 461
 Eniserlov, G. P., 588
 Enkuvatov, P. A., 611, 625 n. 43
 Ermolov, P. D., 552, 554, 566-67, 572
 Ershov, A., 529 n. 1
 Esenin, S. A., 38
 Eshevski, S. V., 366, 375 n. 43, 413 n. 6
 Eude, E., 678 n. 82
 Evgenev-Maksimov, V., 182 n. 46, 267 n. 10, 345 n. 82, 351 n. 137, 549 nn. 16 y 28
 Evgrafov, E. V., 218 n. 41
 Evropeus, A. I., 325
 Fanger, D., 39
 Fauchet, C., 106
 Fateev, P. S., 443 n. 23
 Fazy, J.-J., 478
 Federico II, 114, 292-93
 Fedorov, V. A., 270 n. 56, 374 n. 19, 397 n. 32
 Fedoseev, P. A., 554
 Fedoseev, V. A., 554
 Fedosov, I. A., 218 n. 41
 Fedosova, T. F., 62, 83 n. 129, 529 n. 1, 577
 Feojari, S. I., 939 n. 128
 Fer, A. A., 289
 Feuerbach, L., 115, 120, 129, 155, 168, 281-82, 289, 306, 339, 341, 354, 364, 417-18, 492, 505, 518, 704
 Fichte, I. G., 151-53, 156
 Figner, E. N., 970, 1003
 Figner, L. N., 807, 818
 Figner, V. N., 620, 807-08, 846 n. 38, 872, 933 nn. 19, 20 y 28, 934 n. 38, 935 nn. 53, 62, 63, 66 y 70, 936 n. 87, 941 n. 152, 942 n. 169, 943 n. 176, 944 n. 188, 945 nn. 200 y 202, 970, 1000, 1003, 1014, 1016, 1025, 1029 n. 9, 1030 nn. 14 y 21, 1031 nn. 23, 24 y 25, 1033 nn. 49, 50, 52 y 54, 1038 nn. 115, 118, 119 y 122, 1038 n. 123, 1039 n. 140, 1041 n. 166, 1046, 1056 n. 2
 Filaretos, Metropolitano, 432, 497
 Filippov, R. V., 61-63, 83 n. 127, 84 n. 141, 85 n. 143, 577 nn. 1 y 5, 578 n. 9, 580 n. 46, 779 n. 1, 843 n. 1, 844 n. 11
 Filippova, V., *cfr.* Figner, V. N.
 Firsov, N. A., 413 n. 9, 441 n. 5, 529 n. 5
 Fischer, G., 56-7, 83 n. 118, 268 n. 31
 Fleury, V., 182 n. 36
 Flevrovski, N., *cfr.* Bervi-Flerovski, V. V.
 Flocon, F., 170
 Florenko, *cfr.* Nechaev, S. G.
 Flourens, G., 708
 Fomin, P. N., *cfr.* Medvedev, A. F.
 Fonvizin, M. A., 108, 144 n. 35
 Footman, D., 1031 n. 29
 Fouquier-Tinville, A.-A., 135
 Fourier, F. M. C., 109, 117-19, 148 n. 119, 197, 206-10, 213, 284-85, 318, 333, 518, 546, 586, 603
 Frank, V., 216 n. 23
 Frankel, J., 36, 78 n. 48
 Frankel, L., 708
 Fronzholi, 746
 Frei, F., 334
 Frei, G. (seudónimo de V. K., Geins), 742
 Freidenfel'd, F., 489 n. 87
 Frank, 896
 Frizman, L., 44
 Frolenko, M. F., 679 n. 113, 750, 754, 780 n. 12, 783 n. 52, 845 n. 21, 866, 874, 879, 893-94, 898, 933 n. 13, 935 nn. 51 y 68, 936 nn. 76 y 79, 938 nn. 117 y 121, 939 n. 137, 953, 958-59, 962-64, 966, 968, 971, 1000, 1029 n. 11, 1031 nn. 25 y 26, 1032 nn. 38, 43, 1033 n. 46, 1034 n. 57, 1036 n. 81, 1038 n. 115, 1046, 1056 n. 116
 Gagarin, 535

- Gallenga, A., 347 n. 107
 Gambarov, A., 623 n. 24
 Gamov, D. I., 771-72
 Gardenin, Yu., *cfr.* Chernov, V. M.
 Garibaldi, G., 265, 271 n. 83, 272 n. 83, 446, 452, 458, 468, 478, 487 n. 51, 525, 558, 575, 585, 624 n. 30, 682, 939 n. 125, 1025
 Garmiza, V. V., 397 n. 13
 Garosci, A., 15
 Garshin, M. E., 422, 1014
 Garshin, V. E., 422
 Gartman, L. N., 1001, 1002, 1032 n. 41, 1038 n. 122
 Gavazzi, A., 362
 Gavrilov, N., 275, 513 n. 12
 Ge, N. N., 682
 Gefter, M. Ya., 75, 85 n. 156
 Geiking, 899, 908, 926
 Gel'fman, G. M., 1024, 1026, 1046, 1049, 1055
 Gengis Kan, 283, 459, 762
 Gerasimova, Yu. I., 215 n. 5
 German, K. F., 142 n. 9
 Gernet, N., 952
 Gerschenkron, A., 19-21, 36, 51, 76 n. 9, 82 n. 104, 115 n. 2, 345 n. 79, 350 n. 121, 395 n. 1, 842 n. 1, 843 n. 1
 Gershenzon, M. O., 181 n. 10, 216 n. 23, 217 nn. 29 y 32, 269 n. 36
 Gertsen, A. I., *cfr.* Herzen, A. I.
 Gertsenshtein, D. M., 936 n. 92
 Gertso-Vinogradski, S. T., 952
 Gervinus, G. G., 459
 Gessen, S. Ya., 143 n. 22, 216 n. 9, 410, 413 nn. 2, 4 y 5, 414 nn. 11, 15 y 16
 Gessen, Yu. I., 842 n. 1, 843 n. 5
 Gibbon, E., 364
 Ginev, V. N., 786 n. 94, 935 n. 60
 Ginsburg, B. S., 269 n. 39
 Ginsburg, L. S., 724, 735 n. 119, 756
 Girardin, E. de Saint-Marc, 216 n. 18
 Girs, 704
 Giusti, W., 217 n. 23
 Gladnev, I. (seudónimo de S. M. Zaks), 780 n. 14
 Glinski, B. B., 349 n. 121, 548 n. 5, 849 n. 76
 Gneist, H. R., 436
 Gobst, A., 833, 949
 Godwin, W., 332
 Goegg, A., 478
 Goethe, J. W., 115-16, 129, 138, 292
 Goehrke, K., 45, 80 nn. 84 y 86, 345 n. 61
 Gogol, N. V., 50, 82 n. 102, 126, 167, 211, 278, 289-91, 315
 Gol'denberg, G. D., 928, 930, 964, 969, 1000, 1002-003, 1049
 Gol'denberg, L. B., 752, 782 n. 45, 806
 Golitsyn, N. V., 1057 n. 15
 Golosov, G., *cfr.* Nikolaevski, B. I.
 Golovin, I., 148 n. 119, 162, 184 n. 76, 205, 218 n. 44
 Gol'st-Miller, I. I., 499
 Gol'stein, V. A., 690-91
 Golubeva, M. I., 510
 Goncharov, I. A., 359-60
 Gonzales, E. L., 146 n. 81
 Gorcharov, A. M., 539, 941 n. 147
 Gorev, B. (seudónimo de B. I. Gold'man), 942 n. 164
 Gorev, B. I., 12
 Goriachkina, M. S., 84 n. 139
 Goriakina, V. S., 1040 n. 155
 Gorinovich, N. E., 876, 953
 Gorojov, V. A., 729 n. 42
 Gorski, 949
 Gor'e, Yu. V., 1057 n. 15
 Grachevski, M. F., 1018-019
 Grakch, 678 n. 82
 Granger, E., 678 n. 82
 Granovski, T. N., 126-30, 151, 154-57, 166, 200, 223, 229, 240, 255, 267 n. 9, 296, 403, 410, 552, 563, 606
 Grebnitskaya, K. I., 782 n. 45
 Grebnitski, 782 n. 45
 Grezko, P. T., 678 n. 82
 Griaznova, M. U., 1003-004
 Grigor'ev, A. A., 607, 625 n. 34
 Grigor'ev, P. V., 678 n. 82, 896
 Grimm, J., 145 n. 64, 292
 Grimm, W., 145 n. 64, 292
 Grinevich, K. I., 898
 Grinevitski (Hryniewiecki), I. O., 1045, 1047-048; 1053
 Groh, D., 45, 80 n. 84
 Grothusen, K. D., 56, 268 n. 31
 Grün, K., 162
 Gruzinski, A. E., 441 n. 3
 Guesde, J., 351 n. 137
 Guiducci, A., 17
 Guillaume, J., 594, 690, 748
 Guizot, F. P. G., 113, 128, 191, 286, 331, 364
 Gur'ev, D. A., 244
 Gurko, I. V., 947
 Gurchich, I. A.
 Habsburgo, Casa de, 172
 Haimson, L., 36, 78 n. 48

- Hall, C., 104
 Hartmann, E., 340
 Haxthausen, A. von, 46, 80 n. 86, 124, 137, 145 nn. 64 y 67, 177, 196, 208, 216 n. 19, 226, 300, 808, 923
 Hébert, J. R., 144 n. 31, 694
 Hegel, G. W. F., 112-13, 115-17, 120, 151, 153-58, 280-82, 290, 301, 340, 417, 701
 Heibronner, H., 1039 n. 134
 Heine, H., 160, 284, 430, 446
 Helvecio, C. A., 318, 639
 Heppner, B. P., 181 n. 1, 183 n. 66, 549 n. 35
 Herder, J. G., 111, 114-15, 280
 Herweg, G., 146 n. 81, 147 n. 97, 148 n. 119, 159-60, 167, 182 n. 42, 183 n. 47, 184 n. 76, 200, 306
 Herzen, A. I., 10-3, 19-21, 23-5, 33, 37, 42, 47-51, 55-61, 63-4, 66, 74-5, 81 n. 91, 87-8, 99-102, 106-14, 116-17, 119-80, 141 n. 1, 144 n. 30, 146 nn. 77, 81, 88 y 89, 147 nn. 97, 105, 117 y 119, 149, 157-58, 161-62, 165-67, 169, 174-75, 177-80, 182 nn. 35 y 42, 183 nn. 47, 50 y 61, 184 n. 76, 185, 189, 195, 197-99, 201-05, 207, 209, 211, 216 n. 23, 220 n. 81, 221, 223-57, 259-65, 267 nn. 2, 5, 9 y 11, 269 nn. 34, 36 y 39, 270 n. 57, 271 nn. 68 y 83, 272 n. 83, 275, 278, 281-83, 286, 288, 291, 294, 296-97, 302, 306, 308-11, 314, 323, 329, 346 nn. 91, 92 y 94, 347 n. 98, 348 n. 107, 349 n. 121, 351 n. 137, 354, 359, 361-62, 391, 401, 403, 406, 410-11, 413 n. 3, 418-19, 421-23, 425, 428-29, 431-32, 434, 437, 439, 445-48, 450-51, 457-59, 463, 466-71, 473-76, 483 n. 1, 485 nn. 18 y 35, 486 n. 38, 487 n. 58, 488 nn. 68, 70, 72 y 73, 490 n. 97, 491-94, 498, 500-01, 504-05, 509, 513 n. 15, 516, 518, 529 n. 7, 530 n. 13, 532, 543, 545, 558-59, 562-63, 575, 579 n. 24, 593-94, 602, 616, 623 nn. 19 y 21, 624 n. 30, 626 n. 49, 669, 682-83, 689, 701, 703, 707, 722, 725, 728 n. 36, 731 n. 54, 743, 768, 773, 808, 811, 928, 1015, 1025
 Herzen, L. A., 562
 Herzen, N., 64
 Hess, M., 347 n. 98
 Hins, E., 708
 Hipócrates, 771
 Hödel, 894
 Hoffmann, E. T. A., 250
 Hofstadter, R., 60
 Holbach, P. H. d', 518
 Horn, I. E., 452
 Hugo, V., 228, 428, 430, 1038 n. 122
 Hulse, J. W., 780 n. 15, 781 n. 27
 Humboldt, A., 284
 Ignat, 605
 Ignatovich, I. I., 52, 141 n. 7, 216 n. 20, 380, 382, 384, 396 nn. 3, 8 y 11, 397 nn. 17, 24, 27 y 29
 Ikonnikov, A. I., 465
 Ionova, G. I., 512 n. 5, 842 n. 1,
 Ipatov, 557, 559
 Isaev, G. P., 957, 970, 1001, 1027, 1041 n. 167, 1046
 Ishutin, N. A., 19, 62-3, 72, 88, 538-39, 545, 551-59, 563-67, 569, 571-72, 574, 578 n. 12, 581 n. 55, 583-85, 592, 594-95, 598, 600, 603-04, 606, 608, 611, 614, 631, 703, 739, 746, 751, 888, 1033 n. 56
 Iskander, *cfr.* Herzen, A. I.
 Itenberg, B. S., 22, 70, 72, 85 nn. 142 y 143, 86, 729 n. 42, 731 n. 64, 733 n. 89, 779 n. 1, 780 n. 4, 781 n. 30, 783 nn. 51 y 54, 784 n. 58, 785 n. 75, 786 nn. 86, 91 y 98, 843 n. 1, 844 nn. 11 y 12, 845 nn. 23 y 24, 932 n. 1, 933 n. 6, 936 n. 88, 938 nn. 108 y 110
 Ivan IV, *llamado* el Terrible, 370
 Ivanainen, K. A., 796, 826
 Ivanchenko, G. N., 898
 Ivanchin-Pisarev, A. I., 786 n. 86, 934 n. 44
 Ivanitski, N. A., 731 n. 61
 Ivanov, I., 44
 Ivanov, I. I., 605, 611, 617, 626 n. 49
 Ivanov, I. K., 1027-028
 Ivanov, L. M., 395 n. 1
 Ivanov, P. O., 806, 846 n. 33
 Ivanov-Razumnik, R. V., 76 n. 2, 625 n. 34
 Ivanova, S. A., 957, 973, 1003-004, 1039 n. 125
 Ivanovski, V. S., 794
 Ivashenko, A., 147 n. 109
 Ivashov, V. P., 161, 446
 Ivashova, V. V., 461, 476
 Ivichevich, Ignat N., 898, 926
 Ivichevich, Ivan N., 898-99, 926
 Iwanicki, N. C., 524-25, 527
 Jachaturian, A. B., 487 n. 51
 Jaclard, C. V., 707
 Jacobi, F., 542

- Jalturin, S. N., 823-27, 832, 836, 840-41, 1004-006, 1011, 1017-018, 1025-026, 1053
 Jazov, N. N., 827, 829, 849 n. 84
 Janykov, A. V., 284
 Janicki, K., 661
 Jeifets, M. I., 85 n. 144, 1029 n. 2, 1039 n. 143
 Jevrolina, V. M., 932 n. 4
 Jir'yakova, E. D., 1029 n. 8
 Joll, J., 31
 Jomiakov, A. S., 43-7, 80 n. 87, 122, 128, 145 n. 60, 204, 403, 418
 Jon'kin, D. N., 216 n. 7
 José II, 292-93
 Jotinski, A. A., 969, 1018
 Jristoforov, A. J., 565, 580 n. 40
 Juan de Leiden, 640
 Judadov, V. N., 724
 Judiakov, I. A., 62-3, 533, 551-52, 558-67, 569, 571-72, 577 n. 4, 578 nn. 11, 14 y 15, 579 nn. 19, 20 y 22, 584-85, 606, 745, 820
 Jung, H., 710

 Kaikova, G. A., 484 n. 3
 Kalinin, M. I., 732 n. 67
 Kamenev, Yu., 182 n. 42
 Kamenev, L. B., 141 n. 1
 Kaminskaya, B. A., 807, 815
 Kant, E., 151-52, 292, 340
 Kantor, C. N., 345 n. 53
 Kantor, R. M., 612, 626 n. 50, 846 n. 34, 937 n. 93, 1030 n. 16, 1038 n. 114, 1040 n. 161
 Kaplan, F. I., 218 n. 41
 Kaplinsky, 488 n. 72
 Karakozov, D. V., 62, 84 n. 139, 336, 351 n. 137, 474-75, 533, 541, 544-45, 551, 554-55, 557-58, 564, 566-67, 569-74, 583-84, 590-91, 594, 600, 603, 606, 612, 631, 682, 703, 731 n. 59, 741, 749, 884, 929, 931, 1006, 1033 n. 56
 Karakozov, V., 551
 Karataev, N. K., 78 n. 47, 513 n. 13
 Karenin, V., *cfr.* Komarova-Stasova, V. D.
 Karzhanski, N. S., 848 n. 57
 Kashintsev, I. N., 806, 846 n. 33
 Kashkin, N. S., 210, 448, 485 n. 29
 Katkov, M. N., 255-56, 542, 604, 913-14, 1039 n. 131
 Kavelin, K. D., 56, 59, 82 n. 115, 126-27, 231-33, 241, 254, 268 n. 31, 308-09, 346 n. 91, 405, 414, n. 18, 580 n. 50
 Kazakov, A. P., 84 n. 141
 Kazanovich, E. P., 733 n. 89
 Keep, J. L. H., 36, 78 n. 48
 Kel'siev, V. I., 248, 250-52, 271 n. 64, 370, 457, 473, 489 n. 83
 Kemenova, Z. D., 623 n. 19
 Ketcher, N. J., 126
 Kibal'chich, N. I., 956-57, 963, 994, 997-1001, 1013-015, 1045-046, 1050, 1055
 Kieniewicz, J., 522-24, 526-27
 Kinglake, A. W., 293
 Kiniapina, N. S., 215 n. 2
 Kireevski, I. V., 43, 45, 122, 128, 196
 Kirov (S. M. Kostrikov), 10
 Kiselev, P. D., 44, 190-94, 201, 212, Kizel'stein, G. B., 268 n. 31
 Kizevetter, A. A., 141 n. 6
 Kleinbort, L. M., 549 n. 17
 Klements, D. A., 609, 740, 743-44, 749, 752, 755, 765, 773, 781 n. 18, 784 n. 56, 786 n. 88, 794, 838-40, 853, 855, 894, 901, 918, 928, 933 n. 14, 939 n. 129, 940 n. 140, 944 n. 196, 957
 Klenova, R., 848 n. 58
 Kletochnikov, N. V., 917-18, 925, 1004
 Klevenski, M. M., 269 n. 39, 417-18, 441 n. 1, 569, 577 n. 1, 578 nn. 7, 8, 10 y 14, 579 nn. 21, 34, 35, 38 y 39, 580 nn. 43 y 51, 847 n. 57, 933 n. 19
 Kline, G. L., 25, 77 n. 22
 Klostermann, V., 82 n. 113
 Kniazhin, V. N., 373 n. 8
 Knizhnik-Vetrov, I. S., 84 n. 140, 730 n. 48, 732 nn. 69 y 70
 Kobylanski, L., 930
 Kojriakov, 794
 Koff, G. M., 938 n. 121
 Kogan-Bernstein, L. M., 1014, 1040 n. 147
 Kohn, H., 273 n. 96
 Kokosov, V. Ya., 351 n. 145
 Kolenkina, M. A., 865, 916, 1027
 Koliupanov, N., 80 n. 87, 623 n. 18
 Kolodkevich, N. N., 951, 964, 1000, 1016, 1025
 Kolosov, E. E., 577 n. 3, 578 n. 14, 580 n. 48, 849 n. 84, 1031 n. 24, 1034 n. 57, 1035 n. 80, 1039 n. 140
 Kolosov, V. Ya., 624 n. 31
 Komarova-Stasova, V. D., 733 n. 89
 Komarovich, V. L., 218 n. 41
 Komissarov, O. I., 570, 929
 Koni, A. F., 936 n. 89, 937 n. 98, 941 n. 146, 941 n. 149, 942 n. 170
 Konstantin Nikolaevich, principe, 302, 386, 389, 885, 1007-008, 1048

- Korba, A. P., *cf.* Pribyleva-Korba, A. P.
 Korinfski, M. P., 589
 Kornilov, A. A., 181 n. 1, 267 n. 11,
 396 n. 10, 548 n. 4
 Kornilov, A. I., 750
 Kornilova, N. I., 749-51
 Kornilova, V. I., 749-51
 Kornilova-Morozova, A. I., 749-50, 781
 nn. 36 y 39, 794
 Korob'in, P., 499
 Korobkov, 804
 Korol'chuk, E. A., 218 n. 41, 790, 843
 n. 5, 844 n. 7, 847 n. 54, 848 nn. 60
 y 66, 849 nn. 80, 84 y 86, 850 nn. 95
 y 97, 934 n. 42, 942 n. 167
 Korolenko, V. G., 443 n. 42, 937 n. 97
 Korotkov, Yu. N., 484 n. 2, 486 n. 36,
 487 n. 63, 529 n. 2
 Korsak, 870
 Korsh, E. F., 126, 240
 Korvin-Krukovskaya, A. V., 708
 Koshelev, A. I., 45-6, 80 n. 87, 145 n.
 63, 268 n. 31
 Kosheleva, O. F., 80 n. 87
 Koshurnikova, M. N., *cf.* Oshanina-Po-
 lonskaya, M. N.
 Kossowski, V. G., 466
 Kossuth, L., 176, 228, 233
 Kostiuurin, V. F., 855
 Kostomarov, N. I., 257, 287-88, 410, 414
 n. 22, 533, 572, 808, 950
 Kostomarov, V. D., 432-34, 437
 Kotel'nika, 579 n. 35
 Kotel'nikov, K. G., 577 n. 1
 Kotliarevski, M. M., 899, 908
 Kotliarevski, N. A., 374 n. 10
 Kotliarevski, A. A., 607
 Kots, E., 396 n. 3
 Koval', S. F., 487 n. 57
 Kovalevskaya-Vorontsova, M. P., 865
 Kovalevski, E. P., 405, 865, 952
 Kovalik, S. F., 691, 783 n. 53, 886,
 889, 935 n. 67, 936 n. 81, 937 nn.
 101 y 105
 Koval'skaya-Solntseva, E. N., 749, 781
 n. 35, 800-01, 803-05, 846 nn. 29 y 31,
 874, 895, 1025
 Koval'ski, I. M., 874, 895-97, 908, 925-
 26, 934 n. 37, 938 n. 121, 939 nn. 124,
 y 127, 1029 n. 7, 1036 n. 102, 1051
 Kovnator, R. A., 1039 n. 145
 Kozlov, A. A., 419
 Kozlovski, 941 n. 151
 Kozlovskaya, 573
 Koz'min, B. P., 14, 22, 30, 33, 60-1,
 143 n. 30, 269 n. 34, 270 n. 59, 346
 n. 95, 373 n. 2, 375 n. 53, 415 n. 23,
 441 n. 4, 442 nn. 12 y 23, 443 n. 41,
 483 n. 2, 486 n. 41, 488 nn. 64 y 75,
 489 nn. 81 y 84, 507, 511, 512 n. 1,
 513 nn. 9, 16, 18, 19, 20 y 21, 514
 nn. 24, 28 y 30, 529 nn. 1 y 6, 530 n.
 10, 549 nn. 30 y 35, 550 nn. 41 y 47,
 576, 580 n. 53, 581 nn. 58 y 59, 622
 n. 6, 623 n. 18, 625 n. 42, 626 n. 58,
 640, 674 n. 1, 675 nn. 18 y 26, 676
 n. 57, 728 n. 36, 729 n. 42, 734 n.
 107, 780 n. 4, 785 n. 78, 842 n. 1,
 843 n. 4, 1032 n. 41, 1039 n. 145
 Kraineva, N. Ya., 77 n. 18, 86, 218 n.
 41
 Krasnoperov, I. M., 517-21, 524, 529 n.
 6
 Krasnov, G. V., 374 n. 13
 Krasovski, A. A., 517
 Kravchinski, S. M., 671, 679 n. 113, 733
 n. 105, 742-46, 752, 768, 773, 780 n.
 15, 782 n. 47, 786 n. 90, 793, 795,
 854, 880, 882, 886-87, 889, 901, 907-
 08, 919-20, 928, 936 n. 82, 941 n. 143,
 947, 957, 989
 Kril', A. A., 756
 Kritski, Yu. M., 78 n. 46, 843 n. 1
 Kriukov, D. L., 240
 Kropotkin, A. A., 747
 Kropotkin, P. A., 509, 741, 745-48, 750,
 753-56, 779 n. 3, 780 nn. 3 y 10, 781
 nn. 22, 32, 34 y 38, 784 n. 56, 792-94,
 844 nn. 12 y 16, 863, 928, 930, 934
 n. 44, 935 n. 59, 942 n. 167, 945 n.
 203, 969, 987, 1027, 1038 n. 122
 Krotov, M. A., 848 n. 57
 Krupskaya, N. K., 273 n. 87
 Krylov, G. E., 773, 786 n. 87, 792-94
 Krylova, M. K., 941 n. 151, 973
 Kubalov, V., 581 n. 56
 Kugusheva, V. M., 888
 Kuliabko-Koretski, N. G., 725, 730 n.
 48, 732 nn. 65 y 89, 733 n. 105, 734
 n. 112, 845 n. 24
 Kulikov, Yu. V., 512 n. 1
 Kuliscioff, A.; *véase* Makarevich, A. M.
 Kunkl', A. A., 785 nn. 75, 81 y 82, 932
 n. 1, 933 n. 15, 941 n. 146
 Kuntúshev, V. I., 574
 Kupriyanov, M. V., 676 n. 65, 756, 783
 n. 55, 784 n. 55, 794
 Kurochkin, V. S., 464, 533
 Kusheva, E. N., 344 n. 18, 483 n. 2,
 488 n. 77, 679 n. 113, 939 n. 124
 Kuvshinskaya, A. D., 750
 Kuz'min, D.; *véase* Kolosov, E. E.
 Kuznetsov, A. K., 605, 625 nn. 40, 47
 y 48

- Kuznetsov, F., 61, 487 n. 62, 548 n. 3, 550 n. 47, 612
- Kviatkovski, A. A., 875, 910, 929, 944 n. 199, 955-57, 964, 1000, 1002-003, 1005, 1018, 1028, 1033 nn. 44 y 45, 1036 n. 82
- Labry, R., 141 n. 1, 147 n. 97
- Lamarck, J. B., 340
- Lamartine, A. de, 131-33, 313
- Lamennais, F. R., 197, 286
- Lampert, E., 48, 51, 81 n. 98, 82 n. 102, 268 n. 31, 343 n. 1
- Langans, M. R., 746, 1027
- Lange, F. A., 752
- Lassalle, F., 446, 518, 538-40, 642, 658, 675 n. 16, 751, 753, 755, 768, 808, 998
- Lavrov, P. L., 11-2, 17, 23, 37, 70, 74, 84 n. 139, 88, 350 n. 122, 403, 408-09, 438, 464, 541, 562, 578 n. 14, 579 n. 14, 579 n. 28, 585-86, 589, 630, 632, 655-56, 658-59, 666, 668, 671, 677 n. 80, 681, 686, 691, 700-08, 710, 712-20, 722-26, 730 n. 48, 731 nn. 49, 52, 58, 59, 61 y 62, 732 nn. 67, 71, 76 y 87, 733 nn. 89, 92, 95 y 105, 734 nn. 105 y 116, 739, 745, 748, 751, 753, 756, 772, 776, 778, 782 n. 45, 783 n. 53, 786 n. 93, 798-99, 806, 808, 811, 820-21, 825, 838, 844 n. 13, 845 n. 24, 849 n. 74, 853-54, 880, 898, 901, 907, 933 n. 5, 951, 955, 990, 998, 1013, 1029 n. 10, 1030 n. 16, 1034 n. 79, 1036 n. 102, 1038 nn. 113 y 122
- Lebedev-Poltianski, P. I., 396 n. 6, 485 n. 16
- Lebedeva, T. I., 1000, 1038 n. 115
- Lebedeva, V. D., 993
- Ledru-Rollin, A. A., 428, 500
- Lefebvre, G., 713
- Lefrançais, G., 806
- Lehning, A., 83 n. 138, 626 n. 57, 727 nn. 4 y 8, 729 n. 42
- Leibniz, G. W., 115, 762
- Leikina-Svirskaya, V. R., 218 n. 41, 219 n. 69, 486 n. 42, 487 n. 57, 488 nn. 67 y 72, 489 n. 79
- Lelewel, J., 167, 169, 177
- Lemberg, H., 79 n. 70
- Lemke, M. K., 141 n. 1, 146 n. 81, 270 n. 56, 271 n. 75, 350 n. 131, 395 n. 2, 396 n. 5, 442 n. 9, 443 nn. 36 y 40, 444 nn. 43 y 44, 458, 483 n. 2, 484 nn. 9 y 12, 486 nn. 44, 45, 48 y 49, 489 n. 82, 513 nn. 8, 11, 16 y 18, 534, 548 nn. 2, 5, 6 y 10, 549 n. 14, 678 n. 82
- Lenin, V. I. (seudónimo de V. I. Uliánov), 10-1, 27, 29-34, 36, 54-5, 77 n. 33, 79 n. 52, 82 n. 110, 273 n. 87, 511
- Leont'ev, P. M., 563
- Leontovitsch, V., 56-7, 83 n. 117, 268 n. 31
- Lermontov, F. N., 691, 754, 944 n. 191
- Lermontov, M. Yu., 289
- Lerner, N., 267 n. 9
- Leroux, P., 117-18, 197, 205, 211, 418, 491, 512 n. 2, 546
- Leshern von Gertsfel'd, S. A., 749, 926-27, 944 n. 191
- Leskov, N. S., 508
- Leslie, R. F., 272 n. 84, 488 n. 72
- Lessing, G. E., 115, 292-94
- Levin, Sh. M., 14, 22, 77 n. 13, 85 n. 142, 268 n. 31, 414 n. 11, 781 nn. 17 y 21, 783 n. 51, 786 n. 88, 843 n. 1, 844 nn. 11 y 12, 845 n. 22, 846 n. 36, 932 n. 1, 937 n. 99, 939 n. 128, 941 n. 146, 1032 nn. 40 y 42
- Levin, Yu. D., 442 n. 23, 443 nn. 23 y 39
- Levitski, V. O., *cfr.* Tsederbaum, V. O.
- Lewin, M., 39, 79 n. 61
- Liatskaya, V. A., 343 n. 8
- Liatski, E. A., 183 n. 52, 344 n. 14
- Liashenko, K. G., 935 n. 59
- Liashenko, P. I., 215 n. 2
- Liders, A. N., 468
- Lifshits, G. M., 733 n. 89, 935 n. 59
- Lijutin, I. N., 609, 625 n. 39
- Lijutin, V. N., 609
- Limanowski, B., 678 n. 82
- Lincoln, A., 566
- Lind, V. N., 415 n. 23, 513 n. 10
- Lindorfs, A. F., 915
- Linguet, S. N. H., 545
- Linkov, Ya. I., 55, 82 n. 111, 269 n. 36, 271 n. 68, 346 n. 96, 347 n. 96, 349 nn. 116 y 118, 395 n. 2, 397 n. 15, 441 nn. 4 y 7, 483 n. 2, 485 n. 36, 486 nn. 36 y 38, 488 n. 66, 513 n. 20, 530 n. 9
- Lipski, A., 217 n. 23
- Lishina, A. K., 348 n. 107, 727 n. 2
- Lisovski, A. A., 795
- Lissagaray, P. O., 711
- Litvak, B. G., 395 n. 1
- Litvinova, E. F., 728 n. 18
- Liubatovich, O. S., 679 n. 113, 807, 818, 991, 1002, 1036 n. 102, 1038 n. 123

- Liubatovich, V. S., 807, 809
 Lizogub, D. A., 949-53, 973, 987, 1051
 Lobanov, V. U., 464
 Locke, J., 340
 Logovenko, I. I., 949
 Longfellow, H. W., 430
 Lopatin, G. A., 336, 562, 583-86, 604,
 622 n. 1, 625 n. 45, 698, 707, 746, 757,
 781 n. 26, 938 n. 115
 Lopatin, N. N., 833, 850 n. 89
 Lopatin, V. A., 585
 Loris-Melikov, M. T., 947, 953, 1009-
 014, 1027-028, 1046, 1048-049, 1052-
 053
 Lubin, I. M., 142 n. 10
 Lubkin, A., 1003-004
 Luchinski, G. A., 374 n. 35, 375 n. 44
 Luchitski, I. V., 142 n. 18, 713
 Luginin, V. F., 425
 Luis XIV, 427-28
 Luis XVI, 644
 Luis Felipe, 48, 130, 132, 135, 166
 Luis Napoleón, *cfr.* Napoleón III
 Lukashevich, A. O., 774, 786 n. 95, 938
 n. 112
 Lukashevich, S., 273 n. 96
 Lukianov, 939 n. 125
 Lunacharski, A. V., 342 n. 1
 Lur'e, S. G., 865
 L'vova, M. V., 350 n. 125

 Mably, G. de, 104, 545, 677 n. 81
 Macmillan, N., 481
 Magrini, A.; *véase* Garosci, A.
 Maidanski, L. O., 953
 Maimin, E. A., 44
 Mainov, I. I., 579 n. 40, 581 n. 60
 Makarevich, A. M., 746, 865, 879
 Makarevich, P. M., 746, 960
 Makov, L. S., 916, 975, 984
 Malajovski, V., 1035 n. 80
 Malatesta, E., 677 n. 81
 Male, D. J., 39, 79 n. 61
 Malein, A. I., 413 n. 4
 Malia, M., 25, 48-9, 81 n. 99
 Malikov, A. K., 553, 741-42, 849 n. 76,
 886
 Malinka, V. A., 876, 953, 1036 n. 102
 Malinovskaya, A. N., 916
 Malon, B., 351 n. 137, 748, 940 n. 145
 Malthus, T., 111, 340
 Maquiavelo, N., 315, 618, 636, 677 n.
 81
 Marat, J. P., 65, 679 n. 109
 Mario, A., 530 n. 8
 Marrast, A., 160

 Mart'yanov, P. A., 244-45, 248, 250, 259,
 264, 270 nn. 55 y 57
 Martynovskaya, C. S., 938 n. 121
 Martov, Yu. O., 10
 Marx, K., 13, 25, 32, 34-8, 72, 74, 78
 n. 39, 147 n. 119, 148 n. 119, 160-62,
 168, 173, 179, 183 n. 47, 200, 205, 211,
 222-23, 228, 348 n. 112, 481-82, 490
 n. 97, 585-86, 615, 636-37, 639, 675 n.
 16, 676 n. 79, 686, 694, 697-98, 710,
 718, 728 n. 15, 729 nn. 38, 41 y 47,
 746, 749, 751, 753, 768, 781 n. 26,
 782 n. 44, 783 n. 55, 784 nn. 59 y 68,
 785 nn. 68 y 77, 795, 808, 811, 848
 n. 62, 864, 920-21, 998, 1037 nn. 102
 y 113, 1038 n. 122
 Mashinski, S. O., 181 n. 10
 Masini, P. C., 487 n. 50, 578 n. 12
 Matossian, M., 39
 Maurepas, J. F., 312
 Mazurkevich, A. R., 624 n. 32
 Mazzini, G., 30, 48, 138, 147 n. 117,
 222, 227-28, 233, 268 n. 21, 269 n.
 34, 324, 347 n. 107, 348 n. 107, 363,
 452, 459, 461, 487 nn. 51 y 58, 495,
 504, 558, 575, 624 n. 30, 682, 955
 McConnel, Allen, 82 n. 102
 Mechnikov, L. I., 348 n. 107, 470, 682
 Medvedev, A. F. (Fomín), 899-900
 Medvedev, A. I., 826
 Medvedev, A. P., 344 n. 29
 Meijer, J. M., 626 n. 54, 677 n. 80, 728
 n. 18, 732 n. 87, 733 n. 89, 846 n. 25
 Meilaj, B. S., 76 n. 2
 Mel'gunov, S. P., 396 n. 11, 413 n. 1
 Mendel, A. P., 36, 78 n. 48, 84 n. 141
 Mendel'son, N. M., 217 n. 28, 269 n.
 36, 548 n. 5
 Mercier, S., 542, 545
 Mervaud, M., 147 n. 96, 269 n. 36, 626
 n. 61
 Merwin, W. S., 31
 Mezentsov, N. V., 603-04, 908, 913, 916,
 958
 Mezhev, V. I., 844 n. 10
 Michelet, J., 48, 81 n. 95, 111, 113, 160,
 219 n. 72, 256, 446
 Microslawski, L., 259-60, 273 n. 86
 Mijaelis, E. P., 407, 434
 Mijail Pavlovich, gran duque, 162
 Mijailov, A., *cfr.* Sheller, A. K.
 Mijailov, A. D., 19, 749, 782 n. 44, 811,
 856-62, 867-71, 873-74, 882, 905, 908-
 09, 911, 913, 916-18, 925, 929-31, 933
 n. 28, 934 nn. 37 y 39, 935 n. 66, 943
 nn. 179 y 181, 944 n. 199, 951, 954-

- 56, 963-64, 968-71, 973, 986, 1001, 1003-004, 1028, 1033 n. 45, 1049
- Mijailov, A. F., 862-63, 908, 916, 1027
- Mijailov, E. V., 483 n. 2, 580 n. 40
- Mijailov, T. M., 1045-046, 1049, 1055
- Mijailov, M. L., 55, 284, 322, 331, 335, 344 n. 18, 349 n. 116, 403, 409, 427, 430-34, 437-39, 442 nn. 15 y 23, 443 nn. 24, 28, 35 y 37, 703-04
- Mijailova, S. B., 33
- Mijailovski, N. K., 11-2, 20, 25, 34, 70, 83 n. 115, 84 n. 141, 714, 756, 906-07, 942 n. 162, 1013, 1039 n. 140, 1047, 1050
- Miliukov, A. P., 219 n. 64
- Miliutin, D. A., 587, 1057 n. 15
- Miliutin, V. A., 200-03, 211, 217 nn. 35 y 36, 239
- Mill, J. S., 317-18, 333, 639
- Miller, F. A., 622 n. 9
- Miller, I. S., 272 n. 84, 414 n. 14, 488 nn. 67, 72 y 76, 488 n. 78
- Miller, M. A., 779 n. 1
- Millière, J. B., 711
- Mil'man, S. S., 141 n. 9
- Minaeva, N. V., 217 n. 26 y 29
- Mirabeau, H. de, 995
- Mirski, L. F., 620-21, 929
- Mirtov, P. (seudónimo de P. L. Lavrov)
- Mishev, M., 847 n. 57, 849 n. 75
- Misiano, K. F., 348 n. 107
- Mitsurov, V. V., 78 n. 46, 843 n. 1
- Mitina, N. P., 489 n. 78
- Mitrofanov, S. V., 796, 824
- Mlodetski, I. O., 1012, 1014, 1049
- Modzalevski, B. L., 733 n. 89
- Moiseenko, P. A., 832, 834, 850 n. 88
- Moleschott, J., 541
- Mombelli, N. A., 220 n. 72
- Monas, S., 215 n. 3
- Montalembert, C., 362
- Montanelli, G., 362
- Montels, J., 806
- Montesquieu, Ch. de Secondat, 108, 111, 317, 417
- Moro, T., 636
- Morojovets, E. A., 627 n. 66
- Morozov, N. A., 744, 777, 786 n. 97, 826, 847 n. 46, 849 n. 78, 891, 918-19, 928, 933 n. 14, 936 n. 92, 938 n. 113, 944 nn. 185, 195 y 198, 955, 958, 963-65, 968-71, 990-91, 1002, 1030 n. 16, 1032 n. 43, 1033 nn. 44 y 45, 1033 n. 48, 1036 nn. 82, 90 y 102, 1037 n. 102, 1038 n. 122, 1039 n. 140, 1054
- Möser, J. von, 46
- Moshenko, N. P., 864
- Moshkalov, P. S., 439
- Mosolov, Yu. M., 464, 515-16
- Most, J., 1034 n. 79
- Mrocek, A., 527
- Müller, E., 45-6, 80 n. 85
- Müntzer, T., 640
- Muratova, K. D., 81 n. 100, 350 n. 135
- Murav'ev, M. N., 238, 264, 351 n. 137, 369, 563, 570, 614
- Murav'ev, N. M., 105
- Murav'ev-Amurski, N. N., 534
- Murav'eva, V. A., 149
- Muravski, M. D., 420, 422, 891
- Musatovski, P. A., 567
- Myshkin, I. N., 805, 886-88, 899, 937 nn. 96 y 97
- Naddachin, N. B., 799
- Nadezhdin, N. I., 145 n. 68, 542
- Nalbandian, L., 487 n. 51
- Nalband'yan, M. L., 458, 487 n. 51
- Napoleón I., 101, 436, 452, 605
- Napoleón III., 57, 134, 257, 263, 313, 315-16, 324, 387, 428, 498, 503, 682
- Natanson, M. A., 69, 586, 598, 740, 749, 752, 755, 765, 783 n. 54, 856, 862, 864, 904
- Natanson, O. A., 856, 916, 1027
- Nauchitel', M. V., 374 n. 35
- Naumov, S. S., 799
- Nechaev, S. G., 30, 59, 63-7, 69, 72, 74, 88, 544, 547, 576, 581 n. 60, 583, 585-86, 589-94, 597-98, 600-06, 608-21, 624 nn. 25, 30 y 31, 625 nn. 39, 43 y 46, 626 nn. 49, 52 y 57, 627 nn. 66, 68 y 70, 629-32, 642, 651-52, 655, 659, 661-62, 681-82, 686, 690, 694, 697-98, 704, 707, 714, 725, 731 n. 59, 737, 739-41, 746, 751, 767-68, 785 n. 78, 799, 809, 812, 856, 876, 882, 893, 896, 912, 929, 995, 1033 n. 56
- Nechaeva, V. S., 81 n. 100
- Nechkina, M. V., 22, 28, 53, 81 n. 92, 141 n. 9, 268 n. 26, 270 n. 40, 271 n. 68, 346 n. 96, 349 n. 116, 397 n. 27, 512 n. 1, 513 n. 20, 842 n. 1
- Nefedov, F. D., 590
- Negreskul, M. F., 586, 698, 707, 732 n. 67
- Nekrasov, N. A., 70, 241, 269 n. 36, 289, 306, 321, 322, 344 n. 44, 350 n. 137, 537, 541, 561, 570, 882, 936 n. 86
- Nettlau, M., 581 n. 59, 727 nn. 1 y 7
- Neupokoev, V. I., 489 n. 78

- Nevski, V. I., 11-2, 76 n. 3, 342 n. 1, 483 n. 2, 622 n. 10, 627 n. 66, 786 n. 95, 791, 843 n. 5, 844 n. 9, 849 n. 72, 1034 n. 58, 1035 n. 80
- Newton, I., 762
- Nichiporenko, A. I., 458
- Nicolás I., 41, 44, 50-1, 56, 99-100, 106, 108, 113-14, 121, 124, 127, 137, 146 n. 81, 149, 154, 156, 164, 168, 173-74, 182 n. 41, 185-86, 188-90, 192, 195-97, 202-03, 205, 214, 216 n. 18, 219 n. 44, 223, 226-28, 231-32, 234, 236, 239, 265, 280, 286-88, 290, 293, 302, 308, 310, 335, 346 n. 91, 354, 377, 381, 383, 399-400, 406, 419, 427, 501, 505, 518, 606-07, 614, 616, 701, 747, 757-58, 1011
- Nicolás II, 39, 185
- Niebuhr, B. G., 280
- Nifontov, A. S., 216 n. 22, 218 n. 43
- Nikifor, *cf.* Nikoladzem N. Ya.
- Nikiforov, F. A., 554
- Nikiforov, V., 581 n. 57
- Nikitenko, A. V., 414 n. 16, 703, 731 n. 57
- Nikitin, S. A., 932 n. 3
- Nikoladze, N. Ya., 350 n. 130, 351 n. 146, 580 n. 50
- Nikolaev, P. F., 351 n. 140, 553, 565, 572, 577 n. 3, 581 n. 57, 612
- Nikolaevski, B. I., 148 n. 119, 183 n. 76, 348 n. 112, 581 n. 61, 626 n. 52, 675 n. 39, 676 n. 65, 677 n. 81, 679 n. 108, 733 n. 105, 845 n. 20, 849 n. 73, 933 n. 9, 941 n. 151, 1033 n. 45
- Nikolai Pavlovich, príncipe, 389
- Nikol'ski, A. M., 553, 565
- Nikon, 365
- Nizovkin, A. V., 791, 795, 824, 889
- Nobiling, K. E., 894
- Noetzel, H. G., 731 n. 56
- Nosov, N. E., 397 n. 13
- Novikov, A., 494-95
- Novikov, N. I., 455
- Novikova, N. N., 55, 82 n. 112, 442 n. 9
- Nulló, F., 443 n. 39
- Obnorski, V. P., 795-96, 824-26, 832, 836, 840-41, 849 nn. 72 y 74, 1004, 1017, 1025
- Oboleshev, A. D., 856-57, 862, 868, 910, 916, 942 n. 168, 1027
- Obruchev, N. N., 349 n. 118, 426, 463-64, 545
- Obruchev, V. A., 244, 426, 545
- Ogarëv, N. P., 13, 42, 55-7, 64, 100, 109-11, 113, 143 n. 30, 147 n. 119, 149, 198-201, 203-04, 217 nn. 27, 28 y 31, 235, 237-39, 243-48, 250, 252-54, 259, 261-63, 269 n. 36, 270 nn. 57 y 59, 271 n. 68, 323, 425, 431, 438-51, 453-54, 457, 459, 462, 469-71, 473, 485 nn. 19, 20 y 36, 486 n. 37, 491, 493-94, 498, 504, 540, 544, 558, 563, 593-94, 602, 616, 623 n. 19, 727 n. 6, 728 n. 36, 773, 814
- Oken, L., 143 n. 30
- Okladski, I. F., 1001
- Oksman, Yu. G., 14, 47, 50, 81 n. 101, 183 n. 53, 343 n. 1, 373 n. 1, 483 n. 2, 623 n. 23, 1039 n. 143
- Okulov, A. F., 84 n. 140
- Okulova, A. F., 730 n. 48
- Okun', S. B., 395 nn. 1 y 2
- Oliver, V. M., 23
- Ol'jovski, E. R., 1032 n. 40
- Ol'minski, M. S., 937 n. 102
- Ol'shevski, L., 439-40, 507-08, 631
- Olovennikova, M. N., *cf.* Oshanina-Polonskaya, M. N.
- Orlov, I. Ya., 516, 519-21, 526
- Orlov, M. F., 106, 267 n. 9
- Orlov, V. I., 414 n. 11, 510
- Orsini, F., 475, 500, 558
- Oshanina, E. N., 959
- Oshanina, N. N., 959
- Oshanina-Polonskaya, M. N., 510, 958-59, 963-64, 993, 1016, 1025, 1031 n. 27, 1040 n. 151
- Osip, *véase* Mazzini
- Osinski, V. A., 832, 893-94, 897-900, 915, 925-28, 949, 952, 961, 987, 1038 n. 122, 1051
- Os'makov, N. V., 83 n. 139
- Ostrogorski, V., 413 n. 8
- Ostrovski, C. H., 183 n. 57, 307, 357, 359, 413 n. 8
- Owen, R., 143 n. 18, 207, 254, 298, 318-19, 500, 505, 580 n. 48, 586
- Pablo I, 195
- Pablo, San, 551
- Padlewski, S., 466
- Paepé, C. de, 666, 708, 720, 733 n. 99
- Pafruti Ovchinnikov, 251
- Palen, K. I., 777-78, 884-85, 913
- Panaev, V. A., 238
- Panaeva, A. Ya., 183 n. 51, 346 n. 88
- Panin, *cf.* Nechaev, S. G.
- Pankratova, A. M., 790
- Panteleev, L. F., 55, 426, 442 nn. 11 y 13, 462, 464-65, 470, 483 n. 2, 487 n.

- 59, 488 nn. 65 y 74, 506-07, 513 n. 22, 579 n. 33
 Papin, I. I., 771-72
 Parrain, B. 16
 Parusov, A. I., 142 n. 15
 Pascal, P., 38-9, 79 n. 53, 373 n. 2
 Passanante, 894
 Pasternak, B. L., 44, 51
 Pavel, 252
 Pavlov, P. V., 400, 403, 409, 422
 Pazhitnov, K. A., 844 n. 8
 Pechérin, V. S., 197-98, 203, 216 n. 23, 217 n. 24
 Pecqueur, C., 205
 Pedro I (el Grande), 45, 112-14, 122-23, 127, 129, 185, 189, 228-29, 234, 240, 265, 278, 285, 325, 365, 368-69, 463, 561-62
 Pedro III, 723
 Pekarski, E. K., 848 n. 57
 Pen'kovski, E. D., 521
 Pen'kovski, I. D., 521
 Pereselenkov, S. A., 269 n. 36, 485 n. 19, 731 n. 63
 Peretts, E. A., 1054, 1057 nn. 15 y 17
 Peretts, L. N., 1032 n. 34
 Périer, A. C., 191-92
 Perovskaya, S. L., 745, 749-50, 755, 781 n. 22, 794, 817-18, 893, 899, 918, 970, 1001-002, 1006, 1014, 1024, 1026, 1041 n. 167, 1045-047, 1050, 1055
 Perovski, L. A., 190, 192-93
 Perovski, L. N., 749
 Perron, C., 728 n. 33, 940 n. 140
 Pestel', P. I., 42, 79 n. 70, 100, 102-06, 108, 142 nn. 10, 11, 12 y 13, 192.
 Peterson, A. N., 796, 841, 850 n. 100
 Peterson, P. N., 796
 Petrarca, F., 518
 Petrashevski, M. V., 118, 203-04, 206-13, 218 n. 41, 231, 284, 418, 438, 448, 529 n. 7
 Petrov, A., 388-91, 393, 495, 500, 571
 Petrovich, M. B., 273 n. 96
 Petrovski, V., 942 n. 166
 Petrunkevich, I. I., 915, 943 n. 175
 Piancini, L., 362
 Pichetta, B. I., 396 n. 11
 Pinto, M., 146 n. 81
 Pío IX, 231
 Piontkovski, S. A., 847 n. 57
 Pipes, R., 36-7, 57, 78 n. 49, 79 n. 52, 82 n. 102, 83 n. 120
 Pirogov, N. I., 399, 402-03
 Piroshkow, V., 48, 81 n. 96
 Pirumova, N. M., 22, 727 n. 2
 Pisacane, C., 363
 Pisarev, D. I., 23, 60-3, 74, 362, 439, 532, 541-44, 550 n. 47, 552, 576, 629, 684, 704, 731 n. 61, 745, 782 n. 45, 1030 n. 16
 Pisernski, A. F., 561
 Piskarov, N. K., 144 n. 47
 Pishnaya, V. N., 1031 n. 31, 1032 n. 36
 Plejanov, G. V., 10, 35, 74, 141 n. 1, 320, 343 n. 1, 344 n. 44, 375 n. 35, 565, 580 n. 41, 726, 734 n. 117, 735 n. 119, 821-22, 827-28, 830, 832-34, 841, 844 n. 20, 847 n. 57, 848 nn. 67 y 70, 849 nn. 79, 81, 84, 85 y 87, 850 nn. 88, 90, 92, 94, 96 y 99, 862, 870, 875, 882, 899, 904-05, 918-19, 924-25, 929, 934 nn. 39 y 48, 942 n. 170, 943 nn. 178 y 180, 944 nn. 185 y 186, 963, 969-70, 972, 974-81, 998, 1031 n. 24, 1032 n. 42, 1033 n. 53, 1034 nn. 62, 64, 72 y 76, 1037 n. 113, 1038 n. 122
 Plesheev, A. N., 220 n. 81
 Plotnikov, N. A., 771-72
 Pobedonosev, K. P., 409, 1011, 1039 n. 131, 1053
 Podbel'ski, P. P., 1014, 1040 n. 147
 Podorov, G., 784 n. 58
 Poe, E., 250
 Poerio, C., 314, 362
 Pogodin, M. I., 590
 Pogosski, A. F., 463
 Pokrovski, F. I., 938 n. 122
 Pokrovski, M. I., 407, 1035 n. 80
 Pokrovski, M. N., 101, 145 n. 71, 342 n. 1, 375 n. 35
 Pokrovski, S. A., 22-4, 28, 43
 Pokusaev, E. I., 343 n. 1, 483 n. 2
 Polevoi, Yu. Z., 36, 78 n. 45
 Poliakov, N. P., 751, 784 n. 59
 Polianski, *cf.* Lebedev-Polianski, P. I., 373 n. 1
 Polinovski, V., 516, 525
 Polonskaya, M. N., *cf.* Oshanina-Polonskaya, M. N.
 Polonski, V. P., 181 nn. 1 y 3, 269 n. 36
 Polonski, Ya. P., 882, 936 n. 86
 Pomialovski, N. G., 375 n. 36
 Pomper, P. 51, 82 n. 102, 84 n. 141, 215 n. 1
 Popel'nitski, A. Z., 396 n. 11
 Popko, G. A., 893-94, 898-900, 926
 Popov, I. I., 548 n. 5, 728 n. 19, 780 n. 17, 783 n. 54, 833-34
 Popov, M. R., 841, 846 nn. 30 y 35, 848 n. 69, 849 n. 83, 850 nn. 88 y 98, 875, 925, 929, 935 n. 72, 937 n. 103, 938 n. 119, 939 n. 133, 944 n. 189,

- 945 n. 200, 956-57, 963, 969, 972, 974,
1027-028, 1030 nn. 17 y 19, 1032 n.
43, 1038 n. 122, 1041 n. 169
- Poroj, I. V., 343 n. 1, 349 n. 116
- Portal, R., 51, 842 n. 1
- Portugalov, V. O., 420
- Possony, S. T., 30
- Potantin, G. N., 465, 510, 533-36, 548
n. 9
- Potanov, A. L., 350 n. 128, 738, 779
n. 2
- Potash, M., 1035 n. 80
- Potebnia, A. A., 261-63, 273 n. 87, 466,
468, 470, 475, 488 n. 72, 1015
- Pozen, V. P., 926
- Preobrazhenski, G. N., 806, 846 n. 33,
969
- Presniakov, A. K., 1001, 1018, 1027-028
- Pribyleva-Korba, A. P., 855, 933 nn. 19,
20 y 28, 934 n. 38, 935 nn. 53, 62 y 66,
936 n. 87, 941 n. 152, 942 n. 169, 943
nn. 176, 181, 944 n. 188, 945 n. 202,
1029 n. 9, 1030 n. 14, 1033 n. 49, 1038
n. 119
- Priad'ko, F., 877-79
- Prisetskaya, O. N., 805, 846 n. 33
- Prokopovich, F., 278
- Prokorenko, P., 625 n. 41
- Pronina, P. V., 77 n. 18, 86
- Proudhon, P. J., 16, 48, 117, 120, 134-
35, 147 n. 97, 160-62, 172, 179-80,
183 n. 47, 197, 200-02, 205, 258, 272
n. 83, 286, 354, 417-18, 431, 446, 452,
478, 491-92, 512 n. 2, 518, 539, 545-
46, 620, 641-44, 701, 770, 808
- Prugavin, A. S., 780 n. 8
- Prutskov, N. I., 85 n. 157
- Pryzhov, I. G., 605-08, 611-13, 624 n.
32, 625 nn. 33, 35, 36, 38 y 48
- Pugachëv, E., 138, 148 n. 119, 177,
213, 216 n. 8, 226, 268 n. 16, 276, 284,
318, 391, 463, 499, 521, 523, 525-26,
599, 603, 619, 683, 685, 689, 699, 723,
727 n. 6, 752, 754, 764, 776, 803, 812-
13, 820, 869, 873, 876, 975-76, 985,
996-97
- Pugachëv, V. V., 79 n. 71, 374 n. 29,
483 n. 2
- Pushkin, A. S., 57, 126, 229, 278, 289,
344 n. 44, 541
- Putjata, A. D., 464
- Putiatin, E. V., 406
- Putintsev, V. A., 269 n. 36, 347 n. 98
- Pyat, F., 428, 708, 711
- Pypin, A. N., 409, 537, 539
- Pypin, A. P., 343 n. 8
- Pypin, S. N., 486 n. 39
- Quadrio, M., 452
- Quinet, E., 219 n. 72, 530 n. 8, 633-34
- Rabinovich, M. A., 886
- Radishev, A. N., 41-2, 79 nn. 65 y 66,
124, 462
- Raef, M., 82 n. 102, 142 n. 15, 622 n. 9
- Raevski, N. M., 420
- Raevski, N. N., 410
- Rafail, 926
- Ragozin, L. I., 145 n. 67, 216 n. 19
- Raiski, L., 218 n. 41
- Ralli, Z. K., 570, 580 n. 44, 589, 591,
600, 613, 622 n. 12, 626 n. 55, 690-
96, 727 n. 4, 728 nn. 18, 32 y 34, 729
n. 39, 732 nn. 87 y 89, 778, 799, 811,
847 nn. 42 y 43, 854, 901, 936 n. 92
- Randall, F. B., 84 n. 141
- Ranke, L., 280
- Rappoport, C., 731 n. 63
- Rashin, A. G., 843 n. 2
- Raskol'nikov, F., 443 n. 34, 513 n. 14
- Raspail, F. V., 131, 205
- Rau, K. H., 436
- Raynal, G. T., 108
- Razin, S., 177, 264, 276, 321, 368, 463,
499, 523, 597-99, 603, 608, 619, 683,
689, 699, 728 n. 34, 752, 754, 776,
803, 812, 820, 869, 975-76, 996
- Razumova, A. P., 441 n. 3
- Réclus, Elie, 578 n. 12, 728 n. 34, 940
n. 140
- Réclus, Elisée, 578 n. 12, 728 n. 34
- Reinshtein, N. V., 944 n. 197
- Reiser, S. A., 346 n. 96, 373 nn. 1, 2
y 4, 483 n. 2, 514 n. 25
- Reissner, E., 48, 81 n. 97
- Reshetnikov, F. M., 649-51, 717
- Reuel', A. L., 36, 78 n. 45
- Revunenkov, V. G., 272 n. 84
- Riasanovsky, N. V., 39, 44, 79 n. 72,
218 n. 41
- Riazanov, D. B., 147 n. 119, 182 n. 46,
675 n. 16, 728 n. 15, 847 n. 57
- Ricardo, D., 316
- Richter, A. A., 464
- Richter, J. P., 542
- Rieber, A. J., 268 n. 30
- Riha, T., 943 n. 175
- Rill, W. H., 652
- Ripman, F. F., 605, 611
- Robespierre, M., 131, 307, 504, 668,
672, 677 n. 81, 679 n. 109, 694, 980
- Robinson, G. T., 395 n. 1
- Rocheport, H., 544
- Rodrigues, O., 110

- Rogachev, D. M., 889-90, 936 n. 81
 Rogachev, N. M., 890, 1016-017
 Rogers, J. A., 550 n. 47
 Roitberg, L., 442 n. 15
 Romanenko, G. G., 1036 nn. 95 y 102, 1037 n. 102
 Romanenko, V. I., 484 n. 3
 Romano, A., 941 n. 145
 Romanov, 510
 Romme, 142 n. 12
 Roscher, W., 436
 Rosenkranz, K., 152
 Ross, A., *cfr.* Sazhin, M. P.
 Rostopchin, F. V., 101, 106
 Rostowski, F., 468, 488 n. 72
 Rousseau, J. J., 108, 110, 279-80, 317, 332, 343 n. 10, 354, 693
 Roux, P. C., 106
 Rovinski, P. A., 483 n. 2
 Rozanov, I. G., 576
 Rozental', V. N., 268 n. 31
 Rozental', I. A. I., 379-80
 Rozhdestvenski, I. A., 437
 Rubin, I., 675 n. 16
 Rublëv, A., 44
 Rudin, A., 182 n. 35
 Rudnitskaya, E. L., 81 n. 92, 84 n. 141, 217 nn. 26, 29 y 33, 269 n. 36, 484 n. 2, 485 nn. 19, 29, 31 y 36, 626 n. 61, 727 n. 6
 Ruffini, G., 347 n. 107
 Ruge, A., 115, 159-60, 171, 173, 200, 220
 Rusanov, N. S., 142 n. 14, 510, 514 n. 28, 731 n. 64, 734 n. 117, 735 n. 119, 942 n. 162, 1039 n. 144, 1056 n. 8
 Rüter, A. J. C., 83 n. 138
 Rutman, R. E., 843 n. 1
 Rybnikov, P. N., 417-18
 Ryndziunski, P. G., 271 n. 66, 395 n. 1
 Rysakov, N. I., 1016, 1019, 1024, 1040 n. 159, 1045, 1047-049, 1053, 1055

 Sablin, N. A., 1024, 1026, 1041 n. 167, 1046, 1049
 Sabunin, N. P., 793
 Saburov, A. A., 1014-015, 1040 n. 148
 Saffi, A., 222, 458
 Safonova, E., 483 nn. 2 y 11, 487 n. 54
 Saint-Just, L. A., 677 n. 81, 679 n. 109
 Saint-Simon, H. C., 45, 109-11, 143 n. 29, 207, 318, 340, 347 n. 98, 446, 565
 Sakulin, P. N., 144 n. 49
 Saladino, 459
 Saltykov-Shedrin, M. E., 61, 70, 84 n. 141, 203-04, 218 n. 42, 325, 356, 448, 537-38, 541-42, 549 n. 32 y 36

 Samarin, Yu. F., 122, 145 n. 61, 268 n. 31, 418
 Samoilov, *cfr.* Kibal'chich, N. I.
 Sand, G. (seudónimo de A. Dupin), 118, 160, 197, 278, 282, 333
 Sanine, K., 1039 n. 145
 Sapir, B., 84 n. 140, 733 n. 89, 734 n. 110, 784 n. 55, 846 n. 24, 943 n. 182
 Savonarola, G., 65
 Say, J. B., 111, 316
 Sazhin, M. P., 351 n. 139, 615, 622 n. 10, 690-91, 704, 731 n. 60, 732 n. 89, 798, 854, 896, 933 n. 10
 Sazonov, N. I., 50, 109, 137, 143 n. 30, 147 n. 119, 148 n. 119, 161, 183 n. 57, 199, 200, 217 n. 31, 218 n. 44
 Schäffle, A. E., 1037 n. 102
 Schapiro, L., 28-9, 51, 56-7, 78, 79 n. 65, 79 n. 66, 82 n. 102, 83 n. 119, 843 n. 1
 Scheibert, P., 51, 76 n. 8, 81 n. 102, 83 n. 138, 729 n. 42
 Schelling, F. W., 45, 116, 143 n. 30, 151, 280, 290, 301
 Schelting, A. von, 80 n. 84
 Schiller, F., 110, 115, 154, 292, 448
 Schlosser, F. C., 280, 518
 Schopenhauer, A., 59, 340
 Schultz, Z., 678 n. 82
 Schultze-Delitzsch, H., 539
 Schwarz, S. M., 36, 78 n. 48
 Sedov, M. G., 21-2, 70, 76 nn. 4, 6 y 11, 84 n. 141, 85 n. 143, 1039 n. 140
 Sel'chuk, V. V., 843 n. 1
 Semenjuta, P. P., 1031 n. 30
 Semenov, A. A., 1029 n. 7
 Semenov, P. P., 145 n. 68
 Semevski, M. I., 580 n. 53
 Semevski, V. I., 104, 141 n. 8, 142 n. 12, 142 nn. 16 y 18, 143 n. 22, 215 nn. 2 y 6, 216 nn. 13 y 21, 217 n. 41, 218 n. 41, 219 nn. 53, 63 y 68, 220 nn. 73 y 78, 548 nn. 7 y 8
 Semianovski, A. S., 724
 Semianovski, E. S., 724
 Seniagin, N. G., 1017
 Sentianin, A. V., 899, 925
 Serafimovich, A., 827
 Serafimovich, S., 548 n. 12
 Serdiukov, A., 740, 794
 Serebrennikov, S. A., 616
 Serebrennikov, V., 616
 Serebrennikova, V. G., 1039 n. 145
 Serebriakov, E. A., 932 n. 1, 1040 n. 152
 Sergeev, A., 516
 Sergievski, N. L., 1034 nn. 59 y 74

- Sergio, archimandrita, 561
- Serno-Solov'evich, A. A., 58, 251-52, 346 n. 91, 350 n. 123, 434, 446, 463, 469, 472-77, 479, 481-82, 486 n. 36, 489 nn. 87 y 88, 490 nn. 91 y 97, 563, 683
- Serno-Solov'evich, N. A., 55-6, 58, 210, 254, 256, 329, 370, 384, 397 n. 13, 424, 442 n. 9, 446-48, 450-58, 460-64, 468, 475, 484 nn. 3, 11 y 12, 485 nn. 13, 15, 17, 19, 24, 31 y 32, 486 nn. 36, 39, 44, 45 y 46, 487 nn. 52, 53 y 55, 499, 555, 561, 564-65
- Seton-Watson, H., 18, 395 n. 1
- Settembrini, L., 314
- Shaganov, V. N., 349 n. 120, 351 n. 140, 572
- Shajanov, N. P., 843 n. 3
- Shapiro, A. L., 78 n. 34
- Shapov, A. P., 363-67, 369-71, 374 n. 35, 375 nn. 35, 39, 45, 46 y 47, 375 n. 54, 406, 423, 433, 455-56, 458, 464-65, 518, 532-33, 536, 559, 752, 808
- Shashkov, S. S., 534
- Shatilov, N. M., 515-16
- Shedo-Ferroti, F. I., 439
- Shedrin, N. P., 312, 717, 800-01, 803-04, 874, 1025
- Shegolev, P. E., 218 n. 41, 627 n. 68, 944 n. 198, 1039 n. 130, 1057 n. 15
- Shejter, A. N., 938 n. 121
- Shelgunov, N. V., 55, 322, 344 n. 26, 349 nn. 116 y 118, 363, 374 n. 9, 399, 407, 414 n. 20, 427-434, 437-439, 442 nn. 9, 14-16 y 20, 443 nn. 25, 27 y 32, 455-56, 477, 485 n. 36, 486 nn. 39 y 43, 489 n. 85, 704, 1014, 1047
- Shelgunova, L. P., 442 nn. 15 y 19
- Sheller, A. K. (seudónimo de A. Mijailov), 752
- Sherbatov, G. A., 106, 402
- Shestakov, I. D., 530 n. 16, 580 n. 45
- Shevchenko, T. G., 950
- Shil'der, N. K., 1029 n. 1
- Shilov, A. A., 350 n. 126, 488 n. 71, 577 n. 1, 580 nn. 47 y 48, 622 n. 1, 623 n. 25, 850 n. 101
- Shiriaev, S. G., 620-21, 849 n. 74, 955, 957, 963-64, 1002-003, 1028, 1030 n. 16, 1033 n. 44
- Shirokova, V. V., 1040 n. 156
- Shishko, L. E., 562, 579 n. 30, 740, 745-46, 754, 768, 779 n. 1, 780 nn. 15 y 16, 785 nn. 76 y 79, 794, 844 nn. 15 y 17, 889, 891
- Shklovski, I. V., 1038 n. 122
- Shleisner, O. A., 749
- Shlidlovskaya, V. S., 488 n. 67
- Shtein, V. M., 145 n. 65
- Shtromber, A. P., 1016-017
- Shukin, S. E., 144 n. 49
- Shvelidze, Z. L., 846 n. 37
- Shvinyn, I. A., 413 n. 3, 414 n. 19
- Sidorov, A. L., 375 n. 35
- Sidorov, N. P., 938 n. 116
- Sierakowski, Z., 523
- Sieyès, E. J., 995
- Silaeva, M. N., 270 n. 39
- Silwand, O. Ya., 526
- Simmon, E. J., 24
- Sinegub, S. S., 562, 579 n. 31, 742, 750, 793-94, 816, 844 n. 12, 891, 936 n. 92, 938 n. 109
- Siriakov, A. I., 819-21
- Sismondí, G. C. L., Simonde de, 106, 201-02, 530 n. 8
- Sivkov, K. S., 395 n. 1
- Skaftymov, A. P., 343 n. 1, 483 n. 2
- Skord, S., 488 n. 72
- Skurinov, P. S., 84 n. 141
- Skveri, M. P., 845 n. 23
- Sladkevich, N. G., 268 n. 31
- Slavutinski, N. S., 410
- Sleptsov, A. A., 55, 349 n. 116, 455, 463-68, 483 n. 2, 487 nn. 58 y 59, 488 n. 74, 506, 551
- Sleptsov, D. A., 70, 83 n. 139
- Sleptsova, M. A., 483 n. 2, 487 n. 61
- Slivitski, P., 468, 488 n. 72
- Sliwowska, W., 218 n. 41
- Smirnov, A. F., 272 n. 84
- Smirnov, A. V., 513 n. 7, 623 n. 16
- Smirnov, D. N., 816, 849 n. 77
- Smirnov, I. T., 818, 819, 848 n. 58
- Smirnov, V. N., 714, 718, 724-25, 854
- Smith, A., 316, 636, 639
- Smol'nikov, I., 622 n. 1
- Snedkova, V. V., 270 n. 39
- Snytko, T. G., 414 n. 14, 512 n. 4, 430 n. 11, 941 n. 153
- Sokolov, N. V., 545-47, 550 nn. 41 y 42, 714, 756, 1039 n. 145
- Sokolova, E. P., 843 n. 5
- Sol'datenkov, K. T., 252, 417
- Solger, R., 160
- Solón, 158
- Solov'ev, A. K., 800, 805, 875, 929-31, 944 n. 199, 945 n. 203, 947, 954-55, 958, 963, 969, 971, 987, 1006
- Solov'ev, I., 413 n. 1
- Solov'ev, S. M., 127, 562
- Solzhenitsyn, A. I., 44
- Soria, D., 550 n. 46
- Sorokin, V., 413 n. 8, 414 n. 17
- Sorokin, Yu., 550 n. 47

- Soroko, I., 493
 Sourine, G., 218 n. 41
 Soyuzov, I. O., 891
 Spadolini, G., 16
 Spencer, H., 281, 341, 633-34
 Speranski, M. M., 105, 142 n. 15, 190, 193-94
 Speshnev, N. A., 205-06, 210-14, 219 n. 72, 220 nn. 72 y 81
 Spini, L., 146 n. 81
 Spinoza, B., 341
 Squire, P. S., 76, 215 n. 3
 Ssezur, 488 n. 72
 Stajevich, S. G., 309, 349 n. 115
 Stakensneider, E. A., 731 nn. 49 y 59, 732 n. 75
 Stalin, I. V., (seudónimo de I. V. Dzhu-gasvili), 10-2, 17, 52, 61, 63, 71, 75
 Stankevich, A. I., 181 n. 10
 Stankevich, N. V., 51, 151-55, 268 n. 31
 Stankevich, R., 525, 527
 Starik, *cfr.* Kovalik, S. F.
 Steblin-Kamenski, R. A., 898, 926, 939 nn. 132, 136 y 138
 Stefanovich, Ya. V., 800, 865, 877-80, 898-99, 939 n. 136, 942 n. 167, 972, 974, 1038 n. 122
 Stein, L., 733 n. 95
 Stekl'ov, Yu. M., 12, 81 n. 100, 181 n. 1, 182 n. 45, 183 nn. 47, 48 y 65, 270 n. 57, 273 nn. 86 y 92, 343 n. 1, 344 n. 29, 346 n. 85, 349 n. 116, 350 n. 131, 442 n. 10, 443 n. 31, 627 n. 67, 728 nn. 12, 17 y 18, 848 n. 57
 Stepniak, S., *cfr.* Kravchinski, S. M.
 Stirner, M., 417, 542
 Stolypin, familia, 606
 Strada, V., 60, 79 n. 52, 83 n. 121, 549 n. 35
 Strajovski, M. F., 396 n. 9
 Stranden, N. P., 552, 558, 565, 567, 572
 Strauj, A. N., 345 n. 53
 Strauss, D. F., 354, 364
 Struminski, M. Ya., 848 n. 57
 Stupperich, R., 45
 Subbotina, E. D., 807
 Subbotina, M. D., 807
 Sue, E., 282
 Sudeikin, G. P., 926, 1027
 Sujanov, N. E., 1016-017, 1043
 Suliatnikov, M., 521
 Sulin, Ya., 493
 Summer, B. H., 932 n. 3
 Sushitski, V., 579 n. 40
 Suvorov, A. A., 330, 350 n. 127, 438
 Svatikov, S. G., 349 n. 121, 622 n. 8, 623 nn. 20, 21, 22 y 23, 624 n. 26
 Sviridenko, M. Ya., 418-19
 Sviridenko, V. A., 899, 927, 937 n. 104, 938 n. 116, 949
 Svitych, V. S., 897, 936 n. 91
 Syroechkovski, B. E., 79 n. 70
 Tácito, 80 n. 86
 Tagantsev, N. S., 755, 936 n. 92
 Taksis, A. F., 724
 Tamerlán, 283, 762
 Tancev, V. I., 84 n. 141
 Tarasova, V. M., 142 n. 12
 Taratuta, E. A., 84 n. 139, 780 n. 15, 941 n. 145
 Tarkovski, 44
 Tarle, E. V., 216 nn. 12 y 18, 348 n. 107
 Tarnovski, V., *cfr.* Romanenko, G. G.
 Tatishev, S. S., 932 n. 2, 936 n. 83, 1029 nn. 3 y 4, 1038 n. 120, 1039 n. 131 y 132
 Taubin, R. A., 441 n. 4
 Taylor, A. J., 31
 Tell, G., 958, 965, 991
 Tellalov, P. A., 1025-026
 Tengoborski, L. V., 42
 Teodorovich, I. A., 11-2, 511, 627 n. 66, 785 n. 78, 1034 n. 61, 1035 n. 80
 Teplinski, M. V., 1039 n. 145
 Teterka, M. V., 1001, 1024, 1027
 Thaden, E. C., 79 n. 72
 Thierry, A., 45, 113, 128
 Thiers, A., 132
 Thun, A., 1032 n. 42, 1033 n. 53
 Thoré, E. J. T., 134
 Tijomirov, L. A., 627 n. 70, 844 n. 18, 918, 928, 933 n. 14, 939 n. 134, 943 n. 181, 944 nn. 184 y 196, 957-58, 964, 968, 970-71, 985, 991, 993, 996-97, 1013-014, 1031 n. 24, 1033 nn. 45 y 53, 1036 nn. 83, 92 y 98, 1037 n. 102, 1039 n. 140, 1050-051
 Tijomirov, Ya., 819
 Tijonov, Ya., 1001
 Tijotski, V. A., 767
 Timashev, A. E., 916
 Timkovski, K. I., 213
 Tishenko, Yu. M., 864, 969, 971, 1032 n. 41, 1038 n. 122
 Titlinov, B. V., 848 n. 61
 Tizengauzen, G. F., 351 n. 137, 549 nn. 16 y 28
 Tkachenko, P. S., 22, 414 n. 11, 529 n. 3, 932 n. 1, 943 n. 179

- Tkachëv, P. N., 12, 17, 19, 23, 29-30, 37, 64, 69-70, 72-4, 88, 440, 508, 510, 514 n. 28, 546-47, 591-92, 594, 600, 610, 615, 626 n. 52, 630-62, 664-73, 674 n. 1, 675 nn. 15 y 39, 677 nn. 80 y 81, 678 nn. 82 y 96, 679 nn. 102, 109 y 113, 700, 722, 724, 756, 783 n. 55, 806, 811, 822, 825, 861, 880, 893, 895-96, 919-20, 934 n. 37, 958, 966, 977, 990-93, 997, 1037 n. 102
- Tocqueville, A. de, 25, 146 n. 89, 268 n. 31
- Tolstaya, S., 549 n. 34
- Tolstoi, D. A., 586-87, 859, 948, 1014
- Tolstoi, G. M., 161, 182 n. 46
- Tolstoi, L. N., 87, 306, 425, 576, 725
- Toporkov, P. A., 767
- Toporkova, A., 807
- Totleben, E. I., 947, 952-53, 958
- Treadgold, D. W., 36, 39, 78 n. 48
- Trepov, D. F., 604, 865, 884-85, 893, 896, 898, 900, 903, 925, 939 n. 126
- Trigoni, M. N., 1025-026, 1044-045, 1056 n. 3
- Tristan, F., 205
- Trofimov, A., 558
- Troitski, N. A., 71, 85 n. 143, 733 n. 89, 779 n. 1, 782 n. 40, 783 nn. 51 y 55, 936 nn. 84 y 90, 1057 n. 18
- Troitski, M. P., 574
- Troshanski, V. F., 916, 1027
- Trotski, I. M., 442 n. 11, 484 n. 13
- Trotski, L. D. (seudónimo de L. Bronstein), 31
- Trubnikov, K. V., 446
- Trubnikova, M. V., 446, 461
- Trusov, A. B., 683, 697-98
- Tsagolog, N. A., 80 n. 84
- Tschizewskij, D., 57, 80 n. 84, 83 n. 116
- Tsebrikov, N. R., 403
- Tsederbaum, V. O., 848 n. 71, 1035 n. 80, 1040 n. 154
- Tsitsianov, A. K., 807, 811, 816, 818, 895
- Tsukkermann, L. I., 1003
- Tsvilenev, N. F., 847 n. 58
- Tuchkova-Ogarëva, M. A., 145 n. 81, 269 n. 36
- Tugan-Baranovski, M. I., 713, 842 n. 1
- Turgenev, A. I., 142 n. 12
- Turgenev, I. S., 50, 56, 63, 87, 159, 182 n. 35, 231, 246-47, 290, 306-08, 346 n. 83, 425, 458, 542-43, 882, 895, 938 n. 115
- Turgenev, N. I., 50, 106-07, 142 n. 12, 147 n. 119
- Turgenev, S. I., 42
- Turgot, A. R. J., 311
- Turski, K. M., 661, 676, 677 nn. 80 y 81, 678 nn. 81 y 82, 798, 896, 1037 n. 102
- Tvardovskaya, V. A., 75, 85 n. 156, 945 n. 203, 1030 n. 13, 1033 nn. 45 y 50, 1036 n. 100
- Tveretinov, A., 351 n. 137
- Tyrkov, A. V., 1040 n. 148, 1056 nn. 5 y 9
- Udal'tsov, I. D., 342 n. 1, 343 n. 1
- Ugriumov, A., *cf.* Lavrov, P. L.
- Ulashik, N. N., 395 n. 1
- Umnov, I., 516, 520
- Unkovski, A. M., 325
- Usakina, T. I., 346 n. 95
- Uspensakaya, N., 585
- Uspenskaya, A., *cf.* Zasulich, A. I.
- Uspenski, G. I., 561, 585, 593, 604-05, 625 n. 48, 717, 1013
- Uspenski, N. V., 650
- Ustiuzhanin, E. I., 397 n. 27
- Utin, N. I., 407, 464, 466, 470, 486 n. 36, 487 n. 60, 489 n. 78, 513 n. 18, 563, 575, 683, 686, 697-98, 728 n. 36, 729 n. 47
- Uvarov, S. S., 109, 121, 186
- Vaillant, E., 677 n. 80, 678 n. 82
- Valbert, G., 941 n. 147
- Valeskaln, P. I., 443 n. 42
- Valiani, L., 16, 72, 85 n. 142, 85 n. 145, 1035 n. 79
- Valk, S. N., 14, 142 n. 15, 783 n. 51, 844 n. 11, 932 n. 1, 1030 n. 18, 1036 n. 102, 1040 nn. 150, 153, 157, 158 y 164, 1056 n. 11
- Vallès, J., 545, 711
- Valuev, P. A., 532, 947, 1007-008, 1011
- Vandalkovskaya, M. G., 513 n. 12
- Varlin, N. E., 708-10
- Varustin, L. E., 61, 487 n. 62, 548 n. 3
- Varzar, V. E., 724
- Vasil'chikov, I. I., 378, 396 n. 4
- Vasilenko, K. S., 847 n. 51
- Vasil'ev, A., 771
- Vasil'ev, N. V., 440
- Vatson, E. K., 539, 541
- Veide, M. K., 470, 489 n. 78
- Veimar, O. E., 863, 1027
- Venanzio, A., 443 n. 39
- Venturi, G., 90
- Verjachev, I. P., 413 n. 4

- Vermorel, A., 623 n. 22, 711
 Veselovski, A. N., 530 n. 8
 Vetrinski, Ch., 141 n. 1
 Viazemski, P. A., 57
 Vico, G. B., 111, 331, 417, 446
 Víctor Manuel II, 682
 Vidal, F., 205
 Vilenskaya, E. S., 62-3, 83 n. 122, 218
 n. 41, 346 n. 95, 373 n. 2, 442 n. 15,
 443 n. 23, 487 n. 61, 577 nn. 1, 2 y
 5, 578 nn. 6, 12, 13 y 14, 579 n. 34,
 580 nn. 49 y 52, 581 nn. 57 y 61, 674
 n. 1, 1039 n. 145
 Vilenski, B. V., 71, 397 n. 13, 548 n.
 1, 936 n. 84, 941 n. 146
 Villegardelle, F., 205, 207
 Vinogradov, K., 580 n. 40
 Vinogradov, S. I., 826
 Vitashevskaya, A., 939 n. 123
 Vitashevski, N. A., 895-97, 938 n. 121,
 952
 Vitiazev, P., 731 n. 55
 Vitte, P., 609
 Vittenberg, S. Ya., 949
 Vladychenko, P., 845 n. 23
 Vodolazov, G. G., 73-4, 85 nn. 146 y
 154
 Vodovozov, V., 218 n. 41
 Voeikov, 815
 Vogt, K., 60, 550 n. 47
 Voinaral'ski, P. I., 888, 899, 925, 956,
 958
 Volgin, A., *cfr.* Plejanov, G. V.
 Voljovski, F. V., 562, 579 n. 27, 583-
 85, 604, 746, 755, 960, 1057 n. 15
 Volk, S. S., 33, 78 n. 44, 79 n. 70, 85
 nn. 142 y 143, 622 n. 1, 783 n. 51,
 844 n. 11, 932 n. 1, 1030 n. 13, 1032
 n. 40, 1033 nn. 44 y 45, 1035 n. 80,
 1038 n. 113, 1039 n. 138, 1040 nn.
 149, 155 y 160, 1056 nn. 1 y 14
 Volkov, N., *cfr.* Mainov, I. I.
 Volkov, N. N., 440
 Volkovich, I. K., 850 n. 99
 Volodarski, I. B., 484 nn. 3 y 10, 486
 n. 36, 487 nn. 53 y 56
 Volodin, A. I., 81 n. 90
 Voloshenko, I. F., 855, 893-94, 900,
 926, 1036 n. 102
 Voltaire, F. M. Arouet, *llamado*, 117,
 129, 204, 280, 807
 Vorms, N. A., 577 n. 1
 Vucinich, W. S., 39
 Vuilleumier, M., 489 n. 90, 626 n. 53
 Vul'fson, G. N., 375 n. 44, 414 n. 9,
 529 n. 5
 V. V., *cfr.* Kovalevski, E. P.
 Vvedenski, I. I., 285
 Vyrubov, G. N., 682, 733 n. 89
 Walicki, A., 36, 45, 78 nn. 48 y 52, 80
 n. 80, 85 n. 141
 Washington, G., 672, 679 n. 109
 Watters, F. M., 39
 Wawrykova, M., 932 n. 1
 Weeks, A. L., 674 n. 1
 Weishaupt, A., 220 n. 72, 518, 529 n.
 7
 Weittling, W., 119, 159-62, 177, 179,
 200, 211
 Wieckowski, A. I., 905
 Witkowski, J., 488 n. 69
 Wolff, C., 781 n. 27
 Woodcock, G., 781 n. 27
 Worcell, S., 222-23, 228
 Wortman, R., 75, 85 n. 155, 268 n. 31
 Yadrintsev, N. M., 533-35, 548 n. 6,
 549 n. 13, 808
 Yajnenko, 960
 Yakimova, A. V., 938 n. 117, 957, 1031
 n. 28, 1036 n. 81, 1041 n. 167, 1043
 Yakushkin, I. D., 105
 Yampol'ski, I., 513 n. 12
 Yanov, A., 43
 Yaroslavski, E. M., 12, 76 n. 5
 Yasinski, I. I., 1039 n. 141
 Yastrebov, F., 441 n. 4
 Yastremski, S. V., 1029 n. 8
 Yastrzhebski, I. F. L., 209
 Yatsunski, V. K., 396 n. 13
 Yuferev, D., 780 n. 15
 Yurasov, D. A., 552, 565, 567, 572
 Yurkovski, F. N., 605, 895, 938 n. 121,
 1034 n. 57
 Yuzhakov, S. N., 952
 Yuzhakova, E. N., 798, 845 n. 20, 896
 Zagibalov, M. N., 552, 558, 565, 567,
 572, 581 n. 57
 Zaichnevski, P. G., 59, 491-95, 497-500,
 502, 504, 506-11, 513 n. 20, 514 nn.
 26, 27 y 28, 515, 629-30, 645, 673,
 679 n. 113, 828, 959, 966
 Zaitsev, V. A., 489 n. 78, 543-47, 550
 nn. 39 y 47, 638, 640, 690, 942 n. 166
 Zajarina, V. F., 84 n. 139
 Zak, L. M., 827, 849 n. 86
 Zamperini, F., 613
 Zaslavski, E. O., 797-99, 824, 831, 854,
 898, 933 n. 6, 1025

- Zasulich, A. I., 585, 622 n. 5, 624 n. 31
 Zasulich, V. I., 34, 589, 612, 622 n. 13,
 624 n. 31, 465, 893-96, 898-99, 902-03,
 906-08, 913-15, 939 n. 126, 941 nn.
 146, 147 y 151, 942 nn. 167 y 170,
 972, 974, 983, 1038 n. 122, 1039 n.
 145
 Zavadski, P. V., 420, 422
 Zayonchkovski, P. A., 53, 71, 82 n.
 106, 85 n. 114, 217 n. 41, 395 n. 1,
 396 nn. 11, 12 y 13, 548 n. 4, 580
 n. 50, 623 n. 18, 941 n. 150, 943 n.
 170, 1029 nn. 2 y 3, 1030 n. 12, 1039
 nn. 129 y 131, 1057 n. 16
 Zelnik, R. E., 39
 Zhdanov, A. A., 12
 Zheliabov, A. A., 960
 Zheliabov, A. I., 10, 746, 846 n. 32, 854,
 857, 893, 933 n. 25, 953, 956, 959-
 62, 964-65, 968, 970, 979, 986, 1001,
 1005, 1014-017, 1019, 1024-027, 1031
 n. 32, 1032 n. 39, 1033 nn. 45 y 54,
 1043-046, 1048-050, 1054-055
 Zhemanov, S. A., 516, 525, 752
 Zhigarev, S. S., 885
 Zhudra, P. I., 513 n. 15
 Zhuk, A. A., 464, 506
 Zhukovski, N. I., 439, 683, 692, 727
 n. 6, 748, 806, 811, 901, 940 n. 140
 Zhukovski, Yu. G., 538, 540-41, 549
 nn. 29 y 31, 635-36, 675 nn. 12, 15 y
 16
 Ziber, N. I., 713
 Zil'berfarb, I., 218 n. 41
 Zimmermann, W., 638
 Zlatopol'ski, L. S., 1041 n. 167
 Zlatouskovski, B. V., 623 n. 15
 Zundeleovich, A. I., 904, 918, 930, 941
 n. 151, 944 n. 199, 955, 973, 1003-004
 Zychowski, M., 273 n. 86